HISTORIA DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

FILIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

2
38867

AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE SU NIETO ESCLARECIDO,

D. FILIPE DE AUSTRIA,

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA,

CRIADO DE SU MAJESTAD CATÓLICA Y DEL REY DON FILIPE TERCERO, NUESTRO SEÑOR.

Edicion publicada de Real órden.

TOMO PRIMERO.

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1876.

BIBLIOTECA NACIONAL

44

A S. M. EL REY

DON ALFONSO XII.

SEÑOR:

Al publicarse bajo la direccion del Ministerio de Fomento la historia completa de Felipe II por Luis Cabrera de Córdoba, cuya segunda parte era, hasta hace poco tiempo, desconocida áun á nuestros más eminentes eruditos, la notoria competencia de V. M. en cuanto á la historia y literatura patrias se refiere, no ménos que la afectuosa acogida y proteccion con que las distingue, movieron al Ministro que suscribe á dedicarle obra de tanto interés histórico.

Dígnese, pues, V. M. aceptar benévolamente que la primera de reconocida importancia en su clase, impresa oficialmente durante su reinado, sea publicada bajo sus augustos auspicios y ostente al frente de sus páginas el ya glorioso nombre de V. M., á quien la posteridad confirmará sin duda con el título de Pacificador, *y ojalá sea él memorable como ninguno en la historia de España.*

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.,

C. EL CONDE DE TORENO.

PRÓLOGO DE ESTA EDICION.

El interes histórico, cada vez más creciente, que inspira el reinado de Felipe II, hacía resaltar más y más el irreparable cuanto sensible vacío que en la historia de aquel monarca, escrita por Luis Cabrera de Córdoba, se advertia; porque, sobre ser la más extensa y detallada, era tambien la más auténtica y rica de verídicos datos, condiciones por las que siempre fue la más buscada y estimada. De esta importantísima obra sólo publicó su autor en 1619 la primera parte (1), que alcanza hasta el año de 1583, ó sea poco más de la mitad del dilatado reinado de D. Felipe, sin que en el largo trascurso de tiempo que media desde aquella fecha hasta nuestros dias se haya reimpreso, que sepamos, dicha primera parte ni publicado la segunda.

En el último tercio del siglo XVII era ésta conocida de algunos bibliófilos y aficionados á los estudios históricos, entre otros D. Tomás Tamayo y D. Juan Francisco Andrés Ustarroz (2); pero ignorándose despues su paradero, llegó á tenerse por perdida, lamentándose su extravío como era razon. El general San Miguel, en su *Historia de Felipe II*, aseguraba que Luis Cabrera no concluyó su historia, dejándola en el año de 1583, cuando Felipe II volvió de Portugal. Rectificando esta noticia, escribia el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga (3): «Consta, sin embargo, que la continuó y áun emprendió y dejó muy adelantados los anales del reinado siguiente, y no viviendo ya el Rey cuya vida escribia, cambió algun tanto el estilo y mostró más severidad en sus juicios.» Cuando se publicaron en 1857 las *Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España*, obra tambien de Cabrera, el distinguido académico de la Historia, autor del *Prólogo* que la encabeza, no mencionó entre las obras conocidas de Cabrera esta segunda parte; llegando el Marqués de Pidal, en su *Historia de las alteraciones de Aragon* (4), á designar con este nombre la relacion de aquellos sucesos que manuscrita se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, dejándose sin duda llevar del rótulo

(1) Aunque sólo conocemos una edicion de esta primera parte, hay algunos ejemplares de ella impresos en mejor papel que otros, notándose entre ellos no pocas variantes, siendo los primeros más correctos que los segundos.

(2) NIC. ANT., *Biblioth. hispana nova*, t. II.

(3) Discurso leido al tomar posesion de su plaza de número en la Real Academia de la Historia el 9 de Enero de 1853.

(4) Madrid, 1862.

BIBLIOTECA NACIONAL

que en el lomo de dicho manuscrito se lee. Contribuyó no poco á que quedára por mucho tiempo desconocida D. Eugenio de Ochoa, que, habiéndola tenido en sus manos al hacer el Catálogo de los manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Real de París, la examinó con tanta ligereza, que la tomó por la primera parte. Esta noticia, sin embargo, fue causa de que entrando en deseos de verla los académicos Sres. Gayángos y Llorente, y posteriormente los Sres. Cánovas del Castillo y Marqués de Molins, comprendieran desde luégo el error del Sr. Ochoa y divulgasen el lugar de su existencia. Desde entónces sólo se pensó en su publicacion, á cuyo efecto los Sres. Cánovas y Marqués de Molins se procuraron una copia del manuscrito, que no llegó á servir por sus malas condiciones. Pensóse luégo en enviar á París una persona facultativa que hiciese una copia completa y exacta, y por iniciativa del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, diligentemente secundada por el Excmo. señor Conde de Toreno, Ministro de Fomento, se comisionó al efecto, por Real órden de 17 de Febrero de 1876, á D. Antonio Rodriguez Villa, oficial del Cuerpo facultativo de Bibliotecarios, Archiveros y Anticuarios. Terminada la copia, dispuso el mismo Excmo. Sr. Ministro de Fomento, por Real órden de 22 de Julio de dicho año, la inmediata y pronta publicacion, así de la primera como de la segunda parte, con inclusion de las alteraciones de Aragon.

Importa ahora dar á conocer las condiciones del manuscrito de la llamada segunda parte, único hoy conocido, que ha servido de original para la impresion. Forma éste un volúmen en fólio de seiscientas cincuenta y una hojas numeradas, encuadernado en media pasta, bastante maltratada, rotulado en el lomo *L. Cabrera de Córdoba, Historia de España*, y en él estampado cuatro veces un sello dorado compuesto de una corona real, que tiene debajo enlazadas las iniciales P. y L. En una de las extremidades del lomo está pegado un papelito en que se lee, *Esp.* 164. Tiene al principio cinco hojas de papel antiguo en blanco, y en la primera de ellas se encuentran estas dos signaturas, 10.239, escrita con tinta negra, y *Esp.* 3.164, escrita con lápiz rojo. En las hojas primera y última manuscritas hay un sello en tinta encarnada, de forma circular, conteniendo una corona real, un escudo con tres lises y alrededor de él el collar de una órden que se asemeja al de Cárlos III, pero que por lo borroso que está no puede asegurarse cuál sea, leyéndose en su contorno *Bibliothecæ Regiæ*. Cómo haya ido á parar este volúmen á la Biblioteca Nacional de París, se ignora completamente.

Este manuscrito no es el original del autor, sino, á juzgar por el carácter de su letra, una copia hecha en el último tercio del siglo XVII, ejecutada por amanuense tan inhábil y poco experto en esta clase de trabajos, que con frecuencia aparecen alteradas muchas palabras, desfigurados muchos nombres propios y geográficos, y lo que es peor, repetidas omisiones de palabras, que dejó en claro sin duda por no entender su lectura, y muchas otras cometidas por la precipitacion y descuido con que copiaba, saltándose á veces, no sólo palabras, sino tambien líneas y párrafos, como fácilmente se deduce del contexto.

La copia moderna ha sido hecha de la antigua con el mayor esmero, exactitud y escrupulosidad, cotejada y corregida con detencion; pero naturalmente ha de resentirse de la que la ha servido de original. Si á lo defectuoso de la copia antigua se agregan las cualidades del estilo propio del autor, calificado por eminentes críticos de oscuro, confuso y afectado, no extrañará seguramente el lector las faltas de sentido que se advierten en la segunda parte de esta *Historia*, con tanto más motivo, cuanto que no son en verdad pocas las que en la primera parte impresa ya se notaban. Exigiendo ante todas cosas la índole de estas publicaciones la mayor exactitud y conformidad con los originales conocidos, y no permitiendo las ya extraordinarias dimensiones de la obra ilustrar con documentos el texto primitivo, se ha procurado reproducirlo con la mayor fidelidad posible, modificando tan sólo su ortografía en cuanto no afecta al sonido, y llenando aquellos claros, ó corrigiendo aquellos nombres, no sin advertirlo oportunamente, que con toda evidencia exigia el sentido de la oracion.

Débese, por último, advertir, que aunque esta segunda parte alcanza al año 1598, no termina en ella la vida de Felipe II, y que casi desde el año 1596 se advierte que más que historia parece un conjunto de apuntes más ó ménos revisados y ordenados para escribirla, terminando por varios documentos sueltos y sin correlacion, que sin duda habian de servir al autor para ampliar ó ilustrar el texto correspondiente.

A pesar, pues, de todos los defectos enumerados, la HISTORIA DE FELIPE II, escrita por Cabrera de Córdoba, será de hoy más, por las circunstancias especialísimas que concurrieron en su autor, el monumento histórico más importante, la pintura más viva y fiel, y la guia más segura para estudiar y comprender la historia de España y de aquel monarca en la segunda mitad del siglo XVI.

Y porque la vida de todo historiador contribuye sobremanera para juzgar críticamente su historia y mejor apreciar sus cualidades y condiciones, se da á continuacion una noticia biográfica de Luis Cabrera, parte tomada del *Prólogo* que encabeza sus *Relaciones*, y parte entresacada de lo que él mismo refiere de su vida en la segunda parte de su *Historia*, por donde se verá el respetable y autorizado testimonio que merece tan diligente Cronista.

Fue Cabrera natural de Madrid, aunque oriundo de Córdoba, y vástago de una familia ilustre de aquella ciudad; hijo de Juan Cabrera de Córdoba y nieto de Luis Cabrera, que descendia en línea recta de Fernando Diaz de Cabrera, octavo señor de la torre de su apellido (1). Su abuelo Luis, capitan de infantería española, estuvo casado con doña María de las Roelas, sirvió al Emperador en las célebres campañas de Italia y Alemania, y fue despues hecho prisionero por los turcos en la desastrosa jornada de Coron; mas habiendo logrado por industria suya libertarse con otros capitanes, volvió á su patria y fue incorporado al tercio de Flándes, distinguiéndose en él, hasta que en el año 1557 murió peleando, como

(1) Son los Condes de Torres Cabrera.

bueno, en el asalto de San Quintin, habiendo sido uno de los primeros que escalaron los muros de aquella ciudad. Juan, el padre de nuestro cronista, siguió al principio la carrera de las armas, y fue alférez de su padre Luis; mas á la muerte de éste dejó el servicio, y se estableció en Madrid, obteniendo el cargo de Fiscal de la Contaduría Mayor de Cuentas, y posteriormente el de Despensero mayor del Rey; casó con doña María del Aguila y Bullon, de quien tuvo en 1559 á nuestro autor Luis Cabrera de Córdoba y á Andres de Córdoba, religioso de San Bernardo. Fue doña María señora rica y principal, con bóveda propia en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de esta Córte, al lado de la Epístola del altar mayor, debajo de Nuestra Señora de Gracia, hoy del Santísimo Sacramento, donde fue enterrada en 18 de Junio de 1615, siendo de edad de más de 80 años, y dejando allí fundada una misa cada semana.

Nada se sabe de los primeros años de su vida, ni del lugar en que fue educado Luis Cabrera de Córdoba, si no es lo que él mismo dice en la parte hasta ahora inédita de esta *Historia*, que por disposicion del Rey dejó los estudios, en que iba bien encaminado, para que con los viajes y la práctica de los negocios se habilitase en el ejercicio y manejo de los papeles de Estado.

Cuándo fue su partida para Italia no hemos podido averiguarlo; pero sí que ya en el año 1584 estaba en Nápoles con el Duque de Osuna, virey de aquel Estado; era escribano de racion, y tenía ademas cargo de los papeles referentes á la expedicion marítima que envió el Duque para defender á los caballeros de Malta de las piraterías de turcos y venecianos. Con objeto de arreglar las diferencias entre estos últimos y los de Malta gestionaba Felipe II con el Papa por medio de su embajador en Roma el Conde de Olivares y del Duque de Osuna, quien mandaba con frecuencia á nuestro Cronista á la Córte pontificia para dar y recibir las respuestas.

Asistió, por razon de su cargo, durante su estancia en Nápoles, á la construccion de varios barcos, que, andando el tiempo, sirvieron, segun refiere, en la memorable armada llamada *la Invencible*.

Deseaba Cabrera visitar á Venecia, y en una de sus excursiones á Roma le ordenó el de Osuna que desde esta ciudad fuese á la capital de aquella República á recoger unas cajas con ricas tapicerías de Flándes y plata dorada de Alemania que para él habian allí aportado, y al mismo tiempo averiguase el paradero de Cristóbal de Salazar, antiguo secretario de España en aquella embajada, desamparada desde 1556, en que dieron la precedencia á Francia, con menoscabo de España, los venecianos; y aconsejándose con Salazar, diestro en el uso de negociar con aquella Señoría, activase el asunto de la reconciliacion. Encontróle, y juntos visitaron á los principales señores del Estado, pareciendo á todos muy conveniente que representase Cabrera, segun estilo, las razones que hacian al caso ante el Consejo de la Señoría. Tan bien desempeñó Cabrera su cometido, ayudado de Salazar, que consiguió el más satisfactorio resultado, terminándose definitivamente los altercados por una y otra parte.

Envióle igualmente el Virey á la Córte de España con motivo del tumulto del pueblo de Nápoles, ocurrido en 1585, «porque la fama, dice el mismo Cabrera, que los sucesos engrandece, no pusiese en cuidado á S. M.» Aprovechando esta ocasion, representó á S. M., ademas del objeto principal de su venida, los adelantos de la obra de las Atarazanas y construccion de bajeles que estaban á su cuidado, como escribano de racion de ellas; el estado de la Hacienda; la prosperidad y engrandecimiento de la ciudad de Nápoles, y cómo, por vivir en aquella regalada ciudad y gozar de sus libertades y bellezas, se despoblaban las demas tierras del reino; suplicóle por fin, de parte del Duque, le diese sucesor en tan elevado cargo, por exigirlo así su quebrantada salud. Su Majestad le dijo hiciese relacion de todo al Cardenal Granvela y al Conde de Chinchon; y porque no le podia despachar hasta llegar á Monzon, á cuyo punto se dirigia para celebrar Córtes, le mandó ir al Escorial á ver á sus padres, pues no era razon volver á Italia sin recibir su bendicion, y que el Conde de Chinchon le daria para la vuelta mil escudos de oro y atenderia á que se le hiciese merced estable para animarle, porque tenía resuelta su ida á Flándes, cuando diese sucesor al Duque de Osuna, con objeto de que se enterase de los negocios de aquellos Estados, como ya lo estaba de los de Italia. A que añade Cabrera: «Porque cuando me envió á ver el mundo, fue á estudialle, escribiendo diarios de cuanto habia y hacía para perfeccionarme con la experiencia la arte, y con la prática disponiéndome para cosas mayores, ó como si hubiera de escribir esta *Historia*, que no pudiera sin ayuda de mis escritos.»

Volvió Luis Cabrera de San Lorenzo del Escorial á Monzon, y despachado tornó á Nápoles, pasando como ántes por Francia, no sin grandes peligros de caer prisionero de franceses, ó cuando ménos ser desbalijado, de que le salvó Angulo, práctico correo del Rey, que le acompañaba, alegrando su llegada al Duque por la buena nueva de su presto relevo.

Verificado éste, pasó Cabrera á Flándes con algunas compañías de lanzas y un tercio de napolitanos mandado por Cárlos Spinelo, duque de Seminara. A la entrada de aquellos Países adelantóse nuestro Cronista para dar cuenta de la llegada del refuerzo al Príncipe de Parma, que á la sazon expugnaba á Nuis. Retúvole el Príncipe en su compañía hasta la rendicion de la ciudad, y áun despues le llevó consigo al sitio de Rimberghe. Ocurrió en este tiempo que, habiendo convidado á comer el Duque de Cleves al Príncipe de Parma, y habiendo éste mandado que sólo quedasen con él su camarero y Luis Cabrera, colocados, segun costumbre, á sus lados detras de la silla, no pudo ménos el ilustre caudillo de manifestar de sobremesa á su anfitrion la extrañeza que le causaba el ver la humildad con que se trataba; á lo que contestó el de Cleves quejándose del deplorable estado de su hacienda por el desórden y poca conciencia de sus administradores, y proponiéndole que si el rey D. Felipe le diese en Brusélas 50.000 escudos anuales, le dejaria encomendada la guarda y administracion de sus Estados. Cansado el Príncipe de esta conversacion, miró á su camarero y á Cabrera, y la terminó replicándole: «Pues dígalo V. A. por escrito para que el Rey vea su voluntad verificada.» Escribiólo

segun le dictó el Príncipe, y retirado á su cámara dijo á Luis Cabrera: «Disponeos, porque con este papel y una carta mia y la relacion que habeis hecho de lo sucedido en esta empresa, y con el concierto hecho con el Conde de Enden de dárnosle y el puerto en empeño por doce años por 200.000 ducados, cosa bien importante, habeis de ir en posta luégo á dar cuenta á S. M.» Así lo ejecutó, y encontrándole en San Lorenzo, le hizo relacion de todo, volviendo en seguida á Flándes, no sin recibir ántes del Rey mil escudos para el viaje.

Otra mision importante cerca del Rey Católico le encomendó Alejandro Farnesio cuando se trataba de la conveniencia ó inconveniencia de unirse la armada de España, llamada la Invencible, con la de Flándes para combatir á Inglaterra, quedándose esta vez definitivamente en España, «para ser ocupado, dice él mismo, en los papeles de Estado, para que me encaminó el Rey desde que se sirvió que dejando mis estudios, en que iba bien encaminado, en el exercicio de los papeles me habilitase, conociendo mis fundamentos naturales y adquiridos, disponiéndome para cosas mayores.»

Cumplida esta mision, el Rey le mandó que con el secretario Andrés de Alba fuese á Castilla la Vieja y Galicia á ayudar á proveer un socorro de treinta navíos que habia de partir para Inglaterra en pisando su territorio el ejército español.

Quedó luégo Cabrera á las inmediatas órdenes del Rey, quien, ademas del cuidado y arreglo de los papeles de Estado, solia mandarle, en concepto de hombre de su confianza, á enterarse de ciertos asuntos. Así en 1591, con motivo de un alboroto ocurrido en Avila por haber fijado unos carteles contra S. M. y haber el ministro encargado de apaciguarlo, ejecutado rigorosamente las órdenes del Rey, fué enviado á enterarse del estado en que quedaba la poblacion, dando cuenta verbal á S. M., que le significó con este motivo la poca inclinacion que tenía á Avila por haber sido en ella depuesto Enrique IV y alzado más tarde el pendon de las Comunidades. Igualmente, cuando en 1592 se dirigia el archiduque Alberto, dejado el gobierno de Portugal, á avistarse en el Escorial con D. Felipe II, para auxiliarle en el general de la monarquía, encargó el Rey á Cabrera le recibiese á alguna distancia del regio monasterio y le acompañase hasta su presencia. En 1593 le mandó tambien encaminase hasta una legua de distancia del Escorial las compañías de caballería de las guardas que vinieron de Zaragoza á su alojamiento de Castilla, despues de haberlas revistado en el Real Sitio de San Lorenzo.

Es indudable, en vista de todo lo que antecede, que Felipe II pensó en proporcionar á Cabrera la instruccion, práctica y experiencia necesarias para hacer de él un buen secretario de Estado, por más que no llegó á ejercer este cargo, de que no poco se lamenta nuestro Cronista al hablar, en el libro VIII, cap. 1 de la parte hasta ahora inédita, de otros que con ménos títulos eran elevados á tan importante rango. «Yo sólo, dice, en esta profesion he sido el consuelo de desgraciados por haberme dado la suerte de los dos cofres el de arena, dexándome confortado el conocerla, y áun en la baxa fortuna me calumnia la escrupulosa ó demasiado reli-

giosa atencion á la perfeccion que no admite, de que doy barato en la comunicacion lo poco que he sabido y se debiera acusar ántes el venderlo caro.»

Muerto Felipe II, quedó en Palacio de *Grefier de la Reina Nuestra Señora* (1) *y contínuo de la Casa Real de Castilla*, segun él mismo se titula al frente de la segunda parte de su *Historia*.

Tuvo trato y amistad con algunos literatos de su tiempo, y entre otros con Cervántes, quien le elogió de esta manera en su *Viaje del Parnaso:*

«No lo harás con éste de ese modo,
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo.
»Es de la Historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás si te lo enseño.»

Don Martin de Angulo y Pulgar, en un librito que compuso con el título de *Epístolas satisfactorias á las objecciones que opuso á los poemas de D. Luis de Góngora el licenciado Francisco Cascales* (2), nombra, entre los poetas que siguieron con aplauso la escuela de aquél, á un D. Luis Cabrera de Córdoba, que evidentemente es el mismo que nuestro autor.

Estuvo casado con Doña Baltasara de Zúñiga y Tapia, en quien tuvo varios hijos: á D. Felipe, que murió jóven en 1615; á Doña Luisa, que falleció doncella en 1616; á Doña Isabel, mujer de Pedro de Hinestrosa, muerto en 1630; y por último á D. Juan, su heredero. Su esposa Doña Baltasara murió en Abril de 1622 y fue enterrada en la bóveda propia de su marido en la dicha parroquial de San Juan. Al siguiente de 1623, en 9 de Abril, falleció el Cronista, siendo sus testamentarios el Conde de Olivares, el Padre fray Juan Cabrera, de la órden de San Bernardo, y D. Juan Cabrera de Córdoba, su hijo. Tenía á la sazon 54 años, y vivia en la calle de Preciados.

Dejó Cabrera escritas várias obras, algunas de las cuales se imprimieron en vida suya y otras quedaron manuscritas. En el número de aquéllas se cuenta la primera parte de la *Historia de Felipe II* (3), y el tratado didáctico conocido con el título de *Historia para entenderla y escribirla* (4). Trató de publicar la segunda parte de su *Historia*, en la que, como era natural, incluia las alteraciones ocurridas en Aragon en 1591; mas habiendo los diputados de este reino entendido que en ella se les hacía agravio, escribieron al rey D. Felipe III, suplicándole no permitiese su impresion. El Consejo, á quien el Rey mandó el negocio á consulta, pidió á Cabrera lo que sobre aquel particular tenía escrito, y éste entregó ciertos cuadernos, que el mismo Consejo remitió á Zaragoza, y los diputados co-

(1) La reina Doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III.
(2) Granada, 1635.
(3) Madrid, por Luis Sanchez, 1619.
(4) Madrid, por Luis Sanchez, 1611.

metieron su exámen al doctor Bartolomé Leonardo y Argensola, quien puso al márgen lo que le pareció conveniente reformar. Volvieron los cuadernos á Madrid, y el Consejo se los devolvió al Cronista, con órden expresa de no imprimirlos sin las advertencias y enmiendas del doctor Leonardo: condicion á que Cabrera no quiso sin duda sujetarse, pues quedaron inéditos. En la biblioteca de la Real Academia de la Historia, entre los papeles de Poblet, se conserva una copia del tiempo, con las dichas advertencias al márgen, que es la que ha servido ahora para su publicacion en esta *Historia*.

En la biblioteca del Escorial se conserva tambien inédito y al parecer autógrafo, con el título de *Laurentina*, un poema en octavas reales en alabanza de San Lorenzo.

Es probable que estando para terminar la *Historia de Felipe II*, se ocupase en reunir datos y materiales para escribir la de su hijo y sucesor Felipe III, anotando con escrupulosa exactitud hasta el más mínimo suceso de los que ocurrian en la Córte. Sus apuntes, escritos sin pretension de ningun género, en estilo familiar, algun tanto desaliñado, y en la forma de *Relacion*, tan comun y usada entónces, fueron hallados á su muerte y puestos en órden por algun curioso, permaneciendo inéditos hasta que por Real órden de 1.° de Marzo de 1857, dictada por la primera Secretaría de Estado, se publicaron con el título de *Relaciones de las cosas sucedidas en la Córte de España desde* 1599 *hasta* 1614 (1).

(1) Madrid. Imp. de J. Martin Alegría, 1857.

SEÑOR:

Ofrezco á vuestra Alteza la historia del señor Rey de España D. Filipe II, su abuelo dignísimo, eccelencias de su virtud y preceptos de su vida en paz y guerra. Admirando el mundo admirables cosas hizo, árbitro por religion y fortuna, prefiriéndole á todos los Príncipes la grandeza y prudencia. Haga imitador á vuestra Alteza el exemplo de quien sangre y obligaciones tiene, para que sucediendo en ellas nos le represente cual desea y espera su imperio. Consérvanse á la posteridad sus alabanzas en perpétua y agradable confesion de la envidia, porque la gloria y veneracion de vuestra Alteza las celebre y sea temido y amado, estableciendo tranquilidad entre sus vasallos y adquiriendo innumerables victorias de los enemigos, en aumento de la Iglesia Católica, que llevará vuestra Alteza hasta los últimos términos de la tierra.

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA.

Á ESTOS REINOS JUNTOS EN CÓRTES.

Presento á V. S. la *Historia del Señor Rey de España don Filipe Segundo*, asunto grande, verdadera regla para saber reinar. Los egipcios loaban en sus Príncipes difuntos no los bienes de la fortuna sino la piedad y justicia, para que celebrada su memoria inflamase con más eficacia el deseo de su imitacion, cuando ya no podian adulacion y esperanza de gracia ó premio, como en mí, que no señala el cuadrante si le falta el sol. Y aunque la amplificacion de hechos y dichos notables es la fama y clara noticia representada de los héroes con alabanza, guíase por la razon; porque su virtud ecelente con lo admirable que le comunican la majestad y el triunfo, tanto más se muestra maravillosa, cuanto con el triángulo de vidrio parece lo perfeto á los ojos mayor, más agradable con varios colores, resplandores y vislumbres sin adquirir calidad alguna. Teníase por arrogante formar un buen Príncipe y por útil loarle para exemplo que imite la posteridad. Los espartanos se contentaban con la verdadera narracion, y ántes de las batallas sacrificaban á las Musas para que sucediese á las hazañas. Enseñan los aciertos y yerros, de que no escaparon los Reyes por ser mortales, y hago por esto juicio de sus acciones con las máximas ó advertencias de la razon de Estado.

Igualó y animó mis escritos con relaciones ciertas y fieles originales mi diligencia para historiar sin mandato, sin oficio, sin gratificacion (desaliento de los escritores) y sólo por hacer servicio al que mi humildad debe tanto, pues no es pequeña prueba ser reconocido á un muerto. Cediera en el estilo y puestos de eleccion de la *Historia* á muchos, si bien he dado á la estampa su arte, no en el conocimiento de la materia, por el que tengo de los acaecimientos, motivos y causas de las empresas, habiendo comunicado con graves ministros en diversas provincias, en la Córte y Palacio de su Majestad Católica; y si discordâre de lo que se ha escrito, no yerro en lo que escribo. Fio mucho de la acepcion y aplauso con que espero será recebido en su monarquía y favorecido más de los eruditos y doctos con loa suya, pues conoce la sabiduría el sabio, y la del que alaba da reputacion al sujeto, y dél la recibe cuando es justamente: gran felicidad tenerle digno en que señalarse. Toma la agua sabor del pozo, la dotrina de la bondad, ignorancia ó malicia. Celebren un Príncipe que su gloria puso en la seguridad de conciencia con que vivió y murió; y despreció estatuas, trofeos, empresas que para su duracion tantos procuraron. Con el renombre de *Perfeto* le sinifiqué, y porque le hacía sospechoso

la curiosidad, remití al lector darle el que por bien tuviere; pues fue justo como Josías; celoso de la honra de Dios como David; penitente y defensor de la religion como su padre Cárlos V Máximo; en edificar el mayor templo, Salomon; en favorecer la Iglesia, Constantino Magno; Ezequías, en riqueza; Asuero, en majestad; en gravedad, Nerva, emperador; en la justicia, Trajano; Antonino, en piedad; Filipe, rey de Macedonia, en prudencia; en el obrar atentadamente é igualdad de vida, Quinto Fabio Máximo; en estimar los sabios, Don Alonso el Sabio, rey de Castilla; Gordiano, emperador, en ser venerado de sus magistrados; Luis XI, rey de Francia, en saber disimular en mejor parte; y San Luis, en deshacer los bandos de su reino; en oir igualmente, Don Fernando, rey de Nápoles; en el contínuo despacho, Julio César; Alexio, emperador, en el hacer colegios; el rey Don Juan II de Portugal, en ser señor de sí y de sus negocios; Don Fernando el Católico, su bisabuelo, en el conocimiento de la razon de Estado; en la devocion, Teodosio Magno; en suavidad de muerte, Moises.

Infunde la grácia tanta concurrencia de virtudes, y teniéndolas Don Filipe con eminencia como las de los planetas del sol, no se le podia titular de una sin querella de las demás, y se le concedia renombre de *Perfeto* entre los cristianos, por el de *Divo* entre los romanos.

Su historia estuvo mucho tiempo sin comunicarse, como si felizmente aguardára por oculta causa la junta de V. S. para que su generosa y liberal mano la hiciera imprimir con agradecimiento á la recordacion de tan buen Rey en beneficio desta nobilísima y fidelísima Corona y en aprobacion de las prudentes y loables resoluciones de V. S. con que maravillosamente atiende á la conservacion de sus provincias, más loables ya por la dichosa eleccion que hicieron de tan ilustres y suficientes caballeros, amadores del bien público y del servicio del rey Don Filipe III nuestro Señnr, cabeza digna de un cuerpo místico tan gallardo, poderoso y bien reputado, que ha tendido sus banderas en todo el orbe, y clarísimo por las letras que le adornan y le enriquecen. Tendrá V. S. elogio de mi ánimo sujeto y rendido, que iguale á mi vida, prosiguiendo mi pluma hasta el fin empleada siempre en serville sobre tan deseado y para mí próspero principio.

FILIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE SU NIETO ESCLARECIDO

D. FILIPE DE AUSTRIA.

LUIS CABRERA DE CÓRDOVA,

criado de Su Majestad Católica, y del Rey Don Filipe Tercero, nuestro señor.

Habitaron en su principio los hombres en compañía para conservarse y señorear todo lo criado (pues sin ella fueran pasto de las fieras), y fundaron ciudades, diversas congregaciones, y las rigieron sus principales en la comunidad y ley natural, de manera que su libertad de conciencia trujo el castigo del diluvio general. Acercándose á la mayor perfecion con uso y dotrina, igualando todas las familias debajo de una cabeza y derecho, eligieron monarcas con nombre de rey y reino el pueblo que dió asimismo en beneficio y en gobierno. Su juridicion suprema y perpétua, vicaría de Dios en lo temporal, mantiene los que recibió en tutela por eleccion ó sucesion, acomodando las determinaciones conforme á la naturaleza de la verdad dispuestas, debajo de opinion de justicia constituidas. De aquí nacieron las buenas leyes, y de su administracion libre, sabio consejo, prudente resolucion, pronta ejecucion, la prudencia civil y militar. Deseó esta soberana dignidad el ménos ambicioso y más desinteresado, porque la voluntad del reinar es tan fuerte, poderosa, vehemente, como bienaventuranza el mandar y ser el que antevé más superior al que sólo puede ejecutar lo que antevió, súbdito naturalmente. Siendo acciones correspondientes, convino sujetar la materia (áspero á los filósofos); mas violencia que tiene

claramente el bien del que parece forzado en su obediencia. Fueron reyes por naturaleza Sócrates y Platon; por fortuna, los emperadores Vitelio y Neron; por fortuna y naturaleza, Alejandro Macedonio y Octaviano César Augusto; más por fortuna que naturaleza, Galva, emperador; más por naturaleza que fortuna, Cipion y Aníbal. Con elecciones continuaron algunas monarquías, y la fuerza de la antigüedad, contra las discordias que armó la ambicion, aprobó sabiamente las sucesiones, siguiendo un buen Príncipe á otro, encaminados para ser útiles gobernadores. Aunque los cinco Emperadores, desde Nerva á Marco, adoptados salieron loables, y vituperables los que heredaron, ó se introdujeron por aclamacion y hierro de soldados de milicia y vida estragada. Y así, entre cincuenta y uno que imperaron hasta el Pío Constantino Magno, cuarenta murieron violentamente. Los buenos Reyes son principal dón del cielo; en su imperio están las armas y letras con su honor, el Senado con veneracion y poder legítimo; ellos unidos con su pueblo admirables, comunicados sin las perturbaciones de los malos emperadores, sujetos al arbitrio de la fortuna y tiranía por la corrupcion de los tiempos que hicieron divulgar el gran secreto de que se podia hacer Príncipe fuera de Roma. Gran prudencia y juicio convienen al Monarca para regir el Estado. No es el Principado, sino el Gobierno, suprema autoridad, majestad con inmovilidad y permanencia, que á las acciones referidas es oficio, á la superioridad grado, y condicion de vida á la diferencia del brazo eclesiástico, militar y popular. Los perfetos Príncipes con ecelentes fundamentos naturales, adquiridos y de fortuna, manejaron los quince instrumentos del arte de reinar, siempre registrando su razon por la divina voluntad. La justicia es fin de la ley; ésta obra del Príncipe; él, imágen de Dios, y á medida de su ley santa ha de ser necesaria la suya. Muchos, por diferente fin y estilo, historiaron el orígen, estado, declinacion de las monarquías y repúblicas en provecho general; y como apénas pasó alguna de mil años, por más que sus regentes aspiraron con hecho y consejo á su perpétua duracion. Gastan los años y el órden de la naturaleza todo humano instituto, no pudiendo ver ni proveer á todas las cosas. Los acidentes de los estados por la cuantidad grandes, en la cualidad diversos, vienen en tanta variedad de tiempos, que parece imposible, conforme á razon, el emendarlos. Esto considerado y conocido por letura que los preceptos de los antiguos y modernos (aunque de gran servicio á los que, teniendo inteligencia dellos, se ocupan en el gobierno público) son infinitos y poco para sujetarse á reglas determinadas y firmes; como la enseñanza por los ejemplos sea más breve, escribo la vida y hechos del señor Rey de España D. Filipe II. Fue su reinado por su largueza notable y por la variedad de sucesos dignos de consideracion y ponderacion en la paz y en la guerra, siendo sabio príncipe, vitorioso rey, desapasionado consejero, concertado padre de familia, vigilante prelado y tan observante

religioso, que dió reglas de bien vivir con su vida, y ejemplo de bien morir con su muerte. Pudo ser celebrado con los títulos de los mayores y mejores de sus clarísimos progenitores emperadores romanos, griegos, alemanes, reyes principalmente de España, por su antigüedad y nobleza antepuesto á los pasados y contemporáneos. La virtud seminaria, fuerza divina de tantos y tan soberanos troncos en D. Filipe unida maravillosamente, hacía esperar mucho deste Rey de españoles, italianos, belgas, indios, á quien tantos ascendientes esclarecidos por religion y por fortuna en su ánimo juntos despertaban y esforzaban para merecer por natural razon y presuncion del derecho, y aumentar la gloria de sus triunfos y de los súbditos el amor y veneracion. Ser el Príncipe de noble sangre al Estado es de ornamento, no de la seguridad que el poder en que debe poner mientes el que señorea, porque, en cuanto el linaje, harto es ilustre el que puede á otros tener sujetos. Dieron por esto los romanos el título de la majestad del Imperio al pueblo, fundamento de su poderío, que si atendieran al linaje, le retuviera el Senado. Y así los que mejor escriben de las deliberaciones de Roma, dicen: «El pueblo lo mandó, el Senado lo determinó, la majestad del pueblo, la autoridad del Senado.» La forma esencial consiste en la potencia por la unidad de la razon más perfeta que en la sabiduría y bondad en los Príncipes mayores y mejores por acidente.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nacimiento y crianza de D. Filipe.

Nació en la ciudad de Valladolid, á ventiuno de Mayo, fiesta de San Segundo, mártir de Córdoba, del año mil y quinientos y ventisiete, en el Pontificado de Clemente VII, en el imperio de su padre Cárlos V Máximo, para alegría suya, esperanza y contento de sus vasallos. Fue baptizado en el monasterio de San Pablo, del instituto de Santo Domingo de Guzman, por D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, y dióle por abogado á San Filipe apóstol, en conmemoracion del Rey D. Filipe I, su abuelo. No celebró el baptismo de su primogénito el Emperador con la solenidad prevenida, porque si bien caso no destemplaba su magnanimidad, adoleció con el aviso de haber acometido, á seis de Mayo (sin saberlo su Majestad Casarea y contra la oposicion de sus capitanes y vireyes de Italia) y saqueado á Roma su ejército hecho insolente con las victorias y animado con sus memorias, y reconociendo sus fuerzas, sin freno, cebadas en la riqueza del saco las naciones mal afectas cerca de la Silla Apostólica,

que le componian en la mayor parte, por ser forzoso asoldallas á quien saca en la Europa armada superior. La vanidad curiosa, teniendo el suceso como prodigio, pronosticára sería D. Filipe ruina de la Iglesia; y fue su veneracion, obediencia, riqueza, escudo, espada, mostrando en cuanto se ha engañado el juicio humano. En el monasterio de San Jerónimo de Madrid, á decinueve de Abril, domingo, en el año mil y quinientos y ventiocho, le juraron Príncipe á los diez meses y veinte dias de su nacimiento los reinos, presentes sus padres. Dió muestras de su futura grandeza tan presto que le puso casa en el año sétimo el Emperador, y eligió para su maestro al Doctor Juan Martinez Siliceo, teólogo de la Universidad de Alcalá y catedrático en la de Salamanca. Enseñóle amar y temer á Dios, leer, escribir, la aritmética que sabía mejor y la lengua latina, la italiana y francesa por intérpretes. Dellas usó muy pocas veces, aunque muchas entendió con ellas, haciendo la castellana general y conocida en todo lo que alumbra el sol, llevada por las banderas españolas vencedoras con invidia de la griega y latina, que no se extendieron tanto con doce partes. Extendió el señorío del vencedor la lengua; el de los griegos en la Asia, el de los romanos y árabes en Asia, Europa y Africa. Su temperamento sanguíneo, de mediana mistura de melancólico para moderar el altivo movimiento de la sangre, le dió (como suele) vida larga, señoril presencia, agudeza de ingenio, gran memoria, inclinacion á lo justo, fiel, magnífico, impresion fácil de la virtud, alegría y atraccion del ánimo, que hizo de muchos feliz el curso de la vida. Don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, maestro de su crianza ó ayo, con poco trabajo le hizo diestro en obrar con gallardía y primor grande, lo bastante de las gracias y gentileza. Guardaba su autoridad tanto, que habiendo llegado el Cardenal Tabera, Arzobispo de Toledo, estando vistiéndole, y diciendo el ayo le mandase cubrir, tomó la capa y la gorra, y dijo: «Ahora podeis poneros el bonete, Cardenal.» Dióse al real ejercicio de la caza para divertirse y ser alentado y fuerte; de manera que de poca edad esperaba á caballo, solo en la parada, y heria el jabalí con la espada desta venacion. La buena disposicion (aunque no grande) le disponia, y la natural fortaleza que nace del corazon fuerte, no de la estatura gigantea y robusta, y en los Príncipes de la constancia y firmeza del ánimo, de la seguridad tan fiel y confiada por la junta y número de virtudes, que temor no la turba ni altera, para fiarle la fortuna de las armas y salud de la República. Tenía la frente señoril, clara, espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos, con mirar tan grave que ponia reverencia el mirarlos, y le agradaba. La hermosura, digna de imperio, era de gran ornamento en la forma del cuerpo conveniente á su dignidad, con partes, con cierta gracia y perfecion entre sí y con el ánimo tan correspondientes, que de los rústicos, que ni le conocieron ni vieron en compañía ó solo en una selva, juzgándole digno de toda veneracion, era

saludado con reverencia. Tuvo perfeta vista, y en el oir sutileza tanta que no sabiendo la música ni qué término de voz tenía (porque jamas cantó), juzgaba en ella advertidamente. Aprendió las matemáticas, áun más que para entender á sus artífices, y lo que se trataba en su Imperio y le podia hacer ecelente con emulacion y estímulo de los sucesores y ayuda de sus pueblos. Hizo maravillosas pruebas de gran memoria, importante por la variedad de negocios y ministros que trataba: amplificóla tener su ánimo sin perturbaciones, y el órden y conocimiento de las cosas con la atencion advertidas, la generalidad distinta y clara, leccion de historias y moralidades. Notó lo esencial en los libros dellas, como se ve en la insigne librería de San Lorenzo el Real, sabiendo lo que tocaba á su oficio de Rey, pues bastan pocos preceptos para saberlo, y ser más vigilante, cual Trajano Emperador, que estudioso. Esto le ayudó, y mucho más una como divina influencia y el uso de sus graves negocios en la paz y en la guerra, para dar leyes convenientes á los súbditos, penetrando para esto la inteligencia su naturaleza y conservarlos en paz interior la Providencia, contrapesando el juicio los estados, y la destreza contemporizando con los inconvenientes, y en la exterior con los confines midiendo la industria las fuerzas; el aconsejarle con madureza, el ejecutar con presteza, el tener constancia en lo deliberado, establecer la milicia, administrar bien la guerra, ser fuerte en la adversidad, moderado en la prosperidad, el entender tan cierto las cosas divinas que no hiciese temer la supersticion ni precipitarse la licencia; conocer con advertencia las inclinaciones de los vasallos, pues muestran claramente las obras públicas sus intentos, ánimos, deseos, y ser de una estampa y naturales pasiones; mas influye secreta fuerza, y la crianza y ejercicios dan ciertas propiedades, áun á los animales por ellas muy diversos de los de otras regiones, y mudan el estilo de la naturaleza. La experiancia, guía del entendimiento, regla de la voluntad, alma de la prudencia, le mostró la armonía del cuerpo de la Monarquía, y su destemplanza por la edad del mundo, y por los preceptos su contínuo movimiento, y ser tardío y peligroso medio conocer los aciertos con los hierros y daños, el hacer con el deshacer, las órdenes con las desórdenes. Sabía sus provincias, ciudades, pueblos, el sitio, montes, rios, comodidades en lo civil y militar, gobierno, hacienda, mercaderías y tributos. Lo que no pisó, le presentaba la pintura, y alcanzaba con el efeto desde el un polo al otro, como Alejandro Macedonio con el deseo. Falleció en Toledo la religiosísima Emperatriz su madre, hija del Rey D. Manuel de Portugal, á primero de Mayo del año mil y quinientos y treinta y nueve, dejándole de doce años ménos veinte dias; y en las ausencias de su padre comenzó á regir á España con juicio y divino celo superior á sus dias, previniendo la virtud como en los nacidos para reyes. Fue en decir grave; en responder pronto y agudo; en percibir fácil; en advertir claro; en las cosas arduas y difíciles cauto, sesudo,

detenido, y para todos los casos y ejercicios como si hiciera su fortuna. El arte del oficio del Rey nace de cosas tan grandes que autorizan á quien las ejercita; y criándose desde pequeños para ellas, son los sucesores más para reyes. Saliendo el Príncipe de palacio, le pidió con lágrimas una mujer templase la sentencia de muerte que dió á un hijo suyo la Sala del Crímen por haber muerto á otro. Don Filipe, sin mudar el caballo, se informó del Alcalde de Córte que iba en el acompañamiento, y dijo: «La sentencia está bien, y porque no hay parte y le aproveche haberme detenido y rogado, dénle luégo el preso y salgan de la Córte.»

CAPÍTULO II.

Don Filipe es jurado Príncipe en Aragon, y consúltase sobre su casamiento, y se efetúa con la Infanta de Portugal.

Entendió el Emperador Cárlos V en Alemania vendria sobre Viena Soliman, señor de los turcos, con ejército inumerable, y para no obligarse á la resistencia sin bastantes fuerzas, tomó desde España, por diversion y ocupacion importante, recuperar á Argel en la Mauritania Cesariense. Rota con naufragio su armada, arribó á Cartagena su Majestad, y en Murcia descansó pocos dias, y le escribió consolándole D. Filipe en suceso, á su parecer, desgraciadísimo. Decíale:

«Considerase no quitó á los reyes y mayores capitanes volver sin victo»ria de las empresas difíciles el merecimiento de su valor, habiendo los más »prudentes y los más dichosos perdido y ganado; y quien perdió por la fuer»za de la fortuna debia estar más consolado, pues contra su prudencia y »grandeza con todos los elementos conjuró. Ni jamas conviene enojarse »con los casos; obre cada uno lo que le ha tocado, que si dispuso bien, obró »prósperamente. Tienen los caudalosos mercaderes y contínos y largos »navegantes, acidentes para naufragar, y el que imperó muchos años en »tantas regiones y provincias distantes unas de otras, como su Majestad »Cesárea. Acompañaron oraciones y sacrificios la causa justa, milicia disci»plinada la empresa, el caudal grande para el peligro; fue de magnánimo »acometer y quedó con la gloria de valeroso, diestro, reportado. Salian de »Argel armadas en favor del Rey de Francia, su perpétuo enemigo; la ve»jacion de las costas de Italia y España, la ofensa y los vasallos clamaban por »remedio á las puertas de sus alcázares, y no podia tapar los oidos un rey »poderoso y cristiano sin mayor daño y nota que intentar valerosamente y »ser vencido por la mala suerte. La felicidad del emperador Augusto y del

»Rey D. Hernando, abuelo de su Majestad, admiraba, y cotejada con su »adversidad, la mayor experiencia no señalaba cuál sobrepujase. El conse»jo nació de la variacion de las cosas; la fortuna de la continuacion del »bien; la industria de la necesidad de apartar los acidentes; la oportuni»dad del tiempo que trae, más por caso que providencia, como hacer bien »los negocios y huir los males que los disinios determinados señalan en los »efetos de las empresas dificultosas. Juntas se aman y alcanzan el fin pro»puesto en lo más dificultoso y desesperado; y juntarlas podria bien la pru»dencia de su Majestad Cesárea, para vencer en la segunda jornada que ha»ria su Alteza con el amor y respeto que le tuvo siempre, y el deseo de su »prosperidad y larga vida.»

Consoló al César la carta de su hijo amado como único varon, y en cuya imágen representado se hacía inmortal, y en la antiquísima y noble villa de Ocaña le recibió el Príncipe, y juntos fueron por la posta á Valladolid. Allí supo cercó á Perpiñan en el condado de Rosellon el ejército frances asistido de su Delfin, y caminó á socorrella. Libre ya, convocó los Estados generales de la fidelísima Corona de Aragon en Monzon, villa diputada, para juntarse en su juridicion; aunque los catalanes quieren esté en la suya por la demarcacion cautelosa del Rey D. Jaime II en favor de su hijo D. Pedro, preferido en amor á D. Alonso su primogénito, que por lo mismo no llegó á heredallo. Juraron príncipe, y dieron su título de gobernador de Aragon á D. Filipe, segun que se tenía en costumbre desde el gran Rey D. Jaime, conquistador de Valencia, que habrá poco más de cuatrocientos y cuarenta y un años, fue el primero jurado Rey en Aragon y príncipe su hijo. Era décimo juramento el de D. Filipe, los cuatro en infantes de competente edad, los seis de menor con dispensacion del Reino. Para tomar venganza de su ofensa, fué á Italia D. Cárlos y dejó por gobernador á su Filipe asistido del cardenal Tabera, del Duque de Alba, del Comendador mayor Francisco de los Cobos. Conocia es lo que más ha entretenido los vasallos en la fidelidad ver hijos de sus príncipes, en quién consiste su firmeza y esperanza de haber señores de quien puedan ser gobernados. Y así debia D. Filipe, para tenerlos, casar en sazon que los gozase y dejase en su honor y buena memoria prefiriendo al gusto el servicio de Dios, bien de sus Estados y de su familia. Por esto el Emperador, sin intento de reiterar el estado conyugal, deseaba darle al Príncipe y á sus hermanas, y por no prevenir á Dios, tenía en espera los pretendientes y en su devocion, porque declarándose no la dejasen. Guerreando en Francia para retener el curso de sus vitorias en Champaña, tomada Sandesir, trataron de hacer la paz los franceses y de afirmarla, casando D. Filipe con madama Margarita, hija del rey Francisco I, y el Duque de Orliens, su hermano, con la Infanta María, dotada en los estados de Flandres, ó en el Ducado de Milan la hija mayor del Rey de romanos, Ferdinando, herma-

no del Emperador. Intervino en el tratado de negocios tan graves el Comendador Alonso de Idiaquez, secretario de Estado y del mismo Consejo, y envióle por la posta á España, á saber la voluntad de sus hijos interesados en la alternativa de los dos matrimonios, y á informar al Príncipe y á su Consejo, porque conferido su parecer y acuerdo le escribiesen. Don Filipe no admitia casar con Margarita, anteponiendo en amor á la infanta de Portugal María, hija del rey D. Juan III y de la reina doña Catalina, hermana del Emperador. Queria tambien que á su tiempo casase la Infanta doña Juana su hermana (niña entónces) con su primo el Príncipe de Portugal, asegurando la sucesion y confirmando la union. Reprobó el dotar en el Ducado de Milan á la hija del Rey de Romanos, su prima, para quitar (como decian los políticos de Italia) la causa de las guerras en ella y complacer á los temerosos del poder cesáreo; porque dejarian á los franceses puesto contra Nápoles y Sicilia, y cerraban el paso de Italia y España para Alemania eslabonadas por él con la comun seguridad. Le consumió su patrimonio en conservar á Milan D. Cárlos, y debia recompensarle su investidura. Desconvenia el dar en dote los Países Bajos patrimoniales, y que sirvieron con buena voluntad y caudal grande contra Alemania y Francia. Estaban muy mal sin la presencia del Emperador y era forzoso el faltarles, gobernando tantos reinos y señoríos divididos; y la esperanza de asistirles hijo de D. Filipe era larguísima. Admitirian mejor ser gobernados por alguno de la casa de Austria, que enajenados ni áun para el hijo del Rey de Romanos, no olvidando lo que trabajaron en las guerras de Hungría, administrados del Emperador Maximiliano por su hijo D. Filipe Rey en España por casamiento y durante la menor edad de su nieto don Cárlos que imperaba. Eran los Estados de Flandres castillo de acero en medio de la plaza de Europa, puerta para las entradas en Francia y Alemania en favor de la casa de Austria, freno para las suyas en Italia y España, escudo contra Inglaterra, Alemania, Francia, donde y con quien reprimir su furor, gastar sus fuerzas, recibir los encuentros léjos de la cabeza desta Monarquía, para las empresas de mar y tierra igualmente poderosas. Casase Maximiliano con la infanta María con dôte conveniente, y el evento de la sucesion, para conservar los Estados en su propia casa y más unida. Fuera terrible suceder el Duque de Orliens en tantos reinos, pues los naturales por el descontento desesperados, casada la infanta doña Juana con el Príncipe de Portugal, se le arrimarian con perjuicio y sin culpa de la hija mayor, dando ocasion á tomar las armas los señores, y dividirse ó destruirse los vasallos. Satisfizo la resolucion al César, porque á los franceses entretenia tratando destos casamientos para asegurarse, volviendo las armas en defensa de la religion católica. Y porque en la conclusion del tratado nacerian (como suelen en tales casos) dificultades, que diera el allanarlas tiempo para mejorar los acuerdos, siendo usado en las materias de Estado

decirse y tratarse mucho más lo que piensan hacer ménos los Príncipes, aunque Luis Sarmiento, embajador de Castilla, ordinario en la Córte de Portugal, trató del efecto del matrimonio, mandó el César al Comendador Alonso de Idiaquez fuese á su conclusion á Lisboa, con instruccion y cartas de creencia, y cobrar la dote de que ayudarse en las guerras, y dar el parabien á los Reyes en capituiando en los conciertos. Era la Princesa muy hermosa, no grande en el cuerpo, y de deciseis años y veinte dias en éste de mil y quinientos y cuarenta y tres, y D. Filipe tenía más cinco meses. Tal correspondencia no se halla siempre en los Príncipes por la comodidad de sus Estados, especialmente en las hijas, cuya honestidad deja en sus padres la esperanza y seguridad de su bien. Con la dispensacion del Sumo Pontífice para contraer los primos, dispuso el efecto en Portugal el rey D. Juan, y en Castilla el cardenal Tabera y D. Juan Martinez Silecio, obispo de Cartagena, y D. Juan Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia. Ellos y la Duquesa de Alba, elegida camarera mayor de la Princesa, la recibieron en la ribera del rio Acaya, límite de las dos Coronas, con tres mil de á caballo, acompañada del Arzobispo de Lisboa y del Duque de Berganza, y conforme á los poderes hicieron la entrega á la usanza de Castilla. El Duque y los fidalgos volvieron á sus residencias, y quiso el Arzobispo asistir á las velaciones de los Príncipes. Salió á ver su esposa D. Filipe á siete de Noviembre desde la Abadía, bosque y jardin deleitoso admirablemente del Duque de Alba, con el Almirante de Castilla, el Conde de Benavente y D. Alvaro de Córdoba, y fué á Salamanca ciudad muy antigua, cabeza de la provincia de Extremadura. Estaba para solenizar el recibimiento de los Príncipes bien adornada por el cabildo eclesiástico y seglar, y por la Universidad de ilustres en todas letras dichosa y fecunda madre. Hizo debajo de palio la Princesa su entrada, y recibió las bendiciones nupciales á quince de Noviembre, siendo padrinos los Duques de Alba, por mano del Cardenal Tabera. En el año siguiente, á ocho de Julio, miércoles, fiesta de la invencion de San Quintin, mártir frances, parió la Princesa en Valladolid un hijo. Fue celebrado su baptismo en la capilla que hoy es del Palacio Real, y ántes de Nuestra Señora del Rosario, por el Cardenal Tabera, y en memoria del Emperador su abuelo le nombraron Karlos, derivado de la diccion Karlè, que significa en aleman robusto y melancólico. Así llamaron á Godofrido, Rey de los tungros y belgas, despues que sus hermanos fueron muertos y presos peleando con los hunnos, vándalos, sajones, romanos, y hollado de la fortuna se retiró en Magia, hoy Nieneghen en lengua teutónica, que fundó su padre en los confines de los Alemanes altos y bajos. Descendia el Infante de Godofrido por los Duques de Bravante y Condes de Lobaina y Flandres. Cuanto alegró el parto, entristeció la muerte de la Princesa, y fue depositado su cuerpo en el monasterio de San Pablo, y llevado despues á la Real capilla

de Granada con los Católicos Reyes D. Fernando V y doña Isabel sus gloriosísimos abuelos. Hizo la funeral y exequias con luto y gran pompa España, y el oficio del novenario el Cardenal Tabera en la Córte, con tal dolor, tristeza, trabajo, que falleció, aumentando á D. Filipe el dolor la pérdida de tan religioso prelado y sábio consejero. Confortó á su hijo el Emperador con la imitacion de su paciencia en el fallecimiento de la Emperatriz su madre, acordándole las razones con que le habia consolado. Viudo el Príncipe, nueve años y doce dias esperó lo que su padre quiso disponer dél, ayudándole en la administracion de los reinos con admirable providencia, igualdad de justicia, prudencia, celo de la religion, entereza, seguridad, aunque en edad muy floreciente. Como nació para grandes cosas, daba muestras aventajadas de lo que puso naturaleza en él para lo mismo que nació, no sufriendo tuviese ánimo abatido el que trataba negocios arduos y de gran peso. Continuaban las ausencias del Emperador, y los Estados generales de la Corona de Aragon pedian junta en el año mil y quinientos y cuarenta y siete, para mantener su quietud con reformacion de abusos y mejora de costumbres por vía de leyes. Tocaba á su Rey, y no podia asistirles, porque guerreaba en Alemania, gobernando los ejércitos el Duque de Alba contra los sectarios de Martin Lutero, heresiarca, enemigo terrible de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice. Suplicaron á D. Filipe presidiese en las Córtes y proveyese usando de su facultad, y los consultantes decian: Fue molesta y detenida aquella expedicion á los Reyes por las licencias con que general y particularmente les pedian justicia los vasallos; y los sabios y justos suelen concederles mucho, vencidos de sus peticiones y clamores en tales juntas. Otros las aborreció la tiranía, mas no tenía fundamento más asegurado la Monarquía que dar recurso á cada provincia y ciudad de todas sus necesidades, y participacion á cada uno de sus negocios, que tocan á lo universal de la república y de sus miembros. Oyen las quejas y dolencias, que de otra suerte no pueden los señores: descubren las injusticias y robos debajo de su nombre real cometidos, porque ven, oyen, hablan por los ojos y ajenas lenguas y orejas. Era el más ecelente grado de majestad superior recibir por ley lo que mandaba, prohibia, consentia el Príncipe á su pueblo postrado, y á los señores, haciéndole homenaje de obediencia, no quedándoles sino el bien del obedecer, llamándose humildes vasallos, congregados por su mandamiento. Don Filipe por su gloria, por la necesidad de recoger los tributos para su padre, por la comodidad de los súbditos, libró convocatoria para juntar en Monzon los dos reinos y el Condado de Cataluña. Despachó por la posta al Comendador Alonso de Idiaquez con la relacion de los negocios más graves de España, y navegando el rio Albis, famoso en Alemania, fue muerto en edad de cuarenta y un años por traza del gobernador de Torga de Sajonia, y poco despues á los matadores destrozaron los ministros de justicia del Im-

perio. Fue natural de la villa de San Sebastian marítima de la provincia de Guipúzcoa, y estimado del Emperador por su fidelidad y prudencia, y ocupado en los despachos y negocios de mayor importancia. Antes de habilitar á D. Filipe los Reinos para presidirles, juró guardaria los privilegios y leyes de la Corona contra la suprema autoridad, usado primero por el Emperador Trajano, y proseguido por Teodosio y por los Príncipes en su coronacion, para que los súbditos obedezcan mejor. En tanto enfermó en la ciudad de Augusta el Emperador D. Cárlos, Germánico llamado ya por haber triunfado en beneficio de la cristiandad del Duque de Sajonia y de sus secuaces; y su Majestad Cesárea estaba fuera de todos los peligros. A darle el parabien de tanta felicidad envió por la posta á Rui Gomez de Silva, príncipe de Ebuli, gentilhombre de su cámara y su favorecido. Alentó al Emperador la visita, y para gozar más del contento comunicándole, pues se hallaba D. Filipe viudo y con heredero, quiso verle, y que viese las provincias patrimoniales de Flandres, y ellas le reconociesen por su legítimo señor. Con este órden llegó Rui Gomez á Monzon, y poco despues el Duque de Alba para ejecutalle con el título de mayordomo mayor del Príncipe, y más ilustre por las empresas del César y participante de sus victorias. Luégo publicó su partida para Flandres D. Filipe, y para Castilla á disponer sus Estados. Acabó solemnemente en sólio ó trono de soberana majestad las Córtes largas, y por el expediente dificultosas, con general satisfaccion y grande autoridad, mostrando la grandeza de su estado, franqueza y generosidad de su corazon, preeminencia de su persona, amor de los suyos, gravedad y justificacion de su consejo, cortesía de la nobleza, bondad de su familia. Los sabios no atienden á los ricos atavíos del Príncipe y de sus criados, sino los que trata y consulta de cerca consideran. Salió de Monzon á ocho de Noviembre para Alcalá de Henáres, donde sus hermanas María y Juana y el infante D. Cárlos estaban, asistidas de D. Juan Martinez Siliceo, á quien subrogó el Emperador á peticion de su discípulo en la dignidad Arzobispal de Toledo y capelo del sabio Cardenal Tabera. Amaba tanto y acompañaba las Infantas el Príncipe, que sus méritos (estando sin sus padres) no enriquecieron con ejemplo de santidad los monasterios, pues ninguno tuvo tal recogimiento, pureza y religion como su Palacio. Celebraron su llegada con varios festines y torneos de á pié y de á caballo con gran solenidad, especialmente el de la isla de Henáres, que fue de los más célebres de que hay memoria, por grandeza, ornamento, gasto, órden, sucesos de caballería dignos de escritura con alabanza; donde la ecelencia deste Príncipe resplandeció gallardo y buen caballero. Todas las cosas de su tiempo fueron admirables, como su movedor y causa en las soberanas partes de su persona. No aborrecia los entretenimientos, y parecíale humanidad y cortesía meterse entre los pasatiempos del Palacio y de la córte, tomando lado con las damas.

Fué á Valladolid, y formó á la usanza de Borgoña su casa, contra el deseo y esperanza de Castilla; mas no ser cumplido el tiempo, ni llegado el caso de la capitulacion con el Rey D. Filipe I, y la jornada á Flandres, motivaron su determinacion. Cuidó mucho de la eleccion de personas para el gobierno civil y militar, y en el familiar con mayor exámen. Descubre la inclinacion capacidad, limpieza de vida del Príncipe, de quien copian la forma los súbditos, y nace su quietud, fama ó infamia del señor. Los necesarios en cada oficio tenia, ya que sobrasen algunos en las dos casas de Castilla y Borgoña. En su juventud señores grandes, agradables, gallardos para el esplendor le sirvieron y acompañaron con suntuoso aparato en sus Reinos, y en los extraños despues, los más acomodados para servir, como los grandes para ser servidos, por esto menospreciadores del servicio cotidiano, y atrevidos por su poder con despreciamiento, y mal satisfechos áun de las inmensas mercedes. Así la ley de la Partida. En el dia de la Asuncion al cielo de Santa María, madre de Dios, comió en público con las ceremonias solemnes, ornamento de mayordomos, gentilhombres de la boca, reyes de armas, maceros y ballesteros de maza, cantores, ministriles, trompetas, atabales, los soldados de su guardia distribuidos en el Palacio. Esperó la venida del archiduque Maximiliano de Austria, rey de Bohemia y de Hungría su primo, hijo de D. Fernando, Rey de Romanos, que se embarcó en Génova á quince de Julio en las galeras que á sueldo del Emperador trala Andrea Doria, príncipe de Melfi, capitan general en el Mediterráneo, y otras de la guardia de Nápoles y Sicilia, y en las mismas habia de pasar D. Filipe á Italia. Habiendo de efetuar el matrimonio concertado con su prima la infanta María, pareció al Emperador y al Rey de Romanos viniese á España Maximiliano, y porque en la ausencia de don Filipe la gobernase con su mujer. En Barcelona D. Pedro y D. Diego de Córdoba le visitaron de parte del Príncipe y de su prima. En Valladolid dió á Maximiliano y María las bendiciones nupciales el Obispo de Trento, Príncipe del Imperio, y fueron padrinos D. Filipe y la infanta doña Juana, ratificando el desposorio hecho en Aranjuez por el Arzobispo de Toledo con la facultad que trujo Juan Perenot de Granvela, conde de Chantoney, hijo de Mos de Granvela, borgoñon, consejero y privado del Emperador. Con su poder introdujo D. Filipe en el gobierno á los Príncipes, y dejó en su encomienda la crianza (en que dudáran muchos) del infante D. Cárlos heredero de la Monarquía, y por su muerte y sin otros hermanos, los hijos de la princesa María con seguridad de padres celosos de su bien.

CAPÍTULO III.

Viaje que hizo D. Filipe á Flandres.

Habiendo forzosamente D. Filipe de navegar, porque entraba el invierno, envió disponiendo su viaje delante su capilla, casa, caballeriza, y partió por la posta en su seguimiento. A doce de Octubre entró en Barcelona con solenidad y contento de la Córte y del virey D. Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar. Caminó para Rosas, puerto muy grande del Condado de Ampúrias, y la ciudad de Girona le recibió como Príncipe della y Duque de Momblanc, títulos del primogénito de Cataluña desde el Rey D. Juan I, con grande aparato, pompa y palio, y fue la primera vez en que debajo dél gloriosamente estuvo. Llegó á Rosas, no sin peligro por los terribles aguaceros y sus inundaciones, donde tenía la armada de cincuenta y ocho galeras con muchos navíos de gran porte el venerable Andrea Doria con autoridad consular, reverenciables canas salidas haciendo importantes servicios á la Corona de España. Vió á su Príncipe, y admirando su majestad y lindeza, arrodillado en su acatamiento, con amoroso afecto, como á sucesor de tan gran Imperio y nuevo defensor de la Iglesia, puestos los ojos en el cielo, dijo: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Recibióle el Príncipe con agradecido semblante, debido á su valor y hazañas. En tanto que Francisco Duarte, proveedor general, disponia la embarcacion, visitó á Perpiñan y Salsas, plazas fuertes confines con Francia, para ver su estado y proveer en su mejor defensa. Embarcóse, acomodada ya la multitud de gente, caballos y recámaras de los muchos señores que le seguian con gran riqueza y acompañamiento de parientes y criados que iban con el Duque de Alba y el gran Prior de Leon, el Almirante de Castilla, el Marqués de Astorga, el Duque de Sesa, el Marqués de Pescara, el de Falces, el de las Navas, los Condes de Gelves, de Castañeda, de Cifuentes, de Luna. No era ménos considerable el número de los eminentes en las armas, ciencias y artes. La armada, buscando el puerto de Aguasmuertas en Francia, antiguamente la Fosa Mariana, reforzó el Narbonés, travesía del golfo, tanto que resolvió el Consejo el arribar necesariamente á Colibre. El Príncipe conoció el riesgo, pero mandó proejar gallardamente, mostrando grandeza de ánimo, aunque su bastarda ala una y otra banda celosa con grueso mar iba mal asegurada de seis galeras, que recibian las olas por los costados, sin desamparalla, aunque le suplicaron muchos señores pasase por la seguridad á otra. Y habiendo dádole cabo cuatro galeras, con gran trabajo y contien-

da del mar entró en Aguasmuertas, porque habia paz entre las dos Coronas de Francia y España. Importó su determinacion, temeraria en parte, porque el tiempo ya tempestuoso retardára con gasto y descomodidad general la jornada hasta la primavera del año venidero, si arribáran las galeras á Cataluña. En Saona, ciudad en el Genovesado, fué recibido de don Francisco de Bobadilla y de Mendoza, cardenal Obispo de Coria; don Ferrante Gonzaga, príncipe de Molfeta y duque de Ariano, gobernador del Estado de Milan y capitan general en Italia; D. Luis de Leiva, príncipe de Ascoli, y D. Francisco Deste, hermano de Hércules, duque de Ferrara. Con bonanza de cielo y mar en Génova D. Filipe entró por la escala del grande y vistoso palacio del príncipe Doria, tan rica y costosamente adornado, que admiraba con agrado en todas partes la magnificencia para el servicio de D. Filipe y regalo de su familia, con tanto silencio y órden que parecia todo se movia de sí mismo. La Señoría le recibió y ofreció su voluntad y poder en presencia de los cardenales Cibo y Doria, el Arzobispo de Matera, Nuncio del Sumo Pontífice Paulo III, y los Embajadores de Nápoles y de Sicilia, y D. Francisco de Médicis, hijo del Duque de Florencia, y otros Gentilhombres por sus repúblicas y potentados de Italia y señores de Roma, que vinieron á sinificar la general alegría que tenian con su felicísima venida. El Príncipe les respondió agradecido á la aficion que á sus cosas en ellos con esta visita conocia. De las naves dos dias despues desembarcaron la ropa y caballos. En quince dias que descansó le recreó el Príncipe Doria cuanto le fué posible, y visitó D. Filipe á la Princesa Pereta de Mari, viuda de Juanetin, su hijo único, y esperanza y báculo de su vejez, por miserable caso y hierro de los enemigos del Emperador. Envió á D. Juan de Lanuza á visitar la Señoría de Venecia, y avisarle pasaria por sus tierras; y llegaron doscientos arcabuceros á caballo, enviados por el César para la guardia de su persona. A veinte de Diciembre entró en Milan, y ántes dos millas le visitó el Duque de Saboya, y le besó la mano D. Alonso de Aguilar, hermano del Conde de Feria, que le dió aviso de la salud de D. Cárlos; y porque volviese presto á él con relacion de lo que habia, le despachó al punto. Milan en los arcos triunfales mostró su grandeza, ingenios y artes, y por ellos hizo su entrada D. Filipe, bien acompañado de caballería de paz y guerra y del Cardenal de Trento á la diestra, y á la siniestra del palio el Duque de Saboya. Fueron muchas las fiestas, y en Mántua donde llegó acompañado del Marqués y del Duque de Ferrara. En Villafranca de Venecianos fue visitado y regalado de sus Embajadores, y del duque de Parma Octavio Farnese y de Esforza, conde de Santaflor. En Namur le recibió Filiberto Emmanuel, príncipe de Piemonte, con el duque Adolfo de Hastayn, hermano de Christiano, rey de Denamark. El recibimiento de Bruséles, donde estaba el Emperador, fué tan grande, que gastando lo más del dia, entró en Pa-

lacio de noche, y fue saludado de sus tias María, reina viuda de Hungría, y Leonor de Francia, con gran amor y contento, aunque les pareció pequeño de cuerpo, acostumbradas á ver los alemanes. Como si fuera el cuerpo humano jaula, que por más breve y más estrecha no la habita ánimo, á cuyo vuelo sea pequeña la redondez del cielo, segun ecelentes ejemplos. Alentóse el César viéndole, y lo mostraron el contento, aspecto y salud que le faltaba. Las fiestas fueron en todas las ciudades y villas donde le juraron (comenzando Lobaina, cabeza de Brabante) maravillosas, y las esforzaba el Príncipe con admirables sucesos, varios y apacibles. En una justa que se hizo en la plaza de Bruséles combatió con el Conde de Manzfelt, aleman, soldado de gran nombre; bizarramente rompió sus lanzas, y de la de las damas el notable encuentro arrojó los trozos muy en alto con vocería del pueblo, regocijo del Emperador y de las Reinas, viendo al hijo tan buen caballero. Señalóse tambien en otra justa que se combatió en el Parque del Palacio en quince de Marzo de mil y quinientos y cincuenta: ganó el precio, rompiendo sus lanzas con gallardía y destreza. Agradados de su valor y majestad estaban con razon su padre y tias y sus vasallos gozosos; y así fue tal su demostracion, que llenó de la narracion de las fiestas la mayor parte de un gran volúmen que hizo Estella Calvete, sabio y elegante español, titulado «El viaje del Príncipe, de sus notables cosas», diciendo en el fin: «Fue el viaje más feliz que se puede escribir, y tal que se debe contar por uno de los que en el mundo hubo de felicidad y triunfo.» Allí lo podrá ver el curioso, escrito con erudicion, verdad, elegancia. Publicó Dieta por convocatoria el Emperador, para celebrarla en Augusta á ventinueve de Junio, y partió de Bruséles en los últimos dias de Mayo con las Reinas sus hermanas y el Príncipe. Deseaba elegirle Rey de Romanos, renunciándole sus Estados, y el Imperio en su hermano Ferdinando. Contradecian los Ministros y la Reina María, que sentia mucho dejar el gobierno de Flandres, sus regalos y poder absoluto. Tratábase con gran secreto; mas D. Filipe no calló el intento con el placer enemigo del consejo y el fervor de la juventud, el que reinando hizo á tantos enmudecer en su servicio, y fue impedida la negociacion por la queja que trujo de Maximiliano Luis Venegas de Figueroa, su mayordomo y embajador, no su persona; y principalmente porque Alemania y su religion no tenian conveniente estado y quietud despues de las guerras. Disponiendo la partida de su hijo, le dió facultad nueva para gobernar á España y las Indias, á ventiuno de Junio, como si fuera otorgada en Córtes generales, con autoridad soberana para hacer mercedes, proveer oficios, dignidades, tratar paces y treguas, sin limitacion. Desembarcó en Barcelona á los primeros de Agosto, y en Valladolid trató de aviar al Príncipe de Hungría y á su mujer. En tanto llegó Luis Venegas con instruccion para disponer la partida; y porque la Princesa estaba preñada, se detuviese hasta su parto, y el Rey fuese por

mar á la ligera á Génova, donde hallaria criados del Emperador que le guiarian hasta Inspruch, en que estaria el Rey de Romanos, su padre. La Princesa parió una hija en la villa de Cigales, á primero de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, nombrada en el baptismo Ana, que dejó Rey en la monarquía de España, como se escribirá. En el año siguiente mil y quinientos y cincuenta y uno, para que cesasen las pretensiones al Ducado de Milan, dió su investidura el Emperador á D. Filipe por su Bula en Bruséles, satisfaciéndole, sin consentimiento de los Estados del Imperio, diciendo: «Porque todo nos es posible por respeto de nuestro imperial cargo.» No habia menester aprobacion de otro para esto, aunque parezca á algun frances sospechoso en todo: es su gobierno de aristocracia, no de monarquía. Pues si para donar en el Imperio (condicion mayor de la suprema autoridad y absoluta, independente) podia su arbitrio, porque invistieron de sí mismos á muchos de Estados los emperadores, ménos les era necesario el ajeno consentimiento para otros actos de juridicion soberana. Tenía en el año siguiente deciseis de edad el príncipe de Portugal D. Juan, segundogénito del rey D. Juan III, porque habia muerto el primogénito, y deseaba casarle, para asegurar la sucesion del Reino, con su prima hermana doña Juana, infanta de Castilla, hija del emperador Cárlos V y de la emperatriz su mujer doña Isabel, hermana del rey D. Juan, cuyas virtudes y discrecion, realzadas de su rara hermosura, eran verdaderamente reales y amables. Hechas las capitulaciones y desposorio por sus poderes, con la dispensacion pontifical en el parentesco, apercibió D. Filipe la jornada para llevar á la Princesa, y el Rey de Portugal para recebilla. Acompañóla su hermano hasta la ciudad de Toro, y allí la entregó á D. Pedro de Acosta, obispo de Osma, y á D. Diego Lopez Pacheco, duque de Escalona, á quien algunos meses ántes encargó el hecho; y ellos se aprestaron lucida y costosamente para servir y acompañar á su Alteza. El rey D. Juan hizo que se previniesen para el recebimiento Don Fray Juan Juarez, obispo de Coimbra, y D. Juan de Lencastro, duque de Aveiro, hijo del Maestre de Santiago y nieto del rey Don Juan II. Llegaron á la ciudad de Elvas cuando la Princesa á la de Badajoz. Sobre hacer la entrega por la instruccion y usanza castellana ó portuguesa, largamente se contendió, y convenidos, quitando de las camas del freno del palafren de la Princesa la mano el Duque de Escalona, la puso el Duque de Aveiro, y la entrega así con instrumento público se acabó.

CAPÍTULO IV.

Casa D. Filipe en Inglaterra, y sucesos en ella.

A seis del mes de Julio del año mil y quinientos y cincuenta y tres falleció en Lóndres, metrópoli de Inglaterra, el Rey Eduardo, hijo del Rey Enrique VIII, sectarios, á los diez y seis años de su edad, y siete de su breve y confuso reinado por los errores y apostasías. Sucedióle María, hija legítima del mismo Enrique y de doña Catalina, su legítima mujer, hija de los Católicos Reyes de Castilla y Aragon D. Fernando V y doña Isabel, que nació en Grenvic á trece de Enero de mil y quinientos y quince. Su padre, asegurando la corona en sus hijos, hizo aprobar y jurar su testamento á los Estados generales y Parlamento, y dejó el reino á Eduardo con sustitucion á María, y della á Isabel, sus hijos. Y así María, por su derecho, sucedió á su hermano Eduardo, y por la costumbre de la isla, porque no muere el Rey, sino luégo el varon más cercano de la línea es señor, y coronado en posesion del primero; no hereda por sucesion paterna, sino en virtud de la ley del Reino; triunfó de los que en su contra conjuraron, asistida de Reginaldo Polo, cardenal del título de Santa María en Cosmedin, su deudo cercano, sobrino del rey Eduardo IV, hijo de su hermano y de Margarita, tambien sobrina suya. Era de buena persona y edad, y de tal valor que al rey Enrique VIII arriesgadamente contradijo el injusto repudio de la reina doña Catalina su mujer; y entónces Legado apostólico del romano Pontífice Julio III para convenir al emperador Cárlos V y al rey de Francia Enrique II, porque la guerra obstinada consumia sus Estados y enflaquecia la cristiandad, que por la parcialidad y poca destreza de sus predecesores no acabaron el ódio y los daños. María anuló por su consejo el título usurpado de su padre Enrique VIII de cabeza de la Iglesia anglicana. Expelió treinta mil herejes extranjeros y restituyó en cuanto pudo la religion católica. Persuadióle el Cardenal casase luégo, para establecerse, con D. Filipe su sobrino, príncipe de España, de florida juventud, hermosa aparencia, poderoso y valeroso para domar el pueblo enteramente, y tenelle en su obediencia y de la Iglesia romana. Viendo la dureza de los Reyes competidores en no admitir la paz propuesta por su Santidad, volviendo á Roma, trató con gran secreto en Flandres del casamiento. Mirando al bien de la Iglesia católica en reducirle á Inglaterra, lo aprobó el César, y por crecer y asegurar con ella su monarquía por sucesion. Y porque habiendo casado María Estuart, Reina de Escocia, hija del rey Jacobo V, póstuma, y criada en Francia desde su

año sexto, con el delfin Francisco II, hijo del rey Enrique II, enemigo del César, su poder largamente crecia. El disgusto de la edad desconforme no venció á la obediencia insuperable de D. Filipe. Para el tratado envió su padre al Conde de Egmont, del Toison de Oro, al Conde de Lalain, al Baron de Corriere, flamencos. Los ingleses decian: «Era infeliz y peligroso venir el Reino á ginocrocacia contra las leyes naturales y derechos de las gentes, que prefirieron los varones como en prudencia para juzgar y mandar, y libertad para obrar por sí mismos.» Aunque su Reino en el Imperio de Domiciano cayó en mujeres sin diferencia con los varones en la sucesion, habia más de mil años que no aconteció, cuando María sucedió á Eduardo, y en Escocia, su confin, María Stuart á Jacobo V, porque en ciento y cincuenta Reyes solamente una mujer reinó. Se vió cómo el pueblo dificilmente sufria gobierno femenil con menosprecio de la Majestad, de quien pende la conservacion de las leyes y del Estado, pues tenidas en poco, inquietarian libelos, rebeliones, guerras, á la reina María; y las habria, casase ó no, si Dios no lo remediaba, siendo forzoso asegurar la sucesion con matrimonio con extranjero, pues áun los príncipes casan difícilmente con súbdita. La invidia y celos eran de temer mucho casando con el preferido en amor, porque los eminentes desestimarian su igual, y el eligido podria no reverenciar la Reina como debia. Si casaba fuera del Reino, se hallaria no fácilmente quien la contentase. Entrarian en celos y contiendas sobre su eleccion los pretendientes; y casada sería tambien el gobierno y estado ginocrocacia, pues debia quedar en la Reina la suprema autoridad, como en el casamiento de María, reina de Hungría, con Sigismundo, archiduque de Austria, que fue emperador. El marido, por asegurarse mandando vasallos ajenos, tendria su guardia en las fortalezas, y señor dellas, sería de todos, y aventajaria para esto sus extranjeros, intolerable á cualquiera nacion áun mucho ménos generosa. Los franceses, por sus consideraciones de Estado, ponian temor y aborrecimiento á los mal seguros, con que podia tiranizar, si muriese la Reina sin hijos, príncipe tan poderoso como el de España, impedido para casar, con promesa á una dama castellana, á quien amaba. No la prometió, y trató fiel y hábil su casamiento, y el Emperador sin escrúpulo, que por salvarse dejó despues su imperio y tantos reinos y señoríos. Confirmólo el tercero matrimonio en Francia, y el último en Alemania con su sobrina la infanta Ana, viviendo la persona amada, y el Rey con la seguridad de conciencia, con que prevenida, aconsejada y santamente murió. En España ménos aprobaron el casamiento de su Príncipe por la edad desigual, salir della, no haber de gozar la suprema autoridad de los ingleses como pedian contra el derecho de marido favorecido de teólogos y juristas, para tener allí el imperio como en la familia, siguiendo á él necesariamente la mujer, si bien no posea algunas tierras y gozando de los frutos de su dote y derechos de confiscacion, si

valieran más que el feudo de la dote, patronazgo, dependientes como parte del usufruto y de dote de reina. Podria muy mal un extranjero retener el apetito della, pues si queria repudialla, sería él desterrado y privado del Reino, segun decia el emperador Marco Aurelio en la acusacion de su Faustina impúdica. No convenia poner su Príncipe, único heredero varon, al caso de traicion ó público alboroto, pues habiendo muerto un cahallero húngaro á un polaco, reinando en Polonia el rey de Hungría Luis, por casamiento con hija de Casimiro el Grande elegido por rey, el pueblo de Cracovia, su córte, tomó las armas enfurecido contra los húngaros, y los Reyes se aseguraron en Hungría. Desconvenia encargarse de Estado sujeto á voluntad de súbditos mal conformes, envidia de los poderosos, violencia, libertad y tiranía de los sectarios. La Reina de Inglaterra juntó los Estados generales para tratar de los artículos y forma del matrimonio con D. Filipe. Fue aprobada la que tuvieron los castellanos con el príncipe de los aragoneses D. Hernando, hijo de su rey D. Juan II, y en forma de sentencia pronunciada por los Estados y el Parlamento, y declarada en el palacio de Vestsmister á dos de Abril de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, y capituló una y otra parte:

«Sean iguales Felipe y María en una calidad: mas la Reina sola y única »goce la suprema autoridad de los reinos y súbditos, sin pretenderla el Prín»cipe en vigor de la forma de la cortesía de Inglaterra, ni otros privilegios, »preeminencias y prerogativas, y sea reservada á la Reina la disposicion de »todos los beneficios, frutos, rentas, oficios de sus países y señoríos. Todos »los mandatos y patentes se despacharán en nombre del Príncipe y de la »Reina, y firmados della solamente, y sellados de los grandes sellos de su »Cancelería sean válidos, pero no sin su firma. El Emperador dé al Príncipe »título de Rey de Nápoles, y goce de los de Rey de Inglaterra, salvo sus »privilegios, razones, costumbres. Sobreviviendo la Reina al Príncipe haya »sesenta mil escudos en cada un año consignados sobre Castilla cuarenta mil »libras, sobre Brabante y Flandres veinte mil, la resta sobre Holanda y »Henaut, como á Madama Margarita, viuda del Duque de Borgoña. Los »hijos deste matrimonio hereden segun las leyes de Inglaterra, y el infante »Don Cárlos, hijo de D. Felipe, los Estados de su abuelo y de su padre, y »le ha de suceder, si falleciere sin hijos, el mayor deste ayuntamiento. »Habiendo hija, suceda solamente en los señoríos de la Baja Alemania, con »que haya de casar con inglés ó flamenco, con el consentimiento de su her»mano D. Cárlos, y á satisfaccion dél, ó sea excluida de la sucesion de los »Países Bajos. Si muriere el infante D. Cárlos sin hijos, la primogénita su»ceda en toda la Corona de España y de Inglaterra, conservando las leyes »y costumbres dellas, poniendo naturales en los oficios, teniendo perpétua »hermandad y concordia los hijos, conservando el acuerdo hecho en Vin»chestre en el año mil y quinientos y cuarenta y dos, y el de Utrech á de-

»ciseis de Enero de mil y quinientos y cuarenta y seis. El Príncipe ántes de »casarse recebirá para su servicio nobles ingleses. No sacará á la Reina de la »isla, sino en caso de gran necesidad, y en consentimiento de los Estados, »ni joyas del tesoro, y muriendo sin sucesion salga D. Felipe della, dejándola al sucesor libre. Ella no se ocupe en la guerra del Emperador contra »el Rey de Francia, y D. Felipe ayude á su padre con las fuerzas de sus »propios reinos.»

Los mal contentos alteraban con las armas los pueblos, diciendo no habia de casar con el Príncipe de España su Reina, y los Embajadores del César, arriesgados, volvieron á Flandres. En Cornuvalia Pedro Caro se reveló, y Tomas Ubiet en Lóndres y en Dobre con gran séquito y ayuda del Duque de Sufolcht, y aunque de poca estimacion y autoridad, causaba temor, y pareció acabaria con la venida de D. Felipe. En el principio del año mil y quinientos y cincuenta y cuatro envió el Emperador á firmar las capitulaciones del Príncipe, firmadas ya por él en Bruseles, á los Milordes Ertuater y Privisel, y los guió el Conde de Egmont, y solicitaba en España la partida de D. Filipe. Dijo á los reinos:

«Dejarla las cosas tan bien provcidas y dispuestas que su presencia no »les hiciese falta. Cuidaba mucho de la eleccion de Gobernador, porque »extranjero ó natural no sería bien admitido de los castellanos acostumbrados á tener presentes sus Príncipes, especialmente los grandes y ricos hombres, como verificaban sus diferencias y debates con el Cardenal fray Francisco Jimenez de Cisneros, cuando gobernó por muerte del rey D. Hernando el Quinto, en tanto que venía de Flandres su nieto el príncipe Don »Cárlos á reinar por la enfermedad de su madre la reina doña Juana.»

El rey D. Juan de Portugal avisó á D. Filipe por carta que trujo Bernardino de Tabora de la muerte del Príncipe D. Juan su hijo y único heredero del reino, á dos dias de Enero acaecida, á los ventidos años, seis meses y siete dias de su juventud. Entristeció á D. Filipe la temprana viudez de la Princesa su hermana, y templó algo el sentimiento el haber parido á veinte de Enero, dia de San Sebastian, un hijo con el mismo nombre en el baptismo, que reinó, como se escribirá, á los tres años de su niñez, por muerte del Rey D. Juan III, su abuelo. Hecha la funeral con las muestras de tristeza, debidas á la razon y parentesco, envió á Portugal á Luis Venegas de Figueroa, aposentador mayor, de quien hizo confianza en negocios y embajadas importantes, y muchas cerca de los Príncipes mayores, por su nobleza de sangre, crianza en la casa Real, inteligencia de materias de Estado. En el fin de Marzo dió en Lisboa cartas al Rey y á la Princesa, y aprobada su venida á gobernar á Castilla y Aragon por las causas y razones eficaces de su hermano, resolvieron la partida para dieciseis de Abril, y con Luis Venegas se lo escribieron. Caminó á Alcántara con lo más principal de su córte, y envió á recebir á la Princesa los Obis-

pos de Osma y Badajoz, y D. García de Toledo en la raya de Portugal. El Rey D. Juan la avió acompañada del infante D. Luis, su hermano, hasta Arroillos, lugar del Duque de Barganza, y servida y acompañada con lutos y tristeza la entregó el Duque á los castellanos, y desde Alcántara la trujo D. Filipe á Valladolid. Comenzó á introducirla é instruirla en el gobierno de la monarquía, satisfaciéndola cuanto le era posible porque obedeciese, y á la pública quietud y general conformidad y para su propio bien ayudase fiel y pronta. Á once de Mayo despachó á D. Pedro de Avila, Marqués de las Navas de Buenaleche, su mayordomo, y aceptó en su gracia para Inglaterra con instruccion encaminado al puerto de Laredo, donde tenía D. Bernardino de Mendoza navíos aprestados. Don Filipe en la santa Iglesia de Toledo invocó el divino favor, y encomendó á su gravísimo Cabildo el hacer sacrificios y rogativas á Dios por el buen suceso de su viaje y casamiento, imitando á sus progenitores religiosísimos, que se presentaban en aquel santo templo y sagrario ántes de comenzar sus empresas y jornadas, y bendecian sus banderas, y pasó por él en ordenanza militar la gente que alcanzó mayores victorias. En Valladolid puso casa al Infante D. Cárlos, y dióle por ayo y mayordomo mayor á D. Antonio de Rojas, soumillier de Cors, y por gentilhombres de su cámara á los Condes de Lerma, y Gelves, al Marqués de Tabara, y D. Luis Puertocarrero, y por maestro á Honorato Juan, caballero valenciano docto; y los papeles para instruille y enseñalle la gramática dió Luis Vives, insigne en ciencias y lenguas antiguas. Partió para hacer su embarcacion en la Coruña, y en Santiago de Galicia fue recebido del Cabildo en procesion con solenidad y ceremonia real, y no quiso sitial ni almohada para hacer oracion. Confesó y comulgó, adoró el milagroso manseolo del Apóstol patron y defensor de España y capitan de su gente, de tantas naciones por tantas edades con peregrinacion, devocion, viva fe religiosamente visitado. No quiso bajar á la bóveda donde está el cuerpo, y acatando y mostrando la inmensa reverencia que se le debe, mandó que jamas le abriesen. En la Coruña despachó los negocios que restaban, y en las instrucciones encargó y dijo á la Princesa:

»No respetase en hacer justicia personas, súplicas, intercesiones; tuviese »las consultas del Consejo Real los viérnes; y porque en ellas se ofrecen »negocios que importaba mirarse más, respondiese queria pensar en ello, y »despues con el Presidente y el Secretario Juan Vazquez de Molina proveyese. Dejó en el Consejo de Estado al Presidente de Castilla, Arzobispo »de Sevilla, á D. Luis Hurtado de Mendoza, Marqués de Mondejar, al »Marqués de Cortes, á D. Antonio de Rojas, á D. García de Toledo y á »Juan Vazquez, Secretario. Advirtió se hallasen presentes tratando de las »cosas de la Corona de Castilla el Licenciado Otalora y el Doctor Martin »de Velasco, y en las de Aragon el Vicecanceller y un Regente. En las co-

»sas ordinarias de la guerra entendiesen los dos Marqueses, y D. Antonio »de Rojas, y D. García de Toledo, y el secretario Juan Vazquez, y siendo »menester Letrados, el Doctor Velasco, y el Marqués de Mondejar seña»lase las provisiones y cartas que la Princesa firmase, y se juntasen dos dias »en cada semana. Se cuidase de las fronteras, y mirase mucho los que po»nian en su guarda, y las de la caballería de Castilla, y las galeras estuvie»sen bien ordenadas y armadas. La Princesa oyese siempre misa pública»mente, y señalase algunas horas para dar audiencia; recibiese las peticio»nes, y las remitiese dando respuestas generales y de contento. El Consejo »Real y los demas tribunales estuviesen en Palacio. En el despacho de la »Cámara entendiesen Otalora y Velasco y Juan Vazquez. No se proveyese »oficio ni beneficio sin su parecer y consulta del Presidente, y con la del »Consejo de Estado fuese la mudanza de la Córte. Los Obispos y Prelados »residiesen en sus iglesias, y el Presidente de Granada en la de Avila en »cada un año noventa dias, en que se incluyese la Cuaresma. No se legi»timase en la Cámara hijo de clérigo, ni habilitase para usar oficios los que »resumieron corona, ni concediese facultad para hacer mayorazgos, sino á »caballeros de calidad, que así debia ser entendida la ley de Madrid. Go»bernasen las Iglesias del reino de Granada limpios por generacion y re»ligion.

Dejó instrucciones á todos los tribunales enderezadas al servicio de Dios y buena administracion de justicia con que fuesen bien gobernados en su ausencia los reinos, y á su Contaduría mayor de hacienda, la que tuvo hasta el año mil y seiscientos y tres. Desembarcó el Marqués de las Navas en el puerto de Antona, acompañado de sus hijos D. Luis Lorenzo Dávila y D. Alonso de Córdova, y de D. Luis Mendez de Haro, hermano del Marqués del Carpio, y D. Gonzalo Chacon, del Conde de la Puebla, y D. Francisco de Mendoza, y avisó al Embajador del Emperador que residia en Inglaterra, ejecutando su instruccion á la letra. Dijo la satisfaccion que tenía de su persona el Rey, y cuánto le agradó el servicio que le habia hecho, y no olvidaria su remuneracion. Y como tan advertido de lo que convenia y de la voluntad de la Reina, le instruyese en el cumplimiento de su comision. Besóle las manos, y le dió la carta del Rey; y dijo, le envió á visitar á su Majestad, y decir el gran contento que recibió con la venida del Conde de Egmont y buena nueva de su desposorio y salud, y ser grande su deseo de verse ya en Lóndres; y quisiera hubiera sido ántes para ayudalla en los trabajos con que le puso obligacion perpétua de agradalla y servilla; y para comenzar brevemente no aguardaba más acompañamiento que el de su casa. Fue muy agradable la embajada á la Reina, y lo mostró en la honra y contento con que la recibió, señalándose con palabras y favores particulares con el Marqués, y preguntándole por el Rey largamente, brevedad de su viaje, comodidad y aprestos. Recibió en el dia siguiente de

mano del Marqués haciendo más familiaridad que demostracion en el dar una joya que D. Filipe le enviaba, en que habia un diamante de valor de ochenta mil escudos. Visitó los Consejeros generalmente, y dió las cartas del Rey en su creencia, y agradeció la voluntad con que en el servicio de la Reina se habian señalado, y su inclinacion al Príncipe, que lo gratificaria todo, como brevemente verian en el efeto. Despachó luégo á Don Francisco de Mendoza á dar aviso en Flandres al Emperador del suceso de su embajada, conforme al órden del rey Filipe.

CAPÍTULO V.

Viaje de D. Filipe, y lo que le sucedió en su casamiento; y reduccion de la Isla á la obediencia de la Iglesia.

A once de Julio salió de la Coruña con sesenta y ocho navíos el Rey D. Filipe, en que iban cuatro mil españoles del tercio de D. Luis de Carbajal, y le acompañaron el Almirante de Castilla y su hijo el Conde de Melgar y el de Saldaña, los Duques de Alba y de Medinaceli, el Prior D. Antonio de Toledo, el Príncipe de Ebuli, los Marqueses de Aguilar, Berghen, Pescara, Valle, los Condes de Buendia y Fuensalida, Gutierre Lopez de Padilla, D. Diego de Azebedo, D. Hernando de Toledo, hijo del Duque de Alba, D. Luis Enriquez, D. César Dávalos, D. Antonio de Zúñiga, D. Luis de Córdoba, D. Pedro Euriquez, D. Bernardino y Don Iñigo de Mendoza, D. Alvaro Bazan con dos hijos, D. Pedro de Velasco, D. García de Toledo, señor de las Villorias, D. Rodrigo de Benavides, hermano del Conde de Santisteban, y otros muchos caballeros y allegados con galas costosas, libreas y buenos caballos. Con próspera navegacion de siete dias surgió la armada en isla Duic, en el Canal de Inglaterra, y salió á recibir al Príncipe con seis galeones y treinta y cuatro naves, las veinte flamencas con que aseguró las costas el Almirante, y visitóle de parte de la Reina. En Antona el Obispo de Vinchestre, el Conde de Arondel, el Marqués de las Navas y otros cinco milordes le dieron de parte de la Reina el parabien, con general contento de su venida felicísima, y el collar de la Orden de San Jorge y la Jarretera, y doce curtagos bien guarnidos. Con el Príncipe de Eboli avisó de la llegada á su tia, y le envió joyas de gran valor. Comió en público, servido de los ingleses, con tal confusion, que los españoles acudieron á sus oficios. En tres dias sacaron con diligencia á tierra lo que traia la armada. La Reina vino á Vinchestre, y su esposo, guiado de Oduardo Astings, gran Equir del Reino, y de noche vi-

sitó á su tia, y en su presencia el Regente Figueroa, español, le presentó los privilegios y renunciacion del reino de Nápoles y Ducado de Milan. En el dia de Santiago, ratificando las capitulaciones por medio de Embajadores firmadas, asistiendo los Prelados y el Conde de Egmont por el Emperador, y D. Pedro Laso de Castilla, embajador del Rey de Romanos, y Juan Michele de Venecia, el Obispo de Cortona, del Duque de Florencia, los desposó y veló en su catedral el Obispo de Vinchestre, siendo D. Filipe de veintisiete años, dos meses y cuatro dias. Dió la paz en el rostro á la Reina por la usanza inglesa. Acabado este acto dijo uno de cuatro reyes de armas en voz alta, en latin:

«Filipe y María, por la gracia de Dios Rey y Reina de Inglaterra y »Francia, Nápoles, Jerusalen, Hibernia, Príncipes de España y Duques »de Milan en el año primero y segundo de su reinado.»

Recibieron el parabien y les dieron bizcochos y vino, y el Rey llevó de la mano á la Reina. Convidó á comer al Obispo, y ella á los mayores señores de Inglaterra y españoles, y les brindó, y el Rey alegremente á todos los ingleses. No quiso la solenidad de fiestas que fuera razon hubiera en bodas tan deseadas y célebres, por no estar mucha parte del Reino en la obediencia de la Iglesia Romana, desde que apostató con su Rey Enrique VIII, por no tener fuerzas para resistir, como deseó, en el principio de su cisma; al contrario de Escocia, que, inficionada de Inglaterra, necesitó y forzó á sus Reyes á permitir sus apostasías. Envió D. Filipe á Don Hernando Dávalos, marqués de Pescara, á tomar posesion del Reino de Nápoles, y avisar al Pontífice Julio III de su casamiento al Cardenal Polo, á D. Juan Manrique de Lara, embajador en Roma por el Emperador, y para que intercediesen con Su Santidad y negociasen brevemente enviase por su Legado al Cardenal Polo, para que de su parte recibiese en su gracia y obediencia aquel Reino, pues los ánimos en mayor número inclinaban á ello, y convenia poner buenos medios y muy breves en la ejecucion. Tambien despachó á D. Pedro Laso de Castilla, Mayordomo mayor de su hermana, con instruccion y acuerdo del Emperador, para que tuviese la Reina siempre Mayordomo mayor, Camarera mayor, y otras dos Dueñas, Confesor, predicadores á su voluntad españoles, y los criados que la servian; lo dijese á su tio y hermano, porque entendiesen el cuidado que tenian de todo lo que le tocaba; y el de D. Pedro Laso en servirla fuese grande, y en comunicarle todas las cosas de su familia primero que á su marido para deliberar sobre ellas, excusando las causas de resentimiento. Favoreciese mucho los criados españoles, con que seguros y bien tratados perseverasen en su servicio, que importaba mucho. Fue en Inglaterra el estío de tan excesivo calor, que la flama encendida inmediatamente del sol abrasó en un valle los frutos y aldeas situados entre lagos, rios, fuentes, pantanos, y cerca de montañas, donde la reverberacion es furiosa, recibiendo y reteniendo

los vapores gruesos y exhalaciones el ardor del sol más efectivo, vigoroso, vehemente en la tierra que en el aire, y en el vaporoso de regiones acuáticas, como son las setentrionales, que en el delgado de las secas, por sutil insensible. En el año mil y quinientos y cuarenta por estas causas se abrasó la ciudad de Nayn, en Gascuña, y despues algunos años la de Corneto, junto á Leon de Francia, en que el fuego, en maravillosa manera, volaba por las calles y plazas más distantes de su principio. Algunos ingleses se mostraban ariscos, mas el Rey los ganó con prudencia, agrado, honras, mercedes; especialmente á los que fueron leales á la Reina, y conservando sus leyes, costumbres, estilo. Con esto y la cortesía de su familia, se pudo tratar de la convocacion de los Estados generales para doce de Noviembre, y de su reduccion á la Iglesia Romana, aunque no sin várias contradicciones. Asistia á esto el docto fray Bartolomé de Carranza y Miranda, dominicano, que fué Regente del Colegio de San Gregorio de Valladolid y Provincial de España, y predicaba persuadiendo su restitucion y la de la Misa, y compuso un libro con breve instruccion para oirla con atencion y reverencia, dirigido á D. Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli. Envió á Flandres D. Filipe muchos caballeros de la córte del Emperador y suya á servirle en la guerra contra el Rey de Francia, y los soldados españoles que trujo, y en la armada á España al Almirante de Castilla. Deseaba gozase mejora y seguridad lo espiritnal y temporal de Inglaterra, para salir sin cuidado y recelo á Flandres en ayuda del Emperador contra los franceses que le hacian guerra desde el año mil y quinientos y cincuenta y dos, en que firmó liga el rey Enrique II en Canbor con el Elector Mauricio, Duque de Sajonia, ejemplo inmortal de ingratos contra su Emperador que le dió el Estado justamente quitado á su hermano Juan Federico, rebelde del Imperio en guerra abierta, vencido y preso; y el marqués Alberto de Brandenburg, un hijo de Lanzgrave de Hessia, y otro del Duque Federico, Alberto de Buren, Duque de Lunbug, con obligacion el Rey de poner en depósito cuatrocientos mil escudos para levar el ejército, y de contribuir cien mil en cada mes. Para romper la paz en que murió el valeroso Rey Francisco, su predecesor, en el año mil y quinientos y cuarenta y seis, y que el mismo Enrique juró en su entrada á reinar, buscó medios reprehensibles y ásperos, solicitado del Consejo y tratos de Pedro Luis Farnese, Duque de Parma, que le causaron su muerte violenta, ejecutada por sus vasallos y trazada por sus enemigos Dorias y Gonzagas, y proseguidos por el Duque Otavio, su hijo sucesor, metiendo en Parma los franceses en ofensa del Emperador, su suegro, y del Pontífice, por ser gonfaloniero de la Iglesia, rompiendo la guerra el rey Enrique por su general Pedro Estrozi en Italia tambien, para ocupar el Senes, la Toscana y Génova, en que fué vencido su ejército; aunque ganó á Hedin en el Artoes, y por trato á Mez de Lorena Imperial, guarneciéndola por el título que le

dió la Confederacion de Protector de los príncipes protestantes y su Capitan general, para mantener la libertad del Imperio cuando le hurtaban sus ciudades. No faltaba su antiguo valor al César, mas el estar agravado y retenido en el lecho de la vejez y enfermedad incitaba, y la emulacion á D. Filipe á tomar satisfaccion de los franceses, á cuyos progresos atendió con determinacion de atajarlos en pudiendo. Murió en el quinto año de su pontificado Julio III, electo siendo Legado mayor en el Concilio que se celebraba en Trento: de ánimo sincero y tranquilo, de consejo poco resoluto en las cosas más graves, neutral entre los Príncipes mayores, celoso del bien y honor de la Iglesia, con deseo vehemente de acabar el Concilio interrumpido y detenido por las guerras entre Francia y España. Estuvo la Iglesia sin Pastor cincuenta y siete dias, y los Cardenales en el Cónclave eligieron á Marcelo Corvini, Cardenal de Montepulchiano, donde nació en la Toscana, de mediano linaje, mas ensalzáronle su religiosa vida y letras. Esperaba felicísimo gobierno Roma, y á los veintitres dias de su asuncion fue sepultado en el templo de San Pedro. Volvieron los Cardenales al Cónclave, y Pedro Estrozi y el Conde de Brisac, por el Rey de Francia Enrique II, procuraban saliese de su parcialidad el Pontífice, y valíanse del Cardenal de Ferrara, cabeza de ella, y el de sus amigos en buen número para ser electo. Oponíasele Farnese, hermano del Duque de Parma, y dificultaba la eleccion, y el querer parte de los imperiales á Fano, parte á Carpi, otros á Moron, y su discordia favorecia sus contrarios. Los franceses propusieron á Juan Pietro Carrafa, napolitano, Cardenal Teatino, decano del Colegio Apostólico, mas era expelido por los españoles con especial órden que trujo del Emperador D. Juan de Acuña Vela, caballero del Hábito de Alcántara de la insigne ciudad de Avila. Tenía mala satisfacion de lo mucho que deseó entrar en el Pontificado el que se juzgó indigno áun de ser Obispo, y haber repetido palabras contra la autoridad y poder imperial, y procurado persuadir á los Pontífices la recuperacion del Reino de Nápoles y los medios para echar los españoles de Italia. Al Cardenal Puteo proponia el mayor número, y el Farnese no queria verle engrandecido. Eligieron por adoracion al Carrafa, y no de Santaflor y Palermo, que, llegando á contradecir, los forzaron á que le adorasen, protestando ellos la violencia. De la silla ó ara, donde adoran á los que eligen Pontífices, no quiso en veinticuatro horas levantarse hasta ser adorado de todos. Coronado con nombre de Paulo IV, odioso y de mal augurio al Emperador, era servido de ilustres con Real espíritu en sus acciones y cortejado de los napolitanos foragidos, deudos, pretendientes, y por el arbitrio de tres sobrinos hermanos de madre gobernaba, prefiriendo á D. Cárlos Carrafa, rebelde del Rey Católico, del Hábito de San Juan, soldado francés, que perdió á Puerto Hércules, de túrbido ingenio, amador de novedades, homicidios, venganzas, indigno del capelo que le dió

Paulo, que pide inculpable vida, letras, piedad, madureza, bondad natural, como sujeto al fin en próxima habilidad para ser en contingencia cabeza de la Iglesia Católica. Este juicio aprobó el deponerle su tio y darle muerte por un verdugo su sucesor. Engrandecia Paulo á los que le eligieron, molestaba sus opuestos (rigor terrible), pues si no han de obedecer á su conciencia los que votan, no será canónica eleccion, porque no es libre, cuya forma, como la de los Concilios y Congregaciones, hablar y aconsejar libremente ha sido en todo tiempo. Tuvieron mano luégo con él los Cardenales Santiago, Carpi, Sarracino y el Farnese, tan eminente, que dió los más y mayores oficios de la córte. Mostróse neutral entre los Príncipes mayores, recogió en la Judería los hebreos, reformó la Datería, Penitenciaría, Cámara; restituyó al pueblo romano á Tívoli y le confirmó el privilegio de Señorío. En Nápoles, el Cardenal Pacheco, Obispo de Jaen, virey interin con los despachos que llevó el Marqués de Pescara, le dió la posesion, levantando solenemente los pendones por Don Filipe rey de Nápoles, con la intervencion del Príncipe de Visignano, el más poderoso Señor del reino, creado Síndico, y estableciόse por instrumento público. Tenía el señorío D. Filipe, el gobierno y útil el Emperador, con resentimiento del hijo, Rey de Nápoles y de Inglaterra sólo en el nombre. Entre las embajadas de obediencia reconociendo á Paulo por Vicario de Jesucristo de parte de los Príncipes y Repúblicas, vino Don Diego de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchon, del Consejo del Rey, su mayordomo y tesorero general de la Corona de Aragon por el Emperador y por su hijo. Cumplió su comision con prudencia y grandeza, y quedó en Roma ayudando al Embajador ordinario, porque el ánimo del Pontífice perturbaron intentos peligrosos contra el Emperador. Satisfizo á la peticion de los Reyes de Inglaterra, y nombró por su Legado á latere, y Nuncio apostólico en ella al Cardenal Reginaldo Polo con ampla facultad. El Cardenal le besó el pié y dió muchas gracias y esperanzas de reunir el reino perdido á la Iglesia Romana. Los parciales y los amigos del Emperador (porque salió Pontífice su opuesto) para tratar de la seguridad de sus cosas se juntaron en los palacios del Cardenal de Santaflor, protector de España, y de Marco Antonio Colona, Duque de Paliano, y lo acordado escribieron al Emperador con el Lotini, secretario del Cardenal, y el haber sido la eleccion pontifical de Paulo sin consentimiento dellos.

CAPÍTULO VI.

Absuelve el cardenal Polo á los ingleses.

Llegó el cardenal Polo por Alemania á Bruseles, dió al Emperador el parabien del casamiento de los Reyes de Inglaterra, entendió lo que pasaba en ella, y encaminóse al puerto de Calés, donde ya le aguardaba el Marechal con seis navíos para su embarcacion. No podian entrar en la isla ministros de la córte Romana para hacer actos de juridicion por ley del Rey Enrique VIII y confirmada por el rey Eduardo su hijo, y establecida por el Parlamento y Estados generales, y deseaban Filipe y María anulalla como podian, segun aseguraban los más sabios, y sin rotura de la justicia natural, por ser la injusticia muy clara. Reinaba María no por la sucesion, y era suprema señora, sino en virtud de la costumbre general observada en el Reino desde su primera institucion con que heredó á su padre y hermano, y no obligada á sus convenciones y juramentos de notoria injusticia fundándose en buena razon y autoridad, pues interesaban en no guardalla los súbditos. Y podia el supremo príncipe por edicto (sin llamar los Estados) revocar leyes dañosas, teniéndolas en sí para mudarlas, segun los sucesos, casos, ocasiones, áun para dar lugar á otras ménos malas, ó mejores; porque lo justo, honesto, útil tienen sus grados de más y ménos. Era lícito á los Príncipes entre leyes útiles escoger las más útiles, y en las justas y honestas las más razonables y honestas, interesando los súbditos provecho público de obedecer al Romano Pontífice, con daño de pocos que habian de restituir los bienes de la Iglesia Católica. La suprema autoridad toca en todo y por todo á los Reyes de Inglaterra, y los Estados no tienen en parte (porque la atestacion y juicio de una Córte, Parlamento, Cuerpo, Colegio, no bastan para mostrar autoridad de mandar: las dictas tiénenla solamente de conferir, consultar, aconsejar), mas quisieron su consentimiento universal los Reyes. Fiaban en la negociacion para validar los actos á que podian poner duda adelante, y la oposicion de los Magistrados y oficiales del Reino; conforme á la que llaman su gran ley. Era, que si las ordenanzas perjudiciales del Estado no autorizaba el Parlamento, pudiesen por él ser revistas y revocadas. Y si bien la ley de Enrique VIII era injusta y sin excepcion, y no padecia correccion de los Estados generales, porque despues de la muerte de la Reina estuviese firme la anulacion, quiso hacerla en ellos, abrir á la Córte Romana la comunicacion, reunirlos y dar la obediencia al Sumo Pontífice. Llamaron por medio del Obispo de Vinchestre gran Canceller al Parlamento, ó convocacion de gente univer-

sal escogida de las treinta y nueve provincias, ventiuna ciudades y deciseis villas que tienen voto, y á los Arzobispos eboracense y conturbecense, y veinte obispos sufragáneos. Instituyóle Enrique I en el año mil y docientos y catorce. El Rey en la junta dijo en sustancia así:

«Vuestros Mayores (y en saber y poder) vivieron y murieron en la pro»fesion de la Religion Católica, y en la obedieneia de la Iglesia Romana, »Cristiana hermandad en multitud junta profesora del nombre de Jesucristo »en unidad de fe, y legítimamente ordenada, que hace el pueblo unido al sa»cerdote, como el rebaño á su pastor. Esta, segun el estado del Nuevo Tes»tamento, es nuestra Iglesia Católica, que tuvo principio en Jerusalen, y »esparcida por el universo creció ilustre y manifiesta, mixta de buenos y »malos, Santa por fe y sacramentos, de orígen y sucesion apostólica, con »amplitud católica, por union de los miembros una, con duracion perpé»tua, gobernada por elegido por el Espíritu Santo. En él está la suma »autoridad y sumo poder, como en el más digno de los hijos de la Iglesia »que sienten de una manera y constituyen monarquía el imperante y súb»ditos cristianos católicos, aunque sean reyes, si bien con la excelencia »del oro entre los metales. Este Pontífice sucesor de San Pedro es verdade»ramente Vicario de Jesucristo en la tierra, viviendo él y reinando eterna»mente en su Pontificado, sin haber dos cabezas, aunque sean dos personas »una subordinada á la otra, como el virey temporal á su rey natural nom»brado para que gobierne en su ausencia el reino. Por esto en la ley anti»gua se mandó á los hebreos poner en la frente del Sumo Sacerdote el nom»bre inefable de Dios esculpido en lámina. Es la Iglesia militante divina»mente traslado de la triunfante; y vió San Juan decender del cielo á Je»rusalen nueva y santa. Como en ella hay un Príncipe Dios, debajo de cu»ya obediencia está sujeta perfetísimamente, en la militante hay un Roma»no Pontífice príncipe espiritual, que precede á todos y ecede como ma»yor en dignidad, potestad, institucion, autoridad, y anima el cuerpo, por »razon del sujeto de mayoría más noble, y con más ecelencia por mejores »y mayores súbditos. El obedecerle y á sus decretos es necesario para la salud »de las almas. Este Príncipe soberano eligen los cardenales, colunas de la »Iglesia, que tienen las veces de los Apóstoles, por cuyo consejo gobierna »la Religion buen sentir y reverencia de Dios, veneracion de su conocida »deidad, que con ciertas leyes y ceremonias en el alma obliga interna y ex»terna sumo bien nuestro. Su conocimiento, dón sobrenatural, guía con la »fe á conocer á Dios, levanta los humildes, enriquece los pobres, fortalece »los débiles, hace los ignorantes sabios. El gobierno temporal no es hábil »para la divinidad, como el culto divino y guardia de los preceptos celes»tiales, que hacen partícipes de su virtud y una participacion el sér y poder »del Rey del sér y poder de Dios, y el sustentarle dignamente pide favor »del cielo, y para tenerle obedecer al Vicario de Jesucristo, el Romano Pon-

»tífice. De la potestad de Reino y oficio de Rey no es sólo su fin la Majes»tad, riqueza, señorío; Dios y su ley santa fue, y el cumplimiento de sus »preceptos, muriendo por ello si conviniere. Por esto mandó en el Viejo »Testamento tuviese el Rey en sus manos la ley, y ponérsela en la cabeza »los sacerdotes coronándole; porque sobre todo se ha de estimar y defender »y ser antemural y espada de la Iglesia, reprimiendo valerosamente la au»dacia de los malos, amparando lo establecido, restituyendo la paz, apar»tando lo que perturba. El señor Rey D. Enrique, obediente al Romano »Pontífice contra los herejes sus enemigos, escribió; y despues apóstata (des»gracia grande) mal aconsejado perdió el temor de Dios, y la impiedad el »de pecar, y los consejos impíos trujeron al menosprecio y mudanza de re»ligion que pervirtió las cosas públicas. La misericordia de Dios os llama, »para que obedeciendo al Romano Pontífice volvais al rebaño de Jesucristo »incorporándoos en su Iglesia Católica. Y así anulando las leyes contra los »decretos pontificales y entradas de los ministros apostólicos por los señores »reyes Enrique y Eduardo establecidas, conviene admitir al cardenal Polo, »natural de la isla, Legado del Sumo Pontífice, y como le habeis certificado »á vuestra Reina deseais darle la obediencia, ser hijos verdaderos de la Igle»sia Católica. Votad este punto, y alumbre Dios vuestro entendimiento, y »mueva vuestros corazones, para cuyo servicio y provecho vuestro se pro»pone y encamina. Del reduciros enteramente me resultará mayor felicidad, »grandeza y contento, que por ser en tan poderoso Reino señor con la Rei»na mi señora y tia, vuestra cabeza suprema, y tendria por bienaventurada »mi venida en tiempo tan necesario para ser instrumento de vuestro reparo »y salvacion.»

Mostró la atencion del Parlamento el deseo de su bien, y entre cuatrocientos cuarenta votos solamente dos se numeraron en contrario. Aprobaron la entrada del Legado y en Dobre le recibieron el Milord Paget y Oduardo Astings, gran Equir, enviados dedos Reyes, Reino, Consejo, para llevarle á Lóndres. A catorce de Noviembre le visitaron el obispo Helense y el milord Montaña, y poco despues el Arzobispo de Canturia y el milord Astings hijo del Conde de Hantinton casado con sobrina del Cardenal. No permitió ser recibido en Lóndres como Legado Apostólico hasta que hablase con los Reyes. Enviaron caballeros que le visitase y diese la patente para entrar en el Reino con la anulacion del prohibitorio. Arbolado el guion, llegó á Palacio como Legado á catorce de Noviembre, y los Reyes le recibieron con gran honor y muestra de amor y contento, diciendo: «No pensaron viniera tan presto, porque saliera el Rey á recibirle fuera de Lóndres.» Visitóle, y comunicó los negocios, entregó los Breves y cartas Pontificales, y quiso D. Filipe las abriese y leyese primero la Reina su tia, con modestia y suma cortesía celebrada con aplauso de todos los ingleses. Convocado luégo el Parlamento, el gran Canceller propuso la venida y legacía del Car-

denal para reunirlos á la Iglesia Romana, con el beneficio que la misericordia divina hacía al Reino. Determinaron se hiciese la reconciliacion en la fiesta de San Andres, en la iglesia de San Pablo apóstoles. En este dia celebró el Rey la solene junta del Toison, usó de colores, y su córte lucida y costosa, y los caballeros del collar de San Jorge y de la jarretera asistieron con los del Toison á la misa y comida con el Rey. El Legado vino acompañado de lo mejor del Reino, entronizáronle enmedio los Reyes, presentes los prelados, el Parlamento, nobleza, pueblo. En alta voz los absolvió de sus apostasías y errores, con general satisfacion de los católicos del mundo, cuidadosos del efeto y sucesos de este casamiento. Cantado el himno de las gracias volvieron á su Palacio los Reyes, y el contento de D. Filipe dió licencia á su grandeza y compostura tan de todo tiempo para dar muestras extraordinarias con festines, justas, juegos de cañas, por haber sido instrumento y medio de tanto bien y felicidad. Significólo en carta al Emperador, á su hermana la Princesa doña Juana, á todos los príncipes cristianos, señalando su cortesía y prudencia, y al Sumo Pontífice remitiendo la narracion del hecho á la carta del Cardenal Legado. Luégo entendió en la restauracion de las Universidades de Oxfort y Cantabrigia, y cometió á Ormaneto, que despues fue Obispo de Padua, insigne en piedad y letras, la leccion de las ciencias y eleccion de los profesores de ellas, haciendo leer la teología á los PP. fray Pedro de Soto confesor del Emperador, y á fray Alonso de Villagarcía españoles dominicanos. Entendió en la restauracion de los templos y monasterios, y recogió los frailes y monjas en ellos, y en la restitucion de sus bienes: y el Cardenal tuvo sínodo, y reformó lo eclesiástico, y convirtió á Juan Cico, hereje puritano, maestro del rey Eduardo. A deciseis de Diciembre recibió el Pontífice las cartas de Inglaterra por mano del Embajador del Emperador, y diciendo:

Pater noster qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum,

mostró tanto placer, que hizo disparar la artillería del castillo de Santángel, y poner luminaria vistosa en él, en sus palacios, en toda la ciudad. En el templo de San Pedro oyó misa en la capilla de San Andres, y dió gracias por el beneficio en aumento de la Iglesia en la festividad de su dia. Publicó las cartas á los cardenales, recibió los parabienes, gozóse entrañablemente con ellos. Hizo procesiones generales, dijo misa solene en la dominica siguiente en la capilla de San Pedro, concedió jubileo al hospital de los Ingleses; volviendo á su Palacio derramaron monedas de plata en cantidad invocando abundancia y paz. Escribió á los Reyes de Inglaterra con amor y satisfaccion, agradecido y alegre con el hallazgo de la oveja perdida como pastor tan bueno y tan santo. Los Sumos Pontífices romanos tienen juridicion antigua sobre el Rey y reino de Inglaterra constituidos vo-

luntariamente sus tributarios de un esterlin anual moneda inglesa por cada fuego, que llamaron el dinero de San Pedro, desde el año setecientos y cuarenta hasta el de mil y quinientos y treinta y cuatro, en que apostató el Rey Enrique VIII el ventiocho de su vário y turbulento reinado, y sin contradiccion fue pagado á la sacra silla. Algunos quieren sea obligacion y no tributo concedido por el rey Inás, y que en el año de mil y docientos y trece el Rey Juan de consentimiento de los Estados generales juró fidelidad y homenaje honorable, no de sujecion, dicen los ingleses, y protestó tener así á Inglaterra con cargo de pagar en el dia de San Miguel de cada un año mil marcos de esterlines (otros escriben cien marcos de oro) y se despachó Bula registrada en el libro de la Vaticana; aunque Tomás Moro inglés la contradice. Prometióle Edelfo al Pontífice Leon V por satisfaccion de su culpa en la muerte de Santo Tomás Cantuariense, y el otro por haber muerto á Artus el menor su sobrino Duque de Bretaña y sucesor legítimo de Inglaterra. Diez años ántes el Rey de Francia Felipe el Conquistador le confiscó por la misma causa los ducados de Normandía, Guiena, Anjou, Turayne, la Mayna, y toda la tierra donde podia pretender derecho de estotra parte del mar, que tenian los Reyes de Inglaterra en feudo y homenaje ligio del Rey de Francia. Y en el año mil y ciento y sesenta el Pontífice Adriano III inglés, que ántes de serlo convirtió á Noruega á la fe de Jesucristo, concedió el dominio útil de Hibernia á Enrique II, rey de Inglaterra. Por esto recibió mayor contento Paulo IIII con la reducion, y le aumentaban los avisos de ser enteramente obedecido, los templos expiados, sus imágenes restituidas, los nidos de los siervos de Dios poblados, las universidades y dotrina católica restituidas, y florecia lo espiritual y temporal, viniendo tras largas tempestades dañosas bonanza alegre, procurada felizmente saludable. Estaba el Emperador D. Cárlos en sus enfermedades consolado y contento, consiguiendo los fines á que atendió en el efeto del matrimonio de su hijo, y por su autoridad y reputacion hecho tan acepto sacrificio á Dios, y bien incomparable á Inglaterra. Sacó Don Filipe de prision á Madama Isabel hermana de la Reina contra su voluntad y advertencia; mas esperando reducirla á más quietud y vida religiosa alcanzó de su tia (y contra los dos) su libertad. Porque Francia guerrera contra el Emperador, temiendo la union de las fuerzas esforzaba trato y conspiraciones en Inglaterra por medio de la infanta Isabel. Habitaba diez leguas de Lóndres, comunicada de sediciosos y sectarios, y el Consejo determinó castigalla; mas los españoles la defendieron, diciendo era muchacha y engañada. Quiso la Reina enviarla á España á un monasterio, y no el Rey hasta tener hijos, porque el Reino podia decir se le quitaba su heredero. Con gran vigilancia atendia á la administracion de la justicia, prefiriendo en los oficios de ella y del gobierno á los que jamás apostataron, y no admitió al secretario de Estado Valsingan, aunque de gran conoci-

miento de los negocios y autoridad, sirviendo á los Reyes Enrique y Eduardo. Mandó proceder contra los perseverantes en la herejía, y llevar dos Obispos á la Universidad de Oxfort, para que los confundiesen y redujesen los grandes teólogos de ella. No bastó su persuasion y ruegos, y del padre fray Bartolomé de Carranza, y así los quemaron, y los huesos de Martin Bucero y Paulo Ergio perversos herejes, los de la mujer de Pedro mártir heresiarca puestos en la iglesia de Oxfort junto á un cuerpo santo, y á Cronnuero que sentenció el repudio de la Reina Doña Catalina, y por ello le dió Enrique el arzobispado de Canturia. Trabajó mucho en restituir los bienes á los templos y monasterios, que retenian los poderosos, y en tanto los mantenia largamente. En el sínodo se establecieron, con intervencion de fray Bartolomé de Carranza, decretos convenientes á la extirpacion de las herejías y reformacion de lo espiritual. Quemaron muchas Biblias viciadas por los herejes, en lengua inglesa traducidas, pendientes de cadenas en los asientos de los templos.

CAPÍTULO VII.

Renuncia el Emperador la Monarquía en Don Filipe.

Era el año de cincuenta y cinco y de la vida del Emperador Cárlos V Máximo, y aunque pocos, le tenian gastado los trabajos padecidos en defensa de la Iglesia Romana y conservacion de su Monarquía, y la gota nudosa incurable, y melancólico la satisfacion tan poca que su hijo D. Filipe mostraba del ser Rey de Inglaterra sólo en el nombre, marido de la Reina, como decian algunos ingleses, y de los Estados en que le dotó en Italia para el efeto del matrimonio con su tia religiosísima y valerosa la Reina María; pues áun no se alegró con la vitoria alcanzada en Marciano de Toscana contra los franceses por el Marqués de Marignano, su Capitan General, con el ejército cesáreo, ganado á Sena y á Puerto Hércules, y procuraba ir á España, donde estaria á su disposicion el gobierno, y con más reputacion. La Reina usaba con él toda cortesía y estimacion, y decia estaba preñada para conservar con la esperanza de la sucesion los ingleses en la reverencia y obediencia del Rey extranjero. Era amado de la nobleza, si bien la mayor, como aspiró á casar con su señora, sentia el ver en el trono real el que los privó de la esperanza. Mas no casára ella con su vasallo, habiéndole propuesto al Infante de Portugal D. Luis y los Archiduques de Austria. La Reina por el Cardenal Polo renovó la prática de la paz entre el Emperador y el Rey de Francia, esforzada ya por los merca-

deres de ambas partes con voz de hacer rescate de los prisioneros, y entre ellos se mezclaron los Gobernadores y Capitanes de las fronteras. Conociendo induciria el cansancio á los Reyes al efeto de las paces ó treguas, siquiera para tomar fuerzas y descansar los pueblos, y porque las ofreció el Rey de Francia en el tratado de Arras, juntáronse en Calés en el mes de Mayo mil quinientos cincuenta y cinco con el Cardenal, el Duque de Medinaceli, el Obispo de Arras, el Conde de Lalayn, y el Presidente del Consejo privado de Flandres, Viglio Zuicheno por el Emperador, y por el Rey de Francia, el Cardenal de Lorena y el Condestable Memoranssy, y por los Reyes de Inglaterra el Obispo de Vinchestre, el Conde de Arondel y el Baron Paget y el Palmero. El Cardenal Polo trabajó mucho en echar los fundamentos para fijar la paz, mas los franceses pidieron el Ducado de Milán en matrimonio ó satisfacion, y que el Duque de Saboya casase con la viuda del Duque de Lorena, y se le restituiria alguna parte de sus Estados. Excluidas estas peticiones por los imperiales, los franceses querian se diese á Navarra á Antonio de Borbon, casado con la Duquesa de Vandoma, se restituyese á Piacenza al Duque de Parma Otavio Farnese, y tales cosas que parecia trataban de molestar, no de convenirse. Concluyeron la tregua por cinco años con las condiciones ordinarias, y con que no se entendiese el comercio en las Indias, ni fuesen comprehendidos los foragidos napolitanos en Francia, ni el Marqués de Brandemburg, ni se habia de tocar á lo que poseian los franceses en las tierras del Duque de Saboya. Aliviado ya de la guerra D. Cárlos queria serlo tambien del Imperio, y no consentian fácilmente los alemanes católicos para su quietud y conservacion de la religion; y el Rey de Romanos no admitia el quedar Don Filipe por Vicario General del Imperio en Italia, y queria tener libres sus razones, sin dividir ni mermar su autoridad. Gastóse en réplicas algun tiempo, combatiendo en el ánimo del César el deseo de vivir para sí, con el uso de reinar y mandar la ambicion de sus ministros, no su afecto, vuelto del todo su intento á la religion, de quien fue siempre grande celador. Y así deseaba de las tempestades del mundo y de la púrpura en España retirarse, y renunciar sus estados y reinos y el Imperio. Para comunicar este gran hecho llamó al Duque de Saboya, que, asentada la tregua, visitó sus tierras pocas en número y era amado del César por su valor, consejo, servicio de doce años en sus ejércitos. Escribió á D. Filipe le visitase, y los ingleses le suplicaron conservase la felicidad de la isla su presencia y el contento de la Reina, hasta asegurar la sucesion por el bien general. Prometió volver con tal presteza que sus deseos y menesteres cumpliese bien. Habia quien sembraba desconfianzas entre D. Filipe y su cuñado Maximiliano sobre la pretension de la eleccion de Rey de Romanos, y más despues que se trataba de la renunciacion del imperio por D. Cárlos; y ántes de su partida pareció al Rey asegurar la sospecha de que la

resignacion fuese para elegirle, como se habia tratado en el año mil y quinientos y cincuenta; y siendo Rey tan poderoso, podria con los electores para conseguir la corona. Envió á Luis Venegas de Figueroa su aposentador mayor á sinificar á Ferdinando y Maximiliano su buena voluntad, y ofrecer lo que podia en su conservacion, y tratar de la satisfacion de la dote y renta áun no consignada á su hermana, cuando con su primo casó, ni era pagado su valor. Visitó al Emperador en Bruseles, y tomando el órden y la instrucion por lo que le tocaba, llegó á Augusta á los dos de Otubre. Fue del Rey Ferdinando agradablemente recebido, y respondió á su comision aceleradamente; holgaba de la buena salud de los Reyes de Inglaterra y del pasaje á Flandres de su sobrino, y quisiera verle y al Emperador su hermano, mas no le daba lugar la demanda de Soliman, señor de los turcos de la Morabia, ni el breve tiempo que pedia su respuesta, y el aconsejarse en el mes de Setiembre en Dieta que tenía ya aplazada, conforme al asiento de la paz y seguridad del imperio y negocio que se proponia; y en la pretension á los estados de Austria y sucesion dellos, jamas entendió era interesado ni ambicioso D. Filipe, ni queria sino lo que el Emperador y convenia á todos. Habiendo estado tan sin pasion en el año mil y quinientos y cincuenta en la pretension, creia lo que se le decia de la voluntad que tenía el Rey de procurar el bien de su primo y cuñado agradecido á su amor. Esperaba lo conocerian por las obras los que pensaban en contra con engaño y poco fundamento, aunque no era buena coyuntura para tratar en Alemania de la materia, por la memoria de las guerras y ofensas frescas mal intencionada. Dijese á su hijo lo que le tocaba, solamente para que entendiese el buen deseo de su primo, y lo que procuraba su gusto. Replicó Luis Venegas mirase en el caso, y tan presto no le apareciese desconvenia su advertencia, pues decia D. Filipe se tratase efetivamente del negocio. Dijo Ferdinando fue de contrario parecer en el año mil y quinientos y cincuenta, y ahora por lo que al Emperador estaba mejor y á él, no se debia hacer; pues en el estado presente se acabaria poco en su vida y de su hermano; lo miraria despacio, y esperaba en Dios encaminaria bien las cosas del Rey y de todos los de su sangre. La reina María lo habia pasado mal sin la consignacion de su dote y legítima, siquiera de los cien mil ducados en Nápoles, y tenía por cierto lo mandarian remediar sus Majestades, para que no se importunase al Rey. Vió y aprobó la cuenta de la dote y legítima que le dió Luis Venegas; y se acordase el rey Filipe pidió sólo en la capitulacion matrimonial hiciese el Emperador lo que debia con su hija; le señaló docientos mil ducados por su dote, y cien mil por su legítima, aunque montaba mucho más, y quiso lo que su hermano, porque no quitaria á la Reina lo que derechamente le pertenecia, y lo acrecentaria. Se contentaba de la cuenta, mas debia pagar las deudas hechas ántes del matrimonio por la Reina, y los gastos del ca-

mino, y remitia la satisfacion á su Majestad Cesárea, y le suplicaba se alargase. Quiso tuviese los criados españoles nombrados por el Emperador y el Rey de Inglaterra, como pidió de su parte D. Pedro Laso de Castilla, y ahora querian sus Majestades, pues en vacando los oficios menores les sucederian los naturales. Lo tratase Luis Venegas con el rey de Bohemia, porque voluntariamente lo aprobase. En presencia de la Reina lo propuso á Maximiliano, y aunque le desplacieron algunos, consintió. Lo que tocaba á la sucesion del imperio remitió á su padre, y dijo brevemente con la Reina partiria para Inspruch, y desde allí á Flandres á ver al Emperador. Considerando el intento destos Príncipes, decian los que sabian y le penetraban era el suspender la eleccion deseo de asegurarse con la ausencia de D. Filipe desta pretension á la Corona, temiendo su poder y autoridad del Emperador. Temor y recelo propio de los mayores en el trato de su acrecentamiento, no fiando de estrechos parentescos ni amistades estrechas su interes y ambicion, por quien suelen faltar algunas veces á las leyes. Salió D. Filipe á ocho de Otubre de Lóndres, y en pocos dias se presentó á su padre. Gozóse en verle ya varon, y su reputacion extendida con buenos efetos de prudencia y providencia en la administracion de los reinos de Inglaterra y España, y que sin escrúpulo pondria el peso de su monarquía en sus hombros. Para renunciársela juntó los Estados generales de las diecisiete provincias de Flandres en su palacio de Bruseles, presentes las reinas sus hermanas y el Duque de Saboya. Desde su trono dijo en sustancia:

«Hacía faltas al gobierno por su poca salud, y para mejoralle les daba »un mozo ayudado de buen deseo, fortuna, fuerzas para mantenerlos en »justicia y en paz, y defenderlos imitándole, pues jamas hizo guerra sino »con urgentes causas y provocado. Cuarenta años los gobernó y sustentó el »peso del mundo; quisiera dejarlos en sosiego y prosperidad no perturbada »de la fuerza y ambicion de sus confines, y lo impedieron. Seguramente »encargaba su monarquía y la defensa de la Iglesia de Dios á D. Filipe, »pues no la arriesgára en los peligros de tantos enemigos poderosos, habien»do empleado tantos ejércitos, años, tesoros en su contínua proteccion.»

El rey D. Filipe respondió: «Le imponia carga pesada para correr tras »su carrera ilustre y clara, pues la experiencia y prudencia de su Majestad »Cesárea pudieran mejor en los negocios tantos y varios, y por la grandeza »y separacion de sus estados. No acetára, si no conviniera á la conservacion »de su vida. Procuraria imitar sus virtudes en parte, pues en todo era im»posible á la mayor capacidad.»

Hízose la renunciacion de los Estados de Flandres á ventiocho de Otubre, y á deciseis de Enero de mil y quinientos y cincuenta y seis la de los reinos de Castilla, Indias y Maestrazgos de las Ordenes Militares ante Francisco de Eraso, comendador de Moratalaz y notario mayor; la de la corona de Aragon ante Diego de Vargas, escribano de cámara. Dióle la

investidura de Sena y señorío della por privilegio, y el título de Vicario general y del Sacro Imperio, con facultad para darla en feudo, tener los potentados de Italia á su devocion, reservar para sí lo que por bien tuviese con el mismo reconocimiento y feudo al Imperio. La república de Sena, en el año mil y quinientos y cincuenta y uno, desobedeció al emperador Cárlos V, espelió su guarnicion, desmanteló su cidadela, llamó á Francia para su defensa, y él sentenció haber caido de sus privilegios y dignidad de república y vuelto súbdita al Imperio. Entre otras cosas alegadas para su deposicion y degradacion, pareció haberle concedido la forma libre el emperador Cárlos IV en el año mil y trecientos y cuarenta y siete con el gobierno de sí misma, declarando sería privada de todo si al imperio era desobediente. Revelada, aplicóla asimismo el Emperador, por privilegio, en Bruseles, á treinta de Mayo, de su reinado año treinta y nueve, de su Imperio el treinta y cuatro. Hizo guerra larga y costosa y con vária fortuna para recuperalla y el Senés, hasta que junto á Marciano, en el dia de San Estéban, pontífice, venció á los franceses en batalla de poder á poder Juan Jacobo de Médicis, marqués de Mariñan, general del César, y poseyó los seneses rendidos. La edad del nuevo Monarca era la competente de pocos meses ménos de los treinta años para todas acciones y deliberaciones conocida, y habia peregrinado buena parte de la Europa; los humores y el ánimo en buen temperamento con el uso de los negocios, recto juicio, fuerzas, gravedad, veneracion de los pueblos, conveniente sazon para reinar y tener Imperio, más exquisito y mayor dón que puede á un pueblo darle Dios. Acabó con el reinado de Cárlos V la proteccion de la república de Génova; D. Filipe la prosiguió y su amistad entre señores supremos, y lo declaró por su patente, quedando llana la seguridad della por las condiciones, y le reconoció superior sin más sujecion que ponerse en su defensa y amparo, sin carga ni impuesto con fe de mantenerla y tratarla amiga, libre, comercial. Luego libró con los títulos de rey de España, Inglaterra, Francia y con los sellos suyos, y escribió á sus Estados la cesion que hizo su padre en él, y su confianza de que le daria Dios fuerzas y sabiduría para administrar bien lo que se le habia encargado, y acordándose de sus méritos y servicios, les haria justicia, favor, merced. La reina María dejó el gobierno de Flandres, y dióle D. Filipe al duque de Saboya y el título de consejero de Estado: tambien al duque de Alba, á D. Ferrante Gonzaga, á Perenot de Granvela, obispo de Arras, al príncipe Andrea Doria, á don Juan Manrique de Lara, D. Antonio de Toledo, prior de Leon, al príncipe de Ebuli, Ruy Gomez de Silva, al conde de Chinchon y D. Bernardino de Mendoza, Gutierre Lopez de Padilla, al Duque de Feria, y poco despues al regente Figueroa. Eran estos Consejeros como deben ser para ayudarle á gobernar su Imperio y fortuna (porque el más sabio no lo sabe todo), en sangre ilustres; en sabiduría ecelentes; en la opinion de bon-

dad admirables; ayudados de la naturaleza, experiencia y ciencia de cómo se destempla la armonía de un reino por general noticia y ejercicio de la guerra, legacías, vireinatos, donde tomaron el conocimiento práctico, que perficionan el arte y leccion de historias, observaciones de las causas de los buenos ó malos sucesos. El error en esta eleccion daña la estabilidad de la monarquía, y más en el principio del reinar dispuesto á toda novedad peligrosa, cuando las condiciones del principado, ó calidades y acciones del Príncipe no dan alguna gallarda demostracion, porque la novedad ha traido la sucesion. Los de D. Filipe le dieron tan gran nombre que le bastára menor congregacion de varones fieles, escogidos por suficientes en fama de prudencia, para darle consejo en la paz y en la guerra. Y porque los más sabios médicos llaman á otros para la cura de sus enfermedades, los nombró, y como tenía en su encomienda muchos vasallos, para cuyos bienes y males nació y les pertenecen, y porque sus hierros suelen dañar, no sólo á un reino, sino á veces á todo el mundo. Oidos los pareceres, no á los más sino á los mejores, atendia para elegir el conveniente. En su coronacion el Rey (y áun el Pontífice) jura guardará la paz de la Iglesia, la justicia á su pueblo sujeto, como en el consejo de sus más fieles mejor pareciere convenir. Promesa que debe cumplir por obligacion natural y derecho de las gentes, en cuanto son las cosas justas y santas. El consejo de su inteligencia y juicio le hacía ser solo el señor y manejar los instrumentos del arte del reinar tan bien que sobrepujó su capacidad y suficiencia al Senado legítimo para sustentar el Estado, más acesorio, no principal; medio, no causa, á la condicion de su Imperio, reconociéndose súbdito y consultando con más facultad de aconsejar que de mandar, por tener D. Filipe tanto espíritu hasta su dia último que le ayudaron sus ministros á gobernar, á reinar no; porque su autoridad fue cierta dignidad y consejo, con simple parecer, y no majestad soberana, sino del que tenía el supremo grado. Nombró por embajador de Alemania á D. Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna; confirmó en Venecia á Francisco de Vargas Mejía. Desmembró del Consejo de Aragon el de Italia; el oficio de secretario de la Cámara y Estado de Castilla dió á Juan Vazquez de Molina con el de la Guerra; el de la Orden de Santiago, que tenía el de la Inquisicion y de las Indias, á Francisco de Eraso, y el de la Hacienda, que no hubo ántes, sino Hernando de Somonte tenía los papeles y asistia á las juntas desto y los despachos refrendaba Juan Vazquez. Dió la secretaría de Italia á Diego de Vargas, en las materias de justicia y mercedes, y el de Estado della á Gonzalo Perez, y á Saganta oficial de Mos de Granvela el de secretario de Valencia, que tuvo Gonzalo Perez, con que vino á serlo de toda la corona de Aragon, y hacía oficio de protonotario. Eraso y Vargas eran los preferidos, encomendados y abonados por el Emperador al Rey, y así dió el oficio de la Cámara á Eraso para que le ejerciese allí por

Juan Vazquez, que habia sucedido al comendador mayor Francisco de los Cobos. No parezca descaece algo lo sublime del sujeto de la real narracion por haber tratado su coherencia de los secretarios, siguiendo á los graves y eminentes consejeros de Estado, juzgándolos no inferiores, pues han sido de su aula y cancelleres mayores y emperadores, arzobispos, cardenales y pontífices, por su preeminencia de oficio nacido necesariamente con el reino, imperio, sacerdocio, para depósito de sus secretos, arduo merecimiento. Y así fue nombrado entre sus cuatro eminentísimas dignidades, áun en la sagrada Leyenda, en segundo ó tercero lugar; y por el derecho ilustrado con privilegios, y de los concedidos á los de la Cámara del Príncipe por su cercanía y correspondencia en el despacho con él, confianza, lealtad, perpétuo y asistente servicio y forzoso secreto que le da nombre. Ecelencia con esplendor conservada y testimonio de la sabiduría, valor y nobleza natural y política de los secretarios, como largamente muestra mi libro titulado Secretario suficiente, que prometí en el tratado de Historia para entenderla y escribirla, tambien la residencia del vulgo, y ahora ofrezco ciento y cincuenta lugares comunes, en no vulgar latin, de lo que recogí en la librería de San Lorenzo el Real, y en otras insignes fuera de España, y de los estudios por tantos años, aunque con intermisiones continuados, que daré á la impresion despues de la segunda parte desta Historia, que será en continuacion de la primera, como en la narracion en buena gracia del teatro y juicio de los sabios. En la entrada de nuevo Príncipe todo se renueva y disinios, leyes, oficiales, amigos, enemigos, esperanzas, trajes, forma de vivir, renovando, mudando, alterando las cosas para que haya que decir dellos. Porque de los más suficientes y gallardos medios para mantener la monarquía es el quedar sus ministros en sus cargos; prosiguieron los de Italia y España en ellos, usando de su autoridad, pues no fenecen con el señor sin estar suspendidos hasta la confirmacion. Los mandatos reales son de igual efeto ántes y despues de la muerte del Príncipe, como no penden de suplemento revocable, sino de establecimiento de ley aceptada, publicada, registrada; de suerte que no puede ser el oficio anulado ni quitado sino por adicto ó ley contraria. Conociendo el emperador D. Cárlos convenia para establecerse D. Filipe la suspension de armas que hizo con seguridad de las personas y cosas por cinco años, áun no acabadas las causas de la discordia con Francia, le dijo importaba jurarla por sí mismo, porque la paz obligára á los sucesores. Considerando la disposicion en que los dos reyes se hallaban, consultó su Consejo y dijo: «No se concede tregua cuando el contrario está inferior, ó espera socorro, ó nueva de alguna victoria de su Príncipe, ó mejoría de su fortuna, ó desea mantenerse en tanto, ó conocen deshacen su ejército enfermedad, hambre, falta de pagas, ó el ser de gente colecticia ó mercenaria, y tener algun trato con ella, ó se fortifica en el ínterin en sitio, ó plaza fuerte, ó descansa y

previene sus banderas cansadas de largo trabajo de la campaña, ó cerco, ó dentro de la fuerza. Mas se concede cuando los Príncipes se hallan cansados de la guerra, estragos, gastos, y quieren suspenderlos por algun tiempo, no pudiendo hacer paces por sus intereses y comodidades; esperan coyuntura en que mejorarse y mejorar las condiciones, y porque les está mal rendir las tierras ocupadas, que se habia de hacer forzosamente, habiendo de ser paz con iguales condiciones. Y así era necesario proseguir la tregua y jurarla. Para el tratado della se juntaron en la ciudad de Cambray, por el Rey Católico el conde Cárlos de Lalayn, gobernador del condado de Henaut, Simon Reynardo y Cárlos Tisnac, juristas y del Consejo, y Juan Baptista Esquerzo cremonés, regente de Milan; por el Rey Cristianísimo el almirante Mos de Coliñi, gobernador de Picardía, Sebastian Lambespire del Consejo y secretario de Estado, los abades de Bassen Fontayne y de San Martin, ambos del Consejo. Dieron todos buenas esperanzas de venir brevemente al efeto de loable paz, y así alegremente confirmaron la tregua que el Emperador hizo con las mismas condiciones, con poca mejoría, advirtiendo cuanto al comercio de las dos coronas no habia de ser en las Indias.

CAPÍTULO VIII.

El estado que tenía el mundo y la monarquía de España cuando entró en ella D. Filipe II.

Es cosa natural entrando á reinar un Príncipe como D. Filipe llevar para sí los ojos y esperanzas de los súbditos por lo que importa su buena ó mala calidad, de los confederados y de los que en su proteccion corren la misma fortuna, de los émulos y enemigos de su grandeza, por ser de gran momento á todos mostrarse prudente, sabio, valeroso. Imprimió en los ánimos era capaz de la presente gloria y del aumento que trujesen las ocasiones. Próvido y religioso, llenó de reverencia sus pueblos, asegurólos de violento gobierno con su estabilidad, cerrando la puerta á los inconvenientes peligrosos, al señorío y al señor. Miró el estado en que su padre dejó la Monarquía en las fuerzas, en la reputacion, en el consejo, fundamentos del Imperio. Hallóle no antiguo en partes, no benévolo, no unido, si bien amplísimo y desproporcionado, armado y afirmado en sucesor para mejoralle su fortuna, como lo hizo brevemente, cobrando fama ilustre esparcida por los extraños, opinion eficaz concebida de su consejo y fuerzas. Halló las causas de las contínuas guerras que desde el principio de

su reinado tuvo por su persona y capitanes en la mayor parte de Europa y Africa, reputado en cuanto heredero del Emperador por enemigo comun; y los franceses tenian el marquesado de Monferrato, lo más del Ducado de Saboya y Piamonte, y á Milan molestado: su Rey, deseando vengar las injurias de la fortuna de su padre, acometió á Flandres, y el reino de Nápoles por el Duque de Guisa, oponiéndose el de Alba, volviendo á poner en compromiso de la suerte cuanto en Italia poseia España. La religion católica en Asia y Africa perdida, padecia en la Europa generalmente, siéndole forzoso amparalla con todas sus fuerzas hasta su muerte. A Francia inundaron herejes en muriendo el rey Enrique II, y en Alemania eran tan poderosos que no los pudo reducir el Emperador Cárlos V, reprimiendo los primeros ímpetus con que llevados de sus errores acometieron el Imperio, y acometieran el mundo, si no domára tan á buen tiempo las cabezas de la nueva religion abrazada por mudar de estado, y les avino contra sus intentos. Tenía Soliman, señor de los turcos, lo más de Hungría, y armada para navegar contra Nápoles en favor de franceses y á su requisicion; los flamencos, para imitar á sus confines en la libertad de pecar de que los vieron gozar militando y en el comercio, se apestaron de su herejía con inobediencia á su Rey obstinadamente defendida; en Polonia y Denamark admitida; á Inglaterra restituida ya, muerta la reina María, redujo la sucesora á estado miserable y hereditario. Los poderosos del mundo eran guerreros, el Pontífice y los duques de Ferrara y Parma contra España declarados, los venecianos neutrales. Era rey en Pérsia Tanmas, Mena en los Abisinos, y duque en Moscovia Juan Bassé, hijo de Gostavo, rey de Suecia, rey en Denamark Federico, en Polonia Segismundo Augusto, Ferdinando en Austria, Maximiliano en Bohemia y Hungría, duque de Saboya Filiberto Emanuel, de Sajonia Mauricio, de Florencia Cosme de Médicis, de Ferrara Hércules Deste, de Parma Octavio Farnese: rey de Túnez Muley Hamida, de Marruecos y Fez el jarife Muley Mahamet, en Portugal D. Sebastian, niño en tutorías. Su mayor obligacion y dificultad era sentándose en la silla de D. Cárlos Máximo, germánico, túrcico, africano, llenar vacío tan grande. No cayó de ánimo, mas dió materia en que hacer conocido su valor, y á las plumas valientes su elegancia, juicio y prudencia. Para saber cómo pasaban sus negocios en España, cabeza y corazon de su monarquía, envió á Gutierre Lopez de Padilla, su mayordomo y de su Consejo de Estado, caballero toledano de grau juicio, inteligencia, esperiencia en la paz y guerra con el Emperador Cárlos V, acepto al Rey por sus buenas partes y servicios, y por la gracia que tenía con él Ruy Gomez de Silva su amigo. Hízole contador mayor de su hacienda, y á Rui Gomez y á D. Bernardino de Mendoza, porque su enfermedad pedia tantos médicos. Inquirió las cosas, ánimo de los grandes, títulos, ricos hombres y pueblo para con su Rey por

tan nueva manera de sucesion en España, y avisaba de lo que habia, pues á los aficionados y obligados al Emperador pudiera desagradar, segun la variedad de las inclinaciones y comodidades. La princesa doña Juana recibió los poderes del nuevo Rey, fiando en el amor con que la comunicó, favoreció, trujo de Portugal, para que en su ausencia gobernase. Mandó levantar los pendones y aclamar rey á su hermano en la córte y ciudades cabezas de reinos en Castilla y en Aragon. En Valladolid D. Luis de Rojas y Sandoval, marqués de Denia, mayordomo mayor que fue de la reina doña Juana, para hacer el acto más célebre la ecelencia de su persona y antiguedad y nobleza de su casa, con gran solenidad y acompañamiento, aunque de pocos grandes (porque los más en sus Estados obedecian y descansaban) en el domingo de Quasimodo en puesto eminente en la plaza, con los reyes de armas y maceros desplegando el pendon dijo en voz alta tres veces: *Real por el Rey D. Filipe II deste nombre en Castilla, que Dios guarde y prospere.* Escribió la Princesa á los vireyes y comunidades del Perú y de Méjico hiciesen levantar los pendones en sus provincias con pública vocería y acostumbrada ceremonia. En el año ántes, Selarrayz, virey de Argel, ganó en dos meses la ciudad de Bugia, porque su capitan á guerra, D. Alonso de Peralta, la defendió con poco valor y prudencia, á los cuarenta y cinco años que la conquistó el conde Pedro Navarro por Castilla. Puso en ella por alcaide á Alí Sardo, renegado, con cuatrocientos turcos de guarnicion, y comenzaron á reparar la batería y fortificar la plaza. Alborotó mucho esta pérdida á España, y más los Estados de Valencia y Cataluña fronteros marítimos, y ofrecian con Castilla ocho mil infantes y cien mil ducados para la jornada y esperaban el ofrecimiente de muchas ciudades. El Conde de Tendilla queria ser capitan general, y pedia millon y medio para el gasto de seis meses de la armada. El arzobispo de Toledo, Siliceo, cardenal, emulando á D. Fray Francisco de Cisneros, su antecesor insigne y religiosísimo que á Orán conquistó, pidió para hacer la empresa trescientos mil ducados en dinero y gente pagada, y la costa de la artillería y navíos, y dijo serviria con su hacienda en lo que más fuese necesario, en imitacion de sus predecesores, que gastaban lo que les quedaba de las limosnas, que repartian con larga mano en su arzobispado, en guerras, defensa justa y beneficio de su patria. Esta peticion de poco prático envió al Rey con D. Juan de Villarroel, y apretado en la provision de los negocios de Flandres remitia la resolucion para su venida. Templado el dolor y ardor (como se hace en todas las cosas, y entónces se hacía en Castilla en las que habian de costar dinero y eran de honor y devocion como ésta, por no estar su señor presente) la jornada quedó remitida para adelante. Por esto los Estados y Consejos pedian al Rey viniese á remediar sus cosas estragadas del tiempo de tanta calidad, que su mayor inconveniente era la forma para ello. Hacian de república el gobierno de monarquía real los ministros ab-

solutos, y más los profesores de letras legales, en quien estaba la universal distribucion de la justicia, policía, mercedes, honras, cargas en el colmo de poder y autoridad, entónces grandes dificultadores de lo político en lo que se pretendia hacer sin escrúpulo, demasiadamente (áun en casos de necesidad) ceñidos con la letra de las leyes, y por costumbre y posesion tenian por yerro todo lo que no hacian ó mandaban ellos. Su presidente, don Antonio de Fonseca, Obispo de Pamplona, era blando, poco experto, más obediente á su conciencia que inteligente ni activo, y convenia darle sucesor de más desahogado espíritu y ménos congojoso para el reparo de los negocios que habia preferentes con el Pontífice, y proponian por suficiente al Marqués de Mondejar que presidia en el Consejo de las Indias. En el de las Ordenes militares y cancellería de Valladolid ó Castilla, no habia presidente, y el Rey debia proveerlos; y porque en el de la Cámara y de la Hacienda pareciat coadjutores los consejeros, convenia que las cédulas que enviaban á firmar fuesen capítulos de consulta, y supiese lo mucho y lo poco su Príncipe. La Princesa gobernaba y entendia remitida á los que para aconsejarse le dió su hermano; mas en los negocios de gracia podia su arbitrio, fiando mucho del favor y áun abusando. Era discreta, religiosa y tenía su Palacio en tanto recogimiento y acato, que hizo aprisionar en la Mota de Medina al Conde de Gelbes, gentilhombre de la Cámara del Príncipe D. Cárlos, porque estando capitulado su casamiento con una dama, trató desmesuradamente á un guarda de damas. Pesó al Príncipe, mas no intercedió por su restitucion, el silencio confirmando el resentimiento con su tia. Con ella los tenía cada hora sobre la comunicacion de que se abstenia la Princesa, por lo que algunas veces se derramaba en razones y pundonores con ella, con poco temor á los que podian encaminarle. No habia cosa de varon ni de niño con que holgase su condicion y deseo de ser libre del ayo, y mayor de mandar, sin inclinacion sino á la soledad; de gran daño en los mozos por el mal humor que les ha dado y áun melancolía. Por esto los hijos de los príncipes á su juicio y libertad superiores á las leyes (de quien deben ser ántes amparo, buena disposicion y entendimiento su grandeza y dotrina) tienen necesidad de la enseñanza de los padres; porque demas del ser por la coherencia de la naturaleza y majestad del estado de admiracion á los hijos, ellos pueden mandarlos solamente con imperio. Deben enseñarlos por sí mismos sin excusarles ocupacion de gobierno; pues cuanto desean más que sus pueblos sean buenos y gobernados bien, tanto más han de encaminarlos, señalándose más en lo que es más dejar buen sucesor, especie de romana divinidad. No estaba don Filipe en España como rey jurado, y no se decia más por consideraciones y tibiezas en grei, no usada á no ver sus reyes, recibir y esperar mercedes, y para toda su presencia podia mucho. Esta repeticion de juramento parecia achaque; pues cuando le hiciera el primero capaz del Reino, ahora en-

tró en la posesion de lo que naciendo en el derecho de sangre y natural y costumbre, y no le daria más habilidad y suficiencia la fidelidad de tan leales vasallos, hacienda suya, con ceremonias solamente. Convenia pasar á Inglaterra, y ensanchando cautamente el corazon, estar con la reina hasta tener la deseada sucesion, y acercarse á España evitando su peligro notorio. La tregua hicieron los franceses por necesidad, y si le vian donde era poderoso de gente y puestos para haber dinero la guardarian; sino cualquiera avilanteza que les diesen los tratos y pláticas que traian con los foragidos de Nápoles, ó capitulacion, que hiciesen con el Pontífice á su contento, ó revuelta que tuviese con D. Filipe de las que tenía bien aparejadas, la romperian, y en otra novedad de sus Reinos (que suelen ofrecerse á los que empiezan á reinar) estaba muy cierto lo mismo.

CAPÍTULO IX.

Prosigue la materia.

En Zaragoza, del fidelísimo Reino de Aragon, habia diferencias escandalosas, porque el Duque de Francavila, visorey, hizo contra fuero (segun decia el pueblo), dar garrote en la cárcel á un Sebastian de Vargas, pasador de caballos á Francia, manifestado ante el Justicia mayor. El Duque, con gran valor y ánimo, despues de haber paseado las calles, en la Aljafaría, fuerte y antigua morada de los Reyes, se aseguró; y el Consejo supremo de la Corona decia: «Erró en no salir luégo del Reino», y por todo era ásperamente reprehendido. Juntáronse los tres brazos de sí mismos (cosa no usada) á tratar de su desagravio; y para dar razon del caso envió el Duque á Juan de Escobedo, su secretario, y Zaragoza á D. Luis de Moncayo, y al Rey á D. Juan de Bardagi con embajadas. Todo se asentó con general satisfacion; y para evitar ejecuciones tales de justicia, dividieron con rejas la cárcel de la manifestacion de la Real. El Pontífice envió reformadores para los monasterios de monjes Benitos negros de España, muchos, grandes, ricos, y no los admitian, y el Nuncio procuraba que obedeciesen, y cargaba la conciencia del Presidente viejo y enfermo, y la Princesa temia no ménos escrupulosa que reverente, y admitian los reformadores con algunas condiciones y limitaciones. El Consejo de Estado, más receloso y prevenidor, contradecia, porque visitando estos monjes, no les faltaba título para la órden de la caballería de Calatrava y Alcántara de su regla, y cuando la de los Agustinos para la de Santiago. Estando las religiones en tan gran observancia, ántes vendrian á relajar que reformar; y

así los monjes los enviaron brevemente contentos. Tenian gran contienda los Tribunales con los eclesiásticos, engreidos con el amparo ambicioso del Pontífice, enemigo del Rey, y que procuraba la diminucion de su autoridad y poder, sobre el subsidio de sus rentas concedido al Emperador para la guerra y paga de sus deudas contraidas en defensa de la Iglesia Romana, especialmente en Alemania contra los hereges Luteranos, enemigos de los Sumos Pontífices Romanos. Trataban los ministros de la Hacienda del aprovechamiento de la concesion, y clamaba el clero, y hacía ruido en Roma. Dió Paulo IV Breve de revocacion del Subsidio y Cruzada, y con intento de hacer guerra contra el Rey debilitaba sus fuerzas. Ayudó á esto el Cardenal Siliceo con daño de la autoridad del Emperador y de la Corona, y el Consejo Supremo de Justicia resentido, trataba con el de Estado del castigo con las temporalidades, para hacer al Cardenal conocerse vasallo y hechura del Emperador y de su hijo, poco agradecido y muy absoluto, y contra el poder de justicia para castigalle, conservando la reputacion que se iba perdiendo en lo que pasaba de lo muy ordinario, y el silencio y la tolerancia dificultaria mucho el remedio. El Consejo de Estado lo tenía por desacato, y mayor cuando llegó por Breve pretendido el Cardenal á ser juez del negocio, y procuraba castigar la desobediencia. Para su efeto envió por la resolucion del Rey, y á que no diese crédito á lo que le escribió Siliceo con D. Juan de Villarroel, y supiese eran los daños contra su autoridad, contra su interes, contra el Emperador que le gastó, contra Su Majestad Católica, pues quebraria estando su hacienda tan consumida y empeñada. Todos en esto entraban sin mandato suyo de mala gana, porque no habia tanta pasion por trabajos ajenos, que hagan demostracion voluntariamente. Este solo nombre se ponia á templanza tal, y así el Estado invocaba su dueño. Se dudaba del ánimo de los de la Congregacion que trataba dellas, por ser pontificales los más, y sólo realistas el Licenciado Martin de Velasco, del Consejo y Cámara de Castilla, en lengua y mano pronto, dado al útil Real, comisario del Consejo Supremo, estimado del de Estado y Hacienda, y el Licenciado Birbiesca de Muñatones, su compañero y en calidad y méritos, y defendian la parte del Rey en escrito y por la viva voz.

«Decian los eclesiásticos no debia la Iglesia señora y libre pechar, im»poniendo tributos sobre sus personas exentas en las gravezas pecuniarias y »personales. Los ministros y voceros del Rey alegaban ser dedicadas sus »personas y bienes á Dios con la carga de acudir á las públicas necesidades; »pues no eran exentos de primicias y décimas; y no pagaban ajenas deudas »imponiéndolas á sus posesiones en tiempo de necesidad comunes, y por »su ley debian comunicarse al Príncipe temporal, y la Iglesia contribuir »no exenta de los tributos que por urgente peligro en que ponia la guerra »se pedian, cuyo derecho era público como el provecho. Obligacion de

»que ninguno podia excusar sus bienes por privilegio, porque no habia de »dañar al público bien conjunto (por ley que él no deshacia) en general á »todos y con las heredades conforme á su naturaleza y la de las posesiones »y áun á los patrimonios instituidos por ley para ayudar á la República en »sus necesidades, cuyo caso era excluido por derecho comun y de Castilla, »por el cual heredad que los clérigos compraren debia pechar el tributo »anejo á ella; porque la variedad del sucesor no variaba la calidad, condi»cion, derecho de la cosa; que áun las acciones penales llevaban consigo »las sucesiones y de delito en cuanto vino á ellas. Con tales tributos reparó »el Emperador las adversidades de la Iglesia Romana, que tan á espaldas »vueltas huia de la persecucion luterana y turquesca, y las suyas por falle»cimiento de bienes del Concejo; cuya autoridad como pública y Real »tambien se debia conservar y defender. Y Nicolás, Pontífice, dijo eran los »clérigos sujetos al Obispo por su oficio, sacra uncion, décimas y primicias »que dél recibieron, al Emperador por sus posesiones y heredades tácita»mente hipotecadas naturalmente y por derecho de las gentes para la co»mun utilidad y remedio de las necesidades públicas. Pues los eclesiásticos »sacan provecho y seguridad, al peligro comun habian de acudir, como á »las vigilias del muro eran por la Clementina obligados, porque velando »todos la ciudad fuese mejor guardada. Y así les repartian para edificar »fortalezas, puentes, acueductos, y pagar ejércitos para defender la patria: »y en esto podia hacer ley tan general el Príncipe que á legos y clé»rigos comprehenda por la necesidad de todos sin consulta del Pontífice, »habiendo peligro en la tardanza en demandar su consentimiento forzoso, »ó en no concederle por competencias y pasiones cerca del Imperio, no de »la religion, que al presente sobraban, pues no se debia por ellos diferir el »bien comun. Y principalmente habia de ayudar la Iglesia, porque en ella, »con aprobacion del Príncipe, ó insensiblemente, entró innumerable ha»cienda como vinculada ya, y cada dia entraba sin cesar de legos, en pa»tronazgos, capellanías, memorias, aniversarios, confradías, obras pías, do»taciones de monasterios, dotes de monjas, herencias de frailes, que dedi»cada una vez á Dios no se vendia, no pagaba alcabala, ni volvia jamas al »patrimonio Real empobrecido, que es todas las fortunas de los súbditos, »de que era señor el Príncipe cuanto á la conservacion de todo.»

El cardenal Siliceo, más agradecido al Pontífice que á su Rey, aderezaba gran presente de caballos, mulas, jaeces, dineros para envialle. No convenia contemporizar más con él, decia el Consejo, siendo juez de Paulo IIII, solamente contra la autoridad real, dando principio á la revuelta de la clerecía, ni entrase en la córte como la Princesa queria para reducille, si no desistia primero de la judicatura, con avisos públicos á todas las iglesias que inquietó con los traslados de los Breves, y no lo haria jamas su terquedad y dureza. Y porque recibiese la razon fuese entregado al Consejo

Real, pues no daba causas de halagarle la Princesa y autorizarle, sino para castigalle, y libre sin respeto hablase como solia en Toledo, no en la córte y palacio. Fomentaban los Consejos y Ministros con razones y avisos contra el Cardenal, muchos de su cabildo y del reino con ódio inmortal por haberles metido el estatuto de las cofradías de España, necesario en su orígen y tiempo de su institucion, porque hacian las sentencias como en las órdenes militares en la calificacion de las generaciones, hijas de las opiniones de personas tan viles, que su mayor caudal era la afrenta ajena, desuniendo los ánimos con maravillosa providencia y proporcion, unidos por las leyes en las cargas, honras, útil comun, para que dejando la virtud los poderosos excluidos de su premio, con perpétua indignacion por el implacable dolor, procurasen mejora con la turbacion de la república; siendo aborrecido de los que dan reglas de buen gobierno, ver los ciegos por los ojos de sus abuelos. El Consejo de Estado queria pedir al Rey por embajada viniese á remediar sus vasallos, y los Tribunales consultaban las razones conforme les tocaba, y convenian en darla al Duque de Sesa, y no parecia tan reverenciable, porque iba á Flandres á servir voluntariamente, y eligieron á D. Fadrique Enriquez los consejeros de Estado, y el Consejo de Justicia á Birviesca de Muñatones. Primero por cartas y consultas le suplicaron todos viniese á España, y respondió lo deseaba, y procuraria en viendo á Maximiliano y María su hermana, que le pidieron no partiese de Flandres sin que se viesen. Pareció al Consejo liviana causa, y ser mejor darles lo que habian de gastar en el viaje y visita, y venir él á ver sus Reinos tan consumidos, que parecia dificultoso enviar el dinero para la venida de su padre y suya, porque no lo habia, y no se creia tan demasiado de buena nueva; pues decia que en desembarcando en España el Emperador volviese la armada á Flandres para traelle. Imitase á D. Cárlos en gozar del tiempo para su pasaje, pues no habia de negociar ni áun juntar Córtes para pedir servicio á los Reinos, y venía solamente acompañado de sus hermanas y de sus importunidades y menesteres, para suspender memorias del bien recibido y del amor y novedades suyas, si á ello ayudaba la salud con la mudanza de mejor clima y alivio de los cuidados del Imperio. Para la guerra saldria desde Inglaterra con más autoridad, y sería bien no tenerla ántes de venir á España, y que le hallase allí la súplica de los Consejos y Cabildos; porque más fácilmente podria salir que desde Flandres con apariencia de visitar el Reino embarcarse en Antona ó Punta de Cabo de Alisarte, evitando pasar el canal, y los recelos y peligros de las conspiraciones secretas que no habia temido su demasiada grandeza de ánimo, no venciéndole palabras, suspiros y desmayos de la Reina. El Consejo de la Hacienda daba más altas las voces sobre pedir el Rey apriesa dineros, y que los buscasen por las vías posibles, y ellos que viniese á procurallos; porque el Emperador consumió tantos que no sabian cómo remediar la necesidad

de su hijo por el empeño y poca disposicion para dar ni áun los trecientos mil ducados que les pedia. En este tiempo se habian descubierto y beneficiaban una mina de plata finísima en la Sierra Morena, cerca de Guadalcana, y otra junto á Aracena, de tanta importancia que ya el Consejo tenía consignados sobre sus venas en este año mil y quinientos y cincuenta y seis más de quinientos mil ducados. Todo estaba de manera acabado, que para proveer seiscientos mil, se tomaron los trecientos mil en la féria de Villalon á intereses usurarios, y para haber los otros hizo la Princesa vender diez cuentos y cuatrocientos mil maravedís de las rentas de su dote situados sobre alcabalas, y á ménos de catorce mil el millar. Pidió cuarenta y tres cuentos al Reino, que le quedaban de su encabezamiento y lugares que se arrendaban, que demas de su cantidad eran reservados para las quiebras ordinarias, aunque no era fácil la cobranza, porque los Regidores los tenian ocupados ó embebidos en sí mismos. Las deudas del Emperador eran muchas, y propusieron los ministros su abolicion ó que no se pagasen; y parecia de mal ejemplo, no tanto por la pérdida de los acreedores, nunca igual á la ganancia ilícita inmoderada, cuanto de las viudas, huérfanos, pueblo menudo, de su compañía y asientos, y por la abertura para romper la fe de los contratos justos los pródigos, y tomar dinero en todas partes y precios con la esperanza de la recision. Convenia moderar los intereses, como se hizo antiguamente en Roma y en Venecia, y guardar las obligaciones legítimas, y parar el curso de las usuras la ley de Dios que las prohibia, y la genucia romana bien admitida y mal guardada. Mas contravenir luégo á la prohibicion la necesidad de los Príncipes y avaricia de los tratantes con dinero en todo tiempo haria engaños á las leyes. Decian no debia pagar las deudas del predecesor el heredero por ley del Reino; mas D. Filipe sí, porque fue por resignacion con las cargas que tenía el que le dió, viviendo, universalmente sus bienes y sus deudas. Habia sutiles tracistas de crecer con todas artes los tributos, inventores de estorsiones, llamados hombres de prudencia y arbitrio, en vender encomiendas, juros, juridiciones, hidalguías, regimientos, escribanías, alcaidías, tierras valdías, oficios, dignidades, y con esto la justicia, los premios de la virtud y nobleza, orígen de la declinacion de algunos estados antiguamente, abriendo camino á la avaricia, latrocinios, injusticias, inorancia de los tiempos estragados. Aunque la venta de los regimientos comenzó en el reinado de D. Juan II, dando en presa el bien público y particular á la codicia y dinero (quizá adquirido con malas artes), valiendo por esto á los vulgares para ser mayores en la república el haber sido peores. Debia primero reglar la casa y los gastos causando mayor ecelencia, majestad, crédito á su persona, que sin limitar su dignidad esto, ni caer de su grandeza podia, quitando la desestimacion de los extraños y aborrecimiento de los vasallos. Querian vender los lugares del episcopado y abadengo, aunque parecia ne-

cesario revalidar el Breve del Sumo Pontífice, por ser el que dió al Emperador personal. Extendíanle algunos, alegando se habia la concesion virtualmente hecho á la corona defensora de la Iglesia por el rey D. Cárlos, su natural señor y cabeza, y podia el sucesor usar del mismo derecho sin limitacion. Pedian servicio al Perú y á Méjico, y en aprobacion del Obispo de Chiapa, que asistia en la córte, gran defensor de los indios y indianos, y condenaba el vender los repartimientos como se proponia por de grandísimo inconveniente, y contra la buena gobernacion de aquellas provincias y conciencia del Rey, y era mejor tentar por benevolencia el servicio y aprovechamiento. Pidieron á la Princesa Gobernadora escribiese al Rey de Portugal, su suegro, prestase una buena partida de pimienta, para que de lo procedido de su venta en Flandres se valiese D. Filipe fácilmente, y que las naves derrotadas de las flotas de las Indias en Lisboa las hiciesen llanas. Juntaba en Vizcaya para traer al Emperador á España D. Luis de Carvajal quince navíos, porque los cuatro galeones con que aseguraba el Marqués de Santa Cruz las costas y navegacion de las Indias no se apartaban dellas. En este tiempo tenía la moneda su justo valor intrínseco desde el cornado, blanca, uno, dos y cuatro maravedís, que valian ocho blancas, con que se compraban ocho cosas; tarjas de plata de á veinte maravedís, real de treinta y cuatro, y los de á dos, de á cuatro y de á ocho, hasta el escudo de oro de cuatrocientos maravedís de valor. Era grande la fuerza y lustre de armas, caballos y sus guarnimentos, ganados, crianza y labranza, por no huir el trabajo, como los que viven solamente de censos, comprados con los metales que las Indias les han comunicado; y despues que los pontífices Calixto II y Martino V dierob permision á las rentas constituidas ó censos, poco usados ántes, la tierra les correspondia y favorecia el cielo muy regular á sus deseos, cuidados, fatigas. No permitia la abundancia tasa, ni la moderacion en los trajes término por leyes. Los pueblos, llenos de gente belicosa y armígera, naturalmente robusta, gallarda, no admitia los casamientos ántes de la edad de treinta años y más, y las mujeres de venticinco; ni la sensualidad y derramamiento podia ajustados á la virtud y razon por naturaleza y costumbre y templanza en el comer y beber y manjares gruesos con variedad poco para cebar el apetito, y por esto de larga vida, no estando la malicia poderosa, delicadeza, regalo, superfluidad introducida por la comunicacion con extranjeros y aromas de las Indias, venciendo á la moderacion española, como á los romanos, los regalos de la misma Asia. La juventud ocupada respetaba los ancianos, dignos mucho entónces de veneracion, y sus advertencias; y las hijas asistian á la contínua labor de sus ajuares para su dote, siendo su pureza, clausura y estimacion la mayor parte y más esencial, y diez ménos el coto de la dote que hoy en el tanto. El vestido en los varones era calzas justas, ó justillos con rodilleras ó folladillos, ó zahones más angostos que

los valones que hoy se pratican (con ellos se casó este Príncipe en Salamanca). Los sayos largos de faldas con sobrefaldillas, escarcela, capa larga con capilla, gorra de lana de Milan ó terciopelo muy plana, ó bonetes redondos, ó caperuzas de paño, collares de los camisones justos sin lechuguillas, que entónces entraron las que llamaron marquesotas, como las barbas reformadas de las tudescas muy largas, usadas con la entrada á reinar del emperador Cárlos V, que andaban ántes rapados á la romana, como muestran los retratos del rey D. Fernando V. Las medias eran de carisea, estameña, paño, ligadas con atapiernas ó senogiles; que por los italianos dijeron ligagamba, y hoy ligas, aunque ya usaba el Rey de las de punto de aguja de seda, que le enviaba en presente y regalo desde Toledo la mujer de Gutierre Lopez de Padilla, de quien há poco hice mencion. Vestian las mujeres ropas y basquiñas de paño frisado y grana, y si de terciopelo servian en el matrimonio de abuela, hija y nieta; y en lugares bien populosos y hacendados habia en el palacio del Ayuntamiento vestidos con que todos los vecinos recibian las bendiciones nupciales generalmente. Los mantos eran de paño velarte, contray, sombreros sobrellos como oblea de fieltro ó terciopelo con borlas y cordones de seda. Los médicos traian gorras llanas ó bonetes de cuatro esquinas, y ropas talares, ó manteos y lechuguillas, y los estudiantes particularmente. Tardaban ocho años en estudiar latin, suficientes para saber las cosas y aprender las ciencias si las enseñáran en lengua castellana; pues la necesidad ha introducido por ecelencia lo que Dios en la torre de Babilonia para castigo. La forma de los edificios tenía grandeza y rudeza, y el culto divino estaba en gran veneracion con respeto al sacerdocio, y la mayor prerogativa y riqueza de una familia popular era tener della un sacerdote. Los monasterios pocos de frailes y de monjas, y en el número y diversidad, la devocion y variedad que hermosea la Iglesia y naturaleza largamente ámplio y ha introducido en su aumento y del bien público espiritual. Finalmente, los reinos ricos de todos los bienes y de amor á sus Príncipes hacian ecelente su principal fundamento, que son las fuerzas y reputacion. Tal, pues, era el estado del mundo cuando entró D. Filipe, por la renunciacion de su padre, en su Monarquía, y tal le tenía ella como muestra este penúltimo capítulo del primero libro, casi introduccion de toda mi escritura larga; y ella mostrará la forma que tuvo de ampliar el Imperio, uno de los principales instrumentos del arte del reinar, y despues de su muerte el estado en que le dejó y estaba el mundo.

CAPÍTULO X.

Lo que pasaba en Inglaterra en este tiempo.

Llamaban las sediciones de Inglaterra al Rey, causadas de los franceses, para que la heredase María Estuart, reina de Escocia desposada con su delfin Francisco; porque la Reina no tenia sucesion, y era la más próxima á ella Madama Isabel, y le aconsejaron conspirase contra su hermana, para que en su castigo le diese sentencia de muerte y ejecutase su seguridad. Algunos calvinistas, persuadidos del Embajador de Francia por órden de la Isabel de Tidir, intentaron ocupar el tesoro real, con que sacar á rebelion la secreta conjuracion de matar los Reyes y coronarla con intento, no de que reinase, sino que descubierto el trato difícil de encubrir, por ser entre muchos, fuese por la traicion degollada, porque no le sufriria el Rey católico más atrevimiento y delitos tan atroces. En llegando á Lóndres averiguó la traicion y degolló alguno de los autores, otros favorecidos huyeron á Francia inducidora y pronta por trato y engaño á socorrellos. El Consejo condenó á muerte á Isabel, mas el Rey no quiso se ejecutase, aunque disgustó á la Reina, diciendo era muchacha y engañada. Púsola fuera de Lóndres en custodia de Tomás Popo y Roberto Gago, nobles ancianos buenos católicos, para que la hiciesen vivir bien y comunicar solamente con quien la Reina les mandase. Los franceses burlados decian la guardaba D. Filipe por razon política en contra dellos, porque en María Estuart no se juntasen tantos reinos para el peligro de los Estados de Flándres; y era así, y Dios la guardó para que los alterase, dividiese, le inquietase, gastase, diese cuidadosa vejez, por haber antepuesto la comodidad del señorío, guardando la que fue enemiga de la Iglesia católica, de cuyo nacimiento, crianza mala y vida habria perversos efetos. Son castigados los consejos cuando se prefieren á los celestiales. Tambien afearon esta blandura en prudencia humana muchos, diciendo: «No muerden los muertos, y guardar en prision príncipes de sangre Real, era difícil»: y así Cárlos de Anjou mató á Coradino hijo de Manfredo, rey de Nápoles; mas no faltaron herederos en Aragon que recobrasen felizmente el Reino, y condenasen á muerte á Cárlos; y si bien no se ejecutó la sentencia, quedó la infamia de espantoso castigo en venganza de Coradino inocente. El Rey Seleuco es reprehendido porque no mató á su prisionero Demetrio, valeroso y gallardo: Hugo Capeto, al último príncipe de la sangre de Carlos Magno Emperador: Cristierno, rey de Denamarca, á su primo en venticinco años de prision hasta el de setenta y siete de su edad en que falleció en

ella. Mas D. Filipe atendió á la seguridad y conservacion de la Reina, pues el príncipe que pone á los de su sangre en manos del verdugo aguza contra sí el cuchillo. Los romanos Emperadores y griegos sucesores de los tiranos despedazaron cruelmente los matadores dellos, para estar seguros con el castigo, de que no intentasen contra su vida. Severo le dió atrocísimo á los cómplices en la muerte de Pertinax, Vitelio á los de Galba, Teófilo á los de Leon, Alejandro al que dió la muerte á Darío, aunque en guerra de enemigos, aborreciendo el poner un vasallo las manos en su Rey natural. Esto no en honra de los príncipes, sino por costumbre heredada, para que fuese castigo á los presentes, y en lo venidero sirviese de guarda y seguridad de sus personas con ver los vasallos como se vengan las traiciones hechas á sus mayores. Sin ofensa á los reyes de Francia conserva no haber quitado la vida á sus parientes acusados, convencidos, sentenciados por el Parlamento, declarados por el Canceller enemigos del príncipe y culpados de lesa Majestad. Así fue Juan Duque de Alanzon, y Cárlos VII no consintió su ejecucion, ni la de Juan, duque de Borgoña por el homicidio del Duque de Orliens; mas como dijeron se haria en lo venidero buen desprecio de la sangre de los príncipes, el Duque Juan fue muerto á sangre fria despues.

86805385608

PROEMIO

AL LIBRO SEGUNDO Y Á LOS DEMAS DESTE VOLÚMEN.

SEÑOR:

Es principal fin del príncipe la paz y conservacion de los súbditos y le conviene alguna vez la guerra con razon y justicia, y gobernada con valor y prudencia: es la mano y espada de la razon de Estado, que se le antepone y presupone como madre y continente lo más á lo ménos perfeto. Rigen la prudencia militar las virtudes morales y divinas; de otra manera mira políticamente á la utilidad del príncipe sin atender á medios lícitos, y en la resolucion á causa justa que ha de haber y buen órden militar cuando se ha proseguido. Emprender las guerras deste modo es de valerosos príncipes, tomando más parte de la gloria en los peligros el fin y el principio, como propia cosa por el consejo con que se guian, que la vitoria ufana, gloriosa, pendiente por la mayor parte del caso. No es la guerra tanto el conflicto de las armas (nombrada batalla) cuanto la voluntad durable y casi profesion de dañar, y resistir con fuerza y armas al enemigo, llamada de los Latinos *bellum* de *bellua*, porque son imitadas en ella las peleas feroces de las fieras. Derivóse de aquí *Bellona* Presidente en la guerra, aunque fue tenida de los griegos y romanos por la *Pallas* que amenaza con la espada y lanza. Mas sinifica ésta los emperadores y reyes que militan su prudencia, providencia, consejo, diligencia, efectos del alma: aquélla el furor, muertes y estragos de las batallas, tenida de los poetas por el *Auriga* del carro de Marte. En la guerra se considera el derecho, ó lo que es lícito que llama César *Jus belli*, derecho de guerra, y la diciplina militar que el mismo nombra *ratio belli*, modo de ejecutar la guerra. Hacer alguna cosa por razon de guerra se entiende la causa justa de tratarla, segun las reglas de la diciplina militar. No se confunden, porque se emprenderá guerra justa, y se gobernará mal, y se cometerán actos injustos contra razon de buena guerra; como si entrando una ciudad por fuerza de quien fue gravemente ofendido un príncipe, matase niños, mujeres, viejos. Es guer-

ra justa la que tiene justa razon de hacerse; ilícita, cuando se persuade que la tiene. Guerréase por vengar la injuria hecha á la religion, al príncipe, á su Legado, amigos, confederados, ó por librar de las armas enemigas, deshacer al que hace con su ayuda fuerte al ofensor, para quitar el tributo injusto, para recompensa y restitucion de lo que el enemigo ocupa, ó recuperallo. En el emprender estas guerras justamente es necesaria la difidacion, licencia que se se da para ofenderse los unos á los otros, muestra de la guerra y declaracion enemiga, por no haber querido reducirse á dar satisfacion justa. Todas las especies son comprehendidas en defensiva y ofensiva cuanto á la razon, justicia, estado. La justicia hace guerra defensiva, aunque acometa el estado de otro. Si fuere acometido, lo será cuanto á la razon y al Estado. Si es la guerra contra razon, es ofensiva cuanto á ella, defensiva cuanto al Estado. Si le acomete en el suyo, será ofensiva cuanto á los dos; mas si tiene la razon de su parte, es defensiva cuanto á ella, ofensiva cuanto al Estado. En razon de guerra sin la justicia de la causa considerada la defensiva es de ménos reputacion que la ofensiva, pues está el que se defiende en menor fortuna. El imperio romano, el griego, las monarquías de Oriente y Poniente comenzaron á declinar, cuando redujeron sus guerras de ofensivas en defensivas, que tienen por fin la defensa, una de las señales de la declinacion de los Imperios. El que acomete advirtió lo que es necesario; el acometido, si está mal prevenido, se prepara y defiende por fuerza: el prevenido será muy poco sabio si no es primero en salir y en acometer. Si ántes del caso parecia estar bien aprestado, el hecho descubrirá faltas que se empeoran, y acometiendo cobra reputacion, los soldados ánimo y esperanza. Al modo de hacer la guerra llaman arte, porque consiste en acciones que enseña la diclplina militar con especulacion y consulta, por quien son encaminadas las ejecuciones. Es pericia ciencia con experiencia para gobernarse en la guerra, cierta especie de prudencia del que obra en ella, para vencer los enemigos encaminada, y al bien comun y civil. Desto consta su institucion, como las leyes miran á él, la milicia á la defensa y honor de aquel en cuyo nombre se hace. Nace de las enseñanzas ajenas, letura de historias, tratados políticos y de guerra, relaciones de sus hechos, y principalmente de la experiencia. La campaña, no la sala, es maestra; el uso en el intervenir en las consultas y deliberaciones, el cuidado y trabajo en el ejecutar, la curiosidad en las observaciones, que gana gran parte de tiempo para alcanzar la perfeta experiencia, que no es arte la que por el caso llega á su efeto. El estado ha de tener consideracion á la milicia, y ordenarla conforme á la necesidad, para saberla hacer á fin de conseguir la paz término de la guerra. Los señoríos siempre tuvieron dispuesta la causa de su ruina, mas la buena diciplina de las armas corregia sus acidentes en cualquiera desórden del cuerpo de los Estados. ¿Qué pudiera la potencia romana contra la fortaleza

de los españoles, prudencia de los griegos, multitud del Oriente, si no tuviera diciplina y mayor industria en las armas? Esta varió en la milicia de los romanos, hasta que la imitacion de tantas provincias con quien guerrearon, tomando de todos lo mejor, formaron lo ecelente de su diciplina, que hizo su imperio de larga vida; por ser de tan gran importancia y reputacion, que por mal reglado que fuera en las demas cosas, bastára á conservarle por muchos siglos. Ejército es ejercitado: para hacerle bueno conviene establecer la milicia, y cuidar della diversamente con la forma universal, por quien se vuelven y hacen obedientes los súbditos á las leyes, y dispuestos á sufrir trabajos, fatigas, incomodidades de la guerra en mar y tierra. Para esto tienen los príncipes cuidado de la educacion de las naciones en el ejercicio militar por el bien suyo y dellas. En los errores de la guerra el particular pone la vida, el Príncipe el estado y á veces la vida: y no hay quien la aprenda como los menores ejercicios y de menor importancia y fruto, en que encaminan y examinan los maestros. No súbitamente se pueden aprender los manejos de las armas para saber combatir con valor. Serian felices los instrumentos militares, si como la mano los toma los manejase diestra y brevemente. Por nuestros pecados y la miseria del mundo presente no vivimos en la paz necesaria á la hermandad cristiana, con guerras y la señal de la Santa Cruz de una y otra parte. Vémosla teñida de sangre por sus manos, despedazándose la gente como rabioso cuerpo. Es monstruoso mucho y de notable espanto que siendo de la ley de amor en un santo cuerpo unida, ligada, apaciguada, se deshaga con la crueldad de las armas invidiosa y enemiga de sí misma. Pues como no se puede atajar esto por ahora, tomando del mal algo del bien, los Príncipes justifiquen sus guerras y el fin y propósito dellas. Pueden los capitanes obedeciendo guerrear justamente, guardando áun á sus enemigos fe inviolable y las leyes comunes, y saber las de la guerra y derecho del humano linaje, combatiendo como cristianos y señores de todo lo criado, hijos herederos de la Divina Majestad, participantes de la eterna justicia, que saben la causa justa con que mueven sus armas. Al contrario de muchas gentes antiguas y de nuestro tiempo, que no atendiendo á su dignidad pusieron en solo el fundamento feroz sus fuerzas y malicia grande. Donde se ve la diferencia del combatir como Macabeo lleno de confianza de Dios, ó cual turco fuerte, poco fiel y tirano terrible. En esta division de las voluntades es lo peor haber tomado la ambicion peligroso pié, y el deseo de acrecentarse entre los príncipes, y hecho nacer (como forzosa) la discordia, separacion de ánimos, diversidad de disinios, variedad de pretensiones, teniendo de todos orígen la sospecha para vivir en perpétuo celo y recelo. ¿Qué enemistades hubo tan crueles jamas ejercitadas con hierro, fuego, sangre, cual las de España y de Francia? Qué ódio más interno y dañoso que el de sus reyes Cárlos V Emperador y Francisco I? Qué potencias mayores,

ni cuáles naciones más ardientes y de valor se hallan? Quién las juntára, qué aumentos diera á la cristiandad católica, y qué daños á la tiranía turquesca y heresiana? Qué príncipe más á propósito claramente fue para vencer los turcos, y todos los enemigos de la Iglesia Romana, que el Emperador Cárlos V? porque demas de su voluntad y corazon invencible, las grandes partes que en él resplandecian, era seguido de capitanes de incomparable virtud y sus ejércitos de naciones insuperables. Mas fuele siempre necesario el mirar atras, y guardarse de las armas y asechanzas ordinarias de sus émulos y confines, que retiraban sus pensamientos á tan santa y gloriosa empresa vueltos. El Rey D. Filipe II su hijo probó los mismos impedimentos en Flandres, y en Italia; de manera que nuestros pecados trujeron ocasiones al turco pérfido para acrecentarse, y á los enemigos de la Iglesia Romana de crecer tanto que parezca dificultoso el domarlos y volverlos al santo yugo de la obediencia Pontifical y Romana. Siendo del monarca el gobierno de la paz y de la guerra, si quiere ser llamado verdaderamente Príncipe, debe saber ejercitarle en ambas. Aunque sus pueblos mediante buenas leyes y órdenes gocen de quietud y justicia, sepa defendellos de quien los quisiere perturbar. Es de poca reputacion administrar la guerra por el conocimiento y virtud de otros, sin que él la tenga, y de grandes inconvenientes, riesgos, daños, y humilde necesidad el ser forzados á valerse del saber y valor ajeno: y pueden faltalle capitanes, ó no ser bueno fiarse dellos, y se ensoberbecen y levantan con altivo espíritu.

LIBRO II.

CONTIENE LA GUERRA QUE TUVO DON FILIPE

CON LOS SOBRINOS DEL PONTÍFICE PAULO IV

Y CON LOS FRANCESES SUS COLIGADOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Hace liga el Pontífice Paulo IV con el Rey de Francia y Duque de Ferrara contra el Rey Católico.

Si no venciesen á los Príncipes sus pasiones y las persuasiones de los que pretenden engrandecerse con su poder y autoridad, no caerian en peligros, y por vergüenza de haber tenido mal consejo en comenzar las empresas y por su reputacion ó por obstinacion y porfía con su daño y de los súbditos no sustentarian lo comenzado. Sucedió así á Paulo IV, Pontífice romano, enemistándose ambiciosamente con D. Filipe Rey de España y de Inglaterra en el principio de su pontificado, llenando de armas y parcialidades á Europa. Don Filipe, con la tregua hecha con los franceses y mostrarse neutral el Pontífice entre los Príncipes mayores, esperó reinar en sosegada fortuna, no asaltada de temores y recelos, con suma obediencia y amor de sus vasallos, mas á ningun monarca se concedió. En los quietos tiempos la grandeza gobierna sin fatiga, sustenta el poder los errores por algunos años, como en bonanza el navío de buen nervio la negligencia del piloto, mas en los turbados suma virtud guarda solamente el imperio. Paulo IV en la segunda creacion de cardenales dió el mayor número á los amigos de la corona de España, y como el reinar pende en parte de la fortuna, y el ser buen Príncipe de sí mismo, la ambicion, furiosos ímpetus, sospechas le indujeron á cosas peligrosas á Italia, á la Iglesia y á su cabeza. Engañado conforme á su humor de los sobrinos que le insistian

al crecer su familia, le inclinó la aficion á ilustrar más su sangre con el aumento de estados y señoríos grandes. Ciego el deseo por el ódio envejecido que tenía á la casa de Austria, encaminó la venganza con las armas francesas, dándoles empresa á Italia para no poder como queria engrandecerse, y vistiendo de honestos títulos (cual suelen los príncipes) la causa de la guerra presuntuosa y medios reprehensibles. Quejábase del Emperador, del rey Filipe su hijo, de la nacion española con indignacion y vituperio; y pronosticaron los que antevian grandes trabajos y turbaciones á Italia. Asegurábanlos ochenta y dos años del Pontífice para vivir para sí ya mejores y morir bien, que gobernar la nave de San Pedro. Trataron mañosamente de su acrecentamiento los Carrafas, imitando otros parientes de los pontífices creados y engrandecidos en los Estados de la Iglesia y de Florencia, como si fuera el fin principal de alcanzar el pontificado; y así liberalidad dellos redujo á estrechos límites sus espaciosos señoríos dados por los más religiosos Príncipes y Emperadores. Determinaron ponerse en la proteccion y liga del Rey de Francia y de la república de Venecia los Carrafas, y con secreto la efetuaron en Roma los Cardenales de Lorena y de Turnona, y Mos de Ambazona embajador del Rey, sin saberlo su Majestad Cristianísima, y Paulo firmó los capítulos con grandes esperanzas, porque los hijos, cuyo lugar tenian los sobrinos con él, son incentivo, raíz y excusa de la ambicion. Por esto gobernaron mejor los más desasidos de prendas y los obispados y presidencias. Enviaron los comisarios á Francia á Mos de Lansac para que firmase esta confederacion el Rey, y le solicitase á su cumplimiento, y al Cardenal de Lorena á Venecia con tal presteza y ahinco que pasando por la ciudad de Ferrara no dijo al Duque lo que iba á tratar, ni lo capitulado, en sustancia así:

«El Rey Cristianísimo toma en proteccion la casa Carrafa, y enviará en »Italia ejército por lo ménos de diez mil zuiceros y franceses con cuatro»cientos hombres de armas y mil y doscientos caballos ligeros con General »gran señor. Á costa de ambos Príncipes levante diez mil italianos el Pon»tífice, provea artillería, municiones, vitualla; deposite ciento y cincuenta »mil ducados en Venecia, y el Rey trescientos y cincuenta mil. Sea la »guerra contra la Toscana y reino de Nápoles; lo conquistado para uno do »los hijos del Rey con cuarenta mil escudos de feudo para la Cámara »Apostólica, y lo mismo el reino de Sicilia. Al Conde de Montorio, so»brino de Paulo, se dé un estado de veinticinco mil escudos de renta al »año, y otro á D. Antonio Carrafa, su hermano. Pasando la guerra á »Lombardía contribuya el Pontífice con la misma cantidad, no en Pie»monte. El ducado de Milan haya un hijo del Rey, y no el Delfin. Vuél»vanse á la Iglesia sus tierras. Quítese el Estado al Duque de Florencia. »Dése libertad á los seneses. Extiéndanse los límites del señorío de la Igle»sia de la otra parte del Apenino hasta el mar Adriático, llegando al rio

»Pescara, y destotra al rio Garellano, incluso gran pedazo del Abruzo y de »Campania.»

El acuerdo y distribucion medía y gobernaba el deseo, no la dificultad de conseguille en todo. Estaba en Milan en esta sazon el Duque de Alba con título de Vicario general en Italia, poder y autoridad de Exarco de los griegos emperadores. Con la reformacion de la milicia y del gobierno mejoró algo la reputacion, creció el ejército con cuatro mil infantes y quinientos caballos alemanes y una compañía italiana y con los españoles que á Puerto Hércules conquistaron. Era su lugarteniente D. García de Toledo, marqués de Villafranca; general de la caballería, el Marqués de Pescara; de los italianos, Vespasiano Gonzaga Colona, príncipe de Sabioneda feudal en Lombardía; Maestre de Campo general, el anciano César de Nápoles. Salió contra los franceses con buen éxito en Piemonte, que es todo lo que en Italia posee sin el condado de Niza el Duque de Saboya, extendido de la Sesia al Delfinado detras de los Alpes, y de la otra parte al Monferrat, estado de Milán y genovesado. Hónrale el Pó ó Pado con su nacimiento debajo del monte Monviso, rio de gran nombre, y le hienden y le riegan el Tana, el Estura, el Dora, y casi otros veintiocho medianos, y tantos canales que el territorio de Cunio tiene doce. Es tan fértil de trigo, vino, carnes, frutas que en esta guerra entre franceses y españoles por más de ventitres años no faltó vitualla á presidios y ejércitos de gran número. El Marqués de Marignano, recuperada Sena, asistió aquí absoluto á la oposicion de los enemigos, y disponiéndola ya la voluntad del Duque, más imperioso, vencido del poder y resentimiento, se retiró y pasó desta vida el ejemplo de vária fortuna. Sepultóle con gran pompa el cardenal Juan Angelo de Médicis, su hermano, y la funeral honró el Duque de Alba, que volvió de Piemonte enfermo, y porque fue publicada la tregua entre el Emperador y el Rey de Francia. De su confirmacion por el rey Don Filipe se tuvo aviso en la primavera del año mil y quinientos y cincuenta y seis; y aunque pesó á Paulo IV, porque sus disinios y fervor de Marte impedia, cantó en San Pedro el himno de las gracias y concedió jubileo. Los Carrafas viendo lo que jamas se persuadieron (porque lo aborrecian) viejo el tio, y que nuevo imperio no establecido agrava ántes que hace poderoso, la envidia, el deseo de acrecentarse despertaron el ódio, encendieron la ambicion y la esperanza de ganar y certeza de que tenian poco que perder. Parecíales sería la suspension de armas ruina de Europa, si no pasaba á confirmada paz y liga contra infieles, donde emplear las fuerzas que descansando juntarian para volver á competir los dos Reyes. Tomó á su cargo Paulo su efeto por legacía. Escribió el cardenal Carrafa al Duque de Soma, foragido napolitano, su correspondiente en la córte de Francia dijese al Rey:

«Cerró así la entrada de Italia, y no fiaría más para alterarse en su ayuda,

»pues sin mirar al bien comun y confederacion procuró su interes, cuando »hizo que su tio no arrostrase á la amistad del Rey Católico y á su poder »firme, y le prometió no desamparalle. Fuera razon y cortesía declarar »su ánimo al tiempo que aprobó la capitulacion y engañó al Pontífice. Le »dió queja, porque tratando de la union le dijo, si contra los españoles se »declaraba no le dejasen mis franceses en coyuntura que más los hubiese »menester, empeñando su verdad, honor, crédito, le aseguró no haria cosa »el rey Enrique sin consentimiento suyo, y viendo lo que temió como más »prudente, áun á mirarle por su vergüenza no se atrevia.»

Miéntras revolvian en su ánimo la esperanza, el temor, la razon, la fortuna, y á cual dellos se entregarian, sacaban todas las cosas á venta pública y se apresuraban en su aprovechamiento, como quien trataba con viejo; y habiendo pasado de la vida privada á la ventura y posesion de la grandeza, el crecer y asegurar era su principal intento y consejo. En Venecia negoció poco el cardenal de Lorena, porque neutral permaneció, y sabida la tregua hecha, dijo á su Rey en París, no sin libertad:

«Trató con fraude con Paulo IV, y no la guardaria, dejándole en dife»rencias y disidencias con el Emperador y con D. Filipe, su hijo.»

Este parecer esforzaban los de su casa de Guisa armigera y favorecida del Rey Cristianísimo; mas en contra decia Aná de Memoransi, gran Condestable de mucha autoridad por su valor, saber, celo del bien de la Corona, aunque en muchas batallas fue de mala fortuna hasta morir en ellas. Decia:

«No temiese Paulo, y se aquietase en la tregua comprehendido con los »demas Príncipes.»

Nombró el Pontífice por legado al cardenal Carrafa para ir á Francia y á Venecia, y para Flandres al cardenal Motola á dar el parabien á los reyes de la quietud de sus estados, y pasar la tregua á paz deseada y perpétua entre ellos. Era sólo el fin efeturar la union y conquistar el reino de Nápoles con sus fuerzas. Ántes envió á Rustichela, sobrino del Arzobispo de Florencia, á París á decir al Rey Cristianísimo:

«Confirmase la confederacion, y no dudase; daria para su efeto gente »italiana, municiones, artillería.»

Para tratarlo desde Mastrich, entrada de Flandres por Alemania, tuvo órden el Motola de ir á Francia sin llegar al Emperador, y con el Carrafa (que por tierras de Zuiceros pasó) entró en la córte del rey Enrique con grandes honras recibidos.

CAPÍTULO II.

El Pontífice persigue los amigos del Rey Católico, y enojado prende al Cardenal de Santaflor.

Ganada Sena, invistió della (como escribí) el Emperador á su hijo, y con facultad para darla en feudo y reservar lo que del Estado quisiese. Cosme de Médicis, duque de Florencia II, vivia con vigilancia y celo por lo mucho que Paulo IV comunicaba y favorecia los franceses; y las juntas para la union y su negociacion y providencia le advirtieron y descubrieron los tratos ocultos por el recelo, el miedo y el dinero. Avisó al Rey Católico, y le pidió se aconsejase y previniese. La esperanza de haber á Sena le tenía á su devocion, la dilacion de la entrega de Piombino lugar marítimo, el deseo de que se le pagase lo que gastó en la guerra y conservacion de Toscana. Solicitaba esto Alfonso Tornabuoni, obispo de Borgo, su embajador, y era la demanda grave al Emperador deudor y á su hijo, y la satisfacion excusaba su consejo con arte, y no se le negaba, para mantener amigo al Duque por su autoridad, estado, fuerzas. Escribió á D. Filipe:

«Convenia dar á Sena en venta, ó investidura á quien la defendiese, por»que guardada con mucha costa en guerra y tregua ceñida de enemigos »jamas sería firme ni quieta. Aconsejó al Cardenal de Búrgos su Goberna»dor el reparo y guardia della, y acabar la cidadela que D. Diego de Men»doza habia comenzado y no lo hizo, y tenía dividida entre sí la poblacion.»

El Cardenal su Gobernador decia: «Vivia Sena con sospecha y alte»racion, porque procuraba le viniese á las manos, y le ayudaba con dine»ros para echar los franceses de la Toscana por la esperanza de poseerla »entera. Tenía la ciudad infamada de infiel y banderiza, y no consentia que »de sus tierras le metiese vitualla, ni de las que en el Senés poseia. No po»dia mantenerse de su territorio tan inculto y desierto por la guerra, que »áun á sus señores no sustentaba, y así hambreaban los moradores triste»mente. Con las acciones en su contra interpretadas sembraban descon»fianzas entre el Rey, el Cardenal y el Duque.»

Era protector de España el cardenal de Santaflor Esforza florentin muy su aficionado, y por esto trujo del suelo del Rey de Francia al del Rey Católico á su hermano Marco Santaflor, al Prior de Lombardía, al Conde de Santaflor con esperanza de haber algunos lugares en el Senés cercanos á su estado. Envió mañosamente por sus galeras á Marsella, y para que las dejasen salir de la cadena cargó la ropa y familia del cardenal Farnese, que

habia venido á Roma por la posta á la eleccion del Pontífice desde París, cansado de esperar que el rey Enrique vengase la muerte de su padre Pedro Luis Farnese, primero Duque de Parma. El castellano de Civitavieja impidió la salida de las galeras del puerto, y el cardenal de Santaflor envió órden del conde de Montorio, con que navegaron hasta Gaeta. Enojó á Paulo IV grandemente por la falta que le harian para la conquista de Nápoles y Toscana. Injurió y amenazó al Cardenal, y para aplacalle volvieron las galeras á Civitavieja, mas se mostró ofendido en cuanto pudo contra su familia y la colonesa unidas y siempre á él muy sospechosas. Dijéronle los enemigos dellas:

«Se juntaban en el palacio de Marco Antonio Colona y en el de Santa»flor los imperiales á maquinar contra su persona, y debia recatarse ad»vertidamente, porque el Cardenal envió al Lotini, su secretario, á Flan»dres con aviso de la amistad y tratos que tenía su Beatitud con Francia y »ser enemigo del nombre de Austria declaradamente.»

Su alteracion no pudieron asegurar los bien intencionados, y asoldó gente para su guardia y recogia la que podia meter en Roma. Aprisionó en el castillo de Santángel al Cardenal de Santaflor, á Camilo Colona, Julian Cesarino; y á Marco Antonio Colona aprisionára su cólera si del Lotini avisado no huyera á Paliano, cámara de su ducado, confin del reino de Nápoles, á do tenía el de Tallacoz, y era Condestable. Declaróle bandido rebelde, prendió en su morada á doña Juana de Aragon, su madre, y dijo extinguiria las dos familias y humillaria la de Austria para que no se alzase con todo el mundo. Con esto Paulo era seguro de los parciales del Rey Católico, que podian hacerle alguna oposicion. Envió contra Marco Antonio gente de guerra, y por no estar en defensa Paliano entró en el reino y la guarnicion en la plaza. Despues que vino el Duque de Alba á Italia, sucedió al Cardenal Pacheco en el gobierno de Nápoles D. Bernardino de Mendoza, teniente de Vicario general; envió soldados (como debia) para afrontarse á los de Paulo IV, enemigo casi declarado. Irritóle más haberle entendido para impedir su ejecucion, y el salir de Roma al venir el dia doña Juana de Aragon y sus hijas, fingiendo el hábito y nombre de Porcia Zambecara, romana, que iba como solia á su castillo de Arzoli, cercano á Roma. Envió caballería en vano en su alcance, mandó ahorcar al caporal que abrió la puerta. En consistorio, injuriosamente infamó la familia Colona, maldita por los Pontífices, dijo, y privada de su Estado y dignidades eclesiásticas, porque prendió Sarra Colona al Pontífice Bonifacio VIII, y el Cardenal Pompeo Colona con Ascanio fué contra Julio II y Clemente VII, pontífices, en compañía de sus enemigos, y contendieron con Paulo III, y se opusieron á los ministros de Julio III y al presente Marco Antonio Colona, favorecido de los españoles sus aliados, despojó á su padre Ascanio de los ducados de Paliano y Tallacoz, y maquinaba

contra la santidad de su oficio y persona y autoridad de señorío un vasallo. Juntó otras culpas muchas á éstas ántes referidas á él, no como invectiva por los enemigos de Marco Antonio, inexorable en no castigar los Colonas, sin respeto al Rey Católico y potentados de Italia; intrépido con interes de justicia y reputacion de su dignidad y para castigar libre. Despachó bula de privacion de los Estados contra Marco Antonio, con estrechas y horribles cláusulas de escomunion y maldicion contra sus defensores, y por otra embistió á D. Juan Carrafa, conde de Montorio, del ducado de Paliano, y á Diomedes, su hijo, dió título de Marqués de Cavi; á D. Antonio Carrafa el condado de Bagaro, quitado al señor legítimo imputado de que tomó despachos y dineros que le traian de Francia. En consistorio y capilla lo resolvió de hecho; mas los Cardenales de Santiago, Pacheco, San Clemente, no firmaron la bula, como los demas, confusos, forzados en la mayor parte, temiendo los males que á la Europa causaria. De la signatura quitó al Pacheco y á San Clemente; echó de Roma al Cardenal de Ferrara, y recatado fué á Parma el Farnese. Abria las cartas quitando la comunicacion y libertad pública en comun patria, y á los embajadores. Mandó al Cardenal de Santaflor dar el contraseño para que se le entregase á Brachiano por el castellano y gobernador de Paulo Jordan Ursino, frances en el ánimo, pero yerno del Duque de Florencia, á él sospechoso; y para valerse de la fuerza y echar fuera la guarnicion sujeta al Cardenal íntimo de los españoles. Hizo llevar al nuevo Duque de Paliano por la ciudad con vestido ducal, pompa real y acompañamiento de la nobleza y Córte. Suplicáronle algunos cardenales no maltratase los ministros y dependientes del Rey Católico poderoso y bueno para amigo, y respondió:

«No harian inmortal su memoria los tesoros, sino los Estados que diese »á su familia la grandeza de su Pontificado, en cuya virtud tenía debajo de »los piés los reyes, los emperadores.»

El Embajador de Francia, Ambazona, el Cardenal Armiñac y Mos de Lansac le dijeron:

«Oprimiese los españoles para conservar su eminencia, porque su Rey »con sus mayores fuerzas le defenderia. Ofrecieron su caballería que tenian »en Parma y en la Mirandola, y cincuenta mil ducados, y le advirtieron »fiase las armas solamente de los de su sangre.»

Era gonfaloniero de la Iglesia el Duque de Urbino, y dió su oficio al Conde de Montorio, y el baston y estoque, sus insignias, con solenidad en el Campidolio. Al Duque desplació poco, porque le habia ofrecido ántes el Rey Católico el cargo de su Capitan General de la gente italiana, con doce mil escudos de sueldo al año y treinta para el de cien celadas y tantos hombres de armas. Le honraba por el valor de su persona y experiencia militar, siendo General de los venecianos y Pontífices, y por el asiento de su estado á propósito para las guerras de Italia, en la Umbria y Marca,

con buenas fortalezas y ciudades, algunas fortificadas á lo moderno, en medio de Italia, y podia sacar buenos soldados y defender el reino de la banda del Abruzzo, paso forzoso á cualquiera ejército forastero. En Roma hizo matar el Embajador de Florencia, secretamente, á Juan Baptista Gagni, rebelde del Duque inquieto, maldiciente; y quejóse el Pontífice porque en su Córte, franquicia y seguro general hacía sus venganzas y decia que presto tomaria satisfacion de sus injurias. El Duque, sabiendo su mala intencion y lo que sus cardenales trataban en Francia, y que la primera guerra fuese en Toscana, avisó al Rey Católico, certificándola en Italia, y pidió se previniese con presteza para ella y le dejase levar el Emperador, en el condado de Tirol, seis mil alemanes para conducirlos con ménos tiempo y dinero en última necesidad, y servirian como católicos mejor por la fuerza y reverencia del juramento y seguramente. Reforzó las guarniciones de las fronteras de la Iglesia y alojó cerca algunas banderas y estandartes. Paulo sinificóle podia alterar la novedad, los potentados y los franceses para romper la tregua. El Duque industriosamente le respondió: «Dejaria las armas asegurada Italia, su Estado, Sena, dándosela á los Carrafas, ó á la Iglesia, ó á quien neutral la conservase.» Con esta esperanzaa pretendia sacarlos de la amistad de los franceses, y quietando el tio conseguir esta empresa, porque el Emperador y su hijo difícilmente darian el señorío de Sena.

CAPÍTULO III.

Pasa á gobernar á Nápoles el Duque de Alba. Redúcense los Farneses al servicio del Rey Católico.

El Rey Católico mandó ir á conservar á Nápoles al Duque de Alba, y gobernar lo civil el Cardenal de Trento en Milan, y lo militar el Marqués de Pescara y Juan Baptista Castaldo, dañoso triunvirato. Embarcóse el Duque en Génova con los ministros del ejército, y en Liorna con el Cardenal de Búrgos y el Duque de Florencia confirió sobre la intencion de Paulo IV, estado de las cosas de su Rey en Italia y Roma, y comenzada la guerra, lo que se podia hacer y les tocaba. Fue recibido en Nápoles con general contento, especialmente de D. Ferrante Gonzaga, que descansaba en lugares que le dió el Rey por recompensa de servicios y dineros, y habia casado á su hija Hipólita con el heredero del Príncipe de Stigliano. Para libralle de las calumnias de sus émulos y enemigos, no bastaron su nombre y la gracia del Emperador, de donde no le derribára caso si el in-

teres y altivez gobernando á Milan no le dieran injurioso sindicado. Mucho se gozó tambien Ascanio Colona, padre de Marco Antonio, preso en Castelnovo por justificarse de acusacion de infiel al Rey y alcanzar la procurada libertad. Solamente aligeró la prision el Duque, porque un mal contento y de fe tan dudosa podia alterar el reino, y gozaba su lijo los Estados, y hallábase bien su amigo y fiel al Rey Católico y de más servicio. Pero faltó á la fe y reverencia paternal, quizá con impiedad, y su madre á la conyugal. Mas aprisionalle el Emperador por justas causas (si fué justa la acusacion), menoró la infidelidad y crueldad. Mateo Estendardo, sobrino de Paulo, enemigo de los españoles, que le prendieron en la guerra y dieron libertad á peticion del tio, dijo (ó fingido ó cierto) habia hallado en la vianda del Pontífice conocido veneno, y con alteracion sospechosa y adulatoria ahorcaron á un cocinero acusado. Era súbito Paulo en la ira y aprension, y crédulo temió, y vivia con exámen curioso y receloso de la comida, guardia, vestido. El Marqués de Sarria le pedia cesase su inquietud de ánimo contra su Príncipe, hijo obediente de la Sede Apostólica, y le protestaba serian causa de los daños que resultasen destas novedades su ambicion y consejeros perniciosos. Mirase por la quietud pública, turbada ya con la union con Francia contra España confirmada. Honraria sus sobrinos el Rey, y podia embestilles de Sena mejor que los que habian de ganarla primero. Culpó el Consistorio de que salian de su acuerdo alteraciones, sin justicias, fuerzas, despojos, prisiones, ligas, persecuciones. La queja tenía causa, no justicia, porque no votaban libremente los cardenales, pues oia el Pontífice solamente los que persuadian la expulsion de los españoles de Italia, su aumento, venganza de agravios que decia recibieron él y sus sobrinos de los ministros de Nápoles y de haber solicitado los imperiales con instancia no entrase en el Pontificado; escribióle D. Filipe con Garci Laso de la Vega, embajador extraordinario:

«Era terrible con sus amigos: los sacase del castlilo, pues no le habian »ofendido: gozase Marco Antonio Colona sus bienes, porque no delinquió »contra la Iglesia, y debia ayudarle y amparar en el Reino como vasallo. »Considerase y cumpliese peticiones tan justificadas.» Paulo con aspereza respondió «castigaria los súbditos culpados como le placiese, y el Rey »castigaba los suyos, y no cuidase ni se doliese tan eficazmente dellos. Se »armó, porque no le matasen con hierro, como procuraron con veneno, y »quitarle con su inominia el Estado como á Clemente VII. No sabía cul»par á Su Majestad en esto, ni excusar la malicia de los que le quisieron »complacer y la sospecha de sus acciones para traer gente de guerra á sus »confines, y hacer otras declaraciones enemigas contra la paz generalmente »deseada. Estaban los foragidos napolitanos en Roma como en patria co»mun por antigua costumbre.»

En Flandres, el Obispo de Arras, Granvela, habló mezclando quejas

con amenazas al Nuncio de parte del Rey, por no dar Paulo las audiencias que le pedia el Marqués de Sarria, y haber aprisionado sus amigos y ministros. El Nuncio le escribió su temor, y en congregacion de cardenales mostró á los Embajadores el punto en que las cosas estaban, y rogó viesen con algunos cardenales diputados cómo se podria venir á tolerable composicion. Conveníale más libre juicio en conocer los engaños, y á los españoles templar su grandeza de ánimo para no irritalle. La vigilante guardia de Roma abria las puertas muy entrado el dia, y queriendo ir á caza el Marqués de Sarria, pidió al Conde de Montorio mandase abrirle la puerta de Santa Ines ántes del alba. Dió el contraseño el Conde al que salió de guardia acaso, y el que entró sin renovalle no dejó salir al Marqués: era de bizarro espíritu, y rompió con indignacion la cadena y salió. Alteró á Paulo y determinó cuando fuese á hablalle, como pretendia, meterle desde Palacio por el corredor en el castillo; y por el Conde de Montorio brevemente advertido se libró. Conociendo D. Filipe es de prudente hacer amigos los enemigos (en que su padre fue ecelente), procuró reducir á Octavio Farnese, duque de Parma, á su devocion, y lo encomendó al de Florencia, porque desde el año mil y quinientos y cincuenta y cuatro persuadia á Octavio su reducion y el Cardenal de Trento ahora, y pedia al Rey le recibiese en su gracia, porque su estado sería útil al de Milan, freno al de Ferrara, impedimento á los franceses, viniendo en favor del Pontífice, como trataban. El Conde Jerónimo Correzo asistia á esta negociacion secreta por el de Parma en la córte, ya perdida la confianza de recobrar á Piacenza con las armas francesas, y más con la tregua y esperanza de establecer la paz. Ayudó á disponerlo el Cardenal Farnese, mal satisfecho del Pontífice, enfadado de la arrogancia de sus sobrinos, ofendido de la desestimacion del Sacro Colegio; y para estar seguro ausentóse y por la diminucion de sus rentas, no gozando las que tenía en los señoríos de España, por estar fuera de amistad los de su familia, y porque el Rey de Francia no cumplió lo que habia prometido cuando se metió en su proteccion. Capitulóse en la reducion del Duque:

«Asistiese en la córte del Rey Católico Alexandro, su hijo heredero y de »madama Margarita, hija del Emperador, y se le restituyesen los lugares »de que en el Parmesano estaba despojado y la ciudad de Piacenza, que»dando el castillo con guarnicion y alcaide del Rey Católico, porque el »sitio era importante para el Estado de Milan. Gozase Margarita la ciudad »del Aguila su dotal, y cuanto le pertenecia de los bienes de Alejandro de »Médicis I, duque de Florencia y su marido. Fuesen bien tratados los va»sallos del Duque amigos del Rey, y si no quisiesen morar más en su Es»tado, se les pagáre el valor justo de sus bienes raíces. Gozase el Cardenal »libremente las rentas que tenía en los Estados de D. Filipe.»

Pesó al Rey de Francia desto, aunque se descargó del presidio costoso de

Parma. El Pontífice, encendido en ira dixo: Cayó el Duque en mal caso, pues siendo gonfaloniero de la Iglesia y feudatario, salió de su confederacion y de la de Francia sin licencia suya y propuso tomar satisfacion de su injuria y desacato con las armas, porque se valiera de Piacenza para la guerra de Lombardía y Toscana. Pasó desde Roma Garcilaso de la Vega á Parma á hacer la restitucion y envió el órden del Rey al Cardenal de Trento. Partió de Milan acompañado de la nobleza y del Marqués de Pescara, y metió en Piacenza al Duque y mil soldados, con dolor de los culpados en la muerte de su padre, por el riesgo de su vida y hacienda. Volvió luégo Garcilaso á su comision con el Pontífice, y viéndole tan enemigo del Rey, trataba con el Marqués de Sarria del reparo de sus violencias, y remedio de la tiranía de la comunicacion. Para la correspondencia con el Duque de Alba las cartas cifradas ponia en un monte un romano, y tomaba las respuestas. Junto á Terracina, en la marina al Poniente de Gaeta, quitaron á un correo los soldados del Pontífice advertidos ya, unos despachos para el Duque de Alba. Descifrado lo escrito en Venecia curiosamente, decia Paulo, avisaba Garcilaso al Duque del estado de Roma, y que si la acometiese brevemente la entraria. Metióle en el castillo, y á Capilupo Montamano que formó la cifra, al correo mayor, Antonio de Tasis, que avió el despacho, y les dieron tormento de la cuerda deseando descubrir tratos muchos mayores. Habia hecho general de la caballería á Ascanio de la Corgna y determinó prendelle por haberse hallado en algunas juntas con Garcilaso, y ántes con Marco Antonio Colona. Para ejecutar su deseo de servir al Rey Católico, fué á visitar las fronteras y marinas, y llegando á prendelle en Veletri la caballería detenida cautamente, se embarcó en Neptuno y pasó á Nápoles. Quitóle Paulo buena suma de moneda que tenía en los cambios, el trigo y otros bienes de sus alquerías y palacio, prendió al Cardenal de Perugia, su hermano y fiador de que no huiria, recelando lo que avino. El Marqués de Sarria para libertar á Garcilaso decia: «Era conforme al derecho de las gentes persona sagrada, por el de la guerra inviolable en todas naciones, rompimiento el de su Beatitud violada la fe pública. Si delinquió, le remitiese á su príncipe para que le castigase, y le diese al correo mayor ejecutor de lo que sus mayores le mandaron en despachar correos sin de su oficio, sin rotura de bando de Su Santidad. Pues no habia libertad de servir y negociar, ni áun de vivir los ministros de los príncipes, le diese licencia para volver al suyo.» Con el silencio cubria su ánimo y cuidado en medio de tan general enemistad, y suspendia con la duda al Rey en tanto que juntaba dineros y armas, y por despacho que le llevó Fabricio de Sanguine, napolitano, para tratar de la paz, y era venido sin efeto. Avisado por el cardenal Carrafa le ayudaria el rey Enrique, no admitió crecido su malísimo intento la concordia propuesta por la república de Venecia. Mandó asoldar en el Estado de Urbino infantería y

caballería. Enviaron los sobrinos á fortificar á Paliano en buena comarca para la guerra de Campania, seguridad de sus cosas con la muerte de su tio, poner freno á los lugares devotos de los Colonas, huir allí los peligros inminentes de los venideros Pontífices, tenerlos en recelo, y encaminado el tornar en la gracia del Rey Católico, restituir con buena recompensa la plaza. Paulo prohibió el traer armas en Roma, recogió las de los embajadores. Instituyó una compañía de ciento y veinte gentilhombres romanos con título de caballeros de la Fe, para guardia perpétua de los Pontífices en su Cámara. Púsole el pueblo en Campidolio estatua de mármol, retrato suyo, con elógica inscripcion adulatoria. Creció su vanidad y arrogancia, crédulo del amor de los que en su muerte la derribaron con vituperio, furia, vocería. Los que igualmente aman y aborrecen, reverencian sus príncipes por amor aquéllos, éstos por temor. Al prudente no desvanezcan honras, títulos, estatuas; atienda á las acciones loables, que no ha de calificar la multitud novelera, sino el sabio y valeroso, que mide la calidad y causas, y no le muda la fortuna. Conviene para la seguridad el recato, no el temor, que ha de ser de la mala fama juez libre, riguroso, único de los príncipes. Porque donde es menor lo es el peligro, y ninguno al que bien vive. El que recela asegúrese, mas no se haga en tanto fiera como Paulo IV, porque traerá el ódio la conjuracion. No fie del pueblo instable y á los beneficios infiel, y por cualquiera accidente aplica ligero el ánimo á lo que se le representa útil ó delectable, sin atender á lo pasado ni venidero. No haga experiencia de su fe, constancia, amor (que dice necesidad) el que establece su posteridad; la perpetúan tesoros y soldados muy leales; sino el mayor peligro han sido igualando á la mala volantad la comodidad. Guardan benevolencia y vida inculpable los Estados, en cuya junta la fortuna es segura y amiga. Porque hay tanto peligro, cuanto ponen á otros: mas tema al que le comunica más, por la facilidad que le da la adherencia que al pueblo falta y conjura de igual á igual, y tuvo efeto si bien y presto ejecutó. El querer es uno, si desean mudanza de príncipe ó novedad en el Estado. Los poderosos por injuria conjuran, los familiares por ambicion y aumento sin intervalo entre su grandeza, autoridad, riqueza y la del señor, y como falta al cumplimiento sólo el Imperio, muchos le procuraron.

CAPÍTULO IV.

Los franceses persuaden la guerra al Pontífice, y algunos Cardenales la contradicen.

Monseñor de la Casa, Pedro Estrozi y Silvestro Aldrobandini, enemigos del Duque de Florencia y del Rey Católico, deseosos de que los franceses cargasen sobre la Toscana y el Bezzuto y sus compañeros foragidos de Nápoles, hacian confidente y cierto al Pontífice de vencer. Facilitaban las empresas propuestas y las demas que intentase contra los españoles en Italia con la ayuda de sus potentados y de Francia, y el triunfo sin hallar resistencia, si los venecianos con la promesa de darles á Sicilia ó Apulia se confederaban con su Beatitud y Majestad cristianísima. Debian unirse, porque si los españoles vencian, renovarian la pretension de las ciudades que al Estado de Milan usurparon, y el duque de Ferrara por ser feudatario de la Sede Apostólica, frances en el ánimo, poco amigo del Rey Católico, y deseoso de engrandecer al Cardenal su hermano expelido de Roma y por su restitucion. Adornaron estos imaginados sucesos con la gloria que daria á Paulo librar la patria de la sujecion, coger el fruto de los acometimientos de Julio II para ello, ser árbitros los franceses otra vez en Italia, y quedar uno de los hijos de su rey con el reino de Nápoles. Le tocaba procurar la felicidad de Italia al italiano y deshacer los males en semilla; pues á la casa de Austria, encumbrada hasta el cielo faltaba sólo para absoluto dominio, oprimir la pontifical autoridad. Considerase cuanto la reverenciaba y obedecia, pues D. Filipe acogió á Marco Antonio Colona, y apénas empuñó el cetro y queria respetasen los supremos príncipes á sus dependientes y amigos en los Estados ajenos en su contra mantenidos. La causa justa ayudaria la divina Providencia, pues forzado amparaba su dignidad con las armas de sus fieles y poderosos amigos. Los ministros de más sano juicio y celo le acordaban cuán loable fue en un buen Pontífice mantener en paz la cristiandad, y que guerrear sin establecerse y enriquecer perdió algunos de sus predecesores. Poseia y mantenia D. Filipe muchos reinos, y si gastados, como se le decia, su poder y gran número de vasallos los defenderia. Se compusiese y tomase el Estado de Sena ofrecido del Rey y deseado de muchos. Maravillaba pusiese el Duque de Ferrara rico y quieto todas sus fortunas en arbitrio del caso y hierro, y le tomase contra D. Filipe, que no le ofendió, y sin consulta de la república de Venecia, donde fue como natural admitido por privilegio y obligado por beneficios. Era

sabio el Duque, y vituperable muchas veces la sabiduría curiosa; porque no convienen los acidentes con la imaginacion, y los disinios de los príncipes con dificultad se conocen por las palabras, ni de los hechos seguramente se infieren sus intenciones y fines de sus intentos, como los efetos no corresponden á los disinios, ni las palabras á las pasiones, áun en el ánimo discordantes, para castigo del señor más poderoso y más prudente. Respondió con enviar á D. Antonio Carrafa á Venecia á pedir ayuda y liga con que extirpar los españoles de Italia, y Breve al Duque de Ferrara para que en su defensa como feudatario de la Iglesia mezclase sus fuerzas con las suyas; pues fue por el pontífice Gregorio establecido vicario el Marqués de Este, recibiendo el señorío de Ferrara en fe y homenaje de la Iglesia, reservando para ella la última apelacion y la suprema autoridad, con cargo de dar en cada un año diez mil florines de oro á la Cámara Apostólica y cien hombres de armas de servicio pagados por tres meses cuando le fuese ordenado. Por lo que toca á Regio ó Rezzo y Módena, reconoce tenerlas del Imperio, aunque Julio II sustentaba eran feudos de la Iglesia, y movió guerra á los ferrareses y al Rey de Francia, que los favorecia; y así por esto como por tener el censo feudal entero, que Alejandro VI díminuyó cuando casó la bastarda Lucrecia con el Duque Alfonso, debia servir á la Iglesia siempre. Dicen pidió el Duque á Paulo el Breve para mostrar que violentado entró en la union contra España, porque si venciese D. Filipe en su gracia con más facilidad le admitiese. Era su enemigo por agraviado de la sentencia pronunciada en Milan en el pleito de Módena y Rezzo, y porque los Ministros de aquel Estado procuraron llevar al servicio del Rey á su hijo menor, con promesa de darle la investidura de las dos ciudades, armas para cobrarlas y algunas honras á su grado convenientes. Aconsejaba la ejecucion Sigismundo de Este, su pariente, y Vincencio Contarini, y le solicitaba Cárlos de Saboya, señor de Colegno, embajador del Duque en Flandres, y en Milan gajero entónces. Tambien le desplacia la grandeza del florentin y restitucion del de Parma á la devocion del Rey Católico, porque acrecentára su Estado en sus tierras; y como pariente y aficionado á los franceses, no debia sin riesgo ser neutral por el poder de los Duques sus confines. Prometióle ántes el Cardenal Carrafa el Senés y D. Antonio Carrafa, y capituló fuese la guerra en la Toscana primero, y por la pretension á Florencia de la Reina de Francia. Así aborrecia Cosme el guerrear en Italia, no la fama, para que teniendo necesidad el Rey Católico de su persona y Estado con ofrecimientos y servicios obtener la investidura de Sena, ántes que la ocupasen los franceses para el Duque de Ferrara. Un mismo interes los gobernaba como á Príncipes impacientes en que los igualen otros, ó procuren sobrepujarlos, deseosos de crecer en todo, ser temidos y estimados, temiendo celosos y pretendiendo solícitos y mañosos, no siempre con buenos fundamentos, siguiendo los útiles partidos, disimulando

forzados con su desplacer, y sirviéndose de la ostentacion y aparencia, y las adversidades ajenas tomando para su ganancia como los Duques de Florencia y Ferrara, y no siguiendo las esperanzas remotas, difíciles, de gran gasto en su cumplimiento como los venecianos ahora, ni se convencen por ajeno arbitrio, ni tienen seguro amor y fe; y así procuran poner pausa á la felicidad del más amigo con secretos tratos, celosos de su aumento y gloria.

«Don Antonio Carrafa, en el gran Consejo de Venecia (cumpliendo »lo que traia en comision), propuso la union entre Paulo IV, el rey Cris»tianísimo, el Duque de Ferrara hecha, y pidió concurriesen en ella. Fiaba »el Pontífice de la aficion con que reverenciaron la Sacra Silla no la olvi»darian al presente, pues la vitoria sería cierta con su ayuda en lo que in»tentasen los confederados. Llegó el tiempo de la buena esperanza, porque »acometido D. Filipe en Flandres del rey Enrique, y en Italia del ejército »coligado, no podria resistir por falta de dineros, gente diciplinada, estar »sus provincias consumidas de la guerra larga, y donde no tocó desangra»das para ella, y con la carga ya insufrible dispuestas á tomar cualquier »gobierno nuevo, poniendo la desesperacion y deseo de mudar de estado »para mejorar de fortuna. No tenía el Rey Católico capitanes de conside»racion, porque el Duque de Alba era poco arriscado, el de Saboya mozo, »el viejo Juan Baptista Castaldo italiano como el Marqués de Pescara, »y el Rey poco ejercitado en la milicia tendria malísimos sucesos. No »confederarse contradecia la razon, pues al rey de Francia Luis XI, neu»tral, acometieron muchos, y confederado con los zuiceros, cesaron. La »neutralidad ni gana amigos ni quita enemigos. Si Pedro de Labrit, rey »de Navarra, se confederára, no la perdiera tan fácilmente, y los florenti»nes á sí mismos no ligándose con su Emperador y Reyes de Inglaterra y »España contra el de Francia, de cuya proteccion salieron inconsiderada»mente. Movian á Paulo IV á emprender la guerra los agravios que del »Emperador recibió su familia, los desacatos y máquinas de sus ministros »contra su dignidad, los delitos de Marco Antonio Colona y de su familia, »lo que importaba su castigo, la satisfacion de la Sacra Silla, la libertad de »Italia, la expulsion de los españoles della; y convenia nuevo asiento en »las cosas de la patria ilustre y señora del mundo, ahora por su discordia »ultrajada de nacion enemiga comun, á ella sujeta en sus dorados siglos. »Advirtiesen, que siempre que se le pida á potencia mayor y menor, se »considere con su igual ó inferior, no lo debe con buen consejo excusar: »porque el declarado va á la parte de la vitoria, tiene amigo en la pérdida, »que puede y debe ayudarle con esperanza de resucitar su fortuna; y es »mejor que temer neutral ser de dos furiosamente acometido. Si no gana »ni pierde, tiene amigo que le ayude, y el enemigo no dañaria más de lo »que le habria dañado cuando tuviese al cierto buena ocasion. Reprehendió

»Tito Livio á Demetrio Pretor que á sus Etolos aconsejó no entrasen en »liga con los romanos ó griegos de Filipe, rey de Macedonia, sino á tomar »del tiempo el consejo de la guerra, porque á ser presa del vencedor »se disponian. Le despachase la Señoría con breve determinacion y res»puesta.»

Francisco de Vargas Mejía, embajador ordinario del Rey Católico en Venecia, dijo:

«La pretension de los Carrafas, su ambicion, la importancia del caso, la »gran prudencia y saber tan alabado de aquel Senado, su moderacion ad»mirable, no debia salir por deliberacion ligera y peligrosa, confederacion »culpable, como se les pedia de parte de Paulo IV. La buena voluntad »con que mantuvo su amistad el Emperador, el ánimo de su hijo de con»servalla y de abrazar la paz, difícil de alcanzar por la obstinacion de sus »enemigos, lo mucho que reverenciaba al Pontífice, pues habia pedido á »su Serenidad y rogaba tratasen de la composicion con medios justos. Pues »si las diferencias de los Príncipes se determinaban por los amigos mayo»res en poder, consejo, reputacion, era la mayor y más poderosa república »despues de la romana. Los Pontífices medianeros adquirieron gracias y »amistad de los Príncipes desconformes, y en la guerra seguridad de sus »personas y señorío, y autoridad de árbitros en la Europa. La pérdida y el »daño grande, comenzando la guerra, era comun, el fruto de la vitoria de »los que pedian las armas en su favor. Maravilló (y con razon) coligase »Alejandro VI, español, pontífice máximo, con el rey de Francia Luis XI; »mas cuando los españoles vencieron, arrepentido, castigado, penitenciado, »quiso luégo ser amigo de todos. A Clemente VII puso en prision y tra»bajos lamentables la confederacion. No bastaba Sena para satisfacer el »deseo inmoderado de los Carrafas, las rentas eclesiásticas, honras, como»didades por el Rey Católico ofrecidas, y no bastaria cuanto el Rey Cris»tianísimo les diese de las ganancias, y haria su codicia que no tuviese »Italia señorío seguro. La oferta de entregarle á Sicilia era vana, porque si »los franceses la pisaban otra vez, no sacarian el pié della sino forzados. Si »con ellos la república se ligaba, cargaria el gasto de la guerra sobre su »tesoro, y muriendo Paulo mucho más, porque no le tenía; y el Rey de »Francia, con dificultad y detrimento de su corona, halló dinero de los »capones alemanes usureros para proseguir contra el Emperador las pre»suntuosas guerras, sujetas á malísimos acidentes y fines inciertos por la »injusticia de su principio. Si no admitian la neutralidad, se uniesen con »el Rey su señor, poderoso por número, grande de Estados en el Viejo »y Nuevo Mundo, ricos, belicosos, porque el poder grande unido prefiriese »como siempre. Pues si pescar en agua turbia como otras veces se podia, »con el Ducado de Ferrara su confin por buena razon de estado exten»derian su dominio. Evitase Paulo IV las miserias que traen las armas, el

»turbar el apénas comenzado reposo, el acabar las provincias, para alcanzar »el nombre vano de imaginada libertad. Le frenase la inútil y larga fatiga »de Julio II en echar los españoles de Italia. Se decia tomarian su costum»bre mejor los franceses, y mejor las abrazarian los españoles con su des»treza admirable en acomodarse al tiempo y á las personas con gran mo»deracion, porque su proceder, lengua, vestido, eran más semejantes á los »italianos. Libertad en aparencia queria darles Paulo, porque no se igno»raba que los pueblos debian obedecer con gusto los que por divina pro»videncia señorean, y estar más contentos con gobierno español, pues »conocieron que valen ménos en él los hombres que las leyes. Y los que »buscan más salud curándose escrupulosa y curiosamente, por mejoralla »suelen perdella, y venir á intolerable sujecion y pérdida. Conservaron los »españoles igualmente lo adquirido con perpétuo cuidado, consejo, grave »juicio, madura deliberacion, larga paciencia esperando las ocasiones y sábia »disimulacion, y su Rey gobierna en paz tantos y tan distantes reinos »diferentes en costumbres y lenguas, y los mantiene con la misma virtud »con que los adquirieron él y sus mayores en obediencia inviolable. El »asombro de haber conquistado el reino de Nápoles el rey de Francia Cár»los VIII, confederó esta república con todos los Príncipes cristianos. Lo »mismo le hizo enemigo del Pontífice, y si tomase Enrique II á Milan, »tendrian que temer la guerra en sí mismos, para recuperar las cinco ciu»dades usurpadas al Estado. Al rey de Francia Francisco I dijo Luis Ca»noso, su embajador, dependia la grandeza y seguridad de mostrarse neu»tral; no lo hizo, y brevemente se vió preso de los imperiales y el Pontí»fice su confederado. El Príncipe, que puede ser árbitro de honor, no se »haga parte, aunque estuviese sin peligro, y más cuando le va seguridad. »Fueron loados los atenienses sumamente porque terciaron entre los Ro»diotas y Demetrio el asediador con satisfacion de los inflamados en la »guerra. El fomentarla es seguro al neutral ó el hacer la paz; pero enten»dido de los combatientes y convenidos podria dañarle, volviendo las armas »contra el cauteloso. El rey de Francia Luis XII por esto se confederó con »sus enemigos contra aquella república, y la necesitaron á restituir al Rey »Brema, Bresa, Bergamo, Verona, la Giradada, miembros del Estado de »Milan; al Pontífice á Faenza, Rímini, Ravena, Corvia; al Emperador »las plazas del Friuli y del Trebisan, patrimonio de la casa de Austria; al »Rey de Aragon, D. Fernando el Católico, los puertos y lugares que po»seian en empeño de los Reyes de Nápoles. No temiese las fuerzas de la »casa de Austria el Pontífice, no habiendo mudanza en su ánimo y cos»tumbres, pues tanto reverenció Cárlos V emperador como sus antecesores »la silla del Apóstol: daria más reverencia y tranquilidad el generoso es»píritu de su hijo, religioso y prudente. Al deseo de la paz en su entrada »á reinar se diese con buen sentir buena sinificacion de su valor y loable

»intento, y no decir hizo por falta de dineros y gente la tregua. Se debia »loar su liberalidad en las ofertas á su Santidad hechas, pues con su ha»cienda procuró restituir á Marco Antonio Colona, cuya familia tenía para »con él grandes prendas de aficion y servicios. Los presos del castillo de »Santángel inocentes procuró librar del rigor y precipitacion del airado Pon»tífice. No desamparar la casa de Santaflor era justo, y la causa de los opri»midos por sospecha de haber tenido con sus amigos su bando en Roma, »ni á los cesarinos afligidos porque no casaron á Rangone su sobrina con »Mateo Bossa ó Estendardo su desigual en ser y en haber, y haber militado »con los franceses en Toscana. En ligas fiasen poco, y si querian ligarse, »ántes de ver las fuerzas no debian moverse, pues los fines diversos que »movian á confederarse tambien moverian á desunirse. Mirasen demas del »gran poder y amigos que tenía D. Filipe en Italia, rodeaban sus Estados »casi todos los de la Iglesia, y temiesen en todas partes guerra terrible. Ad»mirase mucho su modestia, pues ofreció por medio de aquella república »serenísima á Paulo la paz de todos los mortales con razon deseada, aunque »solamente contendia con el de imperio; y movia su alteracion el ódio que »tenía á la casa de Austria, de quien recibió inmensos beneficios la religion »católica, el deseo de humillarla y de arrojar de Italia la nacion española. »Defendia el Rey su autoridad, amigos, señoríos, procuraba gozase los su»yos Marco Antonio Colona, sacar de las mazmorras sus ministros y de»pendientes y la guarnicion de Paliano, pues tenía el Pontífice toda segu»ridad, y con más pasion que fuerzas movia guerra en que sería de sí mismo »castigado.»

Los venecianos con várias conferencias y disputas quedaron neutrales; y el Duque con las cariciosas y honrosas demostraciones con que recibió á Don Antonio Carrafa como á sobrino y Embajador de un Pontífice tan altivo, y que formaba quejas y resentimientos de cualquier tibieza en complacelle, respondió:

«Fuese padre universal su Beatitud, como debia por su oficio y bien de »la Iglesia, conservase la paz en Europa, y no le fuese causa de nuevos tra»bajos y á Italia afligida con la peste venenosa traida de Berbería y Pro»henza por la comunicacion de puertos y de mercancía á Venecia, y á »Florencia con más peligro. Le deseaba aquella república gran felicidad, »y para alcanzarla se pacificase con todos; y esperaban reconoceria con los »buenos sucesos que tendrian con esto su buen ánimo y deseo de reve»rencialle y serville. Queria tratar con el Rey Católico de la composicion de »los negocios, pues haria cuanto se le pidiese con razon.»

Francisco de Vargas les dió las gracias en la Señoría, y escribió á Don Filipe su resolucion, y estimando la buena voluntad de los venecianos para con él, agradecida y amigablemente puso en sus manos y arbitrio las diferencias con el Sumo Pontífice. Y aunque miran siempre á su conve-

niencia solamente, quedó en esta ocasion muy obligado á la república tan solicitada y de tan grandes príncipes para que tomase las armas contra España, y contenta con lo adquirido permaneció neutral, y con autoridad y reputacion medianera entre los tres príncipes.

CAPÍTULO V.

Pónese demanda al Rey Católico por el Reino de Nápoles, y la justificacion de su derecho se escribe.

Hizo el Pontífice poner demanda en consistorio al Rey Católico por el Procurador fiscal del Patrimonio de San Pedro sobre el reino de Nápoles, diciendo: «Volvió el feudo á él por no haber pagado el tributo anual y por su inobediencia.» Tuvieron la publicacion oculta de la sentencia de privacion, pero la execucion no; y algunos cardenales bien intencionados dixeron contra ella. Bartolomé Camerario de Benevento, docto en materia de feudos, que gobernó mucho tiempo el patrimonio de Nápoles, y se hallaba huido por delitos, retuvo con eficaces razones y alegaciones la pronunciacion de la sentencia. Aunque algunos, con Laurencio Vala, consideran la verdad de la donacion que de Italia el Emperador Constantino hizo á la Iglesia, que poseyó por su testamento Constante, su hijo emperador, y por lo mismo Honorio, sucesor del emperador Teodosio; pero presuponiéndola con obediencia y aficion de hijo, el derecho del Rey Católico no tiene por todas maneras duda en el reino de Nápoles.

Antes que Roberto Guiscardo tomase el título de Rey de las Dos Sicilias, la ciudad de Nápoles era cámara de los emperadores griegos. Habia Duque de Calabria *citra y ultra* del Faro, Príncipes de Taranto, Bari, Capua, Duque de Apulia, Señor de Santangel, el que tenía el monte Gargano, Conde de Molise, Señor de la Tierra de Labor, y de Salerno el que poseia á Principato Ultra; Duque habia de Malfi, Don de Sorriento y su montaña poblada, con lo llano de Nocera de Paganos. De la provincia del Abruzo, de las más principales, no se escriben señores; de los demas algunos duraron hasta la edad de nuestros abuelos, y duran en las doce provincias; ya es un cuerpo y un señorío solo. Tomando el orígen del emperador Federico, hijo del emperador Enrique VI y de Costanza, hija de Tancredo, en quien pasó el reino de normandos á suevos, le sucedió Conrado, su hijo, habido en Violante, su mujer, segunda hija de Juan Brene, nacida despues de la muerte de Jordan. Conrado murió sin sucesion, instituido por su heredero Conradino, hijo de su hermano Enrique, y en su

vida y prision en que feneció, y por tutor y administrador en el reino Manfredo, que estaba en Alemania, hijo espurio de Federico. Tiranizó en el año mil y docientos y ocho, y los Pontífices Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV dieron la investidura á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis, rey de Francia, con que no pudiese el que reinase en Nápoles ser emperador de romanos, ni pretender sobre los Estados de Lombardía y Toscana, con cuarenta y ocho mil escudos de tributo al año y un aquinea blanco. Estos fueron remitidos al rey D. Hernando el Católico y á sus sucesores por el pontífice Julio II, con reservacion por señal de feudo del aquinea solo. Mas Leon X quiso le diesen siete mil escudos tambien por la dispensacion dada al emperador Cárlos V por lo incompatible del Imperio con los Estados de Italia. Cárlos de Anjou expelió del reino á Manfredo y Conradino, y recuperado con Pulcro, duque de Austria, los degolló en público cadahalso con inhumanidad, reprehension de los escritores, llanto de Europa. Conradino y el Duque, en florida edad, daban esperanzas de valerosos príncipes, descendientes por línea masculina de la ínclita familia de Suevia, tronco de tantos Emperadores, Reyes, príncipes esclarecidos, y por la femenina de los generosos Clodoveo y Pipino, reyes de Francia. Antes de morir Conradino, no queriendo acabase su derecho al reino, dixo en alta voz: «Le hacía morir Cárlos como tirano», y echando al pueblo un guante en señal de que investia, dexaba el reino y su herencia á Federico, hijo de su tia, y un caballero le llevó al Rey de Aragon su primo ya investido. Ocupó tambien á Sicilia Cárlos, y quitando despues la obediencia á los franceses, se entregó á D. Pedro, rey de Aragon, marido de Costanza, hija de Manfredo, que llamó en su defensa á persuasion del Pontífice. Habiendo concierto con el Cárlos, le sucedió Federico, su hijo, y á este Luis, y á él Federico III, que casó con Costanza, hija de D. Pedro, rey de Aragon, á quien sucedió María, su hija, que casó con D. Martin, hijo de otro Martin, hermano del Rey D. Juan I de Aragon. Por falta de Federico gobernó su padre D. Martin, rey de Aragon, el reino, y casó con Blanca, hija del rey de Navarra, y sucedióle Ferdinando, su sobrino, en Sicilia y Aragon, y á él D. Alonso el V, el Magnánimo, que juntó á Nápoles con Sicilia. Teniendo el reino Cárlos Andegavienso dexó por sucesor á Roberto, su hijo tercero, por haber sobrevivido á los mayores. Pasando pleito con Cárlos, su nieto, del primogénito de Cárlos Martel, que, representando la persona de su padre, queria suceder en Nápoles, venció Roberto. Sucedióle la reina Juana I, nieta de Cárlos, y privóla del reino el pontífice Urbano IV, porque tuvo parte en la eleccion del antipapa Clemente VI, con cuyo consentimiento, porque no tenía hijos, adoptó esta Reina á Luis, duque de Anjou, segundogénito del Rey de Francia. Fue vencido debaxo de Bari, en la Apulia, de la gente de Cárlos de Durazo, á quien Urbano IV dió la investidura,

por ser decendiente del rey Roberto. Sucedieron á Cárlos sus dos hijos, Oton y Ladislao, que fue rey de Hungría con favor del pontífice Bonifacio IX y Juana II, su hermana, viuda de Guillelmo, duque de Austria. Luis, duque de Anjou, prosiguió la guerra contra ella, como contra Ladislao, por haberle investido en el reino el pontífice Martino V, porque Juana le dexó en la guerra contra Viacio de Martone, rebelde de la Iglesia. Ofreció á D. Alonso V, rey de Aragon, que estaba en Cerdeña, la herencia del reino por su adopcion la Reina, con que la ayudase contra Luis de Anjou, como lo hizo luégo que le adoptó en el año mil y cuatro cientos y veinte, á decinueve de Setiembre. Mas porque en Nápoles nacieron diferencias y disidencias entre la madre y el adoptado sobre el gobierno por la privanza escandalosa de Juan Caracholo, su íntimo, adoptó á Juan, último de los Duques de Andegavia, hijo de Roberto, por injustas causas; adopcion que declaró despues ser ninguna, y revalidó y confirmó la de D. Alonso en el año mil y cuatrocientos y ventiocho. Y habiendo pleito, venció al Duque de Anjou y tambien en la guerra, y á Luis y Renato, sus hermanos, que le dió posesion y derecho, y no málo en caso de duda, y áun contra el Pontífice, que le parecia que, muerta Juana, el reino habia caido en la Iglesia. En el año mil y cuatrocientos y cuarenta y tres Eugenio IV dió la investidura á Don Alonso, porque Manfredo, á quien despojó Cárlos de Anjou, tuvo por hija á Costanza, en quien quedó el derecho, que casó con D. Pedro, rey de Aragon, de la cual descendia Don Alonso, aprobado por Eugenio por su buen derecho y por el suyo. Don Pedro obtuvo á Sicilia, y aunque la adopcion de Juana al Duque de Andegavia fuera justa, la revocó y fue condicional, de que si muriese sin hijos: y murió primero el adoptado que la adoptante, con que espiró la condicion así, y no tuvo cumplimiento ni pudo, y desta manera ni suceder á la adoptante, ni franceses en el derecho que no tuvo el Duque, si bien por su testamento le mandó al rey de Francia Luis XI. Su hijo Cárlos VIII, rey de Francia, ocupó á Nápoles reinando D. Fernando II, biznieto de Don Alonso el Magnánimo; pidió socorro á su tio el Rey Católico D. Hernando, y por haber rompido la capitulacion de las paces, envió en su favor á Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan, que le restituyó, expelidos los franceses. Sucedióle D. Fadrique; y Luis XII, rey de Francia, le quitó el reino, y á él D. Fernando el Católico, por tener derecho de D. Alonso V, que le competia y á sus decendientes, y en su defeto á los transversales dellos, como lo concedió Eugenio, pontífice, y Julio II le dió bula de investidura y de privacion de los Reyes de Francia porque no guardaron las condiciones del feudo, ni el juramento de fidelidad á la Iglesia. Sucedióle Cárlos, su nieto, á quien fueron remitidos los siete mil escudos, que daba en la manera que se ha escrito el año mil y quinientos y ventiocho en el tratado que hizo Clemente VII, y los cardenales sitiados en

el castillo de Santángel, ocupada Roma por los imperiales. De Cárlos heredó D. Filipe por el derecho de sangre de la línea legítima del rey Don Alonso el Magnánimo, cuanto por la de Federico y de Ferdinando su hijo, duque de Calabria, que murió sin sucesion en Valencia de España. Los siete mil escudos se dan hoy en el dia de San Pedro al Pontífice, y el aquinea blanco por oblacion, no tributo, aunque protesta el Procurador fiscal del Patrimonio de San Pedro. Por el mismo se alegaba contra D. Filipe haber quedado Nápoles á los griegos en tiempo de Cárlos Magno en la division del Imperio, con nombre de reino de Apulia, Calabria y Sicilia, cerca del año mil y ciento y venticinco por Rugero I, que siendo conde de Sicilia, con violencia se hizo señor contra Guillelmo, que le poseia con título de Duque de Apulia y Calabria, en tanto que fue á casar á Constantinopla con hija del Emperador Alexio; y que dió á Rugero la investidura Anacleto, antipapa, porque le favoreciese contra Inocencio II. Y Sicilia fue cabeza hasta el rey D. Pedro de Aragon. Fue hijo de Rugero, que libró la isla de los moros, hermano de Roberto Guiscardo, normando, que en el año mil y cincuenta y nueve fue hecho Duque de Apulia y Calabria por el pontífice Nicolás II, y gonfaloniero de la Iglesia, suponiéndose á ella con todo su Estado. De manera que la exencion primera dicen fue dada de persona ilegítima, antipapa, y á enemigo de la Iglesia, que por conservarse en su título y reino usurpado, fomentaba el cisma y discordia de la Iglesia. Si bien esta investidura fue fomentada despues de legítimos pontífices por la quietud de Italia, no queda que el principio no haya sido infeliz, con que tan injustos poseedores eran los últimos como los primeros. Habiendo acabado la línea de Rugero en Guillelmo el Bueno, y elegido el reino á Tancredo, nieto bastardo suyo, Clemente III, diciendo habia de volver á la Iglesia, movió la guerra en Apulia; y Celestino III, porque se le recuperase, coronó á Enrique VI, aunque le envistió públicamente, dispensando para mayor firmeza con Costanza, abadesa del monasterio de Santa María de Palermo, hermana del dicho Tancredo, se la dió por mujer, pasando el dominio de normandos á suevos. Porque fue enemigo de la Iglesia su hijo el Emperador Federico II, le privó Inocencio IV del Imperio y del reino de Nápoles, y dió la investidura á Colimando, hijo de Enrique, rey de Inglaterra, que la pidió para el cardenal Fiesco, Alejandro IV, mas no pudo haberla ni justicia, ni valer fuerza contra los hijos de Federico: y así Urbano IV habia dado la investidura á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis. Todo obsta poco para el derecho de D. Filipe II, rey de España y de Inglaterra, y por esto con razon procuró defender la posesion tan antigua, entera, justa, como le parecia, segun la disposicion del tiempo, tomando para contra las armas, y en defensa de su autoridad y Estados.

CAPÍTULO VI.

Avisa el Rey á la Princesa su hermana el estado de las cosas con el Pontífice y lo que debe hacer; y en España le escriben su parecer.

Mostrábase cuanto más podia enemigo el Pontífice del Rey Católico, segun lo sinificó á la princesa Doña Juana, Gobernadora de los reinos de España por carta fecha en Bruseles á diez de Julio así:

«Despues de lo que escribí del proceder del Pontífice y del aviso que se »tenía de Roma, se ha entendido de nuevo quiere excomulgar al Empe»rador mi señor y á mí, y poner entredicho y cesacion *à divinis* en nues»tros reinos y Estados. Habiendo comunicado el caso con hombres doctos »y graves, pareció sería no sólo fuerza y no tener fundamento, y estar tan »justificado por nuestra parte, y proceder Su Santidad en nuestras cosas »con notoria pasion y rencor; pero que no seriamos obligados á guardar lo »que cerca desto proveyese, por el gran escándalo que sería hacernos cul»pados no lo siendo, y pecariamos gravemente. Por esto queda determi»nado que no me debo abstener de lo que los excomulgados suelen, aun»que vengan las censuras ó alguna dellas, como no dudo vendrian segun la »intencion de Su Santidad. Pues habiendo apartado deste reino las sectas »y reducídole á la obediencia de la Iglesia, y habiendo ido siempre en »acrecentamiento con el castigo de los herejes tan sin contradiciones co»mo se hace en Inglaterra, lo ha querido y quiere notoriamente destruir y »alterar, sin tener ningun respeto de los que debe á su dignidad. Y soy »cierto saldrá con su pretension, si se lo consintiésemos, porque revocó ya »todas las legacías que el Cardenal Polo tenia en este reino, de que se ha »seguido tanto fruto. Y por todas estas causas y otras muy suficientes que »hay, y por prevenir con tiempo y para mayor cautela y satisfacion de las »gentes, se ha hecho en nombre de Su Majestad y mia una recusacion, pro»testacion y suplicacion muy en forma, cuya copia quisiera embiar con »este correo; y por ser en la escritura larga y partir por Francia no se »ha podido hacer; mas el correo que irá brevemente por el mar la llevará. »Entónces escribiré á los prelados, grandes, ciudades, universidades y ca»bezas de las Ordenes de esos reinos, para que estén informados de lo que »pasa, y les mandaréis que no guarden entredicho, ni cesacion, ni otras »censuras, porque todas son y serán de ningun valor, nulos, injustos, sin »fundamento, pues tengo tomados pareceres de lo que puedo y debo ha»cer. Si por ventura entre tanto viniese de Roma algo que tocase á esto,

»conviene proveer que no se guarde ni cumpla, ni se dé lugar á ello. Y »para no venir á esto, mandar conforme á lo que tenemos escrito, haya »gran cuenta y recato en los puertos de mar y tierra, para que no se pue»da intimar, que para en lo de aquí se hace la misma diligencia, y que se »haga grande y ejemplar castigo en las personas que las trujeren, que ya no »es tiempo de más disimular. Si no se acertase á tomar (como podria ser) »y hubiese alguno que quisiese usar de las dichas censuras, provéase que »no se guarden, pues yo quedo en esta determinacion y con tan gran ra»zon y justificacion, y tambien en los reinos de Aragon, sobre lo cual en»tónces se les escribirá en esta conformidad. Despues se ha sabido que en »la bula que se publica en el Juéves de la Cena, pusieron que descomul»gaba el Pontífice á todos los que hubiesen tomado y tuviesen tierras de »la Iglesia, aunque fuesen Reyes ó Emperadores, aunque no lo declara más »desto. Y que en el Viérnes Santo mandó que dexasen la oracion en que »ruegan allí por Su Majestad, aunque las demas de allí adelante son por »los judíos, moros, herejes y cismáticos. De manera que cada dia se puede »esperar mayor mal; y así tanto más se debe hacer lo que arriba se dice »sobre estas cosas, y tambien desto se dará razon á Su Majestad Cesárea.»

Escribió asimismo al padre fray Melchor Cano, dominicano de singular religion y letras, de quien como de oráculo consultado tomaba su consejo y respuestas. Comunicadas las diferencias con Paulo IV en diversos claustros, respondió:

«Se ofendian no remediando estos daños y riesgos los reinos, que por la »reverencia del juramento del nombre de Dios debia defender (pues están »debaxo de su gobierno y tutela) de quien los quisiere ofender, como tu»tor de pupilos por leyes y fidelidad de tutoría, aunque fuese contra su pa»dre natural, pues el temor de inconvenientes y escándalos cesa por la de»fensa justa. Convenia mucho viese el mundo en tiempo de tantos herejes »habia fuerzas y esfuerzo para la proteccion, guarda de sus reinos, autori»dad, hacer su oficio; pues lo que dexase de hacer, no dirian fue por cris»tiandad y piedad, sino poquedad. Si se entendiese su flaqueza de ánimo y »poder en Roma, se desvergonzarian los herejes y católicos con agravios »más exorbitantes; y así importaba á la Iglesia la defensa y remedio de los »males, pues dexándola estaba el bien dudoso, muy cierto el increible mal. »Y porque no se ha de esperar á que tire flechas quien pone lazos, bastaba »que hiciese gente el Pontífice, con que amenazaba para ser justa causa de »tomar las armas el acometido injustamente. El principio y rompimiento »de una guerra se juzgaba por la razon y justicia que el de una violencia »particular, en que podia el ofendido siempre acometer al que insiste en »hacer la fuerza, sin ser obligado á esperar más, entrando contra el agre»sor dentro de los límites de la defensa inculpada: no por esto se decia ser»lo de la fuerza, aunque fuese de la pelea, pues justamente podia mover

»las armas defendiendo á sí y á sus cosas. Y el combatir ó guerrear no se ha»bia de referir á la culpa del acometimiento (que no le habia) mas á la jus»ticiá de la necesidad de la defensa porque acometia. Si era justicia el aco»meter al enemigo para alcanzar la paz, fin de la guerra, acto de fortaleza »y valentía era, no odioso por razon y ley divina y antigua, donde confor»taba Dios á su pueblo, y daba reglas para pelear justamente, y le amo»nestaba diese la batalla. Por esto el acometimiento y agresion contra el »enemigo era necesaria, justa, y aún podia ser santa, como era lícito por »derecho civil y público, y por el canónico que muestra que en todos los »casos se le puede ofender y acometer como á enemigo; porque si el ha»cer la guerra y sustentarla por necesidad se atribuia á la virtud y mé»rito de la fortaleza, el pelear y acometer era acto della. Estando en el pa»lenque dos caballeros para combatir por desafío, el desafiado podia por ne»cesidad de su defensa acometer y comenzar la lid sin esperar á que el pro»vocador ofenda. Tambien siendo en contínua ofensa enemigo, en campo »abierto, en celada, en todo tiempo de guerra, podia ofender, prender, ma»tar al enemigo; y si puede asaltarle por asechanzas mejor, llamarle á la »batalla y acometerle como mejor pudiere. La venganza de la injuria y »fuerza hecha con buena intencion era lícita, y en el Príncipe por causa »pública tenía nombre de caridad, y entónces era ministro de Dios y ven»gador on la ira contra quien hace mal. Pnsiese ya Su Majestad los medios »consultando soldados no letrados, para castigar la injusticia que se le hacía »con las armas, cobrando del Pontífice y de sus vasallos todos los gastos. »Mas advirtiese era el castigado nuestro padre y superior Vicario de Dios, »que representa la persona de Jesucristo, y maltratado abria puerta al vitu»perio de la fe católica y desprecio de la autoridad eclesiástica. Los sabios »Reyes convirtieron este castigo en sacar para sus iglesias y reinos algunas »cosas convenientes, justas, santas, con que no quedase desacatado, sino »escarmentado y curado. Tal sería el sacar por concierto de la paz que to»dos los beneficios de España fuesen patrimoniales; hubiese tribunal de Su »Santidad en ella para concluir las causas ordinarias sin ir á Roma, don»de solamente habian de ir (si razon y Evangelio se guardasen) las muy gra»ves é importantes á la Iglesia, como lo confesó Inocencio Pontífice en el »capítulo *Mayores de Baptismo*, y lo confiesan otros Pontífices y Concilios; »los espolios y frutos de sede vacante de los obispos no llevase en estos »reinos, como antiguamente, y aún la luctuosa. Y así el rey Don Alonso el »Sabio, que ganó á Almería en la era de mil y docientos y noventa y tres, »concedió á la iglesia de Oviedo el expolio de sus obispos difuntos; y el »Rey D. Alonso VII y Costanza su mujer habian ántes hecho donacion »dellos, y entónces gozaban de los diezmos; que el Nuncio despache de »gracia, como en Francia, ó á lo ménos con asesor señalado por el Rey, »con tasacion moderada, que no ecediese de cómoda sustentacion para él;

»mandase salir de Roma los prelados y negociantes destos reinos; rom-»piéndose la guerra estaba en el derecho canónico establecido cuando hay »peligro, impedimento ó tardanza en ir á Roma, los obispos provean en »sus obispados en su buena gobernacion eclesiástica y salud de las almas, »áun en las cosas por derecho al Pontífice reservadas por la inminente ne-»cesidad. Si queria proceder libre su autoridad real y sin dependencia, de-»xase los subsidios de la Iglesia que luégo le buscarian sus ministros, y sus »Estados le darian más que le concederia la Curia Romana.»

El Rey determinó hacer la guerra ántes que Paulo IV y sus Carrafas más se fortificasen y armasen, pues siendo forzoso el prevenirle franceses para ocupar alguna plaza rompiendo con el Pontífice comprehendido en la tregua, pasarian con exército en Italia, ayudados de los lugares y gente que tenian en Piemonte, divertiendo por las fronteras de Flandres tan extendidas con entradas llanas por la mayor parte, con tantas plazas fuertes que se habian de mantener con gruesas guarniciones. Y así convenia la guerra por todas partes ofensiva mejor reputada y segura, y haria de ménos efeto el acometimiento del Rey de Francia. El nervio para todo era el dinero, y enviaba á proveello, y gente de guerra al príncipe de Eboli á España, y á disponerla y prevenirla contra los franceses, moros, turcos, cuyas armas solicitaban. El Duque de Alba ocupase á Campania y apretase á Roma, en tanto que los alemanes del Baron de Feltz y mil y quinientos españoles de Lombardía embarcados por Andrea Doria en la Specie, puerto de Génova á su levante en las galeras, juntos en Puerto Hércules con tres mil toscanos del duque de Forencia, quitasen el puerto de Civitavieja á las galeras de Francia y á Ostia en la boca del Tíber, asediando á Roma; lo dispusiese el Duque y aviase el cardenal de Trento la gente. Lo interno de las ligas es diverso de lo externo. Si el poderoso se junta con los menores, conviene prevenirse como si fuera acometido. Si el intento del menor fue la defensa con la liga, creciendo sus fuerzas y seguridad ofenderá; y así las deliberaciones hacia el Rey Católico segun el mayor esperando la guerra por todas partes para ofendelle, divertir y dividir su poder. Envió á Sena á D. Alvaro de Sande, experto y valeroso, por superintendente en la guerra, y mandó fuesen de Milan seiscientos soldados, y con mil ochocientos de Florencia y la guarnicion ordinaria estaria bien asegurada. Despachó á D. Juan Manrique de Lara á levar en Alemania infantería y caballería sin cesar para reforzar sus exércitos. Los italianos aborrecieron el tener cerca las armas francesas, y ahora, variados los pareceres y no las razones, los llaman, los ruegan y con sus casas.

CAPÍTULO VII.

En París se disputa sobre hacer el rey Enrique guerra al Católico, y se discurre en su resolucion.

El cardenal Carrafa, legado de Paulo IV, y D. Alfonso Deste, príncipe de Ferrara por su padre el Duque Hércules, Paulo Jordan Ursino romano, Pedro Estrozzi, Fernando Sanseverino, príncipe de Salerno, Juan Bernardino Sanseverino, duque de Soma, Julio Acuaviva, duque de Atri, Americo Sanseverino, Julio Cesar Brancacio, Luis Dentice y otros foragidos napolitanos apretaban al Rey Cristianísimo para que la liga confirmase en defensa de la Iglesia firmada, pues era honor suyo defendella, emulando á sus mayores, que tanto en ella trabajaron y se gloriaron. Los foragidos mostraban fácil la conquista del reino, y prometieron para ello traer á su parte algunos señores y pueblos dél. Para tomar última resolucion se halló en el Consejo de Estado el Rey con muchos príncipes, pares y prelados, los cardenales de Lorena y Carrafa, y sobre romper la tregua y hacer la guerra al Rey Católico con variedad de pareceres y disputas largamente se confirió. Anás de Memoransi, gran Condestable, dixo en sustancia así:

«Sire, lo mucho que serví á esta felicísima Corona en la guerra, en la paz, »en legacías, gobiernos, exércitos, negocios importantes, hará lo que me »conviene decir para el bien universal justo, sin sospecha; pues en mi fide»lidad cabe solamente mi buen celo y libre ánimo, con que mis hechos »aprobaron mis generosos intentos. Los que aconsejan en cosas grandes de»ben considerar si las que proponen son útiles á la República, gloriosas al »Príncipe, fáciles en la execucion ó no difíciles, y si está al peligro ex»puesto el que aconseja. Pocos dias há que V. M. Cristianísima juró la »tregua que piden se rompa y la fe jurada, se falte á las promesas, con»ciertos, tratados en contra de la pureza de la cristiana religion, áun no es»tando seca la firma de un rey de Francia. Pues si la guarda del jura»mento y santidad de la fe se quita, ¿qué puede quedar entre los mortales »de bueno, de santo en que fiarse uno de otro? Si con buen consejo se efe»tuó esta suspension de armas, ¿por qué se ha de romper? Si con malo, »¿para qué se hizo? ¿Dónde está el mal? Hecha ya, pues útil es, debe con»servarse por la reputacion de un tan gran monarca, por encubrir el mal »consejo con que la juró, para que los vasallos descansen, y de contribuir »se eviten gastos, cuyo fruto ha sido el empeño de la corona en Leon en

»cinco millones de escudos, con intereses que las rentas consumen, de más »de muchos millones y de hombres inútilmente consumidos. No es bueno »hacer nuevos empeños y gastos por causas y culpas de otros. Nuestras ar»mas han sido en Italia tan poco felices que no poseen en ella Estado, con »pérdida de años y de grandísimos tesoros de los predecesores reyes Luis XI, »Cárlos VIII, Luis XII, Francisco I y de V. M. Serenísima. Ahora en jor»nada tan distante se han de poner en el arbitrio de la fortuna sus capi»tanes y armas con esperanzas libradas en un Pontífice pobre y muy viejo, »para que no cumpla con lo que debe y promete, ó muera en tanto, y »queden empeñadas nuestras banderas en peligro, ó desechos nuestros disi»nios entrando sucesor ménos ambicioso, ó quizá parcial de la Corona de »España en la silla del apóstol San Pedro. Por no poder V. M. pagar sus »deudas y remunerar grandes servicios para no agravar más sus provincias »con tributos, ha sido la provision de obispados y abadías en capitanes, »mercaderes, mujeres y personas que cediendo su derecho por dineros y »frutos, por pensiones á clérigos incapaces y comunes para la administra»cion de las iglesias, han dexado entrar herejes expelidos de Inglaterra, y »predicantes de Alemania y Genebra, seminario de sectas pestíferas, para »ser violada la pureza de la católica religion. Y la comunicacion de los tu»descos y zuiceros protestantes, traidos á sueldo en nuestros ejércitos tantos »años, no dañó poco. Viéndolos vivir libremente los franceses y sin tribu»tos, cargas, trabajos, entraron en deseo de ser como ellos si pudiesen. Visto »se ha en Guiena y Bordeos por el crecimiento del derecho de la sal, la vio»lencia contra los hacedores y executores de la justicia con muertes y escán»dalos, principio de civil guerra inacabable; pues el mal no se pudo atajar »sin fuerzas, castigos, muchas muertes, que tan mal están al Príncipe como »al médico. Entónces se conoció deseaban ya los pueblos nueva manera de »vida, desabridos y con ódio contra su Rey natural. Anulan los tratados »entre los reyes de tregua ó paz, haber sido engañados en ellos por error »del hecho, ó por mal consejo, ó por fraude, ó por ecesivo daño, ó por la »malicia de aquellos con quien se capituló; ó bien que las cosas se hayan »mudado de modo que los más sabios no pudieran prevenirlas, ó que sería »imposible cumplir los acuerdos sin pérdida inevitable ó evidente peligro »de la Corona, porque siendo la condicion y la causa del juramento impo»sible ó injusta, no es obligatorio. Juzgue V. M., pues; juzgue esta junta »grave y prudente; juzguen los Parlamentos; los sabios de estos reinos juz»guen si hay causa de las referidas en lo capitulado en la suspension de »armas de que se trata. No podrá el libre juicio, no podrá la calumnia sin »calumniar primero á V. M., que lo miró despacio, consultó, resolvió, »mandó. ¿Pues qué causas se podrán presentar de nuevo para el rompi»miento, sino vanos rumores, fama falsa abrazada de los deseosos de no»vedades y de los inquietos, no de mi general noticia de las más secretas

»acciones de los españoles y flamencos? Cuando los ministros contravinie-»ren, quéjense los celosos á su Príncipe, y si no satisface, estará bien »justificado el rompimiento. La guerra crece los daños, la paz los deshace, »asegura los caminos, navegaciones; favorece la negociacion y mercancía; »hace frutíferas las heredades, amenos los campos, quietos los agricultores »y contentos con esperanza segura de coger sin impedimento y gozar el »fruto de su fatiga; florecen las artes, estudios, ciencias; se pulen las cos-»tumbres; crecen los pueblos con matrimonios y las ciudades con hábita-»dores, concurso de mercaderes, y los príncipes con la multiplicacion de »los súbditos, rentas, tesoros, potencia. Descansen los franceses, y no hagan »propias las ajenas guerras para su perdicion, favoreciendo la ambicion de »unos, la rebeldía de otros, la inquietud de muchos. ¿En qué aprieto está »Paulo IV? ¿Quién le hace fuerza? Aquiétese; goce de sus bienes; goce y »gobierne con prudencia su pontificado, fin de su oficio, y no el de engran-»decer su familia con la ruina de Europa á costa de la sangre de los vasa-»llos de Francia. Descansen siquiera por el breve término de la tregua, y »serán tan ricos que den caudal á V. M. para cobrar los Estados que los es-»pañoles usurparon. Pide el Rey Católico al Pontífice saque de prision sus »ministros, embaxadores, por el derecho natural y civil santos y su inmu-»nidad santísima, y debe procurar su libertad y satisfacion. Fue la pri-»mera guerra que los godos hicieron en Italia por haber ofendido los ro-»manos á sus farautes, y ellos se quexaron de Aníbal ántes por no los haber »oido; y con el justo principio deste resentimiento comenzó la calamidad »de aquella edad sangrienta. La empresa de Nápoles es dificultosa, aunque »facilitada de sus foragidos, que la solicitan confiados en que se rebelarán »los naturales, como lo han hecho veintisiete veces en cuatrocientos y »ochenta años. No distinguen los tiempos, ni consideran haber sido la prin-»cipal causa entre otras tocar la eleccion de Rey á Príncipe forastero, elec-»tivo de otros electos, por la brevedad de la vida de los pontífices y diver-»sidad de las personas. Habiendo tomado los titulados grandeza y poteneia, »y dividido entre sí buena parte del reino entre las revueltas por su de-»pendencia y excusar los pueblos la sujecion, se les arrimaron y combatie-»ron todos muchas veces contra sus reyes ayudados de los potentados de »Italia más poderosos. Ahora se rebelarán con castillos y presidios ceñidos »con justicia y sin violencia gobernados, aunque haya algunos amigos de »novedades. Esto muestra Josef Cantelmo, conde de Populo, sobrino del »Pontífice, custode de Roma, que pasó á servir á su Rey con otros caba-»lleros deudos de Paulo IV, y entre ellos D. Tiberio Carrafa, hijo del Du-»que de Nocera, camarero secreto y propuesto para ser Cardenal. No se »ha de entrar conquistando donde no hay inteligencia con los del reino, »cuando no so puede vencer con sus fuerzas, que se llamá medirlas. Las »práticas son por el descontento que les da Príncipe necio, vicioso, injus-

»to, desapacible, de costumbres despreciables, mala eleccion de ministros »que engendra parcialidades, pérdida de hacienda, ó avaricia en procurarla, »agravios hechos y sinrazones á honrosos ánimos, diversos pretensores á la »sucesion que adquiere valedores, ó por ambicion, séquito, ó bandos. Mal »contentos hay en todos los señoríos, por no satisfacerse aún de lo que »Dios ordena, juzgando de los príncipes que son hombres, y pareciendo á »cada uno gobernaria mejor, condenan su proceder, ingratos á los benefi»cios recibidos, ponen los ojos en sus gobernadores, no para celebrar lo que »obran bien cuanto para notar lo que les parece ménos bueno. Aunque »desean verse los mayores adelantos, sin el pueblo jamas mueven guerra »civil, y procuran enajenarle del Príncipe por caso que lleve el disgusto á »ódio universal. Entónces cada cual enciende el fuego como en las tormen»tas de los golfos alteran cualesquiera vientos. Los vasallos desesperados »procuran la ruina del Señor, arriesgando hacienda y vida; los mal conten»tos la desean sin aventurar, satisfaciéndose más de lo presente conocido »que del bien dudoso, y solamente son la yesca para la guerra civil. Á ella »lleva los desesperados, la venganza; los ambiciosos, el acrecentamiento; »á los mal contentos, la satisfacion y comodidad, y así fácilmente se con»ciertan éstos con su Príncipe, siempre que se les diere alguna autoridad, »aunque hayan tomado las armas; y si el Señor acude con presteza en con»tra por ganar mayor séquito, con que los mal contentos se reducen con »dineros y promesas, los nudosos se aquietan, visto que el enemigo de su »Príncipe ha de ganar primero las tierras que éste tiene ya con que po»derlos remunerar. No conviene romper la tregua jurada, ni agravar los »súbditos por aumentar á otros, y tomar cuidados excusables por ellos, »cuando los de la paz os piden la conservacion de la religion, justicia, »hacienda. Compóngase Paulo con el Rey Católico con medios honrosos »y justos, pues gustará dello, y excuse V. M. empresa tan distante, cos»tosa, fatal, difícil en sí, con daño cierto, dudoso bien y el útil para Fran»cia, como mostrará el efeto, si no se admite mi consejo como pretendo.»

Los consulentes se miraron, contentos los desta opinion, pareciéndoles tan fuerte su razon, que la habria seguido el Rey su señor. Y habiendo cesado el murmullo y cobrado el silencio, dixo el Duque de Guisa en sustancia así:

«Sire, los grandes Príncipes guardan los tratados con sus iguales, por »su Majestad y reputacion, y más los que tocan á la conservacion de la »Iglesia de Dios en que vuestros progenitores alcanzaron triunfos, princi»pios, aumentos de imperio, mercedes de bien grandísimo para los vasa»llos desta felicísima Corona. Esto no puede ser sino quebrando la tregua, »pues contra la violencia de España se han de emplear loablemente vues»tras armas. Mas si el ayudar al Pontífice es justo y necesario, el romper »la tregua lo será, no hacer lo injusto, si impide el bien de la Sede Apos-

»tólica, que por mayor debe ser antepuesto á privados intereses y comodi-»dades privadas. La guerra trae gastos, y aunque Francia los ha tenido muy »grandes, no está apurada; fuerzas quedan para la empresa de Italia y para »otras mucho mayores y en liga efetivas para la conquista de Nápoles, di-»ficultosa, no imposible; y lo difícil faciliitan prudencia, consejo, valor, que »resplandecen en los capitanes desta poderosa Monarquía. Los napolitanos »son amigos de novedades y se rebelarán en viendo nuestras banderas sin »duda conforme á su estilo, naturaleza y deseo de mejorar su fortuna, más »poderosa en los pueblos que la fidelidad. En cuatrocientos y ochenta años »poco más que señorearon aquel reino, suevos, normandos, alemanes, fran-»ceses, aragoneses y castellanos, venticinco rebeliones esforzaron sangrien-»tas guerras. Tenemos buenos capitanes y soldados en Italia, armas, artille-»ría; de manera que juntos con los que V. M. podrá enviar, harán número »bien reputado para cualquiera jornada, aunque sea la de Nápoles, tenida »por de mal hado para nosotros, y dará gloriosas y útiles victorias, aumen-»tando con las fuerzas que el Pontífice y el Duque de Ferrara ofrecen, cum-»pliendo con la capitulacion de la liga. ¿No será bien recuperar lo que po-»see el Duque de Florencia, á que tiene derecho la Reina; castigar al Du-»que de Parma por ingrato á los beneficios recibidos de V. M. Cristianí-»sima; volver al patrimonio de Francia el reino tan florido, rico, gallardo »de Nápoles, escala para recuperar á Sicilia, pertenecientes á Francia por »tantos títulos y razones? El rey Cárlos VIII pasó los Alpes poderoso para »esta conquista, y la hizo: y V. M. podrá, si lo dispone por favorecer la »Iglesia, librar á Italia de la violencia y tiranía de los españoles: ¿qué me-»ritos y alabanzas alcanzará? Inmortales cierto. Los caballeros napolitanos »de familia ilustre, despojados de sus estados y bienes, se han puesto libre-»mente en la proteccion de V. M., recibidos lícitamente sin ofensa de su »Príncipe, y debe amparallos y restituillos por ser irreconciliables con él, »y juzgarse por desterrados perpétuamente, y no ya por sus delitos (pues »el maltratado puede esentarse de la juridicion del señor natural) y servirse »dellos V. M. contra él sin mal exemplo. La tregua rompió el Conde de »Manzfelt, intentando hurtar á Metz; los flamencos, tosigar los pozos de »Mariamburg para matar el presidio; el Duque de Saboya, sacar por in-»genieros las plantas y monteas de las tierras fuertes de Picardía, medir sus »alturas y ámbitos; un secretario de Mos de Granvela, obispo de Arras, »trató con dos gascones la entrega de Bordeos por traicion; en la Toscana »tentaron los españoles cobrar á Montalchino y Grosseto; en Nápoles re-»cibieron las galeras del Prior de Lombardía, y le sacaron y á su hermano »del sueldo de V. M. ¿No son causas bastantes para dar por rota la tregua; »y principal tomar las armas el Rey Católico para oprimir al sumo Pon-»tífice, cabeza de la Iglesia, de familia ilustre y vida inculpable, compren-»dido en la capitulacion de la tregua, porque celoso del bien universal,

»quiere conservar su juridicion espiritual y temporal y conservarse sobe»rano; restituir la que usurparon los parciales con los españoles; recuperar »las provincias y villas de su dominio; pacificar á Roma quitando los ban»dos que la dividen; oprimen, tienen como en sujecion los sumos Pontífi»ces, vicarios de Dios inmortal? Para conservar su autoridad y libertad pide »ayuda á Príncipe poderoso, obligado y acostumbrado á darla á sus prede»cesores, haciendo célebre su piedad y nombre. Y se le debe dar al pre»sente, porque es razon por no degenerar de los mayores gloriosos, por »mostrarse agradecido, por necesidad, ser poca reputacion el no hacello, »pues dirán fue por flaqueza de ánimo ó poder, y se atreverán los enemi»gos persuadidos á acometer al señor mismo en su misma casa.»

Los Cardenales apretaban al Rey con ruegos, súplicas y ofertas de poner en su poder á Bolonia, Anoona, Paliano, Civitavieja y el castillo de Roma para la certeza de lo que se le decia. Facilitaban la empresa teniendo los Carrafas á Paliano ancha puerta del reino, los lugares del Senés los franceses, los Ursinos á Pitillano, los gaetanos á Sarmoneta, en el Abruzzo muchos amigos el Pontífice; y él haria brevemente para la venidera seguridad tanto número de Cardenales parciales de la corona de Francia que el subsecuente (si muriese Paulo por ser tan viejo, como temian) sería á gusto del rey Enrique. Porque importaba la brevedad en el resistir al Duque de Alba, con la misma se resolviese y executase lo que por bien tuviese. No fue oida de todos con alegre ánimo esta proposicion, ni de los mayores por nobleza y autoridad, juzgando la guerra llena de dificultades, y de peligros el enviar exércitos á provincias tan apartadas de Francia contra enemigos estimados por poderosos, donde sería dificultoso vencer y más el conservar, comprando molestias, daños, con los tesoros y con la sangre de Francia. Sin duda D. Filipe, rey de España y de Inglaterra, romperia la guerra para divertir por la Picardía, y con más vigor en adversidad del ejército frances en Italia. Si por las marinas asaltaban á Nápoles, tenía armada para su defensa los puertos fortificados; por la tierra pasarian primero la largura de Italia para acometer, y con temeridad estando unido y apercebido el Reino, con mucha y florida gente de armas, abundancia de buenos caballos, municiones, artillería y de todas las provisiones necesarias para la guerra, gobernado por el Duque de Alba, capitan de experiencia y fama, y de no menor virtud y fortuna, ayudado de Sicilia, mal segura con la vecindad de los franceses. Otros por falta de conocimiento y exercicio, otros de juicio, no consideraban tienen las empresas militares no sé qué de grande y preclaro, que las miserias y riesgos cubre de la guerra fértil de cosas nuevas no pensadas, apartadas de la opinion del que ménos sabe. Inducian á la jornada las esperanzas y propuestas, por ganar estados en el reino, alcanzar dignidades y rentas eclesiásticas del Pontífice, recuperar á Sicilia. Los atenienses áun no habian partido para conquistalla sus

armadas en que miserablemente se perdieron (porque empeorar con la guerra es más fácil que mejorar), y ya trataban de pasar en Africa y ocupar á Cartago. No hay cosa ménos difícil, áun á los tímidos y de ningun valor, que gritar ¡guerra! ¡guerra! y con los furiosos y temerarios ímpetus y consejos concitar los ánimos para ella. Tuvo suspensa algunos dias la deliberacion esta variedad de intentos y pareceres, siendo no sólo dudosa la resolucion sino incierta, y el espíritu del Rey vacilante, arrebatado de la esperanza, temor, razon, fortuna. Confiado en su poder, era incitado de la gloria, como suelen los grandes monarcas (cuyos títulos de magnos, vencedores, triunfadores, africanos, germánicos sinifican ántes violencia que justa y legítima grandeza), y por esto desean más la guerra que los pacíficos consejos. Refutados del Rey, dixo al Cardenal Carrafa enviaria exército poderoso brevemente en Italia, y nombró conforme á buena razon por Capitan General al Duque de Guisa, que la jornada habia persuadido, y porque el Grande que en una empresa se añade por ejecutor de lo que aconsejó, mucho moverá á que le sigan. Hizo asiento con los capones y albicios de gran suma de escudos á doce y deciseis por ciento, y quexándose de sus franceses asentistas y tratantes de dinero con dinero de la ciudad de Leon, de que habiendo sorbido el Real Patrimonio quitándole su crédito, le entregaban (sin piedad ni respeto al ser su señor natural) á la avaricia y cudicia de los extranjeros. Mas respondian no podria al fin pagar las usuras ni el principal, porque el interes llegaba con las adehalas á más de venticinco por ciento, y quedaria deudor tambien del interes, y no querian perderlo todo. En Italia despertó varios pensamientos y causó largos discursos esta resolucion tan conferida. Engrandecian los discursistas en ocio y académicos curiosos, inquiridores con eceso, la oportunidad, poder, presteza para nuevos movimientos de la nacion francesa, estimaban mayor el nombre y reputacion de la española que sus fuerzas, porque tenía muchos enemigos en Italia, pocos amigos por las violencias y ofensas de sus armas, los socorros á disposicion del mar muy léxos, siempre en largas promesas y fama larga de aparatos y esperanzas desacreditadas con pocos y costosos efetos. Consideraban los impedimentos de las grandes empresas, y ser la de Nápoles más de ímpetu que fundado consejo, fácil de resfriar con la dificultad del gran hecho. Eran los franceses belicosos y grandes servidores de sus Príncipes entónces, pero muy súbitos, claros, impacientes, naturalmente mudables; y tanto se levantaba su fuego y precipitaba por repentino y sobresallente ardor del ánime, que las más veces los trasportaba fuera de toda templanza y consideracion del fin, por quien la obra se comenzó; impaciencia que sus escritores dicen les ha causado ordinarias desgracias y no saber conservar lo conquistado léxos de sus países, ganando y perdiendo fatalmente en un dia. Luis XI, su rey sagaz y experto en las materias de Estado, no quiso enviar su exército en Italia, rechazando las pláticas por

las razones alegadas y por la infidelidad de que imputaban ó acusaban á los italianos. Si el rey Cárlos VIII, su hijo, y Luis XII y Francisco I encaminaran esta opinion bien, no hubieran con tantos gastos, desgracias y ruinas tentado el guerrear en Italia. Arriesgó mucho en esto el Duque de Guisa, y porque errada la empresa, le atribuirian los daños ó mal consejo; pues cuando un Príncipe estaba suspenso en hacer ó no alguna cosa, cualquiera autoridad ó proposicion, conforme á su deseo, baxa la balanza. Huyese el peligro y daño el parecer, y moviese al Príncipe la razon, no la importunidad. Siempre se daba la culpa de los desastres á los mayores en opinion y grado, y se debia contradecir dudando de la victoria, y era mejor ser tenido por sabio que poderoso; pues si refutado su voto hubo pérdida, resultaba en alabanza suya. Se igualaba para esto el mal con el bien, conociendo la calidad para contrapesarlos y llegarse donde hay ménos mal, ó más bien con el voto. Lo dudoso se consultaba en la sala, y si podia allí la suerte ó la prudencia, y se consideraba lo que tocaba á cada cual, y si se obraba por necesidad ó eleccion, por quien el comenzar depende de la voluntad, y si era mayor que la esperanza el temor, polos sobre que se mueve la razon de Estado. Se intentaba cuando la suerte tenía lo ménos allegándose (si no habia certeza) á lo verisímil, ni en el cielo el ánimo esperando, ni en el centro temiendo; tanteando las circunstancias de las cosas, acidentes, tiempos, lugares, personas, causas, considerando aconsejó como prudente quién de las diez partes que se pretenden, tiene las seis en su favor, porque destas se esperan las otras cuatro.

CAPÍTULO VIII.

Júntanse los sectarios en Francia y el Rey despacha su exército para Italia.

En Francia, en tanto que bullian los rumores de la guerra ya declarada, nacieron males irremediables, porque los herejes de Inglaterra expelidos entraron como de golpe en ella sin contraste, porque el Rey no atendió á lo que más le convenia. Llamaron de Alemania y de Ginebra academias suyas dogmatizantes, que enseñaron sus errores y los aprendió fácilmente el buen deseo de pecar. Tiénese una cosa por buena, y la hace mala forzosamente lo que se sigue della. El Rey asoldó para guerrear contra el Emperador gran número de protestantes, que dieron las herejías en el trato doméstico y militar á sus pueblos dispuestos en buena parte por su crianza en la libertad de la guerra. De manera que se podia temer el daño y ruina que la religion en Francia tuvo y tiene, siendo mayor que el provecho de

su Rey cristianísimo, pues fue una de las causas, que le forzaron á efetuar la paz fuera de su esperanza y de la de Europa con que la guerra comenzó, el conocer la quiebra de la Iglesia Católica de sus provincias. Mas la ambicion fomentada suele ser tal que la execucion de la voluntad no dexa pensar en el daño que brevemente puede resultar, no moviendo discursos y exemplos antiguos ni modernos. Crecieron en calidad y número los herejes, y sin respeto á leyes y bandos predicaban su falso evangelio con voz de reformado. No aplicó del todo el ánimo Enrique al infernal incendio, atento á la guerra y á sus placeres por inclinacion desconveniente, y al aumento no pudo resistir sin daño suyo y de su casa. Algunos grandes siguieron y favorecieron los nuevos y errados evangelistas, para tener fuerza con que abatir sus émulos, porque tantos soldados metian en su lista cuantos apostataron, y los de las familias de Borbon, Vandoma, Jatillon, á quien era insufrible la autoridad de los de Guisa favorecida del Rey, y señaladamente en abrazar y seguir su consejo. Movia la máquina Mos de Coliñi, almirante en lengua y mano pronto, de ingenio vasto, ánimo terrible, sagacidad, fortaleza y osadía, fe y constancia para con sus semejantes, sin religion, temor y conocimiento de Dios, piedad, justo ni honesto, sólo veneraba su ambicion. Estos vicios cubrió disimulacion y modestia forzada y fingida por su poco poder; mas crecido y conocido, violó el derecho divino y humano, y á Francia funestos fuegos abrasaron miserablemente, y á él causaron muerte violenta conveniente á la paz comun con aliento y cautela procurada por los de Guisa, como en su lugar y tiempo se escribirá. Ayudábanle el Príncipe de Condé, alemanes y zuiceros, y esforzando las sectas, aunque en algunos puntos diversos se correspondian, y daban ánimo con secreto á los sectarios, y los atendia y aplaudia multitud, y amenazaba á los católicos, sus templos, sacerdotes, monasterios. Despertaron al Rey los gritos de sus fieles, salió tarde de su reposo, y echó bandos poco efectivos contra los herejes. Llamaron en su favor los de Genebra, zuiceros, protestantes, y enviaron á Teodoro Beza, heresiarca, con Guillelmo Farelo zuingliano en su refuerzo. Aborrecian al Pontífice movedor de la guerra, y tener el Duque de Guisa más prosperidad con la conquista de Nápoles, sobre que pretendia derecho, aunque longísimo decendiente de Violante, hija de Renato, último de la familia Anjouna en aquel reino; y para gozarle disponia ser electo Pontífice su hermano el Cardenal de Lorena, y todo con las fuerzas de su rey Enrique engañado. Y así le pidieron ántes no enviase exército en Italia el Almirante y el Príncipe de Condé, y mudado consejo ayudaban la salida para extender sin oposicion su parcialidad y sectas, y mejor si mal le sucediese en el Reino de Nápoles. El Duque de Guisa contra su malicia hizo encomendar el gobierno al Condestable, no su provision de gente y dinero, temiendo la impediria el que la jornada contradixo con emulacion; y el Cardenal su hermano se encargó del

cumplimiento de las pólizas para la paga de seis meses del exército. Desta manera comenzaron las herejías y bandos, y crecieron por la bondad y blandura de su rey, y el negar jamas lo que se le pidió, más peligroso que no concederlo el rey Francisco I, su padre, pues el hijo destruyó el reino que le dexó rico de armas, leyes, sabios, capitanes, reputacion, religion del que apénas se atrevian á mirar los súbditos, sin fe, sino con el turco, y el Rey de Inglaterra sectario, siendo no cual á sí, mas cual baste al pueblo; tan pronto á poner sus bienes y vida por él, que siéndole perjudiciales las condiciones para salir de la prision en que estaba en Madrid, quiso renunciar la corona en el Delfin ántes que dañarla, y así el Emperador las moderó como se escribe. Fueron venerables algunos señores y gobernadores con grandes vicios, por calidades dignas de reverencia, como la elocuencia, liberalidad, cortesía, humano trato y apacible áun con los no conocidos, y los dones casuales de naturaleza, y el saber dar y tomar consejo, regir bien las ciudades y los exércitos, vencer los enemigos, acciones que pueden llevarse al fin por sagacidad, como por la prudencia, y el usar en el llevarlas de las virtudes naturales semejantes á las morales, determinacion, osadía, beneficencia y otras á quien suelen seguir grandes bienes, y no hay quien no estime á los que pueden y saben hacerlos. Por esto dixeron algunos «de mal hombre buen rey», áspero en la propiedad de la palabra, que sinifica austero, riguroso, ímpio, malicioso. No se juzga tirano al severo, no contraviniendo en su gobierno á las leyes naturales y divinas, á que el monarca real se sujeta tanto cuanto desea que los vasallos le sean obedientes, dexándoles la libertad natural y propiedad de sus bienes. La imperiosa majestad del rey Francisco I fue monstruosa y de más fruto que la dulzura y humanidad de su hijo, que dió licencia á los vicios, y con las mercedes hechas á los aduladores convirtió el bien público en particular, y sujetó el pueblo roido á la severidad de los grandes, sin castigar las injusticias de los oficiales. Y así el rey Francisco II, su hijo, sucesor en el año mil y quinientos y sesenta y dos, quexándose por sus patentes gravemente de hallar el patrimonio desmembrado y disminuido con impuesto y enajenaciones de merced de catorce millones novecientos y sesenta y cuatro mil francos y más, las revocó generalmente. Sea magnánimo y liberal el poderoso príncipe y rico, no el necesitado, que forzosamente desollará los súbditos. No se hace juicio de los príncipes por su bondad sin conocer su proceder y fines, y tantear sabiamente sus virtudes, vicios, hechos buenos y malos; que no es fácil juzgarlos cuando se mezclan, porque los lugares y las ocasiones hacen que parezca tiranía lo que alaban los sabios dignamente. Para que los súbditos conozcan viviendo sus príncipes su virtud y méritos, y no deseen á los muertos, defraudados de su debida alabanza y gloria, ni en la mudanza esperen salud, trayendo á la vista y en la boca sus virtudes, vitorias, hazañas, y no pudiendo resucitarlos la gentilidad honró

sus memorias con el título de divos, monumentos, templos, sacrificios, por haber imperado imitando á Dios á provecho del género humano. Procuraba vigilante y cuidadoso el Pontífice saber cuánto hacian y decian los ministros y parciales del Rey Católico; padecia comperturbaciones y esperanzas alteradas del recelo de su muerte, sospecha de la guerra, tardanza de los socorros de Francia, division de los Cardenales, infidelidad de los amigos, desabrimiento y quejas públicas del pueblo desenfrenado, sobremanera furioso, con miserable vida afligido, pudiendo con la paz de su alma y de la Iglesia vivir la bienaventurada: tanto pueden ódio, ira, ambicion, deseo de venganza en los buenos príncipes mal aconsejados. Buscaba por todas las vías posibles dinero, despachaba correos á Francia en cada hora, para que su exército trasmontase los Alpes. Halló en la muestra de la gente de Roma diez mil con armas en la mayor parte forasteros. Procuraba tener en su favor los eminentes en autoridad y fama militar. Pidió á Vespasiano Gonzaga le sirviese, y le ofreció los Estados de Marco Antonio Colona diversos del Ducado de Paliano, justificando su expolio dellos con que era nieto Vespasiano de Vespasiano Colona, hijo de nieta del gran Próspero y de Luis Gonzaga Rodamonte de los Duques de Mantua. No acetó Vespasiano solicitado y no vasallo del Rey Católico tributario, gajero sí, porque poseia libres los feudos de Lombardía, y con los Estados ofrecidos en el acuerdo de la paz, cierto término de las diferencias ó futura guerra, sacaria buena recompensa. Quiso más servir al Rey Católico por el amor que tenía á su casa en que se crió y de donde fue á la guerra de Piemonte coronel de cuatrocientos caballos. Intentó traer á su parte al Duque de Florencia, y por ser amigo fingido y consistir su conservacion y aumento en la union con España, le respondió previniendo sus fuerzas, asoldando tres mil alemanes, manteniendo los avisos y buena correspondencia con los Virreyes de Italia. Pidió al Cardenal de Trento se armase como para resistir al Rey de Francia. Disuadió por su embaxador á Paulo IV el meter sus armas en su patria para daño universal é intento de echar los españoles della, grande pero imprudente, si entraban extranjeros de ménos fe y seguridad por los exemplos, y porque los mayores gozarian de los trabajos y ocasion para ocupar los ajenos señoríos. Ponen los Príncipes término á las fronteras, no á la ambicion y deseo más extendido que el mar y levantado que los montes, sin poder retener el curso de sus insaciables codicias; y así respondió Paulo con inclinacion á conquistar á Nápoles. El Marqués de Sarria, viendo su poca autoridad y libertad en Roma, con secreto fue á dar á su Rey cuenta de su comision. El Duque de Alba, indignado y cuidadoso por los malos tratamientos que hacía Paulo á los ministros de su Rey, aunque prevenia la guerra conforme á su órden, escribióle con Francisco de Valencia, de la religion de San Juan, y volvió con tan mala satisfacion como despues D. Fernando de Toledo, hijo del Duque.

No le mudaron punto sus ruegos y ofertas en las cartas escritas con sumision y prudencia y las súplicas referidas, y le ofreció con Julio de la Tolfa, conde de San Valentin, obediencia y reverencia por el Rey Católico, y suplicó diese libertad á sus amigos y ministros, cesando las injurias en perjuicio de su dignidad, y con debido sentimiento procurando satisfacion forzosa, le difidaba y denunciaba la guerra. El Pontífice, temiéndola, temió; y dilatando el declarar su ánimo hasta llegar el cardenal Carrafa, dixo, consultaria la respuesta con el Sacro Colegio. Al Consistorio vinieron forzados los Cardenales, amedrentados ántes con reprehensiones, porque su rompimiento con el Rey Católico condenaban escándalos y daños, pronosticando desgracias innumerables á Europa. Quexóse ásperamente de sus agravios, y envió con Dominico de Nero, caballero romano, á decir al Duque:

«Daria razon de sus hechos como príncipe soberano á la justicia divina »solamente, y como pastor del rebaño de Cristo le defendia y su sacra si»lla. A Garci Laso habia sucedido tan mal siendo persona pública con in»munidad inviolable, porque maquinando contra Su Santidad sin razon »hizo lo que no debia. De la seguridad y privilegio no usaron los embaxa»dores más prudentes en disgusto ó daño de los príncipes que los reciben; »y los sabios en lo odioso eran templados y cortos, en lo agradable copiosos »y largos para entretener la amistad, y amansar y no crecer la ira y ene»mistad de los señores desavenidos muchas veces, por su imprudencia, y »llevan la pena merecida. La guerra se le haria por esto sin razon, y por »ningun peligro no aprobaria lo que hasta allí habia hecho.»

El Rey mandó al Duque le ofreciese para sus sobrinos la investidura de Sena, como le habia ofrecido el Duque de Florencia cautelosamente, y lo comunicase primero con él. Dolióle temeroso de no haber á Sena, y de perder los lugares que poseia en el Senés por empeño de dineros que dió al Emperador para la guerra de Toscana, receloso de la vecindad del Pontífice, porque las guarniciones francesas molestarian sus tierras; el miedo que tendria Italia de perderse, la arrogancia que tomarian los enemigos persuadidos dió á Sena el temor, no la voluntad, y pedirian otras cosas luégo; siendo lo más seguro hacerles rostro valerosamente. Era terrible resolucion (decia) el dar á Sena á los Carrafas, sin asegurar su estado de la fortuna española siempre dependiente, habiendo Pedro Estrozzi tratado de hacer la guerra en la Toscana; y así no entregaria, embistiendo á otro, los lugares del Senés por la comun seguridad; conservaria á Sena como al presente, y la restituiria pagándole lo que se le debia y gastase más en su guardia á la corona de España, con quien habia de tener perpétua confederacion, socorriendo á Nápoles y á Milan con las fuerzas convenientes, y Su Majestad Católica su Estado acometido de potencia mayor; desafuciarian al Duque de Ferrara y á los franceses de tener á Sena; lo aprobase

ó diese licencia para acomodar sus cosas conforme al tiempo. Por su órden lo representó D. Luis de Toledo su cuñado, que á la negociacion asistia en la Córte. Comunicólo el Rey con su padre, y dixo se le mostró aficionado y á sus cosas el Duque desde que le proveyó del Estado, y lo continuaria agradecido, y por su bien por las pretensiones de los franceses á Florencia, y por el deudo contraido con la casa de Toledo; tenía buen juicio y conveniente provision en sus tierras en sitio importante para la guerra y union de sus Estados de Italia; se debia entretener su voluntad inclinada á su servicio fielmente, y favorecer sus negocios. El Rey entreteniéndolo propuso para darle la investidura condiciones ásperas; y suplicó el Duque por su templanza, y entre esperanza y recelo proveia con cuidado para la guerra declarada de los franceses.

CAPÍTULO IX.

El Duque de Alba se aconseja sobre la guerra.

El Duque de Alba, por reprimir y templar con las armas los furiosos ímpetus del Pontífice y hacerle recebir la paz, trató del modo con Marco Antonio Colona, Vespasiano Gonzaga, el Conde de Populo, Ascanio de la Corgna y D. Bernardino de Mendoza que le asistia. El cual con experiencia larga y no vulgar opinion dijo en sustancia así:

«Las guerras que lo poseido conservan, gobiernan advertencias buenas, »consideraciones cautas, consejos moderados, no gallardos convenientes »sólo á lo difícil y arduo, y á los que arrebatados de su ambicion y deseo ve»hemente de ilustrar su nombre, temen no les falte acaso el tiempo para »el efeto. Al que en sublime dignidad, con reputacion, grandeza y auto»ridad puede esperar mejores oportunidades, accidentes y disposicion de »los sucesos, cuando quiera ampliar el imperio le está muy mal el aven»turar. No es voluntaria la propuesta guerra, sino necesaria y así defensiva, »pues trata el enemigo de acometer este fidelísimo reino. Fue antigua »cuestion sobre esperalle ó acometelle en su estado, ó salir á encontralle. »Anteo sobre su tierra madre invencible, haciéndosela perder, fue de Hér»cules muerto. Los atenienses guerreando en sus provincias triunfaron, en »Sicilia perdieron y su libertad. El que aparta de su casa al contrario, lo »lleva donde lo pase mal. Cuando acometió poderoso el rey de Francia »Cárlos VIII este reino, mandó el rey D. Fernando á su hijo D. Alonso »le esperase en él; salió á la Romanía y se perdió. Tiene por ventajas el »esperar el proveer sin fatiga, saber el sitio para asaltar mejor al enemigo,

»hurtarle, retirarse; seguridad que ha dado comodidad y ánimo al acome»ter con más facilidad y fuerzas, y más unidas, y no se pueden apartar »enteramente, y para rehacerse rotas tiene disposicion, porque salvará el »capitan mucha gente en los refugios cercanos, y el suplemento está pron»to arriesgando todas las fuerzas, y no todas las fortunas. Es muy al con»trario apartándose del Estado en que dexaron entrar algunos diestros al »enemigo muy adentro, porque ocupando y presidiando lugares, desmiem»bre su exército, y con el suyo entero enflaquecelle, acometelle, rompe»lle y recuperar lo perdido: si no presidia, no tendrá sino el mismo incon»veniente del asaltado. Así venció á los turcos en el Epiro Jorge Castrioto, »su príncipe, muchas veces con estrago grandísimo, inferior en el número »de combatientes con exceso. Las tres rotas de los romanos en Italia, los »perdieran sin duda fuera della, acometidos luego en su ciudad. No se va»lieran de las resultas de sus vencidos, curar los heridos, recoger los espar»cidos, tener como rehacerse para vencer. Jamas enviaron fuera más de »cincuenta mil soldados, y en Italia juntaron ciento y cincuenta mil en un »cuerpo, y vencieron á los cimbros vencedores ya dellos en su tierra, por»que no tenian juntas sus fuerzas. Conviene pues esperar al enemigo en »este reino para libralle de sus armas, con que sin vencelle quedará ven»cido de sí mismo, perdiendo tiempo y expensas.»

El Duque de Alba en su contra dijo en sustancia:

»¿De quién defenderémos el reino, pues tan léxos están los enemigos »para acometelle? Quiero con su defensa reducir al Sumo Pontífice al con»cierto de la paz necesaria al sosiego comun, y llevarle á Roma la que to»dos aman y él aborrece. Conviene hacerle para esto la guerra en su Es»tado, como Aníbal aconsejó al rey Antioco, para valerse de sus armas, »vituallas, dineros contra los romanos. Quien los acometia fuera, dexaba »libre la que daba fuerzas; y así primero les quitaria á Roma que el im»perio, primero á Italia que las otras provincias. No pudiendo sufrir las »armas de los cartagineses, los asaltó en su Africa Cipion, y reduxo á pe»dir la paz con desiguales condiciones. Quien acomete tiene más ánimo »que el que espera, con que hace más confidentes sus exércitos, quita mu»chas comodidades al enemigo para valerse de sus cosas. Estando saquea»dos los súbditos se fatigan sacando dinero para su rescate y defensa, se»cando la fuente que sustenta todas las guerras. Los soldados en las provincias »extrañas han de pelear ó morir; y la necesidad hace virtud y la acre»cienta; vencidos piérdese el ejército, no el Estado; y acaeciera si el rey de »Francia Francisco I fuera roto y preso en ella como en Pavía. En caso que »el enemigo acometa el señorío, el presidio es volante para el amparo de »cada tierra murada de por sí; pues el que se dexáre de presidiar (siendo »para ello forzoso deshacer el exército, ó ser grandísimo) se llegará nece»sariamente al enemigo. El acometer da reputacion, de quien pende tanta

»parte en los buenos sucesos, que donde inclina, lleva la virtud de los sol-»dados, los neutrales, la fe de los pueblos, el crecer la dificultad en el ene-»migo por ser grandísima al que comenzó en alguna manera á mostrarse »inferior, conservar y defender áun de los menores peligros lo que desam-»para; cuanto es fácil al que con cuidado de defender su honra y Estado »sin dar señal de sumision, toma prestamente las armas contra los que »tratan y procuran ofenderle. Cuanto importa el hacer la guerra (áun de-»fensiva) en la provincia del enemigo, mostraron Cipion y Aníbal; si éste »quedó vencido al fin, no porque la razon de guerra no mostrase pudo »vencer, mas porque no supo usar de la vitoria de Canas, dexando irse »riyendo á la fatal fortuna de sus manos, y que escondiese el rostro la oca-»sion para que Roma no quedase del todo vencida, acabando en un dia »imperio levantado de su favor, de su valor, de su ventura en siglos, no la »experiencia, diciplina militar, ser soldados sus ciudadanos interesados en »la vitoria. Andando en torno del corazon del enemigo, en cualquiera buena »ocasion se le puede herir de muerte, léxos no, pues siempre tiene tiempo »para recuperarse. Tratándose en Roma de hacer jornada contra Filipe, »rey de Macedonia, dixo Sulpicio: «Ella tenga la guerra, no Italia; son más »efectivas nuestras armas fuera que junto á nuestra ciudad.» Y como dixo »Cipion persuadiendo el pasar con el exército á Cartago, hay mucha dife-»rencia entre el destruir los campos del enemigo ó los nuestros: más ani-»ma el poner en peligro que el defenderse dél. En el acometer sigamos á »Cipion, Alexandro, Aníbal; apartando al enemigo no puede urdir trato »con los mal contentos ú ofendidos, para fabricar levantamiento universal »de los pueblos, concurriendo con su disinio. El Imperio de los mamelu-»cos, esperando su Príncipe en su casa al turco Mahometo, fue subyugado, »turbando su vista el ánimo, consejo y ardor, haciendo la necesidad todas »las cosas sospechosas y difíciles, de manera que no saben el medio que »para su remedio tomen los asaltados. Encontrando al enemigo con las »fuerzas en un cuerpo iguales á las suyas, con brava continencia y corazon »la retirada y la defensa resta á su eleccion, si es sabio y diestro capitan, »como Soliman, señor de los turcos en Hungría, cuando se le opuso el »Emperador mi señor; y si es vencido se desordenan sus fuerzas ente-»ramente, aunque es más fácil reunirse un exército roto fuera de su pro-»vincia. Y si la fortuna es contraria en nuestro Estado, los mal contentos »y sediciosos levantan rumores para que el pueblo quede espantado, y es »menester trabajar mucho para volverle el ánimo, y con caricia meter »las resultas en los presidios. Y cuando la pérdida viene de léxos en el país »ajeno, el temor y el espanto es menor en el nuestro, y los súbditos más »prontos ayudan por apartar el peligro de su casa. Las pérdidas de los ro-»manos les hicieron perder muchas ciudades de más de los soldados, y cau-»saron rebelion en sus colonias, siguiendo la fortuna del vitorioso, con otros

»muchos acidentes que conmovieron mucho el Estado con desastre, que »no recibieran si la pérdida fuera léxos de Italia.»

Acabó su oracion aquí el Duque.

Por resolucion del problema se considera, si el país está armado, como tenian á Italia los romanos y á su ciudad libre, se espera al enemigo; si desarmado, como los cartagineses, se aparta la guerra de su casa. Venció el parecer del Duque, y determinóse el campear en la provincia de Campania, gozando de los bastimentos, diminuyendo su caudal, cogiendo al enemigo de improviso; lo que por ventura no fuera, si no esperára mayor exército de los franceses en su ayuda. Juntó la gente más pronta luégo y dinero, bastimentos, artillería, municiones y otras cosas necesarias, cuya provision estuvo á cargo de D. Bernardino de Mendoza. El Duque fué capitan general de la empresa; maestre de campo general Ascanio de la Corgna; general de los italianos, Vespasiano Gonzaga; de los hombres de armas, Marco Antonio Colona; de la caballería ligera, el conde Populo; de la artillería, el maestre de campo Bernardo de Aldana, y comisario general Lope de Mardones. Señaló en San German plaza de armas para juntar la gente alojada en las tierras cercanas y aprestos y máquinas para ir luégo contra el enemigo facilitando el principio; porque entrando el invierno sería trabajoso el campar en tierra húmeda y cenagosa, y más el llevar artillería y carros de los bagajes. Escribió á ventiuno de Agosto á los Cardenales motivando sus justas causas de resentimiento, en nombre de su Rey, para justificar la guerra; y aunque no esperaba reducir al Pontífice á mejor intento, le suplicó satisficiese á su Rey, sacase de prision sus amigos, restituyese á Marco Antonio Colona en sus tierras, asentase paz como á la Iglesia convenia, y no diese lugar á derramamiento de sangre entre cristianos; porque estaba presto como para tomar las armas para dexarlas y servir á Su Santidad en cuanto le fuese posible.

CAPÍTULO X.

Selarraiz trata de conquistar á Orán, y descríbese y África.

Selarraiz, virey de Argel, deseaba conquistar la ciudad de Orán, porque le impedia el sojuzgar las Mauritanias, y oprimia los moros de Tremecen ensoberbecido con la restitucion que hizo de Buhazon el Tuerto, y la recuperacion de Tremecen y Bugia en el mes de Setiembre mil y quinientos y cincuenta y cinco. Envió á su hijo Mahamet asistido de Ali Portuc y Mamiarracz á Constantinopla con relacion de los felices sucesos y ricos pre-

sentes para Soliman y Rustan Baxa visir, su gran privado y yerno, para que le conservase en su gracia y gobierno de Argel, porque Hascen, hijo de Heiradin Barbarroxa, pretendia volver á él con justicia, y más habiendo ya dado el baño de su padre á Rustan, que por no haber sido cuando se le pidió le quitó el cargo. Pedia Selarraiz armada con seis mil turcos, y Soliman mandó aprestar cuarenta galeras para ir contra la ciudad de Orán, llamada de los africanos, hoy Guaharan de los Romanos, única colonia, y de algunos Barbaria, distante veinte leguas de la ciudad de Tremecen y doce de la de Mostagan. Es poblacion antiquísima de naturales africanos, sin noticia de sus fundadores, asentada sobre la costa del Mediterráneo Sardoo, en la provincia Mauritania cesariense, en treinta y cinco grados y medio de altura de polo, cuarenta leguas distante de la ciudad de Cartagena norte sur, cuarta al norueste, en una ensenada que forman la punta del aguja cuatro leguas al levante y la de cabo Falcon tres leguas al poniente. Tiene playa causada de la altura del monte de la Silla, y del cerro del castillo de Arrezalcazar de mil y quinientos pasos de largo, ofendida de un viento entero, constituido en la Buxola desde el griego levante hasta el Maestre Tramontana; de los demas tiempos es abrigo, medianamente fondable y con buen surgidero. Entra en ella el rio que nace de la ciudad á distancia de quinientos pasos, y corre una pica apartado de su muralla. Era célebre Orán por la contratacion de Europa, y libre en las guerras de los benimerines, reyes de Fez, con los de Tremecen, y la riqueza que los ánimos crece para descrecer las más veces hizo armar fustas, y el robo que los españoles la conquistasen reinando la reina doña Juana y gobernando el Rey Católico su padre. En el año mil y quinientos y nueve ganó á Oran el cardenal arzobispo de Toledo fray Francisco Ximenez de Cisneros, franciscano bien dotado y de ánimo y partes de buen gobernador. Para conservar y defender la fortificacion fundó Diego de Vera el castillo de Arrezalcazar al Levante, en la cordillera que viene sobre el rio trecientos pasos de la puerta de Canastel, en el sitio mas alto que la ciudad, ecetado el Gibel, correspondiente con la Roqueta cuatrocientos pasos del nacimiento del agua. La poblacion sustentaba el enemigo como en las colonias romanas, griegas y cartaginesas, para oprimir y reprimir con la guerra en su casa (que desto sirven las plazas de Berbería) con las cavalgadas y entradas contra los inquietadores rebeldes, y dan reputacion á sus armas, sustento á los presidios y disciplina tan regular, que en ciento y veinte años no hubo desobediencia señalada. Los moros de paz dan sus frutos forzados con esclavitud de sus hijos y mujeres, para cuyo rescate, que sacan necesariamente de su labranza y crianza, porque no tienen oro ni plata, se acercan á Orán como amigos, y no lo son en rescatando ni áun de los moros; con el nombre de cautivos se aseguran, y sin él son maltratados de los de Tremecen y Mostagan. Castígalos la colonia de Orán; aquieta la tierra con

cavalgadas para el sustento propio y hacienda del Rey, y en cavalgar docientos soldados, y conviértense fácilmente los muchachos y mujeres cautivas á la santa fe católica. Por esto los moros procuraron recuperar diversas veces á Orán con ayuda de los de Argel, Fez, Tremecen, para quitar de sí el ordinario yugo.

Habiendo de escribir de aquí adelante muchas jornadas que los capitanes de España y los de Africa hicieron con vária fortuna en ella, daré breve noticia de lo más conveniente en la descripcion desta parte del mundo, ménos pisada hoy de los de Europa que antiguamente. Divídela el Mediterráneo de la Europa; cíñela en gran parte el Océano Ocidental, y el mar Roxo hasta el estrecho de Egipto ó paso de Hierro, y el más oriental brazo del Nilo que vierte frontero de Cipro isla. Los hijos y nietos de Chan, hijo maldito de Noé, poblaron lo oriental della, y por esto los llamaron jarquis, y xiloes á los que pasando edades poblaron lo ocidental con Ali Melic y Furque árabe, que truxo estos cinco tribus ó cebeilas, pueblos sabeyos decendientes del idólatra Ismael, hijo de Abraham, de Cinhagia, Muza Muda, Ceneta, Novara y Gumera, llamados árabes primeros en Africa. Dellos proceden seiscientos linajes de bereberes nobles, y todos los reyes casi diferentes en la vida, opinion de la secta y lengua, aunque sus escritores siguen la Quelleha Abimalic del inventor de su gramática así nombrada. Mas la Berberisca es llamada Xilha, Bereberes, Cenetia, casi una, y difieren en la pronunciacion y sinificacion de muchos vocablos. Contiene las provincias de la Nicena, Numidia, Zahara, Beled Ala Abid, Erif, Garet, Curtz, y la Berbería ó Barbaría más principal por su temperamento, poblacion, fertilidad. Fue dividida en dos Mauritanias así nombradas de mauroforo, ó moreno color de sus habitadores: la Tingitania ó Tingitense ocidental de la ciudad antiquísima de Tingi, hoy Tanjar, edificada por Anatheo en la provincia del Habar, de quien es metrópoli; la cesariense por la ciudad de Yol Cesarea, que dicen algunos es Argel, célebre por su grandeza y destruicion memorable por los alárabes mahometanos. Esta division hizo el emperador Calígula cuando quitó las Mauritanias á un hijo de Juba y de Silene, hija de Marco Antonio y de Cleopatra, reina de Egipto, diciendo era bisnieto de Marco Antonio, nieto de Antonia, su hija mayor, que parió de Druso Germánico, alnado de Augusto, padre de Calígula. Era Juba hijo del gran Juba, hijo de Bocho, rey de Mauritania, y casóle Augusto con Silene, y les dió en dote las provincias que fueron de su padre. Mostráronsele agradecido; en su adulacion y memoria edificó á Cesarea, que hoy muestra sus ruinas, fue entre las Caximas y Argel. Contiene la Cesariense los reinos de Tremecen, Túnez, Libia Marmarica y Cirenáica ó Pentépolis. Comienza lo que ciñe desde la sierra Aidvacal, comprehendiendo á Sus, costeando el Océano ocidental, y revolviendo sobre el Hercúleo, hasta salir del estrecho de Gibraltar, y por

el Mediterráneo llega á los confines de Alexandría de Egipto, desde donde el Atlante ó sierra mayor al mediodía por ochocientas leguas la atraviesa, y á Numidia hasta Jubel, junto á Meffa ó Aidvacal, ciudad muy populosa y rica. Los pobladores primeros vivian gobernados por Xeques pastando ganados, mas sus diferencias sobre los pastos introduxeron la division, guerra, sujecion, murallas, monarquía. Ocuparon los romanos á Africa, destruida Cartago, y en su imperio recibió la ley de Jesucristo, que inficionaron los godos arrianos cuando la sujetaron ayudados de los cenetes. Despues de la muerte de Mahoma fueron en la Arabia halifas ó sucesores Abubequer, Odman, Omar y Alí, á quien mató su capitan Mohabia Abenhumeya en el año de seiscientos y cincuenta y nueve de Jesucristo N. S. Este en Damasco en sínodo concilió sesenta y ocho opiniones con que discordaban sus gentes sacadas de cuatro sectas, que los halifas inventaron para ganar séquito, y dió el nombre de Alcorán, recopilacion y letura, y la introduxo en Africa con ochenta mil combatientes que llevó su capitan Occuba Ben Nasic. Por las discordias entre los africanos, romanos y godos venció, y en memoria edificó la ciudad del Carban, que hoy es cabeza de reino en Berbería, donde los llaman hègez, que es advenedizos alarabes mahometanos de Alí, árabe sucesor más religioso de Mahoma, cuyos vasallos eran cuando tiranizó Moabia. Prosiguiendo su gran conquista, ocuparon mucha parte con estragos y desolacion de ciudades, extinguiendo el nombre y monumentos romanos y góticos en Africa y en España que despues subyugaron. Declinaron por sus tiranías causadas de no tener sus halifas presentes. Estableció reino el primero natural Abutexifier del tribu de Cinhagia y de la ciudad de Gergal, donde vive el Cotb, cabeza de los morabitos, con nombre de Amir Momin, que es capitan de sus católicos en la ciudad de Agmet; y los de Muzamuda y Ceneta tuvieron reinos, especialmente en Tremecen, donde los del linaje de Magoroa con nombre de adulvares reinaron, hasta que los romanos los expelieron y los godos y mahometanos, y despues tributario de los almoadas Guzan Abenceyen Adulvari, hasta que le mató un beniceyen, que tiranizó en la declinacion de los reyes de Marruecos, perdida la gran batalla de las Navas de Tolosa en España, digna de memoria inacabable, y gozaron felizmente á Tremecen ó Tesilene con nombre de beniceyenes ciento y ventiun años, pero ménos poderosos sujetado Orán por los españoles y por sus guerras civiles. Y así Barbarroxa, traido por Buhazon contra Abu Amur su tio, ocupó á Tremecen, y el emperador Cárlos V le restituyó con muerte de Barbarroxa. Pero Heyraden su hermano le recuperó, y despues el Conde de Alcaudete, y puso en Tremecen á Abu Abdalá. Expelióle Selarraiz, virey de Argel, que venció á Abdarramahan y á Cader Abdalá, hijos del Jarife rey de Fez, y metió en el reino á Buazon ó Abuqueno, como diximos. Dió cuidado al Conde su poder y reputacion, y lo escribió

BIBLIOTECA NACIONAL

al Emperador, y convenir mucho la conquista de Argel, distante sesenta leguas de Orán, para la seguridad de las cosas de España y de Italia, y para esto ganar á Mostagan, plaza de armas en tal conquista, y las de Tremecen y Fez á los turcos. Sitióla con poco efeto, y persuadia su ocupacion (como adelante se verá) despues que sitiaron á Orán los de Argel. Salerraiz por la misma razon de guerra queria retener á Mostagan y conquistar á Orán. Pidió ayuda á los alarabes, ramo de Uled Ethegia, que andan en los llanos de Tremecen, hácia el Mediterráneo; hizo municiones, armó baxeles de cosarios y metió en ellos cuatro mil turcos, y con treinta vasos mayores y menores, porque habia peste en Argel, salió á recebir las galeras de Constantinopla, que llegaron á Bona, como él habia pedido, para encubrir sus intentos. En el cabo de Metafuz, doce millas de Argel, en veinticuatro horas le mató una landre y libró á Orán. Fue moro de Alexandría animoso, venturoso y criado en la guerra, desde que Selin ganó al Egipto en el año mil y quinientos y decisiete á los mamelucos de la sangre de los circasos feroces. Siguió las banderas de Barbarroxa en Berbería y siendo general del mar; y á su instancia Soliman le envió por Virey en el año mil y quinientos y cincuenta y dos. La armada fué á Argel, y los leventes y genízaros, juntada aduana ó consejo, aclamaron por capitan y gobernador á Hascen Corzo chaya ó mayordomo privado y Belerbey de Salerrayz. Avisaron de todo á Soliman y de su viaje á Orán con Aluch Alí, renegado calabrés que navegó con una galeota. Hascen Corzo partió por tierra contra Orán, y ántes de llegar á Mostagan recogió diez mil caballos y treinta mil peones alárabes convocados de su antecesor. Halló la armada en Mostagan, y en desembarcar gente, máquinas, treinta cañones, disponer la buena forma del marchar el exército, gastó algunos dias. El Conde de Alcaudete, avisado tarde (porque Salerrayz dixo iba sobre Túnez) se previno con ménos priesa, y esperó con dos mil soldados á los turcos. Atendados sobre la ciudad ganaron la torre del agua, con que no lo pasaban mal, porque en dos leguas no hay otra sino de pozos en Orán. Discordaron los capitanes sobre el batir y levantar trincheas, hacer explanadas y cestones para contra un lienzo de muralla al levante y puerta de Tremecen, y al poniente en un repecho contra la alcazaba. Las surtidas y artillería del Conde herian y mataban los cercadores desvelados, cansados, amedrentados. Aluch Alí llegó á Constantinopla, y pareció á los Baxaes de la Puerta mala consideracion y exemplo la aclamacion del exército y ciudad de Argel para su gobernador en Hascen Corzo, y que no haria efeto contra Orán, y ordenaron no fuese la armada, y si partió volviese luégo. Habia pedido el Rey de Francia la enviase contra Nápoles, y aprestaba Piali, general del mar, cien galeras sin las fustas de los corsarios berberis. Y el año ántes, por mandado de Soliman, entregó ventidos galeras Salerrayz al prior de Capua, general de

venticuatro de Francia, para destruir las tierras marítimas del Emperador, que guerreaba contra el rey de Francia Enrique II. En el cerco de Orán fue mal recibido Aluch Alí de los capitanes de mar y tierra por su desprecio, y la esperanza que de ganar la ciudad tenian. Supo la princesa doña Juana la venida de los turcos por la vía y aviso de la goleta á Italia, y ordenó al príncipe Doria que, disponiendo las cosas del mar de manera que no les dañase su ausencia con la armada y la infantería alemana y española que embarcó en la Specie para reforzar el exército del Duque de Alba, partiese al socorro de Orán luégo, pues sabía lo que importó á España. El príncipe Doria, considerando conviene más conservar que conquistar, y que para sitiar á Ostia, siendo el Duque señor de la campaña, tenía caudal, fué á Génova á disponer su partida. La Princesa decia fue el primero el Duque en avisar de la venida de los turcos en Poniente, y lo habia de ser en despachar las galeras sin el mandato del Rey en caso de tan precisa necesidad. Escribió las despachase sin soldados, porque en España habia gran número, dinero, buena voluntad para hacer el socorro. Tardó en llegar el órden al príncipe Doria hasta doce de Agosto, como el Duque de Alba atendia á la conquista de Civitavieja y Ostia, en que le habian de ayudar las galeras. La Princesa cuidaba tambien, porque el Duque de Alburquerque, virey de Navarra, avisó venía Antonio de Borbon, duque de Vandoma, sobre Pamplona, y pedia refuerzo para que no le acaeciese lo que al Marqués de Cañete. Los turcos, mal de su grado, con secreto y buena ordenanza, retiradas artillería y máquinas, caminaron dexando muertos muchos en el combate y retirada por la destreza y valor de la colonia y de su buen capitan. Avisó luégo á la Princesa, y ella al príncipe Doria, y desde Lucano envió decinueve galeras á España para llevar á Italia infantería y dinero con que proseguir la guerra. Quedó el Conde de Alcaudete indinado contra los turcos y moros, y para vengarse pedia fuerzas al Consejo del Rey, y cobrar reputacion, atribuyendo á su buena defensa el desamparar los turcos la empresa; en que pudo la consideracion de los bajaes, la muerte de Selarraiz y el caso. Donde se ve cuán diferente se juzga de las causas y efetos de lo que muestra lo exterior siempre, y que opinion es por la mayor parte fortuna; no en el Conde, que fue no ménos valeroso caballero que ecelente capitan en Africa con efetos y vitorias en gloria de su Príncipe.

CAPÍTULO XI.

Viaje del Emperador á España y entrada en Valladolid.

Estando el emperador Cárlos V Máximo en Suchburg, de la isla de Holanda, para navegar á España á los treinta y siete años, dos meses y venticuatro dias de su imperio por muerte de Maximiliano I, su abuelo, en acto público le renunció en su hermano D. Fernando, rey de romanos, á los siete de Setiembre de mil y quinientos y cincuenta y seis. Envióle corona, manto, cetro, su despojo, con el príncipe Doranges y Wolfango Haller, secretario imperial. Navegó luégo gozando del buen tiempo: y porque el rey Filipe pedia servicio á los Países Baxos y no le concedian los Estados generales, no quiso asistir á vencer esta dificultad, pues no teniendo buena salida del pedir dinero hay desconfianzas entre los vasallos y el señor. Llegó favorablemente á Laredo, y la Princesa envió dinero, y á su recebimiento el Obispo de Salamanca, un alcalde de Córte, aposentadores y personas que dispusieron el viaje. En Búrgos le recibió el Condestable por su cortesía y buena voluntad y Gutierre Lopez de Padilla por el Rey le dió el parabien, y ofreció, como Contador mayor, todo lo que de la Hacienda Real templadamente D. Cárlos le pidiese. Admiróle cuán pocos señores y ricos hombres le visitaron en el camino y entrada; porque las cosas de los Príncipes son tenidas en lo que pueden dar, y él venía despojado por sí mismo. Entró en Valladolid á veinte de Otubre sin recebimiento, remitido para sus hermanas. Apeóse en la casa del Conde de Mélito, y en la escalera le recibió la Princesa con el príncipe D. Cárlos. En el siguiente dia entraron las Reinas, y mal logróse el acompañamiento de los Consejos, Cabildos, Universidad, que no las encontraron como el príncipe D. Cárlos, el Condestable, el Almirante, el Conde de Benavente y los Duques de Najara y Sesa, los Marqueses de Astorga, Denia, Berlanga, los Condes de Siruela y Luna. En el patio las recibió doña Juana y les dió de cenar, no con la templanza de Princesa de Portugal; y en sus retretes hallaron muchos guantes de ámbar, pastillas y toalletas ricas. Quitáronle las tocas negras y las leonadas á sus damas; hubo festines en Palacio, templando la escrupulosa clausura, y la sobrina se alentó viendo las tias con solaces, músicas, banquetes á la borgoñona y flamenca, como solian, entretenidas para sentir ménos la vejez. Besaron la mano al Emperador los consejeros por su precedencia; mas sólo con el secretario Juan Vazquez de Molina, hombre del buen tiempo, reposado, considerado, habló en puridad

espacio largo muchas veces. Hallábase reparado de la gota y de sus achaques, de manera que no atendia ya con cuidado á su curacion. Reprehendió al Príncipe, su nieto, su poca mesura y mucha desenvoltura con que vivia y trataba con su tia, y encomendóla su correccion, diciendo era en lo que más podia obligar á todos. Estaba el defeto en la naturaleza y educacion, y por esto y por haber peste en Búrgos mandó le retirasen en Tordesillas, fatal morada para los Príncipes de mal humor. Partió para el monasterio de San Justo y Pastor, de la órden de San Jerónimo, puesto en la Vera de Placencia, de buen clima, templado aire, sereno cielo, alegre suelo para su conservacion, consuelo y reparo de sus dolencias. En Jarandilla, ameno lugar del Conde de Oropesa, esperó treinta dias treinta mil escudos con que pagar y despedir sus criados, que llegaron con tarda provision y mano; terrible tentacion, escarmiento para no dar todo su haber ántes de la muerte, si ya no prosiguió por allí al grado de mayor merecimiento y perfecion en que murió. No quiso que morasen en Placencia las Reinas, por no tener sus importunidades tan cerca. Despues, habiendo largamente variado en la eleccion de lugar para su habitacion, la hicieron de Guadalajara, con resentimiento y contienda con el Duque del Infantado, sobre no darles su palacio para su morada. Estaban tan absolutas que habiendo puesto en prision por delito á un criado de la reina María el Alcalde de Córte Durango, le hizo prender á él con gran enojo. Y decian los cortesanos que si el Rey les daba tanta mano, causarian harto ruido en estos reinos. No se acordaba Madama de lo mucho que se quexó al Emperador en Bruseles, de que D. Filipe, siendo príncipe en el año mil y quinientos y cincuenta, sacó de la cárcel un criado suyo, acusando al sobrino de quebrantador de los placartes de Flandres; de modo que para quietalla le dixo el Emperador: «Filipe lo hizo, que es Cheff de nuy ebuy.» Era mucha la costa en sustentar seis personas reales, habiendo tan poco dinero, y pidiendo tanto número el Rey al Consejo de la Hacienda. El de Estado respondia:

«No se alterase por lo que emprendieron los Pontífices en los años ántes, »queriendo que les diese á Florencia el Emperador, y se la dió: no inten»taron lo que al presente, porque echaron mano de Parma y Piacenza. No »se movian los Estados tan poderosos por cosas pequeñas, tocasen á quien »tocasen, pues el Rey podia enriquecer á Marco Antonio Colona y sus »hijos y sustenelle para su tiempo: y era honra hacer los efetos cuando se »podia, y no emprender lo dificultoso, y que tendria remedio y mejora bre»vemente muriendo el Pontífice, de ochenta y dos años, y sucediendo otro »con quien se negociára la restitucion de los Colonas. Si se disponian mal »sus cosas, sería todo amagos como otras veces en el propio caso. No se »debia atender á lamentaciones, sino agradar á Paulo, porque la cruzada »y subsidio concediese. Tomó las tierras de Paliano el Farnese, y no las

»fortificó, porque se lo rogó el Emperador, y pidiendo al Carrafa lo mis»mo, no las fortificará, ó por el terror del Concilio, sin llegar á romper. »Y si no quisiere, no le convenia la guerra ausente de España, que le habia »de dar fuerzas y consejo y á las demas provincias unidas á ella. No se »olvidaban de las dificultades y conjuras de Inglaterra, regalos y sitio de »Flandres, necesidades, deslealtades, mala voluntad de Italia; mas se ante»ponian el señorío, negocios grandes y general reputacion.» Poca habia en este parecer, ménos piedad y mucho deseo de descanso.

CAPÍTULO XI.

Hace el Duque de Alba la guerra en Campania.

El cardenal Carrafa (aunque enfermo) por aliviar al Pontífice, que le llamaba con gran ahinco y priesa, se embarcó en Marsella con Pedro Estrozzi con mil y quinientos provenzales y algunos nobles, y Paulo Jordan Ursino en ventitres galeras de Francia. Pirro de Lofredo conforme al término limitado que para volver al Duque tenía, luégo procuró hacer su embaxada; mas Paulo esperando la llegada de las galeras de Francia, le entretuvo con promesa de oirle en el Consistorio. El Duque de Alba partió á primero de Setiembre para San German acompañado de muchos gentilhombres del reino, que á su costa iban á servir, y los obligaba admitidos á los consejos. Dando órden en lo que habia menester para la jornada halló en la muestra del exército cuatro mil españoles expertos, ocho mil napolitanos, seis estandartes de gente de armas, mil y quinientos caballos ligeros, doce piezas de artillería. En Ponte Corbo junto al rio Garellano, tierra de la Iglesia, aloxaron y pagaron las viandas. Envió el Duque á Don García de Toledo con la infantería española y alguna caballería ligera sobre Frosolon, donde asistia Julio Ursino con cuatro compañías de italianos del Duque de Paliano, importante, al que le ocupó en otro tiempo. Salió de noche la guarnicion avisada por sus espías, porque no podian defenderse, y rindióse, y Castro y algunos lugares murados de Marco Antonio Colona, donde hallaron bastimentos y municiones. Recibíalos el Duque para el Sacro Colegio y venidero Pontífice, para discordar los presentes. Determinó ocupar á Agnani, donde habia vitualla cerca de Paliano, camino de Roma, sin presidio. El cardenal Carrafa condenaba por ello á Camilo Ursino que gobernó la guerra en su ausencia, y envió ochocientos infantes con el capitan Torcuato Conte á la villa; y los naturales comenzaron á fortificarse para su ruina; sin esto habian resuelto entregarse á

partido. Acometidos con tal presteza y fuerzas tantas fuera de su opinion en su casa, con turbacion y cuidado los Carrafas, porque no tenian tiempo para prevenirse y fortificarse, mal se aconsejaban y prevenian. Para guerrear contra un Rey de España y de Inglaterra y Flandres no debian tener del todo su poder en esperanzas de otros. El Pontífice con sumo predominio de cólera dixo palabras en reprehension y amenaza del Duque, porque no habiendo respondido á Pirro de Lofredo le acometió. Pues su embaxada fue estratagema de enemigo, metiesen á Pirro en el castillo. Desembarazando la campaña en tanto que se disponia el camino para llevar la artillería y máquinas al combate de Agnani, ocupó D. García de Toledo á Veruli con los españoles y prision de los capitanes Lorenzo de Perugia y Barcelo de Fabriano, y Vespasiano Gonzaga con los italianos á Bauco, rompiendo y prendiendo al capitan Tomás de Camerino y Juan Guasconi fiorentino. Diéronse á concierto Piperno, Terrazina, Fiumine, Acuto, Alatro, y bastecian el exército y los que venian del reino por allí. Contra Agnani pusieron la artillería en alto, el alojamiento en llano para la infantería y parte de la caballería; la otra tomó cuartel en la vía de Acuto y Roma, asegurando la campaña y quitando el socorro. El Duque encomendó la batería del poniente junto á San Pedro monasterio de monjas á D. García de Toledo. Hechas explanadas en una eminencia con dos medias culebrinas y cuatro cañones abrió la muralla, y Vespasiano Gonzaga por la parte del monasterio de San Francisco con tres cañones un lienzo de muchos pasos. Los italianos no exercitados arremetieron á la batería difícil, y fueron rebotados de los defensores por la profundidad del foso, altura del muro, no haber hecho terrero las ruinas para subir pié á pié á lo alto. No esperando socorro y temiendo asalto general con evidente peligro Torcuato Conte, á quince de Setiembre con la lobreguez de una noche con tan gran aguacero, que forzó á enviar el Duque la caballería á Valmonton y Monte Fortino, huyó por la montaña y salvó la guarnicion y ciudadanos en Paliano, Tívoli, Roma, dexando su patria y bienes por haber tenido defensa, pues sin ella se rindieran como Frosolon con buenas condiciones. Reconociendo los soldados con el dia la tierra sin defensores la entraron. Quedó el Duque en Agnani, porque no podia marchar pié, ni ser movido carro ni artillería por los pantanos. Llegó el Conde de Populo y alojó su caballería en Genazano y Cuni. Dolió esta pérdida mucho á Paulo, y viendo algunos de Agnani, de quien se informó del suceso, dixo palabras contra el Rey indignas de ambas majestades, y las últimas habia de echar los españoles de Italia, aunque muriese en la demanda. Congoxábase, confundíase con impaciencia insuperable, porque decian, que para la guerra ni tenía dineros ni fuerzas ni consejo, sólo indignacion tenía, cólera, ódio contra la casa de Austria, cuyo vasallo era, y su familia extinguiria y su nombre si moria un viejo de más de ochenta años que debia reposar y gozar en buenas ho-

ras su pontificado, procurado tantas veces, y al fin premió sus virtudes, no para causar inquietud y derramamiento de sangre cristiana, y de todo en juicio riguroso daria cuenta brevemente á Dios. Hiciese la paz con ganancia y reputacion, como le pedian los venecianos y potentados, y le ofrecia D. Filipe, y de honrar y engrandecer sus Carrafas. No fiase tanto en ligas de extranjeros á su interes encaminadas; pues si como era cierto, el Rey Católico movia la guerra por Inglaterra y Flandres, cesaria el ayudalle los franceses forzosamente. Un rey mozo, brioso, nuevamente heredado, haria notable su entrada á reinar con principio de fama y nombre célebre; y ayudado del consejo del Emperador y fuerzas de los alemanes era poderoso. Se concertase con buenas condiciones, salva la soberanía de la dignidad pontifical. Quejóse en consistorio del Duque, volvió al castillo á Camilo Colona, al arzobispo Colona, á Julian Cesarino. Representó la confusion de Roma, con la cercanía del exército enemigo temerosa del saco del año mil y quinientos y ventisiete. Los cardenales amigos y servidores del Pontífice le suplicaron mirase por todos; pues ya que su persona no peligrase, ni fuese ofendida entrada Roma, por la reverencia de imperio y santidad de oficio, ellos podrian recibir daño y los romanos como otras veces. Tenía en diferentes puestos diez mil infantes, setecientos caballos ligeros, dos mil gascones exercitados el Cardenal Carrafa; y si los opusiera en un cuerpo al Duque, pues estaba enfermo Pedro Estrozzi y quitó el baston á su hermano, no errára fortificando á Roma, cuando defender la campaña y picar al enemigo debia, repelalle, rompelle las escoltas, desalojalle, impedille, para que gastase inútilmente el tiempo y expensas. A una armada de cien galeras treinta bien en órden si la cargan no la dexan desunir, porque no la corten, ni hacer facion de importancia: si combaten se alargan superiores en la ligereza y libertad á la armada, por no desamparar lo flaco, más cuanto es mayor. De la mala voluntad y ódio contra los príncipes de la casa de Austria el Pontífice hacia cada hora perjudiciales demostraciones. Ferdinando, rey de Romanos, recibió la renunciacion del Imperio que hizo en él Cárlos V su hermano, y fué á Franchfort con el Príncipe de Orange y Wolfango Haller, secretario imperial, y pasó con los electores á Aquisgran. Avisó á Paulo IV trataba de su coronacion conforme á la Bula Aurea del Pontífice Martino V. No admitió Paulo su Embajador como de Emperador, diciendo:

«No ser legítimo por electores sectarios, y así no le competia el verda»dero título por esto y porque daba tributo al señor de los turcos por el »reino de Hungría de treinta mil escudos al año no concedido de Empera»dor, como indigno de tan soberana dignidad. Ni pudo renunciarla Cárlos »conforme á derecho canónico, sino en sus manos, de quien los hombres »recibian la corona como él del mismo Dios.»

No consideraba que hay diferencia entre pension y tributo, que dice va-

sallaje, y que el Emperador no le juraba, prometia ni daba en señal de homenaje sino la pension por el beneficio de la paz.

CAPÍTULO XII.

Los capitanes del Pontífice fortifican á Roma y tratan que el pueblo acuda á ello.

En la ausencia del cardenal Carrafa comenzó Julio Ursino á fortificar á Roma, reparar muros, meter bastimentos, derribar suntuosos palacios, talar deleitosos jardines, asolar el monasterio del Pópulo, dañando en millon y medio de escudos. Ciñó el castillo de Santángel con terrapleno y cinco bastiones para tener dentro dos mil infantes en su defensa; resolvió hacer la ciudad fortaleza para la defensa general, cosa agradable, y para ganar la gracia y favor del pueblo si fueran los principios y causas virtuosas; pero con la memoria de sus vidas pasadas y ambiciones presentes, se recebian por viles y afrentosas, indignas de la majestad del pontificado, áun del vulgo vacío de cuidados generosos y sin conocimiento de la mentira á la verdad de la Córte, enseñada en adulaciones y á interpretar y pasquinar los sucesos contínuamente con agudeza y malicia por antigua costumbre de todo el mundo. A los ciudadanos y extranjeros atemorizó esto, y concurrian á Camilo Ursino creyendo estaba el enemigo con ellos. En Campidolio exhortó al pueblo á la comun defensa, fortificarse, hacerse formidable á los que ahora y en lo venidero tentasen contra la santa ciudad. Hecho concejo abierto con várias propuestas y pareceres diversos, volviendo largamente á la memoria tantos daños recebidos, y últimamente de Borbon francés por no estar fuertes, decian muchos:

«Era conveniente la fortificacion de la ciudad, pues las que no la tienen »están sujetas á la entrega de cada uno, y la vida de los habitadores á »voluntad del conquistador, y le dan ocasion si desea ocupallas, siendo »cebo el saco de los soldados y enemigos voluntarios de los desarmados. »La seguridad general juntó las comunidades, y el defenderse de los más »fuertes los ménos y en número, las murallas en amparo de los bienes, »mujeres, niños, viejos, enfermos, impedidos. Decir que los hombres »harian de sus fuertes brazos los muros y serian más valientes puede ser, »mas no la cuarta parte de los asaltadores, ni podrán (por valerosos que »sean) hacer largo tiempo resistencia sin muros ni vencer los que fueren »más poderosos. Por esto nuestros romanos primeros fortificaron su pobla»cion para guardar su pueblo valiente y guerrero, y antiguamente los per-

»sas, egipcios, griegos, latinos, galos y los tártaros, de cien años á esta »parte, pusieron en toda fortaleza sus provincias numerosas de gente. Cons- »tantinopla por ellas sufrió el cerco del turco Bayaceto ocho años, y hasta »que los tártaros en su socorro deshicieron el exército de los turcos, y siete »se le defendió la ciudad de Mena, consumiéndole tambien; y la de Metz »de Lorena al emperador Cárlos V, hasta que apretado su campo del frio, »hambre, enfermedad, se retiró dexando la Francia libre del peligro inmi- »nente. No habiendo resistido ni un solo dia las ciudades sitiadas por Ale- »xandro Magno, la de Tiro se le defendió por tener fuertes muros siete »meses, y en tanto el rey de Persia se previno contra el agresor. Los saxo- »nes, vencida una batalla contra los bretones, subyugaron á Inglaterra por »no tener castillos ni ciudades fuertes donde asegurarse y afirmarse, y los »daneses por la misma causa la señorearon y Guillelmo el Conquistador; »y por las diferencias entre las familias de Lencastro y Hiorch en seis me- »ses la ocuparon Enrique VI y Eduardo IV, quitándosele á éste, y el Con- »de de Varvich á él, y al Conde de Glocestre el Conde de Riquemont. Otros »decian era Roma patria general del universo, donde fue creado el Impe- »rio y el Sacerdocio aumentado en grado supremo, madre y albergadora »de los extraños, conservadora de libertad inviolable, y no debia ser forti- »ficada. En edades pasadas, no lo siendo mucho, se defendió de todo el »mundo, alargó el imperio hasta los fines de la tierra; ahora con la paz y »con la santa dotrina y exemplo de la Iglesia, como cabeza y maestra de »todas las gentes, ménos debia fortificarse por no caer de su antigua liber- »tad, de que habia quedado la sombra, y no dar ánimo á poderoso para »conquistalla y oprimir la Sede Apostólica y á ellos juntamente, y de aco- »gida universal hacerla roca. Fortificada, tendria gasto inmenso en defen- »della, temor de no vivir en paz, ser hurtada por engaño; habria nuevas »cargas que no se quitarian jamas y destruicion de toda la nobleza romana; »no siendo fuerte, se recuperaria si fuese ocupada. A Piacenza, sin fortifi- »car, nadie la robó; fortificada, Cárlos V la tomó y mantuvo. Los señores »de la campaña eran de las murallas, y se establecen en la provincia; pues »vencido Perseo, rey de Macedonia, de Paulo Emilio, romano, se le rin- »dieron las fortalezas, y las presidió; y despues de la jornada de Mariñan »se rindió todo el milanés al rey Francisco de Francia, y preso en Pavía »perdió lo que poseia en Italia. Las fortalezas fueron castigo de villanos y »de tiranos nido, dando ocasion á serlo sus poseedores, y á los súbditos de »ser cobardes, y contra ellos rebeldes y sediciosos entre sí. Por esto los ro- »manos arrasaron á Numancia, Cartago, Corintio, y el rey de Túnez á »Telese; y Filipe el Menor tenía por grillos de la Grecia á Calcide, De- »metriade y Corinto. Las ciudades que no pueden sufrir cerco largo despi- »den al enemigo con dinero, sin afrenta, como París y Fez. Huyendo la »infamia de los que pudiendo resistir se compusieron con el cercador, y de

»los que por obstinacion, fiando en sus fortalezas, comieron hasta los hijos, »como los de Sagunto, y fue asolada de Aníbal; Aténas, de Sila; Jerusalen, »de Vespasiano. La fortaleza de Roma habia de ser de Dios, con que Leon I »retuvo á Atila; Pelagio á Totila, que la querian arruinar y extinguir su »nombre conservado por la santidad de los Pontífices.»

Acordaron se reparasen los muros y puestos convenientes para su defensa, metiesen dentro las vituallas de las aldeas cercanas. Hicieron cabeza del pueblo á Alexandro Colona de Palestrina, en que habia siete mil con buenas armas. Ordenaron acudiesen los capitanes en tocando arma á Campidolio para ir donde llamase la necesidad á la plaza de Termini, á Santo Sabahot, á San Juan Laterano. A Mos de Lansac se encomendó la guardia de las puertas del Pópulo y Pinciana con mil gascones; al duque de Paliano la Solara y de Santa Agnese, dicha colina antiguamente, con un regimiento de tudescos; á Paulo Jordan Ursino la de San Lorenzo y la Maggiore con seis compañías de italianos; al cardenal Carrafa la de San Sebastian y Latina con buen golpe de gente; á Mos de Monluc la de San Pablo, todo el monte Testacio con el resto de los gascones; á Aurelio Fregoso la Transtiberina con mil y quinientos de Urbino; á Camilo Ursino el burgo de San Pedro y la ribera hácia el castillo. Con buen ánimo esperaban al Duque, que no intentó entrar á Roma, pues truxera mayor exército como pudiera, con que si llegára de improviso á sus muros la entrára, estando en mayor peligro de los soldados de dentro, deseosos de saquear el pueblo, como trataban y mostraban sus insolencias con resentimiento de los romanos y desprecio de ser mandados de clérigos por su poca experiencia y usurpar oficio indigno de los que son ministros de paz entre Dios y los hombres; y tanto más porque las cabezas, más por huir de la furia de Paulo y necesidad de su salud que de voluntad, le servian. En cada hora hacian consejos inútiles el Cardenal y los de su parte con los franceses, en la posada de Pedro Estrozzi enfermo. Quexábase Monluc y Lansac del Cardenal, porque las provisiones no eran como á su Rey prometieron. Enviaron á los presidios del Senés por dos compañías de alemanes, soldados viejos, y á Bartolomé del Monte á Parma por sesenta caballos y otros de la Mirandola. El cardenal Carrafa escribió al obispo de Terracina, nuncio en los zuiceros, aviase los tres mil que mandó asoldar Paulo; les dixese ayudasen á la Iglesia como siempre, pues les dió en su honor y reverencia título de sus auxiliadores, y las llaves de San Pedro por empresa para sus banderas y escudos. El Pontífice solicitaba los venecianos y potentados á guerrear contra los ocupadores del Estado eclesiástico. Pedia favor al Rey de Francia, como á cristianísimo y decendiente de los príncipes gloriosos que en defensa de la Santa Iglesia no rehusaron ni excusaron gasto ni trabajo ni la muerte, mostrando la necesidad en que se hallaba, donde no era bien le faltase la ayuda que tocaba más á la corona de Francia darle que á otra. Tasó los

bienes de cada vecino dentro y fuera de Roma, para que pagasen uno por ciento de su valor á la Cámara apostólica; quitóles la mayor parte del trigo; proveia oficios y beneficios por dinero, con que juntó alguna cantidad. Salian mercaderes de Roma llenos de espanto, y otras personas de consideracion por la fuerza del enemigo y mudanza del tiempo, aunque vian reedificar murallas, alzar torres viejas, levantar trincheas, fortificar puertas. Despues de las ruinas de Roma por las naciones que con inhumana fiereza domaron la señora del mundo, Belisario, capitan del emperador de Constantinopla Justiniano, reedificó los muros, y Adriano I, pontífice, los restauró por la vejez arruinados. Leon III, para impedir que navegando el Tíber no dañasen la ciudad, edificó quince torres en torno della, ciñó el Vaticano de muralla, y le llamó la ciudad Leonina. Nicolao IV cercó á Belveder; Paulo III comenzó á ceñir el Burgo de fuerte fábrica; porque siendo Roma en su oriente deshabitada y la muralla léxos, y no pudiéndose fortificar bien de aquella parte, ni defender con poca gente, tuviese el pueblo refugio donde entretenerse. Pío IV le acabó, y con el castillo pareció estar en defensa; porque no siendo en extremo del Estado ni frontera de enemigos habia de hallarse más segura que fuerte, y la seguridad consistia en tener léxos el peligro por la fortificacion de los extremos y de los pasos. La ciudad, cabeza en el centro del señorío, si es fuerte, quita el ánimo á su cuerpo, la reputacion al Príncipe, pareciendo desconfia de mantenerle y piensa salvarse en el corazon. Salvando los extremos, sálvase el medio, no al contrario; fortificándolos se fortifica para tener al enemigo á lo largo, y el medio los ha de fortalecer con hombres, armas, dineros, órdenes, vituallas, municiones, que hacen mejor las ciudades ménos fortificadas por la necesidad de su defensa. Las del extremo del Estado cabeza y no corazon tienen fuertes y armas. El señorío de la Iglesia casi está en el medio de Italia, entre el Adriático en la Marca y Romanía y el Tirreno; sus playas, mal seguras á los navegantes y mal aire de la costa, no dejan con fuerzas grandes ser asaltado. Son los habitadores toscanos, latinos, romanos, romagnolos, marquianeses, umbríos, y muchos en número aptos para la guerra; sus capitanes de gran nombre metieron en jornadas diversas veinte mil infantes y dos mil y quinientos caballos naturales, con que hicieron rostro los Sumos Pontífices á poderosos Reyes y Emperadores. La verdadera fortificacion de Roma es mantener el Pontífice su reputacion de padre universal; no romper con algunos, porque asegurando á los Príncipes será seguro y le servirán, pues en las necesidades á todos paternalmente ha socorrido. Y así no les está bien que desfallezca creciendo otro Príncipe poderoso por sí mismo. Con autoridad infinita es cabeza de la religion, señor de las rentas eclesiásticas, juez supremo del universo; ha dado, sin quitar á sí mismo, dignidades á la alteza real iguales, sin bajar su eminencia y grandeza de su principado. Con que ninguno es más res-

petado de los vecinos, reverenciado de los apartados; el serville trae honor, y el obedecelle gloria á los Príncipes mayor cuanto mayores.

CAPÍTULO XIII.

Tratan los ministros del Pontífice de la paz, y sin efeto; y el Duque de Alba prosigue la guerra.

Por los continuos ruegos del Sacro Colegio y voces del pueblo congoxado con el miedo algun tanto se inclinó el Pontífice á la paz, y cometió á seis Cardenales el saber qué pretendia el Duque de Alba. Enviaron al padre fray Tomás Manrique, dominicano, maestro del Sacro Palacio, con las cartas para el Duque, del cardenal de Santiago, su tio. Decia:

«No mostrase ánimo cruel contra la santa ciudad con el Pontífice reve»renciable.» Y el Duque respondió: «Tomó las armas en nombre de su »Rey necesitado de amparar su dignidad menospreciada y ofendida, por la »seguridad de sus Estados, declarado Su Santidad en su contra y enemigo »ligado con el rey de Francia, cuyos capitanes y soldados tenía en su casa »siempre al Rey Católico sospechosos. Buscando su exército este seguro »llegó hasta allí; y cuando le tuviese luégo dexaria las armas, porque la in»tencion de su Rey y la suya era de obedecer, reverenciar y adorar á su »Pontífice.»

Con esta respuesta envió con fray Tomás Manrique á D. Francisco Pacheco, hermano del marqués de Cerralbo, que despues fue Cardenal. Luégo como llegaron á Roma, parecieron casi á las puertas quinientos caballos con que Marco Antonio Colona corria los campos, y llevó mucho ganado y prisioneros, con que atemorizó la gente tanto que si el exército llegára, y siendo más en número, la entrára fácilmente; mas el Duque pretendia reducir á Paulo solamente á la paz y con buenos medios. Los Carrafas y los franceses no la admitian, procurando alargar la guerra esperando su exército. Los Cardenales convinieron en verse con el Duque en Grota Ferrata, abadía entre Frascati y Mariñi, y pidieron salvo-conducto. Para estar más cercano alojó el Duque en Valmonton, rendido por Juan Baptista Conti, cuando por otros capitanes, Veletro y Tívoli, porque no convenia perder tiempo entrando ya el poco apto para guerrear; y Ascanio de la Corgna tomó á Porcillano y Ardea, habiéndose bien con los vecinos por ser vasallos del cardenal de Monte de la Abadía de San Sabé, y dexó allí buen gobernador. Dieron gran comodidad al campo, porque en Ardea puso mucha harina y bizcocho que se trujo del Abruzo y de Gaeta por la

vía de Marino y Neptuno, y en Porcillano se labraron hornos y se cocia el pan. El Duque de Soma, foragido de Nápoles, salió de Roma con peones y caballos á recuperar estos lugares; pero los españoles le retiraron con algunos muertos y heridos. Palombera no quiso recebir presidio, y Vespasiano la escaló, saqueó, guarneció con la compañía de Francisco de la Tolfa, y el de Alba á Tívoli, Frascati, Roca de Papa. Mandó dexar á los soldados los dos tercios de los criados, excusando las raciones. Previno en Abruzo bagajes para traer los bastimentos de Tallacoz y de otras tierras, conociendo sería detenido el cerco de Ostia y la ribera del Tíber estéril, y entrando el invierno se navegaria poco la mal segura playa romana para ser proveido del reino. En el dia aplazado llegó á la Abadía con cuatrocientos caballos y buena parte de arcabuceros con que asegurar el paso sospechoso de la selva del Allaro, distante de Monte Fortino muy poco, y esperó muchas horas al Cardenal. No vino recelando engaño ó porque el Pontífice no quiso, habiendo llegado algunas compañías de alemanes y caballos, y el tratar de la paz aborrecia, y esperaba que las aguas del invierno menguarian el exército y le sacarian de Campania, y sería socorrido en tanto. Pidió al Duque volviese atras para tratar con más seguridad del concierto, y entendióle era para meter su gente hasta el reino, y no fió de su intencion y trato, y más señoreando la campaña sin oposicion. Fabio Capelo, secretario de la república de Venecia, le habló en Tívoli, mas hizo inútil su negociacion la ventaja del Duque y la dureza de Paulo en no poner á Paliano en tercero. Dexó el de Alba al capitan Diego Velez fortificando á Frosolon con el ingeniero Tribucio, y en Agnani al Conde de Sarno con quinientos infantes, y caminó á Ostia, porque la gente que la habia de acometer, conforme al órden del Rey Católico, no desembarcaba Andrea Doria. Si lo acordado executára, no pasáran los franceses á Italia, porque se habia de reducir forzosamente Paulo sitiado de exército, aumentado con siete mil hombres y las dos coronelías de Nápoles, y pasára el Duque al Piemonte. El cardenal de Trento y el Marqués de Pescara, viendo las cosas con el Pontífice en guerra abierta ayudado del Rey de Francia, temiendo que sin respeto á la tregua baxaria á lo llano su exército en socorro de sus amigos, detuvo su gente hasta que por órden del Rey apretada obedeció al Duque, verdadero gobernador de Milan, porque no le reconocian superioridad con perjuicio del servicio de su Príncipe. El Doria no llevó la gente que embarcó en la Specie, porque se aprestó para el socorro de Orán por aviso de la Princesa gobernadora de España, y sin nueva comision no podia subir á la playa romana. El Duque á primero de Noviembre alojó sobre el lago de Alvano con deseo de que Andrea Doria, que habia partido de Liorna, desembarcase la infantería, y no llegaba; y decian sus émulos que por desplacelle ver al Duque tan superior en fuerzas y reputacion, y al de Florencia, con quien se entendia, porque si cesaba el ha-

berle menester el Rey no le daria á Sena. Para presidiar á Neptuno vino el capitan Moreto, calabrés, algo entrada la noche, y alojó en el arrabal, donde llegó alguna gente del enemigo y fue rompida. Doce galeras francesas echaron gente en tierra, y desde el mar derribaron parte del muro; mas la subida áspera, buena defensa y mal tiempo las volvieron á Civitavieja. El Duque, desde Tívoli, envió al socorro á Marco Antonio Colona con gente de armas, al Conde de Populo con la caballería ligera, á Ascanio de la Corgna con los españoles que pudieron haber caballos. Salieron de Roma doscientos á hacer correrías hácia Marino, y el Conde de Populo envió parte de su caballería á emboscarse para cortarlos, y él se descubrió con la demas. Los enemigos escaparon por un barranco que los dividió con prision de quince, de quien supo el Conde la retirada de las galeras francesas, y volvió á Tívoli. En tanto se trataba en Roma de hacer la paz por los embaxadores de Venecia y Florencia, porque aborrecia el Consistorio la guerra cerca, léxos no tanto, y se efectuára, si el señor de la Selva, embaxador de Francia, y el secretario Buciers, no dixeran al Pontífice sería de su Rey presto socorrido. Estrozzi fué á la Mollana para impedir al exército pasar el rio. A Horacio de lo Esbirro, mozo romano, capitan de buen nombre, envió á Ostia con ciento y veinte escogidos de todas las compañías, y órden solamente de defender el castillo. Fortificóle con bastiones, terraplenos, fosos, trincheas, municiones, vituallas. Ostia, ciudad pequeña, antiguamente grande, en la ribera del Tíber, de los emperadores romanos estimada, destruida de los godos, por los pontífices no fue reparada; sólo hicieron su pequeño castillo con una gran torre enmedio para su defensa, y le mejoraron algun tanto Julio I y Paulo III. Enrique, rey de Francia, deseaba romper la tregua, pues era mejor guerra abierta que secreta con fingida amistad. Decia:

«Prometió el Conde de Moygne, gobernador de Luzeltburg, para hur»tar cautelosamente á Metz á su presidio dos mil escudos por persona de »contado y mil de renta al año á los cabos. Compraron una casa para hos»tería, donde esconder en los dias de mercado la gente, y acudiendo á la »señal tomar una puerta y mantenerla en tanto que el Conde que sería »cercano los socorria. No les fue posible, y tentaron de escalar los muros »de la parte que dicen el Infierno, y matando las centinelas entrar; y des»cubiertos los del trato en la ciudad fueron castigados. Un mes despues que »se hizo la tregua, induxeron á dos soldados gascones con dineros los capi»tanes del rey Filipe en Bruseles á que entregasen á Bordeos, y les pro»metieron rentas y honras, y les dieron para su viaje trecientos escudos por »mano de Segault, fingido secretario del Obispo de Arras, y los llevó hasta »Cambrai el capitan Vezé, para que el gobernador los encaminase segura»mente. En San Quintin, por sospecha preso el uno, manifestó al gober»nador en el tormento el tratado. El Duque de Saboya, por medio del se-

»ñor de Barlaymont, dió á un ingeniero de la fortaleza de Mesinlé dine»ros para que reconociese á Meziers, San Quintin, Perona, Dorlan, »Monstreuit y San Spirito de Ruc en los confines del reino, para hurtar»las, ó saber cómo sitiadas se podian ganar más fácilmente. El ingeniero, »sondando en la Fera la altura del rio Dorce, fue cogido y en la cárcel »confesó el hecho, por cuyo exámen y el de los gascones se supieron otros »tratos. Representólo su embaxador al Rey, y respondió: No sabía lo suce»dido, sino el ser invencion de los que procuraban romper la tregua, por»que no podian vivir sin guerra por su natural inquietud. Se defenderia, y »en los efetos mostraria Dios su inocencia y deseo de la paz universal. La »haria con el Pontífice siempre con las condiciones convenientes á su ho»nor y satisfacion.»

Confiando en esto los Carrafas probaron primero con la guerra el mejorar su fortuna á medida de su ambicion. El Rey cristianísimo juntó en las provincias de Leon y Delfinado la infantería y caballería para encaminarlo á Turin en Piemonte, plaza de armas á la muestra del exército, que habia de pasar contra Nápoles, cuya ganancia tuvo con él más fuerza que la obligacion de una tregua firmada y jurada.

CAPÍTULO XIV.

El Duque de Alba prosigue la guerra.

D. Antonio Carrafa no levó gente en el Bolonés, y fue á Ascoli de la Marca de Ancona, cerca del rio Tronto, que por Abruzo divide el reino del Estado Pontifical. Con algunos soldados procuró levantar los confines y fue resistido y ofendido de D. Ferrante de Lofredo, marqués de Trebiso, gobernador de la provincia. Julio Ursino salió de Paliano con cinco banderas, cuatro cañones y muchos mosquetes encabalgados contra Pilo, lugar de Marco Antonio Colona, razonablemente fortificado. Travada escaramuza con el Conde de Sarno, los villanos echaron tantas piedras por los derrumbaderos á lo baxo con tal daño que Julio Ursino se retiró, dexando muertos, heridos y presos muchos. El Duque de Alba, enojado porque no vino al concierto el Cardenal Carrafa, en Tiboli esperó tres coronelías de napolitanos y la infantería española. Marco Antonio Colona, con los hombres de armas y tres compañías de italianos, alojó en Palestrina, Vespasiano Gonzaga con la infantería italiana en Moncelo y Santángel, el Conde de Populo en Castel Santángel con la caballería ligera; descansando todos y librándose de las aguas con que el Otoño los cargaba. Acam-

póse entre Frascati y Grotaferrata y Marini, y la caballería corria la campaña. El Conde Baltasar Rangone salió con ciento y cincuenta caballos á emboscarse para tomar los bagajeros que venian sin escolta de Tívoli con bastimentos al exército, y el Conde de Populo, recelando, aseguraba el camino en celada por órden del Duque. Encontráronse los descubridores, y escaramuzando cargó el Conde de Populo los enemigos, y empantanados prendió al Conde Rangone, su alférez y estandarte, casi todos los soldados y de la compañía de Bartolomé del Monte. El cardenal Carrafa, en socorro del Rangone, con menor número de caballería esperó en órden, y el de Populo avisó al Duque se mejoraba con los hombres de armas. Salvóse en Roma venturosamente el Cardenal, y el Conde fue como vitorioso en el exército saludado. Recelando el Carrafa queria el Duque por la boca del Tíber, Ostia, Civitavieja, recibir la infantería de las galeras del Doria, envió tres mil soldados á la Mollana, lugar del Pontífice en la ribera del Tíber, cercano á Ostia, y á Mateo Estendardo con docientos arcabuceros á caballo para la defensa del paso; á Pedro Estrozzi á visitar la fortificacion que hizo en Civitavieja Flaminio Ursino. Los ministros franceses dixeron al cardenal Carrafa:

«Tenian sospecha de que se reduciria el Conde de Pitillano, general »de su caballería, como los farneses al servicio del Rey Católico, porque »la Córte de Francia le habia mandado restituyese á los seneses á Montal»chino, que ocupó en el principio de la guerra de Sena, y le metió en el »castillo y quedó en su Estado un hijo.»

Instaban con el de Alba los del Consejo, y más Ascanio de la Corgna, en que asaltase á Roma, que no se le daria sino un saquillo á la ligera. El Duque, porque se le desharia el exército enriquecido con la ganancia y por no dañar los inocentes, no se dejó persuadir. Marco Antonio Colona en Neptuno recibido de sus vasallos bien, desembarazó el paso á los bastimentos que venian por el mar al exército desde Gaeta. En Nápoles se fabricó puente de barcos, para que estando juntos con amarras pasase la gente el Tíber á sitiar á Ostia, porque en su mente la jornada trazó ántes de su comienzo el Duque. Bien pudiera estar ocupada la plaza como el Rey habia sábiamente ordenado; mas el Duque de Florencia detenia al Doria, que no le queria tan poderoso, para que tuviese necesidad dellos el Rey Católico y le diese á Sena; y porque habia pedido el título de gran Duque á Paulo IV y se le concedió con secreto; y así no tuvo á tiempo en órden la infantería con que se habia de hacer la empresa como prometió.

CAPÍTULO XV.

El Duque de Alba combate á Ostia.

El Duque de Alba con tres alojamientos echó el puente de barcos en el rio, apartados unos de otros, y entre dos una cuba de agua la mitad dentro de la tierra, que las llenaba canal que sacaron de un arroyo, con que mataron el fuego que les puso el capitan calabrés prestamente. Pasó la caballería y la artillería para batir á Ostia. Pedro Estrozzi, con tres mil infantes y trecientos caballos hizo pié en la boca del brazo del Tiber que hace la isla para animar los de Ostia y acometida dañar á los cercadores. Algunos caballos escaramuzaban y corrian hasta Roma, y por buena suerte del cardenal Carrafa no le prendieron. Trazó el Duque en la isla un fuerte seiscientos pasos de la boca del rio distante, para señorearle y hacer fijo el presidio. Vespasiano Gonzaga ordenó á Francisco de la Tolfa, Octavio de Abenante, Juan Francisco Carrafa quemar la puerta de Ostia, y hallándola terraplenada batieron un bastion que tenía detras. En tanto los que la defendian se retiraron al castillo, y entraron en la tierra los soldados de Vespasiano. Plantó el Duque seis cañones de la otra parte del puente en una isla que hace el Tíber y el mar enfrente del castillo por justo espacio para el tiro. Batió siete dias un lienzo de muralla de fábrica ecelente entre dos torres fuertes y altas, redonda la que mira el norte y cuadrada la que el mediodía, traveses de la cortina con saeteras y casas matas, y foso de agua medianamente fondo. Atemorizó á Roma la caballería del Duque y los rencuentros y ligeras batallas con sus defensores, y Pedro Estrozzi para impedirles el paso con la infantería italiana y gascona fué á Porto en la ribera del Fumicino que entra en el parque del Emperador Neron, y restauró Adriano con grande gasto y adornó con un hermoso templo dedicado á Portuno. Puso á lo largo de la isla reparos y altas trincheas guarnecidas con arcabuces de posta y gente bastante para defenderse. Por un puente pasó donde los españoles estaban, y formó un fuerte para que no señoreasen el riachuelo. Eran los doce de Noviembre, y las aguas molestaban al Duque, y la fama de que bajaban por los montes los franceses en socorro del Pontífice forzaba el retirarse al reino á prevenir dineros, gente, municiones contra ellos. A los deciocho, mártes, metió en la isla buena banda de caballos en escuadron, porque los enemigos no impidiesen

el asalto de Ostia, y otra guiada de Marco Antonio Colona envió á tocar arma á Roma, y la gente de armas á impedir el socorrer el castillo los del Fiumicino. Dividió la infantería española en guardia de la artillería del puente y de su persona que á la vista proveia asegurado. Mandó asaltar la batería primero á las compañías de Francisco de la Tolfa y Dominico de Máximo, y cinco envió contra la torre cuadrada, donde amparadas de un terrero de los tiros del castillo, habian de acometer en descubriéndose, dándoles calor Vespasiano Gonzaga con las demas, y estuvieron firmes aunque los mandaron asaltar. Francisco de la Tolfa entraba en el foso por la batería, y fue herido de un arcabuzazo en una pierna, y mirando atras vió que no le seguian más de quince soldados de su compañía y esperó á Vespasiano que pasaba por debaxo de la torre, jugando toda la artillería del Duque para quitar las defensas, no sin peligro enmedio de sus capitanes y coroneles, dándoles ánimo y exemplo. En descubriéndose al arcen del foso fue herido de un arcabuzazo en la boca y en la nariz. Hizo sangrienta y dudosa la subida difícil con muertos y heridos de ambas partes, con hierro y fuego forzando á retirarse los asaltadores sin detenerlos ruegos de Ascanio de la Corgna y fuerza de sus capitanes y oficiales. Algunas compañías arremetieron á ganar la trinchea y trabeses y meterse en el medio para acometer el muro, y mal parados se retiraron. El Duque reforzó el asalto con el capitan Alvaro de Acosta, que reconoció primero la batería, y dixo era fácil la arremetida y toda del castillo, con órden de morir ó alcanzar el honor de la conquista. Con trecientos españoles y ayuda de muchos italianos, que se dispusieron como ellos á morir ó vencer, ganó el poco espacio entre la fortaleza y ellos, y superando la batería llegaron á un puesto reparado de los defensores con botas, tablones, piedras, y contra él hacian más esfuerzo los que asaltaban descubiertos entre el foso y el muro, recibiendo miserable estrago con heridas y muertes de capitanes, alféreces, personas importantes; y el mismo Alvaro de Acosta fue herido mortalmente y castigada su imprudencia y ligereza iguales á su valentía. Retiró la gente el Duque, muertos y heridos noventa y ocho españoles con el capitan Acosta y el alférez del Maestre de campo Mardones, que fue en efeto valeroso soldado en este dia. De los italianos Vespasiano Gonzaga, el capitan Leon Mayacane, Marcelo Mormile, Octavio Mormile, y casi otros cincuenta soldados con Francisco de la Tolfa, mozo gallardo, sobrino del Pontífice, y de tanta fe con su Príncipe que por serville dexó una compañía de trecientos arcabuceros de la guardia de su tio. Peleó valerosamente en lo más alto de la batería donde nadie llegó, y porfiando para entrar, aunque herido en la primera arremetida en una pierna, le rompió un balazo la muñeca derecha. Horacio de lo Esbirro, por falta de gente, municiones, socorro, llamó al Maestre de campo general Ascanio de la Corgna, á quien el Duque cometió el asaltar la plaza segunda vez y el

matar los defensores; y á partido la entregó doce dias despues que la comenzó á batir, y entró guarnicion de españoles. No tenía ya el Duque balas, pólvora, vitualla; era forzoso retirarse declinando su reputacion. Habia detenido cuarenta dias los navíos de bastimentos en Gaeta viento travesía de la playa romana. Afligió á Roma esta vitoria, y asentaron los Carrafas, por medio del de Santaflor, con el Duque tregua por veinte dias, y la prorogaron hasta cuarenta, á los ventinueve de Noviembre, los Carrafas esperando el exército frances, el de Alba repararse y descansar en Nápoles poco alegre por la muerte de la gente, caballos, bagajes, trabajos grandes y fatigas padecidas. En tanto se acabó el fuerte de la isla del rio, donde se vieron el cardenal Carrafa y el Duque, y trataron de las capitulaciones de la paz, y enviaron sus relaciones al rey Filipe. El Cardenal volvió á Roma, el Duque avió parte del exército y puso en Ostia y en el fuerte nuevo cuatrocientos españoles á cargo de Juan Vazquez de Avilés, de la religion de San Juan, y de D. Francisco Hurtado de Mendoza, y ocho piezas de artillería. Era de cuatrocientos pasos de diámetro, con cuatro baluartes de fagina y tierra; podia ser socorrido por el mar y tenía bastimentos para seis meses. En Agnani dexó al Conde de Pópulo con toda la gente en los lugares ganados, y órden de presidiar bien á Neptuno, Tívoli, Agnani, Frosolon. Retiró los hombres de armas al reino y buena parte de los españoles, y con largas jornadas entró brevemente en Nápoles á disponer la guerra para el año venidero de mil y quinientos y cincuenta y siete. Fue notable y prodigioso por ella entre los dos Reyes competidores, tratada con ódio envejecido y ánimo de venganza. Sinificáronlo en la tierra y cielo, ostentos, portentos, prodigios que atemorizaron á Europa, y los judiciarios astrólogos levantando y juzgando la figura y ortivo de un gran cometa parecido en Italia, Alemania y Africa á los tres de Marzo, en el medio pálido y turbio, los rayos de color de oro esplendentes. A los cinco dias vino en el medio de Libra, y á los nueve en el polo del mundo, y se pará sesenta partes léxos del círculo equinocial, y á los catorce caló á los sesenta y cinco grados, discurriendo de Oriente á Poniente, apareciendo ántes del dia y á tres horas de noche, y fue visto hasta los quince de Abril, especialmente en Alemania, donde hubo aguaceros espantosos. En Augusta se rasgó el cielo y pareció abrasaria el fuego el orbe. En el Condado de Betz, despues de gran tempestad, se vieron en el aire escuadras armadas combatir. En Constantinopla un gran terremoto arruinó la puerta de Andrinópoli con muchas casas, y tres dias despues se vió una como estrella de ecesiva grandeza y luz cerca de la luna. En la villa de Hervingen, cerca de la Schafustia, llovió sangre; en la inferior Alemania, langostas destruyeron los campos. No muy apartado de Augusta, en el aire se vió combatir un leon y un oso. La fama creció el temor, no considerando ser esto buene para los buenos, malo para los malos.

«Señor: En semejantes supersticiones por adivinacion, debe V. A. ad»vertir hay portentos, prodigios, ostentos, que si parece sinificar una mis»ma cosa, es por diversos respetos. Si miran á Dios, cuya voluntad y dis»posicion hacen las señales que parecen milagrosas, y algunas veces lo son, »se llaman prodigios; mas en órden á los hombres á quien pertenecen los »bienes ó los males que les están cercanos por la sinificacion, se dicen por»tentos *à portendo*, verbo latino, que es pronosticar ó sinificar lo venidero. »Aunque prodigios se pueden decir las señales de los peligros ó buenos su»cesos próximos, y portentos los indicios y pronósticos de lo que no será »luégo. Ostento se deriva de *ostendo*, que sinifica mostrar lo por venir, y »sería casi lo mismo que prodigio y portento, sino fuera lo que llaman fan»tasmas los griegos, que son nada y parecen algo á nuestros sentidos, ó tie»nen della semejanza, como leche y sangre que ha parecido llovia algunas »veces, porque las nubes recibieron vapores de minerales; mostrarse armas, »animales, ó de cosa natural y divina ángel, demonio, santo. El ostento »no es lo que parece, y el prodigio y portento sí. Desta diferencia se ven »en el aire y agua figuras que son una cosa y parecen otra, como las im»presiones meteóras que se figuran muchas veces en la suprema region, de »las cuales aunque los filósofos den razones probables, si el ingenio áun »en conocer lo sensible y que nació con él atina y yerra, en las celestiales »tan distantes de nuestros sentidos ¿qué será? Son ostentos cuya novedad »mueve con vehemencia los ánimos; si los montes se abren, tiembla la »tierra, nacen diversos monstruos de hombres y de brutos; los bravos se »amansan, los mansos se embravecen; puede ser naturalmente raras veces. »Por esto se llaman prodigios, y los que se les alcanzan razones naturales »probables ménos admiran; mas si no júzgalos el entendimiento por mila»gros, aunque no lo sean muchas veces. Son los portentos divinos y natu»rales que no se hacen sin el poder de Dios. Josué paró el sol, Ezequías le »hizo volver diez líneas atras, el eclipsi cuando Jesus N. S. murió. Los na»turales que se pueden hacer con la virtud y facultad de causas naturales, »que acaecen sólo por ellas sin que intervenga ángel bueno ó malo, son »monstruosos partos portentosos y cometas. En otros juntamente los ánge»les buenos ó malos obran de suerte que no se harian sin aplicar y tem»plar ellos las virtudes de las cosas naturales y hacerlas prodigiosas, como »las señales de los mágicos de Faraon. Los portentos naturales, que acaecen »pocas veces, sinifican desconciertos de la naturaleza, que por demasía ó »falta de materia, ó por ser los principios de la generacion diferentes, salen »monstruosos partos en la tierra y en el aire (por razon de la materia que »se levanta), figuras prodigiosas, como llover sangre ó leche. Los portentos »divinos se han de creer, pidiendo la sinificacion á quien tiene espíritu di»vino, como de la mano que escribió en el convite del rey Baltasar su »muerte y ruina, segun el profeta Daniel interpretó. La fuente de aceite

»que pareció en Roma en el dia del nacimiento de Jesucristo, mostrando »era fuente y lumbre de la salud y misericordia; y los escuadrones que en »el aire combatieron por cuarenta dias, ántes que Antioco saquease á Je- »rusalen y el templo, forzando á dexar los habitadores la ley del verdadero »Dios.»

LIBRO III.

CONTIENE LA INFELIZ ENTRADA Y SALIDA

DE LOS FRANCESES EN ITALIA CON EL DUQUE DE GUISA,

Y LA GUERRA ENTRE LOS REYES CATÓLICO Y CRISTIANÍSIMO

EN PICARDÍA.

(Año 1557, el segundo del reinado de Don Filipe.)

Deseaba el rey de Francia, Enrique II, guerrear en Italia, estímulo para romper la tregua. El condestable Memoransi, que lo contradecia, procurando impedirlo,

«Representó por carta al obispo de Arras, Granvela, el ánimo de su »Rey, dispuesto á guardar la suspension de armas y hacer la paz firme, de»seada generalmente. Excusaba el haber socorrido por su reputacion al »pontífice Paulo IV, con que el Duque de Alba, agresor, dió causa, y no »podia ser, pasando la guerra adelante con el cabeza de la Iglesia, pues to»caba por herencia su amparo á la corona de Francia, que gastó gran te»soro y gente como verdadera hija, en serle protectora desde su rey Cárlos »Magno, emperador que tanto le esclareció la defensa y restitucion de los »Sumos Pontífices molestados de naciones várias. No podria permitir ahora »el rey Enrique se gloriase el Emperador de haber saqueado á Roma otra »vez y puesto en prision el Vicario de Dios, reverenciable á los bárbaros »y no á los españoles ni á los alemanes con su infamia. Estimaria en mu»cho se hallasen medios para guardar la tregua mejor entre las dos coronas »competidoras.»

El obispo de Arras le respondió, agradecido á su buena voluntad y celo:

«Ser grande la inclinacion del Rey Católico á la pacificacion de la Euro»pa. Le parecia justo conservase el Cristianísimo su reputacion sin escanda»lizarse de la ayuda que dió al Pontífice, si bien pudiera decir pasaron los »límites de la defensa la liga hecha y gente enviada á Roma en su perjui-

»cio. El Duque de Alba salió primero en campaña, y los Carrafas tomaron »las armas acercándolas al reino, fortificando y guarneciendo lo que des»mantelaron otros Pontífices. Cuando no dexaron salir al Embaxador, fue »tenido preso, como Garci Laso lo estaba, con vanos pretextos, y los mi»nistros y amigos de su Majestad Católica, llenando á Roma y las tierras »que habia fortificado de foragidos, sus rebeldes, contra la capitulacion que »la Iglesia tiene con el reino. Si fueron acogidos en él los que su Santidad »tenía por contumaces, eran vasallos y naturales y no podia excluillos el »Virey sin conocimiento de causa, ni echallos de sus casas. Aliende de las »palabras indignas que Paulo dixo en público y en secreto contra D. Filipe »y contra su padre, hizo que le pusiese demanda al reino el fiscal, y trató »de su privacion, declarando en públicos escritos á su Majestad por ene»migo. Creia estar justificado con Dios y con el mundo, pues habiendo su»frido tanto, ofreció al Pontífice lo que pudiera sosegalle y engrandecer á »sus sobrinos. El Duque de Alba con sumisiones le pidió se quietase, ase»gurando los Estados de su Rey, pues no tenía pensamiento de ampliarlos, »y las tierras presidiadas tomó para el futuro Pontífice y Sacro Colegio. »Gustaba el Rey se propusiesen medios de paz, pero si el Rey de Francia »asistia á los Carrafas con tantas fuerzas para divertir y acometer el señorío »del Rey de España en su nombre, estaria léxos el efeto del tratado. Pues »se permitia al rey Enrique sustentar su reputacion y liga, D. Filipe no »debia perder punto de su autoridad. Cuando se tratase verdaderamente de »la paz, y de parte del Pontífice fuese seguro, pasaria por las condiciones, »mostraria su buen ánimo en acetallas, como le mostró sufriendo, por no »llegar al rompimiento que adelantó el Carrafa. Tornando las cosas al punto »de su creacion, derribando las fortificaciones, libertando á Garci Laso y »ministros de España, asegurando el acometer y ayudar la invasion de Ná»poles y señoríos de su Majestad Católica y de sus confederados, sacando »los franceses de su dominio quedaria satisfecho y con toda seguridad sin »sospecha; le restituiria las tierras ocupadas, tendria con su Beatitud la ca»pitulacion observada con la Iglesia y Pontífices; procuraria reducir al ser»vicio suyo los excluidos, asegurados en todo. Si hubiese otras controver»sias públicas ó privadas con las pretensiones particulares, se pondrian en »árbitros, y algun potentado neutral mantendria los acuerdos y sería contra »el que contraviniese á ellos. No podria, no, confesar que los sumos Pon»tífices, como era Roma cercana á Francia, desembarazada de guerras in»ternas, acudiesen á pedirle favor en sus necesidades, y que sus reyes le »fueron obedientes. Mas por ser materia muy odiosa y que pedia larga es»critura, no referia los deservicios que hicieron á la Sede Apostólica, por »donde no sólo perdieron el haberlos hecho el pontífice Adriano, empera»dores de Ocidente y reyes de romanos á sus sucesores, con facultad de »confirmar los Pontífices, mas el nombre de Protectores dellos. Y al gran

»servicio de que tanto ufanamente se glorian de haber tenido en Aviñon »la Silla Apostólica desde el pontificado de Clemente V hasta el año sép- »timo del de Gregorio XI, en que fue restituida á Roma, y en su patri- »monio por el cardenal arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz, español »de inmortal memoria, llaman los escritores italianos de mayor autoridad »la captividad de Babilonia, por haberla llevado allí por engaño el rey Fi- »lipe Pulcro, y detenídola por fuerza los que le sucedieron con injuria y »sentimiento de la cristiandad. El exército de Cárlos V, Máximo, prendió »á Roma y al pontífice Clemente VII, compitiendo el rey de Francia, »Francisco I, con el electo Emperador sobre la corona. Preso en Pavía de »su exército y puesto en España en libertad, hizo liga para ocupar á Ná- »poles con el pontífice Clemente, contendiendo con él de imperio, no de »religion. Mandó el Emperador llevasen al reino D. Hugo de Moncada, »español, y Cárlos de Borbon, frances, su exército sin dañar las tierras del »Pontífice. Encaminándole á Roma el Duque de Sesa, embaxador de Es- »paña, rogó y amonestó se desviasen de la ciudad santa. Cárlos de Lanoy, »virey de Nápoles, envió personas de importancia, y él mismo fué á rete- »nelle. César Ferramusca llegó desde España, enviado del Emperador, para »que torciesen la vereda por el Abruzo; y le matáran los soldados si ligero »caballo no le salvára venturosamente. Borbon, frances, los puso al asalto »de la ciudad; el Emperador enfermó de enojo; despachó caballeros á po- »ner en libertad al Pontífice, y dió tan cumplida satisfacion á su legado »que escribió cartas bastantes á quitar su indignacion. Hecho que enseñó »á prelados cómo no se ha de estimar en poco al que vive y reina con fuer- »zas y reputacion, notando en él muchos de que algunos saben con gene- »rosidad ser noblemente malos, si ya no perfetamente buenos, entrando en »lo que es mal hecho que tiene en sí grandeza.»

CAPÍTULO II.

El Rey Católico en Flandres se aconseja sobre hacer la guerra en Italia, y los Potentados refuerzan sus presidios.

El Rey Católico consultó asistiendo á sus Consejeros los papeles que truxo D. Francisco Pacheco. Decia el cardenal Carrafa:

«Dejase las armas su Majestad y libraria los presos en Roma; se diese »el Estado de Marco Antonio Colona á su voluntad, recompensando al »Conde de Montorio, mas no al Colona ni á su familia, desmantelando la »fortificacion de Paliano, y en tanto estuviese en tercero, y la seguridad de

»los Príncipes fuese de igual satisfacion. Envió con el Pacheco órden al »Duque de Alba para concertarse con el Pontífice conforme á lo que veria »escrito, y avisase del efeto. Si no le tenía no suspenderia ya sus armas el »falso trato de la paz, porque se prevenia para entrar poderoso en la Picar»día en persona.»

Aunque estaba bien á los Carrafas, por su ambicion y cercanía del exército frances no dexaron hablar á D. Francisco Pacheco á Paulo, y pasó á Nápoles, donde halló al Duque de Alba, cuidadoso con la llegada del Duque de Guisa al Piemonte, y disponia la guerra con maravillosa providencia y prudencia desahogado, representando la dificultad y el peligro, no imposibilidad en el vencer. El Duque de Florencia, vigilante, guarneció sus tierras, juntando toscanos á los tres mil tudescos, y fortificó á Florencia, Pisa y otros lugares de frontera, asegurándose receloso de la parte de Bolonia y Ferrara; entendia lo que en Francia pasaba y lo escribia al Duque de Alba. Los venecianos reforzaron sus presidios, mirando arder en armas á Europa sin alteracion. Enviaron á Tomás Contarini á poner en seguro la Marca Trevisiana; llenaron el número de su gente de armas; levaron infantería y nombraron general della al Marqués Esforza Paravicino; armaron cincuenta galeras más de las ordinarias, previniendo contra la armada del turco; culpaban al Duque de Ferrara porque se disponia para la guerra, esperando acrecentar su Estado con la liga de los franceses, y hablaba mal y con amenaza de la reduecion de los farneses al servicio del Rey Católico. En Milan el Cardenal de Trento y el Marqués de Pescara con miedo y desvelo atendian al exército frances con poca gente y dinero, los pueblos cansados de los trabajos de la guerra y contribuciones, con poca comodidad para juntar fuerzas en campaña. Recelando no fuese la voz de ir á Nápoles y cargasen sobre Milan, comenzaron á fortificar la muralla, y encomendaron las puertas á caballeros principales, haciendo asistir en sus postas la gente de guardia y solicitar la fortificacion. Armaron de los milaneses y repartieron en compañías dos mil y setecientos coseletes, tres mil arcabuceros con morriones y jacos de malla, el resto de diez mil y quinientos picas secas. Apercebian la caballería y gente de armas casi deshecha por reformacion y mala paga, y la infantería española y alemana con algun dinero, y asoldaron para llenar el número de la italiana. Guarnecieron á Pavía, Alexandría, Lodi, Cremona, Asti, Guastala, y en Valencia del Po metieron una compañía de españoles, tres de italianos, tantas de grisones á cargo del Conde Horacio Campegna, su gobernador. El Marqués de Pescara los puso en un fuerte que hizo contra el parecer de Juan Baptista Castaldo, con notoria pérdida por ser pequeña la tierra, el sitio infortificable, y al Conde y capitan Spolberino encomendó la defensa del fuerte, fundado con lágrimas de los naturales por las casas que derribó para darle plaza de armas. Donde se ve que el temor en la prudencia es

padre de la providencia, estímulo de los remisos, conciliador de los ánimos por ambicion discordes del Cardenal y del Marqués, sufriendo mal éste depender en las deliberaciones y provisiones del otro, y estar por su cuenta el peligro y trabajo de las execuciones en la baxa fortuna de las armas de Lombardía. El Duque de Alba, estimulado de la fama, que hace mayores cuanto más apartadas las cosas de los grandes aparatos y gente de los franceses, proveia dineros y soldados en su contra. Los naturales, fieles á la corona de España y prontos, ofrecieron tres millones de escudos y sus personas y vasallos. Acetó solamente millon y medio de contado de los títulos y barones, dando consignaciones para cobrarle á señalados plazos. Algunos levantaron compañías de caballería de fuerte armadura y ligera con inclinacion á su Príncipe y ódio contra los Carrafas y rebeldes regnícolos. Listó el Duque treinta mil infantes para guarnecer las tierras marítimas y campear. Envió por los dos mil alemanes del baron Gaspar de Feltz mal parados y ménos docientos de su embarcacion en las galeras, larga y costosa por culpa de los ministros. Aguardaba cuatro mil de la coronelía del conde Alberico de Lodron, mil españoles de Sicilia, tres mil bisoños de la coronelía de su hijo D. Fernando de Toledo. Acrecentó el número de la caballería á mil y quinientos, y nueve estandartes de gente de armas; fundió y encabalgó artillería, executando los oficiales con amor, presteza y reverencia. Nombró por Comisario general al maestre de campo Lope de Mardones. Escribió á Luis de Barrientos encaminase los seis mil alemanes de la coronelía de Hanz Walter á Fiumine y Tieste, para conducillos por el Adriático á Pescara. Trató en consejo del empleo de las fuerzas, donde por la diversidad de pareceres, D. Ferrante Gonzaga, con su gran experiencia y autoridad dijo en sustancia:

«Habia siete maneras de hacer la guerra: la primera, llevándola á casa »del enemigo, previniendo y divertiendo como los romanos á Filipe rey de »Macedonia y Antioco rey de Siria, Agatocles á los cartagineses de Sira»cusa, y Cipion á Cartago: la segunda, presentarse, si no en su tierra, »fuera de la nuestra: la tercera, acamparse á los confines del Estado, ó »donde se pueda asegurar el todo de las cosas. Deste modo Cárlos de An»jou por la defensa deste reino se opuso á Conradino en la campaña de Ta»llacoz, y Gonzalo Hernandez de Córdova, Gran Capitan, á los franceses al »paso del monte Casino, y despues al del rio Garellano. Francisco I, rey »de Francia, plantó su campo debaxo de Aviñon, y con esta ciudad, el Ró»dano y el reino á las espaldas volvió vano el disinio del Emperador Cár»los V y la entrada en aquella provincia para asaltar á Francia, consejo con »razon loado. El mismo Emperador juntó sus fuerzas en Viena y quitó la »esperanza y vitoria contra Alemania á Soliman, señor de los turcos. La »cuarta manera es combatir en el reino, mas sucedió mal á los romanos »contra los franceses, á Aníbal, y á los reyes y capitanes que dexaron entrar

»á los romanos en sus tierras, y despues combatieron con ellos, porque si »no hay fuerzas para combatir fuera, ménos en los confines del Estado, »aunque unidas. Apartados léxos los soldados es forzoso gobernarse y pelear »bien. La ventaja del asaltar y tener las armas enemigas enmedio del seño- »río le llenan de miedo y fuga, que despoja los pueblos. Al contrario in- »terrompen los disinios y en batalla se aventura el todo, fuera no, sino con »algun peligro, como acaeció á Aníbal en Africa. Fuera del Estado se pue- »de combatir con todas las fuerzas juntas, y dentro al enemigo podrá su- »ceder bien, no al que defiende, siendo forzoso dividir la gente en la cam- »paña y en los presidios. La quinta manera es dexar entrar (no pudiendo »resistir) al agresor en la provincia, ó huyendo la necesidad y riesgo de pe- »lear, consumirle con ventaja de pasos y lugares fuertes, y destruirlo poco »á poco, ó forzarle á retirarse como Quinto Fabio con Aníbal en Italia, y »Sertorio con Metelo y Pompeyo en España; ó debilitarle, acometerle, »vencerle como Jorge Castrioto, príncipe de los epirotas, á los capitanes de »Amurates, señor de los turcos. Don Ramon de Cardona á Gaston de Fox »necesitó desta manera á dejar la Romanía con gran alabanza, si no se de- »xára despues llevar á la jornada de Ravena. Al contrario Bartolomé de »Albiano habia llevado mal al mismo Don Ramon al Vicentino, si por su »poca espera, constancia y falta de juicio no dexára ir la ocasion de cum- »plida vitoria. La sexta manera es fortificar y presidiar bien todas las plazas »de importancia, y dexar se consuma y envejezca en sitio el enemigo. Esto »hicieron los capitanes del Emperador mi señor con mosiur de Bobillé, al- »mirante de Francia, y con su rey Francisco I en el sitio de Milan y de »Pavía: seguro modo al que no tiene fuerzas para campear, pelear, defen- »der un estado, porque en las otras se arriesga ó dexa en presa al enemigo »parte del país ó la campaña, mas en ésta se le opone escuadron de forta- »lezas bien presidiadas y proveidas suficiente, no sólo para defender la pro- »vincia mas para consumir al enemigo en cada cerco, y se le pone en »desesperacion de la empresa con la representacion de la dificultad. A mi »parecer no hay cosa más para desear de un Príncipe que el adversario »combata plaza fuerte bien guarnecida, donde pierda la reputacion y vi- »gor y consuma las fuerzas, como Amurates sitiando á Belgrado, Soliman »á Viena, Cárlos V Emperador á Metz, el rey Francisco á Pavía, y Ma- »ximiliano emperador á Padua. Causó esta forma de defensa el rey de »Francia Cárlos VIII con la conquista deste reino; pues con el espanto »de la artillería, presteza, facilidad, jamas vista en Italia, y las armas ul- »tramontanas desanimó tanto los pueblos y Príncipes, que le abrieron los »pasos, entradas del país, de las ciudades, y le entregaron las llaves de las »fortalezas. Viene en consideracion la rota de los venecianos en Carabag- »gio, con que perdieron en la campaña en un punto casi todo lo que po- »seian en tierra firme. Exemplo que hizo llevar, huyendo el peligro, de las

»batallas, la defensa de los estados de la campaña al muro á los Príncipes y »capitanes. El primero que mereció alabanza en esto fue Próspero Colona, »pues con impedir á los enemigos la vitualla, consumillos, molestallos, re»ducillos á necesidad extrema de todas las cosas, defendió gloriosamente de »los franceses el Estado de Milan. La séptima defensa abandona la cam»paña y el resto del país, y retira las fuerzas en la ciudad cabeza. Los ca»pitanes del Emperador nuestro señor se metieron con exército veterano »dentro desta ciudad, y el ímpetu de poderosa liga rompieron, vencedores »más por beneficio del tiempo que prudencia y buen consejo, bien que »grandes capitanes. Mi parecer es que el exército espere al enemigo en »puesto cómodo para molestalle, impedille, socorrer las plazas que sitiáre; »se fortifiquen las del Abruzo, camino que seguirá el Duque de Guisa »para entrar en este reino, y para cualquier suceso se fortalezcan algunos »lugares en contorno desta ciudad Metrópoli.»

Cesaron con esto las controversias, y el Duque de Alba que sentia con el envío al Marqués de Trebiso, gobernador del Abruzo, á fortificar á Civitela del Tronto, Atri, Pescara, Civita de Cheti, donde estaba la Real Audiencia, y metiese en ella los mantenimientos, y los que no se pudiesen llevar quemase ó escondiese, porque hambrease el enemigo. Para disponer las provisiones allí despachó á Lope de Mardonés; encomendó al Conde de Santaflor la fortificacion de Capua, á Vespasiano Gonzaga la de Nola, á D. García de Toledo la de Santa Agata, Venosa y Aria; á Ascanio de la Corgna el visitarla y emendarla. Hizo plaza de armas á Civita de Cheti, tomar muestra al exército y habilitarle para volverle fácilmente donde llamasen los enemigos entrando por Civitela, por el Aguila, ó Civita Ducal, como hizo Odet Tois ó mosieur de Lotrec, para salir á la Apulia, entreteniéndolos con escaramuzas ordinarias, mejorando su alojamiento en sitios fuertes, y abrazar la ocasion para rompellos. Envió á las plazas importantes del uno y otro mar caballeros y capitanes entretenidos para asistir á los naturales, prevenirlos y armarlos para su defensa de la armada del turco.

CAPÍTULO III.

Desde Turin baxa en Italia el exército francés y sus efetos.

El Rey Cristianísimo despachó al Duque de Guisa y truxo su exército á Turin con gran trabajo por las nieves y aspereza de los Alpes y el rigor del Enero y Hebrero en ellos. Tomóle muestra el Duque de Homala, lugarteniente general de su hermano, y pasó de lista el Conde de Brisac seis

mil zuiceros, y el Duque de Nevers cuatro mil franceses. Habia tres mil caballos ligeros y hombres de armas. Era Mos de Sipiers maestre de campo general, Mos de la Mota y el de Tabanes marischales; la empresa de las banderas las llaves de San Pedro, cual defensores de su patrimonio, cubriendo la ambicion y falta de fe, rompida en la tregua contra todo derecho. Envió Guisa un capitan á ver si los aprestos del Duque de Ferrara y del Pontífice conformaban con la capitulacion de la liga para las empresas de Toscana y Nápoles. Llevó cartas para los Duques de Parma y de Urbino, pidiendo paso libre para su exército por sus Estados, prometiéndoles seguridad, buen tratamiento dellos, la paga de lo que diesen á sus soldados. No tenian fuerzas para resistir ni el Rey Católico en Lombardía, donde para defender á Italia y cerrar su entrada se habian de poner, y concedieron el tránsito, y por no irritar al Pontífice contra los cardenales sus hermanos Farnese y Santángel, y no ver en peligro el ducado de Castro. Parecia que los ministros del Estado de Milan entorpecieron con el cuidado y miedo que les daban los franceses ya en Turin para baxar á lo llano, y que por esto no salian á defender su entrada como debian, mostrando flaqueza de ánimo y de caudal. Todo lo tenian, y no se podia quitar el paso por Piemonte por las montañas y muchos ramos de sus valles diversos, los rios con desigual fondo, vária ribera, ser forzoso dividir la gente, debilitar el exército, si no quedarian libres los pasos al enemigo, que le basta uno, y al contrario convenia cerrarlos todos. Aníbal y los cimbros pasaron los Alpes, á pesar de los romanos sus enemigos. No pudo impedir el paso del Hada á Próspero Colona Lotrec, como prometió á su rey Francisco I, ni el Próspero cumplir su promesa al pontífice Leon X de no dexar á los franceses calar los Alpes, ántes quedó preso. El que á falta no ménos de ingenio que de ardid suele sobrepujar al acometido, halla los vados de los rios, pasos de los montes, de que no cuida el defensor, ni se acuerda, ó por su reputacion ganada lo advierte al agresor un terrazano, como á Cárlos V, emperador en Alemania el vado del Albis el pastor, y á Titio Flaminio el tránsito del Olimpo para dar sobre el rey Filipe de improviso, y á los Romanos el del Monte Caladrano para acometer el campo del rey Antioco en las Termópilas. Siendo caso milagroso el impedir el paso de los Alpes á un gran exército, conviene no oponerse en él, si no con otro igual, ó con ciudades fuertes bien guarnecidas, volver inútil el pasaje, que no tenian los ministros de Milan. Y así los franceses, pasado el rio Dora, parte fué de la otra del Pó, parte á Casal de Monferrat, que poscian y alojaban en las aldeas del Estado. De noche con cuatro barcas armadas por el Pó acometieron el puente del rio Estura, que habia hecho el Duque de Alba para la execucion de sus intentos y de gran importancia é impedimento á los franceses para el uso de la ciudad de Casal. La infantería española la defendió valerosamente, guiada de D. Manuel de Luna que guar-

daba el fuerte, pero habiendo quemado algunos molinos rompieron el puente y pasaron: enderezaban el camino á Berceli, y envió el Cardenal de Trento á D. Juan de Guevara, castellano de Piacenza, soldado experto, á meter dentro cuatrocientos y cincuenta caballos ligeros y arcabuceros á cargo de D. Lope de Acuña. Los franceses torcieron el viaje, y caminó Don Juan á pasar el Pó debaxo de Brisiñan para meterse en Alexandría; mas D. Lope le dixo no pasase sin enterarse de la derrota del enemigo, porque sabiendo que los españoles habian entrado en Alexandría, podria volver contra Berceli desde Casal y romper el socorro, y fué con Lázaro de Mezuca á Valencia á verse con el Conde de Campegna. El Duque de Houmala para rompelle caminó á Moncastel; pero avisado D. Juan en Valencia y rodeando por Tortona entró en Alexandría. Sitiaron los franceses á Valencia, porque fingiendo pedir bastimientos para el exército pontifical los negaron. Batida cinco dias en el de San Sebastian abierta gran entrada, asegurando la campaña la caballería y zuiceros, la infantería francesa entró por la batería, y los defensores se arrojaron por las murallas, y la compañía de españoles se rindió en el castillo, porque cayó de ánimo Espolberino, y se concertó con el de Houmala, sin esperar golpe de cañon. Guarnecióla el Duque en nombre del Pontifice, y el Cardenal de Trento le pidió su restitucion libremente, y le respondió fue de la Iglesia y volvia á ella y queria tener abierto el paso. Es de notar lo poco que se mostró el Marqués de Pescara aconsejándose con Diego García de Pradilla, contador general del exército en Italia, Nicolás Cid, tesorero general, de buen consejo, experiencia y virtud loaba, celosos del servicio de su Rey, y los maestres de campo, coroneles y capitanes viejos. En Valencia reposó muchos dias el Duque, y con Brisac, Houmala, Ludovico Virago, Vincercato, muchos señores del exército, resolvió volviese Brisac á Turin para reforzar los presidios de Piemonte, quedase allí en su lugar Mos de Termes, y segun el tiempo molestase á Milan, y Virago desde Santiago, Vincercato desde Casal; el de Guisa llevase el exército á Ferrara, viese el apresto del Duque, consultase sobre la guerra entendido el intento de los confederados, y si tenian en órden los eclesiásticos la gente y municiones que ofrecieron por la capitulacion, y resolviese lo que todos habian de executar. El Duque de Guisa se encaminó al Piacentino, y el Cardenal de Trento, por dar ánimo á Milan y temor al frances para que pasase presto, fué á darle vista con algunas compañías de gente colecticia, y como suele apénas llegó á Venasco, cuando volvió á su casa, mostrando cuán de poco efeto sea y cuánto se engañan los que della se valen en tales ocasiones. Por esto mandó el Marqués de Pescara á su hermano D. César Dávalos pasase con toda la caballería italiana á picar y repelar el exército de los franceses por las espaldas al vado del rio, mas ordenó luégo volviese, habiendo tardado dos horas en el pasaje, y fuese el campo la vuelta de Alexandría

con intencion de cobrar á Valencia, pues el enemigo caminaba ya fuera del Estado sin dañarle, haciéndole pasar trabajo y peligro por el Parmesano y Piacentino. Mos de Brisac con ocho mil infantes y caballos volvió á fortificar á Valencia, conservándola para la guerra de Milan, y corria hasta Pavía. Pasó el rio Tana el Duque de Guisa con su exército en su junta con el Pó, y caminó seguro y mantenido, porque el Marqués de Pescara no habia sacado la vitualla de los lugares abiertos ni murados desta vereda por negligencia, confusion, poco cuidado, ménos advertencia y mucho deseo de echar la guerra fuera de Lombardía, y así no discurrian los ministros reales para encaminar lo que convenia con buena prudencia militar y ánimo entero y próvido, señalándose más la magnanimidad en los peligros que la hacen mostrarse y su efeto admirable, parte esencial en el Gran Capitan y en el Duque de Alba, y en otros antiguos y de nuestro tiempo. Mas el gobierno del Triunvirato del cardenal de Trento, el Marqués de Pescara y Juan Baptista Castaldo no hacía los efetos que se esperaban de su consejo y valor tan conocido, dañando la pluralidad de los ministros de casi igual autoridad, como dañó siempre en una expedicion.

CAPÍTULO IV.

Acabado el término de la tregua, los Carrafas cobran los lugares que habian perdido, y á Ostia y el fuerte.

Pasó el término de la tregua entre Paulo IV y el Rey Católico, y envió el Cardenal Carrafa á Juan Baptista Tiraldo á recebir gente á sueldo en la Marca de Ancona y juntarla en Ascoli, y en Roma hacía levas, mostrando movian por diversas partes guerra al reino de Nápoles. El Duque de Alba, para defender la reputacion y lugares ganados, despachó al Conde de Pópulo con el comisario Alexandro Andrea y las siete compañías del Baron de Feltz, que desembarcó en Gaeta el príncipe Andrea Doria poco llenas y muy enfermas. Con la una presidió á Neptuno, y las seis llevó á Fiorentino. Fué á visitar su estado en el Abruzo el Conde, y dexó en su lugar á Pompeyo Colona. Bonifacio de Salmoneta, capitan del Pontífice, con presteza y buena advertencia cobró á Piperno, Sezza y Rocasecca, y las presidió levantando la reputacion caida del poder y consejo de los Carrafas. Las compañías de Alexandro Colona y Chencio Capezuqui prendieron en Galicani algunos caballos españoles al amanacer, y en el camino de Zagaroli fueron rotos con muerte de treinta, y prision de docientos, desbalijados y libres de cien caballos ligeros y docientos infantes españoles

guiados de Pompeyo Tutavila, que iban con municiones para Roca de Papa, lugar que pareció á Pompeyo Colona convenia guardar, porque los enemigos trataban de acometelle; y así para tenerle obediente y en defensa habia ántes enviado á Alexandro Androlio, y cartas al capitan Sansobe de Tallacoz, alcaide del castillo. Pedro Estrozzi y el Duque de Paliano con seis mil italianos y gascones, ochocientos caballos y seis piezas de artillería sitiaron á Ostia, y no con tanta sangre como se ganó la recuperaron, rindiéndose los españoles á partido, por no estar la batería reparada, y se retiraron al fuerte de la isla. Sitióle Estrozzi, y los gascones corrian hasta los reparos aunque los destrozaba la artillería, y prohibió el escaramuzar. Llovió tanto y creció el Tíber que llenó los fosos del fuerte y empantanó su plaza, y royendo los bastiones y las murallas en la mayor parte de fagina y arena, comenzó su ruina. Los capitanes Juan Vazquez de Avila y Francisco Hurtado de Mendoza trataron de su poca defensa con Ortiz de Vera, respetado de los soldados por su experiencia y porque le habia dexado el Duque allí como por compañero de los capitanes. Todos dieron á entender á la guarnicion su peligro y convenir el concertarse, porque los tenía indefensos el agua, la pólvora mojada, los enemigos con ingenios podian sacar de manera el rio ya superior al fuerte, que los anegase. Concedióseles ir á Neptuno seguramente con sus armas, ropa, dos piezas de artillería. Esta facilidad estando en defensa y socorro por el mar dió sospecha al Duque de haberse rendido por dineros y lo procuró averiguar, y en Flandres el Rey mandó cortar la cabeza á Francisco Hurtado de Mendoza y á Juan Vazquez remitir á su religion. Grande alegría hubo en Roma por la toma tan fácil de Ostia y fuerte de la isla, y los Carrafas estimaban en poco á los españoles, y sus esperanzas tibias igualaban ya á sus encendidos deseos. Jerónimo Freapane y Francisco Vila con buen número de italianos recuperaron á Frascati, Grota Ferrata y Marini. En Castel Gandolfo estaba Juan Tomás Epifanio de Nardo con setenta y cinco infantes sin provision, sitiáronle y esperó algunos golpes de cañon, y se defendió bien en algunos asaltos. Huyó de noche un cabo de escuadra con la mayor parte de los soldados, y sin esperanza de socorro, se rindió. El Conde de Pópulo procuró prenderle y degollarle, aunque habia servido muchos años, por el temor y exemplo de los presidios, y salvóse en Venecia. En Sampolo mataron media compañía de españoles los villanos.

CAPÍTULO V.

Toman los capitanes del Pontífice á Vicobaro; el Duque de Alba envia á Marco Antonio Colona á la defensa de Campania, y el de Ferrara sitia algunos lugares, y trata con los franceses de emplear las fuerzas.

El Conde de Pópulo volvió de Abruzo á Tívoli con dos compañías de infantería española y la caballería ligera. Viendo la rebelion de los lugares comarcanos y que el Duque de Paliano y Pedro Estrozzi iban sobre Tívoli, lugar grande, con poca defensa de gente de guerra y artillería, porque no se le cerrase el paso le desamparó y fué á Vicobaro, donde el mismo dia llegó el coronel Feltz con sus alemanes. Dos dias se detuvo en fortificar el lugar, y dexó en su guardia las compañías de D. Pedro de Castilla y Gomez de la Torre, y con el resto pasó á Arzoli y Auriola, para estar á la vista y socorro de Vicobaro, y atender á lo que hacía el enemigo en su contra. Los castillos de Canemorto, Cantalupo y Rabiano se rebelaron, y muchos vecinos de Vicobaro fueron con sus familias á la Rocca. Cercaron á Vicobaro los enemigos, y el Conde deseaba mucho socorrerle; mas hallábase con poca gente, la caballería deshecha, sin artillería, la tierra enemiga, tener órden del Duque de Alba de no cansar los tudescos, y consideró que por poco daño que recibiese arriesgaba el perder á Frosolon, Agnani, Tallacoz, Sabiaco. El Duque de Paliano y Pedro Estrozzi para recuperar á Vicobaro plantada la artillería en un alto le batian tanto que la guarnicion no osaba mostrarse. Abierta buena parte de la muralla en el quinto dia dieron el asalto sustenido y defendido de los españoles tan valerosamente que derribaron con gran daño á viva fuerza los enemigos de la batería. En el siguiente dia se retiró el presidio al castillo para fortificarse, porque batian reciamente los romanos y trataron de rendirse á partido. Hecha señal por un vecino de su retirada, los enemigos entraron y mataron algunos españoles, poniendo fuego á las puertas, y los gascones en venganza de sus muertos en el asalto mataron la guarnicion, saquearon el lugar y acabáran los españoles del castillo si Estrozzi no los salvára. Setenta prisioneros enviaron á Roma, y el Pontífice les dió libertad y dineros, diciendo hacía la guerra no en destruicion de los hombres sino en recuperacion de sus tierras. Este suceso atemorizó el reino y á Tallacoz, que tenía muchos bastimentos para el exército con poca defensa. Pero los enemigos se contentaron con su vitoria, y corriendo hasta Sabiaco sa-

queado Antioco, volvieron á Roma no sin gran yerro. Avisó de todo el Conde de Pópulo al de Alba, y fué á Fiorentino, donde gravemente enfermó; y Francisco Colona cobró á Cabi, Genazano, y la guarnicion se retiró á Monte Fortino. Entrando el exército del Duque de Guisa en el Parmesano y Piacentino halló provedores de lo que habia menester por su dinero, por la buena diciplina con que marchaba obediente á sus cabezas; y así dexaron entrar en Parma y Piacenza los que quisieron verlas fuera del uso y recato con que velan su libertad. El Duque Octavio hospedó al de Guisa. Para ir á Rezzo por el largo puente de Parma pasó el Lenza más abundante por el concurso de aguas pluviales que de su nacimiento y aumento, con que divide á Lombardía de la provincia y vía Emilia tan nombrada. Con seis mil infantes y ochocientos caballos ligeros y hombres de armas de sueldo, el príncipe de Ferrara, acompañado de su tio D. Alfonso Deste, desmanteló el lugar de San Martin de Segismundo Deste, porque servia al Rey Católico, y pasó sobre Correzo que tenía muy poca guarnicion real. Apercibiendo la artillería gruesa para batir, no se pudiendo defender, rindióse; y juraron los señores serian con el Duque en todo acaecimiento (aunque imperiales) debaxo de fianzas de cincuenta mil escudos, y en rehenes un sobrino del Cardenal de Correzo, y se aviaron á Ferrara. Rindióse tambien Novelara, sitiaron y batieron á Guastala, tierra de D. Ferrante Gonzaga, mas por ser de su pariente y otros respetos caminaron á Rezo. El Duque de Ferrara, para honrar á su yerno el Duque de Guisa y ver su exército, caminó con su gente al puente de Lenza, y Guisa acompañado de la nobleza le recibió y se apeó para reverencialle como á suegro y capitan general de la liga, lugarteniente del Rey de Francia en Italia; entrególe el baston en su nombre, y ofreció obedecelle. El Duque le satisfizo con honroso y amoroso acogimiento como á hijo tan calificado, y le volvió el baston. Visitaron los exércitos, y el de Ferrara, como no habia salido de su casa, estaba más lucido y bien armado, y alojaron en Rezo. Consultaron sobre el hacer la guerra los Duques y el Cardenal Carrafa que llegó con el señor de Lodebar, embaxador en Venecia del Rey de Francia, asistiendo Pedro Estrozzi y los mayores ministros del exército. El Duque de Ferrara queria ocupar á Parma, Piacenza, Cremona; porque el Pontífice le invistiese dellas para asegurarse de aquella parte, con que sería fácil la empresa de Pavía. Tomada Cremona se diese por las espaldas en el Estado de Milan, y Mos de Brisac por la vía de Casal dañase al Novarés y Omellina, pues tenía á Valencia con que impedir al Marqués de Pescara el socorrer las ciudades. Era medio para ganar á Milan, y librar al Duque de Ferrara de sospecha de la esperada guerra, por el asalto de Guastala. El Duque de Guisa en su contra dixo:

«Si bien el de Parma y sus hermanos los Cardenales se concertaron con »el Rey Católico, era amigo de su Rey y tenía el collar de la órden de San

»Miguel, y no se habia de hacer guerra sino á sus enemigos y de la Igle»sia.» Otros decian: «Fuesen sobre Cremona, y el Conde de Brisac por »Casal de Montferrat entrase en el Estado de Milan, ellos por la Gyra»dada juntos con él fácilmente ganarian el Estado. Si no sucediese, fortifi»cando á Casal mayor y la Gyradada, poniendo en ellas cuatro mil griso»nes (que se habian de levantar entónces) sustentados con las vituallas del »país, manteniendo la guerra en el Milanés, cerrase el paso á los tudescos »para que no pudiesen socorrer á Milan, Nápoles y Florencia, y luégo ir »á su conquista. Por entónces se enviase la gente del cardenal Carrafa, y »mil caballos de los Duques de Guisa y Ferrara para entretener al de Alba, »que áun no tenía el exército formado en las fronteras del reino, porque »no pasase á socorrer á Milan, con que ya se cumpliria el deseo del Car»denal de echar los españoles de Italia.»

No agradó este parecer al Duque de Ferrara, pareciéndole poco á su propósito, porque si revolvian sobre Parma para tomar á Milan le ponian la guerra en casa, en que gastaria mucho y se sustentaria todo el exército de sus vituallas. No habia de ir á Nápoles dexando su Estado descubierto y desguarnecido á las asechanzas y fuerzas del Ducado de Milan, Florencia, Parma que le rodean. Se ocupase á Cremona, que le pertenecia por la capitulacion de la liga, y fortificando la Gyradada, cerrasen el paso á los tudescos para ofender sus tierras; porque ordenó el Duque de Alba á su comisario Barrientos no los truxese ya por el Adriático á Pescara sino por Milan para embarazarlos en la Specie; asegurándose desta manera se haria con más comodidad la empresa de Nápoles. El Cardenal Carrafa contradecia todo lo que no era ir luégo á su conquista con todas las fuerzas de la liga conforme á la capitulacion y voluntad del Pontífice. Protestó sobre ello al Duque de Ferrara, y requirió siguiese la empresa como prometió, juró, firmó, y para que acetó el ser de la liga generalísimo. El Duque conociendo era para que hiciese la mayor parte del gasto de la guerra, y que satisfacia al Cardenal, dixo:

«Serviria con su gente y persona en las empresas que llevasen camino de »haber buen suceso; mas si dexando su patrimonio á discrecion de sus ene»migos, baxase en su ausencia un gran número de tudescos, y de Milan, »Florencia, Parma se le movia guerra, era forzosa la vuelta á defender su »Estado; y así le convenia no desamparalle. Proveeria dineros, artillería, »municiones para contra Nápoles, y en tanto que no se le divirtiese, ayu»daria en buena ocasion por la parte más á propósito.»

Pedro Estrozzi replicó:

«Se debia acometer á Sena, recuperar la reputacion perdida, vengarse »del Duque de Florencia, que negociaba la investidura en la Córte del Rey »Católico, despues conquistar á Florencia, empresa muy fácil, breve, y »con mayores fuerzas y opinion se atenderia luégo á otras cosas. La de

»Nápoles era dificultosa, y no debia exército real dexar atras enemigos que »le podian molestar.»

Aprobaron esto los señores de Mandé, Moluc, Forquibre, cabezas de la gente francesa en el Senés, encaminando la guerra donde pudiesen en los consejos y execuciones y su autoridad creciese y prevaleciese. Afirmaban el descontento de los seneses con los españoles y su poca fuerza. Encaminaban segun su intento y deseo cada uno el consejo, como suelen los ministros de los príncipes. Dixo el cardenal Carrafa vino el exército á la defensa de la Iglesia, como lo mostraban las divisas de sus banderas, y habia de pasar al reino de Nápoles. Esto afirmaba el Duque de Guisa ser la intencion de su Rey, aunque de buena gana fuera á Toscana como ya queria el Duque de Ferrara que pedia á Sena. Mas la instancia del Pontífice en sus Breves era grande, y el mandato del rey Enrique de que le obedeciesen, y queria conquistar á Nápoles con que engrandecer á sus sobrinos. Para ir al reino el Duque de Guisa envió el exército á Bolonia, y de Ferrara por el Pó á Ancona artillería gruesa del Duque y otra que sacó de la Mirandola, y le siguió con el cardenal Carrafa. En Bolonia no hallando el aparato de guerra propuesta, dixo Guisa al Cardenal faltaba lo prometido á su Rey, y respondióle estaban Juan Antonio Tyraldo en la Marca levantando diez mil infantes y los hallaria en órden en el Ascolano. Volvió á Ferrara el Duque dexando con el exército á su hijo, «mostrando »que en las ligas tiene más fuerza el interes que la obligacion y la razon. »Pues como el temor de perder ó la esperanza de ganar juntan, como »duraren dura la confederacion. Por esto son más estables las que se »hacen con los que temen al Príncipe, que con los que se tiene alguna »emulacion ó concurrencia; porque siendo iguales en fuerzas pueden »sin peligro romper el acuerdo; y le romperán siempre que otro pueda »hacer alguna ganancia, y que no la pueden hacer ellos, como ahora el »Pontífice en la conquista de Nápoles. Mas los primeros, teniendo como »ménos poderosos con indignacion del que les es superior, guardan la »union. Hablando en general, siempre la emulacion los hará ménos esta»bles que el temor, siendo éste de las cosas por venir la emulacion de las »presentes.»

CAPÍTULO VI.

El Cardenal Carrafa y el Duque de Guisa tratan sobre su entrada mejor en el reino, y quéxase Guisa del Pontífice y del Cardenal Carrafa.

Una entrada en el reino de Nápoles decian los de Guisa era por Campania á San German, por donde quisieron entrar los franceses cuando perdieron la batalla del Garellano, y no se eligió por las fronteras de Agnani y Frosolon por el Duque de Alba fortificadas y guarnecidas, y en combatirlas gastarian el tiempo, que le darian para ordenar su gente. El ir por la Sabina y Riete á Civita Ducal ó por el camino de Vicovaro á Tallacoz dexaron por la aspereza de las montañas y sus pasos estrechos para llevar artillería gruesa. Eligieron el ir á Fermo, Ascoli, Civitela del Tronto, Julianova, vereda más cercana, llana, fácil, mantenida; porque en Abruzo mandó el Duque de Alba desamparar los lugares, derramar y quemar los bastimentos, con que estaria en confusion, temor, revuelta. No habia plaza fuerte, ni en tan breve tiempo estaria en defensa para resistirlos, recogerian en el camino á Antonio Tiraldo, gozarian del Estado de Montorio de los Carrafas, y de los otros pueblos de la Marca prevenidos de bastimentos. Con que señoreando la campaña y bien proveidos, entrando con furia y crueldad contra la primera tierra que se resistiese, de miedo se rendirian las demas, para llegar fácilmente á la Apulia abundante, por donde pasó Lotrec á cercar á Nápoles; gozarian de los bastimentos del enemigo, y divirtiendo el Cardenal por Campania los sucesos serian favorables, pues dividirian las fuerzas el Duque de Alba. El de Guisa respondió:

«Estaba bien; mas para ir á una empresa tan dificultosa y peligrosa el »exército de su Rey, queria más seguridad que las palabras del Cardenal. »Se le diese á Civitavieja y Ancona donde recogerse en caso de necesidad.»

El Cardenal no aprobó esto por ser llaves del Estado pontifical, y no haber por ocasion de liga potentado de dexar poner en sus fortalezas presidios de otros. Guisa le increpó de que solamente se le daba á su Rey por compañero á Paulo de tan dudosa fe, que habia creado diez cardenales, y á devocion de su Rey sólo al hermano del marichal Pedro Estrozzi. Le queria presentar el exército y saber cómo no cumplia la capitulacion y las ofertas que hizo. Resfrió el orgullo con que baxaron á Lombardía los pareceres diversos, el camino largo, la tarda resolucion en cómo se haria la guerra, la ociosidad del exército, su pequeñez, la tibieza en moverse, poca seguridad del Pontífice, la dificultad de la empresa, el ser tan apartada de

su provincia, la reputacion perdida; pues en cinco meses solamente conquistó la débil y desgraciada Valencia del Pó; el saber llegaron á Lombardía y caminaban á embarcarse en la Specie los regimientos de tudescos del Rey Católico para defender á Italia; su conducta breve en las galeras por el Doria; la pasada de los tres mil que venian por cuenta del Duque de Florencia y su repartimiento en la guarda de Pistoya, Prada, Arezo, Luciñano, Cortona, y su exército áun se habia diminuido más, porque temiéndose de los duques de Florencia y de Parma, fueron algunas compañías de gascones y cien lanzas á guardar la Romania y Bolonia, y Guisa dexó en Ferrara otras compañías. Con la tardanza perdieron la ocasion favorable que les ofreció la fortuna. El de Guisa, despues de haberse visto con el de Urbino, fué en Roma con el príncipe de Ferrara, el cardenal Carrafa, Pedro Estrozzi y cabezas del exército, de la córte y del Pontífice honorable, y agradecidamente recebido y llamado libertador de Italia de la opresion española. En presencia de Paulo trataron el modo de hacer la guerra, y queria Su Santidad fuese contra Nápoles, y los franceses decian:

«Era tarde, porque el Duque de Alba estaba prevenido, la entrada difi»cil, el riesgo conocido, el fin dudoso, las tierras fortificadas, los bastimen»tos del Abruzo recogidos, las sobras retiradas, no vian señal de rebelion »en los napolitanos, sino prontitud en servir á su Rey y resolucion en de»fenderse, como certificaban las espías, amigos y correspondientes. La guerra »contra Toscana sería fácil, de más reputacion, seguridad; y la de Lom»bardía, donde tenian razonables fuerzas con que aumentar su campo.»

Paulo quiso la conquista de Nápoles, y obedeció Guisa conforme á la comision de su Rey, y tomó la empresa con más temeridad que tiento y buen consejo. Las principales ciudades del reino son marítimas, y teniendo por suyo el mar el Duque de Alba con la armada del Rey, superior á la de Francia, mal las conquistára socorridas y presidiadas, y especialmente á Nápoles y á Gaeta y otras fortalezas; bien que para esto el rey de Francia armó treinta y dos galeras en Marsella, y esperaba la armada del turco solicitado con este intento por su embaxador, Mos de Codoñac, desde el año ántes aceto amigo del baxá visir Rustan, que habia pedido viniesen á las marinas de Nápoles para ayudar á su exército. Estuvieron apercibidas cien galeras, mas no salieron de Constantinopla á su contemplacion y comodidad; porque habiendo enviado por sucesor de Codoñac á Mos de la Viña, ménos prudente y diestro en negociar, su arrogancia y poca verdad enfadó de manera á Soliman que su armada no acudió á sus deseos; y porque teniendo Rustan mucho dinero á ganancia en el Banco de Leon no le pagaban los intereses enteramente, de que estaba quexoso, indignado, desabrido, porque Mos de la Viña le llevó diez mil ducados, y no todo lo que se debia á su codicia.

CAPÍTULO VII.

Pide el Duque de Guisa al de Florencia entre en la liga: el de Ferrara va á Venecia: en Piemonte Termes ocupa á Valfenera.

Procuraron desde Bolonia el Cardenal Carrafa y el Duque de Guisa meter al Duque de Florencia en su confederacion. Publicaron, sembrando disidencias entre el Rey Filipe y el Duque, casaba D. Francisco de Médicis su hijo sucesor con hija del Rey Cristianísimo, y su hija con un hijo del Rey, y le daban en dote á Sena y su Estado, y entraba en la liga. Guisa duplicó el ofrecimiento y le pidió se declarase, porque si no el Duque de Ferrara acetaba. Cosme respondió (entreteniéndolos) se le diese tiempo para renunciar el Toison, y los satisfaria. Avisó al Rey Católico, y aunque le pareció artificio suyo, dixo: «Podia dar él mejor á Sena que los franceses, que tenian de ganarla contra todo derecho primero para darla á otro.» Escribió el Duque la oferta que se le hizo al de Alba, y respondió entretuviese los franceses en esperanza treinta dias, y si le ofendiesen iria con todas las fuerzas del reino á defendelle. El Duque de Ferrara, ciudadano de Venecia, fue en su gran Consejo acusado de haber entrado sin su aprobacion en liga con el Rey de Francia contra el de España, de quien no recibió ofensa, y metió armas extranjeras en Italia para su molestia y peligro tal que le hubiesen de defender y la propia seguridad; porque los sucesos de la guerra son varios, y á veces se comienza por poco y acaba por mucho. Si el Príncipe mayor venciese, ¿quién enfrenaria su arrogancia y nuevos deseos de mayores cosas, si el temor de Dios ó la prudencia no los resistia y enfrenaba? El Duque, recelando que al fin la guerra tempestase sobre su Estado, no queria irritar al Rey Católico, ni desdeñar al Cristianísimo ni al Pontífice no los ayudando. Entretuvo su exército en campaña el Príncipe su hijo, y proveyó sus tierras; porque su padre le advirtió siguiese el consejo de la república de Venecia y la reverenciase, y en audiencia secreta dixo: «Le metió en la liga el ser feudatario de la Iglesia y general y su »poca defensa, desabrimiento con los ministros del Rey Católico, sospecha »de los vecinos.» Respondióle el Dux «le convendria con el Rey Católico.» Los señores de Correzo, por órden del Cardenal su tio y hermano, recibieron presidio español, y huyeron de Ferrara á Milan. Al Duque turbó mucho, que volvia de Venecia; y dudando de la fe de Bresselo, sito en la ribera del Pó, caminó á asegurar sus tierras. Reforzó los presidios de Módena, Rezo, Calpi, Robere; en la Vastia hizo un fuerte para que no le acome-

tiesen por el Pó. En la Specie, Juan Andrea Doria, sobrino del Príncipe (mozo de grandes esperanzas, guiado de Marco Antonio del Carreto, de los señores del Final), embarcó en veinte galeras la coronelía de Hanz Walter, de la conduta de Luis de Barrientos, aunque procuró el Cardenal de Trento quedasen en Milan. En Puerto-Hércules llegaron al tiempo que treinta y dos galeras francesas, sin tocar en Génova, entraron en Portolongon, en la isla de Elba, con mucho daño de los de Cabo Libero. Descubiertas desde Monte Argentario, Juan Andrea puso las suyas en batalla y el presidio en arma en los fuertes, y el capitan Oruña, gobernador, asestó la artillería á la parte donde Juan Andrea se oponia á los franceses, tocando ambos á la batalla, abrigado el Doria de Herioleto, isla pequeña, y de la artillería, y se entretuvo inferior en número de galeras, por tener ventiocho en España y no arriesgar la plaza y el reino. Los franceses en Puerto Santistéban estuvieron sin echar esquifes, dispuestos para pelear. En Civitavieja desembarcó la infantería francesa y el príncipe de Salerno, y pasó á la isla de Ponce á hacer y guarnecer allí un fuerte, y Juan Andrea llegó á Nápoles. El conde de Brisac en Piemonte aumentó su campo con diez mil infantes zuiceros y provenzales y nueva caballería ligera y estandartes de hombres de armas y gastadores, y lo envió á Mos de Termes. Unido el exército, á quince de Abril sitió á Valfenera, entre Villanova y Asti, fortificada bien por D. Ferrante Gonzaga, y otras veces apretada y de los españoles por su interes gallardamente defendida. Plantaron deciocho cañones, y con las trincheas el mucho número desembocó en el foso. Estaban dentro cuatro banderas de españoles, tres de italianos, cuatro de tudescos mal contentos por la ruin paga y amotinados los más; y dado un asalto querian rendirse los desobedientes. Con una mina los franceses volvieron inútil la artillería de la plaza, y capituló el presidio el salir salvas las vidas, dexando muchos pertrechos de guerra con infamia. No fueron socorridos del Marqués de Pescara como fuera razon. Luégo Brisac sitió y quitó el socorro á Quirasco, que tenía cien infantes solamente, y los vecinos amigos de franceses no quisieron pelear, y habiendo batido ellos mucho tiempo con tres asaltos, en que murieron los más de los defensores, entráronla furiosamente, y Brisac reparó la batería, fortificó y amunicionó la plaza. Su pérdida y la de Valencia y Valfenera le dió gran reputacion y ánimo, cuidado y mal nombre al Triunvirato, y temor de perder á Alexandría ó Asti. Alentáronse con la llegada de ventiocho galeras que traian tres mil españoles, y con ochocientos caballos herreruelos que llegaron de Alemania, y la gente de la tierra bien gobernada, si el dinero del Rey se gastára con fidelidad hicieran buenos efetos; mas la desconformidad de las cabezas en intentos y hábito lo disponia muy mal, y mostraba de cuanto inconveniente sea en una expedicion. No obedecian al Duque de Alba los dos, ni el Marqués al Cardenal, con gran deservicio de su Príncipe, hasta que advertido por los

malos sucesos, lo remedió exonerándolos y enviando en su lugar al Duque de Sesa, señor de singular prudencia y valor, como adelante se verá.

CAPÍTULO VIII.

El Conde de Alcaudete para conquistar á Mostagan se confedera con el Xarife y con los Meliones, y en Valladolid persuade la empresa.

Gobernaba Hascen Corzo en Argel con prudencia con el pueblo, liberalidad con los genízaros, buena intencion con los cristianos, amado y acatado. Llegó á los seis meses por sucesor Teoqueli, y con tanto desplacer que resistieron su entrada, hasta que la facilitó division entre los genízaros y leventes, y un engaño que éstos hicieron á los otros. Enganchó al Hascen, empaló los alcaides de Bona y de Bugia porque le requirieron se volviese, y trató ásperamente á los genízaros. Éstos para vengarse prometieron su ayuda á Isuf, alcaide de Tremecen, renegado calabrés y criado desde niño de Hascen Corzo, y así le alanceó fuera de Argel. Entró en su gobierno, y al sexto dia murió de peste. En su lugar nombraron á Yahayá turco, alcaide de Meliana. Por estas muertes y disensiones pareció á Soliman volveria á la antigua quietud y buen gobierno Argel con la autoridad de Hascen, hijo de Barbarroja, y le envió con diez galeras y llegó en Junio mil y quinientos y cincuenta y siete. En este tiempo el Xarife, rey de Marruecos, para vengarse de los turcos, con gran campo ocupó á Tremecen, que guardaba el alcaide Suffá. Combatiendo la fortaleza, porque no truxo artillería ni se la quiso prestar el Conde de Alcaudete (pareciéndole no convenia hacer artilleros ádos moros ni fiar los cañones dellos) se retiró, porque Hascen vino en socorro con seis mil turcos, deciseis mil moros y cuarenta galeras y galeotas por mar, y le siguió hasta que en el primero dia de Agosto, cerca de Fez, peleó con grande estrago de ambas partes, y se retiró vencido y embarcó en Puertonuevo junto á Melilla, y volvió á Argel á los veinte de Agosto. Pareciendo al Conde de Alcandete podia gozar del enojo presente que el Xarife tenía contra los turcos, escribió le ayudase para salir del peligro comun de las armas turquescas tiranas y en Africa tan poderosas, que le expelerian de su reino en su mayor seguridad; ni era bien estar su corona á la disposicion de un virey de Argel, servil esclavo del turco. Ganarian á Tremecen para él, y á Mostagan para la corona de España, con que cerrarian el paso á los exércitos de Argel y todos vivirian seguros. El Xarife acetó la confederacion y prometió de salir con grande exército de tiradores Elcheso, renegados y de granadinos, y

buena caballería cuando le avisase. Trató del hecho por sus farautes con los xeques de los alarabes, enemigos de los turcos y que en nada les reconocen, ramo de Beni Ami, de la Cobeyla de Hilelá, habitantes entre Orán y Tremecen en los llanos de Curat hasta las tierras de Beni Raxijd ó Beni Arax, y hácia Libia en el desierto de Tegararin, que son meliones ó galanes de Meliona, ciudad doce leguas de Argel á su poniente, ó de Meliona, provincia suya sin dependencia de señor, de los linajes de Uled Amar, Uled Harigi, Uled Abdala, que juntan seis mil caballos y cincuenta mil peones. Halagó y reduxo á los de Uled Habru que viven en los llanos entre Orán y Mostagan, labradores tributarios de Tremecen y algunas veces de Orán. Todos respondieron á gusto del Conde y prometieron gente para asegurar la campaña y bastimentos, y su comunicacion tanto esforzó su buena voluntad que no les pidió rehenes ni seguridad de que cumplirian lo concertado, y fué á Valladolid á tratar de hacer la empresa de Mostagan. Aprobáronla algunos; mas D. Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, del Consejo de Estado, y otros del de Guerra, en contra decian: «No cumplirian los moros mudables y de poca fe, no habiendo dado rehenes para asegurar la promesa. Los turcos, por medio de alfaquís, desharian la confederacion, ó por las armas quemando los panes ó alzándolos la tierra adentro, para que no proveyesen á los cristianos; meterian buena guarnicion en Mostagan, que se habia de ocupar de improviso, ó esperar á ser ayudado de las galeras ocupadas en las guerras de Italia, pues no le parecia se hiciese la jornada sin ellas, para guardar la costa contra el socorro de Argel, proveer el exército de vitualla y municiones y salvarse bien en todo trance de fortuna. El Rey guerreaba en Flandres con exército costosísimo; sus capitanes, en Italia; sus armadas en el uno y otro mar, por España, contra Francia el virey de Navarra; convenia no crecer el gasto ni dividir las fuerzas con que se debia ántes acudir á tantas guerras, reforzar los exércitos, proseguir sus victorias, y si perdiesen mejor.» El Conde instaba más que debiera por tema de acabar la jornada que comenzó, mostrando tuvo buen consejo.

CAPÍTULO IX.

El Duque de Guisa se acerca al reino y sitia á Civitela, y va el de Alba al Abruzo.

En tanto que el Duque de Guisa caminaba reposadamente con su exército la vía de la Marca, donde llegó la artillería encaminada desde Ferrara, el Duque de Alba, alentado y prevenido con la comodidad del tiem-

po, fortificaba sus fronteras y conducia su gente á la plaza de armas en el Abruzo en Civita de Cheti, donde habian de ir los alemanes y españoles que estaban en Venastro y en Campania de Roma, porque allí asistia Sancho de Mardones, comisario general. Partió de Nápoles á once de Abril, y con pocos caballos y muy grandes jornadas llegó á Civita de Cheti. Reconocida la tierra y plazas, dando ánimo, órdenes, esperanzas á los naturales y soldados de su defensa, volvió á Sulmona convocando y solicitando la conduta de la gente de alojamientos distantes. Envió al Conde de Santaflor, y por caminos secretos con el capitan Todaro alvanés, Francisco del Porto, D. Antonio de Guzman, Francisco de Valencia, Montes de Oca y Orejon, con una compañía de caballos que llevaba en los arzones la paga de dos meses para los italianos, pasando cerca de la caballería del enemigo, que reconocia y robaba la tierra, guiado entró en Civitela á dieciocho de Abril. Halló á Cárlos de Lofredo, mozo de veinte años, hijo del Marqués de Treviso, con mil italianos de sueldo. Escogieron de los naturales los más hábiles para las armas y distinguidos en compañías, y repartida la tierra en cuarteles, los pusieron en postas segun pareció conveniente y los mudaban de unas en otras para excusar tratos y repartir igualmente el trabajo. El Marqués de Treviso cerró en un baluarte una fuente, acomodó un pozo, llenó los algibes de agua, proveyó la tierra de mantenimientos para muchos dias. El Conde de Matalon asistia en Atri; el Marqués de Buchianico en Civita de Cheti; el Duque de Nocera con su hijo el Conde Soriano en Pescara. Es Abruzo la primera provincia del reino de Nápoles, viniendo desde Urbino á entrar por la tierra bañada del Adriático, regada de los rios de buen nombre, Pescara y Tronto. Divídese en Citra y Ultra del rio Pescara, respeto de Nápoles, la metrópoli y córte de los reyes. Los antiguos la contaron en el Sannio, que es de la otra parte del rio Pescara con la provincia de Molise, Matrucini y Preguntini. El rio Tronto vierte en el Adriático y divide los abruceses de los picenos de la marca de Ancona, desde el nacimiento del rio en el Apenino hasta su boca, donde fue la antigua Trevento. Tienen allí los de la marca Legrote y los del reino á Colonela, más en lo alto, entre Ascoli y Civitela, divididas con el rio Mariño, y subiendo más la tierra adentro los montes asperísimos del Apenino, donde eran los Vestini y Amiternini, y está hoy Aoumuio y la Leonesa, divididos del ducado de Espoleti en la Umbría. Los naturales llaman estas tierras de Norcha y de la Leonesa, con que se divide Abruzo de Campania en los Equicoles del Lacio, pequeño rio. El reino tiene Lecele, y más en lo alto á Tallacoz, donde se va por las montañas de Forca Ferrata, de la parte que mira al Tirreno el Apenino y envia sus rios, y por sus confines á Civita Ducal en los Vestini, y los umbríos en la Sabina á Riete, divididos del rio Vellino ó Melito, que nace en el Apenino cerca de Civita Ducal, y acrecentado de aguas la riega, y por dentro de Rieti vierte ade-

lante en el lago de Pedilupo, juzgado por el centro de Italia. Por la parte de Tallacoz, donde fueron los Marsios, y es el lago Ficino ó Celanio, estaba el Lacio entre los Equicoles, hoy Abruzo. Campania tiene á Vicobaro sobre el rio Aniene ó Teverone, y volviendo á levante desde tierra de labor se llega á Campania en los Hernici y el rio Garillano, Liris ó Glanices hace la mayor parte de los confines. El reino tiene á Roca Seca y Aquino; los de Roma á Pontecorvo, Ceprano y otros lugares, y más á la mano derecha el reino á Sora, sobre el Garellano y la isla del rio Fibreno. Destos términos se llega á los postreros entre Fundi y Terracina, cerca del mar Ausonio, entre Gaeta y Terracina, junto á Esperlonga, donde entra en el mar el rio Ufento ó Fanto, que solia pasar por la laguna Pontina, hoy Limaruti, y entra en el mar cerca de Terracina, Anxur antiguamente. Subiendo desde el mar Adriático al Apenino, lo que se encierra entre los dos rios Tronto y Umano era de los Preguntini, y baxando de la cumbre de Forca de Pena al mar Adriático, lo contenido entre la ribera derecha del rio Umano y la izquierda del Pescara era de los marruchinos, hoy de Pena, y de la otra parte de Forca de Pena estaban los Vestini y Mamertini, donde hoy la ciudad del Águila y su comarca; y pasando de la otra parte del Apenino forma los Marsios en el lago Ficino, y parte de los Equicoles en torno de Tallacoz. Esta provincia se divide del Abruzo citra con uno de los ramos del rio Pescara, que baña el pié del Apenino en Royano, enfrente de Populo, hasta la boca del mismo rio por medio de la tierra de Pescara, y más en lo alto en la cumbre del Apenino, cerca de la fuente del rio Sangro, entre Pescoaserli y Loya, en el fin de los Marsios, con las mismas sierras que miran á mediodía se aparta de tierra de labor, y con el principio del rio Garellano en el valle de Orbito. Por el mar desde la boca del rio Pescara va á la de Fortore en Capitanata, cerca de Termoli, y en la tierra confina con Abruzo ultra en el brazo de Pescara, que sale debaxo de Rayano por todo el valle intra monti y con la cumbre del Apenino en el Pescoaserli en la fuente del rio Sangro, que divide al Abruzo del condado de Molise, cerca de Castel de Sangro, contada en el Samnio, y contiene los Ferentini, y entre el Sangro y Pescara los Pelini, gente de valor en la guerra. En Abruzo ultra está Civitela del Tronto sobre piedra viva en un collado que mira al levante y al mediodía en medio círculo, y la habitacion es de medio arriba, donde las casas hacen forma de teatro, y una puerta mira al Adriático, otra á Tramontana: es ceñida de ásperos valles y precipitosas rocas, por cuya gran profundidad corre el rio Librata ó Viperata de menor nombre que nace del Apenino. Miéntras los franceses llegaban á Ascoli, Francisco Colona en Campania, con siete compañías de infantería y dos de caballos ocupó á Cavi, Genazzano, Carpaneta y Valmonton, cercanas á Paliano, y las guarniciones del Rey Católico se recogieron en Montefortino y Agnani, más si las acome-

tiera y á Frosolon las ganára. Juan Antonio Tiraldo con mil y quinientos italianos, quinientos franceses y ciento y cincuenta caballos ligeros, á quince de Abril salió de Ascoli de noche y dió sobre Campoli, lugar murado, tres millas de Civitela más dentro en el reino. Pidió se rindiesen, y no resolviéndose tan presto les dieron escalada, y por alguna resistencia y daño en los asaltadores con rabia y su ímpetu furioso arremetieron los franceses y ganaron la plaza, llenando la tierra de muertos, heridos, voces, llantos, miseria, robo, destruicion, no perdonando á la honra de las mujeres y apénas á los templos, y el saco fue de valor de más de docientos mil escudos, y con la abundancia de vituallas y vinos buenos se recrearon largamente. Rindió el Castaldo á Teramo y á Contraguerra, corrió la Valsiciliana hasta el mar robando los campos de Colonela y de la baronía de Corropoli hasta Julianova. Tentaron á Civitela escaramuzando con los de la guarnicion. El Duque de Guisa muchos dias en el Fermano esperó la gente del Pontífice y se quexó á D. Antonio Carrafa, marqués de Montebello, de lo mal que se cumplia con sus promesas, pues con tan poca gente como se le daba, no podia entrar á la conquista en un reino grande sin revolucion de rebelion ni persona que viniese á su exército. Determinó sitiar á Civitela con arte, cuidado y diligencia, para ganar reputacion en acometer, gozar de las vituallas, conservar los amigos con pequeñas victorias, dando ánimo y fama al principio de la guerra y ver si los del reino, amigos de novedades, hacian en su favor movimiento. Si no la rendia con presteza, dexaria para hambrealla tres mil infantes y docientos caballos, penetraria el Abruzo para salir á la Apulia ménos montuosa y más abundante. Algunos capitanes advertidamente le dixeron:

«Se vió muchas veces haber detenido á un grueso exército fácilmente »un lugar de poca importancia por fortaleza natural del sitio, bondad de »las murallas, animosa obstinacion de los que le defendieron, ó por otro »accidente que no pudo prevenirse ó imaginarse; y solia ser con tal dispo»sicion apto y suficiente á sostener el ímpetu como una ciudad muy gran»de. Y aunque ocupase á Civitela no era ganancia importante para el be»neficio de la empresa comenzada, ni recompensa del tiempo y gasto que »haria en combatirla. El emperador Maximiliano, detenido mucho y sin »propósito en el sitio de Asola, que se le antojó rendir pasando cercano á ella »para dar esta primera reputacion y crédito á su exército, perdió la ocasion »que le llevaba de ganar á Milan. Los soldados de su rey Luis XII, pasados »los montes, perdieron el conquistar aquel reino, por haber intentado su»perfluamente el tomar á Rocaseca con peligro de la fama y vida; porque »consumiendo en el sitio algunos dias en vano, dieron ánimo y espacio á »los españoles de reconocerse y estimar en ménos las fuerzas del enemigo, »empleadas infelizmente en llegando á la provincia; quitaron el deseo al »pueblo y la osadía de emprender algunas cosas en su favor por el ódio

»que tenian á los españoles, y les dió ánimo para conservar por ellos el »resto del reino.»

Aunque no desplació á Guisa el discurso, para executar su intento encaminó con buena forma el exército. A venticuatro de Abril llegó á Civitela, esperó ocho dias la artillería y municiones de la Marca, reconociendo en tanto por donde se podia batir con mayor efeto, escaramuzando los de la plaza, que salian guiados de Francisco de Montes de Oca y Orejon, y pelearon valerosamente. Alojó Guisa por la parte que mira al mar trecientos pasos de la muralla, junto á un monasterio de frailes Franciscos, parte más llana donde hizo trincheas de media milla en largo, envueltas para plantar la batería contra la puerta; por estar cercada de baluartes con muchos traveses, puso solamente arcabuceros que tirasen siempre á los de la muralla. Plantó una culebrina debaxo de una torre cercana al convento para batir algunas calles de la tierra, cinco cañones en un collado enfrente, cuatro poco más abaxo contra un lienzo de la muralla, y un bastion puesto en el medio de la plaza en más alto que las explanadas, seis enfrente de la puerta que mira á las montañas contra la muralla, y una torre pequeña cerca de la puerta inferior á la batería. Batió de todas partes con furia y llovia con mayor, aguando á los franceses las esperanzas alojamiento, pólvora, terreno, impidiendo la arremetida. Gran parte de la muralla cayó y del baluarte reventado del terrapleno. El contento que los franceses recibieron quitó la presteza con que los vecinos, mujeres, viejos, niños, soldados acudieron al reparo, y la presa de un sargento y muerte de un alférez que reconocian la abertura. Para su reparo envió el Conde por faxina algunos soldados á cargo de Juan Batista de Nápoles. Acometió los enemigos en el foso con escaramuza tan recia que baxaron á ella más de dos mil gascones de la vanguardia. Duró tres horas con su daño, por estar en la ladera de la otra parte del foso, y con la priesa, por el lodo deslizando, impedian unos á otros y rodaban impelidos por la cuesta. Murieron ocho, fueron heridos muchos, dos presos, y Juan Batista de Nápoles mortalmente. En el dia siguiente un soldado de la provincia de Leche, de la compañía de Juan Batista Galeoto, acometió un frances que arrogante desafió la guarnicion, y huyendo le alcanzó en el foso y le mató. Continuó la batería Guisa, y avisado del poco efeto que hacía por un soldado italiano de dentro, la mandó reconocer y halláronla más fuerte con los reparos, y que no se podia subir por los barros, cuesta y otros impedimentos de los defensores que hacian de noche con la tierra y faxina que llevaban las mujeres. Peleaban algunas con arcabuces, morriones, picas, armas enastadas, mostrándose por la muralla, creciendo el número de los soldados, sin oirse grito ni voz si alguna mataban las balas, sin miedo, sin desmayo, ántes coraje de amazonas, y llevaban de comer á sus maridos á la muralla, porque no se apartasen de sus postas. El Conde de Santaflor y Cárlos de Lofredo

animaban los vecinos, los acompañaban en los trabajos y peligros, defendian la plaza gallardamente. Con dos cañones que tenian solamente (que del castillo del Águila habia traido el Marqués de Treviso) mudándolos á todas partes, mostrando ser más número, tiraban al campo artillería alojamiento del convento, mataban y herian muchos enemigos, y con más continuacion despues que les servian las balas francesas justas á sus cañones, con que desembocaron tres piezas. Guisa, airado y cuidadoso por la mala arremetida de las baterías, para vencer por número en el asalto los que no podia por fuerza, arte ni máquinas, reconocida la muralla, halló que las piedras que arrojaban por la parte del castillo donde estaban las mantas dañaban mucho á los que llegaban, saltando por las cuestas, despedazando y trabucando lo que delante tocaban. Reconoció por su persona la batería, hizo labrar nuevas mantas de madera cubiertas de sacas de lana, y con ruedas para arrimarlas al muro fácilmente á cubrir los que le habian de picar. Metiólos á la primera guardia con dos mil arcabuceros, donde la batería estaba abierta; tocó arma de una y otra parte, disparó la artillería para que los de dentro corriesen á lo batido, como lo hicieron guiados del Conde de Santaflor, y por la otra parte tuviese lugar y tiempo para subir á la batería. En ella estaban tres compañías por la parte de los montes, y sus capitanes contendian sobre el dexar entrar ó no á los enemigos en la retirada para matarlos en ella con pedradas y arcabuzazos; mas Riccio de Cardono, de Leche, sargento mayor, enviado del Conde de Santaflor, les dixo no era bien tener enemigos dentro, defendiesen su muralla, porque ya se mostraban los franceses. Baxó contra ellos con sesenta arcabuceros, y mató con la pica al primero que entró. Señaláronse bien el capitan Angelo de Mero de Leche, y Virgilio Florio de Lanchano, y Julio de Civitela, capitan de los mancebos della. Por la parte de los montes hicieron tan gran matanza los defensores, que cediendo los franceses á su valor y multitud de piedras que baxaban tronando, y al granizo de la arcabucería, se retiraron con docientos muertos, y dos tantos heridos y presos, y entre ellos Mosiur de Cupiní gascon, rota una pierna, furioso y congoxado por la pérdida de su reputacion y exército, venido á empresa tan grande menor en número, contra el parecer de tantos buenos consejeros, y se retiraron los franceses. Guisa volvió su furia contra D. Antonio Carrafa, quexándose de que no le daba los soldados que prometió el Pontífice y de que no pagaba los que habia, y no hallaba en los hechos sino los suyos de insuficiente copia para la conquista; las balas no venian á los cañones; era mala, poca y mojada la pólvora, y todo le faltaba; porque á un descontento nada satisface, todo es culpable miéntras se impide el cumplimiento de su deseo. Tomó muestra á la infantería italiana, no halló su número cierto, dixo robaban los oficiales las pagas que habia perdido á su rey Francisco en Pavía, y no lo habia de sufrir, pues eran por su cuenta las dos tercias par-

tes, conforme á lo capitulado, y así por su órden habian de pagar. Don Antonio Carrafa respondió libremente, y el Duque airado le replicó con aspereza. Esto y una contienda que tuvo con Mos de Sipiers sobre el alojamiento, de quien no habia sido respetado como esperaba, le llevó á Roma. Guisa envió á Sipiers á informar á Paulo de lo que pasaba en todo. Comenzaba el cuerpo de muchas cabezas á fines diversos por diversos intereses encaminados á discordarse, y verse los efetos de los pronósticos contra Guisa; porque los italianos sin general y sin pagas fueron á sus casas poco distantes. El acamparse Guisa sobre Civitela tenía poco fundamento, porque las plazas que cierran totalmente el paso no se han de dexar atras, ni las que están sobre rios navegables y necesarios á la empresa, ó lugares grandes por facultad ó gente gallarda para cargar la retaguardia, romper los caminos, impedir los socorros, vituallas, retirada. Esto no lo pueden hacer las pequeñas plazas incapares de mucha gente; y así Civitela se podia dexar sin daño, mas la furia francesa que la sitió para mostrar á su Rey (como he dicho) entraba venciendo, se desengañó vencida valerosamente y mal reputada.

CAPÍTULO X.

El Duque de Alba viene al socorro de Civitela, el Conde de Brisac sitia á Cunio, el Duque de Ferrara asegura su Estado.

El Rey Católico muy apriesa prevenia la guerra contra el rey Enrique, y para servirse en ella de la persona y consejo de D. Ferrante Gonzaga le llamó, y en su lugar envió á Antonio Doria de gran juicio y experiencia militar en mar y en tierra. Supo del Duque el estado y provisiones del exército, y como pensaba emplealle, y partieron de Sulmona para Civita de Cheti, plaza de armas en Abruzo. Allí tomó muestra; llegó á Pescara, donde estaba la artillería en la ribera de Umano; distribuyó la gente en escuadrones para que cada general y nacion dando batalla tuviese conocido puesto firme; puso en la vanguardia los tres mil españoles soldados viejos del tercio de Sancho de Mardonés, de quien era general D. García de Toledo en escuadron volante, y los mil y ochocientos tudescos de Gaspar de Feltz tan cerca que no se conocia diferencia, guarnecido de la arcabucería como los demas escuadrones; en la batalla los ocho mil napolitanos y sicilianos de las coronelías del Conde de Nicontera, buen soldado, y á Cárlos Spinelo, conde de Siminara, capitan de gente de armas; Salvador Spinelo, Chico de Lofredo, con los tres mil infantes napolitanos de las cen-

turias, que levantaron treinta caballeros con nombre de Centuriones, todos escogidos á porfía, con su capitan general Vespasiano Gonzaga; en la retaguardia tres mil y doscientos alemanes de la coronelía del Conde Alberico de Lodron; á los lados en tropas mil y quinientos caballos ligeros con el Conde de Populo, su general, en los cuernos y en los lados por alas. Entre la infantería y caballería quedaba tanto lugar que podian pelear y socorrer unos á otros sin estorbo; en la retaguardia setecientos hombres de armas en escuadron á cargo de D. Juan Puertocarrero, y la caballería española de D. Pedro Enriquez, hermano del Conde de Alba de Aliste, gobernado y asistido de D. Lope de Acuña, que desde Lombardía vino buscando las mayores ocasiones en que emplearse y señalarse. Queria alojar en la ribera del Pescara, de cuyos puentes dexó solamente el de Populo para impedir el paso á Guisa (si pasaba de Civitela y Atri) á viva fuerza, pues no le era inferior. Sacó de Civita de Cheti al Conde de Matalon y al Marqués de Buchianico con sus coronelías de infantería italiana; dexó allí por capitan á Juan Baptista de la Tolfa, señor de Serino, uno de los centuriones, y en Atri á Tiberio Brancacio, capitan de fe y ánimo conocido. Á diez de Mayo fué á Pescara, donde avió la artillería y aparatos de guerra que de la Apulia se llevaron, y de Nápoles armas, municiones, vestidos. El exército iba animoso y ganoso de pelear con los franceses, para castigar su atrevimiento y menosprecio de un reino acometido tan confiadamente, donde tan mala suerte habian tenido, y olvidados volvian á morir á sus manos. El Duque de Alba cuidando más de la manera de campear que hasta allí, por haber de guerrear con enemigos expertos y valientes y capitan diestro y valeroso, envió á tomar puesto en sitio fuerte, y que la industria le pudiese hacer más, de aire limpio y salvo de concursos de aguas por eminencia, y que las tuviese en su dentro ó cerca. Envió delante al cuartelmaestre ó furrier, y los gastadores para allanar el camino y alojamiento y fortificalle, y hechas trincheas y reductos marchó el campo á ocupalle. Tenía suficiente ámbito en cuadro, en que formaban cuatro calles en cruz, cuatro cuarteles con cuatro plazas; alojó en el uno el Capitan General con la infantería, en el segundo la caballería con su General y Teniente, en el tercero la artillería, su General, Teniente, oficiales, gastadores y una compañía; en el cuarto el Macstre de Campo general, su Teniente, proveedores, comisarios y el de las espías. La plaza de los mercaderes y vianderos tenía puesto acomodado para comprar y ver si las viandas eran buenas y en el precio, y los animales traian de fuera muertos por la limpieza, y allí alojaban los que venian á ver. Distaban poco de las trincheas los cuarteles para ir brevemente á combatir y defenderlas, y las cuatro puertas de la entrada de los cuatro lienzos. En ellos pusieron cuerpos de guardia de la compañía que lo era y le tocaba con luz toda la noche y mandato de no moverse en venida de enemigos hasta ser formados los es-

cuadrones. Las centinelas dexaron á treinta pasos de los cuerpos de guardia, y dobladas, para que si el uno fuese á dar aviso, quedase en la posta el otro, y adelante pusieron otras con órden de juntarse si hubiese rumor, para ver si era de caballería ó infantería, y si tocarian arma ó no. Dispuesto así por los sargentos mayores, tomaron órden de las rondas y el nombre, y le dieron á los de posta en los tres cuartos de la noche en que está toda la seguridad, y con aviso que si viniese despues alguno le llevasen al cuerpo de guardia, y el oficial al sargento mayor, y el Maestre de Campo ó Capitan General. En llegando á Milan los señores de Correzo, el Marqués de Pescara guarneció sus tierras fronteras de Brisselo, lugar del Duque de Ferrara, y asistia á su defensa. En Piemonte andaba la guerra porfiada, porque á primero de Mayo Mos de Brisac sitió á Cuni, ciudad del Duque de Saboya, vecina de una parte al marquesado de Saluzo, de otra al monte de la Argentera y Savigliano, edificada en alto por naturaleza fuerte. Con muchos cañones le dió cargas de noche y de dia, y asaltos furiosos; pero defendíanla gallardamente el capitan Menicone con su compañía de italianos y los vecinos matando gallardamente y hiriendo muchos franceses, derribándolos de las baterías, y rehaciendo de noche lo que de dia arruinaba la artillería, siempre tan en sí y alentados como en el primero punto deste sitio. La determinacion de morir ántes que rendirse, y los prontos remedios de Menicone y de los cercados volvian inútil lo que la industria y fuerza obraba contra ellos con minas, trincheas, cavas, picar la muralla; cada dia dificultaban más la entrada y esperaza de rendirlos, peleando por la vida, hacienda, hijos, mujeres obstinadamente. Por esto Brisac la ciñó de fuertes y altas trincheas para vencerlos por hambre, pues no podia con las armas, como á Numancia Cipion, ó debilitándolos acometellos y rendillos. Las mujeres armadas no cedian á los varones sobre las murallas y reparos, combatiendo, reparando lo batido, haciendo bastiones, tirando piedras, vigas con clavos, agua hirviendo, fuegos artificiales en los asaltos, dando de comer á sus maridos en las postas y curando los heridos de manera que su trabajo y el teson de los varones vencieron la furia de los franceses, como en el mismo tiempo los de Civitela del Tronto, haciéndose inmortales los dos sitios y memorables las mujeres. Solamente eran favorecidos desde Fosano del señor de la Trinidad, frances fiel al Rey Católico, sin haberle podido reducir al servicio del Cristianísimo Brisac ni Termes. Los cercados pidieron al Cardenal de Trento los socorriese luégo el Marqués de Pescara, mas no pudo tan presto, ocupado en la defensa de Correzo, apretado del exército de Ferrara. Queríale acometer el Marqués de noche por el Pó con barcas ligeras, y con la inteligencia que tenía dentro y la gente prevenida en Casalmayor y otras partes para el socorro, si el negocio sucedia bien; mas la dilacion descubrió el trato, y aunque prendió muchos forasteros, y dobló la guardia el Duque, no le penetró, ni supo los

autores, ni de quien debia guardarse, y velaba con temor, recelo y cuidado. El Conde Chapino Viteli por órden del Duque de Florencia visitó las fronteras, y paró en Barga, lugar confin con Castelnovo de Cafarnia del Ferrarés donde tenía gente de guerra, y llevaban de Pisa artillería. El Cardenal de Trento para socorrer á Cuni, sacando de peligro á Niza y las tierras de genoveses, si se perdia, llamó al Marqués de Pescara. Salió de Asti con buen número de españoles, italianos, alemanes, hombres de armas, caballos ligeros, buen órden y bonísima intencion, y dexado un mal paso debaxo de Carmañola caminó á la siniestra, contra la opinion de Juan Baptista Castaldo y de otros capitanes que le contradecian, y animosamente llegó á Fosano, y con mil italianos que sacó de Cavi á Cunio cuando abiertas las trincheas querian asaltar los enemigos, y ellos rendirse en último trance. Forzó los asaltadores á retirarse; metió gente y municiones; salvó la gente indigna de muerte por su constancia y ánimo, con que en su defensa vencieron valerosamente. Algunos gentileshombres y mercaderes se juntaron en Asti, y llegaron á Carmañola para ir á Cuni; y Brisac avisado los prendió y desbalijó en una emboscada, y el Conde de Novelara ventirrosamente escapó socorrido de Julian de Carvajal, español. En partiendo el Marqués de Pescara al socorro de Cuni, el Príncipe de Ferrara y Cornelio Bentivolo salieron en campaña, y pidió el Príncipe al Conde Francisco Gonzaga le dexase poner presidio en Nogarola, y aunque imperial se rindió á la fuerza. Pasaron á Guastala, guarnecida de buenos soldados, no de bastimentos, gobernada por Juan Francisco Sanseverino, conde de Colegno. Los ferrareses ocuparon el paso del rio con bergantines y barcas armadas, y por tierra comenzaron la batería; mas los guastalos con surtidas los dañaban, y á los que guardaban la artillería mucho más, y retuvieron el asalto. No tenian municion ni vitualla, por no la haber enviado el Cardenal de Trento, y pocos dias se podian mantener; mas de noche el Conde Brocardo Persico metió algunos bastimentos y pólvora, y dello hizo cargo el Duque de Ferrara á Cornelio Bentibolo, y así al cuarto dia fué el campo á Correzo, destruyendo las tierras abiertas. Al salir de Cuni el Marqués de Pescara con cinco mil infantes y quinientos caballos no más, fue cargado de Brisac con quince mil infantes pagados y voluntarios, y mil y quinientos caballos hasta Fossan, y entró en Asti sin daño, ayudado de la aspereza de los montes. Pidió á Brisac y al Duque de Memoransi y á Mos de Anvila, general de la caballería, cumpliesen la oferta que le hicieron estando enfermo de correr cuatro lanzas con él. Á plazo puesto y dia salió el Marqués con D. Jorge Manrique y el capitan Cesare Milarot, y de los franceses el Duque de Nemours, Mos de Vasseu y Mos de Anvila. En la cuarta carrera hirió el Marqués al de Nemours con la lanza en un brazo forzando á cederle, y quedó el caballo del Marqués herido. Don Jorge hirió á Vasseu en el lado, y pasando la lanza por el es-

pinazo cayó muerto. Milarot á la segunda carrera atravesando el arzon á Anvila le hirió en un muslo, dexando vitoriosos á los de España. Probáronse muchos caballeros con los franceses, y solamente quedó herido Don Francisco Carrafa. Volvió glorioso el Marqués á Milan, recebido con tanto triunfo como si venciera el campo frances, ó conquistára para su Rey una provincia.

CAPÍTULO XI.

El Duque de Alba camina al socorro de Civitela; continúa el sitio Guisa; Marco Antonio Colona aprieta á Paliano.

Tuvo aviso el Duque de Guisa de la venida del de Alba, y envió trecientos caballos ligeros y ciento de armas á reconocelle; y el de Alba, por si queria ver si era buen alojamiento el de Julianova para ocuparle, adelantó á D. García de Toledo y al Conde de Pópulo con buen golpe de caballería y alguna infantería española. El Conde de Pópulo caminó hácia el rio Tordino pequeño, poniéndose en Aguato, poco distante de Julianova de la parte de Turtureto. Don García de Toledo de noche caminó hácia el mar y llegó á su puesto dos horas ántes que el Conde de Pópulo, y por un capitan y un soldado que reconoció fueron descubiertos de los franceses y cargados con muerte de algunos y prision de D. Pedro Enriquez de Guzman y de D. Jorge de Lanoy, capitan de caballos, y de Juan Baptista de Cápua; y si el Conde de Pópulo no retirára los franceses sucediera peor. El Duque alojó en Julianova puesta en un alto media milla del mar y diez del rio Humano, sitio fuerte y abundante de agua y leña, donde Guisa pensaba átendarse para tener las espaldas seguras y la mar, ser bastecido de Coropoli de comida y gente para probar fortuna. Apretaba á Civitela con baterías y asaltos, y queria darle general por la abertura de sesenta brazas de muralla. Resfrió su furor la altura del sitio y dificultad en arremeter, y convirtió el asalto en escaramuzar y tirar la arcabucería contínuamente á la muralla. Pretendia Guisa batiendo ganar la cumbre del cerro y derribar la torre antigua débil y sin traveses, porque el Marqués de Treviso no los hizo viéndola guardada naturalmente de la aspereza y sin arremetida: envió quinientos arcabuceros cubiertos de sacas de lana contra las piedras para subir encima de la batería, ganar la cumbre del cerro, fortificarse con reparos y tirar desde allí sin cesar de dia ni de noche, para cansar y menguar la guarnicion y dar luégo el asalto general. El Conde de Santaflor, previniéndolo, puso buena guardia de arcabuceros y gran canti-

dad de piedras, y dos de molino igualadas en un exe de doce piés de largo en lo alto de la muralla, para que en cortando un cordel baxasen con gran furia rompiendo cuanto topasen delante sin bastar sacas de lana ni mantas. Dos medios cañones tiraban con gran daño de los cercadores, y si no se apeára Guisa del caballo cuando hizo puntería un artillero, le matára como al criado que estaba en él. Salió el Conde por la batería con pocos soldados para reconocer si por aquella parte se le podia asaltar; baxó hasta la artillería; desbarató dos compañías de su guardia; mató y hirió algunos; llevó sacas de lana, picos, herramientas; volvió á Civitela salvo y satisfecho de que no la podian asaltar por aquella parte. Guisa consideró estuvo *ventidos dias allí con poco fruto y reputacion*, y que Hanz Walter coronel llegó con seis mil alemanes al Duque; y en el Consejo á Pedro Estrozzi y Conde de Montorio, temiendo perder la artillería y recebir mucho daño el exército, dixo:

«La diminucion de sus fuerzas, lo mal que se cumplia para conservallas »de parte del Pontífice; diera más fruto la guerra de Toscana, si admitiera »el parecer del Duque de Ferrara, pues revolviendo sobre Lombardía, Es»tado propio suyo, y de que no habian de hacer parte con otro, subyu»gando al Duque de Parma confederado con el Rey Católico, y al de Flo»rencia cosa no difícil gobernada como se propuso en Rezzo. Erró en creer »á los ministros de Paulo y foragidos de Nápoles, pues el reino determinó »morir por su Rey. Escribiria al suyo no tenía fuerzas bastantes para la »guerra de Nápoles, y que el Pontífice trataba de la paz por medio del »Duque de Florencia y venecianos por comision del Rey Católico, y ellos »le ofrecieron buena correspondencia, porque les desplacia que franceses »hiciesen pié en Italia, se levaba de sobre Civitela y se aconsejaria mejor »en lo venidero.»

Pareció bien al Consejo la guerra de Toscana y la retirada en los confines del Pontífice, y porque el enemigo no ocupase lugares, se fortificase á Fermo, Ascoli y Ancona con buena guardia, y envió Guisa la artillería y bagajes por el camino de Contraguerra y ribera del mar á Legrote, donde embarcó la del Duque de Ferrara. Al medio del último dia de Mayo, sábado, con buen órden levó el campo asegurado con grueso escuadron de caballería hecho detras del convento de San Francisco, que gobernó él mismo, para que no fuese cargado de los de Civitela. Sin licencia del Conde de Santaflor algunos se arrojaron por la batería para dar en los franceses, y murió mayor número que en el cerco. El Conde de Santaflor con algunos caballos escaramuzó con las últimas tropas, y con poco daño se retiró á Civitela. El campo frances alojó en el llano de Nereto y de Garopoli. El Duque de Alba dió gracias al Conde de Santaflor, á Carlo de Lofredo y á Francisco de Valencia, á Francisco de Montes Doca y Orejon y á los demas oficiales, y les hizo merced de rentas y entretenimientos

en el reino por la defensa de Civitela, loando su gobierno y ánimo. Para testimonio y premio de la virtud hizo nobles y libres de pagamentos fiscales los naturales y á los que casasen con las mujeres y con sus hijas y decendientes dellas, en memoria de su fe y trabajo. De las quince banderas del coronel Hanz Walter retuvo ocho y envió siete á Marco Antonio Colona, y poco despues la coronelía de Feltz, por haber llegado en su contra el Obispo de Tarracina con tres mil zuiceros del sueldo del Pontífice para defender á Paliano, porque le apretaba Marco Antonio Colona, y queria dar el gasto á los panes. Ocupó á Patricio lugar de Federico Conte entre Frosolon y Supino lleno de soldados corriendo las tierras. Fueron heridos en el arrabal algunos españoles, y viendo la artillería se rindieron. Fortificó bien á Agnani y á Frosolon, y retiróse por no tener gente para campear, y con la que le llegó salió á mostrarse y hacer efetos. Buena parte de la caballería del Pontífice tenía en Frascati cerca de Roma Mateo Estendardo, para que no se juntase con los franceses y divertirlos. Marco Antonio, conforme al órden del Duque en reforzarle, campeó, y con siete piezas de artillería tomó la torre debaxo de Paliano y á Guiri. Mateo Estendardo envió cien caballos y ciento y cincuenta infantes con Leonardo de la Robere á impedir á Marco Antonio y ocupar el alojamiento de la puente de Saco. Atacó escaramuza recia con algunos infantes y caballos, en que fue herido Leonardo y preso con su lugarteniente y otros trece, y sin capitan se retiraron, dexando de sus enemigos muerto á Antonio Capuano y algunos heridos. Estendardo en Valmonton, á cuyo sitio caminaba Marco Antonio, dexó á Francisco Colona con los capitanes Angelo de Espoleti y Papirio Capezzuca, y volvió á Valmonton. Marco Antonio, aunque al fin del dia, la batió con tal ruina que los cercados por acuerdo salieron con espadas y valijas solamente. Revolvió contra Palestrina, de donde partió para Roma Estendardo dexando guarnecido el castillo con los soldados de Valmonton; mas dexáronle en pareciendo los enemigos, y los alemanes le saquearon. Caminó á Paliano porque trataba de socorrelle Julio Ursino á viva fuerza, confiado en la poca gente que tenía Marco Antonio ántes que llegasen lo tudescos, y despues habiendo presidiado á Agnani y otras tierras. Con tres mil italianos y las dos compañías de alemanes de Toscana y alguna caballería y siete cañones fué á Montefortino, y plantando la artillería rindió el lugar la desaveniencia entre los soldados y los vecinos. Salieron éstos con buenos partidos, y los del Pontífice saquearon el lugar en venganza de agravios recebidos dellos. Sitió á Piló, lugar en un valle angosto debaxo de sierras, y le plantó la batería al tiempo que Marco Antonio por su importancia se descubrió sobre la montaña con espanto á los cercadores, pareciéndoles mayor el número, y metió docientos soldados en el lugar, y Julio Ursino se retiró maltratado y dexó la artillería en Paliano.

CAPÍTULO XII.

El Duque de Alba sigue á los franceses que se retiran, y trátase en su Consejo sobre dar la batalla.

El Duque de Alba determinó acercarse á los franceses para dañarlos, y ocupar el alojamiento de Turtureto en la ribera del rio Librata. Ascanio de la Corgna con docientos caballos ligeros y arcabuceros á caballo y otros caballeros y capitanes escogidos amigos suyos fue reconocer el alojamiento y ver si los franceses marchaban y su ordenanza para gobernarse por ellos. Envió el Duque por un collado de Julianova tres mil arcabuceros, porque si fuese cargado Ascanio, tuviese segura retirada, y aventajado sitio si peleasen. Con algunas banderas y los estandartes de hombres de armas y caballerías desde una cuesta frontero de los franceses baxaron algunos hombres particulares á caballo, y junto á un pantano con los del cargo del Duque de Houmala y de Mos de Sipiers flacamente escaramuzaron por la mala disposicion del sitio. El Conde de Pópulo envió á decir á Don Lope de Acuña escaramuzó todo el dia, señorease la campaña, que al parecer dexaban los franceses, y desde la marina una milla distante le daria socorro si le cargasen con deseo de ocupar un puesto que les impedia la retirada que pensaban hacer en aquella noche. Pasando el rio Tronto por la marina con dos bandas de caballos ligeros y hombres de armas y dos de arcabuceros á caballo, casi con iguales frentes se fueron contra D. Lope, por ambos lados escaramuzando, y D. Lope se retiró al collado; socorrióle con ciento y veinte lanzas el Conde de Pópulo y treinta arcabuceros á caballo, con órden que se retirase, porque marchaba. Don Lope con poco abrigo se retiraba reciamente cargando los unos á los otros y poco daño, porque se derramaba la pólvora, y la puntería era incierta moviéndose los caballos apriesa confusos y batidos. Procuraron los franceses con sus escuadrones cerrados ganar la eminencia y no pudieron, porque la arcabucería española tiraba bien gobernada de los capitanes Mosquera y Pimentel hermanos, y la vocería y falta de luz confundia, y porque tan poca caballería no se detuviera sino abrigada se retiraron. Ocupó el Duque de Alba á Turtureto, y Guisa se levó de Garopoli con gran órden y deseo de pasar el Tronto, y entrar en las tierras del Pontífice. Para asegurar la pasada por un puente de barcas sobre el rio, con silencio y comodidad de la noche sin resonar trompeta ni atambor puso en la retaguardia la caballería. Don Lope lo avisó al Duque y siguió la compañía de Mos de Sipiers, última de los

franceses. El Duque de Alba alojó en Monte Brandini y San Benedeto. Aconsejóse sobre lo que se debia hacer conforme á la disposicion del enemigo; y muchos señores napolitanos de su valor y celo del servicio de su Rey estimulados y de vengarse de los franceses quisieran combatillos á lo ménos en el paso del rio, y el Duque de Alba les dixo en sustancia así:

«Conozco, señores, que vuestro esfuerzo y fuerzas correspondientes á la »nobleza y gloria de vuestras generosas familias con antigüedad y hechos »ilustres, siempre vencerán los franceses, y que segun os veo ganosos de »pelear (importantísimo en los exércitos para facilitar la vitoria) os la daria »con fama vuestra, reputacion y gloria mia y servicio grandísimo de nues»tro Príncipe. Esta guerra es defensiva, y pues el agresor pierde tiempo y »expensas frustrado de su intento y deseo, el reino seguro no se ha de po»ner en arbitrio de la fortuna en los conflictos de las armas vária, cuando »sin sangre nos dexa la vitoria cierta, ni vuestras personas que estima »mucho el Rey y yo amo y precio tanto se han de arriesgar, pues no puede »ser tan favorable que no se pierdan muchos mejores que los vencidos. No »hace prueba de sí y de los suyos el sabio capitan sin gran necesidad, va»liéndose ántes de la industria que de la fuerza, teniendo por verdadera »alabanza el conservar con prudencia sus soldados. Si es la gloria el fin, no »la debe alcanzar con los peligros, trabajos y muertes de otros, sin riesgo »de su persona y virtud propia. Pelea un General cuando hay cierta espe»ranza de vitoria, por ser superior en valor, número y sitio, por deseo de »gloria, por aumento del Estado, por su conservacion, por la vida en última »desesperacion, por recuperar la reputacion perdida, por reprimir rebeldes »donde la presteza vale mucho, porque no venga en poder del enemigo »ciudad sitiada que plática de rendirse sin socorro, para dársele y librar los »cercados, por no retirarse con pérdida, por falta de dineros ó vituallas, »por ser necesario ó forzoso, por no haber otro remedio, por echar un ene»migo de sitio cómodo para él y dañoso para el contrario, por impedir »que dos cabezas de enemigos con sus exércitos se junten, por mantener »la union de los confederados, cuando se teme engruese su exército el ene»migo, cuando están juntas las fuerzas todas, cuando teme perderlas con »el tiempo deshaciéndose parte del campo, cuando se tiene aviso de pérdi»da de otro exército del enemigo, ó por no dexarle atras. No se debe pe»lear sin necesidad ó razon que obligue á aventurar; ni cuando es mayor »la pérdida que la ganancia como en nuestro caso, arriesgando un reino si »se piérde la batalla, y venciendo no haber más ganancia que el vencer á »un enemigo, cuando las fuerzas por valor ó número no son iguales á las »suyas, cuando se tiene esperanza de cansarle creyendo que no puede man»tener la guerra ni las fuerzas largamente en contra como al presente, »cuando el enemigo está desesperado, feroz, temido de nuestros soldados »en sitio á su ventaja, cuando hay sospecha de la fidelidad de nuestra gen-

»te que nos podria entregar, ó esperamos nuevos socorros, ó conclusion de »paz ó tregua, ó algun acuerdo como vemos; cuando conviene retirarse, »que no es huir, sino buscar su ventaja que conoce estar á las espaldas. Si »Darío persa llevára la guerra á lo largo, pues tenia más dinero que Ale»xandro Macedónico, y no se acelerára en dar la batalla, sino con arte de »campear se valiera del beneficio del tiempo y de sus mejoras de estar en »su casa y tener las provincias á su devocion, rebatiera el furioso ardor de »Alexandro Magno. Aunque el ver los ánimos de los soldados dispuestos á »combatir y que voluntariamente quieren la batalla, es cosa en extremo »deseada, porque no han de juzgar ni elegir ellos el tiempo, aunque puedan »por el conocimiento, y tengan facultad de advertir y pedir á sus capitanes, »es querer ser cabezas, y es de milicia estragada. La prudencia, guia y prin»cipal de las virtudes como mandativa, consiste en especulacion y en la exe»cucion de los hechos, en los de armas la providencia obra de la pruden»cia pertenece al General de exércitos, y así le han de seguir los soldados »en sus determinaciones de todas maneras para pelear, ó para otras accio»nes de la guerra. Por derecho divino y humano le toca el mando y domi»nio régio, como al soldado la reverencia, fortaleza, obediencia, verdadera »suficiencia dellos. Por tanto á mí me parece hacer puente de plata al ene»migo, pues la busca, y se deshace con la discordia de las cabezas y falta »de gente tan léxos de su casa, que dudo pase para llegar á ella los montes »que baxó para venir á la conquista de vuestro reino fidelísimo.»

CAPÍTULO XIII.

El Duque de Guisa pasa con buen órden el rio Tronto, y el de Alba le sigue y gana algunos lugares.

El Duque de Guisa, temiendo ser acometido del de Alba en infantería superior, hizo de la suya dos escuadrones en un collado alto. A la diestra puso cuatro mil franceses, á la siniestra seis mil zuiceros, los italianos á un lado del bagaje con gran frente y poco fondo, las hileras abiertas mostrando mayor número, la caballería cubria la infantería para no reconocerla: en la playa del mar y en ciento y veinte pasos de distancia entre uno y otro escuadron plantó once piezas de campaña. Los españoles habian de pasar para combatillos junto al rio por un pantano y juncal lleno de aberturas y malezas, y perderian la ordenanza, y la baxada al rio era difícil por un barranco cortado de más de siete piés de altura, su corriente recia, el vado peligroso por su mucha arena y atolladeros mal seguro, y la aspereza del

collado comenzaba desde la orilla de más de cuatro picas en alto, á cuyo encuentro salieran los escuadrones de infantería y caballería, y con ímpetu poco derribáran otros mayores en el rio. Sólo un paso de buen suelo firme, aunque angosto, quedaba en su entrada en el mar, pero llegára el agua á los pechos á la infantería y á los caballos á la silla, y no podian pasar escuadrones formados y á un tiempo. Con todas estas dificultades se aseguraron áun más los franceses, poniendo los carros del bagaje con la infantería italiana para tirar al seguro los que pasasen el rio, batiendo al traves su artillería, y al cierto por estar cerca asestada y en sitio inexpugnable. Esta prevencion artificiosa fue para mostrar esperó Guisa en batalla al Duque de Alba sin pérdida de reputacion en la retirada y no ceder, temer sí, pues se fortificó en sitio tan seguro. Si esto no fuera, presentárase en la campaña con ménos ventaja y más disposicion para acometelle el enemigo, si se habian de tocar y mezclar, remitiendo á un conflicto el fin de la guerra comenzada. El Duque de Alba se glorió con la retirada de Guisa, que prometió mucho ántes de probar las dificultades que le pronosticaron y le antevieron de la empresa, que dexaba con daño y tristeza por difícil. Porque habia llegado D. Fernando de Toledo, su hijo, con tres mil españoles, licenció los señores y nobles y centurias de Nápoles y la gente de Calabria, Otranto, Sicilia pagada, agradeciéndoles el servicio que hicieron á su Rey y bien á su patria, y retuvo las naciones de sueldo y banderas que defendieron á Civitela para atender á los progresos de los franceses. Pasó denodadamente con el exército sobre Ancarrano, en los confines del Abruzo y Marca de Ancona, tierra áspera por cuestas y derrumbaderos al profundo, y para llevar artillería dificultosa, la gente con insolencias y grandes delitos y asasinios malísima contra los de Abruzo y nunca castigada. Salió del lugar una compañía de caballos franceses, y queriendo cargalla D. Pedro Enriquez, el Conde de Pópulo le impidió. Mandó el Duque á los de Ancarrano por un trompeta se rindiesen ántes de batirlos, porque despues no los recebiria á partido, y respondieron con desacato. Batió con grande estrago de los edificios, y se rindieron á discrecion, y mandó el Duque ahorcar doce de los más facinerosos y de peor nombre con su capitan, y los demas envió á las galeras. Fue saqueado el lugar rico de los despojos y antiguos robos á vista del exército frances. Rindió á Maligno, tierra del Pontífice en el Ascolano y Roca de Muro, y por ser fuerte le asoló. En tanto el Marqués de Treviso, con parte del exército tomó por asalto á Felignano, con muerte de los defensores. Guisa, por ganar reputacion, mostrando estaba aún en el reino, envió á Mos de Sipiers de noche con cuatrocientos caballos, siete banderas de franceses y cinco de italianos, para que desde Ascoli, donde estaba Juan Antonio Tiraldo con otras doce, hiciese daño á los españoles y defendiese á Ascoli si le sitiasen. El aviso tuvo tarde el Duque, porque no dexó la guardia llegar al que le traia á Francisco de

Ibarra, comisario de las espías, y así no cogió y degolló durmiendo al Sipiers en la campaña. Tocó arma y vino la infantería con algun rodeo hácia Ascoli, encubriendo su número. Sipiers puso su gente en paradas y el grueso de sus picas junto á Ascoli, y en unos molinos la arcabucería francesa y la italiana en un puente á milla y media del campo con el coronel Claramonte. Dió de golpe sobre la infantería italiana que llevaba Ascanio de la Corgna y con los caballos ligeros del Conde de Pópulo, que le arrojaron en el puerto del rio Castellano, junto á la muralla de Ascoli, donde estaban sus italianos; hizo alto y comenzó animosamente á defendella, mas desamparóla, quedando preso el señor de la Roja por un capitan de caballos, y otro capitan mal herido con él, y el estandarte de Mos de Sipiers y otros muchos, y muertos ciento y treinta, y setenta heridos de los españoles. El Duque llegó al puente, y porque el castillo disparó algunas piezas, pasó por otra el Tronto y reconoció á Ascoli. Seguian los italianos á Sipiers apartados del puente, y revolvió sobre ellos con tanta furia, que los desordenó á tiempo que Francisco de Ibarra, animándolos y ordenándolos para defenderse, tirando balas desde unos árboles apriesa, evitaron el executar Sipiers, con riesgo de suceder una degollada. Volvió á su infantería francesa, que estaba en los molinos con mucha pérdida y muerte del Conde de Salinac y prision del coronel Claramonte, que se huyó por mal guardado. Don Lope de Acuña, con docientos caballos y quinientos arcabuceros españoles del capitan Martin de Godoy, porque la caballería enemiga remolinaba mal segura y de los molinos salia gente desmandada y caminaba á Ascoli, los quiso degollar; pero el Duque, contento con la reputacion que les quitó, mandó al príncipe Vespasiano retirar la gente, y volvió en el dia siguiente á su alojamiento de Julianova. Con Francisco de Valencia avisó al Rey destos sucesos y proseccucion de la guerra para llevar la paz al Pontífice, que la despreció, fiando en que jamas se la negaria el Rey y la recibiera por embaxada particular, teniendo por indigno el capitular con Visorrey, y esperaba mejora de sus cosas consumido de la vanidad de sus intentos. Dixo á los Embaxadores de Venecia y de Florencia:

«Si Marco Antonio Colona no hiciera la guerra en las tierras de la Igle»sia, ya no se valiera de las armas francesas.»

Los Embaxadores le afirmaban su peligro de todas partes.

«Decia Guisa le engañaron los Carrafas con palabras y obras, ayudán»dole flacamente, capitulando el concierto con el Rey Católico, dexándole »enmedio de sus enemigos.»

Juntos con él en Ancona los cardenales Carrafa y Turnon y Pedro Estrozzi le prometieron la gente de la capitulacion y las municiones como no dexase la provincia, y reforzarle con los tres mil zuiceros que el Obispo de Terracina truxo, llamados de Paulo Angeles, de guarda de la

navecilla de San Pedro, y dar por rehenes de su cumplimiento al Marqués de Cavi, hijo del Duque de Paliano, para que le llevase Pedro Estrozzi á Francia y diese cuenta del estado en que se hallaban, y por un mes suspenderian el concertarse con el Rey Católico. El Duque de Guisa prometió (como ellos no le faltasen) aumentar su campo con cuatro mil zuiceros que asoldaba para entrar en el reino segunda vez, y hacer cuanto el Pontífice mandase. Los cardenales Pacheco y Santafior le reducian, y esperando la resolucion que traia Pedro Estrozzi contradecia el Carrafa. Marco Antonio Colona desde Palestrina (por el motin de la guarnicion de Paliano por mala paga) caminó á impedir el meterle vituallas. Julio Ursino y el Marqués de Montebelo encaminaban con priesa harina y pan y otras cosas con escolta de tres mil zuiceros de la coronelía de Wertz del canton de Onder Walt, poco prácticos y abrigados de la caballería caminaron á Paliano. Avisados del socorro de alemanes y españoles, y de dos estandartes de hombres de armas que vino á Marco Antonio por las montañas ásperas de San Antonio y por Filignano y Agnani, ocuparon una eminencia entre Paliano, Valmonton y Segna, dudando de la entrada, y avisaron de su venida á Flaminio de Stabbio. Para andar más ahorrados y errados enviaron la artillería á Segna, pues si querian pelear, sirviera bien, aunque dudaron de la vitoria. Marco Antonio alojó en sitio fuerte, entre Paliano y el camino que llevaban los zuiceros, quitando el socorro y su esperanza. Envió los alemanes de Feltz á tomar puesto cerca dellos con la artillería, y con trabajo ocupó dos collados trincheados de vallones. El capitan Salinas, con cuatrocientos arcabuceros españoles, escaramuzando con los zuiceros en la cimera de un monte dexando la selva atras, los reconoció, en tanto que Marco Antonio arribó con la batalla. Julio Ursino, con seiscientos arcabuceros italianos ocupó el vallon, dexó muchos en su guardia, y hizo que disparasen muchas veces todos la arcabucería contra los españoles, cansando los tiradores, gastando la pólvora y balas, calentando los cañones, porque todo les faltase cuando más les conviniese tenerlo. Por esto no se movió Feltz, evitando dañar la ocupacion del vallon á los españoles; envió setecientos arcabuceros en su ayuda, que cerrando con los italianos, con poco trabajo los echaron del sitio. Marco Antonio, proponiéndose feliz suceso, con muchos de sus capitanes y algunos caballeros escaramuzó con los zuiceros, y fue retirado á fuerza de golpes de pica y de piedras al vallon. Considerando los enemigos tenian ventaja en los puestos, porque no quedasen cortados los españoles, que habian de baxar una cuesta y subir otra para combatir con uno como foso enmedio (cosa que dió la rota á Pedro Estrozzi en la segunda empresa de Sena), para ganarlo puso los españoles contra los italianos, los alemanes de Feltz contra los zuiceros, los de Hanz Walter en guardia de la artillería, alojamiento y socorro á la necesidad; metió su poca caballería contra la enemiga, asestó los cañones para

batirla, apeóse, tomó una pica, dixo á los suyos consistia en ganar la batalla toda la guerra, fama, hacienda de los enemigos, pues vencidos no habia quien detuviese el curso de sus vitorias. El Marqués de Montebelo y Julio Ursino hicieron dos escuadrones, dexando el bosque á las espaldas en el cerro frontero de los enemigos y animaron su gente. Arremetieron animosamente dada la señal de ambas partes, y los mil y seiscientos españoles cedian á los tres mil italianos que los cargaron juntos; Marco Antonio los socorrió con la caballería y la artillería, y desordenó el escuadron. Los españoles, animados con esto y de sus capitanes Salinas, Mosquera y Martin de Godoy, cobraron lo perdido, retirando á los italianos por falta de la pólvora mal gastada. Marco Antonio, que mandaba y trabajaba prudente y valeroso, envió sus caballos ligeros á dar por el lado en la caballería enemiga, desordenada algo de la artillería. Los tudescos de Hanz Walter con ímpetu embistieron á los italianos, que no sufriendo su furia se retiraban. Julio Ursino los animaba y ordenaba sin efeto, causando la pérdida general el huir el Marqués de Montebelo á Segna, que rompió al pasar por los italianos y los desordenó del todo, cuando huian al bosque para salvarse, y así murieron pocos. En el cuerno izquierdo, los zuiceros por abrazar todo el collado dexaron el centro de su escuadron flaco y de poco fondo, y así Feltz con buen consejo y valor los acometió primero con la arcabucería que guardaba el vallon, y luégo con el resto de su coronelía, animados de Jorge Madruci, su lugarteniente, mozo de ánimo y singular valor, y ayudados de la caballería ligera, donde con cinco heridas estuvo casi perdido el capitan Dominico de Máximo, y fue socorrido y retirado de los alemanes. Hicieron gran resistencia los zuiceros armados, dando y recibiendo heridas mezclados ya, y entre los primeros Hanz Walter, que peleando como gigante socorrió al capitan Firimberg, tratado muy mal de los enemigos, y penetrado el escuadron hirió con la pistola por un lado á un alférez y con la espada en la cabeza, y le quitó la bandera y le prendió. Los enemigos por cobrarlo cercáronle; viéndolo Firimberg, con el capitan Sebastian Fintler y algunos soldados le socorrió y libró, pagando el haberle librado Feltz poco ántes, como se ha visto. Las picas secas de los zuiceros huyeron al bosque, porque los alemanes de Hanz Walter arremetieron en ayuda de Feltz, y los españoles acometieron el escuadron, y aunque los coseletes se defendian bien, fueron rotos y vencidos, con prision de cuatrocientos y muerte de la mayor parte y de sus oficiales, si no fue el coronel y dos capitanes que escaparon á caballo, con pérdida de siete banderas con la inscripcion de auxiliadores de la Iglesia. De los vencedores murieron pocos. Viendo tanta mudanza de fortuna Julio Ursino herido de un balazo en una pierna, procuró salvarse, y fue traido á Marco Antonio, y quedó coxo, aunque le curaron con mucho cuidado. Glorioso y con gallardo espíritu el Colona, para sitiar á Pa-

liano llegó á Pontesaco, y mandó á Feltz batir á Roca de Máximo, castillo fuerte por altura de un monte, guardado de Juan Lorino, su señor. Pidióle Feltz se rindiese, y como no podia ser batido ni minado, no quiso. Feltz, sirviéndose del engaño, llevó ruedas en lo alto de otro monte, de donde podia batir, y puso vigas redondas sobre ellas como gruesos cañones; fingió hacer cestones y explanadas, y el rumor de la gente certificaba á los villanos la batería, y el llevar las balas y barriles sobre carros de búfalos y bueyes con gritos grandes y porfía, y persudieron á su señor se rindiese. No los quiso admitir sino á discrecion Feltz, engañando en todo al poco práctico de la guerra. Fué á Marco Antonio con esperanza de alcanzar mejor partido, mas escribió á Feltz perseverase; y rendida la tierra á merced, los tudescos la saquearon. Marco Antonio sitió á Segna, ciudad frontera de Agnani, sobre un cerro en forma de corona, defendida de Juan Baptista Conte, persona de autoridad y experiencia en la guerra, y fue el sitio señalado y porfiado. Dolió gravemente al Pontífice la pérdida de Julio Ursino y de la batalla, y parecíale estar en buena fortuna las cosas del Rey Católico, y gustára de la paz si dexáran los sobrinos á los cardenales hablarle para tomar buenos medios en el asiento della; mas por el deseo insaciable que no dexa reposar á los ambiciosos de gloria y codiciosos de riqueza, y de humillar y robar á otros, los privó de razon, y abrazaron su pérdida y de sus amigos y valedores.

LIBRO IV.

CONTIENE

LA GUERRA QUE HIZO EL REY DON FILIPE

AL REY DE FRANCIA DON ENRIQUE II:

PROSIGUE LA COMENZADA CON EL PONTÍFICE

HASTA QUE HIZO LA PAZ CON EL REY CATÓLICO, Y DON FILIPE CON EL REY DE FRANCIA.

Conspiró madama Isabel contra la Reina de Inglaterra, su hermana, por medio de mensajeros con Tomás Estaford de la casa de los Duques de Buquingan, foragido en Francia, para que á título de casar con ella, llamándose rey acometiese el reino con cuarenta conjurados. Ocupó el castillo de Escarburg en la marina de la provincia Eboracense, donde habian de acudir franceses por medio de su Rey que hurdia estos tratos; porque si correspondia el suceso con el intento, fácilmente sacaría la corona de sus manos, y si mataban á la Isabel tambien. Prendió á Estaford y á sus compañeros el Conde de Vesmetlan; y hecho castigo de los conjurados disponia el Rey el ánimo de los ingleses para romper la guerra al Rey de Francia por las fronteras de Picardía. Listaba nueve mil alemanes Enrique por mano de Reingrabe; buscaba dineros por vía de mercaderes; imponia tributos sobre los eclesiásticos sin última necesidad, fallecimientos de propios del comun sin consultar el Pontífice, no pudiendo hacer ley tan general que á legos y clérigos comprehenda, porque sobre ellos ni tenía potestad ni juridicion: la guerra era voluntaria, excusable, ambiciosa; los vasallos lamentaban el ser cargados cuando más pensaron descansar. Los ingleses acordaron ayudar al Rey Católico contra los franceses, aunque con grandes contrariedades y de la Reina, por el impedimento que podria causar para acabar de asentar bien las cosas de la religion. Escribió D. Filipe al Duque de Saboya mirase cómo mejor se haria la guerra, y lo que para ella

sería menester, sobre que iba con los de su Consejo tratando y confiriendo. Alegró al Duque su carta, porque no traeria la paz acidente para la restitucion de sus Estados retenidos de franceses con violencia. Por recuperarlos el Duque de Saboya, los Carrafas por crecer encaminaban la destruicion de las coronas de España y Francia. Escribió el Duque al Rey:

«Tocaba á su grandeza la satisfacion de la infidelidad del rey Enrique, »porque del principio de su entrada á reinar copiarian sus Estados y ému»los el modo con que procederia en toda la vida, y convenia mostrárseles »presto, poderoso, tremendo. Considerase que para comenzar guerra por »necesidad ó eleccion son menester hombres, pan, dineros, nervios della. »Reinaba la fortuna en su arte por su alterable sujeto, sujeto á la variedad »de casos que hay en los caminos, sitios, sazones, desigualdad del aire, en»fermedades, falta de dineros, vituallas, artillería, bagajes, espías, correos, »guías, ministros principales, y en los propios soldados para la defensa y »ofensa. Con razon difirió el tomar las armas, porque quien considera (en »tanto que se aconseja sobre ello) los menesteres, inconvenientes y acciden»tes, la ganancia, la pérdida, se moverá más dellos que dellas, mirando la »justicia de la causa, la autoridad, la recta intencion, la facilidad del ven»cer el fruto de la vitoria. Si bien la guerra no es de las cosas que se habian »de desear; porque conviene saber cómo se hace al que tiene imperio, no »le desplaciese la ocasion presente para tomar reputacion para adelante, sa»ber proveer, y que fuese exército, escuadron, batalla, provisiones, nece»sidades, que la experiencia enseña á los príncipes aunque costosamente. »Bien que los poderosos nacidos para emperadores, no para combatidores, »vayan ó no á las jornadas (que era bien controvertido si habian de ir ó no) »llevaron capitanes que administrasen y executasen con su acuerdo y con»sulta. Debia estar enmedio de su exército cuando se aventuraba la salud »de sus vasallos ó la suya, y si heredó algun Estado ó se habia rebelado, ó »era oprimido ó conquistado; porque iria más á ganar voluntades que ciu»dades, en cuya recuperacion acabaria su persona lo que sus exércitos no »podrian.»

El Rey Católico, dando crédito á sus práticos de la guerra (que otros no son suficientes), propuso su intento porque aplicasen los medios para conseguir el fin que no alcanzan todos, si bien le conocen. Dispuesto lo que convenia, en tanto que se hacian levas encubrió sus intentos, y descubriólos la junta del exército, animando á su pueblo y disponiéndole para cualquier servicio pecuniario y personal. Declaró ser capitan general el Duque de Saboya, Filiberto Emanuel, de mediana estatura, complexion colérica y adusta, todo nervio, poca carne, en los movimientos gracia, en sus acciones gravedad y grandeza, nacido para mandar. Hablaba italiano, frances, español, razonablemente tudesco y flamenco. Sirvió á su tio el Emperador Cárlos V de capitan de hombres de armas y de su escuadron

contra el Duque de Saxonia, de general de la caballería en Piemonte, en la jornada de Metz de generalísimo, y en la conquista de Hedin. Era su ánimo lleno de religion, justicia, liberalidad, amigo de leer historias, libros políticos y de fortificaciones, en cuyos modelos obraba, y de máquinas de guerra en dexando los negocios, ayudado de las matemáticas. Tenía edad entre juvenil y senil para el ímpetu de Marcelo, y la espera de Fabio, ingenio, industria, partes naturales y adquiridas, con buen consejo y memoria, con secreto y presteza para espantar, debilitar y prevenir disinios. Buena elecion por tantas partes y por tener conocimiento en la paz y en la guerra de la naturaleza del Rey, vasallos y sitio de los pueblos con quien se habia de guerrear, por ser su enemigo y esperar la restitucion de sus tierras con la guerra que ayudó á romper, enviando de secreto como decian los franceses, á ver y reconocer sus entradas y plazas fuertes, traer sus desinios causando el haber prevenido el rey Enrique.

CAPÍTULO II.

Lo que pasaba en España en este tiempo.

Pareció al Rey Católico tardaba la gente y dinero de España para comenzar la guerra, y despachó al príncipe de Eboli, Rui Gomez de Silva, á solicitar esta provision, levar ocho mil infantes, visitar al Emperador, comunicar los negocios, determinar lo que más conviniese, ver el estado de los reinos y lo que se debia remediar, pues no podia por entónces visitallos; tambien para llevar á los Países Baxos al príncipe D. Cárlos á ser jurado sucesor dellos y que los viese, y desvialle de los encuentros de la Princesa su tia, y principalmente para encaminalle con su presencia, porque fuese como hijo de sus entrañas de sus costumbres, poniendo en deuda infinita la Monarquía. Llegó á Valladolid á los primeros dias de Marzo mil y quinientos y cincuenta y siete, hizo sus visitas, y el Emperador entendió lo que truxo en comision. Dió principio á juntar el dinero tomando las consignaciones á los mercaderes con satisfacion de interes por el tiempo de la suspension de la paga, presuponiendo mayor el peligro del Rey por su exército de tan várias naciones compuesto sin la potencia que á su persona convenia. Pidió socorro á los prelados y á los grandes, y dixo al Arzobispo de Toledo ayudase con parte de lo que ofreció gastaria en la recuperacion de Bugia, pues por entónces no podia hacerse; y tratase que las iglesias por una vez prestasen ó donasen el subsidio. Executó Siliceo tibiamente, y murió sin efeto á doce de Mayo sábado en la noche no con mu-

cha hacienda, y querian sequestralla los Consejos, porque debia gran partida del subsidio, y de cierta escritura que al Emperador (segun se entendia) habia hecho de darle cuarenta mil ducados en cada un año, como sabía el Rey su hijo que fue testigo de la cédula; y decian habia hecho tarde ciertas donaciones, y sobre lo que al Pontífice tocaba ponian embargo, y como bienes de su enemigo los aplicaban al Rey y á su defensa con parecer de teólogos y juristas. Enviaron por gobernador del arzobispado y al embargo de los bienes al licenciado Birbiesca de Muñatones para cobrar los frutos. Contradecia el Cabildo y proveia los oficios, y al príncipe Rui Gomez del adelantamiento de Cazorla para que los favoreciese, y no acetó; y pedia se librase brevemente al Rey lo que le pertenecia. Consultaba sobre la provision del arzobispado, valia docientos y cincuenta mil ducados al año, tenía cuarenta mil vasallos, se le cargasen noventa mil ducados para la paga de la Goleta en defensa de la religion más cierta que las galeras que servian contra moros y cristianos, con que no serian tan poderosos los arzobispos, pues por otro tanto se incorporaron en la corona los Maestrazgos. Consultó el arzobispado de Santiago y el obispado de Córdoba, y habia el Consejo embargado los bienes del Obispo para cobrar ciento y treinta mil ducados que debia de la compra de Fuenteobejuna, aldea de la ciudad de Córdoba.

Murió la Duquesa de Frias, y dexó por heredera la hija del Conde de Osorno. Tratábase de la vacante de los diezmos de la mar, y consultóse al Emperador, pues mudó señor, si los restituirian á la corona de donde habian salido como á ella convenia. Dixo lo que sabía en esto, y que no saliendo de la casa del Condestable se le tuviese respeto, pero si salia, el fisco los recuperase: para ello miraban los libros de contaduría y el Archivo de Simáncas. El Condestable por esto trató de concierto con la heredera, y porque no se aclarase el derecho, decian:

«Que el rey D. Enrique IV, por su privilegio despachado en nueve de »Marzo de mil y cuatrocientos y sesenta y nueve, se ofrece de dar al Con»destable por servicios dentro de doce meses siguientes por juro de here»dad para siempre jamas mil vasallos con fortalezas, justicia, juridicion ci»vil y criminal, etc.» Despues en la villa de Ocaña, á primero de Abril del mismo año, proveyó otro, en que dice: «Por cuanto por algunas causas no le entregaban los mil vasallos, entre tanto que se los daba, le mandaba »dar y daba en empeño y en nombre de empeño la su renta de los diezmos »de la mar de Castilla; y si montasen más que los mil vasallos, atento á »sus servicios le hacía merced dello, hasta tanto que el empeño y lo que le »habia dado con nombre de empeño no se quitase. La reina doña Isabel, »su hermana, promete no desempeñarlos por su vida atento á los mismos »servicios. El emperador D. Cárlos reservó para sí el poderlos cobrar del »Condestable cuando le quitase el empeño. Era esto confirmacion cierta

»de la posesion de los Condestables en los diezmos; pero no de que fuese »merced particular, sino equivalencia del empeño al quitar, pagando lo »que se habia obligado.»

Por la ausencia del obispo de Pamplona entró en su presidencia de Castilla, por voluntad del emperador, Juan de Vega, señor de Grajal, que habia sido virey de Sicilia y servido mucho, persona de buena opinion y prudencia, gran cortesano y palatino. Encaminó su eleccion el príncipe Ruy Gomez, y quedó el Marqués de Mondejar tan resentido por habérsele antepuesto siendo presidente de Indias, que se retiró á su Estado. Comenzó Juan de Vega á gobernar con satisfacion, atendiendo al bien de la República, y para ello hizo publicar la primera premática que hubo en Castilla para que el trigo se vendiese á nueve reales, porque la carestía habia dado lugar á la malicia y codicia, y era conveniente reprimilla; cosa estimada entónces en mucho y que ha causado la mayor carestía y reventas, llegando á doblar el precio por la última ley fixa. En tanto llegaron las armadas del Pirú y de Nueva España con buen tesoro para el Rey, y con lo procedido de ventas, rentas, donativos, emprestidos, asientos, tenía gran suma el príncipe Ruy Gomez y trataba de remitir millon y medio á Italia, lo demas á Flandres en la armada que tenía en Laredo para ello Pedro Melendez. Habiendo consultado con el Emperador el llevar al príncipe D. Cárlos á los Países Baxos, dixo:

«Estaba crecido, pero muy hecho á su voluntad desordenada por la ma»yor parte, y no convenia mostralle el mundo sin mejorarse.»

Y porque habia fallecido su ayo D. Antonio de Rojas de viejo, recien casado con dama de Palacio, se eligiese luégo otro que respetase, porque la crianza del Príncipe era tan importante que la hiciera su Majestad, si la poca salud no le impidiera tanto. No habia establecido las costumbres, y le mejoraria su buena educacion si fuese bien encaminada. Decian:

«Convenia para ello viese el Príncipe acciones y pinturas que levanta»sen su ánimo con pensamientos y hechos á la alteza; le incitasen genero»samente á la grandeza, gloria, triunfos, y á las cosas que tienen fuerza »cuando las hacen otros para inducir á desear obrarlas y ser los que las »han obrado. No habia de oir sino razonamientos que imprimen belleza de »costumbres, de sabios y virtuosos que le asistiesen, porque su comuni»cacion enseñaria más deleitando insensiblemente hablando en las materias »que ocurren que los preceptos desapacibles á los príncipes, por la supe»rioridad que la enseñanza y sabiduría concedió á los maestros. Tuviesen »nobleza, suave condicion con gravedad conveniente, elegancia de lengua »y persona, saber universal, buena inclinacion, sanidad, porque no dañasen »indecentes. Su ancianidad formase su juicio, seso y la reverencia por sus »virtudes que perficionan la edad más tierna. Hiciese eleccion tan impor»tante la buena intencion, el padre por sí mismo con exámen curioso y

»cierto, para que se acertase y no se quite al hijo el bien, al merecimiento »el premio, y se diese á la importunidad aficion, favor, obligacion ajena. »Jamas dexasen al Príncipe en soledad; era desagradable, agrestaba y vol»via los mozos iracundos, pensativos, de malos intentos. Lo que nadie ve »no se reprehende; dase licencia, llega seguro el tentador. La guardia de vir»tuosos haria que ningun vicio se le atreva; con ella hizo Mamea al empe»rador Alexandro Severo, su hijo, no inferior al Macedonio. Los vicios del »Príncipe dañan siempre los enemigos hasta vencellos. Puede ser bueno sin »buenos, con los malos era imposible. La comida limitase el exercicio, mi»diese la complexion para conservar la salud que hace reyes, la enfermedad »sujetos. Fuese exercitado en cazar, andar á caballo, justar, tornear, ma»nejar las armas, jugar á la pelota; hace la juventud fuerte, entretenida, »alentada, ágil, divertida, hábil. No exercitarse enmollece y afemina; y »como la ociosidad y regalo enflaquece, la comunicacion de mujeres de»bilita, hace de corta vida, poca prudencia, falta de vigor del ánimo y del »cuerpo vencidos. Son exemplo muchos Príncipes que perdieron por esto »vilmente sus Estados sin culpa de la fortuna. Los mantiene el valor y vir»tud, el poder heredado no sin prudencia y sabiduría. Supiese letras, len»guas, artes liberales el que habia de mandar, tener imperio, ser ecelente »en dignidad, y las matemáticas áun más que para entender á sus artífices. »Leyese historias en que está recogido cuanto es necesario para bien vivir »y reinar, escritos de geografía y de materias de Estado. Fuese regida la »edad mal segura con prudencia, sabiendo ser el Príncipe virtuoso, no sólo »por la costumbre, sino por la razon que hace la diferencia del ser virtuoso »ó acostumbrado. En la virtud se requiere el buen hábito, buena voluntad, »querer del bien que hay en él acostumbrado, saber la razon del obrar acos»tumbradamente, compuesto de buen uso y de buena razon. La educacion »(como fuente y orígen de todos los hábitos y costumbres, ó buenas ó ma»las) causa la feliz fortuna, estabilidad ó ruina de los Estados, reinar ó ser»vir, nacer ó caer; y bien administrada es madre de admirables costum»bres; es labranza del ánimo que ministra luz al entendimiento, imperio »á la razon, término á la voluntad, freno á los afectos, reglas á las accio»nes, gallardía al cuerpo, frutos que jamas llegan á maduracion sino en los »que fueren encaminados á su tiempo. El Príncipe sin ella en vez de pa»dre, de pastor, será calamidad pública, peste universal; porque no resisten »á sus inclinaciones, las considere con prudencia y observacion el que ha »de hacer pronóstico de sus hechos para encaminar la educacion. Desta y »de la experiencia nace el consejo interior del Príncipe y de la naturaleza, »que abre las primeras ventanas de la inteligencia más ó ménos luminosas, »segun la calidad del temperamento, que da las formas y primeros delinea»mentos á las costumbres y á las acciones del ánimo. Y teniendo en ellas »necesidad del cuerpo, segun la variedad del temperamento varian, y los

»afectos. El Príncipe, con extremo predominio de uno de los humores, »sería incapaz de reinar, ó ruina suya, si el freno de la razon no le suje»tase. Tambien se considera, no lo que derechamente es bueno, mas lo »que se requiere en el principio de la juventud. Si bien salga en muchas »cosas de los términos de la virtud, no desconfia della (si el fundamento es »ecelente) el juicio sabio. En otros se advierte que la virtud ayuda áun con »la sombra, pareciendo virtuoso y no lo siendo; y no desprecian al que se »mantiene en tal opinion, pues reciben todos ayuda, si ya no fingiese para »ser y obrar como Neron. Tambien sale inútil la enseñanza por mala na»turaleza, ó voluntad de Dios airado. Cómodo, hijo de Marco Antonino, »emperador, sábiamente dotrinado de los maestros, salió malísimo Prínci»pe. No basta remedio humano si viene del cielo el castigo. Satisfaga el »padre á su obligacion, que suele mudar la educacion el estilo de la natu»raleza. El hijo del Príncipe nace no más inteligente que el súbdito; es pie»dra preciosa que trabaja mucho el labralla, pero recibe mejor la forma y »polimento. Resisten mal á los apetitos los Infantes, reverenciados desde »nacidos, sin haber quien no desee darles gusto entendidos, obedecidos á »un mover de ojos. Son imperiosos, altivos, licenciosos; no pueden tolerar »no alcanzar lo que desean, que sólo les parece justo, persuadiéndose alla»narán inconvenientes, dificultades, imposibles. Diferente por esto debe ser »la disciplina y crianza suya, y porque han de gobernar á otros; y cuanto »desean los reyes que sus pueblos sean buenos y bien adminlstrados, tanto »más habiliten sus hijos para hacerlo útilmente, y porque sus bienes y sus »males de cualquiera manera pertenecen á la República.»

Desean los vasallos hijos de sus Príncipes, con esperanza de haber quien los gobierne con paz y justicia, y que serán más para reyes.

CAPÍTULO III.

Prosigue el Rey Católico en levar gente para la guerra de Francia y rómpela por todas partes.

Deseaba el Rey Católico tener aviso del príncipe Rui Gomez de Silva de la puntual provision del dinero en gran número, porque le envió á saber de los ministros de su hacienda en España, segun el estado della, el que habia de contado, y á los plazos que se pagaban sus rentas, para ver si podrian anticipar las pagas como lo pedia la necesidad, consignándolas por asientos á mercaderes con los medios que se suele y podia haber para valerse de mayor suma, debaxo de tener el Estado tanta sustancia, y los

súbditos comodidad para hacer mayor servicio al Rey que los ordinarios. Pudo dar muchas gracias á Dios en esto por ser tan leales y aficionados, y las provincias tan fértiles y poderosas, que hasta el dia de su muerte, desde el año mil y quinientos y cincuenta y seis, sustentó guerras costosas y necesarias en mar y tierra, algunas veces tres y cuatro sin desamparallas por falta de dinero ni de ánimo. Tuvo dispuesta la forma del gobierno de suerte que honra era dar sus haciendas los vasallos, y no provecho sólo, siendo cosa antigua y de grande estimacion en ellos. Rui Gomez dispuso la provision del dinero de modo y con tal abundancia que sustentó exército de ochenta mil combatientes. Desde que entró á reinar, decian, la mala fortuna le ocupó en dos y tres guerras forzosas, como he dicho, y á un mismo tiempo sin poder excusallas, contra toda razon de Estado, gobernando la necesidad, por ver en su contra executando las armas de tantos perseguidores de la barca de San Pedro, y que los romanos no tuvieron dos guerras á un tiempo. Abatidos los samnites, acometieron á los latinos; vencidos éstos, y ricos ya con los despojos de otros, á los toscanos. Cuando Pirro los acometió en Italia no tenian otra guerra, y con la retirada de éste hicieron la primera contra Cartago por espacio de veinte años; luégo la de los franceses junto á Pisa muertos, y la segunda guerra de Africa por diez años continuada. Ocupada Italia guerrearon contra Perseo, rey de Macedonia, y luégo contra el rey Antioco; luégo contra Mitridates, rey de Ponto, y contra Arriobarzanes, rey de Bitinia Arbitros, despues hicieron la guerra como, cuando y adonde les parecia conveniente. Estaba en Alemania D. Juan Manrique de Lara haciendo levas de infantería y caballería para las guerras de Italia y Francia en número de cien mil hombres, y ayudó á ello mucho el Emperador, y la autoridad y crédito de D. Juan con la belicosa nacion. El Duque de Saboya en Flandres y en Borgoña tambien juntaba archeros, y los tres mil caballos de las bandas de Flandres reforzaba los presidios, y los vituallaba con dificultad, porque el año ántes afligió tanto la hambre aquel país, que detuvo el romper la guerra. Trayendo el trigo de muy léxos sustentó D. Filipe tres mil pobres con racion ordinaria, y á su imitacion los eclesiásticos y seglares otros muchos, segun podian. El Rey de Francia arrimó su gente á las fronteras del Artuoes y Ducado de Luzeltburg con que el Duque de Nevers, gobernador de Champaña, á Lanci guarnecido de alemanes y españoles, de improviso acometió, sitió, batió, entró, saqueó, fortificó y presidió. Á ocho de Junio en Lóndres se publicó la guerra contra Francia, sus amigos y valedores, y en España y Flándres, con edito que dentro de tres meses los mercaderes viniesen á sus patrias, so pena de perdimiento de bienes y de banidos. Partió de Roma gran número, y fuera mayor si el Pontífice no lo remediára. Mandó que todos los cardenales concurriesen dentro de dos meses al amparo de la Iglesia debaxo de la misma pena. Metió en el cas-

tillo de Santángel un secretario del Duque de Florencia por correspondiente con el Duque de Alba en avisar lo que se hacía en Roma, y ponia las cartas en Monte Aventino escondidas, donde las tomaba un espía romano. Los ingleses, cumpliendo con lo que á su rey prometieron, levaron veinte mil infantes, formaron armada, y por un rey de armas (estando el rey Enrique en Reims) le denunciaron la guerra. Respondió no habia dado á la reina María causas para ser su enemiga, y esperaba en Dios se defenderia della y del autor del rompimiento. Esto no fue dicho sin turbacion y de sus consejeros, porque sin dineros el Rey, desangrado el reino, el exército de Guisa menorado, temieron algun malísimo suceso. El Almirante Mos de Colini impaciente contra el arault (aunque mal) le juzgó digno de muerte, porque entró sin salvoconduto. Pudo denunciar la guerra, durando la paz hasta la declaracion enemiga que hizo, y porque para hacer su oficio tenía libertad y crédito en lo que dixo de parte de su Príncipe, como decidor de verdad su antiguo nombre, y de mayor fe que el secretario que viene con él por ser para sus amigos y enemigos, por la autoridad del derecho de las gentes y de los romanos, que á los farautes, caduceadores y feciales de quien tienen razon y manera los arauls, les daban inviolable libertad y crédito en el denunciar solenemente las guerras, desde que Anco Marcio, IV rey de Roma, nieto de Numa Pompilio, ordenando las ceremonias de la guerra los instituyó tomando la forma de los equicoles, y por los feciales cubiertos de solenes vestiduras se denunciaba, aunque la primera mencion que hay en Tito Livio es de un Mario Valerio fecial en tiempo del rey Tulo Hostilio, con la del padre Patrato, que con cabellera de hilo blanco y la cabeza coronada de verbena, con vestiduras de lana, asistia al hacer la paz invocando los dioses y haciendo las ceremonias que el fecial, y el primero fue Espurio Fuso, que denunció la guerra á los latinos por Tulo Hostilio. Su oficio es público con inmunidad inviolable y entera fe. Denúnciase la guerra para usar de sus leyes y del derecho de enemigos que desata el vínculo de la paz, que por natural parentela y por defension de su Estado y de la fe cristiana se tiene, mas no en las virtudes teologales, que siempre en ellos son unas, y se exercitan en la guerra.

CAPÍTULO IV.

El Rey Católico nombra oficiales para su exército, señala plaza de armas, manda hacer la guerra al Pontífice y á Ferrara.

Francisco de Valencia llegó á Lóndres, y el Rey Católico se contentó con el aviso de sus buenos sucesos en Italia. Mandó que sus capitanes de

Lombardía diesen fuerzas al Duque de Parma para hacer la guerra al de Ferrara, que procuró que los franceses conquistasen á Parma por la vecindad de su Estado, por la defensa de los señores de Correzo y su restitucion, y porque tomó las armas contra el Rey Católico sin causa justa, y que Don Álvaro de Sande con las fuerzas del Senés le ayudase; el Duque de Florencia le enviase la gente que por la confederacion era obligado; el Duque de Alba aprestase la guerra hasta reducir á Paulo al efeto de una paz honesta; el de Saboya juntase el exército, segun lo provcido para ello en todos los países; D. Juan Manrique de Lara dixese al Duque de Branzuich y á los señores y capitanes de su devocion y sueldo caminasen con su infantería y caballería á San Omer en el Artuoes, plaza de armas, donde estaria su Capitan general y su persona, porque habia de asistir á esta guerra. La armada inglesa acometiese las marinas de Picardía, Normandía y Bretaña para divertir, y el Milord Pambrotz Egreye pasase en ella á Calés los doce mil infantes y dos mil caballos diputados. En Bruseles con sus consejeros y D. Ferrante Gonzaga muchas veces trató del modo de emplear el exército. El Duque de Saboya en San Omer halló al Conde de Egmont general de caballería, al Conde de Aremberg, maestre de campo general, Mos de Glajon, general de la artillería con ochenta cañones gruesos, y Mos de la Cresionera su teniente; á Mos de Barlaymont, comisario general, al Duque de Branzuich con dos mil caballos alemanes de la banda negra, al Conde de Horne con mil hombres de armas cleveses, al Conde de Velinzon, con otros tantos; á Mos de Noirquerme y al de Varlaimont con los tres mil caballos de las bandas de Flandres; al Conde de Mega, con tres mil valones soldados viejos, á los Muestres de Campo Navarrete y Cáceres con sus españoles Otavio Curciano, comisario general de la caballería ligera, Don Lope de Acuña, su teniente. Componian el exército cuarenta y cinco mil infantes, trece mil caballos y ocho mil gastadores. El Rey Cristianísimo estaba mal satisfecho del Pontífice y del Duque de Ferrara ántes que llegase Pedro Estrozi, por las quexas que le escribió dellos el Duque de Guisa, y tenía resolucion que su exército cargase á Lombardía. Estrozi le representó el trabajo en que el Pontífice quedaba, y cómo podria con su ayuda cobrar á Sena y á Florencia. Mandó al Duque de Guisa asistir al Pontífice y acrecentar su exército. Fué Guisa á Roma atemorizado con la rota de Julio Ursino, y ver á Marco Antonio Colona señor de la campaña, y tan ufano que un dia se meteria en ella, pues tenía á Paliano en mal estado y á Segna combatidas reciamente. El Duque de Guisa envió por los gascones y zuiceros que dió al Duque de Ferrara y mil infantes de los presidios de Toscana, porque si Marco Antonio se juntaba con el Duque de Alba le serian superiores, y convenia asegurarse. Vino á Espoleto, donde le aguardaban el Cardenal Carrafa y Pedro Estroci. El Duque de Alba, libre ya el reino, para necesitar al Pontífice á pedir la paz, dexando al

Marqués de Treviso en Abruzo, baxó á Sora, juntó la gente de armas en Agnani y la infantería en Beruli. Envió al Conde de Santaflor y á Ascanio de la Corgna contra Segna con resolucion de ir él, si más se defendiese. Marco Antonio por ser solo en la gloria la batió, y cesó por faltar la pólvora, y envió por ella á Agnani. En tanto se repararon los sitiados, y pusieron en la batería cuatrocientos hombres con picas y coseletes, debaxo de la muralla batida fuegos artificiales, tres piezas por cada lado para herir de traves. Los españoles impacientes, llegada la hora del asalto (aunque la vanguardia se dió á los alemanes), sin aguardar la señal arremetieron, y reconocida la defensa pararon en lo alto de la batería con voces como para arrojarse dentro. Los de Segna dispararon la artillería y fuegos sin provecho, y entraron los españoles y tras ellos los alemanes, y ganaron calle por calle combatiendo para apoderarse de cada una. Abrasaron la ciudad con rabia y furia; saquearon la riqueza de otras cinco ó seis, allí por más seguro puesto traidas. Todo era gritos, llantos, alaridos por la matanza general y deshonra de las mujeres, aunque Marco Antonio, discurriendo por todas partes, cerró y aseguró las que pudo quitar á las manos tan corrutas que deslustraron la gloria del vencimiento. Crueldades horribles manchan la opinion de los príncipes que las permiten, pudiendo frenar la codicia insolente de los soldados bravos, más dispuestos al robo que al triunfo. Fué llevado Juan Baptista Conte al castillo de Gaeta. La pérdida representó Paulo con mucho dolor á los Cardenales, y mayor le tenía de ver al Duque de Alba vencedor y aloxado en Valmonton, y no poder defender á Paliano sin aventurar el exército frances. El Duque de Florencia instaba en que le diese á Sena el rey Filipe con más tolerables condiciones, y apretaba la negociacion con grandes promesas y quexas de los ministros de Milan. Decia:

«Era poca su conformidad, poco su consejo y gobierno, poca su repu»tacion, muchas sus desórdenes y los daños recebidos en el pasaje de los »franceses. No haberse aprovechado de la ocasion para molestarlos, y por »esto el Duque de Ferrara se declaró sin causa contra tan grande Rey. »Era vergüenza que Pedro Estrozi con tan poca gente hubiese cobrado á »Ostia, derribado el fuerte de la isla, ganado otros lugares. Estaba en el »mismo riesgo Puerto Hércules, que poco ántes se libró de ser preso sien»do tan importante. Pidió ayuda al Cardenal de Trento, si los franceses »iban á Toscana, como trataron en Rezo, y le avisó el Duque de Alba, y »respondió ásperamente. No dexó pasar sino á la desfilada los alemanes de »su leva para formar exército con que divertir al Pontífice y ganar á Ostia, »ni el Emperador quiso señalar plaza de armas donde tomarles muestra. El »Cardenal de Búrgos tenía en mal gobierno á Sena, peor ánimo para con »él, malísima correspondencia con todos, y así parecia que sus ayudas y »ministros le faltaban.»

El Rey envió entera facultad y autoridad á D. Juan de Figueroa caste-

llano de Milan, otorgada en Calés á decisiete dias de Marzo de mil y quinientos y cincuenta y siete, y de su reinado de España y Sicilia segundo, de Inglaterra, Francia, Hibernia, Sicilia postrera y Jerusalen año cuarto, y le firmó, y Gonzalo Perez, secretario de Estado, le refrendó.

«Para la entrega de Sena otorgaron público instrumento D. Juan de Fi»gueroa y el Duque de Florencia, á tres dias de Julio de mil y quinientos »y cincuenta y siete, en la indicion quince, en Florencia ante Amadeoros »de Góngora y Cesaraugustano, notarios públicos por las autoridades apos»tólica é imperial en presencia del obispo aretino, D. Hubolino Grifon, »maestro general, D. Alvarcito, marqués de Masa, D. Luis de Toledo, y »el marqués Chiopino Vitelli, y fue sellado con las armas Reales. Puerto»Hércules, Orbitelo, Telamonio, Monte Argentario y el puerto de San Es»téban con sus réditos, bienes y juridicion reservó para sí el Rey y sus des»cendientes, y la juridicion Real de los campos, ejidos y tierras que llaman »Masiliana, y los que debaxo deste nombre se contienen con plenísimo de»recho de su propiedad y posesion, quedando el útil al Duque y el pueblo, »castillo y Puerto Ferrario con dos mil pasos de término de una y otra »parte en feudo, como Sena y su territorio; advirtiendo que no adquiria ju»ridicion sobre los demas Estados del Duque el Rey Católico por razon de »dicha infeudacion ni por alguna vía, y que el Duque ha de restituir el pue»blo y Estado de Piumbino y de la Elba y las demas islas, con sus anexos »y metales pertenecientes, minas de hierro y alumbre, que son obligados »al Duque y á sus presidios, y que pertenezca al señor de Piumbino. Se da »por satisfecho de todo el dinero que le debe el Emperador Cárlos V, y »cede lo que le debe el señor de Piumbino en Su Majestad Católica, con »obligacion que hizo el Duque de dar bastimentos y trabajadores para la »municion y fortificacion de los dichos puertos y pueblos marítimos de Sena »y Piumbino á Su Majestad, aunque se acrecienten los presidios; y siempre »que fueren acometidos ó sitiados por enemigos del Rey, esté obligado á »acudir á su defensa con todas sus fuerzas, pagando las dos tercias partes »del gasto Su Majestad Católica, conforme á la capitulacion de la Liga. El »Rey proveerá, para la recuperacion de los lugares del Senés, de cuatro »mil infantes y cuatrocientos hombres de armas y seiscientos caballos li»geros, quedando la disposicion de la guerra al Duque, el cual dará las ga»leras que tuviere cuantas veces fuere requerido á su costa y riesgo, y el »Rey, para defender á Sena y á Florencia, diez mil infantes y cuatrocientos »hombres de armas y caballos ligeros á su costa, pagados hasta que esté »fuera de peligro. El Duque dará, si fuere acometido el reino de Nápoles, »con exército por tierra para su defensa cuatro mil infantes y cuatrocien»tos caballos con gastos y paga del Duque, y lo mismo para defender á »Lombardía si la acometiere el Sumo Pontífice, Duque de Ferrara, señoría »de Venecia y otros potentados por sí, ó juntos con otros en confederacion,

»acudiendo si hobiere guerra en ambos Estados al que el Rey quisiere. »Quedaron con obligacion de ofender y defenderse el Rey Católico y el »Duque, y confederacion con todos los Estados de España y de Italia, te»niendo los mismos amigos y enemigos. Si se entendiere que se ha de ha»cer guerra á alguno, se convendrán de comun consentimiento en la ma»nera que ha de ser y en el número de la gente y de los gastos, y en lo »que han de contribuir y qué parte han de llevar de lo ganado. No entra»rán en liga los Duques con príncipe ó potentado en perjuicio de esta con»federacion, ni el Rey Católico y sus descendientes.»

Envistióle del Estado D. Juan de Figueroa, y dió la posesion por imposicion de birrete y entrega de báculo, postura de anillo, confirmado con ósculo de paz; y juró el feudo noble, honrado, ligio, en esta forma que se le dió:

«Yo, Cosme de Médicis, segundo Duque de Florencia, prometo y juro »dende ahora por mí y por mis decendientes varones y de legítimo ma»trimonio nacidos, ser y haber de ser fiel vasallo y feudatario inmediato para »siempre del serenísimo Rey D. Filipe y de sus sucesores reyes de las Es»pañas, y que guardaré pura y verdadera fidelidad y pleito homenaje, como »ahora le guardo, y me constituyo y hago pleito homenaje que guardaré »y miraré con todo cuidado y solicitud y con todas mis fuerzas sus cosas, »derechos, honras y salud para siempre; y si le fuere quitada ó perdida in»justamente, la recobraré, y cobrada la ampararé, y si pudiere le apartaré »de todo peligro, ó á lo ménos, si no pudiere, procuraré impedir que esto »se haga, y que no le venga daño ni detrimento en su persona ni en otra »cosa; y con todas mis fuerzas impediré que no se le haga injuria, afrenta, »daño; si no pudiere resistir á las fuerzas de los enemigos, á lo ménos luégo »revelaré á mis señores lo que conociere ó entendiere que otros intentan y »tratan en perjuicio de su fama y vida; y yo nunca conspiraré ni maqui»naré por mí ni por otro contra su salud, bienes, honras, ni ayudaré á otros »para hacerlo y guardaré fielmente los secretos que se me cometieren, y á »ninguno los descubriré sin licencia del señor; ni haré ni consentiré hacer »otra cosa (sabiéndola) por la cual los dichos secretos se sepan; y siendo re»querido que el señor quiere mover guerra ó defenderse, le daré todo el »favor que pudiere y debo, y consultado le daré buen consejo como mejor »me pareciere convenir. Finalmente, haré y guardaré en todo y por todo »estas cosas y cada una dellas, á que segun la antigua y buena forma de la »antigua fidelidad estoy obligado por razon del dicho feudo de Sena y Puerto »Ferraro: así Dios me ayude y estos santos Evangelios en que tengo mis »manos.»

El privilegio se despachó despues desta investidura de Sena en Bruselas, á veinticinco de Noviembre del año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y ocho, refrendado de Gonzalo Perez, secretario de Estado, y el

de la de Puerto Ferraro en el mismo dia; las copias de ellas y la escritura de la infeudacion, capitulacion, confederacion perpétua se truxo á España y puso despues en el Archivo de Simáncas, donde está con título de vicariato de Sena. Al cardenal de Búrgos desplació el consejo del Rey, bien que como tenía tantas partes á que acudir, se descargaba de lo que le importaba ménos. Recogió el exército en Sena, donde los ciudadanos confusos y tristes lamentaban el salir del dominio de un tan poderoso Rey, y el entrar en el de un menor Príncipe, causador de sus trabajos. Los soldados no querian salir de la ciudad si no eran pagados, y fuéronse muchos de los presidios; desampararon á Pienza, y sabido por los franceses de Montalchino, la ocuparon y guarnecieron, prendiendo á Jacobo de la Estafa, con su caballería y alguna infantería. Don Juan de Figueroa dió la carta del Rey al Cardenal, y en virtud del poder del Duque de Florencia, D. Luis de Toledo recibió la posesion á diecinueve de Julio, tres años despues que era poseida de los españoles, con muchas lágrimas de los naturales. Entró en la cidadela Federico de Monte Acuto, y el marqués Chiapino Vitelli en la ciudad con cuatro compañías de alemanes. Entregóse á Puerto Ferraro, y el Duque dió á Piumbino por mano de D. Bernardo de Bolea al señor, y el castillo que habia hecho de nuevo al maestre de campo Cárlos Deza, que salió de Sena con la infantería española. Pesó deste suceso mucho al Pontífice y al Rey de Francia, y en extremo al Duque de Ferrara por el aumento del vecino y enemigo. Nostredamus, francés, astrólogo insigne, envió al Rey Católico la figura y juicio de su nacimiento con los sucesos que señalaba el movimiento del cielo por las estrellas, admirable trabajo en la vanidad de la astrología judiciaria, reliquias de la idolatría egipcia. Mandóle dar quinientos escudos y agradecer de palabra el cuidado, y quemó prudente y religioso el pronóstico: «Porque la superstición no le hiciese tímido, y la licencia precipitado, alargando el temor »y esperanza con notable daño de su inocedad de afectos vivos ménos »exercitados y corregidos de la experiencia, regla cierta para encaminar »sus acciones por los consejos, no por los deseos más ó ménos vehementes »por la esperanza y temor que llaman respeto, polos de la razon de Es»tado, que modera la prudencia con ella. Es inconveniente en la gran»deza y perfecion Real saber su fortuna, que ha de hacer buena su pru»dencia, sin que el deseo se anteponga á la razon con la mucha espe»ranza que hace temerarios, y la poca cobardes. Con los pronósticos de »buenos sucesos crece el deseo, y hacen prevenir ménos bien para alcan»zarlos; y los malos en los débiles y gallardos tal vez impresion, tal que »reciben del temor más daño que de la fuerza del enemigo. Pues entrando »en la empresa áun no bien se encuentran con dificultad, pequeña señal »del pronóstico, que se dexan caer de ánimo, no les pareciendo bastantes »á estorbar los influxos del cielo. Era grave D. Filipe en esta parte, y en el

»moverse á desear ó esperar, procediendo de manera con prudencia que la »confianza no le hizo incauto, y la difidencia impaciente. Su temor era res- »peto, armándose para no temer cuando los confines, de modo que inten- »tando contra él quedáran ofendidos, mostrando que el que á su tiempo »teme, á su tiempo acomete seguro con esperanza de vencer.»

CAPÍTULO V.

El Duque de Saboya va con el exército á Champaña, y sitia á San Quintin.

El Rey D. Filipe recibió en Lóndres al Duque de Sesa y al Marqués de Cortes, y pasó á Flandres. Hecha reseña de su exército, y resuelto su empleo fué á Cambray para asistille. Allí supo á tres de Julio la muerte del Rey D. Juan III de Portugal su suegro; y para pasar las pesadumbres de lutos y pompa funeral volvió á Valencianes, donde brevemente la celebró y partió para Cambray. Luégo el Duque de Saboya encaminó su exército contra Champaña, provincia confin con el Ducado de Lucetlburg, de quien era Gobernador el Duque de Nevers, con intento de acometer á Masiers y Roicroy para recuperar á Marianburg sin poder ser socorrida. El de Nevers con la gente de los presidios fortificaba las fronteras; y avisado de la venida del de Saboya, le visitó, proveyó de vituallas, y guarneció con los mejores soldados. El Rey le encomendó la defensa de Roicroy por ser fresca su fortificacion para picalla y batilla. Respondió Nevers se defenderia, porque se meteria dentro y porque su buena forma (en tierra tan seca y estéril que el enemigo habia de traer muy de léxos la vitualla) constaba de cuatro baluartes guarnecidos sus costados de casas matas y plataformas tan bien cubiertas que no podian ser batidas con mucha artillería, y con dos mil soldados de su defensa se cansaria y envejecería en su sitio cualquier exército. Sabíalo el Duque de Saboya y para probar fortuna previno escalas y cuerdas. Estaba en los Gibers aguardando en el paso la gente de Alemania y Borgoña, que de la Franca Contea habia de pasar por el Ducado de Lucetlburg. A veinticuatro de Julio los corredores se mostraron delante de Roicroy provocando á la guarnicion á escaramuzar para entretenerla en tanto que brevemente llegaba el exército. Los del presidio, advertidos por el Duque de Nevers, no salieron y disparando de una camarada la artillería mataron y hirieron muchos y pasaron á Altarroca. A los primeros de Agosto juntó ya el exército, y proveido entró en Picardía, y pasó por la Capela y Berbins, como para sitiar á Guisa, lugar fuerte y bien proveido, y campeó dos dias en su contorno reconociéndola con cui-

dado. Los franceses le metieron buen número de infantes y municiones sacadas de otras plazas, sin impedirlo el Duque de Saboya con artificio, porque deseaba enflaquecerlas, especialmente á San Quintin, por ganar puerta y paso para París. Con gran silencio de noche por caminos desusados partió, y á tres de Agosto ciñó á San Quintin en buena forma acuartelado, reconocido bien el sitio primero. A Francia, descripta de cosmógrafos y escritores de relaciones é historias, y primero de César, no describo, por ser tan sabida su grandeza, fertilidad y naturaleza de sus habitadores. Sólo digo que la Picardía su principal provincia despues de Languedoc es de las ocho regiones en que se divide la Galia Bélgica, que son la Francia, cuya cabeza es París, la Picardía ó Veromania, la Morina que es Flandres en la Nervia, hoy Brabante, la Holanda ó Batavia, la Amonania, la Lotharingia y la Champaña. Confina la Picardía con el Artuoes y condado de Henaut, y tiene muchas plazas fuertes, cuya metrópoli es la ciudad de Amiens de quien á su tiempo largamente se dirá. A San Quintin fuerte por naturaleza hizo fortísima con la arte y costa de mucho dinero y tiempo el rey Francisco I en la ribera del Soma, que riega las principales ciudades de Picardía. Tiene de setentrion á Cambray, al levante á Guisa y Landresi, de poniente el rio Soma, al mediodía á Noyon. Fue llamada Augusta Vermandorum antiguamente, en el condado de Vermandoys puesta. Julio César invernó en ella, y tuvo córtes á los franceses y dexó los rehenes. Otros la llamaron Somorabrina del rio Soma en los Heduos nombrados así de César en la Bélgica Galia comprehendidos. Está en un collado no muy alto que descubre la campaña por valles desigual con algunos montones de tierra y bosques muy apartados de la poblacion. Pasa por el pié del collado el rio Somona, Soma ó Somara, cuyo nacimiento poco apartado de la ciudad, hacía su oriente pequeño en él y blando su corriente, despues aumentado vierte en el Océano Británico. A la siniestra del collado hay una laguna y el foso es grande y la muralla de piedra y de ladrillo muy gruesa. Dió nombre á la ciudad San Quintin mártir, cuyo cuerpo estaba en ella en gran veneracion. Era su Gobernador y Capitan á guerra Mos de Bruel breton, y su guarnicion de ochocientos soldados, inclusos algunos hombres de armas, de quien era cabo el señor de Tellin. Quísola aumentar el Almirante, los naturales contradixeron por evitar molestias y ser plaza tan fuerte. Disponiendo tres baterías en buena disposicion y distancia, dividió las naciones para socorrerse y quitar el socorro. Dió la mano derecha al maestre de campo Alonso de Cáceres con los españoles, y al coronel Lázaro Xuendi con sus alemanes; la izquierda á Navarrete con su tercio, y al Conde de Mega con los valones; la tercera á Julian Romero con tres compañías de españoles, y los borgoñones é ingleses; la caballería aloxó para correr y guardar la campaña; á D. Bernardino de Mendoza dió el labrar las trincheas. Hechas explanadas y gaviones batió el burgo de la isla

del rio, y un baluarte del nuevo grande y fuerte. Los franceses, poniendo fuego á las casas, con su ropa y vitualla entraron en la ciudad. El importante puesto con mal consejo desampararon, porque desta parte más que de otra se causó su pérdida. El capitan Julian Romero con tres compañías del tercio del maestre de campo Navarrete, que traia á su cargo, aloxó en él, y los ingleses en unas casas que los cubrian de la ciudad, y en una abadía que les servia de reparo contra los enemigos.

CAPÍTULO VI.

El Rey de Francia viene con su exército á las fronteras; entra en San Quintin el Almirante, y bátela el Duque de Saboya.

El Rey de Francia queria socorrer á San Quintin, mas el Condestable no quiso se aventurase, pues tenía tan buenos capitanes, sino probar él su ventura. Fiando poco della el Rey lo contradixo, y venció la quexa y esperanza siempre dudosa del Condestable. Con nueve mil alemanes y mil caballos herreruelos que Reingrave truxo, y la infantería y caballería francesa de las fronteras, el Condestable juntó exército de veinte mil infantes y seis mil caballos, y aloxó en Piere Pont lugar fuerte, bueno para cubrir y socorrer sus plazas con presteza. Asistíanle el Duque de Nevers, el Príncipe de Condé, el Almirante, el Marichal de San Andres, el Reingrave, el Baron de Corton, el señor de la Roca de Mayne. No creyeron los franceses juntára el Rey Católico tantas fuerzas, ni que las empleára sino contra Champaña acometida primero, y defraudados trataban de socorrer á San Quintin con arte (medio ménos peligroso que á viva fuerza) aventurando el dar batalla á exército superior. El Almirante intrépido determinó tentar la fortuna, y socorrer la plaza de su gobierno. Con su compañía de gente de armas y las de los señores de Arran, de Jornac, de Fayete, y los caballos ligeros de Miramonte y Terelles y una de escoceses por el camino de la Fera se puso en Han, mostrando iba á dar sobre algunas bandas de caballos corredores para revolver y entrar por el burgo de la isla del rio. Mos de Bruel le avisó con el señor de Valperga del temor de la ciudad, y el modo del sitio de los cercadores, y parecióle corrian peligro los sitiados y los que los socorriesen; y pospuesto el suyo dixo á los que le seguian, habian de entrar aquella noche en San Quintin, y avisó dello el Condestable. Al ponerse el sol partió con buenas guías con cincuenta caballos delante para cargar los que encontrasen. Topó al Abad de San Prix que iba al Rey, y le pidió le dixese donde le encontró, con resolucion de socorrer

la plaza por unos collados mal guardados de los enemigos. Pasó á dos horas despues de media noche, y entró con las dos partes de la infantería gascona que sacó de Han y de la caballería, porque la otra prendieron los cercadores que al arma concurrieron. Reconoció el Almirante las murallas, la artillería, municiones, la gente de su defensa, y no le pareció suficiente. Desde una torre consideró la disposicion del exército para entrar el socorro y hacer sus retiradas. Recogió las armas en las Casas de Ayuntamiento y las repartió en los más aptos para manejarlas y la ciudad en cuarteles; señaló los capitanes que la habian de rondar; aplicó hasta las mujeres á lo que cada uno podia ser de provecho, inventarió la vitualla, listó las bocas, señaló las raciones para tres meses. Para dar las órdenes dixo le avisase cada uno con libertad de lo que le pareciese convenir para la defensa, que sería oido con agradecimiento. Taló las huertas cercanas á la ciudad y salió con mal suceso á quemar las casas en el burgo de la isla, y el señor de Telliny con cien caballos para reconocer el campo español, y se retiró con muerte de algunos y heridos muchos. Levantadas las trincheas por la parte del burgo de la isla, llevaban la artillería para batir. El Almirante, porque los españoles estaban en los fosos con el silencio de la noche percibiendo el oido lo que sería, mandó disparar contra aquella parte muchos cañones, varios fuegos artificiales para quemar la casa, y no hicieron daño en la abadía que abrigaba á los españoles. Retiró la gente que guardaba la muralla vieja, rondó la ciudad, porque los naturales no se amedrentasen con la retirada de la gente. Fue bien menester por esto y porque la pólvora se encendió y voló tanta parte de la muralla que podian entrar cuarenta por hilera, y cerraron la abertura con increible diligencia asistiendo el Almirante. Por esto los españoles para quitar las defensas llegando cerca con las trincheas batian gallardamente, y desde una plataforma que labraron en el burgo hacian mucho daño. El Condestable, avisado por el Almirante con el señor de Valperga de lo que habia en San Quintin y fuera, determinó socorrella como mejor pudiese. Mos de Dandalot, hermano del Almirante, diligente y sagaz, deseaba socorrerle, y con algun gran hecho y suceso borrar la memoria de la pérdida de reputacion que hizo en la guerra de Parma, donde en la primera facion perdió su gente, y fué llevado preso al castillo de Milan. Partió desde la Fera donde el Condestable tenía el exército, y con su órden para la ciudad de Han con diez banderas de infantería bien armada y escogida, y el Marichal de San Andres con cuatrocientos hombres de armas, y el Príncipe de Condé con otros tantos caballos ligeros franceses y gascones para tener impedido y cuidadoso el exército enemigo, y meter en San Quintin dos mil soldados por el cuartel de los ingleses aloxados por donde se ofreció el señor de Valperga de guialle. Prendieron unos caballos escoceses en el mismo dia que dixeron al Duque de Saboya la venida de Mos de Dandalot por el cuartel de los ingleses, y reforzóle al

al punto con trecientos caballos y mil y quinientos españoles con su maestre de campo Navarrete de gran consejo y presteza en executar, y dió por nombre San Filipe. Partió la caballería de Han á cuatro de Agosto para tocar arma al campo y dividille, en tanto que Dandalot pasaba; mas fueron muertos cuatrocientos infantes, presos muchos y cuatro banderas. Pelearon animosamente los capitanes españoles Diego de Valenzuela, caballero valeroso y gran soldado, natural de la ilustrísima ciudad de Córdoba, como habia hecho en muchas ocasiones y años que militó, Julian Romero, verdadero hijo de su fortuna, valor y prudencia, Diego Perez Arnalte, natural de la noble villa y antigua de Ocaña, y Antonio de Quiñones y Nofre Sandin; y si los caballos alemanes de guardia acudieran bien, no quedára frances vivo: y solamente murió de los oficiales el sargento del Capitan Jerónimo de Osorio; y mal herido Dandalot entró en San Quintin venturosamente, porque era diestro en obrar y hablar, sembrar invidia, aborrecimiento, discordias, alborotos, revueltas, motines, valido en ellos, y robador largo, malísimo en la paz, y no para despreciar en la guerra. Avisó con unos archeros al Condestable del mal suceso, y de la parte por donde los podia socorrer, y disponia la jornada y lo necesario para ella. En Campien, cerca de Itus, el rey Enrique conferia sobre la guerra y socorro de la ciudad, y deseaba dársele, aunque aventurase su persona. El Rey Católico desde Bruseles vino á Cambray acompañado de D. Ferrante Gonzaga, y de gran número de caballeros de todas naciones, y desde allí ayudaba á su Capitan con avisos y órdenes porque los franceses por la rota de Dandalot con industria y fuerza darian socorro á la plaza. El Duque de Saboya la apretaba acercándose con las trincheas para desembocar en el foso con la inteligencia y diligencia de D. Bernardino de Mendoza.

CAPÍTULO VII.

Viene á socorrer á San Quintin el Condestable de Francia con todo el exército, y queda vencido y preso.

A ocho de Agosto partió el Condestable de la Fera con dos mil caballos y cuatro mil infantes á reconocer la tierra por donde habia de hacer el socorro á San Quintin, porque el Almirante le avisó estaba cerrado ya el paso por donde le despachó los hombres de armas, y sólo podia por unas lagunas de suficiente fondo para barcas, y porque no tenía más de tres truxese algunas. En la aldea Exegrey ordenó su gente el Condestable, y envió á Mos de Fumet, de discurso y exercicio en la guerra, con otros dos

caballeros, para que acercándose al campo enemigo y á las lagunas, considerase y midiese la distancia desde su orilla á la ciudad y el ancho del rio. Executaron y volvieron á dar aviso, aunque pudieran ser impedidos de dos compañías de españoles que guardaban un molino. Animado con aviso de que la mayor parte de la caballería enemiga habia de salir en el dia siguiente á hacer escolta á un regimiento de ingleses del milord Panbroz y al Rey, que habia de venir á su exército, volvió á la Fera resuelto en gozar de la ocasion de dar socorro al Almirante, y le avisó. A los nueve de Agosto en la tarde sacó de la Fera seis cañones, cuatro culebrinas, dos bastardas para caminar á San Quintin con treinta y dos banderas francesas, veinte de alemanes, en número todos de más de quince mil infantes, y con toda su caballería con gran parte de la nobleza del reino en ella caminó. En el dia de San Lorenzo llegó á las nueve de la mañana á la vista de San Quintin y se puso sobre una eminencia á la parte del burgo de la isla, donde aloxaban los españoles, y consideraba el asiento del exército del Rey Católico. Disparó la artillería, causando más temor que daño, acercándose á las lagunas y al rio. El Duque de Saboya y el Conde de Egmont descubrieron los infantes y barcas, y envió al socorro de algunos arcabuceros que impedian el paso otros cuatrocientos del tercio de Navarrete, con determinacion de pasar y pelear de la otra parte del rio. Pasaron ciento y cincuenta soldados, con dificultad los primeros, por lugares cenagosos, dándoles el agua á la cinta, cargados de la arcabucería de Navarrete por la floxedad con que pasaban, y despues otros tantos con el Vizconde de Montnostradame, los señores de Curt y de Nara y de San Remy, un comisario de la artillería, tres artilleros, con otros buenos soldados que por servir al Rey vinieron al socorro, y mojados y sin armas, entraron los más en San Quintin. El Conde de Egmont, para embestir y deshacer al enemigo, envió mil caballos borgoñones y españoles, y á sus espaldas á Enrico y Hernesto, duques de Branzuich, con sus dos mil caballos de la banda negra, al Conde de Manzfelt con ochocientos herreruelos, al Conde de Horne con mil hombres de armas cleveses, y los otros mil del Conde de Villeyn y Mos de Noiquerme, sin otras tropas de caballería ligera, que por todos eran siete mil caballos. Comenzaron los franceses á retirarse á sitio más fuerte en tanto que las barcas pasaban la gente del socorro por no pelear con tanta desigualdad, pues tenian tiempo para ello por estar muy distantes los cuarteles del exército enemigo; pero engañóse, pues en tres horas pasó el rio, se ordenó y cargó al suyo, porque la caballería ligera entretuvo la francesa, escaramuzando entre tanto que pasaba el Conde de Egmont. Los franceses hicieron alto y reformaron sus escuadrones para su defensa; el Duque le ordenó cargase sobre el enemigo, y dió sobre su mayor escuadron de caballería con mil caballos españoles, reniendo á las espaldas á los Duques de Branzuich, y ordenó á Hernesto que rompiese dos mil

hombres de armas franceses, y que siguiese al Conde de Horne el de Manzfelt, el de Villeyn, el de Hoostrate y el de Xuacenbourg, capitan de la guarda alemana del Rey, con mil herreruelos. Acometido el escuadron por la vanguardia, el de Egmont cerró por un costado con gran ímpetu, llevando la delantera D. Enrique Enriquez, lugarteniente general, y D. García Manrique; por manera que los rompió casi con el primero encuentro. Combatióse de ambas partes valerosamente, cayendo muchos muertos y heridos, y con gran confusion y desórden se retiraban los franceses á su infantería para salvarse, por la parte en que estaba el Duque de Nevers, en un callejon estrecho entre el Condestable y él; y queriendo rehacerse fue derribado del caballo. El Conde de Egmont y los otros señores capitanes, que deseaban deshacellos del todo, cargaron la infantería enemiga cerrada en batalla. Reforzó el de Saboya con caballería fresca al de Egmont para que diese sobre ella, gozando de la vitoria que le presentaba la fortuna, sin esperar á que su infantería acabase de pasar el rio, ni que se reuniesen y tomasen ánimo y fuerza los enemigos. Esperaron bien el choque los escuadrones con que los desordenó y puso en huida confusa, y siguiendo la vitoria el Conde, hiriendo, matando, prendiendo á muchos caballeros que iban á salvarse en un bosque, executando hasta una legua de la Fera, en cuatro horas alcanzó la vitoria la caballería; porque la infantería llegó cuando estaba cierta y rotos los enemigos. Los de San Quintin no hicieron surtida á las trincheas, atentos al conflicto y al fin; y porque dexó el Duque de Saboya en su contra á los Condes de Mega, Xuacenbourg, á Conrado Beneburg con la gente de su cargo y á los ingleses. De los franceses murieron seis mil, de los de España ochenta, y entre ellos el Conde de Espiagebirg, el Conde de Ubaldez, Ludovico Brederode, el Baron de Habrencuit, y fueron heridos el Conde Pedro Hernesto de Manzfelt en una pierna, Mos de Benerum en un brazo, y Mos de Mombre en un ojo. Fueron presos franceses dos mil de la nobleza, y mil y docientos hombres de armas, cuatro mil de todas suertes, todos los capitanes, lugartenientes, oficiales por la mayor parte, y cuatro de los Príncipes que llaman de la sangre. Ganáronse cincuenta y dos banderas y deciocho estandartes de hombres de armas, veinte cornetas de archeros y caballos ligeros, la artillería con trecientos carros de municion, el bagaje, gran número de caballos y armas. Fue preso el Duque de Anguien herido mortalmente, y Francisco vizconde de Turayne, el Conde de Villars, el hijo del señor de la Roca de Maine, los señores de Xandenier, de Guerron, de Guilanes, de Plevot, de San Gelez, Ludovico de Borbon, príncipe de la Roca Surion, el de la Roca de Maine, el Conde de Sanserra, el señor de Bordisoy, Fadrique Rosemblerg aleman, reyngrave general de los alemanes, y su teniente, y Rois Ferger su coronel, y Jorge conde de Busteburg, el señor de Memoransi, el Duque de Mompesier mal herido

en la cabeza, el Duque de Longavila, el de la Roca Fogan, el Marichal de San Andrés, el Conde de Hernani, hermano del Cardenal de París, Luis Gonzaga, hermano del Duque de Mantua, el Baron de Cortau, los señores de Many, Malimot, Fumet, Recen, Monsalez, Mamber, Arbogast, Bores, Esquerzonion, Estré, de Angien, de Termes, de Tyali, de Lansac, de Sienay, Ambesay, Montorvé, Marzany, Rocafort, Santeroni, Nembroy, Averarde, Tobarzani. El Condestable, general del exército, combatiendo y ordenando su gente fue preso, y los señores de Mombarg y de Meru, sus hijos. A los alemanes se dió pasaporte, jurando de no servir á los franceses en seis meses. El Duque de Saboya triunfando, volvió la gente á su primera ordenanza con los presos delante, mostrando con ellos clemencia y con los señores cortesía. Honró y curó al Condestable en su tienda. Avisó al Rey Católico con caballero y carta con relacion del buen suceso tenido en el dia del mayor mártir español. Para gozar de la vitoria hicieron gran salva á su venida y muestra de los estandartes, banderas y prisiones, acto solene y glorioso para un rey nuevo y mozo, y así de mucho contento y triunfo. Los prisioneros de importancia llevaron con buena guardia á los castillos de Artuoes, y el cuerpo de Juan de Borbon á la Fera. Dió el Rey las gracias á Dios con procesion, y al Duque despues, al Conde de Egmont, principal autor del vencimiento, con palabras honrosas y de singular favor. Escribió al Emperador, su padre, la vitoria y lo que determinaba hacer, pidiendo su consejo, á su tio el emperador Ferdinando, á la Reina su mujer á Inglaterra, á sus capitanes á Italia, para que todos tuviesen alegría, ánimo y esperanza de mayores cosas con tan buen principio. A la república de Venecia congratulándose de su buena fortuna en todas partes con las ventajas que sus armas mostraban, y les pidió reduxesen al Pontífice al efeto de una santa paz, que para ello envió al Duque de Alba facultad de capitular como al honor y bien de todos más conviniese.

CAPÍTULO VIII.

El exército del Rey Católico prosigue el sitio de San Quintin, y el Rey Cristianísimo refuerza sus presidios.

Jamas se vió exército más bien gobernado, obediente, diciplinado, unido con ser de tantas naciones compuesto, cumplido en todas sus partes, más abundante de dinero, vitualla, artillería, municiones, soldados, gente venturera y de córte, cabezas, capitanes, oficiales animosos dispuestos á sufrir

trabajos, puestos en la obediencia en el punto de lealtad tan vanos de sus honras, en la guerra parte de importancia. Decian:

«Si como habia proseguido en batir á San Quintin, dexára los ingleses en »el sitio con sus cabezas el milord Pambrotz, Chinton, y Greycanor asis- »tidos del Rey y de su Córte y con el resto caminára el Duque de Saboya »la vuelta de Campien para sitiar al Rey, ó fuera á París llena de miedo y »confusion, gozára de la ocasion y fruto de tan gran vitoria. Parecia pe- »queño premio della y del gasto de tan gran exército asistido de un Rey »tan poderoso en persona la presa de San Quintin, puerta solamente para »entrar en Francia contra su cabeza, impidiendo el recoger la gente que »escapó de la batalla, y juntar otra con ella.» Otros: «No fue el consejo »errado, para no entrar en Francia como su padre comiendo pavos y salir »comiendo raíces; y si entónces no estaba desbaratado el exército de su »Rey, y presos sus capitanes y sus mejores cabezas: y por esto sitiaron á »San Quintin; si el Condestable no fuera temerario, el exército español se »levára para salvarse; y quien se resolviera á entrar contra París, habia »menester mucho tiempo, mucho dinero, mucha ventura.»

Dios guia los reyes, mueve sus ánimos y armas justas, y quiso gober- nase diversa razon de guerra, dando motivo á la sospecha del Duque de Saboya, soldado de tanta experiencia y valor, que nada inoraba, de que se gobernó como príncipe italiano, y del Rey que no se movió sin esperar consejo de su padre de lo que haria, haciendo poco provechoso el venci- miento con descuento de tanta ventura. Y así el Duque de Nevers escri- bió á su Rey no habia qué temer, pues le daba tiempo para rehacerse el Duque de Saboya asistente en el sitio de San Quintin sin moverse á otra cosa. Trabajó mucho en recoger la gente desmandada Nevers, discurriendo de una parte á otra encaminándola, aunque amedrentada, á las plazas fuer- tes para cerrar el paso, en que consistió su total remedio. Entró con el Príncipe de Condé en Lan, el Conde de Sanserra en Guisa, el señor de Bordillon en la Fera, el de Humiers en Perona, el de Xaumien en Corbé, el de Solinac en Jatelet, el de Sapoys en Han, el de Moniguy en Mondi- dior, cercanas á San Quintin. Son los franceses prontos en acudir á la guerra y defensa propia, y vinieron á estas tierras en gran número. El rey Enri- que respondió al Duque de Nevers con Mos de Descars, era el sentimiento igual á la pérdida, que inesperadamente menoró su fortuna con la prision y muerte de tanta nobleza de su reino, y cabezas de su exército, mas es- peraba en Dios le ayudaria. Juntase la gente que pudiese, que él le refor- zaria cuanto le fuese posible, y le avisase de los disinios y acciones del ene- migo. Luégo envió la Reina á París para animar el pueblo en tanta des- ventura y ayudar con sus personas y bienes á su defensa, y para evitar el juntarse en la calle de Santiago en una casa á oir predicar las sectas nue- vas, y en otras partes del reino. Mandó el Rey que todos los Obispos, cu-

ras y abades residiesen en sus iglesias para mirar por la religion católica, y castigar los apóstatas en ellas. Representó en las Córtes Juan de Bertrandy cardenal de Sans la necesidad presente, en que el Rey prometia morir por su remedio. Ayudó París luégo con trecientos mil francos, la nobleza y las ciudades conforme á su posibilidad. Pidió á los zuiceros de su confederacion deciscis mil infantes á sueldo, y á los Príncipes alemanes veinte mil. Sacó las guarniciones de Metz, Tul, Berdum y Champaña. Mandó, que todos los que en su reino militaron acudiesen á Lan, plaza de armas que señaló, donde estaba el Duque de Nevers, su lugarteniente general; los cuatro mil zuiceros asoldados para enviar al Duque de Guisa fuesen á Francia, y que el de Houmala llevase la caballería, porque estaba el reino en gran cuidado. Juntáronse trecientos hombres de armas, mil caballos ligeros y arcabuceros de á caballo, setecientos herreruelos, cuatro mil infantes, todas las fuerzas de Francia, gente vencida sin poder tener otras en muchos dias, que confirma más el mal consejo de no haber seguido al Rey y sitíadole para de una vez acabar la guerra. El Duque de Guisa, apretado del de Alba, mal viniera al socorro entretenido y consumido para no volver á Francia. Escribióle Enrique viniese luégo, y tomase el Pontífice acuerdo con el Rey Católico, que por ahora no se podia más. A los señores escoceses levantasen gente y acometiesen las fronteras de Inglaterra para divertir y obligar á retirar los soldados que tenía el exército del Rey Católico. Salieron dos bastardos del rey Jacobo, ayudados de franceses con el virrey de la provincia para hacer entrada con exército en Inglaterra, mas la Reina les opuso quince mil infantes y mil y quinientos caballos, y los venció no sin sangre de ingleses y escoceses, y muerte de los dos bastardos del Rey con otros ministros y nobles. Con esta vitoria los ingleses ensoberbecidos ocuparon catorce lugares y vinieron á un monte, donde los escoceses se habian retirado y fortalecido, talando, destruyendo, robando ropa y ganados, y volvieron ricos, dexando castigados y amedrentados á los escoceses para no tomar las armas en su contra, aunque los franceses los incitasen. Los soldados cercadores, como es su costumbre, despues de una rota de su enemigo, pusieron las banderas ganadas en las trincheras en señal de su vitoria para desanimar á los cercados. El Almirante entendió con esto el mal suceso del Condestable y el daño recebido, y relacion de algunos prisioneros que huyeron á San Quintin, y por los fosos entraron. Los cercados desmayaron, aunque el Almirante y su hermano Dandalot reparaban las baterías y repartian por sus postas la gente nueva. Avisó el Almirante al Duque de Nevers le podia socorrer entre unas lagunas sin que el agua pasase de la cinta á la infantería. Por medio del gobernador de Guisa envió trecientos arcabuceros escogidos con buena escolta, mas en llegando á las lagunas fueron acometidos y muertos; huyó la escolta y el Príncipe de Condé, el señor de Bordillon, y de todos se salvaron ciento y

veinte visoños peones desarmados en San Quintin. El Duque de Saboya reforzó por esto la guardia con españoles y valones, y quitó del todo la esperanza del socorro. No cayó de ánimo el Almirante, mas con vigilancia y providencia acudia á todo, impediendo las juntas en que algunos trataban de rendirse; echó fuera seiscientos inútiles porque le comian la vitualla, y volviéronlos adentro los cercadores.

CAPÍTULO IX.

El Duque de Saboya bate á San Quintin, y éntrala por fuerza.

Los gobernadores franceses de las plazas fuertes cercanas molestaban el exército español, y hacía presas el Baron de Salinac desde Jatelet. Por esto el rey Enrique escribió al Duque de Nevers pasase á Lan para estrechar más y quitar las vituallas al enemigo, y perdido San Quintin guarneciese á Guisa, Perona, Lan, la Fera y Corbè. Reforzadas las tres baterías, el Duque de Saboya caminó con las minas y trincheras á desembocar en el foso por siete entradas, en que trabajó mucho D. Bernardino de Mendoza y no ménos D. Ferrante Gonzaga. Mos de Glajon, señor de la Cresionere, batia las defensas derribando con ochenta cañones los traveses, explanadas, plataformas, bastiones y cortinas por tres partes, estremeciendo los valles y los montes su furia, y abrieron y derribaron muchas brazas de muralla. Á los decisiete de Agosto, puesto el exército en batalla para dar el asalto, volaron las minas por la posta que defendia Mos de S. Remy, y sin efeto. Determinaron hacer mayor rotura para entrar con ménos daño; pues siendo señores de la campaña y los defensores pocos y sus reparos flacos, no importaba un dia más ó ménos. Encendióse fuego en la ciudad y desanimó los vecinos y soldados sin esperanza de socorro ni de remedio sino rindiéndose. Estaban tan señores de los fosos los españoles por todas partes y tan adelante en ellos que nadie se descubria sin recebir heridas, y así rondando el Almirante, hirieron á su lado al capitan San Andrés, mataron un sargento mayor y otros soldados. Porque trataban de rendirse, el Almirante ahorcó á tres deshaciendo el motin; hizo algunos reparos y parapetos en lo batido para remediarlo. En el dia siguiente, viendo batir de nuevo y abrir las trincheas para darle el asalto general, se aconsejó con Dandalot y el señor de San Remy, en hacer minas experto y en otros cuatro sitios. Este dixo eran importantes las dos contraminas hechas, pero con la mina caeria una torre que facilitaria el subir á la batería. Pusieron la defensa en su valor y brazos, esperando, si en aquel dia alcanzaban la victoria, sal-

varse. Contra la arremetida del maestre de campo Cáceres asistió el Almirante; contra la de Navarrete, Dandalot; contra la de Julian Romero, el señor de San Remy. El exército se dispuso y ordenó para arremeter, y con la caballería aseguraban la campaña el Conde de Egmont y D. Fadrique Enriquez y el Conde de Horne, y quitaban el socorro. La infantería ocupó sus puestos; y el Rey, armado con su escuadron delante de su tienda, se mejoró en sitio seguro y apto para ver los que arremetian y gozar del asalto. Dado fuego á las minas con razonable efeto y la señal para acometer, se dexó ir á la batería el maestre de campo Cáceres, donde estaba el Duque de Saboya, parte más fuerte, batida y asistida del Almirante intrépido y resoluto, y por las otras dos las naciones, muchos señores y caballeros deseosos de señalarse en presencia de su Rey, especialmente D. Juan Manrique de Lara, D. Juan de Zúñiga, D. Alvaro de Sande, D. Juan de Acuña Vela, D. Frances de Alava, D. Iñigo de Mendoza, D. Alonso Quijada, D. Rodrigo Manuel, Garci Laso Puertocarrero, D. Pedro de Granada Venegas, D. García de Granada. Duró el combate hora y media, defendiéndose los franceses con valor y coraje; mas cediendo su cansancio y su imposible al mayor número y esfuerzo de los españoles, fueron vencidos, entrando el primero y muriendo el capitan Luis Cabrera de Córdoba y su alférez Juan Cabrera de Córdoba, su hijo, padre del autor, que superando la batería plantó su bandera, asistido, gallarda y valerosamente de Juan Ruiz de Alarcon, natural de Ronda, y de Alonso de Vargas Barreda y de otros tres soldados de la compañía de Cáceres, naturales de Avila los dos, y de Ocaña el uno; y el Rey dió la compañía de su padre á Juan Cabrera, con que le sirvió hasta que se hizo la paz. Fue preso el Almirante y entró Navarrete la batería que defendia Dandalot, y en hábito humilde huyó. Julian Romero áun peleaba; porque si bien era su arremetida la más llana, como la defendia con más y mejor gente el señor de San Remy, que resistió hasta ser acometido por las espaldas, no la pudo entrar, y cayó de lo alto de la muralla y se quebró una pierna. Muchos de los franceses desiguales en número y fortuna, el turbar la victoria, el manchar de sangre las calles y murallas procuraban; mas aunque los vencidos estén bravos, siempre su ánimo suele ser menor de lo que muestra, y ofreciéndose á los vencedores cayeron con heridas muertos, que tan honroso fin tuvieron. Fueron presos los señores de San Remy, Jornac, Hanies, Lagarda, Cucienx, Molins, Rambollet, Brulet, Moamè, tres hijos del Condestable y los capitanes Bretana, Ligneres, San Roman, San Andres y Sobiel, y cuatrocientos hombres de armas y ventisiete piezas de artillería. Los soldados con furia mataban, aunque D. Pedro de Padilla y D. Juan de Mendoza con diligencia moderaron el rigor, y saquearon riqueza de toda la gente del contorno, que en plaza tan fuerte aseguraban. El Rey, sabiendo gobernaba la licencia de la vitoria, la insolencia y crueldad, á sangre caliente entró

en la ciudad y amparó las cosas sagradas, aplacó los españoles y alemanes alterados sobre diferencias en el saco. Las crueldades son diferentes como los deseos y leyes que les permiten las cosas á que se inclinan, y porque ninguna en tal tiempo se tiene por ilícita. Evitó el Rey las desórdenes, hizo matar el fuego, avió las mujeres y niños á su voluntad con guardia de algunos señores para que no recibiesen daño en el camino; usó con templanza de la vitoria; habló magníficamente á los vencedores, piadosamente á los vencidos, propio de tan gran monarca. No hay cosa más cruel, fea, torpe, disforme que la figura de una ciudad saqueada; en una parte se miran batallas, heridas, muertes, arroyos de sangre, hacinas de cuerpos muertos, fuerzas, estupros de mujeres y todo lo que es vicio y deshonestidad de una paz ociosa y sangre de una guerra, y cautiverio y mezcla de locura y furia. En edad tan florida pudiera desvanecer al Rey, y dió las gracias á Dios y procuró con santo celo la estabilidad de la paz. Escribió á sus capitanes y amigos á Italia el buen suceso, animando á los unos y confirmando á los otros. Mandó reparar á San Quintin y guarnecelle de gente, vitualla, municiones. Sobre los efetos que se habian de hacer en el Consejo larga y variamente se habló. Don Ferrante Gonzaga decia, y otros con él, que pues el exército era poderoso y entero y el fin de combatir á San Quintin tener puerta franca en camino desembarazado sin resistencia para ir sobre París, marchasen luégo á poner fin á la guerra. Decian otros sería más de ostentacion que fruto, y habia de haber sido ántes, y se aventuraba mucho desmandándose la gente para robar por los lugares del paso. Respondian á á esto: «La conservarian en buena disciplina y union los bandos rigurosos bien executados, pues no habia enemigo que los perturbase.»

CAPÍTULO X.

Consultan á D. Filipe sobre la guerra en España; elige Arzobispo de Toledo, y envía al maestro Gallo á Alemania.

Despachó el Rey á D. Juan de Acuña Vela con aviso de la vitoria que tuvo sobre San Quintin y para solicitar su provision presta de dinero. Alegró mucho al Emperador la buena disposicion de las cosas de su hijo para concluir con los franceses paz conveniente y venir á dar asiento en el gobierno de sus reinos. Al Consejo de Estado pareció lo mismo, y escribió á D. Filipe:

«Habian menester los discursos que en su presencia se hacian para con»quistar á Francia muchos dineros y años. No le molestasen los conquis-

»tadores y discursistas con que se pudiera hacer más de lo hecho; pues no »hicieron tanto sus predecesores. Porque si hacía paz ó tregua, sería ménos »mala que las pasadas en autoridad y tiempo, aunque más necesaria. No »sería guardada por no darle espacio para tomar posesion de sus señoríos »por su persona; y parecia que encomendase el exército á sus buenos ca- »pitanes, y truxese consigo los prisioneros á España. Si para venir y acabar »la guerra (aunque le convenia honrosa paz) era menester tomar el dinero »de los que venian de Indias por vía de depósito, no sería injusto, y lo lle- »varian ménos mal por la esperanza de verle y de verlos Su Majestad y »á su hijo, tias y damas que le deseaban. Para su autoridad y reputacion, y »que supiesen sus vasallos se ofrecia por su beneficio y defensa á todo tra- »bajo y peligro, dió bastantes muestras, y estaba bien reputado y poderoso. »Y así no debiendo dexar el corazon por los extremos viniese á España á »remediar sus abusos y necesidad de su hacienda.»

Resolvió no salir de Flandres sin hacer paz ó tregua de largo tiempo con sus enemigos, como buen caballero y poderoso Rey, que tenía varios Estados y negocios de mucha obligacion á que le convenia proveer en aquellos países. El aviso que tuvo de la buena provision de dinero que en España se hizo le animó. Estaba acordado que Pedro Melendez llevase en la armada ochocientos mil escudos, y en guardia dos mil y cuatrocientos soldados nuevos á cargo de D. Diego de Acebedo, y los mil y quinientos restantes de los cuatro mil iban en defensa de quince navíos cargados de lana en Sevilla, en que habian de ir seiscientos y cincuenta mil escudos, y se les proveia de artillería de bronce y aligeraba la carga. Y así en Flandres se trataba esperasen los alemanes por sus pagas hasta el mes de Marzo de mil y quinientos y cincuenta y ocho, en que habria llegado Pedro Melendez, pues tenía órden de partir aunque fuese en el invierno, y tomar la primera tierra de Inglaterra y avisar de su llegada, pues forzando la necesidad allí recibirian el dinero los coroneles. Don Bernardino de Mendoza, cansado y trabajado en el sitio de San Quintin, falleció vitorioso con gran pesar del exército y del Rey, porque perdió un buen caballero y consejero. Fue hijo de D. Iñigo de Mendoza y de doña Francisca Pacheco, nieto del segundo conde de Tendilla, primero Marqués de Mondejar, por merced de los Reyes Católicos. Siguió la guerra desde muy mozo, y siendo general de las galeras de España venció valerosamente en las islas de Arbolan, en batalla de quince galeras de su escuadra contra deciseis, de que prendió las quince á Caramani y Alí Amat, corsarios que volvian á Argel con gran presa hecha en Gibraltar. Sucedióle en el cargo su hijo D. Juan, heredero de su valor, no de su fortuna, y fue á servir al Emperador Cárlos V en las guerras de Alemania y Francia. El Rey, su hijo, le hizo su consejero de Estado y uno de los contadores mayores de Castilla. Gobernó el reino de Nápoles en ausencia del Duque de Alba, vicario general en

Italia. Llevóle el Rey á Flandres á servir en esta guerra por su valor y experiencia, donde á su vida dió fin en su oficio como buen caballero, y principio á su memoria y gloria, envidia y emulacion loable á la generosa posteridad. Suspendió el mal aconsejado Pontífice las legacías del cardenal Reginaldo Polo en Inglaterra, y cesaron los comisarios para establecer y mejorar el culto de la religion católica.

Don Filipe mandó al padre fray Bartolomé de Carranza, que trabajó tres años en la restauracion y reformacion del estado eclesiástico inglés, pasase á Flandres á visitar las librerías, especialmente de la Universidad de Lobaina y porque sabía que en Francfort imprimian Biblias y libros sospechosos y catecismos heréticos en lengua castellana para dañar á España. Por su consejo el Rey puso en todos los puertos de sus Estados la visita de los libros que á ellos aportan; y pidió despues al Sumo Pontífice anexase al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion una canonjía en todas las catedrales, que es su principal sustento. Satisfecho de las buenas partes, letras y servicios del padre Carranza, le dió el arzobispado de Toledo el Rey, y forzó á que acetase. A los primeros de Noviembre entró en España la nueva de su eleccion; causó en los prelados admiracion su primera prelacía, contento generalmente en los religiosos, diciendo seria tan buen arzobispo como fraile, envidia y despecho de don Hernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, inquisidor general, por no haber ascendido como su edad y servicios merecian, y ódio en algunos dominicanos consultores del Rey; y todos trataron de mal lograr su provision, acusándole de poco fiel en sentir y interpretar la dotrina católica del Testamento Viejo y Nuevo en lo escolástico y expositivo, y caminó la delacion apretadamente hasta los efetos que en su satisfacion adelante escribirémos.

Era el intento del Rey Católico en abocarse con Maximiliano, su cuñado, y con su hermana Matía tratar de las cosas de la sucesion del imperio y eleccion del Rey de romanos y de las de la religion católica, que peligraba en los Estados de la casa de Austria, que por no asistirla los señores á quien tocaba su amparo y defensa con todas sus fuerzas, predicaban herejes luteranos en las plazas y en los palacios, sin rienda ni oposicion. No pudieron juntarse los Príncipes por ocupaciones de negocios tocantes á la paz con el turco y por la enfermedad del emperador Ferdinando y haber ocupado á D. Filipe el gobierno heredado de tan grande monarquía y llevado á Inglaterra conspiraciones de los mal contentos por los franceses encaminados. Creció con el tiempo el daño, porque el pontífice Paulo IV atendia á satisfacer su ambicion, como enemigo de la casa de Austria, y no curaba del remedio de la Iglesia, sino de hacer la guerra. Entendió D. Filipe tocaba el mal á la nobleza que habia en servicio de los Reyes, padre y hijo, no solamente sospechosos en la fe católica, pero

declarados en favor de los herejes predicantes, sin remediallo el Emperador por sus enfermedades, ni el hijo por sus pretensiones temporales en cosas generales y particulares de los Estados del patrimonio de su padre, con quien traia tratos nada en su beneficio y servicio. Era mal aconsejado en esto de Aizingan, cuyo padre mandó degollar el Emperador por rebelde, y sustentaba los predicantes y proponia maestros dañados para los hijos del Rey; pero resistido gallardamente de la madre religiosísima y de su aya Policena Laso de Castilla, valerosa y muy celosa de la religion católica, hermana del Mayordomo mayor, y de las españolas de su cámara, y más en que no se recibiese en ella á doña Isabel Briceño zuingliana, hereje, segun afirmaba Pernestan, buen católico, criado de la Reina, ni García Manrique, su marido, para maestresala, y así fueron expelidos, y ella murió en Genebra. Para saber el estado de las cosas de la religion y tratar de su remedio, envió D. Filipe no la olvidando enmedio del furor de las armas á su grande orador y teólogo el maestro Gallo, bien instruido en el hecho y aconsejado para lo que habia de hacer con el padre fray Bartolomé de Carranza. Llegó á Augusta á los primeros de Marzo mil y quinientos y cincuenta y siete, y por órden del Rey de Romanos pasó á Viena, y en Ratisbona se acordó que para el mes de Agosto en Wormes hubiese Dieta sobre materia de religion y coloquio con los predicantes; y ellos se excusaban con que no estaban diestros en disputas como Gallo criado en las escuelas. Ofrecióles que delante del Emperador y del Rey se juntasen, y no quisieron, y el Emperador no apretó mucho en ello por verse enfermo y poco obedecido de los amigos de novedades, inclinados al sucesor, ménos escrupuloso y más político. Por esto Gallo, fiando en su ciencia y elocuencia, procuraba con sus sermones el remedio de los daños, y porque el mal estaba arraigado el provecho era poco, y no admitian disputas los predicantes, dixo al Rey de romanos, pues no era bastante á reformar los abusos de la religion y de la Iglesia, para esto hallaria consejo en el Emperador su suegro, y en el Rey su primo. Parecióles pedia el caso fuerzas mayores, y esperando acabase la guerra ó mejorase de intento el Pontífice, ó sucediese otro ménos parcial para con su autoridad poner más esfuerzo en el remedio, y en tanto determinaron reforzar la Cámara y la casa de la Reina con más número de damas y caballeros españoles de gran satisfacion, asistidos de embaxador prudente, valeroso y celoso de la conservacion de la religion católica.

CAPÍTULO XI.

Inclínase el Pontífice á la paz; el Duque de Alba para reducille da muestra de asaltar á Roma.

Ya se inclinaba Paulo IV á la paz, porque los cardenales y señores eclesiásticos y seglares, viendo cercano al Duque de Alba poderoso, y al exército frances en menor fortuna, fuerzas y reputacion, y con órden de volver á Francia, temiendo ser saqueados, culpaban á los Carrafas. El pueblo romano dividido en parcialidades lamentaba su desventura y la memoria de su antigua libertad y honra y sujecion á eclesiásticos, como feroz de su naturaleza y que de costumbre antigua se altera con cualquiera injuria y sigue inciertos rumores, y con increible liviandad, con intrínsecos bandos y voluntades mal conformes destruyéndose perdió su libertad y hacienda; prendió al pontífice Bonifacio VIII (aunque banderizo), venerable por sus letras y costumbres; echó de la ciudad á Eugenio, pontífice de ecclente virtud, y á otros públicamente puso la conjuracion en peligro de perder la vida, porque la ambicion y codicia de algunos pontífices habia afligido á Italia con diferentes males, maculando la dignidad venerable y santa y metido grandes alteraciones en Europa. El Pontífice, forzado de la necesidad, pedia la paz con grande mejoría en las condiciones, pero apretado desviaba el trato con demandas várias. Pidió á la República de Venecia y al Duque Cosme de Médicis que Francisco de Vargas, embaxador del Rey Católico, con la facultad para tratar y efetuar el concierto de la paz, viniese á Florencia; mas detuviéronle nuevas pretensiones de los Carrafas. Tratóse de hacer la guerra por la Toscana, donde no tenian resistencia los franceses, ni recelo de ser ofendidos, apretando el Duque de Alba por Campania para poner en mayor temor á Paulo. Desde Valmonton fué á la Colona, y envió á reconocer á Roma de la parte de Santacruz en Jerusalen y Puerta Mayor á los capitanes Palacios y Mosquera. Refirieron se podia entrar por fuerza, batiendo con dos piezas un poco de muralla. Aunque no tenía intento de asaltar la ciudad, con gran artificio dixo á Ascanio de la Corgna y á los capitanes habia de ir á una faccion en que no habian de prender persona, ni entrar en las casas, sin que se les mandase, ni tomar ropa, y la caballería no se habia de apear, y entrando en la ciudad el nombre para conocerse fuese libertad, llevasen camisas sobre las armas y dexasen los bagajes. Entendió el intento Ascanio de la Corgna luégo, y dixo sería la entrada fácil en Roma, y no se le daria sino un saquillo

á la ligera. El Duque le tomó pleito homenaje, y dió fe y palabra y los cabos del exército de que procederian amigablemente, porque lo contrario turbaria á Europa y á su Rey, que le habia escrito con Francisco de Valencia hiciese la paz con el Pontifice con razonables condiciones, porque no queria guerra con la Iglesia. Hizo esta prevencion con su exército por verle ganoso de asaltar á Roma, mas su prudencia y valor y la reverencia que le tenía templó el ardor y codicia de los soldados.

Á veintiocho de Agosto, á dos horas de noche, lloviendo un poco, marcharon en la vanguardia la caballería ligera, en la batalla las naciones, los hombres de armas en la retaguardia. Envió adelante á Ascanio de la Corgna y á los capitanes Mosquera y Palacios con trescientos infantes con escalas de muro y algunos caballos, para que despues de media noche ocupasen á Puerta-mayor. Las escalas vinieron bien y esperaron al Duque con gran contento. Alexandro Placiti, gentilhombre del Cardenal de Santaflor (que vino con cartas suyas y del Cardenal de Santiago, tio del Duque de Alba, á tratar sobre el asiento de la paz), avisó al Cardenal Carrafa de la partida del Duque para entrar á Roma, ó á Tívoli á deshacer la caballería del Duque de Guisa, principal fuerza de su exército. Envió el Duque de Alba mil arcabuceros españoles desde el camino para ocupar un paso estrecho por donde podia socorrer aquella caballería á Roma. Avisados de su leva y camino por sus espías mandó reconocer la campaña, y lo que hacía Ascanio de la Corgna á Marco Antonio Colona, y dixo venian bien las escalas, que probasen las demas. El Duque dixo á Lope de Mardonés y á Vespasiano Gonzaga: bien encamina el diablo lo que es en deservicio de Dios. Oyólo Marco Antonio, y con furor arrojó las manoplas por no castigar á los Carrafas, sus enemigos turbadores de la pública paz. Detuviéronle D. García de Toledo y Vespasiano Gonzaga, el Conde de Santaflor y los Maestres de Campo. El Cardenal Carrafa con el aviso de Placiti le envió al Duque de Guisa, y órden que viniese luégo á socorrer á Roma. No se fiaba de los romanos desdeñados por los malos tratamientos y por la guerra, y por no ponerles las armas en las manos para favorecer la parte colonesa. Tuvo el aviso en silencio, y con el Duque de Paliano con lanternones rondó los muros y más por la parte sospechosa. Ascanio de la Corgna, viendo que algunos caballos ligeros salian de Roma, aunque á robar, y que venian ya los villanos á la ciudad, y las luces que rodeaban la puerta de Santa María, sospechó eran descubiertos, y tanto más porque le dixeron que los romanos no tomaron las armas, mas las guardias estaban reforzadas y los puestos principales prevenidos. Aquietó el exército y su sentimiento, y el Duque con reputacion llegó á Roma á vista del Duque de Guisa, que unió sus fuerzas y no socorrió á Roma por no aventurar si el Duque le acometiese. En buena razon de guerra no podia entrar en Roma estándole tan cerca para apretarle dentro, y su exército robando, ocupado y rico se deshiciera.

Partió ya de dia el Duque para la Colona, y envió gran parte de la infantería y caballería al sitio de Paliano para sacar los franceses de las fronteras del reino y acabar de humillar á los Carrafas, y alojó en Genazano y desde allí corria la campaña de Roma. Pedro Estrozi, conformándose con el tiempo, persuadia la paz al Cardenal Carrafa y al Duque de Paliano.

CAPÍTULO XII.

Propónense condiciones para la paz, y efetúase entre el Pontífice y Rey Católico.

Á instancia del Cardenal de Santiago el Duque de Alba pidió confesase el Pontífice, tomó las armas y quitó á Marco Antonio Colona el Estado contra justicia. Paulo, imperioso, respondió:

«Meteria en sus plazas fuertes ántes y en las ciudades principales á los »franceses, y saldria de Roma asegurándose.»

Era dexar trabada guerra larga y á los potentados parecia terrible, y el ódio y obstinacion de Paulo inacabable contra la nacion española. Reducido mandó tratasen los cardenales Vitelocio y Santaflor de la moderacion de las condiciones en Genazano con el Duque de Alba, con que de los vasallos de la Iglesia y de sus Estados habia de hacer lo que mejor le pareciese. El Duque decia tocaba á la reputacion de su Rey y á la suya amparar los que le sirvieron, y así del concierto se habia de tratar. La nueva de la pérdida de San Quintin dió tristeza al cardenal Carrafa, y más alto espíritu al Duque la felicidad de tantos sucesos, y el hallarse señor de la campaña, el apresto del Duque de Guisa para ir al socorro de su Rey, aunque le daba cuidado el aviso de haber llegado á Calabria la armada de Soliman y saqueado á Cariati, y hecho gran daño en la costa y presas en el mar, y se entendia baxaba sobre Puerto Hércules en la Toscana para entregarlo á los franceses. Los venecianos escribieron al Cardenal se concertase con el Rey Católico por el bien suyo y de toda Italia. Fué á Cavi con los cardenales Santaflor y Vitelocio, y concluyóse la paz, y las capitulaciones firmaron en virtud de un Breve de su Santidad dado en San Pedro *sub anulo Piscatoris*, á ocho de Setiembre de mil y quinientos y cincuenta y siete, de su Pontificado el tercero, dirigido á su sobrino el cardenal Carrafa del título de San Víctor, Modesto y Marcelo, mártires. En nombre del Rey firmó el Duque, conforme el órden y poder escrito en lengua latina que para ello tenía, dado en Bruxeles á veintiseis de Julio de mil y quinientos y cincuenta y siete, firmado del Rey, sellado con el sello mayor, refren-

dado de Gonzalo Perez, secretario de Estado. Las condiciones de la paz fueron:

«Que diese el Duque la obediencia por el Rey Católico al Pontífice, y »su Beatitud le recibiese en su gracia, le bendixese y fuese neutral; se le »restituyan las tierras, desmantelando las fortificaciones, y la una á la otra »parte la artillería tomada en esta guerra, se perdonasen los delitos de los »que pelearon en ella; no se concediese paso al Duque por las tierras de la »Iglesia, ni vituallas para seguir á los franceses, pareciendo inhumanidad »y poca fidelidad contra ellos y de mala consideracion en lo venidero.»

El Cardenal Carrafa esperando venceria el tiempo el ódio que tenía contra Marco Antonio el Pontífice, se obligó por instrumento acetaria la recompensa de Paliano, que el Rey Católico le diese á su hermano, y prometió recibiria en su gracia y patria á Marco Antonio Colona, y se restituirian sus bienes á Ascanio de la Corgna y al Conde de Baño su Estado. A decinueve de Setiembre se entregó á Paliano á Juan Bernardino Carbon y la guarnicion de ochocientos infantes pagados por mitad del Pontífice y del Rey Católico. Estas condiciones muestran su benignidad y piedad, que poderoso y vitorioso, los Carrafas en baxa fortuna, los franceses humillados, antepuso á su comodidad la del Pontífice, para que se conociese contendia con él de imperio, y porque le veneraba perdia de su derecho, y para que su autoridad quedase entera se contentó con la conservacion de sus Estados. El Cardenal Vitelocio en Roma con las condiciones de la paz fue recebido con alegría general, y al mismo punto salió el Duque de Guisa con Pedro Estroci á embarcarse en Civitavieja en sus galeras con cuatro compañías de gascones por la priesa que le daba su Rey, para que fuese á socorrelle, pareciéndole consistia en su llegada la restauracion de Francia y la mejora de su fortuna caida y buen gobierno de las cosas de la paz y de la guerra. El exército caminó por Italia desacomodado, medroso, lamentando su venida infrutuosa á conquistar, y no para su Rey, los ajenos Estados. El Pontífice concedió jubileo para dar gracias á Dios por la presente paz y rogar por su conservacion. Esperaba al Duque para favorecelle y acaricialle como merecia su persona, méritos y virtudes de gran señor. Detuvieron su venida lluvias, que afligieron á Italia con peligro de anegarse muchas tierras y á Roma inundada del Tíber más que jamas. El Pontífice Paulo III, para volver fértiles las campañas cercanas al lago de Pedilupo y rio de la Negra, abrió la salida del lago por la peña que le cerraba, donde el rio Velino por campañas no muy abiertas acrecienta sus aguas, y por él dentro de Rieti tierra de los umbríos, naciendo en el Apenino, no distante de Civita Real, con gran ruido vierte en el rio de la Negra cerca de Termini; y la piedra que el concurso de las aguas juntó y compuso, cerró casi la salida de las avenidas, de manera que, revertiendo el lago, cubrió mucha tierra y hizo los aguaduchos mayores, acrecentando

tanto el rio de la Negra, que de más de los daños que de la parte de Tallacoz causa, hace salir del Tíber crecientes peligrosas, que desde aquel tiempo han fatigado á Roma, dañando Paulo III con lo que pensó aprovechar. Estaba la ciudad navegable, cayeron por el ímpetu de las aguas muchos edificios y una parte del puente de Santa María, antiguamente Senatorio, con la preciosa capilla de mármol que fabricó Julio III, en el medio del puente Castro dicho hoy Cuatro Cabezas, con la iglesia de San Bartolomé, y fueron descubiertas muchas reliquias que en procesion se llevaron á San Pedro en el Vaticano. Porque fácilmente se inclina el pueblo á creer son las causas naturales ó accidentales anuncio de males venideros, estaba el romano afligido, diciendo tuvo la antigüedad por señal dellos las ecesivas y desusadas crecientes é inundaciones de los rios, sucedidas cuando Oton mató á Galba y á Pison, y Vitelio tomó las armas contra el usurpador del Imperio, y las divinas letras con el diluvio general lo muestran con mayor razon y exemplo. En Prata arruinó costosos y lindos jardines y un pedazo del corredor que va desde el castillo de Santángel al palacio, se llenó de agua el templo de la Rotunda y las plazas. El Duque envió á D. Fadrique de Toledo, marqués de Coria su primogénito, á besar el pié al Pontífice, y darle la obediencia, y detúvole á la entrada de Roma el Cardenal Carrafa, que iba por la posta á rogar á su padre viese al Pontífice cómo pedian los presos. Cesó la tempestad de las aguas y de las armas con gran aplauso y acompañamiento de la córte, general placer, salva del castillo y luminaria de la ciudad, fue recebido el Duque y de Paulo con mucha honra y amor, loando sus hechos, prudencia y persona, afirmando le pesaba de haberle tenido por enemigo. Comió con Su Santidad, y luégo mandó sacar del castillo al arzobispo Colona y al abad Bricenio, Juan Antonio de Tasis, monseñor Hipólito Capiluco, Garci Laso de la Vega, Pirro de Lofredo. Todo era contento en Roma, y esperanza de que el Rey Católico haria mucha merced á los Carrafas, y Paulo pidió al Duque acudiese á esto con muchas véras. Asentó los negocios de su Rey con tanto valor, prudencia y autoridad que nacia desto y de su gallarda y venerable persona muchos merecimientos antiguos y frescos, prática y experiencia de la guerra, que mereció con gloria y majestad de su señor nombre de tan buen ministro como de gran capitan. Agradecióle Paulo el cuidado piadoso y reverente que tuvo de no dañar la Santa Ciudad. Pidióle no cargase al exército de los franceses que caminaban por tierra que vino á su servicio. Trató de allí adelante las cosas del Rey Católico con paternal aficion arrepentido de haber causado las calamidades pasadas, á punto de ser mayores si el ánimo de D. Filipe no inclinára más á escudarse contra violencias que á venganzas. No ménos reputacion le causó este fin que los sucesos contra Francia, á buen tiempo hecha la paz tan desinteresada. El Duque de Ferrara, valiéndose de la ocasion, pidió al Pontífice le convi-

niese con el Duque de Alba para evitar la guerra; mas no lo hizo, porque faltó de la liga, y porque se le diese algun castigo, aunque tenía sus tierras principales bien guarnecidas; y por la parte de Toscana no le apretaria mucho el Duque Cosme por el casamiento de los hijos que se trataba; los venecianos no darian favor al culpado en haber ligádose sin su consejo y sabiduría con los franceses contra la razon de su proteccion. El Duque estuvo tres dias en Roma, y le hizo merced el Pontífice de las presentaciones de las prebendas eclesiásticas de sus Estados, y favorecido y honrado volvió con su exército á Nápoles, y avisó con el Obispo de la Cuadra á su Rey de todo lo sucedido hasta allí y de lo capitulado con los Carrafas. Murió á primero de Noviembre D. Ferrante Gonzaga, hermano del Duque de Mantua, de buena persona, buen juicio, gobierno, prudencia, valor: siguió la guerra desde muy mozo en servicio del Emperador, y en la entrada y retirada que hizo con más sagacidad que valor con quinientos mil hombres Soliman, sultan de los turcos. Fue capitan general de tierra en la liga de Paulo III y el Emperador y la república de Venecia en el año de mil y quinientos y treinta y seis, y visorrey de Sicilia y gobernador del Estado de Milan, donde contra franceses fue vitorioso; y al fin cargado de años, gloria, méritos cerca de la Corona de España, favores y disfavores de la fortuna, falleció con pesar de la Córte, sentimiento de su Rey y de Italia en la mayor parte.

CAPÍTULO XIII.

El Rey Católico ocupa á Jatelet y Ham.

El rey Enrique confuso, apretado, menesteroso de consejo y fuerzas para defenderse y levantar su reputacion, reforzaba su campo, y no tenía gente ni dinero, y los gobernadores de las plazas más importantes de Picardía importunamente pedian ayuda, afirmando cada uno sería brevemente sitiado del enemigo. Por esto y habérsele puesto delante Cabezo Loco con una espada desnuda, saliendo á misa, diciendo le mandaba Dios que le matase (aunque la guardia zuicera le dió la muerte) estaba melancólico y alterado porque su magnanimidad no lo impidió. El Rey Católico envió al Conde de Arenberg con parte del exército y algunas piezas de artillería á sitiar á Jatelet, fuerte castillo, paso para la union, defensa y darse la mano las plazas que aseguran la Picardía. El rey Francisco le fabricó con toda fortificacion al uso de la guerra de su tiempo contra la artillería, minas y cavas, cuando competia en los deseos y armas con el Emperador

Cárlos V por haber edificado la ciudadela de Cambray, asegurándola de los hurtos y acometimientos repentinos de los franceses. Forman á Jatelet cinco buenos caballeros continuados con la muralla de ladrillo, con bóvedas que sirven de contraminas y magacenes que le fortifican, por estar más baxas que el suelo del foso, por eminente sitio superior á la campaña, y mal dispuesto para batirle. A su abrigo está un villaje de cien casas de labradores ceñido de grueso muro de tepes ó adobes, donde salvan y amparan sus personas y haciendas en las guerras. Aquí se predicó la herejía primero en Francia reinando Francisco I y su hijo Enrique II, y así le castigó el cielo con el ser preso y saqueado muchas veces. Nacen á un cuarto de legua en su campaña, junto al castillo de Beaure Voir, los rios de más que mediano nombre Escault, que baña á Flandres caminando por Bueven á Valencianes, y el Abhity que riega á Picardía y vierte en el Océano Británico. Gobernaba esta plaza (como diximos) el Baron de Salinac, de quien el Rey Católico estaba ofendido por los daños que en su exército hizo, y el Cristianísimo satisfecho porque le ofreció de morir en la defensa, pero cumplió su promesa muy mal. El Conde de Aremberg batió y arruinó la muralla, y Salinac con trecientos soldados temerosos se rindió, salvas las vidas, ropa y armas. Preso en París, acusado de traidor, se justificó con que habia pedido dos mil soldados para defender á Jatelet y le dieron trecientos.

Don Filipe fué de noche á verle y volvió á San Quintin á tratar sobre el empleo de su poderoso exército, para sacar fruto de su inmenso gasto. Resolvió el acometer á Ham con menores fuerzas. Envió los ingleses y alemanes que cumplieron el tiempo de su wastalan y juramento de servir, y no le prorogaron. Los ingleses, caminando para el Condado de Guines y Calcs, tres leguas distante, acometieran á Ardres, si Mos de Lansac, su gobernador, no se les opusiera y forzára á pasar adelante. Es Ham ciudad en la ribera del Soma en sitio apto para toda fortificacion, llano, descubierto, sin padrastro, rodeado por un lado contrario al del Soma de lagunas de más de ciento y cincuenta pasos de diámetro, su castillo de buena aparencia con cuatro baluartes y una gruesa torre cuadrada. El Gobernador, viendo el campo enemigo tomar puesto, quemó el burgo y le quitó el alojamiento. El Duque de Nevers envió al socorro al señor de Holi, y con dificultad entró en la tierra el señor de Memoransi, hijo del Condestable, con su compañía de gente de armas y cuatrocientos alemanes. El Rey llegó á Amiens en la misma tibera para asegurar las fronteras y dañar al enemigo con pocos más de siete mil hombres colecticios de los que juntó por medio del Príncipe de la Roca Suryon en el campo de Lendit, entre San Dionis y la Capela, donde se hallaron casi cuarenta mil de la mejor gente de París y bien armada convocados para la defensa del reino. El Rey Católico tomó alojamiento á propósito por una parte, y por

BIBLIOTECA NACIONAL

otra el Duque de Saboya, ciñendo la villa el exército grandísimo, y cada dia crecia con nuevos alemanes de las levas de D. Juan Manrique de Lara. Plantada la batería á Ham, el gobernador Mos de Lansac se defendia con tan poca vigilancia que con el artillería no impidió el paso de un puente de barcas por donde se comunicaban y daban la mano los cuarteles. Por no ser degollado se rindió con ochocientos hombres á doce de Setiembre, y entró en Ham el Rey Católico y le mandó fortificar para hacer frontera. La caballería corria la campaña, prendia ganados, ropa y picardos, quemaba aldeas y lugares, y saquearon á Noyon y á Jadiny y los presidlaron. Puso en Ham mil y quinientos caballos por gozar de la abundancia del vino, y corrian hasta Suesons y Campien, que se fortificaba apriesa, porque el Rey Cristianísimo le habia hecho plaza de armas para juntar allí las fuerzas de su defensa; pues con ménos fruto que él pensaba y sacára, gastaba el tiempo el Rey Católico y le dió lugar de acomodar sus cosas, no pasando adelante aquel vitorioso exército, á cuya fuerza y fortuna se rindieran las plazas que sitiára, gozando de la ocasion y de la potencia, recompensando el inmenso gasto que tenía. Y así con mal advertido consejo el Rey dexó buena parte en las fronteras y despidió la mayor de los alemanes, y se retiró á Bruseles por ser entrado el mes de Otubre y cargar las aguas. En este sitio de Ham murió de enfermedad el Príncipe de Ascoli, hijo del señor Antonio de Leiva, primero señor de aquel Estado, y en España el Marqués de Villanueva, comendador de Segura, y aunque la princesa doña Juana consultó algunos para la vacante, en llegando el príncipe Rui Gomez de Silva hizo que el Rey diese la encomienda al Duque de Feria su amigo.

CAPÍTULO XIV.

El Baron de Polevile con exército entra á recuperar á Saboya con poco efeto; los franceses por Italia van á Francia.

En este tiempo el Baron Nicolao de Polevile, á instancia del Duque de Saboya que deseaba recuperar la Bresia ocupada de los franceses, viendo á su Rey caido de fortuna, y para que las fuerzas que juntaba no fuesen efetivas, con mil y quinientos caballos alemanes y veinte banderas en número de seis mil infantes pasó las montañas de Walges y el Condado del Ferrete. Entró por la Franca Contea entre el Condado de Mombeliad y Longres para llegar á la Bresa y ocuparla ántes de ser socorrida con efeto, por la inteligencia que tenía en aquel país con algunos caballeros naturales deseosos de volver á poder del Duque de Saboya. Diéronle paso franco

y vitualla los Condes de Mombeliad y Longres, segun sus convenciones de antigua neutralidad. Temia el leonés y se fortificaba y armaba para su defensa, y retenia la gente que llegaba de Italia del exército del Duque de Guisa. Genebra se disponia para defenderse, como más culpada contra Dios y contra el Duque de Saboya su verdadero señor, rebelada desde el año de mil y quinientos y treinta y siete, siguiendo la secta de Zuinglio. Esta academia y seguro de heresiarcas, madre de tantos errores y males, temia el castigo que fuera justo darle las armas de los príncipes católicos, si no los moviera más la ambicion y emulacion que el santo celo de la conservacion de la religion católica. Entendió iba Polevile sobre la ciudad de Burgo en la Bresa Mos de Guiche, su gobernador, y la guarneció bien, y el Vidame de Xatres que habia parado en el leonés con la infantería de Italia se metió dentro con dos mil arcabuceros. Es Burgo fortaleza hecha para defensa de toda la provincia y tener donde hacer rostro y recogerse el pueblo para salvarse de cualquiera peligro por ser el país abierto, como la fuerza de San Martin en Angelo.

A deciseis de Agosto la sitió Polevile, y su caballería corria la campaña para impedir el socorro acompañada de algunos de la Bresa y de Saboya hasta las puertas de Leon y de Genebra, con daño y temor dellas por la fiereza de la nacion alemana y barbarie con que si guerrea por sí misma parece enemiga del género humano. No salieron bien las inteligencias y disinios á Polevile, porque faltó el dinero y cargaron las aguas, y por haber llegado á la Bresa inesperadamente la gente de Italia, impediendo el declararse los correspondientes como deseaban, viendo guarnecidos los lugares y la gente de socorro en Leon, que si hubiera de venir desde Campien, plaza de armas del Rey de Francia, á Burgo, se tomára primero, y que era ya más del medio de Octubre, se retiró á la Franca Contea, y desde allí la gente caminó á sus provincias. El Parlamento de Chamberí condenó á muerte á los ausentes que favorecieron á Polevile y á Burgo por la sospecha á desmantelar sus murallas. Genebra atemorizada con la venida de Polevile, conociendo habia menester arrimo y confederacion con quien la defendiese y conservase en su libertad, se puso en la proteccion del canton de Berna, tierra de zuiceros sectarios, por medio de Teodoro Beza y Pedro Mártir, heresiarcas discípulos de Calvino. Y así menospreciando á los príncipes católicos y recibiendo cuantos malos monstruos ha habido, con desvergüenza y protervia vivia á su voluntad. Los franceses, luégo que se embarcó su General, fueron al Ferrarés para pasar los montes con los de Piemonte, y algunos á Montalchino, Cheusi, Groseto, y la artillería desde Perosa llevaron allí, y parte de la infantería recogió el Cardenal Farnese en Montalto, porque le prometió el Duque de Guisa enviar las galeras por ella en llegando á Marsella. Muchos zuiceros murieron por los trabajos del tiempo y crecientes de los rios con las lluvias tales que rompieron los puentes (como se escribió

atras) y por el largo viaje que hicieron desde Orbieto á Perosa, Auguvio, Romanía, Bolonia, Ferrara donde retuvo buena parte el Duque. Algunos caminaron por tierras de venecianos, temiendo ser desechos en Lombardía, flacos, atemorizados, mal armados y proveidos, cansados, aparejados para ser presa de quien los acometiera. Salváranse pocos si el descuido y poca conformidad de los ministros de Milan no los ayudára y el estar amotinados los españoles y la caballería alemana. Por esta causa el Duque Octavio, que más fácilmente los pudiera deshacer, los dexó pasar por no irritar á su Rey, viendo lo mal que en Milan le proveian de gente para la guerra contra Ferrara. Juntos los franceses con catorce banderas de zuiceros que Mos de Brisac envió á su Rey y buena parte de la infantería vieja italiana con Ludovico Virago, y la mejor y mayor parte de su caballería con Mos de Termes pasaron los montes, dexando flacos y á grande riesgo sus presidios. Desampararon mucho de lo que tenian, guarnecieron á Valencia, Casal y Jurea, porque era verisímil que el Duque de Alba volveria sus fuerzas contra el Piemonte, ó las enviaria en las galeras como se decia; aunque la guerra de Córcega (donde el Duque envió dos mil y quinientos alemanes de la coronelía del Conde de Lodron en favor de los genoveses, y quinientos italianos) los consolaba, pareciendo no serian acometidos con gran pujanza, y por ser entrado el invierno y haber de ir á Flandres el Duque de Alba, y el mal gobierno y discordia de los ministros de Milan. Avisaron al Rey Juan Baptista Castaldo, el Conde Jerónimo Correzo y otros de que el Cardenal de Trento gobernaba con avaricia y gasto inútil, cargaba demasiadamente las tierras de tributos, era liberal para con sus sobrinos, hermano y criados con gran daño de la hacienda Real; estaban todos cansados de sufrir y de advertirle y no ver enmienda. Quitóle el Rey el gobierno de la hacienda luégo, y pareciéndole era despedille, pidióle licencia y la alcanzó. En su lugar puso (en tanto que proveia persona conveniente) á D. Juan de Figueroa, hermano del Conde de Oropesa, castellano de Milan, de gran bondad y prudencia, y en el castillo á D. Alonso Pimentel, hijo natural del Conde de Benavente.

CAPÍTULO XV.

Prosigue la guerra contra los franceses en Córcega para restituirla á los genoveses, y D. Juan de Figueroa en Lombardía, y el Duque de Parma contra el de Ferrara.

Exoneróse del oficio de Vicario General de Italia el Duque de Alba, considerando que habiendo de residir en Lombardía, donde llamaba la necesidad, no podia tener las fuerzas para la guerra que deseaba, y en asistir

á ella sin ellas aventuraba su reputacion y las tierras y porque el Rey le habia menester cerca de sí, por su buen consejo, servicio y valor. Envió al reino á D. Juan Manrique de Lara, hermano del Duque de Nájara, del Consejo de Estado y general de la artillería de España y mayordomo del Rey, porque los napolitanos temerosos de la baxada de la armada del turco, viendo ausentarse el Duque pedian con instancia quien los gobernase y defendiese. Acetó D. Juan el gobierno con promesa de que se le daria sucesor acabada la necesidad y el verano, y volveria á servir aunque no hubiese llegado el Virey electo; y porque importaba en tanto introducir y guardar algunas leyes convenientes al buen gobierno y limitacion de la autoridad de los vireyes y era forzoso el estar en uso cuando el sucesor llegase, porque ninguno sería ménos ambicioso ni interesado que D. Juan. Despachóle con brevedad y satisfacion, y encomendóle la honra y servicio de Dios, la defensa de su reino, su abundancia, quietud, salud, la conservacion de la hacienda y juridicion Real, la buena correspondencia con los príncipes comarcanos, vireyes y embaxadores: y finalmente, que siendo el reino tan fiel, le mantendria en toda reverencia y amor, dándole solamente pan y fiestas. El Duque, disponiendo su partida, dexó buenos presidios en el reino y en Sicilia; avió lo mejor del exército en las galeras á Puerto Hércules para proseguir la guerra contra el Duque de Ferrara y contra los franceses en Lombardía. Por la desconformidad de los ministros de Milan proveyó el Rey por su Gobernador á Gonzalo Hernandez de Córdoba, nieto del gran Capitan y su imitador, con órden de proseguir la guerra contra los franceses, y para ello habia enviado docientos mil ducados. Porque hecha la paz con el Pontífice era necesario tener Embaxador ordinario en Roma, nombró á D. Luis de Zúñiga y Requesens, hijo de su ayo D. Juan de Zúñiga. El de Alba dió priesa á su viaje, porque así lo mandaba el Rey, por haber muerto á primero de Noviembre D. Ferrante Gonzaga, hermano del Duque de Mantua. A los genoveses, que dexada la proteccion de Francia tomaron la de España en el año mil y quinientos y ventiocho, hacía guerra el rey Enrique en la isla de Córcega, y poseia la mayor parte y con sus galeras prendia naves y barcas que á Génova bastecian y la tenian oprimida y falta de mantenimientos. Es isla entre Italia y Cerdeña, montuosa y difícil de entrar por la aspereza de las sierras que la rodean: son sus confines el mar Tirreno al levante, á occidente el de España, al mediodía el Sardoo, al setentrion el Ligustico. Dista poco de las costas de Génova. Era su Gobernador por el Rey de Francia Jordan Ursino, y estaba sitiado y se escaramuzaba cada dia. Los genoveses enviaron á la Bastia, en las galeras del Príncipe Doria, los italianos y alemanes con sus comisarios, para que en tanto que Juan Andrea Doria y Antonio Doria batian las fortalezas marítimas, ellos de la parte de tierra apretasen á San Florencio y Puerto Bonifacio. No faltaba Jordan Ursi-

no á su oficio y honor; mas por la mala fortuna de franceses en aquel año y su poca esperanza de socorro, se retiró á San Bonifacio, y en pasos fuertes de las sierras, con industria venciendo mil dificultades, se conservó, señoreando buena parte de la isla, resistiendo á las armadas de mar y tierra con sagacidad y ánimo. Entró el invierno, y los genoveses por la destemplanza y mal aire de la isla temiendo enfermar, fortificando bien la Bastia, Calvi, Ayazo y San Florencio, fueron á Génova para volver más poderosos en el verano siguiente á la expulsion de los franceses de su Córcega. Don Juan de Figueroa comenzó á disponer las cosas de la guerra para contra el Duque de Ferrara, porque llegó dinero y dió con ello tres pagas á los españoles, contentó á los alemanes, pagó del todo á los herreruelos, y por órden que truxo D. Alvaro de Sande de Flandres los despidió por más enemigos que los franceses en la campaña y alojamientos. Escribió al Duque de Florencia que pues los franceses pasaron, encaminase los cuatro mil hombres y ochocientos caballos que por su obligacion habia de dar, para juntarlos con la gente que iria de Lombardía en el Burgo de Sandonin, plaza del Duque de Parma, porque le tenía por sospechoso, pues habia casado su hija con el Príncipe de Ferrara, y habia nombrado por general de su caballería á Aurelio Fregoso, que sirvió al Rey de Francia, buen soldado, pero de fe dudosa para servir contra Ferrara. Convenia castigar al Duque por no caer en opinion de que no habia ánimo para sentir las injurias, ni poder para vengarlas; y aunque no se habia de atender á esto principalmente se debia hacer, porque el castigo del que ofendió fuese exemplo para que otros no se atreviesen á provocar á tan gran Rey, juntando la gloria con el provecho en las deliberaciones generosas. En tanto con la gente de Lombardía tomó á Punzano, el Duque en las Langas por asalto, usando de industria para subir la artillería por su altura, y desembarazó el comercio con el Alexandrino, Tortonés y Genovesado, y quitó las molestias que recibian de los franceses. Luégo en el Burgo Sandomin juntó mil y seiscientos infantes y trecientos caballos con mil españoles y tudescos que salieron de Sena y docientos hombres de armas y caballos ligeros. El Duque de Ferrara se disponia para salir en campaña y entrar en las tierras del Duque Otavio, pero fue aconsejado que pues se hallaba bien apercebido por el tiempo que le habian dado para ello, estuviese sobre su defensa solamente, porque tal humildad quitaria el enojo al Rey Católico, y á él le sería provechosa. Habia fortificado y reforzado sus tierras con parte de la infantería gascona, italiana, zuicera y francesa que del exército de su yerno el Duque de Guisa le quedó y recogió de la que volvia á Francia y el Pontífice despidió, y su caballería llegaba á seiscientos hombres de armas y caballos ligeros. El Duque Otavio, cansado de esperar la gente del Estado de Milan, confiado en que llegaria brevemente, salió en campaña con seis mil infantes y seis-

cientos caballos, gobernados de D. Alvaro de Sande, contra el parecer de Paulo Viteli, general de los italianos, y á primero de Otubre alojó en la puente de Lenza. Con cuatro piezas batió á Montechio y le rindieron cien infantes que le guardaban, y á San Polo con otros cuatro lugares murados. Paulo Viteli con parte del exército batió y ocupó á Canosa, donde llegó César de Nápoles con cuatro estandartes de hombres de armas, cuatro cornetas de caballos ligeros y dos mil españoles y alemanes. Pasando el Po con bastimentos de Parma, avitualló á Correzo, Montechio, Rezo. Para tomar la escolta se emboscaron algunos caballos ferrareses y pelearon con la caballería florentina y llevaban lo mejor, mas fueron desbaratados de tropas de caballos españoles con algunos muertos y heridos. Tomó el Duque á Mozaba y basteció á Escandiano, catorce millas de Montechio y siete de Rezo, lugar del conde Mateo María Boyardo, y quedó señor de toda la montaña de Rezo. El Duque de Ferrara levantó fuertes en la Escaleta, Sasolo, Bentivolo. Para asaltar á sus enemigos, de improviso salió de Rezo con cinco mil infantes y seiscientos caballos, y poniéndose casi en el camino de Escandiano dexó pasar al enemigo con la vitualla y se aloxó en Ribalta, junto al rio Crostolo. En pasando Aurelio Fregoso con la vanguardia del Duque Otavio con parte de la caballería de Toscana y seis banderas de alemanes y D. Alvaro de Sande con la infantería española, los siguieron los del Duque de Ferrara con algunas piezas de campaña, y llegando en la retaguardia y seis banderas de alemanes con alguna gente de armas á las tres horas despues de mediodía se trabó la escaramuza tanto, pasando el rio los italianos de Paulo Viteli, que tambien iba de retaguardia y la infantería española, que si la noche no llegára, se peleára de todo punto, como D. Alvaro de Sande lo pedia y la ocasion. A dos horas della se acabó la escaramuza, llevando los ferrarereses lo peor, en que trabajó cuerda y animosamente Antonio de Olivera, capitan y sargento mayor, y fue buen caballero el Príncipe de Ferrara, y quedaron heridos dos capitanes españoles y tres italianos. El exército del Duque de Ferrara mostró queria aloxar en Ribalta, mas volvió á Rezo. Dexó en Escandiano á D. Alvaro de Sande con mil españoles y cuatrocientos alemanes el Duque de Parma, y aloxó lo demas del exército, porque el tiempo invernizo en Lombardía impedia el campear y faltaban muchos soldados por mala paga de D. Juan de Figueroa, deseoso de retirar la gente para guerrear en Piemonte, y por esto de los alemanes desobedientes huyeron dos compañías á Milan. El Duque Otavio deseaba por esto hacer la paz, y por ver destruir su tierra con aloxamientos de extranjeros, no haber cómo reforzar el exército y temer cargase sobre él la guerra, pues salió el de Ferrara en campaña, si bien deseaba mucho más la paz, porque si le acometiese el Duque de Alba no se le podria resistir. La vecindad de los franceses de Toscana daba cuidado al Duque de Florencia, aunque estaban cansados, desamparados,

sin dineros, en lugares deseosos de su libertad, porque los señores de Monluc y de la Mota tomaron las rentas de Grosseto y el trigo de los particulares con violencia para mantener su gente. No se rebelaban porque en Perreta, lugar de las Malevas, que echó la guarnicion, ahorcaron á los principales del movimiento con mucha crueldad. Los seneses, que en Montalchino hacian cuerpo de república, porque no les acudian con las pensiones de Francia, afligidos, tristes, desterrados de su patria, por no venir en poder de florentines entraron en Sena, y otros dieron la libre posesion de Montalchino y Groseto al Rey de Francia para obligarle á su defensa.

CAPÍTULO XVI.

Envia el Pontífice al Cardenal Carrafa á Flandres para tratar la paz entre los reyes Filipe y Enrique, y ellos tratan de hacer la guerra.

El pontífice Paulo IV, ya sin cuidado de la guerra, para atajar la de Picardía con paz firme conveniente á la Santa Iglesia, envió á Flandres á su sobrino el Cardenal Carrafa con título de Legado y á pedir la recompensa por la restitucion de Paliano. Recibióle en Bruselas el Rey en la puerta de la villa con gran autoridad, disimulando el ódio que le tenía y sus ofensas, y remitió su despacho para cuando llegase el Duque de Alba. Gozó de las fiestas, torneos y justas con que solemnizaban las vitorias del Rey Católico sus capitanes y palatinos. El Duque de Alba dexó en el gobierno de Nápoles á su hijo D. Fadrique de Toledo, marqués de Coria, y á su mujer, señora de grandes virtudes y autoridad, y embarcóse en las galeras. En Liorna se vió con el Duque de Florencia y discurrió sobre la recompensa de los Carrafas y guerra de Ferrara, porque dolia al de Florencia el gasto de la gente, con que quisiera cobrar los lugares del Senés, que le pertenecian. En Milan trató el Duque de la recuperacion de las plazas que tenian franceses en Piemonte, especialmente á Valencia; dió nuevas órdenes como vicario general, compuso la desaveniencia de los ministros, reprehendió el gasto de tanto dinero sin fruto, pues por tener las naciones amotinadas no dieron sobre los franceses y zuiceros que por allí pasaron del exército del Duque de Guisa; dexóles buen número de infantería española y alemana de la que sirvió en Nápoles, y distribuidos los capitanes por los presidios en las más importantes fronteras del enemigo. Puso en Pontestura por gobernador á D. Lope de Acuña por la satisfacion que de su persona tenía, por lo bien que se hubo en la guerra de Campa-

nia, de donde pasó á servir á Milan, buscando las ocasiones en que señalarse por ser inteligente de los ardides de franceses. Está arrimada al Pó, tierra del Monferrato, dos leguas y media distante de la ciudad de Caxal rio abaxo, y á ocho de Gabian, hasta donde tenian los franceses presidios en forma de media luna (como cercando á Pontestura) que la tenian á caballero. El Pontífice envió al Cardenal Tribucio por Legado al Rey Cristianísimo para tratar de la paz, que le aconsejaba y pedia como padre universal de la Iglesia para el bien general della. No la admitia, porque no estando en igual fortuna no podia ser á su honor y comodidad conveniente. «Procuraria su restauracion, decia, y luégo trataria de una muy firme paz.» Con la pérdida no diminuyó su ánimo y valor, mas creció la prudencia y la vigilancia. Aconsejábanse los franceses en el modo de proseguir la guerra, y mostrando que las pérdidas encienden y hacen impacientes los generosos espíritus, tomaron esta guerra por caso de honra de la nacion y bien comun. El rey Enrique con diligencia juntaba levas nuevas, soldados de Italia los que recogió de la rota, la nobleza de Francia que habia quedado, y proveia dineros. Con la llegada del Duque de Guisa y de Pedro Estrozi se alentó; recibióle con mucho amor, hízole extraordinarios favores, como suelen los Príncipes á los que han menester para cosas graves, ó de su gusto ó interés; dióle título de su lugarteniente general en todo el reino, y órden que le obedeciesen, y al Duque de Nevers de general de la caballería. Tratóse de emplear sus fuerzas. Unos decian: «Recuperasen á San Quintin y »Han.» Otros: «Acometiesen á Flandres, por estar bien fortalecidas y ser »malo el terreno para campear en invierno, faltar los bastimentos por haber »sustentado tan grandes exércitos y presidiado tantas plazas. Pedro Estrozi »persuadió y facilitó la empresa de Cales, diciendo la guardaba la reputa»cion de fuerte, el recato y cuidado que en no dexarla reconocer tenian los »ingleses, gente poco exercitada en la guerra, y ménos en defender seme»jantes plazas, al presente seguros de ser acometidos, y siéndolo se pon»drian en confusion grande, especialmente el Milord Grod, su goberna»dor, poco práctico y fiel. Acometiendo por la vía de Boloña y del mar el »castillo del Resban, que guarda y señorea el puerto, quitarian el socorro »en que consistia la empresa, y se vengarian de los ingleses quebrantado»res de la antigua paz con Francia; recuperarian á Cales, ocupada en el »año de mil y trecientos y cuarenta y siete con ayuda de los de Gante, »despues de haberla tenido cercada trece meses, cuando con horrible ba»talla venció cerca de Orexita á Felipe VI, rey de Francia, el rey de In»glaterra Eduardo III y la pobló de ingleses. Es el antiguo Itium, puerto »de los romanos en el Océano Setentional, donde comienza su nombre de »Germánico, y el meridional de Británico del Condado de Guines, sujeto »á Boloña en otro tiempo, poblacion moderna, desierto cuando César hizo »guerra contra Inglaterra y congregó su gente en Icio, que hoy es San

»Omer, cabeza de otro condado sujeto á los artesios, de quien lo fue Arras, »llamado Atrebatum. Era Cales en una punta que más que otra entra en »el mar Británico, caserías que los ingleses en las guerras contra los fran»ceses ampliaron y ciñeron de muro, haciéndole paso breve desde Ingla»terra para el Boloñés que poseyeron: al presente ciudad rica, poblada, »fértil de frutos por muchos canales que riegan su territorio de los rios »que por allí desembocan en el Océano y de sus crecientes que la fortale»cen. Tiene la vista á Dobre, puerto de Inglaterra, al setentrion á Grave»linghe, á mediodía las lagunas de Guines y el bosque de Bursoin, al »oriente el país de Bredenardo, al poniente el mar Británico.»

Desde que se comenzó esta guerra pusieron los franceses la mira en gozar de su rompimiento para ocupar esta plaza; y así el señor de Sernapont, gobernador de Boloña, tenía inteligencia con algunos de Cales, mal contentos de que la reina de Inglaterra perseguia los herejes y deseosos de que gobernára Isabel su hermana, ó que los franceses la poseyeran por el casamiento de la reina de Escocia con el delfin Francisco II, porque los dexarian vivir libremente. Intervino en este trato la infanta Isabel para acabar con pesadumbres á la Reina enferma de hidropesía. Estuvo el trato hecho, y como en éstos concurren tantas circunstancias y están sujetos á tantos accidentes, y consistia en el secreto y en la presteza más que en la potencia, no se puso en execucion; pero bien se entendió no se defenderia con mucha obstinacion de los franceses acometida. Por esto el rey Enrique se resolvió en sitialla aprobando el parecer de Pedro Estrozi, y el disponer el buen suceso le encargó. Prendado y de naturaleza arriscado y en explorar diestro, para executar con más secreto eligió la noche de San Martin, que los septentrionales con festines, banquetes y beberías con exceso placenteramente solenizan. Salió de Boloña con Locadelo ingeniero y otro soldado, y reconoció el sitio de Cales, murallas, defensas, fosos, castillos; demarcó la campaña y advirtió los pasos breves por donde podia ir la artillería y se debia plantar, y volvió á dar aviso al Rey. En los Consejos del Católico se trataba de proseguir la guerra, sus aprestos, y decian:

«Se hiciese la junta de la gente y dineros, pidiese subsidio á los Estados »en teniendo formado el exército, porque servirian mejor con el miedo, y »lo que se habia de gastar en la armada fuese en la artillería; se acometiese »primero, segun los efetos pasados aprobaron, pues como el rey Enrique »perdió estando sobre su defensa, perderia D. Filipe prevenido con peli»gro. Convenia sustentar las vitorias, pues si perdiera, perdiendo una bata»lla ó más tuviera disculpa, mas habiendo felicemente vencido, no la ad»mitia. Apresurando las pagas del dinero ofrecido y junto con el que el »príncipe Ruy Gomez truxo de España, se comenzase temprano á cam»pear y ganar algo que aumentase la reputacion, para alcanzar honrosa paz, »de que no se trató ántes por asegurar las plazas conquistadas y por en-

»trar el invierno en favor del rey Enrique, dándole tiempo para juntar sus »fuerzas de Italia y Francia y resolverse á ofender; y sería cierto lo que se »decia desto, como lo fue lo que se dixo en el año ántes, estaria en la de- »fensa solamente. Los gastos llegarian á docientos y cincuenta mil escudos »cada mes, y los intereses de mercáderes genoveses eran grandísimos, con »quienes por esto faltaria el crédito y no proveerian, porque por su dema- »siada avaricia y eceso en los asientos usurarios con el Emperador, por sa- »bio consejo se les habian suspendido las consignaciones y baxado los rédi- »tos á cinco por ciento, y no querian contratar más con el rey de España. »Convenia hacer un gran esfuerzo para que viesen los franceses que si per- »dieron una, perderian otra, porque su fortuna y consejo no eran los que »habian sido; disponiendo las cosas bien y asistiéndolas el Rey, Dios ayu- »daria sin esperar milagros, y los alemanes acudirian mejor. Importaba »asistir, prevenirse, prevenir al enemigo en sus tierras para que no hiciese »cosa de importancia, aunque estaba para campear; y si tratase de paz, como »el Pontífice pedia, restituyendo lo tomado desde el año de mil y quinien- »tos y cincuenta y uno, se efetuase, pues quedaba con reputacion el Rey »Católico.»

CAPÍTULO XVII.

El Duque de Guisa sitia y toma á Cales.

El rey Enrique resolvió el hacer la empresa de Cales, y para desmentir al enemigo envió al Duque de Nevers con diez mil infantes y mil y quinientos caballos y alguna artillería á Luzeltburg y Arlon, y al de Guisa á Picardía, mostrando ir sobre Han ó San Quintin, ó á impedir el avituallar estas plazas. Siguieron el exército los Duques de Houmala, Elbeuf, hermanos de Guisa, el de Nemours, el Príncipe de la Roca Surion, Pedro Estrozi, el gran escudero Mos de Termes marichal, Lorges, Memoransi, Anvile, Estré, general de la artillería, Dandalot, Villebon, Lansac, Tabanes, Sernapont, Labroseto, del Orden de Santi Spíritus todos; el Conde de Loyde, el de Carni, Mos de Bovillon, de Monviller, de Agramont y otros caballeros, que sin temer el invierno servian á su Rey por aficion y deseo de cobrar su reputacion perdida y levantar su fortuna. Los españoles proveyeron bien las plazas de Luzeltburg, y el Duque de Nevers, por dar tiempo á Guisa en Varemes y Clemont, se entretuvo. Guisa, saliendo de Amiens, mostró ir á vituallar á Dorlan y á Ardres, tres leguas distantes de Cales, y á Boloña, y el de Nevers llegó y el exército á treinta mil infan-

tes y seis mil caballos. Andaba en la frontera retirado por disgusto con el Duque de Saboya el capitan Salinas, y viendo los franceses ir á Dorlan, ó por aviso ó discurso advirtió era contra Cales, y con diligencia avisó al milord Dumfort, su gobernador, y le ofreció su ayuda y la de Mondragon, aloxado cerca con su compañía. Dixóle no queria españoles, y franceses no acometerian por inexpugnable á Cales; sabía que no los quiso dentro la Reina, habiéndole dicho el Cardenal Polo y el Duque de Feria convenia asegurar con ellos á Cales de sus naturales herejes, que trataban con franceses. El Duque de Guisa con todo su exército pasó sobre el fuerte de Nivelay la puente de Neubenbrig, muy estimada de los ingleses, en el camino junto á la aldea de Santa Agata, porque por ocultos canales del mar cuando crece se empantana el contorno de Cales. Ganó con tres mil arcabuceros una palizada terraplenada; retiró á los defensores poco expertos y muy espantados del caso jamas dellos pensado ni temido. Mandó Guisa ir el tercio del exército y de la artillería por la parte del Bolonés la vuelta de las Dunas á ganar un fuerte que defendia el paso por una inclusa, para ir á quitar el socorro que los navíos de Inglaterra y Flandres podian meter en la ciudad, ganando para este efeto el castillo de Risban en la punta que señorea el puerto, y guarda y defiende de aquella banda á Cales. Toda la noche trabajaron Estrozi, Termes, Estré, general de la artillería; Lansac, el Duque de Guisa y sus hermanos en reconocer las Dunas. Puestos á trecientos pasos, con gran silencio, con la mayor parte del exército á un mismo tiempo acometieron los dos fuertes, y los de Nivelay le desampararon, y el señor de Riydan y Mos de Alegre ocuparon un paso en el puerto. Hallaron en Nivelay mucha artillería y municiones, y dos horas despues se rindió la guardia del Risban á discrecion. Entre la villa y el mar detras de las exclusas aloxaron veinte banderas de franceses, y los alemanes de Reingrave ochocientos herreruelos y trecientos hombres de armas á cargo del Príncipe de la Roca Surion, y Mos de Tabanes para impedir el socorro de Flandres. Aloxó Houmala á la entrada de la ciudad hácia el puerto; más arriba Termes con tres compañías de caballos ligeros y gente de armas; los zuiceros por donde se va desde Guines á las Dunas, junto al rio que viene de Guines. El batir con furia á Nivelay sintieron luégo en Gravelinghe y avisaron al Rey Católico, y envió al Conde de Egmont para que recogiese la gente de la mayor parte del exército por allí aloxada y socorriese á Cales. Avisó al Gobernador de Cales para que tuviese ánimo, se defendiese valerosamente, pues el socorro sería presto y grande.

Mártes, á cuatro de Enero, Guisa animado de la buena fortuna plantó seis cañones y tres culebrinas y otras quince piezas en batalla para romper la puerta con sus reparos que tocaban en el agua y otras torres que ofendian, y continuó la batería todo el dia y parte del siguiente con tanto ímpetu que rompió mucha parte del muro. Pasó de noche Dandalot con mil

y docientos arcabuceros y coseletes franceses y muchos caballos á ocupar un paso entre la villa y las Dunas, y levantar trinchea con que desembocar encubiertos en el foso, y continuada hasta el puerto les sirviese de reparo y ofensa contra los enemigos para sangrar, entrar y señorear el foso. En el dia de los Reyes batió Guisa con gran furia, y Agramont con trecientos arcabuceros pasó á tentar el ánimo de los cercados, y Estrozi con otros tantos á cargo del capitan Saltaroz por la otra parte del puerto para aloxarse en dos casillas, donde se fortificaron con una trinchea con que el exército señoreó el puerto, y Cales quedó sin socorro. Su artillería mató muchos franceses, y la guarnicion con mosquetes á la parte donde estaba Pedro Estrozi, y entre ellos quince de cuenta y muchos gastadores; y por no perder tan buena gente, se retiró donde estaba Guisa. Éste, por gozar de la buena ocasion, envió capitanes á reconocer la batería del castillo, y mejoró siempre los arcabuceros y coseletes de Agramont y otros docientos de Pienié, y con el resto los caballeros y soldados pasaron, siguiendo á Guisa, la agua hasta la cinta, y se acercaron á la batería con la claridad de la luna y baxo mar, abriendo camino á la vitoria. Esforzando la entrada echó delante sus hermanos, á Memoransi, al Gran Escudero y otros grandes caballeros para que sus fuertes armas cubriesen á los que los seguian. Animados con la gloria de haber llegado allí sin resistencia, deshacian y mataban los defensores que huian la vuelta de la ciudad y tomaron puesto. Viéndose fuera de su esperanza (por la vileza de los cercados) señores casi del castillo, Guisa los hizo firmes; y porque venía la creciente volvió á la otra parte por gente y á proveer en lo demas necesario. Los ingleses, conociendo tarde el error en desamparar el castillo, dexándose vilmente quitar el ser socorridos con todo peligro, vergüenza y furia por ser vencidos de franceses, sus antiguos enemigos, vinieron á la puerta y se atacó escaramuza por larga y pertinaz espantosa, y al cabo retirados á viva fuerza hasta la puerta, donde dos cañones no poco dañaban á los franceses y á los que habia en una plataforma. Ayudados con esto, renovaron la porfía y pelea para recuperar el puesto que por negligencia dexaron ganar con muerte de docientos retirados y echados del puente, desesperados se metieron en la ciudad. Cerraron los franceses la puerta del castillo, y dos cañones quitaron la venida á acometerlos. Viendo ya el castillo perdido y no recuperable, el Gobernador, convocados los vecinos para rendirse, con el Duque de Guisa capitularon: se les conceda la vida para ir donde quisieren sin ropa, artillería, banderas, municiones, quedando cincuenta prisioneros soldados, oro, plata, metales, mercaderías á discrecion de Guisa.

A los ocho de Enero mil y quinientos y cincuenta y ocho entraron los franceses y saquearon la ciudad, poseida por docientos y once años de ingleses, con que se enriquecieron los franceses, y Guisa mucho por el tesoro que halló y sacó de los más ricos mercaderes que se rescataron; su Rey ganó

mucha artillería y aparatos de guerra que tenian los ingleses allí para las empresas de tierra firme, como se vió cuando Enrique VIII ganó á Boloña.

«Es de ponderar el coraje y deseo de venganza con que los nobles y »particulares pelearon y trabajaron en esta empresa, mostrando que habien»do necesidad en los peligros extremos de extremas osadías, siendo la ira »ardiente y de su naturaleza invencible, no la quitaron bien los estoicos, »pues vence su furia imposibles, favoreciendo la fortuna á los osados. De »la ira se ha de usar bien en los exércitos y castigos de los delitos que tur»ban la pública paz, y si es difícil, la dificultad asiste en las acciones gene»rosas, honrosas, útiles, especialmente de la guerra, donde vale tanto la »emulacion y competencia por celo de verdadera gloria, que ha dado el »vencimiento usando bien de la vitoria. No fueron felices muchos en esto, »ó por el contento enemigo del consejo, ó porque hace ímpetus y humores »de virtud el deseo de venganza, con que volviendo en sí los vencidos, y »revolviendo contra los vencedores vencieron, pareciendo á éstos no ser en »tanto desórden que en mayor no fuesen aquéllos, y que el disfavor de la »fortuna les trae incomodidad y espanto, como á los vitoriosos comodidad »y ánimo su ayuda. El que guia la guerra con valor y prudencia usa, con »buen juicio de la vitoria, mostrando que no venció acaso, porque la for»tuna no sería de no haber gozado él de la ocasion que para triunfar le ha »ofrecido, porque los accidentes son tan diversos y extraños en una parte »cuanto en otra maravillosos y extraordinarios, pues el caido se levanta, y »pone al vencedor en el rigor de la defensa, segun ahora los capitanes del »Rey Cristianísimo á los del Rey Católico, como habemos visto, parecien»do al victorioso no ser en tanto desórden que en mayor no fuesen los con»trarios, demas del favor de la fortuna, que siempre le trae comodidad y »tal ánimo como incomodidad y espanto á los vencidos.»

CAPÍTULO XVIII.

Sintió mucho la Reina de Inglaterra la pérdida de Cales; los franceses conquistan las plazas del Condado de Guines.

(Año 1558, y el tercero del reinado de Don Filipe.)

Á los nueve de Enero supo el rey Enrique la presa de Cales, celebrando las bodas del segundo hijo del Duque de Nevers con la segunda hija de Madama de Bovillon, y por alegría hicieron grandes fiestas. Alabó el consejo de Pedro Estrozi y el valor y destreza del Duque de Guisa, no sin pública invidia mas con mucha razon. La Reina de Inglaterra gravemente

sintió esta pérdida, y tanto más por haber fiado plaza tan importante de quien jamas vió la guerra, y no haber metido en ella españoles como le pidió el Rey, el Cardenal Polo y el Duque de Feria, sospechando se entendian los sectarios con los de Francia, por tratos y conspiraciones contra ella, lo verificaba no haber esperado socorro, vencida del miedo, no de la fuerza; era increible que sin traicion se perdiese en un punto ciudad tan bien reputada, guarnecida, fortificada por tantos años, por tratos de su hermana que deseaba matarla con pesadumbres. Esto confirma el ir á Francia el Gobernador, pasar á Inglaterra reinando Isabel, servirse dél, dexar á Cales á los franceses en el acuerdo de la paz tan fácilmente. Dolió al Rey Católico esta pérdida y de reputacion, la pena de la Reina, ser ganada inesperadamente tan fuerte tierra. El Cristianísimo vió á Cales y lo que jamas creyó podia ser, y volvió á París animado á proseguir la guerra con más facilidad. El Duque de Guisa no acometió á Gravelinghe por el concurso de los que vinieron á socorrer á Cales.

Para quitar á los ingleses lo que más poseian en Francia fué sobre Guines gobernada del Milord Grey, que desamparando la villa se metió en el castillo. Hechas trincheas y explanadas, con muchos cañones le batió y apretó tanto que en el tercero dia estaban los soldados sobre la contraescarpa del foso, las baterías abiertas y llanas. A veinte de Enero arremetieron animosamente, habiendo procurado ganar la profundidad del foso, y los ingleses se defendian con buen ánimo ayudados de ochenta españoles que envió el Gobernador de Gravelinghe con el capitan Mondragon y algunos borgoñones. Aunque la resistencia y peligro eran grandes por los fuegos artificiales y otras defensas, increpando Guisa la floxedad aprestó para el segundo acometimiento á los franceses y alemanes, muchos en número, y entraron la plaza y mataron los más de los españoles. Retiróse el Gobernador en otro castillo, y en un gran baluarte salvó los defensores de la furia de los enemigos sin esperanza de socorro. Salieron por concierto con sus armas y haciendas sin banderas, municiones, artillería, y el Gobernador y Mondragon y los Capitanes quedaron prisioneros. Desmanteló la fortaleza el excusar gastos no necesarios, ganada de los ingleses en el año de mil y trescientos y cincuenta y uno. El Castellano de Haimes en el condado de Hoya le desamparó. Este suceso muestra lo que puede el secreto y la velocidad no impedida, previniendo al enemigo sin que él se prevenga, y turbado viéndose acometer fuera de su opinion y sin tiempo para fortificarse, aconsejarse, resolverse.

El Duque de Nevers volvió á las fronteras de Champaña, donde con poca gente asistia para hacer algun buen efeto, y tenía los gobernadores de los presidios á punto para cuando los llamase. A dos de Hebrero salió de junto á Xalon, y llegó brevemente á Iboy, porque en Herbemont en las Ardenias se juntaban los que acometian las fronteras, le pareció sitialle; y porque los bengevois descuidados tenian la gente retirada, la empresa sería fácil. Desde

Bullon partió con toda la gente á media noche con alguna artillería y gastadores, y con gran trabajo por los hielos y nieves pasó el rio Soma y batió á Herbemont con mucha furia. El Gobernador pedia concierto, y Nevers que se rindiese á discrecion. Ocupó el lugar y algunos de poca consideracion, y por el frio se retiró. El Duque de Guisa dexó en guardia de Cales á Mos Termes y otros caballeros, y volvió triunfando á su Rey, y celebraron con grandes fiestas los franceses como los españoles sus vitorias.

CAPÍTULO XIX.

Llega el Duque de Alba á Flandres, y el Rey Católico recompensa á los Carrafas y no acetan.

El Duque de Alba habia partido de Milan y llegó por Alemania á Bruseles. Pedia el cardenal Carrafa al Rey en cambio de Paliano para Don Antonio Carrafa, conde de Montorio, el ducado de Bari devuelto á la corona por la muerte de Bona Sforza y Aragon, reina de Polonia, hija de Juan Galeazo, duque de Milan, que murió en Pavía, que vino por Venecia desde Cracovia enojada con Sigismundo, su hijo, rey de Polonia, porque viudo de hija del rey D. Fernando, hermano del emperador Cárlos V, casó con vasalla contra voluntad de los Barones y Consejo. Diera al Cardenal el Estado el Rey, mas pedíanle el Duque de Alba que libró un reino, y Rui Gomez por aumento de su hechura y favor, que suple parte de los méritos con los príncipes mozos. Desterróse de la casa del Rey la paz y comenzaron secretas emulaciones fundadas en particular poder, autoridad, interes, no con tanta disimulacion tratadas que no saliesen en público los indicios. El príncipe Rui Gomez vino de Portugal á Castilla, crióse con el Príncipe, comunicóle con amor, y creció con la edad y por inclinacion, ordenacion divina, esencial parte en la gracia de los príncipes, y por correspondencia de humores y salir de muchos actos de agrado, benevolencia y privanza de voluntad. El Duque de Alba requestaba esta gracia sin felicidad, atravesado en la edad, cuando sus canas por su reverencia ocupaba solamente en cosas graves D. Filipe del gobierno de la monarquía, y debia favorecer su provecho, industria, consejo, donde se arraiga la gracia y entra bien la fortuna. Ambos aconsejaban al Rey cautelosamente retuviese á Bari, y diese el Ducado de Rosano al Conde de Montorio y doce mil ducados de renta perpétua sobre la alcabala del reino en juro de heredad, y al Cardenal doce mil ducados de renta en pension sobre el arzobispado de Toledo, vaco por muerte del Cardenal Siliceo, y ocho mil de

naturaleza en España. Es Rosano en el reino de Nápoles tierra marítima, en la ribera de Lucania, en el mar Jonio y Magna Grecia ó Calabria ultra, nombrada por su golfillo, donde fue la antigua Sibari, grande y regalada ciudad. El Cardenal no acetó, y el secretario Diego de Vargas le dixo hacía notorio al mundo cumplia el Rey enteramente la capitulacion, y para su desagravio proponia segunda vez la recompensa, pequeña dádiva para sus pensamientos altivos y desiguales á los principios de los que aspiraban á reinos bien ó mal adquiridos. Mal satisfecho partió de Bruseles el Cardenal, y en el mismo tiempo presentó en Roma Ascanio Caracholo, agente del Rey, el privilegio de la recompensa con el mismo pretexto á Don Juan Carrafa enfermo en el Vaticano, en la Cámara del pontífice Borja. Respondió daba gracias al Rey y miraria el negocio, y con el consentimiento de Su Santidad y conveniencia suya responderia. No podia con resolucion dar el Ducado de Bari el Rey, porque el de Polonia decia competirle como hijo heredero de Bona Sforza su madre, y así no habia podido entrar en su posesion el fisco, no pudiendo decaer en el Patrimonio Real. El Rey envió á Polonia á negociar el asiento desto al Lugarteniente del Consejo de la Sumaria de Nápoles, y convencidos los reyes quedó incorporado el Estado de Bari en su Corona hasta el presente dia. Llegó Don Juan Manrique de Lara á Milan, y de allí con secreto y trabajo al reino; visitó las plazas fuertes del Abruzo y de Campania; avió en las galeras á España á la Duquesa de Alba y á su hijo heredero. Proveyó el Rey por Gobernador de Milan á Gonzalo Hernandez de Córdoba, nieto del Gran Capitan Duque de Sesa, prudente en negocios graves, de ánimo firme y asegurado y gran secreto, y dióle docientos mil escudos para proseguir la guerra. El Rey de Francia jnntó los Estados generales en París en el palacio de Lovre dicho de San Luis, y representóles el estado de las cosas de Italia y Francia, la guerra forzosa no voluntaria, ya para conseguir honrada y útil paz, y para todo era menester exército y dinero que no tenía, por haber vendido su patrimonio para defendellos del Emperador, y así mirasen cómo esto se podria remediar. El Cardenal de Lorena por el brazo eclesiástico, el Duque de Nevers por el militar, monsieur de Montier por el popular, ofrecieron bonísimo servicio. Para su breve aprovechamiento hizo el Rey que tres mil hombres le prestasen cada mil ducados, y consignó la paga en las de la concesion nueva. Por la mala satisfacion que los Carrafas tenian del Rey Católico ofreció al Pontífice á Montalchino con las tierras que poseia en el Senés por medio de D. Francisco Deste, hermano del Duque de Ferrara, que servia en Francia, y la renovacion de la liga, si se declaraba contra el Rey Católico. Celebró las bodas del Delfin Francisco con María Estuart, reina de Escocia, hermosa y religiosa hija del rey Jacobo V y de Madalena, hija del rey Francisco I, con quien casó en el año de mil y quinientos y treinta y seis, nacida en el de mil y qui-

nientos y cuarenta y dos, seis dias ántes que falleciese su padre, que por su testamento la puso con su reino en la proteccion del Rey de Francia. Celoso por esto el Rey de Inglaterra Enrique otavo, y deseoso de unir las dos coronas confines, procuró casar á María con el príncipe de Gales Eduardo, su hijo sucesor, por medio del Conde de Aran, gobernador (que su negociacion hizo de Escocia), porque lo contradecia David Beton, cardenal de San Andrés, y porque en el Parlamento propuso Enrique acabó la línea de varon en la casa Estuart, y como á Rey de Irlanda, de quien decendia le tocaba la herencia de Escocia, le concedieron el casamiento, y cesó con su muerte. Para quitar á María del peligro de opresion y herejía, los franceses, en el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho en el sexto de su edad la llevaron á criar á Francia con su madre Madalena, y muerto el Conde de Aran volvió á gobernar á Escocia. El Duque de Parma se quexaba: «De lo mal que era asistido de las fuerzas de Milan para la guerra de »Ferrara, de la cual no sabía cómo habia de salir, y pedia al Rey se asen»tase la paz con el Duque, como queria la república de Venecia y el Duque »de Florencia, para convertir el gasto contra franceses del Senés y desar»raigarlos, sacar al Duque de Ferrara de la amistad de Francia, y asegurar »por aquella parte el Estado de Milan y el suyo confederados, pues estaba »castigado con lo que perdió y gastó.» El Rey lo tuvo por bien, y por su »comision se capituló. «El Duque de Ferrara renuncia el cargo de lugar»teniente en Italia del Rey de Francia, se aparta de la liga que hizo con él »y queda neutral, y como tal dará paso y vitualla á la gente del Rey Ca»tólico y Cristianísimo. Restituirá su Estado á Segismundo Deste, señor de »San Martin, y le asegurará y á todos los que sirvieron al Rey Católico con»tra el Duque. El de Parma restituya los lugares de la tierra de Rezo en »esta guerra perdidos; quede con sus hermanos en amistad, dése paso se»guro á los franceses que le sirvieron por el Estado de Milan para irse. El »Duque de Florencia prometió el cumplimiento por ambas partes, porque »remitido á venecianos, por no obligarse al cumplimiento no acetaron; »confirme estos capítulos el Rey Católico á su albedrío, y en tanto sus»péndanse las armas por ochenta dias; case el príncipe de Ferrara con doña »Lucrecia, hija del Duque de Florencia, con docientos mil escudos de »dote. Fué por el consentimiento del Rey Bartolomé Concino, su primero »secretario de Estado y de su Consejo, y volvió presto con la confirma»cion, aunque con algunas limitaciones.»

Así acabó la guerra de Ferrara, quedando Lombardía libre de trabajos y gastos por aquella parte. En la restitucion del Estado de Sigismundo Deste dificultaba el Duque, diciendo podia hacer á su voluntad de sus rebeldes, y lo mismo de los señores de Correzo por desleales; pero el Rey mandó á sus ministros del Estadu de Milan le protestasen la guerra, y cumplió al fin con su restitucion. Pacificado el Estado del Duque Otavio, par-

tió para Flandres á visitar al Rey Católico y asistille en la guerra contra franceses, y con esperanza de proponer medios de paz deseada mucho en la Europa.

CAPÍTULO XX.

La armada de Soliman viene á Italia á instancia de franceses, su viaje y efetos.

Complaciendo á los franceses Soliman, sultan, para ganar las tierras marítimas de Toscana y del condado de Niza, de Provenza y á Villafranca, hizo cien galeras y mandó que todos los cosarios con sus bajeles viniesen con ellas. Queria el señor de Brisac apretar por la tierra el sitio de Niza, ayudado de turcos y de las galeras que se aprestaban en Marsella, para asegurar con su presa el Piemonte. Tornó de París al Leonés á levar diez mil infantes y buen golpe de caballería para formar el exército en Antivo, donde hizo grandes provisiones de vitualla y gastadores y puente de barcas sobre que pasar el rio Varo. Compónese este puente de muchos barcos, sin diferencia en popa ó proa, de largo cada uno nueve varas, y llévanse sobre carros ó ruedas, y ponen uno á la par de otro lo largo al corriente, atados con cadenas fuertes ó aldabas, con tal espacio, que pueda pasar libremente el agua, asegurados bien en la ribera y con puentezuelas para entrar y salir; y cubren el puente de arena para que pasase la caballería, usada madera de todas las naciones en la guerra para pasar los rios.

«Es el condado de Niza grande en el territorio, pobre en el dinero, con»fin con Provenza, la ciudad en la marina playa, sus espaldas son montes »ásperos, el lado del rio Varo divisor de Francia y de Italia, en un collado »el castillo fuerte con doscientos soldados y ciento en el de Villafranca, casi »inexpugnable y con once mil escudos al año los pagaba Milan. Tomó »gran nombre con la resistencia que hizo á la expugnacion por Barbar»roja en el año de mil y quinientos y cuarenta y tres.»

La fama de la baxada de la armada de Soliman puso temor en Italia y Sicilia, y como hace providentísimos á los más descuidados, los vireyes prevenian sus plazas en la marina más importantes de buenas guarniciones y municiones para su seguridad, y el Rey Católico, avisado por Hungría, proveyó para esto tambien; D. Juan Manrique de Lara distribuyó la infantería y caballería del sueldo de aquel reino, y la gente de milicia del batallon para ser gobernados en el órden de la guerra de los capitanes españoles entretenidos, y reforzó principalmente las marinas de Calabria,

donde habia de tocar primero la armada turquesca. Proveyó á Puerto-Hércules de vitualla, dinero, maestranza é ingenieros, para que conforme al parecer de Chipiano Vitelli se acabase el fuerte de Monte Filipe, llamado ántes la Galera, que en un cerro de la otra parte del puerto comenzaron los franceses. Tenía órden del Rey Gomez Xuarez, su embaxador en Génova, de enviar en las galeras del príncipe Doria los alemanes del Conde Alberico de Lodron para reforzar las plazas de Toscana, amenazadas de la armada enemiga; pero no llegaron por el mal órden que en su paga dieron los ministros de Lombardía y estar ocupadas las galeras en Nápoles embarcando mil y quinientos napolitanos de la coronelía del Conde de Nicontera municiones y dinero para la defensa de Cerdeña, amenazada tambien de la armada enemiga. En lugar de los alemanes metió el Conde trescientos napolitanos en Puerto-Hércules por órden de D. Juan Manrique. Escribió al Duque de Florencia enviase trescientos soldados á Cerdeña, de los viejos, y setecientos á Piumbino, y lo necesario para ellos, que enviaria la paga brevemente. Viendo los aprestos de guerra en la Provenza, sabida la llegada á Calabria de Piali con la armada turquesca, César de Nápoles con buena infantería española guarneció y amunicionó á Niza. La armada llegó al mar Jonio buscando el Siciliano, pasando á lo largo de Galípoli y Taranto, ciudad buena despues de tantas caidas, que con su golfo, que fue su antiguo y celebrado puerto, donde en la figura de Italia hace lo hueco de la planta del pié, y á vista de Cotron, poderosa en la antigüedad, llegó al cabo Cefirio y de Borsano, y al de Learme promontorio de Cemi, donde es lo más largo de Italia y lo último, y se mezcla el Jonio con el Siciliano, y acaba el Apenino en la punta de los dedos del pié de la pintura de Italia, y se estrecha el mar entre la ribera de Sicilia y de Calabria, y comienza el Faro. Piali, para dar á sentir sus armas á los primeros de Junio, porque fuese la primera de sus vitorias, acometió á Rijoles, la entró, saqueó, quemó y pasó el Faro, y en las marinas del reino miraba donde podria dañar y haber provecho. A vista del cabo de Tropea ó Vaticano, donde fue la ciudad de Medamma, hizo agua en el rio Metauro de Semenara, y pasó el cabo de la Mantea y el golfo de Santa Eufemia, de los antiguos Terino, y Vibonese y Hiponiate, ciudades famosas en otro tiempo, y el de Palinuro y Licoso, promontorio de Posidonia, y el golfo de Salerno por la costa de Amalfi, y su peligroso cabo del Orso; llegó al de Minerva, que con el de la isla de Capri forman el golfo de Nápoles llamado Cratera, por ser redondo como taza; veinticinco millas de la grande, hermosa y fidelísima ciudad, está Sorriento, tierra fértil; y temiendo la acometiese Piali, la presidió D. Juan Manrique de españoles; pero cansándoles el presidio por su importunidad, los dexó desabrigados y á Castelamar y Masa. A Sorriento avisó el Virey muy á tiempo, que pues no habian querido guarnicion se metiesen la tierra adentro, y no lo hicieron; y así Piali pren-

dió mil y quinientas personas, y un monasterio de monjas, y mató los niños y viejos por inútiles. Hizo D. Juan en Nápoles que los capitanes de las estradas previniesen sus compañías, sin dar las armas sino á los que hacian guardia en las puertas, y los visitaba de noche, y todos con ánimo fiel estaban prontos para su defensa especialmente los nobles, que armados á caballo esperaban órden de acudir donde llamase la necesidad.

A catorce de Junio arribó á la isla de Proxita Piali, y la saqueó y quemó, y saltaron turcos en la tierra firme del monte y comenzaron á quemar los trigos y robar ganados, escaramuzando con tres compañías de españoles y los caballos que estaban de guarnicion, y por esto y algunas piezas que disparó el castillo de Baya, se alargó la armada. Tres turcos prisioneros refirieron venian con las cincuenta y cinco galeras setenta y cinco fustas de cosarios. Prometió Piali dar por rescate los prisioneros, y juntaron para él treinta mil ducados; pero levóse á decisiete de Junio y caminó hecho á la mar veinte millas al poniente, conociendo estaban prevenidas las marinas, y dió fondo en la Elba para revolver sobre Piumbino. Mostróse Aurelio Fregoso con la caballería, y pasó Piali á buscar la armada francesa para ocupar á Niza y el puerto de Villafranca, por tener la comodidad de sujetar á Saona y lugares del genovesado, y privar á los españoles de su amparo. Los principales dél no todas veces se conformaban con el príncipe Doria, ni con los ministros del Rey Católico. Enviaron los genoveses á visitar á Piali con un gran presente, pidiéndole no tocase en sus riberas, pues sabía la negociacion que por medio de su Baylo tenian en Constantinopla para alcanzar comercio en Levante, enviar sus navíos por trigo y llevar mercancías y tener correspondencia ordinaria. Supo Piali que el Conde de Brisac estaba en el Leonés y no podia venir presto, y pasó á robar en Mallorca y Menorca. Hizo plaza de armas á Metz el Duque de Guisa, y con doce mil infantes, cuatro mil caballos descansados y ricos de la presa de Calés, muchos nobles y gastadores, sitló á Tionvile, en el ducado de Luzeltburg, asiento de Cárlos Magno, emperador, que cierra el paso para entrar de Alemania en las tierras del Rey Católico, villa pequeña, dividida del rio Mosella, que le llena los profundos fosos, y defendida de unos pantanos y de murallas terraplenadas, con algunas torres sin traveses, y tenía el presidio de mil valones y cuatrocientos españoles con su capitan Juan Gaitan, y es importante de la parte de Champaña, Metz y Lorena.

«A Luceltburg dió título el emperador Cárlos IV, hijo de Juan, rey de »Bohemia, y estuvo en esta casa hasta que vino en poder de Filipe el Bue»no duque de Borgoña. Dicen algunos sinifica Burgo de los Leucos bel»gas, pueblos en la ribera del Mosella, no léxos de su nacimiento, de quien »la principal ciudad es Lorena ó Loraine. Tenía muchos bosques y flo»restas la selva Arduenia ó Arcinia ó Dardeña la mayor de la Galia Bél»gica, donde están ya Luceltburg, Lorena, Luinburg y los Eburones de

»Lieja y aduáticos del Condado de Enaut parte, y del Ducado de Namur »parte. Tenía la selva desde el Rin por las tierras de los Trebates hasta los »Nervios, que son los de Tornay, más de ciento y cincuenta leguas, donde »hay ciudades, castillos y abadías grandes y ricas.»

Guisa plantó la artillería por el Mosella, y batió con tanta furia que se oia en Bruseles el rimbombar; sangró los fosos, y con las trincheas y minas arrimado á la muralla hacia ofensas y se mejoraba por la industria de Pedro Estrozi. Pareciendo bastante la rotura de un torreon dió asalto furioso y porfiado, mas Juan Gaitan los recibió y retiró valerosamente, y salió con trecientos infantes á clavar la artillería sin efeto. Derribaron para abrir mayor entrada casi el torreon, y reconociéndola Pedro Estrozi desde una trinchea que hizo para vadear el rio, un balazo en la frente le hirió, «y dió fin »á su vida y claros hechos en la gnerra encaminados con buen discurso y »vária fortuna. Fue el primer extranjero bien visto y estimado de france»ses, aunque no sin emulacion. Su padre, hermano y hijo y el Prior de »Capua murieron á hierro, y parecia fatal en esta familia. No tuvo supe»rior en vigilancia y ánimo, si bien la fortuna en el florecer de su pensa»miento le fue siempre contraria. Tuvo valor, liberalidad, elocuencia, au»dacia, y así fue llorado en Italia y Francia de los soldados.»

Guisa dió el asalto general á la villa por la parte del Mosella, y defendiéndose los españoles y valones cuanto les fue posible, los entró y mató sin dexar más de quinientos valones y sesenta españoles. Detuvo el sitiar á Cambray una brega entre alemanes y franceses difícil de acabar, y el reparar y guarnecer á Tionvile. Envió dos mil caballos á Luceltburg, para divertir y dividir las grandes fuerzas que se juntaban en Bolduque, mas fueron castigados de los Condes de Horne y de Manzfelt. El Rey escribió á Guisa sitiase luego á Cambray, porque fuese de efeto un exército con que por la parte de Gravelinghe entraba en Flandres el Marichal Mos de Termes gobernador de Cales, y por esto en Luceltburg ocupó algunos lugares de poca importancia; y para entretenerle hasta que llegasen los alemanes, hacerle rostro y ménos señor de la campaña, envió el Rey Católico al Duque de Saboya.

CAPÍTULO XXI.

Mos de Termes entra en Flandres y viene á batalla con el Conde de Egmont y es vencido.

Mos de Termes con doce mll infantes del presidio de Boloña y de Cales y alguna gente de la comarca y con dos mil caballos en fin de Junio entró en Flandres contra Gravelinghe y San Omer. Estaban fortalecidas

con españoles, que D. Luis de Carvajal, hijo del señor de Jodar, general de la armada de Guipúzcoa, que ancoró junto á Gravelinghe, metió en aquellas plazas, teniendo nueva de la gente que en Cales tenía junta Mos de Termes, pues el gran número de la caballería mostraba ser para campear. Pasó Termes el rio Aa, ó Ayx, que viene por San Omer á entrar en el mar dividido por los flamencos en dos brazos, porque inundaba y volvia inútiles unas campañas, ahora fértiles entre los dos brazos, con que perdieron puerto capaz de dos mil naos que hacía el rio junto, no dando lugar su pujanza á arenarse con las tormentas del mar, que dividió su corriente en dos partes al levante y poniente de Gravelinghe, y éstas en menores canales para fertilizar la tierra, se enflaqueció, y el mar cegó el puerto con arena en pocos años, y no quedó tan fuerte Flandres, porque era imposible pasar exército por las aguas, como acaeció guerreando el rey de Francia Francisco I con el Emperador, al Duque de Vandoma general de la Picardía. Edificó á Gravelinghe Teodorico el Sabio, conde de Flandres, y el castillo Cárlos V, por estar tres leguas de Cales y hacer frontera.

Termes acometió á Duinkerke, donde habia poca guardia, lugar rico de cien años á esta parte, cercado de muralla por tener puerto de fácil entrada y salida, y así tuvo trato de pesquería de arenques, que valia cuatrocientos mil escudos al año. Salieron los del gobierno á tratar del rescate, y en tanto entraron por otra puerta los franceses y saquearon el lugar. Llegaron á Neoport destruyendo, robando y quemando el país. El Rey Católico mandó al Conde de Egmont, general de la caballería y gobernador de Flandres, donde asistia despues de la pérdida de Cales, se opusiese á Termes. Llevó toda la caballería española de que era Teniente General D. Enrique Enriquez, y la de la tierra con el Marqués de Renti, el señor de Benicurt, y el regimiento de alemanes de Lázaro Xuendi, y otro de los presidios de Betune, Hera, San Omer, Bouborghe, Gravelinghe, y poco ménos de mil infantes españoles de los de D. Luis de Carvajal, y algun número de valotes, frisones y villanos, que de los robos de franceses deseaban vengarse. No inferior á Termes en gente, ya que no en artillería, ahorrado de los bagajes, tomó el paso del rio. Sacó Termes el presidio de Duynkerke y le puso fuego y se arrimó á la marina para retirarse; mas de la velocidad y coraje del Conde fue prevenido, y sin darle tiempo de respirar, cargado con escaramuzas, bien atacados y cortados los pasos de la ribera para la retirada. Termes, enfermo de la gota, encomendó el manejo de sus huestes á Mos de Villabron y Mos de Sernapont, capitanes de experiencia, y con el refluxo del mar determinó de retirarse á viva fuerza en el siguiente dia por hallarse en tierra enemiga cercado y sin vitualla. Pasando el rio se encaminaba por esto la vanguardia en escuadron en distancia y forma que hacía espaldas el resto del exército que pasaba. El Conde de Egmont, para que se juntasen los escuadrones del enemigo hizo pasar debaxo de Gravelinghe

á los borgoñones para cortar el camino á los franceses, y llegando á la exclusa de Cales enderezó contra ellos dos escuadrones de tres mil caballos. Termes, no pudiendo excusar la batalla, esperó, porque tenía á la siniestra el mar, á la diestra el carruaje en forma de bastion, á las espaldas el rio, y habia de ser acometido por la frente, en que puso seis culebrinas y tres falconetes, y extendió con largo espacio entre escuadron y escuadron la caballería, y á su diestra y siniestra la infantería gascona, la alemana á las espaldas mezclada con la francesa, y una banda de gente reservó para socorrer en la última necesidad.

El Conde de Egmont puso á la diestra dos escuadrones de caballos ligeros guiados del Conde de Pontebaus, y la siniestra con otros dos de la caballería española y él enmedio con los hombres de armas y ordenanzas de Flandres y herreruelos guiados de sus capitanes, y reservó trecientos para acudir donde más conviniese. Puso en una parte la infantería alemana con sus coroneles Lázaro Xuendi y Hernan Munich, en otra la flamenca y frisona, gobernada de Benincurt, en otra los españoles á cargo de D. Luis Carvajal, y se afrontó con el enemigo, disparó su artillería, y matando el caballo al Conde de Egmont sin turbacion subió en otro. Termes, con la artillería, hizo volver atras algun tanto la caballería del Conde, y creyendo los franceses tenian lo mejor, desordenándose la siguieron. Mas el Conde de Egmont, por no dar lugar á disparar más la artillería, con el resto de la caballería y con la batalla de arcabuceros españoles juntos entró sobre los desordenados franceses entre uno y otro escuadron por donde cerraban los carros del bagaje, dió en el costado y los rompió tan presto que no pudieron ser socorridos de la batalla junto al rio, rompiendo y matando á los que primero gritaron vitoria, y el resto de su gente encaminó contra la infantería francesa. Las dos naciones mostraron ser valerosas y exercitadas por largos años y el ódio que mantenian viniendo cuerpo á cuerpo con las espadas. Mas fueron desamparados los franceses de los alemanes batidos de la artillería de las naves de Guipúzcoa por el lado, y dexando las armas huyeron. Alguna infantería enemiga reunida resistió, pero la española animada del Conde de Egmont con calor haciendo lo que un buen caballero y valeroso general pudo en tal conflicto con la fuerza de las picas la rompió. Pelearon gallardamente D. Enrique Enriquez, el Marqués de Renti, el Conde de Reuxlperger, el señor de Fontaynes y Himaor de Municheausen y otros capitanes, que todos fueron este dia buenos caballeros. Deshizo á Termes y destruyó su exército el Conde de Egmont por su gallarda resolucion con maravillosa presteza, alegría de Flandres, reputacion y gloria del Rey Católico. Fueron en un punto desbalijados los franceses y alemanes, y destos muertos más de mil y quinientos en la huida á manos de los villanos y de sus mujeres y hijos, que como práticos en la tierra los aguardaban á los pasos estrechos

para vengarse de los agravios recebidos, y en el rio se ahogaron muchos por haber crecido la marea, y salváronse trecientos caballos; quedó en prision Termes, herido en la cabeza, y un hijo de Mos de Anibaut, Mos de Monvillers, Sernapont, y otros nobles; murieron el señor de Villabon gobernador de Bolonia y otros capitanes de infantería y caballería y dos mil soldados, y fueron presos tres mil. De la parte del Conde murieron cuatrocientos y el señor de Pelvi: ganóse la artillería, todos los estandartes, cornetas, cuadretes, banderas, bagaje, cuanto robaron en las tierras, con que fué no ménos dañosa al Rey Enrique esta rota que la del Condestable en el dia de San Lorenzo en San Quintin, por haberse deshecho disinios grandes, dispuestos bien si prendiera Termes á Gravelinghen: mas la tardanza del Rey en crecer este exército causó su ruina.

«Deslnstró la vitoria el haber sido sin órden, porque si en los negocios »particulares se puede decir executó bien y lealmente su cargo el que lo »hizo mejor de lo que se le encomendó, en los de Estado y Guerra siempre »se culpa al que del órden ecedió. El soldado que peleó ó Capitan que »dió la batalla contra la prohibicion ó comision, aunque venza peca, co»mo lo dixo el dictador Papirio Cursor al coronel de la caballería que de»golló dos mil enemigos, con pérdida de cien soldados, contra el bando. Y »César loó á Silano su capitan por no haber dado la batalla. Ninguno que »se llama General debaxo del Generalísimo la puede dar si no se le ordena »expresamente. Costóle al Conde de Egmont ser reprehendido, que estaba »debaxo del órden del Duque de Saboya, y si perdiera peligraba Flandres. »Mas esto se entendia, decia Egmont, de los capitanes que no tienen car»go de mandar con título de oficio, y sin aguardar mandato particular ha»cian la guerra, mas él á los enemigos declarados podia en su provincia »perseguir, dar la batalla, poner cerco, tomar fortalezas y disponer el exér»cito á su discrecion en tanto que no hubiese órden del supremo señor de »quien pendia la suprema autoridad.»

Esta vitoria levantó la parte del Rey Católico y abatió la francesa de manera que se suspendió el trato de la paz comenzado ya por la Duquesa de Lorena y el condestable Memoransi, preso en Gante, á quien el Rey Católico dexó salir libre con tallon de ciento y cincuenta mil escudos y pleito homenaje; porque si los franceses ganaron lugares, perdieron en campaña dos exércitos, y estaba tanta nobleza en prision que se lastimaban y quexaban del Duque de Guisa, de su consejo y de los de su casa y séquito. El rey Enrique, temiendo que los vencedores acometiesen á Cales, metió por gobernador al Vidame de Xatres, y reforzó la guarnicion. Guisa pasó con priesa de Champaña á Picardía para socorrer á Cales, si fuese acometido; y porque el Conde de Egmont iba á Mariamburg y á Marole, al principio de Agosto hizo alto en Pierepont, lugar en buen sitio y comarca, para socorrer á Guisa y otras plazas fuertes cercanas.

CAPÍTULO XXI[bis].

La armada de Inglaterra y Flandres acomete la Normandía y Bretaña: la del Turco vuelve á Levante y toma á Tripol de Berbería.

Los ingleses por la presa de Cales indignados contra los franceses, para tomar en la marina lugares importantes en recompensa ó cambio de lo perdido, sacaron armada de ciento y ochenta navíos con veinte urcas flamencas y diez mil soldados á cargo del almirante milord Chinton y su vicealmirante el señor de Wach. Mostráronse en Normandía, y baxando á Bretaña dieron sobre Conquet, donde está la bahía de San Mehé y la comenzaron á batir, arrojando en tanto en lanchas seis mil soldados que furiosamente la arremetieron. Los bretones muy espantados (aunque concurrieron muchos en número á la defensa), huyendo la dexaron por presa de los enemigos, que la saquearon sin perdonar los templos. En doce horas monsiur de Chersimonte, capitan general en Bretaña, juntó ocho mil hombres y mil caballos con mucha nobleza de la provincia, y encontrando improvisamente cuatro compañías de ingleses que robando entraron bien adentro, los deshizo y mató casi todos huyendo al embarcar confusos, ayudado de Mos de Estamps, gobernador de la provincia, con infantes y caballos que juntó para la guardia de San Malo y Brest, fronteras principales, porque la armada podia cargar sobre ellas, y viéndolas guarnecidas y que andaba en la costa gran copia de gente á pié y á caballo se alargó. Don Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, virey del reino de Navarra en España, dió órden á D. Diego de Carvajal, señor de Jodar, capitan á guerra de Fuenterrabía, y al coronel D. Juan de Borja, señor de la casa de Loyola, para que entrase en Francia por el paso de Beovia, con la gente de su cargo y los naturales, porque le seguiria con cinco mil infantes y trecientas lanzas de las guardas de Castilla. A San Juan de Luz el Duque y el Conde de Orgaz ganaron, y hicieran grandes efetos si el Rey Católico no los suspendiera. Piali en Menorca acometió á Citadela, y defendiéndose bien quinientos soldados en el asalto con muerte de cuatrocientos y de muchos turcos los entró. Viendo por los muertos, heridos y enfermos débil su armada, robada la tierra y presos los moradores, volvió á Provenza, donde le aguardaban los franceses con las prevenciones y máquinas en la marina para cargar contra Niza. No halló al Conde de Brisac en Antivo, detenido en el Leonés por falta de dineros para aviar la gente que asoldó. Sabiendo la rota de Mos de Termes, le pareció débil la parte francesa, y

fué á la Margarita y á Baya, puerto de genoveses, sin provecho, y pasando á vista de Génova ancoró en Portolongon en la Elba, y esperó las galeras francesas para combatir á Puerto Hércules. Era el tiempo forzoso para volver al Adriático, donde las tempestades en el otoño son naturalmente súbitas y terribles, y navegó para Levante remolcando quince vasos, porque no tenian chusma, en tres escuadrones dividida su armada. Los de Puerto Hércules avisaron desto en la fragata Real á D. Juan Manrique de Lara con el alférez Orozco de la compañía de Pacheco, diéronle caza cinco galeras, pero arribó á salvamento. Salió Italia de cuidado y gasto con la gente de su guardia desde Cotron hasta Antivo en Provenza, en postas várias repartida. Venía en esta armada Dragut, astuto cosario sin cargo alguno, porque por la pérdida de la ciudad de Africa de Berbería siendo su gobernador perdió la gracia de Soliman. Con deseo de cobralla y restituirse con algun servicio señalado, persuadió á Piali conquistase á Tripol poseida de los caballeros de la Orden Jerosolimitana, aborrecida sumamente de Soliman y de todo el dominio turquesco, gobernada de frai Gaspar de Valeta, frances, seguro de acometimiento y mal prevenido. Era el puesto importante para empresas y manejo del mar y el ocupalle, porque un bajá tan ilustre volviese con gloria y bien de los moros á Constantinopla. Sitióla Piali con su armada por mar y tierra con africanos, á quien avisó Dragut del intento, para que luégo acudiesen á la empresa tan conveniente á la Berbería. Batióla furiosamente, dióla contínuos y apretados asaltos. Faltó municion, vitualla, gente, socorro; no pudo Valeta defender más el lugar flaco, y salvas las vidas se rindió, y Piali le tomó, guarneció, dió su tenencia con título de San Jaco á Morato Tesquiara. Dragut fué á Constantinopla con Piali, y á su servicio agradecido hizo que Solyman le diese el gobierno de Tripol, disponiéndole para mayores cosas de que le dió noticia y esperanza en la conquista de Malta, Sicilia, Italia, no difíciles disponiéndolo bien. Luégo Dragut metió las armas en el reino del Caravan, trecientas millas distante de Tripol, para tomar venganza del Rey, diciendo perdió la ciudad de Africa, porque ayudó á Andrea Doria y no á el capitan de Soliman, y de una misma ley. Despojóle de buena parte del reino, y en lo restante hacía cabalgadas y presa de sus moros, casas y campos. Por tener la isla de los Gelves para su comodidad inquietó su paz, y codicioso debaxo de amistad por medio de los principales ganados con dones, persuadió al Xeque se viesen para tratar negocios importantes al gran señor. Matóle y tiranizó la isla con satisfacion de los amigos. Viéndose oprimidos de los turcos por naturaleza soberbios, injustos, avaros, trataron para su expulsion que el Rey de España los ayudase por medio del gran Maestre de San Juan en Malta, con quien tenian correspondencia que no deshizo la mudanza de fortuna de todos, y con el rey del Caravan ofendido harian la recuperacion de Tripol.

CAPÍTULO XXII.

Lo que pasaba en Piemonte y Lombardía en el mismo tiempo.

Hacen la milicia estragada los motines y destruyen las empresas, causados por malas pagas, en particular no siendo naturales de las provincias, y por falta de vitualla, de alojamientos, estar en ocio, malos tratamientos, ser movidos de los enemigos, no admitir los capitanes partidos ofrecidos para rendirse, conociendo su impotencia y última necesidad. Abren la puerta á muchas insolencias y ofensas de Dios, atando la mano á sus oficiales se arriesga el Estado, y tómase al fin el dinero para su paga con grandes intereses, habiendo sufrido terribles vexaciones y pasado las ocasiones para las empresas irrecuperables atrasando las guerras. En Lombardía y en Piemonte se perdieron en este tiempo buenas ocasiones para hacer ganancias por la desobediencia de los españoles y alemanes mal pagados, por mala administracion y distribucion de la hacienda del Rey enviada desde España y sacada del Estado de Milan en servicios extraordinarios y contribuciones. Los franceses señores por esto de la campaña, no habiendo hecho contra Niza efeto, deseaban abrir camino para Provenza, y tomar satisfacion de la destruicion que los españoles hicieron en la campaña de San Damian. Entendiólo D. Lope de Acuña, cauto y vigilante gobernador de Pontestura, y viendo los españoles arrinconados con enemigos al derrededor en distancia de ocho millas diez lugares tan cercanos que descubrian á caballero cuanto salia por las puertas de Pontestura, especialmente Trebila, á poco más de una milla en un alto fundada, cuya gente salvaje mató, sacó los ojos y maltrató algunos españoles con mala guerra, determinó de conquistarla y otras tierras y libertar su alojamiento. Los soldados, faltos de dinero, ánimo, esfuerzo para reparar su fortificacion, y proveer parte de lo que habian menester con industria, diciendo sitiados Don Juan de Figueroa ménos cuidadoso y pronto (porque esperaba el sucesor) no los socorreria, y convenia quitar de tan cerca tantos enemigos crueles, fieros, desalmados, concertó con D. Juan de Guevara, que con cuatro mil infantes y algunos caballos de San Salvador fuesen lo primero sobre Trebila. Executando al primer cuarto de la noche, con cuatro cañones la batieron. Vista su perdicion, trataban de salvar las vidas por concierto. En tanto los españoles pocos á pocos se acercaron á la puerta, y acometiendo con ímpetu, estimulados de la ira y deseo de su venganza, entraron y degollaron cuantos al encuentro toparon, y los que se arrojaron por las mu-

rallas altas recebian en las picas los alemanes. Saquearon y quemaron el lugar, salva la iglesia y sus cosas, sino las campanas que por trofeo llevaron á Pontestura. Amaneció á D. Lope sobre Cereth, y amenazado se rindió á merced, y la artillería avió á Pontestura, y dexó allí de presidio la compañía de italianos de Pompeyo de la Cruz. Don Juan de Guevara pasó el Po, porque los franceses retiraron á lugares fuertes los mantenimientos de Monferrato, y alojó en Moran dos millas de Pontestura.

Querian recuperar á Cereth y presidiar á Trebilla los franceses, y salió D. Lope de Acuña á desmantelallas con muchos gastadores y quinientos infantes alemanes y españoles, y ciento y cincuenta caballos de que le envió parte D. Juan de Figueroa. Previno á los enemigos en llegar y derribar las murallas de los dos lugares; y acabada la desolacion, cargando muchos carros de trigo, vino y camas, porque enfermaban por no las haber en Pontestura los soldados, volvió á ella brevemente. Por industria de Mos de la Mota y del Baron de Xetres, capitanes viejos, y descuido en dar aviso á D. Lope los de Pontestura, fue de los franceses de repente acometido, aunque en órden con sus alemanes en escuadron y los arcabuceros españoles en sus mangas á los lados, y así mirando le hicieron alto en una eminencia gritando Cales y los españoles San Quintin, y salvos entraron en Pontestura, y D. Juan de Guevara con su gente fué á Fontaine y Palazolo, lugares hácia Crecentin para ir con D. Juan de Figueroa á fortificar á Galani y á ganar la tierra que Santian tenía ocupada. Mos de la Mota rindió el presidio de Cereth y puso el suyo, y D. Lope con gran secreto le acometió, rindió, desmanteló el castillo; ocupó el de Sarrabo, sitio fuerte y le guarneció y asoló á Monta. Hacía le contribuyesen los comarcanos para sustentar el presidio y la fortificacion, proseguia en la guerra, enviaba escuadras de españoles á hacer daño, ayudados de la aspereza de la tierra, secretos bosques, mal caminables quebradas, apretó tanto á los franceses que Mos de la Mota dió cincuenta carneros á D. Lope de Acuña porque le dexase meter ciento y cincuenta en Casal. Como impedia la navegacion del Po, Mos de la Mota comenzó una trinchea con gastadores asegurados de la gente de guerra de la otra parte del Po sobre un brazo para acogida de los que enviaba á correr el Vercelés y campos de Milan, distante cuarenta millas de Casal. D. Lope, emboscado por espesuras y breñas, dió de golpe sobre docientos soldados de la guardia de la trinchea y los deshizo, y arrojándose al agua y esparcidos se salvaron. Pidió la contribucion á Mocentin, villa murada entre Gabian y Berruga, presidios de franceses seguros por esto, y porque no la dieron, de noche envió al capitan Mercado con cuatrocientos españoles y alemanes y Gonzalo Hernandez Montero, su teniente, con su compañía de caballos sobre la villa; hubo defensa, mas con escalas entraron y por el rastrillo, y prendieron á Bogadavia, caballero de San Juan, teniente de su hermano, y al de Juan Reti y á otros franceses, y saqueando

la villa cuanto les permitió la brevedad del tiempo, temiendo llegaria socorro de los cercanos presidios, volvieron llevando los mejores del lugar prisioneros, y los soltó D. Lope y los ganados con juramento de obedecer, y la ropa quedó á los soldados en recompensa de su trabajo.

Ludovico Birago, milanés de experiencia y nombre, gobernador de Santian por el Rey de Francia, deseaba ocupar por encamisada en noche escura á San German, lugar (aunque pequeño) de importancia por cercano á Santian, donde era capitan Juan Andrea de Correzo con cuatro compañías de italianos debaxo de la gobernacion de Berzeli, que tenía á su cargo el maestre de campo San Miguel. Arrimóse, y con el silencio y tiniebla de la noche ayudado, pasó con dificultad el foso por el agua, y con las escalas entró, y los capitanes Correzo y Leon se retiraron al castillo pequeño y flaco, pero difícil de entrar por escalada, y comenzó á batille con poco efeto por ser los cañones pequeños y envió por otros mayores á Santian, y á Turin por refuerzo de gente á Brisac, porque sería acometido de los españoles. El Maestre de Campo San Miguel avisó del caso á D. Francisco de Mendoza, gobernador de Trin, y él á D. Lope, y mandó que Antonio de Mercado con su compañía y la de D. Gonzalo de Ayala con algunas picas alemanas y la compañía de caballos pasase por Trin, y con la gente que le daria D. Francisco de Mendoza socorriese á San German, rompiendo al Birago, pues no estaria reforzado con socorro, y sacando la gente del castillo ántes que barreasen las calles aventurase el suceso peleando. Sacó Mercado cien italianos de Trin, y con su gente caminó con gran trabajo por los arroyos hechos rios por las muchas lluvias. Don Lope envió escuadras de gente á emboscarse y descubrir, para que si de Valencia y Casal daban socorro á Birago, le rompiesen al pasar el Po en creciente. Avisó á Alexandría de todo al Maestre de Campo Hernando de Silva, y á Asti para que enviasen gente á Pontestura, por si á Mercado sucediese mal la empresa. Llegó á tiempo á San German, que docientos y cincuenta caballos lanzas y arcabuceros que puso fuera Birago á lo largo en la campaña retiraban al Maestre de Campo San Miguel, que porfiaba á entrar con la compañía de españoles de D. Francisco Manrique, cuatrocientos italianos, y una compañía de caballos. Birago se retiró cargado de la caballería enemiga, y aunque su gente se mantuvo bien, por tener la pólvora mojada, con que ayudaba mal su infantería á su caballería, huyó con muertes y prisiones que la arcabucería española suelta hizo en su alcance: tomaron la artillería y fuera mayor la vitoria si obedeciera mejor la gente. Llegaron executando hasta Santian, y le tomáran si prosiguieran, porque el puente estaba echado para sacar la artillería con que batir á San German, pues sola la caballería entró y la infantería quedó fuera. Volvieron á sus alojamientos los vencedores, llevando presos los de Pontestura al capitan Juan María Malvesin y á otro capitan zuicero y otros soldados de cuenta.

Mos de la Mota, deseoso de vengar este suceso, sacó de Casal la más gente que pudo, y dexó trecientas picas y docientos arcabuceros en un puente entre Casal y Pontestura, y en las alquerías del Duque de Mántua docientas picas, y más adelante en una quebrada quinientos arcabuceros, y él con ciento y cincuenta caballos ligeros se escondió cerca de unas viñas, con intento que pues tocando arma D. Lope saldria como siempre á ella, sería cogido enmedio de las emboscadas, cebado en la carga de diez caballos que envió á las puertas de Pontestura. Vistos por D. Lope ordenó al capitan Palomino y á Rafael Groto, capitan de alemanes, que le siguiesen con ciento y cincuenta picas y otros tantos arcabuceros; porque caminaba con sesenta caballos de su compañía y de la de Magrin en su conserva, y envió delante los veinte á descubrir con el teniente Montero. Seguia á los franceses, que pasado el puente de Estura se apartaron del camino, señalando á los espertos su intencion, y las emboscadas; y D. Lope mandó á Montero no siguiese á los franceses, porque dos soldados que descubrieron la celada le certificaron la sospecha. Mos de la Mota descubierto, subió con su caballería una cuesta, y mandó le siguiesen sus arcabuceros. El teniente Montero ménos cauto, si bien avisado de la venida de los franceses, los esperó, y D. Lope le mandó retirar, pero tarde, aunque no le via por una espesa niebla, y para ayudarle le tocó sus trompetas. Teniéndola por más caballería Mota, esperó su infantería, y cargó á Montero retirándose. Temiendo celada los franceses no apretaban, y llegando algunos infantes de D. Lope con su caxa huyeron desordenadamente; aprisionó algunos y paró por no caer sobre la infantería enemiga, dexando la vitoria por la tardanza de la suya, y Mota por no proseguir la carga, temiendo las emboscadas los dos capitanes. Donde se ve cuánta parte tiene la fortuna en los hechos de armas, y en cuán poco término consiste el vencer por lo que parece y que pende del caso por la mayor parte, y que por la demasiada experiencia en la guerra y concepto de que el enemigo es diestro se presume más dél, y los yerros parece son hechos á cautela y consejo.

CAPÍTULO XXIII.

Alcanza licencia para hacer la jornada de Mostagan y la dispone el Conde de Alcaudete.

La constante negociacion del Conde de Alcaudete y su autoridad alcanzada, la nobleza de su sangre, larga experiencia de las guerras y vitorias que tuvo en Berbería, el conocimiento de la tierra y de los enemigos con

quien habia de pelear y tantas veces peleó, cuyo terror era la representacion de la importancia de la jornada de Mostagan, la aprobacion del Emperador, á cuyo juicio se deduxo la conferencia, venció la contradicion de los Consejos de Estado y Guerra á la empresa, y le concedieron la facultad y gente que con tanta instancia para ella habia pedido. Levados seis mil hombres en la Mancha y Andalucía, los encaminaron á Cartagena y Málaga para llevarlos á Orán. Habia llegado por gobernador de Argel segunda vez Hascen, hijo de Heyraden Barbarroja, en el mes de Junio de mil y quinientos y cincuenta y siete (que gobernó ántes en el año de mil y quinientos y cincuenta), remunerando Soliman, sultan de los turcos, los grandes servicios de su padre. Fue avisado por sus espías desde España y Tremecen de la confederacion que hizo el Conde con los Meliones y Xerife, y de las fuerzas que juntaba (que habia de emplear forzosamente contra Tremecen y Mostagan, llave de las provincias de Argel y de Fez), Aluch Alí Farcici (que quiere decir nuevo convertido), requirió á los alarabes de parte de Hascen no favoreciesen á los cristianos, enemigos de su ley, con las armas y bastimentos para conquistar las tierras donde se profesaba, y con que los habia de subyugar en ocupándolas, y que no dudasen ni temiesen, porque les sería más fiel amigo y los defenderia con el gran poder de Soliman, por cuyo mandamiento les protestaba los daños y denunciaba la guerra si no le obedecian. Llegó la infantería á Orán, y muchos nobles ventureros con el Conde. Supo la negociacion que hizo Farcici con los alarabes, y cómo estaba en Tremecen continuando la reducion de los neutrales para la defensa comun. Pareciéndole no poner todas sus esperanzas en los Meliones, para tener vitualla y municion embarcó mucha cantidad en nueve bergantines, porque los llevasen al puerto, antiguamente llamado de los Dioses, media legua distante de Mazagran, ciudad pequeña, antigua, edificada por los naturales trece leguas al levante de Orán, y algunas veces su tributaria, y desde allí habian de hacer los viajes á Orán que la provision del campo hubiese menester. Aviados, partió á ventiseis de Agosto por las Salinas y el Arroyo del Tarahal, con seis mil y quinientos españoles efectivos de lista, con docientos caballos de Orán y los ventureros, y llevó, para que le ayudase al manejo de todo, á D. Martin de Córdoba, su hijo menor, animoso y de grandes esperanzas en la guerra y no vanas; y en el gobierno y guarda de Orán dexó á su hijo mayor D. Alonso Fernandez de Córdoba, y mandó tirar á brazos algunas piezas de artillería de batir y de campaña. No llevó bastimentos, esperando los darian los moros, y para salir á moverlos con recebirlos hizo punta hácia los campos de Ciret. Porque no cumplian, el exército hambreaba al cuarto dia, y por las vegas de Quiquinaquey volvió buscando su reparo con la vitualla que los bergantines habrian desembarcado. Los moros de Mazagran y Mostagan, por la venida á Orán del Conde y salida della,

pusieron el salvamento suyo, vitualla y hacienda en Mostagan, y avisaron de todo al Virey de Argel. Con cinco mil turcos y renegados escopeteros y mil espais á caballo y diez piezas de artillería salió brevemente á juntarse en el camino con seis mil caballos y diez mil peones alárabes que habia llamado en su ayuda, de los que del ramo de Uled Ethegia andan en los llanos de Tremecen, cerca del Mediterráneo, y en la sierra menor Atalante, que forma su costa desde el estrecho de Gibraltar hasta lo último del reino de Tripol de Berbería con grandes montañas madres, de muchos rios y gentes belicosas, exercitadas peleando con los italianos y españoles. Los alárabes de Uled Hurbá, que habitan en los confines de Mostagan y en el desierto Ladrones, y buen número de moros de Tremecen y Mostagan, guiados de algunos turcos que truxo Farcici, al llegar el Conde á Mazagran le acometieron; pero recebidos de los españoles con su daño, en escaramuza bien trabada los retiraron desbaratados, con muerte de trecientos, hasta los muros de Mostagan, una legua adelante de Mazagran. Volvieron á esta ciudad para refrescarse en una fuente que vierte junto á la muralla, y matar su hambre con los bastimentos de los bergantines. Saquearon cosarios con cuatro galeras y cinco fustas de Argel al lugar de San Miguel, del condado de Niebla, y volviendo con la presa arrimados á la costa de Africa prendieron los nueve bergantines, y los soldados desde Mazagran con gran dolor vieron llevarlos á remolco y entrar en el puerto, esperando el suceso de los cristianos para ayudar á los moros que los hubiesen menester y tener parte de la ganancia. Congoxó este desastre, y habido consejo, algunos abonaban la retirada y la espera en Orán del rehacerse de municiones y bastimentos, entreteniendo el exército con correrías, y tomar de lo que hacian los amigos y enemigos acuerdo y resolucion para proseguir la jornada. Otros el combatir á Mostagan aprobaban, y que sería brevemente entrada, donde tendrian defensa contra el Virey de Argel y moros de la tierra, y bastimentos con que poder esperar la provision de Orán y de España traida en las galeras. Executó esto el Conde conforme con su deseo, no con la razon de guerra, no teniendo comida ni municion para la artillería, y el aventurar su reputacion (que le dolia) era de ménos importancia que tanta gente, y los meliones culpados en la falta de la fe se gobernarian conforme á la fortuna de los dos generales, y si la del Conde era menor, cargarian sobre él sin duda. Caminó contra Mostagan y su guarnicion, rota de la vanguardia, fué seguida hasta ponerse algunos soldados valerosamente sobre la muralla, donde plantó bandera un alférez con tanto esfuerzo y resolucion, que si los que le seguian no fueran desgraciadamente detenidos del Conde con la fuerza y amenaza, ganára sin duda la ciudad su venturosa arremetida. Con fagina de los higuerales y viñas y una cava se atrincheró contra la caballería bárbara, y en una plataforma pequeña plantó dos cañones para batir el castillo puesto al Medio-

día, desde un padrastro que señorea la ciudad antigua, edificada por los naturales sobre la costa del Mediterráneo, en la ladera de un monte que se va alzando á la parte de tierra, ceñida de buenos muros, y en su dentro con buenos edificios y fuertes. Con nombre de Cartena la pone Ptolomeo en catorce grados y treinta minutos de longitud, y en treinta y tres grados y cuarenta minutos de latitud. Tiraron al castillo sin efeto y ocuparon el arrabal algunas compañías para su alojamiento. En el dia siguiente llegó aviso de como Hascen á largo paso venía al socorro y estaba cerca. Reconocióle D. Martin de Córdoba con algunas compañías, y pidió á su padre cuatro mil hombres para dar una trasnochada á los turcos, cansados, seguros, dormidos, y si eran, como podian, rotos con sus municiones, proseguirian el sitio, porque otro dia sería furiosamente dellos acometido. Aprobaron este parecer muchos capitanes, no el Conde; pues cuando se encamina un desastre se abraza el peor consejo, y dixo no batallaria Hascen con él, porque se perderia. Dió una libra de pólvora y dos palmos de cuerda á cada arcabucero, y al cuarto de la modorra caminó á Mazagran, por llegar ántes del dia, refrescar su gente y ordenarla para lidiar, si Hascen le forzase, teniendo las espaldas guardadas con la ciudad, la frente con la artillería, un costado con su caballería, y el otro con buena arcabucería, asegurada con trinchera contra los caballos. Dispúsolo bien, mas gastó el tiempo en reparar las ruedas quebradas del carro de un cañon que no quiso dexar enterrado y encubierto al enemigo, pasando la gente por cima de su terreno. Para asegurar la fuente y la ciudad envió la guarnicion de Orán y algunas banderas delante, y él siguió en la retroguardia y guarda de la artillería. En viendo la fuente, sin poderlo evitar los capitanes, se desordenaron para matar la sed que los mataba. Hascen, con la nueva que le enviaron los moros de la retirada del Conde y del número de su gente, animado y codicioso de vitoria, superior en infantería y caballería, á largo paso ganó en su mejora el tiempo que perdió para perderse el Conde. Acometió á los desordenados con los turcos por una parte, los de las galeotas que desembarcaron por otra, Farcici con los moros de Tremecen por otra, los alárabes guiados de sus xeques por otra. Resistian los desordenados, y que sustentaban con más ánimo que fuerza los cuerpos fatigados de hambre, sed, cansancio, falta de sueño, abrigo, disciplina, por ser los más sin experiencia, y peleaban donde la fortuna les ponia los enemigos. A las cuatro de la tarde la confusion encendió la pólvora y quemó más de quinientos de su guarda, estando los moros sobre ellos. Con este mal suceso y el huir furiosamente á la ciudad los soldados, conociendo el Conde su pérdida y poco remedio, á grandes voces dixo: «Santiago y á ellos, que la vitoria es nuestra, porque vienen desbaratados los enemigos»; mas prevaleció el temor y la atropellada y confusa huida. Al entrar por un postigo para sacarlos por fuerza á pelear, el tropel y aprieto hizo empinar el caba-

llo y caer el Conde y morir ahogado en la angostura miserablemente. Los vitoriosos turcos entraron en la ciudad y prendieron á D. Martin de Córdoba. Hascen cerró las puertas porque los alárabes no matasen los cautivos. Sus xeques otro dia pidieron su parte, pues servian sin sueldo, y fieramente alancearon ochocientos. Habian dado sepultura al cuerpo del Conde sus criados, y Hascen le sacó para ver un tan gran capitan, valeroso, vitorioso tantas veces, bien reputado y temido en Berbería, y últimamente tan desgraciado, y dióle por dos mil ducados á D. Martin para que le enviase á Orán, y él quedó prisionero en Hascen, y en Argel estuvo algunos años. Era D. Martin Alfonso de Córdoba el primero Conde de Alcaudete por merced del Emperador por sus grandes méritos y servicios, y decendiente por línea recta de varon de los señores de Contada, que procedian de Hernan de Temez de Montemayor en el reinado de D. Alonso el XI, caballero gallego, y uno de los ganadores de Córdoba en el año de mil y docientos y treinta y seis. Fue el primero señor desta casa de Alcaudete Martin Alfonso de Montemayor, nieto del adelantado Martin Alfonso. Casó este primero Conde con doña Leonor Pacheco, hermana de D. Luis Fernandez de Córdoba, que le dió hijos á D. Alonso Fernandez de Córdoba, conde segundo y capitan general de Orán, á D. Diego, obispo de Calahorra, y á D. Martin de Córdoba, capitan general de Orán por sus hazañas formidable á los moros y glorioso á sus españoles. La nueva de la pérdida lamentable entristeció á Castilla, y al Emperador agravó la enfermedad, y murió en edad de cincuenta y ocho años, á ventiuno de Setiembre, notable y fatal al parecer de astrólogos y cronológicos por las muertes de grandes príncipes y sucesos trágicos y prodigiosos de mutaciones de Estados, ruina de reinos, terremotos y tempestades de cielo, mar y tierra, crueles guerras, comenzadas y acabadas con desolacion de ciudades y provincias y de sus señores, llegado el término prescripto por ciertos números de concurrencia de sietes ó nueves, notado no poco vanamente de los computistas y especuladores de la antigüedad.

«Fue Cárlos V Máximo emperador de Alemania y rey de España, na»cido en Gante, populosa ciudad, metrópoli del condado de Flandres, de »mediana estatura con buena proporcion, correspondencia y trabazon ner»viosa de los miembros, semblante agradable y grave, con gracia y majes»tad, exercitado en todas las armas, con natural elocuencia en la lengua »flamenca, alemana, española, francesa, italiana, leido en historias, sin te»ner otras letras, aunque favoreció declaradamente los profesores de todas. »Fue versado en ambas fortunas; feliz guerreando en Italia, Alemania, Es»paña, América; varia en Grecia, Africa, Francia, Flandres, probando la »desigualdad de los sucesos para ser más ecelente y prudente; pues mode»racion y constancia enseñan los prósperos; industria, fortaleza, sufrimien»to, magnanimidad los adversos, con que se perficiona bien la arte del rei-

»nar en todo; aunque se valió en las mayores empresas y negocios de ad»mirables y diestros consejeros y capitanes de la diciplina del generoso em»perador Maximiliano I, su abuelo paterno, y del materno el Católico don »Fernando, rey de España, superior en prudencia y valor. Menor ventura »tuvo en la paz, si bien la gobernó con sabiduría, justicia, paciencia, buena »intencion, amor á los súbditos, establecimiento y conservacion de civiles »y sagradas leyes en favor de la religion católica con divino celo, diligen»cia en obrar, pues casi pisó toda la Europa; tenaz en su opinion y conse»jo, templado en el vestido, comida, ira, venganza de la injuria, castigada »alguna vez con valor en prevenida oportunidad. Su liberalidad ni dexó »hechuras ni aumentos en las de sus predecesores. Triunfó en las conspira»ciones de Flandres, España, Nápoles, Pirú, y de los franceses prosiguien»do las guerras heredadas de la casa de Borgoña. Compitió con el valeroso »rey de Francia, Francisco I, sobre el señorío de Italia, imperio de Alema»nia; y preso en Pavía de los españoles, usando Cárlos de toda humanidad »y cortesía, volvió á su reino. Domó los indómitos y fuertes de Alemania »apóstatas, seguidores de nuevas y perversas sectas contra la autoridad y »doctrina de la Iglesia romana, con libertad de juicio pervertidos, y ampa»rados de Juan Federico, duque de Saxonia, Lanztgrave de Hessia, y de »otros coligados rebeldes. Contendió insuperable con sultan Soliman, el »guerrero, ambicioso señor de los turcos, en las Pannonias de vida y de »imperio. Amplió el materno en la América con los reinos de Méxíco y »del Pirú, donde propagó la ley y evangelio de Jesucristo en muchas y ex»tendidísimas provincias; y en Italia con el ducado de Milan y de Sena. »Confirmada la posesion del reino de Nápoles, dado por el gran poder de »sus armas Duque monarca á florentines y parmesanos, libertad y pro»teccion á genoveses (condenada templanza de ambicion por los políticos), »quexa á Roma, asaltada de los soldados de corrupta diciplina y vida, cre»ció la herencia paterna en los Países Baxos con el ducado de Gheldres, »condado de Zufent, Señoría de Utrech, Transiselana, Frisia Occidental, »Groninghen, Cambray, asegurada con cidadela fuerte de los hurtos de »franceses, y cubriendo el Artuoes y Henaut. Edificó á Hedinfer, Marien»burg, Carlamont, Filipevilla, nueva frontera contra Champaña. Asoló á »Terowana, conquistada en los morinos, la ciudad de Africa en los Libios. »No diminuyó el Imperio, ni la ambicion de su aumento le hizo pasar »los límites y leyes de generosidad y fe inviolable. Religioso, deseó vivir »para sí en soledad; guardó castidad conyugal viudo de su emperatriz ma»dama Isabel; cauto incontinente reconoció por hijo natural á D. Juan de »Austria, digno de ecelencia tanta. Triunfante al fin de sí mismo, renunció »el Imperio en su hermano Ferdinando, rey de Romanos, Austria, Bohe»mia, Hungría; la monarquía en su heredero D. Filipe, que honorable y »fiel correspondiente dió á la inmortalidad su memoria, gloria al alma,

»mauseolo al cuerpo, templo á Dios con la otava maravilla, en ser primera, »del monasterio de San Lorenzo el Real, que se edificó y adornó con ex»pensas magníficas; donde en reposo la posteridad reconocida, tomando no »pequeña parte de alabanza, le venera y celebra con los títulos de Máxi»mo, Túrcico, Africano, Germánico, Augusto, con que los Sumos Pontí»fices agradecidos le inscribieron y sinificaron sus virtudes y triunfos vivos »siempre en la fama y en el exemplo.»

CAPÍTULO XXIV.

Llega el Duque de Sesa á Milan, sale en campaña, cobra algunos lugares.

Deseaba Mos de la Mota vengarse de D. Lope de Acuña, y pedia á Mos de Brisac le reforzase para sitiar á Pontestura, pues no se defenderia la guarnicion mal pagada y descontenta. Entendiólo D. Lope, y en Milan pidió al Gobernador dineros y gente para la defensa de una plaza importante y poco fuerte. Brisac contentó su gente y soldados, y sitió á Fosan para abrir camino breve para Provenza y excusar un gran rodeo por asperísimas sierras. Llegó el Duque de Sesa á Milan, y con su valor y prudencia asentó bien las cosas del Estado. Para socorrer á Fosan salió con doce mil infantes y mil y quinientos caballos, y retiráronse los enemigos á Carmañola y Sabillan. Caminó el Duque con gran órden y secreto sin entender el Conde de Brisac sagaz y vigilante el intento, y dudoso guarneció á Quier, Villafranca, San Damian y Villanova. El Duque sitió á Cendal, batió y rindió brevemente, aunque de gran opinion de fuerte al pié de los Alpes, tierra abundante, de forma casi orvicular, con cuatro baluartes y un castillo con profundos fosos con agua, con mucho trigo y otros bastimentos que envió el Duque á Cuni y á Fosan. Desmantelóla y quitó la molestia que su presidio daba á los españoles, dando mucha reputacion á sus armas con tan buen principio. Brisac castigó con rigor al Gobernador y al presidio. Tomó el Duque á Castelsparaber, fuerte, y del señor de Cendal, y le derribó. Pasó para ir sobre Moncalvo con buena forma y rigurosa diciplina, obediente su exército y con buenas esperanzas, en medio el bagaje, la vanguardia y retaguardia reforzadas en distancia para ayudarse. En Asti tomó muestra y dió paga para ir sobre Valencia con seis piezas, y el exército animoso y contento, y se atendó contra Moncalvo bien presidiado y bastecido. Reconoció con osadía y riesgo la muralla, y batió unas tenazas y derribó poco del muro. El gobernador Mos de Piquini, nuevamente nombrado, entró cuando batian, porque el lugar grande y el pequeño exército

no le ceñia. Francisco de San Roman tentó subir por lo batido, y puesto encima hizo señas á los de su compañía y del capitan Delgado, y arremetiendo de golpe dieron sobre la guardia, hiriendo y matando. Acudió al ruido todo el campo y el Duque luégo, estando comiendo Piquini sin algun recelo, y retiróse al castillo con la mayor parte de la gente, donde no habia que comer para dos dias. Plantada la batería se rindió y salió con armas y banderas, y presidió el lugar el Duque y puso por su Gobernador al capitan Juan de Molina. Con Monluc y Pontestura señorearon la mayor parte del Monferrato. Mos de Brisac, temiendo sitiase á Casal mal proveido, metió en Berruga doce banderas de infantería italiana, francesa y zuicera para pasallas á Casal. El Duque, para cortarles el paso, envió á don Lope de Acuña con setecientos alemanes y trecientos españoles que sacó de Pontestura, y seis banderas de italianos que estaban de la otra parte del Po, y con estos mil y quinientos se emboscó cerca del puente del Estura, en el camino de Trebilla, para tomar enmedio á los franceses en pasando el puente. Salieron mil de Berruga sin banderas, y llegaron á un valle junto á Marbel, y temiendo el paso desde allí á Estura, pararon. En tanto el capitan Piacentini con cien italianos corria la tierra, y dió sobre la emboscada de D. Lope, y acometidos de los alemanes se salvaron con gran dificultad y fueron conocidos con turbacion, confusion y furia, creyendo eran los franceses con muertes y heridas de algunos, y callaron. Los franceses, por el ruido advertidos, volvieron á Berruga. El Duque determinó sitiar á Casal, donde no habia más de ochocientos soldados, porque Brisac sacó muchos para ir sobre Fosan, y los de Casal de mala gana obedecian á Mos de la Mota, soberbio y maltratador de palabra y obra, y así alojaba al seguro en el castillo. El Duque asentó su campo á la parte de las viñas hácia San Jorge. Entrando gente en Casal en tropas pequeñas sin podello estorbar, llegó su número á decisiete banderas de zuiceros, italianos y franceses, y á docientos caballos ligeros sin mil hombres naturales que listó en cuatro banderas el Gobernador. Falto de fuerzas y dineros volvió á Milan el Duque y pidió nuevo servicio al Estado consumido ecesivamente, y no ménos lo estaba su Príncipe. Mas animado con las vitorias consideró los disinios y hechos de franceses, y que no era inferior en exército ni fortuna; juntó cuatro mil infantes y quince mil caballos de todas naciones, y en Alemania doce mil caballos apercebidos en Wartguelt, que es tomado juramento de que servirian por tres meses, se les dió á tres tallares de á treinta placas cada mes hasta ser apercebidos por el segundo mandato, para que caminasen á la plaza de la muestra que se les señala, donde tiene mayor valor la moneda con que los pagan, corriéndoles el sueldo á razon de diez placas por caballo de silla y de carro, y por el troco, que es un bagaje desde este segundo mandato que se llama tal sueldo Arritghelt, con que salen de sus casas hasta el dar la muestra, que les corre el ordinario de doce florines

por cada caballo de silla, seis por el de carro y seis por cada troco, y hácense buenos al respeto de cuatro caballos de carro y un troco entre cada doce de silla. Los ritmestres, que son como capitanes ó cabos de cada cincuenta caballos, no gozan de sueldo más que un florin de ventiocho placas por cada caballo de silla de los que presentan á la muestra por cada mes, y de un carro con cuatro caballos á seis florines por cada caballo, y de doce alabarderos á ocho florines. Hase de servir desta caballería al sueldo, segun la capitulacion de su bastalan y concierto tres meses enteros, y despedidos ántes se les paga enteramente, y un mes de sueldo franco para la costa de la vuelta á sus casas, segun de donde son, que algunas veces no se les da sino medio. El sueldo de un corneta de trecientos caballos de Reitres monta cinco mil y sesenta y ocho florines de á venticinco placas, y un regimiento de dos mil caballos en seis cornetas, mil y quinlentos escudos de España. Una compañía de infantes alemanes altos á la cuenta de Flandres (que es lo más caro) cuesta cada mes siete mil seiscientos y deciocho florines; y conforme á esto un regimiento de diez compañías de número de tres mil, á trecientos soldados por compañía, monta ventitres mil y ochenta y cuatro florines, que son escudos de España once mil. Uno de valones, de dos mil, en diez compañías, cinco mil y docientos y noventa y seis escudos; de escoceses ó irlandeses otro tanto. Un tercio de infantería española, de tres mil soldados, en quince compañías, á respeto de Flandres, diez mil y novecientos y veinte escudos; un regimiento de italianos lo mismo allí, donde el Duque de Parma, por honrar su nacion, los igualó en el sueldo. Una compañía de lanzas españolas setecientos y ochenta escudos; otro tanto de arcabuceros de á caballo. De las ordenanzas de Flandres de cincuenta caballos en cada mes dos mil y seiscientos y cincuenta y un florines. Segun la capitulacion antigua y el placarte que hizo el Emperador Cárlos V en Alemania sobre el valor de estos florines, mandó que lo servido allí se pagase á quince vazos, como vale cada florin, moneda suya, ó sesenta craices della, que son cada quince un vazo; y á lo servido en Flandres á veinticinco plazas moneda de Brabante; y lo en Italia á veinte granos, moneda de Sicilia, que es un mismo valor, ó su equivalencia en cualquiera género de moneda de oro ó plata, conforme á como corriere y valiere en la parte donde se les hiciere la paga, aunque en Flandres se ha corrompido esto, y como en consideracion de la baxa de la moneda han crecido las sobrepagas, admiten las placas ordinarias y demas monedas de todas suertes, como pasaren donde se les hace el pagamento, á lo ménos conforme el placarte. En Flandres se pagan veintitres mil y ochenta y cuatro florines con nueve mil y setecientos y ochenta y un escudos de á cincuenta y nueve placas en que está valorado el escudo de España de á cuatrocientos maravedís. En España como en Italia se han de contentar, donde en Milan vale un florin noventa y tres sueldos y cuatro dineros. Dáseles el aufguet,

que es una forma de ayuda de costa á cada coronel de alemanes altos, para sí y sus capitanes, para levantar la gente y avialla á la plaza de armas que se les señaláre para la muestra, más cuarenta florines para una bandera cada seis meses á cada compañía. Cuando los despiden pasados tres meses, si es Ultramar se les da pasaje franco con vituallas y municiones, y media paga para ir desde el desembarcadero á sus casas. Si en el tiempo que sirven se da una batalla ó asalto, se les paga el mes en el dia que sucede, aunque sea en el primero. Para hacer tanteo del exército que se ha de componer, se añade ó quita el número de las compañías de caballos ó peones que se quisiere haya al respeto que forzosamente ha de ser destas naciones, y si tuviere zuiceros una coronelía de cuatro mil, se les paga á razon de cuarenta placas por escudo, como en Alemania, Francia, Italia; y tiene una compañía trescientos soldados, los cuarenta y cinco coscletes, los demas arcabuceros y picas secas y alabarderos, armas con que sirve aquella nacion, con capitulacion de que por cada coselete que baxáre de aquel número se les baxen dos escudos de ventaja, y se les crezcan por los que truxeren de más. Dáseles un mes para la vuelta, como el sueldo por ayuda de costa, y del gasto de juntarse y llegar á la plaza de armas, que todo es de consideracion para las capitulaciones. Conforme á la cuenta de Flandres, un exército de treinta mil infantes y seis mil y quinientos caballos costará cada mes doscientos mil escudos de oro poco más. Pongo el exemplo en este, porque segun la comun opinion, y no vulgar, es el más efectivo y que mejor se puede sustentar, pagar, alojar, mover, emplear en grandes empresas. El gasto de la artillería, cosas anexas á ella y otros gastos ordinarios que suelen y se pueden ofrecer, el sueldo de general y del de la caballería y su teniente, del del maestre de campo general y de los demas miembros y oficiales y entretenidos del exército, el de las vituallas, hospital general y de las fortificaciones es regulado por la tercera parte de todo el exército. El sueldo del General, consejeros y otros caballeros y entretenidos, todos los demas que no son de la artillería, como el Maestre de campo general y los demas oficiales del exército, general de la caballería, sus oficiales, veedor y contador general, pagador, comisarios y otras personas, monta doce mil escudos. Sueldo del general del artillería, oficiales della, y de carros y caballos del teniente, y gastos de la administracion y conducta de vituallas, ayuda al hospital general, espías, correos y otros gastos secretos, veinticuatro mil escudos, y todo se incluye en la tercia parte del gasto del exército, y son treinta y seis mil escudos de á cincuenta y siete placas hoy, por lo que ha crecido la moneda. Conforme á esta cuenta se haga del tesoro que consumieron los exércitos de Flandres, Nápoles, Piemonte, Parma, España, Africa, y las dos armadas del Mediterráneo y Océano.

El Rey Católico encaminó su exército contra Perona, Derlan y Amiens, metrópoli de Picardía; el Cristianísimo asoldó alemanes por medio de los

potentados; el Duque de Guisa envió ocho compañías de caballos y cuatro de peones á Humiers, gobernador de Amiens, para que reforzase la guarnicion y estuviese advertido para no ser acometido de improviso, y con el exército se le vino acercando. El rey Enrique, detenido en la Fera muchos dias, se juntó con Guisa en el principio de Setiembre, cerca de Amiens, acompañado de su hijo el delfin ó príncipe de Francia, y rey de Escocia y de gran número de señores deseosos de servir á la guerra, para la cual fácilmente se juntan, especialmente los hijos segundos de los títulos y barones, que por la mayor parte viven della, y más en ésta tenida por causa general del honor y salud de su patria. Asistian al Rey los Duques de Bandoma, Nevers, Nemours, Monpensier, Houmala, Bullon, Memoransi y Saxonia y Luceltbourg, alemanes; un hijo de Lanztgrave, los príncipes de Ferrara y de Salerno, gran número de títulos y barones. Al Rey Católico los Duques de Saboya, Parma, Alba, Arcos, Feria, Sesa, Francavila, Villahermosa, el príncipe de Eboli, el Gran Prior; los Marqueses de Aguilar, de Berlanga, de las Navas, del Valle, de Córtes, Camarasa, Cerralbo; los Condes de Chinchon, Olivares y su hijo, el de Luna y su hijo, Buendia, Aguilar, Ribadavia, Fuensalida, el Vizconde de Ebuli; D. Rodrigo de Mendoza, hijo del Duque del Infantado; D. Rodrigo Manuel y el de Moscoso, cuatro hijos del Conde de Alba de Aliste, dos del Marqués de Astorga, un hermano y dos sobrinos del maestre de Montesa, D. Luis Enriquez, el de Córdova, el de Haro, D. Hernando de Sandoval, el de Toledo, el de Carrillo, el de Acuña y dos hijos, el de Mendoza, D. Juan Pimentel, el de Castilla, el de Pacheco, el de Puertocarrero, el de Briceño, el de Villarroel, el de Silva, el de Tabora, el de Zúñiga, D. Diego Osorio, el de Pimentel, el Ramirez de Haro, el de Acebedo, el de Mendoza, el de Granada, el de Silva, D. Alonso de Ulloa, el de Tabera, el Aguilar, Garci Laso de la Vega y el de Puertocarrero, D. Martin Cortés, el de Acuña, el de Padilla; Don Antonio de Mendoza y el de Sarmiento, D. Pedro de Velasco y el de Cardona, D. Baltasar de la Cerda, D. Suero y D. Bernardo de Quiñones, Don Gomez Manrique y el de Guzman, D. Pantaleon, D. Lope Hurtado de Mendoza, D. Gabriel Zapata, D. Fadrique de Cardona, D. Ruy Lopez Dávalos y su hijo, D. Sancho de Tobar, D. Gaspar Sarmiento, D. Perafan y D. Andres de Ribera, D. Gonzalo Chacon, D. Francisco de Fonseca, D. Alvaro de Bazan y otros muchos hijos de grandes, ricos hombres de España y particulares. De Italia habia el Príncipe de Sulmona, los Duques de Semenara y Atri, el Conde de Policastro y el de Bañi. De Alemania los Duques de Branzuich, los Condes de Manztfelt, Renebourg, Xuazenbourg. De Flandres el Príncipe de Orange, el Duque de Ariscot, los condes de Egmont, Horne, Arenberg, Landi, Mega, Lyeni, Hoostrate, los Marqueses de Berges, Renti, los señores de Montiny, Barlaimont, Glajon, el Obispo de Arras y el Cardenal Polo, inglés. Iba con poderoso exér-

cito el Duque de Saboya sobre Dorlan, y el de Guisa con el suyo mudó alojamiento en la ribera del Abhiti, y se fortificó con altas trincheas temiendo la pujanza del enemigo, por quien se esperaba una batalla sangrienta con peligro de los Reyes, por ser varios los eventos dellas. El Católico junto á Dorlan la presentó para acabar de una vez la guerra y evitar tantos daños y gastos. El Cristianísimo, en su defensa, reforzaba las escaramuzas de la caballería, y D. Filipe las apretaba para necesitarle á pelear de poder á poder. Por esto quiso sitiar á Dorlan, y le reconocieron los Duques de Parma, de Alba y Francavila con buen número de infantería y caballería. Descubrieron los enemigos superiores, y confirieron sobre lo que se debia hacer, y resolvieron el poner la gente en figura que pareciese más, y se escaramuzase con gran firmeza, y con el señor de Montiñy lo avisaron al Rey para que los socorriese. Marchó y Montiñi llegó á los Duques cuando los franceses daban muestras de retirarse. El de Parma dixo era buena ocasion de pelear en campo abierto con el enemigo fuera de sus trincheas, atacando más la escaramuza para que no los reconociese, y recibiendo la carga los llevasen á dar en los escuadrones de su Rey. El de Alba respondió: haciendo la misma cuenta Guisa llamaria su exército para socorrer á los que se retiraban, acercándose á un bosque donde sin mucho riesgo y dificultad no podian ser acometidos, ni sacados á lo raso de la campaña para pelear; se contentasen con haber reconocido á Dorlan sin ser impedidos.

CAPÍTULO XXV.

Trátase de hacer la paz entre los Reyes Católico y Cristianísimo, y en España se hace castigo de los herejes.

En esta sazon murió el emperador Cárlos V, á ventiuno de Setiembre (como escribimos), y viendo D. Filipe era forzoso ir á España, y dexar á Italia y Flandres en sosiego, consumidas ya con tantos años de guerra, se inclinó á la paz, que persuadia el Pontífice para que diesen descanso á la Iglesia católica. Mandó hacer rogativas generalmente, afligido de tanto derramamiento de sangre por su causa y la captividad de Sorriento y Castelamar y otros de su patria (cuya piedad siempre llama), saqueados, quemados, profanados los templos, y de todo le acusaba la conciencia. Pues cuando justamente tomára las armas contra D. Filipe, por lo que de allí se podia seguir, evitar debia las calamidades, muertes, ruinas de pueblos que se mantenian con inocencia, haciéndolos partícipes de los daños, no lo siendo de sus ambiciones. Cristierna, hija del Rey de Denamarchk, du-

quesa de Lorena, prima de D. Filipe, le aconsejaba y pedia la paz; el Marichal de San Andres, prisionero del Príncipe de Orange, fué debaxo de su palabra por su rescate á Francia, y dixo á su Rey (á quien era acepto) convenia concertarse, porque entraban en Flandres los doce mil caballos alemanes del sueldo del rey Filipe, y llegaba cada hora gente de Italia experta, y era de temer exército tan crecido. En Flandres dixo traia condiciones para el trato de la paz que no desagradarian. Juntos los dos en Liera con el Obispo de Arras y los príncipes de Ebuli y de Orange comenzaron el tratado desde que el rey de Francia Francisco I quitó el Estado al Duque de Saboya. Por ser en tierras del Rey Católico y por sus prisioneros parecia pedir el Rey de Francia inferior en fuerzas y fortuna, y acordaron interviniese el Cardenal de Lorena y un Secretario de su Rey, y que la junta fuese en la Abadía de Cercamps libre en los confines del Artoués y Picardía, en el condado de San Pol. Hubo licencia para verse con su Rey, y fué y vino brevemente el Marichal de San Andres. Adolecia el exército, y tomó el Rey Católico alojamiento en Uxisateo, porque no hay animal más delicado que un cuerpo de gente de guerra ó exército, aunque cada persona de por sí sea recio y sufridor de trabajos, mudanza de aguas, mantenimientos, vino, el frio, las lluvias, falta de limpieza, de sueño, de camas, lo adolece y deshace con enfermedades siempre contagiosas. Eran ya quince de Otubre, y porque el viento y las pluvias maltrataban, suspendieron las armas por veinte dias para el tratar en tanto de los conciertos, y prorogóse adelante. El Rey Católico fué á San Omer, y el artillería envió á Arras. Estaba cuidadoso con la enfermedad de la reina María su mujer, y con deseo de verla como se lo pedia. El rey Enrique desde San Pol mandó ir á sus casas la gente de armas, alojar los alemanes, despedir los zuiceros por más costosos y de ménos provecho con deseo de la paz, cansado y gastado como su competidor. Y así fué ventura el tratar della los pacificantes, porque no era menester industria ni mucha inteligencia para concluirla, y ganar reputacion y alabanza y de los pacificados gracias y dones. Para inclinar más al Rey Católico á la paz era suficiente el cuidado que le daba la mala semilla de herejía sembrada en España en Valladolid, Toro y Palencia por el Doctor Agustin de Cazalla, y por el Doctor Constantino en Sevilla, oculta por muchos dias en gran daño de nobles y plebeyos, monjas simples, mujercillas engañadas con términos blandos. Escribió á la Princesa su hermana:

«Mirase por la honra de Dios en tanto que iba á hacerlo brevemente, y »ordenó á D. Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, inquisidor gene»ral, castigase los delincuentes en todas partes rigurosamente.»

Celebróse auto en la plaza de Sevilla á veinticuatro de Setiembre, presidiendo D. Juan Gonzalez de Munibrega, obispo de Tarazona, y el Licenciado Andres Gasco, en que hubo muchos condenados y penitentes

naturales y extranjeros. Otro se habia celebrado á ventiuno de Marzo en Valladolid en presencia de la Princesa Gobernadora y del príncipe D. Cárlos, que fueron acompañados desde su palacio del Arzobispo de Santiago, del Condestable y Almirante de Castilla, de los Marqueses de Astorga, Denia, Sarria, mayordomo mayor de la Princesa, y de los Condes de Miranda, Osorno, Nieva, Modica, Saldaña, Ribadeo, Andrade, y D. García de Toledo, maestro de crianza del Príncipe, el Conde de Oropesa con el estoque y los maceros y reyes de armas. Llegó al cadalso el Arzobispo de Sevilla con todos los ministros del Santo Oficio y los penitentes. La Princesa en su trono tuvo en alto el estoque y acabado el sermon juró y el Príncipe en una cruz favorecerian el Santo Oficio de la Inquisicion, harian guardar los decretos apostólicos cerca de la religion, perseguirian los herejes, y el Arzobispo en voz alta dixo en agradecimiento y satisfacion: «Prospere Dios vuestras Altezas y sus Estados.» Los pertinaces quemaron, los otros reconciliaron.

Estaban en San Omer docientos prisioneros franceses de la rota de Mos de Termes con pública comunicacion, inteligencia y trato con el Vidame de Xatres, gobernador de Cales, para ocupar la tierra. Envióles armas, órdenes; salió para executar en campaña con doce banderas y buen número de caballos con voz de avituallar á Ardres. Avisó de su salida un soldado español desterrado de la compañía del capitan Xaraba, y doblaron la guardia. Los presos, viendo á Vidame arrimado á la muralla, rompieron los cuerpos de guardia, y emprendiendo tomar el rastrillo fueron rotos y muertos, y ahorcaron algunos; el Vidame se retiró con mucho daño de la artillería. Es San Omer en el Artuoés la mayor y más fuerte frontera de Francia y de Inglaterra hasta la pérdida de Cales, y solian llegar por el rio Aix ántes que su gran puerto cegase navíos grandes á su muralla. Fue en su principio pequeño castillo de Sithin, que áun muestra su antigüedad; y en el año seiscientos y sesenta y ocho el Obispo de Terowana San Audemaro ó Temaro, que floreció en santidad en el monasterio de Luxorio, y San Bertin, su deudo, con muchos religiosos le dieron la obediencia, y Adraldo rico y cristianísimo el castillo para iglesia, y con nombre de San Omer, en memoria de San Audemaro, que murió en el año de seiscientos y noventa y cinco, creció la poblacion, y San Bertin fue abad en el año seiscientos y noventa y ocho. Balduino Calvo, conde de Flandres, fortaleció á San Omer, y usurpó la abadía, porque tenía San Bertin el condado de Artuoés que le dió Valverto, y su hijo menor de Balduino Calvo, llamado Adolfo, fue abad y conde de Boloña y Terowana. Tiene juridicion y castellanía; las llaves guardan los flamencos, porque hay muchos mercaderes franceses. Sus cabezas se alteraron por la muerte de todos los prisioneros, llamándola crueldad y los naturales traicion y digno de tal pena su levantamiento, pues con buena fe andaban

por la tierra, y en tiempo que se trataba del concierto de la paz entre las dos coronas, y debaxo de juramento de fidelidad, cuya guarda es en el derecho natural fundada y de las gentes, que en él se funda y en la disciplina militar, vínculo principal y obligacion el guardar lo tratado con el enemigo inviolablemente, como habian hecho su Condestable y el Mariscal de San Andres prisioneros, y no podian dexar de cumplir por utilidad pública, ni por mandado ni autoridad de su Rey. Por ley natural es preferida la pública fe y promesa, y por derecho comun y público de las gentes, de la cual ni por leyes de su patria, ni poder, ni mandado de su Príncipe puede ser absuelto, que la fuerza no desata la obligacion del enemigo. Sería digno de gravísima reprehension el caballero y príncipe que preso en batalla prometió talla con juramento, ó devolver á la prision del que le pudo matar y le dió libertad, y no lo hizo, porque la fuerza del captiverio se juzga como legítima, y el miedo justo por justicia civil, natural y comun, y por ley divina los vencidos por armas deben estar en servidumbre, aunque sean cristianos, hasta que por justo precio sean redimidos, que no como siervos, y así andaban en el comun trato de la ciudad. Si para deshacer su obligacion dixesen que no tuvieron intencion de guardar la palabra, en la falsa voz se envuelve el juramento.

No perturbó esto la prosecucion del trato de la paz, y juntáronse en la abadía de Cercamps los diputados conforme á su acuerdo, por el Rey Católico el Duque de Alba, los príncipes de Orange y de Ebuli, el Arzobispo de Malinas y Viglio Zuiqueno, presidente del Consejo privado de Flandres; por el Rey Cristianísimo el gran Condestable, Jaques Albon, marqués, presidente del Parlamento de París; Juan Bobillers, obispo de Orliens, del Consejo privado; Claudio Lambespire, señor de Abduerme del mismo Consejo, y presidíalos la Duquesa de Lorena como neutral. En cuarenta dias capitularon, como se dirá. Propusieron los franceses el casamiento de Madama Isabel, hija mayor del rey Enrique, con D. Cárlos, príncipe de España, y el de Margarita, su tia, hija del rey Francisco I, con el Duque de Saboya, y sobre todo se disputó. El Rey Católico con gran cuidado trataba las cosas de Inglaterra cerca de la paz por ser su Rey y la satisfacion de la Reina. Envió al Duque de Feria á visitalla y tratar de los negocios presentes, y de casar á Madama Isabel con el Duque de Saboya. Afligida de su enfermedad, pérdida de Cales, ausencia del Rey á quien amaba y verle metido en tantas y costosas guerras, falleció á deeinueve de Noviembre, á los cuarenta y tres años y nueve meses de su exemplar y religiosa vida, y á los cinco años, cuatro meses y once dias de su reinado, y fue sepultada con sus padres en Lóndres. Era la Reina pequeña de cuerpo, flaca, con vista corta en vivos ojos, que ponian acatamiento en los que atentamente los miraban, grave, mesurada, cuando moza hermosa, la voz gruesa más que de mujer, el inge-

nio despierto, el ánimo resoluto y esforzado, el consejo acertado y cuerdo con grandes y ecelentes virtudes, como hija imitadora de su madre. Tuvo siendo doncella extremada pureza y honestidad virginal en palacio, como si fuera criada desde su nacimiento en algun encerrado monasterio, dexando á su padre admirado. Reverenció el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y le recebia muchas veces con tanto valor que venció las amenazas del Rey y no quiso jurar el casamiento de Ana Bolena, ni consentir en tiempo de Eduardo su hermano que se le quitase la misa, como queria el tirano Durleyo y sus ministros, poniéndose á la muerte por ello. Fue clemente, humana, fácil en perdonar, severa en castigar los poderosos y tiranos sectarios, constante en los trabajos, que padeció innumerables por conservar la religion católica, feliz en esto y en triunfar de sus enemigos, infelicísima en ser hija de tal padre; no tener hijos que la sucediesen, dexar el reino á la que no tenía por hermana, enemiga mortal suya, y cruel de la Iglesia romana, deseando excluirla por esto, mas no pudo sin la autoridad del Parlamento, en que tenía la mayor parte. En el dia siguiente murió el Cardenal Polo á los cincuenta y ocho años de su edad, creado por el pontífice Paulo III, y perdieron los católicos en una suerte las tres columnas en que se sustentaba la religion católica en aquel reino, por breve tiempo dichoso para su castigo, como muestra su total perdicion.

CAPÍTULO XXVI.

El Rey Católico celebra las exequias del Emperador en Bruseles.

Hallábase D. Filipe cargado de lutos con la muerte de su padre, mujer y tias. Envió á Bruseles al Conde de Olivares su mayordomo para celebrar sus memorias con la pompa funeral competente á grandeza tanta, y retiróse á la abadía de San Grumandola hasta miércoles veintiocho de Noviembre en que se comenzaron las exequias del Emperador. Por medio de dos palizadas fué desde su palacio á Santa Gúdula, iglesia principal de Bruseles, asistida de menestrales y burgueses con dos mil y quinientas hachas lucientes. El tumulo y capilla ardiente era grandísimo, y su construccion de buena arquitectura y repartimiento en figura jónica, que significa fortaleza, como ha de ser para los varones, y para las hembras en la corintia que muestra hermosura, y remataba en la clave la cúpula con tres coronas. En la procesion iba primero la clerecía y frailes, la capilla Real, los abades, prelados y obispos de todos los estados de Pontifical, los abogados, diputados, el Presidente de la Cámara de Contes y Preboste, docientos po-

bres con lobas y capirotes con hachas de cera blanca con las armas del Emperador, todos los oficiales de manos y artistas de la casa, y los ayudas con los que fueron del Emperador, los porteros de los Consejos, los alguaciles de Córte con bastones negros, los aposentadores, los cheffs de los oficios, los contínos, los médicos, cirujanos, barberos de cámara, los ayudas de la guardaropa, guarda-joyas, los pajes con su ayo, capellan y ayuda, los costilleres, barleservan, los gentiles hombres y pensionarios del Emperador. Iban cuatro atabales cubiertos de tafetan negro con las águilas de oro, los trompetas con sus banderas negras desplegadas sobre el hombro izquierdo, un Rey de armas del condado de Henaut, otro del Artuoés, y enmedio llevaba una corneta negra con el *Plus ultra* D. Pedro de la Cerda gentilhombre de la casa, y mosiur de Castro el guion de colores de tafetan negro con las armas del Emperador. Llevaba la tarja junto al guion á la mano derecha Próspero de la Lin, y el yelmo D. Juan de Castilla. Seguíase una nave con estandartes y banderas con las armas, y en la popa la Caridad, al mástil la Fe, en la proa la Esperanza, los Triunfos en los costados, un mar con dos columnas y dos monstruos marinos, un caballo emparamentado de amarillo, morado y pardo, colores del César, en que iba la pintura de Santiago á caballo. Seguíanle los gentileshombres de la Cámara del Rey y del Emperador, los títulos, un Rey de armas con cota del Imperio enmedio de dos de Bravante y Flandres, y dos gentileshombres llevaban un caballo encubertado de negro y la corneta de Flandres; otro de Gueldres con sus armas y bandera; otros de Brabante, Borgoña, casa de Austria y reyes de armas del Imperio; otros de Sicilia, Mallorca, Toledo, Granada, Jerusalen, Galicia, Nápoles, Aragon, Castilla, dos reyes de armas del Emperador y su pendon; otro caballo cubierto de brocado, la gran bandera cuadrada, cuatro escudos con las armas de los abuelos llevaban los Condes de Olivares, Ribadabia, Coruña, Marqués de Cerralbo, el yelmo el Duque de Sidmoneta, á su diestra el Duque de Ariscot el escudo doble, su corona y la espada el Príncipe de Asculi, y el de Sulmona el vestion con la cota de armas. Seguíanse los maceros y tres reyes de armas imperiales, y el caballo del duelo encubertado de terciopelo negro, una cruz roja llevaba D. Manrique de Lara, y el Conde de Tufambueho en un coxin de tela de oro el Toison, el Marqués de Aguilar el cetro, la espada el Duque de Villahermosa, el mundo el Príncipe de Orange, y la corona imperial D. Antonio de Toledo, gran Prior y caballerizo mayor. Iba con los Grandes el Duque de Alba con su baston de Mayordomo mayor al hombro, y el Toison y muceta de brocado con las armas del Emperador, y puesto el gran collar que solia traer. El cetro se puso sobre la tumba, á la derecha el mundo, la corona á la cabecera, la espada en el altar. El siguiente dia con el mismo órden y precedencia sin la nave y caballos fué el Rey á la misa: díxola el Obispo de Lieje, y le ofrecieron los caballos, banderas, insinias, y el del

duelo sobre el cual lloró Mos de Bosu, caballerizo mayor. La oracion funesta fue elegante y grave en lengua francesa de Infraneo obispo. Porque ninguna reverencia faltase á su padre, el Rey hizo las honras con esta grandeza, y agradecido al amor de su mujer en su honor y de sus tias tres dias despues acomodado el túmulo como para funeral de reinas á lo corintio, celebró las exequias en diferentes dias y con funesta diferente.

CAPÍTULO XXVII.

Sucesos en Inglaterra despues de la muerte de la reina María.

Don Filipe envió al Duque de Feria á visitar la nueva Reina de Inglaterra y dar al Parlamento razon del estado de las cosas. Isabel respondió al Rey con agradecimiento, intencion de casar con él, y peticion de las joyas de su hermana y cesó el tratar el casamiento con el Duque de Saboya. Fue obedecida y coronada con ceremonias romanas, porque el Pontífice Paulo IV la declaró inhábil para reinar, á instancia de franceses sus enemigos, y aplicó el reino á María Estuart reina de Escocia, que por esto se titulaba de Inglaterra, por la infamia del nacimiento de Isabel, sentencia que dió el Pontífice Clemente VII. Isabel tenía virtudes naturales, y á lo exterior gran pecho sobre su sexo, en lo interior temor y soberbia. Porque los católicos eran muchos se coronó en una misa con todas las ceremonias romanas por el Obispo Casciense buen católico. Mas porque los franceses procuraban que Paulo IV confirmase la sentencia por reprobar su autoridad mudó de religion por no mudar de estado, aconsejada de Roberto baron de Cecil, calvinista, y para quitar á franceses la causa y fuerza de su pretension, con esperanza de que establecida habria medios para volver á la gracia del Pontífice. El Baron de Cecil y Francisco Balsingan y Nicolas Bacon pidieron al Conde de Arondel los ayudase en la junta de los Estados generales, y dispondrian su casamiento con la Reina, y el del Duque de Norfolt con una deuda suya. Por ruegos y fuerza destos habiendo procurado que muchos de los procuradores de las Córtes fuesen herejes y haber carcerado todos los obispos católicos por algunos achaques, prevaleció por dos votos solamente la parte de los sectarios para que por ley quedase Isabel suprema cabeza y gobernadora de la Iglesia anglicana, juez con todo el derecho y poder pontifical, con pena de lesa Majestad al que no obedeciese, acomodando el tiempo y conciencias á su provecho. Prendió y privó de sus dignidades los obispos que contradixeron. No persiguió los católicos públicamente hasta el año otavo de su reinado, y prision de la Reina de

Escocia en quien tenia sus esperanzas, y por quien temia revolucion. Publicó ley fundada en la que estableció Enrique VIII enojado con el Rey Jacobo casado con su hermana mayor para que no sucediese la línea de Escocia en Inglaterra. En tanto Isabel procuró establecerse ganando gran número con favores, y otros con persecuciones, siendo muchos católicos muertos, pervertidos, desterrados y carcerados por falsas imputaciones, diminuido el poder destos y el temor della, y los herejes ufanos, libres y más poderosos hicieron nuevas leyes de persecucion contra los católicos, y temiendo á los Seminarios y que ayudarian á la Reina de Escocia y el Rey de España, la degolló, y esforzó la division de los Países Baxos y de Escocia y la guerra. Por asegurarse de los franceses en el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve y los escoceses de los tratos de Isabel se pusieron en su proteccion, obligándose ella á no tener presidios, y á dar rehenes y mudallos de seis en seis meses. Hizo de su Consejo de Estado al Baron de Cecil, á quien Guillermo, secretario primero de la Reina María, introducia en su oficio, y no quiso el Rey Filipe por ser hereje reconciliado, impenitente, desterrado. Sirvió á Isabel hasta que heredó, hombre baxo, hijo de un tabernero del lugar de Estanfordi; fue tesorero general, y tuvo en su mano el gobierno con Francisco Balsingan, secretario del rey Enrique VIII, calvinista, enemigo de los católicos y del rey D. Filipe, porque no sirvió su oficio reinando él y María, y Christóbal Haton, de mediana nobleza, con título de Canciller, y Nicolas Bacon que en siendo jurada Isabel alcanzó el oficio de Presidente del Consejo, hijo de un pastor del abad de Burien, sabio en derechos, materias de Estado, y ateismo. Prohibióse con pena el oir misa y administrar sacramentos á la romana, y para tener en alguna esperanza á los católicos quedó el canto y la cruz. No se predicaba el Evangelio sino la herejía, y así gran copia de dogmatizantes inficionaron el reino. Poco despues los señores causa desto arrepentidos tarde y sin remedio le procuraron sin efeto, y murieron de feas muertes. Y el Conde de Arondel, burlado en el casamiento con la Reina, gastado su patrimonio llegó á gran miseria engañado de herejes, el que antepuso la honra y servicio de Dios y el bien de tantas almas que apostataron á su comodidad y grandeza. Resolvió el Consejo echar los franceses de los presidios de Escocia, pues unidos molestarian á Inglaterra, porque pretendian la sucesion, con que asegurarian aquella parte, y con introducir en ella la nueva dotrina, ó á lo ménos libertad de conciencia, para discordar y dividir aquel reino, y era fácil por la herejía que á instancia del rey Enrique VIII predicó allí fray Guillelmo luterano. Escribieron á los escoceses que para subyugarlos reforzaban los franceses los presidios, y prometian á los nobles las rentas eclesiásticas y quitar al rey Enrique el forzar por Escocia á excluir de Inglaterra á Isabel y á recebir á María Estuart, sucesora verdadera y legítima.

CAPÍTULO XXVIII.

Conclusion de la paz entre los dos Reyes y sus condiciones.

(Año 1559, y el cuarto del reinado de Don Filipe.)

Para volver las armas contra Inglaterra el rey Enrique II deseaba la paz y limpiar á Francia de las herejías que brotaban, áun en París, favorecidas de algunos señores, semilla de peligrosa guerra civil, por estar en pueblo mal contento y que aborrecia al Rey por los tributos impuestos para guerras, en su principio no necesarias. El rey Filipe deseaba acabar de castigar los martinistas del error de Egidio y Constantino en Sevilla, doctos y elocuentes, y del doctor Agustin de Cazalla en Valladolid, gran letrado, capellan del Rey y predicador, que en Alemania se estragaron cuando en ella estuvieron. De la misma pestilencia enfermó Flandres, y aunque se curaba, crecia el mal con la comunicacion de los alemanes que allí trataban y militaron. Aumentaba el recelo haber dado el Duque de Cleves y Juliers libertad de conciencia casi dentro de Flandres. Para la conclusion de la paz se juntaron con madama Cristierna, duquesa de Lorena, en Chasteu de Cambresi en siete de Enero de mil y quinientos y cincuenta y nueve el Duque de Alba y sus compañeros, el Condestable de Franoia y los suyos; y por Inglaterra el Obispo de Thomat milord y capellan mayor, el obispo Doct y el dean de Canturia; y por el Duque de Saboya el Conde Estropiano. El Rey Católico pedia la restitucion de Cales por satisfacer á los ingleses y conservar la liga hereditaria con los Duques de Borgoña, antiguamente establecida. El rey Enrique contradecia y el restituir algunos lugares al Duque de Saboya sobre que pretendia derecho por su abuela madama Luisa, y tia del Duque, y queria ponerlo en justicia para su mayor firmeza y asegurar algunas plazas en Piemonte por no perder la esperanza de pasar en Italia. Los diputados de Inglaterra escribieron á su Reina estaban convenidos cuanto á sí, pero el Rey Católico queria por su reputacion volviese á ellos Cales, y sólo en esto se reparaba. Isabel, temiendo cayese la guerra sobre ella, no teniendo aún bien asentada la sucesion por la pretension de los franceses para convenir en la paz con todos, se dexó persuadir ó engañar con la promesa que se le hizo en Ambers y obligacion de ricos mercaderes de quinientos mil ducados y algunos rehenes, de que dentro de ocho años se le restituiria á Cales, y con que en las fronteras de Inglaterra y Escocia se desmantelasen las fortalezas que los franceses

presidiaban. En esto vino fácilmente, porque previniendo al Rey Católico con secreto praticó con franceses, y para tener su amistad les dexó á Cales. El Emperador pretendia dellos la entrega de Tul, Metz y Verun, pertenecientes al Imperio. Respondió el rey Enrique admitió los alemanes en proteccion para librarlos de la sujecion del emperador Cárlos V, y en lugar de recebir pension dellos, los acomodó con quinientos mil francos y levantó exército de sesenta mil soldados para acudirles. Y aunque en el artículo veinticuatro de la liga del año mil y quinientos y cincuenta y uno se declaró que los Príncipes adherentes consentirian que el Rey se apoderase de las ciudades imperiales donde se hablaba frances, apénas quedó el Imperio en seguridad, cuando los principales confederados tomaron las armas contra él. Tum, Verdun y Metz estaban en la proteccion de Francia, no en sujecion, y Verdun habia ciento y sesenta años con trecientas libras de pension. El decreto imperial no llegó á efeto, porque advirtieron al Rey los alemanes por un pensionario y por cartas despues, que los Estados del Imperio tendrian por bien retuviese las tres ciudades en fe y homenaje para dar á entender las tenía con alguna ocasion; y así los de Metz, muerto Enrique, pidieron patente de proteccion, no para su mejor defensa, sino mostrando no estaban sujetos. Don Filipe entendió el secreto y dexó correr el negocio de los alemanes por su cuenta, y atendió con todo cuidado en la mejora del Duque de Saboya. El sacar los presidios de Córcega y Toscana concedieron, mas se dificultaba la entrega de los Estados del Duque de Saboya sin la retencion de los lugares de Piemonte. Escribieron los diputados á sus príncipes en lo que convenian, y el rey Filipe dixo al Duque de Saboya lo que en su negocio se trató, y que si no le contentaba, continuaria la guerra en persona por toda su vida. El Duque, agradecido al buen ánimo del Rey, acetó, y los diputados capitularon en favor general de las dos coronas y de Europa, así:

«Los conciertos pasados entre los dos reinos queden enteros y las con»federaciones entre el emperador Cárlos V y el rey Enrique en el año »mil y quinientos y cincuenta y uno, y lo que con el rey Filipe se capituló »en la tregua, salvo lo que en este tiempo se concierta. Los dos Reyes con »buen celo atenderán al bien universal de la república cristiana y á celebrar »el Concilio general; se reconcilian y sus legítimos sucesores, y se ofrecen »ayudas y beneficios, y cesarán las inteligencias y pláticas en su daño. Los »súbditos tengan libre comercio, pero no en las Indias, y no se harán pre»sas. Se confirman los privilegios que tuvieren en Francia los súbditos de »Flandres y Artuoes, y los que los franceses tienen en ellos. Se restituyan »los bienes que tuvieren unos de otros á sus dueños primeros en el primero »sér, y sean recebidos en gracia de los reyes, pero no los foragidos napoli»tanos, sicilianos y milaneses, porque no son en esta capitulacion com»prendidos. Se confirmarán las mercedes, gracias de beneficios y oficios

»eclesiásticos y seglares hechas á cualesquiera durante esta guerra, y valgan »sus colaciones concedidas, tanto patronales como en lo eclesiástico perte»necientes. Se restituya Crevacoré al delfin de Francia con las razones de »la retencion de Guieninga. Á la infanta de Portugal, hija de la reina de »Francia, Leonor, mujer del rey Francisco I, se concede el gozar la dote »de su madre en principal ó renta en cada un año. Restituya el Rey Ca»tólico á San Quintin, Jatelet, Han al Cristianísimo; y él á Marianburg, »Thionvile, Ibodio, Danvillers, Monmedi, y de la misma manera todos »los lugares que se han tomado, reservando para sí las municiones, artille»ría y facultad de arruinar las fortalezas, ó dexarlas como mejor les pare»ciere á los reyes. El Católico dé con la ruina en que está á Terowana, y »en recompensa de su daño el Cristianísimo arruine las murallas del Ibo»dio, y no se reedifiquen ni á mil pasos de su distancia fabriquen otra for»taleza. Restitúyase al obispo Lodiense á Bobillon y otros lugares suyos en »la forma que hoy están. Hedin con su territorio quede al rey de España »como de su patrimonio de Borgoña. El abad de San Juan Altomonte goce »los bienes de su abadía que tiene en Flandres, y la controversia que hay »sobre ello acomoden los diputados. Cesa la razon de la presa de los bie»nes de los abades de San Udasto de Arase, de San Berthyn, Othomarien»se, Ronaige, Palmense que tienen en Francia. Acomódese la diferencia »sobre los términos y confines del Artuoes por comisario, y en tanto los »vasallos no innoven. Restituya el Rey Católico el condado de San Pol á »madama de Tutavile, sin perjuicio del feudo y de la razon que los dos »reyes tienen sobre él. Reciba el Católico el condado de Carlois para sí y »sus descendientes. Conozcan diputados de las diferencias que algunas tier»ras tienen sobre si caen en el ducado ó condado de Borgoña, para que se »pueda proveer cerca de la esencion que pretenden los vasallos. Antes de »restituir al Duque de Mántua el Monferrato, puedan los reyes arruinar »las fortalezas, sacar la artillería y municiones que tuvieren, y sean rece»bidos en gracia de todos tres los parciales. Restitúyase al ducado de Mi»lan Valencia del Po, Córcega á los genoveses, reservando la artillería, »municiones y vituallas del Rey Cristianísimo, y use de sus puertos. Resti»tuya las tierras y castillos de Toscana, y perdone á los seneses que se re»cogieron en Montalchino en tanto que se sometieren al magistrado de »Sena. El Duque de Saboya entre en sus tierras y juridicion que tiene en »Piemonte, no en Turin, Pignarolo, Chierasco, Chieri, Chivas, Villano»va de Asti, Verceli, Santian, que las retendrá el Rey por tres años en tanto »que se determinan las pretensiones que tiene sobre ellas. El Duque sea »neutral. El Rey Católico tenga por frontera á Verceli y Asti con presidios. »Son comprendidos en esta paz el Sumo Pontífice, Santa Sede Apostólica, »el Imperio, todos los reyes, príncipes, duques, potentados, señores ecle»siásticos y seglares de Europa, de monarquía y república aristocrática y

»holocrática. No intentarán jamas cosa contra la Cristiandad, sacro Impe»rio, nacion alemana, y atenderán á la concordia general.»

Dixeron los Diputados del Rey Católico á los franceses si querian ser en todo los primeros en restituir, ó ellos, y en tomar ó dar los rehenes; y quisieron restituir primero. Fueron los rehenes el Duque de Alba, el de Arcos, el príncipe de Orange, el conde de Egmont; y de los franceses el cardenal de Lorena, el Duque de Guisa, y su hijo y hermano. Nunca enemistad de Príncipe fue tan dañosa á su enemigo como el favor del Pontífice á los franceses, pues lo reduxo á entregar en un dia lo que en treinta años conquistaron, ganándolo en aquella capitulacion los españoles, pues sacaron de su mano la Saboya y Piemonte, negocio tan desesperado para el Duque, y disminuyeron el Estado de Francia, extendido hasta casi las puertas de Milan, poniendo al Duque como una muralla entre Italia y Francia; y es de creer emplearon toda la discrecion y lealtad los que por ella capitularon. Nunca enemistad tan sin razon ni más dañosa fue á Príncipe vitorioso como á D. Filipe la de Paulo IV, porque si alcanzó la paz deseada y aventajada y dió á conocer su poder, valor y prudencia (importante al recien heredado) puso sus Estados en tal empeño sobre el que tenian de su padre que proseguido con las ocasiones forzosas sobrevinientes hizo difícil su desquite y rescate impidiendo grandes progresos á tal Rey contra los turcos y sectarios nuevos, y poner la Iglesia en altísimo y triunfante estado, y á sus vasallos en quietud y comodidad para no desustanciarse más por aquel efeto. En mayor firmeza de estas paces se asentó el casamiento de Madama Isabel de Valoes, hija mayor del Rey Cristianísimo y de Madama Catalina de Médicis, su mujer, que nació en Fontenoble, á once de Abril del año de mil y quinientos y cuarenta y seis, con el Rey Católico, que se trató primero con su hijo D. Cárlos, príncipe de España, nacido en el año ántes, y no se efetuó, porque pareció á su padre no estaba de sazon, y que á su tiempo casaria con la infanta doña Ana, hija de Maximiliano, rey de Romanos, y de su tia María, por la conservacion de la sangre de Austria en su línea recta y amistad con los alemanes importante para Italia y Flandres. En este casamiento siguió la advertencia cincuenta y ocho de su padre, en que le dixo:

«Si el casamiento con la hija de Francia se pudiese concertar buena»mente, y con la firmeza de las cosas tratadas y restitucion de lo del Du»que de Saboya y bastante seguridad, me ha parecido y áun parece lo que »convenia sería esto, sin mirar por tan grande bien en la disparidad de la »edad.»

Era esta Madama Margarita hija del rey Francisco I, que por concierto de esta paz se dió al Duque de Saboya. Admira esta advertencia y el efeto del casamiento, porque es máxima de Estado, potencia mayor que tiene heredero varon no case con hijos de potencia mayor contigua con su Es-

tado por tierra ó por mar; porque el hijo que tuviere, ayudado de su padre ó hermano, con poco séquito que alcance en el reino de su hermano, se le podrá quitar; por lo cual aprueba el segundo matrimonio con potencia menor, que aunque herede quede inclusa en la corona, ó con potencia grande á quien sea imposible venir á España con armada de mar ó tierra, como Austria, Hungría, Polonia. Publicóse la conclusion de esta paz en Cambray, á tres de Abril de mil y quinientos y cincuenta y nueve, en Bruseles y en París á cinco, despues en Italia y por toda la cristiandad, especialmente en Roma, donde el Pontífice con solene procesion dixo el himno de las gracias. Dieron los Reyes grandes limosnas, soltaron presos, perdonaron delitos, alzaron relegaciones y destierros con otras demostraciones de contento y satisfacion de ambos, con la mayor gallardía, verdad y honor que naciones tuvieron en tal hecho jamas. La nueva de esto llegó por Hungría brevemente á Constantinopla, y Soliman no sin alteracion dixo al embaxador de Francia:

«Que aunque no temia, sino era temido, desocupó su Rey al de España »para que le impidiese sus progresos en Hungría, dando al Emperador »ayuda, y dividiese sus fuerzas, acometiendo por el Mediterráneo en tiempo »para él de cuidado por la competencia y guerra que se hacian Bayaceto y »Selin, sus hijos, sobre la sucesion de su imperio.»

No admitian el contento general los ministros de los exércitos, porque cesaron los entretenimientos y crecieron los tributos en los pueblos con que pagar la gente de guerra y gastos della. Tanta es la variedad de los intentos y comodidades, tanta su poca igualdad y firmeza en el gozar de los bienes mayores, cual es siempre juzgado el de la paz. El Rey Católico se hallaba contento, porque á los nuevamente heredados conviene la tranquilidad para prevenir el gobierno de manera que la dilacion no truxese inconvenientes peligrosos, como los pudo haber si pasára en España adelante la *herejía*, porque demas de la ofensa de Dios, todo reino dividido entre sí será asolado. Habiendo de dar fuerzas al Príncipe para las acciones Reales, es la paz esencial para ser poderoso en lo interior y exterior de su señorío. No se consideraba solamente lo que podia y debia hacer un Rey y un reino por su dignidad y poder, sino qué humores tienen, pues á los guerreros es contraria la paz. Habiendo tantas partes donde acudir con el nombre y gente de España, era menester conservar la multitud y crianza, por quien los romanos vencieron y cuidaron de su conservacion. El Príncipe que trata de partido procura el conservar su autoridad, en que consiste la gloria que le toca solamente á él y luégo la utilidad de sus pueblos, no cediendo punto de precedencia ni almena sin recompensa, si la necesidad no gobernase; porque en ella la salud de la patria se ha de tomar por cualquier medio, como dixo Lucio Lentulo, legado, á sus romanos cuando pasaron por el yugo cerrados en las furcas Caudinas. La más fuerte razon

que halló Alcibiades para romper la paz entre los atenienses y lacedemonios fue el olvidar en su capitulacion tanto la dignidad de Aténas que podian confederarse sin su consentimiento con los de Boecia y Corinto, y los atenienses no sin el de los lacedemonios.

CAPÍTULO XXIX.

Lo que en Francia pasaba, y el desposorio de Madama Isabel con el Rey Católico por poder, y muerte del Rey Enrique II.

Comenzaron á rendir los franceses las plazas fuertes que tenian ocupadas en el Piemonte y ducados de Luzeltburg y Sena: los que estaban fuera della pretendian libertad y entregarse al Duque de Ferrara, que negociaba se le diesen en prenda del dinero que dió al Rey Cristianísimo, y el Católico queria volviesen á su Estado. Asentóse que de Enrique pasasen derechamente á D. Filipe. Llegó á la boca del rio Bron el señor de San Sulpicio con las galeras, y Bentivolo sacó la gente cuando entraba D. Juan de Figueroa con la comision del Rey Católico en los lugares, quitándoles del todo la esperanza de libertad. Pidieron amparo al Pontífice, antepuso á nuevos cuidados el conservar la buena correspondencia con el Rey Católico por el beneficio de la paz, fresco en su memoria, aunque le pudiera disgustar la poca satisfacion que se dió á sus sobrinos por la recompensa de Paliano. Admirada tenía á Roma el no dexarse hablar Paulo, ni haber hecho caso del miserable de la Duquesa de Paliano, culpada por los amores de Marcelo Caracholo, familiar del Duque, que del Cardenal Carrafa ayudado los mató por mano del Conde de Alife y de D. Lorenzo de Cárdenas, y á las mujeres de su familia; y parecia se pudo hacer la satisfacion con ménos muertes. Porque no lo supiese Paulo, no le dexaban hablar áun de los embaxadores. El de Florencia, osado, rompió la guardia y dixo á Paulo: *No le tuviese en su córte si no daba jamas audiencia.* El Pontífice escandalizado la dió general. En ella D. Jeremías Dox le dixo:

«Cargó su conciencia la insolencia de sus sobrinos, que le engañaron y »ofendieron su honor y religion encubriéndole la verdad, no dexando ha»blarle persona desinteresada, ni amigo del bien comun, guardando su en»trada y vista con recato y violencia; los presos no eran oidos, el pueblo es»taba oprimido, los ministros llenos de cohechos, rapiñas, violencias, cosas »feas, injurias, deshonestidades, mala vida, maldades grandísimas; nadie »vivia en libertad ni con seguridad, no se oian sino quexas, gemidos de »miserables, sacas de dinero de concejos, mercaderes, judíos, religiosos, sin

»reserva de estado; no se pagaban deudas públicas ni particulares, y huian »de Roma los que podian y tenian, porque faltaban las leyes y la razon.»

Inquirió Paulo contra sus sobrinos, y halló tanta materia para castigallos, que por no derramar su sangre, en consistorio relegó al Cardenal en Galese, casi despoblado, en el Estado de Paliano; al Duque en Civita Lavinia, que compró de Julio de la Robere; á D. Antonio Carrafa en Montebelo, en la Romanía, y sus mujeres y hijos echó de Roma. Mandó que guardasen la relegacion so pena de rebelion; revocó las legacías y ministros puestos por los Carrafas; y pobres y despreciados por su soberbia y tiranía dexaron á Roma libre y contento el mundo de su ruina por el vivir insolente, no temer á Dios, no conocerse y conocer lo que fueron para moderarse en la prosperidad, y no tender, sobre todo, las redes de la codicia y las velas de la ambicion. Exemplo de la mudanza á los que asisten á los Príncipes para que la teman, y que verifica la razon con que el Rey Católico condenaba el haber puesto el gobierno en manos tan poco fieles para él, para el Pontífice y para Roma. En este tiempo hubo en París gran diferencia entre la casa de Borbon y la de Xatillon con la de Guisa, porque el Duque de Nemours prometió casar con madama de Roan, prima hermana de Juana de Labrit, duquesa de Vandoma, y no cumplia. El Condestable trató de renunciar el oficio de gran maestre de Francia en el hijo del señor de Memoransi, primo suyo, desposándose con madama Diana, hija natural del Rey, y se dió al Duque de Guisa, diciendo no habian de ser hereditarios los oficios, que en otra cosa se le haria merced; y desto el Condestable mucho se disgustó. El Príncipe de Condé y el Almirante se resintieron porque se dió á Mos de Brisac su gobierno de Picardía, por lo bien que sirvió en Italia y ser buen católico, y no al príncipe que le pedia, y todos hablaban y obraban maliciosamente. Entendióse reprimiera la paz los ánimos apestados de las herejías de los alemanes, mas en dexando los cuidados de la guerra oyeron á los protestantes, y los favorecieron el Almirante y Dandalot su hermano. El Rey les mandó decir mejorasen de vida, porque si no él la mejoraria muy á su costa. Dandalot blasfemó contra la Iglesia Romana con desprecio del Rey, y fue puesto en prision en el castillo de Moluni por mano de Mos de Burdason, y con el Aná de Burg consejero del Parlamento de París, y el Obispo de Nemours juez de requestas de la casa Real, y otros muchos herejes por mano del Condestable, y de sus causas conocian las cámaras del Parlamento. Los protestantes de Alemania con embaxadas pidieron la libertad de los presos, y respondió el Rey habian de morir ó vivir en la obediencia de la Iglesia Romana que tuvieron sus padres. Los de la sangre solicitaban la soltura de éstos, y pedian que su causa se difiriese hasta que en un Concilio nacional se viese excusando la muerte de tanta nobleza y pueblo; pues sabian hizo liga con su yerno para contra los alemanes sectarios que á

nadie temian, como lo habia dicho el príncipe de Orange. El Rey no dió lugar á su peticion, pareciéndole traza como la de Alemania para mal vivir, y enseñar los errores de ella. Desvergonzáronse algunos, y los puso en prision en el bosque de Vincena, y prohibió las juntas de noche para predicar las sectas. Parecieron carteles con amenaza contra este bando y sus executores, contra Dios y contra el Rey, y con gallardo espíritu hizo otro edicto contra los herejes y los que truxesen pistolas. Revocó las mercedes hechas sobre la Real hacienda, y reformó su casa Real. Un reino inclinado á la paz no puede por ella ó por falta de guerra perecer, y al encaminado á ésta en faltándole perece. Y así decia Apio Claudio que sus romanos mejor en el negocio que era la guerra, que en el ocio que era la paz, se gobernaban. El reino guerrero, porque las armas hacen insolentes, despreciadores de las leyes y de lo honesto, está sujeto á guerras civiles, y el pacífico solamente á las externas. Al efeto de su matrimonio envió don Filipe con poderes y gran acompañamiento al Duque de Alba, y fue recebido en París de los Reyes, y de sus hijos y Príncipes de la sangre, pares y grandes señores honorable y pomposamente. Visitó á la Reina de España sin cubrirse, aunque se lo advirtió, á la de Escocia, á la Duquesa de Saboya. A veinticuatro de Junio llevó el rey Enrique á su Isabel á la Iglesia de Nuestra Señora Santa María, donde con solenidad magnífica se desposó con el Duque en nombre de su Rey por mano del Cardenal de Borbon, presentes los Embaxadores, señores y ministros de la Corona. Estaba el Rey tan contento que dixo al Duque de Alba *habia de ser verdadero padre del Rey Católico y hallarse en sus bodas en España.*

El matrimonio del Duque de Saboya se celebró en el Palacio de los Toneles con saraos, mascaradas, banquetes, fiestas grandes. En el último del mes el Rey pareció en el palenque armado y gallardo con los Duques de Lorena, Ferrara, Guisa, Namur, y corrió con sus compañeros loablemente muchas lanzas, mostrando el contento que tenía de tan prósperos sucesos. Envió á decir al Duque de Saboya que gozaba la fiesta con su mujer y la Reina Madre, las de España y Escocia habia hecho buenos golpes con el buen caballo que le dió su Alteza. El Duque le respondió estaba muy alegre dello, y en nombre de las Reinas y damas le suplicaba no se cansase más, pues era vitorioso, grande el calor y fin del dia. El Duque de Ferrara, el Condestable, y muchos señores le pidieron cesase, y últimamente su mujer con instancia, porque en la noche despertó alterada, de que via muerto á su marido, y libre del sueño no lo estaba del sobresalto. Arrebatado de su fiero destino quiso partir contra el Conde de Mongomeri, escoces, hijo del señor de Lorges, mozo robusto, y rompiendo en el pecho del Rey la lanza furiosamente en lo más recio del vuelo del caballo, un trozo fue derecho á la visera del yelmo, y no estando bien firme, por no ser el perno bien prendido, la abrió, y volando las astillas le

hirieron en un ojo con tanto estremecimiento y dolor, que sin fuerzas ni sentido cayera á no ser sustenido del Delfin y de los Duques, y lleno de sangre y casi muerto le pusieron en la cura. Sacáronle cinco astillas del ojo y frente, y hecho juicio era de muerte la herida. Caso que no dexa á los Príncipes el ponerse en riesgo sin última necesidad, prodigioso principio de la perdicion de Francia. Lutos generales sucedieron á tantas libreas, porque contra la mortal herida diligencia y arte no valieron. Viéndose morir mandó á su hijo cumpliese los capítulos de la paz, y restituyese al Duque de Saboya cuanto era suyo. Dióle su bendicion y murió como buen católico, aunque con gran pasmo y atrectacion monstruosa de manos y piés al onceno dia de su curacion en el año cuarenta y dos de su edad, en el trece de su reinado con pesar de toda Europa y contento de los herejes, que luégo metieron el fuego de sus sectas en Francia. Pocos meses ántes estaba en guerras crueles con vária fortuna, presa la mayor parte de la nobleza, de exército superior seguido, ahora ya en paz con una hija Reina de España, un hijo Rey de Escocia, una hermana Duquesa de Saboya, otra de Lorena, su Córte llena de esplendor y grandeza, y en un instante de lutos y temores, puesto en la muerte un valeroso y religioso monarca, de mediana estatura, de hermoso rostro, cabello y barba negro, amable á todos, amigo de los sabios y buenos soldados, justicia, consejo, inclinado á la guerra, á las matemáticas, á la música. Mucho dolió á D. Filipe este fracaso, y se retiró á Gante y celebró la pompa funeral con gran ornamento y lutos. El cuerpo de Enrique, balsamado ya, el corazon en una caxa de plomo llevó el Príncipe de Condé á la iglesia del monasterio de los Celestinos á la capilla de los Duques de Orliens, de donde decendia; y el cuerpo, acabadas las exequias en la iglesia mayor, fue puesto en San Dionis. Encomendó ántes de su muerte al Duque de Saboya á su mujer, hijos y Estados. Conociendo cuán á peligro estaban por los sectarios quedando sus hijos pupilos, haciendo confianza de la fidelidad de D. Filipe jamas violada por caso, causa ni interes, lo puso todo en su encomienda, como habia hecho Enrique I, rey de Francia, con Balduino X conde de Flandres, en su muerte. Puso en ello la salud de sus Estados cuanto á la religion, si los sucesores la conocieran, las veces que se quisieron valer de su Majestad. Cuando sucedió este desastre ya se habia restituido á Mariamburg, que perdió el emperador Cárlos V, y edificó y dió nombre la Reina María su hermana, y á Tionvile, Villajovis, Montmedi y otras plazas. En Piemonte Mos de la Mota llevaba la artillería de Casal por el Po á Turin, y con aviso del peligro de muerte de su Rey, temiendo que los españoles no guardarian la paz si moria, desde Chivás la hacía volver. Don Lope de Acuña, avisado por los que asistian en la estacada del rio, llamó infantería y caballería de sus alojamientos. Mota le preguntó el para qué, y respondió porque volvia la artillería á Casal cuando le habia de

restituir. Mota replicó eran seis piezas de la Marquesa de Monferrat que se llevaron por yerro; y porque D. Lope dixo las volveria él, las avió á Turin. Pareciendo convenia á una viuda lastimada y á un Rey niño el vivir en paz, y la que se firma entre cristianos obliga á los sucesores á guardarla, se ordenó á Mota entregase á Casal á Alexandro Gonzaga por el Duque de Mantua, y al señor de Bordillon se envió para restituir al Duque de Saboya su ducado, el principado del Piemonte, el condado de Asti, el marquesado de Serra, las tierras de Laña y de Niza, y todo lo que el rey Francisco tomó á su padre Cárlos Emanuel. Don Juan de Guevara entregó los lugares del Senés al Duque de Florencia, con gran dolor y ánsia de los naturales, poniendo á Toscana en paz al fin de ocho años de guerras. Siendo exemplo el castigo de los Seneses y la sujecion para los que viviendo libremente por intereses particulares y amistad inútil, pierden patria y hacienda con tantas muertes, daños, derramamiento de sangre, excusado y fatal, segun el suceso trágico de aquella floreciente república. Italia quedó en quietud, saliendo los franceses della, de manera que no se han visto más dentro con bandera desplegada, ni estandarte tendido en tierras del Rey, acabadas las entradas en ella de galos, cimbros, godos, ostrogodos, hunnos, suevos, vándalos, alemanes, franceses y españoles, que por novecientos años continuaron unas á otras, afligiendo la más florida provincia de Europa, con gran honor y gloria de D. Filipe, conseguido cuanto pretendia de la guerra, conservados y defendidos sus Estados, restituidos á sus amigos los suyos y á sus confederados. Perdieron en un trato los franceses cuanto Enrique II y su padre ganaron con grandes gastos, dando á conocer á España su poderío y fortuna, acabando la guerra que comenzó en tiempo de Filipe el atrevido Rey de Francia en el año de mil y cuatrocientos por otro Filipe II, durable por ciento y sesenta años poco más ó ménos, con el fin donde se endereza la guerra, que es la paz y el derecho canónico y civil, sin dexar causa de resentimiento, y alcanzó nombre de pacificador de la Iglesia con que honra á los Príncipes gloriosos. Algunos se persuadieron gozára Filipe del beneficio del tiempo, quedando con las armas en la mano, más conservó lo tratado (aunque hubo razones para quebrar la paz) por la guarda inviolable de su fe y cumplimiento de su palabra, que le dieron gran autoridad y reputacion en todas las naciones, y decia era nota vituperable no sólo la de la fe quebrada más aún la sospecha de quebrarla. Y así fue inhumano el que puso por regla de Estado el romper la fe por útil suyo, como si el que le tiene por fin no le pueda sacar del robar y matar y de otros vicios, como del faltar á la fe. Algunas veces se recibe daño del guardarla, mas se ha de sufrir por el mucho bien que della se saca, no habiendo quien no haya menester personas fieles, siéndoles tan forzosas á los Príncipes más que á otros, que si no hubiese fidelidad no serian seguros de sus ministros en sus cámaras y

camas. Está en su favor la observancia del juramento en el gobierno de Estado, donde la variedad de las cosas y la fortuna tanto valen. Ninguna la asegura, mantiene, crece, si no es ella misma, pues jamas se halló fe en alguno que no le adquiera fe, amor, seguridad, respeto, esta hija de la justicia, de adonde vino el ser injuria el oir llamarse falto de fe.

LIBRO V.

CONTIENE LO QUE DISPUSO EL REY CATÓLICO

EN FLANDRES PARA SU VENIDA Á ESPAÑA,

SU CASAMIENTO, MUERTE Y ELECCION DE PONTÍFICES,

Y CÓMO DISPUSO SU GOBIERNO,
Y EL JURAMENTO DEL PRÍNCIPE Y LA JORNADA DE LOS GELVES.

CAPÍTULO PRIMERO.

La consistencia de los Estados de Flandres.

Envió el Rey Católico á París á Rui Gomez de Silva á visitar á la Reina viuda, al Rey su hijo y á su mujer, y á significar el dolor que tenía de tan gran pérdida, y dar á su esposa joyas de gran valor y aviso de su viaje á España, y cómo en la entrada del año venidero enviaria por ella. Habiendo heredado los reinos de España érale forzoso visitallos y ser recebido en ellos con los ornamentos, pálio, aplauso, vocería, leticias públicas y aparatos que en actos tales con general contento en junta de pueblos suele haber. Daba licencia á la paz para salir de los Países Baxos, y el parentesco con Francia confin y poderosa, y que pudiera estando tan distantes de su cabeza, y dispuestos á una resolucion ambiciosa tentar alguna novedad por tratos y armas. Aseguraba al Rey para dexarlos el saber su opulencia, fortaleza, grandeza, lo que se meten sus términos por los circunvecinos, las islas que dieron á sus señores nombre de Gobernadores del Océano tan poderosos que se opusieron á los fuertes de Alemania, prestos de Francia, robustos zuiceros cuando la ocasion obligó, y con veneracion y crédito corrieron. Y subió esto tan de punto la union á España, que la repugnancia de todas las regiones del norte, por natural emulacion y

controversia que engendra la grandeza en los vecinos invidiosos della por la introducida mudanza de religion, no quitó á los Países su entereza y reputacion. Probaron esto las hazañas del bravo conde Charles, las de Cárlos V emperador, XXXIV conde de Flandres, las de Guido XXIV, que por última emprendló y acabó la conquista de Jerusalen, las de Roberto Gerosolimitano XIV conde, que por sus hechos fue llamado Domador de la Asia, y de Balduino XXI conde, que sus vitorias le pusieron en la cumbre del imperio de Constantinopla por eleccion y en las guerras que tuvieron con alemanes y franceses los apretaron por las fronteras de Picardía, rompiendo sus ligas, desbaratando sus intentos, entrando tal vez capitanes suyos quemando y talando hasta los muros de París. Las fronteras de España molestaron franceses hasta que sus reyes con la union destos Estados quedaron tan absolutos que no prevalecieron contra ellos los enemigos, ni el rey Francisco I poderoso, sabio y guerrero las veces que lo intentó (y con buen fundamento), perdió reputacion, tiempo y expensas. Lo verifican las entradas de su exército por los condados de Rosellon y Cerdania, y en la que hicieron con su asistencia y confederacion alemanes de Carlois por los Países, con intento de sacar desta Corona miembro que la hacía tan fuerte y poderosa; en cuya execucion se vieran grandísimos progresos, si por el mismo lado que intentaron el daño, no le recibieran de las fuerzas de los vecinos vaneciendo brevemente sus disinios. Sabía D. Filipe tambien han sido acostumbrados estos pueblos á rebelarse muchas veces con natural inconstancia y poco temor, reconociendo sus fuerzas contra sus señores naturales, de quien eran en presencia gobernados, pues por causas leves negaron la obediencia con las armas, y Brujas deciocho veces, y tal prendió á Maximiliano su señor Rey de Romanos en el año de mil y cuatrocientos y ochenta y nueve con gran nota de infamia, y necesitó al Emperador su padre á venir á librarle. Contra su nieto Cárlos emperador se desvergonzaron forzándole á ir por la posta á castigarlos, cargado con el dolor de la pérdida de la serenísima Emperatriz su mujer, y contra el Conde Guido, dos Luises, Filipe el Bueno, Charles Audaz, Juan duque segundo de Brabante en el año mil y trecientos y tres, el Duque Wincislao en el de mil y cuatrocientos y cuatro, y en tiempo de los romanos se rebelaron muchas veces. Esta enfermedad es natural, heredada de saxones, de quien decienden trasplantados en aquellas tierras por Cárlos Magno, cansado de sus rebeliones. Llamáronse flamencos de Flandres, que en lengua antigua saxónica sinifica sagitario ó archero, porque en su tiempo fueron ecelentes archeros señaladamente en la marina los morinos sagitarios. Son decisiete provincias y señoríos con diferentes títulos y gobierno, aunque con nombre de Flandres comprehendidos, principal condado, antiguo, rico, noble, dividido en gálico y germánico, ó flamigante en la Galia Bélgica segunda y en la Germania inferior, y fue-

ron sus límites antiguamente el Océano, el Rhin, los rios Seine y Marne. Divídese esta Germania en inferior, que es ribera del Rhin, desde el Océano hasta el Mosela, y desde allí en superior del rio Escault al Seine era la Galia bélgica. Algunos dividieron esta provincia en primera, de quien era cabeza Trebers, y en segunda donde lo era Reims. En la Bélgica constituida entre los tres rios y el Océano hay Trebers, Colonia, Maguncia y Reims, metropolitanas ciudades obedientes hoy al Emperador y á los reyes de Francia y España. En la Bélgica, segunda Flandres, al oriente, tiene el Escault, al occidente la Fosanova, rio hecho á mano por espacio de cuatro leguas entre las villas de Arien y San Omer; al setentrion el Océano, al mediodía los Vermandois de Picardía y parte del Condado de Artuoes. La una parte llaman germánica ó flamigante, y tiene al oriente el Escault, al occidente la Fosanova y Condado de Artuoes, al setention el Océano, al mediodía el rio Lisa. Es pura flamenca su lengua en Gante, Brujas, Ipre, famosas ciudades ó villas, como ellos dicen. La otra parte es nombrada Galica, distinguida de la Germánica por el Escault al oriente, y al occidente parte del Condado de Artuoes; al setentrion el Lisa y la Flandres germánica, al mediodía á los Vermandois y parte del Condado de Artuoes; hablan frances, aunque mezclado, sus villas Tornay, Lila, Duay, Orchies y otras. Es la tercera parte de la provincia el principado y condado de Alost, llamado imperial entre los rios Escault y Tevera, comarcano á Brabante y antiguamente Bracaut, y contiene ciento y setenta aldeas con las villas de Alost, Nivive, Gheetsberghe, que es el monte de Giralt, lugar insigne con el monasterio de San Adrian de la órden de San Benito. Es Alost señorío de por sí ganado por el conde Balduino Pío al emperador Enrique IV, y por él se llama Príncipe el Conde de Flandres, La parte del Condado al poniente del Escault hasta el mar de Inglaterra solia ser feudo de la Corona de Francia, y sus Embaxadores eran recebidos en Alost ó Termunda, que no eran del feudo con que cesaba el nombre de comisarios. Esto con el concierto del Rey de Francia, preso en Madrid, quedó como Alost sin reconocimiento. La parte al oriente del Escault hasta el Ducado de Brabante reconoció al Imperio, inclusa la de Gante, donde está el palacio del Justicia, y lo demas hasta el castillo, que fue monasterio de San Babruno, con acuerdo entre los Emperadores y Reyes de Francia; y para la division hizo la Fossa Honta á manos el emperador Oton I, y la llamó Otomania, que hasta el mar corria casi cinco leguas, y aunque está arenada retiene señales de lo que fue. Los flamencos la cegaron cuando expelieron los alemanes, y quedaron sin reconocimiento al Imperio en franco alodio, y solamente con parte de las armas dél, una espada enmedio de un escudo, y en la punta un águila imperial, y á la siniestra el leon de Flandres, armas del Condado de Alost. Toda la longitud de Flandres germánica, desde el Escault á la Fossanova, es camino de tres dias, y su latitud desde el Lisa

hasta el Océano de un dia poco más. En la Flandres Oriental superior ó alta están Bruxas, Dammé, Sclusa, Aldemberg, Tilan, Aldenarda hasta Gante; en la Occidental baxa Ipre, Harlebeca, Cortray, Propughar, Cassel, Borbueda, Berga, Grœlinghe, Duinkerk, Hordoscote, Veana, Dixmucilco, Nicuport, Ostenda y Oldemburgh. La germánica es repartida en los Estados de Gante, Ipre, Brujas y Franco, y toda Flandres en condado, señorío y propio. Tomó nombre de Flansberto, hijo de Blosinda, hermana de Clodion Copilato, rey de los franceses, que pasó el Rhin y expelió los romanos de la Bélgica, venció los morinos, prendió á Galduero, duque de los Rhutenos y Cimbros y á su hija Theodora, que vinieron á socorrellos. Hizo á Flansberto, su sobrino, gobernador de la costa del mar Bélgico, y le casó con la cautiva, y éste despues echó al Duque Holdino, hermano de su mujer, y llamó los pueblos ruthenos y cimbros de su nombre Flandres. Otros se le dan de los flatos marinos, ó de Flandra, hija de Clotario II, rey de Francia, mujer de Liderico de Buc, que habiendo muerto al gigante Flamihardo, le hizo gobernador de la tierra el rey Clotario, y que decendieron dél los que señorearon á Flandres, y desmontó y pobló mucha parte, y ocupó el castillo de Buc, que ahora es Lila. Parte de los flamencos vino á la fe de Jesucristo por la predicacion de San Eulogio, obispo de Tornay, en el año de seiscientos y cuarenta y nueve, y en él era cabeza de Flandres Aldemburgh, ó Flamburgh, y la pequeña region se llamó el Pago Flandrense. Despues de muchos años el emperador Cárlos Magno, queriendo gratificar á Liderico de Harlebeca, hijo de Lotoredo, conde de Harlebeca, varon fortísimo, y de su sangre sus grandes servicios hechos en la guerra saxónica le hizo Almirante del mar y Gobernador de Flandres y guarda de su Floresta, cabo de la selva Arduenia. Despues se la donó en perpétuo, y para su poblacion y de Brabante llevó doce mil familias de saxones y otras á Transilvania, ó Dacia la Vieja, sobre el Danubio, y tan pequeños principios tuvo Flandres. Despues Balduino, biznieto de Liderico, fue de grande ánimo y cuerpo, y por sus fuerzas llamado brazo de hierro, clarísimo en la paz y en la guerra por sus costumbres reales y hazañas contra normandos y moros en el reinado de Cárlos Calvo, hijo del emperador Ludovico Pío; sacó de Silvaneto á la infanta Judita, hermosísima hija de Cárlos Calvo, y por su voluntad viuda ya de Edeulpho y Adebaldo su hijo sin haberla conocido el padre Reyes de Inglaterra muertos dentro del primero año. Esto causó grandes guerras entre Cárlos Calvo y Balduino, y por intercesion del pontífice Nicolao I le recibió en su gracia el Rey, y dotó en las tierras entre el Escault, Soma y el Océano con título de Conde, y se contenian entónces debaxo del título de Flandres los Condados de Artuoes y de Boloña, y fue Balduino Ferreo el primero conde de Flandres, y D. Filipe II, rey de España, el treinta y cinco. Fueron antiguamente los flamencos templados en el comer

y beber, robustos, llanos; mas la mezcla por casamientos y ayuntamientos con otras naciones que allí mercadearon y moraron, dexó á sus herederos las costumbres por naturaleza é imitacion, estragó la templanza, la gula y embriaguez, y la caridad y religion, aunque no la inclinacion á las artes y letras, ántes que la guerra civil estragase su naturaleza y exercicios. En la segunda Bélgica está Brabante, y tiene al oriente el Mosa, al occidente el Escault, al Condado de Henaut al setentrion á Holanda, al mediodía en parte Henaut y Lieje y parte del Ducado de Namur. Llamáronla Brabante de Silvio Brabon, á quien Julio César hizo señor de aquella tierra desde el Mossa y mar de Noruega hasta el Escault, ó de Brabant, villa que pereció con su memoria, como las provincias comarcanas Gheldres de Getrè, Juliers de Juliacum. Conteníase este Ducado en el reino de Francia y allí tenian su principal patrimonio, así los que pasaron en la Galia Bélgica y Céltica con el rey Clodion Copilato, hijo de Pharamundo I, rey de los franceses, como los que despues vinieron llamados merovindos, siendo echados con Meroveo III, rey de Francia, hijo de Clodion, y tambien los carolingos de quien decendian los pipinos, carlomannos y el emperador Cárlos Magno, Ludovico Pío y su hijo, que movió guerra contra Leoderico y Cárlos Calvo sus hermanos, y quedó vencedor y señor de parte de la Galia Bélgica, que llamó Lotaringia y reino de Lotario en la Austrasia, que contenia Alsacia, Lotaringia, Brabante, Holanda y otras provincias; en aleman se llamó Lotrec, en frances Lorraine. Extendíase desde las fuentes del Mossa hasta donde entra en el Rhin, y áun dicen que hasta el Escault, de manera que contenia á Lorena, Brabante, Lieje y otras provincias, que se dividieron cuando tiranizó á Francia Hugon Capeto Normano, que acabó la sucesion de varon de Cárlos Magno en el reino de Francia con diferentes títulos y señoríos, como Gheldres, Cleves, Juliers y Lorena superior, Lieje, Brabante, y no pequeña parte cupo á las iglesias de Colonia, Nivela, Lovaina, Bruseles, Ambers, de que se hizo el Marquesado del Sacro Imperio. El emperador Oton II dió á Lotaringia á Gotofredo, hijo de Gotofredo, conde de Arduenna, y estuvo en los desta casa hasta Godofre de Bullon, hijo de Eusthiaperio, conde de Boloña Bélgica, como heredero de su tio Gotofredo el giboso, hijo de Gotheloro, duque de Lotaringia. Aunque los Emperadores quitaron aquel Estado por algun tiempo á los herederos del Duque Cárlos, Condes ó Duques de Lobaina, quitando á Enrique, Duque de Lemburg, que le poseia por donacion del emperador Enrique IV, y quedó por mucho tiempo en los sucesores del Duque Gothofredo Barbato. Éste cobró con las armas de los Condes de Arduenna lo que le tenian ocupado de Brabante, y fue poco despues apartado de Lotaringia, y el nombre quedó en olvido, aunque Don Filipe se llamaba Duque de Lotreich, por serlo de Brabante y Lemburg. Al fin vino á suceder en Filipe el Bueno, duque de Borgoña, padre del

Duque Charles, en quien se juntaron Borgoña, Lotaringia, Brabante, Lemburg, Luzeltburg, Flandres, Henaut, Artuoes, Namur, Holanda, Celandia, Frisia y la villa de Betuna enajenada muchos años.

CAPÍTULO II.

Previene el Rey Católico su partida para España, y dispone á Flandres y su conservacion.

Hecha paz tan honrosa entre la corona de Francia y España, quedó la nobleza de Flandres con hazañas más ilustre, el pueblo nombrado por su servicio personal y pecuniario, el Estado florido en su más alto grado de grandeza manifiesto por su declinacion, la diciplina militar y doméstica, leyes y ordenanzas nunca fueron mejor cumplidas, la fe guardada, la religion más santamente mantenida, los vicios con más justicia castigados, ni hubo jamas hombres tan valerosos y tan ricos. Mas la ambicion, cudicia, deleites de la paz superaron de manera la antigua virtud que brevemente se vió della solamente la sombra. Amaron al emperador Cárlos V como nacido y criado entre ellos, y heredado dió á los flamencos el primero lugar en su amor, consejo, dignidad. Visitó los demas reinos y señoríos de su monarquía, y entró forzosamente en parte la nobleza della con autoridad cerca del César, y mostrábase natural con cada nacion de sus provincias para su conservacion. Erales áspero á los de Flandres, y entibiaron el primero amor, y las ausencias le resfriaron ó entorpecieron: y más (segun era el rumor entre ellos) despues que dixo el Duque de Alba al César, no les diese tanta mano y libertad en ódio de las otras naciones dignas de ser preferidas tambien. El Príncipe de Orange y el Conde de Bossuc con alteracion se quexaron desto al Emperador y al Duque, de allí adelante siempre á ellos sospechoso. El rey D. Filipe heredó este amor turbado y su entrada á reinar le menoscabó, tenido solamente por español como nacido en España y criado, y que usaba su habla y mantenia en su gracia y servicio criados y consejeros españoles, y en el manejo de los negocios, especialmente á los Duques de Alba y Feria y Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli, en injuria y comun resentimiento de los flamencos, sombra al parecer solamente en esto. Erales tan grave que la tuvieron por injuria propia las provincias, y se quexaban y decian les querian poner presidios y castillos para oprimillas contra los méritos de su fidelidad. Con esto perdieron el amor y luégo el respeto. Estaba en Francia por rehen el Príncipe de Orange, acepto al Rey Cristianísimo, y díxole habian de destruir las here-

jías en descansando él y su hijo el Rey Católico y sus reinos algun tiempo, y entendió dél fue consejo del Duque de Alba para que viviesen todos en paz. Era desde niño el de Orange de la religion que llaman reformada, segun él confesó en un libro que publicó contra la proscripcion que dél hizo el Rey, como dirémos adelante; y aunque profesó luégo que vino muchacho á la córte del Emperador Cárlos V la religion católica, las raíces de las sectas no sacó el tiempo. Pidió licencia al rey Enrique para ir á Flandres á mirar por los negocios de los alemanes y flamencos, siempre azorado de lo que el Rey Cristianísimo le dixo. Escribiólo á los Príncipes protestantes y temieron, y con recelo y cuidado atendian á los progresos de los españoles y franceses. Para dar asiento en las cosas de Flandres, el Rey juntó en Gante los Estados generales y les pidió servicio de dinero con que pagar las compañías de las ordenanzas y la infantería presidio de las fronteras. Concediéronle por nueve años en cada una novecientos mil florines, reservando para sí la cobranza y distribucion, poniendo desconfianza en los ministros reales. Pidiéronle guardase el concierto y confederacion perpétua que su padre hizo en el año mil y quinientos y cuarenta y ocho de aquellos países y los alemanes para ser como ellos tratados y unidos, saliese de su país la milicia forastera, y amonestaron el usar de sus leyes y del directo dominio de sus feudos y de las apelaciones y contribuciones del Imperio. Destas quexas de libertad y de la ambicion era autor el Príncipe de Orange, y las dos proposiciones los hicieron sospechosos al Rey, y dixo:

«Quebró jamas la confederacion y no usó de sus leyes, ni ellos ántes, si »ya ahora no las querian usar para creer conforme á lo que los alemanes libre»mente, sin ser forzados á seguir religion determinada como protestantes.»

Esto les dixo tan severo que conocieron se habia indignado; porque el reservarse los Estados la distribucion del dinero y la muestra de los soldados tuvo por injuria como nueva cosa de desconfianza contra el uso antiguo, y conoció querian tener los soldados á su devocion, y juntando los cabildos de las provincias tambien el dominio sobre la república. El Rey se aconsejó en esto y variamente le consultaban. Decian algunos:

«Admiró la fidelidad con que la nobleza sirvió en las guerras, la obe»diencia al César, y guardaria la misma el pueblo con la paz atento á su »mercancía y á enriquecerse, y en las costumbres de los mayores gozarse »con juegos, banquetes, tener su pensamiento sólo en vivir con toda su »comodidad y regalo, porque divertido en esto no tendria disensiones.» Otros afirmaban: «No podian sufrir total servidumbre ni libertad, y au»sente su Príncipe por mucho tiempo olvidados de su obligacion los deseo»sos de novedades los inducirian á procurarlas. Dexándolos en toda liber»tad serian soberbios, en toda servitud tumultuarian, y sólo el respeto á la »persona de su Príncipe en la antigua fe los conservaria y el tener milicia forastera, nunca necesaria si los súbditos fuesen inmudables en la bondad.

»Mas conociendo su intencion sospechosa de convenir en la religion con »los alemanes, los librarian deste peligro los soldados extranjeros y de la »ambicion de los poderosos.»

No dió muestra de su ofensa el Rey, y atendió á componer las cosas de la república con justicia y prudencia. Trató de nombrar gobernador de los países al Duque de Feria con los secretarios Diego de Vargas y Francisco de Eraso, españoles, y lamentaban gravemente los flamencos. El Príncipe de Orange y el Conde de Egmont, fiando en la nobleza y grandeza de sus personas, casas y servicios antiguos y frescos, pretendian con emulacion y no pocas esperanzas quedar con el gobierno. Mas D. Filipe sabía desplace á los flamencos ser gobernados de naturales ó extranjeros, y convenia fuesen de la sangre real sus regentes. Por esto envió ántes á Rui Gomez de Silva á España á llevar al príncipe D. Cárlos que en este año mil y quinientos y cincuenta y nueve tenía catorce de edad, competente segun derecho para gobernar, si heredára; mas su incapacidad lo impidió todo. Si ponia por lugarteniente hijo del Emperador (como queria el Conde de Egmont viéndose excluido), se podia temer que cebado en el mando se arraigase, y aficionándosele los Estados sería difícil removelle. Conforme al al estilo del Emperador su padre, que tuvo por gobernadora á Margarita, duquesa de Saboya, su prima, y á María su hermana, reina de Hungría, hasta que remitió las tierras, determinó elegir mujer para el gobierno evitando la sospecha y recelo de los varones. El Príncipe de Orange, decendiente de la casa de Lorena, propuso á la Duquesa madama Cristierna, hermana de la Condesa Palatina, hijas de Cristierno, rey de Denamarck, persona real y prudente conocedora del país que habia de gobernar, por esto agradable á los flamencos, de buen entendimiento y autoridad, y favorecia esta propuesta el Conde de Egmont. Con esto quedaria el de Orange dueño de todo el gobierno, y ella obligada á darle en casamiento una hija y habia suplicado al Rey lo tuviese por bien y pidiese á la Duquesa, y no le desplació.

Nicolás Perenot de Granvela, borgoñon, tuvo con el César Cárlos V autoridad y favor, y entre muchos hijos dexó á Antonio, obispo de Arras y á Tomás, conde de Chantone, que fue embaxador en Francia y Alemania, y á Federico, señor de Champaygné. Antes que en Augusta muriese el padre, era del consejo de D. Cárlos el Antonio y por sus méritos favorecido. Cuando partió de Flandres dixo al rey Filipe se valiese de sólo su buen ánimo y parecer en cuanto allí se proveyese, y en los negocios de Alemania y Francia, y quedó como en el Consejo en la gracia del Rey Católico. Era su amigo el Príncipe de Orange por la comunicacion y beneficios que de su padre recibió, especialmente cuando el Emperador le invistió por su favor y consejo del Estado, y así le reconocia de su mano. Andaban unidos en próspero y adverso, y ayudados entre sí. Na-

cieron despues entre los dos y el Conde de Egmont disensiones y declarados odios; porque Granvela dixo no convenia gobernase Cristierna amiga de los flamencos, y haber sido los de la casa de Lorena enemigos de la de Borgoña en las guerras que le hicieron franceses, y más si el de Orange era su yerno que tenía estado en Francia. Truxese, como decia el Duque de Alba, á madama Margarita, duquesa de Parma, su hermana, que gobernaria bien, teniendo el Rey en su córte de España al Príncipe de Parma, su hijo, en prendas de su fidelidad, con que el marido en Italia acudiria mejor á su corona. Fue su hermana obediente al Emperador hasta dexar á su marido, siendo enemigo del César y retirarse á la ciudad del Aguila en el Abruzo por satisfacelle. Nació en Flandres, amaba su patria, sabía sus costumbres. Contradecia esto el de Orange, porque se le quitaba la ocasion de casar con la hija de Cristierna, y sería menor adelante su autoridad en los Estados, y Margarita contraria por no la haber propuesto, y favorable á Granvela. Decia que, envejecida en Italia, siendo mujer del Duque de Florencia y por su muerte del de Parma, habria olvidado los usos y conocimiento de las cosas y personas de Flandres. Puede y vale más el que está en la gracia del Príncipe, y así de los señores españoles favorecido el parecer y deseo de Granvela prevaleció. Esto se trataba en secreto, y pasando las competencias á guerra oculta contra Granvela, el de Orange, Egmont y el de Horne, conjuraron en una huerta en Bruseles contra él y contra Margarita, y desde este dia encaminaron sus hechos y consejo contra ellos y contra el Rey.

Estaban las provincias y Príncipes con fines diversos como en la religion en los ánimos para daños y derramamiento de sangre, y era menester persona religiosa que no dexase pasar á Flandres el mal, porque habia de dar cuenta á Dios de aquellos pueblos que estaban en grandísimo peligro. En la junta de los Estados generales con secreto persuadió el de Orange pidiesen al Rey sacase los soldados extranjeros de los países, y pretendia con esto alcanzar la libertad de la religion y de la patria, gratísimo á muchos. Quexáronse los deputados de que el dinero concedido pidió el Rey para mantener presidios y levantar fortalezas con que oprimillos, no contra las invasiones de los convecinos. Pusiese guarnicion de soldados naturales de menor sueldo, más fidelidad en el servicio, interesados en su conservacion, porque los insultos de los españoles tenian despoblada á Tionvile y Mariamburg, y destruirian el país todo. Pidió esto Berlucio, pensionario de Gante, y dixo que si no se las concedia, no servirian en lo que el Rey les pidiese; no debia menospreciar la fe de los Estados, grande en los peligros, y los amenazaba mayores su ausencia, y en ellos su venganza; no pusiese en el gobierno forasteros, que le sería inútil y á ellos oprobrio. Salió el Rey indignado de la junta, y el Duque de Saboya dixo:

«Saldria la milicia forastera, y con blandas palabras les reprehendió

»haber desconfiado de la voluntad del Rey que les deseaba todo bien y »quietud.»

CAPÍTULO III.

Flandres tenía Inquisicion Pontifical extraordinaria desde el año mil y quinientos y ventidos.

Antes que la herejía luterana tocase en los Estados de Flandres no habia en ellos inquisidores ni ordenanzas sobre la religion, y cuando se habia de proceder contra los herejes los enviaban á los inquisidores de París las provincias donde se hablaba frances, como consta por exemplo pasado en Duay en el año mil y quinientos y cuarenta y ocho; y á los de Colonia de donde se hablaba flamenco. Entró la secta en los Países en el año mil y quinientos y ventidos, y el emperador Cárlos V dió cierta comision de inquisidor contra las herejías á Francisco de Hultst del Consejo de Brabante, con instruccion aparte y órden de servirse de asesores, y que tuviese por superintendente al doctor Justo Laureano, presidente de Malinas, en las unas provincias y en las otras. El Pontífice Adriano VI en el año de mil y quinientos y ventitres confirmó al consejero Hulst (aunque lego) con que tuviese asesores eclesiásticos y teólogos. Succdióle Clemente VII y á Hulst y al Cardenal Evardo de la Marca obispo de Lieje dió título de Inquisidor General en los Países Baxos. Quexóse desto al Emperador madama Margarita viuda del duque de Saboya Filiberto, tia del Emperador, gobernadora de Flandres, diciendo que ya tenía Breve de Su Santidad para tres inquisidores; el prepósito de los canónigos reglares de Ipre en Flandres y su comarca, el prepósito de los eclesiásticos de Mons en Henaut, en el condado y tierras circunvecinas, el Dean de Lobaina en Brabante, Holanda y otras provincias. Dexó el mismo Pontífice estos tres inquisidores en sus oficios sin contradicion, y el de Lobiana por comision de Madama Margarita hizo muchos autos y castigos en Brabante, Holanda y Bruseles en el año mil y quinientos y ventisiete, en que truxo á juicio más de sesenta personas que condenó y penitenció. En el año mil y quinientos y ventinueve se promulgó riguroso placarte contra los sectarios, y fue templado en el de mil y quinientos y treinta y uno con participacion de los Estados, y es el principal y usado sin dificultad. Los de Ambers con achaque de sus tratos y comercios obtuvieron de Su Majestad Cesárea queriendo que se renovase en el año mil y quinientos y cincuenta por favor de la Reina María, que fué á Alemania á verse con el Emperador, el

mudar el nombre de Inquisidores en el de Ministros eclesiásticos, y algunos puntos de poca consideracion. Murió el Dean de Lobaina, llamado de Montibus, y en el año mil y quinientos y treinta y siete nombró por inquisidores generales en los Países Baxos Paulo III al dotor Ricardo Tapper, dean de Lobayna, y al dotor Miguel Drucio, su canónigo, que en este año y en los siguientes hicieron sus oficios con toda libertad, con instruccion y patente del Emperador despachada en el año mil y quinientos y cuarenta y cinco por el Consejo de Brabante, para que los oficiales y ministros seglares les diesen asistencia en todo; fue renovada en el año mil y quinientos y cincuenta, y á sus subdelegados por nueva comision de Julio III en el año mil y quinientos y cincuenta y cinco, y otra de Pío IV en el de mil y quinientos y sesenta, y á sus sucesores el doctor Justo Tileto prepósito de Valcanet, y al dotor Miguel Bay, teólogo de Lobayna, que tambien usaron sus oficios y hicieron autos de juridicion hasta las alteraciones.

Flandres en este año mil y quinientos y cincuenta y nueve con la paz estaba (como referí) populosa, rica, feliz por comercio, reputacion y fuerzas. La religion floreciente obedecida, solene en templos suntuosísimos, de las ciencias, artes, quietud, abundancia, fe, constancia ilustrada, mantenidas sus costumbres, leyes, privilegios, la Córte con gran esplendor, várias naciones, embaxadores, capitanes. Deseaba mucho conservar tan buenos estados el Rey, y parecíale consistia en preservarlos y limpiarlos de las malas sectas de Alemania y Francia que la rodean, y mandó guardar los placartes del Emperador contra los herejes y sus secuaces hechos en Alemania en Wormes en el año mil y quinientos y ventiseis, porque Lutero arrogante condenado por Leon X hacía mucho daño con su dotrina; otro en el año mil y quinientos y ventinueve, otro en el de mil y quinientos y treinta y uno, y el placarte principal, y todos condenaban á muerte, y como ántes quemaban los herejes y sus libros conforme á ley canónica y civil y sus bienes eran confiscados. Moderólos D. Fillpe en el año mil y quinientos y cincuenta y seis, el segundo de su reinado, por edicto á ventiocho de Abril, cuanto dió lugar el ser sin perjuicio de la religion en algunas leyes, porque todas las del Emperador condenaban á muerte, hasta el receptar los herejes. Estaba la mayor parte de las provincias en el gobierno espiritual de prelados forasteros, diversos en señorío, costumbres y lenguas, y no acudian á la cura de sus feligreses por estar sus catredales apartadas y haber crecido las poblaciones ecesivamente. Era Malinas en el centro de Brabante de la diócesis de Lieje, Henaut de la de Reims en Champaña en Francia, Utrech de la de Colonia en Alemania alta; llevaban los frutos de Flandres los prelados extranjeros, y érales terrible y el estarles sujetos. Por esto Filipe el Bueno, duque de Borgoña, procuró que el Pontífice dividiese esta juridicion, y diese á las decisiete provincias obispos. Impidieron el efeto contradiciones de los prelados forasteros, y á su hijo Charles el

Bravo las guerras, y á su nieto D. Cárlos V, emperador, cuando procuraban la conclusion de tan conveniente obra, aunque pudo en el Pontificado mucho y era en el Imperio el señor supremo. Don Filipe su hijo volvió el ánimo eficazmente á esta negociacion, y ordenó al comendador mayor D. Luis de Avila, su embaxador en Roma, solicitase al Pontífice Paulo IV para que proveyese á su justa peticion; y envió al doctor Francisco Somnio teólogo de Lobayna y canónigo de Utrech para que le informase. Remitiólo á congregacion de Cardenales, y aprobaron la division por las razones del derecho y del Rey, y porque Alemania, corrupta con la herejía, dañaria las provincias con quien comunicaba, y por la diversidad de lenguas yendo á negociar era forzoso llevar intérpretes. Habia en Flandres gran número de varones religosos y doctos dignos de premio. Para hacer la demarcacion y aplicacion de las rentas eclesiásticas al sustento de los nuevos obispos, y satisfacer á los interesados en la dismembracion envió Nuncio el Pontífice, y nombró el Rey por su comisario para asistille al obispo de Arras Mos de Granvela. Llegó la Bula en la partida del Rey para ir á España y madama Margarita á dos de Agosto, á Bruseles, y recibió la facultad para gobernar, con asesoría del Consejo de Estado, en las cosas públicas de la paz y de la guerra, y del privado para las de Gracia y Justicia, y al de finances para la hacienda, y estos dos tenian sus ordenanzas antiguas. El Emperador extinguió el oficio de Canceller por la demasiada mano y autoridad que se abrogó en los Estados, y se sirvió para distribuir la justicia del tribunal que llamó el privado compuesto de juristas y Presidente. En el Consejo colateral asentó muchos caballeros de los principales, mayores y del Toison de Oro, á Granvela, al Príncipe de Orange, al Conde de Egmont, al señor de Glajon, al Baron de Barlaymont, al doctor Viglio Zuicheno frisio de nacion, fiel y sabio y presidente del Consejo privado, y algun tiempo despues al Conde de Horne, al Duque de Arischot, y mandó entrasen en esta junta todos los caballeros del Toison, cuando la Regente los llamase. Celebróles capítulo en Gante en el mes de Julio, y nombró algunos en lugar de los muertos. Dióle á ella comision y á Granvela para asentar los nuevos obispados, en virtud de la Bula Pontifical dada en Roma en el mes de Mayo próximo pasado, notada en los libros consistoriales, como dice Onufrio, y hacer la aplicacion de las rentas eclesiásticas para el sustento de los obispos y satisfacion de los interesados. A cada provincia nombró su Gobernador y Consejo particular. A Brabante demas del gobierno general, dió á madama de Parma; al Conde de Egmont á Flandres y Artuoes; á Holanda, Zelanda y Utrech al Príncipe de Orange, despues á Borgoña; á Frisia, Overisel, Groeninghen y Linghen al Conde de Aremberg; á Gueldres y Zuiphen al Conde de Meghen; á Luzeltburg al Conde de Manztfelt; á Henaut y Cambray al Marqués de Berghes; á Namur al Baron de Barlaymont; á Lila, Duay

y Orcies al señor de Courries, y á Tornay al Baron de Montigny, todos caballeros del Toison. El gobierno de Malinas dió á Granvela, y hizo almirante tambien al Conde de Horne, y dividió entre los nobles el cargo de la caballería de las bandas de ordenanzas, estimada en el país por ser su fortaleza y por su mucha nobleza, y porque sin gran molestia valia mucho esta milicia. Quedó á Granvela la cifra para la correspondencia con los Embaxadores, y el Príncipe de Orange, tan arrogante que áun el imperio del Rey llamaba molesto, y decia no le era sujeto, y en Francia tenía libre potestad, y decendia de lo mejor della y de Flandres, y de reyes y emperadores, y que los de Austria no reináran en Flandres si los de Nassau no los ayudáran á ganar la vitoria de Guinegasti, y sacar de prision en Brujas á Maximiliano I, les restituyeran á Gueldres, hicieran la paz y liga de Cambray; y era su hacienda tan grande, que no habia menester al Rey. Vino de nueve años á casa del César, y á los ventiuno le hizo Capitan General y le encomendó la fábrica de Filipeville y de Carlamont. Muchos le dixeron moderase la arrogancia deste y creyese dañaria su astucia mucho á sus cosas; criaba raposa que comeria sus gallinas, proverbio con que lo decian. No hizo caso del pronóstico y amenaza, ántes le honró, engrandeció, envió con él la corona del Imperio á su hermano, le dexó encomendado al Rey cuando se fue, diciendo se valiese de su consejo. Casóle con Walburga, señora de Buren, hija de Aleida y de Gerardo, doceno señor de Lemburg y primero Conde de Bueren por el emperador Maximiliano en el año mil y cuatrocientos y noventa y dos. Era el Príncipe en el pueblo amado y estimado, trataba su casa con esplendor y magnificencia, hospedaba los embaxadores, festeaba la nobleza, hablaba bien de las cosas públicas, acomodándose á la voluntad de los que gobernaban, y daba en el Consejo su parecer con sagacidad. Pero generalmente era infiel, mendaz, adulador, fingido y embustero, y en el acomodar sus cosas astuto, y veneraba al Rey y á la religion de manera que oia la predicacion, y como él pudiera alcanzar el imperio le quitára á su mismo Rey, y teniéndose por mal satisfecho en todo, dexó la gracia y le quitó el respeto. Érale opuesto en las costumbres el Conde de Egmont, verídico, á nadie sospechoso, buen católico, fiel á su Príncipe, militar, amigo de todo honor, de buena persona y rostro, y de familia grande, en la gracia del Rey por sus hazañas y valor, haber sido para el efeto de su casamiento embaxador en Inglaterra y en Francia, tercero conde y venticuatro señor, y segundo hijo de Juan I, conde caballero del Toison, dado con el título por el emperador Maximiliano en el año mil y cuatrocientos y noventa y dos, porque murió sin hijos Cárlos, su hermano mayor, en la jornada que el emperador Cárlos V hizo contra Argel. Procuró D. Filipe en las cartas establecer la conservacion de la república, usando de sus leyes, costumbres, privilegios. Despidióse de sus Estados, encomendóles la conservacion de la religion católi-

ca, guarda de las leyes del Emperador, su padre, para que de las provincias confines el mal no entrase á corromper los ánimos inclinados á la licencia de mal vivir y rebeliones; le obedeciesen con el mismo amor que presente, pues volveria siempre que fuese necesario á verlos y asistirlos. Respondieron era su oficio obedecelle y serville como á tan buen Príncipe, y á quien amaban generalmente.

Envió visitadores á los Estados de Italia, especialmente á Milan, para castigar los ecesos y volver á la Real hacienda su haber robado y malgastado, y que la reformacion general estableciese buenas leyes y costumbres. Desde que salió del gobierno de Milan el Cardenal de Trento, solicitaba al Rey el Tribunal del Patrimonio para que se averiguasen los delitos y se castigasen para exemplo de los ministros, porque de allí adelante cuidasen más de la conservacion de la hacienda que del aumento dellos, robándola á su Príncipe. Alborotólos mucho y temieron, porque les era terrible dar cuenta de sus administraciones, pues con razon ó sin ella los buenos temen las calumnias y el dudoso fin en juicio tan fuerte, que lleva tras sí á las veces la vida, bienes y honras de los acusados, por quien los Cipiones, africano y asiático, Rutilio y Ciceron fueron condenados; y así los oficiales se alteraban por no ponerse en tanto riesgo. Para saber cómo se leia la dotrina en la Universidad de Lobaina, la visitó por su persona y encomendó á sus maestros el seguir á Santo Tomas y á los santos doctores de la Iglesia Católica. Creció el número de las catredas y los salarios más de la mitad, para que las apeteciesen eminentes letrados. Dióle nuevos privilegios sobre los que tenía del duque Juan IV de Brabante, de quien es cabeza, en el año mil y cuatrocientos y ventidos, y los del pontífice Martino V y Alexandro VI, flamenco que estudió allí. Hizo buscar todos los muchachos españoles en la Universidad y escuelas y dotrinas, y embarcarlos para que no aprendiesen lo que podia dañar á ellos y á su patria. En Duay instituyó una nueva Universidad. Preguntó al Príncipe de Orange cómo quedarian aquellos Países seguros, y dixo: «Haciendo buenos castillos en Fregelingas, puerta y freno de los Estados, en Groninghen y en Ambers.» El Rey le respondió: «Estaba bien, mas la verdadera fortificacion era su autoridad y fidelidad y las de los Condes de Egmont y Horne, y no se engañaba.» El obispo Granvela le apartó y dixo: «Repartiese entre los príncipes y condes ciento y cincuenta mil escudos para reparo de su necesidad, que desto esperase la seguridad de sus Países, no de su fidelidad. El Rey agradeció el consejo, y remitió el hacer la merced desde España, porque por lo mucho que habia gastado no podia de presente satisfacerlos. Dispuestos los Estados en lo espiritual y temporal, aunque reconoció tenian gran necesidad de su presencia, señaló para su partida el dia de San Bernardo, errando grandemente en no dar la ayuda de costa á los príncipes y condes, pues por ello costó á su reinado más de ciento y cin-

cuenta millones y tanto derramamiento de sangre que no poco maravillará á los lectores.

A deciocho de Agosto dió fin á su vida el pontífice máximo Paulo IV, altivo, severo y de su naturaleza rígido, pero religioso y justiciero. El pueblo romano (como leon suelto de las amarras) executó su furia primero contra los ministros del Santo Oficio de la Inquisicion, abrió las cárceles, sacó presos de muchos años sin despacharlos la irresolucion de Paulo, asaltó el monasterio de la Minerva, y matára los frailes dominicanos si valerosa y arriesgadamente no los defendieran Marco Antonio Colona y Julian Cesarino, que vinieron á Roma en sabiendo la muerte del Pontífice. Rompió su estatua de mármol y escudos de sus armas, trató de ir á matar al cardenal Carrafa y á sus hermanos en Galese, deseando acabar esta familia y nombre, porque jamas se movió con tan arrebatado furor y rabia en fallecimiento del Pontífice. Este año mil y quinientos y cincuenta y nueve y el pasado fueron notables por la muerte del emperador Cárlos V, de un rey de Francia, de otro de Portugal, de tres reinas de Inglaterra, de Francia y de Hungría, de trece Cardenales, un Duque de Venecia, y de Hércules duque de Ferrara, de dos reyes de Denamarck, de un Patriarca de Aquileya.

Partió de Zelandia D. Filipe con suficiente armada española y flamenca á veinte de Agosto, y llegó á Laredo en la costa de España con breve y próspera navegacion en nueve dias, y en desembarcando su persona furiosa tempestad anegó algunos navíos de la retaguardia. Hizo su entrada en Valladolid, asiento de su Córte entónces, á ocho de Setiembre, fiesta de la Natividad de Santa María madre de Dios con gran contento de ver á su Rey gallardo, sabio, vitorioso, en quien tenian libradas las esperanzas de su mejor gobierno. Hubo arcos triunfales y la pompa y ornamento que en tan célebres y soberanos actos España hace en el principio del reinado de sus Príncipes, en señal de obediencia y de alegría. Para el castigo de los que en luteranos conventículos publicaron la herejía, extragando las vidas y las almas, hizo celebrar auto al Santo Oficio de la Inquisicion y asistióle teniendo su estoque en alto el Conde de Oropesa, á quien toca. Acabado el sermon que predicó D. Juan Manuel, obispo de Zamora, nieto de D. Juan Manuel el Bueno, decendiente del infante don Manuel, hijo del señor rey de Castilla D. Hernando el Santo, ántes de leer las culpas de los miserables delincuentes, le dixo en voz alta el cardenal de Sevilla D. Hernando de Valdés, inquisidor general: *Domine adiuba nos.* El Rey se levantó y sacó la espada en señal de que con ella defenderia la fe. Luégo el Arzobispo leyó esta protestacion:

«Siendo por decretos apostólicos y sacros cánones ordenado que los Re»yes juren de favorecer la santa fe católica y religion cristiana, vuestra Ma»jestad jura por la santa cruz donde tiene su real diestra en la espada, que

»dará todo el favor necesario al Santo Oficio de la Inquisicion y á sus mi»nistros contra los herejes y apóstatas, y contra los que los defendieren y »favorecieren, y contra cualquiera persona que directa ó indirectamente »impidiere los efetos y cosas del Santo Oficio, y forzará á todos los súb»ditos y naturales á obedecer y guardar las constituciones y letras apostó»licas, dadas y publicadas en defension de la santa fe católica contra los he»rejes y contra los que los creyeren, receptaren ó favorecieren : Y el Rey »dixo: Así lo juro.»

Hallóse por esto presente á ver, llevar y entregar al fuego muchos delincuentes acompañados de sus guardas de á pié y de á caballo, que ayudaron á la execucion, y entre ellos á D. Cárlos de Sese, noble, grande y pertinaz hereje, que le dixo cómo le dexaba quemar, y respondió: «Yo traeré leña para quemar á mi hijo, si fuere tan malo como vos.»

En Sevilla quemaron en otro auto de inquisicion cincuenta, y los huesos del doctor Constantino, porque se mató en la cárcel con un cuchillo el luterano, casado con dos mujeres viviendo ambas, y tomó el órden sacerdotal tambien. En toda su vida favoreció con divino celo el Santo Oficio contra los enemigos de Dios y pureza de su santa fe, cumpliendo con mucho cuidado con lo que prometió cuando fue jurado Príncipe en la forma que dispuso el Concilio Toledano VI, en el año de seiscientos y treinta y ocho. En defensa de su autoridad se atropellaban vireyes y los más poderosos, porque como de fundamento y basa que tiene su asiento en la firmeza de la piedra angular del reino de la Iglesia, pendia la del temporal dado por Dios. En Nápoles ni en Milan no pudo introducir este tan necesario Tribunal, temiendo su abundancia de testigos falsos y el rigor deste juicio, sin atender á su clemencia, lago de los leones de Daniel, que á los justos no hacen mal, sí despedazan los obstinados impenitentes pecadores, remedio del cielo y ángel de la guarda del Paraíso, donde la Providencia Divina asiste para velar y castigar con buen órden y concierto en la execucion de las penas, despues de largas prendas de misericordia. Hizo severísimas leyes contra los libros de mala dotrina, y visitas de las librerías públicas y particulares, y prohibicion segunda de la entrada de libros extranjeros condenados por Concilios y decretos pontificales y del Santo Oficio, preservando los reinos del daño que suelen traer.

Dexó el emperador D. Cárlos encomendado al rey D. Filipe á su hijo natural D. Juan, que su honestidad cubrió en pobres paños un Aquíles para exemplo del valor y nobleza, hasta que su muerte dió á entender su yerro cuando el hijo le disculpaba, y si podia abonarse, le abonaba, pues ninguno se vió tan bien disculpado ni acertado. Crióle en hábito y vida humilde en una aldea de Castilla la Vieja, Luis Mendez Quijada, señor de Villagarcía, de quien el Emperador hizo confianza. En el monasterio de la Esplna, de la órden de San Bernardo, le recibió el Rey en su hábito

de labradorcillo, y holgó mucho de verle, y mandó á Luis Quijada que le llevase á Valladolid. Púsole casa con autoridad y grandeza, mandóle llamar Excelencia; pero sus Reales costumbres le dieron adelante título de Alteza y de señor entre los grandes y menores. Tratóle familiarmente, aunque posó fuera del palacio; y porque cumpliese las esperanzas que daba su florida juventud y buenas partes, le dió materia y disposicion para exercitarse y señalarse, como adelante se escribirá, aunque la voluntad del Emperador fue de que le encaminase por la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

Muere el Pontífice Paulo IV; el Rey Católico junta las Córtes en Toledo; hace ley para la reformacion de los moriscos.

A los cinco del mes de Setiembre, hechas las exequias de Paulo IV, entraron en el cónclavi cuarenta y dos Cardenales, y hicieron guardia dél á Juan Antonio Ursino de Gravina, y ántes esperaron la venida de los ausentes; la cual y las diferencias y parcialidades entre los Cardenales de Mantua, Carpi, Puteo, Ferrara y Médicis, pretendientes del Pontificado, alargaron la eleccion, y no querer admitir á Moron, porque no estaba purgado de la causa de su prision por el Santo Oficio de la Inquisicion. El pueblo daba voces pidiendo le admitiesen, porque por ser digno del pontificado y amigo del Rey de España, para inhabilitalle le prendieron injustamente los Carrafas. Tambien el Cardenal de Nápoles pretendió por una concesion que tenía ser acompañado del Cardenal de Santaflor, gran camarlengo, á quien toca en Sede vacante el cuidado del Sacro Palacio, y sobre el alzar la relegacion al Cardenal Carrafa, se contendió. El Cardenal de Médicis queria viniese al cónclavi, porque tenía once votos, criaturas de su tio, y lo trató con Francisco de Vargas Mexía, embaxador de España, que lo habia sido en Venecia en lugar de D. Juan de Figueroa, castellano de Milan, electo para esta embaxada, y enviado y no admitido de Paulo IV, imputándole maltrató unos notarios apostólicos, y en tanto que era mejor informado el Pontífice falleció fuera de Roma. Vió en Galese al Cardenal Carrafa, y pidióle su voto para el Médicis, hermano del Marqués de Marignano, y se le daria absolucion de sus culpas y condenaciones, y á los de su casa, y haria que el Rey los recompensase, y si el Médicis pontificaba lo acabaria fácilmente, le ayudaria, aumentaria como á quien le daba la Sacra Silla. Concedió el Carrafa, y absuelto de la Sede vacante entró en el cónclavi.

Ofendido el Rey Católico de lo sucedido en Valladolid tan en deser-

vicio de Dios, á nueve de Otubre salió para la ciudad de Toledo, dexando órden que la Córte le siguiese y asentase en ella. Convocó los Estados generales para disponer el gobierno encaminado al bien vivir y quietud pública, y para su proposicion que dicen de Córtes, dixo en sustancia así:

«El amor que tuve siempre á estos reinos, cabeza de mi monarquía, »donde nací, me crié y comencé á gobernar viviendo el Emperador, mi »señor, y despues que le sucedí en su vida en el señorío dellos, me ha traido »á verlos y asistirlos, dexando los Estados patrimoniales de Flandres y los »de Italia tan importantes. A todos os prefiere mi amor y estimacion, y »para acudir á remediar los daños que tan en ofensa de Dios y mia comen»zaron, manifestados y castigados á tiempo para que los errores no pasasen »á ser heredados, dificultando su remedio. Ya Europa, libre de cuidados y »guerras, descansa con la paz general tan deseada que le dió la fuerza de »mis armas, tesoros, gloria de mis vitorias, reduciendo los enemigos desta »corona al conocimiento de su protervia y de mi justicia, poder y fortuna. »Vuelvo los ojos, atencion y deseos al desórden de la religion en Alemania »y otras provincias por la malicia de los herejes desobedientes y perseguidores de la Iglesia romana, en cuya obediencia, siguiendo á mis prede»cesores, estoy y estaré hasta morir. Pedí al Sumo Pontífice la reasuncion »del santo Concilio general en Trento, la reformacion del clero y monas»terios de España, para que con más integridad, pureza y perfecion sirvan »á Dios, y como fin último de su instituto sea de su buen deseo. Acudiendo »á lo que á mí sólo toca, os he juntado para disponer cómo vivais como »fieles cristianos y buenos vasallos mios, porque cuanto fuéredes mejores »tanto mayor será mi ecelencia y gloria. Para esto conviene, acomodándoos »con las costumbres de Castilla y con el tiempo, hacer leyes que reformen »lo malo y encaminen á lo mejor, con penas para que teman, opriman no, »porque las rigurosas destruyen tanto la república como los delitos, para »cuyo remedio se establecen. Pocas bastan y que se guarden, porque si no, »dan rienda para lo contrario, dexándose de hacer lo que no está prohi»bido por miedo de que no se prohiba, y la disimulacion causa poco temor »contra lo prohibido. No acudais al remedio de lo que no le tiene por la »pérdida de reputacion en no salir con ello: ni mudeis las leyes antiguas »si no perjudican; porque las nuevas, en siendo antiguas, quitarán con vues»tro exemplo los descendientes vuestros. Las que hiciéredes sean confor»me á la ley de Dios, convenientes para el exemplo y útil del buen vivir, »por lo que han de corresponder con la ley natural y á la conservacion, »fin para que se instituyeron las buenas leyes. Sean honestas, no tengan im»posibilidad segun su naturaleza proporcionada á la de los súbditos, como »la medicina á la enfermedad y complexion del enfermo; que no tengan »escuridad, para que no les puedan dar siniestras interpretaciones, y enfre-

»nen el arbitrio del executor con autoridad que sea sobre los hombres, no »contra, pues sería violencia usada para útil y satisfacion de sí misma, y la »ley para ayudar á otros. Aunque no la fuerza, sino la fuerza mal usada, »es la mala, pues la justicia lo sería teniendo necesidad de fuerza para obe»decella. Veis cuanto se ha menoscabado mi Real patrimonio con ventas y »empeños forzosos, continuados desde mi señor rey D. Hernando, mi abue»lo, por todo el reinado del Emperador, mi señor, y por el mio, á quien »como sucedí legítimamente, heredé las cargas, obligaciones, enemigos. »Animándome y guiándome su imitacion, satisfice á las esperanzas que Su »Majestad Cesárea dió al mundo de que sería buen Príncipe, cuando re»nunció en mí sus nobilísimos Estados. Pasáran muy adelante mis vitorias, »si no las tuviera por ménos gloriosas por ser contra cristianos, y por vol»ver mis armas contra los turcos y moros, en descansando estos reinos que »dieron tanta hacienda para tantas y tan forzosas guerras. Mucho es lo que »se queda debiendo, y para su paga conviene concedais caudal y con qué »formar armada que defienda y una tantos y tan separados Estados por el »Océano y Mediterráneo; pues le daréis á vuestro Rey y señor en causa »justa como vasallos mios, y poderosos para cualquier imposicion y con»tribucion que os pareciere hacer para la paga del dinero con que me sir»viéredes: y así mi demanda es justa de mi parte y obligatoria de la vues»tra, á que en todas maneras le deis conveniente satisfacion.»

Mucho se gozaron los reinos de oir á su Rey grave y libre en decir, pareciéndoles habló como señor soberano dando á conocer su grandeza de ánimo, quitando el recelo de gobernarse por ajeno arbitrio. Diéronle gracias y prometieron serville en cuanto les fuese posible. Era tiempo, segun la capitulacion matrimonial y la promesa que el Rey hizo de enviar por su esposa, y pidió al Cardenal de Búrgos y al Duque del Infantado le sirviesen en ir á recibir y traerla desde la raya de Francia, y obedeciendo se apercibieron para la jornada honrosa y grande. Prosiguieron las Córtes, y á peticion de los procuradores se prohibió por ley á los moriscos del reino de Granada el servirse de los esclavos negros, porque los hacian moros, y se perdian aquellas almas en su casa y en sus labores profesando la secta de Mahoma sus dueños duros con su mala inclinacion; y si con fingida humildad usaban algunas buenas costumbres, en su traje y trato interior eran moros y enseñaban unos á otros en los ritos y ceremonias dellos; y así como herejes secretos faltándoles la fe, y abusando del baptismo debian ser tratados. Deste mandato se agraviaron y dixeron se hacía poca confianza dellos y de su vida, y la ley se habia de entender en todo rigor con los sospechosos solamente, y no con toda la nacion en que habia muchos nobles que se trataban como cristianos, y se preciaban de serlo y estaban emparentados con ellos. El Rey declaró no se entendia la ley con éstos ni con los que adelante casasen con cristianas. El comun pidió anulacion

della y al Conde de Tendilla, alcaide de la fortaleza de la Alhambra (ó Alhamara, como la nombraron los Alhamares, reyes de Granada, que decendian de Lahamira que ocupó la ciudad de Zufa en el mar Mayor) que intercediese con su padre, Marqués de Mondejar, presidente del Real Consejo de Castilla, para que se cumpliese su peticion, y los favoreciese como sus mayores, por lo que los sirvieron y reverenciaron siempre. Mal satisfechos de la última resolucion del Rey, quexosos del Marqués, sospechosos del Conde de que intercedió tibiamente con él, se valieron de la cancelería ó audiencia, cuidadosa en limitar el poder, autoridad y juridicion de los capitanes generales del reino de Granada, con ordinaria y secreta guerra de competencias interpretando cada uno conforme su ambicion las antiguas concordias establecidas de sus reyes entre ellos, estirando el general su cargo sin equidad, con las leyes militares defendido, y la audiencia ambiciosa de oficios ajenos y profesion de guerra, y de traer la mano por todo con su predomínio causando grandes inconvenientes por los celos de la division, como adelante se dirá. Por negociacion de los moriscos la Audiencia revocó una merced que de pedimento del reino concedió el Rey al Conde de Tendilla de dos mil ducados de ayuda de costa en cada un año, y él hizo renovar la cédula de prohibicion de traer armas los moriscos sin registro y señal del capitan general dada en el año mil y quinientos y cincuenta y tres. Y aunque hubo contradicion, pretendiendo quitar el conocimiento de las causas al capitan general y emendar lo que hacía, prevaleció la razon de la cédula, pasion del Conde, sujecion del registro y de su execucion. Desta poca conformidad nacieron daños bastantes á poner á España en peligro, en atencion á Europa y á Granada en lágrimas por los hombres señalados y particulares que en guerra cruel con diversidad de muertes y sucesos tristes perecieron.

CAPÍTULO V.

El Rey Católico resuelve el hacer jornada para recuperar á Trípol; la prevencion para ella y la de Dragut para su defensa.

Gobernaba en Sicilia el Duque de Medinaceli, gran señor en España, y en Nápoles D. Perafan de Ribera, primero Duque de Alcalá por merced del rey D. Filipe II, éste daba en la administracion del Estado gran satisfacion, no el otro por ser fatal Sicilia contra sus vireyes desde el año mil y cuatrocientos y noventa hasta el de ochenta y dos. Pariseto, gran maestre de la religion jerosolimitana, aspiraba á la recuperacion de la ciu-

dad de Tripol de Berbería que perdió el Valeta, y para informar al Rey de las causas y comodidades de la jornada asistia en la Córte el comendador Guimaranes, solícito, inteligente y de autoridad. Díxole:

«Que pues habia paz general, emplease sus armas contra los infieles en »Africa, donde Dragut, cosario astuto y osado crecia en opinion y poderío, »asistido de otros que en Trípol aseguraban sus personas, baxeles y robos, »peligro considerable de temer y de quitar á las islas de Malta, Cerdeña y »á Sicilia. Era la empresa de no dudosa vitoria, deliberando y executando »con velocidad y secreto en que consistia enteramente; porque Dragut »guerreaba en el reino del Caravan dentro bien en la Berbería, y en Tripol »habia de guarnicion solamente quinientos turcos, con pocos bastimentos »y municiones, el socorro de Soliman léxos, con dificultad en venir á »tiempo por tan largos y mal seguros mares; los moros de los Gelves pro- »metian ayuda para expeler al tirano, cobrar su libertad, vengar la muerte »de su Xeque, y el que nuevamente eligieron contra la voluntad de Dra- »gut y en su contra, por no estar sin cabeza para lo que pretendian, pedia »favor con que establecerse contra los temores y promesas que Dragut ha- »cia á los moros. El Rey del Caravan deseaba vengar sus daños recibidos »de Dragut, y todos por medio de sus amigos que iban y venian á la Go- »leta negociaban su socorro con el gobernador. Llaman los moros á Tripol »de Berbería Trebeliz, y otros Triplicada por las tres ciudades de Jafrano, »Abritano y Tepia, que contiene su muralla en las Sirtes asentada á la ri- »bera del mar lleno de bajíos, donde dicen la edificaron los romanos, y »otros que los fenices en memoria de Tripol de Soria. Tiene este reino al »poniente la provincia de Túnez, á Tramontana el Mediterráneo Sirtesio »desde la boca del rio Capes ó Triton hasta los confines de Mecellan, y »comprehende por esta parte toda la Sirte Menor, al mediodía Numidia y »Libia ó Sabata, donde fue Pentépolis ó Ceiret, y son los arenales. Ocu- »paron los godos á Tripol con seis meses de cerco, y los mahometanos alá- »rabes á ellos, y la destruyeron; mas los latinos la reedificaron con nombre »de Tarrabilis (dicen algunos geógrafos) en un llano arenoso, y la ciñeron »de muro más vistoso que fuerte. El campo lleva poco pan, porque el mar »cubre el que es frutífero, y muestra ruinas de edificios su calma, y la ciu- »dad huyendo fue al mediodía. Compitió en riqueza con Túnez, y era rei- »no en sus felices tiempos por la mayor contratacion, aunque inferior en »el número de sus habitadores, y le fue sujeta y rebelada y gobernada por »un criado de Abubac, y poblada de mercaderes. Conquistóla el conde Pe- »dro Navarro en el año de mil y quinientos y veintitres, con armada de Es- »paña, en que se perdió Rodas. Prendió al Rey, que truxeron los moros »de una ermita contra su voluntad, el emperador Cárlos V mandó le vol- »viesen á ella, y á los caballeros de la religion de San Juan que estaban en »Zaragoza de Sicilia dió á Tripol para su habitacion y defensa.»

El Duque de Medinaceli, por la estrecha amistad que tenía con el gran Maestre, por el bien público, por emulacion de Juan de Vega su antecesor, conquistador de la ciudad de África, deseaba serlo de Tripol, animado con la facilidad del hecho, cogiendo de improviso á Dragut. Resolvió la jornada el Rey, y escribió al príncipe Doria, general del mar, la encaminase con su prudencia y consejo, y al Duque de Medina que la persuadia hizo general della; y mandó que los vireyes de Italia le diesen la gente que les pidiese sin esperar otro mandato; dióle para que D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, las llevase á Mecina, porque la armada del turco baxaba á las marinas de Italia. El Duque de Medina hizo levas de italianos, juntó marineros, navíos, municiones, vitualla en Sicilia, Nápoles, Cerdeña por asiento con mercaderes, que la falsificaron de manera que dañó la salud y causó gran corrupcion y desperdicio. Llegó Piali á la Belona con la armada en el estrecho que hace el Adriático Ilírico, ó Libúrnico ó Alto, frontera de cabo de Otranto entre los montes Acroceraunos, que son de la Chumarra donde comienza el Jonio. Sabiendo que la armada del Rey de España estaba en Mecina despidió los cosarios y dió la vuelta á Constantinopla. El Duque de Medina escribió al Rey emplease su armada contra Tripol y mandó á los generales guardasen la órden que les diese el Duque, llevase las galeras Juan Andrea Doria, sobrino y lugarteniente del príncipe Andrea Doria, mozo brioso y mañoso inclinado á las cosas del mar, en cuyo manejo se habia criado. Don Juan de Mendoza por no estar á las órdenes de Juan Andrea, navegó la vuelta de España con sus galeras causando el mal suceso de la empresa, aunque Guimaranes le requirió guardase el órden del Rey y le protestó los daños, y lo mismo el Duque de Medinaceli. El Virey de Nápoles sin ver la vuelta de la armada turquesca no dió gente, ni el de Milan sabiendo la muerte del rey Enrique de Francia, hasta que por mandado del sucesor se executaron los capítulos de la paz y de su confirmacion. Las galeras del Pontífice y del Duque de Florencia estaban con las del Rey en Palermo con órden de ir á la jornada de Tripol. Pasóse el estío y parte del otoño, y el Príncipe acusaba la tardanza del Duque en el hacer las provisiones, porque la empresa fuera de los meses de Setiembre y Otubre era peligrosa, habiendo de ir armada real á lugares enemigos sin puertos, sino raros y baxos, y de la amistad de los moros no fiaba; y así convenia no aventurarla á la furia del mar entregada, y á la infidelidad de los confederados. Por esto no mandó quedar y seguir su estandarte como generalísimo á D. Juan de Mendoza, y le dexó libremente ir á España, pues tenía en su favor su autoridad y órden especial del Rey. El Duque decia, que por no arriesgar sus galeras no aprobaba la empresa, y para su execucion bastaba un mes; y los moros deseosos de su libertad y venganza, pedian la armada, y su necesidad y opresion los haria constantes en la amistad. Escribió á D. Alvaro de Sande le ayudase

á disponer la jornada, y con deseo de emplearse la facilitaba. En Milan solicitaba la conducta y saca de los españoles y alemanes que el Duque de Sesa habia de aviar, y levaba dos mil lombardos. Consumió en esto don Alvaro muchos dias, y al fin dos mil españoles pagados salieron con su maestre de campo Baraona y con otros tantos italianos D. Andrea Gonzaga, su coronel y maestre de campo general de toda la gente italiana de la armada, y tres compañías de alemanes de la coronelía del conde Juan Baptista del Arco para embarcarse en las galeras y naves que el príncipe Doria tenía aprestadas en la Specie. El Duque retuvo las que arribaban á Sicilia para embarcar la artillería, municiones, vitualla, gente, aprestos, máquinas. En el principio de Otubre en la muestra halló doce mil infantes bien armados, y dellos hizo maestre de campo general á D. Luis Osorio, porque este apellido en el favor del Rey era muy cabido.

Sucedió un accidente que perdió la jornada por demasiada curiosidad del gran Maestre de Malta. Envió dos fragatas á Berbería á espiar, para saber cómo pasaban las cosas, y la una incauta fue presa y llevada á Dragut que habia venido del Caravan vitorioso á reparar la alteracion de los Gelves, y la eleccion de nuevo jeque sin su consentimiento, y á matalla para la quietud de todos. Supo sería acometido presto, y metió en Tripol dos mil turcos escogidos y muchas municiones y mantenimientos volviendo difícil su expugnacion, y la jornada de los cristianos inútil, fundada en cogerle de repente. Tanto daña la tardanza en la execucion de las armas por más poderosos que sean los príncipes, ayudándose del arte y de la fortuna. Tenía Dragut un renegado calabrés nacido en Licastel, pueblo humilde en el cabo de le Colone, de padres pescadores y miserables nacido, en cuyo oficio le prendió Alí Amet, cosario renegado, griego, que fue virey XV de Argel, y le hizo turco. Fiando de su inteligencia y diligencia previno una galeota para envialle á Constantinopla armado y prevenido de cartas y dones para Piali, en que pedla le socorriese la armada de Soliman, para que no perdiese á Tripol, y con ella las esperanzas que su disposicion y comarca les prometian para las empresas que le habia ofrecido contra Malta, Cerdeña y Sicilia.

Junta la armada, contenia tres galeras del Pontífice á cargo de Flaminio de la Anguilara; cuatro del Duque de Florencia gobernadas de Nicolao Gentile; cuatro, una galeota y un navío bien artillado de Malta con setecientos sicilianos y malteses gobernados por cuarenta caballeros; del Rey habia treinta naves, veintitres galeotas y fragatas, diez galeras de Sicilia de que era general D. Berenguer de Requesens, caballero catalan; seis galeras de Nápoles á cargo de D. Sancho de Leiba, dos de Estefano de Mari, dos de Vindinelo Sauli, cinco de Antonio Doria con su capitan Cipion Doria su hijo: todas eran cincuenta y cuatro galeras y treinta naves, y entre mayores y menores cien velas, y en ellas catorce mil infan-

tes en treinta y siete compañías de españoles, treinta y cinco de italianos, cuatro de tudescos y dos de franceses por conduta del gran Maestre. Embarcados disminuian la vitualla, porque no partian, enfermaban, morian, se amotinaban por mala paga y ver entrar el invierno, embravecerse el mar de Sicilia sujeto á vientos meridionales, occidentales y setentrionales. A veintiocho de Otubre llegó el Duque á Zaragoza donde esperó viento para salir, y del mal pasar murieron cuatro mil personas, y así diez naves quedaron yermas. No se via en la marina sino enfermos y muertos de hambre sin sepultura. Esto causó la anticipada embarcacion y la maldad de los tratantes que hicieron el bizcocho de mala materia, falsificado, mal cocido, y así fácilmente se corrompió de manera que mataba la gente, y lo echaban podrido al mar. Los proveedores, pues en tanto que se come se vive, tengan cuidado con la abundancia y bondad de la comida viendo y reviendo especialmente el bizcocho cuando se labra, recibe, entrega á los patrones ó tenedores de bastimentos, pues hace su descuido mortandad mayor que el enemigo, y perder tiempo, dinero, reputacion á su príncipe, y la gente que costó mucho criar, enseñar y conducir para el bien comun. Los soldados de la compañía de D. Lope de Figueroa amotinados mataron algunos oficiales del galeon de Cigala y le robaron y huyeron, quedando solamente veinticuatro personas que apénas le podian gobernar. En otra nao la compañía de Vincencio Castañola tumultuó, robó la ropa, hirió su capitan, gobernada por su antojo.

A primero de Diciembre con favorables vientos salieron las naves de Zaragoza y llegaron á Cabo Pájaro encaminándose á la Seca de Palo sin tocar en Malta; y sobreviniendo la noche el viento las volvió al puerto. Queria remolcallas el Duque y pasó á Malta, y á dos de Diciembre la aferró. Allí consumió el tiempo y los bastimentos, y llegaron en conserva de un galeon que traia algunos en tres naves siete compañías de españoles enviados desde Taranto por el Duque de Alcalá. Las naves otra vez desde cabo Pájaro volvieron á Zaragoza por mal tiempo, mostrando que el cielo, el mar, los vientos contradecian la jornada intempestiva, amenazada de grandes infortunios, y los enemigos avisados y prevenidos. El Duque mandó venir allí los bastimentos de Cerdeña, marineros, pilotos, comitres, soldados de Sicilia para reparar la armada flaca por los muchos muertos.

CAPÍTULO VI.

En Roma eligen Pontífice; el Rey Católico recibe las bendiciones nupciales, y hace la Reina entrada en Toledo.

En Roma los Cardenales en el cónclavi estuvieron cuatro meses con grandes porfías y diferencias; y en el dia de la Natividad de Jesucristo Nuestro Señor, á las diez de la noche, por mano de los cardenales Farnese y Ferrara, parciales del Rey Católico, eligieron Pontífice al cardenal Juan Angelo de Médicis, hermano del Marqués de Marignano. Segun la usanza fue adorado y llevado al altar de San Pedro y confirmado con nombre de Pío IV, y hicieron en esta asuncion grandes fiestas, y en el dia de la Epifanía fue coronado. Dió gracias á los Carrafas por haber favorecido su eleccion, y les prometió su amparo y negociacion con el Rey Católico para que les diese la recompensa prometida, conforme á la capitulacion de la paz hecha con el pontífice Paulo IV. Algunos les dixeron no fiasen de Príncipe, pues el rey D. Hernando de Nápoles castigó los varones napolitanos recebidos debaxo de la seguridad de su padre D. Alonso y de la suya, del Sumo Pontífice, del Rey Católico, de venecianos y florentines, obligados particularmente á que se cumpliria el tratado. El papa Leon décimo mató á Paulo Ballon que expelió de Perosa á su sobrino, aunque le habia dado seguro, y á sus amigos. Enrique VII, rey de Inglaterra, recibió de las manos del archiduque Filipe al Duque de Susolch con promesa de no ofendelle; mas Enrique VIII, su hijo, le cortó la cabeza diciendo no estaba obligado á cumplir las promesas de su padre.

(1) Partió la reina de España de París, acompañada de Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y pasando los Pirineos por San Juan de Piedepuerto, la entregó en las vertientes de España, en la villa de Roncesvalles, á cuatro de Enero de mil y quinientos y sesenta al cardenal de Búrgos, Don Francisco de Mendoza, y á D. Iñigo Lopez de Mendoza, cuarto duque del Infantado, que á su recebimiento y acompañamiento magnífico y suntuoso vinieron á Navarra con gasto y grandeza verdaderamente real. El Rey partió de Toledo con muchos grandes y señores para Guadalaxara á recebir las bendiciones nupciales en ella, y se aposentó en el palacio del Duque. A dos de Hebrero veló á los Reyes el Cardenal de Búrgos, siendo padrinos el príncipe D. Cárlos y la princesa doña Juana, y el Rey de treinta y tres

(1) Año 1560, y el quinto del reinado de Don Filipe.

años, nueve meses y veinte dias, y la Reina de deciocho años, nueve meses y deciocho dias, pequeña de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo el rostro trigueño, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho; y fue llamada de la Paz por la que hicieron las dos Coronas. Fueron las fiestas muchas y grandes, mostrando la riqueza y grandeza de aquella antigua y nobilísima familia que hizo servicios ecelentes en la guerra y en la paz de grande honor y utilidad desta Corona. Partió el Rey para Toledo, y desde Alcalá de Henáres mandó volver á descansar al Duque, dándole gracias del buen servicio, imitando á sus progenitores ilustres y emulando su valor y merecimientos.

La ciudad de Toledo se dispuso para el recebimiento con aparato rico y solene, porque en aquel tiempo podia ser, como era cabeza de España, de toda Europa. Habia ocho compañías de infantería en la vega en escuadron costosamente vestidos y armados en número de tres mil hombres, y cien caballos con jaeces bordados á la morisca, vestidos de varios colores y telas la mitad, y la otra á la húngara, con sus estandartes y instrumentos de guerra, y en llegando la Reina escaramuzaron con la infantería gran rato dando y recibiendo cargas reciamente, y llevaron la vanguardia del acompañamiento hasta el Alcázar, antigua morada de los reyes. Seguian luégo danzas de hermosísimas doncellas de la Sagra, y las de espadas, antigua invencion de españoles, la de los maestros de esgrima con sus montantes en extremo bizarros, otras de gitanas y de veinticuatro á la morisca con gran ruido de atabalejos, dulzainas, gaitillas y jabegas. Venian de la justicia de la Hermandad, cuchillo contra asasinos y monfis y seguro de los caminos, veinticuatro gentiles hombres vestidos de terciopelo verde con pasamanos de oro y capas de terciopelo negro con muchas joyas, y detras veinticuatro ministros deste tribunal con su pendon verde; luégo ciento y treinta y ocho de la casa de la moneda con otro carmesí, vestidos de terciopelo con pasamanos de oro con sus insignias, armas reales y monedas diferentes; seguian cuarenta vestidos de paño rojo la mitad con bonetes azules de clérigos, con una flor de lis encima y cetros dorados del hospital de la Piedad con estandarte azul, y cantaban con gran concierto bien compuestas canciones en loa de la Reina y de su felicísima venida, y con maneras de canto imitando maravillosamente las aves con gran propiedad. Detras iban seis mascaradas de salvajes, y los oficiales del Santo Oficio de la Inquisicion con su estandarte morado en buenos caballos y bordadas en los pechos las armas reales. Seguia la Universidad con sus graduados y ochenta canónigos y dignidades de la santa Iglesia, vestidos de terciopelo carmesí con becas de tafetan, con sus pertigueros y maceros delante, y sesenta caballeros de las Ordenes militares, y los Consejos con su precedencia con el Marqués de Mondexar, presidente de Castilla, y el Duque de Francavila con el de Italia. En la puerta

Visagra ó Viasagrada habia un arco triunfal de tres órdenes segun arte, con muchas figuras morales de várias significaciones de la iconología, historiales y fabulosas. Allí besaron la mano á la Reina los ministros y la ciudad, y sobre un aquinea blanco entró debaxo del pálio de brocado con las goteras bordadas, y en los escudos una F y una I, primeras letras del nombre de Filipe y de Isabel. Lleváronle sesenta regidores y jurados por mitad, éstos con gramallas de terciopelo azul, forradas en tela de oro, y el vestido amarillo, y los regidores las gramallas de brocado, forrado en felpa encarnada, y el vestido blanco. Antes de entrar por la puerta llegaron el Conde de Fuensalida, alcalde mayor perpétuo de Toledo, y el Duque de Maqueda, alguacil mayor, y el Conde de Orgaz, y tomaron juramento á la Reina de guardar los privilegios de la ciudad. Acompañábanla el Cardenal de Búrgos, el Almirante de Castilla, los Duques de Alba, Infantado, Escalona, Branzuich, el Príncipe de Sulmona, napolitano, el Conde de Benavente, el de Ureña, el Marqués de Comares, el de las Navas, el Conde de Aguilar, el de Tendilla y otros muchos señores. En subiendo á la ciudad habia otro arco de los espaderos y herreros, costoso y curioso por sus inscripciones elógicas en lengua latina, griega y castellana, con figuras poéticas y historiales en buena y propia significacion. En la entrada del santísimo y ecelentísimo templo estaba otro arco grande y grave bien estatuado, y en la puerta del Perdon se apeó la Reina y entró á dar gracias á Dios de su felicidad, llevándola del brazo el Cardenal de Búrgos. La iglesia, como eminente en santidad y riqueza, tuvo luminaria y curiosas danzas, y la de los gigantes, antigüedad que siempre parece bien. El Rey anduvo disfrazado con algunos de su gracia y cámara viendo la vistosa y alegre entrada, por la mucha hermosura que habia de las damas de la ciudad y córte, el adorno de los miradores y calles, las libreas costosas y várias y muchas, que todo hacía un florido campo ó lienzo de Flandres. Subió al Alcázar con gran triunfo y júbilo, en cuya plaza estaban las estatuas de Hércules, Gerion y Caco con buenos epitafios, llenos de instrumentos de fuego, que por sus dias volaron con admiracion y placer del pueblo. La princesa doña Juana la recibió y el príncipe D. Cárlos con las señoras, grandes y títulos con salva de todos instrumentos, aplauso y vocería del palacio. Las fiestas fueron delante del hospital del Cardenal Tavera, y el Rey entró en el torneo de á pié, justa de á caballo, juego de cañas, saraos y mascaradas; fueran por muchos más dias continuadas si la Reina no enfermára de viruelas. Mostraron los señores españoles y extranjeros no solamente gran valor de sus personas mas el gran poder de sus Estados.

CAPÍTULO VII.

El órden con que fue jurado el Príncipe D. Cárlos en Toledo.

Viendo el Rey ya congregados los prelados, grandes, títulos, ricos hombres y procuradores de las ciudades, tres estados del reino, le pareció jurasen por Príncipe sucesor de su monarquía á su hijo Cárlos, homenaje que dicen se hace porque de presente da nuevo derecho, y en lo venidero aprovecha para el pleito que se moviere sobre la sucesion, segun se tenía en uso desde el año mil y docientos y setenta y seis, en que juraron en las Córtes de Segovia al bravo rey D. Sancho el cuarto contra su sobrino Don Hernando pretendiente del reino; con que se han evitado grandes rompimientos y guerras destos reinos apretados del vínculo y juramento que hicieron á los poseedores dellos. El título de Príncipe dió el primero á su hijo el infante D. Enrique el Rey D. Juan el primero en Castilla, y fue de Astúrias, y el primero que tuvieron los Reyes despues de la restauracion de España, cuando le casó en Inglaterra con doña Catalina hija de Juan de Gante de Lencastre hijo del rey Eduardo III; porque así llamaban en aquel reino al primogénito desde el año mil y docientos y cincuenta y seis, cuando casó en España Eduardo hijo del rey D. Enrique III con doña Leonor infanta de Castilla, y cesó el título de Infantes que en el año mil y treinta y cuatro comenzó. Para hacer esta sublimacion el señor rey D. Juan I sentó á su hijo en trono Real, vistióle manto y puso chapeo, y en la mano vara de oro, dióle paz, y llamóle Príncipe de Astúrias, que sinifica el que ocupa el primero lugar, ó como César ó compañero en el gobierno. Cuando se introduxo la sucesion en el reino de Castilla por derecho de sangre de padre á hijo, ó hija, ó hermano, en el rey Don Ramiro sobrino de D. Alonso el Casto para establecer la nueva manera de sucesion, hizo compañeros en el reino á sus hijos los señores infantes D. Ordoño y D. García, y llamarlos Reyes como hicieron los godos, imitando la creacion de los Césares por los Emperadores á los que los habian de suceder. Accion peligrosa, porque habiendo Enrique Rey de Inglaterra, hijo de Guillermo el Conquistador, hecho coronar en su vida y llamar rey de Inglaterra á Enrique su hijo mayor, poco despues le quiso igualar como en el título en el gobierno, y sus diferencias arruináran la isla si el padre no sobreviviera al hijo. Hugo Capeto luégo que se hizo rey de Francia por asegurar el Estado de su hijo Roberto, y éste en Enrique y éste en Filipe los hicieron coronar y llamar reyes en su vida, y Chan-

gecio rey de Tartaria, á su hijo mayor Hocota; exemplos peligrosos para imitar, y más si hay ambicion, porque siempre se mira al levantar del sol, si ya no tiene otro reino, como Seleuco cuando le dió á su hijo. Don Cárlos era el XV en el título de Astúrias, y porque su juramento fuese solenizado con la autoridad de la santa madre Iglesia, ordenó el Rey al Cabildo de la de Toledo se previniese para su celebracion en el dia veintidos de Hebrero, juéves último del carnal, fiesta de la cátedra de San Pedro, en el catorceno año de la edad del Príncipe siete meses y trece dias. El Cabildo previno su capilla mayor con tanta grandeza, riqueza, autoridad que correspondia á lo que en sí mismo es, y el Pontifical era tan ecelente que Pontífice no le tuvo igual en su consagracion y coronacion. El cardenal D. Francisco de Mendoza, obispo de Búrgos, que habia de decir la misa, llegó acompañado de su familia y de muchos caballeros y canónigos, y en el altar halló los Arzobispos de Sevilla y Granada, y los obispos de Avila y Pamplona, vestidos de pontifical, y saludados con mucha gracia y cortesía se asentó en su sitial en silla alta y se vistió, y tambien D. Fernando de Mendoza, su hermano, arcediano de Toledo, y el Maestreescuela y el Arcediano de Segovia de diácono, y D. Pedro Pacheco para subdiácono. La Princesa de Portugal vino en litera vestida de negro con alguna guarnicion, piedras y perlas en el tocado y manos, y las damas nunca salieron tan costosamente vestidas y preciosamente enjoyadas en acto solene como éste, y contentas por venir sin las francesas, que por estar la Reina con viruelas enferma no lucieron en la solenidad. Delante de la Princesa venía Don Cárlos á su juramento, con mal color de cuartanario, en un caballo blanco con rico guarnimiento y gualdrapa de oro y plata bordado sobre tela de oro parda como el vestido galan con muchos botones de perlas y diamantes. A su siniestra le acompañaba D. Juan de Austria, su tio, con ropon y vestido de terciopelo carmesí bordado de cañutillo de oro y plata, airoso y lucido. Delante iban el Príncipe de Parma, el Almirante de Castilla, los Condes de Benavente y Urueña, los Duques de Najara, Alba, Francavila, los Marqueses de Villena, Denia, del Cenete, Mondexar, Comares, el Maestre de Montesa, los dos Priores de San Juan de Castilla y Leon, y otros muchos títulos con ornamento tan rico y lucido que habia gualdrapas de dos mil ducados de costa sin computar valor de piedras, bordadas como los vestidos de cañutillo, dexando la chapería de oro, que es lo más galan y vistoso, por de granjería y ménos costa, contentando al Príncipe que gustaba mucho dello. El Rey, con ropon de terciopelo negro forrado en martas y con muchos botones de diamantes, y el vestido amarillo bordado con cordoncillos pardos y amarillos, venía á caballo precediéndole los cuatro reyes de armas y cuatro ballesteros y maceros, y el Conde de Oropesa más cercano á Su Majestad con el estoque al hombro descubierto. Habíale suplicado que por ser enfermo y el tiempo frio le permitiese llevar

un bonetillo, y túvolo por bien. Advirtiendo en que era alto y enjoyado le mandó descubrir, aunque se defendia con la gracia hecha, por que no pareciese grande. Despues que truxo el cuerpo del Emperador desde el monasterio de San Justo al de San Lorenzo el Real, le mandó cubrir en el año de mil y quinientos y setenta y siete en Madrid. No dexaba usurpar preeminencia ni lugar que no tocase al oficio ó calidad, aunque retardára el hecho.

Celebrada la misa con la solenidad de música de instrumentos y voces de la capilla Real y santa iglesia, guardadas las ceremonias conforme al Pontifical Romano, representada la mayor autoridad y presencia digna de toda veneracion, dixo un rey de armas en alta voz: «Los que han de jurar á Su Alteza vayan á sus asientos.» Los Prelados fueron al estrado en el espacio de cincuenta pasos que hay desde la puerta del Perdon hasta el trascoro de los canónigos, que tomaba todo el ancho de la nave cercado de palenque y adornado de paños de brocado de la misma iglesia. Sentóse el Príncipe en el medio de su padre y tia, y en silla rasa D. Juan su tio un poco más baxo, y cerca los Embaxadores, y luégo los Grandes y los ricos hombres y los procuradores de las ciudades. El Conde de Oropesa con el estoque al hombro dixo á la Princesa habia de ser la primera en jurar á Su Alteza. Y el Licenciado Menchaca, oidor de la Cámara, leyó en voz alta un papel que contenia la forma del juramento; y la Princesa se levantó, y acompañada del Rey y Príncipe hasta fuera de la cortina llegó al estrado donde el Cardenal estaba, y arrodillada y puesta su mano sobre los Evangelios y una cruz juró de obedecer al Príncipe D. Cárlos y tenerle por heredero legítimo destos reinos, y fué á besarle la mano luégo, y él la abrazó y no se la quiso dar. Menchaca en alta voz llamó al ilustrísimo D. Juan de Austria hijo natural del Emperador Rey de España, y hecho su juramento con reverencia baxa pidió la mano á Su Alteza, y con porfía al fin se la besó. Luégo juraron los prelados, y el Príncipe no les quiso dar la mano, y los Grandes continuaron como estaban sentados, y los demas que les tocaba por el llamamiento del Rey, jurando de obedecer á su hijo como á legítimo heredero destos reinos, y como á tal serville, obedecelle, defendelle con sus personas y haciendas, parientes y allegados. El Duque de Alba, que habia gobernado el acto con el baston al hombro, fué el postrero en jurar, y olvidado de ir á besar la mano, porque el Príncipe le miró con enfado, fué y dió su disculpa y le abrazó Su Alteza. El Arzobispo de Sevilla tomó el juramento al de Búrgos; D. Juan de Austria al Príncipe su sobrino de guardar los fueros y leyes destos reinos, mantenerlos en paz y justicia, defender la fé católica con su persona y hacienda, y con todas fuerzas. Teniendo ya la Reina mejoría continuaron las fiestas que cesaron por su enfermedad, y el Conde de Benavente y D. Luis Mendez de Haro mantuvieron un torneo en el patio de Palacio; y el de á caballo

se combatió en el primero domingo de cuaresma, que en sucesos de caballería y aparato fue suntuosísimo y célebre. En el domingo de carnestolendas se habia celebrado auto de inquisicion, hubo penitentes, los más culpados extranjeros, y uno criado del Duque de Branzuich, y enviado por él para que fuese castigádo; y pareció conveniente, porque habia algunos sospechosos entre alemanes, flamencos y franceses, y para que temiesen y se reformasen. La prision del Arzobispo de Toledo continuaba, y sus voceros daban priesa á la causa, y se decia que recusaban de los jueces della al Cardenal de Sevilla, al Obispo de Avila, y al Licenciado Andres Perez.

El Pontífice formó su casa, dió principio á su gobierno, envió su capelo al Duque de Florencia para su hijo D. Fernando de Médicis, agradeciendo el deseo y solicitud que tuvo en su eleccion, y le dió la iglesia de Pisa mudando al Cardenal de Reviva á la de Troya. Otros capelos dió á sus sobrinos, hijos de hermanos, y al abad Borromeo, y al Obispo de Espoleto de la familia de Servellon. Dixo habia de ir á Milan, su patria, y verse con el Duque de Florencia, y comunicar muchas cosas importantes á la Iglesia y á Italia. Deseaba engrandecer su casa por no faltar á la ambicion de su predecesor en esto, y daba cuanto podia al Cardenal Nepote; y al Conde Federico Borromeo hizo General de la caballería, aventajándole á otros sobrinos, y dexábales el cuidado de los negocios más graves. Hizo castellano de San Angel á otro sobrino, y á Gabrio Servellon, capitan de su guardia; al Cardenal de Ferrara, que renunciase el Arzobispado de Milan en Borromeo; á Moron el de Novara en el Cardenal Servellon. Al conde Federico concertó de casar con Virginia hija mayor del Duque de Urbino, con promesa de restituirla el ducado de Camerino, que fué de su madre; una hermana del Conde con D. César Gonzaga, príncipe de Molfeta, hijo de D. Ferrante, y otra con el hijo del Conde de Conza. Truxo á Doña Virginia á Belveder, hija de la Duquesa de Camerino, primera mujer del Duque de Urbino, y gozó su Estado en vida del padre, y en su muerte el Pontífice Paulo III por la de Francisco María, por ser el Duque de Urbino niño, le dió á su hijo Pedro Luis Farnese, y poco despues le permutó por Piazenza y Parma, diciendo era útil á la Iglesia, con aprobacion y firma de todo el Colegio de Cardenales, pero no le dió la investidura Pio IV á Virginia, porque murió Borromeo brevemente, y casó ella en Nápoles con el Duque de Gravina, de la casa Ursina. Luégo envió al obispo de Tarracina por Nuncio al Rey Católico para que le pidiese el cumplimiento de lo que su Embaxador prometió en el cónclavi á los Carrafas y en Galese, y restituyó sus lugares al Marqués de Montebelo, para tenerlos asegurados y en esperanza. Todo fué tan apriesa como si le faltára tiempo para engrandecer su casa, y llegára al Pontificado sólo para ello, y atender á las comodidades humanas cuando padecia la religion y era necesario ayudalla. Si los príncipes se persuadiesen son ministros de Dios para conservar y au-

mentar su monarquía eclesiástsca, llevaria esta parte los cuidados; mas en llegando á estado superior los obispos dicen que descansan de sus trabajos, cuando comienzan los verdaderos y necesarios; y así Pío se daba á placeres, y cuidaba solamente del provecho de sus sobrinos.

CAPÍTULO VIII.

Pérdida del armada cristiana en los Gelves.

El Duque de Medinaceli á diez de Hebrero salió del puerto de Marzaxalo en la isla de Malta, y derecho al Secaño de Palo entre los Gelves y Tripol navegó, y arribó á la isla Lampadosa ochenta millas de la del Gozo, y á la de los Querquenes y á los Gelves, y pasando á la boca del canal de Alcántara, costeando la isla entre ella y la Tierra Firme, hácia levante halló dos naves de Alexandría cargadas de mercaderías y tomólas, y no un galeon y una galeota como pudieran, que estaban en el canal aprestadas de Dragut para enviar aviso á Constantinopla del arribo de la armada. Para ir á Tripol determinó hacer agua junto al castillo de la isla, y que D. Álvaro de Sande formase escuadron de tres mil soldados para la seguridad. Hizo el agua, retiniendo los moros de Dragut, que cargaron con muerte de ciento y cincuenta y siete cristianos y treinta heridos con D. Álvaro. Pasó al Secaño de Palo, donde los más principales de la isla le dixeron entrase en ella atnigo, metiese en posesien á Mazaud, que habia venido de la Goleta por su nuevo Xeque, expeliese los turcos con la prision de Dragut, que estaba allí con docientos caballos, ochocientos tiradores y diez mil moros, y brevemente hecho como podia pasase á Tripol, para cuya conquista todos ayudarian, y el Rey del Caravan se declararia con ellos. Quince dias gastó en conferir sobre ello. Unos querian en el Consejo volver á Sicilia (y no mal advertidos); pues Tripol estaba en defensa, porque la gente adolecia y moria, y no sólo comun, pues Juan Andrea Doria y Pedro Machiaveli, comisario de las galeras de Florencia, estaban en peligro, y habian fallecido cuatro caballeros de San Juan. Menguaba la vitualla; volvieron á Sicilia naves; la Imperial dió al traves en un bajío, y apénas salvó la gente y ropa. Parecia la jornada fatal, pues desde su principio se disponia en todo tan mal. Otros querian ocupar los Gelves, para con su ayuda en el otoño venidero acometer á Tripol; otros el sitialle en llegando las naves y galeras que faltaban. Á la Roqueta llegaron en tanto cuatro galeras de Malta, dos de Monaco, las patronas del Doria y de Sicilia, y para hacer agua echaron gente en tierra con mal órden, por competencia sobre quién habia de ser cabeza. Yerro grande en tal necesidad

si no se sortea. Los moros alborotados, deseosos de vengar sus muertos, viendo la mayor parte de la gente embarcada, y las galeras la proa al mar, mataron y prendieron ochenta con los capitanes españoles D. Alonso de Guzman, Antonio Mercado y Adrian García, Pedro Venegas y Pedro Bermudez. Dolió mucho al Duque esto, y no haber seguido el parecer de los gelvinos en acometer á Dragut en su isla. Viendo el tiempo borrascoso para la baxa playa de Tripol, y contrario al navegar á ella, y que el Rey del Caravan estaba bien adentro retirado, cansado de esperar la armada cerca de Tripol por muchos dias, determinó ganar los Gelves, en tanto que mejoraba el tiempo para sitiar á Tripol reciamente, fiando algo de la amistad de los moros (tarde ya), porque el Jeque se reconcilió con los inobedientes y queria impedir la desembarcacion. Concertó con algunos cabos de alárabes de paz servirian á sueldo con cuatrocientos caballos.

«La isla de los Gelves, llamada Menice por una ciudad deste nombre, »cuyas ruinas parecen, y de Ptolemeo Lotofagine en treinta y nueve gra»dos y treinta minutos de longitud, y treinta y un grados y veinte minutos »de latitud, está pegada con la Africa, y es llana y arenosa, y boxa seis »leguas poblada de caserías, pocas aldeas, y falta de pan y ganado. Tiene »en la marina una fuerte torre edificada por los catalanes cuando señorea»ron la isla en el año de mil y docientos y ochenta y cuatro, donde vive »el Jeque con alguna poblacion, y acuden mercaderes. Destruyeron á Me»nice los mahometanos en el tiempo que á Tripol y Capes. El Conde Pe»dro Navarro cuando ganó á Tripol en la recuperacion de los Gelves fué »desbaratado, y dexó captiva y muerta mucha gente con D. García de To»ledo, hijo del Duque de Alba.»

A dos de Marzo partió el Duque y llegó á los Secaños, y con mal tiempo estuvo cuatro dias sin desembarcar. Hechas puentes donde llegasen los esquifes para que la gente no saliese mojada por ser baxo el mar, echó en la primera desembarcacion tres mil infantes, la mayor parte españoles, dos leguas del castillo al poniente, cerca de Valguanera, torre Gigti en árabe, donde habia pozos y lagunas de agua llovediza. Hizo el escuadron Don Álvaro de Sande, y el sargento mayor Antonio de Olivera, guarnecido de sus mangas de arcabucería, y aseguró la salida á tierra del exército. Formados los demas iban con los franceses las cuatro compañías de alemanes, y los caballeros de San Juan guiados de su General en número de dos mil. En el segundo tres mil italianos con D. Andrea Gonzaga. En el tercero tres mil y quinientos españoles, á la diestra seiscientos arcabuceros á cargo de D. Luis Osorio, á la siniestra ochocientos italianos con Quirico Espínola y con cuatro piezas de batir. Caminaron sin topar sino dos moros mensajeros del Jeque, que de su parte le dixeron le entregaron el castillo los turcos, y era servidor del Rey de España, y así volviese las armas contra Tripol, porque le ayudaría con las suyas y con mantenimientos. El

Duque, conociendo la malicia, respondió le pesaba de no lo haber sabido ántes, porque pasaba al otro aloxamiento, cerca del castillo, donde se verian, si le placiese. En el siguiente dia fué á Esdrun, cinco millas de Gigti y dos del castillo, y limpió doce pozos que cegaron los moros, y recibió otro segundo mensaje de Mazaud. Éste acometió al Duque furiosamente sin temor, aunque caian muertos como bestias los moros; pero huyeron á un bosque por la parte donde estaba D. Luis Osorio, quedando muertos trescientos y heridos quinientos, y pocos de los del Duque, con los capitanes Gregorio Ruiz, Bartolomé Gonzalez y Frias. No siguió el alcance por no acabar de quitar la esperanza de amistad á los gelveinos, pero vió presto su error. Limpió los pozos, dispuso su aloxamiento en torno, y las guardias convenientes y trincheas, asegurándole de repentina acometida, y ganando campo libre para acometer el castillo. Los moros pidieron por medio de Aidmet Beises, viejo de autoridad, tomase el Duque en proteccion la isla, se pacificase con sus habitadores, que serian fieles á él y á su Rey obedientes. Caminó contra el castillo, y Aimet le pidió otra vez capitulase con Mazaud, y hízose así: «Los moros serán fieles; »darán el tributo al Rey de España, que dan á Soliman, sultan de los tur»cos; entrase el Duque en el castillo, se retirase el Jeque donde eligiese, y »echóse bando de seguridad de una y otra parte.»

A catorce de Marzo el maestre de campo Baraona y el capitan Jerónimo de la Cerda y el Duque y Juan Andrea metieron dos compañías de españoles en el castillo; y todos juntos en el consejo con D. Alvaro de Sande, D. Andrea Gonzaga, y Flaminio de la Anguilara determinaron fortificarle bien para quitar el refugio á los cosarios y mantener en amistad al Jeque. Hecha la planta por el ingeniero Antonio Conte en forma cuadra, con cuatro grandes baluartes, juntos los materiales y muchos camellos con que traer tierra y greda para los bastiones, se dió principio á la fábrica, repartiendo un baluarte á los de Malta, otro á los italianos, otro á los españoles, el cuarto al Doria con la gente de mar, y las cortinas á otros, y el abrir los fosos á los alemanes. Repararon el castillo, llenaron las cisternas de agua, metieron artillería y gente de guarnicion. La enfermedad continuaba por el mal aire de la isla, y faltaban bastimentos, aunque habia mercado cada dia. En Constantinopla, Piali en ocho dias armó setenta y cuatro galeras reforzadas, y metió en cada una cien genízaros sobresalientes y llegó á Navarino. Desta salida llegó aviso á Africa y á Italia, y el Virey de Nápoles envió á D. Hernando Zapata al Duque de Medinaceli pidiendo su infantería, y el Gran Maestre retiró sus galeras para proveer sus plazas si fuese acometida Malta. A veintinueve de Abril llegaron diez galeras y el galeon de Cigala, y cuatro naves con mil sicilianos y vitualla, y sobre lo que se habia de hacer en el consejo, se consultó. Á unos parecia bien el esperar al enemigo prevenidos para combatir, con-

fiando en la buena gente; contraponian la falta del agua, venir los turcos descansados y prevenidos contra los fatigados y de la enfermedad áun no restaurados, menesterosos de muchas cosas; otros querian se esperase en el mar y pusiesen en batalla las galeras, y á su abrigo en los costados las fustas, galeotas y bergantines bien armados, las naves en dos escuadrones á la diestra y siniestra, remolcándolas si contrariase el tiempo, estando en la ventaja de recebir al enemigo dexándole embestir, pues no acometeria dándoles comodidad de salvarse con más reputacion, pues á peor no podian venir que á ser muertos y esclavos de bárbaros, vengando sus daños en ellos con sangrientas manos, tentando la fortuna de la batalla sería más gloriosa pérdida con las armas, que con la ciega y torpe fuga ser cazados como los brutos. Á esto contrariaba el viento, el mar alto, no poder las naves moverse juntas para ordenarse, sino saliendo á lo largo. Al Doria parecia que si las galeras de España estuvieran allí, la vitoria era cierta, y así importaba conservar la armada, y segura navegar á Sicilia, embarcando la gente sin confusion, y protestó los daños que de no hacerlo hubiese. Otros querian se retuviese al rey del Caravan que vino á ver al Duque y á su gente, y que pagase gruesa talla por su rescate, robasen la ropa y vecinos de la isla, y volviesen á Sicilia. Don Alvaro de Sande, que disponia las cosas á su gusto, no creia la venida de la armada enemiga, á lo ménos tan en breve como se persuadian el Doria y Guimaranes, y daban priesa al fuerte y á meterle bastimentos y municiones, á embarcar los enfermos, de que habia buen número, aunque habian muerto en la jornada siete mil personas, y la artillería y municiones en las naves. Á los cinco de Mayo el Jeque habló al Duque, juró fidelidad y dar el tributo de seis mil escudos, un camello, cuatro avestruces, cuatro halcones en cada un año, y recibió el estandarte del Rey de España y entregó el de Dragut.

Á los ocho de Mayo Piali llegó al Gozo, hizo agua y carne; pasó á Lampadosa y á los Querquenes con borrasca; envió dos galeotas á los Esfacos á saber nueva de la armada de Sicilia, y refirieron fortificaba el castillo de los Gelves con doce mil hombres, y tenía cincuenta y tres galeras, tres galeotas y treinta y cuatro navíos. Partió tan temeroso, que llevaba delante la galeota de Aluch-Alí, y la de Cara Mustafá descubriendo, y fué á Tripol. De todo avisó una fragata del Gran Maestre, y señaló el Duque la partida para los doce de Mayo, porque si la armada navegó á Tripol no llegaria tan presto á los Gelves, y en tanto con comodidad recogerian la gente y velanzarian para Sicilia; y las naves, vergas en alto y las velas enjuncadas, esperasen la señal de partida. Piali volvió á los Gelves temeroso y poco determinado á embestir á los cristianos, mas Aluch-Alí le animó y persuadió el pelear, y le aseguró la vitoria por ser superior en el número de las galeras, y en tener su gente fresca y unida. Envió el Duque á Cipion Doria á descubrir y hacer la guardia, y con el

dia y próspero viento vió venir los turcos, y enviando la señal de aviso con disparar una pieza, encomendó su salvamento á la huida. La gente del mar al punto se puso en desórden, confusion, espanto, por no haber podido salir de los baxíos sus baxeles por el viento contrario, y no cansar la chusma, con que se pudieran salvar, y así se echaban al agua para librarse en la isla, fiando en que los moros eran amigos. Pero engañáronse mucho, porque faltando al juramento y no á su mutabilidad y acostumbrada infidelidad natural, siguieron la nueva fortuna; y estaban retirados por una refriega que en el mercado hubo. Don Alvaro de Sande vino con buena arcabucería á recoger los que desembarcaron. El Duque, acusado de su protervia, con los daños presentes y de su conciencia por no haber seguido el parecer de retirarse, envió al Infante de Túnez, al Rey del Caravan y al Jeque, pidiéndoles la guarda de la promesa y jurada amistad. El Rey ocultamente se partió, el Jeque se inclinó á los turcos que le podian quitar la isla. La armada cristiana andaba por el mar, y por su mal rota y con miserable vista perseguida de los turcos, echando al fondo aquí un navío, allí otro embestido, puesta la mira en las galeras que á viva fuerza llevadas del miedo iban huyendo. Juan Andrea Doria, lamentando la antevista desventura, culpando la tardanza y poca experiencia del Duque, y esperanza de salvarse, embistió con su galera Real en la isla, mil pasos léxos del fuerte, y en saliendo á tierra los esclavos y forzados se entregaron al enemigo. Otras siete galeras se recogieron debaxo del fuerte con algunas galeotas, que por vileza no se atrevieron á defender su Real capitana, ó á quemarla. Tomó Piali decinueve galeras; pero las que siguieron con buen ánimo al caballero Antonio Maldonado con el beneficio del mar se salvaron con Cipion Doria, y fueron los capitanes del Pontifice, Florencia, Saboya, Génova y particulares. Las naves, tardas y graves, sin desplegar las velas para buscar su libertad, inhábiles con el espanto y turbacion, fueron entradas de los turcos con miserable estrago. Increible parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máquinas, baxeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la vitoria tan sin sangre alcanzada con infamia de los cristianos; porque si las naves y las galeras (como el uso de la guerra de mar enseña) esperáran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó le costára la vitoria tanto, que no se atreviera á sitiar el fuerte y se salvára la guarnicion. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿y qué no pone en confusion? ¿y qué no mete en peligro la ambicion, la satisfacion, la poca prática, como la del Duque de lamentable memoria para España? Si supiera que las armadas del turco por Mayo vienen á Poniente para tener tiempo de obrar en el estío y retirarse en otoño á descansar, midiérale para creer que podia estar sobre él, como lo certificaban los vireyes con los avisos, y los expertos con los consejos y pronósticos de su pruden-

cia. El Duque, temiendo á Piali por la vitoria atrevido, nombró por general de la isla á D. Alvaro de Sande, y le encargó la defensa del fuerte hasta ser socorrido con la arte ó con la fuerza, con las ayudas de Italia y de España. Embarcóse con Juan Andrea en una fragata, y otras personas señaladas en otras, y salieron de noche del canal bien apartados de la armada de levante, aunque habia grueso mar, y llegaron á Malta y en sus galeras á Sicilia. Desto avisó el Gran Maestre á D. Alvaro, y cómo partió Guimaranes á España á traer las galeras con toda diligencia y brevedad. Metió en el castillo mucha faxina y leña, asoló las casas cercanas, profundó los fosos, fortificó las murallas, ciñóla de fuerte trinchea para que no fuese ofendida la gente, y esperó el cerco.

CAPÍTULO IX.

Prende Pío IV al Cardenal Carrafa y á su hermano, y el Rey Católico asienta su córte en la villa de Madrid.

Viendo Pío IV que el Obispo de Tarracina se detenia en la córte de España en sacar la recompensa para los Carrafas, reforzó su negociacion con la diligencia de Fabricio de Sangurne, que en el pontificado de Paulo IV negoció mucho tiempo. Como las voluntades de los Príncipes andan sobre los quicios de sus varios antojos, y tienen dependencias de las ajenas muchas veces por su interes, ya pesaba á Pío de la solicitud cuidadosa puesta para bien de los Carrafas, y los dañó su arrepentimiento procedido de la satisfacion que el Rey de España pretendia tomar de esta familia su aborrecida sumamente con deseo de extinguirla. Vino á Roma el Conde de Montorio permisivamente, porque pidió salvo-conducto á Pío, y dixo sólo viniese si lo deseaba. Émulos y enemigos persuadieron á Pío anulase el breve de la absolucion y liberatoria dado en cónclavi al Cardenal Carrafa. Llamó á consistorio en su cámara, y al entrar en ella le detuvo y al Cardenal de Nápoles, Gabrio Servellon, y los llevó al castillo presos, por el corredor que va desde palacio á él, repitiendo el Carrafa: *Tal merece quien á Médicis hizo Pontífice.* En el mismo tiempo fueron presos el Conde de Montorio y el Conde de Alife y D. Leonardo de Cárdenas, sus cuñados, y puestos en el castillo, procesados y remitidos á algunos Cardenales y Auditores de la Rota para ver su ofensa y defensa, y juzgarlos segun derecho. Prendieron al Cardenal de Monte á peticion del fisco, y le hicieron restituir cien mil ducados, vendiendo y empeñando los bienes del Cardenal.

El Rey Católico, juzgando incapaz la habitacion de la ciudad de Toledo, executando el deseo que tuvo el Emperador su padre, de poner su córte en

la villa de Madrid, y con este intento hizo palacio el alcázar insigne en edificio, agradable y saludable en sitio á que se sube por todas partes, determinó poner en Madrid su Real asiento y gobierno de su monarquía, en cuyo centro está. Tenía disposicion para fundar una gran ciudad bien provcida de mantenimientos por su comarca abundante, buenas aguas, admirable constelacion, aires saludables, alegre cielo y muchas y grandes calidades naturales, que podia aumentar el tiempo y arte, así en edificios magníficos, como en recreaciones, jardines, huertas. Era razon que tan gran monarquía tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio del corazon, que su principado y asiento está en el medio del cuerpo para ministrar igualmente su virtud á la paz y á la guerra á todos los Estados, con el permanente asiento que tiene en la córte romana y las de Francia, Inglaterra y Constantinopla, porque si era como portátil en el reinado de otros, andaban en las guerras con los moros, conquistando las ciudades que tiranizaron, y era su gente y concurso de negocios poco, y asistian donde los llamaba la necesidad.

CAPÍTULO X.

Discordias de Francia y mudanza de religion, y el cuidado que daba al Rey Católico.

Sin el temor de Dios se arruina el Imperio, si valeroso príncipe y prudente no suple su defeto en todo. Es corta su vida, y la virtud del reino si pende della, porque pocas veces es una la de los decendientes. Conquistarán el mundo dos sucesiones de valerosos, y le perderán las de dos débiles. Un sucesor de menores virtudes (que llamamos partes) puede gozar las vitorias y ganancias del predecesor; mas si es de larga vida dispuesta á grandes mudanzas que el tiempo trae, y los accidentes que ocurren al gobierno de los Estados, los arruinará. Si á la bondad del emperador Pertinax y viciosa juventud de Eliogábalo no sucediera Alexandro Severo, se perdiera el Imperio que restauró y su esplendor y majestad con prudencia, severidad y autoridad imperial con admirable contento del pueblo romano. No maraville esta desemejanza si hay pocos príncipes buenos, porque es pequeño el número, y deste son escogidos; y es mucho que alguno entre pocos salga ecelente, y gran milagro si viéndose tan altamente levantado persevera en la virtud. El valeroso suele aventurar el Estado y persona para mostrarlo; el viejo es duro y avaro; el discreto y malo terrible; el cruel carnicero de la República; el codicioso arranca el pelo y el pellejo. Pero no faltan á sus tiempos algunos príncipes cumplidos de todas virtudes,

exemplo de santidad y justicia y perfeciones exquisitas, verdadera imágen de Dios inmortal que los levanta para reparo de su República. Toda súbita mudanza que siente el que gobierna hacer en el Estado cuanto á las costumbres, aunque sea conforme á razon, desvele, por la mala satisfacion que trae y no pocas veces malísimos efetos. Los que hicieron hábito en un extremo no pueden ser quitados súbitamente dél, ni sin desplacer pasar á otro, sino con mano poderosa, prudencia y destreza, espacio y conocimiento del tiempo. De otra manera podria suceder que, no siendo estimados en ménos los vicios que la virtud, los malos se junten por gusto del vicio y temor de la pena, y muevan alguna novedad que inquiete, y á veces arruine el Estado. Visto se ha todo en Francia, reino de los más bien reputados de Europa, donde resplandeció más la religion católica, celo y aumento del divino culto, y cayó en la mayor parte desobedeciendo al Sumo Pontífice, menospreciando el sacerdocio, robando y profanando los templos, introduciendo sectas perversas, enseñando venganzas, desestimacion de sus príncipes, juntando exércitos para la seguridad de su dotrina y blasfemia contra Dios, santos, clero, ministros de la Iglesia, campo donde se extiende y alarga la elocuencia mendaz luterana y calviniana. Reinando Enrique II comenzaron los herejes, y en muriendo, más doctos ya en los errores de Genebra, Inglaterra y Alemania con Farelo zuingliano, Calvino y Virreto favorecidos del Almirante de Francia y del Príncipe de Condé, guiados de la ambicion, enemigos de la casa de Guisa, ayudó á la declinacion porque el Rey tuvo libertad, y el Gobierno, cuando debiera tener una docena de ayos y sabios maestros para medirle los apetitos con la razon entónces más violentos, porque suelta la córte en todas liviandades y el pueblo siguieron su humor, y por un vicio multiplicaron diez, porque fueron los valerosos desposeidos de sus cargos, los virtuosos despreciados y los sabios. Quedaron á madama Catalina de Médicis del rey Enrique II su marido, cuatro hijos, Francisco, Cárlos, Enrique, Hércules, que fue Duque de Alanzon con nombre de Francisco, en que cambió despues el de Hércules en memoria de su abuelo y hermano, difuntos. Todos infelices destruyeron el reino por gobernar muy mozos, y murieron brevemente por sus desordenadas vidas, los dos avenenados, y los otros de muertes espantosas. Francisco, rey de Escocia, sucedió á su padre por la edad de quince años, hábil para reinar; y á deciocho de Setiembre de mil y quinientos y cincuenta y nueve tomó con su madre la administracion de los Estados con aprobacion del Parlamento, por mano del Cardenal de Lorena, arzobispo de París, con asistencia de los señores del reino. Llamó los Estados generales para coronarse, hacer leyes, reformar abusos, quitar los oficios á los sospechosos de herejía, sindicar los que administraron la real Hacienda, empeñada por Enrique II en veintiseis millones de deudas, tomar medios en las cosas de la religion en tanto que se celebraba el Concilio

general conforme á lo capitulado en el asiento de la paz. Ayudaba á disponer las cosas, celoso de la religion católica, Antonio Minard, tercero presidente de la córte del Parlamento de París, arrimado á la fidelidad de los de la casa de Guisa, sospechosos á los grandes sus émulos, invidiosos de su grandeza por su resistencia, cuando se declarasen contra la Iglesia romana. El Condestable era buen católico y gran señor, y por esto se tenía por ofendido de la poca parte que del gobierno le daba la Reina Madre, no admitiendo en él sino á los de Guisa, y gobernándose todo por su arbitrio sin admitir compañero. El Rey mozo y de poco valor dexaba el cuidado á su madre, que tenía la mira á su propia grandeza; y siendo reverenciada de los de Guisa estaba por su ambicion conforme y unida con ellos; mas cierto era la causa ser buenos católicos y fieles servidores de la Corona, y padres de la patria que procuraban conservar. A los príncipes de la sangre era injurioso este gobierno en que no tenian parte, porque eran sectarios, si no los extranjeros ambiciosos, decian el Almirante, el Príncipe de Condé y muchos nobles; y que hasta que el Rey gobernase por sí solo se debia regir por un legítimo Consejo ordenado por los Estados generales, y en él habian de tener lugar primero los príncipes de la sangre conforme al uso antiguo. Protestaban no intentarian contra los Rey y Reina Madre ni contra su autoridad, sino contra los extranjeros que tomaban la que tocaba solamente á ellos. Esto favorecian algunos consejeros por no perder su lugar, aunque conocian el peligro de su señor, y no dexaban se tomase por bueno el parecer de los expertos y que trataban cosas tan grandes con los verdaderos colores. Conociendo era esto principio de terribles males, porque hallándose el pueblo cansado con la guerra larga no tenía buena intencion, ni los nobles por mal satisfechos, temió la Reina querian los grandes ocupar la Corona, en que sucedia despues de sus hijos Antonio de Borbon, duque de Vandoma, el primero de la casa de Borbon. Esta sospecha (no sin causa) hacía que la Reina se valiese más de los de Guisa, y de allí se originaron tantas guerras, destruiciones, crueldades, maldades, traiciones, robos, venganzas, odios, muertes, como adelante se verá, para amotivar el tomar el Rey Católico tan á su cargo el socorro y defensa de los reyes de Francia; y que desde este año le movió celo de conservar la Religion, y no de perturbar reinos extraños (si bien la comodidad propia se incluia en su intencion) como le imputa Tuano, frances historiador, tan culpable en esto como en la aficionada relacion de los nuevos evangelistas y protestantes. Tenía los sellos de Francia el Cardenal de Sans, y llamado de Roma los dió el Rey al doctor François Oliver, á quien los quitó su padre á peticion de la nobleza por muy fiscal y entero ministro; y decian se los volvió para su descontento y quexa. Los sectarios andaban alterados por el rigor de las penas en su contra por las nuevas leyes de muerte y confiscacion de bienes executadas. A sus hijos y deudos incitaban á la venganza, llama-

ban los que huyeron, conmovian el pueblo para que tomase las armas, diciendo mirasen como estaban cargados ellos, y tan libres los alemanes y zuiceros, y cuán sin trabajo vivian. Pidieron á la Reyna moderase la justicia para evitar grandes males. Con un arcabuz mataron al Presidente Minard porque solicitaba el riguroso castigo de los herejes, y atemorizó tanto por no poderse averiguar los matadores, que mandó el Rey por cédula no se procediese por delito contra la religion, sino contra los predicantes y dogmatizantes. Estos por su seguridad animaban á los demas á defender su causa con las armas y venir á rebelion favorecidos de los principales señores. Como los franceses son tan amigos de novedades, abrazaron la nueva dotrina tantos que temió el Rey por los avisos trataban de rebelarse y acometerle su multitud. Y temió con razon, porque con las apostasías se disuelve el vínculo de los ánimos y la union de los pueblos en la fe católica por el juramento comprendidos, sin los cuales es fuerza se arruine todo Imperio, y más fácilmente el de Francia, que por ser tan grande y unido está más sujeto á inquietudes interiores y guerras civiles, y para evitallas no podia vivir sin militar fuera de sus provincias.

CAPÍTULO XI.

Prosiguen las alteraciones de Francia hasta conjurar contra el Rey, y el Católico envia embaxada.

Ardia Francia en civiles discordias, donde so color de religion se trataba de tiranizar el reino y privar de la vida al Rey, confundirlo todo, sembrar escándalos gente ambiciosa, en sus principios de orígen oscuro, favorecida de los mayores. Muchos sectarios acudian encubiertos, trataban de opiniones, traian libros con que á los sin conocimiento de letras instruian falsamente. Por consejo de Benaut, calvinista, trataron de matar á los de Guisa, coger al Rey sin prevencion y aficionarle á la libertad de sus sectas, porque todo fuese lícito á su codicia, apetito y crueldad, para la destruicion del mundo. Conjuraron con los de las iglesias reformadas en Genebra de hallarse á dia señalado en el contorno de Nántes, y con secreto llegar á Bles donde el reino tenía Córtes generales, y dar de improviso en Ambuesa sobre el Rey. Estas ciudades son en la ribera del Lucra, rio navegable, y Nántes, populosa, rica y abundante para mantener cualquiera exército, y por la costa larga del mar y puerto bonísimo que tiene, y los de Brest y Havre de Gracia y San Malo para recebir las ayudas que les habia de enviar la Reina de Inglaterra, con quien estaban en confederacion. Fomentó esta

rebelion contra la paz, porque se aseguraba de intentar los franceses contra ella, aprovechándose de Escocia que tenía por suya, para introducir á su Reina en Inglaterra, de quien se titulaba generalmente, para lo cual habia de pasar crecido el exército que sirvió en Piemonte el marichal Cárlos de Cosé, señor de Brisac, gobernador de Picardía. Dividió á Escocia para debilitar sus fuerzas por esto, y las de Francia con la mudanza de religion; pues desde este tiempo parecia de dos reyes, uno católico, otro sectario. Envió con exército para sacar de Escocia los franceses al Duque de Norfolch, y con guerra cruel los expelió. Sabía el Rey de Francia la conjuracion, no el autor, por haber sido avisado desde España, Flandres y Alemania, donde el trato daba cuidado. Prevenida la defensa de la ciudad y del Rey en el castillo con su madre, el Duque de Guisa reconoció la tierra y cogió algunos capitanes y cartas en cifra escritas; rompió quinientos caballos y trecientos infantes junto al jardin con señal en los pechos y sin tiempo llegados, y prendió á Benaut, su caudillo, y le dió atroz muerte; y los ménos culpados envió á la Córte á dar razon de lo que pretendian del Rey. Aseguróse con esto Francia algun tanto, y con el castigo de los que declararon el trato, y los huidos restituyó, como se reduxesen. Entre Tours y Ambuesa el señor de Sanserra halló algunos caballos con balijas llenas de arcabucetes, que venian desde Genebra determinados de matar los de la casa de Guisa, y junto á Bles prendió al Baron de Castelnao y quinientos compañeros. En Provenza, Gascuña, Languedoc, Poitu, provincias principales, vivian los herejes á su voluntad, y los predicantes forzaban á los católicos á consentir sus predicas; los conjurados ya armados pedian libertad de conciencia, que los de la casa de Guisa dexasen el lado del Rey y el gobierno, y entrasen en él los Príncipes de la sangre para limitar el poder y autoridad real y tener seguridad sus apostasías. Para asegurarse de los Grandes el Rey los mandó venir donde estaba, y en Fontenoble el Príncipe de Condé dixo no era cabeza de los huguenotes, y el Almirante pedia en nombre de muchos licencia para predicar sin impedimento su dotrina, y los señores de Monluc y de Martillac se juntase un Concilio nacional. El Cardenal de Lorena, con gran valor y prudencia, respondió (porque era quitar la autoridad á los antiguos y santos concilios, y contradecia á la Iglesia romana): No era menester otro Concilio sino el general, que se juntaria muy presto, y con el Duque, su hermano, dió cuenta á los Estados de su intento y hechos para el remedio de las herejías. El Rey Católico trataba deste por librar dellas sus Estados comarcanos á Francia, y pidió al Pontífice la reasuncion del Concilio general en Trento. Envió á Francia á D. Antonio de Toledo, gran prior de Leon, á pedir á los Reyes no consintiesen el Concilio nacional, y cortasen en hierba la alteracion, y que ayudaria bien á su execucion. En Gascuña le robaron; los Reyes no admitieron la oferta y respondieron con desagradecimiento y sequedad si el Con-

cilio nacional podia aquietar, se haria, y al General enviarian embaxadores y prelados, siendo en Borgoña, Verceli ó Visanzon. Mal satisfecho vino el gran prior á Madrid. El ser en Visanzon admitia D. Filipe, por quitar el ódio que los alemanes tenian á Trento. En Ala de Saxonia el conde Palatino del Rin, los Duques de Witemberg y de Saxonia, y el Langrave de Hessia, acordaron el favorecer á los franceses sectarios y de pedir al Emperador fuese el Concilio en Mántua ó Verceli, Espira, Wormes ó Constancia. De todo era avisado el Rey, y daba cuenta al Pontífice por medio del Conde de Tendilla, que á darle la obediencia y buena entrada le envió, y á pedir le concediese el subsidio que el clero de España dió por concesion de otros Pontífices, con que crecer y conservar grandes fuerzas de mar para empleallas contra los turcos y herejes en defensa de la cristiandad como habia comenzado.

CAPÍTULO XII.

Piali sitia el castillo de los Gelves, y defiéndele bien Don Álvaro de Sande.

Para sitiar el castillo de los Gelves mandó Piali que Dragut truxese su artillería, gente y municiones. Al tiempo que los turcos se desembarcaban y alojaban junto á los pozos, llegó con el Xeque y quinientos caballos alarabes, muchos moros y seiscientos turcos. Con un español prisionero pidió á D. Álvaro se rindiese salva su gente, y con atender á su defensa respondió. Piali con doce mil turcos y gran número de los isleños y de Tripol sitió el castillo, escaramuzando con la guarnicion con mortandad de su gente, y aseguróse de la artillería en un bosque de palmas, ocupó los pozos, y con trincheas ganaba distancia para batir. Don Lope prohibió el escaramuzar, recogió la gente en un reduto alto y redondo como torreon, asistida de los capitanes D. Jerónimo de Sande y D. Juan Osorio, de donde podia ofender sin ser ofendida. Á los venticinco de Mayo, en la parte de la trinchea hácia el poniente, acometieron los turcos con menosprecio, y los cercados, faltando al órden, los cargaron, y cebados los apartaban de su posta. Cortados de algunos caballos se retiraron en desórden al reducto y su guarda, dando y tomando cargas, y con muerte de ambas partes se escaramuzó; pero los turcos conocian su ventaja en el número y engaño, y crecia el concurso. Don Álvaro salió con buen golpe de tiradores, y retiró los mal obedientes, muertos ya y heridos muchos con algunos capitanes y alféreces, y de los turcos dos veces más, y soberbios y despreciadores quedaron, y los del fuerte ménos animosos y atrevidos. Hacian trin-

cheas, bastiones, fuertes de tierra y de faxina con la chusma de las galeras, moros de la isla y docientos maestros de fábrica della, y cuanto la artillería del castillo batia reparaban en un momento. Dragut á la parte del mediodía levantó un caballero para batir la cortina que ántes ceñia el castillo, mas sin provecho, porque habia más fortificacion, y D. Alvaro la reforzó. Mandó dar el agua por medida, y el calor mató de sed más de setenta en los cuerpos de guardia, y apocábase la de las cisternas y la vitualla, y todo se encaminaba á mortal calamidad. Tentando el remedio de sus trabajos don Alvaro, y el restituir el ánimo á sus soldados, ménos corajosos que el aprieto del cerco requeria, sacó por una banda quinientos españoles, y otros tantos alemanes por otra, con picas, para que por el levante acometiesen furiosamente las trincheas, y encomendó su empleo al sargento Martin de Baraona, y ordenó que los italianos embistiesen por el mediodía, y que combatiendo calasen hasta unirse con los españoles, clavasen la artillería, y que no robasen y vencerian. Rompieron las guardas, y pusieron el campo en huida, y Dragut fué herido en una pierna. Robaron, y desordenados de sí mismos y cargados de los enemigos ciegamente huian, dexando la codicia vil la vitoria y despojos á sus vencidos, con muerte de seiscientos y el capitan Cárlos de Rho y el conde Galbano Anguisola. Murieran todos, si D. Alvaro no los socorriera brevemente con la gente que tenía aprestada para seguir la vitoria. Tanto dañó el desórden en esta y en la pasada acometida. Piali despachó una galera á Soliman con aviso de lo que hizo y harian en los Gelves, y á Susa algunos baxeles á traer bizcocho y vituallas, y á Túnez por las que el Rey le prometió. Reconcilió al del Caravan, y ambos temiendo ahora al turco, ahora al Rey Católico, seguian la mejor fortuna. A la gente de los baxeles faltaba la panatica y agua, y las cuatro galeotas en la segunda guardia salieron al mar, y se salvaron dos del Virey de Sicilia, y una de D. Luis Osorio; pero la de Federico Staite, por hacer mucha agua, quedó presa de cosarios. Piali dormia en galera, y dexando en su lugar á Cara Mustafa, gobernador de Mitilene, salió á tierra, y sacó genízaros, asapes y ventureros, y dos mil turcos que libertó de las galeras que prendió, y todos eran nueve mil, y con mil arcabuceros de la isla y mil y quinientos caballos llegó su campo á decisiete mil combatientes, y sólo era Dragut hombre de prez para su gobierno. Éste, facilitando la empresa, dividió la gente en tres cuarteles, y desde el suyo combatia el baluarte Gonzaga; el de San Juan Aluch Alí solicitó y gobernador de la mayor parte de la gente; el de la Cerda y el de Espinola el Baxá, y batian con deciocho cañones. Don Alvaro, advertido desto por las espías, mejoraba su defensa, repartia por onzas el agua y la salada que lambicaba un Sebastian Mas suplia poco. Esta necesidad causó el repartirla en el principio sin considerar era ménos de lo que se pensó, midiendo mal D. Alvaro la capacidad de las cisternas, y por la más gente

que entró de la que huyó de las naves y galeras. Murieron de sed muchos soldados, y mil y quinientos huyeron á los turcos, y renegaron algunos, y avisaron á Piali de la necesidad del fuerte. Animado con esto, con trincheas y reparos de palmas y olivos volvia seguras sus estancias de los golpes de la artillería del fuerte. Batió el torreon redondo hácia levante, que no era terraplenado, y los de su guarda le desampararon, sin poder retenerlos Don Alvaro, aunque contra la furia y confusion de retirarse asestó la artillería del fuerte hácia aquella parte. Arruináronle los enemigos, mas cubríanse cómodamente dentro. Determinó asaltar los turcos hácia los pozos, y puestos en una calle honda en una casa derribada quinientos italianos y españoles emboscados, y en la embocadura de las dos trincheas que iban á los pozos dentro de unas rocas, al salir el alba sacó los capitanes franceses con mil soldados, y dió en los turcos tan osadamente que los puso en huida. Socorridos cargaban, retirándose con arte á su emboscada D. Alvaro para cogerlos en el medio. Con poca espera se mostraron los emboscados ántes que llegasen los enemigos, que se retiraron apriesa, perdiendo una impaciencia y desórden el hacer gran matanza en ellos. Estaban en el canal debaxo del castillo, las siete galeras, que pudiendo cuando las galeotas salvarse aventurando, esperaron mejor ocasion y jamas vino. Don Alvaro las hizo desarbolar y unir á manera de puente larguísimo, con algunos reparos de tablones fuertes, para ser seguras y socorridas del castillo, y vuelta la artillería á levante ofendia los enemigos. Aluch Ali en la noche con barquetas cargadas de gente y fuegos procurando quemarlas, fue impedido de las cadenas que atravesaba el canal, y descubierto con muerte de muchos turcos. Indignado venía una mañana con gran número para ellas, dando los moros gritos, y los marineros atemorizados se echaron al agua y algunos soldados y D. Alvaro, cerrando con los enemigos los retuvo, escaramuzando reciamente dos horas, en que se salvaron los de galera, con muerte de muchos bárbaros y de algunos de los suyos, y mal herido el maestre de campo Baraona.

Brevemente llegó á España Guimaranes, y el Rey despachó con deciseis galeras reforzadas á su general Don Juan de Mendoza. El príncipe Doria juntaba las de Italia para subir á Sicilia al socorro de los Gelves, y los Visoreyes proveian gente y dinero. Avisado D. Alvaro, queria Piali cegarle un poco que le habia quedado, en tanto que escaramuzaba, asestó la artillería contra aquella parte, y emboscó buen número de soldados. Mostráronse disparando la artillería ántes de tiempo, y con recelo y pérdida de muchos se retiraron. Supo sería asaltado por el poniente con escalas, y reforzóle bien; pero no executaron los turcos, advertidos por algunos que huyeron del fuerte. Mudó Piali la acometida contra el puente de las galeras, y á los decinueve de Junio acometió con barcas y con los moros para que no fuese socorrido el baluarte Gonzaga. El gran

ruido y algazara, la artillería del castillo y de las galeras, y la arcabucería, la mortandad de bárbaros, estruendo, vocería, hizo el combate espantoso. Las barcas, con gran esfuerzo, procuraban romper la cadena para asaltar las galeras; pero no bastaron ni contra el ánimo de los capitanes Frontin, Gabrio Piacentino, Mas, y otros que hicieron tan gran estrago en los asaltadores que á su esfuerzo cedió su multitud, y temiendo el daño de sus alojamientos acometidos de D. Alvaro se retiraron. Mandó matar al que huyese á los turcos, mas no enfrenó el deseo, ni retuvo la huida. Á persuasion de los que huyeron, Piali mudó la batería que daba á las cortinas contra los lados, y así los soldados no podian asistir en su defensa sin su muerte, heridos de los genízaros tiradores, y con una pieza mataron al capitan Diego de la Cerda, y cubriéronse con las velas de las galeras para moverse y evitar la puntería. A los veinte de Junio llegó de Malta una fragata con pólvora, cuerda y algunas pocas municiones con que se entretuvieron los arcabuceros algunos dias.

CAPÍTULO XIII.

Lo que más sucedió en este sitio hasta que se perdió el castillo.

Fingió Piali le llegaron cincuenta galeras de Constantinopla con salvas de artillería, arcabucería, voces, luminaria, y pidió á D. Alvaro se rindiese, y le guardaria los conciertos con juramento: y respondió habia de morir peleando, no rendido. Piali quitó la defensa de los soldados de los baluartes, y metió en el foso muchos gastadores para picar y socavar el muro con daño grande de los cercados. Don Alvaro hizo una retirada para defenderse por muchos dias, y esperar socorro si los baluartes se perdiesen. Arrasado el parapeto de una cortina del baluarte Espinola le arremetieron los turcos, y duró el combate cuatro horas, reforzándole con gente fresca muchas veces con ordinaria muerte della, con los fuegos, artillería, minas, tablones arrastillados de clavos echados en alto, y otros instrumentos y máquinas de defensa y ofensa que ministraban los ingenieros. Hicieron en el arcen del foso un bastion los turcos que señoreaba el baluarte Gonzaga, y otro sobre el de la Cerda. Para dar fuego á la faxina dellos envió D. Alvaro soldados que se fueron á los turcos forzados de la hambre. Cerró los demas y puso en el baluarte Cerda los capitanes Francisco y Alonso Genfini, y á Gabriel Moriz con alemanes en la cortina. En el Gonzaga habian hecho los turcos explanada tan larga que se podia subir á caballo, y siguiendo una bandera blanca arremetieron: murieron el banderol y los primeros y el Capitan Jerónimo de Sande hiriendo los que animosamente defendian la batería;

mas reforzóse tanto, que si no acudiera D. Alvaro, fuera la última arremetida, y quedó herido con otros capitanes. Envió Soliman las gracias á Piali de su vitoria, y animado con esto acometió furiosamente, tirando con una pieza contra el baluarte de la Cerda primero, que corria la plaza sin defensa. Cortóla D. Alvaro con una trinchea para salvar los soldados, y hizo otros reparos contra la artillería que la suya descncabalgaba; pero no se le daba lugar para retirarse, y arruinando los caballeros de la Cerda y San Juan daban bien ancha la entrada. A los ventiseis de Junio los turcos y los moros con escalas asaltaron, pero fueron rebatidos por los capitanes italianos y alemanes, y algunos españoles valerosamente. La noche siguiente gastaron en repararse. Para tres dias habia que comer no más, y por esto puso Don Alvaro el suceso en la suerte de una batalla. Para coger los turcos de improviso sacó la gente dos horas ántes del dia por la parte de la marina ménos guardada dellos con órden de acometer trecientos las trincheas, y executar hasta las tiendas siguiéndolos él en su refuerzo con el resto. Tocóse arma, embistieron corriendo tras los turcos hasta los pabellones y ranchos animados de D. Alvaro; pero como no salió toda la gente señalada, cercados y batidos de todos lados los retiró la pujanza de la espantosa multitud. Animólos D. Alvaro, pero no volvieron el rostro encubriendo la noche su vergüenza que los pudiera detener, ya que no la esperanza de su remedio librado en mover las armas como buenos soldados con no dudosa vitoria, aunque los bárbaros eran muchos. Quedó prisionero el sargento mayor y otros capitanes, y D. Alvaro se retiró en el último trance á las galeras por un bajío con algunos, á riesgo de ser preso y alteracion de su gente, creyendo era muerto, porque refirió un soldado le vió combatir con un turco porfiadamente. Desanimados y encerrados trataban de su remedio con Antonio de Olivera, teniente de D. Alvaro, sucesor en el gobierno, con temor y confusion, viendo irse al enemigo escuadras de buen número, y advirtiéndole de su estado miserable, de la retirada de D. Alvaro á las galeras, de la poca vitualla, y cómo sin pérdida podia ganar la plaza, mandó venir la gente de la armada por testigos de su vencimiento. Los cristianos para rendirse levantaron una bandera sin licencia de Antonio de Olivera, y los turcos con otra acetaron el abocarse. Convinieron en que saliesen libres los capitanes con cada venticinco soldados. Envió á combatir las galeras donde D. Alvaro se defendió hasta que supo el rendimiento del fuerte. Entró en una fragata para salvarse, y cargó tanta gente que la afondó, y salió á nado y le prendió Dormuz Arraez renegado genovés, y desarmado le presentó á Piali, y él le envió á las galeras. Los turcos entraron en el castillo, y sin guardar el acuerdo mataron los soldados que encontraron, y el resto pusieron en cadena.

Este fué el infelice fin de la jornada de los Gelves, memorable á muchas provincias por la gente dellas que se perdió, intentada con buena

providencia y prudencia, perdida por dilacion (porque si en Octubre mil y quinientos y cincuenta y nueve se acometiera á Tripol, se conquistára) executada con desatiento y temeridad, perdida con la reputacion de doce mil soldados, treinta y ocho naves, ventiseis galeras, fragatas, artillería, tantos aprestos de guerra que podian dar en buena ocasion y con buen consejo empleados gloriosas vitorias. Piali, alcanzado cuanto deseaba, haciendo gran menosprecio de los cristianos delante de los africanos que le socorrieron con la muestra de los trofeos y banderas dixo: conocia bien lo poco que valian, y que brevemente volveria tan poderoso sobre Italia y Sicilia que sintiesen su daño y ruina, sus fuerzas y consejo. Estuvo en los Gelves ocho dias esperando bizcocho de Tripol, y fué á ella para convenir á Dragut con los moros de Tagiora y alárabes que le molestaban de aquella parte. Vendióles los soldados heridos y enfermos por aligerar la armada. Partió para Constantinopla brevemente, que levantamientos en Arabia y guerras daban cuidado á Soliman, y convenia poner las armadas de mar y de tierra en otras provincias. Llegó al Gozo y hizo agua, y pasando á vista del castillo de San Miguel fué á Sicilia, y entre cabo Pájaro y Zaragoza echó algunos turcos para hacer agua y carne, y fueron todos muertos y presos de la caballería que guardaba las marinas. El capitan Luis de Saavedra con salvoconduto le trató del rescate de los presos en los Gelbes, pero no le quiso oir, y acometió, saqueó y quemó á Augusta desamparada de los habitadores. Costeando la Calabria Ultra fué á la Previsa y á Mitilene isla y Galipoli, y arribó á Constantinopla á ventisiete de Setiembre con gran triunfo. A primero de Otubre vió el Sultan los prisioneros. A Don Gaston de la Cerda hijo del Duque de Medinaceli, D. Alvaro de Sande, á su capellan y un paje, Don Sancho Martinez de Leiva, á D. Berenguer de Requesens y Galeazo Farnese hizo llevar al mar Negro á la torre del Perro, de donde pocos salen. Don Gaston murió allí, y los demas estuvieron hasta el año mil y quinientos y sesenta y dos, en que el emperador Ferdinando hizo tregua con Soliman por ocho años con alguna pension en dineros por lo que poseia en Hungría, y cambio de algunos prisioneros de consideracion, en cuyo número entraron á peticion del Rey Católico los más principales de la pérdida de los Gelbes, y algunos capitanes. Pocos sirvieron despues, porque el pérfido Soliman con magnificencia cautelosa mandó que un sanjaco los conduxese y mantuviese espléndidamente, y en la vianda les mandó dar tósigo limitado. Algunos, siéndoles sospechosa esta virtud, comieron á su costa, y entre ellos fue D. Juan de Cardona.

CAPÍTULO XIV.

El Duque de Florencia va á Roma; el Pontífice se determina á convocar el Concilio de Trento.

Obligado es el vasallo á desear el príncipe bueno, amarle y servirle, y á tolerar el malo cuanto le sea posible. No espantará esto, si miran á los romanos, señores del mundo, enseñados á glorias y honras grandes, en servidumbre del imperio de Tiberio, Neron, Calígula y tantos malos, pues hubo tan pocos buenos emperadores. En esta obligacion de los súbditos no fie el príncipe, ni se descuide, mire bien y obre mejor lo que está obligado, que áun sin causa no le faltarán aborrecimiento y ódio, como no hay comunidad en que no haya mal contentos, de mal ánimo, quexosos de los que gobiernan. Guárdese de ser aborrecido del todo; porque luégo da la conjuracion enemiga mayor y de peor condicion que mata si sale bien, y si se descubre y mata infama, porque atribuyen siempre á la mala intencion el castigo forzoso. Es guerra secreta de los que no quieren ó no pueden hacerla al descubierto, causada por ambicion ó venganza de injuria recebida por muertes hechas ó amenazas poderosas para causar conjuraciones por huir el peligro inminente y salvarse. Conjuraron contra Cosme de Médicis, duque de Florencia, por medio de Pandolfo y de Roberto Puche, inquieto y amigo de franceses, por injurias y prisiones algunos florentines, y fue avisado desde Roma, y cómo le daban nombre de tirano; y cierto que no le mereció, cuando despues del homicidio de Alexandro primero duque, fabricó castillos, aseguró su persona con guarda extranjera, cargó los súbditos de imposiciones; porque curó república llagada de sediciones, llena de pueblo desenfrenado y tumultuante, y que intentó mil conjuraciones contra el nuevo Duque, siendo uno de los más sabios príncipes de su edad, castigador de las blasfemias, sodomías, latrocinios, en la justicia puro y entero. Azoróse mucho, y mejoró su guardia y su gobierno, castigó los conjurados que pudo haber, y desterró algunos sospechosos, y conoció por la disposicion de los ánimos de su Estado era la conjuracion particular, y temió ménos, por ser determinacion de humildes y de baxa fortuna, á quien en el concertarla no se da crédito ni mantiene fe debaxo de esperanza ó comodidad; y así son fáciles para ser acusados y acabar y cuando no faltos de comodidad. En los peligros y venganzas los chicos, grandes, poderosos, esperan á que otros tales los saquen dellos y los venguen. Por esto se satisfacen con decir mal del Señor, peligroso en los poderosos, por la sos-

pecha de la cercanía que tiene el hacer con el decir, en quien concurren saber y poder: y así en los pobres cuando tratan de conjurar tómase la intencion no la prudencia.

Restituyó la ciudad de Saona el Duque al señorío de Sena á quien la tomaron los Condes de Pitillano, y disponia su viaje á Roma, llamado de Pío IV con quien estaba en amistad tan estrecha que no pudiendo verle en la jornada que prometió hacer á Milan, le pidió le viese en Roma para tratar cosas grandes tocantes á la Iglesia y á Italia. Pasó esto tan adelante que sin aconsejarse con él no se resolvió en la peticion del Embaxador de España de la concesion del subsidio. Habia Pío restituido á Marco Antonio Colona por intercesion del Rey Católico, el ducado de Paliano enteramente con las municiones y artillería que puso en él su predecesor, y los Borromeos sus sobrinos querian para sí á Novara, Parma y Piazenza. Respondió el Rey se acordasen que Julio III las demandó al emperador Cárlos V que las poseia entregadas despues de la muerte de Pedro Luis Farnese, y pidió las razones por donde las habia de poseer la Iglesia. Y aunque monseñor de Fano, nuncio apostólico mostró algunas por concesiones de algunos Emperadores y reconocimiento de la Iglesia, y investiduras de Parma en diversas personas, la retuvo el Emperador para restituir las tierras á su yerno Otavio, á quien juraron los vasallos por señor segun la investidura suya y de la Sede apostólica, por haber sido comprehendido en ella y nombrado, y lo mismo respondió en la restitucion de Piazenza. Y en cuanto á tomar á Camerino en cambio de Parma no lo haria, pues su padre no lo habia hecho en el año mil y quinientos y cuarenta y nueve en que le fue pedido. Sería lo contrario novedad grande, de mal exemplo, siendo los farneses sus amigos y deudos que deseaba acrecentarlos, estimaba y defenderia.

Entró el Duque de Florencia en Roma, acompañado con todos los magistrados del Campidolio y nobleza romana, familia de cardenales y caballeros, los Embaxadores, el Obispo de Urbino con todos los oficiales del Pontífice, y en la puerta del Pópulo fue recebido en el medio de los Cardenales Ferrara y Santaflor, con ventiseis obispos y otros muchos prelados, la guarda pontifical de á pié y de á caballo, entrada igual á las mayores que en Roma hizo potentado. Besó el pié al Pontífice, y en otras vistas trataron de los negocios que á todos convenian. Deseaba casar á su hijo Francisco con hija del emperador Ferdinando, prima del Rey Católico, y para tenerle propicio para su efeto y asegurar su alteracion de la conjuracion de Florencia, y que mostrase el buen ánimo para con él, que para con el Duque de Parma y su familia mostraba; y porque el Duque era prudente y juzgó convenir que el Pontífice concediese al Rey Católico el subsidio que pedia, lo propuso, y dixo:

«Importaba armar mucho número de galeras para defensa de la cristian-

»dad, y no podia por estar gastado y consumido con las guerras por los »cambios usurarios que pagaba á genoveses y alemanes, con que no le eran »de provecho la paz y tributos de sus vasallos. Convenia tenerle satisfecho »para la celebracion del Concilio que debia hacer; porque si bien su auto»ridad era mucha para moderar los abusos de la córte romana, no debia »impedir el bien universal, pues las cosas de Francia pedian remedio pres»to, y sabía que el Rey Católico en cuanto pudiese le asistiria.»

Animado con esto le concedió el subsidio, y despachó bula á ventinueve de Noviembre para la reasuncion del Concilio comenzado en tiempo de Leon X en el año mil y quinientos y decisiete en Trento. Hizo solene procesion en su sublimacion y publicacion de jubileo, en que le acompañaron los Duques de Florencia y de Urbino, los Embaxadores, Cardenales y Obispos desde San Pedro á la Minerva. Dispuso que los legados y prelados se hallasen en Trento en la primera dominica despues de la Pascua de la Resurreccion de Jesucristo nuestro Salvador del año venidero mil y quinientos y sesenta y dos. Ayudó mucho á tan buena resolucion la diligencia y valor del comendador D. Luis de Avila, que asistia á esta negociacion por el Rey Católico y á otros negocios muy graves, en tanto que llegaba D. Luis de Requesens, embaxador ordinario, retenido de enfermedades, y el Rey le solicitaba para que fuese á servir en Roma, en ocasion que pedia su prudencia y buena inteligencia. Para tratar fuese la congregacion allí, como el Rey Católico queria por la autoridad que se guardaba al Concilio, siendo acabado el mismo, en el mismo lugar donde se suspendió, envió al obispo Delfino, su nuncio en Alemania, al Emperador, diciendo era puesto cercano á sus provincias y á las de Italia, y no distante para las de Francia. Pidió el Rey Católico á Pío se confederase con él y con los Duques de Saboya y Florencia y otros potentados para su reputacion y defensa, temor de los herejes, sustento de la religion que en Francia peligraba. En ella muchos príncipes católicos se ligarian para asegurar la fe y sus personas, especialmente los eclesiásticos que daban voces pidiendo favor; y él respondia estaba pronto, pero que tocaba el disponerlo al Pontífice, cabeza de la monarquía eclesiástica, de cuyo beneficio se trataba. Pío, atendiendo á su descanso y gusto, decia: No podia mover las armas sino contra los rebeldes despues de la conclusion del Concilio. Por no aprobar esta liga y saberse estaba resentido de la poca merced que el Rey hacia á sus sobrinos y quexarse desto, y de que sus Embaxadores trataban con demasiada libertad con él, pareciendo les debia el ser que tenía, y el aumento de su familia; pasaba la voz en Italia entre los que deseaban nuevas guerras, de que se ligaba con los venecianos y con el Duque de Florencia contra Milan, Parma y Piacenza, con voz de volverlas á la Iglesia, y que el Emperador y otros Príncipes venian en ellos, y decian que tantas mercedes al Duque de Florencia para este fin se enca-

minaban. Dió título de Duque de Brachiano á su yerno Paulo Jordan Ursino, casado con doña Isabel de Médicis, á Cosme bulas y privilegios para fundar y ser cabeza de la órden de San Estéban Pontífice, por imitacion de la de San Juan, con la misma forma de cruz, aunque roxa, en memoria de la batalla de Marciano que se ganó en el mismo dia y con la regla de San Benito. Envió nuncio á Florencia, como á Saboya, con igual comision, y la república de Venecia un secretario para residir en Florencia con hábito de embaxador, aunque sin el título. Otros decian crecia al Duque, disponiendo la peticion con el Rey Católico de que casase el Príncipe de Florencia con la infanta doña Juana, viuda del príncipe D. Juan de Portugal, hermana del Rey Católico. No le alteró esta voz, como árbitro en Italia, por las divisiones de Francia y la menor edad de su Rey, y escribió á sus vireyes se aquietasen porque el Duque le habia menester y le era obligado. Pasó tan adelante la fama de la liga que el Duque envió satisfacion al Rey, y suplicó que pues el Emperador no resolvia lo tocante al matrimonio de sus hijas sin su voluntad por la mucha conformidad que tenía con él, le fuese favorable, para que casase con una dellas D. Francisco su hijo, que residia en su córte, para merecer su gracia y mostrar la aficion y obligacion que los de su familia tenian á la corona de España.

CAPÍTULO XV.

Tratan en Francia de hacer la guerra fuera della; el Rey Católico se aconseja sobre ello, y los franceses de tomar las armas.

Parecia al consejo del Rey de Francia remediaria sus daños, y no tener guerra civil, el guerrear fuera, pues desde su rey Luis VI hasta Francisco II vivieron en quietud interior; porque Cárlos VIII, Luis XII, Francisco I, Enrique II, tuvieron á Francia en contínuo movimiento olvidada de sí misma, molestando los ajenos Estados, ó defendiendo los propios, y así rompiesen la paz con el Rey Católico. El Condestable decia era grande su poder, y la paz costó mucho á la corona; se acometiese por Escocia á Inglaterra, para meter en posesion della á la reina María, verdadera señora por la ilegitimidad de Isabel, tirana y hereje, título justo, y el de ayudar á los católicos, pues con su número superior al de los herejes sería breve la guerra. La misma razon y cubierta aprobaba el rey Filipe para sacar de peligro sus Países Baxos, y para que la reina Isabel dexase la libertad á los católicos, y con esta union resistiria á los franceses sus enemigos; ó entrase en la isla á favorecer los católicos ofendidos de la Reina,

y desde Flandres en Francia para divertirla, y por la liga hereditaria con la casa de Borgoña se debia socorrer á Inglaterra, y porque si la señoreaban franceses dexarian libre la herejía, y se debia evitar á viva fuerza. Convenia para todo que pasase á Flandres D. Filipe con buena armada y gran fuerza de dinero, con que los franceses mirarian por su defensa, y dexarian la salida contra estos reinos, y desde allí socorreria á los católicos de Inglaterra y Francia, rompiendo la guerra si acometia á los ingleses; porque segun la capitulacion de la paz era visto hacerla al Rey, pues no habia señor católico en Inglaterra que tuviese derecho al reino para ayudarle, ni con quien Isabel gustase de unirse en matrimonio. Se negociase el casar con alguno de los Archiduques de Austria, y todo sería fácil si el Rey iba á Flandres, y los naturales se alegrarian con su vista y con la guerra viendo dinero y que no habian de contribuir para ella. Los malos humores cerca de la religion y resentimientos por el nuevo gobierno acabarian, los Barones feudales y pensionarios acudirian mejor, y los alemanes con más calor y respeto. Y aunque se pusiese á Flandres y á Inglaterra en la defensa, y acometiese por España á los franceses, no les impedirian el invadir, si quisiesen, las fronteras de los Países Baxos tan extendidas: los gastos y cuidados serian grandes, las fuerzas ménos efetivas repartidas, y proveidas ménos bien, no presidiendo el Rey á sus exércitos.

La Reina de Inglaterra, para quitar á los franceses la entrada por Escocia, los apretó con las armas hasta capitular dexarian la isla y sus reyes el título de Inglaterra, gobernarian doce naturales nombrados por la Reina y por el Parlamento por mitad; no se innovase en las cosas de la religion hasta la celebracion del Concilio, y se conservaria la liga entre las dos coronas, y no meterian gente ni armas en Escocia. Aquietóse Isabel, y los franceses perdieron la comodidad de acometer á Inglaterra por Escocia, y la razon luégo con la muerte del Rey de Francia sucedida á cinco de Diciembre de un apostema pestilente en el oido á los decisiete dias que le dió, con que hubo gran mudanza en la córte deste Rey, creciendo la ambicion de mandar y la libertad de los herejes, y cesaron práticas, discursos, temores, recelos con que los reyes más poderosos viven por la razon de Estado ordinariamente molestados. Los de la casa de Guisa vivian odiados por su ecesiva autoridad, y la ambicion del Cardenal á los grandes odiosa y sospechosa, por haber puesto en prision al Vidame de Xatres, pariente de los Príncipes de la sangre y del Duque de Vandoma, porque maquinaba contra el Rey con el Príncipe de Condé, autor de la conjuracion de Ambuesa, amigo de inquietudes, enemigo de los de Guisa, profesor de sectas, valeroso en la guerra, amado de los huguenotes, seguido de los mal satisfechos. El rey Francisco, para defenderse y guerrear contra Gascuña, Leon y Putiers, juntó exército, y fué á Orliens, lugar de más huguenotes que católicos, donde

ya estaban con dos mil caballos el Condestable y el Duque de Guisa. Prendió al Príncipe de Condé, al Baile de Orliens, al Lugarteniente, y la causa se remitió al Parlamento de París. Huyó el Almirante, el Cardenal de Xatillon, Mos de Dandalot, y el Rey mandó al Duque de Vandoma que no saliese de la córte. En muriendo se suspendió la justicia, y creció la insolencia de los herejes tanto que sacaron de la prision al Príncipe y á sus compañeros, porque el Duque de Vandoma, su hermano, venía á ser cabeza del Consejo por más cercano pariente del rey Cárlos IX, niño, debaxo de la custodia de ayos, y pues no tenía más de once años, de tutores y gobernadores del reino. Fueron éstos la Reina su madre, el Duque de Vandoma lugarteniente general del Rey, los Cardenales de Borbon, de Lorena, de Turnon, el Duque de Guisa, por ser maestre de la caballería, el Condestable, el Duque de Mompensier, el Príncipe de la Rocasurion, el marichal de Brisac, el Duque de Nevers, el de Memoransi, Mos de Termes y el Canceller. Valian poco los de Guisa en este consejo y la Reina madre, aunque la respetaba el Duque de Vandoma, porque se gobernaba por el Almirante calvinista y enemigo de los de Guisa, causa de la ruina del reino. La Reina sufria por conservarse, sin advertir que el artificio la engañaba.

No tiene la monarquía estabilidad invariable en el consejo y en el gobierno, porque segun la edad y calidad del Príncipe es gobernada de un mozo ó viejo, y éstos son aconsejados ahora de un bueno, ahora de un malo, ignorante ó prático, severo ó adulador, con que está sujeta á várias mudanzas; y lo que hizo uno deshace el sucesor, ó lo altera ó desfavorece. Uno recoge como el emperador Vespasiano, otro disipa como sus hijos, en quienes pocas veces pasa la virtud de los padres. La edad y condicion del privado y su intencion y humor puede más, aunque muchas veces el gobierno más por culpa de los tiempos que de los hombres se desordena; pero por lo uno y por lo otro padeció el reino de Francia. Los herejes para hacer la guerra tomaron por cabeza al Príncipe de Condé; predicaban sus herejías al són de trompetas, atambores, con el estruendo de los cañones, ruina de ciudades, atrayendo los príncipes con los despojos de los templos, y con promesa á los ambiciosos de cosas grandes, á los desesperados ayuda, libertad de conciencia, de lengua, de manos. Con escándalo y temor de Europa arruinó y violó su primero ímpetu las iglesias y monasterios, echando en el rio y quemando las reliquias de los santos, matando más de nueve mil religiosos y más de tres mil sacerdotes. Sacábanles las entrañas, y llenos de paja sus vientres los dieron á comer á los caballos, y hicieron collares de sus narices. Ocuparon lugares fuertes, fabricaron y fortificaron castillos, fundieron artillería de las campanas, batieron moneda de la plata de las iglesias, y con ella asoldaron gente de guerra, llevándola á do quiera cruel y sangrienta. Acometieron á Leon, ciudad populosa, de

gran comercio, cabeza de provincia, puesta en un llano deleitoso, bañado del Ródano y del Sona que la divide en gran parte. De Genebra poco distante y de Basilea y Alemania salieron muchos herejes para entrar en Leon, y el Marichal de San Andrés castigó algunos. Maquinaban perpétuas asechanzas contra el Rey y su familia, corrian los caminos, llenaban el reino de desastres y sin castigo. Porque en las guerras civiles hay maldades, que ni el derecho de las gentes permite que se premien, ni el de la guerra que se castiguen. En Cleri desenterraron los cuerpos de San Amiano y de dos reyes y los quemaron; en Putiers el de San Hilario, con libros preciosos escritos de su mano; en Orange el de San Eutropio; en Angulema muchos cuerpos santos; en Leon el de San Ireneo. No perdonaban á los vivos ni á muertos, miserable estado de reino, porque la herejía tomó las armas sustenida de los Príncipes de la sangre y oficiales mayores de la corona, que en el Parlamento tenian valedores y parientes en la Junta, y un número grande de políticos, peores mucho que los herejes, porque los siguen ó á los católicos, segun su provecho. Contra la herejía que principia vale hierro y el fuego aplicado con prestas executiones, y sacan las raíces; mas dexándola tomar pié y ganar séquito, usa de toda destreza para ser conservada, servida de la obra de predicantes, y crece y está fuerte. Mucho dió que pensar la mudanza de religion de Francia, menosprecio de su Rey, rigor de las armas á los príncipes católicos, y más á D. Filipe por estar Francia en el medio de sus Estados á peligro del mal vecino, y se aconsejaba sobre lo que debia hacer para remediarse.

CAPÍTULO XVI.

El Duque de Vandoma pide al Pontífice trate se le restituya á Navarra por la Corona de España, y lo que se le respondió y se hizo.

A los primeros de Diciembre llegó el señor de Cars, francés, á Roma para dar la obediencia al nuevo Pontífice en nombre de Antonio de Borbon, duque de Vandoma, casado con madama de Labrit, descendiente de los reyes de Navarra y pretendiente della. Para obligalle á no favorecer los huguenotes, como de secreto lo hacía, aunque con grandes contradiciones de los Embaxadores, fue oido el suyo como de rey en la sala de Justiniano. Quexóse, valiéndose deste honor y habilidad, en consistorio de que España le retenia el reino de Navarra, y pidió su restitucion y procuró inducir el ánimo del Pontífice á su ayuda. No despreció su demanda, más con buenas esperanzas le llenó más de ofertas que de mercedes. Para con-

venirle con el Rey Católico, pidió le diese á Cerdeña por recompensa de Navarra, y parecióle á Antonio de Borbon pequeño reino, mal poblado y difícil de sustentar. El Rey le tenía por igual á Sicilia, en ámbito tanto superior á Navarra, y por mayor que Cipro, Candia, Euboea, Lesbos, islas como Sardenia, porque boxa seiscientas y cincuenta millas, con cincuenta y ocho de ancho, ciento y cuarenta y cuatro islas, las ocho con fortalezas, dividida en dos cabezas, la de Saces ó Lugodor, y la de Caller y Gallura, metrópoli del reino, puesta al mediodía, con puerto bien capaz y seguro, donde la lengua es catalana y reside el Virey con el Consejo de Justicia y patrimonio, la nobleza y mercancía, y el arzobispo primado de la iglesia y de Córcega, y que lleva el gonfalon pontifical ó estandarte de la Iglesia Romana, y tiene ciento y trece villas y lugares, y sufragáneos los obispados de Suelli, Oliense, Gasteli; y hay en el reino tres arzobispados, catorce obispados que provee ó presenta el Rey por bula apostólica, diez títulos, veinticinco barones, y su milicia desde deciocho años hasta cincuenta, en muestra en el año mil y quinientos y ochenta y ocho fue de treinta mil peones y diez mil caballos. El suelo es fértil de ganados y de cuanto es menester para vivir con abundancia y regalo en deleitosos campos sin animales ponzoñosos. Su primero rey fue Phorco, nieto de Can, y Sardo le dió nombre; ocupáronla cartagineses, romanos, godos, sarracenos, y Cárlos Magno la dió al Pontífice; usurpáronla pisanos, y ganóla por virtud de bula apostólica de Bonifacio VIII y á Córcega D. Jaime, rey de Aragon, para sí. Por esto el Rey Filipe estimaba en mucho á Cerdeña, y no la queria dar y por ser de la Corona de Aragon, y en recompensa de lo incorporado en la de Castilla, y porque siendo sospechosos en las cosas de la religion su Estado y su mujer, era poner en peligro los vasallos, y de que en Cerdeña diese acogida á las armadas de los turcos, hermanos en armas de los franceses. Por la misma causa convenia retener á Navarra, porque no la inficionára y de allí saliera inevitable contagio para Castilla. La causa más esencial de no admitir concierto era la legítima posesion y señorío que tenía sobre Navarra, cuyos reyes extinguidos nunca tuvieron verdadero derecho; y aunque fueron por tiempo justos por la buena fe con que se hizo su eleccion, por necesidad de caudillo que los defendiese, nunca legítimos, habiendo señor y rey propio, sucesor de los godos, y por lo ménos el supremo que pretendieron tener los reyes de Leon y Castilla, sucesores de D. Pelayo, de la sangre real de los godos, como estaba dispuesto por los Concilios toledanos en su eleccion por el pueblo. Consistiendo en esto la razon de la guerra que se hizo á los moros tiranos, no habia de ser comun á los que quisiesen conquistar á España, permaneciendo siempre con todas sus fuerzas en cobrar lo perdido los legítimos Reyes. Tan injusto poseedor es el que despoja al ladron de lo ajeno, como el mismo. Juntos en uno sus reinos, se dice en nombre de su Rey, no conquistaba lo ajeno, sino

lo que fue de sus pasados y padres por algun tiempo poseido injustamente de los enemigos, y gozando de buena ocasion lo recuperaba y restituia á su corona. En esto se funda la razon de tener los verdaderos señores los títulos de lo que otros les tiranizan, como el Rey de España el de duque de Borgoña, rey de Jerusalen y de Córcega: y así el rey D. Alonso VI y el VII y otros sucesores se llamaron reyes de toda España, porque no hay prescripcion donde hay fuerza de enemigos y necesidad que rinde á ella. Justifica la ocupacion de Navarra la bula del pontífice Julio II, dada para su conquista que hizo el rey D. Hernando V en ocasion que pareció se le vino á las manos, aprovechándose del derecho de propiedad que tenía para invadille y retenelle. Porque el rey D. Sancho el Deseado casó con hija del rey D. García Ramirez de Navarra, que fue madre del rey D. Alonso el Bueno, padre de Doña Berenguela, mujer del rey D. Alonso de Leon, padre del rey D. Fernando el Santo, padre del rey D. Alonso X, en cuyo tiempo fue D. Tibalt, último deste nombre, rey de Navarra en el año mil y doscientos y setenta y cuatro, marido de Doña Juana, hija de Roberto, conde de Artuoés, hermano del rey de Francia San Luis, habida en Matilde, hija del Duque de Brabante, y Roberto era hijo del rey de Francia Luis VIII y de Doña Blanca, hija segunda de D. Alonso el VI, rey de Castilla. Tenía la Reina los abuelos paternos reyes de Francia y de España. Tuvieron por hija á Doña Juana, que por tenerla por putativa la llama la Trocada en su historia destos reyes el Príncipe de Viana, Cárlos IV, hijo del rey Don Juan de Navarra. El rey D. Alonso X, sabiendo el caso, y que á él venía el derecho del reino por la hija del rey D. García Ramirez, cuyo rebiznieto era, pedia la posesion del reino. Refiere en su historia el mismo Cárlos, su príncipe, que teniendo guerra los de la ciudad de Pamplona con los de la Navarrería, que es el Burgo, éstos le daban la vaya, diciendo que seguian á la Trocada, no queriendo por esto ser vasallos de los franceses. Porque el rey D. Alonso, en guarda de su derecho entró con exército en Navarra, y se le opuso el rey Felipe III de Francia con exército que metió por Jaca Cárlos, conde de Artuoés, porque en su proteccion estaba la niña que casó con Filipe Pulcro en el año mil y doscientos y ochenta y cuatro. De manera que no pudiendo perder el derecho el rey D. Alonso X, quedó á sus sucesores, como lo era Doña Isabel, reina de Castilla, mujer de D. Hernando V, que recuperó á Navarra; y conociendo era de la corona de Castilla, siendo rey natural de Aragon, y que casó con la reina Germana por haber hijos varones, para que no heredase Castilla á Aragon, y porque lo pidieron los navarros, la incorporó en la corona de Castilla, en la ciudad de Búrgos, en el año mil y quinientos y quince, aunque tenía algun derecho Aragon.

CAPÍTULO XVII.

El órden y manera con que comenzó á gobernar los reinos el Rey Católico.

Asentada la córte en Madrid, hechas nuevas leyes para el mejor gobierno de los reinos, tomando el celo y el recelo del Rey á los ministros la parte que la edad y ausencias y ménos atencion les habia dado, atendia con gran asistencia, cuidado y buen deseo á la expedicion, ayudándose de consejeros de Estado, Guerra, Hacienda, Justicia, Gracia, vireyes, embaxadores, capitanes, y de otros ministros asistentes, más ó ménos cerca ó léxos de su persona y córte. Porque su oficio los contiene, como el sol las virtudes de los planetas, sobre todo ponia su autoridad y poder, entendia, ordenaba, provcia, reducido á pocos capítulos generales hechos de las provisiones, elecciones del magistrado y de la milicia. Mas porque son los particulares infinitos, y para obrar en ellos es menester ser de diversas naturalezas, y no era suficiente por esto solo un hombre, quiso ser ayudado, y hacer como el corazon, sin cuya virtud no pueden exercitar los miembros sus acciones. Era grande el señorío y de gobernar difícil por la variedad y distancia de las provincias, lenguas, humores, por diversos climas y accidentes, mas obedientes con perseverancia, aunque, unos moradores prudentes y políticos por la contratacion que hace cautos y sabios, por grandeza de ánimo poco agradables á los príncipes, y mal conformes entre sí; otros robustos, ásperos en las costumbres de montañas. Para mantener su autoridad entre ellos, se valió de su prudencia, arte, fortuna, presencia, que le hizo amado y temido, y tratarlos de manera que ni deseaban ni podian mudar de señor ni suerte beneficiándolos, y quitándoles las ocasiones de ofender causas y medios. Siendo bueno sacó su obediencia de sí mismo para ser amado, temido, tenido por digno de reinar y de mayor honra, deseándole bien y felicidad, con admiracion é imitacion de sus virtudes para ganar su gracia, ciertos de que sabía más y de adulacion. Como religioso no les hacía agravio, como sabio los mantenia en paz y justicia, como poderoso los defendia de sus enemigos interiores y exteriores, y les era tratable, benéfico, justo, remunerador, grave, severo, constante, sesudo, inadulable, inexorable contra los pertinaces, sin parcialidad, sin fraude, con gran celo de la honra de Dios. Los malos sufren mal el señorío de los buenos, y para ellos es prodigio espantoso. La religion y justicia tomó por medios para regir los reinos que unieron matrimonios, parentescos, creencias, con principio tan notable como la restauracion de España, compuesto tan gallardo,

poderoso y bien reputado, que sustentó contra tantos enemigos de su grandeza honrosas empresas. Por la reverencia y amor de sus vasallos, sin diferencia ni recato, se dexó hablar en su palacio, en su córte, y caminando por sus reinos con seguridad, porque el buen príncipe de nada teme, que Dios le guarda. Los poblados se despoblaban, poblábanse los caminos, corriendo con admiracion á ver al que los gobernaba en paz y justicia, bendiciéndole, invocándole prósperos sucesos, larga vida, alegre, al que todos se la desean. Es firme el imperio tomando los súbditos contento en obedecer. Este ánimo con su Príncipe significaban en dias felices ó faustos de sus vitorias, casamientos, nacimientos de sus hijos, que solemnizaban los reinos con tanta demostracion, que por ley fueron limitados los muchos gastos. En las fiestas asistia, agradándose deste amor y obras en todos actos y de la presencia de sus vasallos. La congratulacion y complacimiento con alegría de su felicidad era claro indicio de su buen ánimo y conformidad de corazon, que con cierta esperanza y satisfaccion de su bien los llenaba de placer la prosperidad de su señor natural. Algo se menoró este ardor con el tiempo, porque no puede el Príncipe usar siempre de tanta humanidad, que todos queden y del todo satisfechos, naciendo cada dia gastos por la conservacion del señorío, que habiendo de salir el suplemento de los súbditos, por más necesarios que sean, se resienten, sin considerar cuánto es más dañoso el peligro de perderse con guerra de los enemigos y del Estado. El verdadero bien de cada cosa que es parte de otra no consiste en sí misma; mas tiene el fundamento en aquella de quien es parte, como los de un reino, que no conociendo por sí mismos el bien que poseen fundado en el de su príncipe, lo conocen cuando ocupado el señorío se hallan fuera de sus casas sin tener de quien ayudarse, ni donde fijar el pié seguro, como en tanto que el Estado con buen príncipe y buen gobierno se mantenia. Fue D. Filipe poderoso por fin del buen gobierno, no de sí mismo; teniendo más consideracion en lo que mandaba á la razon que á su poder, y los vasallos al poder más que á la razon con que los mandaba. Buen mandar, buen obedecer. Aseguró los reinos, que tantos años vivieron con las armas en la mano, con la paz universal, porque olvidados dellas, divertidos con el ocio, cebados en el uso libre y sólo de sus bienes, diesen fruto abundante para tantas jornadas, contra tantos enemigos de Dios en defensa de su Iglesia y para su propagacion. Olvidaron los antiguos pretendientes con las mercedes de su Rey, sin entorpecerse por la saca de gente ordinaria para tantas guerras, como adelante escribirémos. Hizo el provecho y peligro comun evitando entrada de poderoso y guerras civiles, y unos en los oficios, preeminencias, hábitos de las Ordenes militares, servicio de nobles y cargos de sus exércitos. Uniólos con buenas leyes, introduciendo tan gran celo de justicia que en viéndola apellidar, los que la aborrecian se le sujetaban, ayudando contra su padre y familia. Dexó ejecutar esto á sus pue-

blos, porque con la aparencia de imperio quedasen contentos y llenos de celo de justicia, ministros de sus propios castigos. Vendióles parte del patrimonio Real, para que comiesen dél y fuesen interesados, teniendo el caudal en sus manos y freno de oro comun á todos para su felicidad, cerrando la entrada á forastero ó interior tirano. Ayudaba á sus pueblos en las calamidades generales de incendio, hambre, peste, con repartimientos en la Mancha, en las montañas, en Galicia de grandes cantidades, mostrando pesarle de sus trabajos, procurándoles remedio y alivio, haciendo parecer generosa liberalidad la necesidad de conservar el ganado. En años de hambre hizo en San Lorenzo ocupar más de tres mil en descantar las dehesas, cosa excusada, sino para que se ocupasen lo hizo, dando salario hasta las mujeres y niños. Dió satisfacion de los agravios de sus ministros y jueces con las visitas y residencias, remedio de las quexas, freno de los oficiales, custodia de las leyes, universal contento y esperanza de los pueblos, indicio mayor de la santa intencion del Rey Católico. Desta visita usó mucho luégo que entró á reinar, alcanzando desde Sicilia á las antárticas regiones. Para vincular la conformidad de los súbditos hacía casar nobles de Aragon en Castilla, de Cataluña, Valencia, Navarra, Portugal, Italia alternando, porque haciéndose la sangre una por la afinidad, lo fuesen las obligaciones, intereses y razones de acudir á esta monarquía. Quitó los bandos de los señores, familias nobles y pueblos, de manera que no parece hubo Guelfos y Gibelinos, Turriones y Vicecomites en Milan; Zúñigas y Caravajales en Placencia; Chaves y Vargas en Truxillo; Ávilas y Villacencios en Jerez de la Frontera; en Sevilla los Duques de Medinasidonia y Duques de Arcos sobre el brocal del pozo; en Navarra, Agramonteses y Bearnonneses; Oñez y Gamboas en Vizcaya; Giles y Negretes en la Montaña; quitándoles las fuerzas con prisiones y condenaciones hallaron freno sus diferencias. La mucha saca de nobleza para la poblacion de las Indias y tantas guerras, enflaqueció el número de los hidalgos de Castilla, que acabada la conquista de Granada quedaron sin el sueldo que les daban los señores para sus compañías de lanzas. Quitó la semilla de novedades y contiendas dañosas á los Estados, que debilitan y estragan el gobierno, y enflaquecen el cuerpo dellos. Nacen estos bandos tambien de los cargos que se dan á señores y poderosos con desigualdad; no prevalecen donde hay príncipe de gran espíritu, valor y prudencia; esforzaban sus pretensiones con la justicia y determinacion del Rey y de sus consejos. Cuando habia sediciosos y banderizos procuraba reducirlos á concordia y quietud por sus corregidores. No pudiendo, los ocupaba fuera de su patria en gobiernos y en la guerra, y casaba al trocado las familias contrarias. De Truxillo sacó los hijos de Juan de Chaves, y en Flandres peleando como buenos caballeros fenecieron, honrando sus personas y su familia con mayor nombre de valentía, que pudieran sacar venciendo en los bandos civiles, y á Juan de

Chaves su padre dió el gobierno de Córdoba. Llenaba de parcialidades á Cataluña el Almirante de Nápoles, y le mandó venir á su Córte para quietar la tierra. Detenido seis años, con esperanza de que le ocuparia, le dió licencia para volver á su casa. Resentido, replicó no era posible sacarle el Rey della para no servirse dél; díxole pasó sin efeto la ocasion para que le mandó venir; le agradecia la voluntad que de servirle tenía; mirase en lo que le podia hacer merced; concedióle algunas cosas que pidió, y con buena gracia volvió á Belpuche. Cuando en algun cabildo habia regidor ó canónigo inquieto le ocupaba fuera, ó traia á su Córte con entretenimiento hasta que se pacificaba la comunidad ó iglesia. Las esenciones, privilegios y ceremonias de la Corona de Aragon, preeminencias de sus jurados y diputados en los actos públicos guardó, llevando al Jurado en Cap á su mano izquierda, disimulando algunas cosas en el destemple de su armonía; y así de su paternidad satisfechos y de su equidad, fe, prudencia en cualquier acaecimiento ó encuentros con los Vireyes (que nunca faltan), ó desavenencias entre sí mismos, luégo acudian á su Príncipe, que proveia con sabiduría y acomodaba las pretensiones de todos, como estaba bien á la comunidad.

En general, la gran obediencia que en España se le tuvo causó su tranquilidad tanta, que áun de ántes que se perdiera hasta los dias suyos, que se acabó de reducir y juntar toda ella con lo de Portugal en una corona, jamas gozó tan gran quietud. Si se mira á los tiempos del rey D. Juan el II, por no tomarlo de más atras, y á los del rey Enrique IV, su hijo, y de los demas reyes que la fueron recuperando, se verán revueltos en guerras domésticas, tales que causaron tal vez mayores daños que las armas africanas. Si la observacion se arrima á los Reyes Católicos D. Fernando V y doña Isabel halla sus principios con las diferencias de Portugal, y sus fines con la venida á estos reinos del señor rey Don Filipe I llenos de hartos desasosiegos. Si se acerca á los del emperador Cárlos V da en las comunidades, que tan grande estrago hicieron en las haciendas y costumbres, quedando con esto los ánimos tan inquietos y tan libres algunos, que en todo el progreso de su reinado no los pudo reducir á lo que estuvieron desde el principio hasta el fin del de D. Filipe su hijo. Supo tener los ánimos tan reportados, reducidos á su amor y temor que los más poderosos y que en otro tiempo esforzaban sus diferencias y pretensiones con la violencia, lo hicieron en su reinado con el brazo de la jnsticia. La fuerza de su prudencia deshizo los odios, invidias, porfías, competencias, ambiciones de Grandes, ligereza de voluntades, inconstancia de los súbditos y resentimiento por las imposiciones. Para esto y ser tan respetado y temido, no bastára la reputacion de poderoso para que le sufrieran súbditos tan gallardos, si no fuera sabio y bueno, como aconteció á tantos emperadores romanos, á quienes desobedecieron y áun

mataron, por no haber sabido moderar las fuerzas del poder con la suavidad y efetos del saber. Don Filipe jamas acometió con lo primero, sin descubrir á un mismo tiempo tanto de lo segundo, que en todas partes se vivió sin miedo de estorsion y agravio, no sólo en España, sino en las más apartadas provincias, que les habian de llegar las órdenes por largas navegaciones, porque asentó los negocios tan bien en los principios que parecia que naturalmente se movia la administracion, y se le acudia con tan gran conveniencia como á España, corazon y cabeza que ministra el vivir á las demas partes del cuerpo de su señorío más ó ménos distantes. De aquí nacia la industria de mantener la paz, el apartar los acidentes y el juicio de contrapesar los estados. Las Indias tan apartadas, acometidas de enemigos de Dios y desta monarquía y fomentadas para rebelarse, no sólo no lo hicieron, pero estuvo tan asentada aquella parte (con ser la que, al parecer de prudentes, corria más riesgo de lo contrario) que no se descubrió cosa que pudiese dar aparente cuidado. Hallábase tan presente en todas partes que ningunas, por más léxos que le cayeran, lo estuvieron para no sentir este bien. Estableciendo esta quietud y conformidad de los indianos y amor con su Príncipe, segun lo que el Emperador su padre prometió debaxo de su palabra real á todos los reinos, islas y provincias de las Indias occidentales, les dió instrumento público y cédula en forma con fuerza de ley, como si fuera proveida y promulgada en Córtes generales, de que en ningun tiempo enajenaria él ni sus herederos ni sucesores los dichos Estados, ni los apartaria de la Corona de Castilla y de Leon, sino que siempre los tendria como cosa en ella incorporada. Esta misma provision se dió para la ciudad de Trascala y sus términos, á instancia de don Diego Magiscacin, gobernador della y como su procurador, acatando los muchos servicios que sus naturales hicieron á esta Corona, y la gran parte que fueron en aquietar á México y las demas provincias de aquella region. Entre todos los animales los más dificultosos de gobernar son los hombres ingratos por la mayor parte á los beneficios recebidos, y que las más veces ponen los ojos en sus gobernadores, no tanto para celebrar lo que bien obran, cuanto para caluniar lo que les parece ménos bueno. Es grande el señorío de España, y así de gobernar y conservar dificultoso; por esto ponia D. Filipe tanto cuidado y trabajo que parecia Rey no en el gozar de tanta fortuna, sino para el bien comun, teniéndole por fin último en el reinar, y nació del mismo y de su virtud. Fue como el emperador Trajano dulce en el pueblo, respetado en el Senado, venerado de todos y terrible con sus enemigos, de reverenciado temido, no de temor sino de admiracion. Parecia no duro sino Augusto, que los que le vian no le temian, sino reverenciaban, mas no la reverencia con temor, ni el amor con fácil humanidad ganaba en los súbditos, sino veneracion por su autoridad y reverenciable opinion impresa en ellos y en los extraños por

su real persona y estado, que desta admiracion y miedo consta, cuya mistura hace la virtud de la majestad venerable grandeza por merecimientos, que nace de la buena fama de gobierno y conservacion del imperio y de su poder. Era el Rey la fuerza principal, sér y honor de todo, y de todos reducido á sí mismo el gobierno con arbitrio y nombre real, grande, sólo con arte loable y perfeta con el largo y frecuente uso, y él tenía solamente el sér, la gloria y autoridad. Pasaban por su arbitrio todas las esperanzas y fortunas de los súbditos, y con todo poder hacía reverenciable y segura su Majestad, nunca durable sin fuerzas, riqueza, consejo y favor de la fortuna. En los actos públicos, casamientos, baptismos, juramentos, funestas, aumentaban la Majestad las órdenes que daba, correspondiendo todo con mayor grandeza por ellas. Guardábase respeto, composicion y silencio, disponiéndolo su presencia venerable para tener sosiego y modestia, porque un desacato entónces destruyera una familia. Injuria contra su Majestad no perdonaba, y ménos cuanto mayores y más allegados; pues si el menosprecio en el no conocido merece gran pena, ¿qué será en el amigo? porque cuanto es mayor la obligacion y cercanía, tanto es mayor la ofensa. Puesto en sólio, coronacion ó en otro acto mayor público con esta grandeza parecia divinidad su autoridad y gloria. Así llaman Platon y otros autores la que adquieren los hombres en esta vida, cuando sus hechos y dichos por su ecelencia parece no ser de mortales.

«Desta autoridad y de sus causas (dicen los políticos) sale la reputacion »de los príncipes, dignidad que nace de la virtud, esplendor, pensamientos, »palabras y obras tales que no desconvengan al Estado. Hace el oficio en »él de la corteza en la manzana, que por ella parece hermosa y preciosa »con sus vivos colores, y se conserva mucho tiempo en tanto que no se »le quita, que por muy poco que sea, al punto se vuelve negra, mar»chita, se pudre y pierde. Mediante esta reputacion se han conservado las »monarquías, y se han perdido en siendo perdida. Dicen algunos ser la »opinion que se tiene del Príncipe, que sabe tener y mantener su grado, »pronto para hacer lo que le toca digno de honor y estimacion, que le »acredita en paz y guerra con los súbditos y extraños, y por él respétanle »los príncipes, obedécenle sus vasallos, huyen las inquietudes y conjura»ciones, porque para mantenerlos en paz y obediencia tiene saber, querer »y poder. Todas las pérdidas no igualan á la menor de la fama, y del que »no muere por mantenerla (si es menester) no se espere cosa buena. Todos »tienen que en el Estado la reputacion gobierna: y si quieren decir una »cierta fama y buen nombre, que corresponde con los hechos, no se ha de »empeorar el vocablo, mas confesar que el valor y la virtud. Parece que »por esta reputacion entienden algunos aparencia de virtud ú de poder, »mas es considerar la corteza. Mal aconsejado sería el Príncipe que fiase en »esta imaginada reputacion, porque á la prueba conocerá con su daño la

»diferencia que hay entre lo verdadero y lo aparente. Pierden esta reputa»cion los príncipes usando de indignidad. No es decir (dicen los políticos) »ó hacer alguna cosa mala, sino dexar por defeto propio de conseguir el »honor que derechamente le tocaba, ó haciéndose despreciables por so»berbia, altivez, ligereza en las ocasiones de momento, ú desapacibles por »condicion tiránica y falta de fe, astucia, vileza, poco valor ó cobardía; »ó cuando todas las cosas de sus reinos y de los extraños con fraude enca»mina á su interes solamente. Estas imperfeciones nacen de la naturaleza, »mas en su correctiva es parte la educacion, el uso y comunicacion de hom»bres perfetos. Para ser bien reputado el Príncipe no ha de consentir hacer »ú dexar de hacer alguna cosa por temor, trabajando por no concederla ni »hacerla, defendiendo su razon con valor y costancia. No ha de vengar las »injurias sin causas graves por el daño que viene á tantos, mas sí ha de cas»tigar las que hacen los poderosos á los menores, dispuestos más para ser »injuriados.»

Hablaba bien el Rey, y oia con benignidad mostrando severidad con clemencia, gravedad con blandura, modestia con imperio, en el oido y vista siempre venerable en la grandeza de su dignidad. En público y en su Cámara su habla era Real, grave, fácil, breve, llana, usada, con sentencias tantas que se pudiera hacer buen volúmen de sus apophtegmas. Satisfecho de los servicios decia al suplicante: *Fulano, bien sé cómo os habeis habido; tendré memoria de vos, cuidado de mirar lo que pedís, de haceros merced.* Si era persona grave á su ofrecimiento añadia: *Yo os lo agradezco, os doy gracias.* Confortábalos en su amor y obediencia mejorando los espíritus y deseos. Si iban léxos á negociar, ó á efeto de paz ó guerra, se alargaba con favores demas de lo que mandaba les dixesen en particular. Volvia el rostro á oir decir mal de otros, y más si eran Ministros; y á las adulaciones decia: *Dexar eso, y decid lo que importa:* cuando se le pedia cosa injusta, *No puedo yo eso,* ó que no lo remitiese por el secreto *hase de ver:* si era contra parte ó cosa licenciosa, *Bien está, yo lo veré:* si convenia ocultarlo, no hubo perjuicio. Con la misma benignidad recebia sus papeles y los de aviso en las tres materias examinadas por su inteligencia; remitíalos para que se le consultase con parecer. Al más detenido en proponer, suplicar y ofrecer en su negocio jamas despidió hasta que se iba, ó le hacía tener fin cierto su vergüenza. Percebia lo que le decian con admirable atencion, mirando desde que entraba el suplicante hasta que salia de la cabeza á los piés, advirtiendo á las palabras y afecto con que las decia; persuadíale por esto su razon, y proveyó de sí mismo en algunos casos sin consulta. Nunca Salomon hiciera tan notable juicio, si no viera y considerára bien á las mujeres litigantes sobre el derecho del hijo. Oyendo los príncipes á todos y atendiendo á su habla, proveerán lo que convenga. Algun tanto estuvo más retirado en sus postrimerías, dexándose ver solamente de los que le ministraban, ó de em-

baxadores y personas religiosas, porque no viesen en tanta majestad que la hermosura del tiempo consumida con la gota irremediable diminuia la autoridad, y como Tiberio emperador viejo y enfermo, visto de los ménos. En los actos públicos su oracion con tanta majestad y composicion admiraba, medida áun con las orejas de los oyentes, no larga ni hermoseada, sino breve y cauta. Los mandamientos y órdenes de los príncipes contienen breves palabras, como los ruegos de miserables largas y verbosas oraciones. En las consultas y despachos con un adverbio, una diccion, una oracion, comprehendia cláusulas, se daba á entender, y proveyó lo que convenia. Su agradable vista y representacion de poderoso rey por virtud, poder y discrecion admiraba, causando alegría su hermosura, reverencia sus virtudes, temor su potencia y admiracion su prudencia. A la primera vista hombres valerosos probados en mil peligros temblaron, y nadie le miraba sin movimiento. Obispos, prelados, graves letrados, eminentes predicadores en su Cámara y en los púlpitos, se le turbaron de manera que á no ser ayudados de su oracion y reporte no dixeran palabra. Extranjeros venian advertidos y con oraciones elegantes, y se turbaron en extremo, y entre ellos algun nuncio de Su Santidad, y Julian Posevino, erudito y de no vulgar elocuencia, en la segunda cláusula de una prevenida oracion estancó, hasta que le socorrió el Rey diciéndole con semblante agradable: *Si lo traeis por escrito yo lo veré, y os haré despachar.* A los turbados esforzaba diciéndoles: *Sosegaos.*

PROEMIO

Á LA HISTORIA DE LAS GUERRAS QUE HIZO EN FLANDRES

EL REY DON FILIPE II

CONTRA SUS REBELDES Y APÓSTATAS, QUE COMIENZAN EN ESTE LIBRO SEXTO.

Escribí los cinco libros precedentes con intencion igual, narracion y juicio de las partes de la historia. Las guerras de Flandres largas y de várias empresas ofrecen materia con tantos accidentes y miembros, que la remitiera por difícil, si la importancia de que la verdad sea notoria, no forzára y guiára mi pluma. Escritores sectarios y católicos la escurecen, ó por no saberla, ó no eternizar los claros hechos de los españoles. Si la escriben, trabucan el órden de las cosas y tiempos para turbar el juicio dellas, y con añadir ó quitar las desfiguran, porque sean reprehensibles el Rey Católico y sus ministros, cubriendo con ingenio y arte la infamia de los rebeldes, y supliendo lo que los ayuda con la invencion de poner las causas con principios políticos, fundamento de sus discursos. Paréceles consiste la gracia y buena acogida de su escritura en deslustrar y escurecer la memoria y gloria de la nacion española. Si dicen bien en lo que no pueden negar, es para haber crédito en lo que dicen mal, y ganar aún con los que ofenden. Y con la libertad de la historia, y por otros caminos, no les faltan varios lectores. A quien no admite culpa en pedir libertad de conciencia y rebelarse contra su Rey, y atribuye á milagro el socorro de Leiden, y á divinidad tal consejo y resolucion, compete bien el nombre de parcial de los herejes enemigos de la Iglesia Romana; y mejor cuando ha dado por justificados insultos y fuerzas de armas despojo de los señores naturales, sacrilegios, prisiones, disolucion, con que para ello fueron irritados. Así escribe Jerónimo Conestagio de Franchi, genovés, con la inscripcion á su volúmen de las guerras de Flandres, sin decir las trató un Rey tan grande

como D. Filipe con sus vasallos naturales y verdaderos por tantos años y con tantos gastos, con que parece sospechoso y de fe dudosa, sin ofensa de su elocuencia y no vulgar opinion. Su diligencia en inquirir es poca, y escribe por las relaciones de los rebeldes sectarios, de los enemigos, de los libelos que en su defensa esparcieron; de manera que lo más de la narracion no consiste en la relacion del hecho, sino de las causas de los sucesos, ó en el discurso que el autor forma de los remedios que se pudieran tener con invectiva y apología. Su astucia y disimulacion en sus pensamientos son tales, que si no es leido con mucho cuidado, apénas se dexa entender si hiere ó halaga con mala intencion y parcialidad, encareciendo y afloxando. Mas el velo de su artificio, si algo embaraza, no quita la verdad. Con industria para excusar lo vicioso dispone ántes la narracion, ingiere sentencias políticas, calla lo que hace daño, y poco á poco suple lo que ayuda, con que en la ocasion quedan las cosas en la apariencia que darles quiso, salvadas las dificultades y con probabilidad. Todo poniendo al Príncipe de Orange en gran figura la buena voluntad que muestra tenerle por lo bien que le pagó, y no tener licencia para loalle al descubierto, pues no hay libro que trate de alabar un solo tirano, por grande y poderoso que haya parecido, que sienten más porque arden de ambicion. Si cerca de la inmortalidad del alma creen poco, miéntras viven les ofende la infamia que los acompaña hasta despues de la muerte, y Franchi celebra al mayor y peor de los tiranos y herejes, pues pasó de martinista á calvinista y anabatista, y al fin ateista con alma como de irracional. Al Duque de Alba llama incapaz del gobierno civil, poco prudente y no aficionado al público bien, riguroso, cruel, arrojado, codicioso, desestimador de la conservacion de los Países Baxos, y que al salir de su gobierno quisiera dexar sucesor (no siendo su hijo heredero como pretendió) que abonára sus hechos con su ruina. Le calumnia con que desguarnecia las tierras para que las ocupase el enemigo y él tuviese más que vencer, y el Rey mayor necesidad de su persona. Confiésale gran capitan, y confunde la relacion de sus hechos para disminucion de sus vitorias, ó comunicándolos con causas fortuitas no da la parte que le toca á su valor y providencia conforme á razon de la merecida alabanza y gloria. Finge oraciones muy copiosas cuando quiere decir mal largamente, con elocuencia y disimulada calumnia en favor de los rebeldes, tomando la voz de alguna persona, repitiendo en diversos puestos elegidos las causas con que se quexaban del Rey, de sus ministros, de la nacion española; y los dexa sin respuesta en oracion y defensa dellos, donde tuviera claridad la verdad, y respondieran á los falsos cargos del autor. Procurando desacreditar esta monarquía y conmover contra ella todas las naciones de pechos enconados, usando del término fuerte de orador de los herejes y rebeldes, defendiendo su causa con razones y argumentos, y confutando artificiosamente la de los españoles sin

darles, como he dicho, protector que en su defensa persuada su justificacion y de su consejo y armas, para que no quedase en el arbitrio de la intencion del lector. Poderoso medio es, y tiene gran fuerza sobre los ánimos, el arte y gracia de bien decir para guiar los corazones y voluntad del pueblo y los espíritus de los mayores, inflamando los tímidos para las armas y haciendo dexarlas á los más fieros, y con artificio parecer bien lo que es malo con máscara de verdad, convirtiendo la ferocidad en mansedumbre, la dulzura en crueldad. Los más famosos oradores movieron las comunidades á sedicion, mudaron leyes, costumbres, religion, repúblicas y destruyeron algunas, y á sí mismos causaron violentas muertes. Los que la aplican bien y fielmente, reducen los hombres de la fiereza á la humanidad para reformar costumbres, corregir leyes, castigar tiranos, desterrar los vicios, mantener las virtudes. Finalmente la paz, la guerra, libertad, servidumbre, la muerte, la vida dependia de los oradores más poderosos para vencer que los exércitos.

Escribe historia de deciocho años poco más ó ménos, y en todos condena el gobierno de la Duquesa de Parma, del Duque de Alba, del Comendador mayor, el de los Estados por sí mismos por la comision del Rey, el de D. Juan de Austria, personas de su sangre, guerreros, pacíficos, y siempre da por errada la resolucion de España. Para esta reprobacion válese de máximas de política cortas y largas, y nunca concuerda lo político con lo sagrado. Parece su dotrina verdadera y su consejo y discurso; y como no se ponen en execucion, no descubre la experiencia sus defetos y errores, y más no habiendo impugnacion: y así es fácil de ser engañado el letor. No confiesa obraron poco los perdones generales que se dieron á los Estados con ecepcion y sin ella, por ser medicina aplicada á cuerpo estragado con la herejía, con la rebelion de la nobleza, acidentes internos, con la seduccion del Príncipe de Orange, que tiránicamente queria usurpar el dominio. Y así habiendo sacado los españoles de los Países el Rey á su peticion repetidas veces, como fue maliciosa por mantenerse sin miedo de las armas en su error y delito, no cumplió la promesa de quietarse y dar la obediencia con los Estados y las islas al Rey, ántes hicieron la rebelion universal; y desarmado, se armaron y lo metieron todo en su poderío. Franchi dice fue la desestimacion del beneficio por haber sido por fuerza: razon de poca sustancia, que le enflaquece las demas, pues habiendo cumplido el Rey estaban obligados á cumplir ellos tambien lo prometido y acordado entre todos, contrato hecho con voz de público bien y de paz. Censura la justicia de las acciones civiles y militares la historia, sus causas, remedios con que se excusaran los daños, y con artificio familiar, cuando refiere impiedades y rebeldías de los flamencos y herejes, sin considerar y verificar si es justo ó reprobado, por ser contra su Rey y ley, por fea y desaforada que sea en efeto, pasando el juicio y cali-

ficacion por alto discurre prolixamente sobre las causas que movieron á los rebeldes para hacellas, y dice cómo se excusára; y procura que de los insultos contra el Rey tenga Su Majestad la culpa ambicioso, y sus ministros y capitanes jamas hartos de oro y de sangre, y los flamencos autores no. De las acciones de los españoles jamas examina la justificacion derechamente. La principal parte de la historia consiste en la verdadera relacion del hecho, y quien añade discursos políticos debe tachar los hechos viciosos, y luégo discurrir de los motivos con que los irritados ecceden. Franchi siempre los hechos de los rebeldes presupone lícitos; pero añade fueron provocados los dilincuentes, y aprueba su disolucion y rebeldía pertinaz. En la narracion de lo sucedido compone á su modo callando lo que no gusta decir enteramente ó en parte; en especial cuando fue roto el exército de los rebeldes, y desmanteló el de Orange los monasterios robados, y aplicó sus bienes eclesiásticos á los calvinistas. Las acciones en Flandres casi heroicas manifiestan la constancia, poder, piedad del Rey y de sus españoles tanto que no las ha podido deslustrar en los que bien sienten el suceso siniestro universal que ha tenido en aquellos Países, ni hecho no estimar sus valerosas y maravillosas hazañas en más que los mismos Estados; y quien los defrauda desta gloria, los ofende más que los rebeldes. Llámalos gente vil, baxa, crueles, sin ley, sayones, fementidos, ladrones, ateistas, y es largo en referir sus culpas, ó buenos consejos y sucesos de los rebeldes, mezclando palabras de amarga burla con espíritu mordaz ajeno del fiel historiador, y culpa gravísima el decir calla muchos sucesos principales y de importancia en aquellas guerras, y quexa esencial de los españoles, pues eran en su favor, y de sus maravillosas y valerosas hazañas. Fueron virtudes del Rey justicia, religion, prudencia, gran poder; y Franchi invidiosamente no dice fue justo sino cruel, riguroso, inexorable, que no olvidaba la injuria: y por lo que otros (como dirémos) le llaman constante, le pinta insensible. La calidad y acciones del Príncipe para causar revueltas en el principio de su gobierno, y despues con rebelion imperfeta ó perfeta quitándole la obediencia los súbditos y dándosela á otros, proceden de ser juzgado injusto como el emperador Calígula; incapaz de su grandeza, indigno de su fortuna, como Cárlos el fatuo, rey de Francia; remitirse en todo á ministros interesados, como Childerico con Pipino en ella; olvidarse de los amigos fieles, como su Enrique III; fiarse de los agraviados, como D. Rodrigo rey de España del conde D. Julian; descubrir pensamientos inquietos y peligrosos intentos, como Luis Esforza, duque de Milan, y Enrique III en Francia; comprar tregua ó paz confesando última necesidad, como el rey de Francia Cárlos IX; privarse por vanas sospechas de sus propias armas, como Witiza, rey de España, ó depender en todo de las mercenarias ó auxiliares como algunos potentados y repúblicas de Italia; descubrirse naturalmente

inclinado á seguir consejos astutos y cautelosos siempre, como Luis XI, rey de Francia; faltarle juicio para saber compartir el peso segun las fuerzas, cuando no conocen los súbditos sino de nombre, como los moros de España á sus reyes de la Arabia; cuando es en todo diverso y miembro apartado de las fuerzas del cuerpo; cuando los pueblos son por naturaleza instables, enseñados á rebelarse muchas veces como los de Flandres; cuando recibieron injuria en general ó en particular de su príncipe ú de sus parientes como los romanos de los reyes Tarquinos, ú de sus ministros, como los Iccinos en Inglaterra, rebelados contra Neron, y los alemanes contra Augusto emperador tratados de Quintilio Varo servilmente; los sicilianos contra los franceses; y los zuiceros contra la casa de Austria; cuando hay demasiada severidad en las penas ó crueldad, como los egipcios contra Aprias su rey, y muchas ciudades de Italia contra Aníbal; cuando amenaza con grandes castigos el señor, que por huirlos se rebelaron la ciudad del Aguila y muchos señores de Nápoles contra el Duque de Calabria estando en la guerra de Ferrara; por la pobreza de la vida, como el pueblo romano contra Neron; el ser viciosa la del Príncipe, despreciado por ella de los amigos generosos, como los romanos contra Eliogábalo; cuando el Príncipe favorece más un bando que otro por contrapesar los Estados y las fuerzas de las partes, como el rey Enrique VI de Inglaterra, que inclinado con sus favores á la casa de Alencastro contra la de Hiorch, los de la Rosa tomaron las armas, y en veintiocho años que duró la guerra murieron ochenta príncipes de la sangre, y él fue deposeido y muerto por los súbditos. No fueron ménos sanguinosas las guerras en Francia movidas por Roberto de Artuoes, Mos de Eureux, rey de Navarra, Juan de Monfort, Juan de Borgoña, y muchas de nuestra edad por seguir la pasion de los súbditos los reyes, y hacer demasiados favores á los unos, y han caido en grandes peligros; cuando los fuerza á mudar religion, como los ingleses que procuraron rebelarse contra el rey Enrique VIII cismático apóstata; y como hicieron los franceses coligados en defensa de la religion católica contra su rey Enrique III.

Es primera regla de Estado conservarle el Príncipe tan vigilante, que no ha de conquistar otros si le dexa en peligro ó mal compuesto. Estándolo tanto los de Flandres no pudo D. Filipe excusar por razon de religion, cuya ofensa clamaba, por la de Estado, por la de su recuperacion, y de todo género de conveniencias de volver las fuerzas y pensamientos á cobrar la oveja perdida. Tambien es regla muy falsa el pensar que la monarquía de España, espaciosa tanto y desproporcionada se sustente sólo con la reputacion de poderosa. El Imperio romano más unido jamas dexó las armas sustentando en diferentes partes cuarenta y cuatro legiones, y por cosa notable hacen mencion sus historiadores y poetas de la paz, que alcanzó sólo tres veces breve tiempo, diciendo que se cerró tan-

tas el templo de Jano. Miéntras conquistaba las ajenas provincias, fue acometida en Italia (y áun en Roma) de naciones bárbaras ménos poderosas: Aníbal la tuvo en el estrecho que se sabe, Pirro la oprimió por doce años, los galos la entraron, los godos truxeron en declinacion su imperio, la isla de Inglaterra se les entretuvo rebelde veintiseis años, diez estuvieron en sitio sobre Veyo, hasta que la rindieron siendo Camilo dictador. Y los escritores de aquel tiempo engrandecen con razon el coraje y ánimo con que la guerra continuaron, tomando tal vez para ella joyas de sus mujeres teniendo por conveniente y áun forzoso que la monarquía se conserve con lo que se saca della, cultivando la heredad, que no gastando con ella se perderá en un año. En regla general, no habia para reducir á Flandres sino la paz y la guerra de que usó el Rey Católico D. Filipe, porque la vía del medio nunca siguieron los romanos, ni el prudente príncipe. Las veces que se concedia la paz, perdia aquello y peligraba el resto: la guerra inexcusable gastó mucho, daño menor que el de la amenaza al cuerpo de la monarquía.

LIBRO VI.

CONTIENE

EL ORIGEN DE LA REBELION DE FLANDRES,

GUERRAS CIVILES DE FRANCIA,

AYUDAS QUE DIÓ Á SUS REYES EL DE ESPAÑA,

LA CELEBRACION DEL CONCILIO EN TRENTO, LAS DIFERENCIAS EN ÉL ENTRE LOS EMBAXADORES DE ESPAÑA Y FRANCIA SOBRE LA PRECEDENCIA;

FUNDACION DE SAN LORENZO EL REAL,

SITIO DEL VIREY DE ARGEL Á ORAN,
CONQUISTA DEL PEÑON, EL CERCO Y COMBATE Á MALTA DE SOLIMAN,
SEÑOR DE LOS TURCOS.

(Año 1561, y el sexto del reinado de Don Filipe.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Principio de las alteraciones de Flandres.

El Príncipe á sus Estados presente asista, porque vivan contentos, le amen, teman, dude el que pretendiere acometerlos, y resuelto venza difícilmente, porque la vista del Señor obra en los ánimos obedientes más viva que la memoria y esperanza de su vida. Monarca tan poderoso como el Rey de España, siendo imposible hallarse en un mismo tiempo en muchos lugares, gobernando tan diversas provincias en regiones tan distantes y unas de otras, suple su presencia con vireyes de casi autoridad igual, cuyo bueno ó mal proceder hace el ser amado ó aborrecido. Difícil es su administracion, y más cuando la vida libre enflaquece á la piedad cristiana, porque se desprecia lo que no se teme, no se reverencia, y luégo no hay religion. A los Países Baxos de Flandres guiaban sus principales á la perdicion, olvidando el temor de Dios en los ánimos y en el culto. Procuró restituirle el Rey Católico, su natural Señor, mejorar el tiempo con las armas, no cerrando la gravedad de delitos el paso á la misericordia, ni la in-

solencia de los delincuentes á la justicia. Cuando ménos poderosa la malicia usó de la templanza con la pertinacia del rigor, ambos causando mayores males. Favorecieron la rebelion y la amotivaron Guillermo de Nasao, príncipe de Orange, autor de las conjuraciones flamencas, engaños y avisos de guerra, y le siguieron Lamoral, conde de Egmont y príncipe de Gabre, y Filipe de Monmorancy, conde de Horne, y por ser tan nobles caballeros tuvo más fuerza la ambicion. Si bien andaban práticas sospechosas entre ellos (como escribimos), con la ausencia de su Rey fueron declarándose más y las dañadas intenciones. Deseaban publicar las sectas, gozar libertad los ánimos mal seguros, descontentos, con ódio contra los españoles, freno de sus deseos. Secretamente leian, aprendian, profesaban los errores de Lutero y Calvino por libros de Alemania, Inglaterra, Francia, en cuyo centro están los Países, y así fue imposible en el trato comercial, militar y familiar no traer los males que sabemos. No está seguro siglos lo cercano al peligro; por esto Cárlos V, emperador, estableció santas leyes contra los apóstatas, y las hizo guardar y su hijo enteramente presentes, y no pudieron siempre asistiendo diversamente á tantos reinos.

El Príncipe de Orange, amigo de Augusto, duque de Saxonia, casó con sobrina suya luterana, hija del Duque Hinthiest aleman, fea y martinista, diciendo ganaria alma que le hizo hereje. De los protestantes ayudado en la execucion de sus intentos y acompañado del conde Ludovico de Nasao, su hermano, con los rebeldes, sus parciales noveleros, olvidando el juramento y beneficios del Rey, procuró sacar los súbditos de la obediencia, y para ello meter predicantes herejes, con persecucion y discordias entre sí por diversas sectas con muertes, sacrilegios, daños terribles, induciéndolos con su exemplo á todo mal, sin fe, sin palabra, astuto, mañoso, traidor. Con sus malas artes pervirtió la nobleza y su fidelidad, porque los hiciese fuertes en su liga el peligro de los daños, y constantes el huir de las penas que merecian sus delitos y la atenta seguridad de la vida. Para traer las provincias que administraban á su devocion y aficion dexaban vivir á su albedrío, empeorándose cada hora, transfundiendo en sus ánimos la errada dotrina los maestros y predicantes della, sino fue en Namur, Henaut, Luceltburg, Artuoes, Lila, que gobernaban fieles y buenos católicos. Los que dieron fuerzas á la tiranía, despojando los legítimos señores, pusieron mientes en que dixo César que para reinar se permite violar la justicia y sus leyes, y que ni la naturaleza ni ellas dan justo derecho á los sucesores, ni larga posesion que los establece y funda, los ha defendido de la injusticia de la ambicion. Las armas, leyes, culto divino, no se apartan sin destruicion de todas. Escribieron los conjurados al Rey que pues los Estados se hallaban en paz universal, sacase dellos los tres mil y quinientos españoles de las decisiete banderas de los maestres de campo D. Pedro de Mendoza y Julian Romero, como lo pedian los pueblos, y convenia, porque de otra

manera no contribuirian. Cuando el decir no pensé es torpe, no se ha entendido de ligero accidente (porque no puede quien tiene cuidado de cosas grandes ocuparse en entender las pequeñas tambien), sino de los graves, fuera en todo de la razon, que no es posible antever lo que es sinrazon el Príncipe por discreto y cauto que sea; y así que le hayan de faltar en la fidelidad los que con beneficios y honras obligó á poner la vida por su defensa, y la pusieron; que en la conservacion de la monarquía muchas cosas suceden como acaso, en que no hay providencia humana que haya bastado á prevenirlas. Fue advertido el Rey consistia la conservacion de los Países en no sacar los soldados españoles, y por D. Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, su embaxador en la Córte cesárea, porque en Alemania traian grandes inteligencias y práticas con los príncipes sectarios, y se veria el peligro cuando los despojase de tales armas. El Rey estimaba los flamencos como á hijos, de original secreta fuerza arrebatado, y concedió el salir la infantería recelando ménos de lo que debia, sabía y solia en cosas menores. Los daños que habia de causar mostraron fuegos y cometas, figuras de hombres armados combatientes en el aire, prodigios, portentos, en pronóstico de mayores males. No fueron en vano; pues en saliendo los españoles en muchos pueblos se juntaban públicamente á oir las dotrinas de martinistas, calvinistas, anabatistas y de la confesion augustana, no para hacer el donativo anual y ordinario, animados de la division del Consejo de Estado y del favor suyo, ni querian pagar la gente de armas de las bandas, con que la desobediencia impedia el servicio.

Las alteraciones deshiciera la presencia del Rey, ó del Príncipe su hijo; pero el dinero faltaba y el modo de gobierno de España; pues convenia llevar á don Cárlos para que le jurasen, y con la celebracion de sus bodas con la princesa Ana, hija del rey de Romanos Maximiliano, y las fiestas se divertiesen los pueblos y cobrasen mejor humor y serenidad sus ánimos. El obispo clunlense, Nuncio de su Santidad, y el obispo de Arras, quiriendo conforme á su comision, instituir y distribuir los obispados nuevos en Flandres fueron impedidos por la muerte del pontífice Paulo IV. Elegido Pío IV con nueva bula de revalidacion de la primera comenzaron á señalar los límites en el repartimiento de las diócesis y de la congrua sustentacion de sus prelados. Hubo sobre esto gran disputa en Roma entre los Cardenales de la Congregacion confirmada por el nuevo Pontífice. Fundaron arzobispado en Malinas y Primado por su grandeza, nobleza y comodidad de sitio, y diéronle por sufragáneos los obispados de Amberes, Bolduque, Ruremunda, Gante, Brujas, Ipre, donde se hablaba flamenco. Al arzobispado de Cambray suprimieron los obispados de Tornay, Arras, San Omer, Namur de la lengua valona; y al arzobispado de Utrech los obispados de Haerlen, Mildelburg, Levarda, Groninghen y Deventer de la habla gheldresa. Dieron á cada obispo tres mil ducados de renta para

su congrua sustentacion, y á los arzobispos seis mil, aplicados de abadías y beneficios. Presentaron al Pontífice buenos y sabios sujetos para prelados, y sin contradicion de los arzobispos de Colonia, Liege, Reins y Cambray. Eran mal recebidos en los Países por haber dado á cada obispo nueve canónigos para su consejo y ayuda en repartir la dotrina católica á los pueblos, y los tres para averiguar y castigar delitos contra ella; por esto no los querian obedecer, y defendian las consignaciones de las abadías y rentas aplicadas para su alimento. Esforzaban esto pasiones y parcialidades de señores, causadas de la privanza y crédito de otros, y fomentadas secretamente por algunos deudos y amigos suyos extranjeros. Decian se proveyó en la multiplicacion de los obispos sin intervencion y consentimiento de los Estados generales, con el consejo de los españoles, para sujetarlos como á Nápoles y Milan, y ser Granvela cabeza de la Inquisicion y Primado de los Estados. Dolíanse de la aplicacion de las abadías principales, porque haciendo sus prelados el primero brazo, especialmente en Brabante, venian á ser los obispos superiores en número y tener el primero voto, y concertándose con Granvela se haria todo á su modo y de la Inquisicion de España.

Lázaro Zuendi, aleman famoso en la guerra, no alcanzó el ser del Consejo del Rey, y procuró que se mostrasen ofendidos de Granvela el Príncipe de Orange y el Conde de Egmont por la superioridad presumida dellos, y el celo los apartó tanto de su amistad que á su entrada solene de Arzobispo Primado con guion de dos cruceros, no se halló grande ni señor, y se excusaron culpándolos con que no fueron convidados. La murmuracion del pueblo crecia por momentos, y más en Brabante, residencia de la Córte, inducido de los malcontentos y sospechos en el sentir de la religion católica. Dixeron por memorial no contravenian los obispados, si no advertian ser contra sus privilegios jurados por el Rey, y de aplicar las abadías contra la intencion de los fundadores de los monasterios. Por su Majestad se les respondió no era la aplicacion en forma de encomienda, sino para la conservacion de la antigua religion y de los mismos monasterios, y otros lugares que tenian peligro de perderse, por cercanos á poblacion de herejes; no se aumentaba la jurisdicion eclesiástica, como prohibia el privilegio, pues no se le habia dado más autoridad de la que tenía por los sacros Cánones y Concilios, y de la hacienda y patrimonio público y real no quitó dracma. No se rindieron, mas gastaron más de treinta mil florines en consultar letrados juristas en Francia, Italia, Alemania y otras provincias. No aprovechando lo que se alegó por el Rey en contrario, suplicó al Pontífice quedasen en su libertad los monasterios, pagando cierta suma en cada un año á los arzobispos y obispos. No les satisfizo, y contra el consentimiento de los prelados interesados, juntándose con otros miembros de Brabante, pedian no se introduxese

obispo nuevo, ó por lo ménos fuese uno solo en Lobaine. Los de Anvers no le admitieron y significaron al Rey cesaria el trato, y les advirtió le meteria de su mano cuando volviese á los Países. Algunas provincias, á exemplo de los de Brabante y de su propio movimiento, pusieron las mismas dificultades, y recibieron sus obispos con desabrimiento y no los admitieron, como en Anvers, Ruremunda, Deventer, Groeninghen, Levarda, y los de Malinas y Bolduque eran poco respetados. Como lo forzado se calunia, no aprobaron los electos obispos, especialmente los de Utrecht y de Haerlen.

En Brabante llevaban tan mal la institucion de la Universidad de Duay, no quiriendo más que la de Lobaine tan nombrada, y que no se diminuyese su ecelencia por voluntad de Granvela y Viglio. En el año mil y quinientos y treinta pareció al emperador Cárlos V necesaria esta Academia en Duay, y habia mucho tiempo que pedian sus ciudadanos licencia para fundalla donde se hablaba francés. Contradixeron los de Lobaine, cuya suma gracia en aquel tiempo con el César y con todos era autoridad, y así Duay suspendió su pretension. Despues que renunció los Estados, y se aconsejó D. Filipe sobre la conservacion de la religion tuvo por bien la fundacion, para que en Duay estudiasen los que iban á las Universidades de Francia con peligro y gasto. Alcanzada la facultad de Paulo IV, habiéndose partido el Rey, Jerónimo de Francia pensionario de Duay mostró al presidente Viglio la Bula Pontifical y la licencia del Rey para fundar la Academia, y favorecida de Richardoto, obispo de Duay, asentaron los estipendios para los catredáticos. Era molesta á Brabante esta construccion, y más al de Orange, por haberse concedido la licencia sin su consentimiento, y dixo no convenia tener este Seminario de papistas en ciudad confin. Dieron los de Lobaine sus constituciones y leyes á los de Duay, y con ayuda de abades y personas piadosas instituyeron colegios y seminarios. El Príncipe de Orange, viendo que no le ayudó el Rey como quisiera para casar con la hija de la Duquesa de Lorena, le escribió era rogado en Alemania con el casamiento de la sobrina del elector Mauricio duque de Saxonia, hija del Duque Hinhtiest, y para efetualle le diese licencia. Remitióle á Granvela, y habiéndose admirado de que casase con mujer hereje y fea y en disgusto del Rey, dixo habia dado su palabra y la cumpliria, Granvela acusó su peticion de beneplácito al Rey, y á él de consejo, pues estaba resuelto, y con gran contienda y brega de voces y golpes faltando á su autoridad declarados enemigos. Truxo la mujer á Bruseles, y ella á su predicante martinista, y poco á poco apostataron el marido y sus criados; y era cosa vergonzosa oir el clarin con que se llamaba á la predica en casa del Príncipe en Córte tan católica, con tanta libertad y desestimacion de la Gobernadora, que jamas la visitó la Princesa ni comunicó, viviendo como en Alemania. Tolerancia imprudente de Marga-

rita que dañó mucho, porque de secreto los amigos del de Orange oian la mala dotrina, y los inficionados pegaban el mal á los de afuera, y su licencia era perniciosa, y no se remedió en daño grande del Rey y de sus vasallos. El Pontífice, en la primera creacion de Cardenales, dió capelo á Granvela con gran pesar de sus contrarios, y decian que para precederlos le pidió; y esto le hizo del todo odioso y el nombre de Inquisidor mayor. No permanece la autoridad entre iguales, y la ambicion frenára solamente la presencia de su Príncipe. Tenía la cifra el Cardenal para la correspondencia de las embaxadas y dependientes del Rey, y el sello el presidente Viglio, grande amigo del señor de Barlaymot, y el secretario Regnardo no podia sufrir la grandeza del Cardenal, y en la Sala con declarada emulacion se le oponia, y así le truxo el Rey al Consejo de Flandres en España. Lázaro Zuendo, del Toison, se quexaba de que no era consejero, porque no queria el Cardenal. Habia disension entre el de Orange y el de Egmont, y reprehendia Zuendo el ser, cuando era menester union contra el Cardenal para hacer que no gobernase tan absoluto con infamia de todos. Egmont, varon militar y sincero, fácilmente fue reducido para oponerse á la que llamaban arrogancia de Granvela. En aquellos dias, por las alteraciones de Francia y otras provincias confines, Margarita juntó los del Toison y gobernadores de las provincias, y les propuso su intencion el presidente Viglio. Pedia dinero para pagar la gente de guerra y caballería de las Bandas, y consejo en el modo de librar las tierras del contagio de las herejías que brotaban en ellas. Pidieron tiempo para responder, y aconsejados en casa del Príncipe, dixeron que estando el gobierno en mano de de malos criados y ministros se perderia, y era infamia que gobernase un extranjero borgoñon dado á placeres, y que procuraba su propia grandeza y la introducion de la Inquisicion de España por medio de los nuevos obispos, para poder con él lo que no podia por las leyes de los Países. Escribieron en sustancia al Rey:

«Temiendo la ruina de las provincias le avisaban, que su mal tenía orí»gen de la más autoridad del Cardenal, de quien dependia todo el gobier»no; y estaba tan arraigado que miéntras allí estuviese no habria buen su»ceso en el servicio del Rey por el ódio que le tenian. Pasarian mejor los »negocios siendo ellos tan buenos vasallos, y muy satisfechos del gobierno »de Madama, y tan sin ambicion que dexarian el ser del Consejo; mas ha»rian como leales en la conservacion de la religion, pues se hubiera per»dido en pueblo inficionado y suelto, y donde la vida y proceder del Car»denal ayudaba poco á la reformacion.»

La Reina de Inglaterra estaba gozosa del fallecimiento del rey de Francia Enrique y de su hijo Francisco, sus enemigos, para que arraigase en ella la nueva doctrina; y dolíale que sólo en Flandres, donde la queria meter, gobernaba el Cardenal de Granvela acompañado de los inquisidores, y

habia recebido los jesuitas, sus contrarios, y dado facultad de fundar colegios, y el Pontífice trataba de juntar Concilio, y pesábale con más eceso el destrozar y quemar los inquisidores á los nuevos evangelistas, de que ya habia muchos en los Países.

CAPÍTULO II.

El Rey Católico envia embaxada á Francia pidiendo el remedio de la religion, y despacha los prelados de su señorío para ir al Concilio.

Yerran los Príncipes que juzgándose léxos del peligro que tiene el vecino, pasan como si no les tocase, ó le ayudan cuando deshecho vienen los daños sobre ellos, habiendo de ser como á peligro comun ó propio. Por esto el Rey Católico trataba de remediar el riesgo del Cristianísimo y de la religion católica en Francia con armas y advertencias. Despachó á Don Juan Manrique de Lara, de su Consejo de Estado, para que representase á los Reyes lo mucho que le pesó de la muerte del rey Francisco II y la rebelion de los herejes, contra la cual convenia oponerse con gran fuerza, y con las suyas ayudaria. Don Juan procuró asentar el tener la Reina la autoridad que se debia á su persona y discrecion en mejor lugar que el Duque de Vandoma, y que los del gobierno fuesen católicos, fieles al Rey, libres de interés y bandos, bien intencionados, y no muchos por la duda de la conformidad, en que el bien y la paz de todos consistia. Pidió á la Reina mirase por la defensa de la fe, honor y reputacion de su hijo, no tratase familiarmente con los sospechosos, para que Dios la defendiese, amparase y alargase su vida y la de su hijo; y á él le encargó la obediencia y respeto de su madre, para que le hiciese obedecer de sus vasallos. Dixo Don Juan al Condestable lo mismo que á la Reina por la instrucion de su Rey, y la buena voluntad que le tenía, y que pues por su alto nacimiento y lugar superior y haber sido tan buen católico le tocaba el bien de la Iglesia romana, procurase su defensa contra sus perseguidores y no permitiese juntar el Concilio nacional, pues el general se celebraria presto, conforme á la bula que para su convocacion tenía ya el Pontífice despachada. Lo mismo dixo al Duque de Guisa. Esta embaxada con tan buen fundamento perdió por tardía, como otras resoluciones y execuciones de este Príncipe, pasando los negocios por su mano hasta que los marchitaba. No quisieron los Reyes innovar en los consejeros por no desdeñarlos ya una vez admitidos; y porque el Duque de Vandoma daba mano en el despacho á la Reina madre, y se avenia bien con los de Guisa con tanta satisfacion de la Córte,

como desplacer por su amistad y comunicacion con el Almirante, público profesor y defensor de las herejías. Para atajar las de Francia, en tanto que se celebraba el Concilio universal, Pío IV tomó un medio con que les dió fuerzas; envió al Cardenal de Ferrara con muchos teólogos para que disputasen con los herejes. Fué el Rey y su madre á Poisi con los príncipes y señores de la Córte, y con los cardenales de Lorena y Turnon, y allí vinieron al que llamaron coloquio Teodoro Beza y Pedro Mártir florentin, fraile apóstata de Genebra, y largamente en defensa de sus herejías disputaron con los teólogos. El Cardenal de Lorena mostró su gran sabiduría, santa dotrina, divino celo; y así ayudado de la verdad de la Iglesia romana gallardamente venció á los herejes. La disputa fue bien reprehendida, porque los sectarios no han de ser oidos, y más delante de legos; porque Pedro Mártir y Teodoro Beza predicaron con más osadía y aplauso por el crédito que les dió la presencia del Rey, aunque fueron confundidos. Los reyes de Francia no siguieron las reglas de la monarquía bien ordenada, leyes divinas, naturales y positivas que claman contra los rebeldes y mandan se opriman en su principio los herejes: delito que si áun el pensamiento no se castiga con fuerza y diligencia, no se pueden despues fácilmente castigar las obras. Los descuidos de la paz son crímenes en la guerra, y la imaginacion de herejía y rebelion pide, como corrupcion pestífera, medicina presta y muy fuerte. Della usaron los príncipes que desearon ver muertas las primeras centellas, ántes que levantasen furiosas llamas y volviesen en ceniza las provincias, como las de Francia.

Porque el primero Presidente del Parlamento estorbaba las juntas y predicas, le prendió el Duque de Vandoma, y dió libertad y ánimo á los huguenotes para pervertir y confundir lo divino y humano. Viéndolo el Condestable, y que no tenía autoridad para impedirlo en el Consejo por la ambicion imperiosa y injuriosa del Duque de Vandoma, se retiró á su estado, y el Duque de Guisa y su hermano el Cardenal á Alemania, lamentando su desventura, la caida de la religion apostólica, poder de sus émulos sectarios y la poca seguridad de sus vidas por la emulacion y odios tan antiguos. Con la misma consideracion temia la Reina que el Duque de Vandoma y el Príncipe de Condé habian de matar al Rey niño y usurpar la corona, siguiendo los católicos al Duque y los herejes al Príncipe. Y así el Duque de Guisa y el de Nemours tentaron llevar á Lorena á Enrique, hermano del Rey, para sacarle de peligro y tenerle por cabeza del exército que trataban de juntar para sustentar la religion católica, cosa que trató el Cardenal en Alemania con los Príncipes católicos, sus parientes, y se disponia la guerra pública que nacia de la secreta de competencia, y deseo de librar el reino de muertes, robos de cosas y casas sagradas, con determinacion de morir en defensa de su ley y Rey, libertad y bienes, poniendo en ello su verdadera honra y gran-

deza. Descubierto este bando contra el del Príncipe de Condé, los gobernadores de las provincias tomaban la parte de su interés y conservacion; pero el pueblo de París amaba y seguia al Duque de Guisa. El Rey Católico solicitaba sus prelados para que fuesen al Concilio por sus provisiones. Porque en ellas sinceramente no se hacía mencion del Pontífice, se quexó, y el Rey le satisfizo con la verdad del caso. Andaba mal satisfecho de Don Filipe, porque no engrandecia á sus sobrinos, y cada cosa interpretaba en su disfavor. Nombró por legados los cardenales Mántua y Siripando, y el obispo Wormense, de nacion polaco, y le dió capelo para igualallos. El Conde de Monterey, nombrado por el Rey Católico embaxador para el Concilio, se excusó, y el Marqués de Pescara se halló á la presentacion y proposicion porque no se detuviese. En Alemania los protestantes no quisieron venir á Trento, y denunciaron la guerra á los electores eclesiásticos si iban á él; y así todo era confusion y cuidados puestos en la conservacion y comodidad de cada uno. Los jueces que conocian de la causa de los Carrafas presos, los sentenciaron á muerte, y denunciándoles la sentencia, dixo el Cardenal dando profundo suspiro: «¡Oh Rey cruel! ¡Oh Pontífice traidor!» Y segun lo prometido por ambos cerca de su perdon y liberatoria ántes de entrar en el cónclavi, no se quexaba sin causa, pues en virtud de su promesa por sus doce votos fue Pontífice el Médicis, y los dió á instancia del Rey el cardenal Carrafa, con que no se excusaron de reprehension. Porque la fe es constancia y verdad de las cosas hechas y concertadas, hermosura de los heroes y de los hombres, divinidad secreta en nuestros pechos y oráculo en la boca de los príncipes, usando de tales promesas y palabras, que jamas haya ocasion de quebrantarlas. En esto consiste la duracion de los imperios, la verdadera materia de Estado y su conservacion; y de lo contrario sale su pérdida, desconfianza de los vasallos, menosprecio de los enemigos, recelo de los amigos y aliados. El que mantiene la fe tiene los corazones de todos. Dieron garrote al Cardenal, y al Duque y cómplices degollaron con universal contento en Roma por ser aborrecidos de todo el mundo. No hallaron príncipe de quien valerse por su soberbia y mal proceder y haber pensado tuviera jamas mudanza tan brevemente potencia afirmada en la vida de un viejo de ochenta y tres años. Y así, ciegos de la ambicion y desvanecidos de su felicidad, corrompido el consejo y su discurso cayeron, porque ninguna alteza y favor humano en los favorecidos de los Príncipes (aunque grande) es perpétua.

CAPÍTULO III.

Júntase el Concilio en Trento, y lo que pasaba en esta Junta.

Al Concilio universal, convocado en la ciudad de Trento, enviaron los príncipes cristianos sus Embaxadores, como es en uso desde el tiempo de Teodosio, emperador, hijo del gran Teodosio, que envió por su orador al concilio efesino á Candiano, conde preclarísimo. La causa de la fe es comun á eclesiásticos y á legos, y á la Iglesia congregacion de todos; convino el hallarse presentes á lo que se dispone, por la concordia de la juridicion, por lo que toca á la guerra contra inficles, y al sacramento del matrimonio, y para que viniendo herejes vean como se tratan las cosas de la religion y la defiendan; para la reformacion de costumbres de los reinos, y ya que se juntan no para difinir los seglares, sino para conferir, sean executores de lo que fueron testigos. Viendo el Rey Católico la mala disposicion de los protestantes para acudir al Concilio á Trento, envió al Emperador al Conde de Arenberg, caballero flamenco, buen católico y fiel á su Príncipe, pidiéndole procurase con gran cuidado la concordia de los sectarios y su reducion á mejor intento, para que viniesen al Concilio convocado por su causa, pues la determinacion de sus opiniones estaba remitida para él; y así á la universal comunidad de la Iglesia solicitaba, porque negocio tan deseado y importante á la quietud del mundo, dividido y alterado con errores y apostasías, tuviese el procurado fin. Hiciese cumplir lo que prometió en la Dieta de Espira los protestantes y de la confesion augustana, cuando por acuerdo remitieron la verificacion de sus proposiciones al futuro Concilio. Convenia celebrarle, y en Trento donde le comenzó el Pontífice Leon X y se dexó tantas veces por el ruido y temor de las armas, que ya cesó con la paz que dió á Europa. Debian cumplir ambos lo que al Emperador su padre prometieron cuando renunció el Imperio y sus Estados en ellos, de que con toda brevedad harian juntar y acabar el Concilio para el bien general. Solicitaba los prelados de su señorío para que fuesen á Trento, de manera que llegaron de los primeros, y en la mayor parte por todo el mes de Noviembre. Franceses venian pocos y de mala gana, porque los Huguenotes con las armas perturbaban los ánimos y los caminos, y metian pernicioso cisma en lo espiritual y temporal. Los españoles, ántes que se comenzasen las Congregaciones generales, trataron del nombre que se habia de dar al Concilio, porque en esta sazon el Pontífice no aprobaba el de continuacion. Era el primer legado el Cardenal de Mántua, de la

ilustrísima familia Gonzaga, persona de gran nombre y autoridad adquirida por sus letras, religion y méritos cerca de la Sede Apostólica; el segundo el Cardenal Siripando; el tercero el Obispo Bormiense de nacion polaco, y dióle capelo Su Beatitud para que igualase á sus compañeros. Los prelados españoles se congregaron en la posada de D. Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, religioso y celoso del bien de la Iglesia. Confirieron sobre el título del Concilio, y D. Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Salamanca, varon exemplar, letrado y de no vulgar elocuencia, les dixo:

«Reverendísimos señores: En el Santo Concilio que nuestro Beatísimo »Padre Paulo III, de buena memoria, celebró en Trento, se ayuntaron va»rones de tanta bondad, de tantas letras, de tan gran celo y espíritu, y las »cosas que se determinaron en él fueron tan limadas, de tanto peso y tan »importantes á la religion cristiana y al remedio de las miserias de nuestro »siglo, que se parece bien que el Espíritu Santo puso en ellos su mano »benditísima. De manera, que para que en la prosecucion de una cosa tan »santamente comenzada haya de haber alguna alteracion ó mudanza, es »menester que sea grande y muy claro el provecho, y muy ciertas las es»peranzas de la conversion de los herejes y bien de la Iglesia. Nuestro Bea»tísimo Padre Pío IV, á quien, como cabeza de toda la Iglesia cristiana, »principalmente conviene la convocacion del Concilio, nos mandó juntar »en este lugar, él sabe la gran necesidad que hay dél, él tiene bien exa»minados y sabidos los mejores medios, para que dél se saque el fruto qne »tanto se desea, él le ponga el nombre y el título que fuere servido, que »éste tendré yo por muy santo y por muy bueno.»

Convinieron en esto todos los españoles. Luego siguió la apercion del Concilio, que fue la primera sesion, donde hubo dos decretos aprobados por la palabra *Place* sobre proponer los legados y preceder á deciocho de Enero de mil y quinientos y sesenta y dos. A los veintisiete en casa del primero legado se acordó que en la sesion de los ventisiete de Hebrero se hiciese el salvo conduto, y se presentó conforme al parecer de los letrados; mas corrigióse, porque se extendia á los herejes libres para que pudiesen venir y hablar libre y seguramente en el Concilio, y á los presos por el Santo Oficio de la Inquisicion, y en España sería de escándalo y daño grande y en Roma. El Rey Católico pedia se apretase mucho en que los prelados residiesen en sus iglesias para asistir á sus cabildos y ovejas, pues por no lo haber hecho en Francia estaba tan menoscabada la religion. Sentian esto gravemente los italianos, porque tenian diversas prelacías, y no residian. Acordaron que para forzarlos á ello se supiese por qué derecho estaban obligados, pues constando ser por el divino, residirian ó vacarian. Algunos contradixeron, y los más lo aprobaron con elegancia, gravedad y conocimiento de la materia; y al fin lo disputaron los prelados para hacer los decretos que se habian de publicar en la sesion de catorce de Mayo.

Mos de Lansach, embaxador del Rey cristianísimo venía al Concilio, y pidió por carta á los legados la dilatasen ocho dias para presentarse en ella con sus instrucciones y patentes, y darles cuenta del estado de las cosas de Francia. Pareció en la Congregacion era desautoridad suspender su determinacion publicada á toda la cristiandad; mas considerando no ser hechos los decretos, y estar el tratado de la residencia áun en consulta, y no haber llegado la respuesta del Emperador sobre titular el Concilio, se concedió la dilacion, y por dar este contento á la nacion francesa. En tanto los Embaxadores cesáreos pedian, no sin escándalo, se dilatasen las sesiones, porque convenia á la reducion de sus reinos (ó como decian algunos, más á la coronacion del hijo de su César), y en los decretos no se nombrase la sínodo continuacion sino indicacion, contra lo que se tenía por importante, y el Rey Católico bien aconsejado por sus claustros de España habia pedido al Pontífice. Erale molesta su importunacion y á muchos italianos, el declarar ser de derecho divino la residencia de los obispos y prelados, porque desconvenia á su conciencia y á la autoridad pontifical; y otros juzgaban pendia desta declaracion la reformacion de la Iglesia. Y así lo entendia el Rey Católico, y con la resolucion de la Junta que formó de sabios eclesiásticos y seglares, prudentes y grandes letrados, escribió á su Embaxador instase en la reformacion, y en advertir á sus españoles que pues el Concilio en su modo mostraba ser continuacion, y el Emperador y el Rey de Francia querian no se nombrase por ahora, lo acordasen así; y en ninguna manera viniesen en conceder la Comunion *sub utraque* especie (como pedian aquellos dos príncipes) á las naciones alemanas, porque era de grande inconveniente. Y así el Concilio fue tan libre y tan santo, aunque más solicitaban los prelados para que votasen en su favor, que un obispo aleman se ausentó por no oir la conferencia de cosa de tan mala condicion; y otro su compañero dió la negativa desnuda con absoluto valor delante de su Embaxador el Obispo de Cinco Iglesias, que negociaba con calor y sabiendo podia venir en ódio de su nacion. Y conociendo cuán indigno era del Concilio el hacer la gracia, dixo que ni el pueblo la pedia, ni le reduciria, y que saliese el Embaxador de la Congregacion porque era parte en lo que se demandaba, y no le excusase el ser prelado y tener voto. Y como el Concilio era tan libre para decir y pedir cada uno lo que quisiese, no salió y fue oido cuánto largamente oró en favor de su peticion. No sólo no se movieron los religiosísimos padres con lo que les dixo, mas el Abad de Berceli replicó tenía por error el conceder á gente tan perdida el cáliz de la sangre de Jesucristo poniéndole en manos de sus enemigos, y áun no debia sin escrúpulo proponerse. El Embaxador cesáreo quedó corrido, y para apretar á los que le contradixeron, propuso á los españoles queria el Emperador se hiciese la reformacion de la Iglesia segun los capítulos que les daba de su parte. No hallaron en ellos buen acogimiento, y los presen-

taron á los legados, y algunas se admitieron como dignas de tratarse en el Sacro Concilio, porque el Espíritu Santo, que le tenía debaxo de sus alas y amparo, inspiraba lo que más convenia para el remedio de su Iglesia Católica. El Marqués de Pescara, de parte del Rey D. Filipe, advirtió á los españoles de la venida del Cardenal de Lorena, prelados y abades franceses, y de que no traian buena intencion y aficion á las cosas del Pontífice, mirasen mucho por su autoridad. Dixo como príncipe tan católico y que sabía cuánto importaba al bien de la cristiandad el amparalla y defendella en tiempo que tan perseguida estaba de los herejes la santa Sede Apostólica

CAPÍTULO IV.

Lo que en este tiempo pasaba en Francia y en Flandres entre los católicos y herejes.

Volvió de Alemania el Duque de Guisa á su gobierno, y vino luégo á París con gente de guerra y el Duque de Houmala y otros de su casa y el Condestable, su amigo, que en el camino se le juntó con mil y quinientos caballos. Fueron recebidos con gran aplauso del pueblo tan en su defensa que les ofreció guarda y dineros. El Príncipe de Condé, celoso desto y de que trató amigablemente con el Duque de Vandoma, que vino desde las Córtes de Bles á verle, ocupó una puerta y fue de noche á Meaux seis leguas distante. Temerosa la Reina de que todos en su ausencia tratasen contra su autoridad, vino á París, y aunque fue acatada y servida, le pesó tanto de ver tan poderosa la parte de los de Guisa, que se valió del Príncipe de condé. Éste, por favorecer y crecer su bando, escribió á muchas ciudades tenian Guisa y el Condestable preso al Rey y á la Reina, y para librarlos le socorriesen. Llegó la voz á Tours, Ambuesa, Roan, Bles y Bourges, y apellidaron su nombre y le ofrecieron las rentas reales para hacer la guerra. Armáronse los enemigos de los de Guisa con huguenotes, y los Xatillones caminaron á favorecer al Príncipe con el Cardenal, que dexó el hábito santo y vistió arnés. Enviaron á solicitar los potentados alemanes sus confederados para que los ayudasen y á los zuiceros, y pidieron á la Reina de Inglaterra cumpliese sus promesas, y enviase armada en su favor á Roan que estaba de su parte. La ambicion lo encaminaba todo á cruel guerra civil, y dividia la religion para miserable ruina de Francia, y el Rey niño era el instrumento. No aquietó las ciudades el publicar por escrito estaba en su libertad y su madre en el gobierno; ellos en su defensa contra sus enemigos y de la religion católica conforme el tiempo y sus accidentes

pedian armados. Llegó el príncipe de Condé á París con mil caballos, y no le dexó entrar el marichal de Brisac, y pasó á Orliens, plaza de armas de los huguenotes. Los de la parte del Rey asoldaban alemanes, zuiceros, franceses para defensa de la religion, Rey y Reina. La Reina de Inglaterra presumia tanto de sí, de su consejo y autoridad, que se quexó mucho al señor de Vilevile, embaxador de Francia, porque no ponian las diferencias en sus manos, y lo mismo sinificó su embaxador á los Reyes y al Duque de Vandoma, con amenaza de que si no se hacía, se iria á Inglaterra. El Rey Católico le pedia dexase entre sí á los franceses, mas deseando gozar de la paz en sus discordias y perder el miedo que la union le podia causar y limpiar su reino de gente perniciosa y supérflua, fomentaba la guerra de Francia y su division por acabarla y obligar al Rey de España á gastar tambien ayudando á los católicos, y contraponiéndose hacía armada para enviar á Normandía y Bretaña en favor de los huguenotes. Esta pretendia con la guerra de Francia su conservacion; el rey Filipe la de la religion católica y de sus Estados de Flandres, que en este tiempo cebados en la nueva dotrina trataban de secreto de quitar la obediencia á Dios y á su Príncipe.

Decian gobernaba el cardenal Granvela á la Duquesa por el consejo de España; trataba y determinaba las cosas más importantes por su arbitrio; no hacía caso ni áun confianza dellos, en menosprecio de su antigua nobleza, méritos y tales servicios que alcanzaron con su hacienda, sangre, trabajo, industria, las vitorias de San Quintin y de Gravelinghen, arriesgando sus vidas. Quexábanse de que por su órden se proveian los beneficios en criados y deudos de Granvela, y á ellos quedaba sólo el nombre de Consejeros y título de señores en la dignidad, no en el poder para aprovechar á los suyos, que no podian sólo con la honra, y áun contra ella procuró el capelo para obtener el primer voto y lugar. El fuego destas discordias acrecentó la provision de la abadía de Truel en el condado de Flandres en el Cardenal, pretendida del Conde de Egmont para un hijo suyo, y pasó la competencia á odio terrible. Fomentaba estas contiendas y separacion de voluntades Simon Benet borgoñon, secretario de Estado, competidor del Cardenal desde los estudios. Esta inquietud y descontento esforzó la pobreza (que tantos daños ha causado) buscando su remedio por malos medios tantas naciones, acabado no el apetito sino el dinero con que le cebaban. Para tenerle procuraron ahora estos ministros los oficios públicos y ponerse en buen lugar porque les consumian la hacienda los vicios juntos y la pureza de la religion, y esto causó su mal y última perdicion. A este fin, habido Consejo en las casas del Príncipe de Orange en Bruséles, escribieron al Rey cartas con arrogancia y quexa para que su respuesta áspera ó ninguna motivase su levantamiento, y la firmaron el Príncipe de Orange y los Condes de Egmont y Horne. Pedian se mudase la forma del gobierno, porque faltaba al Consejo la debida autoridad y el número conveniente;

y así lo era meter en él al Marqués de Berghen, al señor de Montiñy y al gobernador Graudel; se tratase con las materias de Estado, las de la Hacienda, mercedes, policía, juridiciones, con todo lo que en los otros tribunales se trataba, resolviendo los más votos, no la Gobernadora. Con esto les parecia apartaban del gobierno al Cardenal, pues jamas concurririan con él. Convenia juntar los Estados generales, y por su determinacion proveer á muchas cosas por entónces importante á la pública quietud, y conceder servicio con que pagar la caballería de las ordenanzas ó bandas; saliese del gobierno el cardenal de Granvela por eclesiástico y forastero, odiosísimo generalmente, más por vigilante y celoso del servicio de su Rey y por inteligente de sus disinios y tratos malos, y porque aconsejaba bien contra ellos á la Gobernadora, y avisaba al Rey como prudente y proveia lo que les estaba mal. Con la concesion desto serian absolutos en los Estados y superiores al Rey en el manejo y provecho dellos, encaminando el despojarle de su poder y autoridad heredada, quedando con la suprema potestad en los Parlamentos ó Córtes generales, á quienes dispondrian á su albedrío presidiendo en ellos, para contender con su Rey de superior á superior. Como lo malo se empeora, con los particulares intereses se dividieron en bandos entre sí mismos, llamando á los ficles consejeros cardenalicios, y sus criados traian vestidos de librea, señalados con un manojo de flechas sinificando su concordia y poder contra el Cardenal con esta empresa. Decian blasfemias y amenazas á él, y menospreciándole vestian en máscaras sus ropas de Cardenal con capirotes á manera de locos. Sin duda su furor pasára muy adelante, si diciendo que iba á Borgoña á ver á su madre el Cardenal (como se dirá) no se ausentára. Vituperaban públicamente el gobierno, y le llamaban español, desaficionando los naturales la institucion de los nuevos obispos inquisidores, la incorporacion de algunas abadías sin su consentimiento y de los Estados generales, derogacion de sus privilegios, y se introducia la Inquisicion de España á ellos formidable para ponerlos en perpétua servidumbre, si no resistian luégo sin dar ocasion de criar un mal irremediable con la disimulacion y sufrimiento. En el pueblo inclinado al error y perdicion de sus confines por la herejía imprimió esto, y le alteraba para pretender libertad de conciencia, diciendo no habia de ser forzada la religion, acomodándose con la de su señor. Juraron ayudar á sí y á quien por su causa fuese molestado contra la justicia y placartes contra su libertad establecidos. Esta conjuracion metió de golpe las herejías en aquellas provincias, y el Príncipe de Orange y los Condes de Egmont y de Horne disimulados asistian en las juntas por sus secretarios. El Cardenal, despierto por la emulacion y por la seguridad de su persona, por el servicio de Dios y del Rey, y que dél fió el gobierno de aquellos Países Baxos, tenía inteligencia con algunos de la conjuracion, y sabía sus pensamientos, y lo escribia al Rey. Suplicábale fuese á redimir aque-

llas almas, último remedio para mejorar las cosas de Francia, dar calor á sus reyes y á los católicos contra los herejes, y que no ayudasen los príncipes de Alemania á sus flamencos, con quien traian inteligencias, ni á los franceses sectarios, y sería el universal beneficio su presencia, como los conjurados confesaban. Por esto querian ántes desordenar los Estados, para que fuese de ménos efeto su venida si se determinase la jornada. Quexábanse los jueces eclesiásticos y inquisidores del poco respeto que se les tenía, y los de Louayne pidieron á Madama los descargase de sus oficios, y los del magistrado de Amsterdan por las dificultades que les ponian algunos vecinos, secretamente favorecidos de ciertos Grandes y caballeros y de otros nobles y comunidades, por las molestias de los inquisidores y ministros reales, acusaciones y pleitos que les ponian. Todo causó el atreverse poco á poco los malos á hablar públicamente contra la Inquisicion y contra los placartes, diciendo era cargo de conciencia juzgar por ellos. Sembraron tambien y pegaron á las puertas de las iglesias, del Real palacio y del Príncipe de Orange y Conde de Egmont, diversos pasquines en menosprecio de los católicos y buenos ministros y alabanza de sus herejías, llamando en su ayuda á los señores para que fuese permitida la libertad de conciencia. Las villas y lugares procuraban persuadir á Madama no era tan grande como se publicaba el número de los herejes; Orange y Egmont era grandísimo, y necesariamente se les habia de consentir alguna cosa, y por lo ménos la libertad de conciencia en sus casas; los buenos y expertos en la República, no era el mal tan grande que no tuviese remedio, ni tan pequeño que se pudiese descuidar dél; porque cumpliendo con sus cargos los de la Iglesia y del Rey, se podria esperar buen suceso y enmienda. Debia el Cardenal acomodarse un poco con los señores y dificultar algo los obispados para refrenar la altivez de algunos obispos; y otros que penetrando la materia vian que el mostrarse contra el Cardenal no era fin de sus intentos, sino una parte y otra la mudanza del gobierno y destruicion de la religion católica para señorear los Estados, tiranizándolos á su Príncipe contra todo derecho, destruyendo lo espíritual y temporal.

CAPÍTULO V.

De una caida estuvo mortal el príncipe D. Cárlos y sanó por intercesion de San Diego; y del aumento de algunas religiones de España.

Crióse el príncipe D. Cárlos hasta sus catorce años en la custodia de los Reyes de Bohemia y de la princesa doña Juana, sus tios, gobernadores de España por las ausencias de D. Filipe su padre, atendiendo todos á la con-

servacion de su vida y buena aunque no á su conveniente educacion. Amábale el Rey, honrábale y dexaba en algunas licencias de la edad mal segura y verde, por no ser notables, pareciéndole haria el tiempo conocerse en su grandeza y dignidad, y saber á lo que por ella estaba obligado. Advertia con discrecion en el encaminarle lo que en su juventud se requeria, fiando poco de su fundamento, y para mejorarle reformó su casa. Y porque los Monarcas tan grandes no pueden asistir á los hijos siempre, le dió ayo prudente y temeroso de Dios, cuya bondad imitase el Príncipe, y su autoridad respetase asistiéndole siempre. Dióle instruccion para el gobierno de la persona y familia, y envióle á la villa de Alcalá de Henares con su tio D. Juan de Austria y el príncipe de Parma Alexandro Farnese, para que aprendiesen latin y lo que debian saber necesariamente de las gracias y gentileza; porque tiene aquella villa buen asiento para exercicios de caballería, alegres riberas y gran palacio arzobispal para la bien acomodada habitacion.

A nueve de Mayo deste año mil y quinientos y sesenta y dos, baxando con poco tiento una escalera voló muchos pasos, y dando con la espínula y cerebro en algunos quedó mortalmente herido. Vino el Rey desde Madrid á su curacion, y escribió á los cabildos y prelados hiciesen plegarias para que Dios le guardase. En el último trance hizo traer á los frailes de San Francisco del monasterio de Jesus María, seminario de Santos, en procesion el cuerpo del bendito Fray Diego, y puesto sobre el Príncipe casi difunto, le volvieron á su capilla. Aparecióle en la siguiente noche (segun dixo su Alteza) con una cruz de caña en la mano, y le dixo no moriria de la herida; y así brevemente salió de peligro. El Rey, agradecido á Dios y á su Santo, en quien fue maravilloso, pidió á Pio IV le canonizase, y lo mismo D. Cárlos y los Grandes de España lo suplicaron, y solicitaba el efeto el comendador mayor de Castilla Don Luis de Requesens en Roma. El cardenal Alexandrino, uno de los cuatro cardenales comisarios que sucedieron en el pontificado á Pio IV, dió las letras apostólicas para hacer las informaciones en España que en las canonizaciones ha dispuesto la Iglesia se hagan, dirigidas á D. Juan Gasca, obispo y señor de Sigüenza, y á D. Diego de Covarrubias, obispo de Segovia, y á D. Bernardo de Fresneda, de Cuenca. El cerebro del Príncipe mostró su lesion estando la voluntad ménos sujeta á la razon y ajustada con la de su padre, y el cuerpo en ménos buena conformidad de las partes y vigor, principalmente la espalda, mostrando haber sido la enseñanza infructuosa de allí adelante, como escribirémos.

En este tiempo florecia en santidad Teresa de Jesus, hoy santa por beatificacion (y aunque vírgen) madre de gran número de religiosos, monja en Avila en el monasterio de la Encarnacion de la órden del Cármen, desde el año mil y quinientos y venticinco, nacida en el de mil y quinientos y quince

de padres nobles y fieles cristianos. Era de buena estatura, el rostro blanco, abultado, el cabello negro, crespo, los ojos redondos negros, la nariz pequeña, segun muestra su imágen en los altares entronizada. Tenía suavidad, nobleza y alegría en la condicion y trato, aseo en el vestido, templanza en la comida, espíritu de profecía, gran ingenio, claro entendimiento, cuerdo, maduro, expresado en los libros que escribió, con avisos para llegar á la perfecion, alumbrada y favorecida de la vision y comunicacion frecuente de Jesucristo. En servicio agradable suyo fundó en Avila el monasterio de monjas Descalzas de su órden con ayuda de su obispo D. Alvaro de Mendoza y doña Guiomar de Ulloa y doña María de Ocampo, y con tanta pobreza que se mantenian de limosna y de su labor. En el dia de San Bartolomé deste año mil y quinientos y sesenta y dos entró en el monasterio, y dió el hábito á cuatro compañeras, primicias y mayorazgo de congregacion tan santa, ya propagada en España, Indias y Francia, y de los Carmelitas Descalzos su filiacion dignísima y observantísima. Fue aconsejada en esto de los padres de la Compañía de Jesus, que desde el año mil y quinientos y cuarenta con facultad del Pontífice Paulo III se extendió en Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, España, y en las extremas regiones de la Asia, de la otra parte del Gange, ampliada la primera bula para fundar un colegio con sesenta compañeros Ignacio de Loyola, vizcaíno, dada á libre número de personas y fundaciones, con nombre de Compañía de Jesus acaso ó á consejo dado. Con celo de ganar almas, suma caridad y fortaleza insuperable al combate de innumerables contradiciones, trabajos, navegaciones, dificultades, peligros, ha propagado en el Oriente el Evangelio de Jesucristro N. S. y hecho conocido, amable, reverenciable su nombre, con asistente y apostólica predicacion, confirmada con milagros maravillosos y derramamiento de su sangre en martirios; y en la Europa con la enseñanza de sana y ecelente dotrina, verdaderamente cristiana, virtud, religion, letras y administracion, lecion y frecuencia de Sacramentos, conservó y perficionó lo adquirido, y reformó lo estragado con su exemplo y exercicios devotos y penitentes, y aumentó y hizo más sabio, hábil y suficiente el sacerdocio. Siempre que arboló heresiarca estandarte contra la Iglesia romana, levantó Dios caudillo que la reforzase con santidad y sabios escritos, y que la defendiese con la verdad de su dotrina; y habiéndosele mostrado Lutero cruel enemigo, le opuso á San Ignacio, español, con su compañía sábia, humilde, caritativa, devota, para que le contrastase y confundiese con tantos y tan ecelentes volúmenes impresos de escritura divina y humana maravillosos, que sin injuria igualan en número y calidad (si no eceden, que difícilmente se ha de conceder) á las congregaciones más antiguas y numerosas. Bastan en su prueba, dexando infinita copia, los del docto cardenal Toledo, y de los maestros Deza, Suarez, Gregorio de Valencia, Torres, Pedro de Ribadeneira, Sanchez, Pineda, y del fénix de los

ingenios Vazquez complutense, y Juan de Mariana talabricense, eminentísimo teólogo, filósofo, historiador, ¿y qué no? Tambien la comunidad de los Descalzos Franciscanos crecia en esta sazon y mucho, reducida á su primero instituto y su observancia, perficionando lo establecido, en señal de que Dios ama y mucho estas provincias.

CAPÍTULO VI.

Rompen la guerra los huguenotes ayudados de la Reina de Inglaterra.

Luégo como el Príncipe de Condé se retiró de París, el Consejo quitó el oficio de almirante de Francia á Mos de Coligny de Xatillon, y le dió al señor de Anvila, hijo del Condestable, y el de general de infantería francesa que tenía Dandalot, á Mos de Rodaña. El Duque de Vandoma determinó cobrar á Tours y á Roan, plazas rebeldes importantes, porque la costa de Roan corresponde con la de Inglaterra, y su Reina envió navíos á reforzarla y algunos puertos de Bretaña contra la voluntad de los ingleses, que por su division no querian sacar sus fuerzas del reino. Asegurólos diciendo convenia romper la guerra con Francia con nombre de otros, y dividirla para cargar sobre Cales en tanto y recuperalla, ó ganar en Normandía y Bretaña puertos, en cuyo trueque se le diesen, á que habia tenido la mira en meter su gente en ellos. El reino aprobó la guerra, y favorecia los huguenotes por razon de religion y de imperio, y recuperacion de Cales. Era lamentable la confusion de Francia en todas las provincias, y el robar los templos y monasterios, matar los sacerdotes, y con tal rabia por la diversidad de sectas que no sólo combatian unos pueblos con otros y se destruian, pero los padres contra los hijos, las mujeres contra los maridos, los hermanos contra los hermanos: triste suceso monstruoso y mudanza de un tan florido reino, cuando era obediente á la Iglesia Romana y á su Rey. El Duque de Guisa y el Condestable no se daban á veces mucha satisfacion por su interés y ambiciones. La Reina madre, viendo el reino dividido y casi inobediente, comenzada guerra con malos medios y peores fines, pidió ayuda al Pontífice Pio IV, al Rey Católico y potentados de Italia, y todos se la ofrecieron, pronta y grande; y la aprestó el Rey de tres mil españoles, cuatro mil italianos, y buen número de caballería de las bandas de Flandres. Escribió á los alemanes y zuiceros que pues la guerra de Francia era por tiranizarla á su Rey, le ayudasen, y no á los herejes. Mas los alemanes con cautela respondieron ayudarian á la libertad del rey Cárlos contra los que le gobernaban, y escribieron al rey

Filipe acometerian á Flandres si enviaba la caballería á Francia, y el Emperador procuró que alemanes no fuesen á ella, y sin efeto. La Reina, congoxada de ver que sus tierras como cuerpo rabioso entre sí mismos se deshacian, se vió con el Príncipe de Condé en Bugiansi, donde procurando engañar el uno al otro, con soberbia pidió condiciones insolentes en su favor y de sus sectas. Publicóse en París perdon para los que dexasen las armas y siguiesen á su Rey, declarando por rebeldes á los que seguian al de Condé, privados de las honras y haciendas, y denunció el bando á los ausentes un arault nombrando las cabezas y la nobleza. El Duque de Vandoma, con seis mil alemanes, diez mil franceses, seis mil zuiceros, mil y quinientos herreruelos ó caballos raitres, gobernados por el Condestable y Duque de Guisa, cobró á Bles y cercó á Roan. Asistia el Rey en el exército, mostrando á Francia y Alemania hacía la guerra en recuperacion de sus tierras. El Príncipe de Condé en Orliens esperó los tres mil y quinientos caballos alemanes y cuatro mil infantes que estaban en Metz, y los ingleses de Diepa y Havre de Gracia. El Condestable sitió á Bourges y la batió, y resistia bien el señor de Xué, huguenote fidelísimo al de Condé, mas salió por concierto con su guarnicion, armas y juramento de servir al Rey.

Defendia á Roan el hereje Mongomeri, matador del rey Enrique, con tres mil soldados en nombre del Príncipe de Condé, y el de Vandoma ganados los fuertes de San Miguel y Santa Catalina, batia la ciudad con cuarenta cañones. Muchos ciudadanos querian obedecer al Rey y no podian, y quedando á disposicion del vencedor, batidas las defensas, y derribadas las cortinas, asaltó la ciudad el Duque, y en el foso fue herido de un arcabuzazo en la espalda. Curábanle Mondovi, médico, buen católico, que despues fue cardenal, y otro calvinista, y viéndole en peligro de muerte le persuadian ambos muriese en su religion. Quiso algo alentado ir por el rio á curarse en París acompañado del Cardenal, su hermano, y murió en el camino sin saberse de cierto si en la religion católica, y áun hoy se duda de su sepultura y lugar donde fuese. No pesó mucho al Condestable ni al Duque de Guisa su muerte, pues quedaban absolutos, pero cubiertos de luto animaron la gente para la venganza, y entraron la ciudad á ventiseis de Setiembre mil y quinientos y sesenta y dos. Los tres mil españoles que aprestó el Rey Católico pasaron por Navarra y Languedoc á Bles con el maestre de campo D. Diego de Carvajal, y los cuatro mil italianos de la coronelía del conde Juan de la Anguisola por cuenta del Rey Católico arribaron á Leon para juntarse con dos mil caballos que tenía el Duque de Nemours y otra gente, con que los señores de Tabanes, Mongion y Somarriba impedian la entrada de los alemanes. En Leon cesó el comercio por su confusion, y así tardaron en llegar al campo del Rey docientos mil escudos con que le socorrian la república de Venecia y el Du-

que de Florencia. Dandalot puso brevemente los alemanes en la plaza de armas de los de su secta, habiendo hecho en el viaje extragos grandísimos en las cosas sagradas y tierras del Duque de Guisa. Era la guerra peligrosa, porque si vencia el Príncipe de Condé, se llamaria Rey, y acabaria la religion católica en aquellos reinos, aunque no tener dinero para tan grueso exército moderaria sus daños. El Duque de Guisa para mantener á París alojó en la Certosa bien atrincheado. Reconociéronle cuatro mil infantes y quinientos caballos huguenotes, que con desvergüenza y obstinacion decian: «Habian de quemar á París, prender al Rey, matar sus gobernadores »por el bien público, seguridad de sus personas y de su secta, restitucion »de sus dignidades y bienes.»

Esforzóse el trato de la paz y sin efecto, porque el Príncipe de Condé pedia el primero lugar en el Consejo, que tuvo su hermano el Duque de Vandoma, y porque viendo la Reina cercano al Rey á la edad en que habia de salir de pupilo y ella sería Gobernadora solamente, no admitió la condicion. Avocóse con ellos en San Dionis, de parte del Rey, Miguel del Hospital, hombre de autoridad, con oferta de buenas condiciones; pero soberbios y duros no admitian partido, sino con gran pérdida de la autoridad de la Iglesia católica y del Rey de Francia. El Condestable, pareciéndole digno de su grandeza el evitar la guerra civil, se vió en San Dionis con el Príncipe de Condé, y le dixo:

«Era tan indigno de su persona ser cabeza de rebeldes contra su Rey, »nombre tan reverenciado de los franceses, cuanto detestable el tomar las »armas contra la religion que tuvieron sus padres y destruir su patria, del »que podia venir por la sucesion á ser señor, con infamia perpétua y ódio »de los pueblos por los males recebidos. El echarse á la campaña siendo »capitan de foragidos y meterse en la aventura de los casos poderosos en »los hechos de armas, era para un facinoroso, perseguido de la justicia, des»pojado de sus bienes, desesperado de su fortuna, y no para un Príncipe de »Real sangre. Se reduxese al servicio de su Rey, y le serviria en el con»cierto, salva la religion católica y la autoridad de su Rey natural.» Dixo á Mos de Coliñy con más libertad: «Habia perdido la vergüenza, y em»barcádose en navío, en que despues de grandes contrastes y tempestades »muchas, daria forzosamente al través.» Respondieron: «No dexarian las »armas, si no permitian el exercicio libre de su secta sin ecepcion en todo »el reino, y no se les daba seguridad de sus personas y bienes, y tenía el »primero lugar el Príncipe en el Consejo de Gobernadores como inmediato »sucesor á la Corona despues de los hijos de la Reina, y los de la casa de »Guisa no salian de la junta del gobierno y de la Córte, conveniente á la »quietud de Francia y á la libertad de su Rey.»

CAPÍTULO VII.

Combaten los católicos con los huguenotes y vencen.

El Duque de Guisa y el Condestable salieron en campaña con tres mil caballos, tres mil infantes españoles, doce mil franceses, seis mil zuiceros, y caminaron á sitiar en Orliens al Príncipe de Condé y á Mos de Coliñy. Este salió fuera para oponérseles, con intento de no venir á batalla sino en la última necesidad. Cerca del rio Sena defendia la tierra el Duque de Guisa, y el juntarse con el enemigo cuatro mil ingleses, que la Reina de Inglaterra metió en su favor, y para esto habia presidiado á Corbet y algunos lugares. Distaban los exércitos una legua uno de otro divididos por un arroyo, y en pasándole cualquiera se habia de pelear necesariamente. A los decinueve de Diciembre sabiendo el Condestable se levaba el enemigo, para no perder (aunque era tarde) ocasion de alcanzar vitoria, pasó el arroyo, en la vanguardia el Duque de Guisa con la infantería española y gascona, gran golpe de caballería y deciseis cañones; en la batálla el Condestable con los alemanes y zuiceros, y buena parte de caballería; en la retaguardia el Duque de Houmala con la infantería francesa y el resto de la caballería. Descubrióse en espaciosa campaña el enemigo en batalla, aunque sin resolucion de pelear por ser tarde, no tener artillería, ni juntas sus fuerzas, su exército en forma de media luna, en tres escuadrones repartido. En el del medio iba el Príncipe de Condé con la infantería en un cuerpo; el Almirante y Mos de Genlis en los costados con la caballería con algunos arcabuceros en número cada escuadron de los dos de más de mil y quinientos caballos. Comenzó á disparar la artillería de los católicos con poco daño, porque esperando su ímpetu los herejes abrieron las hileras, y para impedir la segunda carga acometieron apretados saliendo á la plaza de armas, para que por no herir su gente, que necesariamente habia de salir á ella, cesase de jugar. Acometieron primero contra los zuiceros del Condestable los huguenotes del cuerno de Genlis y del Almirante, pareciendo consistia la fuerza de la batalla en deshacerlos. Llegaron hasta las banderas, y no pudieron resistir los zuiceros abiertos y desbaratados, al tiempo que dos escuadrones de raitres con el Príncipe de Condé y el Almirante contra la infantería francesa del Duque de Houmala y la caballería del Condestable embistieron furiosamente. Para socorrelle dexaron de pelear muchos donde comenzaron, y en esta mezcla fue herido el caballo del Príncipe de Condé y el Condestable, y preso con su hijo el Almirante peleando valerosamente. Los huguenotes se ocuparon en desbalijar á los zuiceros; y el

Duque de Guisa, conociendo la buena ocasion de restaurar la batalla tan perdida, que los herejes cantaban la vitoria, vino al escuadron de los españoles cerrados y bien ordenados por el sargento mayor y capitan de no vulgar opinion, Pedro de Ayala, natural de Ocaña, y por su cabo, el capitan Juan de Solís, que gobernaba el tercio de D. Diego de Carvajal, enfermo de muerte en París. Fortificados á su mano derecha con los carros de su bagaje, porque no tenian caballería que los abrigase, jugaba tan bien su arcabucería que los raitres no se atrevieron á embestirlos. Díxoles era tiempo de remediar tan gran daño, pues vian rota la caballería del Condestable, los zuiceros desbaratados, en peligro su hermano el Duque de Houmala, de quitar la vitoria á los huguenotes y defender el Rey de los tiranos, pues la esperanza quedaba solamente en acometer ellos y los gascones sus confines con inmortal gloria. Con tanta determinacion se movieron, que deshicieron el escuadron del Príncipe de Condé con gran coraje y mortandad, salvaron los zuiceros en el último trance y los ordenaron, y todos juntos con los alemanes dando ánimo á su exército y tiempo para que los esparcidos se reuniesen, pelearon tan porfiadamente y mejorando la suerte mataron tantos, que de los peones no escaparon mil y quinientos. Viendo la súbita mudanza de la batalla por ocuparse en despojar á los zuiceros, un escuadron del Baron de la Roca Focao de ochocientos reitres huyó á Orliens, y llevó preso al Condestable, conforme á su fortuna en tales conflictos. Mos de Coliñi y Dandalot, dexando la vitoria á los católicos, y llevando al Príncipe de Condé con la mayor parte de su caballería, favorecidos de la noche para no ser del todo acabados en la batalla, y en la huida se salvaron. Porque los españoles y gascones con mayor coraje, cuanto mayor era el peligro, aumentando el ímpetu á medida de la necesidad, executaron en defensa de la corona y restauracion de la honra y batalla del Duque de Guisa, que gallardamente los empleó y en buena sazon estando los enemigos ocupados en robar, cosa prohibida en todos trances.

La nueva cierta deste suceso recibieron en París con tanta más alegría, cuanto era mayor la turbacion que tenian los católicos con la que denunció el primero trance de la batalla, siendo rotos los zuiceros. Murieron muchos católicos en ella, y entre ellos el Marichal de San Andres uno de los del triunvirato, á sangre fria, por prendelle, y los señores de la Palisa, Bresa, Anibao. La Reina se alegró ménos de lo que debia con tan buen suceso, recelando que el Duque de Guisa, por la mucha reputacion que cobró, elevado su espíritu y ambicion, creceria en autoridad y menguaria la grandeza della, viendo preso al Condestable, contrapeso del Duque de Guisa. Este pensamiento y temores de la Reina esforzaban émulos del Duque, y la persuadian tratase del concierto de la paz, á que habia dado principio el Condestable, para alcanzar libertad y que en su ausencia no se apoderase Guisa tanto del gobierno y de los ánimos, que no tuviese parte cuando en París

entrase. Por esto y porque culpaban á la Reina de que por gobernar ella se perdia el reino, acetára las condiciones de la paz que proponian los huguenotes, aunque tan en su favor como si fueran vencedores; mas el Conde Chantoney, embaxador del Rey Católico, dixo: era cosa infame y de mal exemplo para Francia y sus confines hacer paz tan á ventaja de rebeldes vencidos; y siendo el Rey Católico tan interesado en sus bienes y males por la confederacion con aquella Corona y con el Pontífice para su defensa, no se admitiese su parecer, prosiguiendo con el hierro la vitoria y castigo de los huguenotes, pues ayudaba Dios su causa como era visto. Por esto cesó la prática, y no admitia Guisa por la reputacion de la cristiandad tan malos partidos, y por la de la Corona; pues si en ella conocian flaqueza los herejes exteriores, ayudarian á los interiores. Reforzó su exército con las guarniciones de los presidios del Piemonte, que salieron de los lugares que se entregaron al Duque de Saboya, conforme á los capítulos, y de la necesidad en que se vian los franceses, y no de su voluntad. Envió los alemanes con Reyngrave contra los ingleses á Normandía, y caminó á castigar á Orliens, plaza de armas y cámara de los herejes rebeldes, y paró en Bujansí con dos mil caballos y ocho mil infantes cubriendo á París de la caballería huguenota.

CAPÍTULO VIII.

Desarma el Rey Filipe los moriscos del reino de Valencia, y piérdense las galeras en la Herradura: y en Francia sitia el Duque de Guisa á Orliens, y se hace la paz con los rebeldes.

Cuando el rey D. Jaime de Aragon, glorioso conquistador tan á costa de su sangre, como lo muestran los corporales que hoy están en la ciudad de Daroca, ganó el reino de Valencia de los moros, quedaron en él muchos, y baptizados con el tiempo y nombre de cristianos habitaban. Daba muestra su mal vivir de su apostasía, pues llevaban los muchachos en baptizándolos á lugar que llamaban el Desbaptizadero, y en lo secreto eran moros, y áun en lo público por la tolerancia de los Barones, que, anteponiendo el útil al servicio de Dios y honor de sus santos sacramentos, los tenian por hijos, y como bestias para la cultivacion de sus tierras. Tratóse de remediar este menosprecio del baptismo y de la penitencia (en que jamas confesaban pecado) por medio del Arzobispo de Valencia, y todos los remedios volvia inútiles su obstinacion y la comunicacion ordinaria con los moros de Argel y Tremecen; y así pasaban á estas provincias á vivir, no sólo familias enteras sino pueblos. Para disponer el remedio de que se ha-

bia de usar adelante, determinó el Rey quitarles las armas en este año de mil y quinientos y sesenta y dos. Supo cómo el Virey de Argel enviaba armada á levantar los moriscos y dar pasaje á muchos que se le habian pedido, y mandó alojar en sus tierras un tercio de infantería española y alguna caballería con voz de su defensa. Dispuso la materia tan bien que en un dia desarmó los moriscos, y quedó el reino y el Rey más asegurados de su levantamiento. Trataba del modo que se tendria en hacerlos vivir católicamente, dexando el hablar y hábito berberí; pero el disponerlo fue á lo largo, como adelante se dirá.

El Rey deseaba crecer sus fuerzas de mar, y para esto mandó labrar cincuenta galeras en Barcelona y en Italia, y traer mucha maestranza de todos los puertos de España, árboles de Flandres, remos de Nápoles, mil arcabuces y cuatro mil picas de Vizcaya, y dos mil remos. Don Juan de Mendoza, general de las galeras de España, llevaba en venticuatro tres mil y quinientos infantes, en la mayor parte de los que salieron de Flandres, para alojarlos en el reino de Valencia y asegurarle del levantamiento que se temia, dexando algunas compañías en Orán, municiones y bastimentos, de que estaba falta, y habia de pasar á Barcelona luégo á hacer varar las galeras acabadas. Salió de Málaga, y por el contrario viento enderezó su escuadra al puerto de la Herradura, en la costa del reino de Granada, y entró en él á las ocho de la mañana y ancoró. Un recio vendabal, travesía de aquel paraje, con gran ímpetu y furor alborotó el mar de manera, que no pudiendo ser firmes los ferros ni salir al mar, dieron unas galeras sobre otras, y zabordó parte de ellas en tierra hechas pedazos en las rocas, otras se anegaron y más de cinco mil personas de cabo, guerra y de remo, y en la capitana dos hijos pequeños del Conde de Alcaudete, y D. Juan, nadando, le hirió un madero y se anegó: naufragio miserable. Algunos á nado se salvaron en la isla, especialmente chusma, que huyó en la mayor parte, y en tres galeras que á fuerza de remos se alargaron. Sintió esta pérdida el Rey, porque atrasó el aumento de su armada, y mandó labrar otros baxeles, pero su execucion lenta desacreditaba su mandato, porque no habia general del mar, por haber fallecido el príncipe Andrea Doria.

El de Condé y Mos de Coliñi, sin alojamiento seguro por falta de la infantería que perdió en la batalla de Dreux para conservar la Normandía y recebir en sus puertos la gente y dinero de la reina de Inglaterra, acordaron pertrechar á Orliens y que Mos de Coliñi fuese á Roan. Pidió socorro á los potentados de Alemania, y trataron de matar al Duque de Guisa, con que fenecia el triunvirato que se les oponia, y cargarian luégo sobre la mujer y el muchacho, y pondrian sus cosas en la cumbre de su deseo. Trataron de la execucion de esta muerte Teodoro Beza y sus predicantes, y resolvieron se haria por el servicio de Dios, beneficio de su re-

ligion, y que fuese por mano de Pultrot, hereje natural del país de Santoña, criado del señor de Subiza, gobernador de Leon, en sitiando Guisa alguna plaza, para que mezclados ellos entre los combatientes pudiese haber comodidad de matarle. Disponiéndolo Coliñi se alargó de Orliens y por las causas, provechos y propuestos intentos. La razon de Estado de los buenos y de los malos difiere solamente en los medios. El Duque de Guisa esperaba la ocasion y cercó á Orliens. Convenia combatir un fuerte que los enemigos levantaron para defensa de un puente, paso forzoso, y con esfuerzo y diligencia le ganó. Ocupó los burgos, quitó el socorro con altas trincheas en tanto que llegaba la artillería para batir. En las guerras civiles son todos unos, amigos, parientes, vecinos, y habia herejes encubiertos en el exército del Duque de Guisa, que por ganar ó no perder comodidades le seguian y trabajaban tibiamente. Era fogoso, de gran espíritu, impaciente con la floxedad de los suyos; pasó el rio para animarlos, desarmado, en una barqueta. Pultrot, con tres pelotas que disparó su arcabuz, por la espalda le pasó el cuerpo. Murió con gran dolor y lágrimas de los católicos el que mantenia la religion católica, buen príncipe y gobernador, soldado, padre de la patria, fiel á su Rey, amado del pueblo por su valor y bondad. No por muerte de Rey hubo tanto dolor y quebranto en París, ni en su pompa funeral llanto que impidiese el celebrar, el cantar y el predicar por la abundancia de lágrimas, como en el de Guisa, diciendo con grandes suspiros y gritos, quedaban como pupilos sin su padre, la religion sin su defensor, los herejes sin el freno soberbios con este triunfo de la muerte del Duque, del Marichal de San Andres y prision del Condestable, causa de su duelo, y lo sería de su caida, como brevemente mostraron sus malos sucesos contra todos.

Con esta memorable desgracia, turbada la Reina y el Condestable, se concluyó la paz, capitulando contra la autoridad de la Iglesia romana y en favor de las sectas, dando el primero lugar despues de la Reina en el gobierno al Príncipe de Condé, tenido ya por fiel y buen pariente con la reputacion antigua, y que todo lo hecho se entendiese fue por servicio del Rey. Dióse libertad de conciencia en todo el reino, reservando á París, como las predicas fuesen fuera de las murallas, por bien gastado el haber de las iglesias y de la corona que tomaron, libertad á los prisioneros, y se ordenó saliesen los soldados extranjeros del reino. Con razon lamentaban los católicos su desventura, y el Rey de España contradecia lo capitulado, y protestaba á la Reina y le advertia el verse presto en gran aprieto. Porque un reino dividido en dos religiones, lo estaba en dos monarquías con dos cabezas, sin conformidad por la division de ánimos. Fue mal advertida, y dañó á sus Estados con lo hecho ya, y con el exemplo á sus amigos. Excusóse con que no tenía dinero para proseguir la guerra y entrar nuevos alemanes en Francia en favor de los herejes, y de la Reina

de Inglaterra más ingleses, para que durasen las discordias con ánimo de ocupar en Bretaña y Normandía puertos para dar por la restitucion de Cales, que deseaba el reino, y por esto daba gente y dineros á los huguenotes con que pagar los alemanes. Estas paces fueron la destruicion del reino, porque el Príncipe de Condé favorecia los sectarios, y deseando deshacer el Concilio general de Trento retuvo el ir á él los obispos, que no habian partido franceses, escoceses y ingleses, con promesa de que en Francia se juntaria otro, en que se trataria de la religion con la libertad que convenia, pues no debian estar obligados al que se habia congregado en nombre del Pontífice, cuya autoridad habia de estarle sujeta. Envió por embaxador al señor de Oysel al Rey Católico, persuadido por los de su secta, con color de visitar á la reina Doña Isabel de parte de su madre y hermanos, á pedir tuviese por bien se mudase el Concilio á Constancia ó Augusta, ó á Berceli, porque fuese general, pues no iban muchas naciones al de Trento por no tenerle en esta calidad. Si no venía en esto, harian un Concilio nacional donde se determinase lo que á todos estuviese mejor. El Rey Católico á su dañada intencion respondió era el Concilio legítimamente congregado en Trento, y con todas las solenidades necesarias del derecho canónico con su consentimiento, del Emperador y del rey de Francia Francisco II y á su instancia, en especial para el remedio de su reino; por nuncios del Pontífice fueron convocadas todas las naciones con amplia seguridad y salvoconducto para ir, hablar y volver á su voluntad, y los que se habian querido hallar en él lo hicieron libremente. No habia que alterar, sino proseguir hasta el fin, y tener por bueno, verdadero y santo lo que determinase. Si juntasen Concilio nacional apartándose de la Iglesia romana, todos sus hijos, gozando de la separacion, tomarian las armas para restituirle la obediencia de Francia, y para más si les pareciese convenir.

CAPÍTULO IX.

Hascen Baxá, virey de Argel, intenta jornada contra Orán y Marzaelquivir.

(Año 1563, y el octavo del reinado de Don Filipe.)

Habia casado Hascen, virey de Argel, con hija de Beni Cadi, rey de Cuco, provincia en los confines de los llanos de Mutijar, cuyas sierras, ramos del Atlante mayor, al levante y mediodía pueblan bereberes y azuagos, que fueron gobernados por jeques de sus familias, hasta que se llamó rey de Cuco Beni Cadi, del linaje de Celin Benitumi, señor de Argel, á

quien mató Horux Barbarroxa, con que los moros quedaron enemigos de los turcos, y siempre guerreaban sobre el derecho. Para asegurarse desta parte Hascen emparentó con él, y éste con Hascen, porque le ayudase contra el Rey de Alabez, su contrario. Los moros azuagos en Argel compraban muchas armas, de que tenian falta, y hubo alguna vez en el mercado seiscientos. La sospecha de que Hascen podia por este medio hacerse absoluto señor de Argel, que, segun derecho de guerra, conquistó con su hacienda y armas su tio Horrux y su padre Heiraden, entró en Hascen Aga de los genízaros de nacion bosno, y en Coza Mahamet, turco, chacal, ó villano belerbey, ó Capitan general de la milicia, eminentes en autoridad y poder. No hay nacion tan sospechosa, ni que más fácilmente y de ligero crea lo que es contra sí, y más si se temen de cristianos. Echaron por riguroso bando los azuagos, generacion de cristianos señalados con una cruz azul en la mexilla ó mano, barba larga, con que antiguamente se distinguian de los romanos y de los godos, y fueron belicosos y libres, tanto que mataron peleando á Muley Nicer capitan, porque los quiso sujetar en el año de mil y quinientos y nueve gobernando á Constantina, y juntos con otros pueblos del reino de Túnez se apartaron y fundaron lo que hoy se llama reino del Cuco. Prendieron al Virey luégo los conjurados, y á Ochali Escanderia, y á su sobrino el alcaide Asan, griego, casado con prima hermana de la mujer del Virey, y en seis galeras vilmente aprisionados, robada su hacienda por los genízaros insolentes contra Hascen, los enviaron á Constantinopla con la razon de sus culpas en Otubre de mil y quinientos y sesenta y uno. Hascen era acusado tambien de haber tratado por medio de D. Martin de Córdova, su prisionero, de entregar con buena recompensa á Argel al rey Filipe, y se executára si pusiera más diligencia en conseguir el efeto, mas fiaba poco de los turcos y moros, y en tratos que consisten en muchas circunstancias, que por cualquiera que falte se desconcierta, como el relox por la más pequeña rueda; y porque habia entónces en Argel más de ocho mil españoles, los más de la pérdida de Mostagan, y entraban en el hurto el alcaide de la artillería Maroto español, y Mami calabrés, alcaide de la Alcazaba, con otros alcaides. Halló un guardian ó baxi que es de los eselavos del Rey, unas espadas en un baño ó prision, y persuadió habia algun trato entre los cristianos. Metióle en esta sospecha Mocellon, natural de Valencia, afirmando que D. Martin entraba en el concierto. El Virey, para quietar los turcos, mandó llevar á D. Martin á un castillo fuera de Argel, como mil pasos distante, que él fabricó con nombre de Burgio de Hascen Baxa, donde el máximo emperador Cárlos V puso su pabellon cuando cercó á Argel en el año de mil y quinientos y cuarenta y uno. Rogóle que no aprisionase á D. Martin de aquella manera Yahaya, renegado veneciano su privado, y Chaya que es su mayordomo, que tenía en su casa á D. Martin con mucho respeto

tratado. En el Burgio estuvo dos años, hasta que pagó veintitres mil escudos por su rescate, y vino á España. Hascen mostró su inocencia ante los baxaes de la puerta, y negoció con maña y dineros el traer presos y cortar la cabeza á sus acusadores, y el absolvelle y restituille en su gobierno por mano de Piali baxá. Estando de partida para Argel llegó un morabito del reino de Tremecen, peregrino de Meca, tenido por esto como los semejantes por santo, y pidió á Soliman sacase de servidumbre los moros de las Mauritanias Cesariense y Tingitana sus vasallos y de su ley ganando la ciudad de Orán; porque su gente robaba los campos, aduares, pueblos, cautibaba los hijos y mujeres y los hacía cristianos, perdiéndose aquellas almas, daño muy de llorar, y que tocaba su remedio á la conciencia de tan poderoso sultan, pues podia darle fácilmente. Mandó Soliman que Hascen hiciese la conquista luégo. Holgó mucho con la ocasion de señalarse para confirmar su opinion, animado con la memoria de la vitoria y buena fortuna que tuvo en aquella provincia, y para vengarse de los genízaros y leventes que le maltrataron y afrentaron, pues en aquella empresa moririan en los asaltos. Despaohóle Piali baxá con diez galeras de las que ganó en los Gelbes para que sirviesen en el sitio de Oran. Llegó á Argel á los primeros de Setiembre de mil y quinientos y sesenta y dos, saludado y recebido con gran contento. Dióse mucha priesa en hacer bizcocho y municienes sin declarar su intencion, para executar con brevedad el mandamiento de Soliman, que muestra reverencia y temor en los ministros. Animóle mucho la pérdida de las veinte galeras de España en el puerto de la Herradura, porque se dificultaba el socorro pues ántes que de Italia baxase, acabaria la empresa, guardando bien la mar, porque de la Andalucía, reinos de Murcia y Granada no le entrase sino con armada. Mandó á los alcaides de Tenez, Tremecen, Beni Arax y Constantina, y de otros lugares de aquel reino aprestar sus gentes para cuando los llamase. Pidió á su suegro el Rey de Cuco y al de Alabez ayuda de sus personas y soldados para jornada de su honor y reputacion, y lo prometieron con que no fuese contra el Xerife, como se decia. Escribió le ayudase, y dixo lo haria con su hijo y buen número de gente. Mandó guardar el paso del rio de Ciret al alcaide de Tremecen, porque los alarabes que no le reconocian no metiesen bastimentos en Orán, y á Cochupan que llevase veintiseis fustas, galeras y algunos navíos franceses que tenian las municiones y artillería al puerto de Arceo, donde hallaria órden de lo que habia de executar, y que no partiese hasta que le avisase desde Orán, porque si vian la armada, serían descubiertos y se prevendrian los cristianos mal apercebidos. Puso por su teniente ó halifa en Argel á Ali Chavi, turco. Esto fué con tanto secreto, que el primero aviso dello se tuvo en Orán á dos de Enero de mil y quinientos y sesenta y tres de un renegado y de un cautivo que huyeron de Argel, y que sabía Hascen tenía poca gente, municiones y

bastimentos. Unos creian la venida, otros decian era contra Fez, porque estaban en Argel los dos hermanos del Xerife, y daban á Hascèn gran suma de dinero, porque fuese contra él con ellos, y así no se tuvo por cierta. Á los veintiseis de Febrero vinieron en una barca huidos de Argel cinco renegados y un cautivo, y dieron nueva cómo el campo caminaba la vuelta de Orán, y que la avanguardia llegaba á la torre de Mediana deciseis leguas de Argel, y áun estaban incrédulos los soldados de Orán (tan mal se cree lo que no se desea), mas no el Conde de Alcaudete y su hermano D. Martin avisados por sus espías, aunque tarde, y porque los moros no venian con bastimentos. Para certificarse enviaron cinco moros de caballo, que ganaban sueldo, hácia Mostagan á tomar lengua. Media legua ántes de llegar á la ciudad prendieron un moro labrador y le truxeron á Orán, y aunque le dieron tormento, no dixo cosa alguna. Mas viendo le embarcaban para España, refirió como venía el Virey de Argel, y que lo habia negado porque se lo habia mandado Rahaman, uno de los que le cautivaron, diciendo le llevarian á Castilla, como le llevaban, para que informase del hecho á los ministros. El Conde envió otra vez los moros, y llegando á un aduar, cerca de Mazagran, supieron cómo Hascèn se juntó con doce mil azuagos del Rey de Cuco gobernados por su hijo y del Rey de Alabez, y con otros muchos alárabes y bereberes, y recogida toda la gente en Mostagan, iba por Ciret á los pozos de Diego Perez. A la vuelta los reconoció un moro, y dixo á los jeques eran los que llevaron el labrador á Orán, y dándoles caza mataron los dos, y los otros entraron en la ciudad. El Conde en una fragata envió al capitan Gonzalo Hernandez, hijo de Abenhumeya, que entregó la tierra á fray Francisco Jimenez, para que certificase al Rey la llegada de los turcos, y solicitase el socorro de las plazas de bastimentos y gente, de que estaban mal proveidas. Envió á su hermano D. Martin á Marzaelquivir con gente y municiones para su defensa; pues trayendo armada los enemigos, para asegurarle puerto le combatirian primero. Metió D. Martin madera, piedra, cal, tierra para terraplenar, maestranza y fagina.

Está Marzaelquivir una legua de Orán, al poniente Maestre, sentado sobre una resaca de peña, que lo más alto della se levanta sobre el plano del agua ciento y veinte piés, que corre de poniente á levante, haciéndose más angosto cuanto más al fin. Cerca de la marina, en manera de península ó itmo, y de trecientos pasos de los muros, comienza á levantarse un monte en línea visual hasta lo más alto dél. Es puerto grande, limpio, fondable, con buenos surgideros, y con todos tiempos se entra en él con facilidad, y sólo con nortes no se puede salir, rico de pescado de morada y de paso. No hay otro puerto en África desde Larache á Porto Farina. Conservó en arábigo la etimología del nombre latino *Portus magnus*. Fue fundacion del mayor Africano, y lo muestran medallas

de oro, plata y bronce halladas en los cimientos de las torres del castillo antiguo, que en el año mil y quinientos y sesenta y cuatro fue derribado para asentar la nueva fortificacion, tan inmudables contra la fuerza del tiempo en la entereza, cual si nunca le estuvieran sujetos, y en la dureza como diamantes. Hascen asentó su campo en el Homuc en cinco de Abril, domingo de Ramos, y juntó aduana y declaró su intento, y resolvió el combatir primero á Marzaelquivir, para ganar el puerto y asegurar la armada. El Conde con ochenta caballos y seiscientos infantes salió á dar vista á los turcos, y sabiendo de los que envió á reconocer arriesgaba mucho, volvió á la ciudad. Hascen con muchos escopeteros de á pié y de á caballo y un ingeniero la reconoció, y dando la carga y muchas voces los renegados, diciendo que no tenian pan ni municiones, volvió sin ser conocido, porque no traian guion. Fue acometido en el camino de la torre gorda de la compañía de Gil Hernandez y de la de Baltasar de Morales de trecientos soldados tiradores; hubo recia escaramuza, que acabó la noche, con muerte de buen número de turcos, porque la artillería de la ciudad y de las otras plazas hizo grande efeto, y de los de Orán fueron heridos solamente dos. El Conde visitó la prevencion de Marzaelquivir, y D. Martin vino á Orán, salió con la arcabucería á escaramuzar para coger un turco de quien saber de cierto el intento y poder que traia Hascen. Trúxole, y en el tormento dixo cuanto deseaba, y se avisó en otra fragata al Rey y pidió socorro de gente y vltualla. El Conde hizo reseña de la gente, y halló mil y quinientos hombres y docientos sin sueldo, noventa piezas de artillería, mil y quinientos quintales de pólvora, quince mil balas, muchas trombas de fuego y alcancías, máquinas, pocos bastimentos. Hicieron los enemigos dos arremetidas hácia el castillo con pérdida de gente, y á los doce de Abril mudaron su campo sobre la fuente de Orán, lugar descubierto á su artillería, no léxos de la torre de los Santos, de donde los soldados con arcabuces, mosquetes de posta, tres piezas pequeñas, una culebrina de la torre del Hacho, otras seis piezas herian los turcos. Para tener segura la agua y en efeto cercada la ciudad, quitando la de la fuente y la del rio, determinaron ganar la torre que hoy llaman fuerte de Arellano, distante cuatrocientos pasos del nacimiento del agua y mil y ochocientos de Orán, atalaya de toda la campaña, descubridora de las celadas del contorno, seguro del poyal de las huertas, molinos, salir de la ciudad y aviso de todas las atalayas y gacias que por el llano vienen de paz ó guerra, puesto de mucha vigilancia, donde se hace plaza de armas cuando vienen turcos y moros á molestar los vasallos, aloxamiento fuerte por donde se ha de comenzar la guerra, que estando en pié no se puede entrar á cercar la ciudad ni otra plaza dél, ni hacer trinchea en distancia conveniente, y siendo de tal importancia no estaba entónces como debia inexpugnable. Los turcos, á veintitres de Abril, con vocería y

algazara á escala abierta la arremetieron fiando en su multitud, y los defensores pelearon valerosamente, haciendo grande el número de los muertos por el favor de la artillería de la torre del Hacho, hasta que los retiraron á la hora de vísperas. Un soldado salió de la torre á renegar, y envióle Hascen á pedir que se rindiesen salvas las vidas y libertad, y lo hicieron como no tenian municiones. Hascen, faltando á la fe, los hizo esclavos y guarneció la torre. Este suceso apesaró gravemente al Conde, y envió tercero aviso al Rey, y peticion de socorro. Deseaba su Majestad darle y lo procuraba, mas las galeras perdidas en la Herradura hacian gran falta.

CAPÍTULO X.

Previene el Rey el socorrer á Orán, y los turcos baten á Marzaelquivir.

Mandó á sus vireyes y capitanes de Italia D. Filipe traer las galeras á Barcelona, donde hallarian á D. Francisco de Mendoza, capitan general de las de España, que le habia enviado á varar algunos vasos en las Atarazanas. Escribió al Conde de Alcaudete hacía leva en el Andalucía de infantería, mandó que sus proveedores enviasen en barcas municiones y bastimentos á Orán, y llevar cuatrocientos soldados en dos galeras á la ventura el abad Lupian, con que entretener el cerco en tanto que juntaba su armada, y D. Alvaro Bazan socorrer luégo con las cuatro galeras de la paga del Prior y cónsules de Sevilla. Hascen, para combatir el castillo nuevo que está sobre Marzaelquivir, dexó la ciudad cercada con la caballería, y con el campo tomó aloxamiento detras del cerro Gordo, encubierto de la artillería y en las torres de Ruy Diaz de Rojas. Don Martin de Córdoba, por el mar, en una fusta entró en Marzaelquivir con Gil Fernandez de Sotomayor y su compañía de arcabuceros y veinticuatro escuderos, buenos soldados, y otra gente que le siguió. La noche siguiente visitó el fuerte en que estaba D. Francisco de Rivero con docientos soldados, repartió las postas, ordenó lo que habian de hacer, y con ochenta gastadores hizo algunos reparos y puso la artillería donde mejor podia ofender, y dexó doce escuderos que fueron con él valientes y de confianza, y volvió á Marzaelquivir y envióles cuarenta arcabuceros. Hascen hizo reconocer el fuerte y foso, y que un renegado dixese á los soldados se rindiesen y los dexaria salir libres; arcabuceáronle, y enojado Hascen mandó arremeter, y porque le mataron cien turcos sin provecho (aunque eran más de dos mil con sus banderas y estandartes los que arremetieron), hizo echar mucha rama en el foso, y dixo á sus genízaros y mosaretes arremetiesen y tomasen aquellas

tapias á escala vista. Mataron los asaltados con la artillería y arcabucería muchos bárbaros, pegaron fuego á la rama, y el humo los retiraba. Hascen apretó el asalto con tanta furia y lluvia de pelotas y porfía, aunque la entrada era difícil, que la facilitáran si no fueran divertidos de cuatrocientos soldados que envió D. Martin á cargar los turcos. Con las escalas procuraban subir animados de un Matasiete vestido de pieles de leon y con alas, pero no valieron para no ser derribado, muerto, y otros muchos de los que picaban la muralla en número de docientos en dos horas. Don Martin con su arcabucería dando vista á los defensores los animaba, pero no dexó subir soldados sino al capitan Gil Fernandez con su bandera, y con hasta cuarenta dió en los enemigos cuando andaba más recia la pelea, y con el alboroto mataron tantos los del fuerte, que los bárbaros se querian retirar y no osaban, aunque lo procuró Hascen, por no perder las banderas y estandartes que tenian dentro del foso, y porque en saliendo el turco era muerto; y así hubo quien mató doce, y el contento le enfureció tanto, que se arrojaba en el foso con la espada en la mano. A las dos horas de la noche vino Hascen á retirar su gente y banderas, dexando muertos cuatrocientos genízaros y leventes y moros del alcaide de Constantina; y de los españoles murieron veinte y fueron heridos ocho. Despojaron los muertos y llevaron sus armas, y enviaron cincuenta cabezas á Orán en señal de la victoria de aquel dia. Hallaron un renegado vivo, y dixo era de Toledo y cristiano, y un soldado que habia tenido lugar para volver á su ley católica, y le mató. Los turcos, espantados del daño recebido, sin tentar más esperaron su armada. Viendo D. Martin que los turcos gozaban del agua de unas albercas que habian servido para la obra, avisó al Conde y las envió á atosigar; mas por la guarda no llegaba la gente hasta que tocando arma se apartó y echaron el tósigo. Fuera grande la mortandad que habia comenzado, si un soldado del fuerte no viniera á renegar y dixera á Hascen de adonde el daño procedia; y un renegado en Marzaelquivir, el que los enemigos recibleron, y los muchos moros que murieron, y cómo su general, indignado y afrentado por el desprecio que hizo del fuerte, juró de combatirle hasta entralle.

El Conde no podia estar ocioso, y á deciocho de Abril, al mediodia, salió de la ciudad con toda la gente de á pié y de á caballo por el callejon de las huertas, hácia la parte del castillo, y mataron y hirieron algunos moros que segaban las cebadas encima de las fuentezuelas. Acudió el campo en socorro y fuego del castillo de Rezalcazar y de la ciudad, y de las otras plazas; jugó la artillería, y la escaramuza duró una hora. En el dia siguiente salió toda la gente de Orán á cortar fagina á las huertas que están desde la puerta de Tremecen á la fuente que los enemigos poseian. Avisado el campo desde la torre de los Santos, acudió á cargar á los españoles, mas fue retenido valerosamente de las compañías de Pedro

de Mendoza y Baltasar de Morales, escaramuzando ayudados de la artillería de las fortalezas, y sin daño y con alguno de los enemigos metieron la fagina en la ciudad. Salieron della otro dia quinientos peones y treinta de á caballo con el capitan Juan de Navarrete, y dieron sobre los que segaban los panes y tenian sus ganados en ellos: escaramuzóse, y las plazas jugaron la artillería, y los enemigos se retiraron. Don Martin en el fuerte con mucha gente trabajaba en su defensa en tanto que venia la armada, que detenian borrascas y contrario tiempo. Vino Mustafá, renegado, camarero de Hascen y su privado, y amigo de D. Martin cuando estuvo prisionero en Argel, con quinientos turcos de guarda, y le pidió le entregase las plazas, porque no las podia defender estando sin bastimentos. Respondióle se admiraba conociéndole de la peticion y de que emprendiese jornada tan difícil, que Hascen perderia tiempo y gente, si habia menester refrescos enviase por ellos, que los daria. De muchas cosas dió el renegado en secreto avisos que fueron de provecho. La gente de Orán salió á dar en los moros, y cargados vinieron á repararse en ella; y el Conde mandó quedar trecientos detras del castillo con el capitan Pedro de Mendoza para tomar algun enemigo de quien saber lo que en sus campos pasaba; y los acometieron ochocientos turcos y moros, y desbarataron y mezclados llegaron al foso del castillo con riesgo por defender al capitan valiente, que empeñado con tan demasiada audacia que le hirieron con tres lanzadas sin matalle por sus buenas armas; salieron al socorro los del castillo y algunos artilleros y el alcaide y los que le habian quedado, no pudiendo manejar la artillería, pidieron á grandes voces ayuda y con la campana del rebato. La ciudad, temerosa y alborotada, y el Conde furioso de coraje, acudieron cuando los enemigos se retiraban forzados y heridos de la artillería de la torre del Hacho de la ciudad y castillo. Peleó un genízaro bien evitando de ser preso, y huyó tan mal herido, que murió en llegando á las tiendas.

En el último dia de Abril al alba venía un corchapin que el proveedor de Málaga, Verdugo, enviaba con dos mil fanegas de trigo, sesenta botas de aceite y veintidos quintales de pólvora, y docientos serones de cuerda, docientas espuertas y docientos picos y azadones, y á dos leguas de Orán el miedo que traian los que le guiaban les figuró ser unas barranqueras navíos de turcos, y huyeron. El Conde le descubrió, y envió á Gaspar Hernandez con su fragata tras él; hallólo en el puerto de Arceo y le metió en Marzaelquivir. Don Martin prendió al piloto y marineros y los mandó ahorcar, mas retenido de ruegos de religiosos los envió en prision al Conde. Pocas horas despues pareció la armada de Argel junta por la Punta de la Aguja cuatro leguas de la ciudad, y surgieron en la playa de Canastel, á dos leguas della, cuarenta y cinco baxeles de remo y cinco navíos de alto bordo franceses. En la noche entraron cuatro fragatas enviadas desde Cartagena con sacos de harina, un ingeniero y treinta soldados. A dos de Mayo, domingo, pasó

la armada desviada de la artillería, y surgió en el cabo Falcon y en las aguadas junto al fuerte, con gran placer y vocería de los turcos. Con tanta priesa desembarcaron y llevaron á lo alto las municiones y máquinas la infinita multitud, que á la hora de vísperas otro dia tenian plantada la batería al fuerte, hechos bastiones, trincheas, plataformas. Baxaron la artillería por lo alto de la montaña, puesto cada cañon sobre unos maderos con sus cabezales ligados con guindaletas y por maromas con poleas poco á poco pieza por pieza, aunque D. Martin con escaramuzas lo procuró impedir. Luego el Conde avisó al Rey de la venida de la armada y pidió socorro. Sitió á Marzaelquivir por mar y por tierra poniendo los baxeles en el puerto y en la playa, para que no se comunicase con Orán. Puso Hascen en una batería á ménos de ciento y cincuenta pasos del muro en un padrastro á la parte de tierra dos gruesos cañones y otros cuatro pequeños. Y á cuatro de Mayo al alba hubo gran música en el real de los enemigos y en los bestiones levantados y trincheas, y con grandes alaridos comenzaron á batir y reforzar con otros cinco cañones de manera hasta la noche que arrasó el lienzo del fuerte hecho de tierra muerta y de tapias. Habia en él casi docientos soldados, y los capitanes Galarreta y Francisco de Viveros y Baltasar de Morales, y cinco cañones de artillería y dos sacres: con pólvora, alcancías, artificios de fuego y otras municiones batieron otro dia hasta las doce, y quitadas las defensas y hecho gran portillo en la muralla, arremetieron los turcos á dar el asalto cuarto llevando delante los moros. Dexaron en las trincheas y en los traveses mucha escopetería para tirar, tanto que no dexasen asomar á los cercados al muro. Pusiéronse en defensa con grande ánimo y deseo de pelear, y mataron muchos turcos con la artillería y arcabuces. Los enemigos con la suya hicieron gran daño en sus moros, y alguno en los españoles luégo que se descubrieron. La artillería de Marzaelquivir jugó muy en favor del fuerte por donde descubria los bárbaros y les derribó las banderas, y al fin se retiraron con gran pérdida. En el dia siguiente, habiendo batido cinco horas, á las diez arremetieron veinticinco mil á la muralla bien aportillada como era de tapias, y desde las trincheas tiraron, mas con la arcabucería y fuegos artificiales los cercados hacian gran matanza en los moros; y habiendo durado el combate hasta las tres, se retiraron y quedaron muertos y heridos cuarenta cristianos, y entre ellos el capitan Baltasar de Morales y su sargento. Hascen hizo volver á los alcaides al asalto y á los turcos á palos y cuchilladas furiosamente, para que los españoles no descansasen; mas parecian tan alentados y poco temerosos, que derribaban muertos los que subian por la batería y por las escalas, y al ponerse el sol se retiraron los enemigos dexando los fosos llenos de cuerpos. Los capitanes del fuerte enviaron los heridos á Orán y aviso de lo sucedido, y pidieron que les enviase en barcas el Conde en aquella noche gente, bastimentos, alcancías, bombas y otras municiones,

y les envió cien soldados, ciento y cincuenta costales de harina y otros bastimentos, pero tardó en llegar mucho. Este dia dió un moro una carta al Conde de parte de los jeques de los alárabes amigos, en que le pedian saliese á dar en el campo, que ellos con mil caballos darian en los turcos. Conoció era traicion, y un judío dixo era el papel bruñido, y que no lo tenian los moros; y atormentado dixo que Hascén lo ordenó para tomarle cautivo. Los cercados, viendo tardar el socorro y que no podian resistir otro asalto, juraron de morir peleando en sus postas y no desamparar el fuerte, mas llegaron los cien soldados de Orán y los bastimentos, y se alentaron y prosiguieron en hacer los reparos, en que se ocuparon toda la noche. Batieron los turcos por la mañana y dieron asalto general sin quedar persona que no entrase en la batería, ni bandera, ni estandarte, y con los cuatro de Hascen venian quinientos turcos con coseletes y morriones y alabardas. Embistieron con tanta resolucion y tiraron tanto los escopeteros y la artillería, que subieron encima del fuerte por dos partes y plantaron tres estandartes sin podellos derribar los cercados, aunque mataban muchos enemigos, porque los alféreces estaban amparados con unos cestones del mismo fuerte, y si los mataban los arholaban otros, y procuraron ganar el estandarte del Rey. Treinta murieron en la empresa, derribaron muchos que por escalas subian á mantener sus estandartes; y un español mató un turco y tomó uno, y otro le hirió en la mano, pero no le soltó, y un piquero mató al turco. Otro soldado con un barril de pólvora, con dos barrenos y dos cuerdas en ellos arrojado, quemó muchos turcos, y á cuchilladas quedaron muertos los que tenian los estandartes. Los enemigos huyeron del daño que recebian al mediodia, y el Virey y los alcaides con los alfanjes los herian y hacian volver á la batalla; y Hascen arrojó el turbante hácia la batería con enojo, pero no entraban en ella con el ánimo que ántes; y aunque los estandartes entraron en el foso no subieron al muro retenidos de los cristianos arrodillados á la defensa para no estar descubiertos á la arcabucería y picas por la ruina de las defensas. Acabóseles la pólvora, porque los barriles que tenian los hallaron desfondados y mojados aquella mañana, y enviaron á la ciudad á trocallos, y no dieron lugar de traellos los enemigos. Para que la torre sufriese la batería habian comenzado un terrapleno, y estaba de un estado de alto, porque no hubo tiempo para acaballe se defendian y ofendian con cinco mil escopeteros, y no se osaban retirar, ni los que estaban arrimados á la escalera ni en la puerta para rompella; y al cerco de la torre asistian más de cincuenta mil moros alárabes con grandes alaridos. La artillería de las torres dañó á los cercados, porque abrió de dos balazos la puerta, y en la escalera mató moros y cristianos. Retiráronse al venir la noche los bárbaros con muerte de quinientos, y entre ellos muchos principales y señalados. Los cercados quedaron bien cansados habiendo resistido á cuatro asaltos que duraron todo el dia. Habian escrito al Conde

cuán imposible era defender el fuerte; y les respondió que en la última necesidad le desamparasen. Y habiendo sabido que habian cerrado el paso del socorro los enemigos y comenzado á minar, acordaron de dexarle, y avisaron á D. Martin con cinco soldados para que su gente les asegurase la retirada. Los turcos, para impedir la comunicacion con Marzaelquivir, habian puesto cien tiradores en el camino, dieron en los soldados, mataron tres, tomaron uno, y el otro llegó nadando en salvamento. Viendo tardaba la respuesta sospecharon los habian cogido los enemigos, y salieron del fuerte confusamente por el postigo, dexando los enfermos, y por clavar la artillería y derramar las municiones y cinco mil balas que pudieran salvar ó enterrar si se resolvieran ántes. Enmedio de la ladera los acometieron los enemigos avisados del hecho por el soldado que prendieron, y los desbarataron al tiempo que llegó á asegurarles el camino con cien soldados arcabuceros de Marzaelquivir el maestre de campo D. Hernando de Carcamo, y con pérdida de seis y del capitan Galarreta valiente soldado y el alférez Quesada, y con otros tantos heridos, habiendo peleado más de una hora, llegaron á Marzaelquivir, y D. Martin envió más de cien heridos á Orán en la fusta de ocho bancos y en algunas barcas. En ocho de Mayo un renegado avisó al Conde de cuán valerosamente pelearon en el fuerte, y la vitoria que alcanzaron, y que habian muerto quinientos turcos de los mejores del campo de Hascen; él estaba herido de una bala en un hombro aunque sin peligro, y murió el alcaide de Arguet y Mami Arrarez, napolitano, el de Meliana y otros dos tan principales que les taparon las caras por mandado del Rey para no ser conocidos: estuviese alerta, porque ántes de partir de Argel se decia estaban vendidas sus plazas. El Conde le agradeció el aviso, y le dió cuarenta escudos, y le dixo que viniese con avisos cada noche y sería bien remunerado.

Este fin tuvo la defensa del fuerte combatido desde los quince de Abril en que le dieron los turcos el primer asalto, hasta ocho de Mayo, en cuya mañana le desampararon en última necesidad los defensores habiéndose mantenido valerosamente, y fuera de la opinion de los cristianos y de los turcos veintidos dias, y tenido órden del Conde para retirarse cuando lo hicieron, aunque no tan ciegamente. Y así no sé cómo en la Historia general del mundo se dixo haberse defendido solamente cuatro dias, y que por esto en su retirada D. Martin los desarmó y no quiso servirse dellos más, porque no acompañasen los vencidos á los que habian de ser vencedores, y los envió á Orán, y tampoco dexára entrar á los capitanes, si con muchos ruegos é importunaciones no se lo persuadieran los soldados, á los cuales quiso en esto dar satisfacion, con que los dos capitanes no se empachasen en más de andar cerca de su persona. Estas son sus palabras á la letra, y lo que he escrito de los diarios originales que se hicieron desta jornada, que de Orán me enviaron, cuya antigüedad

y llaneza y órden en el escribir la sucesion y sucesos de las cosas muestra claramente su verdad. Esto escribo más por el honor y justicia de tan buenos soldados, no para impugnar, porque haria con esto mi historia tan detenida como verdadera. En la noche de ocho de Mayo el Conde despachó una fragata con aviso al Rey de lo sucedido, y del aprieto en que las plazas estaban, y cómo desampararon el fuerte, no por falta de ánimo (dice la carta) ni de voluntad que los capitanes y soldados tenian de pelear, sino por no perder tan buena gente para la defensa de Marzaelquivir, como se perdiera si no se retirára en el último trance. Enviase á socorrer tantos cristianos, mujeres y niños que habia en la ciudad y en sus fortalezas.

CAPÍTULO XI.

Funda el Rey el insigne Monasterio de San Lorenzo el Real de la Vitoria.

Cuando falleció el emperador Cárlos V, rey de España, primero deste nombre, fue depositado su cuerpo en la capilla mayor del monasterio de San Justo y Pastor, de la órden de San Jerónimo en la Vera de Placencia. Conociendo el bueno y piadoso ánimo para con él del Rey D. Filipe su hijo disponiéndose para morir, desde que le renunció la monarquía y ántes en Augusta, en el año mil y quinientos y cuarenta y siete, tanto en el último apuntamiento de los sesenta y ocho que le envió para gobernar firmados como de Rey de España, que por ello tenian fuerza de mandamiento tácito, como en el testamento que otorgó en Flandres, en seis dias del mes de Junio, miércoles del año mil y quinientos y cincuenta y cuatro ante su secretario Francisco de Eraso, y en el codicilo que otorgó en el monasterio de San Justo á siete de Setiembre de mil y quinientos y cincuenta y ocho ante Martin de Gaztelu, todo lo tocante á su funeral y sepultura y de la Emperatriz su mujer, y los aniversarios que se habian de hacer por ellos, dexó en la mano y arbitrio de su hijo para que todo fuese conforme á su voluntad, especialmente su sepulcro. No le dió lugar para edificalle la guerra ni la paz por mal segura, por la ambicion, inquietud y protervia de sus émulos. Confiaba de su obediencia y piedad se le daria con tal pompa y suntuoso edificio, que ningun griego, itálico ó aleman emperador le haya tenido semejante, y á su augustísima Emperatriz, compañera bienaventurada, cuyo cuerpo estaba en la Capilla Real de Granada. Vino en España el Rey, y luégo trató de hacerle conveniente á la grandeza de tan poderoso y rico monarca, aunque no con toda la que hoy tiene el edificio y ornamento de San Lorenzo, engrandecido poco á poco llamando las cosas grandes á

otras. El tamaño del cuadro siempre fue el mismo, hasta hacer la mayor casa santa que se ha visto desde los Apóstoles hasta su tiempo. Consideró en su grandeza perpetúan más sus memorias los príncipes con edificios magníficos, necesarios para el aumento de la religion, ornamento y comodidad de las provincias, especialmente de monasterios siempre vivos, que por el tiempo que reinaron y las hazañas y cosas que hicieron bien. No pareeen como los hombres que llevados de sus intereses y esperanzas, á los que viven atienden solamente. Para cumplir con la premática, mandó hacer la informacion de utilidad á su juez de sus bosques, y tomando su dicho á un alcalde de la villa de Galapagar, dixo: «Asentad que tengo noventa años, que he sido veinte veces Alcalde y otras tantas Regidor, y que el Rey hará ahí un nido de oruga que se coma toda esta tierra, pero antepóngase el servicio de Dios.» Fue edificada esta máquina grande, rica, santa, artificiosa, provechosa, la octava maravilla del mundo en órden y la primera en dignidad, casa de campo de recreacion espiritual y corporal, no para vanos pasatiempos sino para vacar á Dios, donde le cantan cada dia divinas alabanzas con tan contino coro, oracion, limosna, silencio, estudio, letras, con tanta observancia de los religiosos, que viven en ella como Arsenios, Macarios, Paulos, Hilariones. Y en vergüenza y confusion de los herejes enemigos crueles de la Iglesia Católica, que con impiedad y tiranía asolaban los templos en tantas provincias, para que viesen que no se cansaba de favorecer y amparar la fe cristiana contra ellos con las armas: pero contínuamente la ampliaba, y edificaba templo tan grande cuanto era su fe, ennobleciendo á España, y levantando mauseolo al religioso, invicto y máximo su padre Cárlos V y á sus decendientes: cosa bien puesta en razon necesaria, y que muestra su gran poder en la grandeza de la obra, en su traza y perfecion de su compuesto la ecelencia de su entendimiento, dando por todo mayor eminencia á su Estado. Dióle nombre de San Lorenzo el Real de la Vitoria, por la que alcanzó en su santo dia y octava en Francia estando sobre la ciudad de San Quintin, como consta del principio de la dotacion que pondré aquí, para que se vea fue devocion, no obligacion de voto, ni satisfacion de daño por haber asolado monasterio como vulgarmente se tiene y escribe en la Historia universal del mundo Antonio de Herrera, cronista de Su Majestad Católica. «Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor habemos recebido y cada dia recebimos, y cuanto Él ha sido servido de encaminar y guiar nuestros hechos y negocios á su santo servicio, y de sostener y mantener estos reinos en su santa fe, religion y en paz y justicia, entendiendo con esto cuanto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios donde su santo nombre se bendice y alaba, y su santa fe con la dotrina y exemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y aumenta; y para que asimismo se ruegue é

interceda á Dios por nos, por los reyes nuestros anteriores y sucesores, y por el bien de nuestras ánimas, y la conservacion de nuestro Estado Real, teniendo asimismo fin y consideracion á que el Emperador y Rey mi señor y padre despues que renunció en mí estos reinos y los otros sus Estados, y se retiró en el monasterio de San Jerónimo de San Justo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo, nos cometió lo que tocaba á su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina mi señora y madre habian de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados, y por sus ánimas se hagan é digan contínuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones é memorias; é porque otrosí nos habemos determinado, cuando Dios nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar juntamente con el de la Serenísima Princesa Doña María, nuestra muy cara y amada mujer que sea en gloria, y de la Reina Doña Isabel, que asimismo tiene determinado, cuando Dios nuestro Señor fuere servido de llevársela, de enterrarse juntamente en el dicho monasterio, é que sean trasladados los cuerpos de los Infantes D. Hernando y D. Juan nuestros hermanos, é de las reinas Doña Leonor y Doña María nuestras tias: por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenzo el Real cerca de la villa del Escorial, en la diócesi y arzobispado de Toledo, el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devocion que, como he dicho, debemos á este glorioso santo, y en memoria de la merced y vitorias que en el dia de su festividad de Dios comenzamos á recebir», etc.

Dos años gastó el Rey en buscar y elegir entre diversos sitios el del Escorial, aldea pequeña, que despues hizo villa y exenta de la juridicion de Segovia, en los montes Carpentanos, en altura de cuarenta y un grados. Hiciéronse las trazas de la planta y montea del edificio en carta del cuerpo entero, secciones ó miembros, y despues en modelo de toda la obra de madera, para que junta se viese mejor, y en su figura y compartimiento se enmendase lo que ello mismo mostrase ser necesario procurando su mejora, por ser difícil acertar de la primera invencion y disposicion tantas cosas, y todo por mano y diseño de Juan Baptista de Toledo, español, su arquitecto mayor. Firmó el Rey las trazas, y partió de Madrid para el sitio eligido. Fue señalado en su presencia á los veintiocho de Abril de mil y quinientos y sesenta y tres, dando las primeras azadonadas por sus manos y el Duque de Feria capitan de su guarda y de su Cámara y Consejo de Estado, y el Príncipe de Ebuli, el Prior de Leon y otros señores, nombrando monasterio de San Lorenzo el Real de la Vitoria al sitio inculto, majadas de pastores entre jarales y maleza, y prosiguió la gente allanando la área. Los altos y baxos desmontados, hubo diferencia de

la vista al nivel grandísima, estacando el ámbito y acordelándole para abrir los cimientos. Hicieron plaza cuadrangular ó prolongada ciento y cincuenta y cinco piés por la parte de oriente á poniente, más que de poniente á mediodía, careándole la casa por un grado de declinacion más, ganando el sol á su lienzo, tirando las líneas de longitud y latitud. De manera que el norte sur tiene setecientos y treinta y cinco piés, y el del este á oeste quinientos y ochenta. A veintitres de Abril deste año mil y quinientos y sesenta y tres (cuyos acaecimientos escribimos) fiesta de San Jeorge, patron de Aragon, asentaron la primera piedra de la fábrica para comenzarla, fundamento de todo el cuadro y planicie en zanja en la línea y perfil que mira al mediodía, que ahora es debaxo del asiento del Prior en el refectorio, igualmente en la mitad de la cortina. Tenía la piedra cuadrada el nombre del fundador, y nota del tiempo en inscripcion grosera. No se halló presente á esta dedicacion el Rey como al fixar la primera piedra del templo con la solenidad y ceremonias del Pontifical á veinte de Agosto del mismo año, fiesta del patriarca San Bernardo, doctor de la Iglesia católica. Y el obispo de Cuenca, D. Bernardo de Frexneda, confesor del Rey, fraile franciscano, vestido de pontifical, echó la bendicion á la piedra y ofreció á Dios la obra; y el Rey tocó la piedra con cuatro cruces en los cuatro lechos que hizo el Obispo, diciendo algunas oraciones y psalmos en este misterio significando á Jesucristo, piedra fundamental de su Iglesia, y la asentaron los oficiales cantando los frailes himnos y psalmos en tanto en el cimiento de la obra, que está á la entrada de la iglesia á la sacristía. El Rey inclinado á las fábricas proveyó cincuenta mil ducados para la renovacion de lo que arruinó el incendio que hubo en Valladolid en la platería y plaza en veintiuno de Noviembre del año pasado mil y quinientos y sesenta y dos. En él fue hallada en Navarra una sepultura de mula cristiana, en el año de Jesus, nacido el cuarenta y cuatro de su muerte.

CAPÍTULO XII.

Previene el Rey Católico el socorro de Orán, y los turcos prosiguen sus baterías.

El Rey avisó á sus Vireyes de Italia del cerco de las plazas de Orán, y á sus Generales de las galeras: mas cuando llegó su mandato para que luégo viniesen al socorro, ya D. Perafan de Ribera, duque de Alcalá, habia escrito (porque lo sabía por vía de Túnez y de la Goleta) que se juntasen todos en Nápoles para venir á España brevemente por Cerdeña. A Juan

Andrea Doria que traia á sueldo del Rey doce galeras que heredó de su tio el gran Andrea Doria, pareció llegaria tan presto como á Nápoles, y aunque contrastado del mar aportó á Mallorca y al fin á Barcelona. Halló á D. Francisco de Mendoza previniendo sus galeras para el socorro con título de supremo General. Juan Andrea se resintió con el Rey, de que no lo fuese quien lo habia sido en Italia, y respondióle no se maravillase que gobernaban la priesa y la necesidad; harian juntos la jornada, y ofreciéndose otra en Italia D. Francisco le seguiria, porque el quitarle ya el cargo era injurioso, y así no lo tuviese á mal y le acompañase, que en su experiencia y valor libraba el buen suceso. Esta razon, nacida del propio efeto de la cosa, satisfizo á Juan Andrea. Partió de Madrid con órden de que su hermano Pagan Doria llevase sus galeras y recibiese las órdenes y que él sirviese sin oficio, pero que sin su consejo no se tentase ni hiciese cosa. Templado el resentimiento con la benignidad del Rey, partió para Cartagena despues. Sabido en Malta el cerco de Orán, el Gran Maestre envió con sus galeras al Prior de Barleta; el Duque de Saboya con las suyas al señor de Liny, y el cardenal Borromeo con sus cinco al conde Pedro Antonio Lonato.

Los enemigos, en amaneciendo á ocho de Mayo, vieron el fuerte desamparado, y mostró el contento el alarido, salva detenida y la respuesta de los que á Orán sitiaban. La ciudad se entristecló, y D. Martin cuidadoso por ser Marzaelquivir plaza flaca, pocos los defensores, larga la esperanza del socorro; mas como el Rey le mandó defendelle, que dentro de treinta dias le socorreria, animó á los soldados y ordenó lo que habian de hacer en todas las ocasiones de recebir y dar la carga, y que aparejasen las municiones las mujeres, llevasen la comida á las baterías y los materiales para las defensas, curasen los enfermos y heridos. Tenía cuatrocientos y setenta soldados, á D. Hernando de Carcamo, á los capitanes Pedro de Mendoza, Francisco de Viberos, Melchor de Morales, Juan de Alor, y Hernan Dalvarez de Sotomayor, alcaide de la plaza y su hermano, y D. Juan de Carcamo, y otros criados de D. Martin, veintisiete piezas de artillería, cuatrocientos barriles de pólvora, balas, cuerda y fuegos en abundancia, aunque poca vitualla. Mandó hacer un reparo para fortificar más la plaza; contradixeron algunos capitanes, y los mandó ahorcar, para que su exemplo necesario reduxese la gente á inviolable obediencia. Retenido de los ruegos de los oficiales de la guarnicion no executó, y con la misericordia y rigor quedaron dóciles para obedecer y no replicar á lo que mandaba con juicio y espíritu de prudente capitan y ánimo de buen caballero. Visitó las municiones y bastimentos y las raciones que se daban, y recelando la dilacion en socorrelle las moderó, y mandó regalar las bestias de la fábrica para que tuviesen carne, si la necesidad hiciese valerse dellas. Hascen plantó dos cañones y una culebrina en lo alto de la sierra, junto al

fuerte, en la misma loma hácia la mar, y comenzó á batir las casas, y los soldados metieron las mujeres en las bóvedas, y duró la batería tres dias. Era el intento ganar con miedo y concierto la plaza entera, para que si la armada de España viniese al socorro no hallase la muralla batida, y la defendiesen quinientos turcos en tanto que él ganaba á Orán. Certificado de que era muerto D. Martin, y que no habia en la fuerza más de ciento y cincuenta soldados sin municiones y bastimentos, saliéndole vano, asestó sus piezas contra el muro que va desde el rebellin á la torre de la Traicion, mas por estar léxos hacian poco efeto; y plantó otras seis más cerca en un cerrillo ménos de trecientos pasos de la muralla contra el mismo lienzo. Acercándose á ella con las trincheas plantó otros tres cañones en una ladera para batir las defensas. En estas faenas la artillería de la villa desencabalgó dos piezas y mató muchos turcos y dos artilleros, y contrabatia contínuamente. A catorce de Mayo amaneció hecho un gran bestion y trinchea abaxo en el Bermejal, á cuarenta y cinco pasos de la muralla, y guardábanlo muchos tiradores. Pusieron cuatro cañones más á la parte de la mar loca para el lienzo, y otras más arriba contra el de las torres de la parte de tierra. Hascen animado, empeñando su gente, caminaba con las trincheas para ofender y defenderse, aunque por no ser el llano entre la cuesta y la muralla de más de trecientos pasos comunes la frente era pequeña para asistir gran número de soldados en las trincheas y meterle en los asaltos, con que su ímpetu era menor. Don Martin con las surtidas mataba muchos bárbaros, volviendo la fuerza mayor su industria, ánimo y diligencia. Arrasaron en pocos dias los dos lienzos; y reconocidas las baterías á veinte de Mayo de parte de Hascen, un chaus pidió á D. Martin se rindiese. Respondióle se admiraba, no del mensaje, sino cómo no daba el asalto, teniendo como le parecia tan clara la vitoria. Para mayor seguridad hizo brevemente un contrafoso de una pica en fondo y casi dos en ancho, y con la tierra dél una trinchea de cestones para que la gente pelease, y un bastion de través en que puso dos pedreros para batir á los que entrasen. Hizo dos reparos para la artillería enmedio de la plaza en derecho de los portillos, y puso siete piezas, las cinco contra la batería y portillos. Arremetió á la batería un matasiete, y dióle un soldado con una losa en la cabeza, descolgóse por la muralla, cortóle la cabeza, y vistióse las alas y las pieles de leon, y paseábase por la ronda con gran alabanza de los turcos, hasta que ya conocieron el engaño. Hascen mandó pregonar el asalto con gran música de atabalejos y ruido para el dia siguiente veinte dé Mayo; y que la armada de Puerto de Arceo viniese para guardar el mar y ayudase como pudiese. Conociólo D. Martin, y dicha misa animó á su gente, y les dixo cómo se habian de entender. Puso al capitan Pedro de Mendoza en el rebellin de la puerta con ochenta arcabuceros que tomaba de través la batería; al capitan Melchor de Morales en el contrafoso con cien soldados, los

sesenta picas; á D. Hernando de Carcamo en la muralla, junto á la torre de la Traicion, con cincuenta; al capitan Hernando Alvarez y á su hermano Diego con ciento; junto al contrafoso, en la cara del campo, en el bestion de San Bartolomé los escopeteros de Orán buenos soldados; á D. Juan de Carcamo, más adelante con otra cuadrilla de buena gente; al capitan Juan de Aler en la muralla hácia la isla con cuarenta. Amonestóles el mantener los puestos hasta morir como buenos cristianos en defensa de su ley y de su Rey. Él ocupó el bestion del través del contrafoso, conociendo sería por allí cierta la acometida con tres escuadras de á veinte para socorrer donde fuese menester. Al amanecer se recogieron los enemigos á sus banderas y estandartes, y Hascen puso doce mil alárabes y bereberes delante, para que en ellos diese la furia de la artillería y arcabucería de la plaza; luégo los genízaros, renegados, turcos, y él con el resto de los de Argel y su guardia siguió para arremeter entre el rebellin y la torre de la Traicion, y por la mar loca los turcos, los moros de Constantina, Bona, Tenez, Mostagan, muchos alárabes con escalas para subir, y serian todos más de veinticinco mil, porque la muralla estaba alta por allí, disparando junta la artillería para llegar cubierta del humo la gente sin daño hasta la batería. Dada la señal partieron tan descubiertos por el Bermejal abaxo los estandartes, como si la batería estuviera sin defensa ni ofensa; y á la verdad la gente estaba bien cubierta. La artillería asestada contra el Bermejal en la baxada mató muchos bárbaros. Continuó el asalto con vocería y combate furioso, y el capitan Pedro de Mendoza con sus arcabuceros mataba muchos turcos del través sin ver quien los mataba, de los que llegaban á los portillos y á la muralla. Dos solamente subieron encima, y heridos cayeron el uno en el foso, el otro dentro, y otros dos por detras de la torre de la Traicion, y sobre la muralla los mataron de espada á espada dos soldados, el uno de estatura gigante, y otro que metió una bandera por un portillo, y la ganaron. La arcabucería y artillería hacía más sangrienta la pelea, sin dar un punto de alivio á los cercados. Los que combatian por la mar loca comenzaron á subir por las escalas, y plantaron sobre el muro un estandarte, pero fueron derribados con muertes y heridas muchas, y pérdida del estandarte y del que le subió por la batería. Animados de D. Martin, retuvieron gallardamente el ímpetu y fuerza al parecer incontrastable de la furiosa multitud, por más que Hascen reforzaba con gente fresca, y con la artillería batia las defensas; aunque habian llegado á ponerse en el bastion que dicen de Genoveses, eran tantos los heridos de los turcos, que de miedo en viendo alguno malparado, otro le llevaba á curar, pero no volvia. Duró la batalla cuatro horas, y comenzándose á retirar, con quince piezas que dispararon los españoles y la arcabucería mataron muchos bárbaros, y matáran más; pero un gran turbion de agua favoreció á todos, y metió los turcos en sus aloxamientos desampa-

rando las trincheas, porque las cubrian arroyos que arrojaban las sierras, y metian en el mar la sangre de los muertos, y era tanta que le dió su color por mucho espacio. Murió Mahamet Chibali, alcaide de Calca de Beniarax, y otros arraeces principales, más de quinientos genízaros, musaretes, turcos, ieventes y moros azuagos y bereberes mil y quinientos. De los cristianos Luis Alvarez de Sotomayor, alcaide de la plaza, y otros diez con algunos heridos: los demas quedaron muy cansados, y el Marqués los esforzó, alabó, dió las gracias, y á cada uno medio cuartillo de vino y media libra de bizcocho más que otros dias. En el siguiente vino un turco con un renegado á ser cristiano, y refirieron el gran daño que recibió el campo en el combate, los muchos hombres de cuenta que murieron, el espanto por no ver quien los mataba, la tristeza del General, la libertad de los alcaides en condenar la jornada más difícil que habia pensado, y que la de Fez que le aconsejaron hiciese. Hascen respondia vinieron ya, y habian de morir ó vencer. Avisó el Conde al capitan Juan de Itero, alcaide de la torre del Hacho, que llaman el fuerte de San Gregorio, puesta sobre la punta la Mona, poco ménos que á la mitad de altura de todo el monte del castillo nombrado la Silla, cómo los turcos le querian combatir quitando el puesto al Conde para sus salidas á dar vista al exército, y reparóse bien: y asimismo previno para la buena guardia y defensa del castillo de Rezalcazar, fundado al levante de Orán por la cordillera que viene sobre el rio la rambla enmedio de trecientos pasos de la puerta de Canastel, plaza fuerte por sitio y forma bien asentada con malos arremetederes, muy fragosa por el levante y poniente y norte, y sobre el mar eminente quinientos pasos en alto, segura de mina por estar en piedra tosca, y bastante para hacer depósito de un exército y recuperar un reino perdido, ó conquistarle y poner freno para que nadie le emprenda. Huyeron de Orán un mulato esclavo y otro mal cristiano á los turcos, y dixeron á Hascen cómo un renegado, que conoció por las señas y nombre que refirieron, de noche daba aviso al Conde de lo que pasaba en su campo. Traido ante él le preguntó si era cristiano ó moro; y dixo, «Cristiano soy y moriré por la fe de Jesucristo.» Hízole asaetear, y él tiró la primera flecha. Tambien le dixeron como algunas barcas desde Orán á Marzaelquivir llevaban y traian gente y municiones, y en borrasca un hombre nadando llevaba los avisos; ocupase la isla y luégo señorearia las plazas. Habia en ella setecientos soldados en tres partes, y se fortificaban mucho por donde acometia, mudase la batería en la ladera del Bermejal, sobre los huertecillos, porque por ser baxo por aquella parte el rebellin le tenian por flaco los cercados. Hascen con diez fustas metió seiscientos tiradores con dos estandartes en una trinchea que hizo en un peñon entre Orán y la villa, y dos galeotas gruesas en la caleta que dicen Puertonuevo, donde hoy es la puerta, y se cubrian con la altura del sitio donde está el baluarte de la

Cruz, sin que de la villa fuesen ofendidas, con que quedó sitiada por dos partes, y privada de socorro y comunicacion. Los setecientos soldados pelearon con ellos, pero cediendo al mayor número entraron salvos en la plaza, sino uno que hallándose atajado y cortado se fué á los turcos por remediarse y no morir. Puso otra batería en el Bermejal de ocho cañones, contra el rebellin. Tales quedaron del asalto que hasta ventinueve de Mayo solamente se ocuparon en traer fagina y tierra, y disponer estas baterías. Dispararon todo el dia y el siguiente con mucha furia hasta las tres de la tarde. Don Martin mandó hacer un reparo que ternaba las dos baterías, y fortaleciéndole con algunas cavas y bastiones y en ellos cañones naranjeros y pedreros, esperó el asalto con las armas en la mano, pero no se dió en el dia primero de Pascua del Espíritu Santo, treinta de Mayo, porque dexándose un artillero el bocado de atocha seco, que tenía en la boca de un cañon, al disparar dió fuego en el aire, y cayó ardiendo sobre un barril de pólvora de la trinchea; voló más de veinte turcos y la encendió y quemó la plataforma y un bastion, y las ruedas de las piezas y otros ramales de trinchea, de manera que duró el apagallo todo el dia y parte del siguiente.

El Marqués de Santa Cruz deseaba socorrer á Marzaelquivir y deteníale el aviso de que guardaba bien el mar la armada turquesca, dispuso sus cuatro galeras de la guarda del Estrecho y caminó para entrar de noche en la costa de Africa, y atendiendo al ruido de la artillería y no oyendo batería (porque en aquel dia los turcos no dispararon cañon por ser Pascua solene suya), temiendo era perdida la plaza, volvió á España confuso y poco advertido y arriesgado. Antes habia el abad Lupian con sus dos galeras tentado lo mismo, pero ménos se puso á la suerte de la fortuna, midiendo su peligro mal con el que tenian los sitiados cristianos de su nacion y la importancia de las plazas de Orán, lo mucho que costó el fundarlas y el mantenerlas. Admirado estaba el Conde de Alcaudete de que en dos meses no vino hombre de socorro, ántes envió noventa con sus fragatas de aviso pidiéndole y representado la necesidad y aprieto en que estaba, aunque no caido de ánimo. En el último de Mayo, dia lúnes, amparadas de una una niebla escura y temporal grande que retenia la armada enemiga en puerto de Arceo, llegaron á Orán á las tres de la tarde á la vela dos fragatas grandes, una de Málaga y otra de Cartagena. En ellas venía Don Nicolo de Rocaful y Nuño García, secretario del Conde, enviados á avisar de la junta de la armada para el socorro, y la de Málaga traia municiones que dió el proveedor Verdugo. Dixeron cómo las galeras estaban en Cartagena y los generales y muchos entretenidos y caballeros, y con ellos D. Diego de Leiva, D. Bernardino de Avellaneda y D. Francisco de Córdova. Mucho hizo el Conde de Alcaudete para dar la buena nueva á su hermano, y no fue posible, porque las barcas no podian llegar por la vi-

gilancia de las galeotas que guardaban el paso, y el nadador por recio temporal. Hizo gran salva de artillería la ciudad y las demas plazas, y de arcabucería y luminaria de noche, con repique de campanas, para que lo entendiesen en Marzaelquivir. En este mismo dia llegó á la costa una fusta que Hascen habia enviado á la de España á saber lo que se decia del socorro para Orán, y le avisó de cuán de partida estaban las galeras, y la mucha gente que en ellas habia. Retiró la que tenía sobre Orán Catario, cabo de ella, por su mandado, para unir sus fuerzas y dar el combate con todo su poder, y el Conde en la retirada la cargó con la caballería é infantería con banderas tendidas, y disparó para avisar á D. Martin estaba cerca y descercado. Juntó Hascen Aduana y Abdel Mumen, hijo del Xerife, y el del Cuco y el alcaide de Tremecen y otros aprobaron la retirada; pero desestimándolos se apercibió para dar el asalto general por mar y por tierra. En la misma noche vino un renegado al Conde y le dixo cómo Hascen tenía nueva de la armada de España é intento de dar el combate general en el dia siguiente y con esperanza de tomar la plaza, porque habia batido mucho en aquellos dias el rebellin y la muralla, y estaba arruinado todo, quitadas las defensas y fácil la entrada, las torres importantes tan desmochadas que no podian pelear los soldados en ellas.

Á diez de Junio, miércoles, al alba, el Conde puso la gente á vista de Marzaelquivir, y los turcos batieron reciamente, y á las nueve arbolaron sus banderas y estandartes, y comenzó á sonar gran música de atabalejos y dulzainas, y Hascen puso delante la gente que cercó á Orán encaminada á la batería vieja, y por detras de la torre de la Traicion y rebellin y mar loca arremetieron en deciocho bajeles dos mil leventes tiradores. Dispararon su artillería y escopetería para quitar á los cercados de las defensas y echar sin daño la gente en tierra y las escalas y máquinas; pero no fueron bien resistidos hasta que volvieron los cristianos contra ellos dos medias culebrinas y algunas piezas de las que tenian asestadas contra el campo, porque ántes por allí no ponian guarda, que desde las plataformas altas eran descubiertos y heridos. Mas los bajeles batidos fueron maltratados, especialmente dos, y los demas huyeron y se encubrieron detras de la puerta de la mar loca. Por la parte de tierra era la batalla atroz y sangrienta, y dahan tanta priesa los turcos á los españoles y por tantas partes que andaban atónitos. Mas D. Martin los confortaba con palabras de espíritu generoso, desde su puesto socorria con las cuadrillas donde era mayor la necesidad de ayuda. Tambien los esforzaba un fraile mostrándoles un crucifijo, diciéndoles peleaban por su fe. Procuraban los bárbaros entrar, y sin los que arremetian por los portillos con escalas, por diversas partes lo tentaban. Plantaron dos banderas en una torrecilla desmochada entre los portillos, sin poderlas quitar los defensores en una hora, hasta que la artillería las abatió, y las quemaron con artificios de fuego

y á los alféreces. En la muralla descubiertos andaban los cristianos tan sin temor de la muerte que mostraban les ponia Dios fuerza y esfuerzo, y como leones sin volver pié atras. No era puesto el turco en los portillos, cuando era muerto; y estaban tan batidos los muros que parecian los tenian con los hombros, pues ni eran para defender ni para ofender. Fueron de grande efeto las bombas y alcancías de fuego y unas botijas grandes llenas de pólvora con cuerdas encendidas, que arrojadas á los que estaban arrimados á la muralla, los abrasaban de manera que los vian ir á arrojarse al mar para salvarse. Con grande obstinacion, cólera y cruel rabia peleaban los turcos y moros, que como bestias se metian por las baterías ciegamente, llevados del deseo de morir en tan santa empresa, segun les habia persuadido el Morabito. Duró la batalla cinco horas y media fieramente combatida, sin cesar un solo punto la artillería ni la escopetería. Los turcos del cuerpo de guardia de la isla, deseando ayudar al asalto, acometieron por aquella parte para turbar y dividir los cercados, cuando la pelea andaba más encendida. Mas batidos con un pedrero, y de los cuarenta soldados que guardaban por aquella parte la muralla, se recogieron detras de una peña sin osar parecer más. Viendo el gran daño que recebian los asaltadores, y cuánto se les dificultaba la entrada por la batería tan rasa, que se admiraban y de lo mucho que habian peleado, y que los muertos cubrian los fosos y terronteros, que ya no eran otra cosa los muros, comenzaron á retirarse, aunque más los procuraba volver á la batalla con voces y con señas con el guion Hascen desde lo alto donde asistia, ordenando y proveyendo como buen capitan á la vista. Mas viendo que volvian á la muerte, aunque algunos obedecieron, de hecho se retiraron todos vencidos, huyendo heridos en la retirada con la artillería y arcabucería, porque apartados los descubrian bien, y sin ofensa los tiraban con buena puntería. Murieron mil y quinientos enemigos, y entre ellos seiscientos genízaros y muchos turcos de cuenta, segun la relacion que hizo un cautivo cristiano que se huyó, y el daño en los navíos fue grande. El Rey estaba furioso, cuidadoso, resuelto en dar otros asaltos, y dixo á los alcaides que si alguno se retiraba sin entrar en la trinchea de los cristianos ó sin su licencia, lo habia de ahorcar. Todos lo oyeron de mala gana, y á voces culpaban la venida para destruicion de tanta gente, y los acabarian de la misma manera locamente por tema de vencer imposibles; quisieran irse con buena órden ántes que la armada de España llegára, pues cada navío que vian se persuadian era della, y viniendo harian la retirada perdiéndolo todo. Murieron de los cristianos diez, y pocos más hubo heridos, y entre ellos D. Hernando de Carcamo de un pelotazo, y algunos capitanes, y todos quedaron cansados; mas D. Martin los abrazó y dijo esperaba en Dios y en su valor ser tan vitorioso adelante: no los tenía el Rey olvidados, y su armada podria ser allí otro dia; le representaria los méritos de todos para que premiase su valor probado en la

ocasion presente, que debian agradecer, pues sin ella ni fuera tan señalado ni conocido, y dióles su racion extraordinaria.

Sábado, á quince de Junio, el Conde con toda su gente subió á la torre del Hacho, y los enemigos batieron y truxeron fagina, y á las doce arremetieron tan cautamente que los cristianos no los vieron hasta que estaban pegados á las murallas y envueltos con ellos. Salteados sin turbacion ni confusion salieron á la defensa y los recibieron con denuedo, aunque acometidos con muchas escalas por toda la muralla y por la mar loca, por la puerta, por el rebellin, y peleaban como desesperados procurando entrar, arrojando á los del contrafoso piedras, fuegos, balas, espuertas de tierra, y más de cuatro mil tiradores no dexaban asomar hombre sin herida. Todo esforzaba más los españoles para llenar los fosos y baterías de muertos, y D. Martin con su voz y gente los ayudaba. El Conde, con gran priesa, mostrando iba á acometer las tiendas, llegó al Peñon para divertir los enemigos hasta la baxada de la playa, mas no afloxaron ni un punto en la batalla. Echaron moros que detuviesen al Conde y dos galeotas tirasen á sus banderas con los cañones, y así volvió á la torre del Hacho. Divididos los enemigos en tres partes, en cansándose sucedian á los de la batería, acosando los cercados. Ellos advertidos mejor, cubiertos en sus postas, desde unos tabladillos que tenian hechos en las murallas de dentro entre los dos portillos, mataban los que entraron por la batería, aunque furiosos. Hascen daba voces en vano á los alcaides para que retuviesen á los vencidos, porque gobernaba el miedo. Salió de su posta, arrojó el turbante hácia la muralla y los turcos volvieron contra ella, con muerte de muchos en la entrada y salida descubiertos, y continuaron el combate hasta la noche, en que huyeron. Hascen indignado se descubrió fuera de la trinchea, armado con las armas que fueron del Conde viejo, segun dixeron los que las conocieron y vieron muchos años, diciendo: «Pelea, villanos cobardes, afrenta del nombre turquesco, que pues se os defienden cuatro cabras en un corral, yo pelearé por vuestra deshonra», y con la cimitarra en alto arremetió á la batería. Fue impedido de algunos alcaides y volvieron á la batalla los suyos; mas por su temor y daño duró poco su esfuerzo y perseverancia. Quisieran tirarle los sitiados, y temiendo ser muertos en descubriéndose de la mucha arcabucería que de ordinario asistia en las trincheas, no executaron. Quedaron muertos trescientos turcos y genízaros y muchos moros, y fue herido el alcaide de Mostagan y Jafez Agá, y quedó en el foso el alcaide de Tremecen. Pidiéronle á D. Martin, y le dió luégo, para llevarle á curar, ensalzando los turcos su liberalidad, y salieron más de otros cuarenta heridos del foso con el alcaide. Don Martin envió otra fragata á Cartagena con aviso de lo sucedido, y cómo la defensa de Marzaelquivir se volvia cada hora más áspera y dificultosa, y así convenia socorrella luégo, porque si tardaba D. Francisco de Mendoza no habia

para qué venir, pues la plaza estaba reducida tan al último extremo, que su mayor defensa eran tierra, botas y reparos de madera, la gente la mitad en número y desta la mayor parte herida, consumida, flaca, desfigurada y tan desvelada, que apénas podia sustenerse en pié y manejar las armas con el contínuo trabajo incabable, y todo les faltaba si no el valor y esperanza del socorro. No habia vino, pan, carne, bizcocho, pescado, legumbres, comiendo jumentos, caballos, gatos, y no tenian punto de reposo, porque los turcos por su multitud sucediendo á los cansados los frescos, acometian continuamente la batería, y se hallaban en el último aprieto de la hambre y trance de la vida. Cartagena, muy cuidadosa del suceso, envió á la ventura dos barcones grandes cargados de municiones y vitualla, y entraron en salvo de noche, con mar grueso, en ausencia de la armada enemiga. No le sucedió así á una saetia que el proveedor de Málaga despachó con trigo, bizcocho, queso y cecina, que la prendieron dos barcas que venian de Argel con municiones, con que se reparó algo Hascen, que ya tenía poco que comer y que tirar, en tanto que traian seis galeras de Argel municiones y bastimentos. Supo estaba ya para salir de Cartagena la armada del socorro, y envió á decir á D. Martin que no se despacharia primero que él entrase la plaza, le ofrecia buenos partidos y rehenes para cumplillos, pues sabía que no tenía vitualla ni defensa. Respondió conocia su flaqueza, y que debaxo de su falaz disimulacion cubria su traicion y ánimo lleno de rabia de verse vencido y perdido, y que no estaba tan falto de vitualla como creia, y para que se certificase le enviaba una caxa de mermelada. Admiró á los turcos y decian que las galeras guardaron mal, porque no se hubieran conservado tanto los cercados sin socorro.

CAPÍTULO XIII.

Socorre D. Francisco de Mendoza á Marzaelquivir, y los turcos huyen.

Don Francisco de Mendoza partió con treinta y cuatro galeras para Orán, y descubriendo su montaña, mandó amainar las velas y desarbolar al uso de buen marinero para no ser descubierto. Juan Andrea Doria le dixo era presto, porque distaba mucho de Africa, y ántes que la noche entrase gozasen de más larga navegacion. Tratóse á la tarde en el consejo de asaltar al alba al enemigo, y se resolvió para cogerle de improviso ántes de ser descubiertos. Al entrar la noche arbolaron, hicieron vela y alargaron trapo. Poco habian navegado cuando D. Francisco mudó la manera del viaje caminando al levante. El Doria le dixo era ir á dar señal de su ve-

nida y ocasion de huir al enemigo. Fue así, porque se halló al salir el sol cuatro leguas de Orán, volviendo ménos buena su jornada. Estando á la misma hora los turcos disponiendo el dar un asalto general, veinte bajeles suyos que estaban en la playa desde cabo Falcon (porque los demas fueron á Argel por municiones y bastimentos), descubriendo la armada salieron huyendo al poniente sin ser vistas, sino dos galeotas que estaban á la guardia que navegaron al levante. Diéronles caza seis galeras sin efeto. Los turcos que estaban en la isla en barcas se unieron con su campo. Los soldados, deseosos de vengarse, quisieron salir á dar sobre ellos, mas retúvolos D. Martin áun no del todo cierto de que fuesen las galeras de España las que se vian. Los turcos de las trincheas huyeron á lo alto, y Hascen arboló su guion y mandó que volviesen á sus postas. Las galeras hicieron muestra de ir á cabo Falcon, y remiendo era para echar gente y tomarles el paso, caminó al fuerte desamparando las trincheas y pegándoles fuego, y disparando los cañones contra Marzaelquivir, y los desampararon. El Conde, avisado de las atalayas que descubrieron las galeras, salió con toda la gente á dar en el campo enemigo. Púsose en arma luégo y en huida mucha parte, y el Conde alargó el paso con la caballería y gente suelta para escaramuzar, y metió soldados en una galeota encallada y otras fragatas. Los enemigos se ordenaban y guarnecian de escopetería, y la morisma era mucha; y temiendo de ser cercada rompiera por el mar, y así le dexó la salida libre. Abatieron tiendas y cargaron lo mejor que tenian y caminaron defendida la retaguardia de los mejores tiradores de los genízaros y mosaretes, y de las guardas del general vencido, confuso, desordenado.

Entrando las galeras en el puerto, D. Martin en una fusta salió á recebirlas, y pensando era de los turcos la querian embestir. Mas reconocido Don Martin le saludaron y volvieron á tierra, donde halló á su hermano, no poco gozoso del suceso y de verle, aunque tan desfigurado que apénas le conocia de lo mucho que habia padecido, ni á Marzaelquivir donde no se via figura de muralla, sino terreros y reparos de botas y palillos defendidos de la fuerza, industria y valor de un buen caballero y gran soldado, que en tanto aprieto, hambre, trabajos, desvelos, cuidados, muertes, heridas, larga esperanza de socorro, jamas mostró flaqueza y mantuvo la guarnicion poca y afligida en obediencia, ánimo invencible y fuerza insuperable. Pidió gente para seguir al enemigo, y pareciendo iba léxos, los generales le dixeron se contentase con lo hecho tan gloriosamente, que al enemigo bastaba su pérdida de gente, municiones, reputacion, tiempo, y convenia más descansar del largo padecer, que trabajar de nuevo sin provecho, pues era de poco matar mil turcos más. Dexaron siete piezas de artillería grandes, muchas pelotas de hierro, madera, municiones, trigo, cebada, bizcocho; y en cinco saetías otras piezas, muedas y cureñas, muchas espuertas, picos, azadones, almadanas, muchas estacas para hacer otra muralla. Murieron cinco mil

turcos de sueldo y innumerables alárabes y moros, sin otra gente de que no se hace cuenta. Entró en Argel Hascen á venticuatro de Junio, y en ella por muchos dias hubo llantos, alaridos, voces de mujeres por la pérdida de sus maridos, hijos, hermanos, deudos; mas él templó el dolor con la memoria de la muerte de los que le persiguieron y maltrataron, anteponiendo su venganza á la pérdida de tantos soldados, dineros, pertrechos, reputacion, aumentando la de Orán tanto que por mucho tiempo no llegó á su campaña gente de guerra. Luégo envió el Rey á Francisco de Valencia, de la gran cruz de la religion de San Juan, con el ingeniero Antoneli á ver el estado en que Marzaelquivir quedaba para rehacella y emendar los defetos de su fortificacion, segun la prueba mostraba de la batería del enemigo, y con nueva fábrica hacer el sitio inexpugnable. Derribaron tres torres del castillo antiguo y barbacana y anteinuro, que sirve hoy de cortina á la cara del campo incorporada con los terraplenos y casasmatas, de manera que se perdió del sitio todo la villa vieja, y hicieron cuatro baluartes irregulares, acomodados al sitio que abrazaron, para evitar que el enemigo ocupase más el puesto de Puerto Llano ni impidiese la comunicacion de Orán por el mar con las barcas, que se cubria con la altura del sitio, donde ahora está el baluarte de la Cruz sin ser ofendida desde la villa, y llegó la obra hasta descubrir y señorear este sitio y el de la trinchea y bien el Peñon, y se apartaron del monte. El Rey hizo merced al Conde del vireinado de Navarra y de la encomienda de Villanueva de la Fuente, que valia dos mil ducados; á D. Martin de la de Hornachos y de seis mil ducados de ayuda de costa; á D. Fernando de Carcamo de quinientos ducados de renta en las sedas de Granada y mil de ayuda de costa; al capitan Melchor de Mora y á Pedro de Mendoza y Gil Gonzalez hizo sus capitanes ordinarios, y dió á cada trecientos ducados de ayuda de costa; al capitan Juan del Hierro, docientos ducados de renta de por vida; á Juan Rejon de Silva, seiscientos en dineros; á los capitanes Antonio Enriquez, Juan de Aller y Hernan Dalvarez trecientos; á Juan Prieto y Contreras, Cristóbal Marquez y Diego de Tovilla, cuadrilleros, á cada trecientos ducados, y al alférez seis ducados de ventaja; á la viuda del alcaide, Luis Alvarez de Sotomayor, cuarenta mil maravedís de juro por su vida; á la de Galarreta trecientos ducados por una vez; á la del Cuadrillero que mataron en el bastion, ventidos mil maravedís de por vida. Mandó se les pagase á los soldados y herederos de los difuntos todo lo que se les debia, y dos pagas muertas de más. Remuneró los vivos, y no dexó sin premio los muertos, haciendo merced á sus mujeres para criar sus hijos, con que todos fueron contentos y gratificados. Señaló por capitan general de Orán á D. Alonso de la Cueva, que era capitan á guerra de la Goleta, y en su lugar nombró á D. Alonso Pimentel, alcaide del castillo de Milan.

CAPÍTULO XIV.

El Cardenal de Lorena entra en Trento; prosíguese el Concilio hasta su fin, y la diferencia entre España y Francia sobre el primero lugar.

Entró el Cardenal en Trento acompañado de doce obispos y tantos doctores franceses, y fue recebido en la puerta de los Legados con gran acompañamiento y placer; y habiendo enfermado no vino á congregacion tan presto. Fue muy deseado, porque como venía de reino tan perdido y era tan principal y sabio, esperaban habia de proponer cosas de gran importancia para el remedio de la Iglesia; aunque tambien decian no apretaria en la reformacion quien tenía tantos obispados, abadías y rentas eclesiásticas. Presentóse al Concilio con oracion llena de lástimas de las miserias de Francia, pidiendo se doliesen de su Iglesia y la reformasen, y si necesario fuese, echasen al mar aquellos por quien se habia levantado la tormenta, dando á entender traia ánimo de despojarse de cuanto tenía, si era menester, para el remedio de la Iglesia. Tambien Francisco Ferreiro, embaxador de Francia, oró suplicando se usase de misericordia con ella y se le permitiesen algunas cosas, sin las cuales no podia restaurarse ni la religion, como significando que si allí no se hacía, no podria despues el mismo reino dexar de hacerlo por su paz y sosiego. Fue oido con mucho aplauso y recebido con gran contento el Cardenal del Concilio, y con muestras de amor se le respondió, no se hizo el cánon de la reformacion esperando á ver lo que traia; y así se dispuso hubiese dos congregaciones cada dia y se hablase más corto en ellas para que dixesen más en número que hasta allí. Vino á Trento D. Alvaro de Sande, rescatado en cambio de veinte turcos que por él dió el Emperador á Soliman, y el secretario Gaztelu, enviado del Rey Católico, con los despachos para el Conde de Luna, y no se sabía cuando sería su llegada, porque áun no se habia tomado medio con los embaxadores franceses cerca de los asientos, y en Roma pedia á Pío la precedencia el comendador mayor D. Luis Dávila, embaxador de D. Filipe. Presentó en congregacion el Cardenal de Lorena carta de la Reina de Escocia, su sobrina, que enviaba al Concilio de creencia como remitia lo que le tocaba al Cardenal. Hizo razonamiento loándola y refiriendo los trabajos que habia pasado por la conservacion de la religion católica, y no haber enviado los prelados escoceses por ser pocos y muy necesarios para la conservacion de las reliquias de la cristiandad, que habian quedado en su reino, y con su ausencia se acabarian de perder. El Obispo de Cinco Igle-

sias volvió al Emperador á Inspruch, á quexarse de que no se hacía en el Concilio lo que pedia, ni áun habia esperanza de tratar sobre los capítulos que envió. Los legados despacharon á darle su razon al Obispo Comendu-no, y se creia daria más crédito á su Embaxador. Habiéndose de hacer la sesion á tres de Hebrero sobre las diferencias en lo tocante á órden, residencia de prelados y reformacion, se remitió para tratarse con lo de matrimonio hasta los ventidos de Abril. Los legados, hecha la nómina de los que habian de decir, se proponia primero uno del Pontífice y luégo cuatro franceses y despues uno del Rey Católico, porque el Cardenal de Lorena lo habia pedido así. Y como un voto para el Sumo Pontificado es importante, los legados le complacian ántes que á un Rey, comenzando por esta vía los franceses á ganar tierra para los asientos de su embaxador. Habiéndose quexado el Obispo de Salamanca del hecho, se corrigió votando los doctores por su antigüedad. El Cardenal de Lorena con gran priesa partió para Inspruch á ver al Emperador y tratar sobre la reformacion, y que se le restituyese la precedencia á su embaxador en su Córte cesárea. Murió el Cardenal de Mántua apretado de rigurosa enfermedad, dexando gran soledad y tristeza en el Concilio, porque era señor grave, valeroso y autorizaba mucho aquella venerable y sacrosanta sínodo; y así fue llorado de todas las naciones, porque les procuraba dar contento; y en fin la Iglesia perdió mucho. Él hizo tales obras y murió en su servicio tan católicamente, que dexó consuelo á los que le amaban. La nueva de la muerte del Duque de Guisa causó gran dolor y miedo de que las cosas de Francia empeorarian de allí adelante mucho, y túvole tambien el Cardenal su hermano, de que le querian matar los herejes, y se guardaba con cuidado. El Obispo de Cinco Iglesias truxo la remision de su Santidad al Concilio, de la difinicion y determinacion en la comunion en las dos especies, porque era grande el conato del Emperador, para que se permitiese á los bohemios, y porque del Pontífice no la querian los herejes por no reconocelle, pareciéndole se reducirian muchos de los alemanes al gremio de la Iglesia Romana; y alegaba fue antigua costumbre en aquellas provincias. Tambien no sin lástima pasó desta vida el cardenal Siripando, segundo legado, doctísimo teólogo, prudente, elocuente, exemplo de buena vida. En diez dias que duró su enfermedad hizo razonamientos á los prelados con tanto espíritu, que bañaban sus lágrimas las venerables canas, diciendo moria contento por no ver los grandes males que padeceria la Iglesia católica, y fue alivio para el Concilio ver la santidad de su muerte y su contento en ella. No sobrevivió á Mántua más de deciseis dias, y dixo el Cardenal Bormiense le quedaba poco de vida, si cada quince dias moria un legado. En tanto vinieron á Trento cartas de los Príncipes confesionistas, en que decian: Nunca rehusaron ni contradixeron la junta del Concilio general y libre, sino que fuese en otra parte celebrado; y proponian algunas cosas

contra su Santidad muy dignas de quien ellos son. Envió la copia el Conde de Luna á los españoles, y encomendóles mirasen con gran cuidado por la autoridad de la Sede Apostólica; y ellos le respondieron moririan en su defensa, si necesario fuese. El cardenal Moron llegó á Trento, ya primero legado, recebido con gran acompañamiento, música y ceremonias; y no le pudo hacer Pío mayor bien y mal, porque habiendo sido preso por el Santo Oficio de la Inquisicion cuatro años por sospecha de herejía, restituyóse bien en su honor, representando la persona del Pontífice, teniendo á cargo las cosas de la religion de tan grande y principal Concilio. Partió luégo á ver al Emperador y tratar sobre lo que habia escrito á su Santidad. El Conde de Luna hizo su entrada con no menor solenidad, porque era muy deseado, y no presentó sus instrucciones y peticiones hasta la vuelta de Moron. La asistencia en Roma del comendador mayor D. Luis Dávila congoxó á Pío, porque los capítulos que le habia presentado no eran muy de su gusto, y así los remitió á signatura para examinar si convenian á la Iglesia; y dudábase por esto de su efeto y no de los de los italianos, que parecieron tan bien en la Congregacion que los admitió y favoreció su aprobacion. En la misma sazon Calvino, heresiarca, juntó concilio de sus secuaces en Hoidelbergha, tierra del Conde Palatino, donde hicieron decisiete decretos diabólicos y principio de su destruicion, porque condenaban el Catecismo de Lutero y de Brencio y todos sus escritos, metiendo cisma entre los sectarios, y comenzando á condenarse los unos á los otros, vendrian á perseguirse y á tomar las armas y á perderse. Murió entónces fray Pedro de Soto, dominicano de gran virtud y letras, confesor del emperador Ferdinando, enviado por el Pontífice al Concilio, donde habia dado muestras de gran prudencia y buen celo, y no se perdió poco en su muerte. Pasó bien la carrera desta vida, y lo último dió esperanza de ir al cielo á recebir el premio de sus muchos trabajos y persecuciones. Fue sepultado con dolor general y acompañamiento de prelados en San Lorenzo, monasterio de su órden, y el Emperador sintió mucho su muerte. El cardenal Nabagerio sucedió á Siripando. Llegaba el dia de la sesion, y querian hacerla sin esperar al cardenal Moron, que negociaba en Alemania despacio, y esperaba respuesta de Pío para determinar su partida. Vino de Francia Embaxador á disculpar á su Rey de las feas paces que habia hecho con los huguenotes, y pasó á hacer con el Emperador el mismo oficio, y á que se mudase el Concilio donde estuviese más seguro. Respondióle tenía pesar de que sus cosas hubiesen forzado á un Rey Cristianísimo á firmar paces tan en perjuicio de la honra de Dios y de su Iglesia hechas con sus rebeldes. Tenía el Concilio en Trento toda seguridad, lugar suyo del condado de Tirol, mantenido en su amparo, y mayor que en otra parte de Alemania, donde no podia darla, que si bien parecia flaqueza, se atrevia á decir lo que sentia. El Conde de Luna dió carta del Rey Católico á los legados, en que decia fue-

se despacio el Concilio, y desagradó á los que deseaban acabar ya con negocios tan graves y volver á sus residencias.

Conociendo el rey D. Filipe la grandeza de su dignidad en el Viejo y Nuevo Mundo, lo mucho que merecieron sus progenitores en servicio, defensa y obediencia de la Iglesia y de su cabeza el romano Pontífice, y por otras prerogativas de consideracion era eminentísimo Príncipe, y como á tal se le debia el primero lugar despues del Emperador en la Iglesia católica en guarda de su antiguo derecho y nuevo, quiso gozar de su precedencia con acto positivo, y suplicó á Pío IV por sus ministros lo tuviese por bien. Pidió al Rey se contentase con la igualdad, pues sería esto asentado de manera que áun pareciese mejoría, y dudó en acetarlo su Embaxador. Envió su Majestad Católica el breve de Su Santidad y órden de lo que se habia de executar al Conde de Luna, á quien se dió la precedencia en la Córte del Emperador, concurriendo con el Embaxador del Rey Cristianísimo. En Venecia Francisco de Vargas Mexía por el Rey de España la pidió, y contradiciendo los franceses, miró la Señoría el negocio despacio; porque creyó pedia D. Filipe al Emperador los Estados de Austria que fueron de su abuelo Don Filipe y de Maximiliano su padre; pues la dexacion que dellos hizo el emperador Cárlos V á Ferdinando, su hermano, permisivamente no le perjudicaba; pues heredaba por la línea recta de varon contra el transversal. El rey de Francia Enrique II escribió á los venecianos, siendo en uso de reyes emprender guerra, por cobrar ó retener palmos de tierra, emprenderia ciento por esto, y para ello le ayudaria sultan Soliman, su hermano y su amigo. Temieron irritar al irritado, por no haber entrado en sus dos confederaciones contra la casa de Austria. Procedieron en esto tan injustamente y tan mal, que el Embaxador de España salió de Venecia y fué á Roma, donde al presente con el comendador mayor D. Luis Dávila pretendia la precedencia. Hecha la paz universal con tanta reputacion de la corona de España, extirpados los franceses de Italia, viendo al Rey Católico con tantos Estados y unido con la casa de Austria y sacro Imperio, y en amistad con los príncipes alemanes, y á los franceses caidos y divididos por la herejía y guerra civil, remediáran los venecianos el yerro hecho en su favor cerca de la concurrencia, como desearon, si los ministros de D. Filipe de Milan y Roma pusieran el cuidado y eficacia de los franceses, y el valor, prudencia y gallarda resolucion con que D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, embaxador de España en Inglaterra, que hoy lo es de Francia, asentó este punto, tomando la precedencia á monsieur de Maretz, embaxador de Francia, en acto solene en el dia de los Reyes del año mil y seiscientos y decisiete en el palacio de Lóndres, y su Rey le retiró y no ha enviado otro hasta hoy, como ni tampoco le tiene por la misma causa en la Córte del Emperador. Y en la de

Inglaterra en el año mil y seiscientos y catorce, habiendo venido el Rey de Denamark, cuñado del de Inglaterra, y controvertídose sobre la precedencia de España y Francia y el señalar el primero lugar y la primera audiencia, le señaló y la dió al mismo D. Diego Sarmiento de Acuña, embaxador de España, y despues á monsieur de Busiers, embaxador de Francia, y el de España hizo su visita, y el de Francia se excusó.

En el dia de San Pedro deste año, cuyos sucesos escribimos, celebrando la misa conventual el Obispo de Avosta, embaxador del Duque de Saboya, en la capiha del Domo de Trento, presentes los cardenales legados, los embaxadores de los príncipes y todo lo principal de aquel Concilio, súbitamente se vió sacar al maestro de ceremonias una silla rasa de terciopelo morado y ponerla despues de los cardenales, ántes de los patriarcas, en el lado del Evangelio, mano derecha del altar, puesto más honorífico, y sentarse en ella el Conde de Luna, embaxador de España. Admiracion causó en muchos, turbacion en algunos, indignacion en franceses, y poca satisfacion en el embaxador del Emperador, pareciéndole preferia la silla y mano derecha en alguna manera, ya que no la correspondencia con igualdad y mira con el de Francia. El cardenal de Lorena le miró, y se quexó á los legados deste caso, y respondieron era en virtud de un breve de Pío, y para igualar los embaxadores de Francia y España en darles la paz y el encienso dos ministros á un mismo tiempo. Los franceses y españoles querian preceder, y proponian y contradecian por internuncios los unos á los otros. Los legados, por la quietud general, suspendieron por entónces el darles paz y encienso hasta que se consultase al Pontífice. Tuvo más respeto al cardenal de Lorena que á la razon, por ser su compañero, y un voto para el Pontificado, que tantas veces pretendió Moron érale de importancia y á sus compañeros. Despachó el de Lorena á Pedro Baptista Museto á Roma con protesto, relacion del hecho, carta de su querella á Pío, tan libremente escrita, que al fin decia se maravillaba cómo pudo hacer jamas resolucion que daba materia para tomar las armas los dos mayores príncipes de la cristiandad, y de apartarse el Rey de Francia de su obediencia con el más pernicioso cisma que hubiese afligido la Iglesia. El Conde de Luna viendo los franceses, no sólo con demasía con él, siendo ministro de tan gran Monarca, más injuriosos al Pontífice, dixo á los prelados italianos y españoles tuvo mucha paciencia y modestia considerando lo sucedido, perjudicando en alguna manera al servicio de tan poderoso Rey, por no perturbar el que á la Iglesia católica se hacía en aquel santo Concilio. En contrario habia la obstinacion de los franceses en no ceder al Rey de España como debian por tantos títulos, ni tener la cortesía que merecia su Embaxador por su eminencia y gran calidad. Era cabeza de la clarísima familia de Quiñones ilustre há setecientos años, que tomó nombre de las suertes en que repartieron las montañas de Leon, solar suyo donde

están heredados, cuando ayudaron á recuperalle de los africanos, derivada de aquellos antiguos Merinos mayores de Astúrias, que despues fueron Adelantados mayores de Leon, tronco de los Condes de Luna y de los señores de Sena, del Valle de Riazo, de Colladiella, Alcedo y Cerredo, de quienes hubo en la paz y en la guerra valerosos caballeros nombrados con alabanza en las historias castellanas. Y en nuestros tiempos D. Francisco de Quiñones Osorio, caballero de la órden de San Juan, que en el año mil y seiscientos y uno murió peleando en el más furioso asalto de Ostende, con grandes muestras de valor; y D. Alvaro de Quiñones Osorio, su hermano mayor, caballero de la órden de Santiago, señor del Valle de Riazo, su imitador militando en Italia y Francia y más afortunado, pues le ha sobrevivido. Avisó el Conde de Luna á su Rey y á sus Embaxadores en Roma de lo sucedido, para que conservasen constante en lo proveido al Pontífice, y se opusiesen al Cardenal de Lorena, que procuraba ir á verle con ocasion de tratar con su Beatitud negocios de Francia; y el Rey Católico mandó al Conde contemporizar con los contrarios, porque no se disolviese el Concilio, en que ponia todo su remedio la Iglesia Católica, pues en Roma se trataria mejor de la causa. El Pontífice se alteró con las cartas del Cardenal de Lorena, por haber disgustado la nacion francesa, que pretendia la reformacion rigurosa de la Córte romana para hacer mella en la autoridad pontifical, y no amaba las cosas de Pío por ser hechura de España, y decian mantendrian mejor la grandeza romana las reglas santas que los abusos introducidos. Ordenó al Cardenal de Lorena llegase á Roma para entender el estado de la religion de Francia y proveer lo que cerca de su remedio en el Concilio se habia de proponer, porque se acudiese al amparo de la Iglesia galicana, como habia deseado. Partió contento el Cardenal y lleno de esperanzas de ganar al Pontífice, de manera que revocase lo acordado cerca de la precedencia entre Francia y España, prometiéndoles comodidades para sus sobrinos, y no tratar de la reformacion y limitacion del poder de los ministros de la Curia. El Rey Católico, confiando de la prudencia y valor de sus Embaxadores en Roma para oponerse al Cardenal en lo de la anulacion que pretendia del breve, escribió al comendador mayor D. Luis Dávila y á Francisco de Vargas Mexía comunicasen con el Cardenal de Lorena los negocios del Concilio, y loasen de su parte su buena intencion, y le animasen para encaminar bien el remedio de la religion en Francia, como hicieron hasta allí él y los de su casa. Advirtióse lo que podia hacer su Majestad católica con la Reina cristianísima y los de su Córte y Consejo, porque le desvelaba el peligro que tenía todo, viendo que los ministros de su gobierno por ambicion, intereses y pasiones no trataban de la causa de Dios. Avisasen de la respuesta del Cardenal; y si el comendador mayor D. Luis Dávila habia partido de Roma, le acompañase D. Luis de Requesens, que á sucederle iba, para co-

municar los negocios con el Cardenal. Estimó en mucho la visita de parte de tan gran Rey, y prometió morir (como lo hizo) por la conservacion de la religion católica. Sus Embaxadores dixeron á Pío tantas amenazas y quexas, apretando en que les diese la precedencia y se reformase su Córte, que les respondió estaba resuelto en anular las Bulas que Leon X dió al rey Luis XI para la presentacion de los obispados y abadías, por el gran daño que habia causado el tener las iglesias de Francia incapaces pastores, sustitutos de damas y caballeros, á quien sus reyes Francisco I y Enrique II las dieron, y á capitanes y soldados de peor condicion, que donando el título á cualquiera clérigo ordinario, retenian para sí las rentas, vendiendo el favor y merced del Rey á quien mejor se lo pagaba. Y áun se habian dado los bienes eclesiásticos en pagamentos de servicios y para dotes de mujeres y satisfacion de mercaderes usurarios, destruyendo la religion. Para evitar tan notable daño no tendria francés prebenda sin bulas despachadas en Roma, y publicaria una terrible en su narracion contra los simoniacos para desposeellos. Pareció al Cardenal de Lorena la indignacion razonable y pretension del Pontífice; y porque le quitáran en Francia la obediencia por su execucion los que se la daban, le templó, satisfizo, aseguró, de que en la reformacion se haria lo que su Santidad, el Emperador y el Rey Católico sus amigos juzgasen convenir. Y él asegurado desto escribió al Concilio reformasen todo lo que quisiesen y les pareciese necesario, y conforme á su autoridad y libertad santa lo dispuesto por él confirmaria, guardaria y haria guardar. Fatigado de cuidados y despachos enfermó gravemente, y previniendo el caso de su muerte los Cardenales, trataron con los Padres del Concilio de Trento de elegir allí su Pontífice, donde estaba el cuerpo de la Iglesia junto, porque Moron pretendia la tiara. El Rey Católico habia mucho ántes en secreto apercebido á los obispos de España y de todos sus Estados, italianos y flamencos, de que si durante el Concilio muriese Pío IV, se dexase la eleccion del sucesor al Sacro Colegio de los Cardenales en Roma, por excusar los inconvenientes que de lo contrario podian resultar. Verificáronlo grandes contiendas que hubo durante la enfermedad, disponiendo pernicioso cisma, y aquietó la junta el aviso de la salud. Hizo Pío contra aquel peligro declaracion por Bula apostólica, que prohibia elegir Pontífice en otra parte sino en Roma, ó donde quisiese el Colegio de los Cardenales, y la que hiciesen fuese válida solamente, verdadera y canónica. Entre los libros que vieron y aprobaron los diputados para hacer su expurgatorio fue la dotrina cristiana de fray Bartolomé de Carranza, en que se habia hecho grande instancia, y decian no agradaria á los inquisidores que le tenian preso, y porque hubo diferencia sobre si fue en dia de deputacion se proveyó se volviese á mirar despacio. Se hiciese, como queria su Santidad, por los teólogos un Catecismo grande para los que habian de enseñar, y otro pequeño

para la juventud, y distribuyendo las materias señalaron el *Credo* á los españoles, porque pareció se les podria encomendar la fe, y el *Pater noster* á los de Lobaina. Sobre los divorcios largamente se disputó, y los Embaxadores venecianos dieron súplica en congregacion pública para que no se pasase adelante en aquel punto en la manera que se entendia, porque condenaba á Tertuliano, Ambrosio, Hilario, Lactancio, Teofilato, padres de gran veneracion, y á toda la nacion griega sin ser llamada ni ser oida. Tambien se hizo otro decreto cerca de las exenciones de los cabildos deseosos los Obispos de ser sólo señores, y con invectiva contra los que les dió la Iglesia por ministros. Los embaxadores de los príncipes querian se hiciese la reformacion de los eclesiásticos luégo y la suya en el fin del Concilio, porque en provincia enferma primero se han de curar los médicos para entender en la curacion de la enfermedad general, y los padres decian presentasen los capítulos y los privilegios que pareciesen buenos y justamente adquiridos, y los aprobaria el Concilio; y si oprimian la libertad eclesiástica, dispondria lo que á la Iglesia convenia, y debian fiarle la averiguacion de su justicia. El Emperador escribió examinasen para la reformacion su persona y privilegios.

A siete de Setiembre se dió asiento entre los embaxadores eclesiásticos al de Malta, que habia diez meses lo procuraba con muchos medios, y admiró su espera prefiriendo el tarde al nunca. Pidió el Rey Católico se expeliese al Maestrescuela de Segovia, procurador de los cabildos de España, perjudicial á los reinos della. Mas considerando el Concilio se debia mirar mucho por los capitulares con su libertad en decir y obrar, y que debian ser oidos cerca de sus exenciones y no condenados, ántes se aprobó contra lo que pedia el Rey Católico y sus Obispos españoles. Para el dia de San Martin salió por mayor parte señalada la sesion, porque hubiese bastante tiempo para disputar sobre los treinta y seis capítulos de reformacion, y otros de la de los frailes, que negociaban reciamente para que se remitiese á sus generales. El acabar el Catecismo se cometió secretamente al obispo de Zara Astuni de Uxento y al dotor Fontidueña, español docto y elocuente lector salmanticense. Los judíos de Mantua, habiéndose publicado el catálogo de los libros prohibidos, pidieron favorecidos del Duque no se les quitase el Talmud, siendo la letura más perniciosa que tienen para sí y más injuriosa á nuestra religion católica, y como dixo el santo obispo Tostado, peor que el Alcoran de Mahoma, y se les negó. La exencion de la Universidad de Alcalá de Henares fue aprobada por casi todo el Concilio, y de otras que ganaron por ella, habiendo hablado todos los prelados honoríficamente. El Cardenal de Lorena volvió de Roma, hizo relacion de su peregrinacion y alabó mucho al Pontífice, como era razon, y tanto más pues le dexaba tan á su devocion y favor en la competencia de los asientos de los embaxadores

de Francia y España, como se pareció en lo que hizo cuando se vió sin los cuidados y recelos que le daba el Concilio, y los príncipes, para hacerle estar á lo que fuera justo, y principalmente por la quexa que tenía de que el Rey Católico no engrandecia y enriquecia á sus sobrinos. Los legados escribieron al rey D. Filipe y al Emperador, que pues habia hecho ya el Concilio, lo que convenia para la condenacion de las herejías y parte de reformacion de la Iglesia, tuviesen por bien se concluyese, porque no sucediese en su daño muerte de Pontífice ó guerra, y por el que recebian las iglesias con la ausencia de sus pastores. El Emperador aprobó el concluir con aquella sesion, y sus embaxadores procuraban se quedase suspenso hasta que el Pontífice y Reyes Cristianos se juntasen, y con su autoridad y voluntad fuesen condenados los herejes. Y D. Filipe respondió, se juntó el Concilio legítimo y bastante y con toda libertad y autoridad para remediar la perdicion de la Iglesia, y no se disolviese hasta que estuviese hecho lo que convenia para conseguir este fin. De cisma ni guerra no temiesen por la paz que Dios habia dado á los príncipes cristianos, y los prelados estaban ocupados en bien tan universal de toda la cristiandad, tan deseado y procurado de todo el mundo.

En el dia de San Martin hubo congregacion despues de haber leido tres poderes de los embaxadores de Margarita, duquesa de Parma, gobernadora de Flandres, del Duque de Florencia, que envió de nuevo un Obispo, y del gran Maestre de la Orden de San Juan; se remitió el negocio de los clandestinos á Su Santidad, y duró el votar sobre los veinte capítulos de reformacion hasta las ocho de la noche, habiendo estado los prelados doce horas sin levantarse de un lugar. El Cardenal de Lorena dixo estarla bien con lo tratado y proveido hasta allí, y lo que les pareciese en la sesion venidera se determinase, pues lo demas dispusieron otros Concilios. Con largo razonamiento representando la calamidad de Francia, pidió la conclusion del presente, en que estaba su remedio, como en dilatarse la total perdicion. Habló tan cuidadosa y piadosamente y con tanto fervor y afecto, que movió grandemente á todos los prelados y legados. El Arzobispo de Granada fue de su parecer y los más, y resolvieron se acabase el Concilio, y no se mentase la suspension, se tratase de los artículos de reformacion, purgatorio é imágenes; y el Cardenal de Lorena mostró un decreto hecho en París sobre su adoracion que agradó mucho. Para la reformacion de los príncipes seglares dixo Moron lo decretado por Su Santidad tan medido y bueno y cortés, quitando anatemas y excomuniones que habian ofendido á los franceses, que fue loado y aprobado; sólo al Arzobispo senoniense pareció derogaba algunos privilegios de Francia, y pidió se enmendase y se hizo. A los quince de Noviembre hubo congregacion general, donde se consultaron muchas cosas, y de la reformacion de los frailes y monjas ventidos capítulos, y con

ménos rigor que era menester, porque los hicieron ellos. A ventinueve en casa de Moron se trató del remate que se habia de dar al Concilio, porque para su conclusion tenía la voluntad de Su Santidad, Emperador, Rey de Francia y Príncipes y de muchos Obispos que deseaban salir de Trento, y algunos italianos habian ya enviado su ropa y casa, y los franceses y sus embaxadores, los del Emperador, Polonia, Bohemia, y si se iban no quedaria el Concilio Ecuménico. Pidieron al Cardenal de Lorena se detuviese ocho dias, porque en ellos se asentarian algunos puntos que restaban. Hizo Moron leer decretos hechos en tiempo de Paulo III y Julio III, y votóse fuese la sesion en el dia señalado. Leyéronse todos los antiguos y nuevos, con tal concordia que propuestos en el dia siguiente y aprobados, dixo Moron en voz alta: *Si anatematizaban los herejes?* Y respondió el Concilio dos veces: *Omnibus anathema hæreticis.* Fue tanto su contento con la devocion que en aquel dia puso el Espíritu Santo en las almas de los presentes, que derramaron muchas lágrimas de gozo. Luégo Moron dixo: *Illustrissimi Patres, Concilium est iam finitum, ite in pace.* Leyéronse tambien unas oraciones que el Cardenal de Lorena sacó de la costumbre que se habia tenido en otros Concilios de rogar á Dios por la salud del Pontífice, Emperador, Reyes y Príncipes Católicos, tan devotas y tan agradables que aumentaron mucho más la devocion y alegría de todos. Así acabó el santo Concilio Ecuménico, llamado por el lugar donde se celebró Tridentino, que habia comenzado deciocho años ántes, á gloria y honra de Dios Nuestro Señor y remedio de su Santa Iglesia. Lo dispuesto por él manifiesta su volúmen, y así me pareció bastaba lo escrito, y que toca lo que á mi falta á los historiadores eclesiásticos, cuya es más propia la materia.

CAPÍTULO XV.

Envia el Rey sus galeras á la recuperacion del Peñon de Velez, y sin efeto.

Hecho ya el socorro de Orán mandó el Rey que su armada con todo cuidado fuese á la recuperacion del Peñon de Velez de la Gomera, que poseian los turcos y moros desde el año mil y quinientos y ventidos. Está en Erif, quinta provincia en la division de África, cuya cabeza es la ciudad de Velez de la Gomera, llamada de los moros Deynat Bedit en la costa del Mediterráneo ibérico, y en el paraje de Málaga cuarenta leguas distante, entre dos sierras. Es el más cercano puerto de Fez. El conde Pedro Navarro en el año mil y quinientos y ocho, reinando el rey D. Hernando V, edificó el Peñon cercado del agua á setecientos pasos de la ciudad, en una peña tajada, eminente al puerto, y en tiempo del Emperador

Cárlos V, en el año mil y quinientos y catorce despues que se conquistó, le perdió el alcaide Villalobos por engaño de dos alquimistas que le mataron y dieron entrada á los moros. Pareció al Rey convenia quitar aquel nido de los cosarios que dañaban las costas de España, que Mami Arraez usurpó á los moros, y la defendió del cerco que le puso D. Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, en el año mil y quinientos y venticinco, con muchos nobles muertos y captivos. Era alcaide de la ciudad de Melilla, cabeza de Garit, sexta provincia de África, Pedro Venegas de Córdoba, caballero natural desta nobilísima y antiquísima ciudad, y deseando cobrar el Peñon trató con dos renegados del modo con que se podria con hurto, con la gente y galeras con que se habia socorrido á Orán, y lo escribió al Rey. Mandó á D. Francisco de Mendoza fuese á Málaga para exeoutar lo que Pedro Venegas diria, y el exército gobernase D. Sancho Martinez de Leiva, que habia sido general de las galeras de Nápoles. Murió el Mendoza, y la jornada prosiguió D. Sancho, y en las islas de Arbolán declaró el intento. Para su execucion adelantó á D. Alvaro Bazan con ocho galeras de la guarda del Estrecho y con Pedro Venegas y los renegados, que en dos bergantines y una barca llevaban escalas y cincuenta soldados para dar la escalada al Peñon. Seguia la armada á las ocho galeras, y los bergantines se adelantaron por la parte de levante, quedando en alerta D. Alvaro Bazan para socorrellos. Volvieron brevemente diciendo dispararon una pieza los turcos avisando á los bereberes y gomeres de las sierras. Don Sancho acercó la armada al Peñon para tomarle por fuerza, desembarcó tres mil soldados, y las municiones y bastimentos metió en el castillo de Alcalá, y cien hombres para su guarda. Hecho escuadron envió en la vanguardia docientos arcabuceros con el capitan Andrés de Salazar y D. Gonzalo de Bracamonte y los caballeros del hábito de San Juan guiados de Gil de Andrade, y en la retaguardia los maestres de campo D. Pedro de Padilla y de Solís. Fueron á Velez por sierras ásperas con alcornoques, encinas y alhercas, con gran calor y sin agua, y baxaron á Velez á buscarla en un pozo fuera de la muralla rompiendo los que lo impedian. Saquearon el lugar, quemaron la casa de Sal Arraez, la mezquita y una galeota que labraba. En tanto la gente desmandada, aunque la recogió el capitan á cuyo cargo estaba, fue cargada de los moros y mataron ochenta, y á los demas defendió la aspereza de las montañas al baxar. Don Sancho, temiendo por esto no acometiesen las municiones, envió docientos y cincuenta españoles y ciento y veinte italianos para reforzar la guarda dellas. Los moros los acometieron, y escaramuzando caminaron hasta acabar la municion y el dia, seguidos siempre porfiadamente. Don Alvaro mandó disparar la artillería de las galeras y para excusar el dañar los esquifes en que recogieron la gente salva, pero con muerte de veinte italianos. Don Sancho de Leiva reconoció el Peñon, y habido consejo resolvió el no acometelle

por la poca suficiencia de fuerzas que para combatille habia, remitiendo para otro tiempo y mayor número la conquista. Embarcó la gente en la ribera de Velez hecho escuadron de seguro con el silencio y tiniebla de la noche, pero no sin alboroto por las muchas galgas ó peñas que desde la sierra de la Baba arrojaban los moros con gran ruido por su altura y breñas, y volvió la armada á seis de Agosto á Málaga.

CAPÍTULO XVI.

El Rey Católico tiene Córtes en la Corona de Aragon; confirma el Pontífice el Concilio de Trento; trátase en Roma sobre la concurrencia de los Embaxadores de España y Francia.

(Año 1564, y el nono del reinado de Don Filipe.)

Mandó el Rey convocar Córtes en los Estados de la Corona de Aragon, y partió para Monzon donde se celebran las generales desde Madrid en los últimos de Octubre mil y quinientos y sesenta y tres. Y fueron muy litigiosas por haber muchos años que no las tuvieron; mas firmes como siempre en su fidelidad y amor, dispusieron los negocios y el servicio de dinero á satisfacion de Su Majestad y bien de sí mismos, estatuidas justas leyes y graves justicias en bandoleros inquietadores de la paz y seguridad comun y robadores de los bienes generales. Porque le llegó aviso de la venida en las galeras de Italia (conforme al órden que habia dado ántes) de sus sobrinos los archiduques de Austria, Rodulfo y Ernesto, en tierna edad, caminó á Barcelona á su recebimiento. Habia pedido á su cuñado Maximiliano y á su hermana se los enviasen para preservallos de la mala dotrina de los alemanes sectarios, y criallos en la seguridad de almas y de cuerpos de su palacio y religion; porque si le sucediesen, como era contingente, por haber estado casi muerto dos años ántes su heredero único, le tenía azorado para prevenir como cristiano y prudente, en caso de su muerte, pues era mortal la sucesion más cierta, conociendo los que podian entrar en ella los vasallos, y ellos á los que habian de recebir y jurar, conforme á leyes divinas y de su Corona. Entró en Barcelona con alegría general, y no con la ceremonia de los Condes, y recebióle D. Perafan de Ribera, duque de Alcalá, gobernador del Principado, á quien promovió al vireinado de Nápoles, y le dió por sucesor al Duque de Francavila. Recibió los sobrinos con gran contento, y con ellos por Tarragona y Tortosa llegó á Valencia con solene entrada.

Cara Mustafá con otros cosarios hizo grandes robos en el mar y ataca-

mientos en las costas. Llegó á la marina del Grao con seis fustas á hacer rescates, con alboroto de la Córte y gran indignacion del Rey y resentimiento de la pérdida y daño de sus vasallos, y propuso castigar los cosarios, y tener estando cercano al mar visitando sus reinos una escuadra de sus galeras para su seguridad; pues parecia poca reputacion que por no las tener por inadvertencia ó descuido se atreviesen á correr las marinas á su vista los turcos y moros piratas.

En Trento la conformidad acabó el Concilio, y firmado de los prelados le confirmó el Pontífice Pío IV, á ventiseis de Enero mil y quinientos y sesenta y cuatro, con gran solenidad. Escribió á todos los príncipes católicos breves para que en sus Estados hiciesen recebir y guardar sus cánones inviolablemente. El Rey Católico puso diligencia luego obedeciendo para que sus Estados le admitiesen, y despachó su Real cédula en Madrid á ventiuno de Julio de mil y quinientos y sesenta y cuatro, para que se juntasen en España cuatro sínodos en Toledo, Sevilla, Salamanca y Zaragoza. Con el mismo cuidado mandó que en las Indias fuese recebido y en sus Estados de Italia, y en toda su monarquía se puso en uso en lo legal y ceremonial y convencional.

En Roma se trataba la causa de precedencia entre los Embaxadores de España y Francia. Los Cardenales Bordiguera y Ferrara, protestando á Pío grandes daños si no conservaba á Francia en su posesion antigua, no perturbada de los españoles, le pedian amparase en ella á su Embaxador. Los españoles decian, callaron ántes los reinos de Castilla, Aragon y Navarra por el singular derecho y dignidad de cada uno, mas no podia España toda, esperando sazon en que gozar della y de su justicia. La posesion se muda por nuevo derecho, y mudada la causa de poseer y título, no queda la misma posesion que ántes era sino otra nueva; así como con la mudanza de la persona se muda la calidad de la cosa. España unida ántes de su destruicion, dividida despues por accidente en trece reinos de su conquista, no perdió su derecho. Pues lo que es nuestro sin culpa no se nos puede quitar sin cesion nuestra; ni por prescripcion, que no la hay donde hay fuerza, ni contra un reino universal impedido con las guerras contra los moros tan justas que la Sede Apostólica las llama sacras; ni por haber cedido á Francia cada uno de los reyes por sí sólo en cuanto en si es en el Concilio Lateranense (como dicen), pues estaban los franceses en el Conciliábulo de Pisa entónces, y no pudieron dar la precedencia sin perjuicio del mejor derecho, contra parte de un solo señor della, cual fueron Recaredo godo y D. Filipe II. Y así no le perjudicaban, no estando en aquel Concilio una voz de Rey de España, pues hasta que se ofrezca ocasion no puede haber uso, no habiéndole sin hecho y sujeto en que caiga, para que no pierda su privilegio, ó le recupere restituyéndose, como se pretendia en el Concilio Tridentino por D. Filipe II;

porque el que tiene accion para recuperar la cosa, tiene la misma cosa. Y cual se ve que el reino de Francia siempre lo fue, aunque la línea de Clodoveo acabó y pasó á Pipino; ésta á la de Hugon Capeto, ésta á la de Valoes, y ésta á la de Borbon: y tantos años como tuvieron várias partes de Francia los ingleses, y áun la Corona con asiento en su metrópoli París, y se titulaban como hoy Reyes de Francia; así el reino de España en un nombre y un vocablo estuvo unido, y como tuvo derecho para recuperar sus tierras de los injustos poseedores, le tiene para las preeminencias, títulos y prerogativas que le tocan, y tenía por de antiguo estando en libertad; pues en la cautividad no le pudo dañar lo que contra España se hizo. Y no es de poca consideracion para el haber tomado los franceses tanta autoridad lo que estuvo la Sede Apostólica en su reino, donde tomaban por voluntad ó sin ella lo que les parecia podia estarles mejor.

El Pontífice estaba prendado, metido en grande recelo y temor, porque los franceses, negociando con diligencia y artificio, decian le habian de quitar la obediencia si no restituia su lugar á su Embaxador. Hallábase mal satisfecho del Rey Católico por no haber hecho merced á sus sobrinos, y parecerle era estimado en poco de los embaxadores que se hallaron en el Concilio, y que el Rey estuvo muy unido con los príncipes que pedian la limitacion de su autoridad y reformacion de la Córte romana, y le habia apretado con esto para concederle lo que de otra manera no hiciera, así en lo general como en la igualdad concedida á su Embaxador en el asiento y concurrencia con el de Francia, por cuya contienda dexaba de ir á la capilla muchos dias de los señalados, y tenía deseo de venganza con las armas, para levantar su autoridad y mejorar sus sobrinos. Y así determinó en la vigilia de la Pascua de Pentecostés á veinte de Mayo de hacer congregacion de los Cardenales Moron, Farnese, Santaflor, San Clemente, Cesis y Borromeo, y en ella resolvió de dar su lugar al Embaxador de Francia, y de que se le dixese al de España su determinacion; porque los franceses no admitian ni áun la igualdad con que ya se contentaba, ni partido alguno. El Comendador mayor le hizo su protesta para que no perjudicase su privada declaracion al derecho de su Rey en petitorio y posesorio, pues no era sentencia judicial, pronunciada con órden y manera de juicio, sino de su voluntad, como trataba de componer los Reyes desconformes, sin decir ni determinar con declaracion y deliberacion: con que ni daba derecho en petitorio, ni le quitaba á las partes, ni tenía nombre de juicio ni de sentencia. Dixo al Pontífice el Comendador mayor, conforme al órden de su Rey, le revocaba el Embaxador cerca de Su Beatitud, no de la Sede Apostólica. Esto sintió tanto, que dixo palabras llenas de indignacion y resentimiento. No asegurándose de que otro dia no viniese á la capilla, mandó que se le avisase si venía, porque no iria él. Los Cardenales Farnese y Bordiguera entretuvieron los Embaxadores en tanto que se decia la misa, y acabada, el Pontífice entró

por extraordinaria puerta y dió la bendicion al pueblo. Partió de Roma el Comendador mayor, y con disimulacion se entretuvo en Luca y en Génova año y medio que el Pontífice vivió. En España se recibió su resolucion tan mal, que persuadian al Rey tomase la precedencia con las armas. No quiso poco ambicioso, por no dar ocasion á los franceses de apartarse de la Iglesia romana, como habian comenzado y amenazado, y de hacer un Patriarca de la Galicana. La Córte de Roma es convento de todas las naciones, patria comun de los católicos, en que cada uno tiene parte y entrada, y puede esperar lo que pretende; valen virtud, nobleza, dinero, favor y otros varios medios con la paciencia en todo sustenida de la esperanza, vínculo que la hace y la conserva, tenaz que engañada una vez vuelve á renovarse con sus ordinarias mudanzas y con la vária inclinacion de los que en Roma prevalecen. Sigue algun tanto la fortuna, y poca otra perseverancia queda. Es llena de esplendor, negociacion, juicio de las acciones de los Príncipes, discursos de estado y ciencia con agudeza y cautela que sobrepuja allí al poder. Ama las mudanzas á que está sujeta la potencia, y la autoridad varía en todos. Sus bandos no están firmes, presto se hacen y presto se disuelven, porque es golfo donde se mudan con no esperada presteza los vientos. Allí parecen los intentos intereses y menesteres como en mercado donde se juntan á contratar las cosas los poderosos en su aumento y conservacion, cuyas pretensiones secretas no pueden encubrir los aficionados y parciales de aquella Córte. Así demas de haber menester en ella ganar amigos con dones, lo es penetrar su malicia y cautela, y el mirarlos á las manos y rostro, como se dice vulgarmente, que no hay fineza ni bondad en todos. Por tanto no admire la mudanza como súbita que las cosas del Rey Católico tuvieron en ella con tanta desemejanza áun de sí mismas. Lo que habia escrito con harto cuidado y trabajo aquí confirmando la razon del Rey Católico, y refutando la contraria pareció quedase para su tiempo por de gran consideracion para esta Corona.

CAPÍTULO XVII.

Escribe el Rey lo que se debia hacer en Flandres, y el Cardenal de Granvela sale del gobierno.

Luégo como escribieron al Rey el Príncipe de Orange y los Condes de Egmont y Horne y sus adherentes, no entraron más en el Consejo, por no concurrir con el Cardenal de Granvela. Respondióles en esta sustancia:

«Procedia lo que le representaban de celo y aficion grande á su servicio »experimentado, mas no hallaba causa particular para efetuar la mudanza »que apuntaban. Aunque esperaba hallarse presto con ellos, si los graves »negocios lo permitiesen, holgaria que uno de los tres que firmaron vi- »niese á informarle á boca, para dar el órden necesario por ella, porque »no agraviaba á sus ministros sin legítima causa.»

Disgustó esta carta á los señores convocados y unidos, y hechas juntas en Bruseles y otras partes, dixeron por escrito á Madama Margarita en sustancia así:

«Por el servicio de Dios y del Rey y desobediencia del pueblo, so pretexto »de nuevas opiniones en la fe, por las cargas y dineros que se debian á la »gente de guerra, por la imposibilidad de la Hacienda para su paga, la ruina »de las fronteras casi irreparable, convenia para salir destas calamidades jun- »tar los Estados generales, y no querian apretar en cosa que tanto con- »venia por no contravenir á las órdenes del Rey; mas decian procedian de »mala relacion y oficios de ministros poco aficionados á su Real servicio, »poniendo desconfianza entre Su Majestad y sus Estados. Tuviese por bien »que en tanto que se remediaba no entrasen ellos en el Consejo de Estado, »excusando la sombra que habian sido en él por espacio de seis años, que »en sus cargos particulares hicieron lo que les tocaba, y lo harian.»

Miéntras crecian estas parcialidades, y los conjurados se consultaban entre sí, á ventinueve de Julio respondieron al Rey y enviaron la copia del memorial que dieron á Madama. Decian:

«No procuraron agraviarse sus ministros, sino que exonerase al Carde- »nal de los oficios que tenía, pues no podian quedar en su poder mucho »tiempo sin inconvenientes y peligros. No tachaban su persona, porque la »confusion y el descontento de la república manifestaba cuán dañosa era su »autoridad, ni querian formar proceso contra él, sino avisar lo que pasaba, »esperando que Su Majestad les diese crédito. Si las cosas lo permitieran, »no solamente uno dellos fuera á besarle las manos, pero todos juntos: mas »sin evidente daño no podian hacer ausencia por las práticas y movimien- »tos de los vecinos y mala satisfacion de los naturales. Le suplicaban por »esto diese crédito á sus cartas como á sus personas, y perdonase la llaneza »de su estilo, pues no siendo oradores, hacian más profesion de bien servir »que de bien hablar.»

Despues fue creciendo el ódio contra el Cardenal, sospechando quiso hacer matar á uno de los señores, y sacó carta del Rey para que fuese á Borgoña el consejero Renardo de Bermonte, como si fuera autor de la enemistad dellos y del Cardenal, que era falso. Excusóse el Cardenal de todos los cargos y más para quitar disgustos dexó de entrar en la consulta. Fueron á peor los negocios, porque se confederaron con juramento el Príncipe y los Condes, y el Marqués de Berghe, Montigny, Brederodas, los Con-

des de Hoostrate y Meghen, y otros; pero no el Duque de Arischot, los Condes de Arenberghe y de Auroende, y los señores de Corriers y de Hachicaret, y algunos neutrales que escribieron al Rey lo que pasaba, ofreciéndose á su servicio. Para ver si con la ausencia del Cardenal de Granvela se aquietaban, le escribió fuese á visitar la Borgoña, y veria á su madre tambien como ella le pedia, y le avisaria de lo que hiciese. Asegurados de que no volveria, llamados de Madama, trataron los negocios con mucho cuidado y diligencia, despachando algunas veces desde la mañana hasta la noche. Tenian buena correspondencia con los del Consejo privado y de Finances, eceptado el Baron de Barlaymont, porque era amigo de Granvela y fidelísimo al Rey, y con los demas diputados de los Estados, con gran cortesía, especialmente el Príncipe de Orange y el Conde de Egmont, si bien nunca consintieron las contribuciones. Escribieron al Rey: «Que »obedeciendo entraron en el Consejo como buenos vasallos, y le servirian con »su vida y bienes, y no sospechase en contrario por informaciones falsas.»

El Príncipe de Orange le escribió aparte lo mismo.

«Y que pues deseaba seguir las pisadas de sus mayores en su servicio, »confirmase en carta la declaracion que de su parte le hizo el secretario Ar»meros de la satisfacion que de su fidelidad tenía, para asegurarse del todo »y librarse de las calumnias de sus adversarios. Encomendase á su Embaxa»dor en Francia la proteccion de su Estado de Orange, porque corria riesgo »de perdelle, por haber mantenido en él la religion católica.»

Á veintitres de Abril respondió el Rey:

«Haria la declaracion por escrito, mas injuriaba los que tenía por sospe»chosos á él mismo, y á Su Majestad, que nunca creyó de su persona, sino »lo que más fue de su servicio porque no era fácil en sospechar contra un »caballero de su calidad. Lo demas veria por lo que á los Condes de Egmont »y Hornes escribia, y encargaria á su Embaxador el mirar por su Estado »de Orange.»

Estos señores y sus aliados entraron en opinion que el Consejo de Estado habia de ser cabeza de los demas Consejos y tener la superintendencia de todo el gobierno, porque áun no habian visto sus instruciones. Y así muchos negocios que solian tratarse en el Consejo privado y de Finances, se traian por vía extraordinaria al de Estado. De aquí nació el afloxar las cosas de la religion, de la justicia, de los placartes, de la Inquisicion, gracias, remisiones de delitos y las ordenanzas públicas y políticas, y los nobles se oponian á la justicia, y nada les parecia se proveia bien sin la autoridad del Consejo de Estado. Solian dar todos los diputados de las tierras y presentar libremente sus memoriales á la Gobernadora misma, y en esta sazon pocos ó ningunos osaban hacerlo sino por medio de sus gobernadores, de sus criados ó ministros. Siguióse de aquí gran menosprecio de los Consejos y oficiales Reales, con mengua de la autoridad de Madama, pérdida de tiempo

y dilacion de los negocios. Resucitaban tambien muchos pleitos antiguos suyos estos señores, y otros nuevos en perjuicio de Su Majestad, como el de Castelbelain, las salinas de Salaris en Borgoña, del territorio de Malinas, y otros tales de mucha importancia, favoreciendo los unos á los otros amos y criados. Fueron muchos proveidos en oficios y beneficios sin calidad, sin méritos. Por esto los acreditados codiciosos de su provecho, y porque la Duquesa no osaba valerse más del consejo del Baron de Barlaymont, ni de otros amigos del Cardenal, procuraban enriquecerse mediante la provision de oficios y beneficios, privilegios y otras cosas tocantes á la Hacienda, y tambien con remisiones y perdones de delitos enormes. Murmuraban dello, padecia la justicia, la hacienda, la fama de la Gobernadora engañada por informaciones falsas, y la de los buenos ministros y oficiales que trataban los demas negocios, y no lo podian remediar, porque los previnieron por todas vías los más poderosos. Éstos continuaban la buena acogida de la nobleza y comunidades, y de algunos del Consejo privado y de Finances, y trataban con ellos particularmente sobre ser tan grande el número de las herejías que les parecia imposible extirparlas por fuerza, y convenia reformar los eclesiásticos y predicar la dotrina al pueblo. Parecióles no bastaria sino el quitar ó moderar los placartes tocantes á la religion, que tenian por insufribles y rigurosos; y concluian no fuera malo consentir la libertad de conciencia cada uno en su casa sin público escándalo. Con esto y permitir la comunion *sub utraque specie*, tendria el negocio algun remedio, y no de otra manera. Se corrian tambien del mal gobierno de la justicia y hacienda, y para remediarlo sería bien aumentar el número de los consejeros de Estado, y darle autoridad sobre todos los Consejos. Madama lo propuso, pidiendo que sobre la muchedumbre de herejías, la pobreza del patrimonio Real, las deudas del Rey y el poco respeto que se tenía á la justicia, por no ser los ministros della tales como debieran, cada uno la aconsejase con fidelidad, y si sería bien avisar al Rey con carta ó con persona inteligente. Algunos dixeron en el Consejo:

«Era mucho el número de los herejes y extendidos casi por todas las pro»vincias; mas cumpliendo los ministros con sus obligaciones contra ellos, »tendria el mal algun remedio, mayormente porque ya se habia acabado »el Concilio de Trento y cada dia se esperaba su execucion. El desórden de »la justicia y hacienda Real no procedia de los consejeros, sino de algunos »principales que se oponian á la justicia, y los imitaban otros nobles, me»nospreciando y maltratando sus oficiales. Se debia poner órden en las par»cialidades que habia en algunos Consejos, como en los de Brabante, Lu»zeltburg, Gheldres y Utrech, donde la mano de los confederados podia »mucho. Era notorio no proceder las deudas del Rey y de los Estados de »falta ó negligencia de ministros, sino de las contínuas guerras y gas»tos grandes de Su Majestad, como se le advirtió, y no tenian remedio sin

»el socorro de España ó una buena contribucion de los Países, que obten»dria sólo la presencia de su señor, único remedio de todo; y pues estaba »bien informado no era necesario enviarle su embaxada.»

Los que movieron la plática dixeron:

«No bastaba la vía ordinaria para el remedio de los tres puntos ni es»cribir al Rey, sino informarle á boca por algun señor del país, para que »con su parecer y de los otros caballeros se eligiesen medios extraordina»rios y proporcionados con los mismos daños, y en tanto se le avisase de »todo, y el Conde de Egmont debia ser para esto rogado de Madama. Hí»zolo así, y aceptó la embaxada y recibió su instrucion y ayuda de costa de »los Estados para ir á España.»

CAPÍTULO XVIII.

Conquista el Rey Católico el Peñon de Velez de la Gomera.

Por la muerte del príncipe de Melfi, Andrea Doria, cargado de años, claros hechos y vitorias, hizo D. Filipe general del Mediterráneo á D. García de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, gobernador del condado de Cataluña, sucesor del Duque de Alcalá, virey ya de Nápoles. Deseaba el Rey recuperar el Peñon de Velez de la Gomera, y castigar y destruir al cosario Cará Mustafá, y para esto mandó á D. García traer la armada á España, pues la del turco no salia en Poniente. Embarcase en el puerto de la Especie la coronelía que levó Aníbal Altemps de alemanes altos en las provincias de Tirol y Carintia, y á los vireyes acomodasen las galeras de sus provincias, y con españoles de sus tercios, municiones, dineros, vitualla para muchos dias. Don García visitase la isla de Córcega, rebelada en gran parte á genoveses por San Pedro Corzo, humilde en padres, singular en ingenio, no vulgar en la estimacion de príncipes por haber servido bien en la guerra á los reyes de Francia. Hechas las paces en el año mil y quinientos y cincuenta y nueve, volvió á la isla el Corzo, y con la remuneracion de sus servicios edificó un palacio en sitio, forma y fábrica fuerte, diciendo que para vivir seguro de los asaltos improvisos de cosarios. Los genoveses no impidieron su construcion por inadvertencia ó malicia, para que en ella consumiese el caudal con que habia de pasar su vejez, por el odio que no acabó el tiempo ni la paz. Derribaron las murallas á su parecer levantadas para Francia, afirmando:

«No era lícito al vasallo fortificarse sin licencia de su señor, conforme »á derecho y reglas de Estado, y más siendo guerrero ó bravo, como se

»hace en Inglaterra, Moscovia, Turquía y en todo el Oriente. Porque el »gran señor toma alguna vez ocasion de rebelarse; y el pueblo fiando en »las murallas; el pobre de robar y saltear y recoger malhechores. Así las »ciudades imperiales en Alemania desmantelaron muchas fortalezas, y los »zuiceros, evitando la tiranía, echaron la nobleza de sus Estados y feudos. »Peligroso hecho de la monarquía y república antigua, donde más acer»tado es prohibir que no se fabriquen castillos sino con licencia del Prín»cipe, que la debe dar con gran dificultad, contentándose cada uno con »que su casa le pueda guardar de los acometimientos repentinos.»

San Pedro Corzo acusaba el consentimiento y pedia satisfacion. No se la dieron pareciendo la suma grande; y por la isla sembraba su injusticia, y que no se podia vivir ni gozar con seguridad sus posesiones. Alteró su quexa los naturales y pidieron la recompensa del amigo, y porque no la alcanzaron y por inclinacion se rebelaron, y por enemistad con los genoveses, teniendo por gobierno terrible el de hombres sus iguales, fiando del capitan y de la aspereza de la tierra, aunque no tenian más de ciento y cincuenta soldados y la esperanza de que los franceses brevemente les darian el socorro que les pidiesen. Porque San Pedro Corzo tenía grandes prendas de servicios militares con aquella corona, por cuyo reconocimiento habia alterado la isla otras veces para meter en ella sus banderas con deseo de que la señoreasen, pues sería el preferido en el gobierno della. De repente dieron sobre los genoveses, degollaron muchos, desbarataron los que resistieron ordenadamente. Apoderáronse de Puertoviejo y castillo de Córte por inexpugnable, Istria y casi toda la isla. El San Pedro Corzo tenía amigos en Francia, y fiando en ello y en el agradecimiento que le debian, les pidió socorro, y tambien al Duque de Florencia cercano y no siempre amigo de los genoveses. Guardando la pública paz no le ayudaron; aunque se le opusieron con gran presteza los genoveses con lombardos y alemanes, fueron rotos en dos batallas, porque los isleños peleaban como desesperados, y quedó señor de la campaña, dificultando la guerra y haciéndola considerable, teniendo á Vescobado junto á la Bastia. Mandó el Rey Católico á D. Gabriel de la Cueva, gobernador de Milan, enviar á Córcega mil y quinientos españoles del tercio de Lombardía en favor de los genoveses, y á D. García de Toledo que viese el estado de la guerra y los ayudase en lo que pudiese. Parecióle de gran consideracion y tiempo y fuerzas aplicadas solamente para ella, y que las de la armada se habian de emplear en la recuperacion del Peñon, y se hallaba en el mes de Julio gastado el verano en el apercebimiento y embarcacion. Fué desde allí á Cerdeña, corrió sus puertos y cabos, morada de cosarios, y llegó á Málaga en los primeros de Agosto, habiendo tomado en el viaje una galeota con cincuenta turcos, y dió libertad á ochenta cristianos; y las galeras de Malta en el cabo Carboneros, en Cerdeña, prendieron una galera de cosarios que

tomaron en el año ántes, y dieron libertad á ciento y cincuenta cautivos y echaron al remo ochenta turcos; y aviada á Malta, navegaron para Barcelona en busca de D. García de Toledo. El Rey Católico hizo levar en Castilla cuatro mil soldados y los envió á Málaga y algunos entretenidos y ventureros y las municiones y máquinas, y cien escuderos de la costa á cargo de D. Juan de Villarroel, veedor general de la armada, hijo de don Juan de Villarroel, adelantado que fue de Cazorla, capitan de Almería, hombre de años probado en empresas de Africa, y que ganó gracia y remuneracion con hallar culpas en capitanes generales. Los reyes de Portugal, conservando la amistad que tenian con el de Castilla, enviaron con Francisco Barreto, capitan de gran nombre, mil y docientos portugueses en seis banderas para ayudar á la empresa y limpiar su tierra de los ociosos, y vinieron tambien treclentos nobles. Mandó el Rey Católico que fuese á esta jornada D. Sancho Martinez de Leiva, que gobernó la primera, y hallábanse en sus galeras Juan Andrea Doria y su hermano Pagan y Márcos Centurion, marqués de Estepa, y en las de España los Condes de Lerma y Cifuentes, D. Baltasar de la Cerda, D. Félix de Guzman hijo del Conde de Olivares, D. Bernardino de Avellaneda, D. Luis Carrillo de Albornoz, D. Luis Ponce de Leon hermano del Duque de Arcos, D. Juan de Guzman heredero del Marqués de Ardales, D. Juan su tio, D. Hernando de Toledo, D. Luis Osorio, D. Hernando de Carcamo, D. Francisco de Vargas, D. Cristóbal de Benavides, D. Iñigo Manrique y muchos capitanes y alféreces deseosos de servir todos por inclinacion á las armas por alcanzar encomiendas, rentas, oficios y mercedes de su Príncipe. Contenia la armada sesenta y ocho galeras del Rey con ventiseis de particulares, deciseis navíos, catorce fragatas, un galeon grandísimo de Portugal y ocho galeras y cuatro carabelas, dos mil españoles del tercio de Nápoles y su maestre de campo Carrillo de Quexada, del hábito de Santiago, ochocientos de Lombardía, tantos de Sicilia, cuatro mil levados nuevamente, tres mil italianos de la coronelía del maestre de campo general Chapino Viteli, marqués de Cetona, dos mil y setecientos alemanes de la conduta del Marqués Altemps. El alcaide del Peñon Cará Mustafá supo la junta desta armada, y aunque le pareció era para mayor empresa, temió como astuto de ser acometido y cogido en la fuerza. Fué á Argel con sus galeotas y las de sus compañeros y pidió socorro al virey, y volvió con bastimentos con que sustentar en el Peñon un año docientos soldados que puso en él, turcos y moros, á cargo de Ferrad, renegado de buen gobierno. Avisó al Xerife, rey de Fez, de todo y le pidió le diese socorro luégo, pues le importaba la conservacion del Peñon, puerto más cercano de Fez. Para no ser cogido dentro metió su hacienda en sus baxeles y fué á Levante por no perder lo que podria robar en aquel estío, fiando en la fortaleza del Peñon, risco alto y fuerte entre mar y tierra con una fortificacion en lo más alto

y otra en lo baxo, cerca del Estrecho de Gibraltar, cien millas opuesto á Málaga, con sólo un camino para subir á él, y difícil. Las murallas tienen algunas pequeñas torres á la usanza de la antigua fortificacion hecha por el conde Pedro Navarro.

Partió la armada á ventiocho de Agosto, y D. Cristóbal de Mora, portugués, gentilhombre de la boca del príncipe D. Cárlos, que servia en esta jornada, habiendo pasado de las galeras al galeon capitana de Portugal á visitar á su general Barreto, viendo que la armada se le adelantaba para la desembarcacion, dixo á D. Cristóbal, pues á ella volvia, advirtiese á D. García de Toledo no la intentase ántes que él arribase, porque juraba de meterse enmedio de la armada y cañonealla largamente, aventurando la gracia de su Rey por su reputacion. Otro dia desembarcó la gente en un valle, abrigo de algunos vientos, aunque con mareta de mala desembarcacion, formado de dos cerros á tiro de arcabuz, el uno del Peñon, enfrente del castillo de Alcalá, bañado del mar el cerro en que está fundado por el rey D. Manuel de Portugal y desamparado por inútil. Con una trinchea aseguraron las municiones, porque si las galeras se alargaban con borrasca no les faltasen, guarnecida con ochocientos arcabuceros á cargo de los capitanes Bartolomé de Miranda y Pizaño. Mostráronse los moros con poco efeto, y los del Peñon avisaron al Xerife. Don García de Toledo encomendó la guarda de la armada á Márcos Centurion. Para marchar repartió los trece mil infantes y encomendó la vanguardia á D. Sancho Martinez de Leiva por su valor y conocimiento de la tierra, y porque cesase la competencia entre Francisco Barreto y el conde Aníbal Altemps, con seis compañías de Nápoles, ocho de bisoños y quinientos de Malta. En la batalla puso los portugueses primero, luégo cuatro compañías de Lombardía, cuatro de Sicilia, siete de bisoños, una de D. Juan Bazan, hermano de D. Álvaro, y la flor de los ventureros metidos en las banderas para servir mejor. En la retaguardia iban Juan Andrea Doria, su hermano, los capitanes Juan de Espuche, D. Francisco Zapata y el conde Altemps con sus alemanes y setecientos arcabuceros españoles, soldados viejos. El carruaje caminaba entre la batalla y vanguardia y seis piezas de campaña, y D. Juan de Villarroel con la caballería descubria las sierras. Quinientos moros peones y cuatrocientos á caballo no osando dar en la vanguardia, pasaron escaramuzando con su daño á tentar la retaguardia. Reforzóla D. García con cuatrocientos arcabuceros á cargo del sargento mayor Bartolomé Perez. Halló yerma á Velez la vanguardia, y Chapino Vitcli eligió puesto para el alojamiento y repartió los cuarteles, y levantada por los gastadores trinchea, plantó la artillería de campaña. Don Sancho Martinez de Leiva y Chapino Vitcli reconocieron el Peñon y la disposicion del sitio para batirle, en tanto que Juan Andrea Doria con diligencia y obediencia de la gente de galera, sacó deciocho piezas con gran riesgo;

porque los esquifes y barcas pasaban por debaxo de la artillería de la plaza, que jugaba sin cesar contra ellos, aunque con poco daño. Ocupado un fuerte que los turcos hicieron despues que D. Sancho de Leiva estuvo allí con la armada para defender la ribera, en que habia siete cañones, y Carrillo de Quesada el de la sierra de la Baba, Juan Andrea subió tres piezas con gran trabajo sobre una eminencia con cabestrantes, y comenzó á batir. Las galeras de Malta y el galeon de Portugal batian divertiendo á los del Peñon, medrosos sin esperanza de socorro ni defensa. Don Sancho de Leiva, con cinco cañones que plantó debaxo de la montaña del Cantil, batió un cubo en lo más alto, aunque con poco fruto todo el dia. Ferrad alcaide subió á lo alto de la fortaleza, y habido consejo huyó. Avisó un renegado albanés á Juan Andrea, y él á D. García de Toledo, y él al Rey con el capitan Francisco de Eraso.

Mártes, cinco de Setiembre, con doce soldados, Juan Andrea llegó á la puerta, donde tres moros con un alférez turco la abrieron, refirieron el suceso, pidieron libertad para ventisiete que habian quedado. Juan Andrea les dixo tocaba al Capitan General, pero la aseguraba al alférez. Entró la gente en el Peñon y hallaron venticinco cañones, municion y bastimentos para un año, si atendieran á diferir su defensa. Don García dió licencia á los portugueses y á las galeras de Malta, porque tenian léxos el invernadero. Puso cuatrocientos soldados en el Peñon, y Chapino Viteli hizo una traza para mejorar la fortificacion. La embarcacion fue molesta y peligrosa, porque el Xerife llegó con muchos moros y asaltó algunas veces con su daño, porque las eminencias y colinas estaban ocupadas con arcabucería. Dexaron en la retaguardia los soldados viejos para recebir y resistir el ímpetu y carga de los enemigos, que con gran multitud y determinacion baxaban á gran furia; pero eran resistidos en los dos valles, y la embarcacion asegurada de un escuadron de picas. Calaron los moros de lo alto contra la retaguardia tan porfiadamente tres veces con muerte de algunos cristianos, que fue bien menester la asistencia del Leiva y de D. Luis Osorio para retirallos. Porque al mismo tiempo una gran banda de caballos arremetió contra la arcabucería tan gallardamente, que parte retiraron al escuadron casi en desórden; pero animando, ordenando, forzando á los demas, peleando bien, los mantuvieron Viteli Doria y D. Luis Osorio, y las galeras y el Peñon dispararon la artillería contra la multitud de los moros que cubrian las sierras, y D. García socorrió con buen golpe de gente, caballeros y ventureros y combatióse con virtud grande contra la multitud. Don García pasó á la retaguardia, pero fue retirado de las cabezas por el riesgo de su persona. Don Luis Osorio fue herido de un arcabuzazo, de que murió con gran pesar de la armada, y D. Pedro de Guevara tambien. El Doria ocupó un alto para ayudar desde allí con buena tropa de gente; matáronle el caballo con gran riesgo de

ser preso de muchos moros que le cercaron; pero su valor hizo lugar para llegar salvo á embarcarse con D. Sancho de Leiva y D. Bernardino de Avellaneda, que fueron los postreros de la embarcacion. Por el contrario tiempo fue retenida la armada dos dias, y en ellos el Xerife por mensajeros pidió la paz á D. García, pero no fueron oidos. Llegó á Málaga y avisó al Rey de lo sucedido; despidió la infantería bisoña, dexó las galeras de la guardia del Estrecho.

Fué á Italia brevemente, y para la guerra de Córcega dexó á Juan Andrea Doria cuatro banderas del tercio de Sicilia y cuatro del de Lombardía, una de las que vinieron de Francia con su capitan D. Gonzalo de Bracamonte, que nombró por maestre de campo desta gente y seis compañías de bisoños. En la Bastia embarcó á Estefano Doria, general de la Señoría de Génova, y cuatrocientos italianos del sueldo della, y quedó allí D. Lorenzo Suarez de Figueroa, hijo del Embaxador de Génova, para que hiciese la guerra por aquella parte á San Pedro Corzo con tres mil italianos de su coronelía, porque él iba contra Puerto Viejo. Juan Andrea partió para Génova y dexó en su lugar al conde Hipólito Malaespina, con órden que desembarcando la gente en Calvi volviese á Génova. Estefano Doria entró en Puerto Viejo sin contraste de la guarnicion, diciendo no hacian la guerra contra los españoles. Cercó luégo á Istria, y requiriendo á los del presidio un atambor se rindiesen, abrieron las puertas los soldados, entró con mil hombres, y ahorcó los vecinos más culpados, y echó los demas al remo, con más crueldad que razon, haciendo mala guerra, aunque no se defendieron sin capitular primero, confiando en que su obediencia aplacaria al capitan genovés. Fué sobre San Florencio cien millas adelante, y encaminó la gente contra la Basteriga, patria de San Pedro Corzo, y la quemó y su casa y hacienda, y llegó tarde en socorro con dos mil hombres y trabó escaramuza con los españoles, que duró hasta la noche, con muertes y heridas de ambas partes. Partieron á expugnar á Calvi, y en Giralta, cala pequeña, se alteró el mar con grave riesgo, no pudiendo salir por viento contrario, aunque la hambre los forzaba. Desembarcaron para ir á Calvi, y con trabajo increible por la aspereza de la tierra, pasos de rios, hambre mucha, arribaron bien malparados. Las galeras queriendo mejorarse en otra cala para buscar mantenimientos, con la borrasca dió al traves la capitana de Vindinelo Sauli con sesenta españoles y otros italianos, y dos galeras embistieron en tierra y se fracasaron, y el marqués Hipólito, que iba á Génova, estuvo á punto de peligrar. Acabó la tormenta, y las demas arribaron á Calvi ocho dias despues que los que fueron por tierra. Los españoles, guiados del capitan D. Gonzalo de Bracamonte, quemaron á Córtes y á Cachi, donde estaba el Senado. Allí habia rompido Estefano de Mari con los demas españoles y italianos cuatro mil corzos, conducidos de San Pedro Corzo, y recogidas las sobras y los que

por flaqueza desampararon á Puerto Viejo acometido de los genoveses, de quien le habia recuperado, se amparó en lugares de las montañas. El Gran Maestre de San Juan avisó á D. García de Toledo (que ya habia llegado á Mecina) cómo por la vía de Griegos sabía que en Constantinopla se hacia armada (segun fama) contra Malta y la Goleta, y que la guerra sería tambien en Hungría, por no haber podido convenir el Rey de Polonia á Soliman sobre la restitucion de Tocay con el emperador Maximiliano II, que por muerte de su padre el emperador Ferdinando, á tres de Jnlio, fue coronado en Augusta, donde tenía Dieta para tratar del asiento de las cosas del Imperio y con el turco, que mantendria la suspension de armas en tanto que se aconsejaba y aprestaba, segun su costumbre, para hacer la guerra.

Para quitar la recogida de cosarios en Africa, y especialmente en Tituan, el Rey Católico mandó á D. Alvaro Bazan que cerrase la boca del rio. Consultado el hecho con ingenieros y práticos de fábricas de mar, y especialmente con maestre Estéban, se tomó resolucion. Escribió el Rey á su sobrino D. Sebastian enviase órden al alcaide de Tanjar y Ceuta Lorenzo Perez de Tabora, para que ayudasen este hecho, comunicándose con el Marqués de Santa Cruz. Con acuerdo de todos en lo que se debia executar salió de Gibraltar, y en Ceuta embarcó trecientos portugueses y de noche caminó para Tituan, procurando no ser descubierto, porque estaban recelosos los moros de quererle conquistar el Rey Católico. Para llamarlos á la parte de tierra caminó Lorenzo Perez de Tabora con su gente, y tocado rebato en Tituan fué retirándose cautamente para divertir los moros y alargarlos de la ciudad, y entretenerlos escaramuzando, porque no viesen ni impidiesen al Marqués. Don Alvaro llegó con sus galeras remolcando once navíos cargados de fábrica, para afondarlos en la boca del rio. Por esto el ingeniero dió priesa á la maestranza y gastadores, solicitado del Marqués y de D. Alonso Bazan, su hermano, y de otros capitanes. Los navíos se asentaron barrenados y macizados de fábrica de piedras muy grandes, ligadas y unidas con buena trabazon, y cerraron la entrada del rio en el mar. Los moros descubrieron á los españoles, y corrieron á ver el suceso pero tarde, por estar cerca del rio y Tituan en alto, distante una legua de la boca del puerto, y conocieron el engaño que les habia hecho el alcaide de Ceuta, y al embarcar hirieron algunos de las galeras, y jugando la artillería se alargaron. Mas revolviendo con furia, arrojando saetas, balas, lanzuelas, saltó el Marqués en tierra con arcabuceros y capitanes y mataron algunos moros, y ellos hirieron algunos cristianos, y volvió la gente á Ceuta y las galeras al Puerto de Santa María. Los moros burlados mandaron entrar en el agua buzanos á ver cómo quedaba el rio, mas estaban los navíos tan cubiertos y encaxados entre los bancos de la arena de una y otra parte, que mal pudieron entender el daño, sino

cuando las galeras y galeotas topaban, y no podian entrar en el rio para llegar á Tituan.

CAPÍTULO XIX.

Júntanse los flamencos á tratar de su rebelion, y la resuelven.

La inquietud de los flamencos los incitaba á rebelarse, y traian grandes inteligencias en Alemania, Inglaterra y Francia, solicitando favores, socorro de gente y dinero, con vivos oficios que hacian en su amparo los sectarios, y las cabezas persuadian la breve execucion de sus intentos, quitando el lugar al Rey para impedirlo con su persona ó fuerzas. Juntáronse en Breda, lugar marítimo del Príncipe de Orange, á tratar de su levantamiento, y en un largo banquete se aconsejaron. Buen estado, segun su inclinacion y opinion, de que ni fingen ni ocultan los ánimos patentes y de grandes imaginaciones, dispuestos á difíciles empresas, ni cautos ni recatados, y así poco aptos para resolver con madurez y templanza, consultando hasta resfriar el furor, ímpetu y calor del banquete. Diciendo muchas injurias contra el Rey, despues de echarle de los Estados, unos querian conservar su libertad en forma de República zuicera, otros repartirlos entre ellos, y todos juraron de morir por su religion reformada. Enviaron secretamente embaxadores á los príncipes electores y al Emperador á la Dieta de Augusta, para quexarse de «Que el Rey Católico, contra sus »privilegios, los forzaba á seguir su religion, y oprimia con las condena»ciones y castigos de la Inquisicion española que metió en Flandres. Eran »alemanes baxos, y debian ser como los altos tratados, se juzgase entre »ellos y el Rey vasallo del Imperio, pues era Conde de la milicia y feu»datario por el Estado de Milan. Habian de vivir á la alemana, ó extin»guir la casa de Borgoña.»

El Rey Católico envió al conde Chantoney, su embaxador que fué en Francia, para que dixese:

«No dependian en cosa alguna él y sus flamencos del Imperio, y si con»tribuyeron para las guerras al Emperador, su padre, fue voluntariamente. »Y cuando dependieran se considerase que los Príncipes alemanes, viendo »los inconvenientes que trae consigo la variedad de sectas, alcanzaron por »decreto imperial en la Dieta del año mil y quinientos y cincuenta y cin»co fuese lícito á todo Estado y Príncipe en el Imperio tener una religion »y pasar della en otra, y los súbditos acomodando su conciencia con la del »Señor. Y así, pues en los Estados del Conde Palatino y Duque de Saxonia »se habia hecho, queria viviesen sus vasallos en la religion católica que pro-

»fesaron, y él mantendria hasta morir. No sabía que los oficios del Impe»rio se diesen á los Príncipes dél sino por honor del mismo, y no para va»sallaje y sujecion dellos á él, no siendo ni áun feudatarios, y por esto no »estaba sujeto á juicio coercivo, siendo, como eran, los señores de Flandres »soberanos á ninguno reconocientes en lo temporal. La eleccion no habia »de quitar la autoridad soberana por su comodidad, pues fuera como su »nuevo modo una usurpacion, demas que el poder de los Emperadores »continuado hasta Oton I en el año de mil y ciento y uno en agravio de »España, cabeza de Europa concedida, pues no le dieron Cancelario, con»forme á la Bula Aurea del pontífice Martino V. Dixese al Emperador le »envió el cardenal Pacheco, que hacía sus negocios en Roma en vez de su »Embaxador revocado, copia de la súplica de los Estados de Austria y »Bohemia que dieron, pidiendo la comunion en las dos especies, y que se »casasen los clérigos, porque no habia noble que lo quisiese ser, por la »castidad de su profesion. Convenia evitar principio de sentir con los here»jes, porque pedirian otra novedad tras él con que roer poco á poco la re»ligion católica. Hiciese guardar el Concilio de Trento, que con tanto cui»dado procuró su padre se celebrase, obedeciendo él sus cánones sagrados, »para que Dios le hiciese obedecer de sus vasallos. Habia escrito al carde»nal Pacheco dixese de su parte al Pontífice los daños públicos que causa»ria tal concesion y desautoridad al Concilio venerable y santo, y le habia »respondido trataba de impedillo por su Nuncio el obispo de Lanchano y »el Dotor Pedro Guichardino, auditor de Rota, sabios y religiosos. An»duviese Chantoney unido con ellos, ayudándolos cuanto pudiese, que »para ello les daba plena facultad. Dixese al Emperador efetuase el casa»miento conveniente de sus hermanas con el Duque de Ferrara y Príncipe »de Florencia.»

En lugar de Chantoney envió á Francia á D. Francés de Alba, caballero navarro, de buen consejo y experiencia militar, calidad muy necesaria en aquella embaxada. Mandó que dixese á los Reyes madre y hijo:

«Deseaba su quietud, tomando para ello buenos medios, y ayudar en »cuanto pudiese; si las ocupaciones le dieran lugar fuera á verlos y gozarse »con ellos, mas enviaria á la Reina si él no pudiese ir; al Cardenal de Lo»rena y al Duque de Guisa, su sobrino, cuán agradecido estaba á la fideli»dad que mostraron á Dios y á su Rey, y que pues su oposicion al Almi»rante, soberbio y menospreciador de todo, era importante, perseverasen y »los socorreria y corresponderia como amigo.»

El duque de Florencia, Cosme, deseaba el efeto del casamiento de su hijo con la prima del Rey Católico, y procuraba su reconciliacion con el Pontífice y darle satisfacion. Temia Pío IV á príncipe tan poderoso indignado, y para asegurarse juntaba dineros de dispensaciones y condenaciones poco legales, venta de oficios quitados á los que con buen título los

poseian. Oia al cardenal Pacheco con caricia y atencion; mostraba en público ánimo inclinado al Rey, mas vivió y murió su enemigo oculto. Deseó su amistad, porque descubrió conjuracion para matarle en su palacio, dando audiencia á Pedro Acolti, Benedeto Acolti, hijo del cardenal Acolti, Antonio de Canosa, Tadeo Manfredo y otros. Fueron para la execucion una mañana á Signatura, con ocasion de dar peticion á Pío, y por falta de ánimo no surtió. Procurando Benedeto Acolti audiencia privada para decir al Pontífice lo que le importaba, fue avisado y prendió los conjurados y los justició escandalizado y venturoso.

«La conjuracion es dificultosa siempre, y temeraria tentada y poco efec»tiva con el peligro ántes del hecho, en el hecho y despues, y parece im»posible pasarlos. Porque su naturaleza estraga tanto, que ninguno quiere »ser autor y primero en hablar en ella. Descubre la delacion, conjetura, »poca fidelidad y prudencia de los que se les comunica forzosamente ín»timos amigos, ó mal contentos del Príncipe, desiguales siempre en los »intereses y enojos, y que les parece mayor el peligro y temor de la pena; »y si el ódio no es en extremo, ó mucha la autoridad y confianza del au»tor de la conjuracion, fáltase en la execucion por poca sagacidad ó áni»mo, que pone confusion, que dice y hace en su contra. El peligro despues »del hecho es de consideracion, porque siempre queda vivo alguno que »vengue los muertos. Es difícil saber de raíz el trato; si fuere avisado dél, »aunque sea por sospecha del que le avisa con buen ánimo, no castigue su »engaño; podria venir conspiracion verdadera y cierra la puerta al aviso, »para que ántes que le tenga le maten. Mas porque la seguridad conviene, »la procure el Príncipe, sabiendo lo que dicen y hacen los poderosos, »y más si hay sospecha que se causa de cosas verisímiles, que conviene »examinar bien primero.»

CAPÍTULO XX.

Soliman, señor de los turcos, dispone la conquista de Malta; viene D. Antonio de Portugal á Castilla, y el Rey Católico provee á D. García de Toledo por virey de Sicilia.

Habia el señor de los turcos ocupado la fuerza de Malbaxia de Candía por traicion de ministros venecianos, y los oprimidos trataron de entregarse al gran Maestre de la religion de San Juan, y envió sus galeras sin efeto, porque fueron descubiertas y el intento con indignacion de Soliman. Creció esta por haber tomado su general, frey Juan de Gio, francés, un navío en que iba á Meca la nutriz de su hija Roxalana, que le importu-

naba por su libertad y castigo de los piratas: y no ménos el capa Agá su privado, y de gran contratacion en el Cairo y Alexandría, porque hizo el comendador Romagaz, gascon, presa con las mismas galeras y gran estrago de un su navío de tres mil y quinientas salmas con mercancía de valor de sesenta mil escudos, que navegaba á Venecia, y en otro al San Jacbey de Escandervia, calificado mucho y llamado de Soliman, y todo estaba en Malta. Escribióle este prisionero por vía de griegos tratantes de su rescate: «No era fuerte la isla, y convenia expugnarla á la reputacion de un Prín»cipe tan sin igual en poder, debaxo de cuyo amparo pensaban los vasallos »y con razon estar seguros.»

Indignóle tambien la fuga de una galera que al serrallo traia piedra en que alcanzaron libertad docientos cristianos, y entre ellos ocho capitanes españoles de los presos en los Gelves, cinco italianos y tres alemanes, y mucho más el haber su armada de mar y tierra perdido tiempo y expensas, y tanto número de buenos soldados en el cerco y combate de Marzaelquivir, y la de España recuperado el Peñon de Velez. Era de bizarro y feroz espíritu, tan ambicioso de fama y gloria que á todas las empresas que á sus ministros encomendó fuera, si no le detuviera la navegacion en algunas, y en otras la grandeza que á sí mismo representaba con menosprecio de todos los príncipes. Aunque por muchas razones, que esforzaban su deseo de gozar entera la Hungría, enviaba con ménos cuidado sus galeras en poniente, estos acometimientos y los que hacian las de Florencia en sus mares, y el crecer el número de las suyas el Rey Católico, con ánimo de señorear la Africa si se descuidaba, le hicieron cuidar del remedio y aprestos para hacer extraordinario esfuerzo y demostracion de su poder contra las provincias de la corona de España. Juntó sus consejeros Alí Baxá, Mahamet, Hiferat, Hipartá, Mustafá, Piali, Daud y el cadi Desquer, el capa Haga y el genizar Haga. Refirióles (no sin alteracion) las cartas y lástimas que le enviaron de Malta, y el capa Haga le dixo:

«Siendo tan gran señor y el sumo honor de la casa Otomana, vitoriosa »en las tres partes del mundo, donde poseia grandísimas provincias por sus »armas insuperables con asombro de todas las naciones, era indigno de su »celsitud el atreverse contra sus vasallos unos Juanistas piratas vencidos con »memorable ruina, extirpados de Rodas por Su Majestad, y que arraigados »en Malta crecian en número y atrevimiento insolente, y tocaba á su gran»deza y piedad su castigo, y libertad de los prisioneros. Abria camino á gran »fortuna ganada la isla, escala segura para señorear á Sicilia y á Italia, como »su inmortal abuelo Mahometo con buen principio intentó fixando su estan»darte en Otranto, de donde solamente le pudo arrancar su infeliz muerte.»

Todos aprobaron este parecer, y le esforzaron con várias causas de justo resentimiento y razones de estado y guerra. Despedida la Junta mandó con secreto á Piali, general del mar, aprestase todos los baxeles que habia en

el arsenal, y labrar los que le pareciese para vencer necesarios, y apercebir toda la gente de su sueldo, y la de remo en las provincias de la Grecia, Natolia y Morea, y de otras que les tocaba por graveza personal y bastimentos, municiones, máquinas. Nombró por General en tierra á Mustafá Baxá, experto por muchos años de milicia y vida, que habia algunos que en Hungría asistia á los exércitos y á su empleo en daño de la cristiandad. Y aunque no está en uso en aquella Córte duplicar los generales, pareció á Soliman necesario, por si juntas las fuerzas de Italia y España procurasen impedille el vencimiento, Piali pelease y asegurase el mar, y Mustafá en tanto no desamparase las baterías, haciendo la guerra en mar y tierra valerosamente, pues llevarian bastantes combatientes, pertrechos, navíos. Envió dos turcos ingenieros en figura de mercaderes á reconocer á Malta, sitio, ciudad, castillos, medir la altura de las murallas, profundidad en los fosos, traer carta de su planta y montea, para deliberar con su presente lo que se debia resolver en combatilla. Executaron sin ser conocidos brevemente. Escribió con secreto al virey de Argel, al Sanjaco de Viserta y á Dragut á Tripol se listasen con todos los arraeces, para salir á juntarse con su armada á los primeros de Enero del año venidero mil y quinientos y sesenta y cinco, donde se les señalase, y al rey de Túnez Muley Hamida hiciese gran recolta de bastimentos, y solicitado de Dragut con promesas de conquistar la Goleta que le oprimia y presentes cumplió el mandato, aunque no en la labor del bizcocho por la falta de trigo que hubo en Africa y en Sicilia en aquel año mil y quinientos y sesenta y cuatro. Mandó labrar buen número de galeras en los arsenales del mar Negro y Constantinopla, y solicitaba la maestrenza y fundicion de artillería de grandeza descomunal de tirar bala de ciento y setenta libras, municiones, máquinas, armas y aparatos para el armamento de la armada, y á los proveedores y capitanes para juntar la gente que se habia de embarcar. Hizo encaminar soldados á Hungría para acometer en persona á Ceguet, plaza tenida por inexpugnable, resuelto en ayudarse de la que ganaria á Malta, en dexándola presidiada en el mes de Julio, porque habiendo de comenzar su conquista en Marzo, podria servirle en Hungría fria con eceso, donde no se campeaba hasta este mes, en que ya el campo con el heno crecido tenía la comida aprestada á su caballería, y ántes no por las heladas, nieves, granizo que le consumen. Cumplieron sus ministros con tal vigilancia y asistencia su mandato, que todo estuvo para el primero dia de Marzo á punto.

El aviso de tan grande expedicion y armamento llegó á los príncipes cristianos por la vía del Bailo de Venecia y de las espías del gran Maestre fray Juan de la Valeta, francés, digno de memoria y veneracion. El Pontífice Pío IV lo escribió al Rey Católico, que deseaba por la misma razon de Estado ganar á Argel, y crecia sus fuerzas de mar y las demas plazas marítimas de Africa, donde los cosarios se recogian, con que las armadas

de Levante no tendrian ya para que baxar al Mediterráneo, y la Africa sería su tributaria. Encargó el Rey á Don García de Toledo la guarda de Malta y de la Goleta, y el socorro pronto siendo acometidas del turco.

En el principio deste año (1) vino de Portugal á Castilla D. Antonio, prior de Ocrato, hijo del infante D. Luis, hijo del rey de Portugal Don Manuel, encaminado para ser sacerdote y ordenado de Evangelio en vida de su padre. No era acepto ni afecto bien al cardenal D. Enrique, su tio, gobernador de aquella corona por la menor edad de doce años del rey D. Sebastian, por ser religiosísimo y acérrimo reformador del clero y profana la vida de D. Antonio. Por esto, habiéndole pedido el arzobispado de Ebora, le dió á Juan de Melo, obispo de Algarbe y el de Braga en su vacante á otro. Y así mal satisfecho del tio y con diferencias y disidencias se quexaba, y de que en las Córtes que habia celebrado en Lisboa le mandó dar silla rasa, y mejoró en el puesto y en la manera del asiento á D. Duarte, hijo del infante D. Duarte, hermano de su padre, conforme lo hizo otras veces el rey D. Juan III en actos solenes. Quexábase tambien de haberle hecho renunciar la herencia de su padre por beneficio de la corona, sin recompensarle ni satisfacelle en alguna de las promesas que le hizo. Determinó suplicar al Sumo Pontífice dispensase con él para convertir el hábito clerical en el de San Juan como Prior de Ocrato, por haberle forzado á tomar las órdenes de Evangelio, y ofrecíase aprobar su disensio y fuerza, y haberlo declarado con actos positivos, especialmente que pidió al Cardenal por medio del padre fray Luis de Granada, dominicano, licencia para ir á servir en las fronteras de Africa. Quexábase de no le haber consignado ni acrecentado algunos cuentos de maravedís en las rentas Reales impuestos para su entretenimiento, porque en todo le era contrario el Cardenal. Yendo á representar sus razones de resentimiento ántes al rey D. Filipe, su primo le habia hecho volver desde Galisteo en Castilla, con promesa de emendar lo que hasta allí con él se habia hecho, y manteniendo su quexa vino á Madrid y pidió al Rey le amparase en sus pretensiones. Su Majestad, por su grandeza, por el deudo, por la piedad, tomó á su cargo la satisfacion de D. Antonio. Envió con embaxada, instruccion y cartas de creencia para solicitalla á D. Cristóbal de Mora, portugués caballero del hábito de Alcántara y gentilhombre de la boca del príncipe D. Cárlos y caballerizo mayor de la infanta Doña Juana, princesa de Portugal, en cuyo servicio vino menino recebido en Toro, cuando fue casada con el príncipe D. Juan, por órden de Lorenzo Perez de Tabora, su tio embaxador de Portugal. Y á Su Alteza le habia enviado con presente de caballos y vestidos á su hijo el rey D. Sebastian, y con el Dotor Almazan, médico de su Cámara para consultar con los médicos portugueses

(1) Año 1565, y el décimo del reinado de Don Filipe.

sobre la salud del Rey, y le visitó tambien de parte del príncipe D. Cárlos su primo. Pesó al Cardenal de la interposicion del Rey su sobrino y á la reina Doña Catalina, y representó á D. Cristóbal era contra conciencia y bien del reino el mudar hábito D. Antonio, y no se le forzaria á tomar órden sacerdotal, y se le consignarian las rentas y mercedes prometidas. Habiendo trabajado mucho D. Cristóbal en asentar esto, por ser la embaxada molestísima á la Reina y Cardenal Gobernador, y hécholes firmar lo acordado, porque el tiempo no hiciese olvidar las palabras con buena destreza, sin parecer desconfianza, porque tambien ellos le habian hecho firmar su instrucion, quitando lo que podria causar en algun tiempo mala satisfacion entre los príncipes, porque eran materias pesadas y en que corrian más que interés entre el Cardenal y D. Antonio; y podria ser que su condicion le hiciese mudar, estando D. Antonio en Portugal, y quizá sin ocasion bastante tenelle solamente en su poder para no cumplir con él, y no dexalle venir á Castilla á buscar su remedio, cayendo en inconveniente mayor; porque para echalle della le ofreció D. Filipe que todo lo que se le dixese de su parte se le cumpliria en Portugal; y que siempre que no se cumpliese lo capitulado, Su Majestad tomaria de nuevo su proteccion y amparo para suplicar á aquellos príncipes lo remediasen, y cuanto más el Rey empeñaba la palabra en ello, tanto más le era molesto y le sería al Cardenal.

El Rey despachó á D. García de Toledo para que fuese á Italia, y le mandó tuviese la armada en Mecina, donde con una que tenía el emperador Augusto César y otra en Ravena, aseguraba su imperio en mar y en tierra. Porque mejor proveyese las galeras le hizo en el virreinato de Sicilia sucesor del Duque de Medinaceli, y para evitar las quexas que de su proceder daba contínuamente el reino, pidiendo sindicacion, inevitable cuando la pide. Habia hecho Sicilia donativo de un millon de ducados, y los brazos juntos para tratar de la cantidad y del tiempo en que se habia de pagar, la manera de sacar el dinero, las condiciones con que se concedia, las mercedes que habian de pedir, y el nombrar Diputados para la execucion, trataron tambien de su resentimiento y remedio de sus quexas. No estaba bien opinado el Duque por la infelice empresa, que tentó mal y gobernó peor contra Tripol de Berbería; en que fué la culpa de quien puso en exercicio militar su impericia y en el civil gobierno, para que se encaminase por ministros llenos de interés, emulacion, discordia, ódio, confusion tal, que el Parlamento truxo la visita del Obispo de Aliffe, y Don Juan de Mausino, cesando la venida del Marqués de Oriolo con gran limitacion de la autoridad del Duque, castigando sus ministros y amigos, causando division en el reino. Envió Sicilia con la presentacion del donativo al Rey al Marqués de la Fabara, hermano del Príncipe Rui Gomez, mal satisfecho del Duque, porque le pidió casase al Marqués con una gran

señora siciliana y no lo hizo. Refirió las quexas de la isla al Rey, y su peticion de nuevo virey, y cómo fue parte para darle el vireinato lo fue para quitársele. Conviene al ministro que sirve léxos del Príncipe tener amigo el favorecido, porque su buen oficio es contrapeso de los émulos; y asimismo á los Regentes de su Consejo conservados con dones y solicitud de su agente de valor é inteligencia, que por no tenerle el Duque, ásperamente fue de Rui Gomez reprehendido. Son los sicilianos sagaces y sutiles, más agudos que sinceros, amigos de novedades, litigiosos, aduladores, inquiridores de las acciones de los que gobiernan, dando siempre por hecho lo que se les representa á la imaginacion y deseo. Son obedientes y fieles, prontos al servicio del príncipe, aficionados á forasteros, oficiosos en el primer calor de la amistad, osados tratando del gobierno público, y del suyo tímidos. Tienen grandes prendas y méritos con la Corona de España, por haberse dado voluntariamente á la de Aragon, y que se les debe la entera guarda de la capitulacion con que se entregaron. Por esto y ser celosos de sus exenciones tienen por lícito cualquiera resentimiento con seguridad de no venir en mala opinion. Sus vireyes son molestados del Parlamento del reino, de la gran Córte, del Patrimonio ó tribunal de la Contaduría, de los de la sacra conciencia, ó apelaciones que abraza la justicia, del de la Santa Inquisicion, que tiene gran mano y autoridad, del de la Monarquía, juridicion eclesiástica hereditaria en grado de apelacion, donde si no es prudente el Virey andará con los prelados en revuelta, dificultando el servicio de su príncipe en la concesion de los donativos.

CAPÍTULO XXI.

La armada del turco viene á Malta, y sus efetos.

Por Febrero mil y quinientos y sesenta y cinco llegó á Italia para ser virey de Sicilia D. García de Toledo, general del Mediterráneo, y comunicó el órden que traia con la señoría de Génova, Duque de Florencia, Sumo Pontífice, Virey de Nápoles y Gobernador de Milan. En Sicilia dispuso lo que tocaba á su gobierno, y llevó desde Palermo en treinta galeras tres mil españoles, y en Malta trató con el Maestre de su fortificacion y defensa, y trabajaban en las fábricas los malteses pagados, esclavos criados de los caballeros, soldados de las galeras, oficiales del burgo solicitados y acariciados del Valeta, y con más continuacion en levantar un rebellin en San Telmo, pequeño castillo y de mala fortificacion en la figura con

un parapeto de faxina y tierra, y en derribar muchas casas de los arrabales y Burmola de la parte del castillo de San Miguel y de Aragon. No quiso por entónces gente de guerra el Valeta ofrecida por D. García, y pasó á la Goleta, donde la que le pareció habia menester desembarcó, y detenido pocos dias allí por la satisfacion que tenía del valor y experiencia de su general D. Alonso Pimentel, volvió á Sicilia brevemente. Antes de partir de Constantinopla la armada la visitó Soliman, y dixo á los generales:

«No contrastaria el poder que llevaban el de los cristianos: les rogaba y »encargaba usasen toda diligencia para tener buen suceso, pues con él in»tentarian reforzados la empresa de Calabria y Sicilia, y correrian los ma»res de poniente con su gran reputacion y daño de sus enemigos, divir»tiéndolos para crecer sus vitorias en Hungría, hasta ganar el otro impe»rio de Alemania, extendiendo el señorío otomano y la fama inmortal de»llos en toda la tierra. Era poquedad decirse que tales armas se juntaban »solamente contra Malta, las publicasen contra toda Italia para suspender »los enemigos y dividir sus fuerzas con su mayor gasto y ménos seguri»dad en todas: les encomendaba so pena de su desgracia se conformasen en »cuanto á su grandeza y servicio fuese conveniente.»

Dió á Mustafá el estandarte y espada, insignias de general, y hecha inclinacion á Soliman en señal de acetar sus advertencias y obedecer su mandato, salieron con la sumision servil usada en aquella monarqnía señoril, donde adoran la majestad de su príncipe, y su semblante y voluntad sólo es ley, siendo los súbditos esclavos, no hijos como suelen en la real, donde las cosas son regladas por leyes, evitando desórdenes, dexando á la disposicion dellas el punto hasta donde se pueden extender. Embarcáronse los generales, y salió de Constantinopla á veintinueve de Marzo la armada y despalmada en diversos puertos llegó al de Arnaut cercano á Nápoles de Romanía. La muestra della fue de ciento y treinta galeras, treinta galeotas, diez naves gruesas, y los demas baxeles hasta docientos eran caramuzales. Traian seis mil genízaros, ocho mil espais, veinte mil chacales, cuatro mil leventes, tres mil ventureros nobles, cinco mil azapes, mil y docientos de la guardia de la Romanía, y tantos de los que sustentan las rentas de los sacerdotes, que por celo de religion y beneficio público prometieron á Soliman pelear hasta morir en la expugnacion de Malta y Sicilia. Traian bastimentos y municiones para seis meses, sesenta y cuatro cañones de batir, cuatro basiliscos, un pedrero que Mustafá sacó de Galípoli de los que batieron á Rodas, que la bala de piedra que tiraba tenía siete piés de circunferencia, ochenta mil balas de hierro colado, sacas de lana, gumenas viejas, velas, tiendas, cueros de buey y de cabra, sacos para carrear tierra en gran número, y de clavazon y toda suerte de herramienta y madera para plataformas. Don García de Toledo advertido de todo envió en Levante á espiar esta armada y su viaje á D. Juan de Cardona con cuatro

galeras de su escuadra de Sicilia, de que era general sucesor de su suegro D. Berenguer de Requesens. Mandó recoger todas las galeras en Mecina, y á Juan Andrea Doria que en los navíos que aportaban á Génova embarcase los españoles que estaban en Córcega, y los que le enviaria el gobernador de Milan á la Especie, conforme al mandamiento del Rey. Escribió á los confederados y feudatarios de Italia dexasen levar y armar diez mil infantes á los coroneles Francisco Colona, Marqués de Mortara, y Paulo Esforza. El Maestre bastecia su isla con sus galeras y navíos, y traian los que topaban cargados de trigo y vino en el cargadero de la Alicata, y se les pagaba liberalmente; y de cabo Pájaro llevaron rama, leña, fajos de sarmientos, madera para trincheas y reparos. Hizo levas de gente para su defensa, y solicitó al Pontífice y potentados para que le socorriesen cuando fuese menester por su aviso. El Rey duplicó el órden á sus vireyes para que dexasen sacar de sus provincias bastimentos y gente al gran Maestre y á los generales de galeras para que se apercibiesen prontos á navegar dónde y cuándo les ordenase D. García de Toledo en socorro de Malta. El gran Maestre fortificó la ciudad y castillos, hizo reseña y armó la gente útil, envió fuera la inútil. Proveyó las postas de las ocho lenguas por capitanes á los caballeros pilieres dellas, ó más ancianos, por de más autoridad y obediencia despues del Maestre, porque dan de comer á todos los del hábito de sus naciones en sus albergues ó refectorios por cuenta del tesoro de la religion. Para socorrer estas postas diputó caballeros y griegos malteses y soldados de galera gobernados por seis capitanes de la religion. Metió mil esclavos en la cárcel, prometió á quinientos forzados y buenas boyas libertad y mercedes, si cuando se les diesen armas peleasen como valientes y buenos cristianos. Los demas cargos distribuyó entre sus principales y más expertos, y en todo proveia con diligencia y autoridad. Llamó los caballeros ausentes para la comun defensa por su juramento y votos obligados. Halló en la muestra quinientos del hábito de todas naciones, quinientos soldados de las galeras, seiscientos italianos, docientos sicilianos y griegos, dos mil malteses, cien soldados de ordenanza de San Telmo, cien criados del Maestre y de los caballeros, y despues truxo D. Juan de Cardona con las galeras cuatrocientos españoles de las compañías de los capitanes Miranda y Juan de la Cerda, y todos fueron cuatro mil y novecientos. Mandó que los feudatarios de la religion estuviesen á punto con sus armas y caballos segun su obligacion: y á D. Francisco de Sanoguera poner la cadena de hierro á la boca del puerto. Suspendió todos los pleitos, echaba bandos muy de ordinario para que todos los malteses retirasen sus hijos y mujeres, haciendas y bestias á las plazas fuertes que se habian de defender. La seguridad de la campaña se encomendó al marechal Guillelmo Capperi con trecientos caballeros ayudantes, seiscientos soldados, docientos y cincuenta caballos para impedir el discurrir por la isla. Está casi en el medio del Me-

diterráneo, entre cabo Pachino ó Pájaro, promontorio de Sicilia, distante sesenta millas, y la ribera de Berbería sesenta y siete, larga ventitres de oriente á poniente, y ancha once y boxa sesenta. Llamóse Melita, que quiere decir abeja en griego, quizá por la semejanza de la figura de la isla, celebrada por el naufragio de San Pablo. Ocupáronla griegos, romanos, sarracenos y Cárlos V la dió á la congregacion de los caballeros del hospital de Jerusalen. Tiene puertos de acogida segura, no rios, es baxa de sitio, lagunosa, pedregosa, casi estéril, húmeda; cria naranjos como Cerdeña; sus habitadores son algo rústicos en el trato y cultivacion, pues si á la templanza del sol y humedad ayudára su industria y trabajo, fuera abundante.

CAPÍTULO XXII.

Pide D. Filipe al Rey de Francia el cuerpo de San Eugenio, arzobispo de Toledo.

San Eugenio, contemporáneo de los Apóstoles, fundador de la religion cristiana en el reino de Toledo y su primer arzobispo, alcanzó corona de martirio en la persecucion del emperador Domiciano contra la Iglesia en Francia. Padeció en Grolei, seiscientos pasos del lagó Merxé, en latin *Mercasius Lacus*, que tomó nombre de un castillo cercano hoy arruinado á tres leguas de París, junto á Duel ó Dioylo, donde aún le tienen hoy por su patron y sobrescrito de su nombre el priorato y á su memoria consagrado el templo; porque allí paró el carro de Marcoldo, cuando le sacó del lago, seis mil y docientos pasos de San Dionis, donde fue llevado, antigua abadía de San Benito, y suntuoso sepulcro de los reyes de Francia, de quien era abad el Cardenal de Lorena. En edades diversas hasta el señor rey de España Cárlos I, emperador de Romanos, procuraron los prelados y ministros de la santa iglesia de Toledo cobrar el cuerpo, y especialmente cuando San Luis, rey de Francia, marido de Isabel, infanta de Castilla, hija del señor rey D. Alonso VII, estuvo en Toledo á ver á su suegro. San Luis, á su instancia, alcanzó solamente un brazo con gran dificultad de los monjes de San Dionis, y le envió con su abad y entró en Toledo en el año mil y ciento y seis á once de Hebrero, siendo arzobispo Juan I, en hombros del Rey y de sus dos hijos, los reyes que fueron Don Sancho y D. Hernando. Reinando en Francia la española Isabel, se truxo el brazo, y reinando en España otra Isabel, infanta de Francia, pareció al

cabildo de la santa iglesia de Toledo se alcanzaria la restitucion del cuerpo de San Eugenio á su iglesia, por intercesion del rey Cárlos IX y de la reina madama Catalina su madre; y porque al Rey Católico se hallaba la Corona de Francia obligada por los socorros que dió para defensa de los católicos, y sus cosas estaban en tal término, que de nuevo querian valerse de su consejo y fuerzas contra sus rebeldes apóstatas. Pidió á los reyes don Filipe y doña Isabel, D. Diego de Castilla, dean y canónigo del cabildo, escribiesen á los de Francia en favor de su pretension, y llevó las cartas Diego de Guzman, canónigo de Toledo, que iba por embaxador á Inglaterra, y hizo las primeras diligencias con los reyes, y prosiguiólas don Francés de Alava, que hacia oficio de embaxador, representando la devocion y aficion particular que tenian á San Eugenio sus príncipes y deseo de complacer al cabildo de Toledo y condecender á su deseo y ruego. Favorecian los Reyes la negociacion, y lo escribió el Rey Católico al dean y á D. Gomez Tello Giron, que gobernaba el arzobispado por la ausencia del arzobispo D. Fray Bartolomé de Carranza, carcerado y procesado en Roma. Nombraron por comisario para esta expedicion á D. Pedro Manrique de Padilla, canónigo y capellan del Rey, y sacerdote, hijo de D. Antonio Manrique, adelantado mayor de Castilla, con facultad ampla para hacer todo lo que al negocio pertenecia, y los gastos convenientes conforme á la grandeza que la santa Iglesia usa en sus cosas. Mandóle el Rey que ántes de su partida despachase correo á D. Francés de Alava, para que supiese de los Reyes el órden que habia de guardar en el viaje, y en conformarse con su voluntad, y él dió la suya para que no se errase. En Tolosa halló la Córte D. Pedro Manrique, porque visitando las provincias los Reyes vinieron con intento de abocarse con D. Filipe en los confines de los reinos, para tratar del remedio de las cosas de la religion, y segun lo habia pedido el Sumo Pontífice; pero D. Filipe no se determinaba por las causas que adelante se dirán. El Cardenal de Lorena se oponia á la voluntad y liberalidad de los Reyes para que su monasterio no fuese despojado de las prendas sumamente estimadas, negadas á los españoles, poseidas por señalado milagro, y sin consentimiento del Pontífice decia que no se podian dar, y el Consejo del Rey no consentiria el despojo de su monasterio, imitando á sus predecesores, y la defensa tocaba á su reputacion, y dar satisfacion á sus monjes y pueblos cercanos tan venerantes del Santo, que llamaban á sus hijos Eugenios. La dilacion en el negociar causó publicidad y dificultó lo que al principio era fácil. Ablandó luégo el Cardenal solicitado de D. Francés de Alava, y á instancia de los Reyes que afectuosamente le pidieron la reliquia, diciendo la prometieron ya al Rey Católico y á la Reina, y de no cumplir quedarian desabridos y no podian faltar á su promesa y habia llegado el negocio á punto que podia haber alguna desgracia en las voluntades estando en necesidad de su ayuda, y de

todo se le imputaria la culpa al Cardenal; y principalmente habiéndose de ver como procuraban con D. Filipe brevemente, y él tenía más obligacion que otro á complacerle por la buena correspondencia que habia tenido con él y con todos los de la casa de Lorena, confin con Flandres. Satisfizo el Cardenal al deseo de los Reyes por escrito enviado al Obispo de San Lis, y en el dia de San Ildefonso, glorioso arzobispo de Toledo, á ventitres de Enero mil y quinientos y sesenta y cinco, dixeron al embaxador sin duda se le daria el santo cuerpo. Cometieron la execucion por su real provision escrita en pergamino, para que se hiciese sin escándalo y con autoridad y secreto á Reynato Bayllet, señor de Sans, del Consejo privado del Rey, y su presidente del Parlamento de París. Con los oidores Adria de Drae y Eliberto de Dyan, buenos católicos, y el Vicario de París (porque Guillentin Vidá, su electo obispo, no habia tomado la posesion) fué á San Dionis á veinticinco de Hebrero, y dixeron á fray Juan Xabellon, gran prior de la Abadía, y á los deputados de su monasterio el fin de su venida. Vista en su capítulo la real provision, con muchas lágrimas pidieron traslado para enviarle y por licencia á su abad el Cardenal que estaba en Lorena. El Vicario del gran Prior mostrando gran descontento dixo: «No debian sus Reyes de ser tan liberales de la hacienda ajena con notable perjuicio de todo el reino.» Mas templóse cuando se le dixo, daria el Rey Católico en cambio la cabeza de San Quintin mártir, y convenia que los santos volviesen á sus tierras. El Presidente, executando, hizo poner en el altar mayor el cuerpo en una caxa, y la cerró y selló á los diecisiete de Marzo. Con el consentimiento del Cardenal y con el Obispo de San Lis en primero dé Abril se truxo el cuerpo á la catedral de París. Pidierou los monjes al Rey de España otro cuerpo santo para ocupar la capilla donde estaba San Eugenio, porque en todas las del templo habia un cuerpo santo. D. Pedro Manrique prometió de suplicarlo al rey Filipe, y de que su iglesia daria al monasterio un muy rico terno en agradecimiento. A tres de Abril se entregó á Luis Gonzaga, duque de Nevers y hermano del Duque de Mantua, el santo cuerpo y le truxo á Bordeos á primero de Mayo. En el dia de Santa Cruz, en la iglesia el Rey dixo á D. Francés de Alava, que por el deudo, confederacion y estrecha amistad que tenía con el Rey Católico cumplió su deseo en darle el cuerpo de San Eugenio, que era verdaderamente el que estaba en aquella caxa sellada y cerrada, por el amor que les tenía en contradicion de muchos, fiando en que le daria la cabeza de San Quintin mártir que llevó de su ciudad, cuando la ganó y puso en la iglesia de Bruseles. El Arzobispo de Bordeos la dió en sus manos á D. Pedro Manrique. El Rey partió para Bayona á esperar á su hermana, y el Santo para la villa de San Sebastian, acompañado de D. Francés de Alava, y él avisó al Rey Católico de la entrada en España de San Eugenio, y su Majestad al cabildo de la santa iglesia de Toledo, y al gobernador del ar-

zobispado, donde hicieron gracias á Dios y á D. Filipe por la merced que recebian; y trataron de la venida y aprestos para su recibimiento, y de lo acordado enviaron relacion al Rey Católico.

CAPÍTULO XXIII.

Las vistas de los Reyes de Francia con la Reina de España Doña Isabel en Bayona.

Deseaba el rey Cárlos IX de Francia deshacer los herejes que la dividian y consumian, y consultaba al Pontífice y al Rey de España. Porque su Consejo dispondria el intento, pedia al Rey fuese brevemente á la raya de las dos provincias para comunicarle. Tenía D. Filipe mala satisfacion del celo de la religion de los franceses y fuerza para acabar de una vez las cabezas de los huguenotes, y aborrecia la junta; y porque las de príncipes dañaron y arriesgaron mucho á los amigos ó reconciliados, enemigos declarados ó encubiertos ó en tregua, y los ciertos amigos conserva la comunicacion por embaxadas, y del verse salen disgustos por la precedencia, cumplimientos, notas por la imperfecion y usos encontrados, por la emulacion inevitable, pedir, negar, debates de los criados, y tanto más si estuvieron enemigos. Envió D. Filipe á su mujer, Madama Isabel, bien acompañada para que visitase á su madre y hermanos, con que cesó lo mucho que le solicitaban para que los viese. Partió de Madrid á ocho de Abril, y llegó á Pamplona á seis de Junio, servida de D. Juan de Quiñones, obispo de Calahorra y de la Calzada, y de D. Diego Ramirez Sedeño de Fuenleal, obispo de Pamplona. El Duque de Alba, habiéndose apartado á visitar á su nuera Doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerin, alcanzó á la Reina cerca de Hernani, en la provincia de Guipúzcoa. Visitóla su hermano Enrique, duque de Orliens, en la ribera Margiria del rio Vidaso, que divide la provincia de Guipúzcoa de Francia: por un puente de barcos, hecho por los ministros del Rey Católico entónces, pasó la Reina madre á recebir á su hija, dexando, dice Tuano, historiador francés, á la parte de Francia al rey Cárlos con los Cardenales de Borbon, de Lorena, el Duque de Vandoma, el de Guisa, el Condestable, con otros Peres y mayor nobleza. Es todo el canal de Castilla, y por no pisarle como parte del reino ajeno, poseida por sentencia entre las dos naciones, con que en el terreno que á la parte de Andaya cubre y descubre el fluxo y refluxo del mar, en naturaleza maravillosos y de no sabida causa, hace la justicia de Fuenterrabía actos de juri-

dicion, y sus escribanos ordenan comunmente escrituras de los que no quieren ó no se atreven á pasar la ribera de Irun. El rey de Castilla Don Enrique IV, enmedio de Abril del año mil y cuatrocientos y sesenta y tres, dicen las historias, pasó el Vidasoa, ó Vidaso, Beovio, Gastabar ó Marquerio (así nombran variamente los escritores á este rio) para verse con el rey de Francia Luis XI, que le aguardaba por concierto en la ribera Margiria; y enmedio del canal detenido, el rey Luis le dixo le pasase todo, pues era suyo; y D. Enrique respondió: «era así»; y desembarcado, que allí estaba en lo suyo, sinificando en lo que la marea entónces descubria. Donde se muestra haber sido conveniencia, no razon de justicia, conforme á la capitulacion hecha en Madrid entre el emperador Cárlos V y el rey de Francia Francisco I, su prisionero, el hacerse en el primero dia de Julio del año mil y quinientos y treinta las entregas del Rey y de sus hijos, que daba por rehenes de sí mismo, en ponton fabricado en el medio del Vidasoa, de acuerdo y necesidad, no de parte de señorío de los franceses, procurando en la igual distancia de ambas riberas ellos y los españoles la igual seguridad, siendo á un tiempo con gabarra puesto en libertad el rey Francisco en el ponton, y recebidos sus hijos rehenes por él, traidos en otra barca de igual tamaño y número de remeros; y despues el rescate dellos en su entrega. Porque si los españoles pasáran toda la agua, pudieran los franceses en su tierra apoderarse de lo que se les habia de entregar, y retener lo que ellos habian de entregar. Y con protesta que hicieron los de Fuenterrabía en guarda de su derecho, imitando estas entregas en parte cuanto al puesto, cumpliendo el órden de la comision del Duque de Lerma, enfermo, su hijo el Duque de Uceda, en el año mil y seiscientos y deciseis entregó la mitad del rio, como ya han escrito, á la serenísima infanta Doña Ana, hija del Rey Católico verdaderamente D. Filipe III, nuestro señor, casada con el Rey Cristianísimo de Francia Luis XIII, al Duque de Guisa, y éste á su ecelencia á la esclarecida Madama Isabel, hermana del Rey Cristianísimo, casada con el eminentísimo Príncipe de la monarquía de España D. Filipe, á quien se dirige esta historia, como al más digno y fin último y glorioso por ello de mi cuidado y trabajo. Y el haberse de hacer la entrega de la Reina Cristianísima pasado todo el rio Vidasoa en la parte de Andaya, advirtió previniendo en el caso con particular discurso bien justificado y erudito D. Lorenzo Ramirez de Prado, del Consejo de Su Majestad Católica, mostrando gran celo de su servicio y guarda de su autoridad y derecho y de la reputacion de su patria y el buen empleo y logro de sus letras, de estimacion y veneracion, como publican tantos volúmenes suyos en diversas materias impresos, con su alabanza y honor desta provincia, carísima y dulcísima madre nuestra. Cuando vió ya el rey Cárlos IX cerca á Madama Isabel, su hermana, que asida de la mano la traia su madre, venciendo el amor á la autoridad, entró hasta el segundo barco

á recibirla y saludarla; y lo refiere así Jacobo Augusto Tuano, francés, en el libro tercero de su *Historia Latina*, escribiendo los sucesos deste año mil y quinientos y sesenta y cinco, y nuestro Estéban de Garibay en la de los Reyes de Navarra. Salió del puente, llevando enmedio á las Reinas él y su hermano.

Á quince de Junio entraron en Bayona, con solene recibimiento y fiestas, que duraron muchos dias. Juntáronse en el gabineto ó Consejo privado el Rey y las Reinas y el Duque de Alba y D. Juan Manrique de Lara, y resolvieron el dar á las cabezas de los huguenotes una víspera siciliana, y á los más importantes disponiendo el tiempo las armas. Tratóse el casamiento del príncipe D. Cárlos con Madama Margarita, hermana de la reina Doña Isabel, y el rey Cárlos con la princesa Doña Juana, hermana del Rey Católico, y el pedir en dote á Flandres lo estancó. Pidió que los vasallos de España del obispado de Bayona quedasen en la juridicion del de Pamplona, porque la comunicacion no los inficionase con la herejía, y no quiso el Obispo. Pero como cesó con la guerra en el tiempo adelante el trato de sí mismos y del desórden de las cosas, se incorporaron fácilmente en el obispado de Pamplona. Llegó un chaus del turco á Marsella, y acompañado del Baron de la Guarda á dos leguas de Bayona, Madama Isabel queria no fuese oido, porque se rompiese la hermandad vituperada de la cristiandad; pero confirmáronla de nuevo los Reyes con grandes promesas y satisfaciones, y asiento de libre comercio con la Africa, y segura acogida á sus bajeles en Francia. En tanto D. Pedro Manrique avisó al Rey Católico, que estaba en Valladolid, cómo partia de San Sebastian, y esperaria su órden para caminar adelante en Santa Gadea, villa de su padre el Adelantado, y se acordó que pasando el puerto de Somosierra parase en Tordelaguna, villa de la juridicion arzobispal en lo espiritual y temporal entónces. Fue allí recibido con gran solenidad y regocijo, y esperó ciento y dos dias hasta que la Reina vino de Francia á Madrid. El Rey, por su carta hecha en Segovia á venticuatro de Diciembre, mandó que la entrada fuese á quince de Noviembre, en el dia de su festividad, y que el gasto se hiciese con grandeza y liberalidad de lo procedido de las rentas arzobispales. Despues en el Escorial, en el dia de San Simon y Júdas, apóstoles, acordó que la entrada fuese en domingo deciocho de Noviembre en que se hallaria en la ciudad. Envió á Salazar, alcalde de su córte, para que dispusiese la provision y gobierno del viaje, y al gobernador del arzobispado, dignidades, canónigos y cantores de la iglesia. Llegaron con el cuerpo á quince de Noviembre á Getafe, aldea de Madrid, donde la Reina y la princesa Juana y D. Juan de Austria adoraron el cuerpo santo. El Rey esperó su llegada en el hospital del Cardenal Tabera, acompañado del príncipe Don Cárlos y de los archiduques Rodulfo y Ernesto, sus sobrinos. La procesion ilustraron D. Fray Bernardo de Frexneda, obispo de Cuenca, confesor

y del Consejo de Estado del Rey; D. Juan Juarez de Carvajal, obispo de Lugo; D. Pedro Gasca, obispo de Sigüenza; D. Diego de Covarrubias, obispo de Segovia; D. Cristóbal de Baltodano, obispo de Palencia, y Don Pedro Cárlos, obispo de Girona; y habia tantos arciprestes y prelados juntos, porque los sufragáneos del arzobispado se congregaron á celebrar sínodo con muchos párrocos ó curas y prebendados del arzobispado. El Rey llegó á las andas para ayudar á llevarlas al hombro, por imitar al señor rey Don Alonso VII, cuando cuatrocientos y cincuenta y nueve años ántes metió en la ciudad el brazo de San Eugenio, y por ser sus compañeros niños acetó el llevarle los grandes, y á la puerta que en la santa iglesia llaman del Perdon, habiendo tocado á las andas el Rey, las llevaron los obispos que allí iban de Pontifical. Á decinueve, celebrada la misa por el obispo de Córdoba, se hizo la entrega del cuerpo, y para ello dió la llave al Rey D. Pedro Manrique y adoró las reliquias; y Gonzalo Perez hizo la escritura de la donacion que dellas hacía Su Majestad á la santa iglesia, y en su nombre al Dean y Cabildo della, para que le tuviesen y estuviese el cuerpo perpétuamente en la capilla del Sepulcro, que es debaxo del altar mayor. El dean D. Diego de Castilla le besó las manos por el bien y merced recebida con razonamiento grave y bien ordenado: pidióle la breve conclusion de la causa de su arzobispo, D. Fray Bartolomé Carranza. Pusieron el Santo en su capilla, y el rey llevó el brazo de San Eugenio á su monasterio de San Lorenzo, que iba edificando; y dotó la fiesta de la traslacion y aniversario en la santa iglesia, para que se celebre perpétuamente en deciocho de Noviembre, dia en que se mandó celebrar en un sínodo, en testimonio de su devocion grande. Fueron muchas las fiestas que hizo Toledo, y el concurso de la gente mayor, como lo escriben hijos de la noble, antigua, imperial ciudad. Poco despues pareció la Reina preñada, que dió á los reinos de la monarquía gran contento, esperando el nacimiento de un hijo que afirmase la sucesion en varon, porque los desórdenes del príncipe D. Cárlos le figuraban á los súbditos con poca capacidad para reinar, por su extremo predominio de la ira y disonancia de sus acciones.

CAPÍTULO XXIV.

Llega la armada turquesca á Malta, y desembarca su gente y sus efetos.

Piali, desde Navarino, á doce de Mayo, partió con tan próspero tiempo, que fue descubierta costeando la Calabria su armada desde cabo Pájaro navegando al Mediodía; y al amanecer á los deciocho treinta millas á la

mar desde Malta, y llegó á Marzajaloc, y por grueso mar y haber cargado allí cien caballos y quinientos infantes de las compañías de Medrano y Masso y frey Juan de Guarás, guiados en la marina del Marechal, y en la noche sin faltarle bajel ancoró parte en el Freo y parte en Almijar. Aquí mostró Mustafá á Piali una patente de Soliman de la suprema autoridad que traia, y se resintió de que su negociacion, no sus méritos y servicios, le prefiriesen. Los capitanes dixeron habria desconformidad entre los dos baxaes, porque á Piali juzgaban digno de toda confianza por su valor y consejo, y haber roto la armada cristiana con tanta reputacion suya, y prendido el fuerte de los Gelves y tanto número de caballeros principales, generales, capitanes, soldados; y parecia causa suficiente de quexa el haberle dado en esta empresa no sólo compañero pero superior en todo, y tenido así del exército y armada.

El Gran Maestre hizo solene procesion, y estuvo el Santísimo Sacramento descubierto cuarenta horas, invocando con oraciones la gracia y misericordia de Dios. Avisó al Pontífice con Camilo de Médicis, y á D. García con Rafael Salvago, de la venida de los turcos. En el dia siguiente Piali volvió á Marzaxaloc, puerto distante del Burgo cinco millas y harto capaz y seguro, si no es de Xaloc que le dió nombre. En la noche desembarcó su exército, y por mandado de Mustafá buen número de turcos se arrimaron al Casal de Santa Catalina, dos millas de la ciudad, reconociendo el sitio. La infantería y caballería cristiana se emboscó sin efeto, y afrontada con los turcos trabó recia y bien atacada escaramuza, y cedió á la multitud, y crecida de ánimo y número la rompió con atroz pelea dando y recibiendo cargas con vária fortuna y á viva fuerza, y de la artillería de las murallas los retiraron en desórden con muerte de muchos, y se alojaron en el Casal. En el dia siguiente salió parte á cercar la ciudad, otra á Marza Mujeto, y fue cargada de buen golpe de caballería y de infantería, y pelearon seis horas con gran daño de los turcos, porque la artillería hizo maravillosos efetos en su contra. Otra parte corrió la isla, robando los ganados, talando los árboles y traia faxina con que fabricase Piali un fuerte para la guarda de su armada en Marzajaloc. Para mayor seguridad della trató Mustafá el combatir primero á San Ermo, y decia en su contra era gastar el tiempo y vigor de la gente sin necesidad importando más ganar la ciudad, y Piali replicó habia de sacar su armada de peligro del mar y del enemigo, pues sobraba gente y tiempo para la conquista. Esta oposicion desunió los ánimos de las dos cabezas, y mostró cuánto dañe enviar más de una suficiente á las empresas grandes, aunque la consideracion de Soliman fue muy de buen consejero. El Maestre, á los ventidos, en la segunda guarda de la noche, despachó á su sobrino el comendador Cornison para Sicilia, con la galera *Santiago*, armada de bogavantes, para dar relacion á D. García de Toledo del estado de las cosas,

y el capitan de la patrona de la religion llegó de Berbería con ella, que le habia enviado el Maestre á tomar lengua, y no atreviéndose á entrar en el puerto, navegó á Sicilia. Juntó Mustafá aduana, y la mayor parte de los pareceres fue de que se combatiese lo primero la ciudad vieja, el Burgo y San Miguel á un tiempo, pues tenian aparejo para todo, y que Piali con diez mil hombres y diez cañones reforzados combatiese la ciudad madre, y Mustafá á San Miguel y el Burgo, con que acabasen todos á un tiempo para ir á la expugnacion de la Goleta. Piali, que no deseaba le sucediese bien la conquista á Mustafá, dixo:

«No era razon aventurase toda la gloria y fama que habia ganado con »tanto trabajo por negligencia, y quizá con ella la cabeza, si ausente de su »armada, fuerza mayor de su señor y por tanto muy estimada dél, le su»cediese desastre, habiéndosela encomendado con tantas véras y adverten»cias; y pues no tenía parte en el honor que habia de ganar en esta isla, no »queria perderle por su parecer y de otros, y en tanto que no tuviese más »seguro puerto, no se apartaria un punto della.» Mustafá le replicó: «Tenía »muy de atras conocida su voluntad para con él, y habia procurado por la »reputacion de los dos engañarse, mas ya llegaron á tal paso que no con»venia disimular. Si no habia más dificultad para executar el parecer del »Consejo que la seguridad de la armada, el gran señor quedaria satisfecho »y ellos honrados, pues estaban en la sazon del año en que los golfos eran »puertos. Mas conociendo la causa tan advertida de su oposicion, protes»taba que no se conseguiria la empresa perdiendo reputacion, gente, mu»niciones, y quizá despues perderian las cabezas. Le daria á Marza Muget »el mejor puerto de la isla y muy á su propósito; y así meteria su armada »en él expugnando el castillo de Sant Ermo.»

Esto dixo ménos alterado, porque le pareció lo haria en diez ó doce dias á lo más largo, y lo efetuó sin esperar la venida de Dragut ni cumplir el mandato de Soliman de no intentar batería sin él, y que á la parte donde su voto se arrimase en el Consejo, cayese la resolucion. Mas pareciéndoles que la honra toda fuera suya, no le aguardaron en la primera determinacion; yerro que libró la isla de sus armas y les quitó claramente la vitoria. Mustafá, para terror de los de la isla, puso sobre la montaña de Santa Margarita su exército bien ordenado, adornado de banderas y de instrumentos militares á su usanza. Pasó con la mitad á divertir la ciudad, en tanto que reconocia la otra el castillo de Sant Ermo, y traia para combatille las máquinas, municiones y artillería. El capitan Juan de la Cerda salió de Sant Ermo y dió en los turcos, y con la caballería frey Juan de Guaras, y mataron muchos sin más daño que salir mal herido de un flechazo, y tambien Claramonte, su teniente, y sucedióle Mombreton, caballero francés, en el cargo al Guaras. Con la mucha chusma de las galeras y bueyes que robaron en la isla, los turcos truxeron la artillería á venticinco de Mayo y

levantaron trincheas ganando el espacio entre su alojamiento y el castillo con su mejora, y por falta de tierra con faxina, sacas de lana, vigas, hicieron explanadas, plantaron gaviones de madera de tres esquinas y tres gruesos cañones, de más de otros muchos para batir desde un collado la cadena que cierra el seno enmedio de la ciudad y de San Miguel y los bajeles del puerto. El Gran Maestre en el foso afondó sus galeras para asegurarlas, reforzó el presidio de Sant Ermo, hizo cubrir bien una culebrina que dañaba mucho á los enemigos, porque le avisó un renegado andaluz procuraba embocarla un artillero genovés que sabía terciar matemáticamente las piezas.

Llegó Aluch Alí, renegado calabrés, dicho Fartax, que es tiñoso, con cuatro bajeles y en ellos seiscientos leventes, y á dos de Junio Dragut con trece galeras y dos fustas suyas y de cosarios, y mil y quinientos leventes, y fue recibido de los dos generales con grande honra y saludado de todo el exército. Tomó posta para sus bajeles en la cala de San Jorge, al poniente de S. Ermo, y hacía como buen cosario al entrar la noche embarcar su gente, prevenido para no ser improvisamente cogido en tierra, si la armada del Rey Católico venía á socorrer á Malta. Dixo en el Consejo se habia de ganar primero el Gozo, su castillo, la ciudad madre, y quitar el socorro á los hijuelos que se habian de combatir despues; y así habian errado en el principio de la jornada, y por haberla aconsejado él le pesaba, que advirtió con discurso en lo que se habia de hacer en ella y por su opinion y autoridad. Pocos dias despues arribó Hascen baxá con ventiocho galeras y fustas de Argel bien proveidas de municiones, artillería y de tres mil turcos renegados y genízaros práticos, porque los de Argel son los más insolentes y como facinorosos allí recogidos como en asilo. Fue muy bien recebido de Piali que preciaba su persona, y le encomendó la guardia de la armada y el alargarse al mar cada dia á descubrir y hacer seguro el exército. Pusieron en la lengua que ha cortado por medio el golfo, porque en su remate estaba el castillo, su fuerza, y comenzaron á batir con catorce cañones y Dragut con cuatro de los más reforzados, el mar enmedio, desde una plataforma que hizo en el cabo de Marza Mujeto, en el alto de la hermita de Santa María, á seiscientos pasos del castillo. Ofendíales mucho un rebellin edificado para unir el baluarte que miraba al puerto de Marza Mujeto, y por aquella parte como caballero le guardaba por una pared de piedra seca superior á las trincheas de su cañonería; mas no habia seguro en ellas y guardaba el muro un cuerpo de guardia de cincuenta malteses. De noche y de dia tiraban los turcos al rebellin fatigando los soldados y no dexándolos tirar sin herida, ni reposar de noche punto sin temor de la muerte. Mirando en el dia de Sant Ermo, nueve de Junio, sus ingenieros la escarpa del foso de que ya eran señores, y reconociendo bien el efeto de su batería sin miedo, por estar sus trincheas tan guarnecidas de arcabuceros

y no tener el castillo traveses, llegaron tan cerca del rebellin sin ser descubiertos en la última guardia, que admirados caminaron adelante y llamaron los genízaros cercanos, y comenzaron á entrar por una tronera, y dentro con tal ímpetu se mostraron habiendo muerto las centinelas dormidas con la gran fatiga, que de los dormidos y soñolientos, olvidados de sí y de su oficio, parte tomaron las armas floxamente espantados con su vista improvisamente, y parte desanimados huyeron por un puente al foso y fueron muertos como los que pelearon. Crecieron en número con la arma recia que se tocó en ambas partes acudiendo de todas las trincheas, y arrojóse gran multitud en el foso para ganar la fortaleza como el rebellin de repente, y por las escalas subian con mucha furia empujando los unos á los otros con gran vocería animándose, incitados con el premio y gloria que la vitoria de Mustafá deseada y procurada les daria. Mas los defensores saliendo tan alentados contra ellos como ántes, con valor y coraje los derribaron, y los turcos resistian valerosamente en batalla de pié á pié firme, espada por espada, procurando no perder el rebellin contra los que los acometian fuera del puente para recuperalle. Mas cediendo á la multitud los socorrió el Bailio de Negroponte con gente fresca y el comendador Sagra, y con tal revolucion y confusion entraron en el puente, que la arremetieron furiosamente los enemigos, y se la defendió con pocos frey Perez Barragan con esfuerzo y valor hasta morir como buen caballero. En todas partes se combatia procurando los turcos superar la batería una y muchas veces rebatidos con gran derramamiento de sangre, y fuera mayor si el castillo tuviera traveses para guardar las cortinas y limpiar de una parte á otra sus distancias entre los baluartes, proporcionadas al tiro. Los turcos corrian la isla y la arruinaban escaramuzando con la caballería que les hacía entrar en mal provecho y comprar caro las presas y correrías y sus acometimientos contínuos á la ciudad, haciendo sus salidas ordinarias ménos y los discursos más cortos, saliendo della lugar más á propósito para los caballos y hacer daño á los enemigos. Murieron en este combate cuatrocientos; fueron heridos muchos, y algunos de los defensores y de consideracion.

Estando en Galapagar el príncipe D. Cárlos caminando al bosque de Segovia, D. Juan de Austria su tio en edad de deciocho años para ir al socorro de Malta, estimulado de la fuerza natural de la sangre de su guerrero y glorioso padre, con D. Juan de Guzman, D. Josef de Acuña y Peñuela su guardaropa, en posta caminó á embárcarse en Barcelona. El Duque de Medinaceli, que iba donde estaba el Rey, advertido del viaje de D. Juan por un postillon, se lo dixo y al Príncipe. Preguntó el hecho á Luis Quijada, y no sabiendo el caso, juzgó luégo D. Filipe iba á Malta su hermano; envió correos á los vireyes y puertos para que no le dexasen pasar. Escribióle volviese luégo, porque no le concedió la licencia que le ha-

bia pedido por su poca edad, y lo mismo mandó le dixese D. Pedro Manuel que despachó en su seguimiento, y que Luis Quijada se lo escribiese. En Torija enfermó de calentura terciana, que le segundó en Frasno cinco leguas de Zaragoza, y allí le alcanzó D. Pedro Manuel. Don Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, envió por él al Gobernador de la ciudad y otros caballeros, y en su casa le curó. La fama de la partida de D. Juan sacó del ocio á muchos caballeros de la Córte y reinos, que avergonzados de quedarse en él, le siguieron. Estaba con la reina doña Isabel entónces el prior D. Hernando de Toledo, hijo del Duque de Alba, y para ir al socorro de su religion pidió al rey Cárlos IX mandase darle dos galeras. Nególas con excusa de no poder asombrar la paz que tenía con el turco, tratando allí su Chaus de confirmarla; porque muchos franceses irian á Malta, y diria Soliman los enviaba contra su armada. Don Juan convaleció, y D. Pedro Manuel le pidió no pasase adelante, si no queria indignar al Rey; pues las galeras en que pensaba pasar partieron de Barcelona. Y le respondió era la jornada del servicio de Dios y del Rey, y no la podia dexar con reputacion, y envió á D. Josef de Acuña á ver si en Barcelona habia galeras para su pasaje. El Gobernador de Zaragoza y el Arzobispo con muchos caballeros le suplicaron volviese á Madrid, porque tenian órden del Rey para detenelle. No condecendiendo con su ruego le requirieron con las cartas de su Majestad no pasase adelante, y con resolucion de ir á embarcarse les respondió. Pidiéronle llevase quinientos arcabuceros para su guarda, pues no convenia el ir tan solo, que los pagaria el reino por todo el tiempo que durase la jornada; y dixo que si se embarcase se valdria de su ofrecimiento. Hiciéronle de buena suma de escudos y no acetó. En Belpuche le hospedó el Almirante de Nápoles, y con guardia llegó á Nuestra Señora de Monserrat, donde le salió á recebir el Duque de Francavila, virey de Cataluña, el obispo de Barcelona y el arzobispo de Tarragona y los jurados. Aposentóle el Virey, y habiendo determinado de pasar por Francia, le entretuvo hasta que llegó órden del Rey para que volviese luégo so pena de su desgracia; y forzado desta manera obedeció. Habia llegado en su seguimiento D. Bernardino de Cárdenas, señor del Colmenar de Oreja, con D. Luis Carrillo mayorazgo del Conde de Priego y su tio D. Luis, y con gran compañía de caballeros, deudos, capitanes, soldados y criados, á su costa conducidos; de manera que entró en Malta con docientos, y don Jerónimo de Padilla, D. Gabriel Manrique hijo del Conde de Osorno, don Bernardino de Mendoza hermano del Conde de Coruña, D. Diego de Guzman, mayordomo de la Reina, D. Lorenzo Manuel, D. Francisco Zapata de Cárdenas, D. Pedro de Luxan, D. Gabriel Niño, Juan Baptista de Tassis, hermano del Correo mayor, y otros caballeros castellanos, andaluces y aragoneses. Todos venian deseosos de emplearse valerosamente en la empresa peligrosa y muy apartada de su España, y así costosa y molesta;

pero la nobleza della fue siempre pronta para pelear contra los turcos y moros por herencia de sus abuelos que alcanzaron contra ellos admirables vitorias, generales y particulares; librando su patria de la tiranía de los africanos, y pasando á Africa sus banderas, donde ganaron plazas que hoy mantienen. Tambien llegaron á Barcelona cuatro gentilhombres de la boca del príncipe D. Cárlos para ir á este socorro, y entre ellos D. Cristóbal de Mora, y habiendo llegado carta de su Alteza en que les mandaba volver, obedecieron, y porque D. Juan se lo mandó. Don Álvaro Bazan habia partido de Sevilla con las municiones y gente para reforzar á Orán; y en el dia de San Pedro lo desembarcó y volvió á Cartagena. Recogió mil infantes de los dos mil y quinientos bisoños, y los llevó á Orán, y proveyó de veinte mil barriles de agua á Marzaelquivir. Volvió á Cartagena y embarcó de los mil y quinientos soldados cuatrocientos en una nave, y los envió á Sicilia. En Barcelona dexó siete cañones que recibió en Málaga, y embarcó quinientos infantes de D. Juan de Aragon y trecientos del capitan Marimon. En Palamós halló á D. Sancho de Leiva y á Gil de Andrade con ocho galeras que venian con chusma á varar y llevar otras ocho que se labraron en Barcelona, con que fueron todas treinta y cinco; y caminando á Mecina llegó á Baya puerto de genoveses á los seis de Julio, y hallando allí á D. Sancho de la Cerda, maestre de campo del tercio de Lombardía, embarcó sus mil y quinientos infantes españoles, y en Génova proveyó las galeras que dió la señoría con su capitana, y otra de Juan Andrea Doria. En tanto en Malta andaba la guerra sangrienta y costosa para los turcos; y Mustafá deseando destruir la caballería que desde la ciudad con salidas le ofendia mucho, con gran silencio se emboscó ántes del alba en Santo Domingo con seis mil tiradores gobernados de Portuc y Selarraiz. Recogiendo cien escopeteros el ganado de la ciudad para traer á la emboscada los que saliesen en su defensa, fueron cargados apretadamente de la caballería por Mombreton arrojada, y de cien arcabuceros sueltos sin recelarse de la celada del Baxá. Los turcos della en viéndolos alexados de la artillería de la ciudad los cercaron, habiendo enviado el ganado cobrado á ella, y parte de los escopeteros en su guarda. Mombreton para salir del aprieto hizo escuadron cerrado de los caballos, y guarnecido de los tiradores para chocar con los turcos y romper por medio. Executaron, y los enemigos mataron treinta de á caballo y dos arcabuceros, y los demas llegaron á la ciudad, que lloró los muertos, y los turcos el no los haber acabado á todos.

CAPÍTULO XXV.

Los turcos prosiguen los combates y batería de los castillos de San Miguel y Santangel, y los defensores se mantienen gallardamente.

Pusieron los turcos artillería en el rebellin, batian el castillo, derribaban las defensas, descubrian los cañones, no dexaban asomar los cercados, y con las trincheas desembocaron en el foso. Don Juan de la Cerda dixo al Maestre convenia desamparar á San Ermo, ó reforzalle bien de gente y máquinas para su defensa, y con todo no se podria defender largo tiempo por su mala fortificacion. Valeta conocia era miembro flaco, pero necesario para salvar el cuerpo, y gozar del beneficio del tiempo; pues en la duracion de su cerco consistia la salud de la isla, porque el consejo de España con poca cólera aprestaba y socorria por la mucha distancia de las provincias. Exhortó á D. Juan de la Cerda y á sus compañeros á defender el castillo, porque si no pasaria él á su amparo. Retiró los heridos, y en su lugar y de los muertos envió otros soldados con municiones y pertrechos para sus reparos. En Roma el caballero Médicis alcanzó del Pontífice seiscientos soldados, y se ponian efectivos floxamente por ruin paga. En Palermo el Salvago genovés á D. García de Toledo solicitaba para que socorriese á Malta la junta de las galeras y gente de Italia, él con deseo de llevar el socorro ántes de los veinte de Julio, sin rehusar peligro ni trabajo, por su piedad y fe, para que no se extinguiese la sacra religion, ni el Rey perdiese isla tan importante á Sicilia y á Italia. Envió al Salvago á decir al Maestre estuviese de buen ánimo con cierta esperanza de que sería socorrido para hacer pruebas heróicas, dignas de su virtud. Fue tal en esta guerra, que merece inmortal memoria en hechos y consejos. No pudiendo las galeras por el contrario tiempo pasar de cabo Pájaro sin grandísimo peligro, con mayor prosiguió la navegacion en una fragata. Sentido de los turcos le dispararon mucha arcabucería y flechería, y favorecido de la noche, dió su mensaje al Maestre y volvió con respuesta á pedir á don García de Toledo el cumplimiento de su promesa. Los turcos fabricaron un puente de entenas para subir cuatro en filo, y echáronle desde el arcen ó borde del foso á la muralla, cubierto contra los fuegos, y la picaban, mas los cercados se remediaron. El Maestre les envió al capitan Miranda con cien soldados, en lugar del caballero Eguara herido, mas el Bailio dixo, dedicó el alma á Dios y el cuerpo á la religion, y queria morir en

defensa del castillo. Subrogó en vez del Broglia viejo á Melchor de Monserrat, caballero catalan. Los cercados se reparaban en sus pocas defensas, y con arte y fuerza contrastaban las máquinas ímpetu y acometimientos sin cesar de los turcos asistidos del Miranda, que su valor allí fue ilustre y claro. El Salvago halló en Zaragoza al Cornison general de sus galeras, y le dixo de parte del Valeta pasase á Malta los cuatrocientos hombres que para su defensa allí habian concurrido de diversas provincias. Los cercados por el trabajo, heridas, muertes, ruina de las murallas, muchas fuerzas de los turcos fatigados y la ruina que hacian, escribieron al Maestre estaban sobre las trincheas iguales y superiores en partes á sus reparos los enemigos, picaban la muralla, minaban, cavaban, para que el castillo en su ruina los sepultase. Era el último trance, y convenia enviarles bajeles en que salir en la noche, porque si no sería para morir con surtidas más honrosamente que presos de los bárbaros. Esta inesperada y resuelta demanda turbó al Valeta, y envió tres caballeros á ver el estado del fuerte y aquietar los movimientos de la guarnicion. Reconocido sobre la perseverancia en su defensa hubo grandes debates, y sobre retener los defensores. En el Consejo el Maestre resolvió ser vano el temor de la mina y convenir el defender el castillo á viva fuerza, pues con él se defendia la isla, y cambiar la guarnicion y gobernarla Constantino Castrioto, uno de tres votos que aprobaron la defensa. Sabido esto en el castillo, temiendo su infamia y el vituperio de su cobardía para siempre vil, y que por uno que salia para entrar á porfía cuatro se listaban, escribieron los sitiados al Valeta: causó el tumulto la negligencia en proveellos, no el pensar desamparar sus postas, fuese igual su diligencia á su necesidad y ánimo de morir ántes que dexallas. Loó el Maestre su resolucion, exhortólos á cumplir con el voto, porque no les faltaria. Fue memorable el deseo de los caballeros de servir á su religion y de señalarse, emulando la gloria unos de otros, que aunque en la defensa de San Ermo estaba la muerte, con súplicas y ruegos pedian el ir á ella. Los turcos, picando el baluarte que mira á Marza Mujeto, á los once de Junio le reduxeron á subida llana, y aunque el puente no igualaba la altura, con ferocidad asaltaron con escalas por dos baterías, y con garabatos arrojados con guindaletas en alto, procuraban derribar las cubiertas de los defensores, y plantaron algunas banderas y echaron fuegos artificiales en el castillo. Con gallarda resistencia precipitosamente los rebatian al foso, mas su coraje y ambicion por derramar sangre los volvia á tentar la subida, y eran derrocados de la fuerza de los cristianos, animados del capitan Miranda, gran soldado señaladamente en este dia, y con muerte de muchos volvian vano su ardimiento, orgullo y porfiada pelea. Todo el dia y la noche batieron en venganza de sus muertos los enemigos, y con fuegos clareando el horizonte dieron de noche otro asalto general, detenido por muchas horas, y acabó con muerte de mil y quinientos y de Curto-

coli, famoso maestre de campo general, y de cincuenta defensores, y herido el capitan Juan de la Cerda. El Maestre envió otros cincuenta soldados á San Ermo. La artillería mató muchos turcos y la enfermedad de cámaras. Faltaba la vitualla, y envió Piali una mahona á Tripol por bizcocho, y para abreviar la jornada Mustafá batia con mayor número de piezas y menudeaba los asaltos con pérdida de la flor de sus combatientes robustos, osados, deseosos de honra, sin temor ni consideracion, y así en el dia deciseis de Junio murieron mil y quinientos. Dragut reforzó la batería del Espolon, y cerró con una trinchea y plataforma, bien formada y grande, el paso del socorro de San Ermo. El caballero Cornison con sus galeras arribó al Gozo, donde entendió cómo el golfo de Antofega ocuparon las galeras turquescas, y en el Freo estaban dos y las entradas de mar cerradas, y por no aventurar volvió á Zaragoza. Salvago pidió á D. García enviase á Malta mil españoles, para que con la gente que habia en Zaragoza entretuviesen el cerco en tanto que la socorria, y lo mismo le pedia el Prior de Mesina. Vencido de sus ruegos y de las públicas murmuraciones, despachó cuatro galeras con D. Juan de Cardona, general, y al maestre de campo Robles con cuatrocientos españoles y los ventureros ilustres, y cuarenta caballeros de la religion con D. Diego de Mendoza, don Francisco de Vargas Manrique y D. Vasco de Acuña, y ordenó que si fuese San Ermo perdido no aventurase, porque se perderian. Por el poco efeto del puente talaron las viñas y huertas los turcos, y llenaron el foso. Las galeras de la guardia prendieron unas barcas de Sicilia, y supieron de sus marineros habia en ella cuarenta galeras, y Piali seguro por esto desencadenó la chusma de setenta, defendidas del fuerte que levantó. Mustafá, ausente el sol, con escalas intentó la subida por muchas partes con su gran daño, porfiando con sangrienta lid, gastando lo que restaba del crepúsculo. Supo de dos que huyeron del castillo su flaqueza y poco número de defensores, y con armas continas los inquietó y cansó toda la noche, debilitándolos para vencellos. En clareando la escuridad el dia asaltó con esperanza de señorear la muralla con toda la gente, máquinas, diversas armas, flechas, arcabuces, cimitarras, rodelas pequeñas, alabardas, hachas, fuegos. Los cristianos resistieron como olvidados de la muerte enmedio de la mayor furia, dificultando la vitoria á los turcos, haciendo espantosa la batalla, llenando las baterías de muertos. Los gritos de los turcos, golpes de la artillería, fuegos, humo, hizo miserable la vista al gran Maestre, caballeros y ciudadanos atentos al combate, inciertos de su fin, aunque no de su afan y trabajo, y con el pensamiento y la compasion acompañaban la fortuna de la sangrienta pelea, por el gran número y furia de los bárbaros vocingleros dudosa, por el pequeño de los defensores caian de ánimo, aunque no de esperanza doliéndose del peligro de sus caballeros; los de más coraje suplicaban á Dios los favoreciese, y como si pre-

sentes estuvieran otros más feroces con voces los exhortaban á hacer con heroicos hechos á la posteridad claro el exemplo de su valor, y á los siglos venideros memoria de haber sido guerreros invencibles. El gran Maestre con algunos cañones batia á los turcos continuamente por los lados, interrumpiendo su ímpetu. Sobre el baluarte subieron animosamente cincuenta gritando ya como si hubieran ganado el castillo. Cargaron los defensores sobre ellos en el mayor peligro, y los de la ciudad asestaron y terciaron una pieza tan bien que matando algunos, los otros se arrojaron al foso confusamente.

Probado en vano subir á la batería seis veces, combatido seis horas con gran teson y espíritu, con muerte de ochocientos turcos, y de no pocos cristianos caballeros y oficiales, acabaron el asalto y el dia. Resplandeció el valor del capitan Miranda; el consejo, gobierno, provision, resistencia, pelea en todas partes, peligros, mayor furia, como ecelente caudillo; y cierto los caballeros y soldados en universal, fueron en este cerco dignos de eterna recordacion, porque demas de tantos trabajos padecidos tantos dias intolerables á fuerzas humanas apénas, por el poco número sin descanso, áun en la noche, jamas su ánimo fue abatido, de increible fortaleza y audacia sustenido en los peligros, enajenando el pensamiento dellos, aunque vian á sus compañeros morir, y les sucedian intrépidamente como destinados á acabar la vida peleando allí. El Maestre envió ciento y cincuenta soldados, maestranza, materiales para hacer defensas. Repararon lo batido con trincheas, y tentaron el abrasar el puente. Dragut reforzó la batería del Espolon, y comenzó á levantar más una trinchea y plataforma para cerrar el paso al socorro, pues aún entraba en el castillo; y reconociendo la batería sin temer peligro se llegó al lablo del foso atento á disponer lo que le parecia necesario. Dispararon un cañon desde la muralla, y hiriendo en la del foso la bala, piedra que resacó hirió la oreja con tanta furia, que sin sentido cayó casi muerto, echando mucha sangre por las narices y por el cuello, y fué llevado en brazos de los suyos á su tienda, con gran sentimiento de los generales y oficiales, y murió en la empresa que aconsejó. Fue natural de Carabocalas, pequeño castillo frontero á Rodas en la provincia de Mantesa, de padres turcos, viles mahometanos. Sirvió á Hairedin Barbarroja desde niño, y salió gran marinero prático en el conocimiento de los puertos y playas; hízole cabo de los cosarios cuando fue general del mar, y con doce bajeles dañó grandemente en las costas de Italia. Prendióle en el año mil y quinientos y cuarenta Juanetin Doria con trece galeotas, y le tuvo cuatro años en la cadena de su capitana real. Alcanzó libertad por tres mil escudos, á peticion de Barbarroja, estando en Tolon en Francia, y le dió una galeota. Ocupó la ciudad de Africa en Berbería en el año mil y quinientos y cuarenta y ocho, y por su industria y consejo Piali á Tripol, donde era Virey cuando murió,

A su lado fue herido y muerto de la misma resurtida el cabo ó agá de los genízaros, por la experiencia militar bien reputado y llorado de los turcos.

A los ventidos de Junio la artillería habia arruinado tanto las murallas, que fácilmente se podia subir por las baterías, y levantado una trinchea la gente de la parte del baluarte tan eminente, que descubria los reparos y lo más intrínseco del fuerte, penetraban los tiradores sin cesar y mataban de mampuesto los que discurrian por las defensas. Con toda la gente dió Mustafá el tercero asalto general, tentando la entrada; y suspendida la porfía por breve tiempo, la renovaron con mayor ímpetu á vista de los de la ciudad, que con plegarias á Dios y deseos de vitoria ayudaban á sus cristianos, y la noche puso el fin. Murieron dos mil turcos, y de los defensores cincuenta con el Bailío de Negroponte, el comendador Monserrat y el capitan Maso. Avisaron al Valeta estaban en último trance, deshecha la plaza, muertos los más soldados, heridos los vivos, los sanos sin fuerzas, fuegos y máquinas consumidas, y para ser presa de los bárbaros en el siguiente dia. Envió cinco barcos llenos de buena gente y municiones, mas hallaron cerrado el paso y la ribera y los puestos para desembarcar ocupados con tiradores. Tres veces tentaron en vano la entrada, y quitada la esperanza de salud á los sitiados, pasaron la noche invocando á Dios y pidiéndole perdon de sus pecados, muriendo unos, ligando las heridas otros, hasta la venida del dia, en que la desesperacion, cobrando nueva virtud, los armó para morir honradamente. En la vigilia de San Juan Baptista, al ponerse el sol, los turcos asaltaron á San Ermo, y si bien los que habia en él pelearon en última fortuna con increible esfuerzo y valor, sobrepujados de la multitud temeraria y rabiosa, le dieron la vitoria. Entró el fuerte, executando en los cristianos con inhumana fiereza, y en los presos satisfaciendo su rabia cebó bien su barbarie y su crueldad, con grande algazara sobre las murallas pusieron las banderas, y en cuatro picas las cabezas de los capitanes y los cuerpos en tablas, porque la marea los llevase para espanto de los del burgo, y pocos de los vivos que se arrojaron al agua á él llegaron. Mustafá, viendo la pequeñez de San Ermo, dixo no sin congoxa, si aquel hijuelo los entretuvo ventinueve dias, y consumió la flor del exército, ¿qué haria la madre? Para encubrir su cuidado hizo muestras de alegría, avisó á Soliman de la vitoria, envió el estandarte del castillo y algunas piezas de artillería con las armas de la religion. Piali, por ser Aluchali Escanderia amigo de Dragut y suyo, premiando sus servicios, como general del mar y lugares de su ribera, le hizo Virey de Tripol y heredero de Dragut en todo. Partió con tres galeotas y se apoderó de la ciudad, ropa, esclavos, dineros, baxeles, municiones. Murieron en este sitio cuatro mil y quinientos turcos, nervio de la armada, los mil y quinientos de Argel, porque Mustafá por más valientes y diestros los empleaba en los peligros y dificultades.

CAPÍTULO XXVI.

Sitian los turcos el burgo y el castillo de San Miguel, y Don Juan de Cardona desembarca la gente del socorro.

Dolió al gran Maestre la pérdida del castillo de San Ermo, culpó los gobernadores de la ciudad madre y de la caballería con quexa de haberle desamparado y causado el mal suceso. Decia no habia visto para su consuelo y socorro en mes y medio sino cuatro galeras como en sueño. Escribió con Leandro Siciliano á D. García el estado de la guerra, pidióle no tardase en su ayuda, si descaba que los turcos no triunfasen de lo que habia quedado, como del castillo de San Ermo. En el Gozo reparó un esquife viejo con cueros de vaca frescos, bien clavados, por falta de brea y estopa para calafetearle, y apto á navegar pasó no sin gran trabajo á Sicilia. Mustafá pidió por un chaus al gran Maestre se rindiese con buenas condiciones; y fue tan mal despachado, que á no retener el Valeta el enojo que le causó la poca estimacion que hizo el Baxá de su consejo, constancia, fuerzas para no violar la inmunidad de los farautes coduccadores, le hiciera dar infame muerte. Mustafá acometió el burgo y castillo de San Miguel, y le ciñó en tres cuarteles el exército, cubiertos bien con trincheas de los golpes de la artillería; pero abierto el alojamiento á la campaña, sin temer al poco número de los isleños y al de la armada del rey Filipe. Don Juan de Cardona, en esta coyuntura, llegó á la vista de Malta con las cuatro galeras, y envió una fragata con Martinez, español prático y animoso, á reconocer el estado de San Ermo, y la parte donde seguramente podria desembarcar y recibir la señal de la seguridad ó impedimento del camino. Habiendo sido D. Juan llevado de varios accidentes á diversas partes no podia tomar tierra en Malta. Salvago, advertido de la importancia del socorro, con solícita diligencia vino al Pozal para encaminarle, y pidió al Martinez que si era perdido San Ermo no lo dixese á D. Juan. Desembarcando en Petra Nera y hablando con algunos de la isla, Martinez y el caballero Quincio, aunque supieron habia cinco dias que se perdió San Ermo, refirieron á Don Juan estaba apretadísimo. Echó mil hombres en tierra seis millas del burgo, y recogiéronse en la ciudad vieja, y con señal mostraron su venida; pero no la entendió el Maestre sino por carta. En el dia de San Pedro caminaron guiados de Lascari, turco, que de su voluntad pasó á ser cristiano pocos dias ántes; rodearon tres millas para engañar los enemigos, y dexando á

Marzamuseto enderezaron á Marzaescala, y en la ribera junto á la iglesia de San Salvador donde no habia cuerpo de guardia de turcos, en esquifes se embarcaron, y en salvamento fueron recibidos como salvadores enviados de Dios, pues estando fuera de todo peligro, se metian en el presente. Entendió su llegada Mustafá, y condenando su negligencia cerró con trincheas el paso. Un espay renegado reducido á su primera religion nadando vino al Maestre, y dixo tenía Mustafá intento de batir la fortaleza de San Miguel con gruesa artillería desde el collado de San Ermo, y asolando el muro acometer con toda la gente para ganalle. Valeta se reparó de aquella parte cuanto pudo, y con la cadena que desde San Ermo á la ribera impedia el discurrir por el golfo el enemigo, desde el burgo á San Miguel puesta, cerró el seno del dentro, asegurando aquella parte de los acometimientos de los turcos. Para que entendiesen los de Malta estaba su salud solamente en su virtud militar, mandó por bando no se diese vida á turco prisionero; porque temiendo igualarian la guerra los enemigos, moviesen las armas por la vida. Mustafá plantó la artillería en el collado de San Ermo y en otros puestos á propósito; comenzó á batir á los cinco de Julio por una parte el burgo y el Espolon costado del castillo de San Angel, y el fuerte de San Miguel casi por todas partes. Mudó la batería á diferentes puestos, hizo aberturas grandes y más en el castillo de San Miguel, y su ruina buena arremetida, y en San Angel los torreones vinieron á tierra, y el muro cercano de la parte del mar de fortificacion flaca sin terraplenos, argenes ó reparos á la ribera, y para hacerlos no daban lugar los tiros de los basiliscos de ciento y cincuenta libras de bala, culebrinas y cañones de extraordinaria largueza y groseza, con que las murallas de diamante convirtieran en polvo.

En Mesina estaban los españoles de Italia y todas las galeras y las de España en Génova á cargo de D. Alvaro Bazan con buena infantería y muchos ventureros; y D. García escribió al Pontífice le enviase los seiscientos italianos, que por su cuenta tenian en Tarracina Pompeyo Colona y Ascanio de la Corgna, debaxo de fianzas de que iria á la jornada suelto de la prision donde le tenía la calumnia, no su culpa. Salvago le pedia socorriese á Malta, y despues de la pérdida de Sant Ermo, respondia esperaba los diez mil italianos y el cumplimiento á noventa galeras que le prometió el Rey, y mandó no aventurar: podria mal engañar tantos baxeles que rodeaban la pequeña isla, cerrando la entrada áun á las fragatas; convenia consultar primero la empresa, estuviese de buen ánimo, porque deseaba librar la religion. Salvago dixo se podia hacer por la vía del arte y del engaño, supliendo el defeto de las fuerzas presentes. Juan Andrea dixo quería aventurar su persona y hacienda en defensa de la religion cristiana, servicio de su Rey y salud de Italia: le dexase escoger tres galeras, y armarlas de forzados con promesa de su libertad esforzados á servir fielmente, sacándolos de cadena, y con dos compañías de españoles soldados viejos y los caba-

lleros y ventureros en número de mil y docientos, bastante para llevar la defensa á lo largo. Arribado á la isla, aunque la entrada era peligrosa, porque el riesgo en cosa de tanta importancia no se podia excusar, avisaria al gran Maestre con fragata de su venida, para que la cadena quitada tuviese libre la entrada en el puerto, y en el silencio de la noche se meteria en su boca aunque estuviese ocupada, pues la venida repentina haria dudar el no ser suyas las galeras y el número: y en tanto con fuerza gallarda de remos entraria en salvo, miéntras los turcos (cuando le conociesen) abatian tiendas, zarpaban hierros, calaban remos, tomaban las armas, las disparaban y su artillería disparando él la suya desembarcaria. Don García alabó el ánimo, el consejo, la osadía, no el meter en tan conocido peligro su persona y gente; concedió á la importunidad la execucion del hecho, pero hízole despreciable despues la revocacion. Para divertir el intento, le envió con ventisiete galeras á embarcar los cuatro mil toscanos, que el Marques Chapino Viteli levó por cuenta del Rey Católico. Pompeyo Colona pidió el aventurar su gente y lo otorgó D. García y le dixo avisase al Maestre en llegando á la isla para saber si habia campo seguro, en cuya señal disparase despues de la primera guardia en la noche tres tiros distantes unos de otros, y si no le habia hiciese un fuego en cada una de las tres guardias en parte eminente. Respondió con los fuegos y volvió Pompeyo á Sicilia.

En tanto que el socorro se aparejaba tardamente, y se consumia el tiempo en consejos, disputas várias, y despachar correos y bajeles por momentos á diversas partes, los turcos con estrecho cerco, batir furioso y contino afligian á Malta. Desde altas trincheas y bastiones ofendian los tiradores á los defensores, y les quitaban la comunicacion con las barcas del Burgo y de Santángel. Asistian en ellos las lenguas en sus postas gobernados de buenas cabezas con deseo tan eficaz de pelear y morir por Jesucristo y merecer su gloria, que á no ser retenidos fuera mayor el estrago, reduciendo á justa fortaleza su temeridad. Valeta, por advertencia del almirante Pedro Monte, que defendia á San Miguel, hizo un puente sobre pipas en que cabian dos en filo, y aprovechó mucho para darse la mano los castillos en sus fatigas. Batia Mustafá cuanto podia el de San Miguel, y procuraba meter en el puerto del burgo por su estrecha boca cincuenta esquifes de noche, para que navegando tierra á tierra por la ribera de la lengua con que es dividido el golfo, penetrasen lo más escondido del puerto para dar el asalto por mar y por tierra. Volvió de Tripol Aluch Alí con dos mil turcos escogidos, y encomendóle la batería por el mar, y él tomó á su cargo la de la tierra con seis mil de los más valientes. A quince de Julio con el dia comenzó el asalto, y con estupendos gritos Aluch Alí en las barcas tentó en vano el derribar la estacada, y pasando con dificultad y daño por lo mucho que le batia la arcabucería de la muralla, desembarcó en mal puesto para arremeter haciendo olvidar el riesgo el deseo de señalarle. Mustafá con su escuadron

acometió contra la muralla con muchas escalas en el Espolon parte, y otra en la batería tan llana que en igual plano combatian mano á mano como en campaña con los sitiados. Ellos igualando al peligro el ánimo, las armas, el buen órden, pelearon valerosamente contra Mustafá con grande constancia, creciendo la fiereza de la batalla, coraje y ofensa con la duracion, heridas y muertes. La vista era triste en la una y otra batería por el estrago, y el suceso áun estaba indiferente. A la multitud y audacia de los turcos contrapesaba el esfuerzo de los cristianos, y los socorros y órdenes del gran Maestre y de Pedro Monte, y su providencia y presteza insuperable. Aluch Alí animaba los suyos para subir á la muralla sin efeto; porque D. Francisco Sanoguera, á cuyo cargo estaba aquella peligrosa posta, la defendió peleando por su persona hasta caer muerto de un balazo. Ocupó su lugar y sucedió en su valor el caballero Adorno, y procurando retirar el cuerpo se peleó porfiadamente. Con muchas barcas venía fresco socorro á los turcos; pero batidas desde la posta del comendador Guiral muy á tiempo se afondaron nueve con quinientos soldados, y las demas puesta la gente en el Espolon se alargaron con boga presta. Pareció á Mustafá infamia no entrar por la batería tan rasa que pudiera subirla un carro, y apretaba su gente y no podia superar, porque el maestre de campo Robles tenía en buen órden las cosas peleando, y viendo el socorro con que llegaron el Bailío del Aguila y el capitan Romagaz, se comenzaron á retirar. No lo pudieron hacer así los que estaban en el Espolon, que habiendo combatido con invencible teson y temeridad murieron y los echaron en el mar con una salida los cercados y sus cuerpos, y de los que se ahogaron le cubrian. Murieron muchos capitanes, cuatro mil turcos exercitados y parte de gran nombre, y de los cristianos ochenta con algunos caballeros. Lamentó mucho este destrozo el campo turquesco, y á Mustafá admiró que batería tan abierta le fuese inaccesible, cuando tenía por tan segura la vitoria, que en las barcas hizo llevar cuerdas y cadenas para aprisionar los defensores. Estos aunque cansados del combate, con gran esfuerzo rehicieron las defensas, en tanto que Mustafá batia en otras postas donde esperaba hacer mayores efetos. En mudar la artillería y hacer catorce plataformas y sus gaviones, plantar sesenta cañones contra el burgo y San Miguel, consumió algunos dias, dando lugar á los de Malta para repararse, alentar, aconsejarse, curar los heridos, enterrar los muertos, hacer plegarias á Dios y ofrecerle sacrificios, fabricar fuegos artificiales, poner en las postas piedras, calderas de pez para derramarla ardiente sobre los enemigos. Cerró el Maestre con cadena gruesa de entenas y árboles el lado de la fortaleza, bañado de un brazo del mar en la parte que llaman la Burmola hasta el seno dél dentro. Arrimaron los turcos las trincheas á la muralla tanto por la posta de Castilla, que se oia lo que se hablaba en una y otra parte; y así por allí no batieron. Hizo la batería trinchea á los cercados, y la descubrian con azadones y palas; pero

con un foso inferior que en dos dias abrieron, volvieron del todo inútil su trabajo. Por esto alargaron la trinchea hácia la Burmola, y levantaron un bastion sobre el arcen del foso, para cubrirse de los golpes de la artillería del burgo, y de entenas y árboles hicieron un puente como el de San Ermo, sin poder los de dentro áun asomarse á mirarlo, por estar sus traveses y defensas por el suelo. Aunque podia hácer poco daño, el maestre de campo Robles, con órden del Valeta, dos veces tentó de noche sin efeto el quemarle con escogida compañía. Pariseto, sobrino del Valeta, midiendo su ardor juvenil ménos bien con el peligro y dificultad, de dia acometió con buen número al puente procurando atarle con cuerdas, para que tirando los de dentro le llevasen para sí, mas perdió la vida de un arcabuzazo, y sus compañeros se retiraron malparados. Hicieron una cañonera en el muro cercano, y batieron el puente con un cañon cargado de dos balas encadenadas, y rompieron alguna parte, y para rematarle por un boqueron que abrieron le aplicaron fuegos artificiales; pero su incendio apagaron los enemigos, y con una pieza mataron algunos de los que en el boqueron estaban. La virtud del gran Maestre en todo lo que á buen Capitan tocaba y á buen religioso en el menosprecio de la muerte, fué ilustre y clara. Dixo á sus caballeros y capitanes:

«No los tenía Dios olvidados, aunque padecian, ni dexaria cumplir el »juramento de Mustafá de pasarlos por el filo de la espada y llevar sus ca»nas por trofeo de la vitoria en su triunfo á Constantinopla. Cuando por »sus pecados fuesen castigados, quitaria la gloria de su prision el morir en »vil hábito peleando como buen soldado enmedio de los bárbaros.»

Grandemente animaba ver sus venerables años invencibles en el peligro y trabajo, constante valor, ayudado del consejo de expertos viejos, con quienes para proveer en todas partes se hallaba al mandar, executar, pelear, reparar de noche, tomando en una tabla pocas horas de sueño alentando para trabajar. Mustafá con gran presteza con las cargas hechas para los cañones hacía espesos tiros contra el burgo y San Miguel, arruinando sus muros en todas partes, para consumir las fábricas, mudando la artillería á lugares diferentes, matando los defensores sin sangre de su gente. Todos posponiendo los peligros animosamente reparaban con madera, colchones, fagina, sus baterías, y conforme á la disposicion del lugar con trincheas; mas el poco número consumia las fuerzas, no el ánimo, si bien la artillería que penetraba lo más dentro, los mataba desde lugares altos en sus estancias, camas y mesas. Esto no angustiaba tanto como la sospecha de que el socorro tardaria, porque Valeta mandó distribnir el agua por medida, aunque larga, previniéndose contra improvisa necesidad causada del dispendio inconsiderado, que turbase repentinamente. El miserable estado de Malta escribió á D. García de Toledo con frey Tomás Coronel, que en una barca sutil igualó la osadía á la importancia de su despacho. Volvió á

Malta brevemente, y decia la carta de D. García perseverase Valeta, porque aunque aventurase la armada le socorreria conforme al mandato del Rey, en arribando Juan Andrea con los roscanos; no le maravillase su dilacion, viniendo de España las órdenes; enviaria luégo las naves á Zaragoza para disponer y desembarazar el viaje, porque al fin de Agosto estuviese sobre la isla, y así esperasen un mes, porque ántes no se podia, segun la disposicion de la armada, y sufriesen lo que restába del mal, sustenido de constante esperanza de socorro. Padecian los turcos de enfermedad de cámaras, falta de bastimentos con intolerable calor de la canícula y clima de la isla y sol en Leon, discordia de los generales, temor del socorro que le engrandecia la fama con número de cien galeras y cincuenta naves llenas de frescos y gallardos italianos y españoles, municiones, artillería para combatir su armada flaca por el gran trabajo y mortandad. Piali, para no ser asaltado de improviso, con ochenta galeras reforzadas boxaba la isla, guardaba el exército, impedia el socorro y comunicacion con Italia y Sicilia; porque dos galeras que envió á espiar refirieron los aprestos para el socorro, y como escribió el General al Maestre animándole y enviándole las contraseñas para el seguro del arrlbo al desembarcar, y para reconocer los lugares enviaba práticos en la milicia, y considerar los caminos y forma del campo, guardias, trincheas, fuerzas, ánimo. Mustafá á las cabezas de su exército dixo no convenia arriesgarla. Entre diversos pareceres prevaleció el de continuar el sitio, porque era ignominia que las nuevas de la amenaza y aprestos de los cristianos quitasen la reputacion á la armada de su señor y hiciesen perder lo trabajado así fácilmente. Pues cuando la armada de España fuese descubierta, saltarian sobre la suya, y dexando en buena guarda la artillería y las trincheas, pelearian snperiores, si no en el ábimo y entereza de fuerzas, en el número; y cuando no viniesen á batalla, pues los enemigos no podian entrar en la isla ni señorear el mar, volverian á sus puertos y ellos luégo quitada la esperanza de socorro á ganar sin resistencia á Malta. Por esto apretando en las obras comenzadas por la ruina de las murallas de la posta de Castilla con grandísimo número de gastadores llenaron el foso, y se cubrieron de la artillería de un torreon que de través malamente los ofendia, con que seguros estaban en él. Valeta le vació con gran trabajo y esfuerzo. Los turcos en el burgo debaxo de la muralla bien cubiertos asistian sin ofensa, y hicieron una cava. Mas oyendo los golpes muy cerca Bartolomé Gonzalez, español de la compañía del maestre de campo Robles, á cuyo cargo estaba la defensa de la posta de Castilla, se acercó y advirtió, como para ver, si calaba el terreno: los turcos metieron una saeta, y mirar por el agujero la distancia, y cubrióle con el sombrero, para que no descubriesen la luz mirando por él, y avisó del hecho á su alférez Andrés de Muñatones. Con cinco soldados súbitamente derribando el terreno se arrojó con una pica en la cava, y echó fuegos artificiales con que los

enemigos espantados huyeron, quedando tres muertos, dexando comodidad para cerrarla bien, volviendo inútil el trabajo de muchos dias á los cercadores. El Maestre de Campo alabó el valor y osadía de Muñatones que venció tal peligro, y le dió una cadena de oro en señal de amor y agradecimiento. Los enemigos con esta mina querian abrir en la superficie de dentro bocas, por donde cuando estuviesen peleando los cristianos les cortasen las piernas con picas, garfios y espadas para sacarlos de las murallas y entrar sin impedimento la fuerza. Pareciendo á Mustafá serian ya pocos los defensores, fatigados del contino trabajo, y convenirle abreviar, dió el segundo asalto general á dos de Agosto. Combatióse con gran porfía largas horas en la posta de Castilla con muchos muertos y heridos, resistiendo valerosamente los cercados, hasta arrojarlos con gran estrago de las baterías. Mustafá, teniéndola por más débil que las otras y la arremetida por mejor, batióla horriblemente de noche y de dia. Cuidadoso de saber el estado de la armada cristiana, envió fragatas y galeras á espiar, con promesa de hacer Sanjaco al que le truxese nueva cierta; pero como D. García tenía en buena guardia las marinas, podian mal arribar á ellas. Envió en hábito de turco un prático en la lengua y tierra con un bergantin, á saber lo que en Malta pasaba, y cayó en poder de los turcos, y arrojó las cartas en el mar. Preguntado lo que habia en su armada, dónde y á qué iba, y las cartas que llevaba, lo refirió, y que el despacho llevó otro bergantin, que entendia arribó en salvamento en Malta.

A siete de Agosto con más porfía que esperanza de vencer (porque con el mucho ánimo invencibles al trabajo, los cercados hacian hazañas dignas de inmortal memoria, y nunca en cerco como éste hechas ni vistas) dió el tercero asalto, acometiendo tres mil escogidos la posta de Castilla y el burgo, y él con ocho mil á San Miguel. Resistieron los asaltados con tanto teson y aliento, animados del maestre de campo Robles y de su alférez y soldados, con el exemplo encaminados, que el estrago de los turcos fue sangriento, y el de los cristianos batidos de través de la artillería plantada en unas montañuelas vecinas. Quinientos solamente comenzaron á subir por la batería del burgo, fácil ya con el gran escarpe; pero en lo alto pararon combatiendo con flechas y arcabuces. En San Miguel se peleaba con tanta furia y desprecio de la muerte de una y otra parte, sin descaecer punto por los accidentes espantosos que venian presentándose á la batalla con intrépido espíritu y constante cuerpo; el de guardia defendia su posta ayudado de los caballeros, sustentando el ímpetu de la multitud fiera; hasta las mujeres, niños, viejos, venciendo el temor de venir en manos de los turcos el natural de la edad y sexo, traian á todas partes piedras, fuegos, agua hirviendo, pez derretida (que arrojaban sobre los enemigos) y de comer á las baterías, y retiraban los muertos, y los heridos curaban. Todo lo miraba el prudente Valeta, triste del peligro y muerte de tan buenos guer-

reros miserablemente destrozados, y temia la furia que cargaba en aquella batería, y no dudaba del valor, sino de las fuerzas. Porque habiendo durado cuatro horas el combate, se renovaba por momentos, arrojando Mustafá y otros cabos de su exército tanta multitud, que no quedó turco que allí no pelease. Con ruegos, amenazas, palos, cuchilladas, los metia enmedio de los mayores peligros, y á su vista por ganar su gracia movian bien las manos, diciéndoles, que si perseveraban ganarian el burgo y luégo los demas castillos con gloria y vitoria loable para siempre, poniendo fin á tantos trabajos. En el mayor ardor de la sangrienta pelea, llevando lo peor los de Malta, si faltando las fuerzas no el ánimo, se tocó arma recia de la otra parte de los alojamientos, y llegaron las voces hasta el monte de Coradino cercano á San Miguel. Viendo que los turcos se retiraban de las baterías y huian, creyendo era llegado el socorro de la armada de Sicilia, avisaron á Mustafá, y como estaba con sospecha y recelo, dexó el asalto y se retiró á la defensa de su alojamiento, y con los genízaros acudió á cargar á los cristianos. Amezquita, viendo los fuegos que sobre la fortaleza de San Miguel ardian, para divertir los turcos y dividirlos como por divino auxilio envió desde la ciudad vieja á D. Juan de Lugry y Vincencio Ventura con la caballería y alguna infantería. Acometieron gallardamente las tiendas donde estaban los enfermos sin guarda con ímpetu, y hicieron gran matanza, y cargando los turcos se retiraron en salvamento á su ciudad. El gran Maestre dió en la iglesia gracias á Dios con solene procesion por la vitoria habida y milagrosa diversion.

CAPÍTULO XXVIbis.

Suceso notable al alcaide de Melilla con los moros de su frontera.

Los moros cercanos á Melilla, ofendidos de lo que Pedro Venegas de Córdova, su alcaide, hacía en defensa y conservacion de su tenencia y ofensa de los fronteros, vivian con gran cuidado de satisfacerse y estrechar la guarnicion y sus salidas, en el gobierno, necesidad y uso dellas tan prácticos, que de sus acometimientos y emboscadas con pocos ó muchos difícilmente se tenía aviso sino por espías, y por ser el terreno del Atlante Menor muy engañoso. Por esto el alcaide permitia se alargasen sus corredores con gran tiento, porque asaltaban de repente, sólo por matar algun atajador y no pasaban adelante; y cuando los venian á buscar los recogia, y no escaramuzaba sino pocas veces en la vega, debaxo de su artillería y

arcabucería, y en buena ocasion, reconocida y forzosa. Porque los moros alargándose los de Melilla temian, y recogiéndose demasiadamente apretaban en no dexarlos salir á hacer el atajo, siendo necesario cada dia para llevar leña sujecion peligrosa. Salió Pedro Venegas á ver si habia campo seguro, y recelando emboscada por algunas señales, como tan prático y cauto, encubrió en buen puesto los escuderos, y mandó no se desordenasen cuando se mostrasen los moros, y en una trinchea de la vega la arcabucería, posta ordinaria della. Para que no se impidiese el hacer la provision, con cinco de á caballo se puso donde via las atalayas y si los suyos se desordenaban y el número de los enemigos. El alcaide de Botoya, conforme al barrunto y recelo de Venegas, vino con pocos caballos á su correría y se emboscó, y cargó un escudero atalaya tanto que Pedro Venegas salió á socorrelle y los detuvo, y retirándose le metian en la arcabucería y caballería. Habiendo caido con el caballo el moro, salieron los de su celada, y reconociendo Venegas su breve número y el socorro suyo y fuerza pronta, diciendo á sus escuderos que cerrasen, con los cinco que le asistian revolvió sobre los corredores y el Alcaide, que huia á pié, cargándole y á los que le amparaban, dándoles ánimo el ser pocos los españoles, porque no oyeron la voz de su capitan: los del escuadron se trabaron en tal pelea, que salió Pedro Venegas herido de una lanzada en la pierna derecha y su caballo y otro de un escudero. Avisóle un espía era llegado á los pueblos comarcanos un morabito de gran nombre con algunos letrados, y publicaba habia de tomar á Melilla. Juntáronsele muchos para hacer la presa, y preguntado de los moros si era ministro de algun príncipe, respondió era encantador, y por fuerza de hechicerías habia de ser, enfriando el fuego de los de la ciudad para que no prendiese la pólvora en la artillería ni arcabucería, ni se moviesen las armas contra él y los que le acompañasen, poniendo tan yertos é insensibles los cristianos que no se moverian, y tan en pasmo que no acertasen á gobernarse despues de mediodia, punto en que se abririan las puertas, baxarian los puentes de la entrada de los fosos. Los que le habian de seguir viniesen á pié sin armas de tiro, y dixesen «¡Alá! ¡Alá! Dios te oiga, Ademahamet Buhalat» (que tal era el nombre del morabito) sin nombrar á Mahoma, porque en sólo Dios creyesen, y no en el que era burlería; y así en nombre de Dios no más fuese su apellido en el dia de la acometida á Melilla. Pareció á los moros, fáciles naturalmente en creer, esto cosa del Antecristo, que llaman ellos Manfatiran, ó de persona enviada por él ó por Dios. Pedro Venegas mandó quedar allí el espía, y obedeció con gran temor de que en el dia siguiente se perdiese Melilla; y aunque burló del embuste y locura de los moros, lo refirió á los oficiales de la milicia y hacienda, á los ancianos y práticos. Dispusieron lo que habian de executar con brevedad y prudencia encomendado á sí mismos, porque Pedro Venegas áun no estaba guarido de su he-

rida. Los moros se juntaron en la que llaman Huerta grande, y el morabito les dixo le siguiesen no más de los que sabian hacer la Zala, que fueron diez mil. Partieron en la hora señalada al descubierto con banderas tendidas por el camino Real, castigando al que pecaba pisando los sembrados ó dañando las huertas. Á mil pasos de Melilla vieron el fuego que los artilleros aplicaban á los fogones de los cañones, y cómo no disparaban, y apresuraron con grande ánimo el paso, y más cuando pasaron muchos por debaxo de las torres sin tirarles la guarnicion, y empujaban unos á otros. Entraron siguiendo al morabito y sus letrados, que llevaba una bandera grande roxa, que decia baxó del cielo y no era texida á manos, hasta que sonando la campana grande los atajó el jugar la artillería y arcabucería y fuegos artificiales, con gran daño de los apiñados y en los que fuera habian quedado. El morabito, espantado y herido en un brazo, salió por debaxo de unos tapiales, y no pudiera, si como procuraron estuviera puesto el rastrillo, mas fue para mayor daño de sus moros. Huyendo dixo no le tocaban los balazos, dexando muertos y presos más de trescientos, y su bandera roxa y un hijo; y fueran muchos más, si el Venegas permitiera alargar en su alcance la caballería, mas la retuvo, temiendo la acometiese gran muchedumbre de á pié y de á caballo, que en las eminencias miraba los sucesos. Queriendo matar al morabito engañador de los moros, les increpó el haber sido ellos la causa de su perdicion y no la falta de sus encantamentos, pues les mandó ninguno dixese sino ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá! hasta tener abiertas todas las puertas, y que no hiciesen mal á los cristianos aunque los encontrasen ó viesen á la entrada, porque los encantados no le harian á ellos, ni le habia de seguir hombre á caballo, y todo lo hicieron tan al revés que en entrando arremetieron á unos soldados con lanzas, diciendo se diesen á rehen, cuando disparó la artillería, que no pudo ántes, y el alcaide Bucar hizo traer su caballo tras él, y otros en los suyos le siguieron, de cuyas herraduras y pisadas salió el fuego que prendió en la pólvora; él escapó entre tantos que murieron y quedaron cautivos, y cristianos que le cercaron y no le hirieron con arcabuz, y mostró muchas señales de golpes en el cuerpo y desgarrones en el rostro y cabeza, y por esto los moros no le habian muerto, aunque le desecharon, sin quererle recoger en el alcázar principal, frontera del alcaide Bucar, que le habia primero recogido. Esto refirieron al Venegas unos judíos que proveian á Melilla, despues que el Xerife prohibió á los moros el hacerlo un año habia, por sospecha de que traian avisos á los cristianos; y dando fuerza al engaño del morabito, les dixo pensó era el exército del Rey, hasta que atónito vió su gente como encantada y abrirse las puertas sin poder cerrallas, ni tirar los cañones, y sospechó era cosa de encantamento; mas Dios remedió á los que estaban casi perdidos. Dixesen qué gracia tenía Ademahamet, donde levantó tanta gente, y creyeron los judíos lo que les decia, y tan de véras que lo publicaron por

toda la comarca; de manera que recogieron el morabito con obediencia y honor de Rey tan arrogante ya que los llenó de vanidades, y se dió á sí propio más crédito de lo que sabía en sus hechicerías; y se le dieron los moros con su mismo sentir y extendieron su fama por la mayor parte de Berbería. Otros morabitos y alfaquíes se le juntaron y le obedecieron, diciendo hallaban en sus profecías habia de ganar éste á Melilla en este tiempo y á Orán, y despues en España á Málaga. Tanto se dexaron llevar de esta voz y opinion, y de verle curar enfermedades que atribuian á milagro, que no rescataban los prisioneros en Melilla, pues los salvaria presto Ademahamet, y los que habia en España. Hacíase tener en mucha guarda y veneracion, porque venian de remotas regiones á reverencialle tanto que se iba haciendo Rey, con principio como el de los Xerifes. Afirmábase en negar la ley de Mahoma, y en que ninguno debia creer en él sino sólo en Dios, y convirtió los moros fácilmente á esta creencia.

El alcaide Bucar y otros principales de diversas provincias vinieron á hablar á Pedro Venegas, fingiendo era á rescatar, para entender lo cierto en el haberse hallado encantados los de Melilla. Él refirió el suceso de manera que los alcaides ensalzaban el morabito, le presentaron dones, y se le juntaron tantas gentes, que el rey de Fez alterado formó exército en contra, con voz de amparar la ley de Mahoma. Prendió quinientos morabitos y alfaquíes, que concurrieron á Ademahamet Buala, y cortó las cabezas á los más. Pero alteróse su reino tanto que suspendió la jornada, y porque le dixeron se levantaba el morabito sólo contra los cristianos, y que si negaba á Mahoma no á Dios, pues decia que en su virtud y apellido de su palabra habia de destruir los cristianos. Esperó la toma de Melilla, y dixo que si el suceso era como decia, le daria la obediencia, pues le podria tomar á Fez y á Marruecos. De todo era informado el Venegas por sus espías, para prevenirse en caso que el Xerife juntase exército y artillería. Dixeron al morabito habia llegado socorro de España á Melilla, y dixo avisaria á su alcaide se apercibiese, porque la entraria sin duda, y no habia de poder volver navío á España. Despachó un moro con un jarro de barro horadado por lo baxo con un clavo metido por el agujero para que le enterrase dentro de la arena del mar. Pedro Venegas lo supo, y mandó que ni las barcas pequeñas saliesen del puerto, y dixo á los moros cuidaba de saber la causa de no poder salir al mar ningun batel, siéndole forzoso enviar navíos á España. Entendió que para la acometida esperaban sanase el morabito, porque habia de caminar á pié, y previno muchas cosas para recibille con su notable daño. Envióle á decir que por su fama queria salvar al Venegas con sesenta de sus escogidos, y los juntase en una torre cuando entrase. Fingiendo Pedro Venegas temerle mucho, respondió le rogaba tratase de concierto por el alcaide Bucar, su amigo, para que se contentase de tomar á Orán y dexar en paz á Melilla, y le daria todo lo que pidiese. El faraute le aconsejó le

diese todos los moros cautivos y la bandera grande roxa que perdió en la otra venida, que era toda su honra, y á su hijo, que aunque era muerto, decia Pedro Venegas le tenía vivo. Prometió cautelosamente darle más de diez mil onzas de plata, con que más arrogante el morabito y los moros persuadidos se rendia ya, despreciaron la oferta y dieron más priesa en volver á la jornada y con mostrar desmayada la guarnicion, y esperaba que asomase para salir de la ciudad y salvarse en los navíos, que aunque impedido el navegar, desde ellos concertarian el salvar las vidas por la merced que les quisiese hacer el morabito. Esto dixo por echar ciento y cincuenta soldados sueltos por la marina en tierra, pues no podrian salir por las puertas de Melilla, que habian de estar cerradas para asaltar los encantadores, y los metió en las barcas en que fuesen la vuelta de la nave, y puso treinta caballos donde saliesen, aunque no por las puertas á la campaña, y con la infantería tomasen puesto debaxo de las torres, para dar sobre los que batidos de la artillería se arrojasen por las paredes de la villa vieja. Cambiando el dia el morabito vino apresurado con gran morisma en escuadron sin ordenanza, y dexó á vista de Melilla los que no sabian hacer la zala. Encubrió la artillería el Venegas y los soldados con arcabuces; no hubo humo en las chimeneas. Mandó que las mujeres y muchachos con morriones y banderas asistiesen encubiertos sobre las murallas para mostrarse de la cinta arriba en tocando al arma. Llegaron los moros cerca de las puertas de la ciudad, hicieron alto, porque temieron al alcaide Bucar y y otros principales, y acercándose más creció la confusion sobre pasar adelante; porque dixo remiso el Bucar, les armó celada y engaño para matarlos el Venegas, y que era fingimiento lo que habia dicho; conocia los cristianos, como habia estado entre ellos. Dudando en la entrada éstos y el escuadron de la vanguardia del morabito, y mostrando querer retirarse los que venian en la batalla, dos escuadrones de la gente de Tremecen, persuadiéndose era su movimiento para que no entrasen ellos en la tierra y alzarse con todo el despojo sin darles parte, embistieron animados del judío que proveia la ciudad que por la codicia se perdió con ellos. Entraron por las puertas del foso y puente levadiza al pié del rebellin, donde estaba Pedro Venegas, y topando allí, pararon con grande grita y alarido, sin querer oir lo que por el intérprete les queria decir, ocupando buena parte de la plaza, que cabria cincuenta mil infantes, y comenzó á descubrir un cañon, y con temor querian retirarse cuando se tocó arma y cayó el ingenio ó trampa de la primera puerta, y disparó una pieza, señal para que todos los otros pertrechos se empleasen. Hombres, mujeres, muchachos subieron sobre la muralla y mostraron sus banderas y dispararon su arcabucería, y la artillería cargada con lanternas de perdigones, porque hacian mayor daño, y no en las paredes, y arrojaron muchos fuegos artificiales, con que los de dentro quedaron muertos y cautivos, y en huida los de fuera. Hi-

cieron mucho estrago en ellos los infantes y caballos que salieron de la parte del mar; y se derramaron sin camino de juntarse ni rehacerse en parte alguna, ni para volver á dar calor á los encerrados y perdidos, que dentro de la villa vieja, forzando y animándolos la necesidad, intentaron su remedio defendiéndose en vano; porque el Venegas no dexó salir á pelear con ellos, sino desde las torres y murallas que los cercaban, los asaeteaban con los tiros y minas con morteretes, hasta que desmayaron vista su perdicion. Buscando la salida se les mostró á caballo el Venegas, y por el intérprete los exhortó á rendirse, y no queriendo, con nuevas cargas mató muchos. Los cautivos lo fueron, pero murieron gran parte, y al fin quedaron de servicio cuatrocientos. El Venegas avisó al Rey de su vitoria sin sangre, y pareciendo á algunos del Consejo aventuró mucho, no fue loado su grande hecho, sino calumniado; mas su reputacion era tal, que venció la malignidad, y en la estimacion y gracia de su Rey permaneció hasta morir sirviendo, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XXVII.

Don García de Toledo resuelve el llevar el socorro á Malta, y furiosamente la combate Mustafá.

Cornison vino á Malta, y viendo manifiesta pérdida si desembarcaba los buenos soldados que en sus dos galeras traia, envió al castellano de Puerto Hércules, Andres de Salazar, al Gozo, y embarcando en Malta llegó á la ciudad vieja. El Gobernador de noche le despachó con buena guarda de caballería y de infantería, y arrimado á los alojamientos al alba reconoció su asiento, forma, órden de campear, y volvió á la ciudad con la escolta venturosamente por los encuentros con los enemigos. Hizo Vincencio Astagio carta y relacion de todo, y arribó con ella á Sicilia Salazar. Don García, considerando lo que habia de hacer, variamente discurria ser los turcos muchos, exercitados, osados en venir á las manos, constantes, aunque se vean herir y matar, sin ceder á ímpetu y fuerza, y con disciplina incorrupta, con los premios con largueza y castigo por la cobardía, sin misericordia ni favor no rehusaban peligro ni trabajo; despreciadores, porque con audacia feliz y superior número vencieron ántes, haciendo su nombre y su aspecto formidable. No desesperaba de los españoles y italianos por su virtud y gloria militar, merecida por claros hechos, sino del haberse levado y conducido de repente muchos, y no haber visto exército.

Animábale la importancia de la empresa, el haberse consumido la mitad de los turcos y los más de los genízaros, leventes y espais, que son los que primero caen, por acometer primero, y quedaban los de menor efeto, y éstos, segun la relacion, serian deciseis mil, cansados y trabajados, y los habian de acometer naciones gallardas, enteras, que desembarcadas moririan ó vencerian, puesta la esperanza en combatir. Y aunque en la primera desembarcacion fuesen ocho mil, en otra serian otros tantos, con que forzarian á embarcarse á los turcos, y el Maestre tendria tiempo para repararse en tanto que llegaba la gente. Si perseveraban en el sitio en lugar seguro y fuerte, el campo cristiano sin venir á las manos, esperarian el segundo socorro, y serian acometidos por donde no tenian trincheas y divertidos, y divididas las fuerzas contra los cercados, entraria el socorro fácilmente. Juan Andrea Doria embarcó en Puerto Hércules los toscanos que levó Vincencio Viteli, y en la Especie los lombardos del coronel César de Nápoles, anciano y de gran nombre, y en Gaeta los que levantó en Urbino Pedro Antonio Lunato en las galeras y naves, y llegó á Sicilia. Dixo á D. García convenia pelear en el mar, y fueron deste parecer algunos generales; pero Chapino Viteli, Ascanio de la Corgna y D. Álvaro de Sande debian echar la gente en tierra, considerada la relacion que truxo Salazar. Vino D. Sancho de Leiva con alguna infantería vieja de la Goleta, y don Juan de Cardona, que fué á Palermo á remolcar las naves para que navegasen á Zaragoza. Don García de Toledo, de los varios razonamientos del Consejo tomando lo conveniente, resolvió el socorrer en todas maneras á Malta, y dispuso las cosas y el salir brevemente en su defensa, por la reputacion del Rey y suya y empeño de su palabra ántes del cerco, y por la obra en el estado en que se hallaban.

Por cartas Soliman mandaba á sus capitanes le ganasen la isla, y si el tiempo no bastase, invernasen en ella. Habido Consejo para suplir en parte el número de los que faltaban, sacaron de la cadena cuatro mil y los armaron. Determinaron asaltar de nuevo con todas sus fuerzas al burgo, con la asistencia de Mustafá, y con la de Piali á San Miguel. Dividieron la gente, y con emulacion de la gloria se disponian á porfía para alcanzar vitoria y fama. Prometieron el saco de la hacienda y presa de las personas en todo, sin reservar para Soliman ni para ellos cosa alguna, y animados los codiciosos y avaros turcos y de la asistencia de los generales esperaban la señal de arremeter. Para cansar y debilitar los enemigos los batieron de noche y de dia con la artillería y arcabucería desde las eminencias y trincheas, y los asaltaron por tres dias contínuos con poca gente, impidiendo el repararse, procurando debilitallos para acometellos con todo el exército y vencellos con menor fatiga. Con minas procuraban penetrar el dentro de las baterías, mas las contraminas desembocaban en las trincheas y en las cavas, y ayudados los turcos de sus

muchos gastadores las cerraban al punto. Á los decinueve de Agosto asaltaron generalmente por tres baterías al burgo y á San Miguel, y combatióse de ambas partes gallardamente, con muerte de muchos capitanes y principales soldados. Dixeron al gran Maestre estaban los turcos peleando sobre lo alto de la posta de Castilla, y con la espada en alto corrió á su defensa con los que le asistian. Halló los suyos que rebatian los turcos con gran coraje y daño dellos, y que hasta las mujeres peleaban, con que los forzaron á retirarse. Probando si la luna que tienen por empresa les era más favorable que el sol en los asaltos, arremetieron en la noche contra San Miguel, tentando la subida de la batería rasa; mas de los vigilantes defensores fueron con su infamia y daño y gran derramamiento de sangre derribados. A las once el maestre de campo Robles, reconociendo un camino de una plaza que los enemigos hicieron, fue muerto de un balazo que le dió en la cabeza por no llevar celada, hombre valeroso y de gran provecho en la defensa de la posta. Los baxaes dieron otros dos asaltos, y viniendo á las manos las primeras hileras los tiradores de las postreras de mampuesto y con buena mira en descubierto herian los cristianos, y así peleaban en los reparos con su ventaja en valor y en fortuna, y recibiendo los turcos con el mismo, con que de refresco viniendo otros los acometian. Mas sobrepujando la multitud, subieron sobre la posta de Castilla para entrar en el burgo. Acudió con su pioa el prohto Valeta, y con razonable número de los que tenía para socorrer al remedio de lo que miraba en mal estado, aunque valerosamente se defendian sus caballeros. Díxoles hiciesen en el último peligro como hasta allí, que peleando les sería compañero en la gloriosa muerte. Del socorro y exhortacion inflamados generosamente echaron de la posta á los turcos con gran mortandad dellos. Procuraban deshacer los reparos, echando con garfios la faxina al foso; mas Vincencio Gascon, intrépido con otros dos en los reparos descubiertos, arrojaron bombas de fuego sobre los garfiadores, derribándolos, hasta que de dos arcabuzazos herido se retiró, y en su lugar metió veinte soldados. Acabado el asalto, para coger con el cansancio y seguridad en olvidada defensa á los cristianos, acometieron con todo el exército al burgo y á San Miguel, y la pelea no fue ménos trabada, prolongada en tiempo y notable en sangre que primero, volviendo el ánimo entero de los cercados vano el pensamiento de los turcos, coraje, orgullo, peleando hasta venir á las espadas. Lamentable fue este dia á los asaltadores, porque de los fuegos y de las piedras que á plomo caian de la muralla al foso sin perder tiro, heridos cayeron muchos, y los que se alargaban batidos de los traveses con la artillería y arcabucería recibian repentina muerte. Este combate duró dos horas, el primero cuatro, y Mustafá hizo cuanto á su oficio tocaba, guiando, gobernando, empujando á palos sus combatidores para entrar en el foso, hasta que una bala le quitó el turbante, y se metió en el de San

Miguel, donde se amparó para salir en salvamento. En tanto que se combatia, á un devoto capuchino que mal herido vino de Sant Ermo, y estaba en oracion contínua suplicando á Dios diese vitoria á sus cristianos, dicen se apareció Jesucristo con San Juan Baptista, protector de la religion, San Pedro, San Pablo y San Francisco, y oyó una voz que le dixo: *Salvaria Dios á Malta.*

Grande alegría y esfuerzo para mantenerse y defenderse dió su publicacion. Huyéronse dos griegos desde la posta de San Miguel, y dixeron á Mustafá estaban de buen ánimo los sitiados; por cabeza se daba cada dia tres panes y un frasco de vino; esperaban el socorro cada dia. Ardiendo en cólera, dixo:

«Eran los de Malta en mejor fortuna que los suyos trabajados de ham»bre, por no haber venido sus naves de Grecia, Berbería y Soria con la »vitualla.»

Envió navíos por ella para invernar y conquistar por hambre las plazas, y á pedir municiones y gente á Constantinopla. Esto indignó tanto á Soliman, que porque los cristianos rogaban á Dios librase á Malta, hizo quemar la iglesia, sin quedar en ella más de una cruz, que milagrosamente no pudo abrasar el fuego. Sobrevino al punto tan furiosa tempestad, que temieron la ruina de la ciudad y navíos del puerto, y que se anegára Soliman en él, y dentro de pocos dias en un barrio se quemaron ocho mil casas. Los renegados huian, y Mustafá con una cadena de entenas y árboles cerró el puerto, y por la venida de la armada de España la mayor parte de la suya, en dos bandas dividida, rodeaba de noche la isla, metida bien al mar, para acometer la que viniese. Infamó los soldados de cobardes y floxos, y decian:

«Eran muchos principales muertos, y sólo ellos para el filo de la espada »de los cristianos, y sus cabezas en salvo miraban su ruina sin guiarlos ni »abrirles el camino.»

Por esto Mustafá pasó su pabellon junto á la batería cubierto de trincheas, y Hascen, virey de Argel, prometiendo poner en el dia siguiente la bandera de su señor sobre la muralla, aquietó el exército casi desobediente. Mustafá primero con buen golpe de gente tentó la ciudad vieja, y recibido con valor y fuerzas se retiró. Volvió á combatir el burgo más importante. Un maltés preso huyó, y refirió padecian los turcos con hambre y enfermedades y de mala gana peleaban, y los generales se leváran, si el mandato de Soliman de que invernasen en la isla no los detuviera. No cesaban de hacer máquinas; formaron una manta para cubrirse al entrar en las baterías, y por industria de Matías de Ribera fue deshecha, y defendida floxamente de los turcos cansados y consumidos del largo trabajo y poca esperanza de vitoria. Volaron una mina al principio de Setiembre, y muchos turcos con ella en el burgo. En San Miguel, ocupados

todos los baluartes y reparos, los dividia de los defensores tablizada no muy fuerte, y procuraban desde una torre de madera consumirlos con tiros, pues vencerlos en batalla no podian, y con estrecho cerco acabarlos con la hambre.

CAPÍTULO XXVIII.

Don García sale al mar y echa la gente en Malta, y los turcos vencidos se embarcan.

Esfuerzo habia hecho el Rey Católico en labrar galeras en número de ciento, y no podian navegar todas por falta de remeros. Escogió D. García de Toledo sesenta y tres de las más ligeras, proveidas, reforzadas de chusma, y metió en ellas seis mil españoles escogidos, tres mil italianos, mil y quinientos ventureros de ambas naciones. Encomendó el gobierno segun el órden del Rey con superintendencia á D. Alvaro de Sande, Ascanio de la Corgna, Vincencio Viteli, D. Sancho de Londoño y D. Alonso de Bracamonte. El marqués Chapino Viteli no quiso oficio, por haberse dado el de maestre de campo general á Ascanio de la Corgna; ordenóse que los bandos se echasen en nombre de D. García, y en Malta en el del Gran Maestre. Embarcóse D. Bernardino de Cárdenas, noble y rico hombre en Castilla, sin oficio, en Zaragoza con docientos que traia á su costa, y á muchos de todas naciones con gran número de criados y adherentes. Halló al Conde de Brisac con buena compañía de nobles franceses llevados de su devocion y deseo de gloria á defender la santa religion, accion pía y loable. Considerando se aventuraban en esta armada las fuerzas de mar de la cristiandad, y que ponerla á los inciertos accidentes de la fortuna le habia prohibido el Rey, determinó enviar alguno de los principales al Gozo, donde primero habian de llegar las galeras, para que trazase con el gobernador la señal que habian de hacer los unos y los otros. Ofrecióse para el efeto Juan Andrea Doria, y aunque D. García no queria aventurar su persona, vencido de sus ruegos lo aprobó. Partió con su capitana para decir al gobernador estuviese en lo más alto de la torre, y cuando de noche viese en el mar alguna luz, supiese era el fanal de la armada que se acercaba. Si la costa en todo lo que se descubria estaba sin galeras del turco, levantase luz que lo sinificase, y si descubriese bajeles, alzase dos lumbres dos veces, y enviase corriendo á la parte donde habia enemigos un hombre con una hacha. Era peligroso el hecho, y habiendo llegado al tercero dia tanto á la isla que oia los ladridos de los perros, envió á tierra al sol-

dado Juan Martinez de Lodenia, prático, que vino otra vez á Malta con un papel que lo referido contenia; y otro compañero para que en la noche siguiente viniese al mismo puesto, y volvió brevemente con aviso de haber llegado á salvamento Juan Martinez. Juan Andrea toda la noche y el dia siguiente discurrió por el mar y volvió al Gozo, donde con vientos contrarios esperó muchas horas á Martinez. No viéndole temió su prision, yendo al Gran Maestre desde la ciudad, mas ya en su lugar hubiera el gobernador enviado otro, si no era impedido de los bajeles enemigos, en que estuvo el Doria dos veces en riesgo de caer. Con rempestades, peligros y dificultades se entretuvo tres dias, y en el último en la noche vió la señal del concierto y volvió á cabo Pájaro. Allí supo cómo D. García navegaba á la isla Lenosa, donde le habia de esperar, y hecha agua le siguió; pero no le halló y pasó á la Lampadosa y á las islas convecinas, y peleó con dos galeotas; mas herido en el rostro, fatigado de contrarios vientos y lluvias, vino á la Fabiana, y dexó dos hombres, porque si arribase la armada avisasen á D. García cómo el español Juan Martinez quedaba en el Gozo para hacer la señal. Don García tomó una nave arragocesa que volvia de los Gelves cargada de bizcocho para la armada del turco con sesenta dentro, y las borrascas no le dexaron aferrar en la Lenosa y Lampadosa, y por mudar la navegacion no le pudo encontrar el Doria, y volvió D. García á la Pantanarea con riesgo de perder galeras. En la Fabiana, poco distante de Trápana, se reparó, y llegó el Doria y refirió estaba el mar seguro, y el burgo y San Miguel áun se defendian. La armada arribó á Malta, y no viendo la señal volvió á Sicilia, y hizo agua en el Pozal, y llevando en la Real á Juan Andrea con próspera navegacion volvió á vista de Malta al mediodia y esperó la noche para acercarse, y envió al Gozo á tomar aviso de lo que habia del enemigo. A media noche se acercó, y viendo la señal de seguro mar, acostó á tierra, y supo cómo cuarenta galeras de turcos habian discurrido aquel dia por allí, y al anochecer entraron en el puerto. Para evitar la confusion que la noche podia causar en la desembarcacion, á siete de Setiembre al alba reconocido el puesto de Pietranera en la ribera opuesta á la isla del Comino, dicha la Punta de la Malega, llevando la infantería en barcones remolcados de las galeras y cien soldados en cada uno, en ménos de cuatro horas desembarcó la gente y municiones, y cada cual tomó su porcion en saco al hombro para caminar. Porque un italiano le vertió, le mató un capitan por las severas leyes de la guerra, y lo aprobó su coronel, y le dió gracias y premio. Avisaron al gobernador de la ciudad distante ocho millas y doce del campo del turco el puesto de la desembarcacion y de su venida, porque enviasen bagajes para llevar la comida y municion, y alguna caballería que los guiase. Los turcos enviaron galeotas á reconocer y por tierra algunos, y refirieron era poco el número de las galeras y el de la gente desembarcada. No se al-

teró Mustafá, ántes con gran menosprecio mandó á las cabezas del exército, le apercibiesen para dar un asalto general. Un morisco huido de la compañía de D. Gonzalo de Bracamonte le dixo era mucha la infantería cristiana, escogida y ganosa de pelear, en que habia gran nobleza de España y de Italia, y convenia embarcarse para no arriesgarlo todo. Comenzaron á embarcar la artillería con priesa, y aumentóla el ver que D. García para hacerles volver el rostro al mar y que no fuesen á cargar la gente hasta que tuviese puesto asegurado y el Maestre entendiese estaba en la isla, á la boca del puerto tiró su artillería contra las galeras, y volvió á Sicilia para hacer la segunda desembarcacion de los soldados que habian quedado, triste por no hallar fe en la empresa á que habia venido. Los cristianos por caminos ásperos cargados con no poca fatiga, caminando encontraron algunos de la ciudad, que los venian á guiar y conducir con bagajes en que llevar la vitualla.

Piali y Mustafá juntada aduana en la galera Real querian alargarse, porque habia quedado lo peor de la armada, y no era bien aventurallo. Hascen y Aluch Alí instaban en pelear para probar lo último y tener satisfacion con Soliman. Echaron doce mil soldados en tierra, y caminó Mustafá á combatir con los cristianos. Advertidos de su venida por un esclavo genovés que se huyó de la armada á dos millas de la ciudad se ordenaron, y las galeras remolcando cuarenta desarmadas fueron á Petranera para dar calor á su gente, y á la cala de San Pablo para tener segura acogida y salvarla, si fuese vencida. Ascanio de la Corgna ocupó un buen alojamiento en que esperar á los turcos mejorado. Muchos soldados ganosos de pelear cubrieron un llano, y para recogerlos trabajaba el Sande. Porque los enemigos iban á ocupar un alto donde habia una torre dexando la ciudad á la siniestra, D. Bernardino de Cárdenas hizo un escuadroncillo de docientos desmandados arcabuceros, y el capitan Sallnas, del tercio de Lombardía, con su compañía se mejoró en la eminencia cuando llegaban los turcos á ella, y cargados los trabucaron favorecidos de una manga de arcabucería española, con que Chapino Viteli se mejoró, y executaron hasta lo baxo, donde huyeron los turcos en desórden y otros pelearon. Contra ellos el Sande y Ascanio de la Corgna adelantaron las banderas. Mustafá, caido dos veces su caballo por su miedo y falta de vigor, le mató y animó á los suyos, que apretados de los cristianos con más confusion y miedo que en la primera embarcacion se retiraban, que sin poderlos retener sus oficiales, ni el calor del mediodía, entraban matando en el agua, y los acabáran si la artillería de la armada no los apartára. Afondáronse muchos esquifes con el gran número y al entrar en las galeras y en ellos, atropellándose y estorbándose ciegos del miedo. Los muertos fueron dos mil, y á lo que mostraron los cuerpos que el mar arrojó, fueron otros tres mil afondados; catorce murieron de los cristianos heridos

de la artillería y ahogados del calor y peso de las armas. La armada se alargó, y al primero cuarto de la noche caminó á levante, llenos los generales de vergüenza y dolor de la pérdida de treinta mil hombres, nervio de la monarquía, y de sólo dos basiliscos, que el uno cayó en el mar y el otro no pudieron retirar. Mustafá juró de volver brevemente á destruir del todo á Malta con mayor poder; pues era tan grande el de su señor, de quien estaba cierto se indinaria, como se enfurecia, de manera que doblaria las fuerzas para vencer fácilmente, quedando tan arruinada la isla. Este fue el fin de la infelice empresa que tentó Soliman por consejo de Piali y persuasion de Dragut dexando á Malta libre, oprimida con estrechísimo cerco, casi por cuatro meses batida de dia y de noche, de manera que volvieron en polvo sus murallas, y dados once asaltos al burgo y á San Miguel, consumiendo su exército, mostrando lo que daña el haber tenido dos cabezas, aunque diferentes en la mar y en la tierra. Porque desavenido Piali con Mustafá desde que no se le encomendó la jornada de mar que encaminó al poniente, donde venció, y discordes en el ánimo eran en las acciones, deseando Piali que no acertase Mustafá en no comenzar la conquista por donde Dragut advirtió á Piali. Débese por esto tener en memoria, que despues de grandes rotas que recibieron los atenienses guiados de dos cabezas, eligieron una y vencieron. Los romanos, porque los cónsules mandaban en la guerra con igual autoridad y fueron vencidos de los fidenates y veyentes, eligieron dictador; y porque Virginio, acometido de los faliscos y de otros de su alianza sufrió ántes el ser desbaratado que pedir ayuda á Sergio su compañero, y éste pospuso la ruina de su patria al socorrelle. Una cabeza en una expedicion con mediana prudencia, de buen consejo acompañado, hace mejores efetos que dos sabios y valerosos, por la discordia y emulacion de la concurrencia.

Los del socorro fueron al burgo á ver al Gran Maestre con increible gozo de su libertad y salud. Admiró el ver tan disfigurados seiscientos hombres que habian quedado, y el haber defendido no murallas sino terreros, llenos los fosos, superiores las trincheas á las baterías, y Malta parecia tierra ganada y desamparada de enemigo, no ciudad ni castillo. Tiraron los turcos más de cien mil tiros de cañon, perque el Gran Maestre mandó que no se diese racion á quien no truxese bala, y juntaron brevemente sesenta mil: y así parecia que muchas caerian en el mar y soterrarian las ruinas y terraplenos. Hubo algunas de ciento y setenta libras que tiraban basiliscos, y de trecientas de piedra los morlacos, especie de trabucos, y las ordinarias de ochenta. La isla quedó talada, los edificios por el suelo, muertos siete mil naturales de todas edades y sexos, dos mil y quinientos caballeros y soldados de todas naciones, quinientos esclavos. Don García á la armada enemiga, que recogida caminaba, no acometió, y en Malta embarcó el tercio de Nápoles y ocho compañías

del de Sicilia, y á los quince de Setiembre siguió al enemigo con mal tiempo, pareciéndole se dividirian las galeras la guardia de la Grecia y Egipto en Corfú; en el Cerigo esperó nueve dias ocasion para ofender la armada, y sabiendo iba muy adelante volvió á Sicilia, y despidió las galeras para que volviesen á descansar.

En este tiempo el príncipe D. Cárlos, mal conforme con su padre, deseaba ir á Flandres y verse en libertad. El Conde de Gelves y el Marqués de Tabara, gentilhombres de su Cámara y sus amigos le advirtieron era buena ocasion y color el decir iba á socorrer á Malta, ayudando á su padre y á la religion cristiana, que juró defender, y todo consistia en salir bien de Madrid y entrar en Aragon, donde era gobernador general por el título de su Príncipe, y el llevar consigo á Rui Gomez de Silva, soumillier de corps de Su Alteza y favorecido de su padre, para que el mundo entendiese iba en su gracia, generalmente le sirviesen sus vasallos, y ayudasen los amigos. Convenia ganarle con cariciosa comunicacion, porque en previniendo cincuenta mil escudos y haciendo cuatro vestidos de camino iguales en la casa del campo donde se habian de vestir, le diria lo que habia de hacer sin dar lugar áun á pensar, y si no obedecia le matarian, para que no impidiese su viaje. Executaron, y al decir el Príncipe para qué le mandaba vestir y su vereda; dixo Rui Gomez: «Aquí tengo un pliego del Duque de Alba, virey de Nápoles, veamos lo que escribe.» Referia partió D. García de Toledo á venticuatro de Agosto para socorrer con la armada á Malta. Rui Gomez dixo: «Si Vuestra Alteza quiere ir, vamos; mas ¿á qué, si es socorrida la isla? Pues dirán lo hizo V. A. por ademan solamente, y entendia lo habria hecho ya.» Y visto pasó la ocasion, cesó la jornada, y mandó el Príncipe á Rui Gomez que no lo dixese al Rey; pues sabía lo que importaba, y no lo hizo, y quedó cuidadoso y tan enojado que al Conde de Gelves envió á su casa, y el Marqués de Tabara se fue de su voluntad, y no quisieron volver, aunque el Rey los mandó servir. El Conde escribió al Príncipe dándole buenos consejos para obedecer á su padre, aquietarse y vivir con seguridad.

Envió las gracias el Rey á D. García de Toledo, diciendo así:

«Todas vuestras cartas hasta la última de deciseis del pasado he reci»bido, y entendido por ellas y otras del Gran Maestre y primera que en»vió Antonio Doria, el suceso y socorro que con ayuda y favor de N. S. »se dió á Malta; lo cual os agradezco mucho, porque no pudiera venir »cosa que más satisfacion y contento me diera; y todo lo que ordenastes y »proveistes fue como de vuestra prudencia y experiencia esperamos. Este »servicio ha sido tan principal y señalado, y de tanta calidad é importan»cia para el bien de la cristiandad y de nuestros señoríos y Estados, que »me habeis puesto en nueva obligacion: y así podeis estar cierto que para »honraros y favoreceros y haceros merced hay en mí voluntad, y la que »es razon y mereceis.»

Soliman sintió con exceso la pérdida de la jornada y destruicion de su gente, esforzóse y mandó que entrase la armada con gran salva y como vitoriosa, y á Piali que luego la reparase y labrase cincuenta galeras más, porque habia de salir á la primavera siguiente á destruir á Malta. El gran Maestre pidió ayudas para fortificarse al Pontífice, al Rey Católico, á los príncipes cristianos, y se la dieron aunque poco á poco, y conforme al parecer de D. Alvaro de Sande y de Ascanio de la Corgna se comenzó á edificar donde hoy está la ciudad de Valeta. El Rey Católico daba priesa á sus generales para que labrasen galeras, y las armasen para la defensa de la cristiandad amenazada de Soliman. Encomendólo á Dios, levó gente, juntó dineros para resistir á la armada que en Poniente baxase, porque sin esto el gran Maestre y los de su religion desampararian la isla, como dixo de su parte un caballero al Rey, pues D. García los proveia con la misma tardanza con que los socorros previno y dió en el último trance, y no estarian en su fuzia mantenidos. El Rey, habiendo venido á su Córte D. Alvaro de Sande y Ascanio de la Corgna á dar gracias por las mercedes señaladas que les hizo, comunicó con ellos lo que se debia hacer para mantener á Malta. Mandó que el Marqués de Pescara pasase á ella, y asistiese en su reparo con dos mil alemanes, tres mil italianos, mil españoles, y otros dos mil soldados de la religion, y si no acertase le sucediese Ascanio de la Corgna, de quien el Rey fiaba mucho. Desembarazado el Valeta de la guerra celebró las exequias de los muertos y capítulo general en que se proveyeron los bailiazgos y encomiendas vacas por su antigüedad, segun su costumbre, y dió á los soldados estropeados plazas muertas, donde eran naturales, y mil ducados para pagar las deudas de Melchor de Robles. Repartió ayudas de costa y mercedes entre los que salvó la suerte del furor de la guerra. Temiendo la porfía del turco en conquistar la isla, miró con los ancianos é ingenieros el estado de las baterías, castillos, muros; y practicado sobre la fortificacion les pareció que se cortase la punta del castillo de San Ermo, se fortificasen las postas de Castilla y Albernia, se pidiesen gastadores y maestranza á D. García de Toledo. Escribió el gran Maestre al Pontífice con el Conde Brocardo la sospecha que tenía de la vuelta de los turcos sobre Malta; y así le socorriese con dinero para su fortificacion, porque estaba sin él y sin caballeros y soldados y gastadores para repararse, como lo habia sinificado al Rey Católico y á su Embaxador en Roma.

Soliman con sus baxaes resolvió el labrar y armar galeras con que hacer segunda jornada contra Malta, y embargar las naves de grah porte en que llevar dos mil caballos para ganar alguna plaza fuerte en Calabria; mirasen donde saldria el gasto, porque no cargase sobre su tesoro, y que en la Grecia cada vecino pagase una fanega de trigo para la provision; estuviesen á punto las levas de la gente de guerra y de remo á los quince de Marzo del año venidero mil y quinientos y sesenta y seis. Mandó pusiese en la marina el

Sanjaco del Cairo treinta mil infantes; los de la Natolia y Caramania diez mil, y los de Lepanto, Rumere y Salonique otros tantos, y en órden el genizar Agá nueve mil genízaros, y dos mil de á caballo de sus guardas; de manera que se juntasen ochenta mil combatientes y quinientas velas mayores y menores, y de la costa del mar mayor y de la Natolia se tomasen diez mil remeros. Pidió al Tártaro menor le guardase sus fronteras de los acometimientos de los Persas; encargó la labor de las galeras en Constantinopla á Mahamet Baxá su camarero. Los venecianos reforzaron las guarniciones de sus islas y de tierra firme, y tan gran apresto hizo cuidar á los príncipes cristianos para su reparo y defensa. Su Majestad Católica consultaba sus consejeros, armaba galeras, levaba soldados en Alemania, España é Italia, buscaba dineros pedidos por servicios extraordinarios á sus Estados, y á los mercaderes con intereses perjudiciales. Escribió al Emperador se previniese contra el poderoso enemigo, que le ayudaria en cuanto le fuese posible. Con esto le pareció divertiria á Soliman para que no enviase armada al Mediterráneo y Adriático, y ganaba nombre de defensor de la casa de Austria, y confirmaba la amistad de los alemanes, viendo queria ser con ellos en todo trance y fortuna. Escribió al Duque de Florencia se esforzase para salir al mar con buen número de baxeles y coronelías de soldados, y le prestase por seis meses seiscientos mil escudos, que la consignacion de su paga sería cierta. Luego pasó D. García de Toledo á Palermo, donde informado bien del gobierno de Sicilia, no se valió de ministros. Contendió con la inmunidad de Mezina por cobrar con mucho rigor el donativo, y creció la mala satisfacion de los mezineses y españoles hasta tomar las armas, y porque cortó la cabeza á Raimon de Trimarch, sin darle más de cuatro horas para ser oido contra ley, decian, porque mató un cuñado de Diego de Vargas, secretario del Rey en los negocios de Italia y Sicilia, y echó en galera un mezinés, de mandato régio, porque le engañó con mentira en perjuicio grande. Encontróse tambien con la Inquisicion, procurando limitar su autoridad y restringir á menor número sus familiares, sin advertir tenía por más prudente D. Filipe al ministro que usó con este Tribunal de mayor modestia y concordia. Disgustó los del brazo eclesiástico en su perjuicio D. García, porque son ricos, respetados, grandes y esentos con opinion de bondad y sabiduría, y dicen libremente lo que sienten contra el Virey y sus ministros, especialmente los españoles; y porque en la mayor parte los sigue el brazo dominiale ó popular y en las cargas son comprehendidos y compañeros, y va donde la iglesia en los Parlamentos. Al contrario el brazo militar, como no contribuye en carga ordinaria ó extraordinaria, pecuniaria ni personal, está siempre en favor del Rey.

LIBRO VII.

CONTIENE LA SUCESION EN EL PONTIFICADO DE PÍO IV Á PÍO V

Y QUE LOS FLAMENCOS SE DECLARAN EN FAVOR DE LA HEREGÍA Y REBELION, Y EL REY CATÓLICO TRATA DE SU CASTIGO.

LOS MORISCOS DE GRANADA

RESUELVEN SU LEVANTAMIENTO, ECHA LOS FRANCESES DE LA FLORIDA EL REY FILIPE, PUEBLA LAS FILIPINAS, FORMA EL ARCHIVO DE SIMÁNCAS, REFORMA LAS ÓRDENES MENDICANTES DE ESPAÑA.

(Año 1566, y el undécimo del reinado de Don Filipe.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Sucede en el Pontificado Pío V. Previene el Rey Católico el socorro de Malta, y los flamencos se rebelan.

Pío IV, pontífice romano, falleció á diez de Diciembre deste año mil y quinientos y sesenta y cinco improvisadamente de apoplegía, á los seis años ménos un mes de su pontificado. Entró en Roma el comendador mayor don Luis de Requesens á proseguir su embaxada cerca de Pío, no de la Sede Apostólica revocada. Hechas las exequias se cerraron los Cardenales en el conclavi, y sobre elegir sucesor hubo diversos deseos y pretendientes, y esperaban los discursistas grandes dificultades, y la mayor por la quexa viva de que España daba y quitaba Pontífices y haber muchos sujetos dignos y capaces. Queria Borromeo, sobrino de Pío, sucediese persona de su casa, para que tenía bastante autoridad, pues dió con este fin su tio cuarenta y cinco capelos, mayor parte del conclavi. Esperaban sería Pontífice el cardenal Moron, de gran nombre, legado del Concilio, milanes bienquisto, á quien como padre veneraban Borromeo y Altemps; pero la sospecha de su no buen sentir en las cosas de la fe, de que estuvo indiciado y procesado, lo impidieron, y el ser en las criaturas de Pío enemigo del Rey Católico en lo último de su pontificado. Su Embaxador

prudente y sabio temió cisma, y procuraba fuese el cardenal Alexandrino por su grandeza de ánimo, integridad de vida, desasido de prendas, y dixo que dexadas parcialidades, hiciesen Pontífice á quien en opinion de todos solamente lo mereciese. Propusieron á Alexandrino, y aunque teniéndole por riguroso y que nada disimulaba con la libertad de la Córte y Consistorio, reprehensible entónces por la poca reformacion de Roma y de Paulo y Pío IV, en siete de Enero mil y quinientos y sesenta y seis llegaron de tropel á su celda todos los Cardenales, y le pusieron en la ara consagrada, donde adoran los electos Pontífices. Pesó desta eleccion á Viteli, uno de los de la Congregacion, que dió el lugar pretendido del Embaxador de Francia, en tanto que en petitorio se determinaba sobre la precedencia con el de España, y temiendo por ello y ser ambicioso, y porque contra la fidelidad que su padre y hermanos guardaron á esta corona, por la promesa que le hizo de que sería Pontífice el Cardenal Deste, acostó á la parte de Francia, y porque Pío V sería en favor declaradamente del Rey Católico. Recibió la nueva con públicas muestras de alegría, y por haber sido ministro de la Inquisicion Alexandrino la escribió al Arzobispo de Sevilla, inquisidor general, y ser eleccion tan en conformidad de los Cardenales y la santidad del electo, que esperaba grandes beneficios en la Iglesia, y sería Pío como en las costumbres en los hechos. Fue coronado en decisiete de Enero, dia en que nació, y no con alegría general de Roma, temiendo en su imperio sangre y venganza de los agravios de un hombre severo, inexorable. Pecó el pueblo como otras veces, que vió lo bueno y no lo conoció, y á los ojos de tan curiosos escudriñadores se escondió la piedad de un Pío, recto y cuidadoso de la religion, restaurador de la disciplina caida de la Iglesia, desterrador de los vicios, constante defensor de la jurisdicion eclesiástica, mantenedor de la autoridad pontifical y veneracion de la sacra silla, diminuida mucho por sus predecesores, atentos á engrandecer su familia, procurando para esto la gracia de los Príncipes, y creció su fama de santidad reverenciada áun en los herejes sus enemigos.

Á darle obediencia, reconociéndole por Vicario de Jesucristo, envió el Rey Católico á D. Luis Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, de su Consejo de Estado, y con aparato grande representando la majestad de su Rey hizo su viaje y embaxada en Roma. Trató con el Pontífice del remedio de las herejías y defensa de Malta, porque Gabrio Servellon, prático en fortificar, dixo al Pontífice y al Rey mirasen por ella, porque faltando las fábricas, la debian hacer cuerpo grueso de gente, y Soliman prevenia contra ella y contra la Goleta. El Rey ordenó á D. García que la infantería que mandó llevar á Malta se juntase con cuatro mil italianos del Pontífice para este efeto, y con divertir la armada cien galeras tendrian pocos buenos sucesos los turcos. Para disponerlo y meterse en la Goleta con cinco mil españoles, tres mil alemanes y cuatro mil italianos, envió á

don Fernando de Toledo, hijo del Duque de Alba, gran prior de Castilla. Hizo leva de doce mil alemanes en cuatro regimientos y diez mil italianos. El Pontífice esforzó á los de Malta, envió quince mil ducados á los caballeros que la defendieron, y un Comisario para que gastase cinco mil cada mes en la nueva fortificacion, hasta cumplir el número de cincuenta mil suyos, y treinta mil que repartió para esta obra por las iglesias del reino de Nápoles.

Los flamencos, cebados en la licencia de mal vivir, con menosprecio (segun estilo de pecadores) pasaron á profesar las herejías al descubierto, sin oposicion de las leyes y penas justas. Favorecian los predicantes de sectas que las naciones confines les enviaron, y los naturales huidos por delitos, catequizados y enseñados en los errores de Genebra y Alemania, dábanles fuerza y oomodidad para sacar discípulos en las mejores provincias, y al comercio y libros de herejías, y instruyendo á los sin conocimiento de letras fácilmente por su buena disposicion. Cobraron los más viles tanto aplauso en los de mayor riqueza y nobleza, que en Ambers se atrevió á predicar un zurrador, y porque le castigaron, con gran rumor y resentimiento los conjurados de la Junta de Bruseles determinaron poner fuerte mano en su defensa y de sus herejías. Habian estado en la Junta los Condes, y Margarita los llamó para tener Consejo de Estado. El de Meghen, con larga salva de su buena intencion al bien del país encaminada, dixo estaba informado de un gentilhombre extranjero, cuyo nombre por juramento no podia declarar; y cumpliendo con lo que debia á su conciencia, salva su fe del secreto encomendado, advertia que hallándose en las provincias tantas sectas y herejes como era notorio, se praticó secretamente entre algunos caballeros naturales y forasteros de tener prontos hasta venticinco mil soldados de á pié y de á caballo; entrarian luégo á robar el país para llevar este provecho, si no pudiesen hacer que en él se diese libertad de conciencia, sobre que habian de enviar á Madama dentro de diez dias casi mil y quinientos hombres con buenas armas. El Conde de Egmont confirmó esta nueva por haberla oido á quien no quiso ser conocido, y en otro Consejo mostró copia de la confederacion hecha entre los señores y nobles. La Duquesa se admiró, y pidiendo parecer dixo el Conde de Meghen libremente era el remedio tomar las armas, y no habia órden del Rey, y pedida no llegaria á tiempo, estando ya los otros apercebidos, ó consentirles lo que pedian, de que el Rey no se contentaria, ó acordar algun temperamento para apaciguallos en la Inquisicion y placartes, con perdon de los delitos cometidos: llamase los Gobernadores de las provincias y otros caballeros ántes que llegasen los confederados, y en tanto se avisase al Rey sin tratarle de su venida, pues sería tarde y sin fruto. Votó lo mismo el de Egmont, y dixo esperaba que los gentileshombres que habian de venir ante Madama no pasarian de quinientos, y su demanda sería más modera-

da de lo que se publicaba. Algunos del Consejo se maravillaban de que se pudiese juntar tanta gente sin saberse en el país, ni por los gobernadores de las fronteras, y siendo tan buenos y del Toison no era necesario consentir á los mal mirados alguna mudanza ó novedad cerca de la religion, ni con ellos tratar de partidos; pues los que gobernaban bastarian para resistillos. Parecia cosa de burla hablar de perdon sin conocerse para quien, ni los delitos tantos cometidos. Madama juntase todos los señores y gobernadores, y echaria fácilmente de ver el parecer de la mayor parte dellos. Bien lo entendió su Alteza; pero la necesidad le obligó á resolverse, conforme el voto de los Condes.

Escribió á catorce de Marzo al Rey sobre ello, y ordenó la junta de todos los gobernadores y caballeros, y al Conde de Horne tres y cuatro veces volviese al Consejo y se hallase en ella. Algunos señores decian eran intolerables los placartes y fuera de razon, y no querian tomar las armas en su defensa ni de la Inquisicion. Convenia el perdon para sacar de temor y sospecha al de Orange, receloso de la indignacion del Rey, y ante todas cosas reconciliarse con sus vasallos. Llegaron á Bruseles los gobernadores y caballeros del Toison, y se hizo la Junta en presencia de Margarita, en que asistieron el Príncipe de Orange, el Duque de Arischot, los Condes de Egmont, Horne, Meghen, Hoostate, Aremberghe, Ligne, el Marqués de Berghe, los señores de Barlaimont, Montigny y el Presidente y Consejeros de Bruseles y del Consejo privado. Propuesto lo que se habia de tratar, se halló habia Inquisicion extraordinaria del Pontífice y la ordinaria de los obispos, y siendo tantos ya en el país, haciendo bien sus oficios se podian excusar los extraordinarios, cuanto á los placartes; pero no sería servicio de Dios, ni de Su Majestad anularlos del todo, sino moderarlos, como el Emperador hizo á instancia de la reina María, gobernando aquellos Estados en el año mil y quinientos y cincuenta. Llegaron diversos avisos de alteraciones y movimientos dentro de los Estados y en las fronteras de Alemania, y fueron entrando poco á poco en Bruseles muchos de los conjurados. Su Alteza, temiendo algun inconveniente, propuso en el Consejo de Estado, si era bien impedírselo, y respondieron que, pues venian sólo á presentar un memorial, como vasallos de Su Majestad y todos eran nobles y gran parte deudos, amigos y servidores suyos, se dexasen entrar sin armas, y hubiese alguna gente de guarda á las puertas.

A tres de Abril entró con docientos de á caballo Enrique, señor de Brederoda y de Viana, uno de los más principales de la confederacion, de la cual se mostraron el Conde de Ludovico de Nassau, hermano del Príncipe de Orange, el Conde de Bergas, su cuñado, y el de Colemburg. Acompañáronle muchos señores y gentilhombres del país y algunos extranjeros y criados del Rey, de Madama, del Príncipe de Orange, del Conde de Egmont y de otros señores en número todos de trecientos, poco más ó mé-

nos. Despues de un largo y espléndido banquete y de haber emendado el memorial el Conde de Egmont, á cinco de Abril se presentaron en palacio ante Margarita con el señor de Brederoda, y él le dixo: «Recibiese en »buena parte, como hecho para servicio de Dios y bien del país lo que di»xese. Le acusaron (y algunos de su Consejo que se hallaban presentes) de »haber comenzado esta junta contra el servicio del Rey para alterar y es»candalizar la tierra con secreta inteligencia de algunos reyes y príncipes »extranjeros. Porque era falso y mentiroso, suplicaba á su Alteza fuese ser»vida de nombrarle los acusadores, para que se castigase la falsedad, y una »compañía tan insigne quedase con la debida honra y reputacion.» Contenia el memorial en sustancia:

«Que siendo gentilhombres y vasallos buenos y leales á su Majestad, »consideraron los peligros en que se hallaban los Países, y que su ruina es»taba más cerca de lo que se pensaba; y traia su orígen de la Inquisicion »y rigor de los placartes, que si bien por lo pasado sirvieron de algo, no »aprovechaban al tiempo presente tan mudado y trocado. Suplicaban á su »Alteza pidiese á su Majestad por Embaxador remediase lo que habia di»cho y usase de medios más propios y convenibles que los placartes con »parecer y consentimiento de los Estados generales. Y en tanto que pro»veia en ello el Rey, suspendiese la Inquisicion y la execucion de los pla»cartes. Protestaba que faltando á esto, si sucediesen inconvenientes, des»órdenes, alteraciones, derramamiento de sangre, ellos habian cumplido »con sus conciencias delante de Dios, del Rey, de su Alteza y del Conse»jo, como debian buenos y leales vasallos en un mal tan evidente.» La Duquesa consultó el Consejo, y respondió:

«Le agradaba enviar á su Majestad por la causa contenida en su memo»rial, esperando que lo remediaria todo como convenia, especialmente con »la moderacion de los placartes, de que ya se concebia nuevo formulario. »Pero en lo de suspender en este medio la Inquisicion y la execucion de »los mismos placartes, no tenía ella autoridad sino para escribir á los in»quisidores y ministros usasen sus oficios con discrecion, á fin que nadie »se quexase dellos. Confiaba que los confederados no querrian innovar cosa »contra la verdadera religion y fe católica, y que en lo demas guardarian »la modestia que á las personas de su calidad convenia.» Pidió el señor de Esquerdes declarase fue lo hecho en servicio de su Majestad, y respondió Margarita: «No juzgaba intenciones que manifestarian el tiempo y sus »obras.»

Quedando su Alteza muy triste por el peligro de la religion católica, pérdida de sus almas y de los Estados de su hermano, un su criado esforzándola le dixo no temiese aquellos pícaros, que en lengua valona es greuxes; y sabido por los conjurados vistieron ropas viles y se pusieron alforjas al cuello y horteras en la cinta, palos en la mano, colas de zorra por

penachos, y en menosprecio de la Gobernadora celebraban el nombre en banquetes, brindándose en las horteras. Colgaron del cuello medallas con señal de las manos trabadas de un lado, y las horteras y alforjas, y en el círculo por mote, *Viva el Rey hasta las bisazas*; y del otro su rostro con las mismas palabras; y con la diccion greuxes se inscribieron y sinificaron su bando en imitacion de los huguenotes de Francia. Margarita, temiendo la conjuracion general y la gente amotinada, por la osadía con que pedian en suma revocacion de las leyes que obligaban á religion determinada, con lágrimas consultó muchas veces los consejeros, de sus engaños y astucias cercada, máquinas de los conjurados contra el Rey, asechanzas contra ella y trato, so color de religion, de tiranizar los Estados y pueblos, que menospreciando la justicia hacian irreparables daños, empeorándose cada dia por consejo y favor de los sectarios de la conjuracion. Poco se quietaron, aunque les hizo decir «escribiria al Rey su peticion y le suplicaria por su »concesion, y en tanto que la enviaba evitasen los escándalos y considera»sen podia conservarse mal la República sin fe, leyes, justicia perdida ya »con la confusion de las provincias, pues era grande el número de pecados »contra Dios, contra el Rey y contra ellos mismos cometidos.»

El Consejo privado ordenó un formulario de moderacion de los placartes, que Madama corrigió despues y los mismos consejeros. El Conde de Egmont y algunos compañeros propusieron si sería bien publicarle por modo de provision para dar contento á los confederados y de su séquito, y pareció no se debia entrar en acto tan perjudicial sin órden expresa de su Majestad, y sin ella y saberlo los Estados generales no sería de satisfacion á los confederados. Se enviase luégo el formulario á los Consejos provinciales para que sobre ello dixesen sus pareceres; y encargase á los gobernadores el dar cuenta desta futura moderacion á los principales de los Estados y villas de sus provincias, con que entender su inclinacion y voluntad. Resolvieron que el Marqués de Bergas y el Baron de Montigny fuesen á España á dar cuenta desta determinacion á su Majestad secretamente, y llevar el formulario de la moderacion de los placartes, certificarle el disgusto del Príncipe de Orange y el Conde de Horne, por el enojo y desconfianza de su Majestad con ellos por falsa informacion, y cómo querian retirarse el Conde á su castillo y el Príncipe fuera de los Estados quitando cualquiera sospecha, pues en lo presente no podian hacer servicio alguno.

Cuando recibió el Rey las cartas secretas, tuvo otras públicas de Margarita con certeza de la resolucion sobre la moderacion de los placartes y parecer que se pidió al Consejo y Estados, á que se habian dado priesa para no ser prevenidos; porque los greuxes se multiplicaban cada dia, y se alborotaban las provincias sin respeto á la respuesta de Madama. Maravillóse mucho, examinó y consultó en persona el aviso secreto de Margarita, y habiendo de llegar los señores de Bergas y de Montigny y los pareceres de

los Consejos y Estados sobre la moderacion de los placartes, respondió públicamente á la carta con la relacion del Conde de Meghen. Impidieron la execucion de su deseo de ir á los Países negocios graves, y acabados iria brevemente á proveer lo conveniente á ellos con parecer de los consejos, señores y gobernadores. Y hallándose buenos medios para conservar la religion católica (en que él queria vivir y morir) se acomodaria al tiempo y á perdonar los que por ligereza ó inducion de otros cometieron faltas. En tanto no se juntasen los Estados generales, que no introduciria novedades de Inquisicion ó de placartes, sino conservaria lo ordenado por el Emperador su padre y por sí mismo y observado siempre. Como el Emperador no temia sus enemigos sirviéndole tan buenos y leales vasallos, ni él, pues tantas veces se emplearon con esfuerzo y fidelidad en su servicio, y de quien tenía entera confianza. Escribió en secreto á Margarita le pesaba del descontento del de Orange y Conde de Horne, dixese no sólo no sospechaba cosa mala dellos, pero los reputaba entre los mejores y más leales vasallos; y á las villas capitales, los veria brevemente, dispondria su quietud y satisfacion de buen gobierno. Esto dió gran contento á los fieles y buenos católicos. Madama Margarita, viendo los pueblos alborotados y que estaba desarmada, para conservar su dignidad y respeto, usando de la fuerza con buen modo, mandó levar dos coronelías de alemanes baxos á Juan de Ligné, conde de Aremberghe, y Cárlos de Brimen, conde de Meghen, y al conde Filipe Eberstain y á Bernardo de Escomboug, coroneles de alemanes altos, otras dos del condado de Ferrete, y á Giles de Barlaimont, señor de Hierge, y Juan de Croy, conde de Reulx, y al conde Cárlos de Manzfelt tres de valones de seis banderas cada una de docientos infantes por compañía. Enviaba ordinariamente correos al Rey con aviso del alboroto de los pueblos, la ruina á que los tenía sujetos, y pedia se les presentase para su bien medio último al parecer general.

Los rebeldes por no ser prevenidos en Alemania pidieron ayuda á los potentados sectarios, con quien traian ordinarias inteligencias para declararse contra el Rey. Estaban ocupados en ocasiones particulares de asistir necesariamente en sus tierras y en la Dieta de Augusta, sin poder sacar su gente de guerra; porque el turco Soliman con ciento y cincuenta mil caballos y trecientos mil peones, dexando el acometer á Malta, venía contra el Emperador recien heredado, en persona, diciendo que por no le haber enviado el tributo que su padre le daba; mas era en favor del trasilvano puesto en su proteccion, molestado porque se llamaba Rey de Hungría, título que decia le dió Soliman. Los reyes de Denamark y Suecia competian y Saxonia y Baviera sobre la precedencia, y Saxonia tomaba las armas contra Grompal y Alberto Bossemberg por bando imperial publicado contra ellos, como justicia mayor del Sacro Imperio. Para juntar con facilidad en la Dieta Maximiliano con industria los protestantes con esperanza

de novedad, los católicos para defensa de la verdadera dotrina, publicó era para tratar de las cosas de la fe; y así apénas en aquel siglo Dieta con tanto concurso se juntó. Al Rey Católico alteró la promesa, porque acudirian sus flamencos á pedir la libertad de conciencia y ayuda á los sectarios para su defensa. Escribió al Conde de Chantoné, su embaxador, se le opusiese con viva fuerza, y á la Gobernadora enviase quien diese en su nombre al Emperador sus quexas de algunos señores alemanes, que amparaban los flamencos para dexar la religion católica. No les dexase levar gente del Imperio; atajase las práticas á los coroneles George de Bally y á Hilmar de Munichausen, que les habian ofrecido veinte banderas, y el conde Guillelmo de Xuazeburg, hermano del conde Juan, capitan de su guarda alemana en España, cuatro mil caballos herreruelos, cosa nueva y de mala consecuencia. Escribió al Elector de Saxonia no permitiese que su criado George Hael favoreciese sus rebeldes. Tenía el Rey gratos los mayores de los alemanes, porque en cada un año el conde Juan de la Anguísola los visitaba de su parte y presentaba bien á sus mujeres preseas de precio y regalo de España y de Milan. Ofreció para la guerra de Hungría, porque Ferrad baxá estaba con parte del exército turquesco cerca de Ceguet, que Soliman queria expugnar, docientos mil ducados como príncipe de la casa de Austria, con que el Emperador se mostró obligado, y en cuanto le fue posible procuró ayudarle para la quietud de los Estados Baxos y con diligencias impidiendo sus tratos en Alemania; y porque el Rey tenía en su casa sus hijos mayores y sucesores, si muriese el príncipe D. Cárlos, y si no le casaria con la princesa Ana, su hija mayor. El Pontífice envió por legado á esta Dieta al cardenal Comendon, por la alteracion que le causó su convocatoria, temiendo que príncipes seglares en las cosas de la religion se interpusiesen, siendo reservado á los sucesores de San Pedro. Escribióle el Rey en ninguna manera permitiese novedad en cosa que tocase al Concilio, ántes pidiese con instancia se recibiese y guardase generalmente.

CAPÍTULO II.

Trátase en España de reformar á los moriscos de Granada, y los flamencos prosiguen en su rebelion.

Era VIII Arzobispo de Granada despues de su restauracion y LXXIII Obispo desde San Cecilio, su primero prelado, contando los que tuvieron el título cuando la poseian los moros, D. Pedro Guerrero, celoso de la

honra de Dios y buen letrado. Tenía en la administracion de las parroquias sacerdotes doctos y religiosos, como mostró la constancia de ánimo y de fe con que padecieron martirio por Jesucristo, como adelante se escribirá en la rebelion de los moriscos. Sabía eran éstos cristianos por el baptismo, no por las obras, y que se baptizaban por comodidad, no de voluntad. Dado felizmente fin al santo Concilio celebrado en Trento en que se halló don Pedro Guerrero, visitó en Roma al Pontífice Pío IV y le refirió el dolor que tenía y escrúpulo de ver cómo eran infieles apóstatas los moriscos de su arzobispado, y cuánto deseaba reparar su daño. Exhortóle Su Santidad á tratar dello, y á que de su parte dixese al rey Filipe pusiese remedio, como tan religioso, para que las almas de los moriscos no se perdiesen, y escribió á su nuncio D. Juan Baptista Castaño, arzobispo de Rosano, solicitase con Su Majestad la reformacion de aquellos neófitos. En la ausencia del Arzobispo habian crecido los escándalos con los daños, porque á instancia de las justicias y concejos, cabezas de partidos, por bando, cédula y consulta real la Audiencia prohibió el acogerse en lugar de señorío, como solian los delincuentes, y que de las iglesias los sacasen en pasando tres dias, y salvándose en los montes con el robo y con la fuerza llenaban de delitos irremediables y sucesos lastimosos el reino, creciendo cada dia por la codicia de los escribanos y alguaciles, que de las causas viejas y nuevas procuraban su interés, como suelen, no el bien del reino; porque muchos delincuentes perdonados de las partes vivian en quietud olvidados los negocios, y fueron presos al cabo de muchos años.

En competencias de juridicion con el Capitan general sobre el conocimiento, se cometió la seguridad y castigó al presidente D. Alonso de Santillana, y armó cuadrillas de á ocho hombres que alteraron por sus armas y no resistieron por su flaqueza, moviendo la medicina flaca el cuerpo lleno, no purgando sino destemplando. El Arzobispo, para cumplir con lo que á su dignidad tocaba, trató en sínodo con los sufragáneos Obispos de Málaga, Guadix y Almería, y el clero del reino, cómo los nuevamente convertidos fuesen, cual de baptismo, de vida cristianos. Acordaron escribir al Rey usase del remedio de que los santos Concilios africanos se aprovecharon por saludable y último, para que no encubriesen el vivir y morir en la secta de Mahoma. El Marqués de Mondéjar, cargado de años y servicios, salió de la presidencia del Consejo de Castilla, y sucedióle el regente Figueroa del de Estado y que presidia en el de Ordenes, por cuya muerte y proposicion pidiéndole el Rey nombrase en su lugar, fiando de su rectitud y prudencia, fue presidente el licenciado D. Diego de Espinosa, del mismo Consejo, natural de Martimuñoz de las Posadas. Creciéndole el Rey por su valor y crédito, le hizo Obispo de Sigüenza, cardenal é inquisidor general, porque si empezaba á cargar á uno de honras, mercedes y negocios, ecedia tal vez las fuerzas y edad del favorecido.

Para tratar de la reformacion de los moriscos y mejora de su vida, hizo el Rey junta del Presidente, y el maestro Gallo, Obispo de Orihuela, don Antonio de Toledo, prior de Leon, D. Bernardo de Bolea, vicechanceller de Aragon, el licenciado D. Pedro Deza, del Consejo de la general Inquisicion, el licenciado Menchaca y el doctor Velasco, del Consejo Real y del de Cámara. «Fue la resolucion, que pues los moriscos eran por el bap»tismo cristianos, y lo habian de ser y parecer, dexasen el hábito, lengua, »costumbres de moros; para esto se executasen los decretos de la Junta del »emperador Cárlos V en el año mil y quinientos y ventiseis en la Ca»pilla Real de Granada, y así lo consultaron al Rey encargándole la con»ciencia.»

Despachó cédula para que la Audiencia de Granada executase sin admitir réplicas, pues los remedios pasados no aprovecharon á la emienda de sus costumbres y delitos. Este despacho llevó D. Pedro Deza, uno de los de la Junta, á quien el Rey hizo presidente de la Cancellería.

Margarita, á ventinueve de Agosto, habia publicado por su cédula: «Que mediante lo que la carta de seguridad del Rey contenia, y aten»diendo á la fuerza inexcusable y necesidad presente, tenía por bien »que dexadas las armas no se les impidiese el ir ni venir á las predicas, »hasta que el Rey con parecer de los Estados generales otra cosa orde»nase, y con que no estorbasen el exercicio de la religion católica.» Movieron á Margarita con las engañosas esperanzas de concordia para conceder libertad de conciencia, aunque limitada, porque no se aquietaron los pueblos. Los de Bolduque, ciudad fuerte y populosa, aprisionaron los jueces del Rey; levantaron bandera contra él; saquearon del todo los templos. Ofrecióles perdon Margarita por el gran Canceller de Brabante y Conde Crince, y los prendieron. Para librarlos envió al Conde de Meghen con un regimiento de valones y alguna caballería, y sitió la ciudad quitándole los bastimentos. La gente popular dividida combatió, y su discordia metió al Conde para matar y expeler los greuxes y señorear la ciudad. Filipe de San Aldegonde, señor de Noyrquerme, salió de Bruseles para Tornay, en el condado de Henaut, y supo estaban cuatro mil greuxes en deciseis banderas junto á Valencianes, y con ocho del regimiento de Mos de Hierge de trecientos hombres de armas, mató dos mil, volvió á Tornay, y entró en el castillo fuerte que mantenia por el Rey Mos de Beauvoir. Edificóle Enrique VIII, rey de Inglaterra, cuando con el emperador Maximiliano I quitó la ciudad á los franceses, y Enrique por concierto quedó con ella, usurpada al condado y á Filipe III, rey de Francia, en el año mil y docientos y trece, en guerra abierta por D. Hernando de Portugal, conde de Flandres, casado con Juana, hija de Balduino, emperador de Constantinopla y conde de Flandres. Es ciudad rica de Flandres Gálica, aunque saqueada muchas veces, principalmente por los nor-

mandos en el año de ochocientos y ochenta; y sus ciudadanos volvieron desde Noyon en Francia á renovalla, y fue conquistada por el emperador Enrique III y restaurada vivia en libertad, usurpada con ayuda de franceses, hasta que la incorporó en Flandres D. Hernando de Portugal. Vendióla al rey Francisco de Francia el rey de Inglaterra Enrique VIII y dél la cobró el emperador Cárlos V en el año mil y quinientos y ventidos. El rey de Francia, Cárlos IX, se aconsejó sobre la peticion del rey D. Filipe, su cuñado, y respondió eran por la mayor parte huguenotes los habitadores de las provincias, por donde tenía de pasar el exército que habia de ir á Flandres por Borgoña desde Tolon ó Frexus, y alterados cerrarian el paso. Don Francés de Alava le replicó le abriria con su riesgo, y no dió lugar á ello Cárlos. Envió á levar seis mil zuiceros para estar armado, y le fueron seguridad de vida y reino. Entendiendo los huguenotes lo que el Rey de España pedia, Gaspar de Coliñi, deseoso de turbar las cosas, dixo al Rey: «Se juntaban para su destruicion tantas fuerzas, procurada por los »dos cuñados, y así no se guardaba el edito de la paz, y los de su nueva »religion apartados de la Córte, los de la casa de Guisa sus enemigos lo »podian y hacian todo; que pues D. Filipe juntaba exército en Flandres, »para no temer creciese las compañías de la infantería francesa y levase »alemanes.»

Fue su intento encender guerra entre las dos Coronas, y porque Dandalot, su hermano, era general de la infantería francesa, y los dos con los alemanes protestantes crecerian contra su Rey. Entendióle y admitió el consejo y creció las compañías francesas, no de los regimientos de Dandalot sino de Timoleon, conde de Brisac y de Filipe Estroci, sus fieles capitanes, y en vez de alemanes asoldó seis mil zuiceros. Coliñi, indignado y furioso porque el Rey en beneficio del Estado y seguridad de su persona convirtió su consejo para su ruina, como suele ser el malo para quien le da, determinó prevenirle, y sobre ello hizo juntas de huguenotes. Ofrecieron mucha caballería á su Rey para contra el Católico, y no la admitió, conociendo le estaba mejor tuviesen en Flandres y en todas partes pocas fuerzas los herejes. Pues si acaeciese al rey Filipe desgracia, arriesgaba sus cosas, quedando la mayor parte de sus Estados sin la mejor gente, y poder con dificultad proveer otra tan presto. Mandó levar cuatro mil infantes y ochocientos caballos y seis mil zuiceros, para arrimallos á la orilla del camino que habia de hacer el campo del Rey Católico, con disinio mostrando á los huguenotes su prevencion en su defensa, y tenerlos en esperanza de romper á los de España si conviniese. Para entretenellos y hacer conserva al exército de D. Filipe el marechal de Tabanes, á quien encomendó Cárlos sus huestes, caminó con las mismas jornadas que los españoles por los confines de Francia hasta pisar á Borgoña.

Llegaban cada dia correos de Margarita con avisos de los daños que en

Flandres hacian los sectarios, se aumentaba el mal, y la esperanza de remedio eran las armas. El Emperador solicitaba la idea del Rey ó del príncipe D. Cárlos á los Estados, y él mismo lo pedia á su padre, haciendo sospechosa su persona la intercesion por los flamencos y comunicacion con el Marqués de Berghe y Mos de Montiñy, que proseguian en la prática que el Conde de Egmont dexó comenzada. Era que el Príncipe, con voluntad de su padre ó sin ella, pasase á los Países Baxos, donde le obedecerian, servirian y casaria con su prima la hija mayor del Emperador; y si necesario fuese á su defensa, si iba sin beneplácito de su padre, harian armada para conservalle ó reducille en su gracia. Entendió el trato el Rey, y prendió al Marqués de Berghe y murió en Madrid, y á Mos de Montiñy y á Bandomes, de su Cámara, aprisionó en los alcázares de Segovia y castillo de la Mota de Medina.

CAPÍTULO III.

Venida de la armada del turco á Italia, nacimiento de la infanta doña Isabel, prosecucion de las alteraciones de Flandres.

Entró Soliman en Hungría con exército por número insuperable, y hecho puente sobre el caudaloso Draba, que en la Carintia entra en el Danubio, para sitiar á Ceguet, plaza tentada en vano muchas veces en los confines de húngaros y esclavones; puso aquí sus fuerzas mayores y cuidado, y sacó del que tenía Malta de ser acometida, y el rey Filipe de amparalla y no del todo á Italia, porque Piali quiso emplear en su contra las resultas de la armada con que cercó á Malta. Salió de Constantinopla con ochenta galeras, y debaxo de nombre de amigo llegó á la isla de Xio en el Archipiélago adjacente y vecino á la Asia, que ántes era tributaria de diez mil cequís en cada un año á Soliman, y la hizo esclava con perfidia y tiranía. Don García de Toledo, asegurado de que no acometeria á Malta ni á la Goleta y que le era igual en número de galeras, con intento de pelear sacó lo mejor de las guarniciones de españoles, con que reforzó á la Goleta y á Malta el prior D. Fernando de Toledo. Sabiendo esto en Génova avisó al Rey, y con su licencia envió un tercio de españoles bisoños á Lombardía, y volvió á Madrid. Piali, contra la capitulacion hecha con la república de Venecia, entró en el Adriático; mostróse al reino de Nápoles; saqueó á Ripa de Cheti y Francavila defendidas con poca guarda, y por tenerla mayor Pescara se defendió. Caminó D. García tan lentamente en busca dél, que cuando llegó á cabo de Otranto ya Piali por

Corfú y Larta iba á levante, y volvió á Mecina para enviar las galeras en que la gente habia de ir á la pacificacion de Flandres.

Hallábase el Rey en el bosque de Segovia, gozando de lo que en su Palacio de Valsain aumentó en edificio, fuentes y jardines, y pasando el estío regaladamente. A doce de Agosto, fiesta de Santa Clara, lúnes á las dos horas despues de media noche, parió la reina Doña Isabel una hija. Para su baptismo hubo competencia entre D. Diego de Covarrubias, en cuya juridicion y feligresía de su obispado de Segovia está Valsain, y el Arzobispo de Santiago, cura de la casa Real y capellan mayor sin exercicio, pretendiendo tocaba á cada uno. Para que cesase pidió al Nuncio de Su Santidad, Juan Baptista Castaño, hiciese este oficio. Fueron padrinos al Príncipe Don Cárlos y la Princesa Doña Juana su tia, y la llamaron Clara por el dia de su nacimiento; Isabel, por la madre; Eugenia, porque truxo el Santo.

El Pontífice Pío, buen pastor, exhortaba á Filipe para recuperar la oveja perdida de Flandres, aunque dexase las noventa y nueve cumpliendo con el Evangelio, pues acabaria más su presencia que los exércitos; le concederia quinientos mil escudos sobre el clero de España en cada un año de los que gastase en el viaje, y la cruzada ántes por él no concedida. No faltaba al Rey voluntad, sino comodidad que no tuvo ántes, porque la corrupcion de los Estados era grande. Margarita para su remedio en la Junta de Bruseles, resumió lo que se habia de tratar, y cómo se podria poner en execucion lo resuelto por su hermano en los tres puntos y respuesta á las dos últimas peticiones de los confederados, para quitar la sombra de su desconfianza y reducirlos á la devocion del Rey, y por qué medio se podria atajar la Herejía, tumultos y escándalos presentes y venideros. El Consejo, despues de muchas y várias consultas, dixo:

«Satisfizo el Rey, quitando la Inquisicion extraordinaria y en la mode»racion de los placartes, si bien consintió formar nuevas órdenes; como no »se habia satisfecho á la peticion de los confederados de que fuese con pa»recer de los Estados generales, no concedió nada, pues no se obedeceria »en tiempos tan diferentes y en ausencia suya, aunque las causas dellos eran »forzosas, y el perdon se habia de conceder en todo caso, como despues se »hizo, y la Junta de los Estados para satisfacer los confederados y pueblo »en la mitad inficionado, evitando mayor peligro.»

La Duquesa no consintió en esto, por la órden del Rey en contrario y temor de que tal junta asentaria la libertad de religion, dixo: «Escribiria al »Rey era fuerza y necesidad inevitable el concederla, y ménos mal que »perderse todo.»

No querian los confederados el perdon general en forma de gracia, reputándose dignos más de recompensa por sus oficios que reprehension sino de seguro respeto de las cosas pasadas; pues quitando la Inquisicion y reformando los placartes con parecer de los Estados, quedarian buenos y

fieles vasallos, y se obligarian de apaciguar el pueblo y reducirle á la obediencia de Su Majestad, mas no querian prometer de ser buenos católicos, ni que su alianza se desharia, hasta que se les diese la seguridad que habian pedido. De todo otorgaron dos escrituras Madama y los señores y confederados en forma de resguardo recíprocamente, que se mostró en manos del Príncipe de Orange y Condes de Egmont y Horne, el señor de Machicourt y el consejero Assienvila, deputados por Su Alteza, y las firmaron el Conde Ludovico de Nassau y otros trèce por sí y como comisarios. Para proveer á los escándalos y movimientos populares acabada la Junta, muchos señores se retiraron á sus gobiernos y otros lugares; el de Orange á Ambers su amiga; Egmont á Flandres; el Duque de Arischot á Mons en Henaut; el de Habré á Tornay, y el señor de Noirquermes á Valencianes. El de Orange, Egmont, Horne y Hoostrate, que tenian más crédito con los Estados, dixeron: «No habia forma de quitar las armas, »que ya tenian docientos mil hombres, contentar los confederados, ser»virse de las ordenanzas, y ni serian contra sus compañeros ni en favor de »los placartes, sino asegurando á todos de castigo, oyendo las predicas en »los lugares donde ya se oian.»

Madama, despues de muchas disputas y dilaciones, con lágrimas y protestas de ser forzada, consintió: «En que dexando los alterados las armas »donde se hacian las predicas y absteniéndose de escándalos, no se proce»deria contra ellos hasta que Su Majestad con los Estados generales orde»nase lo que se habia de guardar, con pacto de no impedir ni turbar la re»ligion católica, ni su exercicio, ni hacer acto contra sus ministros, go»zando libremente de sus iglesias en la forma acostumbrada.»

Los confederados lo publicaron entre los herejes, y mandaron á los populares que estaban en los monasterios de Atelghen y Thonger para saqueallos, que se partiesen. Poco despues el de Orange se concertó con los sectarios en Ambers, en cuya virtud los de la villa publicaron la libertad de religion, con permision de las ceremonias de los herejes y de predicar dentro de la villa, de que Madama tomó mala satisfacion. La leva de los alemanes no convenia estando ya apaciguados los confederados y reducidos al servicio del Rey, por no dexarlos en nueva desconfianza, porque teniendo prevenida su gente ordinaria no podian excusar la guerra civil. Para cumplir con la intencion del Rey, Madama escribiese á los pensionarios tuviesen la gente apercebida en caso de necesidad, pues para remediar los movimientos particulares de los sectarios bastaban las compañías de las bandas y guarniciones ordinarias y levas hechas y que se podian hacer en el país. Instituyeron en la misma Junta leyes contra los que traian armas, y otras premáticas con poco ó ningun fruto, por la desenfrenada licencia del pueblo.

CAPÍTULO IV.

Vienen á la Córte los Embaxadores de Flandres, lo que traian en comision y se hacia en España para su remedio.

Retenido de enfermedad en el camino el Marqués de Berghe, llegó ántes Montigny al Rey, á quince Julio mil y quinientos y sesenta y seis. Habló sobre quitar la Inquisicion y moderar los placartes, y acomodar la desconfianza entre Su Majestad y sus vasallos, del establecimiento del Consejo de Estado, conforme á lo que se trató en el año precedente con el Conde de Egmont, y de la ida del Rey á Flandres. Dió los pareceres de las provincias de Artuoés y Henaut sobre la moderacion de las leyes, y despues llegaron los de Luceltburg, Namur y Tornay, conforme al nuevo formulario los demas casi del todo contrarios, teniendo por mejor la forma antigua. Los votos de los Consejos provinciales nunca se enviaron, como se pidió, ni los de Brabante, Holanda, Zelanda, Utrech y otros, porque algunos no se pidieron. Vino á la Córte el de Berghe, y junto con Montigny comunicaron su comision con el Consejo de Estado. Dixeron:

«Que las alteraciones tomaron principalmente orígen de las cartas del »Rey sobre la Inquisicion y los placartes, y sólo era su remedio quitarla, »moderarlos, conceder el perdon general, y no sabian si los confederados »se contentarian, por haber pedido que todo se tratase con parecer de los »Estados generales. Pero concediendo lo que se decia, harian los señores »cualquiera diligencia para quietar los Estados alterados por negociacion »con los buenos y amigos suyos, ó por vía de armas contra los malos que »tomarian sin duda, con esperanza de buen suceso, mandándolo el Rey de»baxo de las condiciones referidas, sin que fuese menester abreviar su ida, »sino hacerla con su comodidad despues de sosegadas las cosas.»

Fuéles respondido:

«Se fundaban las cartas del Rey en razon, y si descontentaron fue por »la publicacion sin órden suya y contra el acuerdo del Consejo privado. »Si podian los señores impedir los inconvenientes consintiendo Su Majes»tad en los tres puntos, la misma potestad tenian al presente y eran obli»gados á hacerlo en prevencion del mal y escándalo, como vasallos tan »principales, á quien debaxo del gobierno de Madama estaba encomen»dada la defensa del país en ausencia de Su Majestad. No queria innovar »hasta su ida, ni juntar los Estados generales, ni tratar de otra cosa.»

Replicaron los Embaxadores: «Que sin la concesion pedida de los tres »puntos no tomarian las armas, ántes se retirarian los señores á sus casas, »viéndose desfavorecidos y tenidos en poco del Rey, ó por mejor decir, de »los españoles, de su Consejo y privados, que presumian mandar los Países »como á Milán, Nápoles, Sicilia, y el no querer sufrirlo causaba todos los »males y alteraciones.»

En tanto avisó Margarita al Rey cómo junto á Tornay, Sant Omer, Lila, Ipre y otros lugares se hacian grandes congregaciones y predicas públicas de los herejes, andando entre ellos gente armada, y algunos predicantes eran franceses, y que consultó el resistirlos con las armas, y el Consejo respondió que no habia dinero, y se podia temer de que los sectarios fuesen más pronto á correr, robar y arruinar el país que Su Alteza á defendelle. Se resolviese sobre los tres puntos para el remedio, porque tambien los sectarios de Ambers se levantaban y no osaban asistirla, por no fiarse de sus acreedores, ni tomar las armas en defensa de la Inquisicion ni de los placartes. En el mes de Julio avisó Margarita tambien de las predicas que se hacian en los contornos de Ambers, Utrecht, Aldenarda, Gante, Alost, Mildeburg, Valencianes y otras tierras. Suplicó de nuevo al Rey por el remedio y resolucion pedida, aunque dudaba si bastaria, segun las grandes ruinas que amenazaban; pues los de Ambers le pidieron los visitase para dar órden en los negocios tan peligrosos. No pudiendo hacer ausencia de Bruseles, pidió al Príncipe de Orange y al Conde de Egmont fuesen en su nombre, y el de Orange se excusó. Todas las cosas consultó el Rey en el Consejo en Madrid y en el bosque de Segovia para resolverlas, aunque no estaba bien satisfecho ni lo estuvo. Propusieron en el Consejo:

«Era la materia de grandísima importancia y la más difícil, y así con»venia tratar del mal y despues del remedio. Cuanto al mal dixeron algu»nos tomaron principio las alteraciones de uno ó dos personajes envidiosos »y codiciosos del gobierno para sí, y mudanza de religion y libertad de con»ciencia pública, ó por lo ménos para su casa, y para esto pretendieron qui»tar al Cardenal de Granvela del Consejo y manejo de los negocios, sa»biendo que en esto no podian conseguir su intento. Lo averiguó el haber »dicho algunos señores no tenian enemistad particular con él ni le halla»ban mal ministro, sino decian no convenia al servicio de Su Majestad y »de la República tratase sólo los negocios que tocaba el tratar á todos los »señores y caballeros principales de los Países. Y así la venida del Conde »de Egmont fue á estos fines, como constaba de las cartas de Madama »Margarita sobre el establecimiento del Consejo de Estado, y la negocia»cion de los señores contra la de los obispos y otras tocantes á la religion. »Y no acabado esto conforme á su deseo, dieron el memorial los confede»rados, parientes, aliados, amigos y criados de los señores, pidiendo el ex-

»tinguir la Inquisicion, moderar los placartes, juntar los Estados generales »para alcanzar libertad de religion y mudanza de gobierno, dependiendo »unos de otros, y se daban la mano. Para certeza desto se notase era su »parecer conforme al memorial de los confederados, y no enviaron los pa»receres de los Consejos, quizá por ser contra ellos. Traian los embaxado»res comision de tratar de la desconfianza que se decia haber entre el Rey »y algunos sus vasallos, aunque escribió muchas veces que no la habia de »su parte; y tambien de la nueva forma que se habia de dar al Consejo de »Estado, que, hablando abiertalmente, queria decir al Gobierno del país. »Hasta obtener los tres puntos no deseaban la ida del Rey, segun el papel »de Montigny, que por esto y por haber demas de la liga de los señores »otra segunda de los confederados y otra tercera de los sectarios unidos ya »con sus predicas, se debia presuponer era el fin último de la negociacion »llegar á los mismos dos puntos por los cuatro pasos referidos; y si no bas»taban, se podian temer otros peores y más peligrosos, con otras nuevas »alianzas, mayormente que ya se decia que por ventura los confederados no »se contentarian de lo pedido, por haber tardado el Rey tanto, si bien fue »por haber tardado ellos en enviar á tiempo el parecer de los Consejos y »Estados, que daba sospecha de haberlo dexado adrede para que los con»federados pasasen más adelante en lo comenzado, so color de la tardanza »del Rey; ó por lo ménos porque no se tomase resolucion en lo que tocaba »á la religion sin lo del Consejo de Estado; mas con la llegada de los Em»baxadores se asentase lo uno y lo otro juntamente. Para el remedio del »mal se hicieron rogativas á Dios porque los ayudase en peligros tales y »tan en extremo, procurando el Rey la gloria de la Divina Majestad y »bien de sus vasallos, aficionados y obedientes en la mayor parte, que por »inadvertencia cometieron algunas faltas, en que habia de proceder como »padre y pastor, mezclando la misericordia con el rigor, castigando no des»truyendo. Se debia hallar para esto en Flandres con los aparatos que con»venia, porque la religion católica no se perdiese en aquel invierno si»guiente, como sería con notable cargo de conciencia establecido el mal »con el favor de los extranjeros. De manera que lo que entónces se podia »hacer sin gasto ni ruido, no se podria despues sin grandísimo y sin destrui»cion de imágenes, iglesias, monasterios, confusion y efusion de sangre. Y »lo peor de todo era que como al presente estaba en su mano mandar ab»solutamente remediar la religion, refrenar la autoridad de los sectarios, no »lo podria hacer, ni desarraigar las herejías de los corazones despues de al»guna dilacion. Demas de que entre tanto se fortificarian, de suerte que »el Rey sería forzado á concederles algunas capitulaciones de libertad de »conciencia y en el gobierno de la república, de que los malos se alababan »cada dia. Ni era bien que se enviase otra persona con gente de guerra en »su lugar, porque no sería obedecido y causaria gran division, llamándose

»los unos y los otros criados y gente del Rey, como se vió en las divisio-»nes y movimientos de Francia; y al Rey amado y respetado los buenos, »los dudosos y algunos malos se le juntarian y le asistirian en los negocios, »llevando solamente la gente de guerra necesaria para dar leyes y no para »recebillas. Deshechas con su Real autoridad las ligas y juntas, se podrian »asentar las cosas de la religion, que consistian en la reformacion de los »eclesiásticos, de cuyas faltas tomaban ocasion los errantes y herejes, con-»forme á los decretos del santo Concilio de Trento, y en que los sectarios »fuesen castigados, segun las ordenanzas y placartes, en que Su Majestad »mandase ver si se podria mudar algo y acomodarse al tiempo con parecer »de sus consejos y señores y de otros fieles y sabios. Luégo se podia mirar »si convenia dar nuevas órdenes á los Consejos de Estado, Privado y de »Finanzas, y mandar que se compusiesen ciertas diferencias de algunos »Consejos provinciales y que se siguiesen sus institutos é instrucciones, y »procurar que la justicia de las gracias y perdones, especialmente la distri-»butiva de los beneficios y oficios (de que pende todo el gobierno y el alma »de la república) se administrasen con sinceridad y limpieza. En los tres »puntos que pedian no habia seguridad de que aprovecharia su concesion; »mas al contrario era aparente que los confederados pasarian adelante por »el camino comenzado, y los señores pedirian lo que deseaban cerca del »Consejo de Estado, que en ninguna manera convenia en ausencia del Rey »sin tener las ordenanzas que necesariamente se habian de ver y examinar »en lo que tanto importaba para entender el estado del tiempo pasado. El »quitar totalmente la Inquisicion era contra el poder y autoridad Real y »dignidad pontifical que la introduxo, y por allí la religion quedaria libre, »á lo ménos á cada uno en su casa, y atajado el único remedio que siempre »usó la Iglesia para tener cuenta con las conciencias y buena diciplina de los »súbditos, especialmente si moderaba los placartes en la forma enviada de »allá, por donde no se ponia castigo contra los que por omision ó negli-»gencia dexan de ir al templo, ayunar, comulgar, y de guardar los man-»damientos della, ni contra los que pecan en público, ayuntándose ó pre-»dicando, leyendo libros prohibidos y de otra manera escandalizando á los »fieles y católicos. Y áun esto no debaxo de las penas y castigos merecidos »por causa de religion, sino por otras vías muy suaves, y so color de con-»travencion á la paz y quietud pública en deservicio de Dios, contra la con-»ciencia y autoridad Real y bien de la República. Y así no se podian ni »debian consentir, ni dar el perdon general; pues se comprehendian en él los »más culpados predicantes, ministros y sediciosos tambien como los ménos »culpados, que debian ser eceptados si se les concedia el perdon, que no »desconvenia con esto por no estar Su Majestad tan pronto para caminar, »ni el quitar la Inquisicion del Pontífice, quedando la de los Obispos en »su debida fuerza y vigor, y remitir la moderacion de los placartes á su lle-

»gada. Y si el negocio no sufria dilacion, se concibiese allá otra forma más »propia á la conservacion de la religion católica, y enviarla luégo para or- »denar Su Majestad sobre ella lo conveniente; se escribiesen cartas amoro- »sas á los señores, Consejos, prelados y buenas villas para que tuviesen »cuidado, que miéntras llegase el Rey quedasen las cosas de la religion en »su entereza.»

Este es el sumario de aquella consulta que se estudió por muchos dias en el bosque de Segovia en el mes de Julio por D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, de singular prudencia; D. Gomez de Figueroá, duque de Feria; D. Antonio de Toledo, gran prior de Leon, caballerizo mayor del Rey, y D. Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de la Reina; Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, conde de Mélito, soumilier de Corps, y Luis Quijada, caballeros prudentes y buenos y expertos consejeros de Estado, y Mos de Tisnaque, presidente del Consejo de Estado de Flandres; el consejero Hoppero, guarda del sello de su Majestad, y el secretario Córte Wile. Pónese este sumario, por serlo del negocio más principal que ántes y despues se ha tratado y consultado en todas estas cosas, y en suceso de tiempo muchas veces repetido. El Rey mandó se le hiciese relacion de lo tratado para resolverse; pesábale mucho hubiese pasado tan adelante el mal; ordenó piadosamente se hiciesen procesiones generales y oraciones por toda España y Flandres; declaró nunca fue su intencion tratar sus vasallos sino benignamente; iria á Flandres á su remedio ántes del invierno; se mirase el camino que se debia hacer, que estableciéndose la juridicion episcopal, como de derecho convenia, cesase la pontifical Inquisicion; se mirase allá la forma de moderacion de los placartes, y qué podia haber para la paz y que no ofendiese á la autoridad de la fe ni á la real. Diese perdon Madama de las faltas pasadas á los confederados y otros no condenados, como le pareciese convenir; con que se asegurase de que los señores se satisfarian y harian buenos oficios para la conservacion de la santa fe, tranquilidad de la república, y se desharian las confederaciones, juntas, predicas y escándalos. Si no aprovechase, se valiese de los hombres de armas del país y de la gente de los presidios en su defensa, y en caso de mayor necesidad, previniese más número debaxo del Capitan General y menores que nombrase. Y se escribieron las cartas con gran afabilidad á los señores, consejos y villas, como estaba acordado.

CAPÍTULO V.

Lo que pasaba en Flandres y en España en el aconsejar su remedio.

Las predicas y congregaciones crecian junto á Tornay, Valencianes, Lila, Bolduque, Amsterdan y otras partes. Ambers se halló perplexa, porque se predicaba ya dentro en lengua flamenca y francesa con gran concurso alborotando el pueblo los sectarios, aunque estaba presente el Conde de Meghen que tenian por enemigo destas novedades, como en Breda al de Aremberg, y mucho más se animaron con la venida del señor de Brederoda. Habia en Ambers las sectas de Calvino, anabatistas, y confesion augustana; y pidieron los del magistrado á Madama fuese á ver la ciudad, mas no lo aprobó el Consejo de Estado, porque no habia de ser remedio, y suplicaron les enviase en su lugar al Príncipe de Orange, vizconde hereditario de la misma villa de Ambers y de sus moradores amado. A media legua della le recibió Brederoda con algunos de á caballo armados de pistolas seguidos de mucho pueblo á pié, y le hicieron salva gritando: «Vivan los greuxes», hasta entrar en la villa, y en ella y en sus murallas saludaron al Príncipe con el nombre de Vizconde y de libertador, que no sería menester acudir más á Madama. Tanto se disgustó el Príncipe desto, que salió otro dia de Ambers.

Pareció en el mismo tiempo á los confederados tardaba la respuesta del Rey á su memorial, y que el abreviar en su negocio convenia y en la rebelion, y para convenirse en el hecho se juntaron en dia señalado junto á la abadía de Santa Trudonis en Jaintron, villa de Lieja, los condes Ludovico de Nassau, el de Colembug, el de Bergas y Brederoda con docientos caballos y mil y quinientos peones, y el señor de Vianen, y los diputados de los consistorios de las tierras rebeladas, y los secretarios del Príncipe de Orange y de los Condes de Egmont y Horne. Despues de haber comido y bebido bien (segun su costumbre en las congregaciones) trataron de su memorial, y determinaron que en dia señalado rompiesen las imágenes de los santos, profanasen y saqueasen los templos y monasterios, y de Genebra y de Alemania llamasen ministros predicantes y maestros para enseñar su reformada religion; se hiciesen levas de soldados, porque ni por la Gobernadora ni por el Rey fuesen desbaratados sus propósitos, y incitasen al pueblo á rebelarse. Los secretarios del Príncipe de Orange y de los Condes les hicieron relacion de lo acordado, y volvieron á la junta; advirtieron convenia usar de moderacion hasta que armados rompiesen por todo

con la fuerza, y de que se haria y emplearian sus personas y haciendas juraron solenemente. Avisada Margarita deste tratado, pidió al Príncipe de Orange y Condes de Egmon y Horne se viesen con ellos. Fue la junta que hicieron en Duffel una legua de Malinas con los señores y gobernadores de las provincias nueva conjuracion contra el Rey y contra Madama, y el efeto de la que tuvieron poco despues en Terramunda en el condado de Flandres. Trataron de enviar en nombre de todos doce diputados con el Conde Ludovico para hacer absolutamente. Despues de algunos dias de conferencia se concluyó: «Que esperasen la respuesta del Rey venticuatro »dias sin otra inovacion, y le avisase dello Margarita (como lo hizo) no te»nía otro remedio el negocio que la junta de los Estados generales, y que »deste parecer eran los del Consejo de Estado. No porque fuese cierto se »abstendrian por eso los malos, sino porque era cosa necesaria y aprove»charia, mostrando que por aquí su Majestad no dexaba un solo punto que »conviniese á la tranquilidad de los Países.»

El Rey, aunque estaba resuelto de no permitir la Junta general en su ausencia (pues por allí habia más temor de peligro que esperanza de provecho) todavía no respondió absolutamente, sino «que la materia era gra»ve y la queria considerar algunos dias; y escribió á Margarita no permi»tiese la Junta, y para armarse poco á poco contra los malos y rebeldes »mandaria levantar tres mil caballos alemanes y diez mil infantes debaxo »de los capitanes que nombraria, y siendo menester lo mandase su Alteza »luégo, y por si ó por no se listasen y entretuviesen por dos meses, que re»mitiria para ello el dinero necesario y escribiria á los príncipes alemanes »la causa desta leva repentina.»

Advirtióse al Rey convenia precisamente tener gran cuenta con la villa de Ambers, por no carecer de misterio lo que habia pasado. El Príncipe de Orange propuso por total remedio el usar de benignidad y blandura, no de rigor. Publicó Margarita algunas ordenanzas, particularmente contra los extranjeros; y los de Mons de Henaut, Artuoés y Namur hicieron cuanto pudieron en el servicio del Rey y conservacion de la fe católica. De todas partes acudian sectarios á los coligados juntos en Jaintron, y los recibian en su salvaguardia, por ser de su faccion y voto en lo de juntar los Estados generales. Díxose públicamente, y lo escribió Madama al Rey, que ya no habia que consultar sobre los tres puntos de la Inquisicion, moderacion y perdon (cuya resolucion áun no habia llegado) porque cada uno vivia por su antojo, sin cuenta de placartes ni de inquisidores, y cada dia por fuerza sacaban de las cárceles los presos herejes. Y así sólo se habia de deliberar sobre la Junta de los Estados generales, como lo habian pedido por otro memorial en aquellos dias. Contenia «que viendo la desconfianza que »el Rey tenía dellos, serian forzados á usar de armas forasteras, para defen»derse en una causa tan justa que habian comenzado por el servicio de su

»Majestad para bien del país. En caso que no desistiese su Majestad desta »desconfianza les diese á ellos y á todos los de su liga su seguridad, la de la »Duquesa y de todos los señores del Toison; pero concediéndoles lo que »pedian harian buenos oficios en todo, dándoles por asistentes al Príncipe »de Orange y Conde de Egmont y de Horne, á quien acudir en las oca»siones que se ofreciesen. Otorgándoles esto, áun no estaba muy seguro el »remedio de los males; mas era cierto que negándoselo habría guerra civil »dentro de tres dias con pública rebelion y escándalo; y así le parecia se lo »habia de otorgar, no como cosa buena, sino necesaria en aquella sazon.»

Era opinion general del pueblo y de algunos doctos católicos y facultosos gobernadores y consejeros del Rey, que la verdadera medicina sería quitar la Inquisicion y los placartes, juntar los Estados generales y formar nuevas ordenanzas sobre lo de la religion. Por otra parte eran las amenazas contra el Consejo de Estado y ministros fieles y buenos católicos tan grandes, que aunque entendian lo contrario, por fuerza tuvieron el mismo parecer y lo escribieron al Rey, tal vez de su propia voluntad y tal á persuasion de otros. Mas su Majestad conocia bien los que le aconsejaban por necesidad ó por otros fines. Margarita le envió copia de una carta escrita al secretario del conde Ludovico de Nassau, pidiéndole que le avisase del suceso de la segunda peticion de los confederados, que sin ella no podia executar su cargo en Tornay. El Rey, consultadas estas cosas con su Consejo, respondió luégo:

«Esperaba tendria contento el pueblo cuando viese su determinacion so»bre los tres puntos deseados, y los señores cumplirian con sus obligaciones, »con que se mantendria todo en paz y respeto. No le convenia ni á Mar»garita, ni á los del Toison conceder la seguridad pedida por los confedera»dos, ni la Junta de los Estados, sino que usase del perdon como le pare»ciese y enviase la paga que le remitió para los pensionarios de Alemania, »porque hiciesen las levas qne les habia ordenado, y cumpliesen entera»mente como eran obligados á su servicio.»

Escribió al Emperador y á los potentados á Alemania tenía resolucion de ir á Flandres, y les pedia buena correspondencia con sus capitanes y favor para hacer levas, y que no le diesen á sus rebeldes por la consecuencia de los Estados suyos y de otros sujetos todos á casos tales; pues reconoceria lo que en esto hiciesen como amigo y deudo; pues conforme al decreto del año mil y quinientos y cincuenta y cinco en Auburg, los súbditos del Imperio no podian salir fuera de los confines en ayuda de príncipes extranjeros, cuanto más de súbditos rebeldes. Procuró buenos medios para mantener los flamencos en su obediencia y de la Iglesia romana con más benignidad que rigor, por lo mucho que los preciaba. Mandó levar doce mil alemanes de caballería en Warighele, demas de los doce mil infantes y diez mil italianos y seis mil españoles que se levantaban para la defensa de Mal-

ta y de la Goleta y refuerzo de sus armadas. Escribió al Baron de Vergigey levase cien celadas en Borgoña y cien arcabuceros á caballo, y á Enrique de Viene, baron de Cheusteau, y Claudio, señor de Cleis Raex y Alto de Monmartin, y al Conde de Lodron, sus coroneles, cuidasen de la conduta de sus alemanes, que señalaria plaza de armas y comisarios para la muestra y paga, y que el Conde levase en el condado de Tirol y Lago de Suevia, porque estuviesen más cerca de Italia, donde habian de baxar los cuatro mil. Mandó á D. Diego de Mendoza juntar armada en la Coruña para pasar á los Países Baxos, y á su Gobernadora tener otra en Ulisinghen para salir á su conserva en la entrada del canal de Inglaterra; á sus aposentadores ir delante para alojar su Córte, y aprestó sus criados, oficiales y menestrales. Hizo asiento nuevo con genoveses y algunos mercaderes españoles de gran suma de escudos á proveer en bolsa de Ambers. Pidió al Rey de Francia, su cuñado, paso para su gente por la Provenza y Lecnés, para que desembarcando en el paraje de Frexus, cerca de Tolon, costa de Francia meridional, donde el emperador Cárlos V echó la gente italiana que truxo el conde Antonio Doria para la jornada de Assaez, salicse al condado de Borgoña, ó ducado de Luzeltburg, porque en el otoño de aquel año entrase su exército en Flandres ántes que los sectarios tomasen fuerzas.

Las cosas tenian mucho mal en lo presente, y le prometian peor en lo venidero, y convenia gozar del beneficio del tiempo y no dexar crecer los daños, por ser mucho mejor salirles al encuentro cuando los comienza la malicia. Despachó á D. Juan de Acuña Vela, caballero prudente y buen soldado, natural de la ciudad de Avila, seminario de nobles y capitanes valerosos, al Duque de Saboya, su primo. En carta escrita de su mano le decia el peligro en que los Países Baxos estaban, y queria reducillos con exército que pasaria por sus tierras por su órden y parecer. Le avisase la disposicion del camino y jornadas con que podia pasar con presteza y seguridad, y los inconvenientes que su autoridad podria allanar, con quién se harian diligencias, si los pasos cerraban las nieves en el otoño, y si con gastadores se podrian abrir. Si iria él á la pacificacion de sus Estados por allí armado ó desarmado, con qué fuerzas, y mirase con su gran prudencia y experiencia militar lo que tanto importaba para resolverse. Enviase á reconocer el país, porque D. Juan de Acuña le truxese designado en carta descriptiva, que para ello el Duque de Alburquerque enviaria al capitan Campañi ingeniero y un pintor. Avisase qué tanto se extendian sus tierras á una y otra mano del camino y sus confines, si habia castillos en ellas que pudiesen cortarle, y qué aspereza tenía, y en qué distancia lo montuoso y llano; qué número de gente podria cargar, las jornadas y alojamientos que se debian hacer para abastecellos y prevenillos; si podrian ir carros con la vitualla y pasar caballería; si dañaria la nieve; dónde habria bastimentos y carros para traerlos, y otro camino para ir á Luceltburg. Ordenó á Don

Juan de Acuña que habiéndolo visto todo y conferido con el Duque, avisase luégo con el correo que le daba para su guia, porque acordase, en tanto que él volvia, el camino que convenia elegir y de la forma que en él se habia de seguir. Muchas otras cosas preguntó y propuso su demasiada circunspeccion y curiosidad extremada, segun la copia donde esto se registró.

Á doce de Agosto llegó la respuesta del Rey á Flandres sobre los tres puntos, y á los del Consejo pareció se viesen las cartas en la junta de los señores que por su órden mandó hacer en Bruseles para tratar de todos los negocios. Á este punto llegaron avisos de los daños que los sectarios desde los catorce hacian en las provincias, sin bastar el cuidado que en todas las ciudades Margarita mandó tener para resistir su entrada, y que los prelados y buenos religiosos refrenasen con sermones la licencia de los pueblos, y con procesiones y oraciones aplacasen la ira de Dios, y con ayunos y limosnas invocasen su misericordia. Dieron principio á la execucion del decreto de Jaintron los de Bolduque, donde muchos de la vil canalla acometieron al insigne templo de San Juan, de maravillosa fábrica y ornamento para el divino culto y le robaron, y los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, porque resistian con su doctrina la entrada de las herejías. Cometieron muchos males, destruyendo templos, imágenes, monasterios, altares, apellidando libertad de conciencia, riquísimas librerías, sepulcros de santos, cosas devotas; profanaron los cemiterios sin perdonar los huesos, epitafios y memorias de príncipes y señores y predecesores del Rey, con otras injurias contra los sacerdotes, religiosos, monjas y contra muchos seglares católicos enemigos de sus sectas. Tanta fue su tiranía, que prosiguiendo en los contornos de Cotray, Ipre, Menin, Reosbeque, Alost, monasterios de las Dunas, Clermares, Watenes, San Nicolás de Furnes y otros lugares, quedaron destruidas en tres ó cuatro dias más de cuatrocientas iglesias, con amenazas de que harian otro tanto en Ambers y Henaut y en otras provincias, sin cesar hasta su total ruina. Metieron de nuevo predicantes, y en público enseñaban y los pecados y desacatos contra las cosas sagradas ecedian á toda fiereza, como en region dexada de la mano de Dios en la de su depravado deseo.

Entre diversas sectas que se predicaban, las más poderosas eran la calvinista y luterana, venidas de Francia y de Alemania, con que instruian en los errores de su nacion, discordes los dogmatizantes entre sí mismos. En Holanda prevalecieron anabatistas, secta horrible, nacida de dicípulos de Lutero, y segun decian los maestros, de sus mismos escritos. Fue su autor Baltasar Pazimontano, quemado en Viena, y su compañero Miguel Selario, atenaceado primero y cortada la lengua por los luteranos que niegan deberse castigar con muerte los delitos contra la religion. Á quince de Agosto, habiendo salido por la mañana el Príncipe de Orange de Ambers para hallarse en la junta de los señores en Bruseles, tomó la herejía en aquella

ciudad tantas fuerzas y osadía, que en la procesion de la festividad de Nuestra Señora blasfemaron contra los católicos, y en las vísperas pidió desde el púlpito un sastre disputa sobre el Nuevo Testamento al Dean y Cabildo. Derribó de la cátedra santa al ministro pestilente un católico, y fue herido de un hereje con un arcabucete, y el templo lleno de confusion, vocería y nombre del demonio con sangrienta contienda. Al entrar la noche, cuando con devocion grande, con solenidad y concurso se decia la Salve á Santa María Nuestra Señora, á quien era dedicado el templo, riquísimo y suntuosísimo, á vista del magistrado y de todo el pueblo, los herejes con cien gastadores asalariados á ocho ó diez placas, entraron, y con garabaros y picas rompieron los órganos admirables, derribaron las imágenes, profanaron los Sacramentos y reliquias; llegó el daño en cuatro horas á cuatrocientos mil ducados. Sólo se les opuso el Marcgrave, pero sin provecho por falta de asistencia. Con lanternas y antorchas violó otros templos sin contradicion vil canalla, fácil de resistir y castigar en ciudad poderosa, si la justicia y el magistrado, en tres dias que duró la persecucion, intentáran el deshacella; pues en Bruseles un solo español con una pica defendió la puerta de la iglesia Mayor de gran golpe de herejes que la combatian, y con poca ayuda los arrojó de la ciudad. Acometieron los conventos de Santo Domingo, San Francisco, el Carmel, y llevaron por las calles maltratando algunos religiosos, persuadiéndoles á no ser papistas. Robaron entre otros monesterios el de Santa Clara, y juntaron las religiosas y les predicaron su secta. Ellas, puestas los ojos en el cielo haciendo oracion á Dios, como se lo mandó el superior, desmayó el predicante súbitamente y perdió la habla; y aunque animado por sus compañeros procuró continuar su prática, no pudo pronunciar palabra; y así se partieron dexando las monjas en paz en su morada. Las de otros conventos los desampararon por no caer en las manos sacrílegas.

Estaba Ambers lleno de várias sectas, disensiones, armas, confusion, sin ley firme, justicia, señor, sacrificios, uso de Sacramentos, dividida en católicos, martinistas y calvinistas. Creció destos el número tanto, que temiendo los otros su expulsion, se unieron con los católicos para echarlos de la ciudad. No pudieron contra muchos los que tenian de su opinion al Príncipe de Orange y á los demas señores, y por su capitan á Márcos Perez, español, rico y poderoso. Convinieron en que los católicos no celebrasen públicamente las misas, ni tocasen campanas, y todos predicasen en sus templos. Elegido lugar para edificar uno los calvinistas, trabajaban en su construccion muchachos, mujeres, hombres voluntarios y pagados de los principales tratantes y gentilhombres, llamando su trabajo oficio de los ángeles, dando dinero y joyas, persuadidos compraban el cielo. En Gante, ciudad cabeza del condado de Flandres, de las mayores de Europa (pues solia tener sesenta mil vecinos, aunque no con tanta gente como Ambers), trecientos greuxes solamente y mal armados derribaron y robaron tem-

plos, monasterios, quemaron las librerías, violaron las cosas sagradas sin resistencia, teniendo buen castillo para su defensa, de quien era castellano el Conde de Egmont, y gobernador de la ciudad y condado. Con su exemplo se levantaron en Tornay, en Tornasi, en el condado de Flandres, Duay, Lila, Ipre; solamente Brujas, católica y fiel esta vez, resistió valerosamente á los sectarios. Sabiendo venian en gran número á ella, los naturales y moradores y mercaderes españoles, que habia allí muchos, salieron á darles la batalla, pero retúvolos el Conde de Egmont. Por los mismos pasos iban los de Bravante, que viciada Ambers, los de Malinas quisieron echar fuera los clérigos y frailes, porque (como referí) estos pueblos son fáciles para inquietarse con pequeña ocasion, especialmente los de Malinas, más por naturaleza y uso que por causa. Por haber dicho los rebeldes habian de executar su furia en Bruseles á la vista de Madama, nombró para su guarda al Conde de Manzfelt, y los de Lobaina, unidos con la Universidad, asistieron á su defensa.

En Bruseles procuraron alterar el pueblo el conde Ludovico y Mol, apellidado el Tuerto, y Vander Meeren, criado del príncipe de Orange. Fueron quemadas las iglesias de Valencianes, Aldenarda, Mastricht, Bolduque, algunas de Gheldres, muchas en Zelandia; y en Holanda, principal provincia, cometieron grandes maldades, especialmente en Amsterdan. Destruyeron el monasterio de Marcheunes, junto á Duazo; maltrataron los religiosos: acudió en su defensa el señor, y los mató y ahorcó su cabeza. Preserváronse por cuidado de los fieles las iglesias de Dordrecht, Guda Haerlen y Roterdan; y aunque en Frisia y Overisel no se hicieron estos estragos, no faltaron alteraciones y escándalos movidos por los confederados, y otros mal intencionados del país. Poco despues robaron las iglesias de Levarda, Groeninghen y de otros lugares. Andaban los menores tan alterados, que apénas se hallaba en los Estados rincon donde tres ó cuatro mujercillas no predicasen el nuevo Evangelio con tanta frecuencia como pudiera el católico por elocuentes predicadores, y por los arrabales de las ciudades mil ignorantes y toscos con tantos insultos, que no habia fuerza vulgar que los reprimiese. Los canónigos y religiosos unidos de dia y de noche rondaban y defendian sus templos para celebrar los oficios divinos.

En Nimeghen los católicos expelieron los herejes, los privaron de ser regidores, y las mujeres quemaron la cátreda de pestilencia enmedio de la plaza. En estas confusiones quedaron libres Alost, Terramunda, Lila, Duay y Brujas en Flandres, y las provincias del Artuoés, Henaut, Namur y Luceltburg. En la comarca de Tornay, en los villajes de la Pleyne y Mortaria y monasterios de San Amant y Vicuña, quemaron las iglesias y una preciosa librería, y en Marchenes; y acometiendo á Anchi, el señor de la Tour, Roberto de Lenguebal, y el Bailía de la Marchena juntaron algu-

nos labradores y naturales y acometieron los sectarios y mataron cuatrocientos y pusieron en huida los demas sin daño, ó bien poco. No fueron ménos malos los sucesos en los seis ó siete dias siguientes dispuestos por el conde Ludovico, segun la comun opinion. La Duquesa temia su riesgo, conociendo que los caballeros que la asistian tenian poca gana de servir, si no se juntaban los Estados generales, y pensaba en retirarse á Mons en Henaut, villa fuerte y católica. Consultó el Consejo de Estado, y dixeron era dar más atrevimiento á los malos y desconsuelo á los buenos. Suplicáronle los de Bruselas no los desamparase, mas quedó por fuerza en la villa, porque á todas las puertas pusieron guarda para retenerla. No dexó de tratar con los señores de los negocios, porque á los doce de Agosto llegó la respuesta del Rey sobre los tres puntos de la Inquisicion, moderacion y perdon general, y habian acordado los del Consejo que las cartas se viesen en la junta de los señores que por su órden se habia de hacer en Bruselas, para tratar de todos los casos presentes.

CAPÍTULO VI.

Aconséjase el Rey Católico sobre las cosas de Flandres, y lo que en su Consejo se le consultó.

En este tiempo enfermó el Rey Católico de calentura terciana en el bosque de Segovia, y éstas nuevas le fatigaron. Nunca dexó los negocios, viendo y examinando con gran cuidado todas las cartas de la Duquesa y otros papeles importantes sobre la materia; notó y escribió mucho de su mano y vió las relaciones de todo. Despues de haber consultado las cosas más difíciles en el Consejo de Estado, tomó su parecer, y segun él resolvió tal vez aparte, tal vez en presencia del mismo Consejo. En todas las acciones se mostró naturalmente tan grave, moderado y constante, que nunca se le vió mínima señal de pasion, ni de remision, arrimándose siempre á la razon. Y aunque sentia muchísimo la mala disposicion de las cosas, cuidando sólo de su pronto remedio, mandó se juntase el Consejo. Discurriéndose por la materia fue dicho:

Habia cuatro maneras de hombres dependientes como de cadena unos de otros: los primeros y menores, los plebeyos y viles que robaron y quemaron las iglesias; los segundos un poco mayores, herejes y sectarios, que los salariaron para el efeto; los terceros más superiores, los confederados que recibieron debaxo de proteccion á los mismos herejes y disimularon con la comision que dieron; los últimos, los principales de la primera liga

y alianza. Destos se sabía ser los confederados parientes, amigos, aliados, criados, conformes en opiniones y palabras; pues los mismos rebeldes y sacrílegos dixeron abiertamente se hacía todo de consentimiento de los señores; y se descubrió poco despues un papel secreto, por donde prometieron á los confederados juntarian los Estados generales, y otras cosas que dixeron ser falsas. Consideróse tambien que, recibiendo Madama carta de Su Majestad sobre los tres puntos á doce de Agosto, á catorce se comenzaron los robos y fuegos del país, y partiendo el Príncipe de Orange de Ambers por la mañana, en la tarde fueron en las iglesias y monasterios, y para atajarlos nadie tomó las armas. Sin satisfacer lo que Su Majestad mandó se aprobaron los puntos de la libertad y seguridad de los malos, y se refutaron los demas que tocaban á la conservacion de la religion; de manera que ya se habia obtenido la libertad de conciencias, y Madama se hallaba forzada para consentir en la junta de los Estados generales: dos puntos que siempre pretendieron. Sólo era bueno en tantos males el no haber Su Majestad consentido ni estar obligado á cosa alguna. No se habia cumplido lo que mandó cerca de los pensionarios y capitanes alemanes, y convenia remediarlo.

A esta consulta dixeron algunos era remedio principal y único, como siempre lo acordaba Madama y clamaban los católicos y buenos vasallos, el partir luégo el Rey para Flandres, sin lo cual estaba claro y cierto itian las cosas á última perdicion. Díxose á esto no se podia ir ántes del invierno; y replicóse tampoco sería posible mantener los pueblos en la fe católica, que paso á paso se iba perdiendo, sólo por la falta de la presencia del Rey, y no se podia restaurar sin grandísimo gasto, trabajo y peligro lo que se hiciera ántes sin dificultad, y sin Su Majestad no se podia esperar sino extrema confusion de la república y de la religion; pues Margarita en sus cartas afirmaba la podria salvar hasta fin de Otubre en último esfuerzo. Estas cosas, por permision venidas se habian de guiar con sincera intencion y confianza en Dios, y no con sólo el humano entendimiento; y teniendo el Rey y su Consejo esta voluntad daria su favor y ayuda. Trúxose á la memoria haber dicho Su Majestad en la instruccion del de Egmont, que para conservar la religion católica perderia mil vidas que tuviera. Convinieron en que fuese el Rey á Flandres y respondiese á Margarita, pasando en silencio lo que tocaba al negocio de los confederados y sectarios por no aprobarlo ni reprobarlo ni dar ocasion de mayor escándalo y revolucion, y la Junta de los Estados generales no debia conceder sin gran cargo de conciencia. Se escribiese á Madama se cumpliesen las órdenes del Rey en lo que tocaba á los pensionarios y gente alemanes.

El Rey consideró esta consulta, y al principio de Otubre la aprobó. Escribió á Madama carta para mostrar á todos, y otra secreta. La pública contenia: «Que pues Dios alumbró á la Reina, su mujer, partiria para

Madrid á disponer su viaje. No sería pronto remedio la Junta de los Estados generales contra los sectarios en su ausencia, ántes peligrosa y aparejada para la libertad de la religion, confusion de los Estados, contra su conciencia y autoridad real, á que no habia de dar lugar; pues entrado una vez en tan mal principio no se saldria fácilmente dél, segun el exemplo de las provincias circunvecinas. Para acabar los daños y escándalos siempre le pareció, y lo tenía por firme y verdadero, ser el mejor remedio y sería resistir á las fuerzas y obras de hecho, con fuerzas y obras de hecho, como en otras provincias. No dudaba de los buenos oficios para el efeto, teniendo allá tanta gente principal aficionada al servicio de Dios y de la República.» En la carta secreta decia: «Aunque su Alteza le habia hecho tanta instancia para la junta de los Estados generales, no tenía que añadir á lo escrito por razon de su conciencia y del perjuicio general; mas si se le hacía fuerza como escribia, contra ella no valia razon, y se habia de remitir á Dios y á su prudencia. Pero como quiera que fuese, no entendia que se hiciese cosa alguna destas directa ó indirectamente de su consentimiento y permision.» Respondió con agradecimiento á los Condes de Egmont, Manzfelt, Meghen, Aremburghe, y á los señores de Barlaymont y Noirquermes, Rasinghen, Vizconde de Gante, universidad de Lobaina, y otros que le habian escrito lo que pasaba en general y en particular. Escribió á algunas villas y gentilhombres, y á su presidente Viglio de su mano; y uno del Consejo al de Egmont y al de Orange se quexaban de la mala satisfacion que dellos se tenía, y para quitar y borrar la ruin fama que se esparcia, mostrasen con obras lo contrario, conformándose en todo con la santa voluntad del Rey, ya tan notoria, que no era menester mandamiento particular, executándola como buenos vasallos, aunque ántes fuera diferente la resolucion; pues no se habian de tener por más sabios que la cabeza, que es el Señor, á quien pertenece el gobierno y administracion general. Si los dos ó el uno dellos hubieran mostrado rostro, las cosas no pasáran tan adelante. Podian reformar lo hecho, cumpliendo con sus obligaciones determinadamente, y sin achaques, ó suspenderlo hasta la ida del Rey.

Empeoraba lo malo cada hora en Flandres, autorizándose por vía de derecho lo que ántes se hacía de hecho; porque el Príncipe de Orange y los Condes de Egmont y Horne hicieron en Tornay, Flandres, Utrech, Amsterdan y otras partes de sus gobiernos, diversos tratados y ordenanzas tocantes al estado público, y de cómo habian de vivir revueltos católicos y sectarios. Los confederados fueron tan atrevidos, que el conde Ludovico envió su gentilhombre Cock al de Egmont, á los gobernadores de Bruseles y al Conde de Manzfelt con ciertos recados y mandamientos rigurosos de su parte. Los señores de Brederoda y Colemburg escribieron amenazas á Niemeghen en Gheldria, del gobierno del Conde de Meghen. El

de Orange, solicitado por los de Holanda á ir á su gobierno, y por los de Ambers á quedarse, pidió á su Alteza aprobase el gobernar en su ausencia á Holanda Mos de Brederoda. Mas no lo consintió, y con razon, por ser cabeza de los confederados, haber juntado gente y destruido las iglesias á exemplo del de Colemburg, y haberse en aquella sazon divulgado un libro donde se intitulaba heredero y sucesor del Condado de Holanda, con otras invenciones tales. El de Orange fué á Holanda, y procuró que en Ambers asistiese el Conde de Hoostrate. Margarita envió al consejero Assenvile á saber dél las cosas pasadas y su parecer para remediar las venideras. Hízole Orange largo discurso sobre el estado del país y el peligro que corria por los príncipes convecinos, y los fuegos, robos y aparente destruicion de todo, aunque el Rey saliese con su intento. Era mejor evitarlo por medio de la libertad de religion, permitiendo la confesion augustana, ó por lo ménos dexando á cada uno vivir en su casa á su voluntad, con que no escandalizasen en público, y apaciguadas las cosas, el Rey poco á poco podria procurar su reducion á su estado primero.

Desto y de otros discursos, que dexo por su prolixidad, advirtió Madama al Rey nuevamente, trayéndole á la memoria la junta de los Estados generales y su venida. Dixo el descontento del de Orange, Egmont y Horne, porque no aprobó sus acciones, y la Junta secreta que hicieron los tres á catorce de Otubre, sin que se supiese lo que trataron, sino que el Príncipe se quexaba de que el Rey le queria quitar la vida, y los Condes Egmont, Horne y Ludovico, que disuadió á su hermano el retirarse en Alemania. El Rey sintió mucho estos avisos, y en el Consejo los propuso, y mandó que se le consultase su parecer en ellos.

CAPÍTULO VII.

Consulta y resolucion última en las cosas de Flandres.

Aconsejábase el Rey en Madrid cerca de las cosas de Flandres, y para tomar última resolucion quiso presidir á su Consejo, y porque la emulacion entre el Duque de Alba y el príncipe Rui Gomez llegaba á mostrarse en la Sala banderizándola. Á ventinueve de Otubre entraron en ella el prior don Antonio de Toledo, el Conde de Chinchon, D. Juan Manrique de Lara y los secretarios Gabriel de Zaias y Antonio Perez, por muerte de Gonzalo Perez, su padre, entre quienes se dividió el oficio de Secretario de Estado, dando la negociacion de Italia á Antonio Perez, y la de Flandres y Alemania á Zaias, oficial muy antiguo, y que en ausencia de Gon-

zalo Perez habia negociado con el Rey y servido mucho. No le dió luégo que vacó el oficio á Antonio Perez por ser mozo derramado, y queria el Rey gran virtud y recogimiento en los ministros y oficiales participantes de sus secretos. Zaias, mostrándose contra sí mismo agradecido á Gonzalo Perez, le suplicó diese el oficio á su hijo por sus servicios, y si no bastaban, aplicaba todos los snyos para que llegase el hijo á merecer la honra y beneficio que su padre tuvo. Antonio Perez luégo se arrimó al favorecido Rui Gomez, dependiendo dél, y mostrándose ménos bien afecto á las cosas del Duque de Alba, y así le dixo: «Era Rui Gomez más conoce»dor del humor de su señor, pero ménos buen consejero, y le debia ceder, »y él no mostrarse tan parcial con él.»

El Conde de Chinchon dixo:

«Las juntas de los flamencos hicieron causa de religion la de la vengan»za, con principio de las más continuadas persecuciones que en nuestros »tiempos tuvo la verdad. La sospecha deste terrible daño habia puesto en »cuidado á los ministros de los Países, porque se confirmaba con indicios »de manifiesta rebelion, y haria insolentes la mansedumbre los que no po»dia domar la pena; mas convenia en su remedio mostrarles juntamente »las fuerzas y la clemencia. Procuraron su libertad con las quexas y armas, »tiranías, confusion, disensiones, sectas horribles por desconformes áun en»tre sí, quitando la autoridad apostólica y la real, el empeño, el aprieto, »las ocasiones, los gastos serían grandes; mas se considerase se aventuraba »la reputacion de España, la obediencia de la Iglesia romana y de tan gran »Príncipe como Su Majestad Católica, y convenia reprimir ímpetus, que »no corregidos serian exemplo de flaqueza y ánimo para rebelarse otras »provincias. No debia Su Majestad entrar con ellos en compromiso en »causa de religion y obediencia. Si el Emperador queria interceder por »ellos no se debia rehusar, mas se advirtiese eran las razones conforme á »las de los mayores señores de Flandres, encaminadas quizá por el Duque »Augusto de Saxonia, tio de la mujer del Príncipe de Orange, y amigo »familiar del César; y ponderadas sus acciones tenian por fin obtener la »libertad de religion, por lo ménos en sus casas si no por bien por mal, »fuerza, industria, amistad ó enemistad abierta, sin dexar todo lo que po»dia servir á su propósito. Esto sinificaba el decir los discursistas y polí»ticos podian ser tan poderosos los colegios de sectas, que fuese imposible »extirparlos ó peligroso, sino con daño del Estado. Y en tal caso los sa»bios príncipes, como pilotos, se dexaron llevar de la tormenta, sabiendo »que la vitoria causaria naufragio general, concediendo (forzado á veces) »algunas cosas contra su voluntad á los pueblos, como Constantino empe»rador á los arrianos, y el gran Teodosio los entretuvo en paz y Valenti»niano y Valente, y despues Cenon con el edicto Henoticon; y Anastasio »publicó la ley del olvido, contemporizando con los predicantes, sabios y

»modestos. Menospreciando el Príncipe una opinion y favoreciendo otra »la anularia sin violencia, porque el espíritu resoluto, cuanto es más resis- »tido, tanto más se agresta y endurece, no se ablanda. Consideraciones »malas en el caso presente, y las peticiones de los señores malísimas; pues »desamparando la religion católica, hacian ahora oficio de reformadores »para establecer su libertad y mostrar procedieron virtuosamente. Enca- »minábase á esto su deseo de que les mandase el Rey alguna cosa en par- »ticular, para que, aseguradas por aquí sus malas intenciones y perversos »tratos, tuviesen más autoridad y mano en lo porvenir. Se tratase ya cómo »habia Su Majestad Católica de hacer su jornada, con qué acompañamien- »to, armas, y en qué sazon habia de partir y llegar á los Países. Ya en »ellos, procurase restituir la religion católica en su primero estado, sin ad- »mitir partido ni capitulacion en contrario, aunque lo aventurase todo. »Yendo otro, por grande y prudente que fuese, no sería bien obedecido »sino odioso y á los alemanes, y ocasion de levantarse y moverse una fac- »cion contraria, que tambien truxese nombre é insignia del Rey, como el »que fuere enviado, con gran deservicio de Su Majestad y última ruina de »los Países. Para su bien sería mejor llevase sólo la gente de su Córte y »casa ordinaria, ó muy poco más, y si exército, fuese insuperable para exe- »cutar libremente, y que dexasen con su vista las armas los rebeldes caidos »de ánimo, turbado el Consejo con la presencia de su señor, y acabase la »guerra brevemente. La partida fuese en el mes de Hebrero, celebradas »las Córtes que llamó en Castilla para juntarse y proponerse en el mes de »Diciembre mil y quinientos y sesenta y seis.»

Rui Gomez, apróbando el ir el Rey á ver á los Estados, le seguia el cardenal Espinosa. Don Juan Manrique de Lara dixo palabras casi semejantes: «Sería el hierro solamente la medicina de tanto mal, por mano del »Rey aplicado, ó por la de un Ministro, que era mejor, porque si las guer- »ras se hacen léjos del Estado, no debia dexar el Príncipe el corazon dél, »de adonde se ha de extender la autoridad y vigor para las otras partes. Ti- »berio emperador envió por esto á Germánico á apaciguar la rebelion de »las legiones de Alemania, quedando él á conservar la silla del Imperio, con »voz de que iria en su seguimiento. Consideradas bien las razones que se »ofrecian para imitar al emperador Cárlos V, no á Tiberio, fué D. Cárlos »á la reducion de una ciudad rebelde por causa civil no de religion, todo »el resto de los Estados en su obediencia permaneciente. Les acusaba la »conciencia de sus delitos cometidos generalmente ahora; el peligro y la »causa comun llamaba á la comun defensa para huir de las penas de que »se juzgaban merecedores, y así era mucha la diferencia y desemejanza. El »César tenía en aquella sazon á Alemania como su Emperador, áun no »bien inficionada de las herejías que la haciau al presente enemiga de los »católicos, pues lo fue por esto suya despues; Inglaterra las más veces por

»confederada; á Francia, aunque ofendida, neutral en su religion santa, »constante y limpia, ya casi declarada la mayor parte en favor de los após- »tatas, y tan mal segura, que prender quisieron á sus reyes, no perdonando »su tiranía á vivos ni á muertos. En caso que hubiese de ir Su Majestad »debia ser muy al seguro; pues de su vida tan importante, no sólo depen- »dia la salud de sus pueblos sujetos, sino la de toda la Iglesia santa. Los »caminos eran ó con armada poderosa, como se habia acordado, y á su »desembarcacion era fácil oponerse los rebeldes juntos en su defensa, segun »su obstinacion y desvergüenza declarada, por evitar el castigo general, y »y estar Holanda, de las provincias más alteradas, gobernada del Príncipe »de Orange. No ser posible ir encubierto (como algunos decian), porque »haria el apresto de gran armada cuidar á Europa y temer generalmente. »Si para desmentir iba el Rey en uno, dos ó más navíos, era con peligro »de cosarios, y llegado á los puertos de ser sabido por los muchos flamen- »cos de que el Rey se servia que avisaban de todo á sus parientes por vía »de mercaderes y correos, y le impedirian la desembarcacion; y hecha, no »habia camino ni paso seguro por donde llegar á las plazas de armas de los »fieles flamencos, ni la habia formada, lleno el país por todas partes de re- »beldes armados dentro y fuera de las murallas. Si desembarcaba en Zelan- »dia, habia de pasar forzosamente por las villas de los conjurados, y desar- »mado no podia pasar, y el peligro de su persona era grande, aunque le »recibiesen bien, de que eran exemplo los reyes de Francia. El camino »desde Italia por Alemania sería el ménos malo con exército superior á los »que se le opusiesen; pero revolveria humores el temor de tanto poder en »Italia por su recelo, y en Alemania por el favor que daba á los rebeldes, »como madre de sus errores, y pudieran oponérsele para que no llegára á »dañar sus amigos; y habiendo de ser gran parte del exército de alemanes, »no se podia asegurar, por su diversidad de religion, el paso por sus mis- »mas tierras. La vereda que se disponia por Saboya, áspera y estéril, era »incapaz de pasarla gran exército junto, y en division fácil para ser rom- »pido; con que la seguridad del Rey era muy poca. Se enviase delante, en »caso que hiciese jornada, ministro que aparejase el camino con exército, »pues los humores que alterasen serian menores. Llegado á Borgoña, ó »Ducado de Luceliburg, Estados siempre leales y buenos católicos, for- »mase el exército para conquistar los demas, si necesario fuese, hasta asc- »gurallos, ó asegurar al Rey puerto donde pudiese desembarcar con su ar- »mada al venir á ellos.»

El Duque de Alba dixo: «Si fuera sólo el Estado lo que se habia de ave- »riguar con las armas, era bien esperar á la ida del Rey á Flandres. Se tra- »taba de la defensa de la religion, culto divino, templos, sacramentos, sa- »crificios, imágenes, riqueza, ministros de Dios. Conociesen los traidores á »él y á su Rey, se trataba su causa, anteponiendo su servicio á sus discursos,

»obedeciendo, no á los hombres, sino á Dios mismo. Convenia acometer »luégo á quien no mudaba de voluntad, y con el tiempo aumentaba sus »fuerzas con los que cada hora apostataban cebados en la licencia de mal »vivir. So color de religion todo era lícito á su codicia, apetito, crueldad, »venganza; saqueaban los templos, oprimian las tierras, rescataban las vidas »del hijo el padre, amigos, enemigos, y los poblados y fuertes no los ase»guraban. Tocaba el veneno á los mayores que procuraban tiranizar, y por »su respeto á los menores, negocio grave, y que su aprieto peligraria con »la tardanza. Las novedades y maldades llegaron á términos que convenia »borrar con sangre de los rebeldes la falsa dotrina introducida, y no admi»tillos, aunque se rindiesen, sino con gran sumision y arrepentimiento, »conformándose con lo que fuere servido mandarles Su Majestad (de que »no habia aparencias) poniendo por este camino miedo á los vasallos de los »demas reinos para no conjurarse. Superflua era y vana la oracion y comu»nicacion de las cosas útiles, cuando el auditorio de comun consentimiento »se empeoraba; pues la declaracion de Madama de Parma no aprovechó, »y sus discordias tenian orígen de codicia de mandar y de haber riquezas. »La razon valia poco donde habia pasion, y donde habia más poder habia »de haber más justicia; atajarse tanto mal desde que apareció, si no se in»terpusieran pareceres tantos y tan graves del Pontífice, Emperador, po»tentados y de la Gobernadora. Porque aunque el pueblo se quexase jus»tamente, y se alborotase con causa razonable, si llegaba á demostracion, »se convenia castigar su insolencia, porque no se acostumbrase por vía de »alboroto á salir con lo injusto á que se inclinase. Llegaria tarde el socorro »de las leyes y ministros ordinarios, y así tenian de ser nombrados extra»ordinarios, graves, activos. El órden que se habia de tener en la guerra se »daria en escrito, y era necesario elegir capitanes para ello á propósito. En »el mar sosegado apénas importaba entregar el timon á quien no supiese »mucho; pero en la tempestad se fiase á experto, generoso, sabio.»

Aconsejó el Duque lo que le estaba bien al Rey y á él, y así fué á proponerse para General. Es opinion de muchos que si hay en el Consejo hombre valeroso, exercitado en la guerra con vitorias y fama notable, siempre inducirá á tomar las armas, por haberse de echar mano dél forzosamente, por deseo de salir de compañero de muchos de ménos suficiencia, á quien la paz y la sala ó aula le hacía iguales, que la guerra no consintiera, haciéndose ménos caso dellos con desden suyo, envidia de otros, que arrebatados de la reputacion que la virtud ha dado al buen Capitan, áun le quieren ser superiores, y más siendo favorecido de su Príncipe, como el Cardenal Espinosa y Ruy Gomez de Silva, émulos del Duque. El buen Consejero, grande en estado y valor, sufra el concurrir con los de ménos sabiduría, grandeza, dignidad, grado. No todos son de un mismo, ni pueden. Aunque allí se honren con unas mismas señales y ceremonias,

no son los méritos, ni todos igualmente dignos de la honra como de votar en las consultas. En la locacion de los vocablos florecer otro honor tiene en compañía de la virtud, otro en la edad, otro en las yerbas: inclínome á cosa sagrada y á mi padre, más con mayor reverencia en lo primero, porque las señales del honor no son tan diversas como las cosas que se honran, y servímonos de las mismas, entendiéndolas despues con diferencia, segun la variedad de las cosas que se acompañan, atribuyendo á cada uno lo que (segun razon y costumbre) es competente á su dignidad.

Parecia á Rui Gomez desconveniente la severidad del Duque de Alba para gobernar los Países, con quien á su parecer la templanza del Duque de Feria podria mucho, y no le era inferior en el conocimiento de las naciones que habia de gobernar y tratar, prudencia, nobleza, gallarda persona, título, providencia, ánimo generoso, y más libertad que el de Alba, y de igual autoridad para mantener sujetos á su amor y temor los exércitos y los pueblos, y tenía suficiente noticia y experiencia del arte militar, y menor opinion de rigor, imperiosa y odiosa superioridad, poco agradable á su Príncipe, aunque nacida de gran virtud y merecimientos antiguos y frescos. El Rey, inclinado al haber menester al Duque y al castigo que ninguno haría tan bien, aunque preferia en amor al de Feria, le pospuso. Con su eleccion el de Alba quedó contento por salir del lado de los que la privanza le hacía en estimacion iguales, y Espinosa y Rui Gomez por quitar de la sala autoridad que odiaban mucho. Los que hacian juicio destas diferencias y personas decian: «Que si hizo el señor alguno de sus fami»liares ministro principal, se ha de mirar al poder y grado que tiene, hon»rándole segun ellos. Quien menosprecia lo que es débil en éste, le quita »con imprudencia lo que en él tiene de gallardo la fortuna y la industria »suya, con que parece nació de sí mismo. Por su virtud dieron deíficos »honores á Hércules no por su ascendencia. Hacérsele amigo asegura, mas »no juzgar si merece la autoridad y lugar que se le ha dado, acordándose »de la figura de bronce que hizo adorar Amasis, rey de Egipto, vaciada »de la bacía en que se lavaba los piés, diciendo con Tácito: «A tu compa»ñero en los consejos, al gobernador de tus oficios en la República vene»ramos.» De otra manera vive con peligro la calidad notable y valor grande »siempre odioso y sospechoso á los favorecidos y tan de temer que no »basta decir: «Quiero vivir en la Córte sin ambicion, deseo, pretension, »provecho, contienda», por que se oye y no se admite. Sólo era seguro con »los que por poderosos hacen los tiempos suyos, aunque se fuerce y afrente »la buena naturaleza el complacer la sazon, esperando su mudanza la pa»ciencia, y más cuando el privado se ha opuesto á sus disinios y deseos, »impidiendo sus progresos sin mostrar resentimiento, que es perdido, aun»que esté mal satisfecho del ministro y del Señor, y sea sagaz y cauto.»

Tambien hacian al Rey imitador de Tiberio en esta resolucion de enviar

al Duque á Flandres, habiendo larga diferencia entre los dos; mas la razon de Estado es hija de la prudencia, buen consejo y advertencia, segun el tiempo presente; y lo aprobaron, porque si los flamencos resistian al Duque, podria mitigarlos el Rey, y si yendo Su Majestad le despreciasen, no quedaba remedio para sosegarlos. Escribió luego el Rey á los potentados de Italia su resolucion en ir á Flandres, las razones que le movian para ir armado, su justicia, intencion, cómo para esto mandaba juntar sus fuerzas en Milan, de que les avisaba porque no se azorasen, ni temiesen viéndolas tan cerca. Mandó al Duque de Alburquerque, gobernador de Milan, enviase con la instrucion que veria á los zuiceros, y con las cartas á sus cantones al Conde Juan de la Anguisola, para que supiesen la razon con que se movia contra los flamencos, donde habia de asistir en tanto que pasase la gente con el Duque de Alba. Escribió á Marco Antonio Bosso su estipendiario, tratase confederacion con los cantones con buenos partidos para todos, y envió en letra diez mil escudos de ayuda de costa para estos ministros. Mandó al Duque creciese la caballería del Estado á novecientas celadas, haciendo de ciento cada compañía inclusa la de su guardia. A Don García de Toledo truxese en las galeras los tercios de españoles de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, para juntarlos con el de Lombardía, donde alojados esperasen la llegada del Duque de Alba, que todos serian ocho mil, para cuya paga y de la caballería habia proveido dineros, de más de tres mil soldados de fresca leva que llevaria el Duque de Alba. Si no habian pasado los alemanes que vinieron á Nápoles para ir á Malta, los retuviese, hasta que los españoles llegasen: y si caminaron, enviase las cartas en que mandaba al Conde de Lodron proveyese á la desfilada del número que le pareciese convenir. Levase el Duque dos compañías de españoles á caballo, para los capitanes Juan Montañés, castellano de Novara y montero del de Asti, conforme á las patentes que les enviaba. Tuviese armas y municiones en buen número y herramientas para quinientos gastadores que habian de abrir el camino por Saboya. Envió á D. Bernardino de Mendoza, hermano del Conde de Coruña, su gentilhombre de la boca, al Duque de Loraine ó Lorena, pidiéndole paso y vituallas, con órden de asistir allí, asegurándole de toda amistad y buena correspondencia, hasta haber pasado la gente. Mandó á Francisco de Ibarra su proveedor general de exércitos y armadas de los reinos de España, fuese á Italia con dos galeras á llevar el dinero que libró para la provision de los aprestos, en los lugares del camino por Saboya y Loraine, conforme se habian de hacer las jornadas y para la guarda dellas, y hiciese dos puentes de barcas por donde pasar la gente el Ródano y el Dens que divide á Saboya y Borgoña ducado. Proveyó de dinero al Duque de Saboya para la paga de dos mil y cien soldados italianos, con que se armó para cualquier suceso en tanto que pasaba el exército. Quisiera el Rey marchára ántes que las nieves cerráran el paso, quitando el

tiempo á los greuxes de juntar gente y fuerzas alemanas solicitadas. Por esto pidió paso al Rey de Francia, y gastó la espera de su respuesta la sazon, y con sumo desplacer esperó la primavera del año 1567, y así, á treinta de Otubre, escribió á Gomez Juarez su Embaxador en Génova: «Avisase á »D. García de Toledo no truxese la infantería española hasta segunda ór»den, y al Conde Alberico de Lodron saliese á Borgoña en la primavera »con su regimiento, porque con el del conde Juan Baptista del Arco que »estaba en Lombardía y el tercio de españoles bisoños que llegaria presto á »ella se hallaria bien armada por el presente.»

CAPÍTULO VIII.

Envia el Rey armada para echar unos franceses que poblaban en la Florida, y otra á poblar las Filipinas.

Creció en Francia la herejía tanto, que alcanzó en las antárticas regiones, por medio de un Juan Riblaut, hereje calvinista, de nombre y de nacion francés. Publicó era enviado de su Rey con instruciones y patentes para poblar, gozar de las riquezas de las Indias y purgar el estado de la gente, que por facinerosa no podia sustentar. Desde Diepa, puerto de Normandía, en el año mil y quinientos y sesenta y cuatro, navegó Riblaut á la Florida, provincia índica en el poniente, en la Nueva España, á la parte del norte, en altura de treinta y un grados, cerca de las islas de Cuba y Santo Domingo. Es una larga punta que la tierra mete en el Océano continuada con la Nueva España. Tomó nombre del dia de Pascua, en que fue descubierta por los españoles. Edificó Riblaut en el mayor cabo un fuerte con nombre de Puerto Real, y dexando guarnicion en él á cargo del capitan Alberto Riblaut, volvió á Francia con relacion de lo que habia hecho y le acaeció en el viaje. Armó tres navíos, y con ellos se hizo á la vela. El capitan Laodimer, á ventidos de Abril, mil y quinientos y sesenta y cinco, y en el cabo de Santa Elena, tomó tierra á venticuatro de Junio. Allí levantó un fuerte para entretenerse en tanto que llegaba Riblaut con el resto de navíos y gente que dexó en Diepa para navegar. Salió con siete y buen número de soldados, y todos aprestos para la mar y la tierra, docientas familias, vacas, yeguas, caballos y otros animales con que poblar la provincia, y predicantes que esparcieron la herejía en los indios bárbaros, aunque ménos aparejados á cualquiera institucion que los del Perú y de México, pues no han hoy acabado de recebir la santa fe como en los dos reinos, por no tener reyes como ellos,

ni caudillos señalados para su gobierno á quien imitar y seguir. Y tanto más ha sido dificultoso por ser estos indios bravos, robustos, belicosos, tan ligeros que por aliento alcanzan los ciervos y fieras, de quien poco diferian en la vida.

Sabiendo el Rey este viaje de los herejes, procuró su castigo y remedio de las almas de los indios, considerando que habiendo pedido ayuda para descubrir el Nuevo Mundo á los reyes de Francia y de Inglaterra Cristóbal Colon, no quiso Dios que se hiciese con su intervencion, porque la limpia dotrina difícilmente se pudiera sacar destas provincias que tan presto inficionaron herejías; y cuando España estuvo limpia de las de judíos y moros, le cometió su conversion de los indios, y gozaba de paz y querian volver sus fuerzas contra Africa en el año mil y cuatrocientos y noventa y dos sus reyes D. Hernando V y Doña Isabel, y Cárlos, su nieto, despues; iguales en merecimientos, piedad y armas á los Constantinos, Teodosios, Cárlos y más gloriosos príncipes. Cuán acepto ha sido á Dios este servicio mostró desde el principio desta predicacion con milagros, no solamente por dignos mas por viciosos que sanaban con la señal de la cruz sobre las cabezas en la Florida de gravísimas enfermedades á los indios, y en la peregrinacion de Vaca de Castro sus maravillas admiraban á sí mismos, confesándose por grandes pecadores. Que si los émulos y herejes quieren diminuir la gloria y merecimiento desta grandeza con que el cebo del oro en que se pica lleva, cuando fueron á descubrir las Indias los españoles ofrecidos á peligros y muerte, no se sabía su riqueza; y hallada, cumpliendo con el intento de propagar la fe, no gozalla fuera inorancia, y negligencia no ser codiciosos. Pues las riquezas son tan necesarias para conservarse gran monarquía y sustentar guerras contra los muchos enemigos de su grandeza y pureza de la fe católica que profesa, proveyendo en ello á toda la cristiandad para sustentarla con ecesivos gastos, aprovecha á tantos y lleva por tantos la carga. Al contrario de las monarquías grandes, que enriquecian sus provincias y tributarios, y ésta los enriquece y defiende con ecelencia. El fruto para Dios ha sido muy grande, alargándose á tanto la providencia de Filipe en el Oriente, que habiendo sabido que en cinco años de hambre se vendieron por esclavos muchos indios gentiles para comer, mandó que los que se baptizasen fuesen libres en fraude del acreedor. Dió á los nobles hábito de la órden de Cristo, porque con el deseo de honra abrazasen el Evangelio.

Desde que entró á reinar envió escuadras de religiosos á la conversion y enseñanza de los indios, con sus armadas y armas guardados, abriendo con ellas el camino para plantar con seguridad el Evangelio en los indios cerriles y bárbaros, aprobándolo sus insolencias y crueldades, derribando ya convertidos los templos, matando los sacerdotes y comiéndolos como perros y caimanes de su tierra. Fray Bartolomé de la Casa, dominicano, dixo al

emperador Cárlos V no se habia de ir á la conquista de almas como á la caza de las fieras, y no ser lícito forzar los indios para darles la fe cristiana, porque en su libre albedrío se habian de dexar, y sola la gracia de Dios valia en esta vocacion. Haria su reduccion por trato, mercancía y navegacion, con la sinceridad que en Castilla trató con los cumanesis con cuatrocientos devotos que llevó señalados con cruces roxas, y trabada amistad, á los ocho meses gritando los indios con las armas «¡Santiago!» los mataron casi todos y comieron los más, como otros muchos en semejantes ocasiones. Fue acordado por esto se debia proceder en los descubrimientos como contra enemigos del linaje humano, incapaces de toda humanidad, dotrina, libertad, bestias y crueles comedores de hombres; y que apostataban los políticos y dóciles fácilmente, y ser verdaderamente bárbaros, apartados en la vida de la derecha razon natural por la fiereza los más y sin conocimiento de algun dios que adorasen, ni religion, llenos de encantos y hechicerías del demonio, particularmente los chichimecos y del Brasil. Otros, si tenian religion, era sin fundamento, término humano, y comian como animales lo que sólo producia la tierra sin labrarla ellos y carne humana, y los de México y Popayan á sí mismos, por no haber querido sembrar para matar con la hambre los españoles. Andaban con deshonestidad desnudos, habitaban en cuevas, sin leyes ni cabeza para su gobierno en paz ni en guerra en muchas partes, con barbaria incapaz de las cosas celestiales por la rusticidad, bestialidad, ignorancia, poquedad; y más los caribes del Brasil, chichimecos y de las islas de Barlovento, de Salomon, valles del Perú y de otras partes, se debia por justicia natural prenderlos y hacerlos capaces de razon para que se distinguiesen de los brutos, y despues dotrinarlos y darles la verdadera razon y ley evangélica. Porque toda criatura racional debe alabar á Dios, su Criador, Señor y juez; por esto es de justicia divina, eterna y natural que le adore y reconozca con reverencia, y por no lo hacer merecian pena de muerte y perdimiento de bienes como los ismaelitas; y cual señor de todo lo dió por su arbitrio entónces, y ahora sin destruir la gracia sino perficionar á la naturaleza. Para domesticarlos eran las armas, para enseñarlos los religiosos, los legisladores para que conociesen eran hombres; y porque idolatraban habiéndose convertido, hubiese quien los mantenga en la fe recebida con el buen gobierno de paz y guerra, pues á cada uno es dado cuidar de su próximo, como dió facultad de predicar su Evangelio Dios y de tomar los medios convenientes á la conversion de los indios y conservacion de los convertidos. Aun para defenderlos de los herejes y moros en el Occidente y Oriente, porque no se perdiesen por ellos tantas almas, como de otro principio tal y tan desgraciado en tiempo de los godos, por la secta arriana que les dió el emperador Valente.

Por esto, y para castigar el atrevimiento de los calvinistas por haber en-

trado en las tierras del descubrimiento y navegacion del Rey Católico, mandó aprestar en Cádiz ocho navíos con mil y quinientos soldados, y encomendó el hecho á Pedro Melendez de Valdés, asturiano, caballero de la Orden de Santiago, confiando de su valor y experiencia en las jornadas de mar. Honróle con el título de Adelantado de la Florida, dióle por su almirante á D. Pedro de Valdés, su yerno, y órden que expelidos los franceses poblase en tres partes. Salió de España á ventiocho de Junio, y fatigado de tormentas llegó á la isla de Santo Domingo, donde se derrotó la nao capitana con un patache y los cinco navíos con borrasca que los forzó á alijar. Embarcó en Santo Domingo cuatrocientos soldados, y á nueve de Agosto se juntaron en Puerto-Rico todos, y metieron cincuenta más en ellos. Pasando por estrecho canal, peligroso por los bajíos y no navegado ántes, llegando á ventinueve de Agosto á la Florida, corrió la costa buscando los franceses, trabajado del mar y vientos. Para saber dónde se hallaba y poblaban los enemigos, echó gente en tierra, y supo quedaban más al norte. Á venticinco de Setiembre quiso en la boca de un rio combatir cuatro grandes navíos de los franceses, y ellos cortando cables salieron al mar la capitana y almiranta, cargadas reciamente de Pedro Melendez y de su almirante. Por mal tiempo desembarcó los capitanes Andres Lopez Patiño y Juan de San Vicente con sus compañías para fortificar una casa y seiscientos soldados y los bastimentos. Los franceses enviaron á reconocer los navíos que los acometieron, y perdieron la fragata con quince soldados, y dixeron lo que deseaban. Habiendo Pedro Melendez reconocido un fuerte de los enemigos, al amanecer le acometió seguramente, y con muerte de ciento y cincuenta le entró, y los demas huyeron á los montes y á los navíos. Destos uno afondaron, tres tomaron con artillería, armas, vestidos, mercaderías, vituallas, catecismos de Calvino, patentes y órdenes del Rey de Francia, donde les mandaba hacer esta jornada. Cargaron despues sobre los demas, y en el dia de San Miguel, acabando de destruirlos, quedó la Florida sin el peligro de las herejías, y Pedro Melendez prosiguió las poblaciones conforme á su instruccion.

Como el que fuere señor del mar lo será de las riquezas y aromas de la India Oriental, proseguian sus navegaciones con vária fortuna los Reyes de Portugal, y por el cabo de Buena Esperanza traian sus armadas á España, las que ántes los soldanes de Egipto por el mar Bermejo ó Eritreo á Alexandría, donde se repartia á Europa por fatores venecianos y mercaderes de diversas naciones. Los reyes de Castilla procuraron gozar de la especería de las islas Molucas del Arcipiélago oriental, dividido del boreal y austral, que con gran abundancia producen, y así diversos príncipes y naciones desearon su posesion. Hernando Magallanes, descubridor del estrecho celebrado y encubierto que dél tomó nombre, mal satisfecho de la poca merced que en Portugal le hizo el Rey, mostró al de Castilla por

una carta planisferio caian las islas del Moluco en su distrito del repartimiento de ciento y ochenta grados de latitud de la esfera de la parte occidental, hecho entre el rey de Portugal D. Juan II y D. Hernando V rey de Castilla en el año mil y cuatrocientos y noventa y cuatro; y habiendo Castilla descubierto las islas occidentales, que llamaron Antilas, tenía solo derecho á ellas, y que le serviria en su ocupacion. Sabido es como el emperador Cárlos V le entregó una armada, con que salió de San Lúcar á ventiuno de Setiembre mil y quinientos y decinueve, sus largos viajes y temerarias navegaciones y espantosas dificultades ántes y despues, que por su estrecho pasó al mar pacífico, su llegada á la isla del Cebú, su descubrimiento y posesion que tomó de las islas Luzones ó Manilas en señorío de la Corona de Castilla, que debieran heredar su nombre como su sepulcro, por haber muerto en ellas desastradamente. Las armadas de Castilla por la Nueva España y las de Portugal por el Arcipiélago costeando la Africa, pasando por el promontorio de Buena Esperanza, descubierto entónces, executaban el dominio y trato con sangrientas competencias y cruel ambicion entre sí mismos, hasta hacer los portugueses malos tratamientos á los indios en lengua y vez de castellanos, para que con ódio mortal no los admitiesen á la comunicacion y comercio.

En el año mil y quinientos y sesenta y cinco D. Luis de Velasco, visorey de Nueva España, quiso continuar esta navegacion de las islas Luzones, y poblarlas gozando del derecho adquirido en su descubrimiento. Ordenó al adelantado Miguel Lopez de Legaspe, que en el puerto de Navidad, que en el mar del Sur está en decinueve grados y medio de altura de polo, labrase y armase y proveyese dos grandes navíos y dos pataches para ir á la poblacion de las islas Luzones. Llevó en ellas muchas cosas con que tratar ó rescatar, y quinientos soldados, y llegó á las islas de los Ladrones y al Arcipiélago oriental, y desde Bornoy descubrió la isla del Cebú. Envió á reconocerla y la de Batahan con soldados guiados de uno que hablaba la lengua malaya. Tupas, rey, recibió amigablemente los exploradores castellanos, y les ofreció acogimiento y amistad segura. Refirieron era la poblacion de quinientas casas, habia oro y buenos mantenimientos, y así determinó Legaspe poblar en la isla. Arrimóse al Cebú, y no venian los indios recelosos á recebirlos y sospechando huian, echó en tierra al Maestre de Campo y á los padres fray Andrés de Urbaneta, insigne en religion y cosmografía, y á fray Martin de Rada y fray Jerónimo Martin, todos de la religion de San Agustin. Requirieron á los indios admitiesen el Evangelio de Jesucristo y la amistad del Rey de Castilla. Ariscos y mal seguros no acudian al llamamiento, hasta que pareció el rey Tupas, y asentó la paz con el Adelantado.

A diez de Mayo dió principio á la fundacion de una villa con nombre de San Miguel y de un fuerte, y los religiosos, pacificados los pueblos,

predicaban el Evangelio, y catequizaban los indios con caridad y cuidado, y los baptizaban. Manifestaron éstos un niño Jesus que el señor más principal tenía entre sus joyas desde la entrada de Magallanes, y le llamaban Dios, segun lo oyeron á los castellanos, y cuando no llovia, con gran veneracion y acompañamiento le sacaban y mojaban en el mar, y luégo milagrosamente con agua satisfacia sus sembrados y campos. Traido en procesion llamaron á la principal ciudad y á la provincia los frailes cuanto á sus fundaciones el nombre de Jesus. No tenian estos indios templos comunes, ni oratorios de adoracion de ídolos, cada uno en su casa ofrendaba á Batala Dios mayor que hizo todas las cosas y á otros menores, y les sacrificaban para que les hiciese bien y apartase el mal. Daban adoracion al sol y á la luna, y en su conjuncion hacian juntas y banquetes. Tenian por fe que las ánimas de sus difuntos, llamadas anitas, buenos les favorecian delante del Dios principal para tener buenos temporales y salud, y los malos los molestaban. Festeaban los ídolos que los representaban con sacrificios de encienso por mano de mujeres nombradas cataloras, grandes hechiceras, herbolarias y brujas, que los engañaban, como oráculo consultadas de sus futuros sucesos. Creian supersticiosos lo que el demonio les decia, apareciendo en várias figuras, y que habia en otra vida premio para los buenos, castigo para los malos. Muchos de los principales seguian la secta de Mahoma, porque los moros de Borneo con su comercio se casaban al trocado, poco ántes que entrase la predicacion evangélica. En el gobierno público eran bárbaros, sin reconocimiento de un solo superior en toda la isla, ni áun de un pueblo entero, sino los más poderosos tiránicamente mandaban á los ménos, y los obedecian por temor, disponiendo de su hacienda y hijos á su voluntad, teniendo en su mano la muerte y la vida dellos y la libertad ó esclavitud. Juzgaban sus pleitos ancianos árbitros, nombrados por los litigantes sin escritos. Igualaba el matrimonio la hacienda y nacimiento, y tenían concubinas. Su comida era arroz, pescado, carne de monte. Vestian delgado por el calor del clima, que les da color de membrillo, y sus camas eran de cañas y esteras, y las casas casi todas levantadas de la humedad del terreno sobre maderos. Sus armas arco, lanza, pavés ligero, puñales anchos, versos de bronce y de hierro, y la pólvora floxa. Legaspe desde que comenzó á poblar avisó al Virey de Nueva España de lo sucedido y hecho en su viaje con navío que entró en Acapulco, con pérdida de alguna gente, por falta de bastimentos y de salud, con la variedad de los aires, temples y tempestades. Desembarcaron oro, almizque, algalia, estaño, azófar, acero, hierro, plomo, menjuy, estoraque, gengibre, canela, clavo, pimienta, nuez moscada, sándalo, porcelanas, bocacis, lienzos de algodon, diferencias de armas, tres indios de Cebú y dos moros borneos.

Holgó mucho el Rey Católico de saber la poblacion de las Filipinas,

que así las sobrescribieron de su felicísimo nombre, y de que se hubiese plantado la fe católica y creciese para aumento de la santa Iglesia. Dió gracias á Dios por ello, y reforzó el descubrimiento con más religiosos para la conversion y la institucion de los indios y de gente para conservallos y proseguir Legaspe en las poblaciones, con que desde allí recobrar las Molucas á él pertenecientes por la demarcacion, y haber hecho en ellas los castellanos los primeros cristianos, y como les dieron principio, les diesen aumento. Que le moviese este celo muéstralo claramente lo que así pasó. Legaspe dexó con guarda á Cebú; metióse por una bahía de cuatro leguas de ancho, que descubre enmedio de la boca isla, hoy llamada Marivelez, y boxa la bahía treinta leguas hasta la ciudad de Manila, ocho de travesía entre el norte y el oriente. Resistiéronle los desta ciudad con más bríos que los de Cebú con artillería y un fuerte, y rendido se rindieron los del campo, y entró á Manila, sitio fuerte por naturaleza, cercada de agua sino al poniente y mediodía. Fundóla Legaspe entónces de madera, que en abundancia produce la tierra, en altura de polo por la longitud, contando desde las Canarias, ciento y sesenta grados, y latitud de polo setentrional poco más de catorce.

Esta es la isla de Luzon, más poblada que ninguna de las que parecieron, que no quiso naturaleza se averigüase su número principal, pues afirman algunos son las Filipinas once mil, y boxa trecientas y cincuenta leguas. Corre fuera de la bahía ciento al setentrion, y desde el cabo de Boxador, donde esta provincia empieza, á treinta leguas vuelve al oriente hasta el promontorio del Engaño, y de allí la costa adelante al mediodía espacio de ochenta, y tornando otra vez al que llaman Èmboradero cuarenta, que es el estrecho contra la isla Tandaya, distante otras ochenta de la bahía. Tiene por la parte más setentrional al gran reino de la China, distante setenta leguas, el mar enmedio, y las islas del Japon al nordeste docientas y cincuenta, al oriente el Océano, al mediodía el mayor Archipiélago dél. En una punta della, que rodea el mar de la bahía, corre un rio caudaloso, que le da orígen la laguna Bay, cinco leguas distante. Esta punta, al principio angosta y delgada, se va ensanchando luégo, porque la ribera del mar corre la vuelta del susueste, la del rio y la del este, dexando capacísima anchura para la ciudad. Producen trigo y otras mieses, vacas, búfalos, cabras, jabalíes, ciervos, frutas, aromas, gavilanes, martinetes, águilas. No hay minas de oro y plata como en poniente; por esto habiendo notado el Consejo de Indias no acrecentaban las rentas, sino el cuidado y ocupacion de la gente, tan necesaria para la conservacion de la monarquía, consultó al Rey el desamparallas, y por ser tantas islas, y de tan difícil conservacion, y haberlas desamparado por esto los chinos, siendo para su defensa casi unidas á su tierra. Porque la providencia humana difícilmente podia unir, sin los grandes gastos que se vian é inconvenientes

mayores, provincias divididas por mares causadores de naufragios y diversos climas de muertes de hombres valerosos. Respondió el Rey Católico:

«Si no bastaban las rentas de Filipinas y de Nueva España á mantener »una ermita, si más no hubiese, que conservaba el nombre y veneracion »de Jesucristo, enviaria las de España con que prorogar su Evangelio. Las »islas de Oriente no habian de quedar sin la luz de su predicacion, porque »no tenian minas de oro y metales; pues el poder de los reyes debe mirar »á este fin, y como ayudadores y encaminadores de la predicacion apostó»lica, favorecer sus ministros con su tesoro y consejo, para que no afloxa»sen en convertir y traer á la Iglesia los hijos tan desviados, en recom»pensa de los que, más cercanos á su cabeza en el setentrion, la desampa»raban.»

CAPÍTULO IX.

Forma el Rey un archivo en la fortaleza de Simáncas para guardar escrituras.

Considerando la importancia de que son papeles, como quien por medio dellos mencaba el mundo desde su Real asiento, D. Filipe quiso reducir á órden y buena guarda las escrituras antiguas derramadas por Castilla á riesgo de perderse y consumirse, como muchas que hoy se desean para servicio de la Corona y bien de los vasallos. En este año mil y quinientos y sesenta y seis mandó á Diego de Ayala, oficial que habia sido del secretario de Estado Gonzalo Perez desde el año mil y quinientos y cuarenta y siete, viese en la fortaleza de Simáncas los papeles, le avisase de su número y calidad, órden de su conservacion, porque se pusiesen en el más conveniente y mejor custodia, y se restituyese la noticia perdida al presente por su desconcierto, y haber escondido mucho número de importancia al patrimonio Real y súbditos dél, para hallarlos cuando fuese menester. El concierto de gran copia que Ayala halló en los desvanes de la fortaleza confusos, sin distincion de especies y tiempos le encomendó, y el formar su archivo con título de Archivero é instrucciones para el buen asiento de sus papeles y cien mil maravedís de salario, y órden para que con ellos se le librasen treinta y cinco mil que tenía de un asiento de contino de la casa de Castilla. Despues le hizo merced de otros treinta y siete mil y quinientos para un oficial que le ayudase. Juntó muchos papeles de diferentes partes con inteligencia, y en Valladolid descubrió gran número en una cuba, donde los escondieron los comuneros en el año mil y quinientos y deci-

nueve, y son los de mayor importancia para el patronazgo Real y particulares, y dióles título de cuba por donde se entienden los que los manejan y sirven el archivo. Creciendo con el tiempo el número mandó el Rey edificar nuevas salas donde se conservasen con el admirable concierto que tienen hoy, y para la execucion envió con la traza y órden á Juan de Herrera, su arquitecto mayor. En el cubo más fuerte se guardan las conquistas de Granada, Indias, derecho de Nápoles, Navarra, Portugal, vicariato de Sena, monarquía de Sicilia, fundacion de la Santa Inquisicion, testamentos de Reyes, capitulaciones de paces con Francia, con reyes moros, con la casa de Austria, de los casamientos de los Reyes Católicos, las bulas de los maestrazgos, papeles de razon de Estado, desde el rey D. Hernando V, que dió luz y conocimiento della. Todos se conservan en caxas de madera fixadas en la muralla.

En el año mil y quinientos y setenta y tres por honrar su archivo aumentado, dió título de su Secretario á su archivero Diego de Ayala con el sueldo ordinario de cien mil maravedís, con que llegó á tener docientos mil, consumido el asiento de contino, para que las copias fuesen autorizadas, y señaló los derechos que se habian de llevar de busca y saca, con otro estipendio para un oficial, que copiase los papeles para su mayor claridad, mejor letura y conservacion, porque los originales no anduviesen á la mano. Esentóle de las Cancelerías por su Real cédula, y mandó que solamente por las despachadas por su Cámara se buscasen los papeles y diesen á las partes. En el año mil y quinientos y noventa y dos visitó su Archivo, y truxo á él muchos papeles, y entre ellos en un cofrecillo bien guarnecido el proceso que causó cerca del recogimiento del Príncipe D. Cárlos, y la visita que de su mano hizo de su Consejo Real de Castilla. Mejoró con nuevas órdenes la composicion de los papeles; nombró más copiadores dellos; mandó edificar otra sala en que se asentaron los de la Contaduría, escribanía mayor de rentas, libros del sueldo y del salvado; en otra residencias, pleitos, expedientes, encomiendas, repartimientos, con algunos de notables antigüedades y cosas memorables de las Indias; en otra papeles de Comunidades, y en otra los curiosos discursos y cartas de reyes y potentados, y los tocantes á Flandres desde su rebelion.

CAPÍTULO X.

Los moriscos de Granada con inquietud contradicen el decreto de la Junta de Madrid para su reformacion.

La Real cédula proveida por el Rey, con acuerdo de la junta de Madrid para la reformacion de los moriscos del reino de Granada los alteró mucho, hechas juntas confiriendo sobre la suspension del bando que se les negaba en nombre general de la nacion. Francisco Nuñez Muley, noble entre los moriscos, que diversas veces en su favor informó de su razon en esta causa con buen suceso, y ahora más instruido y aconsejado en el hecho y derecho, dixo al Presidente nuevo de la Cancelería de Granada:

«Hizo tal pragmática la reina Doña Juana, y su hijo el emperador Don »Cárlos la suspendió por conveniencia. Porque el hábito de su gente era »de provincia como el de Navarra en las mujeres, en Galicia y Portugal, »no de ley, y las zambras y fiestas de las bodas, pues los turcos y los afri»canos no usaban dellas, y el alheñarse por su limpieza, el enrubiarse y ar»rebolarse de las castellanas, el cerrar las puertas mera voluntad, quitando »muchos inconvenientes, no ceremonias de secta. De los baños calientes »usaban públicamente, como en Valencia; si los prohibieron las leyes por»que enmollecian los guerreros, ellos no lo eran como se via, y fue más »invencion de los médicos, porque daban salud á su provecho contraria, »que porque dañasen ni enmollecicsen, pues Italia tan llena de los baños »retenia su vigor gallardo. Las castellanas tapaban los rostros con el manto »por su honestidad; las moriscas con lo que podian. Y siendo todos natu»rales y sin ofensa en la fe, no debian ser molestados. Con los apellidos ó »sobrenombres antiguos conservaban los linajes su memoria antigua, dife»rencia y estimacion conforme á su calidad y á los cristianos viejos. El »echar los moros cacis era útil de los naturales, procurado otras veces, no »conseguido, por ser ya la mayor parte nacidos allí, casados y con hijos y »con nietos ligados en manera que no se debian expeler con buena con»ciencia. Usaba la nacion servirse de esclavos negros por último remedio. »Pidióse en las Córtes de Toledo que no, y averiguóse habia ménos de cua»trocientos. La lengua natural no se podia quitar sin la comunicacion ra»cional, no sabiendo la castellana. En España las habia diferentes, y no di»ferenciaban en la ley, porque no consistia en hábito ni lengua. Los mo»riscos de la sierra no hablaban como los granadinos la aljamia, aunque »mal pronunciada; porque no habia sino el clérigo y el sacristan en cada

»lugar que la sepan; y así ¿cómo la podian haber aprendido, ni la apren»derian sin comunicar personas? Esta novedad inventaron clérigos para su »destruicion, dando ocasion en lo imposible, tomando achaques para pe»nallos en su provecho, causa de hacerse monfis muchos, causando los »daños que se verian muy presto. Los favorecieron los Presidentes y re»mediaron sus quexas, y esperaban lo mismo de D. Pedro Deza. No habia »gente más baxa que los negros, y no se les prohibian lengua ni bailes. »Acudia á la obligacion de su nacion en representarlo sin malicia, y al ser»vicio de Dios y del Rey como buen vasallo; no debia faltar á los que se »fiaron dél por más de cincuenta años en que solicité negocios tan penosos »y de cuidado. Desengañasen al Rey, porque remediase con tiempo los »daños que mostraria crueles, si no se hacía luego.»

Respondióle D. Pedro Deza: «Favoreceria su nacion en lo que permi»tiese su oficio; pero el Rey queria viviesen ya como cristianos fieles. Él, »como executor solamente de su bando, daria declaracion en lo que dél »se agraviasen, ó lo consultaria con su Majestad. Se aquietasen, porque sus »razones eran las antiguas y no bastantes para revocar la pragmática. Lo »tocante á la lengua estaba cometido á él y al Arzobispo, y se miraria bien; »cuanto al hábito se acomodase el que tenian á la castellana con cualquiera »oficial, que la hechura pagaria él, y á las mujeres pobres daria mantos y »sayas á costa de la Hacienda real.»

El reino de Granada, por la cronografía y geografía, parece antiguo asiento de los pueblos turdetanos, que poblaron los decendientes de Tubal, y aumentaron los fénices en la provincia meridional de España más ilustre, fértil, política, llamada Bética por los romanos. En ella era de las más principales ciudades la gran Ilipula en la Turdetania, y lo fue cercana á ella la Iliberia, fundada y nombrada de Liberia, única deste nombre, biznieta del gran Hércules Oro Livio, rey de España, mujer del rey Espero, hijo del rey Hispan, de cuyo nombre inscribió la region cabeza de la Europa, segun Tolemeo, Plinio, Estrabon, Abrahan Ortelio, como Alexandría de Alexandro, para eternizar su memoria, nombre y hechos con las poblaciones, pues no tuviéramos noticia de Rómulo si no fundára ó nombrára á Roma. Está el reino sobre la costa del Mediterráneo sardo ó á su prolongo en el cuarto clima con aire el más templado de España, tierra montuosa, áspera, fuerte, abundante en frutos, caza, flores, hierbas medicinales y en cuanto puede satisfacer al más curioso y ambicioso apetito, y con poca industria, trabajo, cuidado, cultura. Tiene de largo sesenta leguas desde la antigua ciudad de Ronda hasta Huescar, de ancho venticinco desde Cambil hasta Almuñecar, y en circunferencia ciento y treinta. Contiene treinta y tres ciudades, sesenta y una villas, sin inumerables aldeas de razonable poblacion. Confina por el poniente con el mar de Gibraltar, al levante con el reino de Murcia y Cartagena, al norte con luga-

res de Córdoba, Jaen y adelantamiento de Cazorla, y pasando por Archidona en el Hispalense, llega al mar. La denominacion de Ilipula no se sabe, más de que en lengua púnica suena falda y vertiente de la gran sierra Ilipa ó Ilipula, puesta entre Granada y el Mediterráneo, que pasa la media region del aire, y por estar cubierta de nieve por diez leguas en largo de oriente á poniente, su altísima cumbre, haciendo agradable vista, y poco más de ancho, se llama hoy Sierra Nevada, mas de los antiguos Solaida, Elada, Orospeda y Jolair. Nace el rio Genil de dos fuentes della, tenidas por sagradas por algunos cuerpos santos sepultados allí.

Enmedio deste reino está la felice ciudad de Granada que le da ser y nombre siempre grande, cabeza de provincia en los primeros pobladores y en los cartagineses sus ocupadores, municipio de los romanos, calidad ecelente en el Imperio concedida por Cipion en Tarragona al rey Calcas de la Iliberia por haber ayudado á vencer en batalla á Asdrúbal. Recibió la ley de Jesucristo por San Cecilio, su primero obispo, cerca del año de cincuenta de su nacimiento; y así la honró Dios con la celebracion del Concilio iliberitano. Este nombre Granada fue adjetivo de Iliberis sobrepuesto; pues San Cecilio se tituló obispo de Granada, como se ve en el martirologio romano, y que se haya llamado á un mismo tiempo Iliberis y Granada prueban antiquísimas piedras, memorias, monedas, concilios y otros monumentos de la antigüedad sacados en tiempo de Pompeyo, noventa años ántes de Jesucristo Nuestro Señor; y áun en el de Asdrúbal ciento y noventa ántes de Pompeyo. Dicen se llamó Granada por su abundancia y hermosura, y desta fruta que plantaron los Penos traida de África, su patria, por la fina grana y mucha que ha criado, y su semejanza con la granada llena de espesos granos, dividida en dos collados Albaecin y Alhambra, dos cascos llenos de tantas casas, que en tiempo de Abulgadix moro, que llegó á su estado, tuvo su aumento setenta mil, segun cuentan árabes escritores; y que Tarif, subyugada Córdoba, cuando entró á la conquista de España en el año setecientos y catorce de la Natividad de Cristo, ocupó á Granada por largo cerco y capitulacion de quedar en ella sus moradores con su ley y bienes. Con su alcaide Betiza Abenabuz quedaron en ella muchos árabes convidados de la fertilidad y claro cielo, buen asiento y temple con los de Damasco, diez años despues de la expulsion de los godos, y establecieron monarquía, que se extinguió por algun tiempo y renació despues del reino de Almería, por las guerras que los reyes de Castilla les hacian destruyendo las fronteras.

Habiendo muerto los vasallos á Abenhut Abarrami, decendiente de los reyes de la Arabia en el año mil y docientos y treinta y seis, fue rey de Almería y de Granada Muley Mahomat Aben Sayd Ibni Aben Alahamar Ibni Abdala Ibni Nacer, señor de Arjona en el reinado de D. Hernando el Santo. Quiere decir esta larga nominacion, Mahamet Sayd, hijo del li-

naje de los Bermejos de los siervos de Dios y de los ensalzadores de su ley; porque los moros tomaron de los hebreos poner los ditados y abolorio paterno como los reyes cristianos sus reinos. Alahamar viene de la Hamira, pueblo que ocupó la ciudad de Cufa en el Mar mayor, de la cual pasaron muchos principales á la conquista de África y de España en servicio de los Halifas de Damasco, y á su tribu y parentela llamaron Ibni Aben Alahamar, por ser de la ciudad de Hamira; que aunque quiere decir Bermejos en lengua árabe, no lo eran, sino por Hamira su patria. Este rey primero señor de Arjona fue ayudado de los moros de Jaen y de Cidi el Menfrile, morabito, en el año mil y docientos y treinta y siete, y reinaron sus decendientes docientos y cincuenta años hasta Ibni Abdalá que perdió á Granada por diez años de guerra que le hizo el rey D. Hernando V, y á dos de Enero mil y cuatrocientos y noventa y dos con grande exaltacion de la fe cristiana recibió las llaves de la ciudad en señal de señorío. Puso por alcaide y capitan general y del reino á D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, segundo hijo del Marqués de Santillana, y le dieron título de Marqués de Mondejar, hombre de prudencia, valor y consejo en la guerra y nobleza de sangre, y por arzobispo primero á fray Hernando de Talavera de los religiosos del nombre de San Jerónimo, cuya santidad celebra España. Por hacer que mudasen de religion los moros contra una de sus capitulaciones se rebelaron, y sojuzgados obedecieron con gran derramamiento de sangre, y los baptizaron.

Restauró el Rey á Granada en religion, gobierno, edificios, privilegios, cabildo de iglesia arzobispal y de la ciudad, cancelería, Inquisicion y el Emperador su nieto con la Universidad y Casa de Moneda. Fue cuerpo compuesto de pobladores de diversas partes, pobres y desacomodados en sus tierras, movidos de la ganancia y sobras de los que no quisieron permanecer en sus antiguas moradas. Tambien quedó nobleza escogida por los Reyes cuando establecieron la república, y la hay venida de personas ecelentes en armas y letras, á quien su profesion hizo ricos, y la virtud y ánimo hoy hace más nobles á los decendientes por linaje de los pobladores. Estos, en su principio, unidos en las voluntades y en los fines de su conservacion y mejora, vivian en paz, hasta que entró la ambicion de los sucesores atentos á sus comodidades más que al bien comun, tomando origen de principios honestos los celos, la division de los ministros de guerra y justicia, interpretando cada uno en su favor las órdenes del Rey dadas por su concordia con más disimulada discordia en conformidad sospechosa. No parecerá digresion larga ésta á quien leyere adelante la guerra cruel que hizo tempestad á España nacida de los principios de alteracion de los moriscos.

CAPÍTULO XI.

Pide al Pontífice D. Filipe reformacion de las religiones de España, y trátase sobre la precedencia entre ella y Francia con el nuevo Pontífice.

El Rey Católico deseaba la reformacion de los que por profesion deben ser santos, conservando las congregaciones. Para ello suplicó al Sumo Pontífice Pío, que deseaba lo mismo, enviase general reformador y Breve, y nombróle por su Vicario, conservador y protector. Inquirido cuál de las órdenes mendicantes reformable se habia apartado ménos de su instituto, rigor y observancia con que en su principio todas profesaron, parece que la del glorioso santo Domingo de Guzman por tantos siglos conservó entera la estrecha diciplina que le dió, y suplicó eligiese della los reformadores; y por ser el Pontífice Pío dominicano fraile y haberle dado la precedencia entre los mendicantes, venido el Breve dixo en su Real cédula para este fin:

«Devotos religiosos, con el deseo que tenemos de que los frailes y mon»jas de todas las órdenes que hay en todos los nuestros reinos guarden la »puridad de su regla que profesaron, conforme á su primer instituto, por »lo mucho que esto importa para el servicio de Dios Nuestro Señor, au»mento de la religion y edificacion del pueblo cristiano, nos pareció ad»vertir dello á nuestro muy Santo Padre, Pío, Papa V, suplicándole pro»veyese y ordenase lo que para conseguir este fin le pareciese convenir. Y »como el celo de su beatitud es tan grande y tan santo en todo lo concer»niente al bien de la Iglesia universal, habiéndolo mirado como padre be»nigno y pastor tan vigilante, ha proveido lo que en respeto de cada órden »ha juzgado ser necesario, y en particular en lo que toca á la visita y re»formacion de los monasterios: desa vuestra se haga de la manera que ve»réis por la copia auténtica impresa de cierta cláusula del Breve que sobre »esto mandó despachar Su Santidad, que se os presentará juntamente con »ésta por el prelado desa diócesi, ó por su Vicario y dos religiosos de la ór»den de Santo Domingo que han sido nombrados por su provincial, para »entender en esto conforme á la disposicion del Breve de Su Santidad. Y »pues todo lo que han de hacer es enderezado sola y principalmente á que »vosotros podais servir á Nuestro Señor con más quietud y recogimiento »y perfecion de vida, os encargamos que respondiendo á lo que debeis y »de vuestra humildad esperamos, como religiosos y hijos de obediencia »aceteis, guardeis y cumplais todo lo que por las susodichas personas en vir-

»tud de la autoridad y comision de Su Santidad os fuere ordenado y man»dado, cerca de la visita y reformacion desa casa; que demas de que en »ello haréis lo que sois obligados y lo que conviene al beneficio de vues»tra órden y de vuestras propias personas y conciencias, Su Santidad y yo »tendrémos della mucha satisfacion, y cuenta con favoreceros en todo lo »que os tocáre. En Madrid, etc.»

Dióse principio á la reformacion por la órden de Nuestra Señora del Carmel, y prosiguióse con otras que visitaron graves prelados en gran servicio de Nuestro Señor y perfecion de los eclesiásticos. Estrechóse la clausura de las monjas y beatas, que salian fuera de los encerramientos con libertad, peligro, escándalo; sólo eceptó el beaterio de la vida pobre de Toledo por ser inculpable, aunque ménos encerrado. Tuvo avisos de las cabezas de las religiones, de sus progresos, y remedió mucho sus abusos y relaxaciones. Reduxo la de San Francisco Seráfico á más clausura, no permitiendo vagasen frailes ni monjes ni por su Córte sin licencia escrita de sus mayores y por urgente causa, teniendo comisarios que les pedian cuenta de su venida, y en los bosques con más rigor, para que no negociasen sin saberlo primero sus generales ó provinciales. Miró mucho por su concordia y buena conformidad, para que unidos y conformes sus devotos hijos fuesen sus sacrificios y oraciones aceptos á Dios, y se aumentasen cada dia, como se ha hecho en estos reinos. Para que la discordia no se hallase en sus congregaciones y elecciones, proveia que el Obispo más cercano ó la persona eclesiástica más grave y religiosa que tenía por suficiente, asistiese á sus actos regulares. Aunque hay en las religiones tanto bien y conformidad, convino el haber diputados que lo mirasen, para que volviesen alabando á Dios de ver su trato lleno de caridad, modestia, exemplo, prudencia, reformacion contínua por santas difiniciones y leyes, conclusiones de sagradas letras que allí tienen, y dexase al Rey gozoso el ver cuán para el cielo son los hijos de la Iglesia. Jamas les propuso prelados para sus elecciones, sino informado escribia: «He sabido quereis elegir á »fulano por general, no lo hagais, porque no os conviene.»

En Roma tenía dada órden á su Embaxador que atendiese á los frailes españoles que llegaban á ella á sus pretensiones, y que avisase dellas y de los despachos que sacaban, para saber si pedian cosas que relaxasen sus institutos, ó los perjudicasen, y que si lo eran avisase á sus procuradores generales se les opusiesen. Cuando volvian, en los puertos de España no faltaba quien los metia en prision y entregaba á su mayor, que los ponia donde purgaban su culpa y pagaban su atrevimiento hasta morir, como se hizo con un cartuxo llevado á la casa de Guadix, que procuró en Roma abrir la clausura de su órden santa. Tenía de sus prelados avisos de aquello en que los podia beneficiar y ayudar en lo temporal, de las personas eminentes y pretendientes de generalatos y provincialías, de

los ecelentes en santidad y letras para hacer obispos. Enviaba escuadras á sus exércitos y armadas, para que administrasen los Sacramentos, procurasen por los enfermos y esforzasen á pelear los sanos, y áun ellos pelearon contra infieles cuando les tocó valerosamente. Despachaba buen número con acuerdo y mano de sus prelados á las Indias á predicar el Evangelio, y el fruto que han dado en la institucion de los indios en oriente y poniente fue glorioso.

El Comendador mayor en Roma deseando alcanzar la precedencia ó igualdad que en el Concilio se dió á España por Breve del Pontífice Pío IV en competencia de Francia, ayudado del Marqués de Aguilar, y de la mala satisfacion que Pío V tenía de los franceses cerca de la religion, alegaba no hubo acto ni sentencia judicial, ni declaracion por escrito perjudicante al derecho del Rey Católico, sino un restituir para que se litigase el petitorio y posesorio. No quiso ponerlo en juicio porque comenzó á hacer estrépito esta demanda entre los franceses, y sus cardenales advirtieron á Pío que si innovase le quitarian la obediencia en Francia. Dixo por esto en sustancia al Comendador mayor:

«Yo tengo la Iglesia de Dios á mi cargo, á mí tocan sus bienes y sus »males tambien: los que padece al presente sabeis y vuestro Rey lo sabe, »como á quien le cuesta tanto su amparo. Estímole como á hijo obedien»tísimo y amo tiernamente sus virtudes: es más su piedad y religion que »su ambicion. Mucho quisiera que el estado de la cristiandad me diera lu»gar para darle el primero en mi capilla, pues le merece por tantos títulos. »Francia me tiene en cuidado; amenaza con que si le quito su precedencia »se ha de apartar de la Iglesia Romana (terrible determinacion) y hacer »un Patriarca de la Galicana, y que para esto será asistida de Alemania, »Inglaterra, zuiceros y del turco, contrarios terribles de nuestra santa fe »católica, y lo harán por sus intereses. Estos unidos ¿quién podrá casti»gar su apostasía y cisma? ¿Es bien hacer nuevos enemigos y perder los »amigos? Si el Rey de Inglaterra apostató por irle á la mano en un antojo »de ciego y torpe apetito, y á su imitacion todo un reino, y al de Escocia »su confin inficionó, que será de Francia más poderosa, donde los hugue»notes valen y se extienden tanto, y las herejías favorecidas por los Prínci»pes de Condé y de Bearne y de mucha nobleza y pueblo de Francia? »Y vemos que tienen tan poco respeto algunas naciones, que por cual»quiera interés y diferencia tratan y hablan mal de la Sede Apostólica y »contra los Vicarios de Cristo, por poco que se les hayan opuesto á sus »injustas pretensiones, peticiones, intentos. ¿Qué habemos de hacer? ¿Aven»turarémos tanto? Quiero me atrever á la piedad de mi hijo el rey Filipe, »que por una oveja del rebaño de Cristo dará la sangre de sus venas, ántes »que á la de los Reyes de Francia mozos y mal aconsejados. Dios premiará »á nuestro hijo por otro camino, y yo en cuanto pudiere le ayudaré. Con-

»tentaos por ahora con ese Breve para la conservacion de vuestro derecho, »con declaracion de cómo el tener el Rey Católico embaxador en Roma »y no concurrir en los actos públicos ni en la Capilla no le perjudica, ni »al derecho que tiene en posesorio y petitorio á la precedencia.»

El Rey Filipe, considerando bien el caso, le pareció no tratar desta materia por ahora, y mandó que su Embaxador quedase en Roma, y no concurriese en acto público con el de Francia. Habíase introducido en este Pontificado el dar audiencia en el viérnes á los embaxadores, y desde este dia el de España la pidió en el sábado, diciendo despachaba en el de ántes el ordinario de Génova. Está advertido el maestro de la Cámara del Pontífice en Palacio por evitar encuentros en no dar audiencia á los dos embaxadores en un dia, ó á lo ménos en una hora en que se puedan topar. En este tiempo el de Francia, deseoso de encontrarse con el Comendador mayor en Palacio, sabiendo que estaba con el Pontífice entró, y el de España conservó su lugar sin cederle, dexándole muy corrido. Puédense encontrar en el cumplimiento que se hace con el Sacro Colegio cuando muere el Pontífice, en la salida del cónclavi y guarda dél, al tiempo de adorarle, y cuando se da gracias por alguna vitoria ó buen suceso; si toca al Rey de España se halla su embaxador en el acto y no el de Francia, como fue en el Pontificado de Sixto V en la presa de Nus, que fue la procesion á la iglesia de Santiago, como escribirémos en su tiempo y lugar.

CAPÍTULO XII.

El Pontífice quiere restaurar la juridicion eclesiástica y lleva preso al Arzobispo de Toledo á Roma. Salen ingleses á hacer seminario en Flandres.

Procuraba el religiosísimo Pío V restituir, segun decia, á su juridicion eclesiástica su antigua autoridad y exaltacion, y sobre ello comenzaban diferencias y disidencias con la corona de España. Dolíase de que sus bulas en el reino de Nápoles se presentasen en el Consejo del Rey para su aprobacion y execucion, y se ofendió porque habiendo enviado un obispo visitador de las iglesias, el Duque de Alcalá no le admitia hasta que se le diese el *Exequatur* en el Consejo, ni recibian los que envió para que fuesen castigados los que impidiesen el exercicio libre del Santo Oficio de la Inquisicion, diciendo los ministros reales que por evitar los alborotos que en tiempo de D. Pedro de Toledo, virey, hubo sobre esta permision. El Pontífice instaba en que se obedeciese y no se temiese el nombre de Inquisicion; porque si contradecia Nápoles, conforme á sacros cánones y bulas

de pontífices, declararia cayó de sus privilegios, autoridad de ciudad, arzobispado y metrópoli; pero no quedó Pío temido ni obedecido. No ménos le molestaba la monarquía de Sicilia, pareciéndole terrible estar en juicio de legos los eclesiásticos. El fundamento procuraba saber de su concesion privilegial, permision y tolerancia de los pontífices, ó usurpacion de los señores de los Estados. A todos parecia su razon bien fundada, y cuanto más lo mostraban, tanto se lastimaba Pío.

La autoridad del Ecónomo de Milan y Prepósito de Santa María de la Escala tenía por molesta el cardenal de Santa Praxedis Cárlos Borromeo, oficiosísimo arzobispo y venerable por su noble nacimiento, ser sobrino de Pío IV, su exemplo de santidad, y fiando en esto solicitaba al Pontífice para la reintegracion y aumento de la juridicion eclesiástica en aquel Estado. Satisfecho de que el Rey metió el Santo Oficio de la Inquisicion en las Indias de poniente, le escribió Pío las gracias y diciendo que por ser el Estado de Milan cercano á lugares de herejes, para preservarle convenia en él la Inquisicion. El Rey con singular celo de la honra de Dios lo aprobó, pero detuvo á los de Milan el nombre de rigor adquirido entre otras naciones, y contradixeron al Pontífice con gran pesar, porque decia que sustenta á España, y la remision perdió á Francia. Borromeo para tener fuerza contra los malos, conforme á un su privilegio antiguo, armó sus ministros, que llaman familia. El Senado de Milan, perturbando la introducion con acto en favor de su autoridad, quitó las armas á un alguacil del Arzobispo en su presencia, dióle trato de cuerda, desterróle. El Cardenal ofendido citó á parecer en su tribunal los ministros del Rey. Ellos, no reconociendo superior en tal causa, no obedecieron, y el Cardenal los publicó en su catedral por excomulgados. El Duque de Alburquerque gobernador y el Senado con admiracion del atrevimiento del Cardenal y de la injuria, aunque les pareció era consultado y amparado en Roma de la inmunidad de Pío, enviaron á dar su razon y defensa y mostrarle el escándalo de Milan. Porque el pueblo sospechando era medio de fuerza para entrometerles la Inquisicion al uso de España temida siempre, estaba de mal ánimo, y para tomar las armas por su libertad y de la autoridad del Senado. No movió al Pontífice esto para alzar las censuras, y el Rey Católico le suplicaba con templanza por su Embaxador en el caso, por la reverencia de su celo y virtudes, y porque le queria tener por amigo, para que le concediese la Cruzada antigua en los reinos de España, sin la cual se hallaba desconsolada y como desamparada y el subsidio, y aplicase las rentas del Arzobispado de Toledo para la fábrica del monasterio de San Lorenzo el Real que fundaba con magníficas expensas junto al Escorial; pues él gastaba su Real patrimonio, y le gastó su padre (para cuyo sepulcro se edificaba) en defensa de la Iglesia y religion católica. Tal reverencia le hizo proceder á Pío al principio ásperamente; y así por esta causa como por la

de Nápoles habia quexas y desabrimientos de ambas partes. Los ministros procurando la satisfacion de sus Príncipes, esforzaban sus pretensiones con razones y argumentos, valiéndose los del Rey de su antigua posesion, á su parecer nunca perturbable por autoridad, juicio, fuerza; porque la justicia y poder de su señor eran insuperables. Inquietaron á Lombardía las diferencias entre el Arzobispo y la órden de los Humillados por Breve de Pío para la reformacion de su vida escandalosa contra su primero instituto relaxada en todo.

Fue su principio imperando Enrique III, que llegando á Lombardía algunos inquietos y deseosos de no ser sujetos, los desterró de Alemania. Éstos, vueltos á Dios (como es ordinario en la tribulacion y pobreza), vistieron sacos viles, y sustentados de su trabajo se juntaban á horas señaladas á exhortar á la virtud. Su humildad les dió nombre de Humillados, y apartáronse los hombres de las mujeres, estrecháronse en clausura y obediencia. Con el tiempo vistieron de blanco sotana, bonete y mucceta, á modo de obispos; mudaron en coro y letras la labor servil, y debaxo de la regla de San Benito fue religion aprobada por el Pontífice Inocencio III, y haciendo un general se extendieron por la Toscana y Lombardía conventos dotados de rentas y edificios muy grandes. Las riquezas supérfluas relaxaron la observancia (como suelen) hasta que el verlos sin regla de comunidad movió á Plo á su reformacion. Turbó á los abades el volverlos siervos y sujetos con encerramiento; y aunque dexándose llevar de la necesidad disimularon entónces; los más ricos poco despues con dineros induxeron á Jerónimo Donato, milanés, apóstata de su órden, á matar á Borromeo. Cuando el Cardenal cantaba la Salve, como solia en su capilla, abierta la puerta para todos, disparó un arcabuz con una bala y muchas postas que pasaron el roquete, y la bala sólo tocó en la carne. Siendo soldado en Saboya, avisado el Duque del Pontífice, puso á Donato preso en Milan. Pío en memoria y exemplo del caso acabó la órden de los Humillados con aprobacion del Rey, y dió los edificios á gente más humilde y pía, y las rentas hizo beneficios eclesiásticos á provision del Pontífice, conforme á la Bula de Bonifacio VIII. Tambien habia diferencias entre Luca y Florencia sobre el señorío del monte de Graño, ocupado por armas; tocaba la proteccion al Rey Católico, y con todos acabó que se restituyese á Luca. Era muy afligida la costa de Italia de cosarios, y contra ellos mandó salir con sus galeras á Juan Andrea Doria, y los cosarios se recogieron. No llevó con estas galeras las del Duque de Florencia, del sueldo del Rey Católico, porque no se podian regir con la facilidad conveniente ni se convenian con genoveses, con que no era de sustancia y provecho su servicio; y así acabado el tiempo de su asiento entónces, por consejo de Juan Andrea el Rey las licenció.

Para tener más propicio al Pontífice el duque Cosme en sus pretensio-

nes secretas, envió cinco galeras á correr la playa romana en defensa del patrimonio eclesiástico, y le ofreció de poner para esto solamente en Civitavieja la órden de San Estéban, y que andarian en su nombre las galeras como los caballeros de Malta, excusando el gasto de las suyas, y se le diesen para este fin los condenados al remo del Estado de la Iglesia, que se daban al Rey Católico. Truxo al agradecido Pontífice á su voluntad con servicios y negociaciones, y él deseaba engrandecelle y honralle, porque para servir en la guerra contra los herejes era pronto, y en reverenciar y beneficiar la Sacra Silla. Pidió la corona de Gran Duque, y alegaba se la ofreció Paulo IV por un gran servicio, y Pío IV despues; pero no se atrevieron á cumplir su promesa por no ofender los Príncipes que lo contradecian. Las contiendas sobre la precedencia entre Ferrara y Florencia eran grandes en la Córte del Emperador, y estaba resentido porque el Pontífice envió Breve para que las determinase, porque si no avocaria á sí la causa, y en su cumplimiento instaba Cosme, y procuraba el Emperador dilatarlo hasta hallar medio sin agravio de las partes. Decia era la contienda sobre la dignidad temporal, y le tocaba juzgar en ella. Pío, que por temor jamas dobló de lo lícito para sacar desta contienda á todos, se metió en otra mayor, y la que habria despues de la declaracion. Acordó dar el título de Gran Duque de Toscana á Cosme, y despachó para ello Breve, dexando salvas siempre al Imperio las razones de superioridad que tenía sobre el Duque de Florencia. Trúxole á Roma, hízole recibir solenemente de su Córte, y hospedóle en su palacio. Vino á la capilla de San Pedro para decir misa de pontifical; truxo el cetro Marco Antonio Colona; la corona Paulo Jordan Ursino, yerno del Duque. A la entrada, aunque sin órden del Emperador, se le opuso su Embaxador, protestando no diese título á Cosme contra la prerogativa del Imperio, á quien tocaba darle como á dignidad mayor de las temporales, y más que teniendo Cosme el estado de mano de emperadores, de ninguno otro podia pretender corona. Los demas embaxadores de reyes y potentados no vinieron á la capilla en este dia. Coronóle Pío, y hizo juramento de fidelidad á la Sede Apostólica, recibió el Breve y nombre de Gran Duque. Dentro de pocos dias vino otra protesta del Emperador, y respondió Pío por el cardenal Comendon, su legado, con informacion de su derecho para dar títulos, confirmada con exemplos. Decia tambien que el poder de la cristiandad estaba tan repartido, que cuando se llegase á más que razones, no sería la mejor causa la suya.

Por esto los potentados alemanes, ofendidos, ofrecieron para la venganza vida y hacienda por defensa de la dignidad imperial y por ódio contra la Sede Apostólica. Los de Italia metian cizaña resentidos de que se les adelantase el florentin con la corona, y sin saberlo ellos primero, ni el Sacro Colegio, y el de Ferrara; y decia no perjudicaba esta novedad al derecho

de su precedencia, compitiendo dar las honras temporales al Imperio, no á la Iglesia; y así eran ofendidos el Emperador, los archiduques de Austria, el Rey de España, pues el título de Gran Duque de Toscana perjudicaba al que él tenía en sus tierras y al feudo del Estado de Sena y Portoferraro que están en ella. El Rey Católico no innovó en el título y escritura, aunque el Embaxador de Cosme le dixo su acrecentamiento, hasta saber qué nombre daba al caso el Emperador, con quien habia de andar unido en todas ocasiones. Quexóse por carta del hecho y poco respeto del Pontífice y del Duque, porque dió á entender iba á Roma solamente á visitar á Pío, y pidió la coronacion. El Baron de Dietristan á boca le sinificó los rumores de los Príncipes del Imperio, afirmando tenía juridicion sobre Toscana. Pronunció el Emperador auto de anulacion y protestacion en su córte delante los Príncipes della del acto de la coronacion que hizo el Pontífice del Duque de Florencia, su vasallo, aprobando lo que su Embaxador protestó en el dia en que se celebró en Roma, y envió á notificalle á Pío V y á los Cardenales de su Consejo, mostrando gran resentimiento por haber usurpado los derechos y juridicion del imperio sobre Toscana y Florencia. Y porque habiéndole pedido el Duque á él este título por muchas negociaciones y diferido por justas causas el dársele, entendiéndose con el Pontífice con industria hizo que le enviase Breve para que luégo declarase sobre la precedencia entre Cosme y el Duque de Ferrara cautelosamente, para descuidalle en tanto que de secreto le daba el título con poca autoridad del Imperio, cuyos Príncipes ofendidos podrian causar algun daño á la cristiandad. Aunque esto evitaba, pues en la Dieta de Espira no trató punto en ello, y á instancia del Duque de Ferrara citó al florentin para pronunciar sobre la precedencia, y escribió cerca dello al Pontífice y para que le dexase usar de su autoridad. En una congregacion de Cardenales fueron oidas las quexas del Emperador; y las del Rey Católico dixo su embaxador D. Juan de Zúñiga, por el perjuicio que le resultaba para el feudo de Sena y lugares que tenía en la Toscana. Los florentines tambien daban las suyas, diciendo que si él gustára se compusiera el negocio, pues no le venía perjuicio, y el Duque usaba de medios eficaces para satisfacerle, y que aplacase al Emperador. Cosme se hallaba en gran confusion metido en las diferencias de los supremos príncipes; porque los potentados, sus vecinos, de quien pudiera valerse, estaban escandalizados y ofendidos de la eminencia á todos pretendida del Duque. Los venecianos intercedian por la pública paz, y decian importaba á la cristiandad la union del Pontífice, del Emperador y Rey Católico, y el hallarse medios de concierto en las desavenencias por el bien general. Los florentines, viendo que la córte de Francia se alegró con la nueva honra de su Duque, y los Reyes le enviaron el parabien, y cómo en España desplació, decian era porque nadie tuviese honor sino por su mano, y complacia el Rey á su primo el Emperador por-

que le habia menester; pues si el Rey tratára como Gran Duque á Cosme, todos se aquietáran.

Estaba preso Montiñi en Segovia, y vinieron por órden de su hermana unos flamencos músicos de vihuelas de arco, y dentro traian escalas de seda y limas para cortar las rejas. Con licencia del alcaide le visitaron como á paisano, y cantando con los instrumentos le dixeron cómo se habia de librar; y fingiendo volverian á cantar más veces, pidieron que allí quedasen los instrumentos. Olvidóseles de decir cómo y dónde quedaban caballos en puestos; vino á buscallos á Madrid su secretario de Montiñi secretamente, y buscado en su casa por un criado del alcaide le negaron, y vióle de camino, y díxolo á su amo, y metióle en discurso y sospecha. En el dia siguiente á la comida sirviéndole un panecillo sólo de ordinario, le pusieron dos, y el uno no tan cocido como el otro. Abriólo el alcaide y halló un papel en flamenco y envióle al Rey. Mostró el órden de la fuga, y en las vihuelas hallaron los instrumentos. Á la averiguacion vino un alcalde de córte, ahorcó una guarda, azotó al panadero, y á Montiñi llevó á Simancas, donde le dió garrote, y á Vandomes, de la Cámara del Rey, preso en la Mota de Medina.

Era tal la persecucion de los católicos de Inglaterra, fomentada por Roberto, baron de Cecil, que salieron muchos á vivir seguros á Flandres en la fe de la Iglesia romana y obediencia á su cabeza, y no sólo religiosos sacerdotes y prudentes, sino muchachos como inspirados por Dios. Formaron en Duay un colegio dellos, con ayudas y amparo del rey Filipe, gobernados por Guillelmo Alano, docto catedrático de Teología, en santidad y letras divinas maestro de sus devotos ingleses. Sacó dicípulos que en Inglaterra hicieron maravilloso fruto en reparar los caidos en la herejía, confirmar los dudosos, conservar los buenos católicos, entraban y salian en el reino secretamente, aunque los ministros tenian gran número de guardas para conocerlos y aprisionarles. Algunos martirizaron, dando principio Enrique Valpolo y Eboracio Yorque bienaventurados. Grande instancia hicieron los ingleses herejes con el Rey para que este seminario se deshiciese, pareciendo que aunque tocaba á la oposicion que hacen á sus sectas, se fortificaban de ánimo y mala voluntad contra su Reina y contra ellos, temiendo más su entrada en la isla por el peligro de la determinacion que llevaban de morir por Jesucristo y matar (como ellos pensaban) si pudiesen á la Reina, que la predicacion; porque con su consejo y poder conservaban la herejía. Mas el Rey Católico los ayudaba y favorecia sin atencion á humanos respetos, y á los seglares buenos católicos recogia desterrados por buscar á Dios, que venian á valerse de su liberalidad, que se ocupaba en recoger y consolar las ovejas del rebaño de Cristo, arrojadas de su tierra madre, dándoles entretenimiento en diferentes vireynatos de sus Estados y en los exércitos de Flandres aventajadamente. Al amparo de su fe y caridad ve-

nian los obispos de Armenia, Irlanda, Inglaterra, Grecia y de todo el mundo; él los recogia, acariciaba, remediaba, honraba.

Hízose en este año tambien el descubrimiento de las islas, que sin fundamento llamaron de Salomon. El licenciado Lope García de Castro, presidente de la Andiencia de Lima, en el Perú, y gobernador, envidiando el descubrimiento que hizo de las Filipinas el virey de Nueva España, Don Luis de Velasco, para descubrir la Nueva Guinea, vista por Álvaro de Saavedra yendo á las Molucas, envió capitana y almiranta desde el Callao, proveidas de mil y quinientos soldados con vitualla para un año, de pilotos y religiosos, con Álvaro de Mendaño, su sobrino, y el capitan Sarmiento, Pedro de Ortega de Valencia, D. Hernando Enriquez, alférez general, Hernan Gallo, piloto mayor, con instruciones para navegar, descubrir y poblar. Tomaron la derrota la vía del oeste ó poniente, y en siete grados escasos de altura descubrieron tierra, y acostando á ella vieron al sur ser isla. Más adelante navegando, llegaron á otra distante de Lima mil y setecientas leguas, y los indios se les mostraron en canoas, y granjeados con rescates entraron en la capitana y convidaron á ir á tierra á los españoles. Surgieron en el puerto de la Estrella, entraron en la tierra, dixeron misa y labraron un bergantin para descubrirla por el mar. Pareció Viley Tau, riqueno ó señor de la provincia Saniba, entró en la nao, y con lo que le dió Mendaño volvió contento y dixo le habia de defender contra los que se habian conjurado contra él. Entró en su aldea recebido tibiamente Sarmiento con venticinco hombres y tomaron las armas, y pasó por un rio lleno de poblaciones; y porque cargaron los indios de guerra, con la arcabucería los hostigaron, matando muchos, y los esparcieron. Descubrió la costa Pedro de Ortega; halló resistencia al principio, mas como no tomaban más que mantenimientos, juraron amistad y obediencia al Rey de España. Abundaba la tierra de canela, jengibre, sándalos. Descubrieron muchas islas, y á todas las pusieron nombres, buscando la tierra firme, y en algunas les dieron con buen acogimiento mantenimiento con que para tres meses bastecieron sus naos. Aderezáronlas, y porque faltaba la mitad de la gente muerta de enfermedades y eran pocos para poblar, volvieron á Lima, y con tormentas deshechos y fatigados en seis meses de navegacion, no estando proveidos más que para tres, las naos desarboladas por más de novecientas leguas, aunque se repararon en el puerto de Santiago de Nueva España, y al fin entraron en Paita con bien poco felice viaje.

Para la averiguacion de las causas de la prision en que estaba siete años habia por la Inquisicion fray Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, por haber recusado el tribunal santo, habia enviado á España al cardenal Jacobo Boncompaño, y no era enteramente tratado con caricia ni autoridad; venido tambien á hacer las informaciones para determinar en la legitimidad del Conde de Puñonrostro, que se trataba en Roma como causa

eclesiástica, á peticion de sus primos que alcanzaron declaracion en favor y posesion en España del Estado. Pío V, por ser fraile de su órden madre que reverenciaba y amaba dignamente, le reforzó con la ayuda del Obispo de Ascoli, y comision ampla por Breve para avocar á sí la causa, y llevar al Arzobispo con lo procesado á Roma, y quexarse sobre la discordia de los ministros de Milan y de Nápoles por los encuentros de juridicion, y pedir al Rey se tomase medio cómo la de todos fuese la que debia, dando á Dios y á César lo que les tocaba; pues desta manera ensalzaria los reyes obedientes y píos. El Rey permitió el llevar el Arzobispo á Roma, porque se mirase la razon que sus frailes tuvieron para acusarle y entregarle á la justicia. A las quexas sobre la juridicion respondió: «Deseaba toda concordia con la Iglesia sin perjuicio de su autoridad heredada de Príncipes religiosísimos y grandes defensores de la Iglesia. Le admiraba el escándalo de Su Beatitud y la ofensa de sus Estados cerca de la juridicion, no habiendo la espiritual tenido jamas la que en su reinado, no escandalizándole ver que en Francia cuando más veneraron la Iglesia Romana, no tuvo juridicion considerable, poder ni utilidad, como en sus Estados crecida la mitad por su permision y reverencia, desde el rey D. Fernando su abuelo, dando riqueza á su Cámara y Córte, buena acogida y satisfacion á sus Nuncios y ministros. No le ofendiese el uso de los privilegios concedidos á sus progenitores por grandes servicios y beneficios hechos á los Sumos Pontífices con amor y veneracion.» Presentó el Obispo al Rey el motu propio que habia publicado cerca de los censos y de los que ganan dinero con dinero, para que les pusiese freno, y castigase las usuras, por la satisfacion propia y general, librándose así de la avaricia de los mercaderes, que aprovechándose de la necesidad que de proveer sus exércitos tuvo y tenía para la guerra, con rigurosos y peligrosos contratos destruian el patrimonio Real. Los romanos hicieron dos decretos contra los tratantes con dinero, que tuvieron fuerza de ley, como escriben Livio y Plutarco en Camilo en el año trecientos y setenta y siete de la fundacion de Roma así: «Ley hicieron cerca de las ganancias para retener el haber ajeno; porque baxado del principal lo que habian ganado con usuras, lo restante, partes iguales, en tres años pagasen los deudores.» Y en el año de cuatrocientos y tres hicieron otra ley para el mismo efeto como refiere Vinando Pighyo en los anales romanos. Publio Poblicola y Cayo Mario, cónsules, eligieron del Senado cinco Contadores, dice para que templasen la manera de ganar dineros con dineros, y aliviasen á los pobres la carga de las usuras que los consumia, reduciendo la ganancia á la mitad del interes, y hizo el pueblo crueles castigos en los usureros acusados por los ediles. En imitacion destos dos decretos publicó el Rey Católico otros dos conforme á ley divina y humana en diferentes tiempos, sin faltar al crédito y realidad de sus asientos, forzando la necesidad urgente, hechos con su gran daño.

CAPÍTULO XIII.

Despacha el Rey al Duque de Alba y al exército para Flandres, y lo que en tanto pasaba en los Países.

Año 1567, y el onceno del reinado de Don Filipe.

El Rey con gran cuidado disponia la jornada del Duque de Alba á la pacificacion de los Países Baxos. Mandó se le despachase patente de su universal Gobernador con autoridad de Lugarteniente y Capitan general de la milicia en tierra y mar, con facultad de entrar en todas las plazas y castillos fuertes, quitar y poner Alcaides, Gobernadores y Capitanes á su voluntad, criar Asistentes, Presidentes y Generales de todas las provincias, conocer de todas las causas tocantes y dependientes del levantamiento y rebelion con ampla comision y poder para prender, castigar, confiscar los bienes, darlos á los leales, como del fisco y patrimonio Real, y perdonar, segun conviniese, con el parecer del Licenciado Juan de Vargas, del Consejo de Italia, que enviaba con el Duque al castigo de los culpados, y en todas las cosas de los Países proveyese. A seis de Enero mil y quinientos y sesenta y siete desde el Escorial, donde celebró la fiesta del Nacimiento y Adoracion de los Reyes á Jesucristo N. S., escribió al Duque de Alburquerque partiria brevemente el de Alba con las galeras que estaban en Cartagena, y así tuviese en órden á la caballería y la infantería que habia de marchar á Flandres; porque en tanto que él se aprestaba para pasar á los Estados con la armada que en la Coruña juntaba, tuviese el exército unido el Duque, pronto y en buena diciplina. Escribió á los Vireyes de Italia diesen al Duque, demas de la infantería española de sus provincias, los capitanes, oficiales, castellanos y capitanes á guerra que les pidiese.

A doce de Hebrero desde Madrid escribió al Duque de Florencia enviase á Génova á Chapino Viteli, marqués de Cetona, para ir á servirle en Flandres, y al mismo lo escribió. Al Duque de Alburquerque duplicó las órdenes y cartas para los zuiceros porque partiese con ellas luégo, si no habia partido, el conde Juan de la Anguisola. Dió priesa al embarcar dos tercios de infantería española nuevamente levada, el uno que su maestre de campo D. Pedro de Padilla habia de meter en Nápoles en lugar del que salia para Flandres; el otro en Lombardía habia de estar á eleccion del Duque de Alba, y el llevalle ó no armado y vestido en Milan con el dinero que en abundancia por letras de mercaderes proveyó el Rey en Italia y Flandres, que le habia entregado para el gasto de la jornada.

Las villas rebeldes perseveraban, y la Gobernadora para reducir á Valencianes envió al Conde de Egmont y al Duque de Ariscoth; pero volvieron á Bruseles mal contentos del poco efeto que sus ruegos y amenazas hicieron con los sectarios. Mandó á Mos de Noirquerme que dexando con buena seguridad á Tornay cargase sobre Valencianes, ántes que más se aconsejase y armase. Con ocho banderas de valones de los regimientos de Mos de Hierge y del Conde de Manzfelt, mil y quinientos hombres de armas de las bandas de los Estados, ventidos piezas de artillería que llevó el señor de la Cressoniere, gobernador y castellano de Gravelinghe, y á veinte de Marzo las plantó y batió con cuidado dos dias y medio. En tanto habiendo esto por agravio general los de la nueva religion reformada, por mano y consejo de Mos de Brederoda, escribieron á la Gobernadora: «Erraba mucho en perseguir los greuxes con las armas y en no dexarse hablar de Brederoda para saber su intencion y el estado de las cosas, y acordar lo que en el mes de Agosto mil y quinientos y sesenta y seis sucedió contra la pública quietud, y la que todo habia tenido por su buen gobierno. Y aunque en todas partes no fueron iguales los efetos por la diversidad de las provincias, como les habian certificado, se procederia con ella sin el rigor de las armas con que los oprimian, y se tendria más confianza de la lealtad de los caballeros confederados. Se quexaban á la Gobernadora, para que lo remediase evitando grandes daños, que de no lo hacer se seguirian, conforme á lo que les escribian pidiendo remedio los de las iglesias reformadas y cumplimiento de sus promesas por los edictos públicos, contra los cuales se les prohibian las predicas y uso de su nueva religion; los mataban con las armas y forzaban á dexar la tierra, cesando el comercio y provecho universal y particular de las provincias y señores de las tierras, en gran deservicio de Dios y del Rey.» La Gobernadora respondió á Brederoda: «Era causador de las revueltas y favorecedor de los greuxes viles y extranjeros en la mayor parte; y no sabía quién eran los que llamaba confederados. Los edictos que publicó no daban libertad de conciencia, sino término á la paz, en que procuraba conservar los Estados, usando de los medios presentes para aseguralla, manteniéndolos en la obediencia del Pontífice y del Rey su hermano.»

De la parte de Tornay venian en socorro de Valencianes once compañías de peones, y Noirquerme los rompió. Los ciudadanos querian rendirse á partido, y al fin fue á merced, y Noirquerme entró con su gente, mató las cabezas y predicantes de las herejías, guarneció y restituyó en su antiguo gobierno y quietud la villa grande y fuerte del condado de Henaut con castellanía y juridicion. Fue primero castillo edificado por los senones, pueblos de la Galia, pasando por allí con Breno, su capitan, y llamado el Puente del Escault que allí fabricaron. Mudó el nombre con el tiempo, siendo villa en el de Valencianes, que sinifica valle de cisnes, que dice la

historia de los belgas le dió la princesa Germina, hija bastarda de Lucio, padre de Julio César, habida en una dama de Arcadia, provincia de la Morea. Sacóla de allí enamorado della Cárlos Hinach, hijo de Gotofredo, rey de los tungros, y llegando los dos al puente del Escault, mató con una flecha en el rio un cisne, que cayó junto á Germina, que en lengua tentónica es Svane, y deste nombre llamó al puente y á sí y al castillo. Fue destruida por los bretones, y reparada y aumentada por su capitan Carodoco, y despues maltratada en las guerras de los condes de Henaut y Flandres. Ocupóla Balduino Barbato, su conde, en la guerra con Enrique II emperador, favoreciendo á Roberto rey de Francia sobre la competencia del Ducado de Lotaringia. Fué sobre Mastrich Noirquerme, y le rindió, y caminó á juntarse con el Conde de Meghen para romper á Brederoda y cuatro mil greuxes con que se fortificaba en Vienen para ganar á Amsterdan y su puerto de gran concurso. Acometióle en Vienen, y le hizo embarcar junto á Amsterdan y pasar á Veterlant y le siguió hasta Medemblick, donde con muerte de quinientos y pérdida de barcas, huyendo los rebeldes á Alemania, y con los soldados, con que el Conde de Aremberg pacificaba la Frisia, lo hubieron peor.

Ambers, cansada del reposo de que gozó pocos dias, queriendo señorearse expeliendo los católicos, procuró meter dentro tres mil greuxes, que para esta entrada en Astruel, lugar pequeño, se recogieron. Bastárale para lo que deseaba su union deshecha, por la diversidad de opiniones causadas de la que habia de mercantes, que seguian la de sus patrias, que allí de toda Europa concurren en tan grande número que por las anchas calles y plazas espaciosas no caben en tiempo de paz. Supo Margarita se armaba esta ciudad, y escribió con el Conde de Hoostrate al Príncipe de Orange su Gobernador lo remediase. Envió, fiando poco del Príncipe, á Mos de Beavoir y á Valentin de Pardiu, señor de la Mota, coroneles de walones con gran secreto á romper los greuxes en Astruel aldea para fortificarse aparejada en la ribera del Escault, cercada por otra parte de lagunas y pantanos. Guiados bien, acometieron al alba á los herejes y los mataron, sin escapar ni áun Mos de Tolouse, capitan dellos. Entendido en Ambers, tomaron tantos las armas para ir á defender los muertos que el Magistrado cerró las puertas, diciendo iban perdidos sin cabeza ni oficiales para su gobierno. Juntos en la Merebrughe, fuera de juicio gritaban: «¡Traidores Magistrado y Príncipe de Orange!» Plantaron cañones en la boca de las calles furiosos todos y bien armados. El Príncipe procuró reprimir su furor, y temió la desperacion con que un hereje le puso un arcabucete en el pecho para matalle, por culpado en la muerte de sus parientes y amigos. Echó por esto bando que los martinistas se juntasen en la plaza de la Lobre, cerca de la casa de la moneda, para defenderse de los calvinistas, que los querian matar. Los naturales y mercaderes con el peligro de la ruina

de sus casas, con las armas concurrieron en la Lobre. Llegaron cuatrocientos caballos de católicos y martinistas, de la confesion augustana y esterlines, y tal número de peones que podian dar leyes á los calvinistas. El de Orange, temiendo la batalla, por internuncios componia sagaz las diferencias. Juraron de morir fieles, defender la libertad civil, pasar por el acuerdo del mes de Setiembre del año pasado, mil y quinientos y sesenta y seis, en lo de la religion hasta que el Rey en ello determinase; el Príncipe de Orange tuviese las llaves de la ciudad, metiese guarnicion para la pública seguridad. Dexaron las armas, y el de Orange solapó su engaño. No se persuadió ántes eran superiores en número los católicos y martinistas á los calvinistas, ni que las ciudades alteradas tan fácilmente se rindieran. No habian militado como despues que el exemplo de los españoles mejoró su milicia tanto que dilatar como sin fin la guerra. Perdió por entónces la esperanza de buen suceso, aunque no de ocupar á Ulisinghen y Mildelburg, donde tenía su inteligencia; porque la nueva de la venida del Rey y el Duque de Alba arreciaba, y el temor era comun.

Sabiendo que el perdon general que habian pedido los Estados se daria cuando el Rey llegase á ellos, continuó sus pláticas en las provincias madres de sus errores, declaradas, aunque en secreto, en favor de los flamencos, y escribió á Brederoda solicitase los príncipes alemanes, para que los favoreciesen en su defensa. Envió al Conde Ludovico, su hermano, á tratar en Francia con el almirante Coliñi hugnenote, les diese ayuda, y persuadiese á los Reyes que si querian vivir en paz, echasen la guerra en Flandres favoreciendo los conjurados. Pasó á Gascuña, diciendo iba á los baños de Pao á curarse de una enfermedad, á pedir á la princesa de Bearne, sectaria, favoreciese con gente y dineros á los de su religion en los Países, porque apretado el rey Filipe, viniendo á conciertos restituyese á Navarra, ó le diese equivalente recompensa. Avisáronle al Rey caballeros franceses católicos, y ofrecieron de matalle con otros herejes que venian en su compañía, y no se sirvió de que se hiciese, sino se ofendió de que se le tratase, bien que gustára de saberlo despues de hecho. El Príncipe de Orange quedó en Ambers, y con industria ganaba las voluntades para apoderarse de la ciudad rica, grande, fuerte, en sitio bueno para tener á Holanda tomada Ulisinghen como procuraba, y por ser tercero brazo de Brabante, metrópoli del marquesado del sacro imperio instituido de Ambers, Lobaina, Bruseles y Nivela, en tiempo del emperador Oton II, aunque ántes fue por el emperador Justiniano, que le dió á Amberto I marqués, que casó con Blitilde, hija del rey Clotario ó Lotario, de quien decendió San Cárlos Magno por legítima línea, y fue el marqués octavo. Fueron sus principios pequeños, siendo un castillo á la ribera del Escault de piedra de color de plomo, con puertas y cerraduras de no usada grandeza, de que se ven aún señales en la crana ó muelle y plaza entre el muro y el rio, donde

descargan los navíos con los ingenios llamados cranas. Hubo allí el gigante Drion, de once codos de alto, espantosa estatura, como muestran las canillas de las piernas, muslo, brazo y un diente que conserva la casa de la villa. Hacía pagar á todos el pasaje, y si no les cortaba las manos y las echaba en el rio Escault, navegable por quince leguas que hay hasta el mar. Desto comenzaron á llamar el lugar Hanwerp, que quiere decir arrojamiento de manos, y corrupto en latin Antuerpia, Andoverpia y Antorpia, y Ambers en su vulgar, y en aleman Antorp. En su memoria tiene la villa por armas un castillo y encima dos manos cortadas. No pudiendo sufrir la tiranía del gigante el fortísimo Salvio Brabon, que dió nombre á Brabante, le mató. Creció, pasándose allí el trato de Brujas y Vergas Opzoen. Su muralla es nueva y fuerte, con buenos caballeros y baluartes, con mucha artillería bien en órden, y espantable foso, lleno de agua del rio, y descubre una campaña llana, fresca, de gran recreacion, con tanta poblacion y arboledas que admira y deleita, y el ver cargar y descargar tantas mercaderías y navíos de toda Europa, y cada especie está en su calle.

Mucho disgustó al príncipe D. Cárlos esta eleccion del Duque de Alba, porque se le quitaba con ella totalmente la esperanza de ir á los Estados de Flandres, con beneplácito de su padre, ó sin él. Y así, besándole el Duque la mano ántes de la partida, le dixo furioso que no habia de ir, pues á él tocaba el viaje, y no le hiciese, y si contradecia le habia de matar. El Duque le suplicó mirase por su quietud y vida importante para la monarquía que le esperaba como á sucesor de su padre en su muerte, y así no se habia de poner en riesgo su persona. Él iba delante á disponer los Estados, para que estuviesen en el sosiego conveniente cuando llegase el Rey, y entónces iria Su Alteza, si al gobierno de España no hiciese falta, y que lo acordaria y suplicaria á su padre, y esforzaria la peticion que en esto habia hecho y hiciese adelante el Emperador su tio, y procuraria en cuanto le tocaba satisfacer y servir á Su Alteza. El Príncipe, desnudando un puñal, le acometió diciendo: «No habeis de ir á Flandres, ó os tengo de matar.» El Duque le cogió ambos brazos, y con representacion de gran autoridad le retuvo, y forcejaron en la ofensa y defensa, hasta que el Príncipe desalentado se desafió, y volvió luégo con mayor furia contra el Duque para herirle, y él excusándose con valor le retuvo otra vez, hasta que entró un gentilhombre de su cámara, y el Príncipe se apartó. El Duque dió cuenta á su padre del suceso, y ambos se lastimaron por él y por otros de la incapacidad de D. Cárlos, y confirieron sobre el remedio de tan gran desdicha para el Rey y para esta Corona; y de dia en dia esperando reparo con el tiempo, salian vanas las esperanzas, y el cuidado del Rey creció hasta lo que adelante se escribirá, que para salir en parte dél Su Majestad hizo con violencia justificada y forzosa. La Reina y la Princesa, por lo que le amaban como tia y madre y haber tenido primero nom-

bre de marido, procuraban reconciliarle con el Rey, mas la obstinacion de padre y hijo impidió la concordia, y encaminó y apresuró la resolucion de recoger y remediar á D. Cárlos.

CAPÍTULO XIV.

Selin envia armada á Italia; el Rey Católico la suya, y embaxada á los zuiceros.

En el sitio de Ceguet, en Hungría, quedó muerto y vitorioso Soliman, sultan de los turcos. Su muerte cubrió el secreto del baxá Mahamet, y su aviso truxo de Amasia á Selin, sucesor y su cuñado, onceno de su casa otomana, y segundo en el nombre. Hizo paz con el Emperador, concertóse con el Sofí por la parte de Armenia, por la de Soria con los xeques alárabes que le molestaban, con los genízaros, infantería, nervio de su milicia, que suelen alterarse con la entrada de nuevo señor. Dilató el conceder la amistad y comercio á los venecianos, quexándose de la poca sumision y reverencia con que le trataron cuando privadamente vivia en la Caramania. Antes de heredar habia por esto jurado encendida su bárbara é implacable condicion en ódio y en vino (á que era dado contra el uso de su nacion y ley) que en llegando al Imperio su empresa primera sería contra la isla de Cipro, como la de Soliman fue la de Rodas, que por su misma persona hizo. (Usan tomando el cetro hacer jornada en aumento del Estado, diciendo: «No conserva quien no aumenta».) Evitaria con esto que los peregrinos, para ver el cuerpo de Mahamet, fuesen de cosarios cristianos presos en menosprecio de su imperio y religion. En vida de su padre con este intento fortificaba la costa de Caramania, de breve paso para Cipro. Concedió la paz cargado de ruegos y presentes á los venecianos por entónces, pero no quitó el deseo de conquistar la isla, abundante de vinos buenos para satisfacer su apetito. Por esto sus armadas contra la capitulacion jurada entraban en el golfo del Adriático, sobre que la república se apropia el dominio. Ofendida sufria y los malos tratamientos de sus vasallos, y temiendo rompimiento se armaba.

Tambien D. Filipe, para la defensa de sus Estados y de los vecinos amigos traia inteligencias en Argel con renegados, y en Constantinopla por medio de Juan María Renzo, correspondiente del Duque de Alcalá, procurando reducirlos especialmente los ministros de las armadas. Éstos trataban de entregarlas y quemar el arsenal por medio de Dormuz Arraez, genovés, cómitre general, por otro nombre Maramet, cristiano de

Santa Margarita, y le habia prometido Renzo cinco mil ducados de renta y cincuenta mil de contado. Habian muchos capitanes prometido entregar sus galeras y cortar las cuerdas de las entenas á las demas, barrenar los vasos por la cámara del medio en viendo la armada del Rey, con promesa de quinientos ducados de renta y mil de ayuda de costa, y otros tantos de renta á Moratagá cunuco, coronel de seis mil caballos, y á Mustafá genovés, capitan de la galera, guardia principal del arsenal, estipendiarios del Rey, lo mismo, y á otros renegados á veinte escudos al mes y ciento de ayuda de costa, y Breve de su Santidad para la reduccion. Escribióse en respuesta á Ferraro Bey y á Moratagá y Adan de Franchi, á quienes se daban á cada cuatrocientos escudos al mes por correspondientes, y á Marito de Acuac y Baptista Ferraro y Aurelio Santacruz. Fué y vino Renzo á Constantinopla al efeto del trato, y á traer aviso de lo que la armada habia de hacer por medio de uno de los del Consejo, y volvia á la conclusion, habiéndole hecho merced el Rey y dado cartas para sus Vireyes de Italia y Sicilia, avisando del negocio á que iba, para que le favoreciesen y encaminasen, y en Arragusa para Lorenzo Miminuto, inteligentes con ellos. Llegó á Constantinopla, y en la negociacion á muy mal tiempo por cercano á la execucion del trato falleció. Los de la Cimarra pidieron al Rey los amparase, porque el turco los amenazaba, pueblos no léxos de la Tracia, junto á los montes Acrocerauños en la Albania, famosos por sus robos y los muchos rayos con que los bate el cielo por mala generacion. No pagaban el tributo al turco, y Piali para su castigo echó gente en su aspereza, y desbarataron y mataron cuatrocientos, y otros tantos en un fuerte que desmantelaron. Conmovieron la tierra para alcanzar su libertad, amenazando los despreciadores con el hierro, y echaron de Despoto á los turcos y de otros lugares, y quitaron del todo su riguroso yugo. Para conservarse pedian ayuda, mas ocupado el Rey en las cosas de Flandres y juntar su armada, no pudo por entónces tomar su proteccion. Trató de enviar á Persia embaxador al rey Tanmas, pidiendo hiciese la guerra á Selin en tanto, divirtiéndole que él la proseguia por el Mediterráneo. Para encaminar esta embaxada pidió parecer al rey D. Juan de Portugal, y el estilo de que usaba en escribirle en la cortesía y sobreescrito; qué personas tenía de más autoridad y confianza, en qué grados y gracia estaban, de qué cosas se llevaria presente más agradables. Escribióle sobre el casamiento de D. Sebastian, su nieto, con doña Isabel, hija segunda del Emperador su primo, porque pidió al Rey lo tratase, visto que Ana su hermana estaba prometida al príncipe D. Cárlos, y los franceses pedian á Isabel para su rey Cárlos IX. Sus casamientos mostraron presto la mudanza de las cosas de los Príncipes, y cómo Dios las encamina por secretos juicios fuera de su esperanza y siempre para su bien.

El conde Juan de la Anguisola hizo su embaxada con los cantones de

zuiceros de parte del Rey con tanta prudencia y agrado que ofrecieron seguridad y toda comodidad en sus tierras al exército de España, y dieron los católicos oidos al trato de la confederacion, y dixeron servirian con el número de infantería que hubiese menester el Rey Católico. Estaba bien á su milicia mercenaria y el haber accidentes que los llevasen á ganar hacienda, y para mejorar sus condiciones con la corona de Francia y con otros potentados. Avisado el Rey desto, lo fue tambien por la vía de Italia de que se armaban los cantones. El rumor no fue vano, porque los de Genebra, temerosos de las fuerzas que en Italia se juntaban, y que el Pontífice los habia amenazado con que su primera empresa habia de ser contra ellos, en que gastaria la plata de las iglesias, pidieron ayuda al canton de Berna, su confederado y sectario, donde se juntó mucha infantería, y hicieron provisiones para su defensa. Tambien la voz pasaba en Francia entre los huguenotes de que los cantones habian de romper el exército español en sus tierras, y se armaban para ayudallos; porque lo escribió su embaxador para tenerlos en esperanza, y exhortaron á los zuiceros á executar en favor suyo y de los flamencos. Con este intento pidieron á su Rey negase el paso por Frexus, y molestase por Borgoña al Católico, cuyas fuerzas podria meter en Francia el Duque de Alba.

Es la region de los zuiceros en Alemania, casi en el lomo del mundo, la más alta y montuosa de Europa. Confina por levante con los Grisones y Constancia y tierras de la casa de Austria y del reino de Suecia; de poniente con la Valesia y Borgoña, condado por donde habia de pasar el exército de España; al mediodía con el ducado de Milan, junto á Como; al norte con parte de Alsacia; porque pongo á Basilea en tierra de zuiceros por ser uno de los trece cantones, aunque está en la Alsacia. Con esta gente son coligados las tres ligas de Grisones dichos Alta Silesia, y antiguamente Rethios y Caminos; el Ródano es confin, y por levante el condado de Tirol; de poniente con los zuiceros; al mediodía con el Estado de Milan y el Bergamasco; al setentrion con la casa de Austria, y tiene mucha juridicion entre ellos; y júntanse los valesanos, dichos sedanos, antiguamente moradores debaxo del Ródano. Todo este país de confederados consta de altísimos montes, copiosos lagos, por donde ha de pasar el que le quisiere conquistar por la esterilidad y aspereza, inútil para la caballería. Tienen su principio aquí los rios Ada, Ródano, Tesin, Eno, Addige y Reno ó Rhin, en cuyas riberas celebradas de los escritores romanos por fatal desgracia de España, largo tiempo de aquí adelante esta historia militará en los países de la Alta y Baxa Alemania, por donde se llega al mar con tres brazos. Sus fuentes están al oriente, donde el monte Adula, dicho Voghel, se junta con los Alpes del de San Gothardo, y habitan los pueblos Dugranpunter, Leponcios en latin, ocho leguas una de otra por interposicion de montes y altos collados, y de las dos

se dice Rhin. Al más occidental y setentrional, no léxos del Tesin, llaman anterior, y corre al occidente por el valle de los Ernacios, dicho Tenestch, donde son los Grisones: la otra, más oriental y meridional, nace del monte Adula, y corre al oriente hasta la aldea Espeluca, y cerca de la fortaleza Rethia se junta con el otro brazo que nace de la fuente anterior, y luégo es Rhin. Son pueblos feroces, vencedores antiguamente de grandes exércitos, que dexando sus tierras por inundacion del Océano con nombre de cimbros, pasaron á poblar las Gaulas, Alemania y Galia Bélgica, y quedaron parte en la Helvecia y Ródano, donde son los Sinthos y Uramos. Otros tienen que reinando Sigiberto en Suevia, los setentrionales, crecidos en número insustentable á su madre tierra, salieron á poblar, y los zuiceros les dieron á algunos lo interior de su region, y los anglos poblaron á Inglaterra, los saxones inquietos á Flandres, los vitos la Helvecia, hoy meceros ó sinthos.

CAPÍTULO XV.

Parte el Duque de Alba para Flandres y llega al Estado de Milan.

Aunque el Rey trabajó mucho en aviar al Duque de Alba á Flandres, sus ministros de Estado y Hacienda detuvieron la partida hasta quince de Abril, y la enfermedad de tercianas y su convalecencia del Rey. En tanto llegó el buen tiempo para navegar y atravesar los Alpes de Saboya. En Aranjuez despidió al Duque favorecido con lo mucho que dél esperaba, y la comunicacion de los negocios de la jornada de gran satisfacion á su deseo. Mandóle cortar las cabezas de la conjuracion, porque no habia esperar de los herejes reducion cierta, pues siempre serian enemigos; edificase tres grandes castillos en Ulisinghen, Groeninghen y Ambers; no lo refiriese á su hermana (á quien escribia por mayor) llevaba órden de executar algunas cosas; y cuando en el caso se azorase, le dixese de su parte no se lo cometió por no irritar contra ella los que gobernaba. A diez de Mayo salió la armada de Cartagena; y habiendo Juan Andrea Doria enviado tres galeras á embarcar en Tarragona dos compañías de infantes catalanes que el Rey hizo levar en el Condado, se alargó y con prosperidad en el viaje, y no en la salud, desembarcó para recuperarla en Niza y en Génova la infantería, y caminó á Lombardía. A ventisiete de Mayo entró en Génova tan gotoso que por inhábil para caminar descansó algunos dias. En Alexandría de la Palla le visitó el Duque de Alburquerque, y refirió el nú-

mero de la gente y aprestos que en el Estado tenía, conforme á los mandatos del Rey.

En esta sazon los de Casal de Monferrat andaban mal contentos y conjurados contra el Duque de Mántua, su señor, plaza importante para el ducado de Milan, poseida de sus predecesores desde el año mil y trecientos y cincuenta y cinco por investidura del emperador Cárlos IV, dada en feudo á Juan Paleólogo, primero Marqués de Mántua sin exclusion de hembras. Decian era poseido ilegítimamente del Duque por haber caido en la Cámara imperial, y querian entregarse al Rey Católico y el admitirlos estaba bien á Milan. El Duque de Mántua queria cambiar por otras tierras el Monferrato con el Duque de Saboya viendo los vasallos indignados, y que le pretendia por haber sido prometido en dote á un su antecesor siempre que faltase la línea masculina de los Paleólogos, cuya casa estaba extinguida, y en tanto se le diesen cien mil escudos de dote, y no pagándoselos en cierto tiempo el Monferrato. El Marqués guerreando con el Duque de Milan le quitó el Estado, y el de Saboya á su costa se le recuperó, y en agradecimiento se le hizo perpétuo feudatario. Tomó posesion del Estado el de Saboya, y le juró obediencia el de Monferrat. Despues, tratándose la causa en la Córte del emperador Cárlos V contra la hija del último Marqués de Monferrat, duquesa de Mántua, hija de su hermana, rompió la condicion hecha en perjuicio de la Cámara imperial, cuyo era el feudo, que faltando varones diciendo hija luégo heredera, declarando en posesorio y petitorio en favor de su sobrina, aunque clamó en vano el Duque de Saboya. Los genoveses entendiendo la permuta les desplacia la cercanía de su émulo sobre la pretension de Saona, á que decia el Duque tenía derecho, y aconsejaron á los vasallos del Monferrat se entregasen al Rey de España su protector, porque á todos convenia y la ocasion era buena estando en Casal el Duque de Alba. Llegó á Alexandría apresurando la negociacion Oliverio Capelo con algunos foragidos de Casal, y pidieron al Duque de Alba los recibiese; pues tanto importaba al servicio del Rey, y le escribieron sobre ello y el Duque tambien. No le desplació la proposicion, y respondió los entretuviese el Duque de Alburquerque hasta ver la mejoría que tomaban las alteraciones de Flandres, y lo que hacía la armada del turco que baxaba al mar Jonio, y les dixese que luégo trataria de lo que les conviniese, asegurándolos serian acogidos si estuviesen tan resueltos como escribia el Duque de Alba. Los aquietase por entónces por la satisfacion italiana y del Duque de Mántua, cuyo bien deseaba, por los méritos que por sus servicios tenía en su agradecimiento y gracia la casa Gonzaga. Le enviaba cien mil escudos en letras de Lucian Centurion y Agustin Espinola para lo que se ofreciese emplearlos en aquel caso ó en otro muy apretado. Avisase al príncipe de Sabioneda, Vespasiano Gonzaga, se aprestase para venir á serville de Virey de Navarra, dexando primero

en seguridad las cosas de Monferrat, para que le habia enviado por la fe y antigua devocion de su abuela y del Cardenal, y de D. Ferrante Gonzaga, sus leales servidores. Como el Duque de Alba no recibió los de Monferrat, acudieron al Duque de Nevers, gobernador y capitan general del Rey Cristianísimo en el marquesado de Saluzo, donde pasados los Alpes se halla esperando el efeto de una conjuracion que tenian hecha contra el Duque de Mántua sus vasallos, para matalle y entregar el Estado al Rey de Francia. Sospechando mal de la cercanía del Duque de Nevers, para la seguridad de Casal metió Vespasiano mil italianos de presidio, librando de gran peligro el Monferrat brevemente, y al Duque de Mántua de la conjuracion que para matarle en la iglesia habian hecho los de Casal (tanto puede la desesperacion de los vasallos por ódio del señor), á cuyo remedio acudió con admirable presteza, matando los primeros ciudadanos que halló por las calles y quitando las armas á los que estaban en la iglesia, y mudando la guardia salvando al Duque la vida y el Estado. Luégo comenzó á levantar la gran cidadela de Casal, aunque daba voces el Duque de Saboya; y de callar el Rey viendo en su perjuicio hacer un fuerte, sobre que las potencias mayores que procurasen ocupar á Lombardía habian de competir hasta consumirse, se infirió y dixo públicamente habian recebido los ministros gran suma de dinero.

En tanto D. Bernardino de Mendoza, hermano del Conde de Coruña, caballero de no menor inteligencia y prudencia que valor y gallarda persona para tratar negocios grandes en las Córtes de los Príncipes supremos, por órden del Duque de Alba dió á entender al Pontífice la intencion del Rey en la empresa de Genebra, y cómo por ahora no la permitia hacer la presteza que habia de dar remedio á Flandres, porque armados y prevenidos principalmente los cantones como estaban, llevarian muy á lo largo la guerra con dudoso fin, y por estar cerca los huguenotes de Francia y protestantes de Alemania, favorecedores de Genebra, madre de sus errores; y porque algunos señores de Italia no querian creciese el Duque de Saboya, de secreto fomentarian la guerra. Díxole, como para aquietar las diferencias de Milan sobre la juridicion con el Cardenal Borromeo prolongadas con más entereza, qué razon enviaria al Marqués de Cerralbo á Roma para que á su Santidad diese entera satisfacion, salvo lo que es de cada uno. A dos de Junio mandó el Duque de Alba salir de los alojamientos la gente y caminar á San Ambrosio puesto al pié de los Alpes, que dividen á Francia de Italia, principio del celebrado Monsenis, por el paso que abrió Anníbal cuando fue de España á guerrear en Italia, aunque otros tienen que fue el paso de San Gotardo, otros el de San Bernardo; es lo más cierto ser junto al castillo de Rívoli, dos leguas de Turin. Partió de Alexandría para Asti mal convalecido, y allí calentura ardiente le detuvo hasta los quince. La muestra tomó en San Ambrosio, y halló tres mil y doçientos y treinta españo-

les en decinueve banderas del tercio que de Nápoles truxo su maestre de campo D. Alonso de Ulloa; mil y seiscientos y veinte en diez banderas de Sicilia con Julian Romero; dos mil y docientos en diez banderas de Lombardía, con el maestre de campo D. Sancho de Londoño; mil y seiscientos y ventiocho en diez banderas del tercio de Cerdeña, reforzadas con cuatro de las de bisoños, con el maestre de campo D. Gonzalo de Bracamonte: eran todos en cuarenta y nueve banderas ocho mil seiscientos y ochenta españoles. Repartió el Duque en cada compañía quince mosquetes de gran servicio en la guerra. Don Lope de Acuña, teniente de la caballería, valeroso y bien afortunado, pasó en la muestra mil caballos lanzas españoles, italianos, albaneses y docientos arcabuceros á caballo españoles. Eran los más conocidos capitanes D. César Dávalos, D. Rafael Manrique, don Juan Velez de Guevara, D. Lope Zapata, gentilhombre de la casa del Rey. Fue general desta caballería el prior D. Hernando, hijo del Duque. Halláronse en la muestra el marqués de Cetona Chapino Viteli, Sancho de Avila, castellano de Pavía; Jerónimo de Salinas, gobernador de Puerto Hércules, Juan de Salazar, castellano de Palermo, Juan de Espuche, de Piunvino, á quienes el Rey escribió en particular á trece de Abril desde Aranjuez fuesen á serville en esta jornada, demas de las cartas que al Duque dió para el mismo efeto. En San Juan de Moriana esperó el Duque de Saboya al de Alba, y á cuanto se le habia pedido largamente satisfizo, y así le escribió el Rey las gracias á diez de Julio.

CAPÍTULO XVI.

Envia el Rey Católico á Luis Venegas de Figueroa con embaxada al Emperador.

Aviado ya no sin mucho trabajo el Duque de Alba, entendió el Rey Católico en despachar para Alemania con embaxada particular á Luis Venegas de Figueroa, su aposentador mayor. Habíase comenzado á tratar el casamiento del rey de Portugal, D. Sebastian, con madama Margarita, hermana del Rey de Francia, en el año mil y quinientos y sesenta y cinco en la Junta que en Bayona hizo su madre y hermanos con la reina de España doña Isabel, despues que el Rey Católico no vino en que casase con su hijo heredero D. Cárlos, y la princesa doña Juana con el rey Cárlos IX. La madre y los abuelos de D. Sebastian, porque estaba cercano á salir de la edad pupilar, deseaban casarle con la princesa Isabel, hija segunda del emperador Maximiliano, por la continuacion del deudo, con-

servacion de la amistad, y porque por la mala satisfacion que tenía de los franceses cerca de la fe católica, y los atacamientos que hicieron en la isla de la Madera y en la Florida; el rey Filipe esperaba poco de su amistad y obligacion; pues teniendo en España la prenda que tenian, maquinaban por todas partes contra ella. Para tratar desto, y del bien y remedio de los flamencos, dándole la obediencia debida, aunque por medio de su Embaxador ordinario se habia comenzado, ordenó á Luis Venegas diese gracias al Emperador por el buen despacho que dió en la conduta de la gente, para llevar las cosas por el camino que se habia declarado, y le pidiese él mismo en los mandatos prohibitorios de salir gente del imperio en ayuda de los rebeldes, venciendo las dificultades que le representaba, porque la tardanza dañaria mucho. Pues conforme al decreto de la Dieta del año mil y quinientos y cincuenta y cinco, los súbditos del imperio no podian salir sin licencia dél á servir á otros fuera de sus círculos y principalmente contra los Príncipes y vasallos y decendientes de la casa de Austria. Para esto Luis Venegas se correspondiese en Flandres con el Duque de Alba y la Duquesa de Parma, dirigiendo con su aviso y consejo la negociacion. Procurase el casamiento del Rey de Portugal con su prima la infanta doña Isabel, por lo que á todos convenia, pues tenía satisfecho al Emperador en las dudas pocas y condiciones no difíciles de cumplir. Porque la obligacion en que el Emperador entendia quedase D. Filipe de socorrelle en las necesidades en que el Rey de Francia le podia poner con el sentimiento de la negativa desnuda, tenía á todas sus cosas por el deudo y hermandad. Cuando no lo entendiese de su ánimo y voluntad así, podria con razon resentirse, pues bastára lo que demas le obligaba este nuevo casamiento, para acudirle como lo habia hecho y haria sin cesar. Tenía, como ántes le dixo su embaxador Chantoney, por grande la ayuda que le haria en estorballe los daños y embarazos, que siendo yerno le hiciera el Rey de Francia, que son los que como enemigo no habia podido ni jamas les podria hacer, cual dieron á entender bien en todo lo que en aquello y en otras materias trataron los franceses. Si habian dicho (como sinificó en carta de ventidos de Otubre mil y quinientos y sesenta y seis) no faltaria á su Rey buen casamiento, apuntando con la hija del Duque de Saxonia, no le diese cuidado por su poco fundamento; y porque cuando lo propusiesen al Duque, se le darian tantas razones para atajar la prática, que haria cuanto á todos conviniese por muchas causas. Y siendo suegro del Rey de Francia, y queriendo defender las empresas para que pretende este casamiento sobre el imperio y sus feudatarios, el Duque vendria á perder tan grande autoridad en Alemania, con tanta razon, que no le quedaria con qué ayudar al yerno en cosa de importancia. Si estuviese satisfecho desto, pues segun lo praticado y acordado estaria ya hecho con el imperio el cumplimiento, y al Rey de Francia se le hubiese respondido con-

forme se acordó, efetuase el casamiento con el rey D. Sebastian por lo que convenia al bien y establecimiento de sus cosas. Y por evitar los grandes inconvenientes y males que le causaria el parentesco con franceses, que se metian por sus casas para hacer los daños que deseaban con la seguridad y entrada para ello (que sin ella no harian) que el deudo y nueva alianza les daria; pues tenian hechas tantas pruebas de sus invenciones y de sus mañas. No queria salir de España para Flandres como deseaba y tenía resuelto, donde á boca tratarian el casamiento del príncipe D. Cárlos con su prima doña Ana, sin la conclusion del de Portugal, por la satisfacion del Rey y de su madre, y por evitar que en su ausencia volviesen á la plática del de Margarita, hermana del rey Cárlos, para tratar con más ventaja lo que han deseado con el Emperador los franceses, y desistiendo el Rey Católico deste casamiento forzar á darles todo lo pretendido del imperio, viéndole necesitado á no tener á quien dar su hija sino á ellos, y le pesaria que negocio hecho desbaratasen con sus fraudes y con sus trazas. Al cumplimiento de la dote se esforzase (aunque en Portugal estaban muy altos y pedian se declarase), pues con la misma voluntad que le asistió y ayudó lo haria para el efeto deste matrimonio. Firmó los despachos á catorce de Mayo, y luégo partió Luis Venegas de la Córte, y adelante se escribirán sus efetos y las mudanzas del tiempo tan desemejante en sí mismo por los accidentes y pasiones á que están sujetos los Príncipes por sus razones de Estado.

CAPÍTULO XVII.

Júntanse los sediciosos á tratar de su remedio en Flandres.

Los sediciosos en Flandres solicitaban novedades para revolver el sosiego y medrar en la inquietud, y no faltaron ministros para tales mudanzas, y para ellas esperaban el plazo con disimulacion y le procuraban con diligencia. Seguíales gran concurso popular por yerro de la verdad, deseo de revueltas, intereses y movidos de lo que vian hacer á otros, que entraban en la rebelion por ferocidad natural, ó pesadumbre de su pobreza, ó por salir del miedo del castigo los delincuentes, y todos por mudar de religion. Avisados de la llegada del Duque de Alba á Italia, se juntaron últimamente en Torremunda. Parecíales riguroso, y cual militar no disimularia punto con su envejecida licencia de mal vivir, no pudiendo encubrir el dolor por no estar armados para resistir su entrada con exército, trataron del remedio de su perdicion y del estado de sus cosas, mo-

vidos por la fe jurada, amistad, con solenidad, comodidad, amor de la patria y deseo de libertad y ódio contra los españoles. No faltando en tales congregaciones (como suele) causa justa (aunque fingida) para las maldades y malos intentos, confiados y mal indignados muchos de los introducidos á los mayores secretos, discurrieron sobre el rigor con que se les quitaba el usar de su nueva religion, y les quitarian (dixeron) el aire en que respirar y el uso de los sentidos, porque acostumbrados á vida corrupta, amaban sus vicios, como en la incorrupta las virtudes. En defensa de su libertad variamente confirieron, y los más determinaron desamparar la tierra primero y la vida, que estar debaxo del que tenian por duro y severo gobierno. Así llamaban á la justicia en defensa de la fe católica exercitada y en la conservacion de los Países, y no en diminucion de sus riquezas ni aumento de los tributos del señor de tan poca consideracion por los baxos derechos, que no bastaban á la costa, y en la mayor parte sacados de mercaderes forasteros y para el público beneficio. El Príncipe de Orange resuelto en rebelarse pasando del primero miedo á la esperanza de la fortuna, igualaban en su ánimo con la desesperacion, impaciente en acomodarle con las fuerzas en lo presente, dixo casi semejantes razones:

«No se podia sin lágrimas hablar de la causa que los obligaba á procu»rar su concordia y remedio á los mayores males; mas advirtiesen los que »se prometian el bien, no se alcanzaba sin libertad, ni ésta sin bríos, ar»mas y general conformidad. Para resistir á los españoles firmes en su po»der se dispusiesen, pues cuando los vecinos supiesen su determinacion en »su amparo, si la llamasen desesperacion, comparándola con la causa alà»barian su ferocidad. Cada uno sabía lo que á su conciencia, honor, pa»tria convenia, y con esclavitud ¿para qué la vida querian? Ofrecia su per»sona, hacienda y socorro de los Príncipes de su religion, y para redimir»los verter el primero su sangre valerosamente. En los designios particu»lares se podia volver atras, y tentar más ó ménos, segun se requeria, la »ventura; más los que aspiraban á salir de sujecion, no tenian medio entre »la cumbre y el despeñadero. No estaban privados de esperanza, pudién»dose entretener en tanto que se aprestaba el socorro de Francia y de Ale»mania; pues abrieron los ojos los que primero no consideraban podia lle»gar el fuego que á Flandres quemaba brevemente á sus alcázares, si con »tiempo y buen consejo no se remediaba. Si por conservar el vano nombre »de fidelidad no ponian las vidas á los últimos peligros, mirasen que du»dando en si contra su señor natural serian ó no, ya estaban en su contra »declarados. No esperasen perdon verdadero de la ofensa hecha á la reli»gion romana y autoridad del Rey justiciero y nacion en el riesgo de su »ruina, poco para ser obligada con beneficios ni detenida con amenazas. »Pues cuando sin fruto probasen mitigar su ira con obediencia y modestia, »verian su ambicion con los poderosos, avaricia con los ricos, codicia de

»los bienes de la fertilidad de su tierra, y deseo de sus calamidades. Y sin »respetar casas, mujeres, hijas en su afrenta y en desprecio de su Evange»lio, entregar con vituperio general sus predicantes al fuego, y con muer»tes y desolaciones de ciudades introducir la paz falsísima. Porque las pa»siones de los principales hacen la diferencia que hay entre el corazon y »la lengua, mirando sólo á su interés, sin poder con ellos amistad, justi»cia ni deudo. Juntasen sus fuerzas para librarse del yugo español, pues »cuando no bastasen á impedir su entrada los vivos, los cadáveres tendidos »en las campañas podrian prodigiosamente detenellos. Trataron de rebe»larse, y debian considerar que ya no habia de suceder como deseaban, »mas podria igualando la fortuna á la buena diligencia y al buen consejo, »en cuya compañía entraba de buena gana siempre, segun enseñaba la ex»periencia.»

Muchos aprobaron este parecer por haber declarado el rebelarse conforme á su humor y deseo vulgar, y cobró opinion hecho compañero de su culpa en la rebelion esforzada dél, hablando mal de su Príncipe y señor natural. El Conde de Egmont en su contra dixo casi semejantes palabras:

«No habia sido autor de consejos pacíficos hasta el dia presente. Lla»maba á Dios en testimonio de su verdad, y á los que sabian sus pensa»mientos de que jamas deseó mudanza sino de gobierno, y por mostrar al »mundo cuánto le desagradó el rigor del Rey, y le ofendió la mala satis»facion de sus servicios, y deseando que tan buenas y bien reputadas pro»vincias rigiese moderado imperio y no absoluto, le introduxeron á procu»rar su libertad, y sus lamentaciones y obstinacion terrible en acomodarse »con su suerte, entendiendo los confederados mejoralla. No quiso su for»tuna cogiese el fruto, porque pende della en parte el valor y determina»cion. Su patria mostró con nobilísimas vitorias su pujanza y espíritu in»vencible contra las provincias convecinas, y ahora en la fatal sujecion »ménos generosa despues de muchos siglos de gloria las moveria á com»pasion su memoria, y la causa de sus daños para ayudarlos y el pensar les »podia acaecer la misma desventura. Miraba los pueblos vacíos de habita»dores, porque fueron á vivir en libertad de cuerpos y de ánimos, y para »no ver las miserias de los que retuvo el amor de la patria, pues se les pro»hibia áun contratar con los confines. Se reduxeron á lugar angostísimo sus »cosas, y los libraria la resolucion de su defensa, mas era inútil sin gente y »sin dineros; y áun no podrian las riquezas y astucia contra enemigos per»pétuos y poderosos, porque no dexarian de acometellos, hasta con el hierro »subyugallos. Con los amigos unidos combatirian por el imperio y señorío »dellos, trocando una servidumbre por otra peor; porque ningun Príncipe »se mezclaria en las fatigas, riesgos y gastos de la guerra sino por señorear »los opulentísimos Estados. Era deseada la libertad, y para tenerla se de»bian poner á los mayores peligros cuando pudiesen sustentalla. Mas ahora

»áun intentar con buen juicio no debian por no poner la patria en horri»bles calamidades. Cediesen á la fortuna y fuerza y se concertasen con el »Rey, pues lo podian hacer sin mácula del juramento en las juntas hecho, »pues gobernaba la urgente necesidad y se defendia el sér de los Países. »Con la pronta obediencia mitigarian el rigor de los españoles, y si las cos»tumbres desemejantes hacian odioso su gobierno y el ser tan imperioso, »sufriesen hasta sacudir el yugo, valiéndose de la ocasion, consejo y fuerzas.»

Persuadió la oracion, edad, autoridad, nobleza, honra ganada en la guerra del Conde, y mostraron ser más poderosas con los amigos en libertad que el imperio y poder. Eligieron esperar lo que el tiempo y casos harian con ellos, pues más ya no podian. El de Orange dixo al de Egmont:

«Mirase vivian con gran peligro los hombres tan notables y señalados »por riqueza y fama como ellos en las alteraciones de los pueblos, por te»ner sobre sí los ojos del vulgo para calumniar con su Príncipe cualquiera »demostracion suya. Queria asegurarse en Alemania.» Y respondió el de Egmont: «Tendria un primo desterrado.» Y replicó el de Orange: «Y yo »otro descabezado.» Y pronosticaron lo que fue. Orange partió para Alemania, Egmont á su casa, los conjurados á sus villas cuidadosos del suceso en bien de sus negocios. Porque á los que por tantas hazañas vivian acreditados, la injusticia del caso en que fueron cómplices suspendió el valor. Con la diligencia que la Duquesa ponia en castigar con las armas los rebeldes y la nueva de la partida de Italia del exército del Rey, andaban los culpados inquietos, como si ya vieran el cuchillo en su garganta, porque la mala conciencia es el mayor verdugo de los malos. El Conde de Horne, pareciéndole interpretaba sus acciones Margarita contra él de palabra y por escrito, con el país y con el Rey procuró justificarse y retiróse á su castillo de Veret. Muchos huyeron con el Príncipe de Orange y con la nobleza; fueron presos los Barones de Batenburg y llevados á Bruseles por el capitan Muyert, del regimiento del Conde de Arenberg, y primero estamparon en su defensa:

«No hizo crímen de lesa Majestad la compañía de nobles que pidió en la »súplica la libertad de conciencia, pues justo es y de razon que los vasallos »supliquen á sus Príncipes conforme á la principal causa de su creacion »por los pueblos, por remedio de sus agravios, postrados á sus piés, y no ha»bia de hacer la rebeldía y sospechosa la súplica de quinientos este número.»

CAPÍTULO XVIII.

Entra en Flandres el Duque de Alba y prende los Condes de Egmont y de Horne y otros rebelados.

Caminó el Duque á diez de Julio en la vanguardia con el tercio de Nápoles y trecientos caballos, en la batalla el Prior D. Fernando con el tercio de Lombardía y cuatrocientas lanzas y las municiones; en la retaguardia Chapino Viteli con los tercios de Sicilia y Cerdeña y docientas lanzas y tantos arcabuceros á caballo, y alojaba la una donde se levantaba la otra. En catorce jornadas pasaron la Saboya hasta Monflor, primero lugar de Borgoña, con buena disposicion segun la tierra, y no poca para ser rompido el exército por la estrecheza del camino profundo en ribera del Arba, pequeño al nacer y junto con el Isera á pocas leguas invadeable, aspereza de las montañas inacesibles, division de fuerzas sin poder tener en los alojamientos más bastimentos que para una noche por la estirilidad de la tierra, peligro (si impidieran el paso enemigos) no volviendo atras. En Borgoña recibió las cuatro compañías de caballos, y caminó el exército con el mismo repartimiento en doce jornadas hasta Fontanay, primero lugar del ducado de Lorayne, y en otras doce llegó á Tienvile, frontera de los Países, unido y corregido por la severa diciplina militar de que usó el Duque por la salutífera á los exércitos. Allí le recibieron Mos de Noirquerme y Mos de Barlaymont, chef de Finanzas ó contador mayor de la Hacienda Real, y de parte de madama Margarita, gobernadora, le pidieron la facultad que traia del Rey para entrar en los Países Baxos con gente de guerra. Satisfizo á su demanda con la patente de Capitan general, y llegó el Conde de Lodron con sus alemanes. Escribió el conde Juan de la Anguisola al Rey la pasada del Duque, lo bien que la promesa cumplieron los cantones de zuiceros, buenas esperanzas que daban de efetuar la alianza y su vuelta á Milan. El Duque, marchando para la córte, supo de los ministros que le guiaban el término en que se hallaban las alteraciones, la guarnicion que recibieron las villas rebeladas, el no apretar con el rigor y fuerza Margarita del todo por contemporizar con su manera de quietud presente, asegurados ó disimulados ó sobresanados, por no acabarlos de desdeñar y tenerlos en alguna esperanza de perdon. Para asegurar las sospechas que de los conjurados tenía de que habian de revolver con las armas contra los Estados por las inteligencias que los huidos en Alemania traian, y diligencias en juntar soldados para su defensa y restitucion, presidió el Duque á Bruseles con el

tercio de Sicilia, á Ambers con el regimiento del Conde de Lodron, y reformó los valones, á Gante con el tercio de Nápoles, á Anguien, ciudad del condado de Henault con el de Cerdeña, y á Lyere en Brabante y á Diste con el de Lombardía; la caballería alojó en distancia de diez leguas de breve espacio para recibir las órdenes y darse la mano y juntarse en cualquiera accidente. Visitó por Francisco de Ibarra á Margarita en Lobaina, y le envió las cartas del Rey, y preguntó el estado de lo espiritual y temporal para encaminar las cosas por su relacion y parecer, y despues por su persona.

Pareció á Margarita ecesiva la autoridad del Duque, y el poder superior segun su patente de Gobernador, por quien habia de juzgar en lo que hubiese dificultad, ella no; y el escribirle su hermano ordenó á boca ciertas cosas que á su tiempo le diria, y por la limitacion de su poderío y reservacion de secretos se tuvo por desfavorecida y los Estados por mal seguros, tratándolos con rigor y contravencion de sus privilegios, de que extranjero no pueda tener oficio en los Estados, ni gobernarlos, sino la casa de Austria ó de Borgoña; y porque temerosos de gran castigo por su poca seguridad de conciencia se le quexaron, diciendo era buen perdon general enviar exército contra lo que les prometió y el Rey dió á entender y ellos esperaron. Y así le escribió pedia reposo su cansancio y su edad, y licencia para tenerle en el Águila, donde rogaria sin sobresalto de los males que esperaba en aquellos Estados por su quietud y por la vida de Su Majestad. Entró el Duque en Bruseles á ventiocho de Agosto, y se aposentó en las casas del Conde de Colenboug, donde se hicieron las primeras juntas y conjuracion contra el Rey, señor natural, para tiranizarle sus propias tierras. Aquietó la provincia y luégo trató del castigo de sus delitos. Para los catorce de Setiembre mandó juntar los grandes y señores y diputados de las provincias y consejeros para mostrarles la comision que traia del Rey en la administracion de su cargo. No fué ántes por entender dónde se hallaban los principales conjurados y lo que hacian para disponer su prision, sin alteracion de los Países y fuga de los culpados, sobre quienes traia cuidadosas espías. Secretamente puso en arma la infantería alojada en Bruseles y la caballería de su contorno, y á los capitanes Andrés de Salazar y Juan Despuch hizo prender á Backerzeel, y á D. Sancho de Londoño y al Conde de Lodron á Strale, y lo executaron bien todos, porque fue importante para probar las juntas y tratados de las conjuraciones que estos prisioneros convocaron. El Consejo fue detenido viendo los poderes del Duque y confiriendo sobre su autoridad, y decirles queria su Rey que viviesen debaxo de la obediencia de la Iglesia romana y se castigasen con rigor los que lo contrario hiciesen, y se haria sin duda sin su agravio; pues era la religion que tuvieron sus padres, buenos católicos, enemigos de los errores de sus confines. Entró la noche y despidió la Junta, y saliendo por una puerta el

Conde de Egmont, Sancho Dávila, capitan de la guarda del Duque, le prendió, y Jerónimo de Salinas en otra al de Horne. Certificado del daño, dando las armas el de Egmont, sin mostrar admiracion, con semblante constantísimo y rostro de magnánima presencia señoril, sin miedo con la memoria de sus grandes servicios y fama de su persona, dixo: «Mirasen »por esto lo que intentaban, que tenía muchos vengadores de sus agravios, »hijos, vasallos amigos, y los alemanes absolutos; encaminasen tan bien »sus cosas, que para su amparo no fuese menester volverle su espada.»

Dió la contraseña para que su teniente entregase el castillo de Gante al capitan Alonso de Ulloa. Reforzóle con dos banderas de españoles y llevaron á él los Condes. Por el de Manzfelt dixo el Duque á la Gobernadora, era esta una de las cosas que á boca le habia mandado el Rey. Metió buena guarnicion en Zelandia para la seguridad de sus puertos y acogida de las armadas de España, con que industriosamente se publicaba habia de venir el Rey á los Países. Instituyó un tribunal para la averiguacion de los delitos, que llamaron de Troubles, donde el Fiscal puso las acusaciones con gran cuidado, de Mos de Barlaimont, Mos de Noirquerme, el licenciado Juan de Vargas, Adriano Nicolay, canceller del Consejo del condado de Artuoés, el doctor Luis del Rio, el maestre Juan de Blasere del gran Consejo de Malinas, y Jaques de Hessele del Consejo de Flandres, y presidíales el Duque. Mandaron parecer los huidos culpantes en la rebelion, romper las imágenes, saquear las iglesias y tomar las armas contra el Rey, traer y amparar los predicantes herejes forasteros, y procedian en el juzgado conforme á las leyes antiguas de los mismos Estados, por jueces dellos y de sus Consejos. Atónitos quedaron los flamencos con lo que vian, y muchos huyeron á Francia y Alemania, mal seguros de sus conciencias, donde el Príncipe de Orange los recibia y los presentaba á los potentados para mover sus armas en su defensa.

Tenian los Estados por cabeza al Conde de Egmont, y como padre de la patria respetado y amado y lustre de la tierra por su grandeza, valor y señorío con que los habian sustentado en las guerras contra Francia con tan grandes servicios celebrados, que por sus méritos jamas temió castigo de sus culpas contrapesándolas. Aunque fuera razon que pudiera mucho su memoria para templar la pena el exemplo forzoso le juzgó por todo rigor, acallando á la beneficencia y agradecimiento. El Duque mandó por bando que nadie se ausentase, porque esperaba perdon general del Rey, y comenzó á hacer justicia con moderacion, para que no se escandalizasen. Los Consejeros no lo aprobaban, porque era dar ánimo para emprender muy mayores maldades. Esto y la quexa de los católicos, la gravedad de los crímenes, la multitud de los delincuentes causó tanta aspereza en los castigos, que murieron mil y setecientas personas con fuego, cordel y cuchillo en diversos lugares, y confiscaron sus bienes. Por esto llamaron los herejes este

tribunal de la sangre, en francés troubles pareciendo á los extranjeros causaba su derramamiento la sed que della y de su hacienda tenian los españoles, y á los huguenotes enseñaban á su Rey cómo los habia de castigar. Los que mejor sentian dixeron no fue esto en oportuno tiempo, por estar los ánimos de los sectarios alterados y conmovidos con la conmiseracion para ayudar á los flamencos. Fué el Duque á Ambers con Chapino Viteli y Gabrio Servellon y el ingeniero Pachote; y señaló puesto para edificar una gallarda cidadela en la entrada de la puerta de Croenemberg cerca de la ribera, y se levantó en defensa con tanta priesa en figura pentágono con cinco baluartes, que pudiera sustentar cualquiera ímpetu de los enemigos, por no poder ser batida bien, anchos y profundos los fosos de agua surgente ó manantial en ellos, y que á necesidad se les metia el rio Escault por sus condutos, y la buena artillería, municiones y gente de guerra de dos compañías del Conde de Lodron. Derribóse la parte de la muralla que sobre la plaza del castillo respondia, poniendo freno á esta indómita ciudad, que tantas ofensas habia hecho á Dios y á su Rey natural.

CAPÍTULO XIX.

El Duque de Alba cita á los delincuentes fugitivos, y ellos dicen sus defensas.

El Duque de Alba aprisionó al Conde de Bueren, hijo del Príncipe de Orange; porque no hay casa ni familia grande que no se alborote y descomponga con la maldad de su cabeza. Por medio del Fiscal del Rey en el Tribunal de las revueltas hizo citar á són de atambores y trompetas al Príncipe de Orange, á su hermano el Conde Ludovico, al Conde de Hoostrate, á Brederoda y otros principales culpados en las alteraciones, ausentes de los Países, para que en dia y tiempo señalado pareciesen ante los jueces á dar sus razones, con que proceder á la sentencia despues, como se disponia contra los carcerados. En este llamamiento referian las mercedes, honras, favores, oficios que recibieron del emperador Cárlos V y de su hijo el rey Filipe, y la confianza que hicieron siempre del de Orange. Seguian sus culpas por haber querido usurpar el gobierno entero de Flandres, tomado las armas, hecho sedicioso el pueblo, incitado la nobleza contra el Rey, valiéndose de falsas persuasiones, para darles á entender queria introducir la inquisicion al uso de España, hécholos rebelar, induciéndolos á hacer ligas, consphraciones, conjuraciones, tomádolos en proteccion, aconsejándolos y ayudándolos á tomar las armas en la campaña, procurado

que se apoderasen de las ciudades, consentido en Ambers el exercicio de la nueva religion y el edificarle templos.

El de Orange en Alemania no reposaba oida la prision y opresion de sus amigos, con nombre de rebelde, foragido de su patria, privado de sus bienes, en prision su hijo sucesor, dixo en escrito al Procurador fiscal: no debia responder en forma sino ante su juez competente, y en tanto se defendia con los exemplos en historias de los que con la vida y hacienda conservaron y ampliaron el Estado de sus Príncipes, y fueron infamados, citados, hecho bandidos, castigados, y tanto más siendo más fácil de executar en este tiempo. Era su citacion ninguna no siendo en persona; no se pudiendo llamar ausente habiendo pedido licencia al Rey y á la Duquesa para retirarse á su condado de Nassau. Eran tan breves los términos de la citacion, que por la distancia del lugar donde estaba no se podian guardar; y en causa de tanto peso y contra persona de su calidad no se debia proceder con sola una citacion contra el órden de la recta justicia. Y estando fuera del dominio Real y en el Estado Imperial, siendo miembro dél, convenia pedirle al Imperio, y no llamándele por simple citacion hecha fuera dél; y como caballero de la órden del Toison no podia ser citado sino delante de su cabeza, ni aprisionado sino de órden de la confraternidad y en su compañía. Habiendo visto aprisionó los Condes contra todos los privilegios, y al de Bueren su hijo innocente, le hacía creer no guardaria órden, concierto, juramento, leyes; y así le era imposible justificarse para alcanzar absolucion de las culpas de que le imputaba. Era su citacion contra los capítulos del privilegio de la alegre entrada, cuando el ducado de Brabante vino á la obediencia concedido, y teniendo él su domicilio en él, suspenderia por entónces la obediencia que debia al Rey, hasta que mejor informado, y no habiendo remediado lo que se habia hecho en perjuicio del privilegio, se presentaria delante del Emperador y de los otros Príncipes del Imperio, ú otros jueces no sospechosos. Escribió tambien al Duque de Alba se maravillaba del modo con que procedia con él, tan diferente de lo que sus servicios merecian. Respondió al Procurador fiscal con la priesa que la citacion le daba estaba dispuesto á seguir su causa, y en tanto no dexase por ignorancia proceder más adelante de lo que el derecho daba lugar. No se hizo así, y él publicó una larga defensa en que procuraba mostrar que la ambicion del cardenal Granvela, la introducion de los obispados y decretos de la Inquisicion, no querer el Rey el Consejo de los naturales de juntar los Estados generales, causó las alteraciones. Para su disculpa tomando las acusaciones de la citacion una por una con buen arte las reducia todas en calumnias con calumnia, y en muchas cosas daba por testigos, no solamente los del Magistrado y los sucesos mas á la Gobernadora; y decia condenaban lo bien hecho injustamente con sentido contrario para hacerlo culpable. Y si bien no era obligado á dar cuenta de las acciones de otros,

pretendia excusar los confederados del delito de lesa Majestad, que no habia en dar la súplica á Margarita con razones y exemplos; demas de que fueron perdonados por cartas del Rey y patentes della, y no se podia proceder contra su acuerdo, si no fuese ya el perdon del Rey para descuidarlos y cogerlos desproveidos. Si los grandes previnieran la violencia que recibia el País Baxo ahora, lo impidieran fácilmente, y siguiendo los privilegios de Brabante no les fuera mal contado, ni reprehensible para poder llamarse rebelion, y los medios eran más fáciles que pensaban otros. Mas la satisfacion que tenian de la bondad del Rey, y que hubiese de dexarse totalmente gobernar del Cardenal en su daño y de los Países tan aficionados á su servicio, los divertió deste pensamiento. Que se presentaria por Procurador para ser oido, pues por su razon y seguridad debia ser admitido. Aun cuando el Príncipe de Orange no fuera vasallo ligio sino feudal, como el homenaje y servicio personal es inseparable dél, no podia librarse por procurador; pues lo que se permite en el privilegio de feudo, está reprobado en Europa. Disuelven los honores, homenaje, vasallaje, obediencia, servicios, reconocimiento, derechos y mero mixto imperio, y autoridad del Rey en las tierras que tenía el de Orange; y así era súbdito natural justiciable, y debia parecer al llamamiento del Duque, del Toison y Comisario de su Maestre, sin excusarle ser aleman y feudal en Francia por su principado.

El Conde de Hoostrate respondió alegando sus servicios y cuatro capítulos de la institucion de la órden del Toison, donde se contenian los casos en que podian ser privados sus caballeros, y cómo á su cabeza tocaba el conocimiento de sus delitos. Deducia la sexta ordenanza de las adiciones de la órden hechas del emperador Cárlos V, en su capítulo general celebrado en Tornay, que exponia los primeros. Traia otros cinco capítulos de privilegio de la alegre entrada, recibidos del Príncipe por ley en los Estados generales, para mostrar era incompetente é lícito el proceder del Duque y del Consejo de tumultos. El Príncipe de Orange determinó por medio de los príncipes de Alemania probar á reconciliarse con el Rey su señor. Presentó súplica al Emperador, escribió á los Príncipes electores lo que en Flandres se habia hecho contra él y contra su hijo por el Duque de Alba, contra los estatutos de la Orden del Toison de oro y privilegios del país, y contra toda equidad. Pedia fuese oido de jueces hábiles y no sospechosos en la Rota imperial nombrados por sus Comisarios. Escribió sobre esto el Emperador al Rey Católico y al Duque de Alba, y querian se diese á prision primero el Príncipe, y temeroso de su castigo merecido, desesperando de alcanzar perdon, determinó valerse de las armas, para aventurar (como decia) la vida con más valor, recobrar sus bienes, el honor, el hijo. Por esto teniendo en Alemania muchos parientes y amigos, y en Francia la parte huguenota en su favor, y á Inglaterra y Escocia, y en

Flandres gran número secretamente devotos á su nombre, que prometian favorecerle, rogaba y persuadia á todos le ayudasen. Presentó en escrito las razones que le movian á todos los potentados, y obró de manera que en Dieta se juntaron muchos protestantes, príncipes y ciudades francas. Con eficacia de palabras y razones procuró moverlos en su ayuda.

«Si refiriera como debia largamente, dixo, si no los fastidiára la justicia »de su causa y las razones que le forzaban á pedir su ayuda, se la concede»rian compadeciéndose de su desgracia, para favorecer la inferior Germa»nia y establecer la comun seguridad de la superior, estados y personas, pues »guiadas sus fuerzas invencibles de su juicio frenarian el curso que podia »ser causa de mayores daños. Habia sido criado desde niño en la Córte de »la feliz memoria de Cárlos V, y hasta el presente dia le hizo y á su hijo »sucesor notables servicios; tuvo gran reverencia y fidelidad en la paz y en »la guerra, y sus obras fueron de honor y conservacion de sus Estados. »Fue dellos favorecido y tuvo el lugar que le tocaba. Mas degenerando »D. Filipe de la sinceridad de ánimo de sus abuelos con la educacion y »mezcla de la sangre española, con nuevos consejos pervertido, no le habia »quedado ni áun centella de inclinacion y de amor á los Países, sino de »aborrecimiento y ódio. Traia tal desprecio mala satisfacion de los ánimos, »y mayor su gobierno con aspereza y rigor con nuevas maneras de suje»cion, no le bastando el amor y obedieucia ordinaria; no dexaba á sus más »fieles ni áun la sombra de libertad, para que cada uno reconociese de su »mano hacienda, vida, alma, honra y áun el arbitrio del moverse con pri»vanza de la razon. Traia en exemplo las provincias de su monarquía con »estrechas leyes mantenidas. Sabía lo que se praticó en daño de las Ger»manias con Enrique II, rey de Francia, y se tramaba, y lo advirtió y »que habia de ser esto causa de muchos males, y la intencion torcida del »Rey por los ministros españoles, y ya los vian presentes. No tuvo la mira »á su útil, que hubiera con tiempo acomodado sus cosas, sino al bien de »su patria, amigos, parientes y honrados paisanos, para que la mala inten»cion del Rey no oprimiese con esclavitud, como pretende, los Estados »que han sido como libres, y en sus necesidades escudo y lanza de España; »y hoy son sus privilegios rotos y pisados de otros príncipes dados y guar»dados inviolables como sagrados, con solene juramento del mismo que »los rompe con impiedad confirmados. El Duque de Alba, como si fuera »de la casa de Austria, con absoluto gobierno atormentaba los miserables »pueblos, de manera que á él por haber dicho su parecer, fue forzoso sal»var la vida y dexar su casa, por ser desgraciado como sus más amigos que »llenaron en la guerra la del Rey de trofeos y despojos, y les daba á todos »tan mal galardon por la mano del más cruel de sus ministros. En llegando »á Bruseles obrando de sí mismo, apropiándose la intencion del Rey, me»tió presidios en las ciudades contra sus privilegios, mostró sus patentes

»amplas, rigurosas; diputó quince jueces criminales para confiscar, desca»bezar, arruinar los Países. Destos ninguno usurpó el señorío, se armó con»tra el Rey; solamente los más aficionados suyos, doliéndose de los malos »consejos, procuraron desengañarlo. Era miserable el que no adulaba. No »tenía el mal allí su fin, y la ambicion de tanto reinar absolutamente que »tocaban con la mano, no se restringia á tan breve término; era querer »con falsos pretextos subyugar la Germania, y con nuevas formas de ca»lumnias enfrenalla. Enviar el mayor capitan de España, no era sólo para »afligir los miserables flamencos, sino abrir la entrada al Imperio y señorío »de la superior Germania, como habia mucho que deseaban los españoles »con excusa para sus máquinas de no ser, como no era, obediente á la »Iglesia romana; y se veria su efeto en subyugando los Países Baxos, si no »se le oponian, y más si los franceses en su casa ocupados los dexaban sin »perturbacion. Estas amenazas eran tambien de los príncipes alemanes y »el riesgo comun, y lo debia ser la defensa. Aquella madre de emperado»res, que las armas romanas domadoras del mundo no obedeció, no habia »de dexarse amenazar á su puerta ni ser sus vecinos de su lengua y sangre »miserablemente atormentados. Si los amigos que tenía en Flandres le hu»bieran creido, las armas del Rey no estuvieran tan adelante, ni ellos con »el temor y el dolor presente. Bien se puede remediar el mal y reducir á »D. Filipe á razonables partidos y expeler al Duque de los Estados, si »brevemente se le cargase. Tenía pocos españoles, ménos italianos; los va»lones y alemanes serán en favor de su patria, si les pone las armas en la »mano. Si llevasen razonable exército entrarian en el país sin contradicion, »por estar ocupado el Duque con los presidios, prisiones con su guardia y »por su ódio, no habria lugar que no abriese las puertas, siendo los ciuda»danos siempre superiores en número á los soldados. No le faltarian Ingla»terra y Escocia, ni las de Alemania bastantes para la empresa, asegurada »de que jamas le faltaria agradecimiento. Ofrecia su vida que solamente le »quedaba, y combatiria hasta perdella por el bien de todos.»

El primogénito del Lanzgrave de Hesia, que odiaba los españoles, le prometió su ayuda el primero, y el duque Augusto de Saxonia, el Conde Palatino, el Lanzgrave, el Rey de Dinamarck, el Duque de Vitemberg y el Conde de Hacemburg con decisiete ciudades imperiales. De todas partes comenzaron á poner en arma soldados, por medio de algunos capitanes viejos que en esta liga concurrieron, que habian servido al Emperador, y en breve tiempo juntaron trece mil infantes y seis mil caballos, y creció el número; porque hecha la paz en Francia (si bien duró poco) muchos franceses llamados del Príncipe de Condé le siguieron. El Duque de Alba escribió al Emperador y á los príncipes del Imperio le restituyesen al de Orange, pues por obligacion recíproca, natural y divina fuerza, debian procurar se hiciese justicia y restituir el súbdito fugitivo delincuente; pues para

castigar los malos deben ayudarse. Y por eso Mahometo II, señor de los turcos, remitió al que mató á Julian de Médicis en Florencia. No se entendia esto en materia de Estado, respondieron los alemanes; y en la de justicia estando Flandres en una de las legiones del Imperio comprehendido, y en aquel tribunal imperial se habia de conocer de la causa del Príncipe, y así el Duque no procediese en ella por no caer en su indignacion, faltar á la razon de la justicia, usurpar juridicion imperial, obligando al Imperio á satisfacerse de su injusticia y desacato; y así lo escribiese á su Rey, que el Emperador haria lo mismo.

CAPÍTULO XX.

Mos de Coliñi, almirante de Francia, maquina contra su Rey; el Condestable le vence y muere.

Bien mostraron los efetos que se siguieron el despecho con que Mos de Coliñi, almirante de Francia, quedó por haber convertido en su provecho su consejo de que se armase su Rey en la pasada del exército de España por Saboya, pues desde luégo trató de prendelle para extirpar la religion católica y propagar su secta. Dolíale grandemente la prision en Flandres de sus amigos, de los justiciados predicantes y seguidores dellos, y temia que su Rey imitando hiciese lo mismo en Francia. No le dexaban reposar el temor y la ambicion, aunque la Reina madre le habia convenido con la casa de Guisa. Pidió se guardasen los privilegios antiguos al reino, se aliviasen sus imposiciones con aprobacion de los Estados generales, fuesen elegidos los gobernadores de las provincias en ellos; porque como tenía la mayor parte de su secta, esperaba la vitoria. El pontífice Pío V, viendo la mocedad del rey Cárlos cercada de astucias y que los huguenotes en la suspension de las cosas le maquinaban perpétuas asechanzas y á su familia, le envió por nuncio al conde Miguel de la Torre, y á procurar con gravísimas censuras la observacion del Concilio de Trento. Llevó muchos catecismos en lengua francesa para que el pueblo se hiciese capaz de la dotrina católica, y Breves con prohibicion de proveer los obispados y beneficios en herejes ó sospechosos de herejía, en los de menor edad, seglares, mujeres, y los que no despachasen de allí adelante sus Bulas en Roma. Amonestó á la Duquesa de Vandoma, si perseguia la libertad eclesiástica, daria las iglesias á los más poderosos prelados de España para que las defiendan con las armas y con la predicacion de la dotrina limpia y pura del Evangelio, y la investidura de sus Estados al Rey Católico. Escribió cartas al Cristianísimo, con advertencias santas y prudentes, para que rompiese la paz igno-

miniosa que hizo con los herejes, porque le querian matar, y lo trataba dentro y fuera de su reino. El Duque de Alba le advirtió por Otavio Gonzaga lo mismo, y que convenia armarse y prevenirlos. Aconsejándose sobre ello lo aprobaban los más fieles. Otros le decian:

«Mostró el tiempo se extirpa la herejía mejor con la paz que con las armas; porque no dexan conocer la bondad y excelencia incomparable de la religion católica, y la maldad execrable de la herejía por la corrupcion de la milicia deste tiempo en Francia, con que no se podia aprender sino despojar las iglesias los que las defienden, saquear las abadías, despedazar el clero, confundir lo divino y humano, saliendo confiados, licenciosos, temerarios, y con la misma libertad que en el vivir en el creer. Los pueblos unidos por la paz aborrecen sumamente la guerra y la herejía, no ven con ella el camino para volver á la Iglesia católica. Estaba la secta calviniana con tan gran crédito y séquito, que el innovar en los acuerdos con sus seguidores turbaria la religion y las repúblicas, trabucaria las provincias con las armas; si las quitan quedan débiles: y así obrase el Rey con la arte lo que no podia con el hierro.»

Con voz de procurar la libertad pública el Almirante escribió á los de las iglesias reformadas estuviesen armados para salir á negocio importantísimo con su mayor número y posible en el dia de San Miguel. Para prender al Rey era buena ocasion el hallarse visitando el reino proveyendo en su quietud y en el remedio de las herejías, y como era inclinado á caza, salia á los bosques con poco número de gente de su casa y guardas, cuya division y diversion por la atencion á la caza daria comodidad para su intento. Habia de celebrar en Monceleaux, diez leguas de París y dos de Meaux, la fiesta de la órden de la caballería de San Miguel en su dia, la más ilustre y antigua de Francia, y salir al bosque; y el Príncipe de Condé y el Almirante con cuatrocientos caballos, seguidos de otros muchos, se metieron en él. Desta secreta convocacion de huguenotes advirtieron al Rey y á su madre sus más fieles, y aunque dudosos en el tiempo de su asalto, sospechas y temores los hicieron armar con los seis mil suiceros. Los del Consejo (que se entendian con los herejes) daban los rumores y avisos por falsos, por inútil el gasto con los extranjeros, por conveniente el despedillos para evitar alteraciones causadas del miedo y sospecha de que queria prender y castigar los huguenotes. Avisaron al Rey de la aparencia de mucha caballería á dos y tres leguas del bosque, y juntó el Consejo para deliberar lo que convenia hacer. La novedad del caso y grandeza de la empresa persuadia ser el movimiento y fuerzas de los herejes mayores que se decia, y quedar el Rey allí en tanto que la nobleza y el pueblo de París, avisados de su peligro, corrian á su socorro con gran pujanza y brevedad. El Duque de Nemours dixo fuese luégo á París, pues no estaba léxos, por su seguridad

y reputacion de la corona, donde con más autoridad desharia los designios de los enemigos. Despues de media noche salió, guiado del Condestable, con los seis mil zuiceros, sus guardas y córte en batalla hasta llegar á una montañeta cuatro leguas de Meaux, temiendo emboscada de la caballería huguenota, que se le puso en tropas grandes delante. Allí un escuadron de trecientos y otro de ciento, en que estaba el Almirante, querian embestir la infantería, y ella volvió la cara, besó la tierra á su usanza para combatir. El Rey con una pistola en la mano, viéndolos ir contra la caballería, los siguió con ánimo de emplearlos, y le retuvo el Condestable, porque acudia al intento de los rebeldes de apartarle y prenderle el escuadron diputado para el hecho. Por el más corto camino, tomando una aldea á las espaldas, prosiguieron su viaje, en tanto que dió el Almirante sobre los zuiceros con su daño. Sufrieron el ímpetu, y los entretuvieron para no seguir al Rey escaramuzando hasta Burgercy, tres leguas de París, donde sabiendo la traicion sacó trecientos caballos el Duque de Houmala para recebir al Rey, que á largo paso vino el mismo dia en la tarde á la fidelísima ciudad.

Corrió la voz de su peligro por el reino, y acudieron muchos fieles á su defensa con gran estruendo, porque los súbitos movimientos espantan á los más fuertes inesperadamente acometidos, con que no puede saber lo que el enemigo quiere, ni visto prevenirse para deshacer sus máquinas. El que acomete, si no es tardo, y el acometido bien afortunado, primero executará cuanto le conviene que el otro haya juntado la mitad de sus fuerzas. Visto fue pocos bien ordenados y determinados salir prósperamente en lo intentado de repente, y lo difícil contra los muchos fácil y seguro. Los enemigos ocuparon á San Dionis para saquealle, y el entierro riquísimo de sus Reyes reverenciable, y los católicos salvaron oro y plata, y cargó su rabia contra las imágenes y su fuego contra unos molinos de viento cercanos á París, y gran confusion causó el entender ardia por oculta conjuracion. Impidieron con las correrías los bastimentos, ocuparon lugares en la ribera por donde vienen y á propósito para sitiar la ciudad. El Rey pidió gente y dineros á los Estados con que librarlos de los rebeldes y al Cardenal de Santacruz, legado del Pontífice, y dió docientos mil escudos por una vez, venticinco mil en cada mes, y tres mil italianos pagados. El Duque de Alba ofreció al Rey sería dentro de veinte dias en su ayuda con quince mil infantes y cinco mil caballos; porque le aseguraba lo recibiria á grande servicio su Rey. Parecíale que matando el fuego de Francia quitaba el fomento del de Flandres, y la dependencia del uno al otro en la herejía por su vecindad, donde el ser obedecidos los Reyes era la mayor parte para su quietud. Mas la pura razon de Estado, de que tan precisamente usan los deste tiempo, hizo que no acetase Cárlos el remedio último de la salud de su corona. Dice: «Por deshacer los bandos de su Es-

tado no se deben recebir ayudas grandes de Príncipe poderoso, por no quedar hecho presa dél, y más si hay diversidad de religion. Suele ser máxima de políticos ayudar flacamente á los que se desea ver deshechos, entreteniendo los ménos en número y esfuerzo en la guerra, en que los unos y los otros se consuman, y luégo con superiores fuerzas sujetallos.» Pidió al Duque de Alba el rey Cárlos alguna caballería, y envióle mil y quinientos de las bandas de Flandres y de los borgoñones que se levaron nuevamente á cargo del Conde de Aremberg, gobernador de Frisia. El Condestable arrimó el exército al enemigo con intencion de pelear, ántes que llegase al Príncipe de Condé la caballería alemana que juntaban el Conde Palatino, el Duque de Witenberg y el Lanzgrave de Hesia. Llevaba los seis mil zuiceros y los tercios viejos del señor de Brisac y de Filipe Estrozi, con que era superior en infantería; y por esto el Príncipe tenía la suya tan abrigada debaxo de la artillería de San Dionis, que no se podia bien reconocer. Fiando en su mejor caballería cargó la católica con ventaja y mejora; pero el Marichal de Memoransi, hijo del Condestable, socorrió con buen golpe de caballos, y el Conde de Aremberg con los de Flandres. Rompieron con ímpetu y ahuyentaron los enemigos al entrar la noche, con cuyas tinieblas favorecidos se retiraron á San Dionis con muerte de seiscientos, dexando á los católicos la vitoria. En la mezcla de la infantería fue herido el Condestable de un arcabuzazo en los riñones por un escocés á quien el habia echado por ser hereje de París, y de tres golpes de hacha en la cabeza. Los católicos gastaron la mitad de la noche en despojar los muertos, y volvieron á París vitoriosos. Al séptimo dia despues de la batalla murió el gran Condestable en edad de setenta y siete años, de los más sabios caballeros de su tiempo, más valeroso, ménos bien afortunado cerca de su persona en las batallas; porque con fatal desgracia en las más quedó preso y herido siendo general. Antepuso siempre á la guerra entre cristianos la paz; aconsejó á sus Reyes con prudencia y fidelidad; vivió y murió en su servicio y de la religion católica, cuyo defensor y amparo cuidadoso siempre fue. Aunque no desarraigó la sospecha de que favorecia á sus sobrinos, y por su respeto hacía ménos de lo que podia; opinion que en su favor fomentaban ellos para traer mal seguros y perplexos á los católicos. Mas la verdad es que feneció su vida honradamente combatiendo con valor por el servicio de Dios, bien de su patria y defensa de su Rey, y fue tal, que cual fueron llamados Casio y Bruto los últimos de los romanos, pudo ser el Condestable de los buenos franceses. Fue sepultado en San Dionis, junto al sepulcro del rey Enrique II, su señor, con solene pompa funeral, llorando los católicos su desamparo y la memoria del Duque de Guisa y la pérdida de la religion y reino con la de dos tan buenos caballeros.

Dió el título de Condestable el Rey á su hijo, heredero de sus Estados,

no de sus virtudes; si bien como criado en aquella escuela vieja y sábia, tuvo gran noticia de negocios y materias de Estado, medios, estratagemas, astuto, disimulado, mal inclinado, ambicioso, con nombre de católico hereje político ó ateista, odiado de la nobleza y desestimado por imputacion de cobarde en la guerra, aunque sabía hacer guardar la diciplina á los soldados, porque naturalmente era cruel. Sucedió en el cargo de capitan general y lugarteniente del Rey su hermano Enrique, duque de Orliens, mozo brioso y de grandes esperanzas. Los herejes se retiraron á Poytu y á otras provincias cercanas juntando sus fuerzas, esperando para volver contra el Rey los alemanes. Al exército vitorioso se arrimaron los dudosos y los buenos católicos, y llegó su número á quince mil infantes y ocho mil caballos: y así el nuevo general queria impedir la entrada á los extranjeros con que venía Casimiro, hijo del Conde Palatino del Rhin en socorro de los huguenotes, y para recebir la que en favor del Rey metia Juan Guillelmo, uno de los duques de Saxonia, á sueldo de la corona.

Fue buena suerte de los herejes, para ser tan presto socorridos, el haber licenciado el Duque de Alba los once mil caballos alemanes que tenía en Warguelt, porque no los habia menester, y hallándose juntos y armados con sus cabezas, fácilmente pasaron á Francia. Á impedir su entrada caminó el Duque de Nevers con el señor de Tabanes con cuatro mil caballos y poca infantería con mal acuerdo, pues el exército habia de pelear con ellos ántes que se juntáran con los huguenotes. No fue la salida de efeto, y se retiraron á Tul inferiores, dexando el paso libre. Pero nada obraban con recta razon sus divisiones de ánimos y recelos, por ser deudos y amigos de los huguenotes el marichal de Cossé y el señor de Carnabalete, consejeros aceptos al nuevo General, y las inteligencias que tenian con ellos, como pareció por cartas que se prendieron llevadas al Almirante por un criado dellos, y el trato de concierto de la Reina madre sobre la paz, que se entendió por cartas suyas, que iban y venian al Príncipe de Condé por medio de la Marquesa de Retolino, su suegra. Esto contradecian los de la casa de Guisa, la ciudad de París, el Rey ofendido que pretendia vengarse, no esperando jamas buen efeto de los herejes. Llegó el duque Juan Guillelmo con sus alemanes al campo del Rey y la caballería del Duque de Saboya. La prática de paz crecia y menguaba por la exorbitancia de las condiciones que pedian los rebeldes, procurando el Almirante su ventaja con gran astucia, y remitióse á las armas todo.

En las provincias se mataban unos á otros sin consideracion de naturaleza, obligacion civil, amistad, sangre, apénas habiendo alguna que no pisase campos de herejes y de católicos superiores con muchas refriegas y sin fruto. En estos movimientos habian martirizado los herejes más de diez mil sacerdotes, y robado y derribado más de cinco mil iglesias, y todo era

robo, incendio, crueldad, y en el del Rey dañaba la confusion, y cargado de los huguenotes se retiró á París para defenderse y defendella. Escribió al Duque de Alba le enviase infantería española. Ofrecióle la que de otras naciones le pidiese, porque la otra habia menester para la seguridad de los Estados. La paz se proponia y trataba por medio más conveniente, y la Reina la deseaba, á cuya voluntad no contradecia su hijo. Aunque las condiciones que pedian los huguenotes eran desconvenientes á la religion católica y á la autoridad real, ménos escrupulosa y más ambiciosa y fiel dixo al Rey no querian pelear los alemanes contra el Príncipe de Condé; el gasto de su exército llegaba á cuatrocientos mil escudos cada mes; no habia con qué pagarlos, se consumia la Corona y convenia tratar de medios. Habia escrito al Pontífice los socorriese con docientos mil escudos, porque si no se convendrian con sus rebeldes. El Pontífice santo que diera su sangre religiosísima por la defensa de la Iglesia los proveyó. En tanto, en tregua de quince dias, los diputados Marichal de Memoransi, el Obispo de Limoges, Monviller y el señor de Anvila, secretario de Estado, juntos con los del Príncipe de Condé, con más ventajas para éstos, que jamas pidieron, concluyeron en el tratado con el Rey pagase los alemanes que ellos conduxeron. Hízose con el dinero del Pontífice, con grave resentimiento suyo, y de que tan inconsideradamente se concertase con los herejes y rebeldes, por gozar de quietud aparente y de poco tiempo; pues con mayor desvergüenza y atrevimiento (como es su costumbre) brevemente harian otro levantamiento, con que sacar en los conciertos de paz siempre nuevas ventajas para los huguenotes. Al Rey de España pesó por las mismas razones, y porque las resultas de aquellos exércitos serian en favor de sus rebeldes, y así el Duque de Alba disponia las cosas para cargar y deshacer los de Flandres, que juntaban gente contra sus Países.

CAPÍTULO XXI.

Principio de la rebelion de los moriscos de Granada y su causa.

Nuevos mártires enriquecian á Francia, Alemania y Flandres: España gloriosa por ellos antiguamente, y al presente en las remotas regiones, no dió en sí misma ahora la menor parte. Fueron los autores bárbaros, mal contentos, indignados villanos, apóstatas sacrílegos, que con la sangre que les dió España, como bastardos y aleves, convirtieron las armas contra su madre, haciéndola derramar mucha sangre por deshacer su violencia y castigar su inobediencia. Publicóse solenemente la premática contra los

moriscos, y en su execucion hubo tolerancia por todo un año. El Presidente de la Cancellería de Granada escribió largamente el estado de las cosas, lo que pasó con los moriscos y lo que se debia proveer para atajar grandes males que hacian los monfis ó salteadores en las sierras, certificando rebelarian el reino, y así no estaban seguros los lugares de la costa, porque bajeles de Berbería les hacian daños con el calor de los foragidos, y en el Albaecin se recogian moros forasteros, y convenia con guarda asegurar la provincia. Respondióle el Rey:

«Importaba la execucion de la premática; á las mujeres pobres vistiese »á su costa; la del mar asegurarian galeras y gente de guerra, que con asis»tencia del Capitan General guardase el reino, y cesarian los daños.»

Con este acuerdo mal satisfecho el Marqués de Mondéjar, cargando el cuidado sobre su cargo sin fuerzas, cuando sabía que los moriscos trataban de rebelarse fué á la Córte á procurar el remedio, y pidió al presidente Espinosa la suspension del bando, en tanto que se armaba la gente para tener en esperanza los moriscos. Quexóse de que sin haber informado él de lo que habia en negocio tan grande se proveyó contra lo usado con los Capitanes Generales sus antecesores, por la desconfianza que se hacía dellos y por su prática de las cosas. No contradiciendo el decreto Real, representó los inconvenientes que traia su execucion y daños irreparables, la rebelion de que se vian señales, pronóstico della, por tener los tureos á la mano en Africa con navíos y pasaje breve, para donde habia gran número de enemigos, livianos, noveleros, sospechosos en lealtad y fe. El celo para proveer fue mejor que el tiempo, y hacer experiencia del ánimo de los moriscos era peligroso. El presidente Espinosa le respondió con acuerdo volviese á Granada luégo, y asistiese á lo que le tocaba. El Consejo de Guerra, dueño propio, abonaba lo que el Marqués decia bien, como soldado y experto en la administracion de su provincia. Los avisos, las sospechas del alzamiento, el desvelo por no saber cómo ni cuándo, podia dar cuidado, pues se aventuraba no ménos que la salud de España.

Pareció al Consejo Real bastante fuerza la justicia para reprimir gente vil, desarmada, sin industria militar, fortalezas, incierta de socorro, y proveyó creciese el Marqués trecientos soldados para la guarda de la costa (flacas fuerzas para descubiertas sospechosas), y que residiese en ella ciertos meses del año, y la visitase en otros muchas veces. Sabida esta respuesta en Granada (que al sospechoso cuidado nada se encubre), D. Juan Enriquez, hermano de D. Enrique Enriquez, vecino de Baza, interesado por los lugares que tenía poblados de moriscos, habló al Rey sobre la suspension de la premática por medio del prior D. Antonio, y remitióle al cardenal Espinosa. Escribióle el Presidente de Granada, inquietó su venida los ánimos casi rendidos, y reprehendióle. Acudió al Consejo de Estado, y consultó bien se executase en cada un año uno de los capítulos de la pre-

mática; mas el Cardenal, desestimador y resoluto en lo que no era de su profesion, asistido del Rey para tener por las leyes más sujetos á los súbditos que por las armas, apretó el pueblo, y le llevó á la rebelion y guerra peligrosa, que se escribirá gobernando la fatal mudanza dos bonetes, tocando más el caso tremendo á las celadas. Desesperados los moriscos, trataron de su venganza ántes que de su remedio, ménos armados que resueltos, aunque les pareció la empresa difícil, estando faltos de armas, capitanes, soldados, lugares fuertes donde afirmarse, por sí solos poco poderosos para tomar y proseguir tan gran hecho, proveer municiones, vitualla, fabricar armas, comprallas, reparar las que tenian escondidas. Años habia que trataban de entregar el reino á los jerifes de Fez y al turco; mas la grandeza del hecho, el poco aparejo de armas, navíos, ciudad fortificada donde dar asiento á su cabeza, el poder grande del Emperador, el de su heredero, las fortalezas en la costa de Africa mantenidas, el estar los turcos tan léxos y ocupados en Hungría y Persia dilataron su resolucion. Todos deseaban rebelarse; pero ninguno osaba tratar lo primero, como acaece en la conjuracion; mas Farax Abenfarax, facineroso, renegado de Africa, del linaje de los Abencerrajes, ofendido de las justicias, para cualquiera sedicion y maldad animoso, diligente, atrevido, trató del levantamiento y de sus causas con Abenjaguar, alguacil de Cadiar, y Diego Lopez Abenaboo, vecino de Mesina, de buen varon, Miguel de Rojas de Uxixar, de Albacete, y con otros moriscos principales del Alpujarra, pleiteantes en Granada. Juntáronse con otros secretamente en casa de Adelet, cerero morisco del Albaecin, á tratar de su rebelion. Amotiváronle con profecías antiguas, interpretadas de su faquí en su favor, aprendidas de sus abuelos. Decian:

«Que al tiempo que cayese un árbol antiguo que veneraban como lleno »de divinidad, habria grandes calamidades, y entónces los furiosos vientos »le derribaron. Acordábanse cuantos años atrás los sabios en movimientos, »aspectos y lumbre de estrellas, y profetas de su ley, dixeron se levanta»rian á cobrar la tierra que sus pasados perdieron, hasta señalar el mismo »año que venía á ajustarse con el presente. Su libertad habia de ser por un »mozo de linaje real, nacido cristiano y hereje de su ley. Decian que los »cristianos vian aves de no usada manera en Granada peregrinas, partos »monstruosos de animales en tierra de Baza, y era fama se rebelarian cuando »los forzasen á mudar lengua y vestido segun sus pronósticos antiguos, y »sacerdotes de gran crédito vieron al pié de la Sierra Nevada combatir »hombres armados en el aire, señal de grandes trabajos. Finalmente, los »eclipsis de sol y luna que hubo los favorecian, interpretados y creidos por »lo mucho que esta nacion se vence de la vanidad astrológica, adivinacio»nes y supersticiones á que es notablemente dada. Representaron el estado »de la cristiandad por las divisiones entre católicos y sectarios en todo el

»Setentrion, la guerra ardiendo en Francia y Flandres, el rey Filipe falto »de dineros y gente prática en España, la nobleza que en otro tiempo su»jetó á Granada detenida en el ócio, en regalo por la riqueza mal usada. »Los moriscos eran muchos, sueltos, sufridores de trabajos, calor, frío, »hambre, desnudez, compañeros de la guerra, diligentes, animosos, pres»tos á desparecerse y juntarse, práticos en el campo y en su tierra de »montañas altas, valles al abismo, caminos estrechos, barrancos y der»rumbaderos sin salida, en un reino seguro fuera de tal cuidado; los mi»nistros de Granada más sospechosos y justicieros que próvidos ni provei»dos, mal conformes el Presidente y el Capitan General sobre la defensa »de su juridicion, autoridad usurpada, asientos y poder. Truxeron á la »memoria los agravios recebidos de los jueces sobre dar el título de las he»redades que cada uno poseia en el reino para restituir al público lo usur»pado, principio de la destruicion de Granada. Mirasen cómo los moris»cos sin lengua y sin favor encogidos y serviles, fueron condenados en »quitar ó partir las haciendas poseidas ó compradas ó heredadas, sin ser »oidos, fundamento de gran escándalo y ofensa. Quitarles la habla arábiga »¿no era el comercio y comunicacion y el hábito berberi su caudal? y que »lo poco que les quedaba gastasen en vestir el castellano, y el servicio de »esclavos que lo fuesen ellos, y el descubrir los rostros las mujeres, y tener »abiertas las puertas, el perder su honestidad, y en el uso de los baños su »regalo y limpieza, en el no celebrar las bodas á su usanza sus gustos y »sus fiestas. El listar los muchachos y llevarlos á Castilla, para que no co»nociesen á sus padres, y aprendiesen á ser sus enemigos y se acabase su »generacion: eran con los cristianos moros, no teniéndolos por próximos, »con los moros cristianos, sujeto de codicia de clérigos, de malhechores, »atrevidos alguaciles, sin seguridad por ellos de honras, ni de haciendas, »reputacion de que se habian de librar con la union, fuerzas, hierro, guiado »con industria y determinada resolucion de tomar venganza de las ofensas »pasadas y deshacer los agravios.»

Fue admirable el secreto con que en el comenzar la rebelion procedieron, siendo tantos y dando muestras del trato con amenazas que hacian á los executores de los bandos; pero no creian los del gobierno pasára á caso de peligro. Ordenaron que los casados lo descubriesen á los casados, los viudos á los viudos, los mancebos á los de su estado, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Avisaron á Berbería los términos en que las cosas estaban, pidieron socorro, y que los de Tetuan acudiesen á la costa de Marbella, para dar calor á los de la Sierra de Ronda y Xarquia de Málaga, los de Argel al cabo de Agata, promontorio de Carideno, para socorrer la Alpujarra, rios de Almería y de Almanzora, y mover la gente de Valencia no descuidada. Pareció bien á los del Albaecin el levantamiento; pero quisieran comenzára primero por los del Alpujarra, negociando por

su mano y traicion la venganza ó tolerancia de las prematicas en su reposo sin querer Rey de Africa, ni de Granada, poniendo el peligro en las cabezas ajenas. Farax, Tagari, Monfarax, Salas, Alatar y compañeros, habiendo hablado en el caso con Abed Daud Gelez de la seda de Granada, les dixo, habian de obrar ellos y los del Alpujarra á un mismo tiempo para tener fuerzas, pues la causa era de todos.

Trataron del modo de juntarse y del acometimiento á la ciudad los de la Sierra y los del Albaecin. Resolvieron que en la Vega, valle de Lecrin y partido de Orgiba, se empadronasen ocho mil hombres capaces de secreto y bien armados, y en viendo una señal en el Albaecin acudiesen á la ciudad por la parte de la Vega con bonetes y tocas. Hiciesen este padron algunos albarderos por las alcarías y lugares de la sierra; se juntasen dos mil en un cañaveral que cercano al lugar de Cenes está en la ribera de Genil, y con ellos Partal de Narilla y Nacoz de Nigueles, monfis, acudiesen al Alhambra con escalas de gruesas marometas de esparto con sus pasos de madera para subir de tres en tres, y éstas se hiciesen en los lugares de Guejar y Cuental. Repartieron al Albaecin el acudir Miguel Azis con los de las parroquias de San Gregorio, San Cristóbal, San Nicolás, á la puerta más alta del norte dél con banderas carmesís con lunas de plata. Diego Miguel con los de San Salvador, Santa Isabel, San Luis, con banderas amarillas á la plaza de Bibelborit. Miguel Lopez con los de San Pablo, San Pedro y San Juan, con banderas azules á la puerta de Guadix. Matasen primero los cristianos del Albaecin, y poniendo en los puestos cuerpo de guardia acometiesen la ciudad y la Alhambra á un mismo tiempo. Los de Frexel Lauz baxasen por de fuera de la ciudad al Hospital Real, y ocupando la puerta Elvira entrasen por la calle matando los que saliesen al rebato, y soltasen los presos de la Inquisicion. Los de la plaza de Bibel Bomar, baxando por el Albaecin diesen en la Calderería y soltasen los presos de la cárcel Real, prendiesen al Arzobispo ó le matasen. Los de la puerta de Guadix, entrando por la calle de Darro, prendiesen al Presidente, soltasen los presos de Cancelería. Todos luégo se juntasen en la plaza de Bibarrambla, donde habian de acudir los ocho mil de la Vega y valle de Lecrin, y de allí á la parte de más necesidad, metiendo la ciudad á fuego y á sangre. Puestos todos á punto se avisaria á la Alpujarra, para que matasen los cristianos della. Vécse cuán prevenidos estaban de consejo, y con él bien ordenada su traicion.

Despacharon los albarderos con cartas de Farax y Daud para los de la Sierra con aviso de lo tratado y concertado, y otros á Berbería pidiendo socorro de gente y navíos con lamentaciones en verso para moverlos, sinificando su miseria y necesidad, invocando ayuda del cielo y de la tierra. El rebelar los partidos cometieron á capitanes diferentes, y cupo á Monxuzmano levantar la Sierra Bermeja, áspera y fuerte, y á otros abrir para la

comunicacion las antiguas veredas. Determinaron fuese la execucion en el dia juéves de la Cena de Jesucristo de la semana mayor del año mil y quinientos y sesenta y ocho, y vinieron moros á Granada á saber de Farax el caso, el tiempo, lo que habian de hacer, y advertidos, encomendando el secreto porque no fuesen descubiertos, los enviaba á prevenir armas y buen ánimo, para que todo se hiciese bien, pues Dios los ayudaba. Con esto los monfis, con bandera tendida aún en Granada, robando y matando hacian crueldades bárbaras. Estando el Marqués en Madrid llegó una carta del Arzobispo con otra que le envió Francisco de Torrijos, beneficiado de Darrical y vicario de las Taas, ó partidos de Berja y Dalias y del Zeel para el Marqués. Éste sabía bien la lengua arábiga y tenía amistad y comunicacion con los principales moriscos de la Alpujarra, y entendió el trato hecho de rebelarse. Alteró este aviso los Consejos, enviaron al Marqués á visitar la costa y saber del beneficiado Torrijos el intento del tratado de los moriscos.

En Granada (igualando el miedo con la causa) se pedia al Presidente mirase por la seguridad universal, pues el Marqués estaba ausente. Vino al fin al reino, y creció conforme al órden que tenía trecientos hombres en la guardia de la costa. El Conde de Tendilla metió en la Alhambra al capitan Lorenzo de Avila con la gente de las siete villas, y apercibió y armó lo mejor que pudo la ciudad, y la previno de manera que los del Albaecin creyeron eran descubiertos por los del Alpujarra, y avisaron que no se moviesen por entónces, porque la ciudad estaba prevenida. Alojó la compañía del capitan Garnica en las casas del Albaecin, y acudieron los moriscos á dar quexa al Presidente por la poca seguridad que de su lealtad se tenía; y purgándose de la sospecha con humildad y largo razonamiento, ofrecieron en rehenes trecientos principales para que los llevasen á Castilla, y el Presidente los satisfizo, alojando la compañía en la Vega. El Conde de Tendilla, en la iglesia de San Salvador, acabada la misa en un domingo les dixo estaban á peligro de total ruina, cumpliesen las prevenciones, y respondieron dando gracias y poca seguridad.

CAPÍTULO XXII.

El Rey tiene mala satisfacion del Príncipe D. Cárlos: su desavenencia y causas.

Para defensa de España por el recelo del levantamiento de los moriscos del reino de Granada, establecia el Rey una milicia de cuarenta mil soldados naturales con sus capitanes y oficiales, y fue advertido en el hecho de

que á su hijo algo inquieto daba exército con que quitalle la corona, y los Infantes (si los hubiese adelante) al Príncipe su hermano; pues ganando con promesas los capitanes, se ganaba la gente que les era por su gobierno sujeta, y cesó en la fundacion de la milicia. No podia el Rey templar la inclinacion de D. Cárlos, venciendo siempre á la diciplina la naturaleza entregada á libertad y desórdenes. Salia el Príncipe de noche por la Córte con indecencia y facilidad, y porque le cayó de una ventana un poco de agua, envió la guarda para quemarla y matar los moradores; y volvieron diciendo (para satisfacelle) entraba el Santísimo Sacramento del Viático en ella, y respetaron por esto sus paredes. Dormia en su cámara D. Alonso de Córdoba, gentilhombre de ella, hermano del Marqués de las Navas, y no respondió á la campanilla, y levantóse furioso el Príncipe y cogiólo en los brazos para echarle en el foso de Palacio, y forcejando con voces D. Alonso para salvarse acudieron á detener al Príncipe, y el Rey pasó á D. Alonso á su cámara. Habia mandado á D. Pedro Manuel que hiciese el menestral las botas para el Príncipe justas, como él las traia, porque al contrario las queria D. Cárlos; al calzarlas con dificultad, diciendo que su padre mandó fuesen tan estrechas (estando en Alcalá) dió un bofeton á D. Pedro Manuel, y guisadas y picadas en menudas piezas hizo comer las botas al menestral. Su padre llevó á su cámara al caballero con honrosa satisfacion y sosegó la familia. Estando en el bosque de Aceca frenando su eceso D. García de Toledo, su ayo, le quiso poner las manos el Príncipe, y huyó hasta Madrid, donde el Rey le hizo merced, y quedó mal indinado contra su hijo. Habia mandado que le representase una comedia Cisneros, ecelente representante, y por órden del Cardenal Espinosa impedido y desterrado, no osó venir á Palacio. Indinóse contra el Cardenal, á quien sumamente aborrecia por su imperioso gobierno y gracia que tenía con el Rey, y viniendo á Palacio le asió del roquete poniendo mano á un puñal, y le dixo: «Curilla, ¿vos os atreveis á mí, no dexando venir á servirme Cisneros? por »vida de mi padre que os tengo de matar.» Del Cardenal, arrodillado y humilde, fue detenido y satisfecho. Al Rey dolia tanta descompostura, y trataba del remedio, aunque con poca esperanza. Tenía un caballo tan para sí, que fue llamado el Privado, y el Príncipe le pidió al prior D. Antonio, caballerizo mayor, para verle, jurando por la vida de su padre que no le haria mal. Forzado con tal protesta y jura se le dió, y tratóle de manera que brevemente murió. Ofendió al Rey la poca reverencia á su nombre y desamor á sus cosas.

El mal advertido D. Cárlos, viendo que los sucesos de Flandres para sus intentos no se encaminaban bien, y que á Mos de Montiñi, porque le habló diversas veces en secreto le pareció que le prendió el Rey, y que no hacía efeto lo mucho que el Emperador le solicitaba para el de su casamiento con su prima, y le detenia el tenerle por inhábil para el matrimo-

nió y el gobierno y le convenia armarse; y contra esto y contra la torcida intencion que juzgaba tenía contra él el cardenal Espinosa, y relacion de sus hechos á su padre del príncipe Rui Gomez, escribió á todos los Grandes y títulos, pidiendo le ayudasen para un negocio que se le ofrecia. Respondiéronle con promesa de servirle, y los más como no fuese contra su padre. El Almirante envió su carta al Rey, y le pidió examinase el intento della. Y el cierto era obligallos para que le socorriesen con dineros para huir de la Córte y caminar á Alemania á casarse con su prima la infanta Doña Ana. Pues si quisiera matar á su padre cada dia pudiera, mas nunca sus íntimos conocieron en él tal intento; y cuando le tuviera hallára muchos ménos que le ayudáran que D. Enrique para usurpar el reino con la muerte del rey D. Pedro, su hermano, y para que el delito horrible quedára sepultado con las mercedes como el del bastardo.

Augusto Tuano, historiador francés, escribe lo que no supo ni pudo averiguar, de que el Príncipe queria prevenir á D. Filipe en la sucesion con violencia. Y verdaderamente se engaña, como en lo que escribe de los sucesos desta Corona, llevándole á pensar lo peor la ruin inclinacion y pervertida intencion contra ella. Para ganar á su tio D. Juan, el Príncipe le ofreció mucho, despues de haberle declarado su deseo, si le ayudaba y guardaba secreto y disponia su viaje de Alemania. Respondióle con gran caricia y sumision y bien á su disinio, y advirtióle ser la empresa grande y peligrosa, y muy para mirar lo que en ella se trataba y executaba por lo que en sí era y se dexaba considerar, y por su imprudencia en haber escrito á tantos, dándoles á pensar lo que él no pensaba; pues su padre sospechoso, lo sabria y serian perdidos: le serviria hasta morir. Aseguróle, y díxolo al Rey, y desde este dia D. Filipe trató de remediar las cosas del Príncipe para la pública salud. Consultó el intento de Su Alteza con gravísimos doctores, y especialmente con el maestro Gallo, obispo de Origuela, y el maestro fray Melchor Cano, obispo de Canaria, mantenido en su consulta y gracia desde el principio de su reinado y en su autoridad, cuando procuró llevarle á Roma para castigalle el pontífice Paulo IV por haber enviado á D. Filipe á Inglaterra aquella gran resolucion de los sabios de los claustros de España, sobre romper la guerra á Paulo en el año mil y quinientos y cincuenta y seis; y áun contra su indignacion se le presentó para Obispo, y le hizo aprobar sus letras y méritos. Sólo el parecer del doctor Navarro Martin Dazpilcueta, jurisconsulto de gran nombre y religion, vino á mis manos. Respondió con el caso en términos del Príncipe ó Delfin de Francia, rey della, Luis XI despues:

«Pidió á su padre comunicase con él todos los negocios de su monar»quía, con que no tuviera su despacho la brevedad que se requiere, y fuera »ménos malo el partirlos por provincias. Le concediese las mercedes, y diese »los oficios y beneficios á quien á él placiese, prerogativa que le hiciera

»Rey acatado y amado. Le envistiese de los ducados de Normandía y Bri»tania, con que pudiera ser tan poderoso, y con la facultad de hacer mer»cedes, tener séquito que despojase á su padre del reino. Pedia no enaje»nase bienes dél, y conforme á razon más sin tiempo; pues no confir»mando los privilegios en su entrada á reinar, quedaban por ley anuladas las »donaciones. No pusiese hijo ni pariente cercano colateral en los gobiernos, »y era porque no tiranizasen los Estados ó hiciesen guerra á sus Príncipes, »naturales señores, cual muchos en varios reinos. Le llevase consigo á todas »las expediciones civiles y militares; y era más conveniente que uno dellos »asistiese en la Córte á la provision de los negocios, y tanto más si guerrease »fuera del reino, porque no se perdiese lo seguro en tanto que buscaban »ellos lo dudoso; y en la jornada ó negocio que se le encomendase le diese »todo lo que para ello fuese necesario. Si no lo concedia y juraba cumpli»ria estas siete peticiones, saldria de Francia. No quiso el padre, y fuese al »ducado de Borgoña. Recebido del duque Charles el Bravo, bisabuelo del »rey D. Filipe II, le pidió el Rey de Francia no le tuviese en sus Esta»dos, porque se lo rogaba él y convenia al Duque, pues de no hacerlo, sin »duda le vengaria á su tiempo el Delfin. Y fue así, pues murió el Duque »en la guerra que le hizo, y se alzó con la Borgoña, que hasta hoy retienen »los franceses. Se advertia sobre esto haria mal D. Cárlos en salir de Es»paña, pues daria gran ocasion de discurrir sobre el ánimo del padre y del »hijo y de la causa de su discordia, y para hacerse guerra los dos con ruina »de los Estados, metiendo escándalos, tomando la voz del padre unos, la »del hijo otros, debilitando sus fuerzas y animando á sus enemigos para »armarse y acometer los reinos flacos por la division. Y pues cualquiera ca»ballero era obligado á no hacer cosa en diminucion de los Estados, mu»cho más el Príncipe sucesor dellos, causando grandes ofensas de Dios, que »debia evitar so pena de pecar gravemente, por las malas circunstancias »que hacian mala la salida del reino delante de Dios y de las gentes. Tal »sería juzgada de los varones doctos y santos, y más yendo tan léxos el »único heredero jurado Príncipe con riesgos de su persona, desastres, he»ridas, muertes, gastos grandes en la jornada y en dar á señores y solda»dos, incapaces muchos de merecer bien y merced, ocasionando la altera»cion de los Estados y su invasion de los émulos y enemigos desta Corona, »que habian diferido, acechando las ocasiones y esperando esta grandísima »que se les vendria á las manos. Se daria lugar á los herejes de intentar lo »que no osaban estando los señoríos de Su Majestad en tanta paz y justi»cia gobernados y amparados de sus enemigos forzosos sectarios, y dentro »dellos los sospechosos, para pedir al que habian de recebir voluntariamente »condiciones en menoscabo de la religion, autoridad Real y policía civil. »Y tanto más sería esto, porque Su Alteza no había dado muestras de tan »obediente, quieto, prudente, guerrero como era menester, sino de vehe-

»mente deseo de ser en todo libre y de mandar; y para conseguillo podria »conceder lo que si reinára siendo sabio y valeroso no concediera, como se »dexa bien considerar. Y así debia Su Majestad evitar estos daños, peli- »gros, gastos, ofensas de Dios, desobediencias, inquietud de su monarquía »y la ocasion de tomar libertad los herejes, y á los pueblos de usar mal del »señorío y della.»

Esta es la resunta narrativamente del parecer judicial del doctor Navarro. La familia Real engrandece la concordia, como todas las cosas, establece el señorío, ayuda á llevar los cuidados en gran número dél y cargas del imperio. Porque algunos no sólo suelen tener y querer vida libre, mas incorregible, los extrañaron los prudentes castigando el desamor y desobediencia, cortando la parte corrompida porque no haga mal de que su linaje quede mancillado, y castigando los sucesores, aunque príncipes jurados sujetos al Rey, porque no puede haber dos cabezas; interpretando las leyes en su mayor provecho cuando conspirasen contra su dignidad de Vicario de Dios y de la autoridad del cuerpo de los pueblos, que dicen: «Tu guarda es la nuestra.»

Hallábase en este tiempo el rey Filipe en el Escorial, donde muchas veces iba á ver su fábrica y á celebrar la Pascua de la Natividad de Cristo Nuestro Señor, y aunque tenía estrecheza el coro y á la sazon frio con eceso, estuvo con los frailes en los Maitines sin arrimarse hasta el primero psalmo, descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad que edificaba los más observantes, y servia de despertador el exemplo de un Monarca del mundo, criado en majestad y regalo; pero su devocion y piedad jamas fue vencida en cosa del Oficio divino, por larga que fuese, mas ella vencia á todos muchas veces. Aposentado el tiempo adelante debaxo del coro estrechamente, fue advertido le inquietarian de noche y de dia los frailes con el canto, y alzar y baxar las tablas de los asientos, y respondió: «Era así, mas no digno de estar debaxo del suelo que pisaban los siervos de Dios.» Recogíase tarde al reposo para alentar y volver mejor al trabajo ordinario de su oficio de Rey, y á las cuatro de la mañana decian los niños del Seminario de aquella religiosísima casa la misa del alba, que por su vida mandó que se dixese por él y por la de los sucesores, y ser forzoso el despertalle el canto y voces, pareciéndole de ángeles, no permitió alterar la hora, cuando suelen tener el más agradable sueño los que ocupados en actos bien profanos truecan el tiempo y tienen las mañanas por el paraíso de su descanso. Entregó la dotacion que habia hecho del convento y aceptacion del Capítulo general de su órden, la anexion de la abadía de Nuestra Señora de Parraces, convento antiquísimo de la regla de San Agustin, de canónigos, en el obispado de Segovia, á cinco leguas della, por bula del pontífice Pío V con recompensa á los canónigos y racioneros con pensiones y dignidades, aunque ya no habia más de dos profesos: tan acabado estaba

el convento de lo que fue en sus principios. La pobló con el colegio de frailes en número de venticuatro para oir teología y artes por mitad con tres catredáticos y con seminario ó colegio de niños gramáticos, donde se praticase lo que ordenó el santo Concilio de Trento en la sesion 23, y animar á los obispos á la execucion della con su exemplo, y los enseñasen letras y buenas costumbres, canto y todo lo que tocáre al culto divino. Comenzó á fundar el celestial tesoro, que en este alcázar de Dios se encierra, de reliquias de muchos santos en la mayor copia que se juntan en comunidad de la Iglesia, fuera de Roma y Zaragoza, traidas con celo santo. Este sin duda fue en el rey D. Filipe grande, como se ve en los altares donde están en vasos hermosos de artificio y de precio, oro, plata, piedras singulares, cristales, metales dorados, que todo junto admira. En el dia de la Epifanía hizo que el obispo de Cuenca, D. Bernardo de Fresneda, bendixese la iglesia pequeña con la solenidad acostumbrada.

Habíale pedido la colegial de la villa de Alcalá de Henares mandase á la ciudad de Huesca de Aragon le restituyese los cuerpos de sus santos niños patrones é hijos Justo y Pastor, que padecieron martirio glorioso en la persecucion décima de la Iglesia en el año trecientos y seis por Daciano, cruel enemigo del nombre de Jesucristo, enviado al gobierno de España por los emperadores Diocleciano y Maximiano, y más verdaderamente á su destruicion, para acabar con muerte todos los cristianos della. Dió su carta y sobrecarta, y en su virtud y de un Breve de Pío V dado en Roma á doce de Abril mil y quinientos y sesenta y siete, año segundo de su Pontificado, se truxeron á Alcalá las reliquias entregadas en Huesca á decinueve de Enero á Juan de Torres con gran solenidad. Dellas donó en parte á San Lorenzo un brazo de su patron y reliquias de su padre y madre Orencio y Pacencia, naturales de aquella ciudad.

No pudiendo sosegar el ánimo del Príncipe el padre fray Diego de Chaves, su confesor, ni quitarle el deseo que tenía de ausentarse, determinó dexalle. Fue á despedirse de la mujer de D. Diego de Córdova, primer caballerizo del Rey, y algo descubrió á su escrutinio que lo escribió á su marido, y él lo mostró á su Majestad, y le envió á retener, y quedó más cuidadoso. A los deciocho de Enero le llegó carta del correo mayor Raimundo de Tassis con aviso de cómo el Príncipe le habia pedido postas, y él le habia dicho estaban todas en las carreras, que le serviria en viniendo. Duplicó el mandato, y viéndose apretado envió todos los caballos fuera, y él corrió á dar cuenta al Rey. Azoróse, y porque habia declarado su partida, brevemente llegó al Pardo. Vino allí su hermano D. Juan, y estando en la galería descubrió al Príncipe que venía á buscarle por el retamal con otros cinco derecho á palacio, y salió á ver lo que le queria, porque le hizo llamar para decirnera llegado ya de Sevilla Garci Alvarez Osorio, su guardajoyas y guardaropa, con ciento y cincuenta mil escudos de los seiscientos

mil que le envió á buscar y proveer, y que se apercibiese para en la noche siguiente partir, pues la resta le remitirian en pólizas en saliendo de la Córte. Vino á Madrid el Rey, y al entrar la noche apercibió al Duque de Feria para que viniese con secreto á Palacio con la guarda, y al príncipe Ruy Gomez, al prior D. Antonio y á Luis Quijada. Con ellos baxó, en cerrando á Palacio, al aposento del Príncipe á las doce de la noche. Abrió Ruy Gomez y entró con el Prior y el Duque, y viéndolos su Alteza desde el lecho, dixo: «¿Qué quiere á tal hora por acá el Consejo de Estado?» Y llegóse el de Feria y acabó de tirar la cortina, y el Rey le quitó la espada de la cabecera. Repitió el Príncipe: «No soy loco sino desesperado, ¿quiere V. M. matarme?» El Rey con blandura le dixo no queria sino hacerle bien, se aquietase y volviese en sí. Mandó al prior D. Antonio llevase un cofrecillo de acero embutido de oro que tenía sobre el bufete; y preguntando D. Cárlos para qué le querian, respondió el Rey se le volveria (como se hizo) en sacando los papeles que en él y en un escritorio tenía. Dió su Alteza las llaves, y el Prior los abrió ántes de presentarlos, y rompió los perjudiciales al Príncipe y á sus amigos, supliendo en lo que faltó á la encomienda la caridad sólo para ello poderosa. Dexó el Rey en prision al Príncipe heredero de tan grande monarquía, sujeto á otros el que no lo era á la razon. Dió parte del hecho á sus Consejos y reinos, diciendo sabrian á su tiempo la ocasion, pues debia ser grandísima y del bien comun, no le diesen pésame ni hiciesen oficio por el Príncipe; era su padre y sabía lo que á todos convenia. Lo mismo mandó sinificar á los embaxadores, especialmente al del Emperador y al Nuncio del Pontífice.

(1) Dixeron muchos con admiracion en la Córte y escándalo, conforme á las intenciones en favor del Rey y del Príncipe. Mirábanse los más cuerdos sellando la boca con el dedo y el silencio; y rompiéndole, unos le llamaban prudente, otros severo, porque su risa y cuchillo eran confines. El Príncipe, muchacho desfavorecido, habia mal pensado y hablado con resentimiento, obrado no; y sin tanta violencia pudiera reducir (como sabía á los extraños) á su hijo sucesor inadvertido. Otros decian era padre y de gran consejo, y que fuerza grande le arrebató y necesitó á tal determinacion. Otros, que son los príncipes celosos de los que les han de suceder, y les desplace el ingenio, ánimo gallardo y espíritu generoso y grande de los hijos; y que quien los teme, mejor temerá los súbditos, y que los aseguraba el darles con templanza parte del gobierno. Otros, que por mala naturaleza los herederos son espoleados del deseo de reinar y libertad, y salen ménos leales hechos cabeza de mal contentos, como queria ser el Príncipe de los flamencos. A todos responda la carta que de su mano escribió el Rey á la Emperatriz, su hermana, desta manera:

(1) Año 1568.

«Aunque muchos dias ántes del discurso de vida y modo de proceder »del Príncipe, y de muchos y grandes argumentos y testimonios que para »esto concurren, sobre que há dias que respondí á lo que V. M. me escri»bió, lo que habrá visto, y entendido la necesidad precisa que habia para »poner en su persona remedio, el amor de padre y la consideracion y jus»tificacion que para venirse á semejante término debia preceder, me ha »detenido buscando y usando de todos los otros medios, remedios y cami»nos que para llegar á este punto me han parecido necesarios. Las cosas »del Príncipe han pasado tan adelante y venido á tal estado, que para cum»plir con la obligacion que tengo á Dios, como príncipe cristiano, y á los »reinos y Estados que ha sido servido de poner á mi cargo, no he podido »excusar de hacer mudanza de su persona y recogerle y encerrarle. El do»lor y sentimiento con que habré hecho esto, V. M. lo podrá juzgar por »el que yo sé que tendrá de tal caso como madre y señora de todos. Mas, »en fin, yo he querido hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia »carne y sangre, y preferir su servicio y el beneficio y bien universal á las »otras conslderaciones humanas. Las causas antiguas como las que de nue»vo han sobrevenido, que me han constreñido á tomar esta resolucion, son »tales y de tanta calidad, que yo no las podré referir, ni V. M. oir, sin re»novarle el dolor y lástima; demas de que á su tiempo las entenderá V. M. »Sólo me ha parecido advertir que el fundamento desta mi determinacion »no depende de culpa ni desacato, ni es enderezada á castigo, que (aunque »para esto habia materia suficiente) pudiera tener su tiempo y término. Ni »tampoco lo he tomado por medio, con que por este camino se reformarán »sus désórdenes: tiene este negocio otro principio y raíz, cuyo remedio no »consiste en tiempo ni medios, que es de mayor importancia y considera»cion, para satisfacer yo á las dichas obligaciones que tengo á Dios. Y por»que del progreso que este negocio tuviere, y de lo que en él hubiere de »quedar, á V. M. parte y razon se le dará contínuamente; en ésta no hay »más que decir de suplicar á V. M. como madre y señora de todos, y á »quien tanta parte cabe de todo, nos encomiende á Dios, el cual guarde á »V. M. como deseo. De Madrid á ventiuno de Enero mil y quinientos y »sesenta y ocho.»

Si el fundamento no depende de culpa, ni es enderezado á castigo, como dice, ¿hay para ello suficiente materia? Es de notar que le tenía por defetuoso en el juicio. El Rey, por instrucion fecha á dos de Marzo mil y quinientos y sesenta y ocho, refrendada de Pedro de Hoyo, dirigida á Rui Gomez de Silva, le mandó tuviese gran cuenta con el tratamiento y servicio del Príncipe, proveyendo muy cumplidamente su comida, vestido y aseo de su cámara, en que le dexó recogido, tratándole y asistiéndole en su presencia él y los caballeros señalados para servirle y guardarle con el acatamiento y respeto que se debia á su persona, sin que en ello hubiese

mudanza, pues era justo y su voluntad. No habia de salir del aposento señalado, ni le daba facultad y comision para permitir, disimular ni alterar en ello, y su puerta estuviese en el dia y noche entornada y no cerrada, y como ahora estaba puesta. Asistiesen siempre en su guarda, servicio y entretenimiento el Conde de Lerma, D. Francisco Manrique, D. Rodrigo de Benavides y D. Juan de Borja, D. Juan de Mendoza y don Gonzalo Chacon, y otros no habian de entrar sin expresa licencia de Su Majestad, sino el médico y el barbero cuando los llamasen siendo menester, y el montero que habia de acudir á las cosas del ordinario servicio. Durmiese allí el Conde de Lerma, ó por su impedimento otro de los caballeros, y uno dellos velase, mudándolos y repartiéndolos, y en el dia hasta la hora de dormir estuviesen; porque saliendo el uno á lo que le fuese mandado quedase otro, con que estaria servido el Príncipe y entretenido. Lo que mandase se habia de cumplir y hacer, no el receibir ni dar recado fuera de la cámara sin licencia de Su Majestad, ni en la comunicacion tener otras práticas sino las que para su servicio fuesen menester, excusando particularmente las de su negocio y causa, en que no se habia de responder á lo que quisiese saber, porque no sería de efeto y podria dañar. Y así al Príncipe lo dixesen Ruy Gomez y ellos cuando se metiese en semejante materia. Lo que se hablase allí se habia de entender por todos los presentes y tenerlo en secreto, por excusar celos y competencias y otros inconvenientes que dello podrian nacer y recrecer, especialmente lo que el Príncipe hiciese y dixese que no se habia de referir fuera sin licencia y órden del Rey, procediendo con mucho advertimiento y recato, y debaxo del juramento y pleito homenaje hecho y fidelidad que debian á Su Majestad: y si alguno lo hiciese, el que lo oyese ó entendiese quedase obligado á advertirle dello. No tuviesen espada ni otras armas, como era razon y decente y del respeto que se debia, pues no las tenía el Príncipe. Se le dixese misa en el oratorio por los capellanes señalados, y la oyese desde su cámara por la parte que ya estaba ordenado, y le asistiesen á lo ménos dos caballeros. Para rezar se le diesen las horas, breviario y rosario que pidiese, y libros solamente de buena dotrina y devocion si quisiese leer y oir. La comida truxesen los seis monteros diputados para la guarda y servicio de Su Alteza hasta la primera sala, y desde allí la sirviesen los caballeros, y á la puerta del cancél, en la segunda cámara, esperase un montero á tomar los platos. Todos sus compañeros durmiesen de noche y asistiesen de dia en la cámara y parte diputada para esto, velando como estaba ordenado y debian por juramento general de sus oficios y del particular, que les tomaria Ruy Gomez en la forma dispuesta para lo que les estaba cometido, y cumplimiento de lo que les mandase. Asistiesen dos alabarderos en la puerta dentro del cancél que salia al patio, abriendo y cerrándola á los que por órden de Ruy Gomez les fuese mandado, sin dexar entrar otra persona sin

advertírselo primero, y en su ausencia al Conde de Lerma, ó á cualquiera de los otros caballeros que asistian al servicio del Príncipe. Ordenase á los lugartenientes de la guarda española y alemana de parte de Su Majestad pusiesen fuera del cancél ocho ó diez alabarderos, para que asistiesen tambien á la puerta de las Infantas, y dos en el aposento de Ruy Gomez desde que fuese abierta la principal de su Palacio hasta las doce de la noche en que cerrasen la de la cámara del Príncipe, y encomendada por Ruy Gomez á los monteros la guarda della, velando en la manera que se habia dicho, y dos donde dormia Ruy Gomez. Tuviese cada caballero para su servicio solamente un criado y de mucha confianza, y todos guardasen la instrucion precisamente debaxo de la fidelidad por juramento y pleito homenaje particular hecho sobre aquel caso. Y no se cumpliendo, Ruy Gomez ó los caballeros diputados lo advirtiesen á Su Majestad por obligacion que les ponia para ello, para que proveyese lo conveniente. El disponer en las demas cosas dexaba al arbitrio de Ruy Gomez de Silva, á cuyo cargo habia de ser la guarda y regimiento del Príncipe y de todo lo que á ello tocaba; y así lo que ordenase cumpliesen los caballeros y monteros, como si el Rey lo mandára.

La instrucion les fue leida y notificada á los caballeros nombrados ante el secretario Hoyo, y juraron y prometieron de cumplilla en todo como en ella se contenia, y lo mismo los ocho monteros Bartolomé Negrete, Pedro Salinas, Evangelista Marañon, Sancho de Angulo, Hernando Ortiz, Diego Zorrilla, Juan Sarabia de Mercado y Juan Carral, y se actuó en forma. Hizo una junta del cardenal Espinosa, Ruy Gomez de Silva y el licenciado Birviesca, de su Consejo de Cámara, para causar proceso justificando la prision y causa del Príncipe. Envió al archivo de Barcelona por el que causó el rey D. Juan II de Aragon contra el príncipe de Viana Cárlos IV, su primogénito, y mandóle traducir de catalan en castellano, para ver cómo estaba fulminado y causado. Ambos están en el archivo de Simáncas, donde en el año mil y quinientos y noventa y dos los metió don Cristóbal de Mora, de su cámara, en un cofrecillo verde en que se conservan. El Rey casi extinguió con general reformacion la casa de su hijo, y habia reducido la clausura de la suya á la del más encerrado monasterio; que no desconviene al Príncipe considerar sus cosas en la imperfeccion humana. Pues Augusto César, cuando pareció habia dividido el Imperio con Júpiter, tras tanto terror y admiracion que traia tanta potencia, no pudo huir de los agravios de la fortuna por la calidad de vida que empeoraron sus damas. El uso de servir públicamente á las de Córte la llena de entretenimientos, gustos, galas, ornamentos; mas es peligroso manejar vidrios y dar ocasion de tragedias famosas, acaecimientos notables, violentas muertes por los secretos executores reales no sabidas, y por inesperadas terribles, y por la extrañeza y rigor de justicia, despues

de largas advertencias á los que no cuidando dellas incurrieron en crímen de lesa majestad.

CAPÍTULO XXIII.

Da el Rey sucesores á D. García de Toledo en el vireinato de Sicilia, y cargo de general del Mediterráneo.

Muchas veces se hallan, mirándolo con atencion, ó casi siempre en un estado, los sucesores diferentes de naturaleza del predecesor por la disparidad de la edad; y porque la cualidad del primero, por buena que sea, por cierta natural hartura desplace, pues todo cansa y más si es uniforme: un mismo manjar á dos dias enfada, y un camino, si es llano y largo, cansa, y el áspero mata: y no se halla cosa del todo al parecer de todos buena, ó sin parte de mal por el ódio por quien uno parece opuesto al predecesor, y lo más acepto. Sucede en los Reyes y en sus ministros el tener por más agradable el gobierno nuevo contrariando á la regla más general y recibida á el loar (y no siempre con razon) los antiguos tiempos, acusando los presentes, donde ya no pueden envidia, ódio, amor, como no valen ya á ofender como lo presente, y moviendo esto es fuerza loar lo otro, aunque sea contra razon. Porque los escritores bien gratificados, arrimándose á la fortuna que ven y obedecen, magnifican lo que puede causarle gloria y aumento para engrandecerla, y áun el valor de sus enemigos vencidos, de manera que de todo se admiren los venideros. Don García de Toledo, visorey de Sicilia, daba poca satisfacion á los súbditos con su gobierno, aunque lleno de justicia y santa intencion; y así menudeaban quexas al Rey, y asistia á su presentacion D. Juan de Vigliarod, quexoso y encontrado con D. García sobre el gobierno de las cosas del mar. Avocó á sí absolutamente la determinacion de las causas patrimoniales, y cerró el despacho de hecho, y la puerta de los pagamentos casi á todos. Si bien convenia al servicio del Rey, dado aviso en España y malignado el hecho y el intento calumniado, le dieron por sucesor al Marqués de Pescara, celoso de la paz y del bien comun del reino. Procuróle con todo cuidado, pareciéndole importaba más que á sus predecesores (por ser italiano) y tener inocencia de vida, si no interés, inteligencia del gobierno en sí y en los ministros instrumento del manejo de los negocios. Eligió para su consejero privado uno al parecer (si no sincero) inteligente y diestro; mas en el hecho inorante, arrogante, corrector de los oficios de otros, litigioso, deseoso de traer la mano sobre la justicia y patrimonio, que es la Hacienda real, con modos violentos

y descorteses, con que comenzó á desordenar la consonancia del gobierno, con extremo dolor de todos sus oficiales. Encontróse con D. Pedro Velazquez, conservador del patrimonio, ministro por capaz y limpio de buena opinion, y vino á la Córte á quexarse, volviendo inútil la intencion y limitacion del Marqués cerca de la gracia del Rey.

Selin, sultan de los turcos, habiendo cesado de guerrear contra Hungría, deseoso en imitacion de su padre de hacer memorable su entrada á reinar, labraba galeras y muchas máquinas de mar. Venecianos temian y fortificaban sus islas y Esclavonia; el Rey Católico á Malta y á la Goleta, y crecia el número de bajeles de remo para oponerse al ímpetu turquesco, y defender el Mediterráneo y á Italia. Habiendo sacado de ser virey de Sicilia á Don García de Toledo, cesó el fin para que le encomendó la armada, y por hallarle viejo y oprimido de la parlasía le exoneró, y encomendó su real estandarte á D. Juan de Austria su hermano, disponiendo su hábil y gentil mocedad para grandes cosas en beneficio de la cristiandad. No se puede conocer el talento natural de un Príncipe tan bien como en el arte militar. Muestra la determinacion, gobierno, suerte en los hechos de armas, adquirir señorío y riquezas con peligro, hambre, sed, necesidad, frio, calor, con que se hallan en la vejez llenos de ciencia para regir las provincias, y con la valentía y prudencia con que ganaron los bienes, conservan la República, guardando justicia y condoliéndose de las necesidades. El que se ha exercitado en alguna empresa descubre lo que es en sí misma como sujeta á varios accidentes. No se nace con la experiencia, y á los que dan muestra de valerosos y bien inteligentes conviene ocuparlos poco á poco, para que aprendan á ser magníficos, templados, fuertes, liberales, prudentes, con gravedad en las palabras, fe en las promesas, discurso con advertencia, mostrarse á sus soldados en la vista alegres, serenos, agradables, humanos, guardando el decoro y grado conveniente á su dignidad; de manera que la familiaridad no los haga poco obedientes, y la severidad y dureza enemigos; y sobre todo que sean elocuentes para hablarlos juntos, reduciéndolos á concordia, obediencia, ó animándolos para pelear. Porque aunque entienda el capitan discurra, juzgue bien (que se llama razon), há menester oracion, facultad de explicar lo que siente con policía en várias lenguas, por la diversidad de naciones, con que quita el temor, enciende el ánimo y le acrecienta, descubre los engaños, promete premios, muestra los peligros, el camino de salir dellos, reprehende, ruega, amenaza, loa, vitupera, llena de esperanza. Pareció que el Rey enseñaba á su hermano por lo más difícil, que es el manejo del mar y sus acciones; porque si bien la guerra terrestre tiene más fuertes, y los capitanes facilidad por la variedad de sitios y ventajas en asechanzas, sol, viento, polvo, puesto, la de mar ha menester más vigor de ánimo, determinacion en sí, y en los que gobiernan los navíos en guerra más cruel, en que traga, abrasa, consume

el hierro con firmeza forzosa para salvarle cada soldado. Con el nombramiento tan calificado muchos nobles siguieron el estandarte, y para ocupar los más principales dividió las galeras de España en cuaternios, que llamaron cuatralvos vulgarmente, porque gobernaban cuatro baxeles, y la Real Capitana se encomendó á D. Juan Sanoguera. Esto dió gran nombre á las resoluciones y fuerzas del Rey; y así algunos cosarios se recogieron á Argel, para asegurarse con su armada, y por esto fue más de advertir que de temer la de Constantinopla, que segun fama baxaba al mar Jonio. Hizo el Rey lugarteniente de D. Juan á D. Luis de Requesens, embaxador de Roma, y en su lugar entró en ella D. Juan de Zúñiga, su hermano. Para gobernar su casa y persona dió instrucion escrita de su mano, con que podia ser buen cristiano, gran señor, gran soldado. Decia:

«Tuviese á Dios siempre por fundamento, principio y fin de sus cosas, »consejos, empresas, navegaciones, siendo buen cristiano en el efeto y apa»rencia, para que le honrase y creciese su estimacion. Frecuentase los Sa»cramentos y la oracion, oyese misa cada dia y navegando, si pudiese. Su »verdad y cumplimiento de su palabra conservase su crédito importante á »los Gobernadores, y más cuanto mayores en nacimiento y cargo, para la »fe y seguridad pública y mejora de su nombre y fortuna. Usase con igual»dad la justicia con el rigor y exemplo que requerian los casos, teniendo »constancia y clemencia cuando conviniese, propia virtud de las personas »de su grado. No fuese el castigo por su boca y manos evitando injurias. »Tocaba á su autoridad y estimacion aborrecer con demostracion y evitar »los lisonjeros para ellos torpes, y de vergüenza y ofensa para quien las oye, »y el decir mal en su presencia. Le encomendaba la honestidad de su per»sona en las práticas y en las obras, porque de su falta y ecesos nacian incon»venientes para la pública paz, y mal exemplo á los que le atendian. En »el tratamiento afable, apacible, de buena acogida, tuviese decoro conve»niente á su oficio y calidad, y gravedad con blandura, y modestia con au»toridad, que daban reputacion y veneracion. Cuando no navegase se ocu»pase en loables exercicios sin gasto, habilitándose en las armas y los suyos »para los efetos.»

El Embaxador de España procuraba quitar la alteracion que al Emperador causó la prision del Príncipe su sobrino, y que esperaba para yerno; porque condenando la determinacion del Rey su padre pedia con instancia su libertad, y vuelta de sus hijos á Alemania. Don Juan de Austria llegó á Cartagena á treinta de Mayo, doude le aguardaba el Comendador mayor de Castilla su teniente, y le hospedó. A dos de Junio, juntos en Consejo Su Ecelencia, D. Luis de Requesens, D. Alvaro Bazan, D. Juan de Cardona y Gil de Andrade, se trató del navegar, conforme al órden del Rey, á encontrar las flotas de Indias, y porque la armada del turco baxaba al poniente para socorrer las marinas que acometiesen en los reinos de Nápoles

y Sicilia, fuesen las suyas y las que traian algunos particulares á sueldo á juntarse con las de Juan Andrea Doria en Génova, á quien el Rey encomendó el gobierno de las que habian de ir á Sicilia. Para que fuesen bien armadas tenian de llevarles las compañías de infantería de Melgarejo y de D. Diego Osorio, porque sin estos soldados que metieron en las galeras, quedaban faltas de gente las treinta y tres con que habia de correr las islas y costas D. Juan, limpiándolas de cosarios. Para reforzarlas escribió al Marqués de los Velez, al de Mondejar y al Conde de Monteagudo, que el primero á Cartagena, el otro á Málaga, el tercero á Gibraltar enviasen cada docientos soldados de la milicia. A tres de Junio partió, y desde Denia avió las once galeras á Italia, y en la isla de Santa Pola tomó muestra á la infantería que le quedaba, y volvió á Cartagena con aviso de que navíos berberis venian á llevar un lugar del reino de Granada. Navegó recatadamente hasta dar fondo en Almería á los doce de Junio; pasó á Málaga, y desde la Fuengirola envió á Pedro Baptista Lomelin con cuatro galeras á tomar bastimentos, y fué á Gibraltar. Descubrió á vista de Marbella un navío de alto bordo, y envió á reconocelle en una fragata al capitan Pedro, y refirió habia entrado en San Lucar ya la armada de Indias que iba á recibir. Fué á la bahía de Gibraltar, no sin gran trabajo, y detras del monte ancoró por no ser descubierto de la montaña de Bullanes de las más altas de Berbería en aquella parte, donde estuvo por recio temporal hasta los ventisiete de Junio. Envió una fragata á saber del Gobernador de Ceuta si habia cosarios en su costa, y para que le informase despachó á D. Juan de Alarcon y á su adalid y algunos pilotos, con quien tuvo largo discurso de las cosas de Berbería.

Llegaron las cuatro galeras con los bastimentos, y pasaron todos á tomar otra cantidad y remos en Cádiz por Tarifa, donde se hace el estrecho con las montañas de Bolbenes y Cabos de Plata, y la Almadraba de Zara y rio de Barbate, y cabo de Trafalgar, Almadraba Real de Herviles, y la punta de San Sebastian, y entró en la bahía de Cádiz con quince galeras reforzadas de las cinco que allí dexó. Con pilotos práticos salió á buscar cosarios que decian andaban al poniente, y á la vista de Rota le amaneció sobre la barra de San Lúcar, largó á la mar por el peligro de bajíos, y dió fondo en el rio del Oro ó arenas gordas, donde acuden los cosarios á hacer aguada, porque no hay otro en aquella costa, y volvió á despalmar en el puerto de Santa María. Halló en la muestra ochocientos y once soldados solamente, y escribió al Marqués de Mondejar enviase á Málaga los más que pudiese para reforzar las galeras. Allí en el dia de San Pedro hubo nueva de haber salido de Argel treinta galeras y fustas reforzadas navegando al poniente, y habiendo visitado la casa de las municiones y fundicion de la artillería, castillos y alcazaba, consideró con los práticos el sitio y diseño para el muelle que hizo el capitan Florio, y puerto que se podia hacer, y pareció

bien entendido todo, pero costoso. Para visitar el Peñon zarpó ferros, y resolvió de camino saquear en la costa del estrecho el Casal de Tarraza apartado de lugares que le pudiesen socorrer, y cometió el efeto en la tierra á D. Juan Zanoguera, y al capitan Luis de Acosta con seiscientos y cincuenta soldados, picas y arcabuces, y los habia de desembarcar D. Sancho de Leiva. Fue todo sin efeto, porque el corriente los adelantó para ser descubiertos del Casar, y subir los moradores á la sierra. Llevaron á remolco una carabela con municiones para el Peñon. Para hacer agua en los pozos de Velez, desembarcó gente en tanto que D. Juan verificaba el castillo, y para echar de las montañas los moros tiradores y algunos caballos salió el alcaide con treinta tiradores y escaramuzaron con muerte de un capitan y de un soldado.

Llegaron las galeras á las islas Abucenses y pasaron á las Herrerías en la boca de la cala de los Trifolques, ó de las viñas, estancia segura de levantes, donde vieron una nave surta y dos galeotas gruesas que la prendieron, que navegaban tierra á tierra la vuelta del cabo. Diéronles caza, y no iban léxos, más al doblarle era el mar tan recio y contrario el viento, que en la Real entraba el agua hasta el árbol, y se empeoraba el tiempo cada hora; y así volvió á la nave que habia cargado en la Alicata de Sicilia y aterrado peleando con las galeotas, y muértoles gente. Con viento contrario anduvieron las galeras tempestando toda la noche con harto trabajo, porque el viento corrió toda la búxola en ménos de una hora, y quedó el levante de manera que se pudo con dificultad aferrar en aquella costa, y forzó á volver á la cala donde estuvieron dos dias. A los nueve de Julio á la tercera guardia, habiendo dado órden que remolcasen la nave hasta Melilla cuatro galeras, ancoró en su puertezuelo y la visitó y ordenó algunas cosas para su gobierno por quexas de la guarnicion. Envió la nave á Cádiz con guardia y marineros, fué á la laguna, puesto seguro, y buscando á Orán, aunque con viento contrario, dieron caza á dos galeotas la Real y su patrona y la capitana de Vindinelo; y la una se alargó, y la otra dió en tierra junto á una peña, y comenzaron los turcos á desferrar los cristianos del remo y sacarlos con la ropa, en tanto que la Real tardó en arribarla dos ampolletas. Los cosarios echaron gente por detrás de una torrecilla en través de la galeota á medio tiro de cañon, y tiraron de mampuesto con escopetas, forzando á detenerse la Real y considerar el modo de tomarla. Para impedir el acabar de sacar lo que habia quedado dispararon las galeras su artillería, hasta que un cristiano que huyó dixo á D. Juan el intento y órden de la defensa de la galeota, y pareció se esperase las galeras, que las más cercanas distaban quince millas. Fueron en esquifes arcabuceros á tierra contra los tiradores de la torrecilla, y habiéndose mostrado algunos caballos y peones que pasaban á impedirles el paso, se embarcaron con poca reputacion. Don Juan mandó á D. Juan Zanoguera, que amparando á

los esquifes una galera, cercasen la galeota y le diese cabo el capitan Luis de Acosta con su galera, y las demas las proas á la tierra tirasen á la torrecilla. Los turcos se retiraron, porque los de los esquifes con esmeriles en las proas tiraban reciamente, y dado cabo á la galeota la sacaron al tiempo que por la montaña de poniente baxó buen número de caballería é infantería á socorrella. Poco hallaron, sino algunos cristianos muertos á cuchilladas, que por estar sin espíritu de cansados de bogar no podian salir della, y sólo siete se salvaron, y el uno de los presos en la nave, que se halló en Trifolques, y dél se entendió habia dos dias que la tomaron los cosarios cuando se la quitó D. Juan, con que la diferencia cesó sobre si competia á su Excelencia, ó á particular. Visitó á Orán y Marzaelquivir, y los prácticos alabaron su nueva fortificacion, y en doce horas arribó á Cartagena, y desde allí buscando cosarios por Denia é Ibiza á Mallorca, ciudad de buenos edificios, sitio y muralla, y visitó el castillo y la milicia, y atravesó á España por los Moncalabretes y Peníscola, y entró en Barcelona, y escribió al Rey lo acaecido y hecho en su viaje.

LIBRO VIII.

CONTIENE LA GUERRA DE FLANDRES,

RECOGIMIENTO Y MUERTE DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS,

LA GUERRA

CONTRA LOS MOROS DEL REINO DE GRANADA,

SOCORRO QUE JUNTARON PARA CIPRO

EL PONTÍFICE, EL REY CATÓLICO Y VENECIANOS, LIGA QUE HICIERON CONTRA EL TURCO,

CASAMIENTO

DEL MISMO REY CON LA HIJA DEL EMPERADOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Madama Margarita parte de Flandres y los españoles rompen á los rebeldes junto á Mastrich.

Madama Margarita pidió (como escribí) licencia al Rey su hermano para ir á descansar á su ciudad del Aguila, y diósela y grande ayuda de costa. A treinta de Diciembre partió de Bruseles con su hijo y nuera, y baxó á Italia. En este tiempo el Príncipe de Orange revolvia á Alemania en su favor y á Francia, donde Mos de Vilers, su sobrino, recogia tres mil hombres, y la caballería alemana despedida por el Rey y por los huguenotes por la paz que hizo, y caminaba á Lieges. Allí acordaron los de su Consejo de alterar los Países y dar ánimo á los que deseaban rebelarse, metiendo tropas y banderas en Frisia, y para dividir las fuerzas del Duque, enviando á defender las provincias; y si al mismo tiempo acometiese el Príncipe, sin duda sería de mucho efeto la resolucion. Y así algunos rebeldes hacian allí gente de á pié y de á caballo ayudados de Mos de Lumay y el Conde de la Marcha, y tenian trato con los de Huy por medio de Mos de Ruffel y con otros del mismo país, y Mos de Baru tenía banderas arboladas en Esten, dos leguas de Mastrich, villa sobre el Mosa, y

bullia dinero enviado de los enemigos y amigos del Rey. En Frisia el conde Ludovico levaba gente, y todos decian habian de echar de los Estados al Duque de Alba y librar sus amigos. Concertaron el acometer los Países por Mastrich y por las fronteras del ducado de Gueldres y Frisia. Tentando primero la vía del engaño trataron de juntar gente en Saguini, bosque de caza del Rey, á media legua pequeña de Bruseles, y saliendo de noche y ganando fácilmente una puerta, entrar y romper la compañía de guardia del Duque con todo el golpe de la gente, y preso ó muerto revolver sobre los cuarteles de los españoles y degollarlos. El acuerdo bien hecho detuvo la execucion peligrosa, y entendido previno el Duque en el acometer. Mandó á D. Sancho de Londoño que de Liere sacase su tercio y le llevase á Mastrich, y á Sancho Dávila su compañía de lanzas y la de Nicolao Basta albanés, y la de arcabuceros á caballo de Pedro Montañés, para que rompiesen al enemigo en Esten juntos con cuatro compañías de alemanes del Conde de Ebestayn coronel que guarnecian á Mastrich. Ordenó al prior D. Hernando enviase desde Tornay á su teniente D. Lope de Acuña, donde estaba alojada la mayor parte de la caballería, al Liegés para cubrir la frontera contra la caballería alemana que venía de Francia. Habian partido ya los enemigos de Esten, cuando llegó Sancho Dávila, y reforzado con los trecientos alemanes coscletes los siguió. Procuraron los rebeldes de noche (diciendo eran soldados del Rey) entrar en Roremunda, plaza importante, por ser frontera de Gueldres para el Clevés, entre los rios Mosa y Bura, con sitio para fortificarse y abundante de vituallas, por donde se navega el Mosa, saliendo al condado de Holanda y Zelandia. No siendo admitidos pusieron fuego á las puertas, y resistidos de una compañía del Conde de Meghen y de algunos vecinos, y advertidos de la venida de los españoles, rompido el puente sobre el Rura para no ser seguidos, huyeron á Dalen, villa del ducado de Cleves. Llegó Sancho Dávila á Roremunda, y hubo pareceres de no seguillos; pero díxoles mandó el Duque degollarlos para atemorizar á los demas y dar reputacion á sus armas en el principio de la guerra, y para que no se juntasen con otros. Halláronlos entre Dalen y Erkelens, y rompieron por frente el escuadron enemigo en sitio fuerte, con gran daño por donde embistió la caballería furiosamente: huyeron muchos á un bosque cercano con pérdida de dos banderas y casi de todos sus caballos. Mil y trecientos infantes por camino estrecho llegaron á las murallas de Dalen, y se fortificaron en un rebellin y en el foso con buenos reparos de tierra y de sus carros á la entrada de dos caminos. Sancho Dávila los rodeó, y avisó á D. Sancho de Londoño para que caminase con la infantería. A las cuatro de la tarde reconoció el sitio, y puso los alemanes en escuadron de la otra parte de la tierra para cerrarles la huida, y con seiscientos españoles de sus cinco banderas peleó media hora, ganó el rebellin y degolló los que le tenian, y por escalas en-

traron en la villa pocos de los mil y trecientos. Ganó nueve banderas, el bagaje con gran número de coseletes, picas, arcabuces y otras armas que llevaban en carros para armar los vecinos de Ruremunda, y conservar el paso y entrada en los Estados de los alemanes del Príncipe de Orange. Murieron dos mil rebeldes y doce españoles, y cincuenta dellos fueron heridos con el capitan D. Francisco de Vargas. La buena diciplina dió la vitoria, y el enviar y executar brevemente, el cortar el hilo de su rebelion y junta de gente y armas.

Sacaron de Dalen los rebeldes en prision sin desórden ni revuelta, y volvieron á descansar á Erkelens, tierra de su Rey. Sancho Dávila llevó los prisioneros á Bruseles, y el Conde de Ebestayn sus alemanes á Mastrich, D. Sancho de Londoño entró en Roremunda para reforzar la guarnicion, y ahorcó los prisioneros que hubo deste lugar. Por la peste dexó gente en Benló y Grave, y las compañías del presidio de Tornay en las aldeas, y de allí pasó á Mastrich, y el Conde de Meghen á Aerhnen. Fué en defensa del castillo de Boxemer, porque caia en su gobierno sobre el Mosa, paso dél para los Países desde el Ducado de Gueldres y el de Cleves, de quien solia ser frontera, y le querian ocupar mil rebeldes que estaban en el Cleves. Envió en su ayuda el Duque á Andrés de Salazar y á D. Gonzalo de Bracamonte con ocho banderas de su tercio que sacó de Oudenarden y Bolduque, porque con cuatro de su regimiento habia entrado de guarnicion el Conde de Lodron, y tambien la compañía de á caballo de D. César Dávalos, y órden á D. Lope de Acuña, para que le acompañasen la de D. Rui Lopez Dávalos, y la del conde Cárlos Martinengo. Los enemigos en barcas abiertas por el rio pasaron á entrar en Grave, lugar del Príncipe de Orange, aunque por empeño. Ganaron la puerta de la ribera que guardaban los vecinos, y entraron más de setecientos, y señorearon la villa y sus dos castillos. Para recuperarla el Conde de Meghen avisó á D. Gonzalo de Bracamonte pasase el Mosa y la Wad, uno de los tres brazos del Rhin por la parte de Brabante, donde está la villa, y la sitiase, que él iria á la contraria parte dispuesta para ser batida y traer artillería de Ecthen y Niemeghen. Habiendo pasado el Mosa con la caballería avisó el Conde la presa de Grave á D. César Dávalos, y que volviese á acompañar á don Gonzalo para sitiar la villa, donde por no haber en su cuartel ribera serian de mayor servicio los caballos. Los enemigos desampararon á Grave y huyeron á Gueldres, y siguiólos el Conde sin alcance. Don Gonzalo dexó una compañía en guarda de Grave, y las siete alojó en su contorno en la ribera del Mosa. Don César con la caballería vino á Bolduque. El de Alba escribió al Rey luégo, y contento y agradecido le respondió, y á Sancho de Avila honró así:

«Capitan Sancho Dávila, nuestro castellano de Pavía, muchos dias há »que tengo particular noticia de vuestra persona y servicios; mas el que úl-

»timamente me habeis hecho en la rota de las compañías que entraron en »esos Estados, y lo que el Duque de Alba me escribe de vos me ha sido »tan agradable, que he querido sinificarlo y agradecéroslo por ésta, para »que sepais que lo tendré en memoria para haceros favor y merced en las »ocasiones que se ofrecieren, segun que os lo dirá más largo el Duque, á »quien me remito. De Aranjuez, á ventidos de Mayo mil y quinientos y »sesenta y ocho.»

CAPÍTULO II.

El Conde Ludovico en Frisia rompe y mata al Conde de Aremberg.

Con seis mil infantes y algunos caballos tiranizaba en Frisia el Conde Ludovico de Nassau, cuando fueron degollados en Dalen sus secuaces. Rebelaba la provincia y fortificaba á Wede, castillo del Conde de Aremberg, entrada para Groeninghen, desde Frisia oriental á la occidental, donde está, y á Dam y Delfz, puerto en el canal, que allí hace el mar, poco despues de haber en él vaciado el Ems, ó Amasis, ó Amasio rio, abierto por haber sido asolado en el año mil y quinientos y treinta y seis por George Eschenc, baron de Tavocmburg, general del emperador Cárlos V en la conquista de Gueldres. Habia el Conde de Aremberg llegado vitorioso de Francia con los mil y quinientos caballos, con que socorrió el Duque de Alba al rey Cárlos IX, y por estar en la provincia de su gobierno el conde Ludovico, guardando el Duque la juridicion y autoridad á los gobernadores de las provincias, y ser Maestre de campo general en Flandres, le ordenó fuese con cinco banderas de su coronelía á deshacer á Ludovico, y á D. Gonzalo de Bracamonte en Groeninghen se juntase con él con su tercio, y al Conde de Meghen con cuatro compañías de su coronelía y las tres alojadas en Bolduque de caballos, á cargo de D. César Dávalos, pues era suficiente cuerpo de gente. Unido el de Aremberg con D. Gonzalo, descubrió á Ludovico, y escaramuzando la arcabucería española con ellos se cerraron en Dalen. Ludovico los sacó y alojó cerca de la abadía de Heiligherlee, que suena lugar santo de monjas premostenses, levantado á manos por los fundadores, eminente á las lagunas y pantanos con que se inunda la tierra. El de Aramberg quiso rompellos y vengar los daños que recibieron sus lugares, aunque le avisó el de Meghen sería con él en la siguiente noche, y ganar sólo la vitoria de gente flaca y que huia, y quitarles comodidad y tiempo de fortificarse y alargarse. Con largo paso los descubrió en buen órden, conociendo serian cargados, y en

escuadrones las espaldas á un bosque, á la frente muchos atolladeros y hoyos; sobre la izquierda, en una loma, una manga de arcabucería suelta muy grande, entre ella y el bosque y los zumadales; en un llano dos escuadrones guarnecidos de su arcabucería, el uno mayor que el otro, que tendrian dos mil y ochocientos, sin los costados; la caballería sobre la derecha de su infantería, con la frente al camino, que traian los realistas á tiro de arcabuz al fin de los pantanos, arrimado al bosque, que llegaba hasta la punta de la loma. Tiene la Frisia espesas acequias por comodidad de llevar las mercaderías y desaguar los campos en lo más del año bañados y navegables, y así estériles, si no en pastos hermosos á la vista, en llanos. Defiéndense los lugares y caminos de las inundaciones con valladares de arcilla, y la tierra se arma de corteza de un pie á veinte de cantero, cuanto más honda ménos extendida. Sacada líquida, el sol y el aire la candecen, y con nombre de turba sirve en vez de leña. Las fosas cubren agua y yerba, y sin diferencia hacen el campo dudoso y peligroso á los no cursados en caminalle. Destas cavas el sitio de Ludovico estaba cercado.

El de Aramberg, reconociéndole, mandó traer algunas piezas de campaña para batille, en tanto que la arcabucería española en la vanguardia escaramuzaba con la manga suelta del enemigo. No podia batir bien por la loma que cubria el menor escuadron, y mudándola con algunos golpes, comenzaron á removerse paloteando con las picas. La manga se retiró, y sin tener hecho escuadron los del Conde, docientas picas arremetieron sin reconocer los pantanos y hoyos contra buena diciplina, despreciando á sus enemigos. Mostrábales el peligro el Conde, prático en el terreno, y aconsejaba esperasen al de Meghen y á la caballería que podia ser de servicio atravesando los atolladeros y escaramuzando entretuviesen los rebeldes. A la resolucion prudente calumnió la ceguedad de los imprudentes asaltadores, con que daba tiempo á sus naturales para salvarse, y en pequeñas hileras cayendo á cada paso, cortándose y desconcertándose con los pantanos y cavas, que interpuestas, impedian el darse la mano y socorro, embistieron. No podian hacer pié, resbalando al moverse el paso en los atolladeros, y por obstinacion no desamparaban lo hollado, caminando por lugares impedidos, sin poder diferenciar los inciertos y peligrosos de los firmes y seguros, ni el cobarde y para poco del valeroso y diligente, ni del sabio el imprudente, ni del caso el buen consejo; y como suele pensar cada uno en tales tiempos, y apresurar su negocio con orejas cerradas y los piés espaciosos en obedecer los mandamientos del Conde, no los atendian. Los enemigos, viéndolos en desórden y metidos en el cieno y fosos, y que unos á otros se impedian, ántes que pasasen los pantanos no se movieron, sino cuando ya comenzaban á pisar la campaña firme. Ludovico los cargó, rompió y mató muchos, y el de Aremberg cerró en último trance y consejo, tentando la fortuna con su determinacion, con la caballería poca

contra la enemiga, en número de diez para uno. Encontró con Astolfo, caballero della, tercero hermano del de Orange, y peleando valerosamente le mató y á otros que le rodearon, hasta que mal herido, muerto el caballo, oprimido con el peso de las armas y con la gota en un pié, débil peon se arrimó á la puerta de un prado, donde combatiendo con la espada y el valor y ánimo con que siempre se señaló, cedió á la multitud, y entregó la vida á su hierro y los de á caballo que le asistian. Murió en su oficio como buen caballero, experto y de gran nombre en la guerra, fiel á Dios y á su Rey, buen gobernador en las provincias que administró, por la desobediencia y temeridad de unos ignorantes españoles, merecedores del castigo que les dió su desprecio del enemigo con muerte de cuatrocientos y de los capitanes D. Alvaro Osorio, Juan Paez de Sotomayor y Periche de Cabrera, natural de la ciudad de Baeza, y siete alféreces. Las cinco banderas de alemanes juraron rendidas de no servir al Rey en seis meses, y se salvaron. De los enemigos murieron quinientos, y no siguieron el alcance executando, porque sonando un trompeta de algunos caballos con que Andrés de Salazár llegaba, entendieron era el Conde de Mega, que estaba una milla italiana cuando se comenzó á combatir. Recogió los desbaratados, y avisó al de Meguen del desastre, y alojaron á legua y media de Ludovico en Zuibroeck, donde acudieron hasta mil españoles. Metiólos en Groeninghen, aunque habia cuatro banderas de alemanes de la coronelía de Escamburg, por haberse rebelado, evitando su levantamiento segundo y acometimiento de Ludovico, que por ser llave de la Frisia la deseaba ganar y sospechosa en el trato con él. Algunos soldados españoles se recogieron en aquella noche en caserías y aldeas, y los villanos los mataron, y á otros llevaron al conde Ludovico. Entrególos á su infantería para que los arcabuceasen, y diesen otras muertes de gran crueldad, haciendo mala guerra, habiendo dado libertad á los italianos y valones. Tal era el ódio que tenian contra esta nacion, que nunca los ofendió, sino defendia la religion católica, profesada de sus provincias y padres. Pasados pocos dias la sitió, y se fortificó á tiro de cuarto de cañon de la muralla, con buena trinchea y foso de la acequia Dansteldiep hecha á mano, que va á Dan, y señoreó la abadía de monjas del Waert, poco ménos de una legua de Groeninghen y de unas casas de la campaña.

CAPÍTULO III.

Refuerza al Conde de Meghen el Duque de Alba, y desembarázase para ir á Frisia.

Sabida la rota del Conde de Aremberg, el Duque de Alba, considerando daria la vitoria á Ludovico crédito y séquito, y si crecia dificultaria la guerra de Frisia ya considerable por la satisfacion y reputacion y por la importancia de la provincia y de Groeninghen, para mantenerla mandó que en tanto que él se desocupaba para ir á ella, reforzasen al de Meghen con seis banderas de walones de su coronelía, cuatro de alemanes de las de Escamburg, mil y quinientos caballos del Duque de Branzuik, caminando desde Deventer, villa de Overissel, plaza de armas de su muestra, y las diez de Mosiur de Hyerge, y las cinco de Mos de Villi, y Chapino Viteli asistiese al Conde hasta romper los rebeldes. Brevemente todos se juntaron en Groeninghen, así nombrada de Grunio, capitan troyano, que dicen la fundó y dió nombre á la provincia de Frisia, de Frigia su patria: otros tienen que Frigo, hijo de Alano, hermano de Mesa, nieto de Sen. En las cosas antiguas de fundaciones de pueblos y de provincias toma licencia la ficcion de los que las quieren ilustrar y engrandecer con extraordinarios principios: y así atribuyen tantas poblaciones á los troyanos, que habian de ser en número grandísimo, contando el menor las historias. Tanto puede el abuso del deducir de las etimologías los nombres de los fundadores. Antiguo reino fue, desde la entrada del Rhin en el Océano hasta la címbrica Chersonesso, Tutia ó Denamark superior. Divídese en oriental y occidental, más celebrada, distinta por el Amaso ó Lens á su oriente, y comienza del rio Kuynder, que entra en el seno Zuiderzee, que le parte á su occidente y lago Laceonio, el Océano germánico al setentrion, y su meridiano confina con Trasiselana, cuya mayor parte antiguamente fue Frisia: y así algunos ponen en ella á Deventer y á Utrech en Wesfrisia. Divídese la oriental en el Estado de Dic Woldan, dicho por siete florestas que tiene en el de Westergo y en el de Ostergoe. Su cabeza es Leuwaerden, donde reside la Cancillería, y hay un fuerte castillo. El de Groeninghen, dividido del Ostergoe por el rio Lauwersal al occidente, al mediodía el Estado de Drent, al oriente el rio Amaso, al setentrion el Océano germánico. En tres nietos de Toyson, rey de los alemanes, hijo de Mano, se repartió Alemania, contenida entre el Océano germánico y los rios Danubio y Vístula. Ingebon el mayor fue rey de las islas y costas del Océano, y dél se

llamaron sus habitadores ingebones, que son los frisios, cabos, cimbren, chenescos y fossos. Istebon, su hermano, señoreó los pueblos, que llamó istebones, y los de la ribera del Danubio y Rhin, y á su occidental llamaron Gálica, y la habitaban cerca de los celtas, hetvecios, nervios, vangiones, trebocos, boyos, arabis, ossos, trebiros, nemetes, ubios y bátavos, que son los de Holanda: y á la occidental germánica los cattos, matiacos, usipios, tenesteros, bructeros, lamanos, angrebarios, dulgobinos, casuarios y parte de los frisios. Hermion, tercero nieto, reinó en los pueblos mediterráneos, que llamó hermiones, contenidos debaxo de los suevos, como sennones, longobardos, reudiginos, aviones, anglos, hariscos, marcomanos y cuados. Vinieron los frisios debaxo del Imperio, aunque feroces y de grandes cuerpos, por Druso Germánico, y rebeláronse, y con guerra larga fueron subyugados; é imitando á los alemanes, despues se rebelaron y fundaron reino. En tiempo de Rabbodo comenzaron á venir en conocimiento del Evangelio por la predicacion de San Clemente y de sus dicípulos. Destruidos por los normandos tuvieron Condes, á quien se rebelaron muchas veces, hasta que Filipe I dió en feudo aquella provincia á Alberto, duque de Saxonia, y rindió á Groeninghen, que se queria hacer señoría. Rebeláronsele y se entregaron á Cárlos V, emperador y rey de España, conde de Flandres en el año mil y quinientos y ventiocho, con parte de la Frisia oriental hasta el Wisurgo, que es el Estado de las villas de Essens y Witmunda, con muchos lugares en el condado de Lenden, instituido por el emperador Enrique III, y porque los Condes tienen título de Frisia oriental, pretenden tener derecho á las tierras entre el Amasso y Wisurgo contenidas.

Para salir de Bruseles el Duque de Alba disponia la guerra. Mandó á D. Alonso de Ulloa llevar á Bolduque quince banderas que tenía en Gante del tercio de Nápoles, dexando en el castillo las dos, y de Mastrich las de Lombardía, y las diez de Sicilia de Bruseles, cuando diese segundo mandato á Mos de la Cresionere, general de la artillería, sacar diez piezas de batir de Malinas y ocho de campaña y á Mos de Noirquermes apercebir capitanes para levar mil caballos ligeros borgoñones, de quien habia de ser cabo; á D. Lope de Acuña levantar una compañía de caballos españoles; á Juan Baptista del Monte, Jorge Machuca y Aurelio Palermo tres de italianos de los que pasaban de la guerra de Francia; al Conde de Reulx levar diez banderas de walones, y á Mos de Blandeau otra coronelía. Fué á Ambers á ver el estado del castillo, é hizo dar priesa á la fábrica; reforzó las dos compañías de alemanes de su guarnicion con seis de walones, y encomendó su defensa y construccion á Gabrio Servellon. Ordenó que los Consejos fuesen á Bolduque, y algunos sospechosos para que no asistiesen desde Bruseles á los rebeldes que sitiaban á Groeninghen, diciendo se habian allí de tratar negocios particulares. Para no dexar en los Estados cosa

que le diese cuidado y ánimo á los pueblos para nueva conspiracion y enfrenallos, hizo sentenciar, en la gran junta de tumultos en que presidia, las causas de los presos culpados en la rebelion, y de los más principales. Consultó las sentencias con el Rey y le mandó executase. Esto puso terror en las villas donde se habia comenzado á hacer justicia, y admiracion en los mejor intencionados, pareciéndoles que hallándose apretado de los desterrados por tantas partes con voz de venir á poner en libertad sus amigos y confederados, tomaria acuerdo ménos riguroso, y segun la disposicion de las cosas más conveniente con los culpados. Para evitar el peligro de huirse los presos y levantarse con alguna segunda rota los pueblos, mandó traer los Condes á Bruseles desde Gante, dar reputacion á su justicia, ánimo y potencia, y espanto á los pueblos con su muerte. Puestos en la casa real de la ciudad ó villa de Bruseles, como dicen los flamencos, que está en su plaza mayor, á media noche viérnes á tres de Junio, ántes de Pentecostés, les leyó la sentencia el capitan general de la justicia. La causa, decia, permitieron juntas y conjuraciones contra la religion y contra su Rey natural, dar requestas, pidiendo libertad de conciencia, le dexaron seguir en las provincias de su gobierno, trataron de levantar gente para impedir la entrada al gobernador del Rey, con firmas suyas y confesion de sus secretarios comprobado. Sacramentados, puesta la gente española en arma, hecho un cadahalso, á las once del dia degollaron al Conde de Egmont y despues al de Horne, y sus cabezas clavó el verdugo en dos palos. Vista considerable y miserable de tan calificados caballeros, bien reputados y queridos de su Rey, muertos con el cuchillo de un verdugo público por malhechores, y peor llevados de la indignacion por la poca paga (segun ellos decian) de servicios grandes, y regidos de la casa de Nasau, memorable por su traicion y daños que causó á la monarquía cristiana y española, rémora de sus felices progresos, sepulcro de muchas naciones y sima de los tesoros del Rey más rico y poderoso, y roca donde rompieron su fuerza sus consejos y prudencia, y finalmente señal de que la fortuna de los monarcas, más fuerte y dorada, está sujeta al hierro y yerros que en esta historia se escriben.

Dicen algunos causó esta execucion las guerras hasta la muerte del Rey, y que no prendiendo á los de Nasau y otros rebeldes, no se habia de castigar al Conde de Egmont culpado mas casi igual en el bien y en el mal, y los servicios y deservicios contrapesados, teniéndolos ya presos, su libertad por la ofensa de la prision causára novedad, y por la mucha importancia y autoridad de los Condes, y conviniera enviarlos á España para hacerlos morir secretamente. Porque los autores de la rebelion ha de ver muertos el pueblo; pues el verlos justiciar públicamente le mueve á conmiseracion, indignacion y nuevas resoluciones, y más al de Flandres, que amaba los Condes y Príncipe como á lustre de la tierra, y dolió su muerte

á toda edad, sexo, calidad, condicion, que así aprobaron la traicion ajena, y con decir era mayor siempre la inclinacion de satisfacerle de las injurias que de pagar los beneficios y servicios que se tiene por carga, la venganza por ganancia; y era imprudencia de los consejeros condenar el rebelde señor de exército como al delincuente preso. Mas las guerras siguientes no procedieron de las muertes destos condenados con gran justificacion; porque ya el conde Ludovico habia entrado en la Frisia, y el Príncipe de Orange, su hermano, ayudado de los alemanes, sus favorecedores, y de las ciudades libres, entraba con exército en los Estados; y vencidos tuvieron quietud, y si se turbó, otra fue la ocasion; y el hijo del Conde de Egmont sirvió al Rey miéntras vivió, aunque fue preso de los rebeldes. Convino matar los hijos de Bruto para que tenga libertad Roma; porque no se hallan bien con el gobierno de los Cónsules, y curar la disension que habia hecho enfermo y estragado el cuerpo del Estado, y mostrar el Rey la autoridad que de Dios tenía para amparar la religion con su saber y poder. En las casas del Conde de Colembug, por sentencia del Consejo asoladas y sembradas de sal como de traidor, fue levantado un padron de piedra sobre coluna con esta inscripcion:

«Reinando en España el rey católico D. Filipe II, y gobernando estos »sus países de la Germania inferior Fernando Álvarez de Toledo, duque »de Alba, fue ordenado que se asolase la casa de Florencio de Palante, »por la abominable memoria de haberse en ella redoblado la conjuracion »contra la religion católica romana, contra la majestad del Rey y contra »el propio país, en el año de nuestra salud mil y quinientos y sesenta y »ocho.»

Llegó Chapino Viteli á Groeninghen con la gente y órden del Duque de Alba, y junto con el Conde de Meghen, determinaron combatir con los rebeldes. Hicieron explanadas para que sirviese en ella la caballería; reconocieron el fuerte y sitio del conde Ludovico y la abadía de monjas, donde tenian algunas compañías de infantería. Escaramnzóse reciamente en el reconocer y ganar un sitio entre la abadía y el campo enemigo, para hacer un fuertecillo con que cortar las compañías y poder combatir la abadía. Con gran golpe de gente lo procuró impedir el rebelde, pero en vano, y con muerte de ciento y cincuenta y de diez españoles. A ventiocho de Junio partió el Duque de Alba para Malinas; y en Bolduque supo habia tomado á Berchen, lugar confiscado, el Conde de Badenberghe, cuñado del Príncipe de Orange. Porque podia impedir el paso de las municiones desde Bravante á Frisia, mandó á D. Sancho de Londoño, que con las diez banderas de su tercio que á Benló y Grave llegaron con algunas que señaló de otros tercios, midiendo el número con la empresa, tomando la artillería que fuese menester en Aexchen, fuese á rendir el castillo. Don Sancho partió con diez banderas y la compañía de caballos albaneses de Nicolao

Basta y cincuenta hombres de armas y cinco cañones. Reconoció la tierra, y hechas explanadas en unos pantanos para cortar la huida y mejor sitiar, desampararon los enemigos el castillo y lugar, y caminaron á meter en otro del Cleves tres banderas y nueve piezas; mas la caballería ligera mató la mayor parte. El Duque envió á Deventer al prior D. Hernando y á Francisco de Ibarra para aprestar las vituallas y municiones. Mejoró la caballería en el ducado de Gueldres, encaminó la infantería á Deventer, proveyó de barcas en diversos caminos para pasar los tres brazos del Rhin y el Mosa, aunque venian crecidos por las muchas lluvias y deshacerse las nieves en sus sierras madres. En Deventer se juntaron, donde llegó una compañía de cuatrocientos herreruelos de Hanz Bernia, y dió allí la primera muestra.

Caminó el Duque con el exército, y á dos leguas de Groeninghen le recibió Chapino Viteli con los mil y quinientos herreruelos del Duque de Branzuick, y le dixo tenía aviso cómo el Conde de Hoochstrate venía con seiscientos herreruelos y mil y quinientos infantes franceses, walones y loraineses en socorro del conde Ludovico, pero no sabía de su llegada; porque los de la tierra con ruegos ni dineros no decian cosa alguna de los enemigos. Para combatirlos envió el Duque cuatrocientos mosqueteros en carros, porque fuesen descansados, con los capitanes Montes Doca, Diego de Bracamonte y Lorenzo Perez, y llegaron á las diez de la mañana á Groeninghen. Los enemigos haciendo un cuerpo de su infantería en su fuerte, retiraron la que tenian en la abadía y en otras casas, de que se inferia querian retirarse. Mas formaron sus escuadrones el rio y foso por frente, delante una trinchea muy alta con alguna artillería de campaña, y dos puentes de madera y cantidad de leña, con que quemarlas si huyesen, y dos casas cerca troneradas y armadas de arcabucería para defenderlos. El Conde de Meghen dexando en Groeninghen con cuatro banderas al coronel Schausemburg y alguna artillería, se juntó con el Duque por su mandado. Pasaron todos por medio de la villa á la otra parte della y del rio, ordenó los escuadrones de todas las naciones y la caballería, para que conforme la disposicion del sitio pudiesen aprovechar. Con el Viteli, el Prior, Londoño, Noirquermes y dos caballos, pasó á reconocer el puesto y defensa del enemigo, y dexó órden que nadie se moviese sin mandato.

Visto y considerado todo, ordenó que D. César Dávalos con la caballería ligera que estaba de vanguardia y una compañía de arcabuceros á caballo se metiese en las explanadas, acercándose al enemigo escaramuzando con él. El coronel Robles con docientos arcabuceros ganó una casa defendida á toda fuerza de los rebeldes, porque por aquella parte no tenian más que trinchea sin foso ni rio que pasar para combatirlos. Pareció al Duque era la disposicion dellos de huir, y le envió docientos arcabuceros del tercio de Cerdeña con el capitan D. Francés de Beaumonte y órden que cerrase si

se retirasen, y no de otra manera, gozando de la ventaja de la division, turbacion y ocasion; porque estando en su defensa perderia mucha gente por ser el alojamiento fortísimo. Hizo un puente de barcas sobre el rio, para arrojar la infantería contra el fuerte y explanadas, y poder pelear de noche, porque Robles cargando á los enemigos gastó el dia. El Duque con aviso de que trataban de retirarse mandó á Alonso de Ulloa sacase cuatrocientos arcabuceros de su tercio con los capitanes D. Diego Enriquez, Íñigo de Medinilla, D. Hernando de Añasco y los castellanos Salazar y Puch, y se les acometiese á su trinchea; á Nicolao Basta y á Montero que por la mano derecha del enemigo, por donde estaban las explanadas, y pensaba acometerle de noche con sus compañías, pusiesen miedo, cortándoles como pudiesen la retirada, creyendo con la demostracion del caminar los caballos tener reconocido paso en el rio para entrar en su alojamiento. Truxeron algunas piezas con que tirar á él y dañar al escuadron. Con gran virtud arremetieron y se mezclaron con los enemigos los cuatrocientos arcabuceros, y número de cuarenta caballos, personas particulares y caballeros resueltamente por el camino derecho, donde estaba su cuerpo de guardia y trincheas, y desamparándolas pasaron á su fuerte de la otra parte del rio, pegando fuego á la leña para quemar los puentes. Su gran furia impidió el seguillos todo el campo; mas los capitanes D. Diego Enriquez, Don Alonso de Vargas, D. Hernando de Añasco y Medinilla y muchos arcabuceros quemándose las barbas y los vestidos, y otros por el rio el agua á los pechos con más determinacion que si huyeran, pasaron, y algunos albaneses apeados forzaron á entrar en el rio los caballos y asidos de las colas con sus celadas en las cabezas. No perdieron punto en cargallos la arcabucería con tan viva ruciada, que de su caballería que en retaguardia quedó, escaparon pocos; porque desde la casa fortificada por no tener agua que pasar acometió Robles sus trincheas con los españoles y valones, y las ganó con gran presteza, siguiéndolos determinadamente con la otra arcabucería. La caballería halló el un puente quemado, y esperó su reparo, y siguieron el alcance hasta que el Duque en la noche los mandó retirar.

Murieron trecientos rebeldes sin los que se ahogaron en los fosos y otro dia mataron; y si los puentes no les valieran, una misma suerte los igualára. De los del Duque murieron ocho valones y dos españoles. Ganáronse tres piezas de artillería y una bandera. Esto obró la presteza y resolucion del Duque nacida del largo uso de la guerra, gran conocimiento de los sitios y acciones del enemigo, para sacar del mismo la manera de vencerle. Dexó en guarda de Groeninghen á Escamburg con su regimiento y los mil y quinientos caballos de Branzuick, por no ser de provecho en los pantanos de la Frisia. Reparados los puentes, hecho otro de barcas, en seguimiento de los herejes envió delante con el Viteli dos mil arcabuceros, y le siguió en forma que en los caminos estrechos apénas cabian siete por hi-

lera, en la vanguardia los españoles, en la batalla los valones, en la retaguardia alemanes con el Conde de Meghen y el estandarte de Hanz Bernia.

CAPÍTULO IV.

Sigue el Duque de Alba, y vence al Conde Ludovico.

En Soblete se detuvo dos dias el Duque, y procuró saber el camino que llevaba Ludovico, cosa difícil, porque los de la tierra, en la mayor parte herejes, lo encubrian, y haber huido con diligencia. Ocupó á Reiden, por donde podia salir del país, sin ser seguido, rompiendo el puente del rio invadeable. Aseguróle contra esto con un fuerte, y para detener la vitualla que del obispado de Munster podia venir á los rebeldes. El Vitelli dixo estaban en Jeninguen, lugar abierto del condado de Enden, pero en sitio fuerte para alojamiento y defensa de cualquiera exército, y tanto más porque toda la tierra abriendo las compuertas de las exclusas podia anegar la creciente marea. Para dar fin á la jornada, y desembarcarse y prevenirse contra el Príncipe de Orange, que formaba gran exército con la comodidad de la gente que se le vino hecha de la guerra de Francia, habiendo caminado legua y media mandó quedar los caballos que iban de vanguardia, y al Prior que no dexase pasar un puente á persona. Con Noirquermes y Vitelli y tres caballos caminó á reconocer al enemigo, y Sancho Dávila por otra vía para tomar lengua con trecientos arcabuceros á caballo. Llegando el Duque á la division de dos caminos, mandó que el Prior le enviase la compañía de D. César Dávalos y docientos arcabuceros del tercio de Lombardía, y á cargo del capitan D. Diego de Carvajal los dexó en el paso. Sancho Dávila dió en unos herreruelos y prendió por su mano uno, y le envió al Duque, y pidió quinientos arcabuceros por haber hallado en la aldea algunos infantes que abrian las exclusas y compuertas de los diques para anegar las praderías. El herreruelo dixo durmió su campo en Jeninguen; y porque habia diversos pareceres, el Duque caminó hasta que le descubrió.

Vuelto al puesto mandó á Sancho Dávila que con la compañía de arcabuceros á caballo de Montero y quinientos españoles arcabuceros fuese de vanguardia por el mismo camino que habia reconocido, y le siguiesen los maestres de campo Julian Romero y Londoño, cada uno con quinientos arcabuceros y trecientos mosqueteros sacados de los tercios por el capitan y sargento mayor del tercio de Lombardía. Con ellos fueron los ca-

pitanes D. Hernando de Toledo, D. Lope de Figueroa con los mosqueteros, Juan Osorio de Ulloa y D. Márcos de Toledo, D. Antonio de Toledo, D. Luis de Reinoso, D. Hernando de Saavedra, D. Diego Enríquez, D. Hernando de Añasco, Lorenzo Perez y Medinilla, D. Rodrigo Zapata, D. Diego de Carvajal y D. Pedro Gonzalez de Mendoza. Mandó á Juan Osorio y á Bracamonte quedar con el escuadron para no dexar mover soldado sin su expreso mandato. Caminando esta arcabucería, y á sus espaldas con su compañía de caballos D. César Dávalos, y Curcio Martinengo con la suya, el Duque prosiguió el camino, y armó con arcabucería muchos pasos y casas que en él habia, para que tuviese la que iba delante, si era cargada con furia, donde hacer pié. Los escuadrones quedaban fixos detras de las aldeas armadas, en vanguardia los españoles, en la batalla los alemanes, detras quince banderas de valones con Mos de Hierge y Gaspar de Robles, y á sus espaldas trecientas lanzas de la caballería ligera y el estandarte de Hanz Bernia, unos tras otros por la estrecheza de la estrada cercada de canales y fosos de agua. Sancho Dávila con Andrés de Salazar y D. Alonso de Vargas, y la compañía de arcabuceros á caballo de Montañés, y hasta treinta particulares y caballeros á caballo dieron sobre la caballería y peones que abrian las exclusas para anegar el camino y suelo que el campo del Duque ocupaba, y cerraron las compuertas, que si las abrian por la mañana como debieran, lo anegáran de manera, que no se llegára á ver el alojamiento de Ludovico, porque en breve tiempo dieron tanta agua, que ya llegaba en algunas partes á la rodilla á los peones. Para reparar su yerro con cuatro mil arcabuceros procuraron ganar el puente y las exclusas, pero tarde; porque apeados los capitanes D. Márcos de Toledo, D. Diego Enriquez, D. Hernando de Añasco y ocho caballeros y quince arcabuceros de á caballo, arriscadamente se opusieron á su ímpetu furioso defendiendo el paso más de media hora con poco daño por su poco número, aunque las rdciadas eran muchas y espesas, hasta que la arcabucería de la vanguardia del Duque los cerró en su plaza de armas con muerte de muchos, y más de los que tomando la carga por la siniestra, cortados por los fosos fueron seguidos de los caballos. Murió D. Gabriel Manrique, hermano del Conde de Osorno. Julian Romero y Londoño viéndose á tiro de mosquete de los escuadrones de Ludovico, enviaron por los docientos arcabuceros con que atras quedaron D. Rodrigo Zapata y D. Diego de Carvajal.

El Duque llegó á media legua del alojamiento con el Prior y algunos caballeros, y tendió la gente por un dique que iba al lugar para trinchea y reparo de los que estaban delante. La infantería rebelde formaba dos escuadrones grosísimos, á las espaldas el lugar, á la siniestra el rio, por frente trincheas muy altas, en el camino entrada de su alojamiento cinco piezas de artillería, á su lado dos rebellines con arcabucería. Romero y Londoño

pidieron al Duque picas para su reparo, porque escaramuzaban con los escuadrones. Valian poco por el estrecho puesto, y dixo que bastaba la buena gente que tenian; porque siendo cargados estaba segura la retirada, y el mayor número estorbaria para todo; rompiesen al enemigo, pues su valor era la fuerza y el número suficiente, y cuando ménos conservasen el puesto y avisasen por momentos de los sucesos que allí cerca les estaba. Mandó á D. César Dávalos pasar adelante de la aldea con las dos compañías para hacerles espaldas, y á D. Félix de Guzman, hijo del Conde de Olivares, la guardase con trecientos arcabuceros. Londoño y Romero con gran firmeza de ánimo, ignorando la seguridad que atras tenian, conservando su puesto, armaron con parte de la arcabucería dos casas con los capitanes Mendoza, Medinilla y Sarmiento. Los rebeldes en barcas por el rio reconocieron el breve número de los españoles sin picas, seguridad, breve socorro; porque no vian sus escuadrones, no considerando que no tomáran puesto sin tenerlo, salieron por un prado con banderas tendidas en dos escuadrones hasta trecientos pasos de su fuerte; pero la carga furiosa de la mosquetería los retiró. Don Lope de Figueroa, gozando de la ocasion, cerró con pocos soldados y los treinta de á caballo por el camino donde estaban las piezas, y las ganó y los rebellines de los rebeldes atemorizados de la temeridad, y dexando muchos las armas turbados y confusos se atropellaban por huir y se arrojaban en el rio. Cuatro horas se habia escaramuzado y amenazaba el cielo con agua, y porque la arcabucería no se encogiese, sabiendo el Duque era ganada la artillería y el enemigo en rota caminó con todo el campo. Don César Dávalos con las dos compañías de caballos siguió el alcance, y degolló los que no podia la infantería alcanzar. Entró en el lugar que Ludovico tenía á las espaldas, matando y forzando á echarse en el rio los que topaba, y fueron muchos, segun mostraron los sombreros que llevaba el agua. Siguieron el alcance largo y executivo por más de cuatro leguas, pocas veces visto, dexando los campos llenos de muertos y armas por diferentes partes. La caballería de D. César y los treinta caballos particulares cortando los enemigos disponian la degollada á la infantería. El conde Ludovico huyó en una barca, y llevó á su hermano el Príncipe la nueva de su rota y prision de su teniente. Sus herreruelos se apearon y metieron en el rio y en el mar hasta la garganta, y con la menguante pasaron á una isleta donde los degollaron en la mayor parte los españoles: otros vadearon el rio por Reiden, y fueron muertos de los alemanes que guardaban el fuerte, y de los bagajeros los que de allí escaparon. Duró el matar hasta otro dia en la noche. Algunos pensaron defenderse en una casa derribada fuerte y cercada de agua en Jeninguen, y llegando los españoles á tomarles la puerta hicieron con las picas un puente para dar en los escuadrones, y los hicieron pedazos.

Ganáronse veinte banderas, deciseis cañones, el bagaje, muchos caba-

llos, armas, plata labrada de los condes Ludovico y Hoostrate, cantidad de dinero, joyas y preseas con que se enriquecieron los soldados de hacienda y reputacion, premio glorioso de su virtud militar; porque los enemigos cuando huyeron de Flandres llevaron sus haberes para valerse dellos en su conservacion. Por mandado del Duque D. Lope de Figueroa y Mos de Hierge y el de Villi con la arcabucería degollaron muchos enemigos que hallaron escondidos en el país, con que llegó el número de los muertos á diez mil, pagando los herejes su maldad en sitio en que no se pudiesen salvar recogidos, cargados con maravillosa presteza y acometidos con temeridad y tiento de tan pocos soldados executores de la justicia divina en la víspera de la Madalena santísima, ventiuno de Julio. Juró el Duque habia de castigar al Conde de Enden por haber recebido y dado vituallas en sus tierras á los rebeldes, siendo sujeto al Rey Católico como Vicario del Imperio. Luégo el Duque le dió aviso de la vitoria con Andrés de Salazar, y al Sumo Pontífice con Carrillo de Merlo, y celebró la nueva con públicas alegrías y procesiones con el himno de las gracias y alabanzas. Mereciólo el suceso muy bien, pues si fuera sólo en el Duque bastára á eternizar su memoria y ilustrar su nombre, por la prudencia, conocimiento de la tierra, del enemigo, del modo de vencelle, la presteza en el executar, la obediencia de los soldados, el rigor en el matar, para tomar la vitoria del hierro, no del tiempo peligroso en la dilacion, con que los enemigos crecian y podia ser divertido por los que venian de Alemania ya á entrar en Mastrich. Contra ellos luégo volvió las armas, mudando la manera de guerrear puesta la vitoria en el tiempo, no en el hierro como ahora, con que se hizo tremendo á los enemigos, y dló esperanza á los amigos de la seguridad y obediencia de los Estados con la muerte de los rebeldes, por ser diferente el número y fuerzas y gobierno del Príncipe de Orange; aunque Ludovico en lo que le tocó no faltó á su oficio y ecedió á muy grandes capitanes en la eleccion y fortificacion de los tres puestos que tomó, mas la gente nueva y voluntaria en gran parte es fácil de deshacer cuando comienza á dudar y temer.

CAPÍTULO V.

Muere el príncipe D. Carlos en la prision.

Luis Venegas de Figueroa, embaxador extraordinario, y el conde Chantoney, ordinario en la Córte del Emperador, procuraron aquietar la alteracion que su Majestad Cesárea y su mujer recibieron por la que llamaban

prision del príncipe D. Cárlos. Determinó enviarle embaxada particular con el archiduque Cárlos, su hermano, que en nombre y voz del Imperio iba á España á otra de negocios grandes, cerca de las revueltas de Flandres y efetos de los casamientos de sus hijas con el Príncipe de España y el rey de Francia Cárlos IX y de Margarita, su hermana, con D. Sebastian, rey de Portugal. Pidió el Pontífice al Rey Católico mirase como padre por la correccion de su hijo, y no encaminase á rigor de castigo su recogimiento. No hacian ménos buenos oficios los Reyes de Portugal para sacar dél á su nieto y primo, y muchos prelados con piadosas súplicas, y la reina doña Isabel y la princesa doña Juana, pero ni licencia para verle alcanzaron. No salió el Rey de Madrid, ni áun á Aranjuez, ni á San Lorenzo á ver su fábrica, tan atento al negocio del Príncipe estaba y sospechoso á las murmuraciones de sus pueblos fieles y reverentes, que ruidos extraordinarios en su palacio le hacian mirar, si eran tumultos para sacar á su Alteza de su cámara; que le estuviera mal por la furia del indignado y deseo de venganza, valedores y mal contentos, ayuda de los émulos y enemigos y deudos, dentro y fuera de España, que pudiera tener el que se tenía por oprimido. Con la indignacion y coraje el fogoso Príncipe abrasado y del calor del estío, bebia con eceso agua de una gran fuente de nieve, y con ella hacía enfriar la cama, donde pasaba lo más del tiempo para refrescarse mudando lugares por ihstantes, que al más robusto matára. Hizo tales desórdenes que parecia furor, ó á lo ménos despecho su incentivo; pues desanimado como dexado de la esperanza de libertad estuvo tres dias tan sin comer con profunda melancolía, que ya casi le tenía la mitad de la muerte, cuando le visitó y confortó el Rey, y comió más de lo que pudo gastar su calor por la debilidad de estómago y destemplanza; de manera que enfermó gravemente de tercianas dobles malignas, vómitos y disentería causada de la frialdad de la nieve.

Visitábale el doctor Ollvares, protomédico, y salia á consultar con sus compañeros en presencia de Rui Gomez de Silva la curacion, curso y accidentes de la enfermedad. Purgado sin buen efecto, porque pareció mortal la dolencia, pidieron los Ministros al Rey le viese y bendixese ántes de su muerte. Consultado con su confesor fray Diego de Chaves y el maestro de su Alteza Honorato Juan, electo obispo de Cartagena, dixeron estaba dispuesto bien para morir como tan católico, y le podria inquietar la vista de su padre, y de hablarle recibirian más dolor ambos, y aprovecharia todo muy poco á todos; y así algunas horas ántes de su fallecimiento, por entre los hombros del prior D. Antonio y de Rui Gomez le echó su bendicion, y se recogió en su cámara con más dolor y ménos cuidado. Otorgó su testamento el Príncipe ante Martin de Gaztelu, su secretario, y suplicó á su Majestad le perdonase y echase su bendicion; le encomendaba su alma y criados para que les hiciese bien; pagase sus deudas; diese la mayor parte

de su recámara á iglesias y hospitales pobres, y dos joyas de á mil ducados como señalaba á los monasterios de la Madalena de Madrid y Valladolid; un diamante rico á D. Rodrigo de Mendoza, hermano del Duque del Infantado; otra joya al Almirante de Castilla, dos á sus mayordomos. Mandase llevar su cuerpo al monasterio de San Francisco de Toledo por su devocion y fundar allí un colegio, y en tanto se depositase en el monasterio de monjas de Santo Domingo el Real entre dos Infantes, hijos de los señores reyes D. Pedro y D. Enrique. Pasó desta vida habiendo recibido todos los Sacramentos como fidelísimo cristiano á ventlcuatro de Julio, á las cuatro de la mañana, vigilia del apóstol Santiago, de quien era devoto, á los ventitres años y deciseis dias de su edad florecicnte, mostrando el mal logramiento no haber con la mayor gratitud que es la piedad paterna, conforme al mandamiento divino, reverenciado á su padre natural y digno por sus méritos y corona de todo acato y veneracion. Y cuando fuera ménos, debia atender (pues no era impío) á cumplir con lo que manda la razon, porque oficio de buen hijo es suplir con su virtud los defetos de su padre y Rey, como irrepudiablemente heredero de su injuria y de su alabanza, en cuanto dél recibió el sér, y no para contra el que se le dió con la ecelencia incomparable como divina del pasarle del no sér al sér.

Pudo España llamar venturosa esta gran desgracia de la falta de su heredero varon, pues lo fue el rey D. Filipe III, N. S., en quien vertió á manos llenas la celestial largueza sus dones de religioso, justo, liberal, constante, benéfico, fel, magnífico, digno de mayor imperio, hijo al fin de los años maduros y más sesudos de su padre, raro exemplo á todos los siglos de virtud y obediencia. Fue dispuesto lo neeesario para la pompa funeral en el mismo dia, y á las siete de la tarde partieron con el cuerpo, habiendo el Rey, con la entereza de ánimo que mantuvo siempre, compuesto desde una ventana las diferencias de los Consejos disponiendo la precedencia, cesando así la competencia. La caxa era de plomo dentro de otra de madera y pesaba mucho, y la pusieron sobre unas varas como de litera, cubierta con un paño de brocado. Lleváronle en hombros el Conde de Lerma, D. Juan de Borja y los compañeros que le guardaban, aunque de Palacio le sacaron los Grandes. Fué en el acompañamiento la grandeza de la Córte, el Nuncio, los obispos de Cuenca y Pamplona, y el último el cardenal Espinosa enmedio de los Príncipes de Bohemia, primos del difunto. Pero volvió á su casa desde la puerta del templo, sin hallarse á la funeral, diciendo no tenía salud, y pudiera mejor decir no estaba bien con el Príncipe, con que se entendia no le habia desplaçido su muerte. Hubo lutos á la española, flamenca, alemana, francesa, y cuatro dias despues se retiró el Rey en el monasterio de San Jerónimo. Variamente se habló deste caso dentro y fuera de España, y en las historias de los enemigos y émulos della. Yo escribo lo que ví y entendí entónces y despues con la entrada

que desde niño tuve en la cámara destos príncipes y fue mayor con la edad y comunicacion, por la gracia que merecieron algunos Ministros con el Rey, especialmente el príncipe Rui Gomez de Silva y D. Cristóbal de Mora, marqués de Castel Rodrigo, cuya resultancia en mi padre Juan Cabrera de Córdoba y en mí y la aceptacion de su Majestad de nuestros servicios nos hicieron más comunicables y allegados.

Sintió mucho el Conde de Lerma la muerte del Príncipe, porque le amaba y por ser tan temprana, mas con prudencia que no le mostró parcial, conveniente demostracion. Su Majestad la dió de agradecido al Conde, haciéndole gentilhombre de su cámara y dándole una encomienda de Calatrava, y siempre de agradado de su bondad, fe, amor y trabajo con que asistió á su hijo hasta el sepulcro, propia fidelidad y servicio desta antiquísima y nobilísima familia, y con ecelencia en su padre D. Luis de Sandoval, marqués de Denia, mayordomo mayor de la señora reina doña Juana, especialmente en su gobierno, regalo y custodia en Tordesillas. Fue el Conde bien visto del Rey y con acepcion comunicado, si bien le ayudó con dones poco á sustentar (si no aumentar) su grandeza; y cuando falleció inmaduramente, en su memoria hizo merced de la llave que tuvo de su cámara á su hijo D. Francisco, marqués de Denia, como escribirémos en esta historia y en la del rey D. Filipe III, N. S., cual si le remitiera su padre el remunerar y restituir en su antigua eminencia, riqueza y gracia la casa de Sandoval y Rojas. El aviso de la muerte del Príncipe halló á don Juan de Austria en Barcelona visitando la fortificacion, Atarazanas y proveeduría, y retirado negoció poco; y encargando el acabar y varar las galeras que se labraban al Duque de Francavila, gobernador y capitan general de Cataluña, navegó á Cartagena y vino á Madrid á dar cuenta á su Majestad y Consejo de Estado y Guerra de su viaje y de lo que era menester proveer para señorear el mar, con que asegurar la tierra y navegaciones del Océano y Mediterráneo, disponiendo el salir con gruesa armada en el verano del año venidero, porque las ochenta y una galeras que habia en sér, podrian llegar á ser ciento.

CAPÍTULO VI.

Los Príncipes del Imperio tratan de que el Rey Católico perdone á los flamencos.

Los rebeldes hacian en Alemania, Inglaterra y Francia instancia grande con los príncipes y capitanes sectarios, para que los ayudasen contra los españoles que los oprimian. Lastimábales su opresion y no dexarles vivir

en la libertad de conciencia alemana. Daban por causas de la constancia inexorable del Rey, tenía liga con los potentados de Italia, Emperador y Pontífice para extirpar sus sectas; y así impedia las levas que hacian con que recuperar su patria Maximiliano, que recibia destos movimientos gran pesar y de la inclinacion de los alemanes á dar ayuda al Príncipe de Orange. Representabásele larga y peligrosa guerra, y quisiera se contentára su primo D. Filipe con el castigo hasta allí hecho en Flandres y diera perdon general y á Guillelmo de Nassau. Escribiólo al Rey, pero oia mal prática tan sospechosa y tan á satisfacion de los sectarios. El Emperador se les oponia, y no era obedecido. Juntáronse los potentados, y con venticuatro comisarios le enviaron á decir con libertad y resentimiento:

«Tomase en proteccion los Estados de Flandres en los círculos del Im»perio comprehendidos, porque si no los huguenotes de Francia los defen»derian. Era terrible que por ayudar al Rey Católico perdiese la gracia y »amor de los príncipes alemanes y su reputacion; pues no habia señor ni »particular que no se tuviese por ofendido de las muertes de los Condes de »Egmont y Horne, y expulsion de Guillelmo de Nassau y sus seguidores. »Saliese de los Países Baxos el Duque de Alba, riguroso ministro, y los »gobernase Archiduque de Austria, misericordioso con aquellos pueblos »miserables. Habia de ser oido el Príncipe de Orange en justicia ante el »Emperador y no ante los españoles sus enemigos, interponiendo su auto»ridad y oficio imperial en esto en Dieta general ó particular de algunos »príncipes, y en que no serán oprimidos los Estados porque no sigan la re»ligion romana, acomodándose con su conciencia. Donde no, se ligarian »para expeler los españoles de los Países Baxos, y elegirian rey de roma»nos que procediese en esta causa debaxo deste título y nombre del Im»perio.»

Pareció á Maximiliano la embaxada conjuracion contra la casa de Austria, y temió más como le tocaban en su autoridad y conveniencia. Respondióles: «Enviaria brevemente para estos negocios al archiduque Cárlos »al Rey Católico; se aquietasen, pues para resolverse pedia la razon su res»puesta, y él estaba determinado en dar gusto á la nacion alemana en todo »lo que tocase á su oficio, no yendo contra la Iglesia romana, que por su »eleccion y juramento le tocaba defender y amparar.»

Dos dias estuvo despues de la rota del conde Ludovico el Duque de Alba en Geninghen, y volvió á Groeninghen, y en el camino reformó el tercio de Cerdeña, por desórdenes de los mozos dél y la desobediencia que tuvo al Conde de Arenberg, cuya muerte le dolió, y solamente dexó en ser la compañía del capitan Martin Diaz de Almendariz con cuatrocientos arcabuceros, porque no se halló en la pérdida del Conde. Habian ocupado los rebeldes á Hulfr, castillo del Conde de Badenberg, cercado de lagunas y con foso de agua muy alto, dos leguas del ducado de Cleves, entrada de

los enemigos y seguro para Alemania. Envió á combatirle á Alonso de Ulloa con catorce banderas de su tercio y dos compañías de caballos de D. Juan Velez de Guevara y Aurelio Palermo, doce piezas de batir y dos culebrinas que sacó de Aernem. Reconocióle de noche, y parecióle mucha la hondura del foso y que habia menester para llenarle buena batería. Continuóla dos dias, y de noche se huyeron los sitiados. Entró el castillo, y guarnecióle con seis piezas y cincuenta soldados á cargo de un sargento, y volvió á Bolduque, alojamiento de sus banderas. Estando el Duque en Groeninghen tuvo aviso cómo en la fiesta de Santiago se juntarian en el Rhin para ir á Andenarh, plaza de armas del enemigo, ocho mil caballos y treinta banderas de alemanes, con que el Duque de Saxonia, el Conde Palatino y Lanzgrave de Hessia, sectarios, ayudaban al Príncipe de Orange, y los dos hermanos del Conde de Badenberg y el Conde de Xuacenburg, su cuñado, aunque llevaba gajes del Rey Católico, y muchos particulares, para necesitarle á perdonar los rebeldes, y tomar medio ménos sangriento en lo de la religion de los Países Baxos; porque no eran las causas (decian) tan graves como en su sentencia publicaban los españoles, enemigos de las naciones setentrionales; tocaba á todos favorecer los desterrados, haciendo la causa propia.

En Francia, Francisco de Anguest, señor de Genlis, huguenote, levantaba gente para juntarse con los alemanes en llegando á los Países, y el Duque de Alba, en su defensa, reforzaba sus huestes. Envió doce capitanes á España á traer el tercio que llamaron de Flandres, y escribió al Rey mandase que el Duque de Alburquerque enviase á los zuiceros con carta de Su Majestad al conde Jdan de la Anguisola, agradeciéndoles de nuevo el paso seguro que le dieron y pidiéndoles hiciesen una coronelía de cuatro mil para defensa del condado de Borgoña, conforme á la liga hereditaria que tienen con él, y ordenó á François, señor de Bergy, su gobernador, se apercibiese de buenos soldados para defender la entrada al de Orange á recuperar muchos lugares que allí le habian sido confiscados, y convenia no dexarle hacer pié, aunque el camino por el Rhin para Luceltburg y selva Dardenia era trabajoso para bagajes y llevar artillería. Mandó levantar á los vecinos de Groeninghen y de su señorío cidadela para su guarda, por ser tan importante plaza á la Frisia, en pena de rebelados. Aquí llegó en posta á servir D. Fadrique de Toledo, marqués de Coria, su primogénito, comendador mayor de Calatrava y gentilhombre de la cámara del Rey, por haberle conmutado la relegacion de diez años en Orán con diez lanzas por cierto desórden ó desacato que hizo en el Palacio de la Reina, sirviendo á una dama, exemplo de fortuna vária. Hízole su padre general de la infantería, y mandó á los coroneles y maestres de campo le obedeciesen, y el Duque era generalísimo con dos hijos generales. Fué á Utrech, donde por su mandado vino el Consejo de Holanda para disponer en el gobierno

del condado y del de Zelandia. Pasó á Bolduque, puesto más conveniente para las provisiones. Tomó muestra á la caballería borgoñona de Noirquermes y á la coronelía del Conde de Reulx. Mandó á Cristóbal de Mondragon, gobernador de Monviliers, levase seis banderas de valones; á los hombres de armas de las bandas estar á punto para salir al segundo mandato; á Mos de la Cressionere sacar la artillería, municiones, puentes de barcas de Malinas. Llamó los Estados generales en Brabante, y pidió socorro de dinero para su defensa, pero blanda y amigablemente, porque de España era razonablemente bastecido. Hizo plaza de armas á Mastrich, sobre el Mosa navegable, límite de Alemania, por su buena disposicion para ir donde acudiesen los enemigos, y porque el de Orange queria entrar por aquel paso en los Estados que habia enviado de secreto á tratar con las tierras el tomar las armas para recebille como á protector y salvador de la patria, y fiaba en sus promesas de que le recebirian y ayudarian á señorear las ciudades y echar los españoles de los Países. El comunicarse era fácil por la cercanía, lengua y comercio con los alemanes.

Mandó el de Alba recoger las vituallas de las aldeas á lugares murados, quitándolas al enemigo. Para gozar dellas y consumillas vino á Campien, cuatro leguas de Mastrich. En Ruremunda reforzó la guarnicion con el regimiento de Gaspar de Robles, y el castillo de Lunburg, cabeza de aquel ducado de la otra parte del Mosa, cinco leguas de Mastrich, con cincuenta soldados de la compañía de D. Diego de Carbajal, á cargo de su alférez Antonio Berrio. Mandó á Chapino Viteli y á otros ministros reconocer los vados y pasos del Mosa hasta Namur, y los hallaron con poca agua en el estío. Escribió á ventidos de Agosto al Duque de Alburquerque á Milan solicitase la leva de los zuiceros para Borgoña. Salió de Mastrich y alojó junto al castillo de Hernen, una legua distante el rio abaxo, para gozar del ducado de Gueldres, y hizo allí un puente de barcas por la comunicacion. Tenía en ventidos compañías de caballería ligera española, italiana, albanesa, borgoñona, dos mil; los mil y quinientos de escuadron, dos mil de las bandas de Flandres, á cargo de los Condes de Barlaymont, Mega, Lalayn; deciseis mil infantes en cuarenta banderas de españoles, con las doce de nueva conduta; deciseis de valones viejos de los regimientos de Filipe de Lanoy, señor de Beauboir, Charles de Largila, gobernador de Landrediur, Jaques de Brinac, gobernador de Marianburg, Mos de Hierge, Cristóbal de Mondragon, Mos de Villi, veinte banderas de alemanes de los coroneles Condes de Lodron y de Eberstain, de por mitad. El enemigo traia nueve mil caballos buenos y bien armados, porque venian en ellos los raytres de Casimiro, conde Palatino, despedidos en Francia, treinta banderas de alemanes en dos regimientos, ocho mil gascones, valones y lorayneses. Tenian el gobierno el conde Ludovico, el de Hoostrate, Brederoda, algunos alemanes de nombre, porque muchos que ayudaron á la

fuerza deste exército no le asistieron por encubrirse al Emperador. Habia muchos foragidos herejes de Flandres con esperanza de ser restituidos en sus casas y haciendas confiscadas. El Rey Cristianísimo, mostrándose agradecido al Católico por los socorros enviados á él en tan buenas ocasiones, ofreció dos mil caballos al Duque de Alba, y le escribió enviase quien los conduxese hasta llegar á su exército. El Duque le envió las gracias y á Cárlos Filipe de Croy, señor de Abré, hermano del Duque de Ariscot, para guiar la caballería y á suplicar que la ocupase en impedir la entrada que Mos de Genlis queria hacer con buen número de gente en ayuda de los rebeldes. Aguardó muchos dias á que el Duque de Houmala y el Marichal de Cosse juntasen la caballería, y viendo la dilacion volvió, porque habia poco que fiar de franceses ni del envite de falso de su Rey.

CAPÍTULO VII.

Los moriscos de Granada en Cadiar resuelven su levantamiento, y el Duque de Alba prosigue la guerra, y muere la Reina de España.

Viendo los moriscos no eran admitidas las súplicas suyas para suspender las premáticas, y que la execucion los molestaba, tenidos por la sospecha de su levantamiento y sucesos de Granada por rebelados, se juntaron en este mes de Setiembre en Cadiar, y trataron sobre el tomar las armas para su libertad y venganza de los cristianos. Determinaron fuese en la noche del nacimiento de Jesus Nazareno, pues no habia podido ser en el tiempo de su muerte; que en su largura habria tiempo para salir de la montaña, llegar á Granada, y en caso de necesidad retirarse en salvo, como acostumbrados á saltear; tiempo en que las galeras iviernan y la gente de Granada sería cogida de improviso en las iglesias en oraciones y sacrificios ocupada, suspensa con la devocion, desarmada como ya sin cuidado, torpe con el frio, y con el fuego y hierro la destruirian. En esta junta se gobernaron por el parecer de D. Hernando de Valor el Zaguer, llamado Abenjaguar, de autoridad y consejo, instruido en las cosas del reino y de su ley. Díxoles convenia elegir cabeza que los uniese y mantuviese en justicia y seguridad en nombre del rey de Argel, á quien solamente querian sujetarse. Segun sus profecías que trataban de su libertad, pareció debia ser este D. Hernando de Valor su sobrino, decendiente de los del linaje de Abenhumeya, reyes de Córdoba y Andalucía, rico, ofendido por la prision de su padre en Granada por delitos y foragido por los que cometió en venganza de los agravios de su padre. Tal era D. Hernando, pero de baxo entendimiento, cos-

tumbres y naturaleza. Parecióles bien, y divididos los Estados le vistieron á su usanza de elegir los reyes de la Andalucía, de púrpura, con beca colorada y tendidas cuatro banderas á los cuatro ángulos del cielo, se inclinó sobre ellas al oriente, hizo la zala y juramento de morir por su ley y defensa de su reino. Levantó el pié en señal de dominio universal, y por la obediencia general Farax se postró en nombre de los moros de la Sierra y besó la tierra en que su Rey puso la planta. Levatáronle en hombros, diciendo: «Ensalce Dios á Mahamet Abenhumeya, rey de Granada y de Córdoba.» Nombró por su capitan general á su tio Abenjaguar, y á Farax por su justicia mayor: Mandó que los alguaciles avisasen á todos los partidos con gran secreto. Habíanseles prohibido las juntas á los moriscos, y para hacer ésta ordenaron una cofradía con nombre de la Resurrecion para fundar y dotar un hospital donde curar con su limosna los enfermos de su nacion.

Los ministros de Granada, más justicieros que políticos, no prohibieron esta junta, aunque tenía color de religion; pues de otras tales en repúblicas mal y bien regladas nacieron bandos, sediciones, pérdidas de los pueblos, y en vez de amistad sagrada y caridad, conjuraciones contra sí y contra los mayores, y con buenas apariencias abominables impiedades, como en Valladolid las de Cazalla, imitador en esto de los alemanes y franceses sectarios. Por esto los romanos deshicieron con gran estrago la congregacion de los Bacanales, y en toda Italia mandaron que no se hiciesen sacrificios sino en público. Con esta cubierta enviaron personas á pedir, y éstas de camino reconocieron los lugares fuertes para acogerse, recebir y traer los turcos por caminos breves y secretos, seguros y mantenidos. Los monfis hacian tantos daños despues que tuvieron Rey, que para su castigo el licenciado Mosquera, alcalde de la Cancellería, procedia contra ellos; hizo muchas prisiones, y depósito dellos para justiciallos en la Calahorra. Temieron su rigor, y por evitar su muerte solicitaban la execucion del tratado de la rebelion.

En este tiempo en Flandres alojó el de Orange en Vichten, dos leguas del Mosa, entre Mastrich y Lieja, y pidió en ella alojamiento y pasó por el puente; y el Duque escribió á Gerardo Groenberk, obispo y señor, y á los cabildos no admitiesen los rebeldes del rey Filipe, su amigo, por la causa justa que defendia, que debian favorecer tan buenos católicos, y porque el Príncipe al pasar no se apoderase de la ciudad, convenia para su seguridad poner guarnicion en el castillo de Stochen y en todos sus lugares murados. El Obispo lo aprobó, la ciudad no, aunque se les manifestó el peligro de ser conquistados. El Duque enfermo, viendo cercano al rebelde y tan pujante, no cayó de ánimo, mas crecióle su magnanimidad, como suele en los espíritus generosos, y alentado salió en campaña para socorrer á Lieja, grande, rica, en ribera del Mosa, fuerte alojamiento, abundante, y para hacerse, si le ocupáran los herejes, señores de tierras dentro de los Es-

tados y poderosos con grandes rescates, contribuciones y fuerzas de Alemania cercana, fundamento de buenos sucesos. Á la caballería ligera de vanguardia seguian los herreruelos y las bandas de Flandres en tres escuadrones, los dos á cargo de Barlaymont y Meghen, y el otro del Duque, que encomendó despues al Conde de Lalayn. Seguian los españoles y valones, trocando los puestos cada dia, y en la retaguardia y batalla la demas infantería, y siempre los alemanes con la artillería. Alojó cerca de Lictemberg, media legua distante de Mastrich, en *Castrum Cesaris*, porque segun la tradicion tuvo allí su exército cuando conquistó las Galias. Orange le envió un trompeta, y mandóle ahorcar contra su inmunidad, respuesta que se da á los rebeldes para evitar tratos de igualdad, inteligencia y comunicacion de un campo á otro, importante en guerras civiles, donde suelen combatir el padre contra el hijo, y conociéndose, el amor entibia los ánimos, las armas, las obligaciones, la fidelidad y anima el pasar de una parcialidad á otra, como la leccion enseña.

Despues que la reina doña Isabel de Valoes parió á la infanta doña Catalina en Madrid á diez de Otubre, fiesta de San Paulino, obispo de Nola, en el año de mil y quinientos y sesenta y siete, flaca y débil, tardó en convalecer. Quedó preñada pasado algun tiempo, y con desmayos á las entradas de los meses, que debilitaban su virtud y sujeto, y crecian con falta de pulsos y de respiracion con peligro de ahogarla, sobra de vaguidos de cabeza, y entorpecimiento en las manos y brazo izquierdo, con cierta manera de resolucion que le quedó de otro mal parto: y así juzgaron los médicos ser la enfermedad muy peligrosa. La Reina enemiga de medicinas la deshacia y su real condicion y gracioso semblante; pero el color é hinchazon de los ojos verificaban la opinion de los físicos, y más otros dolores que difícilmente podia encubrir. A los ventidos deste mes de Setiembre sobre tantos accidentes que enflaquecia la fuerza, sobrevino calentura maliciosa y aumento de los desmayos y vaguidos. En viérnes primero de Otubre, quinto mes del preñado, recibió el Viático con tanto exemplo de verdadera penitente, que hizo feliz su tránsito, á costa destos reinos que recreaba y alentaba su real aspecto, agrado y religion. El Rey, que á su curacion asistia y sobre ella conferia, la visitó, y ella le dixo en sustancia:

«Le daba cuidado el no haber cumplido con el deseo de servirle como »quisiera y Su Majestad merecia, por el amor con que le estimó, y por no »dexar á esta Corona un hijo heredero, que su vista y sucesion mitigáran »el dolor que de su muerte se podia recebir. Sentia como madre la ausen»cia que haria á las Infantas; pero siendo hijas de tan católico y poderoso »padre tanto como suyas, y quedando amparadas con tan esclarecidas »prendas, no las encargaba mucho á Su Majestad, sino á sus damas y cria»dos, para que les hiciese merced, especialmente á las francesas como ex»tranjeras y más menesterosas, conforme á sus méritos y calidad. Sobre

»todo le encomendaba á su madre y hermano, para que los tratase como »hasta allí, por hacerle á ella merced lo habia hecho, y por la reverencia »de Dios, pues tenian tantos trabajos con sus rebeldes, que lo sentia en »aquel paso cual era razon; no la echasen ménos para hallar socorro y »ayuda en Su Majestad; pues como tan católico y poderoso executor y »amparador de la ley Evangélica estaba obligado á dársele, y como á Rey »cristianísimo, que por defender la santa fe católica se via gastado y con»sumido, y como á hermano y prenda suya: tenía grandísima confianza »en los méritos de la pasion de Cristo iria donde pudiese rogar por la larga »vida, estado y contentamiento de Su Majestad.»

Estas palabras dixo con tanta ternura, que sin lágrimas no fueron oidas. Respondióle:

«Fiaba en la misericordia de Dios le daria salud, con que por su mano »executase sus deseos santos, y en esta disposicion no habia para que su »Alteza tuviese pena de cosa alguna; pues tendria muy larga vida. Pero »sucediendo al contrario por sus pecados, entendiese haria su oficio y sa»tisfacion, y cumpliria enteramente demas de la obligacion y respetos por»que estaba obligado; le suplicaba descansase, que tendria cuenta y me»moria de hacer á su Alteza en esto muy cumplido servicio.»

Dixo con palabras harto más graves; y viendo crecia la congoxa en la Reina se retiró. Habia la princesa doña Juana edificado y magníficamente adornado y dotado un monasterio de monjas franciscas descalzas en las casas en que nació, con la mayor religion que se vió jamas. Estaba enferma de tercianas y muy fatigada y congoxada del peligro de la Reina, porque se amaban; y envióle á pedir su enterramiento, si Dios la llevase á mejor vida, porque tenía devocion particular á esta santa casa, y con alteracion y sentimiento se le concedió. A las tres de la mañana del domingo otorgó su testamento, ratificando el que previniéndose para el primero parto hizo ante Martin de Gaztelu, secretario que fue del príncipe don Cárlos, en que mandó cosas dignas de su real ánimo y religion, dexándolo todo á la disposicion del Rey, para que alterase y mandase como bien visto le fuese, fiándolo de su prudencia y rectitud. Era víspera de San Francisco, devoto de la Reina, y pidió le truxesen su hábito para morir en él, fiando en que por sus méritos y el favor que recibieron los Reyes de Francia del Santo, y haber sido de su órden el rey San Luis, le sería protector y socorro en su agonía. Diéronle el Sacramento de la Uncion y oyó misa de su confesor. Bendíxola el cardenal Espinosa, y el Obispo de Cuenca hizo prática grave y espiritual, esforzándola á morir y esperar la bienaventuranza por los méritos de la sangre de Jesucristo: y respondió Su Majestad moria con tanta con los Sacramentos de la Iglesia, prendas de su palabra y bienaventuranza. Dolia á todos la pérdida de una Reina tan moza, agradable, católica, piadosa, modesta, caritativa, y mucho á la

Duquesa de Alba su camarera mayor que la servia con gran reverencia y vigilancia, y no ménos al confesor y á D. Juan Manrique de Lara, su mayordomo mayor, á la Marquesa de Fromesta y doña Isabel de Castilla, guarda mayor; y al embaxador de Francia, Reimundo de Forcanaus, gobernador de Narbona, díxole holgaba con su presencia para que viese moria en la fe y obediencia de la Iglesia Romana, y escribiese á la Reina su señora y á su hermano el Rey Cristianísimo la defendiesen y amparasen, imitando á sus mayores con veneracion y constancia, castigasen y extirpasen las herejías con gran rigor, y tuviesen el respeto que era razon al Rey Católico su señor, dándole con mucho comedimiento siempre cuenta de sus negocios, pues para todo le hallarian bien favorable. Tuviesen conformidad como hermanos y Príncipes católicos, acordándose que aunque moria quedaban sus hijas prendas eternas de la paz, amor y concordia que entre todos haber debia. A las doce del dia adoró el *Lignum Crucis*, y pidió á Jesucristo la perdonase, invocó el auxilio de la Reina de los Angeles, pará que intercediese con su hijo tuviese misericordia della, y al bienaventurado San Francisco, y al glorioso San Luis su padre, y al Angel de su guarda que la ayudasen en la mayor necesidad, y nombrando á Jesus estribando en sus méritos, en breve espacio con gran serenidad y sosiego murió con esperanza de alcanzar la gloria eterna en el año ventidos, cinco meses y dos dias de su breve vida. Entunicada con el hábito de San Francisco la metieron en el ataud y pusieron en la capilla de Palacio, acompañada de su Camarera mayor y dueñas, y se dixo la misa de cuerpo presente.

A cuatro de Otubre con solene procesion y acompañamiento la depositaron en las Descalzas con fe del secretario Gaztelu, y encargaron su custodia al padre fray Francisco de Villafranca, vicario y confesor del convento, y fray Diego de Vivar, su compañero, procuradores; y bendiciendo el sepulcro el Obispo de Cuenca que celebró, le cerraron, siendo testigos el cardenal Espinosa y el nuncio Juan Baptista Castaño, el Obispo de Cuenca, Reimundo señor de Forcanaus, embaxador de Francia, el de Portugal, D. Francisco Pereira, el Duque de Medina de Rioseco, el de Arcos, el Marqués de Aguilar, el Conde de Alba de Aliste, el de Chinchon, D. Fadrique Enriquez de Ribera, presidente de Órdenes, mayordomos del Rey, Luis Quijada, presidente de Indias, D. Antonio de la Cueva y don Juan de Velasco, mayordomo de la Reina. Las exequias celebró el Rey despues y toda España con gran solenidad. Afligió esta muerte á Su Majestad Católica, porque la entereza que admiraba en él el mundo no fue insensible, y más en pérdida de su compañera y amiga, ni la del hijo y hermano tan agradable con la comunidad áun en los cuerpos, en las voluntades, bienes, molestias, trabajos, y procreante de los destinados á suceder en el grado del Príncipe, por quien el matrimonio tomó nombre;

Sacramento primero instituido en el Paraíso por el Criador, que infundió en su ánimo natural deseo de la conversacion de los dos más deseable y amable para su conservacion; pues de su union salió el principio de las familias, ciudades, reinos, mundo. Y porque le acaba cuanto á sí el que no se casa, Platon dispuso pagase cierta suma de dinero anual, y hacerle ménos honor que á los casados, y favorecer á éstos riñendo con los solteros como enemigos de la República, y no hay árbol que no dexe herederos de su nombre, sitio, fruto.

CAPÍTULO VIII.

El Duque de Alba defiende la entrada en los Países á los rebeldes con maravillosa providencia y destreza.

El Duque de Alba gobernaba esta guerra con lo más ecelente del arte militar, supliendo la industria el menor número de su gente, y con admirable prudencia prevenia disinios del enemigo, y huia los peligros para conservarse y durar sin venir á jornada. Consistia la vitoria en esto en defensa de los Estados; pues en ella no hacía mayor ganancia que la que daba el echar al enemigo fuera dellos, perdiendo tiempo y expensas, con que venía á ser vencido del todo. Estaba asimismo apercibido para dar la batalla ó tomarla, gobernándose conforme á la necesidad. Por esto en tierra abierta y llana, siéndole forzoso tomar el sitio que ofrecia la naturaleza, andaba pegado con el enemigo, para que esperando el pelear cada dia que le estaba bien, no osase tener fuera de su campo caballería bastante para salir á buscar que comer, hacer rescates y suma de dinero dellos, forzándolos con su cercanía á andar cerrados, quitándoles las vituallas; con que no se alargaba ni daba lugar á que se alargase la caballería de los herejes, repelándolos y matándolos cada dia poco á poco, para reducillos á su igual número, aunque con gran trabajo suyo y de su exército, por ser difícil el tomar bueno y fuerte alojamiento, por haber de ser visto lo que hacian los enemigos, reconociendo la tierra, viéndose cada dia con gran sufrimiento. Conocia que de Alemania no les podia venir socorro, ni dineros; y era fuerza deshacerse de sí mismos, y para esto el hambreallos, alojando á su ventaja, y tambien que su mayor peligro era de los temporales, y disponiéndose para combatir con gran mejora de sitio, parte principal en el buen capitan, que suple la inferioridad de número, no atacando la escaramuza tanto que le forzasen á combatir, por no aventurar lo que no se podia ganar. Camino de guerrear por cierto dificultoso era y casi im-

posible, por la templanza que para esto era menester, y aventurarse demasiadamente, y que sólo el Duque de Alba pudiera salir dello bien, quitando al enemigo su reputacion y séquito.

Envió desde el Real de César á Chapino Viteli y otros ministros del exército á mirar si de la otra parte del rio habia sitio fuerte cerca del campo del enemigo donde alojar con su ventaja. No dió tiempo Orange á esta execucion, porque á siete de Otubre al ponerse el sol caminó y toda la noche con luna clara, y pasó al alba el vado de Stocken en el Mosa su caballería en escuadron, y la infantería por puentes hechas sobre los carros del bagaje, porque el rio traia poca agua. El Duque le siguió á los ocho caminando delante de su exército con los gastadores para eligir y fortificar el puesto cómodo á su alojamiento, y estrechar al enemigo, y no dexarle ocupar lugares y cargarle siempre que pudiese, ocupándole y deshaciéndole con emboscadas y escaramuzas bien atacadas. Alojóse en Bramburg, casería delante de Mastrich, cubriendo á Lieja, Tilemont y Lobaina, porque con llegar un dia ántes que el Duque el rebelde se pudieran rendir á un exército tan poderoso, y meter dentro gruesa guarnicion. Por esto á la vista se alojaba adelantándose á mejorarse de sitio y elegirle sin sobresalto ni cuidado, y fortificábale de manera que no le quedaba sino el representalle la batalla, si el enemigo la quisiera dar estando tan cerca. Pretendia Orange entrar en Flandres para ser ayudado y recibido de la tierra, y hallarse entero por no quedar flaco, sacando golpe de gente con que guarnecer las tierras en que le recibiesen, y rehecho con los franceses de Genlis, cayendo la reputacion del Duque de Alba, cargalle hasta echalle de los Estados por la vía de Namur; ó si diese la batalla, siendo tan superior en número, rompelle, en que estaba la libertad de los Estados. Unos caballos que el Prior envió en la noche á saber lo que hacía el enemigo, dixeron venía la vuelta del alojamiento; y para recebirle y pelear el Duque mudó la disposicion de sus escuadrones en el asiento y figura para dar la batalla, si necesario fuese en todo trance. Hizo de la infantería cuatro escuadrones, y puso el de los tres tercios de españoles más cercano á los enemigos, guarnecido de su arcabucería y mosquetería, y de unos caballetes de madera y cuerdas en red, que inventó Pachoto, ingeniero, contra la caballería superior á la del Duque, puestos á ocho piés de las mangas, por donde si cargaba, vendría al suelo y no entraria en el escuadron. A su mano derecha estaba otro de alemanes buenos soldados iguales, bien armados y diestros del Conde de Lodron, guarnecido con arcabucería y mosquetería española, como hizo en la guerra de Alemania contra el Duque de Saxonia, de cuya manera de campear se valia ahora. Formó otro escuadron de alemanes del Conde de Eberstain, y guarnecióle de arcabucería valona. El último, y junto á éste, estaba el de los valones con buena gente lucida, gallardos coroneles de gran valor y experiencia

militar. Con la caballería ligera, bizarra y bien armada, habia muchos caballeros y principales de los Países, repartida en seis escuadrones con los capitanes de las compañías que sirvieron con mucho gasto y voluntad fiel á su Rey. Los tres escuadrones tenian al costado izquierdo una corneta de herreruelos á manera de manga, y á la derecha del escuadron de los valones estaban los hombres de armas en tres escuadrones de hermosa vista, por estar bien á caballo, armados y ordenados, y á la izquierda de cada escuadron un corneta de raytres, en la misma manera que con la caballería ligera; delante del escuadron de los alemanes plantada la artillería en sitio conveniente á ella, y todo lo representaba un llano.

Esta prudentísima y fuerte distribucion de su gente hizo el de Alba, porque andando tan pegado al enemigo más poderoso en caballería, aunque no le conviniese pelear, esperaba que le forzaria, porque habia tomado puesto á una legua de su alojamiento en una loma cerca de la aldea Enguesbisen, y para que la gente se reconociese y animase viendo su valor, armas, órden, desahogo y consejo de su general, ingenio, industria, advertencia para saber guardarse de los daños, asechanzas, engaños, estratagemas, y usarlas cauto, secreto, presto con autoridad imperativa y crédito con que era respetado de los suyos, temido de los enemigos, y se mejorase de ánimo asegurado para combatir. Por elegir para esto lugar aventajado, y ver la disposicion de la campaña, fué hácia los enemigos. Ordenó á D. Fadrique, su hijo, enviase alguna infantería española á ocupar un cerro enfrente de Mastrich, media milla de su alojamiento, con que privar della á los enemigos y la comodidad de batir la plaza de armas que la descubria. Levantaron trincheas luégo para pasar allí el exército y tener ventaja en el pelear. Don Fadrique mandó venir al capitan Juan Osorio de Ulloa con cuatrocientos arcabuceros en guardia de la montañeta, y dos compañías del tercio de Nápoles de los capitanes Lorenzo Perez y Rodrigo Perez para acabar la trinchea, y al capitan Juan Marcos de Toledo con su compañía á ocupar una aldea cercana, asegurando aquel puesto fuerte. Los enemigos conservaron su alojamiento en aquella noche, y algunos caballos tocaron arma reconociendo la eminencia, y así al amanecer la ocupó el campo del Duque. Orange, á una hora salido el sol, con buen órden se levó por una loma frontera de la otra, dando su lado siniestro sus escuadrones. Uno de herreruelos llegó á escaramuzar con una compañía de lanzas puesta de guardia del camino. De la artillería del Duque dispararon algunas piezas sin órden y mataron algunos caballos, y se retiraron todos los escuadrones de la caballería de la retaguardia, fuera de quinientos caballos que llevaban en la vanguardia y otros tantos en la batalla. El Duque alojó en la aldea Costel, á media legua del enemigo, tomando á las espaldas al Liegés neutral para estrechar de vituallas á los enemigos, porque de otra parte no les podian venir. En el dia siguiente

alojó en Nerderoy, á dos leguas, y el enemigo en Bonclaon, delante de Tongré, y en su seguimiento el Duque en Herné para que no le ocupase. El Prior, su hijo, iba de vanguardia con la caballería ligera y quinientos arcabuceros del tercio de Londoño, y dió en mucha gente de los rebeldes desmandada, que atras dexaban con gran parte del bagaje y mató seiscientos, y cargó siempre picando la retaguardia, aunque iba bien reforzada. Los enemigos revolvieron con toda la caballería contra la del Prior, y prendieron diez caballos ocupados en el robo y á Antonio de Aguayo, alférez de D. Juan Velez de Guevara. El Duque envió á Julian Romero con algunas compañías de arcabuceros españoles á reforzar á Tongré, mas temiendo el castigo por haber dexado entrar ántes al enemigo, le cerraron las puertas. El Duque mandó que las abriesen luégo y no temiesen, y entró el presidio y se entregó en muchos carros de municiones y mercaderías que bastecian los alemanes.

Pasados dos dias vinieron á Almal, cerca de Jaintron del Liegés, donde se aconsejaron y banquetearon las cabezas. El Conde de Hoostrate, motejando al conde Ludovico por la pérdida de Geninghen y huida, dixo: «No hallaba á los españoles con tanta braveza y valentía como él publicaba, porque despues que el Príncipe su hermano pasó el Mosa, no los habia visto, sino por las espaldas.» Ludovico respondió: «Cuando el Duque los soltase, por tarde que fuese, le aseguraba le pareceria temprano, y se acordaria muchos dias de sus caras.» El Duque mandó que Julian Romero fuese con quinientos arcabuceros de su tercio en aquella noche á degollar unos cornetas de herreruelos que alojaban algo apartados, y ocupase despues un bosque y unas casas cercanas, para que no le tomasen los rebeldes. Encamisados los quinientos con los capitanes Juan Osorio de Ulloa, don Pedro Gonzalez de Mendoza y D. Márcos de Toledo, señorearon el bosque, pero no las casas, porque no alojaba gente en la aldea, y los embistieron mil arcabuceros y quinientos caballos. Para salvarse Julian Romero puso los soldados en la frente de una trinchea harto baxa que hicieron. Cargaron los enemigos, y con mayor furia, contra la posta de D. Márcos de Toledo, y cercados por todas partes de la caballería se defendian valerosamente. Julian Romero avisó al Duque de su aprieto, y al cabo de dos horas que se habian peleado, con muerte de veinte españoles y herido Julian Romero en un brazo, se descubrió D. Fadrique con mil arcabuceros del tercio de D. Alonso de Ulloa y quinientos valones, y retiráronse los herejes. Parte de su gente entró en Jaintron, y hicieron hostilidades en las cosas sagradas y sacaron dineros de rescates y algunas vituallas para matar la hambre que padecian, porque no podian enviar gente á buscar la comida, y así la principal era manzanas y nabos sin pan alguno. Para recebir á Mos de Genlis y ocupar á Lobaina marchó Orange la vuelta de Lusemau, y el Duque le siguió por la siniestra para ganarle la vanguardia

cuando entrasen en Brabante. Reconoció con el Viteli el campo enemigo en buen órden, y parecióle podria recebir daño por la estrecheza del camino. Mandó á Francisco de Ibarra dixese á D. Lope de Acuña le entretuviese con gruesa escaramuza hasta que llegase el exército, y dispúsole así: seiscientos arcabuceros del tercio de Lombardía, asistidos de D. Fadrique de Toledo, con los capitanes D. Rodrigo Zapata, D. Diego de Carvajal, Francisco de Valdés, sargento mayor de aquel tercio, y Andrés de Mesa con cuatrocientos arcabuceros del tercio de Sicilia con los capitanes D. Hernando de Toledo, D. Pedro Gonzalez de Mendoza y Juan Osorio de Ulloa y Mos de Villi con quinientos arcabuceros valones, y seguíanlos seis cornetas de herreruelos, y á ellos los hombres de armas con seis piezas de campaña, y luégo todos los escuadrones de infantería y el resto del exército.

En esta entrada ponia Orange su vitoria y procuraba caminar sin daño para llegar presto á suplir la falta de la comida que le habia marchitado el campo y se le deshacia. Para ir camino derecho envió á reconocer el que habia de llevar en el siguiente dia, y viendo tenía de pasar por un estrecho y hondo y el arroyo Guet, desuniendo sus escuadrones, envió delante el bagaje, para que el campo fuese desembarazado; y porque el paso era dispuesto á dar ó recebir una rota, puso casi cinco mil arcabuceros de sus naciones en unos jardines cercados de valladares altos y en una aldea con entrada de dos caminos estrechos que los tenía á caballero, y favorecia el sitio hondo una iglesia en su medio eminente, cercada de muro como de barbacana. Pasó á la vanguardia el Duque, donde parte de la caballería ligera escaramuzaba y habia ganado un estandarte. Desde un alto descubrió el campo que caminaba, dexando de retaguardia un escuadron de cuatro cornetas de herreruelos, y le hacía espaldas, por ser el sitio estrecho y hondo, mucha arcabucería que estaba en unos jardines. Los capitanes de caballos y el teniente general D. Lope de Acuña quisieron cerrar con el escuadron, aprobando la coyuntura, mas no el Duque, por ir asido con los demas para ser socorrido y no haber llegado la arcabucería, y la que tenian los enemigos en los jardines al cerrar dañaria la caballería católica. El Baron de Chaurerau, capitan de arcabuceros á caballo, que habia atacado gallardamente la escaramuza, arrojó el arcabucere, diciendo con despecho: «El Duque no quiere pelear.» Replicó le placia su gallardía y el coraje en los soldados, porque les tocaba el combatir y á los generales ordenar y vencer en cuanto les sea posible. Dixo á los presentes razones graves y magistrales cerca deste punto, como las que propuso en Civitela del Tronto á los señores de Nápoles, disuadiéndoles la batalla que deseaban y pedian, y que verian presto cómo se habian engañado, y él reconoció el peligro. Don Lope de Acuña, dixo: «No podia ser socorrido el escuadron enemigo, segun decia un villano prático en la tierra y en la longua española.» El escuadron, en viendo la caballería del Duque bien apresuradamente calada por una la-

dera, remolinándose al pasar por la priesa con que cargaba la caballería ligera y ruciaba la infantería ganándoles dos bosques, apretándolos bien y divididos en dos partes, la derecha con cuatrocientos arcabuceros y sus capitanes, tomó Sancho Dávila la izquierda con seiscientos, D. Gonzalo de Bracamonte y Gaspar de Robles con su arcabucería valona. Mandó cerrar el Duque con la que guardaba los jardines, asegurando el paso á su exército. Temeraria parecia la determinacion acometiendo dos mil á cinco mil en sitio fuerte y fortificado, y no lo fue, porque no podian ser socorridos de sus escuadrones, que estaban de la otra parte del arroyo Guet, y por esta razon dexó ir sin tocarle al escuadron de los herreruelos, que temiendo ser cargado de todo el campo del Rey, que sobre él venía mejorándose, caminaba. El ser tantos los arcabuceros y el sitio tan fuerte los hizo confidentes en la defensa del paso, y el no medirse con el esfuerzo y ardimiento de los españoles y valones, que emprenden las cosas más arriscadas. Acométieronlos con tan gran presteza y osadía, que en ménos de una hora les quitaron el puesto, degollando en él los más, executando hasta de la otra parte del arroyo, peleando la mayor parte con las espadas, cosa no vista en muchos años ántes. Porque al cerrar por los costados los apretaron de manera, juntándose tantos con ellos, que no pudiéndose aprovechar, por la angostura del sitio, con los muchos árboles y setos de los arcabuces, llegaron en su seguimiento á tirar á sus escuadrones puestos en batalla. Caminando por una ladera arriba algunos algo entre llano, los cargó un estandarte de herreruelos, superior en número, mas con apretada salva le abrieron por medio y le retiraron. Cargáronlos de nuevo dos cornetas, pero con brava ruciada, ofendidos muy á tiempo, los abrieron, deshicieron, y retiraron á la ribera para salvarse, faccion digna de alabanza y de españoles solamente.

Murieron de los rebeldes tres mil, con dos coroneles, sin otros muchos que se quemaron en las casas de la aldea, y se ahogaron al pasar en el rio. Fue preso Mos de Overual, coronel de alemanes y valones, vasallo del Rey y murió descabezado despues en Bruseles, y herido muy mal el Conde de Hoostrat de un arcabuzazo que le quitó á pocos dias la vida. Visitóle Ludovico, y picado del motejo de Jaintron, le preguntó si era así lo que le dixo de los españoles, pues con los muertos de aquel dia veria si su rota se habia de atribuir á su huida. Los rebeldes, miéntras sobre el ganar los jardines se combatia, plantaron algunas piezas y el Duque otras en dos montañetas, que formaban el valle de la aldea con que tiraron, recibiendo más daño los herejes, y así cubrieron con presteza sus escuadrones con la caballería ligera, que le recibió muy grande. Al ponerse el sol caminaron media legua hasta Marille para entrar en Brabante, y el Duque por ganarles la delantera en la aldea Loor, quedando enmedio Tilemont, y los rebeldes á legua y media.

CAPÍTULO IX.

Enflaquecido el enemigo, conoce la imposibilidad de la jornada, y camina á Francia.

El Príncipe de Orange con los alemanes de su séquito conocia la dificultad de la jornada, la prudencia, industria y experiencia del Duque superior á su astucia, el valor de los realistas al número de ambos exércitos, y el menoscabo del suyo por la hambre y muerte de enfermedad y hierro, caido de ánimo y afligido quisiera volver con seguridad en Alemania. Caminó á Sanjagay para recebir á Mos de Genlis, que á darles fuerzas y esfuerzo con el socorro de mil y ochocientos caballos y cuatro mil infantes con gran rodeo y trabajo vino por la Ardenia, pasando el Mosa junto á la aldea Hastier, legua y media de Dinant y otro tanto de Carlemont. Con esta ayuda quisiera Orange sitiar y tomar alguna tierra, especialmente á Bruxeles, para dar reputacion á su entrada; pero la hambre los impedia y ver que un punto no se les despegaba el Duque. Él, temiendo esto, dexando al Prior en la retaguardia con toda la caballería y á Alonso de Ulloa con dos mil arcabuceros, caminó á un bosque, y alojó junto á las murallas de Lobaina, en la abadía de Pareque, tres leguas del enemigo, cubriendo tambien á Bruxeles. Envió á Mos de Hierge á Tilemont con su regimiento, á Mos de Xauvoir con seiscientos arcabuceros de su coronelía, y al capitan Montero con su compañía de arcabuceros á caballo y á Mondragon con sus banderas á Lobaina, y la coronelía del Conde de Reulx á Bruxeles, bastante guarnicion para entretenella, si la sitiaba el hereje en tanto que él llegaba. Si pasaba de largo no era menester más gente para quitarles las vituallas. A Octavio Curciano, comisario general de la caballería, con cuatro compañías de lanzas envió á Tilemont, y á Diste al coronel Langailla con su infantería; pero dixeron no conocian por señor sino al Príncipe de Orange. Por la hambre que padecia su exército y la poca esperanza de revolucion en los Estados, determinó salir dellos, y crecido el Mosa con las aguas del Otoño, no podia ser para Alemania. Alojaron en Engelvisen, cerca de Tilemont, y al levarse en el dia siguiente, como contra el caido todos se atreven, la guarnicion mató más de quinientos, saqueó parte del bagaje, siguiéronlos picando la retaguardia hasta arribar á Hauten; porque en quien las cosas comienzan á suceder prósperamente, caminan los buenos sucesos más apriesa que sus mismas esperanzas.

El Duque llegó á Babecun, legua y media distante, y el Obispo de Lieja y el cabildo pedian gente para su defensa, porque por su puente queria pasar el enemigo para Alemania, y los amenazaba sino se le daban, y salió de Tilemont el coronel Mondragon, y fué á Hoehy castillo, y Mos de Hierge á Lieja, donde se le juntó Mondragon. Alojado Oranje á tiro de cañon pidió paso, y ofreció rehenes para la seguridad. Animados, teniendo al Duque á tres leguas en Puchey en socorro, no admitió la peticion, y escaramuzando al levarse la guarnicion les hizo daño. El Duque, buscando sus ventajas, conociendo el ánimo del enemigo, atrincheó su alojamiento en Alamine, aldea, sitio fuerte, elegido primero por el Viteli. El enemigo creyó era golpe de infantería solamente para socorrer á Lieja, y vino á combatille con la vanguardia muy reforzada. Caló por una ladera un escuadron de peones, reconociendo con escaramuza el puesto y defensa, y viendo el campo en batalla volvieron sobre su siniestra, dexando el Mosa á la misma parte, dando el lado diestro de sus escuadrones, y alojaron legua y media apartados. El Duque, viéndolos ir á Francia, mandó romper los molinos del condado de Henaut y del Artuoés y recoger las vituallas á los lugares fuertes. Avisó al rey Cárlos desto, y le pidió que los dos mil caballos que le ofreció pusiese en la frontera para romper al enemigo, porque su caballería venía del largo trabajo fatigada. Mandó encaminase D. Fadrique algunas compañías de infantería para armar las tierras; envió á Gaspar de Robles con su regimiento á Tilemont, Bruxeles y Nivele, á Mondragon á Bindi en Henaut; él vino á Hauten, porque Orange salió á las Chauseras, una de las siete calzadas que salen de la muralla de Bibe, llamadas las Chauseras de Bruhnaut, que edificaron los romanos con otra calzada llamada Lapidea, que va desde Verona á Trebers, segun las historias bélgicas, aunque las francesas dicen que por Brunechilde, reina de Francia. El Prior envió á su teniente D. Lope de Acuña con seis compañías de caballos ligeros para picar y repelar á los rebeldes y hacerlos caminar recogidos, matando siempre los desmandados, por más que los cubria su caballería, sin dexarlos caminar dia sin pérdida. El Duque los seguia impediendo las que más que hacian los herejes de las cosas y casas sagradas, con que señalaban su camino y ánimo perverso desde que se juntaron con Mos de Genlis, huguenote, que se llamaba á sí mismo el Vicario de la nueva religion. Quemó el famoso templo y abadía de San Humbert, donde milagrosamente curaban de mal de rabia ha más de mil años, en los cuales, aunque cada dia cortaban pedazos de la estola del Santo para dar á los peregrinos y enfermos innumerables que allí iban, jamas se diminuia. Quemó la caxa en que estaba su cuerpo, pero quedó intacto, y él en castigo de su delito murió de rabia en llegando á Francia, porque es Dios admirable en sus Santos. Junto á Cosilee algunos caballos ligeros se adelantaron, siguiendo contra alguna infantería desmandada, y degollándola

fue herido Sancho Dávila y muerto D. Rui Lopez Dávalos, capitan de caballos, retirando sus desmandados.

Cercó el enemigo á Chesteu en Cambresi, villa del arzobispado de Cambray entre Francia y los Estados. Hallábase el castellano Juan de Wort sólo con treinta soldados y pocos vecinos, y mandó tomar picas á las mujeres y mostrarse en las murallas. Batia con ventiuna piezas al tiempo que llegó Mos de Molein, valiente soldado, uno de los capitanes de la coronelía de Mos de Hierge, enviado de presidio con docientos arcabuceros valones. Rompiendo un cuerpo de guardia que los enemigos tenian á tiro de mosquete junto á una portezuela, con ánimo y riesgo se arrimó al amanecer á las murallas en sazon que el castellano estaba en otra posta, recibiendo de un terrazano el aviso de la llegada del socorro, y las centinelas no le quisieron admitir, diciendo eran enemigos. Molein les dixo: «Ahora lo veréis», y embistió contra los cuarteles de los cercadores descuidados y degolló muchos, tomó caballos, volvió al lugar, dándoles las puertas y las gracias de su socorro. Levantaron el cerco los enemigos y entraron en Francia, y se alojaron en los lugares del contorno de San Quintin. El Duque apriesa caminaba para juntarse con los dos mil caballos del Rey Cristianísimo; mas por no estar juntos, aunque levados, hizo alto en Chasteau, y aloxó el exército en las aldeas y bosque de Mormal donde estuvo algunos dias. Escribió al Rey de Francia le dexase entrar y juntar con sus dos mil caballos para romper los herejes, y al Gobernador de Guisa le hiciese espaldas si fuese cargado, porque queria dar una trasnochada á los rebeldes en el puesto que tenía su alojamiento. Respondió el Gobernador, enviaba por licencia de su Rey. En tanto á largas jornadas Orange caminó para Alemania. El Duque avisó al Rey desta importante vitoria, y hallóle cargado de nuevos lutos esta nueva, como la de la rota de Geninghen, con los de la muerte de D. Cárlos. No se juntaron ahora los flamencos del Palacio á banquetear en él, como cuando llegó el aviso de la vitoria del conde Ludovico, y llegaron otras de sus parientes y amigos, que llevados de su amor y del de la patria poderosísimos, anteponian el deseo de sus buenos sucesos, áun contra la religion, al de los de su Príncipe, señor natural que los sustentaba, honraba y se fiaba dellos, teniendo á los demas en esperanza si se reducian, y conservando los buenos y fieles, aunque éstos aquí eran los verdaderos inquiridores y correspondientes con sus parientes y amigos, enemigos de su Rey todos; y merecian ser muy bien castigados, porque los banquetes y fiestas de los criados y amigos del Príncipe en tiempo de sus aflicciones son delito de lesa Majestad, suficientes á destruillos, si los acusa privado; porque su tristeza y contento debe gobernarse por el bueno ó mal estado de su señor. El Duque desembarazado alojó el tercio de Don Alonso de Ulloa en Mastrich, Bolduque, Wers y Grave, el de Julian Romero en Bruseles y Malinas, el de D. Sancho de Londoño en Utrech,

Bomel y Warcen; las banderas de Mos de Villi en Groeninghen, en Deventer las de Mondragon, en Valencianes y Ambers las de los alemanes del Conde de Lodron. Despidió parte de los herreruelos, valones y alemanes infantes. Fue recebido en los Estados con grande honor, triunfo y demostracion de alegría vitorioso.

Dió luego gracias á Dios por tan felice suceso en libertad de los Países, con muerte de venticinco mil herejes, atajadas las tramas y conjuraciones que tenian, rompiendo las fuerzas tan grandes sin aventurarse á dar batalla; y fue bien menester la entereza, valor y destreza del Duque para campear, su mucha diligencia en el proveer á todas partes y la osadía invencible de sus soldados en el acometer y combatir, para que los rebeldes no fixasen pié, obligándolos con la eleccion de los alojamientos y presteza en el fortificarlos á no poder hallar al Duque sino con mucha ventaja para pelear, echándolos como á bandidos vilmente de los Países. Hizo mercedes á los naturales que militaron, y lo mereció su fidelidad, valor y honor con que lucieron y asistieron en esta guerra con ser civil, y cierto en el merecimiento y ardimiento no pudieron ceder á nacion alguna de las que en ella se señalaron. Los alemanes sectarios doliéndose de la pérdida de su gente y del amigo, del tiempo y gasto, pidieron segunda vez al Emperador solicitase su restitucion y perdon con el Rey Católico, protestándole del no hacerlo grandes males. Decian se vió el fruto que produxo su paciencia, y se seguió de haber despreciado sus quexas; pues D. Filipe oprimia á los flamencos y no perdonaba al Príncipe de Orange, con infamia suya maltratado, despojando la Germania de su autoridad y crédito. A tan grande atrevimiento le incitaba, no el haber crecido su reputacion y poder, no el haberse diminuido las suyas, no el ignorar cuán superiores le son sin comparacion, sino la esperanza que sus desaveniencias le hubiesen de dar más lugar y fuerzas que sus estímulos de gloria y salud de los amigos. Por la misma causa con que con tanta vergüenza suya sufrieron domase sus Estados, que llama rebeldes, queria menospreciar su poder y demandas; habia de entender el mundo no era inferior su potencia á la española. Ménos fatigaba el daño que la infamia, atribuyéndose á imprudencia suya lo que hasta allí procedió de la condicion de los tiempos y malignidad de la fortuna, con vituperio de su nombre, ferocidad propia, memoria de la antigua virtud y de los triunfos de su imperio, terror y asombro en otros tiempos de las otras naciones sus espíritus invencibles y belicosos. Tratábase de su autoridad tan respetada y temida en todo el orbe, era propio de su gloria y grandeza de nombre defender al Príncipe de Orange; y siendo violadas del Rey de España convenia el comunicar su sentimiento y union, y tomar las armas para defendella por interés comun. No ménos estaban mal satisfechos del Rey de Francia por la oferta que hizo de la caballería al Duque de Alba. Venciendo el interese particular ya la detencion del Em-

perador, despachó á Cárlos su hermano á España á pedir perdon para los flamencos, y gobernador de la casa de Austria, y vino por Italia bien instruido y acompañado. Embaxador tan calificado en nombre del Imperio y Emperador grandemente llevó tras sí la atencion y discurso de los prudentes, y dió esperanza á los foragidos de su restitucion, porque les parecia no se atreveria el Rey á no contentar al Imperio; que por lo que tocaba á Italia y á sus Países Baxos lo debia hacer. Mas considerando que en materia de religion y autoridad no admitia mella, ni tenía respetos D. Filipe, temian resultase de la negativa rompimiento grande. Por esto el Rey hacía diligencias por medio de sus embaxadores Luis Venegas de Figuroa, y el conde Chantoney para suspender esta embaxada, y viendo era difícil, se aconsejaba en lo que cerca della debia hacer y responder, pues de los apuntamientos de su instrucion ya tenía copia. En el camino tuvo aviso del Emperador el Archiduque de la muerte del Príncipe D. Cárlos, y despues de la de la Reina; y así mudado en la una parte el intento de su embaxada, le fue cuanto á ella más agradable y al Rey su primo.

CAPÍTULO X.

La Reina de Inglaterra rompe de secreto la guerra al Rey de España.

Valsingan, calvinista, secretario y consejero de la Reina de Inglaterra, la aconsejó favoreciese los herejes de Francia y Flandres, para que pasando la guerra entre ellos gozase paz en sus discordias, teniendo sus reyes en perpétuo movimiento de su ofensa y defensa, y con las guerras civiles consumido el gran poder que temia por su mudanza de religion. Para enriquecerse, enviase navíos á robar en el Océano, con que tendria aumento y los vasallos del Rey destruicion, pelando poco á poco su gran riqueza. En el año mil y quinientos y sesenta y ocho, galeones de la Reina prendieron algunos navíos que iban á Flandres con mercancía y dineros, y prosiguieron en sus robos adelante, y en su imitacion cosarios hicieron daños á los vasallos de la Corona de España. Arrestaron en Plemua con unos navíos cuatrocientos mil ducados de asiento que el Rey Católico hizo con genoveses para la paga de sus exércitos de Flandres. Su embaxador Guerao Despes pidió á la Reina la soltura de los navíos y dineros, y la concedió; pero faltando á la promesa, á la fe de sus mandatos, amistad del Rey, los retuvo para favorecer los huguenotes que nuevamente conspiraban contra su Rey á instancia del Cardenal de Jatillon, que por ellos solicitaba las armas de Inglaterra. El Duque de Alba procuró la restitucion del dinero,

y entre las demandas y respuestas se embargaron de la una á otra parte los navíos y haciendas de los tratantes, y venía á ser casi guerra sin tomar las armas, dispuesta para romperse la liga hereditaria que tiene Inglaterra con la casa de Borgoña. De allí adelante, aunque esta diferencia sobre hacienda se maleompuso, admitia al descubierto los rebeldes del Rey y los ayudó, fomentando las rebeliones. Entónces procedió con tiento por no disgustarle, viendo los Estados Baxos pacíficos al parecer, porque no diese favor con sus exércitos á los nobles de su reino, inquietos por mal contentos de la poca parte que del gobierno se les daba. En una junta en casa del tesorero hecha en Lóndres trataron de matar á Roberto, baron de Cecil, y á Bochon, por haber publicado un libro en que excluian de la sucesion del reino á María Estuart, reina de Escocia, é introducido á los hijos del Conde de Hercford, decendiente de hermana segunda de Enrique VII, como atras se dixo. El Duque de Norfolt, que de secreto trataba de casar con la Reina de Escocia, acompañado de toda la nobleza entró á matar á Roberto en Palacio, y declarar por heredera de la Corona, despues de los dias de Isabel, á María Estuart, que mal satisfecha de su reino por la tiranía de los herejes Conde de Morray y Prior de San Andrés su hermano bastardo estaba en Inglaterra. Temiendo que los católicos la amparasen, como no hay en los calvinistas fe ni lealtad, sino el útil y cumplimiento de apetitos, descubrió la conjuracion contra Roberto el Conde de Lecestre. Puesto por mandado de la Reina á los piés del Duque le pidió perdon y ofreció casarle con la de Escocia; golpe de ambicion que derribó el ódio y convirtió en benevolencia, anteponiendo su comodidad el Duque al servicio de Dios. Los conjurados con indignacion contra su mudanza salieron de la Córte. Roberto por temor los persiguió con todas sus fuerzas y de sus amigos, disponiendo contra ellos y contra los católicos el ánimo de la Reina. Ella sagaz procuró ganar las voluntades de algunos con promesas y mercedes para desunirlos y enflaquecerlos. Metió en un castilo á la Reina de Escocia, que debaxo de amistad y palabra de seguridad se puso en su proteccion; fulminó contra algunos que se retiraron á los montes con los Condes de Notumberlan y Vesmerlan. Ellos por su parte y la de María Estuart pidieron favor al Pontífice y al Rey de España, ofreciendo restituir la religion católica.

Aunque deseaba ayudar á los ingleses por meter la guerra en su casa á la reina Isabel para que dexase las ajenas, pareciéndole su fundamento flaco, deseando hacer efeto importante al bien de la cristiandad cuando se declarase la conjuracion, iba consultando el caso con el Pontífice y con el Duque de Alba y la reina Isabel de enriquecer para tener fuerzas mayores, por consejo de dos portugueses armó navíos, y con mil y quinientos hombres los encargó á Juan Aquines, gran marinero natural de Divonia, y á Francisco Draque, inglés, con promesa de darles el tercio de la ga-

nancia. Partieron para el rio de la Mina, contratacion de portugueses, y con varios sucesos desde la costa de Guinea aportaron á la isla Margarita y al rio de la Hacha, y no siendo admitidos ni en Cartagena, pasaron adelante. A quince de Setiembre los descubrieron desde la Veracruz, y pensando eran navíos de la flota de España, los oficiales reales acudiendo á tomar los despachos fueron presos y libres. En tanto que del Virey de México se traia licencia para acomodarse de lo que habian menester, quedó el tesorero en rehenes, y entraron en el puerto de San Juan de Lua, donde estaban seis navíos con gran cantidad de plata. Parecieron trece naos de la flota en que iba el virey D. Martin Enriquez y por general Francisco de Lujan, y por estar allí los ingleses no entró en el puerto. Juan Aquines, temiendo eran los galeones con que Pedro Melendez, adelantado de la Florida, corria y limpiaba la carrera de Indias y aseguraba las armadas, envió á decirle estaba allí con licencia del Virey dando carena á su capitana, porque buscando el rio de la Mina, los tiempos le derrotaron y la necesidad de salvarse los truxo á tierra. El peligro de los nortes que contrastaba la flota hizo al nuevo Virey capitular sobre el seguro con Juan Aquines con recíprocos rehenes, y entró en el puerto. Avisaron á la Veracruz de las práticas en que se andaba, y ciento y veinte soldados de noche se metieron en la flota, y el Virey partió para México. El general Francisco de Lujan, pareciendo que no se debia guardar palabra á cosarios, sobre el puesto de los navíos tomó ocasion de romper con ellos. Determinó de combatillos y mandó que buen número de soldados con dagas solamente entrasen á visitar á los ingleses y los convidasen, y en el banquete los matasen. Hízose así, y la artillería de la flota batió las naos inglesas y la gente les ganó la artillería que puso Juan Aquines en una plataforma para seguridad de su capitana, miéntras le daba carena; y él mandó á Francisco Draque metiese en un navío el oro que rescató en la mina y le aguardase fuera del puerto. Puso fuego á su capitana, y con su almiranta peleó; y porque le iba mal salió al mar con un navío de conserva, dexando los demas con mucha ropa, plata, esclavos, cosas ricas, muchos ingleses muertos, y caminó. El navío conserva dió al través con los nortes en aquella costa de Panuco, y Juan Aquines llegó al canal de Bahama y á España al fin de Diciembre con la gente enferma. Francisco Draque llegó solo á Inglaterra y dixo se perdió su general, y el oro y plata encubrió, aunque la Reina le metió en prision. Con ello tuvo principio en el mar el mayor cosario que en él hubo en aquellos tiempos, y que más robos y atacamientos hizo.

CAPÍTULO XI.

Trátase el casamiento del Rey Católico con la hija mayor del Emperador, y del rey Cárlos de Francia con su hermana doña Isabel.

Con la muerte de la reina doña Isabel los ánimos y deseos en el casamiento de las hijas del Emperador se mudaron, y él y la Emperatriz los ponian en que su hija Ana casase con el rey D. Filipe, y su hermana Isabel con el de Portugal, por su comodidad y el gusto de las Infantas de casar con sus tio y primo. Trataban del modo con que se encaminaria y se podria honorable y amigablemente responder al Conde de Fiesco, embaxador del Rey Cristianísimo, que despues de la muerte del príncipe don Cárlos asistia en la Córte imperial á la negociacion del efeto del matrimonio del rey Cárlos IX con la infanta doña Ana. Ella lo aborrecia tan en extremo que se habia retirado, y su tristeza mostró su semblante, y él contento del acaecimiento del fallecer la Reina de España, esperando sucedelle y no ir á Francia. Su hermana madama Isabel, temiendo lo mismo, por la misma razon andaba desabrida y melancólica, venciendo su descontento á su modestia y mesura, como si ya fuera privada de la alegría que recebia, y con razon, en ser Reina de Portugal con su primo el rey D. Sebastian. Porque si bien daba esto satisfacion al Emperador, hallaba el casamiento en Francia tan adelante, que se entendió habia tiempo que el poder para capitular enviaron los Reyes, y por no haber llegado el de Portugal no se concluyó, y recelaba no estuviese allí el negocio embarazado, ó no tan corriente como en su principio; pues habiendo llegado el archiduque Cárlos á Madrid, se pudiera haber dispuesto mejor, y más teniendo órden de no efetuar el casamiento del Rey de Francia sin el efeto del de Portugal. Era la causa desta suspension estar apartados de la Córte el rey D. Sebastian y la Reina su abuela y el Cardenal, su tio, por la peste y no poder juntarse á tratar del negocio y de otros de pretensiones que tenian con Francia para despacharlos juntos, y por haber enfermado D. Sebastian. Cárlos IX estaba en Metz de Lorena para impedir la entrada en Francia que el Duque de Dospuentes queria hacer con exército en favor de los herejes, y envió un gentilhombre á dar cuenta dello al Emperador por cumplir en todo con sus obligaciones, y de cómo no entraba en el Imperio con el suyo, aunque su gente le dió causa, teniendo consideracion á su amistad y deudo, y á que le tenía su padre, y le pedia lo remediase. Lo mismo dixo el francés á la Emperatriz de parte de la Reina ma-

dre, y que esperaba tendria presto contentamiento (aludiendo á lo del matrimonio) y estaba cierta le habia de tener con su hijo, por lo bien criado que le tenía. Ella dixo al Emperador era á lo que ménos cudicia tenía aquella crianza. Enfadóse de que no traia luto el Embaxador por la muerte de la reina doña Isabel; pues aunque en los lutos y sentimiento fuera su costumbre diferente en su país, el venir con galas á su Córte donde los traian sus Príncipes por la hermana de su rey Cárlos (aunque no era la parte por donde le tenian), no podia no ofender. Alegres estaban estos Príncipes con la esperanza del casamiento de su hija en España; pero quisieran por su honor se comenzára á tratar primero por el Rey, aunque parecia temprano por el pesar de la muerte de la Reina, sí bien cualquiera dilacion tenian por peligrosa, y más la Emperatriz, á quien eran mil años cada hora de dilacion en concluir este matrimonio; y porque el Embaxador de Francia habia dicho sería el de D. Filipe con la infanta Margarita, hermana de la difunta, para la continuacion de la paz entre Francia y España importante; y que así lo entendian sus Reyes y no dudaban del efeto, por lo bien que á todos estaba. Previniendo este inconveniente para su negocio, la Emperatriz luégo escribió de su mano á Luis Venegas de Figueroa á veinte de Noviembre habia acordado enviar carta, y que él escribiese á la princesa doña Juana, su hermana, para que hablase al Rey con su llaneza y amor, en que hiciese de su parte lo que era obligado en darle licencia para que tratase sobre el casamiento, como convenia á la autoridad de la sobrina; pues siendo Dios servido de encaminallo, el Rey tenía obligacion de ir al efeto por el camino de más honor y ensalzamiento para ella, y le diese las gracias por veinte mil escudos que le habia enviado. El Emperador tambien solicitaba á Luis Venegas para que asimismo lo representase á su cuñada y á Rui Gomez de Silva, pidiéndole hiciesen buenos oficios en la negociacion, y la Princesa le obligase, comunicándolo con él y con el cardenal Espinosa, á quien tocaba por su lugar y dignidad disponer el tener la corona de España sucesores varones (aunque no haberlos era lo que mejor al Emperador podia suceder; pues reinaria un hijo suyo casando con la heredera necesariamente) por el contentamiento y seguridad de la sucesion dellos. Y para cumplir con los Reyes de Francia y respetos del rey D. Filipe al amor de la Reina difunta, casase madama Margarita con el Rey de Portugal, con que aseguraba los matrimonios de sus hijas. Y por la decencia de su Majestad Católica convenia que el príncipe Rui Gomez, el Duque de Feria y el prior D. Antonio tratasen si sería bien que el Cardenal y el Consejo le suplicasen á boca de su parte y de los reinos se casase, y que por estar fuera de Madrid fuese la Princesa á pedille licencia para despachar correo al Emperador que le esperaba, con harto deseo de su llegada. Con esto le obligaria para que le tuviese respeto en los negocios de Flandres y perdiese el resentimiento de no haberle dado al príncipe D. Cárlos

para marido de la infanta doña Ana, y que el Rey fuese á Córtes á Monzon, y en Barcelona la recibiese. En esta sustancia escribió á todos los nombrados aquí Luis Venegas, y el Duque de Alba ántes al Rey casase con su sobrina por las conveniencias muchas que habia y para que los Príncipes del Imperio más prendados acudiesen ántes en su favor que de los rebeldes de Flandres, y que las bodas se celebrasen en aquellos Países porque se aquietasen con su presencia y divirtiesen con las fiestas y agradasen con el perdon de su Majestad y con sus mercedes y beneficios. Y así cuando murió la Reina escribió á Luis Venegas diese el pésame á la Emperatriz y le dixese esperaba en Dios habria lugar para que su Majestad Cesárea viniese á Flandres y pudiese ver al Rey su hermano, y hacer que se ahorcase el Conde de Fiesco, porque tenía el negocio por acabado, segun lo que á su Majestad Católica propuso y suplicó. El Consejo de Estado aprobó el casar con madama Margarita; pero con ordinarios despachos Luis Venegas solicitaba al Rey para que prefiriese la persona y edad de la infanta doña Ana, y el tener más á su devocion los alemanes que los franceses para las cosas de Flandres y de Italia.

El archiduque Cárlos llegó á Madrid, donde le recibió el Rey su primo y sus sobrinos en la puerta de Alcalá con grandes muestras de honor y contentamiento, y luégo trató de su comision. Para ello entregó su instrucion á los ministros en pergamino y lengua latina escrita, y con el gran sello imperial autorizada, que traducida en la castellana por ellos pongo á la letra, advirtiendo no habia muerto el príncipe D. Cárlos cuando partió de Alemania, y caminando supo la de la reina doña Isabel. En Madrid halló al Cardenal de Lorena tratando del casamiento de su rey Cárlos IX con la hija del Emperador, y el de doña Margarita, infanta de Francia, con el Rey de Portugal: y lo que el tiempo y negociacion dispuso dirémos adelante.

Instruccion que presentó el archiduque Cárlos al Rey Católico, traducida como la hallé de aquel tiempo: y pónese tan á lo largo porque se vea todo el ser de la embaxada, y cómo le corresponde la respuesta del Rey Católico adelante.

«MAXIMILIANO II, POR LA DIVINA CLEMENCIA ELECTO EMPERADOR DE ROMANOS, SEMPER AUGUSTO.

»Instrucion para el serenísimo príncipe D. Cárlos, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Stiria, de Carinthia y Carniola y Witemberga, etc., conde de Abspurg, Tirol y Goritia, etc., nuestro muy amado hermano, conforme á la cual deseamos que en nuestro nombre y lugar proponga, refiera y trate el negocio que se sigue de gran importancia, al

serenísimo príncipe D. Filipe, rey católico de las Españas, y de las Dos Sicilias y Jerusalen, etc., nuestro carísimo hermano y primo, en la primera audiencia que tendrá con Su Serenidad en lo que toca á la principal causa desta su jornada.

»Hechas primeramente las oficiosas salutaciones, y habiendo precedido conmemoracion del benévolo y sincero propósito con que el dicho serenísimo y carísimo hermano nuestro archiduque Cárlos ha tomado este tan largo y trabajosísimo camino para Su Serenidad, principalmente en tiempo tan recio, por respeto de nuestra hermanable peticion y requisicion, sinificará (allende desto) á Su Serenidad en nuestro nombre, de palabra ó por escrito:

»Primeramente, que tenemos por cosa excusada traer á la memoria del dicho serenísimo y carísimo hermano y primo nuestro el Rey Católico, lo que ántes de agora, y principalmente los años próximos pasados de mil y quinientos y sesenta y seis, mil y quinientos y sesenta y siete, y el presente año de mil y quinientos y sesenta y ocho y ahora poco há le propusimos para que considerase, y muchas veces le pusimos delante de los ojos, primeramente á Su Serenidad y despues al ilustre don Fernando de Toledo, duque de Alba, marqués de Coria y Salvatierra, caballero del Tuson y mayordomo mayor del dicho serenísimo y Católico Rey de España, su gobernador y capitan general en las provincias de Flandres, nuestro pariente carísimo. Es á saber, el gravísimo ódio y aborrecimiento en que universalmente es tenido el presente gobierno de Su Serenidad, y la manera y forma que se guarda en la administracion de la guerra en sus provincias bélgicas, y cuán exacerbados tiene los ánimos de los hombres, y las siniestras y no buenas pláticas que en todas partes andan, que casi sinifican una enajenacion y exasperacion universal, y en cuán peligroso é infelice estado parece que van á parar. Porque todo esto así el dicho Serenísimo y Católico Rey de España nuestro hermano y primo carísimo, como tambien el dicho ilustre Duque de Alba, su capitan general, han podido conocer harto claro, difusa y abundantemente de muchas cartas nuestras y otras informaciones, y lo que algunas veces habemos hecho comunicar y referir á Su Serenidad, particularmente de palabra, al noble y fiel amado nuestro Adan Dietrichstain, libre varon, baron en Hallemburg, Eink, Hestainy Thalberg, perpétuo copero por Carinthia, nuestro consejero y camarero mayor y embaxador cerca del dicho Serenísimo Rey, y mayordomo mayor de nuestros carísimos hijos Rudolfo y Ernesto, archiduques de Austria; añadiendo tambien muchas veces algunos discursos que nos han enviado hombres principales y de gran fe y entereza, deseosos de la utilidad pública para Nos advertir oficiosa y sinceramente de los gravísimos peligros que de la perturbacion destos negocios se seguirian, y del contínuo aumento del ódio y malevo-

lencia concebida, y de los males que dello parece que se seguirian, como no dudamos que el dicho Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, lo tiene bien en memoria.

»Y así como no hubiera podido, ni agora podrá suceder cosa á nuestro ánimo más deseada y de mayor contentamiento, que si estas embaxadas, amonestacionos y demandas sencillísimas hubiesen conseguido su efeto, para que aquellas provincias de Su Serenidad fuesen aliviadas destos gravísimos alborotos en que se hallan, y restituidas en mejor estado, y se hubieran podido enteramente guardar de tanta sangre y destruccion, y no se hubiera dado lugar á esta perniciosa desconfianza de las órdenes del Imperio, que parece haber dello nacido, y á este universal ódio de toda la nacion alemana, ó á lo ménos de la mayor parte, concebido contra el presente gobierno de los Países Baxos y particularmente contra los soldados españoles. Porque cierto así lo habiamos esperado y estábamos confiado que lo que (como dicho es) sobre esto habia pasado entre Nos y Su Serenidad de tres años á esta parte, parte por cartas y parte por el dicho nuestro embaxador Adan Dietrichstain, no habia así de carecer de todo fruto; pues que no solamente nos habia dado Su Serenidad esperanza de que habia de ser así, pero el estrechísimo parentesco que entre nosotros hay, requeria en gran manera esto mismo, ó que á lo ménos Su Serenidad habia de moderar de tal manera su propósito, que por esta causa nadie pudiese ponernos alguna objecion, ni dello nos viniese algun detrimento ó peligro, sino que los provechos y acrecentamientos de cada uno de nosotros estuviesen juntamente en pié y se pudiesen guardar libres y salvos sin perturbacion de la pública paz y sosiego de la república cristiana, y principalmente del Sacro Imperio de la nacion alemana, cuyo cuidado y gobierno á Nos incumbe.

»Y que el negocio haya sucedido otra mente, muéstralo la manera y progreso que hasta agora han seguido en gobernar las cosas el dicho Capitan General de Su Serenidad y gobernador al presente de los Estados Baxos.

»De donde se ha seguido que estas dificultades y alteraciones de Flandres (las cuales por sí son harto odiosas por haberse introducido en aquellas provincias exércitos peregrinos y haberse metido allí gobierno extranjero, y el rigor de las execuciones que se han hecho) han exacerbado y conmovido más los ánimos de los alemanes chicos y grandes, eclesiásticos y seglares.

»Por lo cual estos dichos años pasados fuimos muchas veces amonestado con gran instancia por algunos de los principales Electores y Príncipes del Sacro Imperio, eclesiásticos y seglares, por cartas y de otra manera, y principalmente por los Ayuntamientos, así generales de las órdenes del Sacro Imperio como particulares de los Electores de nuestro cesáreo oficio, como en negocio (que segun ellos certificaban) tocaba al estado de la co-

mun patria, y requeridos muy apretadamente, que interpusiésemos diligentemente nuestras partes y medio acerca de Su Serenidad y acabásemos con Su Serenidad que no quisiese perseverar en los dichos agravios, sino que ántes tomase la vía de clemencia y mansedumbre. Y áun no habia faltado en muchos lugares quien nos haya querido levantar é imputar que á Nos no desplacia lo que tan duramente hacía el Duque de Alba violando la paz, así en la causa de religion como en lo que pertenece á la policía contra lo que el año de mil quinientos cincuenta y cinco en nuestra imperial ciudad Augusta se constituyó que se guardase. Diciendo tambien que en alguna manera parecia que destas cosas habia entre Nos y el dicho Serenísimo y Católico Rey de España y el sobredicho Duque de Alba un cierto consentimiento é inteligencia, la cual en ninguna manera estaba bien á nuestro cesáreo oficio (al cual ante todas cosas somos obligados á satisfacer), pues que estas cosas que así se hacen en Flandres tocan juntamente al dicho Sacro Imperio de la nacion alemana (cuyo supremo dominio nos compete) por la conjuncion que tiene de tiempo inmemorial con aquellos Estados. En los cuales está claro que si se hubiera usado de mayor moderacion, blandura, mansedumbre y clemencia, y se hubiera dejado lugar á los fieles y sinceros consejos y persuasiones que nacian de un singular amor y celo que tenemos á las cosas de Su Serenidad, las cuales de tres años á esta parte no habemos dexado de dar á Su Serenidad, no disimulando cosa, se hubiera podido fácilmente hallar remedio á estas dificultades, que fuera conforme á la dignidad y estimacion de Su Serenidad, y se hubiera mirado por la seguridad de aquellas provincias y evitado esta envidia y malquerencia grande en que Su Serenidad incurre acerca de los vecinos y todas las demas órdenes y estados del Sacro Imperio de la nacion alemana, y no viniera sobre nosotros esta gravísima sospecha y otros daños que habemos experimentado.

»Pero pues que en tanto espacio de tiempo no se ha hecho esto, la dicha enemistad, exasperacion y desconfianza cerca de los alemanes ha llegado ya á tal término, que se han comenzado á hacer sobre ello en diversas partes varios tratados y comunicaciones de consejos entre los Electores y Príncipes, así particulares como generales, y como arriba diximos, se nos han enviado muchas cartas, ruegos y amonestaciones. Y últimamente tambien esta insigne embaxada de todos los seis Electores del Sacro Imperio y otra especial de algunos y no pocos Príncipes de las familias de los Electores y otros principales Príncipes seglares, solamente por estas revueltas de Flandres y con muy premeditado consejo. En las cuales los comisarios nos propusieron las informaciones, amonestaciones, peticiones y ruegos que tenian para Nos juntamente y aparte con gran instancia y vehemencia, y parte tambien con ánimos encendidos. De la sustancia de la cual embaxada no dexamos sumariamente de informar al Duque de Alba,

haciéndole tambien saber el consejo que tomamos despues de haberlas oido, de enviar á entrambas partes una especial y cesárea embaxada, por la cual se tomasen los tratados de paz y concordia con bueno y sincero propósito.

»Allende desto no ignora el Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, cuanta copia de gente tenga junta y aparejada el Príncipe de Oranges, lo cual sin duda se hace con ayuda y favor de muchos hombres principales. De manera que de aquí se puede colegir que ya no se puede esperar otra cosa sino mayores movimientos y un comun ayuntamiento y trama ó liga llena de dificultad de las órdenes ó pueblos de la nacion alemana, ó de la mayor parte della.

»Y cuando tambien hubiéramos querido hacer otra provision contra el dicho Príncipe de Oranges, como pedia el Duque de Alba que deseaba que fuese castigado, no pudiera esto hacerse en este tiempo, y mucho ménos porque el dicho Duque requeria que se llevase luégo al fin, por muchas árduas causas, razones é impedimentos que en parte se contienen en el traslado de la carta que poco há escribimos al mismo Duque en respuesta de la suya; el cual traslado, notado con el número 1, se ha puesto con esta instrucion, y tambien por causa que no pudimos ni debemos apartarnos de la comun y unánime sentencia de todos los Electores, y de la mayor parte de los demas Príncipes y órdenes del Sacro Imperio; cuanto más posponer en esta parte nuestro oficio de Emperador y el respeto que los tenemos.

»Pues como sea tal el estado deste negocio que no carezca de peligro, y su grandeza y calidad tal que dello se hayan de seguir (como ántes se ha mostrado) otros muchos y grandes males é inconvenientes, y no nos parezca esperar cosa más cierta que haber de caernos á cuestas por la mayor parte, y por tanto nos convenga considerar lo que en este caso nos incumbe por razon de nuestro oficio cesáreo; y con todo eso es cierto y ponemos á Dios por testigo, que deseamos el bien de las cosas de su Serenidad sumamente, nos pareció ser muy necesario (como todo lo susodicho toque principalmente al dicho Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, y al dicho su Capitan General y á los otros sus oficiales y ministros) y traia consigo alguna molestia, por no encubrir nada de ello á Su Serenidad, sino descubrirle todo el negocio por la fraternal confianza y sana intencion que entre nosotros hay, y hacerle saber lo que los embaxadores y mensajeros de los dichos electores y príncipes nos han dicho y al fin que todo ello va á parar, y qué bien ó mal se haya de esperar que sucederá dello. Y tambien por nuestro estrechísimo parentesco y la dicha nuestra fraternal confianza le habemos querido tambien manifestar nuestro ánimo libre, sincera é ingénuamente y sin disimulacion; para que pueda por todas partes conocer y estar certificado de nuestra intencion, y que pues desea el uno al otro su bien, tratemos sencillamente entre nosotros, pues esto importa mucho así á Nos como á su Serenidad y á toda

nuestra casa de Austria. Y como no hallásemos entre todas las vías que con diligencia pensamos otra cosa más acomodada á nuesto deudo y amor, persuadimos y rogamos afectuosamente al serenísimo archiduque Cárlos, nuestro hermano carísimo, quisiese tomar este molestísimo y trabajosísimo camino (pospuestas cualesquier incomodidades suyas) así por la utilidad y provecho del dicho serenísimo Rey como por la nuestra propia, y fuese personalmente á su Serenidad, como luégo se hará.

»Pero para que el dicho Serenísimo y Católico Rey de España pueda recebir perfeta y entera informacion de mano del dicho nuestro carísimo hermano de lo que últimamente en nombre de todos los dichos electores y muchos príncipes de las sobredichas familias que están en gobernacion por viva voz y por escrito y presentando instruciones, nos fue declarado, se ha procurado que la sustancia y tenor de todo lo que nos fue propuesto se pusiese en un escrito y traslado casi por las mismas palabras con que apartada y diferentemente fue dicho, proferido y escrito. El cual escrito ó traslado el carísimo nuestro hermano entregará confidentemente en las manos del dicho Serenísimo y Católico Rey, nuestro hermano y primo carísimo, y juntamente con esto sinificará á Su Serenidad que los mensajeros de los dichos Electores y Príncipes nos pidieron, y Nos les concedimos, de tener en secreto las dichas sus embaxadas y proveer que no sean en especie y particularmente divulgadas, y por tanto su Serenidad en esta parte hará como mejor le estuviere.

»Y cuanto al negocio principal ciertamente Nos, entendido todo esto, como en el dicho traslado y escrito se contiene, fuimos turbados en gran manera.

»Y como há mucho tiempo que estamos con gran cuidado, y con temor habemos antevisto que el estado destos negocios alguna vez habia de venir con gran peligro á estos trabajos y aprietos en que agora parece que ha caido, si el Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, no moderaba la presente forma del gobierno de Flandres con mayor blandura y clemencia, y remitia deste sumo rigor. Así agora mucho más tambien tememos que si lo más presto que ser pudiere y sin dilacion no se hace alguna reconciliacion, concierto y pacificacion, y el dicho Serenísimo Rey Católico, nuestro carísimo hermano y primo, no abraza de todo corazon el camino de mansedumbre y blandura, los negocios no quedáran en el estado en que agora están, sino que brevemente (como en un momento fácilmente se hará, y parece en todas partes claramente que ha de ser, lo que Dios no permita) se levantará una muy grande y trabajosísima tempestad y confusion de cosas, y se seguirá tanta desventura, que á su Serenidad dará bien en qué entender, y quizá revolverá toda la República cristiana con tantos movimientos, alteraciones y peligros, que ninguno lo podria creer ni imaginar en este tiempo.

»Por lo cual y la última necesidad pido que su Serenidad con amor y hermanablemente considere estas cosas que no son livianas, y tambien mire y pese cuanto se confirmarán en la desconfianza y exasperacion de ánimos, que está dicho tienen, todas las órdenes seglares del Imperio de grande y pequeño Estado; todos los cuales, ecepto el ilustre Duque de Baviera, nuestro cuñado y primo carísimo, tienen la confesion augustana, de tal manera que no solamente tendrán esta guerra por guerra de religion, pero áun creerán ser verdadera y cierta aquella liga y confederacion francesa, de que ántes habian tenido sospecha pospuesta cualquiera excusacion.

»Tambien se allegará á esto lo que fácilmente podria acontecer, que en estos alborotos á Nos, como á Emperador de Romanos, por virtud de nuestro cesáreo oficio se pida nuestra ayuda, remedio y obra para la conservacion de la libertad y derechos del Imperio. En el cual caso el Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, por su prudencia fácilmente entenderá que por lo que nos obliga nuestro oficio de Emperador, será necesario que usemos de gran circunspeccion y consideracion.

»Lo cual (como lo sabe Dios Nuestro Señor, á quien ponemos por testigo), no sería gravísimo si hubiésemos de hacer alguna cosa contra su Serenidad, ó conceder ó permitir que los nuestros la hiciesen. Pero tambien por el contrario nos necesitaria no fuera de razon, así la obligacion de nuestro oficio cesáreo como la suma necesidad y peligro, que particularmente nos incumbe, pues que no bien podemos ni debemos ofender del todo á los alemanes, ó tomallos por enemigos, ó faltar en alguna cosa á nuestro oficio cesáreo. Porque como su Serenidad sábiamente entiende nuestra seguridad, conservacion é incolumidad y de nuestros sucesores, reinos y señoríos (despues del ayuda del Altísimo Dios) por la mayor parte depende del Imperio de la nacion alemana y de su pacífico y sosegado gobierno.

»Allende desto tambien conoce claramente Su Serenidad que en estas partes estamos cercados y cargados con la vecindad del turco, perpétuo enemigo de la religion y nombre cristiano, y Nos y nuestros súbditos del todo consumidos por la larga guerra, y que sin ayudas y subsidio del Imperio en ninguna manera podemos solos resistir mucho tiempo á su poderío.

»Allende desto no podemos tener sino muy poca esperanza en las ayudas de los demas potentados, excepto en los socorros del dicho Serenísimo y Católico Rey de España, en los cuales, como siempre, hemos confiado mucho; así tambien con ánimo agradecido reconocemos que dellos habemos sacado mucho fruto.

»Allende desto con la misma benevolencia y entereza se ha de sinificar á su Serenidad Católica (lo cual deseamos que diligente y fraternalmente considere y pese en su ánimo), es á saber, que nos ha parecido que si por la

divina permision (lo que Dios no quiera) se encendiese guerra descubierta y pública entre su Serenidad y la nacion alemana, y por esta ocasion tambien en otros lugares se alborotase la República cristiana y se revolviese entre sí, como sin duda ninguna lo uno se seguiria de lo otro, y los negogocios van en tales términos que no se puede esperar cosa más cierta, que en tal caso ni el turco por la paz que con Nos ha hecho, dexará perder tan buena ocasion de ofender á la cristiandad, sino que tomando cualquier achaque para romper la paz, acometeria luégo nuestros Estados y fieles súbditos, ¿y en qué peligros y necesidades caerian los dichos Estados y vasallos desamparados de toda esperanza de socorro, estando revuelto el Imperio y ardiendo con intestinas guerras? Lo cual fácilmente puede antever así el dicho Serenísimo y Católico Rey, como cualquier otro buen cristiano, y Nos y toda la cristiandad con grande é irreparable daño nuestro lo experimentariamos, pues áun agora con los alborotos, movimientos y enemistades que al presente hay en el Imperio, no se pierde y disminuye poco nuestra estimacion cesárea y la obediencia que se nos debe, echándosenos toda la culpa de haberse en Flandres metido exércitos extranjeros é instituido allí nueva forma de gobierno, como si por nuestra permision y voluntad se hubieran hecho las dichas cosas.

»Y como quiera que esto suceda, al cabo todo el daño, carga y dificultad que hubiere redundará siempre sobre Nos y nuestros sucesores, Estados y fieles súbditos, y por tanto por derecho divino y humano somos obligados á tener debido cuidado y solicitud.

»Allende desto no vemos ni podemos por conjetura alguna entender que estas guerras intestinas y perturbacion de la República cristiana, y particularmente esta emocion y levantamiento de la nacion alemana, pueda al fin traer algun gran provecho á su Serenidad; y aunque no nos pudiera venir cosa de mayor gusto que su Serenidad misma viniese á aquellas provincias de Flandres y con su presencia socorriera á las afligidas cosas dellas y les pusiera conveniente remedio; con todo eso por el contrario pensamos que su Serenidad dexará de mala gana sus reinos de España, habiendo de estar forzosamente en aquellas provincias algun tiempo, como la importancia y necesidad de los negocios lo requeria.

»Allende desto al mismo Duque de Alba (sobre cuyos hombros carga ahora todo el peso de la guerra y gobierno de las dichas provincias de Flandres) le podria entre tanto (fuera de lo que agora se piensa) suceder alguna adversidad.

»Asimismo se ha de advertir y con mucho cuidado y con tiempo ponderar, que como en Flandres los más de los pueblos no están poco alterados, exasperados y afligidos con muchas fatigas y angustias, podria fácilmente acontecer que tomasen la primera ocasion que se les ofreciese de hacer mudanza y novedades mucho peores; y así tambien parece que no

se debe confiar mucho en algunos vecinos que están fuera de los señoríos del Imperio, ántes se ha de mirar diligentemente á las turbaciones y confusiones del reino de Francia y al orígen y fundamento dellas.

»Allende desto estamos con mucho cuidado que todos los Príncipes electores y círculos del Sacro Imperio de la nacion alemana no tomen consejo (como parece que se pone ya en esto singular diligencia) para que el ilustre Duque de Alba no pueda hacer más gente en Alemania, principalmente caballos, ni traellos á su exército. En lo cual su Serenidad no dexará tampoco por su prudencia de ponderar primeramente y ante todas cosas, que todos los sucesos de la guerra son inciertos y dudosos. Y la guerra que agora entretiene su Serenidad no la trae sino por causa de sus propios señoríos y súbditos, los cuales está claro que con la misma guerra serán oprimidos y acabados; y que con la dicha guerra, allende de los muchos peligros y daños, padecen tambien su Serenidad inmensos y perpétuos gastos.

»Y allende desto ha de pensar el Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, que hasta agora no ha sido inútil á su Serenidad la buena vecindad y amistad de los alemanes, pues han sido siempre de mucho uso y provecho á los reinos de España en las guerras que hasta aquí han tenido, y particularmente en la defension de Flandres.

»Cerca de lo cual Su Serenidad ha asimismo de considerar que aquellas provincias de Flandres, ó la mayor parte dellas dependen de Nos y del Sacro Imperio en feudo, y que en ninguna manera pueden por derecho denegar el debido reconocimiento á Nos y al Sacro Imperio.

»Item que su Serenidad no tiene por ventura suficiente causa de privar aquellas provincias de sus antiguos privilegios, por algunos sus particulares delitos y excesos, é instruir nueva forma de gobierno y diversa de la que hasta aquí se ha usado, sino que debiera ántes en estas cosas tener amorosa cuenta de Nos y nuestros sucesores, y de lo que toca á sus provechos, porque no vengamos por causa destas intrínsecas y otras perniciosísimas guerras y alborotos del Sacro Imperio en tanto discrímen, daño y pérdida.

»Y si la restitucion ó restauracion de la religion católica pone tanta solicitud y cuidado en el ánimo de Su Serenidad, bien sabe Su Serenidad lo que de cincuenta años á esta parte, poco más ó ménos, se ha tentado y comenzado á hacer en este negocio, y la utilidad que dello se ha seguido, y si ha venido en mejor ó peor estado, y que armas y derramamiento de sangre no son medios ó expedientes con que estas mudanzas se pueden estorbar ó quitar del todo.

»Y tan severa y asperísima persecucion no hallamos que la haya habido hasta agora muchas veces en la República cristiana, y que tiene Su Serenidad exemplo de moderacion en el emperador Cárlos V su padre, de esclarecida memoria, nuestro tio, suegro y predecesor carísimo, que miéntras

tuvo el gobierno nunca se dexó mover á estas mudanzas y rigor de severidad y persecucion, ántes mucho más quiso que en él hallase lugar la blandura y clemencia.

»Y aliende desto no ignora el Serenísimo y Católico Rey nuestro hermano y primo carísimo, que para conservar y restaurar la religion católica se requieren principalmente las legítimas y buenas obras de los eclesiásticos, para que se quiten y deshagan los abusos, y se extienda la sana dotrina, la cual compruebe el exemplo y emienda de la vida.

»Consta asimismo que en todos los imperios y reinos siempre ha sido necesario dar al fin algun lugar á la necesidad de los tiempos, de manera que cuando no se pudieron todas las cosas por la vía derecha y acostumbrada restituir en su primer estado, se han tomado otros medios y caminos con que se salvase la República de mayor perturbacion y final destruicion, y se reduxese á sosiego y á algun razonable concierto, con que se entretuviese hasta que Dios fuese servido de dar mayor gracia, y alguna buena ocasion de remediar las cosas. Porque está claro y manifiesto que las guerras intestinas que se hacen por tales causas, con las cuales va tambien junta la de la religion, acostumbran mudar las cosas en peor y nunca en mejor estado.

»En el cual punto debe tambien su Serenidad considerar, que esta mudanza tiene ya echadas tan hondas raíces, y que el poder y fuerzas de aquellas órdenes y súbditos de Flandres, que son consortes de la nueva religion, son tales y tan grandes, que ya ellos tienen las armas en las manos. Y esto creceria mucho más, si acaeciese no faltarles las ayudas en que confian, que de las señales é indicios que se muestran se aumentáran de cada dia más.

»Y por el contrario habemos tambien considerado benévola y cándidamente, y con buena y sana intencion, que eligiendo tambien su Serenidad el camino de la razon y blandura, no por esto se quitará á su Serenidad el poder de conservar derechamente en las dichas sus provincias de Flandres la religion católica, principalmente si su Serenidad pusiese la moderacion y órden que fue constituida en la pública paz del Imperio, así por causa de la religion como de las cosas profanas de que á su Serenidad no cumple apartarse.

»Pues como tengamos estas cosas por de grande importancia y nos den singular cuidado y solicitud, y cierto no sin causa, pues de la una parte estamos cerca desta pared, de donde se teme el incendio y los peligros que habemos contado, y de la otra casi nos cerca del todo el comun y perpétuo enemigo del nombre cristiano; y por tanto nos incumbe más pensar y deliberar de qué manera se socorrerá con tiempo á las cosas alteradas, por haber llegado á lo último, y tener necesidad de muy maduro y conveniente remedio; porque las centellas de peligros que saltan sean apagadas

ántes que dellas se encienda llama y algun gran fuego. Y por tanto Nos inducidos por el justo y pío celo que en todo tiempo tenemos de defender y acrecentar el público sosiego, y con el sincero amor y atencion con que en gran manera deseamos (como es justo) adelantar el provecho y beneficio de su Serenidad, y obligándonos tambien á ello nuestro oficio de Emperador, á que la inmensa benignidad de Dios nos ha ensalzado, habiéndonos hecho suprema cabeza seglar en la República cristiana, para tener el principal cuidado de la salud de toda la nacion alemana, como su cabeza y supremo señor, habiendo bien deliberado este negocio juzgamos por muy acertado, muy bueno y muy provechoso no perder más tiempo, sino tomar con ambas partes el cuidado con sincero y hermanable ánimo, para procurar de hacer concordia y paz, y principalmente acerca de su Serenidad por medio desta nuestra esplendidísima y amplísima embaxada, que es tal que no puede haber otra más digna. Y para que más recta y útilmente se pudiese tratar desto, tratásemos tambien de treguas y suspension de armas, enviando otra insigne embaxada al ilustre Duque de Alba y al Príncipe de Oranges.

»Por lo cual, como quiera que todas estas cosas pasen de la manera que se ha referido lo más brevemente que ha sido posible, y requieran otra provision y deliberacion, y el dicho Serenísimo y Católico Rey haya siempre mostrado singular inclinacion al beneficio, paz y tranquilidad pública de la cristiandad, y enteramente y sin ninguna duda confiamos que desea todo bien á Nos y á nuestros sucesores, y de su propio natural aborrezca toda alteracion y derramamiento de sangre, no hay por qué en esta parte desconfiemos de su Serenidad, ántes tengamos por muy persuadido, como lo tenemos por cosa certísima, que no ha de tener mayor cuidado, ni estimar cosa en más que la paz de la República cristiana (que por Nos con tanto estudio ha sido buscada y procurada y deseada, y por el mismo Dios tanto loada y encomendada) y mayormente cuanto á la nacion alemana, y que la ha de preferir á todas sus particulares cosas y aficiones; pues que por esta razon su Serenidad librará y conservará tantos y tan principales Estados suyos, y los súbditos dellos de más graves cuidados, trabajos, angustias y peligros, y su Serenidad quedará más quieto, con sólo dar lugar benévolamente á este fraternal y sincero deseo nuestro, como creemos lo hará.

»Allende desto su Serenidad en este artículo ha de considerar primeramente, que por esta vía y razon que Nos (precediendo con madura deliberacion) habemos instituido, interponiendo nuestro medio y partes con tan ilustre y esclarecido medianero, como es el Archiduque nuestro hermano, se puede hacer fácil y cómodamente lo que está dicho, con suma estimacion y loor del dicho Serenísimo y Católico Rey, la cual ganará su Serenidad por todo el mundo.

»Y porque no hay quien no sepa cuánto se hayan extendido estas turba-

ciones y movimientos de guerra, ninguno habrá que culpe á su Serenidad ni tenga á mal que para estorbar mayor derramamiento de sangre y otros muchos males y daños, y por otras muchas y evidentes y arduas causas permita que Nos acabemos con él en razon de la instancia que nos ha sido hecha por todos los electores y otros Príncipes (en grande número) que admita los dichos tratados de reconciliacion.

»Y que por ende Nos amonestamos y pedimos á su Serenidad con mucha benevolencia y fraternidad, y con gran instancia, que su Serenidad quiera no solamente tomar de buena parte la sobredicha nuestra preclarísima embaxada del dicho Serenísimo archiduque Cárlos nuestro hermano carísimo, y estos nuestros necesarios y sinceros mensajes, amonestaciones y cohortationes, sino darles tambien benévolo y fraterno lugar, y no denegar á Nos y al Sacro Imperio estos tratados de paz y concordia tan aceptos á Dios y tan saludables y agradables. Y ántes quiera seguir su natural y propia blandura, que insistir todavía en rigor de severidad, aceptando la reconciliacion del dicho Príncipe de Oranges con tolerables condiciones; y finalmente, remitiendo á Nos desde luégo amorosa y fraternalmente todo este tratado de pacificacion y reconciliacion, pospuesta toda examinacion de causa de guerra. Y que asimismo quiera su Serenidad demas desto en la causa principal haberse de tal manera, que constituyendo otra forma, así en la gobernacion política como en la administracion de la guerra, y prineipalmente en lo que toca á sacar de allí la gente de guerra extranjera, que es lo que más importa, se quite esta desconfianza en el Imperio de los ánimos de los hombres, y deshechas todas las máquinas, movimientos y turbaciones, se disuelvan y desaten con tiempo.

»Así que Nos, considerado todo esto amorosa y fraternalmente, confiamos que su Serenidad de aquí adelante (pues la cosa ha venido á estos términos) se declarará fácil, benigno y manso en este negocio de reconciliacion, y por ninguna causa liviana hará en esta parte alguna dificultad, ántes mucho más tendrá condigna y piadosamente con la salud y sosiego público, y quedará y concederá algo á la malignidad de los tiempos, como Nos y otros muchos grandes Príncipes y potentados de la República cristiana, en estos tiempos peligrosísimos y enconados en muchas cosas nos cumple hacerlo, encomendando lo demas á la voluntad divina.

»Y ninguna duda ponemos en que si su Serenidad reduxere el gobierno de las dichas provincias de Flandres á su primera forma y estado en que estaban en tiempo de los predecesores de su Serenidad, y quitáre toda la mudanza que de nuevo se ha hecho y la severidad, su Serenidad no por eso no nos dexará de conservar aquellos Estados en la obediencia á que son obligados, y con mayor utilidad y seguridad: en lo cual tambien Nos y los electores y Príncipes y órdenes del Imperio darémos toda el ayuda, benevolencia y buena vecindad que pudiéremos.

»Y en lo que toca á nuestra entereza y del dicho nuestro carísimo hermano el archiduque Cárlos, el Serenísimo y Católico Rey puede y debe tener esta cierta, benévola y fraternal confianza, que cada uno de nosotros con buena fe habemos de promover y tener por encomendadas por nuestra parte y posibilidad la Real dignidad y estimacion de su Serenidad, así en este negocio como en todos los otros que le tocaren, y que por otra parte no faltarémos en manera alguna á lo que pertenece á la paz y tranquilidad pública y que con nuestra sincera y fraternal solicitud se pudiere hacer.

»Allende desto, quiera tambien el Serenísimo y Católico Rey de España aprobar amorosa y fraternalmente las dos embaxadas, que por Nos y los electores del Sacro Imperio han sido enviadas al Duque de Alba y Príncipe de Oranges para que se haga la suspension de armas, y considerar que éste ha de ser el primer grado para la pacificacion, el cual no hemos podido excusar.

»Allende desto, pedimos á su Serenidad amantísima y diligentísimamente que porque la suspension de armas está pegada como principal parte con el tratado principal de toda la pacificacion que su Serenidad (si él de suyo no lo hubiese de hacer), quiera luégo enviar á mandar al Duque de Alba, su Capitan General, que dé lugar al tratado que se ha de hacer de tregua y suspension de armas, y cuando tratáre de las condiciones, se muestre fácil y blando de parte de su Serenidad, de manera que la moderacion de ánimo que deseamos de su Serenidad se manifieste en el principio del dicho tratado, y esto será como válido fundamento para disminuir y desarraigar esta perniciosísima desconfianza y aspereza que en los ánimos de los hombres está tan asentada y encendida; puesto que en cuanto á lo demas tambien la otra parte con sus ayudadores y seguidores (cuyas fuerzas han ya crecido y llegado á tan notable y grave potencia) en el progreso del negocio se le muestre más obediente.

»Y en lo que toca al punto principal deste negocio, que es el tratado de la pacificacion y reconciliacion y los medios, segun los cuales el dicho tratado de pacificacion se habia de concertar, Nos, por la grandeza deste negocio, creemos que será buen consejo, útil y necesario, que sin esperar el fin de lo que se tratáre y concluyere sobre las treguas y suspension de armas, se comience desde luégo á platicar, conferir y comunicar de los medios principales de la paz.

»En lo cual (segun lo que Nos sencilla y fraternalmente juzgamos) en todas maneras convendrá, y para se hacer bien el negocio importará mucho (si no recibiere pesadumbre su Serenidad) quiera dar alguna sinificacion de su voluntad al Serenísimo Archiduque, nuestro hermano y familiar, y secretamente descubrirle los medios y condiciones que en este principal negocio de paz, á lo último pueda dar y aceptar, y por el consiguiente tam-

bien entenderá confidentemente del dicho nuestro carísimo hermano, lo que en esto á Nos se nos ofrece de considerar con buena intencion, para que con mayor fruto y reputacion de su Serenidad se pueda concluir el dicho tratado de pacificacion y reconciliacion.

»Y si el Serenísimo y Católico Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, hiciese dificultad en descubrir primero su ánimo, como está dicho, no habrá para qué entónces el carísimo nuestro hermano apriete sobre ello á su Serenidad, sino que libre y confidentemente informe á su Serenidad de lo que fuere necesario, y le proponga los dichos medios, procediendo en el discurso deste negocio con diligencia, atencion y con digna modestia, como de todo esto el dicho carísimo nuestro hermano recibió de Nos más larga informacion, y conforme á su mucha prudencia y conocida integridad y magnanimidad, verdaderamente heroica, y su loable inclinacion en procurar la paz pública, y como mejor pudiere hacer y tratar para dar testimonio de su buen ánimo al dicho Serenísimo Rey y para el beneficio público, y principalmente á la comun utilidad y provecho del Sacro Romano Imperio de la nacion alemana, nuestra suavísima patria.

»Y de todo lo que sucediere al dicho Serenísimo archiduque Cárlos, nuestro hermano carísimo, en todo esto de bien y de mal, cerca del principio deste tratado y embaxada, y de cómo halláre que están los negocios cerca del dicho Serenísimo Rey de España, nuestro hermano y primo carísimo, y de cómo halláre dispuesta á Su Serenidad en este negocio, y de qué ánimo, nos enviará lo más presto que ser pudiere con correo expreso madura, fraterna y copiosa informacion. Dada en nuestra ciudad de Viena, á ventiuno de Otubre de mil y quinientos y sesenta y ocho, el año sexto de nuestros reinos de romanos y Hungría, y de Bohemia vigésimo.»

CAPÍTULO XII.

El Duque de Alba edifica castillos y pide servicio de dineros á los Estados.

Acabada la guerra, el Duque de Alba atendia á la quietud y culto divino de los Estados, reformacion de los abusos y castigo de los herejes. Prohibió la entrada de libros sospechosos, hizo visitar y expurgar los que habia y quemar los perjudiciales. Reedificaba los templos vivos y de fábrica, y los proveia de ornamentos y preseas. Executó las sentencias dadas conforme á las leyes de Flandres contra los presos y con los términos de la defensa oidos los delincuentes, con gran desesperacion de los rebeldes, por la confiscacion de los bienes. Hallábanse caidos de ánimo, ya que no

de mala voluntad, con deseos ardientes de seguir su nueva manera de religion y de vengarse de las opresiones pasadas en la guerra, muertes de sus amigos por verdugos, padres, hermanos, y del vigor de los exércitos vitoriosos, con poca reputacion por rebelados, por vencidos y oprimidos, corridos de sí mismos. La guerra trae resentimientos, agravios, daños, pesares, dolores y disgustos (frutos della), porque roba, mata, prende, pone en esclavitud; y así tanto causaron los daños los rebeldes como los realistas y españoles, pues es notoria la templanza con que militaron. Todo les causaba general desesperacion, que mostraba su aspereza, sequedad en el trato y desabrimiento con que vivian. De gran daño fue el estar los súbditos desdeñados, mal contentos; no deseaban sino libertad y venganza (áun de su Príncipe), ni trataron ni pensaron en otra cosa, viendo el peligro suyo, no aprobando el presente gobierno, deseaban novedades en su daño. No tomaron cualquiera ocasion para executar su intento, sino maquinaron y dispusieron sus cosas, esperando buena sazon. Los soldados naturales y extranjeros enseñados, cebados y habituados en la guerra á la destruicion y ruina de las tierras y robos, con que eran señores absolutos de la ropa de los enemigos y amigos, especialmente en Francia, ninguna voz les era más molesta que la de la paz. Siendo los flamencos más inclinados al uso de las artes práticas, labranza y crianza que á la guerra, han salido tan soldados, que hoy los pastores en el campo y sus zagales juegan y se entretienen, en vez de los exercicios rústicos levantando fuertes, cortinas, baluartes, hornillos de minas. El valor y ardid se aumenta con la experiencia y peligros de las armas, y será comun á los soldados y al pueblo, saliendo guerreros en la profesion que hacen los unos y los otros, por la necesidad de ofender y defenderse, y tanto más cuanto fuere más valerosa y brava la nacion con quien guerrearen. Y así cuando por cualquiera causa se hace alteracion en un Estado y se aparta del fin primero, nacen juntamente y cada dia van naciendo infinitas dificultades cerca del gobierno. Dieron exemplo los antiguos y los flamencos, porque mudado el fin es imposible estar firme en la observancia de los medios é institutos antiguos.

Acabó el Duque con gasto de un millon el castillo de Ambers, en cuya plaza de armas puso una estatua de bronce de quince piés de alto, bien fundido y reparado, su verdadero retrato, trofeo en la sinificacion y adherentes de su vitoria contra los rebeldes, como si conviniera la duracion memorable de la que tenian por mayor injuria los Estados. No irritó poco la nobleza la estatua, como en Flandres en España, donde la imperiosa autoridad del Duque, con el título de ambicion viciada de la envidia de los que vivian en ocio y de la emulacion del cardenal Espinosa y de Rui Gomez de Silva, contentos con las vitorias, descontentos de su triunfo, empeoraron la calidad dél con la ofensa que, á su parecer, hacía á la real soberanía, que debia representar el retrato, para ser fiel monumento. Los

flamencos con este sentir, encubriendo el motivo de su aborrecimiento, decian: Si obrára con su hacienda, gente y fuerzas de su consejo, y no con las de su Rey, de quien se nombró ministro fidelísimo, no le usurpára la gloria, ni á la grandeza de ánimo en refutar una gran ayuda de costa que le ofrecieron los Estados, mostrára disonancia el estímulo del honor, poderoso con los mozos, cual la codicia con los viejos, siendo al contrario en el Duque imitador de los romanos, que para no medir la honra con el útil y expeler el premio mercenario é insculpir el amor de la virtud con el buril del honor comun y causa de su preciosa satisfacion, á su parecer, y vana estimacion, tenian las coronas de yerba y palo y los anillos de hierro; y así nunca hubo en república tan insignes varones, ni tanto aumento, ni tan gloriosos triunfos. Mas teniendo pocos ecelentes el gobierno, amados de los exércitos, ausentes muchos años de su cabeza y dueño, y con nombre sus capitanes más célebre que Roma de triunfadores, llamados africanos, numantinos, germánicos, macedónicos, máximos, eclipsando la gloria de la patria vencedora, y no ellos, atribuyéndoles las vitorias con la grandeza y riqueza inmoderada se la hicieron sujeta, y despues á uno la tiranía. Para evitarla, el ostracismo de los atenienses desterraba los superiores con eceso en poder y reputacion, y no quisieron galardonar á Milciades que venció la memorable batalla de Maraton siquiera con una guirnalda verde que pedia, oponiéndole Sochae venció la República, no él solo, y no era decente ser más señalado su valor en ella que el de sus compañeros.

Fue esta atribucion del triunfo de su Príncipe lo que más indignó á los flamencos que se tenian por agraviados, y salieron á otras provincias á concitar los ánimos con su presencia y representaclon de su resentimiento, calamidad, memoria del inhumano fin de sus parientes y amigos, si bien contra la fidelidad y obediencia temporal no atribuian culpa al Duque. Mas porque los forzaba á seguir religion determinada daban siniestras interpretaciones á su gobierno, y acusaban el uso del poderío indebidamente; pues el Príncipe ó su Lugarteniente, que á ser aborrecido comenzó, ó bien ó mal hechas las cosas le cargan de sospecha y mala opinion. Juzgó el Duque tenian fuerzas los Países con que sustentar los soldados sin ayuda forastera, habiendo dado tantas á los rebeldes, y ser razonable que se defendiesen con el propio dinero que dieron contra su Príncipe en las ocurrencias de la guerra. Propuso á los Estados generales en Bruxeles convenia, para asegurarlos de los acometimientos de los rebeldes (en cuyo favor se descubrian de mano en mano muchos príncipes confines), fundar cidadelas y presidios en las villas y plazas importantes, y constituir erario de donde sacase de ordinario los gastos sin nuevas imposiciones á los pueblos. Entre varios arbitrios dél y de otros eligió el que de todos los bienes muebles y estables de los súbdltos se pagase uno por ciento por una vez, mas de los muebles que se vendiesen la décima y de los

estables la veintésima: proposicion executada ya en otro tiempo, mostrando ser los Estados tan poderosos, que dieron al emperador Cárlos V y á su hijo D. Filipe en nueve años venticinco millones de florines, teniendo fortalecidas las fronteras y presidiadas, y los exércitos provcidos de artillería y aparato militar, y así fueron llamados las Indias del Emperador, maravillando más la prontitud para darlos. Pareció terrible al Consejo la demanda, y que importaba para su templanza su consulta.

En otra junta el Presidente del Consejo privado, Viglio Zuicheno, mostró sería la imposicion del uno por ciento (aunque con dificultad) llevadera, mas la décima y veintésima no sólo imposible á los pueblos sino dañosa al Rey. Porque reduciéndose á extrema pobreza los súbditos, que vivian por la mayor parte de la industria y trabajo, ni podrian continuar sus exercicios ni llevar las cargas, y los vecinos y los apartados por el ecesivo precio á que saldria la mercancía serian forzados á dexar el comercio. No movió al Duque, y dióse parte á cada provincia de su demanda. Las de Henaut, Artuoés y Namur concedieron el uno por ciento, y á su exemplo las demas, no las otras partidas; y Brabante y Utrech ninguna. Pidió por esto el Duque se pagasen al Rey seis millones de florines, ó á lo ménos cuatro por una vez en dos años, segun el uso de la tasa antigua; y dificultó el efeto no querer algunas provincias y admitir otras la composicion. Brabante ponia la dificultad en la forma de la tasa, Flandres pagaba un tercio, Brabante un cuarto, Holanda cuarto del cuarto, Artuoés, Henaut, Lila, Dordzai, Orchie y Namur el sexto, sobrellevadas por los daños que recibian de ordinario con las guerras con Francia, y habiendo cesado no queria Brabante pasar por el uso antiguo y tasa. En tanto en el dia de Todos los Santos el refluxo del mar crecido fuera de toda medida inundó la Holanda y Zelandia y las vecinas provincias con aflicion gravísima; derribó edificios, destruyó infinitas mercaderías, afondó gran número de navíos y personas, arenó las sementeras, causó gran carestía en el año siguiente. No hicieron la concesion, y el Duque tornó á tratar de la décima y veintésima, aunque con algunas limitaciones. Decian que por ser el comercio grandísimo y venderse una cosa cuatro y cinco veces, era el tributo destruicion del trato de la tierra, pues forzosamente habia de cesar. El Duque por edicto absolutamente mandó se cobrasen, aunque lo disuadian los Consejeros y clamaba el pueblo. Los malcontentos, viendo que por no haberle tocado en el útil no se rebeló, eligieron la paga desta imposicion al cabo de grandes disputas y debates, contradiciendo todos los Consejos, porque era ponerle las armas en la mano con que evitar el daño de la patria, fuerte fundamento para la general rebelion; pues cuando los súbditos llaman á los tributos insufribles, es casi descubierta. Daban muestra de leales con tal servicio y contento al Duque, esperaban de su cobranza (que tomaron á su cargo) muchas dificultades, demas de no cumplir con la paga, como el Duque

pensaba, y harian tales estorsiones en la exaccion que alterase las provincias, porque los agravios en la execucion de agravios son mayores, y se llevan mal, áun de los vencidos, si no es en total servidumbre, que difiere mucho de la primera obediencia y órden de proceder. Demas de que la paciencia en las imposiciones (decian) no moderaria el rigor, sino daria el sufrimiento fácil lugar para que se les mandasen cosas más pesadas. Por eso el Presidente Viglio en viva voz y en escrito representó al Duque grandes inconvenientes desta demanda, y como saldrian los enemigos secretos con su intento de enajenar los ánimos de los grandes y de los inferiores totalmente del amor ya resfriado y servicio casi forzado de su Príncipe, y convertirle en ódio mortal contra los españoles, como brevemente se pareció. Amotivaron sus quexas con el demasiado rigor del Duque en la execucion de la justicia, la entereza en el gobierno absoluto y expediciones ordinarias de gracia, el menosprecio y perpétua infamia suya con la estatua de bronce, los malos tratamientos que recebian en general con los alojamientos de gente de guerra, servidumbre asentada y aborrecida de los naturales, mantenimientos de gastadores y bagajes para las fortificaciones y conduta de la artillería, gravezas personales terribles, ver su patria tributaria contra su antigua franqueza. Esto decian los rebeldes en Inglaterra, Alemania y Francia, porque de la traicion ni está segura la paz ni la guerra.

Estando los consejeros mal satisfechos del Duque y los pueblos mal contentos, y no faltando quien sembraba cizaña (no contra el Rey, por no descubrirse fuera de tiempo y declararse rebeldes), mas contra el gobernador y la nacion española, soplaron tales vientos de la parte de Inglaterra, Francia y de Alemania, que rompieron con horrible tempestad de rebeliones y de guerras atroces todo el Estado, con esperanzas pendientes del natural esfuerzo y constante amistad con que la Reina de Inglaterra los alentaba, enemigo implacable de España, y porque el aborrecimiento da fuerza á la conjuracion, la pasion propia, la venganza y deseo del bien público.

CAPÍTULO XIII.

Lo que Luis Venegas dixo al Emperador de parte del Rey Católico cerca de la embaxada del Archiduque su hermano.

El Rey Católico escribió á Luis Venegas de Figueroa, su embaxador extraordinario en la Córte imperial, lo que le mandaba decir al Emperador con la respuesta general que habia de dar al archiduque Cárlos, que le enviaba, por si queria Su Majestad Cesárea comunicarla en todo ó en parte

á los electores, príncipes y órdenes del Imperio, á cuya instancia y requisicion envió tan solene embaxada. Le avisase (si le parecia al Emperador) se hiciese con ellos algun oficio y cumplimiento, enviando para ello persona ó escribiéndoles su Majestad Católica. Le diese gracias por haber desbaratado la prática de la confesion augustana y despedido los que vinieron á tratar della, á que nunca más diese orejas y por la diligencia que hizo con el Palatino para la restitucion del dinero detenido en sus tierras á los genoveses; pues cuando no tuvieran tanta razon en su demanda, por la seguridad general con que los tratantes acostumbran y deben pasar por el Imperio, á su autoridad importaba. Resumiendo lo que Luis Venegas le habia de representar, dixo:

«Sentia en extremo le persuadiese tan de propósito y encargase tan es»trechamente procediese en lo de la religion de Flandres con disimulacion »y templanza, dexando la compulsion y rigor, imitando lo que se habia »hecho en Alemania y por sus príncipes, y que lo repitiese muchas veces »en su instrucion. Pues debia tener bien entendido del modo de proceder »de su Majestad Católica muy de atras, y de lo que trató en todas las oca»siones y tan resueltamente declaró que ningun humano respeto, ni consi»deracion de Estado, ni todo lo que en esta materia le podia proponer, ni »su Majestad Católica aventurar, le desviarian ni apartarian jamas en un »solo punto del camino que tomó en la conservacion de la religion, ni en »el proceder della en sus reinos, para que siguiesen el órden de la santa »Iglesia Romana y exemplo de sus reyes y príncipes sus antecesores, que »mantendria perpétuamente y con toda firmeza y constancia. No sólo no »admitia consejo ni persuasion que á esto contradixese, mas ni lo podria en »manera alguna oir sin ofensa, ni tener á buen caso se le aconsejase. El »Príncipe de Orange no pudiera meter tantas fuerzas en Flandres, con tan »pocas prendas de autoridad y de hacienda contra su señor natural, sin »ayuda de los Príncipes, ciudades y particulares del Imperio, que pudo su »Majestad Cesárea, como su cabeza y por su oficio, impedir. Aunque esta»ba satisfecho de su voluntad, le pesaba mucho que respeto y considera»cion le hubiese retenido, pues el de Orange tentó la execucion de su mal »propósito (demas de sus culpas) con exército, invadiendo los Estados el »interponerse por él, siendo insufrible, y lo que más ofendia, el tratar un »capitan de foragidos, vasallo y traidor, de conciertos y capitulaciones de »paz con su Príncipe y por fuerza, y un rebelde como igual con términos »de público enemigo, y querer se le guarde lo capitulado al que faltó á »la fidelidad. El trato de suspension de armas y tregua y condiciones de »acuerdo tan poco decentes con un súbdito rebelado, donde se debia pro»ceder con sumision y no por derecho de igualdad, tenía (y con razon) el »Rey por muy injurioso; y el haber ecedido en esta parte tanto, que envió »embaxador al Duque de Alba, representando la persona de su Majestad

»Católica. Admiró á Europa la gran demostracion con la venida de un »Archiduque de Austria, hermano de un Emperador, á negocio de tal es»tado, y atravesado tanta autoridad que pudiese resultar con la negativa »desnuda, ocasion nueva para tener desgracia en las voluntades tan gran»des príncipes, por no ser buena sazon para la embaxada, ni decente el »sinificar tan encarecidamente por la instrucion su voluntad en el de resti»tuir al de Orange, con desestimacion de ambas Majestades. Ni ha podido »dexar de advertir en la forma con que trata de la union, conjuncion y »corresponder sus Estados Baxos patrimoniales con el Imperio, y que fuese »principal fundamento de la demanda de sus príncipes electores en esto »de introducir á sí mismos y el nombre del Imperio en la materia; pues la »agregacion dellos, y comprehension en sus diez círculos ó regiones, fue »con ciertas condiciones limitadas y particulares, y para los efetos declara»dos por la Dieta del año mil y quinientos y cuarenta y ocho sin dependen»cia y subordinacion. Artículo que no convenia poner en disputa ni deter»minacion de Dieta, estando los del Imperio tan ciegos de la pasion en »este caso, y porque su Majestad Católica no admitiria otra cosa. Y cum»pliendo con lo capitulado, le quedaba el soberano señorío real entero y »salvo en los Países, sin estar obligado á leyes imperiales ni decretos de »Dietas, ni á que sus vasallos tuviesen recurso al Imperio y mucho ménos »en lo de la religion, en que jamas fue acetada ni admitida cosa alguna ni en »contrario de la Iglesia romana. El tratarse en esto con términos tan gene»rales, y que presuponian tan diferente especie de correspondencia y áun »sujecion, sería de perjuicio y derogacion evidente de la preeminencia y »autoridad de su Majestad Real, y de que podria nacer no poca ocasion »de inquietud en los Estados Baxos: punto de tanta calidad, que no se po»dia dexar de sentir y considerar cuanto lo requeria su importancia. Estaba »satisfecho del buen ánimo con que le advertia y aconsejaba Su Majestad »Cesárea, y que procedia lo que le representaba de verdadero amor de tan »buen hermano; mas los términos y modo ecedian los límites de consejo »y amigable persuasion, y llegaban á los de conminacion y sembrar disen»siones y miedos, haciendo en esta parte más declaracion de lo que tocaba »á su Majestad Cesárea, y de lo que su Majestad Católica tenía por cier»to, cuando tal caso viniese, su Majestad Cesárea pondria en efeto. Pues »no podria por sí mismo juzgar que tales medios, para persuadir ni mover »á otras gracias, sean buenos ni decentes; y se hallaba ser fuerzas, autori»dad y amigos, y no decente para atraer á su Majestad Católica por ellos, »como ya el Archiduque su primo lo habia entendido para que lo dixese »al Emperador. Satisfizo con esto al deudo y amor que habia entre ellos, y »quedaba su ánimo libre deste escrúpulo y sentimiento, y con la prontitud y »buena voluntad que á su conservacion convenia; pero advirtiese á la inten»cion y cuidado con que los enemigos de su casa, movidos de la gravedad

»y eminencia della, procuraban siempre romper, ó á lo ménos enflaquecer »la concordia y hermandad de sus Majestades, para que, divididas y apar»tadas las fuerzas, fuesen menores; y así les obligaba más á la conservacion »de su familia y confirmacion de su union y amistad, y á su Majestad »Cesárea á considerar que cuanto fuere mayor la grandeza y autoridad de »su Majestad Católica, tanto más superior será su facultad para corres»ponder en las ocurrencias á lo que le tocase, y para la contínua obedien»cia y respeto que en el Imperio le debian tener era de mucha considera»cion, siendo así que la propia grandeza de su Majestad Católica por la »union redunda en superior estimacion y respeto y estabilidad de la Ma»jestad Cesárea. Serian su ánimo y acciones, como fueron, de sincera fe y »amor de verdadero hermano.»

CAPÍTULO XIV.

Los moriscos de Granada se rebelan y hacen grandes daños.

Es infelice escribir naufragios por mala fortuna de un buen príncipe en efeto, no por imprudencia y poca justicia en el gobierno sino por la introducida mudanza de religion. Pues donde no la hubo mantuvo su autoridad en su monarquía esparcida y cortada con fines tan distantes por tantos mares y climas, que apénas podia reducir las provincias á union la providencia humana. No parezca ménos venerable la grandeza deste Monarca por los infortunios, que mostraban ser de mortal, y baxar la estimacion de la cumbre de tan inmensa alteza; pues dice Plinio de la de Augusto César:

«En el triunvirato tuvo compañía de ciudadanos ruines; en la guerra »filipense fue apretado de la enfermedad y puesto en huida, y estuvo tres »dias escondido en un lago; afligióle la hidropesía; padeció el naufragio de »Sicilia, donde otra vez se escondió en una cueva, huyendo de la batalla »naval, cercado ya de enemigos, y alcanzó con ruegos la vida. Atormen»tóle el cuidado de la guerra de Perusia, la solicitud de la batalla Acciaca, »la ruina de la torre en la guerra de las Pannonias, tantos motines hechos »de sus soldados, males prodigiosos de su cuerpo, las promesas sospecho»sas de Marcelo, la afrentosa embaxada de Agripa, tantas traiciones orde»nadas contra su vida, las sospechosas muertes de sus hijos, los lutos por »quedar sin ellos, el adulterio de su hija y el consejo en que se vió claro »queria matar á su padre, la afrentosa partida de Neron su alnado, y el otro »adulterio de su nieta, la falta de dinero para pagar los exércitos, la rebe»lion de Iliria, la eleccion de esclavos para soldados, la pestilencia de la ciu-

»dad, la hambre y sed de Italia, el firme propósito de morir cuando estuvo »cuatro dias sin comer ya casi muerto, la rota Variana, el feo quebranta»miento de su Majestad, el desheredar á Agripa póstumo ya adoptado, »el desearle habiéndole desterrado, la sospecha que tuvo de Fabio por ha»berle descubierto sus secretos, los pensamientos de su mujer y Tiberio le »dieron gran cuidado; en fin, aquel Divo murió dexando por heredero al »hijo de su enemigo.»

En la execucion de su levantamiento los moriscos de Granada hacian diligencia por medio de los albarderos, listando la gente. Partal, castigado por el Santo Oficio de la Inquisicion, habida su licencia para ir á ver su hacienda, pasó en Africa y pidió socorro al Rey de Fez y volvió ufano con grandes promesas, con que animados los conjurados esperaban el tiempo de su rebelion. Aben Humeya subió á disponer la Alpujarra, y Farax dixo á las cuadrillas de los monfis con Partal viniesen á las Taas ó partidos de Poqueira, Ferreira y Orgiba, para que alzasen los pueblos en sabiendo que los de los valles de Lecrin y de la Vega de Granada iban contra la ciudad, y no ántes, atravesando la Sierra Nevada. Porque desta manera comenzasen á executar felizmente su levantamiento y la venganza de sus enemigos, con tal presteza, conformidad y buen gobierno que su efeto en todo correspondiese con su acuerdo y deseo. Los monfis, viendo que el licenciado Molina de Mosquera queria justiciar los presos en la Calahorra del marquesado del Cenete para librarlos, faltando torpemente al concierto y buen consejo, tomaron las armas. Estaba en Uxixar por alcalde mayor el licenciado Leon, amigo del beneficiado Torrijos de Durzal, y á ventiuno de Diciembre le avisó de la traicion de los moriscos y al maestro Diego Perez y al abad mayor de Uxixar. Para tener ocasion de fortificarse sin escándalo en la iglesia puesta en alto y fuerte para defensa de batalla de manos, esparcieron el venir turcos á la tierra. Hizo el alcalde mayor traer de Málaga brevemente catorce arrobas de pólvora y municion de tirar, y repartióse entre los arcabuceros, y con los canónigos se encerró en la torre. Avisaron á los demas cristianos, pero creyeron el daño cuando le gustaron. Entraron en la iglesia desapercibidos y en dos torres Diego de Villaiza, alguacil mayor, y algunos moriscos cristianos. Estaban en triángulo, de manera que no dexaban asomar por las calles persona sin herida. Iban unos alguaciles, escribanos y otra gente de Granada á celebrar la pascua con su familia, y el Partal por consejo de Aben Jaguar á ventitres de Diciembre con sus monfis los mató y á cinco esonderos de Motril, y en Adra al capitan Herrera y cincuenta soldados y algunos cristianos del lugar, y caminaron á Uxixar á recoger su gente. Súpolo en Málaga Pedro Verdugo, proveedor del Rey, y en un bergantin envió gente y municiones á Adra. En Granada el Marqués de Mondejar creyó desembarcaron berberis en la costa para llevarse algun lugar de moriscos, como otras ve-

ces, y apercibió los jinetes para socorrer las tierras. Los del Albaecin culpaban el hecho que perdia el trato, y mandaron á los de la Vega y Valle de Lecrin no se moviesen hasta que los avisasen. Aben Humeya mandó á Farax matasen los cristianos, profanasen y derribasen los templos, martirizasen los sacerdotes los monfis para que no se entendiese su crueldad.

A venticuatro de Diciembre se alzaron muchos pueblos de la Sierra, y en Pitres de Ferreira en la torre de la iglesia se recogieron los cristianos, y con seguro de la vida se entregaron todos á los moros. Despues de haberlos predicado sin fruto, porque renegasen, por sentencia de Miguel de Herrera que se hizo juez, los llevaron á la plaza con pregon para que saliesen á ver las fiestas de la muerte de sus enemigos. Ataron los brazos por detras al beneficiado Jerónimo de Mesa, y por una garrucha le alzaron tres veces y dexaron caer de lo más alto de la torre, quebrándole las piernas; y porque hacía la cruz y la besaba, le cortaron los dedos y le llevaron arrastrando á las mujeres para que le acabasen con agujas y cuchillos; é invocando el santísimo nombre de Jesus, por quien dixo que moria, dió su alma bienaventurada á su Criador. Porque le confortaba y exhortaba su madre en el martirio la destrozaron á cuchilladas y á ventitres cristianos en un barranco, y algunos entregaron á las mujeres para que los matasen con piedras y agujas. Hubo dos muchachos notables, el mayor de trece años, hijo de Anton Martin, familiar del Santo Oficio, tan constantes en la fe católica (maravilloso efeto suyo) que no bastaron ruegos, promesas, amenazas para que negasen á Jesucristo su Redentor. Queriéndolos sacar á martirizar, Pedro, hijo de Diego de Hoz, con semblante alegre dixo á su madre rogase á Dios por él y no le doliese su muerte, porque la recebia contento por Jesucristo. Con gran esfuerzo estuvieron hasta que los degollaron y fueron con palmas de vencedores á la gloria eterna. En el mismo dia se alzó Jubiles, y metieron á los cristianos en la iglesia solamente para que se rescatasen. En Fondales martirizaron deciseis con el beneficiado Luis de Jorquera, Pedro Rodriguez de Arco, Diego Perez Sacristan, Pedro Montañés y á su mujer con un niño en sus brazos. Primero los predicaron para que renegasen, pero todos murieron con gran constancia y confesion á gritos de la fe católica, dando exemplo de imitacion. En la Taa de Ferreira mataron con fuego en la torre algunos cristianos, y otros en un barranco á cuchilladas, pedradas y con agujas las mujeres; y á una morisca, viuda de un cristiano, porque no quiso renegar la deshicieron á cuchilladas, y murió felizmente confesando era cristiana y moria por ello. Al beneficiado Torres cortaron los piés y las manos, y le ahorcaron en medio de otros dos cristianos mancebos y los niños de tres años. En Poqueira combatieron los que se acogieron á la torre y los mataron. En Portuja prendieron al vicario Ojeda y á su criado que le ayudaba á misa y los mataron, y á una mujer y cinco niños llevaron al castillo de Jubiles, donde

juntaban los niños y mujeres para enviarlos á Berbería á trocar por armas. Los moros de Mecina, de buen varon de los Marsios, entraron al anochecer por fuerza la casa del beneficiado Francisco de Cervilla, tendiéronle en el suelo y le dieron muchas estocadas y puñaladas, diciéndole que renegase, hasta que murió llamando á Jesucristo en su favor.

En Mairena todos los cristianos martirizaron con tormentos crueles, y al doctor Bravo le ataron á un moral y le requirieron que se hiciese moro si no queria morir, y respondió que moriria por Dios de buena gana. Asaeteáronle luégo y le apedrearon y le ahorcaron. Al beneficiado Ocaña y al sacristan, despues de bofeteados y azotados, los despeñaron, y en cayendo los acabaron de matar á cuchilladas, y á Catalina de Arroyo, madre del beneficiado, invocando todos el santísimo nombre de Jesus y confesando morian por su amor. En Jubiles al bachiller Xaurigui, cura, mataron en prision de hambre. A Salvador Gutierrez, beneficiado; á Martin Romero, cura, y Andrés Monte, sacristan, llevaron ante Aben Jaguar, Andrés de la Torre el Pajan y Juan de Placencia; y porque no renegaban los mataron, con el bachiller Horquera, Pedro Rodriguez Corceo, beneficiado, Francisco Ramirez y Guillelmo, criado de Corceo, Costanza de Ayala y Francisco Montañés. Á Laroles alzaron los moros de Bayarcal y de otros lugares, aprisionaron los cristianos y los hirieron con palos. En Valor los predicaron; y porque dixeron habian de morir por Jesucristo, los atravesaron con balas y jaras con el bachiller Delgado, Alonso García y Tegerina, beneficiados, dos sacristanes, que el uno se llamaba Francisco de Almansa, y en la misma hora en Cegen y Zacar al bachiller Bravo y su sacristan, y otros mataron. En Jugar al beneficiado de Laroles, despues de abofeteado quemaron, y á su ama y una sobrina enviaron á la prision de Jubiles. Llevaron los de Narilla á Cebrian Sanchez, sacerdote, y á sus cristianos á Cuxorio, donde con los beneficiados Pedro Crespo y Montoya los asaetearon; y en Picena los que habia con el doctor Bravo, clérigo; colgaron á éste de los brazos en un moral tan baxo, que llegaba con las rodillas al suelo, y abofeteándole era persuadido fuese moro, más dixo: «Quiero morir por Jesucristo»: apedreáronle, y á cuchilladas le mataron. Desnudaron á un viejo de más de sesenta años y le azotaron y escupieron, y atado á un árbol le asaetearon; y en Iñiza y Gueros al bachiller Biedma, beneficiado, porque no quiso ser moro.

Estas crueldades hacian los ofendidos por vengarse, los monfis por costumbre, las cabezas lo persuadian ó mandaban, miraban, loaban, por tener al pueblo más culpado, más obligado á su defensa, unido y puesto en su obediencia, mas desconfiado de perdon. En Aluchar de Berchul prendieron al bachiller Crespo beneficiado, y le alancearon, arrastraron, y despues de enterrado le sacaron y echaron á los perros. En Alcuta mataron al vicario Diego de Montoya de un jarazo por la garganta, y á Francisco Ramirez,

y á un niño nombrado Juan, y al licenciado Montoya beneficiado, á Juan de Montoya, cura, y á Mateo de Montoya, y á Cebrian Sanchez, sacerdote, Hernando de Tapia, Pedro Alvarez su sobrino, vecinos de Narilla; y porque no pudieron hacer que renegasen, ni muchas mujeres y niños que confesaban á Jesucristo, y decian querian morir por él, los martirizaron cruelmente. Y en Berja, lugar populoso, gran número de labradores ricos y algunos hidalgos ahorcaron, parte asaetaron y quemaron vivos, con los beneficiados y curas Luis de Carvajal, Pedro Venegas, Francisco Iñiguez, que despues de azotados los pasaron sobre abrojos de hierro, echaron aceite hirviendo en las llagas, y los alancearon; y á la hermana del beneficiado Carvajal dieron muerte á cuchilladas. Los de Alcudia y Paterna mataron los cristianos y al beneficiado Arcos desnudo, y á Diego Lopez ataron y asaetearon al pié de una cruz, y los acabaron á cuchilladas. En Cobda prosiguiendo sus maldades los alzados, tocando sus atabalejos, por mandado del Garí llevaron al campo muchos cristianos, y al beneficiado Juan Fernandez y á sus hermanas y familia, y los arcabucearon y asaetearon con algunos de Guecijar, que allí se recogieron huyendo la persecucion; al beneficiado desnudo y atado pusieron en gran fuego, y con vocería le cortaron la lengua, porque llamaba á Jesucristo, le persinaron con navajas, cortaron las manos y los piés, y llevándole arrastrando fuera del lugar las moras le sacaron los ojos con agujas y cuchillos, y le acabaron á pedradas, haciendo mucho más glorioso su martirio, y á Dios admirable en sus santos. Llenaron á otros muchos la boca de pólvora, y les pusieron fuego porque se encomendaban á la Madre de Dios, y los destrozaron con suma fiereza. A Francisco Alvarez de Molina, sacristan, y á su teniente dieron á los morillos para que los matasen, porque los enseñaban la dotrina cristiana. Francisco Puertocarrero, morisco, alcaide de Xergal, degolló en la fortaleza á Diego de Acevedo, vicario, y á su madre, al bachiller Paez, beneficiado, y á una hermana, á Bernal García y á su mujer María de Espinosa, á sus hijos, al escribano del juzgado y al mesonero. A Juan Alonso, sacerdote teólogo, azotaron y quemaron los piés y le sacaron los ojos, y para darle más tormento le entregaron á las mujeres porque le acabasen con cuchillos, diciéndole: «Perro, predícanos ahora, di la dotrina, lee la matrícula, pena al que falta.» Por tener á mano á los demas cristianos para martirizallos, acordaron que el morisco de más crédito (con celo de librarlos) con disimulacion les dixese estaba la tierra llena de moros forasteros, y convenia recogerse en la iglesia y torres, donde les acudirian sus amigos con bastimentos, miéntras durasen las alteraciones. En estando cerrados, blasfemando el nombre de Jesucristo, levantaron bandera invocando á Mahoma, dieron con furia sobre ellos, executando bárbara crueldad. A los que se defendian prometieron libertad, si dexaban las armas, y degollárонlos con ellas, y alcanzaron las que habian menester: á los que no las entregaron quemaron

en la iglesia. Tantas crueldades y abominaciones, robos y daños hicieron que paso muchas en silencio por no ofender las orejas cristianas. Fue gran testimonio de nuestra fe y verdad del Evangelio, y comparable con los tiempos de los Apóstoles; pues en tanto número de gente que martirizaron requeridos para que renegasen, prometiéndoles seguridad y riquezas, ninguno dexó de confesar á Jesucristo con humildad y paciencia, confortando las madres á los hijos y éstos á ellas y los sacerdotes al pueblo, ofreciéndose los más distraidos con más prontitud á la muerte y martirio. Tanto aliento da la sangre de Jesucristo. Los sacrílegos con desprecio limpiaron la sangre de las espadas en los corporales, vistiéronse los ornamentos eclesiásticos, burlando del culto divino.

CAPÍTULO XV.

Vienen los moros á destruir á Granada y levantar el Albaecin, y sin efeto.

Aben Humeya con estos sucesos animado envió á Farax, para que con buen golpe de gente armada acudiese á lo concertado con el Albaecin y la Vega, porque la Alhambra y la ciudad se armaban cada dia más. En la noche de la Natividad en que tenian por cierto sería el levantamiento, rondaron con vigilancia y armados los ministros reales. Farax, Nacoz y Seniz de Berchul, capitanes de monfis, con ciento y ochenta dellos y alguna gente de Guejar de los que hicieron las escalas para escalar la Alhambra, y las truxeron á una cueva junto á Granada, vinieron á ella con bonetes roxos y tocas á la turquesca para quitar el conocimiento á los cristianos y darles temor y ánimo á los del Albaecin. La mucha nieve ocupó el paso á más de seis mil moros que venian en la noche del Nacimiento. En la siguiente Farax entró por un portillo de la muralla en la ciudad, y dexó en su guarda venticinco para tener segura la retirada. Pregonó en el Albaecin sueldo de parte de los reyes de Argel y de Fez y que estaban con armada en la costa. Dixo, viendo su quietud, que pues la Alpujarra ya era rebelada, tomasen ellos las armas, que los ocho mil hombres de la sierra y valle de Lecrin acudirian luégo. Respondieron venian tarde y pocos. Farax enojado contra los autores de la conjuracion les replicó: «Perros, ¿por qué me habeis engañado con vuestra traicion, consejo, resolucion? Habeis de cumplir ó perecer todos.» Dividida su gente en cuadrillas, baxó á San Salvador, hirió con una jara á un soldado de posta y mató otro, y los demas huyeron. En un cerro alto junto á la puerta Cadima, que descubre la mayor parte del Albaecin, tocaron sus atabalejos y gaitillas mo-

riscas de manera, que las oyó en Alhambra el Conde de Tendilla. Con dos banderas tendidas y un cirio encendido á grandes voces dixo uno en arábigo: «No hay más que Dios y Mahoma su consejero; los que quisieren vengar sus injurias, vengan luégo.» Dieron otro pregon á la torre del Aceituno, pero nadie respondió. Viendo que las cuadrillas de la sierra que habian de traer Tagasi y Monfaris al cerro de Santa Elena, para juntarse con él y con los de la Alpujarra, no llegaban, y las campanas de San Salvador en el Albaecin tocaban á rebato, salió por el portillo y fué á Cenés, sin haber quien le viese en dos horas que anduvo por la ciudad sospechosa y amenazada. Los soldados avisaron al Presidente y al Marqués, y por ser de noche, y hallarse solamente con ciento y cincuenta soldados y cincuenta caballos con que guardaba la Alhambra, no sabiendo el número de los moros, que podia ser grande, habiendo en la ciudad poca gente de guerra armada y útil con que acometerlos en el Albaecin, y no ver aprieto no hizo movimiento, ni pidió gente, ni disparó cañon, contraseña dada en tal caso para los de la Vega, ni tocó á rebato, y porque los ciudadanos indignados contra los moriscos no los saqueasen.

Juan Rodriguez de Villafuerte, corregidor, con otros caballeros en la plaza delante la Audiencia, recogia la gente que traia allí desmandada la campana del rebato. Envió á reconocer el Albaecin, y habia quietud, y en el portillo por donde entró Farax fue hallado un costal de bonetes colorados que traia para dar á los que se le juntasen. El Marqués de Mondejar con Don Alonso de Cárdenas y sus hijos baxó á la plaza nueva, donde halló al Corregidor y á D. Luis de Córdova, á los Marqueses de Villena y de Villanueva, al Conde de Miranda y otros nobles y particulares, la mayor parte forasteros, que seguian al Presidente por necesidad de su gracia, y algunos naturales por ambicion della y poco amor al Marqués. Supo cómo los moros iban por detras del cerro del sol á dar á Dalicet, media legua de la ciudad junto á Genil. Algunos caballeros quisieran que sesenta caballos y otros tantos arcabuceros á las ancas fueran á entretener con escaramuza los moros, en tanto que llegaba la gente, y dixo el Marqués, queria primero informarse del número y camino, porque detras de los cerros podria estar emboscada, y ver la seguridad que en el Albaecin quedaba. Replicaron se alargarian y enriscarian en tanto los moros. Envió con priesa por atajadores á Ampuero y otro jinete de la costa para darles vista, con órden de que el uno los siguiese y el otro volviese á dar aviso. El Cabildo y algunos caballeros le pidieron licencia para no perder ocasion en el alcance; porque temía, que en saliendo la gente se levantaria el Albaecin y acometeria la Alhambra, subió á él para saber bien lo sucedido, no para suspender el daño. Halló los moros llenos de alteracion y miedo por la culpa; y les dixo no siguiesen los rebeldes sino los fieles al Rey, que remuneraria su obediencia. Ofreciéronlo con mal seguro semblante y tristeza de culpados y

arrepentidos, aunque con la visita del Marqués sin sobresalto de ser acometidos del pueblo. Mala señal la tristeza del rostro que muestra la obstinacion y dureza del ánimo, no el arrepentimiento ni pesar de lo hecho. Farax habiendo descansado junto á la casa de las Gallinas, á las ocho de la mañana caminó á Niveles arrimado á la montaña, y puesto en lo áspero miraba si la desconfianza de los del Albaecin acabó y se juntaban con él. La ciudad en un punto trocó su paz en cuita, alteracion, turbacion, priesa, peligro, salir las mujeres á meterse en el Alhambra, cerrar las tiendas los mercaderes, los religiosos ponerse en oracion; y el miedo áun era inferior á la causa, porque si el trato executáran los moros, fuera lamentable la destruicion de Granada. Volvió Ampuero á decir cómo los rebeldes eran docientos, y caminaban á Dilar por la falda de la sierra; y así el Marqués mandó disparar una pieza, tocar á rebato y trompetas á recoger la caballería. Dexando buen cobro en la Alhambra, y la ciudad en la guarda del Conde de Tendilla con su yerno, hijos y criados, D. Pedro de Zúñiga y la caballería de la ciudad y gente desocupada y curiosa, siguió á media rienda los enemigos por el paso del rio de Monachil, atravesó el barranco, llegó al paraje de Dilar, y los descubrió en un cerro áspero para los caballos, que ocuparon con priesa y cuidado cuando oyeron la pieza del Alhambra, que fue de aviso para todos. Los caballeros querian apearse para seguillos, y por venir la noche, llevar mucha ventaja en el camino, sierra, tiempo y haber frio con ceceso y aguanieve, tocó á recoger y mandó á D. Diego de Quesada seguir los moros con la infantería, y algunos caballos. Cubriólos la noche de niebla y de hielo, y en la iglesia de Dilar se recogieron con la gente de las siete villas de la juridicion de Granada, que Lorenzo de Avila capitaneaba. Toda la noche caminó Farax, salvando á sí y á los suyos, y otro dia iba levantando los lugares, diciendo estaba el Albaecin alzado y la Alhambra ganada y fácil la libertad si le seguian.

Volvió á Granada el Marqués á la media noche, no sin trabajo, y escribió al Rey el suceso; pidió fuerzas para resistir, oprimir, prevenir á los moros; y á las ciudades del reino de Granada y Andalucía gente para el efeto. Hizo milicia sin listar, porque no se supiese el número, cosa importante cuando es poco; nombró capitan para cada parroquia y alférez, á cuya bandera se recogiesen para rondar, poner postas, conocer cuerpo de guardia en la plaza de la Audiencia Real, cercana á la nueva señalada. Los genoveses hicieron una lucida y bien armada compañía, y todos estuvieron á órden del Corregidor, hasta que el Rey mandó se guardase la del Capitan General, que por la enajenacion de voluntades y secreta guerra de competencias no se trataba ni conformaba con el presidente D. Pedro Deza. Y así para que no fuese solo en el cargo, ni en los sucesos de la guerra, escribió luégo el caso á D. Luis Fajardo, marqués de los Velez, adelantado del reino de Murcia, émulo del Marqués de Mondéjar sobre la vivienda de Granada y opinion,

y le pidió se previniese para acometer á los del rio de Almería rebelados, y asegurar á Cartagena y cerrar el paso de Valencia, donde los moros vivian quietos. El Marqués dixo executaria con licencia del Rey, y en tanto que venía llamó la gente de las ciudades y villas de su distrito. Un soldado del capitan Herrera, que mataron en Cadiar, avisó dello al capitan Diego Gasca en Adra, y con cincuenta jinetes llegó á Uxixar de Albacete, y vió las señas de las campanas y banderas con que le llamaban los sitiados en las torres en su ayuda. Gasca mal advertido y muy recatado porque los moros salian del lugar para no ser cogidos en él, temiendo era para cerrarle la retirada volvió apriesa con imprudencia y mala fortuna de los cristianos, pues si llegára á Uxixar los salvára, y erró grandemente en no conocer la tierra. Porque los enemigos lentamente combatian las torres, diciéndoles el Zaguer mirasen que en su venganza los de Granada matarian á los del Albaecin. Prevaleció la furia de los monfis, y quemaron la una torre y la otra rindió el alguacil mayor, y le llevaron á la de la iglesia, para que tratase con el Alcalde mayor de concierto. Dadas rehenes, se acordó pagasen por cada persona ciento y diez ducados, y los pondrian en salvamento. Queria el jurista quedar horro con sus hijos, y desavenidos metió en la torre los cristianos porque se huian hecho el número de la talla, y levó el puente, fiando en que tenía vitualla y municion. Los moros, más indignados con esto, rompieron la sacristía y la robaron, y hicieron hoyos debaxo del puente, y llenos de aceite con tablas de los escaños y retablos, pusieron gran fuego á la puerta. Terraplenáronla por de dentro, mas el humo y ardor fatigaba los eclesiásticos. El Abad queria salir á pelear y romper los moros; consumió el Santísimo Sacramento y se confesaron, mas detenidos de los clamores de las mujeres, se renovó el trato, pero no cumplieron los rebeldes. Tardaron en venir al suelo por sogas veinte horas, y cargados de palos los metieron en la iglesia. Otro dia á lanzadas y cuchilladas los mataron, y pocos salvaron los de su oficio, y Aben Jaguar temiendo la venganza. Al Abad, letrado y alguacil, porque confortaban á las mujeres para alcanzar laureolas de martirio mataron á puñaladas, y los corazones levantados en alto daban gracias á Mahoma por su vitoria. El Zaguer dixo iban perdidos, y el remedio era condenar los monfis, para que ahorcando cincuenta en satisfacion de los muertos, no despoblasen la tierra, perdiéndose con todas sus fortunas. Obstinados en no esperar perdon, le dixeron pasase á ser cristiano si temia que la Alpujarra se defenderia.

El segundo dia de Pascua, en Dalias, estando para entrar en misa, llegó Rendedi con cuatro banderas y otros monfis por otra parte con otras tantas. Pregonaron de parte de Aben Humeya la guerra y mandato para que tomasen las armas, y á los que contradixeron mataron y partieron por medio con un alfanje una morisca principal porque reprehendia sus sacrilegios; y al beneficiado Antonio de Cuevas y al maestro Garabito hicieron

pedazos, y cautivaron niños y mujeres. El lugar de Nechit se alzó en la mañana de Pascua, al alba, y los cristianos se recogieron en casa del beneficiado Juan Diaz; llevárónlos á Uxixar, predicándolos para que tomasen su secta. Porque el beneficiado los animaba á morir por Jesucristo, le mataron con una hacha de partir leña, y á su cuñado Pedro Valero y á los demas cristianos á cuchilladas. En Murtas despeñaron al sacristan y á la madre del cura, y á los demas cristianos ballestearon con jaras. Rompieron las pilas de baptizar, retablos, sagrario, derramaron el ólio santo, limpiaron en los corporales las armas de la sangre de los mártires teñidas, vistiéronse los ornamentos eclesiásticos, burlando dellos. Los de Alcudia y Paterna mataron los cristianos, y al beneficiado Arcos y á Diego Lopez de Lugo, noble y rico, los llevaron abofeteando hasta una cruz, á cuyo pié atados los asaetearon y remataron á cuchilladas. Cobda, ciudad asiento del último Rey moro, se alzó, y los monfis con el Gorri asaetearon los cristianos; al beneficiado, desnudo y ligado de piés y manos, pusieron sobre un brasero ardiendo en casa de Lauxi, y le asaron de las rodillas abaxo. Porque llamaba á Jesucristo le dieron muchos palos, diendo: «Perro, dí ahora misa; lo mismo habemos de hacer del Arzobispo y del Presidente, y enviar sus coronas á Berbería.» Llevárónle arrastrando fuera del lugar, donde las moras con agujas y cuchillos le sacaron los ojos y le mataron á pedradas. Hicieron trozos á su hermano, llenáronle primero la boca de pólvora, porque invocaba el Santísimo Nombre de Jesus, y le dieron fuego. A Francisco de Molina, sacristan, apedrearon los muchachos porque los enseñaba dotrina cristiana. Ataron á Diego Beltran, de doce años de edad, y diciéndole su madre iba á ser mártir, con gran constancia murió á cuchilladas.

CAPÍTULO XVI.

Lo que hizo D. García de Villarroel, y los lugares que se rebelaron.

Don García de Villarroel, capitan á guerra de la ciudad de Almería, en la costa principal del Mediterráneo, cabeza de reino antiguamente, fue avisado por Diego Gasca (el que no socorrió á Uxixar) cómo la vuelta deste lugar iban treinta africanos. Pareció á D. Juan imposible por haber andado el mar bravo por quince dias contínuos, y ser rebeldes. Escribiólo al licenciado Carvajal, alcalde mayor de Guecijar, lugar del Duque de Maqueda, en el rio de Almería, y le pidió se recogiese con los cristianos á su ciudad ántes que los enemigos los degollasen. Respondió no desampararia aquellos vasallos, y entró con ellos y con los frailes agustinos de un mones-

terio en la torre con bastimento, y esperó lo que sucediese. Don Juan avisó del levantamiento al Marqués de Mondejar y al de los Velez, y pidió socorro, y á Gil de Andrade, que tenía á su cargo las galeras de España; á los clérigos que viniesen con sus feligresías á la ciudad; á los alcaldes mayores del condado de Marchena y del Boloduy; á Pedro Verdugo, proveedor de Málaga; al corregidor Arévalo de Zuazo, para que socorriesen la ciudad con gente y bastimentos, y á Castil de Ferro, donde no habia sino el alcaide y sus criados. Entraron muchos en Almería corridos de los moros, ó por no verlos, y pastores y ganados recogidos en el campo de Nizar cercano y mil vacas; y en Salobreña, con Diego Bárcena, cincuenta tiradores; por órden de Arévalo de Zuazo, en Castil de Ferro veinte; en Motril, con Diego de Mendoza, sesenta; en Monda los cristianos de Coin; en Tolox los de Alora. Ocuparon dos casas fuertes del Marqués de Villena, cuyas son las villas, y se ordenó estuviesen en ellas sus alcaides. Avisaron á D. Cristóbal de Córdoba, alcaide de Zarabonela, asistiese con ciento y cincuenta soldados que le enviaron con oficiales para repararla. Gaspar Bernal con cien hombres ocupó la torre de Guato, junto á Monda, y la de Almexia repararon y guarnecieron bien con los vecinos. En el partido de Boloduy se alzaron los moros en el segundo dia de Pascua; clavaron en la frente las narices al Alcalde mayor, diéronle á comer las orejas, cortáronle las manos y lengua, porque ofrecia su martirio á Jesucristo, sacáronle el corazon y los piés metieron en su lugar, y quemaron el cuerpo; y á los demas cristianos martirizaron en Zanjayar. En Iniza los quemaron en la torre del beneficiado Juan Rodriguez, y á él desnudaron y mataron las mujeres con cuchillos y piedras; y los de Terque tambien, mas no los de las Guajaras. Los de Iniz al beneficiado Salinas, vestido como para decir misa, sentaron en una silla debaxo de la peana del altar, estando los sacristanes á los lados con las matrículas, y llamándolos como para venir á misa, le daban segun iban llegando bofetadas, y escupian; persináronle con una navaja, y le cortaron por las coyunturas y la lengua.

En los lugares del valle de Lecrin más cercanos á la sierra, mataron los cristianos por mandado de Farax, y en Lorayta y Zanjar degollaron un niño de nueve años, pusieron la cabeza en la carnicería, llenaron el pellejo de tascos y le quemaron. Á Francisco de la Torre y á Jerónimo de San Pedro, vecinos de Granada, desnudos, pelaron las barbas, quebraron los dientes á puñadas, cortaron las orejas y narices, sacaron los ojos y la lengua y los acabaron á cuchilladas, confesando miéntras pudieron á voces morian por Jesucristo. Abriéronlos por las espaldas para sacarles los corazones, y el de Jerónimo de la Torre comieron crudo. Desnudaron al beneficiado Márcos de Soto y al sacristan Francisco Nuñez, y en la iglesia sentados donde predicaban y leian el padron, los abofetearon y con navajas cortaron en piezas, comenzando por los dedos de los piés. Porque llamaban en

su ayuda á Jesucristo les sacaron los ojos, la lengua y el corazon, y los dieron á los perros, y mataron otras veinticuatro personas. Los monfis y los vecinos de Guecijar combatieron la torre en este dia tercero de la Pascua, pegáronla fuego, y quemaron los frailes agustinos y los demas que estaban dentro con aceite hirviendo; degollaron los que se rindieron, y las hijas del alcaide llevaron á la sierra de Gador para enviarlas á Fez. Murieron trece religiosos, y á su mozo desollaron vivo y le acabaron á cuchilladas, y crucificaron una hija de Calle, alcaide de Gerzá. Á Luis Sanchez Montesinos colgaron de los pulgares de los piés de una ventana, y le despedazaron con una navaja y le quemaron. Alzóse Tablate, lugar de cien casas, donde está la puente en el derecho camino de la Alpujarra, sobre fondo y dificultoso barranco, paso forzoso para la Sierra, que con igual hondura y aspereza, sin dexar entrada por otra parte en más de cuatro leguas arriba y abaxo del puente, atraviesa desde encima del lugar de Acequia el rio de Melzxi con notable profundidad. Mandó el Marqués de Mondejar á D. Diego de Quesada le ocupase con su compañía y volviese á Granada el capitan Lorenzo de Avila. Envió otra á sacar los cristianos de Rectual, cierto de que le habian de asaltar los rebelados. Viendo poca guarda éstos al puente de Tablate, por mandado de Aben Humeya le acometieron, é hicieran mucho daño si un soldado no diera voces en un cerro, con cuya alerta D. Diego tocó arma. Salió al campo, formó su escuadron para recoger los que salian del lugar; y fiando poco dellos, dexó libre el paso y se retiró al Padul escaramuzando. Mandóle volver á Granada el Marqués, y envió al capitan Lorenzo de Avila con buen golpe de gente de las Siete Villas para meterse en Durzal, y al capitan Gonzalo de Alcántara despachó aprisa con cincuenta caballos para mantener en obediencia algunos lugares del valle de Lecrin, en tanto que salia en campaña y para ello juntaba gente, municiones, bastimentos.

En el dia de los Inocentes los monfis de Farax en el lugar de Laroles untaron con aceite y pez las piernas de los beneficiados Beltran de las Aves, Bartolomé de Herrera y Rodrigo de Molina, Alonso García, sacristan, y á dos hijos dél, y puestos sobre la brasa los atormentaron. Atáronlos en una trailla, y los tiraron con arcabuces y despedazaron con las espadas. En Mairena al bachiller Xaurigui, despues de haber hambreado cinco dias atado y abofeteado, diciéndole «Perro, ¿cómo no nos llamas á misa?» en forma de cruz puesto le dieron una lanzada en el costado derecho, invocando él á Jesucristro, le asaetearon, le cortaron las piernas, y tendido en el suelo le derramaron un frasco de pólvora en la boca y sobre la cabeza, y en el rostro le dieron fuego, arcabucearon, despedazaron y le echaron á los perros. Al bachiller Solís asaron entre tocinos. A Cristóbal, muchacho de catorce años, persuadieron con gran instancia, ruegos y amenazas para que fuese moro; y diciendo era fiel cristiano y moriria por

serlo ántes que renegar, le hirieron con palos y bofetadas, le crucificaron, dieron lanzada en el corazon y le sacaron y arrojaron. Tuvieron atento al martirio á su hermano Francisco de doce años, porque atemorizado renegase; mas dixo con esfuerzo superior á sus dias era cristiano y queria dar la vida como su hermano por Jesucristo, y así le asaetearon y destrozaron á cuchilladas con grandes gritos y algazara, solemizando la satisfacion de su tiranía.

Entre todos los mártires fue señalado Gonzalo de Barcárcel, de diez años, natural de Mairena, y muerto en Lanjaron con los de su pueblo, que huyendo fueron presos. Miéntras morian estuvo de rodillas orando por la perseverancia de sus compañeros; llegó á su padre que espiraba, dióle gracias porque le hizo hijo de mártir, mostrándole por las heridas la nobleza de su sangre vertida por Jesucristo, para que no degenerase della, le besó la mano y los golpes uno por uno; consoló á su madre. Llegaron á él los moros con las ballestas armadas, y puestas á los pechos le persuadian siguiese su dotrina: él respondió queria morir por la ley de sus padres, y le abrieron de tres cuchilladas la cabeza, y el niño llamaba á Dios espirando, y pedia por testigos de que moria en la fe de Jesucristo á las captivas que le miraban. No quitaron estos tiranos vida sin acrecentar exemplo de firmeza y de que pretendia la divina Providencia la gloria de su Iglesia por la gran constancia con que todos los cristianos en esta persecucion muricron, sin caer un punto sus corazones de la primera gallardía cristiana. Mandó Aben Humeya cesar las muertes y crueldades, mas degolló á su suegro y dos cuñadas por ajenos de su opinion, haciéndose de dia en dia más odioso, despreciable, cruel tirano, y dando causas á los moros para desear mudar señor y fortuna, y lo executaron como adelante se dirá. Viendo la quietud de los de la Vega y Albaecin, dixo furioso eran infieles, cobardes, engañadores, y habia de destrozallos en pudiendo, pues mirando el mal estado de los cristianos no le ayudaban como prometieron á vencerlos y destruirlos. Caminó á Valor el Alto, y mandó que con veinte banderas, que tenian dos mil hombres, el alcaide de Mecina de Buenvaron y el Corcerí combatiesen la torre de Orgiva, que defendian ciento y sesenta cristianos desde los venticuatro de Diciembre; villa importante que tiene al mediodía el mar con buenas calas para surgir galeras en socorro suyo. Farax se atribuia la libertad pública, la gloria del hecho, trataba de secreto de ser rey. Aben Humeya se coronó segunda vez, y acabó de dar los oficios al modo de los Reyes de Granada, y tomó como ellos muchas mujeres. Profesaban los suyos la secta de Mahoma que sabian muy bien, y arruinaron las iglesias, y él recogió la plata y lo mejor de la ropa y captivos para hacer presente al Virey de Argel. Envióle y con la nueva de su eleccion á su hermano Abdalla y á Hernando Abaquí para traer la respuesta del despacho y la gente que le diese de socorro ó sueldo, y comprar armas y

municiones, y porque juntos en su nombre diesen la obediencia al señor de los turcos.

A treinta de Diciembre Diego Ramirez de Rojas, alcaide del Almunia, llevó á Oria su familia. Dixo en la plaza á los panaderos cociesen cuanta harina tenian y la que habia en su casa, porque el Marqués de los Velez llegaria allí en aquella noche con diez mil hombres. Escribiólo á Seron, Bacares, Tixola, Purchena, para que truxesen bastimientos, y dió las cartas en presencia de los moriscos. Pasó la voz por los lugares del rio y Sierra de Baza, con que los moros de las compañías del Gorri se fueron á incorporar en la Alpujarra, y Puertocarrero dexó el castillo de Xergal y huyó á Marchena: ardid bastante á entretener los moros sin levantarse en tanto que llegaba el Marqués con su campo. En este dia alzó á Istan, lugar rico, Manjuz, y subió los moradores á la Sierra Bermeja. El beneficiado Pedro de Escalante salió de una torre donde vivia á ver el caso, y no pudiendo volver á ella se salvó en Baza. Tocaron á rebato y salió Bartolomé Serrano, alférez de los jinetes de D. Gonzalo Hurtado de Mendoza de Marbella con trecientos infantes y treinta caballos, y cargó en Istan á los moros que combatian la torre del beneficiado, que la defendian habia tres horas una hermana y una criada con piedras, con que mataron uno é hirieron algunos, aunque la hermana fue herida en un brazo con una jara. Los moros se enriscaron en peñones entre el lugar y el rio, y volvió Serrano á Marbella con las mujeres. Los alzados de los pueblos de Marchena y rio de Almería determinaron combatirla por órden del cazí, capitan de aquel partido, y animados con saber habia poca gente para su defensa y municion, y bastimento, por avisos de los moros de la ciudad, que tenía seiscientas casas dellos, tentaron primero el acometimiento por estratagema, y dieron órden á ciento y cincuenta escogidos que fuesen con cargas de harina y de otros mantenimientos (como solian) á la Alhóndiga, cercana al castillo, y entrasen en él doce con leña y paja de presente para el alcaide Alvaro de Sosa, y en las puertas se atravesasen de manera que no las pudiesen cerrar; y acudiendo los del Alhóndiga matasen al Alcaide y á su compañía, y hechos fuertes diesen aviso á los lugares de la Sierra, que estarian alerta, para que acudiesen; y se mirase primero por dónde podian entrar sin que los soldados lo impidiesen. Habia negociado Mateo Ramí, alguacil de instincion, grande amigo del alcaide comiese con él en el castillo, porque deseaba viniese su mujer á la ciudad, donde tenía muchos parientes y amigos que le habian pedido los visitase. Con esta ocasion reconocieron los adarves y las torres, mirando la fortaleza con el alcaide, aunque en la torre del homenaje no los quiso meter, de cuyo recato el moro y de ver en la puerta escuadra de soldados, sospechó eran sentidos. Tomó nuevo consejo, muy más dañoso á la ciudad; porque queriendo vencer de cortesía al alcaide le rogó fuese á otro dia á su alquería, con sus

amigos y parientes. Acetó el alcaide, y convidó el moro los hombres de valor que podian defender la ciudad para matarlos. No fueron, porque el juez tenía presos por una pendencia algunos de los convidados, y no surtió el trato por esto, y porque el Corceri, más gallardo que prudente, envió á decir á D. García de Villarroel, que en el dia primero del año mil y quinientos y sesenta y nueve se probaria con él en Almería.

(1) Contra los moros de Istan, á dos de Enero, domingo, salieron de Marbella tres mil, y sabiendo estaban en el fuerte del Abroto alojaron en Arbato, despoblado al pié de la Sierra Bermeja. Reforzólos otro dia el licenciado Antonio García de Montalvo corregidor de Ronda y Marbella con cuatro mil, y la discordia difirió el combate hasta que huyeron los moros, y dieron en los de Monda y otros lugares que iban á juntarse con los de Marbella. Captivaron todos los niños, viejos, mujeres derramados por las sierras, y escaparon los recios, sueltos y ahorrados. La codicia de robar para enriquecer incitó, y áun forzó á los pueblos de paz á levantarse. De manera que al Rey y reino conviniera no haber tomado las armas los de aquella provincia, ni venido á ella gente comun y concejal, que por robar hicieron la milicia estragada y sangtienta con desastres y muertes, y algunas veces viles por no soltar la presa, y satisfechos con ella volvian á sus casas, atropellando bandos y castigos de infamia, cuerpos de guardia, dificultades y peligros en el camino.

CAPÍTULO XVII.

Campea el Marqués de Mondéjar contra los moriscos rebeldes.

El alcaide de Mecina sitió la fortaleza de Orgiva, y defendíala Gaspar de Sarabia con ciento y sesenta cristianos. Para ofenderlos puso en la torre de la iglesia arcabucería, y cobráronla á viva fuerza, asegurándose de aquella parte. Los combatientes con una manta de vigas y colchones para picar la muralla cubiertos la arrimaron, y los sitiados mataron con piedras y calderas de aceite hirviendo algunos enemigos, y retiraron los demas. Habian metido niños de los moros, y sus madres avituallaban la torre, pero no bastaba; y salian á quitar el bastimento á los cercadores, con que se sustentaron sin perder hombre hasta ser socorridos. Para esto determinó el Marqués salir de Granada á tres de Enero con la gente que pudiese, porque en la presteza consistia el buen suceso, ántes que los moros creciesen

(1) Año 1569, y el treceno del reinado de Don Filipe.

en número y reputacion. Llegaron las compañías de caballos y peones de Loja, Alhama, Jaen, Alcalá la Real, Antequera. Encomendó la guarda de la ciudad y Alhambra á su hijo el Conde de Tendilla, y dexó por su teniente al corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, con órden de enviar y recibir los avisos, y de proveerle de lo que pudiese, y dar parte de todo al Presidente; teniendo así pronta su autoridad para cuanto se ofreciese, porque la necesidad le hacía mirar ya mejor las cosas del Marqués. Con ochocientos infantes y docientos caballos sin aguardar la gente de la Andalucía salió y alojó en Alhemlin, donde recogió la que alojaba en Orrura y en la Vega. Eran dos mil infantes y cuatrocientos caballos más armados que prácticos, y seguian al Marqués D. Alonso de Cárdenas su yerno, don Francisco de Mendoza, su hijo D. Luis de Córdoba, D. Alonso de Granada Venegas, D. Juan de Villarroel y otros caballeros y venticuatro de Granada y nobles y populares ventureros y entretenidos capitanes y alféreces; y los de más experiencia eran Antonio Moreno y Hernando de Oruña. Alojó en el Padul el Marqués, donde á la segunda guardia, á la parte de Durzal sonaron tiros de arcabucería, en cuya guardia estaban los capitanes Lorenzo de Avila y Gonzalo de Alcántara. El alcaide Jabá juntó de Orgiba, Salobreña y valle de Lecrin mucha gente en que habia seiscientos tiradores para degollar los de Durzal. Ojeda, beneficiado de Nigueles, avisó á Lorenzo de Avila del intento, y cómo Miguel de Granada, capitan del valle de Lecrin, enviaba á reconocer dos espías. Lorenzo de Avila con vigilancia prendió al uno, rompiendo un molino, y al otro mirando la tierra y los soldados que confesó el hecho en el tormento. Metió su gente en el cuerpo de guardia, dobló las escuchas y postas, puso en arma la caballería, sonando las trompetas fuera del alojamiento del barrio de la Margena, para desanimar los moros y avisar al Marqués, y con un prático de la tierra le escribió. Jabá, con la escuridad de la noche, llegó cerca del lugar con seis mil, y con los tres tomó un barranco entre el Padul y el alojamiento de la caballería, para impedir el socorro del campo, y con los restantes acometió á Durzal por tres partes, con gran frio al cuarto del alba. Tocaron arma, casi mezclados con los moros las postas con igual miedo. Los capitanes, por no haber requerido los cuerpos de guardia se hallaron solos, porque la aspereza del frio y tiniebla metió á los soldados en la iglesia. Lorenzo de Avila armado y con su espada y rodela defendió la entrada, hiriendo y matando á muchos, hasta que pasados los muslos de un jarazo fue retirado. El capitan Alcántara resistió á la parte de la Margena á buen golpe de moros, estando su gente tan turbada que no salia del cuerpo de guardia, ni de la iglesia á pelear, aunque Lorenzo de Avila, ligada la herida bien apriesa, salió con diez soldados y á voces y á palos los sacaba. Volvió luégo á su puesto, conociendo el peligro general, ayudado de ocho frailes franciscos y cuatro jesuitas, que decian habian de mo-

rir por Jesucristo, pues los soldados no querian combatir. Animábanlos para que no desamparasen las bocas de las calles, y recogian los que venian tan turbados, que se herian unos á otros, pareciéndoles aún las piedras enemigos; mas hicieron dudosa y detenida á los rebeldes la entrada.

Llegó un alférez á reconocer la plaza, y llamaba su gente, diciendo: «Huyeron los cristianos»; matóle el capitan Alcántara, y él fue de una herida derribado y levantado de Juan Ruiz Cornejo, natural de Antequera, y luégo mató dos moros, que el uno con una pedrada quitó á un fraile de la mano un crucifixo con que esforzaba su gente, y dióle al religioso. Alonso de Contreras, capitan de Granada, defendió la entrada de una calle, hasta que herido de un jarazo venenado murió, y con él Cristóbal Marquez, alférez del capitan Alcántara. La caballería tardó en salir de su alojamiento, y no pudiendo entrar porque los enemigos ocuparon las calles, salió al campo, y las trompetas persuadieron á Jabá eran de la caballería del Marqués y temió. Antonio Moreno le habia certificado el peligro de Durzal, y mandó se adelantasen dos trompetas tocando para desanimar los moros y la compañía de lanzas del Conde de Tendilla, que gobernaba su capitan Gonzalo Chacon, y marchó con el resto de la caballería y ordenó á Antonio Moreno y Hernando de Oruña que á la sorda caminasen con la infantería. Jabá, oyendo las trompetas dobladas, mandó á los suyos tomar la sierra con vileza y muerte de ducientos y de los de Durzal veinte y muchos heridos, los más de sí mismos. El Marqués dió gracias á los capitanes y oficiales, y los heridos envió á curar á Granada y en el Padul, reforzándose de gente y municiones, estuvo cuatro dias. Jabá, con poca reputacion, volvió á Poqueira, y Aben Humeya le mandó cortar la cabeza, y dado su descargo lo suspendió sabiendo el suceso. Juntáronse muchos moros en el cerco de Benhabuz y del Marchal de Palma, y D. García de Villarroel envió desde Almería á reconocerlos, con voz de reducirlos, al regidor Juan de Ponte y al mastrescuela D. Alonso Marin, respetado de los moros. Don García con cincuenta soldados se acercó tanto, que vió y consideró bien el sitio, subida, armas, número, y cómo cabian pocos en hilera, y determinó combatirlos en el siguiente dia con encamisada. Para evitar la contradicion de la justicia, al salir D. Juan de la ciudad, porque habia en ella muchos moriscos de morada, mandó hacer una almenara de fuego, y vista tocó arma y hizo encamisar á los soldados, diciendo queria ver si en los lugares más cercanos habia enemigos.

Partió dos horas ántes del dia con ciento y cincuenta arcabuceros y treinta y cinco caballos con algunos nobles, el arcediano D. Luis de Rojas Narvaez, el Maestrescuela, el racionero Paredes, D. Alonso Ortiz Venegas, natural y regidor, decendiente de los reyes de Granada, y que por esto le escribieron los rebeldes si lo queria ser ahora. Arrimado al rio para desmentir las espías, dixo convenia desbaratar los enemigos del cerro de

Benahabuz, y era cierta la vitoria, peleando bien como esperaba. Al pié de la cuesta puso á Julian de Pereda, alférez, con cien arcabuceros por una vereda encubierta sobre la mano derecha, en una eminencia junto á la de Benahabuz, con órden de cargar en oyendo la otra arcabucería. Subieron tan agachados, que pensaron los rebeldes era ganado, y se aseguraron. Don García, con la caballería y restante arcabucería, descubrió el alojamiento, y sentido con grandes alaridos y priesa tomaron las armas para salir á ofender, sin mirar si les era mejor estar en la defensa. Don García, dexando la caballería atras enramada, cubrió la arcabucería con unas tapias cercanas á una acequia y senda, que impedia el baxar de golpe los moros. Pareciéndole que Pereda habria tomado ya puesto, mandó cargar á los enemigos, y oidos los primeros tiros, animosamente acometió, y D. García empujó sus peones el cerro arriba, dándoles calor los caballos, pasando la acequia por una pontezuela. Á este acometimiento resistieron los moros, mas con el otro por las espaldas desmayaron, aunque los animaba Brahen Cacis, su capitan, con ruegos y amenazas. Apeado con su lanza se mezcló con los asaltadores, y retiró los delanteros, pero matóle un balazo. Sucedióle Diego Perez el Gorri, y no pudo retener la huida de los moros, heridos y muertos muchos por los de Almería. Señaláronse los eclesiásticos y nobles. Solamente prendieron siete moros en una cueva y alguna ropa. Volvieron vitoriosos, con un escudero herido y dos caballos muertos, recebidos con gran contento y alabanza, con procesion dieron gracias á Dios, y en señal del vencimiento de las almenas ahorcaron los captivos. Con esto la tierra se aseguró algun tanto.

CAPÍTULO XVIII.

Los moros combaten la fortaleza de la Calahorra, y socorrida huyen; refuerza su campo el Marqués de Mondéjar, y el de los Velez entra en el reino con gente.

En la Calahorra, lugar del marquesado del Cenete, el licenciado Mosquera tenía su audiencia contra monfis, y en el primero dia de Pascua se retiró á la fortaleza con su mujer y criados y veinte arcabuceros, y metió en las bóvedas sesenta presos. Escribió á Guadix y Baza el caso y su peligro, pidió bastimentos y á los lugares del Cenete. Los del Deire y de otros pueblos enviaron sus hijos y mujeres á la Calahorra por los robos de los de Guadix, que forzaron con malos tratamientos á rebelarse muchos pueblos en el primer dia de Enero por mano del Gorri y gente de la Alpu-

jarra, y de Guecijar, Xeniz, Lanteira, Alnuif y Ferreira. Mosquera sacó los presos á la cárcel del lugar con imprudencia, y así los libraron tres mil rebeldes, y cercaron y combatieron la fortaleza por tres dias contínuos. El alcaide, con humadas y disparar cañones, pidió socorro á los de Guadix, tres leguas distante el rio abaxo, y Pedro Arias de Avila con trecientos infantes y sesenta caballos y los nobles de la ciudad con ménos fuerzas que armas partió al socorro. Esperaron los enemigos, avisados por sus espías en sitio áspero, donde no alcanzaba la arcabucería de la fortaleza y los mosquetes. Desampararon el puesto en tanto que peleaba la vanguardia, y huyeron á la sierra por donde los caballos no podian seguirlos. Parte entró por el lugar, y puso fuego á las casas y ellas á la iglesia; parte se recogieron á una montaña frontero de la fortaleza, hácia la Alpujarra, con pérdida de ciento y cincuenta y muchos heridos. Metió Pedro Arias en la fortaleza al capitan Mellado con algunos arcabuceros y cantidad de municiones, y volvió vitorioso. Llegó á Durzal D. Rodrigo de Vivero, regidor de Úbeda, con novecientos hombres de las compañías de D. Antonio de Paredes, D. García Fernandez Manrique y Francisco de Molina y ciento y cincuenta caballos en dos estandartes de D. Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. De Baeza vinieron novecientos y ochenta peones en cuatro compañías de D. Pedro Mexía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides y Baltasar de Arairda, con la compañía de ballesteros de Santiago. Asimismo cuatro estandartes de á treinta caballos de Juan Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera, y por cabo Diego Vazquez de Acuña, alférez mayor, con el pendon de la ciudad. Vinieron sesenta caballeros ventureros, que siguieron al Marqués todo el tiempo que gobernó el exército. Desta gente envió á Granada cuatro compañías de caballos de Baeza, y la de Francisco de Molina de Úbeda al Conde de Tendilla.

Concurria cada hora gente á la ciudad, y alojaba en la Vega y Albaecin con sentimiento inútil de los moriscos. Repartió por dias á los lugares de la Vega á cada partido dos mil panes una vez en la semana, llevados al exército del Marqués. A los de las Albuñuelas en el valle de Lecrin conservaron en paz el morisco llamado Bartolomé de Santa María y Bartolomé de San Martin, alguacil, y porque cargaban monfis y alzados, encaminaron los cristianos con cincuenta de guardia al Padul. Robaron sus casas y las iglesias, y subieron los vecinos todos á la sierra. Bartolomé de Santa María los reduxo, y con su buen nombre alcanzó perdon y licencia del Marqués para volver á sus casas, por no dexar enemigos á las espaldas. El Marqués de los Velez, viendo en peligro los lugares de la costa, juntó su campo, municiones y bastimentos. Su hermano D. Juan Faxardo truxo de Lorca mil y quinientos infantes y cien caballos con buenos capitanes, y de Hellin Pablo Pinero ciento y cincuenta peones y quince caballos; de

Cehegin Francisco Fajardo docientos y cincuenta infantes y veinte de á caballo; de Moratalla Juan Lopez docientos infantes y treinta caballos; de Mula Diego Melgarejo docientos infantes. Con estos voluntarios y los de Velez Blanco y Rubio, Librilla, Alhama, desde cuatro de Enero esperó la gente de los demas lugares requeridos en su distrito. Con la nueva de la rota de los moros en Benahabuz sosegó algunos dias. Para combatir el castillo de Xergal tomó alojamiento en Ulula en el rio de Almanzora, donde llegó D. Juan Enriquez el de Baza con cien caballos y peones.

Otro dia atravesó la sierra de Filabres con frio excesivo, y entró en Tabernas, siete leguas distante, porque la gente se reparase, en tanto que venía el órden del Rey para emplearla y las compañías que faltaban. Atribuyeron esto algunos á demasiada ambicion y falta de cortesía, por haber escrito al Rey queria servir á su costa, y que sin esperar su órden se adelantó para que le hallase dentro. Habíale escrito el presidente D. Pedro Deza por segunda vez estuviese apercebido y alojada la gente en el reino de Murcia, y hallándose en la casa del Margen, pareciéndole sería á su costa el sustento della, quiso fuese á la de los enemigos, y pasó adelante. El Marqués de Mondéjar partió de Durzal á recuperar el puente de Tablate, defendido de Aben Humeya con tres mil y quinientos, con arcabuces, ballestas, armas enhastadas y hondas, desbaratado de manera que solamente dexaron unos maderos viejos, y sobre ellos un poco de pared, tan angosta que apénas podia pasar sin peligro el más suelto, y tan arruinado por los cimientos que si le cargaban baxaria al profundo del barranco. El Marqués en escuadron se acercó escaramuzando, y en la vanguardia combatia tan bien recebido, que algunas picas remolinaron. Arremetió seguido de la gente particular, y retiráronse algun tanto los monfis, pensando que ninguno se atreviera á pasar. Frai Cristóval de Molina, de la órden de San Francisco, con un Cristo en la izquierda, la espada en la diestra y una rodela á las espaldas, invocando su nombre, con gran riesgo y dificultad pasó, y siguiéronle otros soldados, aunque les tiraban desde un cerro los moros sobre la puente, hasta que se retiraron á lo alto de la sierra, temiendo no les ocupase la caballería la acogida, y no fueron seguidos por la aspereza y falta del dia. Repararon el puente con maderos y puertas, haces de picas, rama, tierra; pasó el carruaje, caballos, artillería, y alojó en Tablate. Los caballos siguieron el alcance guiados del capitan Caicedo Maldonado, natural de Granada, y mataron ciento y cincuenta, hasta que en el rio, de la otra parte de Lanjaron, los rebeldes los retiraron al lugar y con agua y bastimentos á unas ruinas de un castillejo sobre un peñasco alto, esperando la llegada del campo. El Marqués los retiró, y aseguró con cuatrocientos arcabuceros con el capitan Luis Maldonado, y los enemigos se acogieron á lo alto de la sierra. Con gran recato y alerta estuvo el exército en aquel alojamiento por los fuegos y són de atabalejos, gaitillas y xa-

becas de los moros, señal de arremeter. Dexó en guardia del puente á Pedro de Arroyo con su compañía de peones de la villa de Porcuna, para tener paso seguro las escoltas y evitar que los soldados del exército por allí pudiesen huir. Estuvo con poco recato, sin hacer un fuerte ó reducto donde asegurarse de cualquiera invasion de los enemigos, y no perder el puente por donde se habia de avituallar el campo. Para socorrer la torre de Orgiba caminó otro dia, y le dixo una espía le esperaba Aben Humeya en el paso de Lanjaron, áspero y dificultoso, fortalecido con peñas y reparos de fagina y árboles atravesados. El tiempo era lluvioso y helado, y esperó á ver si el siguiente lo era ménos, y llegaba la gente que de la ciudad habia de venir.

A quince de Enero llegó á la tienda de D. Alonso Venegas un soldado de Orgiba con aviso de cómo los sitiados se defendieron decisiete dias, y pedian socorro. El Marqués mandó á su hijo D. Francisco de Mendoza que con cien caballos y docientos infantes arcabuceros subiese por una ladera y senda, sola y áspera, á tomar las espaldas á los moros, y llevase algunos gastadores con picos y azadones que la allanasen, entendiendo que puestos en lo alto, hallarian disposicion en la tierra para poderla hollar. Con dia claro partió el campo en escuadron con dos mangas de arcabuceros delante á los lados. Los rebeldes, no determinándose á embestir por alguna parte temiendo el rencuentro, subieron á las sierras picados con daño en la retaguardia; y así el Marqués llegó á Albacete y descercó á Orgiva y avisó á Granada para que diesen gracias á Dios. Parecióle tenía muchos soldados para allanar la Alpujarra, y escribió á D. Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, asistente de Sevilla, no enviase la gente della, ni de su milicia, ni de Gibraltar, Carmona, Utrera y Xerez, que estaba para marchar junta. Despidió en Alcalá de Guadaira Juan Gutierrez Tello, alférez mayor de Sevilla, dos mil arcabuceros con que á su costa servia su ciudad. Mandó á Gonzalo de Argote de Molina, alférez mayor de la milicia de la Andalucía, se embarcase con la gente della en las galeras de D. Sancho de Leiva para correr la costa, impediendo el entrar moros de Berbería en las sierras. Envió el Marqués de Mondejar á Granada cuatro compañías de caballos y una de infantes, porque alargándose della el exército podía ser acometida de los moros cercanos y de los del Albaecin. Para crecer de seguridad y de gente nombró decisiete capitanes, hijos de señores y caballeros de Granada, el Conde de Tendilla y algunos soldados viejos para levantar y recoger á las banderas las levas y ordenar las que venian. Toda se mantenia de alojamientos y contribuciones de la Vega y Albaecin. Puso el Marqués de presidio con cuatrocientos soldados en Albacete de Orgiva al capitan Luis Maldonado para recoger y aviar al campo los bastimentos. Aben Humeya alojó en Poqueira, lugar tan fuerte, que se defendiera con poca resistencia de un ímpetu grande, escogido por

esto para depósito de todas sus fortunas y pelear con el Marqués; y llegaron con dos compañías de caballos D. Pedro Ruiz de Aguayo y Andrés Ponce y Cosme de Armenta y D. Francisco de Simáncas con otras de peones de Córdoba, y caminó contra el enemigo y á ocupar un sitio fuerte y acomodado para alojar cerca de los lugares de Poqueira y estar con seguridad y provision de vitualla, y desde allí fatigar y amedrentar los rebeldes con correrías.

Defendian el paso de Aljafari cuatro mil con las principales cabezas puestos en ala delgada, en el medio con mayor cuerpo, cubiertos por la mano derecha con un cerro, y emboscados quinientos tiradores en lo hondo del barranco, y en pasando el rio mayor número. En escuadron prolongado, por la estrecheza y dificultad del camino, guarnecido de arcabucería, caminó el campo, la caballería parte en la retaguardia, parte al lado donde podian servir, segun el terreno. Envió á su hijo D. Francisco con cien caballos y dos bandas de tiradores á tomar la cumbre, ocupándola las cuadrillas del campo, gente suelta y muy diestra en esto. Baxando al rio comenzó á subir escaramuzando con los enemigos. Parecióles iban cansados los cristianos, y acometiéronlos por cuatro partes á un tiempo. Peleóse una hora y con peligro en la retaguardia, y casi con desórden la arcabucería de la vanguardia y la caballería. Don Francisco valerosamente peleó, y casi fuera de la silla D. Alonso Puertocarrero, herido de dos saetas con veneno en los muslos, rompió por medio combatiendo. Socorrió el Marqués con su persona, y mató más de seiscientos moros, y con muerte de siete cristianos siguió el alcance hasta Lumbrin con ménos efeto, por el cansancio y la noche y ser la tierra inacesible. Don Francisco quedó herido de una pedrada en una pierna, y mató al moro en su venganza. Pelearon bien los caballeros. Aben Humeya huyó, y Alvaro Flores, alguacil mayor de la Inquisicion de Granada, que llevaba una manga de arcabucería, hizo señal al Marqués desde la iglesia de Bubiosa, estando dudoso en lo que haria, y se alojó en el lugar en cuatro alquerías en tan fuerte sitio puestas, que fueran dificultosas de ganar.

Los soldados en cuadrillas, siguiendo la vitoria, captivaron buen número de mujeres y niños, y mataron algunos moros y ganaron muchos bagajes con ropa y seda que llevaban á esconder. Saquearon en Poqueira gran riqueza, esclavos, vitualla tanta que por falta de bestias para su lleva quemaron la mayor parte. Vino luégo á Pitres el Marqués, y en el camino vió humo en la iglesia de Portugos que hacía el fuego con que los moros quemaban la torre y á los cristianos del lugar. Mandó á D. Luis de Córdoba y á D. Alonso Venegas que con docientos arcabuceros y cincuenta caballos reconociesen el lugar. Llegaron sin impedimento y hallaron cinco cristianas muertas, y delante del altar un niño de tres años atadas las manos, atravesado un cuchillo por el corazon, y sacaron los cristianos que es-

taban en la torre. Está Pitres en la falda de la Sierra Nevada, que mira al mediodía, repartido en tres barrios poco distantes: en el principal tiene la iglesia y la plaza con mediana grandeza; lo demas es barrancos y ásperas sierras, aunque fértiles por la abundancia del agua. Los moros andaban á la vista del campo buscando cómo dañar, y con espesa niebla cubiertos acometieron el lugar para guarecerse en él de la tempestad, pensando estaba yermo; llegaron por dos partes sin ser sentidos, seguros al parecer, creyendo que unas cuadrillas que iban á espiar era todo el campo. Los que entraron por lo baxo junto al rio dieron en unas casas algo apartadas sobre una escuadra de soldados de improviso y la degollaron, y un muchacho que escapó tocó arma y avisó al Marqués. Púsose á caballo y mandó recoger la caballería á la plaza de armas, y los peones á sus banderas. Ordenó á Juan Chacon de Navarrete y Antonio Flores de Benavides, capitanes de Baeza, se metiesen con sus compañías en el barrio al levante, algo apartado de la iglesia un barranco enmedio, por si los enemigos entrasen por allí. No habian tomado puesto cuando los que degollaron los soldados y otros se encontraron. Peleóse al principio animosamente, mas cargando mayor número y pareciendo más por la niebla, los soldados nuevos volvieron las espaldas desamparando sus capitanes, y los siguieron hasta el principal barrio. El Marqués prestamente acudió acompañado de caballeros y capitanes, y reparando el peligro huyeron los rebeldes con muerte de algunos. Señaláronse doce soldados en la boca de una calle, que ganaron tres banderas y mataron muchos enemigos que entraban por ella. Juntáronse con la demas gente y volvieron á acometer, mas no sufriendo la furia de la arcabucería, se retiraron.

El Marqués de los Velez, aunque parecia ofender al de Mondejar entrando en su juridicion, partió de Tabernas para Guecijar, donde los alzados con las acequias empantanaron los campos y cortaron los pasos á la caballería, atravesando árboles gruesos en ellos. Con cinco mil infantes tomó lo alto de las sierras para calar mejor á lo baxo y descubrir el lugar. Los moros gobernados del Gorri en dos escuadrones salieron al camino, y á vista del campo del Marqués degollaron los cristianos captivos. Reconocido el sitio, número, forma de los moros con desprecio y órden de entretenerlos en tanto que llegaba, envió delante al sargento mayor Andrés de Mora con quinientos arcabuceros por la falda de la Sierra, dándole calor D. Diego Fajardo, su hijo, con sesenta caballos. Hizo rostro el Gorri con ánimo y sostuvo la escaramuza con fuerza; mas cerliendo á la arcabucería y temiendo la caballería, se retiró echando los inútiles delante, y mejoró en los peñones de la montaña de Ilar cercana, donde tenía hecho un reduto de piedra seca en la cumbre, y habia recogido los ganados y bastimentos, y rehaciéndose entró en él por la sierra de Filix. Alcañzaron libertad muchas cristianas en Guecijar y en aquellas sierras escondidas. El Marqués no

quiso entrar en él, porque robando los soldados se volverian á sus casas; pero forzaba el mal tiempo á entrar, y los soldados desmandados por el Boloduy y condado de Marchena, cargados de ropa y esclavos, huian enflaqueciendo el exército y deteniéndole para rehacerse en aquel alojamiento más de lo que se pensó, con gran daño. Las moras que sacaron los maridos y padres de la fortaleza de la Calahorra hambreando poblaron el Deire, guardadas de Jerónimo el Malech, con la gente del marquesado del Cenete. Pedro Arias de Avila, corregidor de Guadix, avisado de sus espías, determinó acometer el lugar. Los moros, advertidos por los de la ciudad, subieron á la Sierra.

A quince de Enero envió á tomarles el alto del puerto de la Rauhá, y con D. Hernando Barradas se adelantó y D. Juan de Saavedra, D. Cristóbal de Benavides, D. Pedro de la Cueva, Hernan Valle de Palacios y otros caballeros, catorce en todos. Los moros, dexando las mujeres y bagajes, subieron hasta un llano que hay en la cumbre del puerto, y allí hizo alto el Malech con tres banderas de gran número, armadas para pelear, porque en tanto se salvasen las mujeres. Resistió á los caballos bien; pero acudiendo con cuarenta arcabuceros el doctor Fonseca y otros, se retiró haciendo algunas vueltas sobre los cristianos, y en una montañuela se entretuvo hasta que fue del todo roto con muerte de cuatrocientos y pérdida de dos mil captivos, mujeres, niños, viejos, y mil bagajes cargados de ropa. Sintiéronlo tanto los moros, que á voces condenaban la guerra, maldecian los autores, y venía el desengaño con su ruina. Aben Jaguar, viendo que los del Albaecin gozaban sus casas y quietud siendo los movedores de tanto mal, dixo á los moros convenia pedir medios de paz, porque el poder del Rey era grande y se aumentaba para su destruicion. No esperasen bien sino del rendirse llenos de peligros, daños, hambre, faltos de armas, socorros, navíos, caballos, dineros, fortalezas, tomando en su lugar las sierras para asegurar las mujeres y niños de que andaban cargados, y al fin los habia de rendir la hambre como á Granada y á todo su reino cuando eran poderosos: el Marqués los admitiria á tolerable composicion, y lo deseaba porque le estaba bien: si fuese con el castigo de algunos, él sería el primero á recebirle. Aprobaron su parecer los ancianos, y determinaron enviar carta al Marqués con Jerónimo de Aponte y Juan Sanchez de Pina.

En tanto Giron y Nacoz, capitanes, para deshacer el campo del Marqués, quitando el paso á la provision, determinaron acometer en Tablate al capitan Arroyo, más cuidadoso en quitar la ropa, ganados y captivos que los soldados llevaban, que en guardar el puente. Atalayando por las cumbres pararon por si prendiesen alguna escolta, y con quinientos moros por tres partes acometieron y entraron el lugar y la iglesia. Mataron y robaron los soldados lo que habian quitado á otros, y subieron á la Sierra. A un tiempo se supo el caso en Granada y en el campo, y el Marqués ordenó

que la primera compañía parase en Tablate, y fue la de Juan Alonso de Reinoso, de Andújar. El Conde de Tendilla envió á D. Alvaro Manrique, hijo del Conde de Osorno, del hábito de Calatrava, con ochenta caballos y trecientos infantes de las villas de Aguilar, Montilla y Pliego, de alojamiento allí. En el puente de Genil cumplió los peones á ochocientos y los caballos á ciento y veinte.

Don Pedro Fernandez de Valenzuela, cabeza desta familia noble, antigua, rica en la Andalucía, lograba el fruto de su mayorazgo y descansaba de los trabajos padecidos, siguiendo largo tiempo las banderas del emperador Cárlos V en Italia, Alemania y Francia, y se rehacia de lo mucho que gastó, como si anteviera la ocasion presente, para su dispendio. Era hermano mayor del capitan Diego de Valenzuela, que sirvió señaladamente muchos años á su Majestad Cesárea y á su hijo D. Filipe en las mayores empresas de la guerra, con nombre de buen caballero y valeroso capitan. Entendió D. Pedro el levantamiento de los moriscos de Granada, y juzgando el ocio por torpe para los espíritus generosos, que fácilmente arrebata deseo ardiente del honor, para hacer digno empleo de su virtud levantó brevemente á su costa, por medio de su hermano D. Ramiro de Valenzuela, su alférez, una compañía de quinientos arcabuceros, que en su número contenia muchos nobles, parientes y allegados de su casa y de la ciudad de Córdoba, pronta siempre para acudir al servicio de sus Reyes. Con tal brevedad y diligencia executó D. Pedro, que entró en Granada de los primeros caballeros del Andalucía con gente lucida y bien armada, y sirvió, pródigo de su hacienda y sangre, por todo el curso desta guerra en las mayores ocasiones, como en ellas mostrará adelante el complemento de mi escritura.

CAPÍTULO XIX.

El Marqués de Mondejar va á Jubiles: tratan los moros de la paz y no se efetúa.

El Marqués de Mondejar á decisiete de Enero, fatigado con agua y nieve, caminó á ocupar á Jubiles, cabeza de la Taa, que tiene al poniente las de Poqueira y Ferreira, y la Sierra Nevada al norte, el Cehel al mediodía, la Taa de Uxixar de Albacete á levante, tierra de muchas sierras, peñas y cuevas fortalecidas naturalmente hácia la parte de Berchul y Sierra Nevada en lugares secretos, donde los moriscos recogieron bastimentos y ropa; porque la tierra abunda de trigo, cebada, panizo, alcandía, ganado,

y no de arboledas ni seda. Habian quedado las ruinas de un castillo fuerte en sitio antiguo poco reparado, que para tener sujeta la bárbara é indómita Alpujarra fue edificado, y en él tenian los rebeldes su hacienda y las mujeres y niños captivos que habian de enviar á Africa de presente y para comprar ó trocar por armas. Esperaba al Marqués Aben Humeya en sitio á su ventaja para pelear y cobrar la reputacion perdida ó matarle alguna gente y enflaquecer su exército. Tomó el camino de Trebelez, y á legua y media descubrió el campo del enemigo marchando para Jubiles. Porque no les tomasen los cristianos la delantera, adelantó Aben Humeya seiscientos moros para entrenerlos con escaramuza. El Marqués envió á Diego de Aranda y Hernan Carrillo de Cuenca con sus compañías á tomar la carga, y no alargándose mucho los reforzó con D. Hernando y D. Gomez de Agreda y otros caballeros y quinientos arcabuceros. Conociendo era entretenimiento la escaramuza con que ganar lugar y tiempo para salvarse, alargó el paso é hizo adelantar los capitanes Gonzalo Chacon, Lorenzo de Leiva y Gonzalo de Alcántara con los caballos tomando lo alto. Por bien que marcharon, cuando subieron arriba ya los moros habian pasado; y porque venía la noche fria y tenebrosa no los pudieron seguir y por la nieve en que se metieron. El Marqués alojó en un alcornocal junto al rio de Trebelez por gozar del agua y leña con que se abrigaron los soldados. Perecieron en la nieve en aquella noche muchas mujeres y niños con el hielo. Los moros en Jubiles por esto trataron de su remedio, y los culpados decian: «Degollasen todas las captivas, y se pusiesen en defensa para entretenerse en tanto que trataban de la paz y no parecer vencidos; y si lo fuesen, luégo se metiesen por las sierras.» A los que no lo eran tanto, movia el amor de la patria, hijos, mujeres, bienes. Dieron los comisarios la carta de Aben Jaguar al Marqués, y respondió: «Que el seguro que pedia para sí y para Aben Humeya se les concedia, y no tardasen en venir, porque les importaba.» Por si era entretener para sacar sus mujeres de Jubiles, marchó apriesa, y los moros muy seguros fueron á Berchul y Cobda por las montañas. Reconoció á Jubiles Gonzalo de Alcántara sin entrar sus soldados en las casas. En ellas habian metido los moros de la guarda del castillo, por mandado de Aben Jaguar, las cristianas captivas, y en llegando el Marqués le saludaron con gritos, llantos, lástimas, plañendo su estado con los hijuelos en las manos, los maridos, padres, parientes degollados, y condolido de tanto trabajo caminó al castillo.

Llegó el beneficiado Torrijos con deciseis alguaciles de la Alpujarra á tratar de la paz, con banderillas blancas, y postrados pidieron misericordia. El beneficiado dixo venian á rendirse á merced del Rey en nombre de los demas vecinos, con su seguridad. Recibiólos bien el Marqués, porque por este medio mejor pensaba acabar la guerra, y despues castigar los culpados. Los soldados, acordándose de los grandes males que habian hecho éstos,

oyeron con gran pesar lo que el Marqués respondió, y dixeron que por el alto que mandó hacer aquel dia no se acabó la guerra, quitándoles la vitoria y ocasion de prender á Aben Humeya. Otros, que sabian los disinios, replicaban: «Cumplió con su obligacion, procurando vencer conservando, segun le convenia.» Mandó se apoderasen del castillo D. Lorenzo de Cárdenas, D. Luis de Córdoba y D. Rodrigo de Vibero. Dió á saco la ropa, y habia dos mil y cien mujeres y treinta viejos; metiéronlos en las casas y en la iglesia muchos, y quedó fuera buen número. Un soldado á media noche quiso sacar una moza de entre las demas, y un mancebo en hábito de mujer que la asistia (porque amor en todo se halla) quitó la espada al soldado y le hirió. Pasó la palabra de que habia moros entre las mujeres, y acudió número de gente con gran confusion; por el tropel, voces y escuridad, mataron muchas mujeres, y las que estaban en la iglesia perecieran si no cerráran las puertas unos criados del Marqués que se aposentaron en la torre. Heríanse unos á otros con gran turbacion y ceguedad, entendiendo los postreros que venian que los que herian eran moros, sin poderlo remediar Antonio Moreno y Hernando de Orduña, los sargentos mayores enviados del Marqués, parte por la cólera, parte por haber mandado que no se captivase á mujer, con que el campo estaba en poca obediencia y en mucha indignacion, y porque el auditor Zayas ahorcó tres soldados que rompieron el bando. El Zaguer pidió al Marqués le recibiese, y envió para ello á D. Francisco de Mendoza y á D. Alonso de Granada con un estandarte de caballos y una bandera en amparo de los que se quisiesen reducir con él; mas arrepentido se embreñó, y truxeron sus hijos, mujer y familia y cuarenta cristianas sus captivas, y dixeron al Marqués como Aben Humeya fue á Uxixar. Dió salvaguardia á todos los que vinieron con el beneficiado Torrijos y los despachó para traer los alzados á sus casas. Envió las cristianas á Granada con buena guarda, donde fueron reparadas de vestidos y alojadas en casas de parientes y misericordiosos. De los moros unos querian la paz, los caudillos la guerra, temiendo el castigo, y procuraban para defenderse fortificar á Uxixar; y Aben Humeya, pareciéndole sería sitiado, fué á Paterna.

CAPÍTULO XX.

El Marqués de Mondejar va á Jubiles: tratan los moros de la paz y no se efetúa.

Estuvo cinco dias en Guecijar el Marqués de los Velez, y á deciocho de Enero, dia mártes, alojó en lo alto de la Sierra de Gador, á la mitad del camino de Filix, para dar sobre él en el siguiente dia. Don García de Villarroel, avisado desto, movido de ambicion y codicia, nacida del combate de la Sierra de Benahabuz, determinó ganar la delantera al Marqués. Salió con setenta arcabuceros y venticinco caballos, y paró á un cuarto de legua de Filix, á la vista por donde habia de pasar el Marqués, para que huyesen los moros y robar su alojamiento. En descubriendo á D. García se pusieron en arma, y con sus atabalejos y xabecas sonando dexaron el lugar atras, y enviaron cincuenta hombres sueltos á reconocer, y en su conserva quinientos para tomar un cerro alto á caballero del puerto. Formaron su escuadron con dos manguillas de arcabuceros delante, y para mostrar tenian mucha gente, hicieron otro de muchachos y mujeres cubiertas con sus capas, sombreros y caperuzas al pié de un castillejo antiguo. Y por el número y órden nuevo en aquella tierra, extrañó la gente y temió, persuadido la gobernaban turcos, y caminó á ver al Marqués en puesto para él más seguro. Dixo lo que vió, y decia una espía estaban con los rebeldes Turey, Tezi y Puertocarrero el de Xergal, y eran tres mil y tenian el lugar barreado y en defensa. Dexó al Marqués cincuenta sueltos y práticos en la tierra, y volvió á Almería, y el de los Velez con su gente en buena ordenanza con mil tiradores delante partió con la caballería. Los enemigos, entendiendo era esta gente la que se retiró poco ántes, entraron en el lugar; pero en descubriéndola en la misma forma de pelear aguardaron en el paso. La vanguardia escaramuzó con porfía, ánimo y desesperacion; pero en llegando el Marqués temieron su opinion y nombre de *Cabeza de hierro* y el *Diablo*, y la carga de la caballería por un costado, y se retiraron á las casas del lugar, donde volvieron el rostro. Rotos allí tambien, executó la infantería hasta lo alto de la Sierra, donde se afirmaron entre unas peñas con desprecio de los peones, no ayudados (por la aspereza) de su caballería. Los arcabuceros con indignacion los acometieron y rompieron con muerte de muchos, y de los que huyendo cayeron sobre la caballería, y en todos setecientos con el Zeci y el Gorri, y preso un hijo de Puertocarrero con dos hermanas doncellas y muchas mujeres, y librá-

ronse los que tomaron la cumbre. Las hembras pelearon como varones, hasta herir las barrigas de los caballos con almaradas, cuchillos y piedras, y en su falta puños de tierra para cegar. Murieron algunos cristianos, hubo cincuenta heridos, ganáronse muchos bagajes cargados de seda, ropa, oro, aljofar, con que se enriquecieron los soldados, y para asegurar su ganancia iban á sus lugares, aunque más el Marqués les baldonaba el desamparar las banderas cuando más los habia menester. Alojó en Filix y recogió quinientos arcabuceros y cincuenta caballos que llegaron de Murcia á cargo de los regidores y capitanes D. Juan Pacheco y Alonso Gualtero y Nofre de Quirós, enviados del licenciado Arriaga, juez por mandado del Rey, cuya órden pidió, y sin ella no los quiso dar ántes al Marqués. El presidente D. Pedro Deza envió por mano del Conde de Tendilla á Filix á D. Pedro Fajardo, señor de Polope, y á D. Diego de Quesada con ochenta peones y veinte caballos ventureros de Granada, y atravesando el rio de Aguas-blancas por el marquesado del Cenete y Bolduy, llegaron al Marqués.

El de Mondejar, á ventitres de Enero, domingo, partió de Jubiles, y vino á Cadiar para ir á Uxixar á combatir los rebeldes, y en el camino sacó rendidos del fuego y humo muchos de las cuevas y ropa y mujeres, y combatió otras cuevas y peñas, porque de una arrojaron un Crucifixo hecho pedazos con palabras terribles en su ofensa. Aben Humeya para cobrar la reputacion perdida en los rencuentros pasados esperó un puesto aventajado con más de seis mil, y mejor armados que en Jubiles. El lúnes llegó Diego Lopez Abenaboo, primo de Aben Humeya con otros á reducirse, y volvieron con salvaguardia y órden de aquietar y poner en obediencia los demas, y llevábanlo mal los monfís, porque sólo á ellos culpaban. En Paterna mató Aben Humeya á su suegro Miguel de Rojas, y comenzaron enemistades entre los parientes, porque repudió la mujer. Mató á Rafael de Arcos y á otros, y quiso á su cuñado Diego de Rojas, y sus parientes le trataron desde aquel dia la muerte. En Uxixar donde entró el campo, escribió D. Alonso de Granada Venegas, señor de Campotejar y Jayena, pidiendo á Aben Humeya se reduxese, pues estaba á tiempo de misericordia, confiando en que el Rey nuestro señor le sería clemente. Supo el Marqués estaba en Paterna la mayor parte de los del marquesado del Cenete, y en la cuesta de Iniza para defendelle. Reconocido el sitio y sus retiradas hácia la Sierra Nevada, inevitables por estar á las espaldas y sin poderlas hollar los caballos, y otra á Cadiar hácia el mar, que para ocuparla se habia de atravesar un gran llano entre Paterna y Andarax, mandó á Gonzalo Chacon y Lorenzo de Leiva, que con sus estandartes y trecientos arcabuceros á órden de Alvaro Flores fuesen hácia Cobda lugar reducido para salvar las cristianas que habia, ántes que las matasen. Partió á ventiseis de Enero de Uxixar, aunque con gente ménos por el desórden de Ju-

biles, y en la Chiria vinieron tres moros con carta de Aben Humeya á pedir la paz y tiempo para ello, porque los alzados se reduxesen, y no pasase el campo en tanto adelante, que alterando la tierra con desórdenes no se interrumpiese el tratado. Respondióle el Marqués abreviase en venir á él con la gente, armas y banderas; que en lo demas cada uno mirarla por su cabeza y le sería buen tercero con el Rey, y mirase no le faltase tiempo para rendirse. Estas palabras y dos cartas que le escribieron D. Luis de Córdoba y D. Alonso de Granadá Venegas, rogándole se rindiese, llevaron los mensajeros. El campo marchó, y por otra carta de Aben Humeya pidió á D. Alonso se viesen para tratar de los medios de la redencion. La carta vió el Marqués, y mandó no pasase de Iniza el campo, y dió licencia para que D. Alonso se avocase con el moro, y éste volvió á Paterna. El Marqués iba resuelto en llegar donde se hallaba, y pasando las mangas de arcabuceros á reconocer y hacer escolta, los moros estaban en el camino en la cuesta puestos en dos escuadrones de á tres mil, entendiendo iba todo el exército sobre ellos, porque los arcabuceros dél tomaban lo alto de la sierra de su retirada. La manga del lado izquierdo, guiada del capitan Juan de Lujan y del sargento mayor Pedraza, subió hasta escaramuzar con el un escuadron, y acudiendo más arcabucería en su favor ganaron el puesto y le pusieron en huida. A este tiempo recibió Aben Humeya la respuesta del Marqués, y abria las cartas, y viendo huir los suyos, temiendo engaño, arrojólas y huyó á lo alto, y para salvarse en lo inacesible dexarretó el caballo. Estas cartas guardó el alcaide Xoaibé, y leidas fue tenido por sospechoso y aborrecido, creyendo trataba de entregar la tierra, procurando su seguridad; porque dado caso que se reduxese, siendo cabeza de la rebelion sería castigado, si no hacía algun gran servicio. Siguióse el alcance matando muchos rebeldes, y prendieron gran número de mujeres y bagajes cargados de sus haberes, y en Paterna la madre y hermanas de Aben Humeya y á su ilegítima mujer y otras muchas moras, y libertaron ciento y cincuenta cristianas captivas. El Marqués quisiera tomar á partido la tierra, y visto lo hecho, con su guion se mejoró en unos encinares á caballero della; y mandó que la gente no volviese á Iniza alojamiento señalado; y otro dia entró en Paterna sin ver enemigo.

Allí estuvo una noche, y á ventiocho de Enero alojó en Aujar de Andarax, donde Alvaro Flores conforme al órden y los otros capitanes porfiaban contra la caballería en que no habian de ser captivos los moros que se recogieron en las casas de los que tenian salvaguardia. Cobraron libertad más de trecientas cristianas en el Fondon, Aujar y Cobda, y los reducidos presentaron al Marqués un niño hijo de D. Diego de Castilla, señor de Gor, captivo en Boloduy. Dixeron estaban en la sierra los de Paterna y se reducirian, y á la parte de Ohañez tambien muchos alzados, los más viejos, mujeres y muchachos. Enviára contra ellos á D. Francisco de Mendoza

y á D. Juan de Villarroel con mil infantes; y porque pareció en el Consejo era dar que robasen á los soldados, acordaron presidiar los lugares más importantes ganados, recebir los que viniesen á reducirse, y que las cuadrillas corriesen el campo contra los pertinaces. Envió á la sierra de Gador con seiscientos arcabuceros á Alvaro Flores á deshacer los huidos de las rotas del Marqués de los Velez, y á decirle como Aben Humeya huyó cuatro veces, y andaba en la montaña con cuarenta hombres, y se reducian los pueblos, y lo que habia determinado en esto para dar fin á la guerra que tenía por acabada, y que le avisase de su parecer. Entendió le advertia para que se retirase á su Estado, y respondió estaba bien lo hecho, y tenía última resolucion de acabar por su parte la guerra sólo con el hierro. Atento el Rey á esta empresa lo gobernaba con gran prudencia; pero los encuentros de los ministros de Granada y de la Córte impedian sus efetos. Escribió á los Marqueses procediesen con mucho tiento, sin pónerse en ocasion de conocido peligro, por ser poca la gente, representando los inconvenientes que en una desgracia podian suceder de acabar de levantar el reino, venir los berberis y animar á que se alzasen los moros de Valencia; pues era cierto y recelado riesgo en la primera pérdida por la tierra de Cartagena, que confina con el reino de Granada su rio y el de Mojajar, y quitaban la pasada por el mar. Envió á D. Antonio de Luna, hijo de Don Alvaro de Luna, y á D. Juan de Mendoza, ambos de gran linaje y prácticos en la guerra, en que habian tenido cargos y dado buena cuenta dellos, para que asistiesen al Conde de Tendilla como Consejeros, estando á la órden que les diese en ausencia del Marqués su padre. Avisóle con palabras blandas y corteses, para que con ellos pudiese descargar parte del trabajo que tenía.

CAPÍTULO XXI.

Abdalla, hermano de Aben Humeya, da su embaxada en Argel, y pasa á Constantinopla; el Marqués de los Velez vence los moros de Ohañez.

Era virey décimonono en Argel Aluch Ali, sucesor de Mahamet, porque Piali Baxá para gratificar sus servicios, pidió á Selin el oficio para él. Recibió á Abdalla, embaxador de Aben Humeya como á hermano de Rey. No le dió socorro, como trataba de conquistar el reino de Túnez, diciéndole convenia mantener á Argel. Dió licencia para que algunos cosarios y turcos fuesen á España á su costa y riesgo; mas no permitió que los tagaris y mercaderes embarcasen armas, excusándose con que le despojaban. Impor-

tunado tuvo por bien que enviase que él tuviese dos armas de una especie, la una sin dinero á los granadinos por amor de Dios y servicio de Mahoma. Juntaron en una mezquita en el Soco de la Verdura tantas que se admiró Aluch Ali, y de ver cómo andaban tan liberales en la obra que llamaban pía, y tomó algunas para la armería, y las demas llevó Hernando Abaqui á España, y algunos turcos voluntarios de sueldo. Fue avisado el Rey Católico de todo y lo escribió á los Marqueses, porque estuviesen advertidos, y á Gil de Andrada para que rondase la costa con las galeras con gran cuidado, no dexando llegar á ella navíos de Berbería. Esperó el Marqués de los Velez hasta treinta de Enero, rehaciendo el campo. A la montaña de Inox en compañía de los de Nixar subieron muchos enemigos (sobras de los rencuentros pasados) convidados de la fortaleza del sitio y persuadidos por Tabali su capitan, y en la Sierra Nevada gran copia cerca de Ohañez, lugar entre dos rios en los confines de la Alpujarra, marquesado del Cenete, y tierra de Almería. Con cinco mil infantes, los mil y docientos arcabuceros, á primero de Hebrero pasó en buen órden el camino estrecho, áspero, dificultoso para los caballos. La vanguardia alcanzó la retaguardia de los moros en sitio más fuerte y fragoso. Tomaron lo más alto de la Sierra, llevando las mujeres y bagajes delante y quedó Tabali con los de pelea, las banderas tendidas en forma de batalla, con sonido de atabalejos, xabecas, alaridos que atronaban los valles. Animólos, representándoles el favor del puesto, sus culpas y castigo, siendo vencidos su infamia y pérdida de bienes, mujeres, hijos, padres. Dos mil de pelea llegaron á los escuadrones más bien armados y ordenados que en Filix por el lado izquierdo cargando, y por diferentes partes.

Era este lugar fatal para esta nacion, pues en tiempo que los Reyes Católicos hicieron la empresa de Andarax por mano del Conde de Lerin, murieron por falta de bastimentos cercados tantos, que le llamaban el barranco de la hambre. Recibieron la carga de los rebeldes los cristianos bien, y llegó á sangrienta pelea, combatiendo como desesperados. Algo afloxaba la vanguardia, y el Marqués la reforzó de número y ánimo, y acometió los enemigos por el lado derecho, mostrándose buen caballero (como siempre) y los desbarató y puso en huida, y sin dar lugar á rehacerse, los siguió más de una legua la sierra arriba por donde parecia ser imposible á los caballos. Murieron mil moros, perdieron las banderas, mil y seiscientas mujeres, niños y viejos, y despojo grande. Dieron libertad á treinta cristianas, y veinte degollaron en las gradas de la iglesia en el dia precedente los cabellos tendidos puestas por órden; que los de aquella tierra cuando los del rio de Almería se rebelaron en una junta que tuvieron en Guecijar, prometieron de sacrificar juntamente con veinte sacerdotes adoradores de los ídolos (que tal nombre dan á las imágenes) porque Dios y su profeta los ayudase. Abominable religion aplacar á Dios con vidas y sangre inocente,

traida de Africa, donde se introduxo en Cartago por su fundadora, derivada de Pirro, y guardada hasta los tiempos presentes en los moradores de aquella region. Entró en el lugar y le saqueó, no sin peligro si revolvieran los enemigos, y en venganza de las doncellas mataron los soldados muchas captivas. Los huidos se embreñaron, y en cuevas fueron combatidos y presos. En Ohañez celebró la fiesta de la Purificacion con mucha cera que le enviaron de su casa, llevando sus armas todos en la procesion, y las cristianas libertadas vestidas de azul y blanco, y dieron gracias á Dios por su vitoria. Vino á Terque, donde estuvo muchos dias cerca de Almería.

CAPÍTULO XXII.

Combate D. Francisco de Córdoba el fuerte de Inox.

Aunque el Rey Católico tenía buena satisfacion de D. García de Villarroel, capitan á guerra de Almería, envió á su defensa á D. Francisco de Córdoba y por empleallle los ministros. Estimábala en mucho por principal ciudad, asentada en sitio más á propósito que Málaga, y despues della la más importante, habitada de moros y cristianos, cerca de los puertos de cabo de Agata, con abundancia de carne, pan, aceite, frutas en la entrada de muchos valles que miran por el Maestral á Granada, por Griego el rio de Almería y tierra de Baza, al levante la de Cartagena, al poniente Almuñecar y Velez-Málaga: en tiempo de romanos y godos cabeza de provincia llamada Urgi, y en el de africanos de reino, despues que los echaron de Córdoba. Dióle el nombre la gran Almería de la provincia de Frigia, donde fue cabeza la antigua Troya, y por su semejanza. Supo don Francisco de Córdoba cómo Francisco Lopez, alguacil de Tabernas, fortificó un peñon sobre el lugar de Inox, y metió dentro sus mujeres y bienes y algunos turcos y moros de la Tingitania ventureros, y que habiendo prendido una espía de D. García de Villarroel le asó en una vara de hierro. Escribió al Rey convenia combatir el fuerte, y mandó al Marqués de los Velez que le reforzase de gente, y retúvole el pesar de verle con tanta mano en su distrito. Llegó Gil de Andrade con las galeras, y envió á Almería ochocientos hombres á cargo de D. Juan Sanoguera para combatir el peñon. Tenía la entrada tan áspera que imposible hacía el combatirle, y por otra montaña superior de donde procedia, y le fortalecia por una baxada fragosísima de peñas que daban angosta senda para subir. Acordado el llegar al pié al amanecer, fue á las nueve, y á vista del sitio se hizo Consejo. Pareció á unos largo el combate y quedar las galeras y la ciudad muy á

peligro desarmadas, y resolvieron en acometer en otro dia, y en tanto se requiriese á los alzados volviesen á sus casas de paz y á merced del Rey. Los moros sospechosos, teniendo el aviso por de enemigos y por espía al portador, le degollaron y pusieron la cabeza en una peña alta á vista de los del Rey. Cayó aguacero, y amparándose los soldados en el lugar, viniendo á guarecerse treinta moros de la tempestad, reconocido su peligro, mataron un desmandado y huyeron á lo alto. Siguiólos D. García de Villarroel tarde y despacio, sin más efeto que recoger dos cristianas doncellas, hijas de un vecino de Almería, y un hijo del gobernador del Boloduy, captivos.

Don Francisco de Córdoba envió por bastimentos á Almería los bagajes, y en escolta á D. García con docientos hombres. Viendo en un barranco cantidad de ganado con pastores, envió á Julian de Pereda con ocho soldados á recogelle. Porque los moros no le cargasen los bagajes, se puso en el paso con sesenta arcabuceros y veinte caballos. Aviados, quiso reconocer si tenian los enemigos muchos tiradores y turcos, y pasó el barranco y mandó á dos cabos de escuadra que con doce soldados cada uno tomasen dos veredas fragosas, por donde no podian baxar del peñon para donde él estaba sino con gran rodeo. Quinientos baxaron á gran priesa con vocería, echando á rodar grandes piedras, sin ofensa de los cristianos cubiertos de de los peñascos que hacian volar del tope las galgas por encima. Rució la arcabucería y huyeron al peñon. Un turco con algunos escopeteros cerró reciamente, diciendo: «En vano fuera mi venida de Africa, si cuatro cristianos venciesen á tantos buenos soldados.» Ellos recibieron y rompieron su ímpetu muy en su defensa y ofensa y huyeron, aunque los detenia el turco á palos y cuchilladas. Viendo á cuatro de caballo y seis peones traer el ganado, movidos del interés acometieron furiosamente; pero hallando las veredas ocupadas de la arcabucería se retuvieron con su daño. Volvió D. García á Inox, y dixo tenian los del peñon pocos tiradores, y era bien embestirlos en el dia de la Purificacion, ántes que se reforzasen. Cesando el viento y dexando en el lugar cien soldados con dos esmeriles para guarda del ganado, partieron D. Francisco de Córdoba y D. Juan Sanoguera ántes de amanecer con la caballería y parte de los peones de vanguardia, y D. García de Villarroel y D. Juan Ponce con la retaguardia con lento paso. Los primeros, á la hora que encumbrasen el cerro, habian de rodear al levante con seiscientos tiradores y docientos de espada sola y cuarenta caballos donde tenian mejor disposicion para baxar al peñon y quitar la retirada á los rebeldes; de manera que midiendo con el camino el tiempo llegasen todos juntos. La vanguardia, que llevaba D. Francisco de Córdoba, comenzó á subir por vereda áspera, tan angosta que apénas podia uno tras otro, y con trabajo por la escuridad, rodeando al levante á caballero sobre el peñon. Tenian los moros su cuerpo de guardia y centinelas en la cumbre más alta, y en sintiendo la subida comenzaron á tirar. Don Francisco de

Córdoba recogió sus soldados, aunque de noche, y pasó adelante siguiendo los corredores ó almogavares, caminando á lo alto para baxar sobre el enemigo. Don García no divisaba esto con la tiniebla, y dándose priesa halló cerca de una peña treinta cristianos peleando con turcos escopeteros que defendian la subida, y mejorólos de ánimo y puesto hasta otros peñones tan altos y fragosos, que para subir dexó el caballo, y vió que los cristianos peleaban con las espadas solamente, porque se habian apagado las cuerdas, sin saber el número unos de otros hasta que mostró el dia eran quinientos los turcos y treinta clérigos los otros, y procuradores y pendolarios de Almería, gobernados por un viejo soldado, aunque no en el espíritu y sangre caliente, que delante invocando á Santiago con un lanzon los esforzaba, defendiéndose y ofendiendo con piedras, con las mismas ofendidos. Huyeron los enemigos viendo rotos los que defendian el otro paso contra don Francisco de Córdoba, y acudieron al peñon y le comenzaron á combatir. Pelearon los moros como para salvar todas sus fortunas. Hirieron á Juan de Pereda alférez, le rompieron la bandera en las manos y molieron á pedradas, hirieron á Juan de las Eras alférez, á D. Diego de la Cerda, apretando tanto la lid, que á no ser detenidos de D. Francisco de Córdoba y D. Juan Sanoguera, volvieran las espaldas los asaltadores. Don García los esforzaba, D. Juan Ponce, Pedro Martin de Aldana, Juan de Ponte Escudero, y combatian gallardamente, dando socorro á las banderas, acercándose á unas peñas donde les pareció habia pocos defensores confiados en la aspereza del puesto. Subieron presto sin ofensa, y desmayaron con su vista los rebeldes, y huyeron con muerte de cuatrocientos y de Corsali, turco, su capitan, y prision de Francisco Lopez, alguacil de Tabernas, y de algunos compañeros que se enviaron á las galeras, una bandera, dos mil y setecientas mujeres y muchachos, ropa, ganado, bastimentos de valor de quinientos mil ducados. De los cristianos murieron siete y fueron heridos trecientos.

Volvieron vitoriosos á la ciudad, y en el partir de la presa hubo debates, y sobre la juridicion civil y criminal y gobierno de las cosas de la guerra, entre D. Francisco de Córdoba y D. García de Villarroel. Éste alegó no revocar la cédula de D. Francisco su comision dada del Marqués de Mondéjar, capitan general en el reino de Granada. Á los dos Marqueses era no sólo molesto, pero injurioso el llamarse en los bandos D. Francisco capitan general, y dello se resintieron con el Rey. Dió licencia á D. Francisco y comision á D. García y al cabildo de Almería y al Alcaide del castillo, guardando las órdenes del Marqués de los Velez, porque servia á su costa, y favorecia sus hechos el presidente D. Pedro Deza, por haberle pedido entrase en el reino á servir, con el intento que atras se dixo, procurando menorar los méritos del Marqués de Mondéjar, que siempre fueron de valeroso, fiel y prudente. El de los Velez envió nueva comision á D. Gar-

cía, y él con buen cuidado sirvió. Aplicó los quintos á la gente de la costa, conforme á privilegio antiguo de los Reyes, depositó los diezmos, ahorcó á Francisco Lopez, fortificó el castillo, reparó los muros de la ciudad, mostrando cuánto alienta el favor y mejora el cuidado, que ya pendia en todo de uno solo. Don Cristóbal de Villarroel, su hermano, con trecientos soldados sirvió á su costa, é hizo para su paga y aprovechamiento presas con tanta desórden, que ayudó á levantar y forzó los pueblos de salvaguardia y los reducidos; porque de la codicia ni la paz ni la guerra están seguras.

CAPÍTULO XXIII.

El Marqués de Mondéjar sitia y entra el fuerte de las Guajaras.

Puso temor á los rebeldes, estimando los lugares perdidos por fuertes, é indignacion por la pérdida de todos sus bienes. Recogiéronse en la aspereza de la montaña, ocupando peñas y cumbre, fortificándose como ladrones, poniendo su esperanza, seguridad y fuerzas en esparcirse, y dexando la frente al enemigo pasar á las espaldas con apariencia más de huir que de acometer. Don Juan Zapata, señor de uno de los pueblos de las Guajaras, ó con animo de tenerlos pacíficos, ó de robarlos y captivar la gente, con hasta docientos soldados desmandados de la costa, forzó á los vecinos á que le alojasen y contribuyesen extraordinariamente. Pidiéronle se fuese en salvo, porque en los pueblos habia muchos alzados que le podrian ofender. Con amenazas procuró rendirlos, y por venir la noche se alojó en una casa y sus soldados en la iglesia, y pasado el cuarto de la modorra, los moros indignados le mataron y la mayor parte de su compañía. Para su defensa juntaron tres mil convecinos armados de arcabuces, ballestas, partesanas y hondas, como la posibilidad les daba, y ocuparon los peñones, el uno de más alto puesto y subida más fragosa. Pusiéronles guardia y fortificacion en forma redonda, con piedra seca, mantas y jalmas á falta de rama y de tierra. Juntáronseles algunos salteadores con Giron y Márcos Zamar, capitanes, convidados de la aspereza y aparejo de la comarca para hacer presas, por estar los tres lugares pequeños y juntos donde parte la tierra de Almuñecar del valle de Lecrin, puestos en uno que deciende al puerto de la Herradura, y podian robar á la parte de Alhama, Guadix y Granada. El Marqués, viendo ser este peligro de consideracion por estar á la costa, temió levantasen las sierras de Bentomiz, Hoya de Baza y Xarquia de Málaga. Clamaba la gente, menospreciándole, engañado en creer se reducirian los rebeldes sin las armas, y pedia fuese el Conde de Tendilla á consumi-

llos, que le seguirian todos. Condenaba el juicio del Marqués el pueblo libre y atrevido en el hablar en su ausencia, y en presencia de los superiores siervo y tímido, movido á encarecer y afirmar fácilmente sin diferenciar lo verdadero de lo falso, publicando nuevas perjudiciales ó favorables y seguillas con pertinacia. El Marqués, porque segun la importancia del caso, sabido lo que en Granada pasaba no le diesen compañero, ó por entretener la gente en la ganancia, y por la ambicion que hace sospechosos áun los hijos, y principalmente por la importancia de la empresa que él conocia mejor, determinó hacerla, no fiándola de sus hijos y amigos, aunque pudiera bien, porque en esta guerra fueron siempre buenos caballeros, con otros principales del reino y Andalucía, bien que no muy exercitados de largo tiempo. Deliberó sanear el daño con la presteza, y avisó al Conde le reforzase de gente, y con dos mil infantes y docientos caballos los más ventureros y concejales, aligerado el campo de los inútiles, sin dexar presidio en los lugares por no enflaquecerse, tomó el camino de las Guajaras, dexando atras lugares sospechosos, aunque sin gente que le podian inquietar. Por mano del beneficiado Torrijos entregó las captivas á Miguel de Herrera, alguacil de Pitres de Ferreira, García el Balz, de Uxixar, y Andres el Adrete, de Nechit, porque las diesen á sus deudos en depósito para volverlas cuando las pidiese.

Llegó Alvaro Flores de la sierra de Gador con la gente que llevó, y el capitan Juan Rico con trecientos infantes del Marqués de Comares. Partió de Andarax á cinco de Hebrero, y fué á Cadiar y Orgiba, y tomó vitualla en Velez de Benaudalla. Despachó allí al Rey á D. Alonso de Granada Venegas para informalle de los hechos, sucesos y estado de la guerra y palabra que dió á los reducidos, medio para acabarla brevemente y castigar los moros despues á su voluntad. Para ponerse á los enemigos delante tan inesperadamente, que el primero aviso fuese el ver sus armas, pasó el rio de Motril, y la infantería á las ancas de los caballos. Partió D. Alonso Puertocarrero sano ya de la herida, con mil y quinientos peones y ciento y cincuenta caballos levados en Granada por el Conde de Tendilla para ayudar á su padre, y todos á cargo del Conde de Santistéban y otros vasallos, deudos y amigos de su casa. Halló á Guajar del Fondon desamparado, aunque de sitio fuerte, y pasó al de Alfaguit, donde alojó y se informó cómo iban los moros al Guajar Alto unos, otros á la Alpujarra, por la cuesta de la Cebada. Envió seiscientos arcabuceros con dos capitanes para tomarles el paso. El capitan Lujan llegó á un puesto por donde de necesidad habian de pasar; atajólos y mató muchos sin daño suyo. Alvaro Flores alcanzó la retaguardia de los otros, y pareciéndole superiores, envió por socorro al Marqués. Púsose á caballo, y dexando órden al capitan Oruña de recoger el campo, marchó hasta hallar al Flores escaramuzando. Adelantáronse don Alonso de Cárdenas y D. Francisco de Mendoza con golpe de soldados,

pusieron en fuga los enemigos con muerte de algunos y pérdida de dos banderas. Las sobras se recogieron al peñon fuerte en la cumbre de un monte redondo, esento y muy alto, cercado de todas partes de peña tajada, con vereda angosta y fragosa solamente que daba camino al peñon baxo, y de allí por ladera iba á peñascos que hacian entrada al llano capaz de cuatro mil hombres, que no tenía otra subida á la parte del levante. Estaba á la de poniente una cordillera ó cuchillo de sierra que procedia de otra mayor y hacía una silla algo redonda, con que con igual dificultad se llegaba al llano por entre otras piedras, como si las pusiera naturaleza á mano para defensa de la entrada. En este peñon tenía la confianza de su defensa Márcos el Zamar, alguacil de Iatar, caudillo de los de aquella Taa, y en él pusieron sus mujeres y bienes, y mil hombres en guardia entre reparos de piedra seca. Hallaron los capitanes al Marqués en Guajar Alto, y el Conde de Santistéban y D. Alonso Puertocarrero con la gente que les dió el Conde de Tendilla. El Marqués con esperanza de vencer el dia siguiente, los moros de defenderse, pasaron la noche.

Era comisario general del exército D. Juan de Villarroel, nieto de don García, adelantado de Cazorla, capitan de Almería, probado en empresas y por todo de autoridad. Deseoso de que llegasen á oidos del Rey algunas hazañas suyas, como sus calumnias contra generales y ministros de importancia, á que era dado por inclinacion y provecho, pidió al Marqués le dexase reconocer el fuerte con cincuenta soldados, afirmando que del alojamiento se descubria el paso del peñon más alto. Forzado de su importunidad, que nunca han de hacer los generales por los peligros de los exércitos y reputacion, le envió con órden de no pasar del cerro pequeño, entre su alojamiento y la cuesta. Subió D. Juan afirmado en una caña con un capote de dos faldas, montera, espada sola, como á caza, y en pasando el cerro caminó tras él mucha gente principal desmandada con deseo de señalarse y por codicia del robo, sin hacer caso del llamarlos el Marqués. Don Juan, pensando ganar el fuerte, viéndose con ochocientos, casi tantos capitanes por gobernarlos su voluntad, sin otro tiento ni concierto, continuó la subida con gran ímpetu y desalumbramiento. La aspereza entibió su furia, y metió cansancio y floxedad. Los enemigos que de espacio lo miraban, mostrando encubrirse con el peñon baxo y huir, arrebataron el deseo de los cristianos y la esperanza de vencer, y aceleraron el paso para romperlos, con que creció la fatiga, falta de aliento, el alboroto, tirar sin fruto la arcabucería, el estorbo unos á otros por mejorarse, desórden, confusion, pedir á voces municion, peligrosa voz junto al enemigo; y así oida se atrevió luégo con cuarenta solamente el Zamar á cargarlos, reteniendo la escaramuza gran rato, ayudados de las galgas que arrojaban desde los peñones, que rompian, dañaban y atemorizaban los desordenados que volvian las espaldas sin hacer resistencia ni poderlos retener los caballeros. Algu-

nos llegaron á los reparos, y si fueran todos, pudiera ser que los ganáran; pero quedáronse á media cuesta, y otros abaxo remolinando. Creció el número de los moros, y executando hasta cerca del arroyo, mataron á don Juan de Villarroel, desalentado, con la espada en la vaina, cuchilladas en la cabeza y en las manos, con que se reparaba, y D. Luis Ponce de Leon, vecino de Sevilla, despeñado de un criado por salvarle, herido de muerte, D. Agustin Venegas, Gonzalo de Oruña, á vista del maestre de campo, su padre, Juan Ronquillo, veedor de las compañías de Granada, y otros muchos. Hirieron á D. Jerónimo de Padilla, y le libró un esclavo, á quien dió libertad. No remedió el Marqués este desbarate y desastre con la caballería por no poder pasar el barranco del arroyo. Apeóse, y con la espada y rodela, acompañado de los caballeros y escuderos con las lanzas tendidas, y de los alabarderos de su guardia, ocupó un sitio fuerte donde recoger los que venian huyendo seguidos tanto de los moros, que hirieron con dos balazos dos alabarderos. Porque se mejoraban, y parecia venir á un cerro que tenía encima para acometelle por las espaldas, envió á D. Alonso de Cárdenas con pocos arcabuceros sueltos y del campo para asegurar el alto: remedió el daño no sin peligro y cuidado, con gran pena por haber complacido á D. Juan de Villarroel, y por la muerte de tanta gente sin poderlo remediar.

Para combatir el fuerte en el siguiente dia dió las órdenes por escrito, y el oficio de veedor general á D. Francisco de Mendoza, su hijo. Al amanecer llegó la retaguardia, y ordenó el escuadron por asegurar á los rompidos, conforme al sitio; tenía cinco mil infantes y cuatrocientos caballos, y á ser práticos la mitad bastára para la empresa. Mandó que Álvaro Flores y Gaspar Maldonado con seiscientos arcabuceros ganasen por el camino del mar lo alto de la sierra entre el sur y poniente; Bernabé Pizaño y Juan Lujan con otros cuatrocientos, tomando la ladera del peñon, llegasen á ocupar el cerro debaxo del fuerte. Andrés Ponce de Leon y D. Pedro Ruiz de Aguayo con las ciento y veinte lanzas de Córdoba, y Miguel Jerónimo de Mendoza y D. Diego de Narvaez con sus dos compañías de infantes y con ellos el capitan Alonso de Robles, tomasen la parte del norte, y dexando la caballería abaxo en el lugar en que pudiese aprovecharse de los moros, si quisiesen hurtarse la vuelta de la Alpujarra, y procurase subir á la sierra, y ponerse á caballero del enemigo. El Marqués iria con todo el exército por el camino derecho, y porque los sitios donde se habian de poner se descubrian desde el lugar, y convenia que el asalto se diese al tiempo que el peñon estuviese cercado, dió por señal un tiro de cañon. Tenía Alvaro Flores dos grandes leguas de rodeo, y arribó á su puesto por la aspereza despues de mediodía. A esta hora descubrieron los moros la gente que iba tomando lo alto, y salieron á gran priesa á defender el paso del sitio en que habian de tomar puesto Pizano y Lujan;

pero retiráronse con daño, por estar el peñon sitiado por todas partes. Disparado el cañon, la infantería subió al cerro, donde se via la sangre vertida en el dia ántes, y llegaron al peñon primero desamparado, porque Alvaro Flores los heria á caballero, y desde afuera con los tiros ganando los soldados la aspereza.

Duró el combate lo que el sol, defendiéndose los moros en sus reparos, resistiendo tres asaltos con teson y daño de ambas partes, en tanto que el Marqués no tocó á recoger, dexando ufano á los asaltados y muy temerosos, conociendo los habia la noche favorecido solamente en el último peligro. Huyeron con silencio, llevando muchas mujeres y niños, baxando por despeñaderos, y fueron á las Albuñuelas. Los viejos y mujeres que no los siguieron, ántes de amanecer trataron de rendirse por medio de Escalona beneficiado, su captivo. Avisó á las centinelas, mas hasta que se mostró el dia no quiso el Marqués que saliese alguno. Mandó á los capitanes D. Diego de Argote y Cosme de Armenta que con cuatrocientos arcabuceros de Córdoba viesen si los moros huyeron y entraron en el fuerte. Este dia alcanzaron los caballos gran copia de moros y moras que huian, y al Zamar que llevaba una hija de trece años en los hombros cansada, y le prendieron. Mandó el Marqués degollar toda la gente del fuerte á su guardia, inexorable á ruegos y lágrimas. Derribóle; dió el despojo grande á los soldados. Para esto y enviar una escolta á Motril con muchos enfermos y heridos se detuvo hasta catorce de Hebrero. No habia ya junta de moros que diese cuidado, y envió al Conde de Santisteban con el campo á Velez, y él fué á ver si los lugares de la costa estaban en defensa. Dieron en Granada gracias á Dios por la vitoria, y hicieron exequias por los muertos. Maldecian la guerra; culpaban los ministros por haber apretado los moriscos con las premáticas y castigos hasta hacerlos desesperar y tomar las armas.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que pasaba en Francia en este tiempo.

Si el rey Cárlos nono de Francia inclinára solamente los oidos á los expertos y fieles de la casa de Lorena, cuyas obras en defensa del reino dieron testimonio de sus fieles palabras, no cayeran tantas veces en la adversa fortuna, y no levantára tan furiosas llamas tantas veces el fuego de la rebelion. Mas los malos consejos de los capitanes y ministros infieles hicieron que no se admitiesen los de los que conocieron con largo tiempo y

discurso la intencion y humor de los huguenotes, confirmando su parecer con su sangre y peligros, con hazañas de tanto esplendor, y pronosticaron los daños que se vieron, teniéndolos en estampa en el corazon, siendo ellos y no otros (como se ha escrito y se escribirá) los que han dado algun remedio y resistido á su total perdicion, y florecieron con su presencia las cosas, y se debilitaron en su ausencia. La disimulacion y libertad de conciencia dada por los edictos de la paz de los reyes hermanos destruyeron á Francia; pues se les volvió su pueblo enemigo y rebelde, mostrando lo que puede en pocos dias un mal consejo, y cómo la especie de flaqueza del superior conocida aviva el ánimo del que no se atrevió á rebelar ántes que la conociese. Y si al principio estaba dudoso y con algun temor de resistirle con valor ó tibieza, vista por tales actos se dispone á nueva rebelion, estimando en poco cualquiera fuerza, no persuadiéndose jamas castigará quien no castigó. No puede no quedar agraviada la Majestad en las paces con rebeldes, si de todo punto no se entregan, y el Príncipe, perseguido de la fortuna, ha de encubrir el perder quilate de su autoridad, componiendo la paz, cubriendo la destreza su poca fuerza, porque no acabe de caer, pues la falsa paz esconde la cierta guerra. Que un Rey poderoso si concede á los súbditos algo de su gloria y grandeza con peligro de sus reinos, inflama su ánimo para desear cosas nuevas, con atrevimiento contra él, para que así caiga del todo. Con gran indignacion quedaron el almirante Coliñi y el príncipe de Condé en Francia, por haber acudido mal á su intento los sucesos de Flandres subyugado, muertos sus amigos y parientes, enseñado á su Rey cómo habia de castigallos para vivir libre, seguro, señor.

Decia el Almirante: «Que Mos de Tabanes, gobernador de Borgoña, le quiso matar por órden del Rey, y para prendelle crecia de fuerzas.» Las del Rey Católico, desembarazadas en plaza dispuesta para ofender á todos, daban cuidado, y mayor despues que se juntaban en parentesco los dos Reyes con el Emperador, como lo estaban en amistad por el casamiento de sus dos hijas. En una junta de todos los de su séguito dieron por rota la paz con el Rey, persuadidos de la Reina de Inglaterra y de los potentados alemanes. Fortificaron la Rochela, y allí esperaron los socorros pon el mar. Solicitaron los de Alemania, escribieron carteles amotivando su movimiento, con que no se les mantenian las condiciones de la paz, prohibiéndoles el uso libre de su secta, y matando muchos nobles della. El Rey cuidadoso y receloso procuró asegurar á París, y en Orliens metió sus zuiceros con Mos de Lansach. Envió en Alemania al Conde Reingrave á conducir gente; buscaba dinero para la guerra inevitable en París y entre los eclesiásticos; pidiólo prestado al Pontífice, á los venecianos, al Duque de Florencia. Tomó por batería el Príncipe de Condé á Angulema, y yendo á juntarse el señor de Movans con cinco mil infantes y alguna caba-

llería provenzales, salió de Orliens el Duque de Monpensier y los rompió, mató docientos y cincuenta y al de Movans y muchos capitanes y principales. Por esta rota enviaron á Alemania á dar priesa á la conduta de la caballería y peones, que en su nombre juntaba el Duque de Dospuentes Volfango de la casa de los Condes Palatinos, con dinero dellos, del Duque de Saxonia y de la Reina de Inglaterra. Pidió al Rey Católico infantería y caballería de la que estaba en Flandres; mas el Duque de Alba, porque habia en Francia y Alemania tanto ruido de armas, no quiso dividir sus fuerzas mejores, alojadas en los lugares que habian sido más rebeldes, apercebido para cualquier caso; pero ofreció tres mil valones y mil y quinientos herreruelos á cargo del conde Pedro Hernesto de Manzfelt, de su nacion, que en sólo su persona daba mucho. El Duque de Florencia ofreció mil infantes y cien caballos, de que hizo cabeza á Mario Esforza, y el Pontífice cuatro mil y mil caballos á cargo del Conde de Santaflor, gajero del Rey Católico, y con su licencia.

Para impedir la entrada á los alemanes, el Rey Cristianísimo envió al Duque de Houmala, y juntarse con los que venian por su cuenta para este efeto; y porque contenia ocho mil caballos y buena infantería el socorro de los rebeldes, aseguró en persona á Metz sospechosa de inteligencia con ellos. El de Houmala cerró algunos pasos, quitó la vitualla de los lugares dellos, y entró en las tierras del Imperio para mejorarse de puesto. Resintiéronse los Príncipes dél, y el Rey procuró satisfacerlos diciendo fue por evitar mayores males, gobernando la necesidad en aquella entrada inevitable, pero no pudo. Y así con más cuidado, como en venganza irritados, dieron calor á la conduta del Duque de Dospuentes, que se encaminaba á Borgoña la baxa para entrar en llegando infantería francesa con que abrigarse y tener guía. El Príncipe de Condé para ir á este recebimiento reforzado, queria acercarse á Guiena, y juntarse con buenas tropas de caballería, que los Vizcondes della tenian en su ayuda. Para ir á Borgoña por Languedoc á deshacelle, pasó ántes Enrique el rio de Viena, y procuró entretenelle en el país de Santoña y de Quersi, donde perdió casi cinco mil herejes de frio y trabajo, no pasando adelante porque alargando así la guerra el Rey se imposibilitaria de seguilla por falta de dinero, con que haria lo que le pidiesen en el asiento de sus cosas. Puestos en Cuñac los católicos mostraron ir á sitiallos; y los herejes porque no pasasen el rio Carente, rompieron el puente de piedra. Aderezado y hechos otros dos pasaron los católicos de noche, y previnieron en la ocupacion de un sitio eminente á los rebeldes. Quedaron espantados viéndose inesperadamente prevenidos, é irresolutos en lo que habian de hacer, pensando por esto ántes en la retirada que en la pelea. Al retirarse á un puesto fuerte se trabó gruesa escaramuza, con industria, coraje y teson combatida; pero la artillería real hizo gran daño en los enemigos, y así se retiraron desampa-

rando un arroyo de altas riberas y una laguna que los fortalecia picados de la arcabucería. Condé reconociendo no podia excusar la batalla, más por desesperacion que consejo la presentó. El Almirante con la vanguardia embistió tan reciamente, que la caballería real pareció inferior en fuerzas y ánimo. Mas esforzada del Duque de Anjou, sostuvo hasta que llegó la batalla con la flor de la caballería. El de Condé, con cuatrocientos caballos de la mayor nobleza huguenota, cerró admirablemente, y se peleó así por ambas partes. Apretaban los católicos mucho, y los rebeldes no pudieron sufrir la furia, y al cabo de gran rato que se peleaba comenzaron á huir con muertes y prisiones de muchos. Viéndolos en desórden y miedo los cargaron los realistas y rompieron del todo y á Asser, que con seis mil infantes combatia. El Almirante y Dandalot se salvaron en San Juan de Angeli, y Asser en Lognaceo peleando valerosamente por espacio de cuatro horas. Cayó en tierra el de Condé, muerto su caballo, y sobre él dos hombres de armas, y ofreció turbado con el temor cien mil ducados de talla por su rescate inconsideradamente. Alzaron la visera, y conocido le hirieron con dos pistolas, y otros con doce puñaladas, y muerto truxeron en una bestia á Luis de Borbon, príncipe de Condé, hereje y ambicioso, causador de grandes trabajos á Francia y persecucion á la Iglesia católica, valeroso, afable, liberal, estimado de los suyos. De la vitoria, aunque más en voz que en el efeto, no supo gozar Enrique; porque dexándolos de seguir para acaballos se entretuvo con poca prudencia en el sitio de algunos lugares que se pudieran ganar despues, ó se rindieran en acabando los enemigos.

CAPÍTULO XXV.

El Marqués recibe los moros que se rinden: procura prender á Aben Humeya: negocia mal en la Córte D. Alonso Venegas.

El rey de Fez, Muley Abdelá, no ayudaba á los granadinos como quisiera; porque su tio Muley Abdel Melic estaba en Argel y solicitaba á Selin para que le restituyese, y porque el Rey Católico podia irritado, como ántes no quiso por no estarlo, entrar con grandes fuerzas en Africa á deponer á Abdelá tirano, y dar la corona de Fez y Marruecos á su tio Muley Melic. Hallábanse los rebeldes vencidos, hambrientos, consumidos del frio de las sierras en peligro de muerte ó captiverio, y determinaron de entregarse á merced del Rey. Daban señales de conservar no sólo las premáticas publicadas, más cualquiera pecho para mantener los presidios,

Habida salvaguardia, en breve tiempo vinieron á Orgiba todos los lugares de la Alpujarra por sus alguaciles, regidores, procuradores, persuadidos de Miguel Abenzabá el viejo, vecino de Uxixar, y Andrés, alguacil. Pidieron al Marqués los metiese la tierra adentro con sus familias, porque si quedaban en la Alpujarra se perderian, pues los matarian los del reino ó los alcaldes de la Córte. El beneficiado Torrijos con trecientos reduxo la sierra de Filabres y otros pueblos de aquellas Taas, recogió las armas y banderas, y las envió al Marqués. Jerónimo de Tapia y Andrés Camacho, cuadrilleros, reduxeron lugares muchos. Alvaro Flores corria la tierra, y retiraba los soldados esparcidos descubriendo cuevas y haciendo robos. Las desórdenes destos hicieron pedir algunos concejos guardia, y daban de sueldo cada dia dos reales por boca y de comer. Estaba la Alpujarra tan llana, que diez soldados solos la atravesaban, y no eran quinientos los moros de las sierras sin salvaguardia. Mandó el Marqués á los depositarios de las moras presas en Jubiles las llevasen á Orgiba. Entregaron cuatrocientas á Miguel de Herrera, y por las que se habian muerto y captivado de nuevo y las de la Taa de Ferreira daban á docientos ducados por cabeza.

Desta paz murmuraban los que deseaban el castigo de los rebeldes, y decian sería estable conforme los socorros de Berbería, que envió á solicitar por nuevos embaxadores Aben Humeya, ó castigos que se hiciesen por ser emparentados, y se habian de doler é indignar. Se engañaba el Marqués por el provecho que esperaba dellos, como siempre le tuvo. Tenía el negocio por acabado, ellos al contrario; porque con la esperanza de perdon tomarian ánimo los enemigos para cometer nuevos delitos. Miguel Abenzabá, el de Valor y otros deudos, enemigos de Aben Humeya le esperaban para matarle ó entregarle. Avisaron al Marqués eómo con el Zaguer andaba por las sierras en cuevas de los de Berchul, y de noche se recogian á Valor y á Mecina en casa de Diego Lopez Abenaboo, por la salvaguardia que tenía. Deseando acabar la guerra con su prision, ántes que se declarase la venida de D. Juan de Austria á Granada, como se decia en Madrid, mandó á Alvaro Flores y á Gaspar Maldonado que fuesen con seiscientos arcabuceros escogidos y guiados de las espías á prender ó matar á Aben Humeya y al Zaguer, su tio. En Cadiar se dividieron para dar á un mismo tiempo sobre los lugares, distantes una legua uno de otro, contra el órden de su general, que les dixo atajasen los caminos cercanos al pueblo, y sin entrar dentro llamar los regidores y principales y requerirlos entregasen á Aben Humeya que se llamaba rey; excusándose con personas diputadas por los mismos, y por los capitanes les buscasen en las casas, y no pareciendo truxesen los regidores presos al Marqués, sin hacer daño en los vecinos. Antes de llegar á Valor, donde se descubre Castil de Ferro, los alcanzó Aamhuro, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito y de nuevo, y que si gente de Salvaguardia y de Valor el

alto estuviese en el baxo, no la molestasen. Estaban Aben Humeya y el Zaguer en casa de Abenaboo, y el secreto con que llegaron los capitanes destruyó un arcabuz que al aire disparó un soldado. Oido por el Doley, receloso, cuando todos dormian, llamó al Zaguer, y le arrojó por una ventana que salia á la sierra. Aben Humeya tardó más en aprestarse; y cuando se quiso arrojar vió pasar los soldados y retúvose. Llamando á la puerta para romperla, la abrió y quedó detras, y entrando de golpe los soldados torpes y nuevos, salió y se salvó. Negó Abenaboo haber estado allí los que buscaban, y puesto á tormento colgado en un moral por Maldonado dixo solamente: «El Zaguer vive y yo muero.» Dexóle casi muerto con los vaivenes, y llevó presos decisiete criados de Aben Humeya y del Zaguer, prendió algunos en el camino y más de ciento y cincuenta cabezas de ganado del lugar y de otros reducidos, y volvió á Orgiva, habiendo hecho al revés en todo cuanto le mandó el Marqués. Reprehendióle ásperamente y dió libertad á los moros.

Don Alonso de Granada Venegas en la Córte negociaba poco, porque halló los ánimos de los ministros tan mal dispuestos para oir trato de paz y reducion, por las relaciones que enviaban de Granada, que todo era contradiciones y razones contra el Marqués de Mondéjar, y confusion por avisos enviados de personas, que por pretensiones, pasion, opinion ó buen celo culpaban las obras de los que gobernaban la paz y la guerra; calumniaban al Marqués de que se enriquecia con los despojos de los enemigos; daba mano á sus oficiales, no ponia cobro en los quintos y hacienda del Rey, y él proveia, libraba, pagaba, recebia presas, contribuciones por medio de sus hijos y de sus criados. Estos decian era la guerra libre, los soldados y oficiales concejiles sin sueldo, la hacienda de los enemigos premio de todos. Andando pegado el campo con los moros, era peligroso dar parte de los secretos á la Cancellería, cuya profesion no es las armas; tanto ménos por traer la espada en la mano de noche y de dia, sin desamparalla sin peligro sino para escribir al Rey, no dándole alguna de lo proveido en su acuerdo, y era ajena del todo de la junta y mezcla del Cabildo. Se preciaba el Marqués de gran secreto y rigurosa diciplina en empresa tomada con poca gente levantada sin són de la caxa, colectiva, voluntaria, sin dinero, sin municiones, mantenida del robo por sueldo y la codicia por superior, y así mal diciplinada. Y con ser tal no daba lugar á que los enemigos se afirmasen en puesto, ni juntasen en cuerpo, acometiéndolos, apretándolos, siguiéndolos, sin darles ocasion para que acometiesen, no mostrándoles las espaldas, ni áun para provecho, recibiendo los que dellos venian á rendirse, disminuyéndolos, desarmándolos, para al fin oprimillos, y poniendo guarniciones y un pequeño exército, castigase el Rey los culpados, desterrase los sospechosos, ó deshabitase el reino; todo á costa de los enemigos, con quien peleó en un mes ocho veces, y quedó superior, porque

sabía la manera de guerrear con ellos, aprendida de padre y abuelo. Finalmente, la guerra estaba acabada, y el castigo se guardaria para la voluntad del Rey. Entónces tendría lugar la mano y la indignacion de las justicias. No habia sobresanado mal, cuando los enemigos se rinden, ó están de manera que pueden ser oprimidos sin resistencia, como lo estaban á la sazon los del reino y ciudad de Granada, cuyo castigo, aunque se diferia, no se olvidaba: que espantar sin tiempo era perder el fin y las comodidades que se podian sacar de los enemigos, como en los alojamientos y contribuciones, carga gravísima. El presidente D. Pedro Deza y los de su séquito decian no era acabada la guerra por ser de montaña, los moros práticos y sueltos, y la renovarian y alargarian, conforme tuviesen esperanza de Berbería. Escribia lo contrario el Marqués, por ser impaciente de tomar compañero al de los Velez, capitan de buen ánimo y gobierno, que servia á su costa y militó con el Emperador en más jornadas que el de Mondéjar, ántes general que soldado, enseñado á gobernar poca gente, no exércitos, ménos inclinado al castigo por lo humano y divino, en venganza de los mártires y exemplo por la rebelion de los otros pueblos, de lo que el Rey quisiera.

Entre tantas variedades y contradiciones, por último medio D. Alonso de Granada Venegas pidió al Rey visitase á Granada, donde era opinion y no vulgar fue engendrado; y así era de su vida su patria, como Valladolid de nacimiento; porque con su presencia se allanaria todo, pararian las desórdenes, cesarian las quexas, temerian los moros, y tendrian seguridad los que deseaban quietud, libres de tantas muertes, robos, fuerzas como habia: imitase á los Reyes Católicos sus abuelos clarísimos, que fueron á apaciguar las rebeliones pasadas. Pareció poca autoridad el ir el Rey al cardenal Espinosa y á los de su bando, y no merecerlo las culpas de los herejes en tiempo tan ocupado para él. Enviase á su hermano de padre D. Juan de Austria para emplearle y conformar los ánimos y los consejos de guerra y proveer en todas las cosas que requerian brevedad en las resoluciones, sin agravio de los Marqueses por su ecelencia y nombre de Dictador. Los pueblos se mandarian así mejor, con más facilidad contribuirian, más contentos servirian todos y más los principales, teniéndole cerca del Rey por testigo, y los soldados general que los gratificase y adelantase. La eleccion daria mayor sonido entre naciones apartadas, suspendia los ánimos de Berbería, imposibilitaba el socorro, ocupaba á D. Juan en hechos de tierra como lo estaba en los del mar ya, haciendo prático en lo uno y en lo otro á un mozo gallardo de espíritu y deseoso de emplearse y acreditar su persona, á quien la gloria del padre y la virtud y vitorias del hermano despertaban. Nombróle el Rey por Capitan General, y para que tuviese suficiente consejo, proveyó le asistiesen el Duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, gobernador que fue del Estado de Milan, que

vivia en su casa libre de negocios, aunque no de pretensiones, y Luis Quijada presidente de Indias, prático en gobernar infantería en las guerras del Emperador, de autoridad por la crianza y gobierno de D. Juan. Mandó que D. Luis de Requesens, su teniente general en el mar, embarcase y conduxese á Granada el tercio de Nápoles con sumaestre de campo D. Pedro de Padilla en las galeras de aquel reino que regia el Marqués de Santa Cruz. Escribió la elecion á las ciudades para que enviasen á Granada compañías de caballería y peones; publicó Córtes de los reinos de Castilla para Córdoba de ilustres y sabios gloriosa y fecunda madre.

A decisiete de Marzo avisó desto al Marqués de Mondejar, y mandó que, dexando en la Alpujarra sin innovar en nada dos mil infantes y trecientos caballos á órden de D. Francisco de Córdoba y de D. Juan de Mendoza y D. Antonio de Luna, con el resto del campo viniese á Granada á asistir á su hermano D. Juan con su experiencia y consejo, no dexando su oficio de Capitan General, ó quedase en Orgiva á hacer la guerra, guardando el órden de D. Juan, cabeza de la empresa. Eligió el venir á Granada por no quedar debaxo de mano ajena, mal proveido, á veces calumniado ó reprehendido como ausente. Porque su experiencia y conocimiento de la guerra, tierra y gente, y el exercicio de aquella manera de milicia en que se crió tan diferente de la ordinaria, le daba crédito, culpára mucho la resolucion de venir á Granada. Esta elecion y provision, divulgada ántes que puesta en execucion, causó grandes daños; porque los soldados, esperando la venida de D. Juan, no haciendo caso de las salvaguardias del Marqués, hicieron entradas en lo reducido, bastantes á alterar la tierra, armar los enemigos y morir muchos soldados mal regidos. Estando en el castillo de la Peza el capitan Bernardino de Villalba, vecino de Guadix, con una compañía de infantería por órden del Conde de Tendilla, le pidió licencia para ir á prender á Aben Humeya. Juntóse en Alcudia, cerca de Guadix, con los capitanes D. Lope de Gexas, Antonio Velazquez, Hernan Perez de Sotomayor y Payo de Ribera con veinte caballos, y atravesaron el marquesado del Cenete; y entrando por el puerto de la Rauha, dieron al amanecer sobre Laroles, lugar reducido, donde habia mucha gente de otros pueblos que no tenian salvaguardia. Mataron cien hombres; captivaron las mujeres y ganados, saquearon las casas, robaron la ropa y quemaron parte del lugar. Poníase en armas la tierra, y caminaron; pero acometidos por la retaguardia, ya en desórden, dos veces se perdieran si el capitan Villalba no los socorriera, con tanto peligro que, caido del caballo, estuvo á punto de ser muerto, como lo fueron deciocho, y heridos muchos.

Acudieron á pedir á Aben Humeya renovase la guerra que le seguirian, pues valia más la declarada que la paz mal segura. Tena, morisco de la Calahorra, tenía concertado de entregar á Aben Humeya, su mujer y dos

hijas, y esta cabalgada lo desordenó por la codicia y deseo de robar. Prendió el Marqués á Villalba para castigalle; pero descargóle el haber hallado moros de guerra en Laroles. A ocho de Abril salió de Orgiva, dexando en el alojamiento á D. Juan de Mendoza Sarmiento con dos mil peones y cien caballos, y entró en Granada en la vigilia de la Pascua de Resurrecion, como triunfando con las banderas y armas ganadas por trofeo de las vitorias, no bien alabado de todos los que habian perdido padres, maridos, hijos, pareciéndoles no castigaria quien trataba de perdonar y reducir los rebeldes sacrílegos. Con la ausencia del Marqués y suspension de las armas sucedieron desgracias y desórdenes que hicieron la empresa más sanguinosa y considerable sin poderlo remediar. Creció la libertad por todo y la permision de los oficiales, no castigando, pareciéndoles venganzas los desconciertos de los soldados: y los ministros de justicia impacientes en esperar el tiempo para el castigo, eran poco práticos en contemporizar hasta la ocasion. De la Vega pasaban cada dia lugares enteros al enemigo, diciendo que por excusar los desórdenes de los soldados y robos de su hacienda y mujeres. Animado con esto Aben Humeya, con mayor autoridad y diligencia se mostró, juntando gente en banderas, repartiéndola en las alcaidías. Arboló guion, cobró fuerzas, esperó socorros de Berbería ó navíos en que pasar á ella. Tentó para esto ocupar á Almería, y dar reputacion á su empresa y nombre á su título de reino. Perdido el miedo con el espacio de los cristianos, se rebelaron muchos pueblos en la sierra de Bentomiz, rio de Boloduy, tierra de Baza y Ronda, Xarquia de Málaga, solicitados de Aben Humeya por medio de personas que tenian con ellos inteligencia, autoridad y deudo. Hizo matar muchos principales y alguaciles y regidores reducidos sin su órden.

CAPÍTULO XXVI.

Responde el Rey á los Embaxadores de Alemania y Francia en los casamientos de los Reyes y tratados de Flandres.

Para desembarazarse el Rey de negocios de fuera y atender enteramente á los de la nueva guerra de Granada, sobre que habia diversas esperanzas cerca de su largueza ó brevedad, respondió á los Embaxadores con última resolucion: lo primero al archiduque Cárlos en los dos puntos que su embaxada contenia; el uno del casamiento de las dos hijas del Emperador, para el cual le habia dado autoridad, y como los franceses pretendian la mayor para su rey Cárlos, sobre ello se trató muchos dias, y habian de

pasar por mano de D. Filipe. Asistia á esta negociacion en España el Cardenal de Guisa, venido á ella á dar el pésame al Rey Católico de parte de los Reyes de Francia, madre é hijo, de la muerte de la reina doña Isabel y del príncipe D. Cárlos, que no se sabía en Alemania cuando el Archiduque fue despachado. Así por nueva órden trató del casamiento de las Infantas, con harta diferencia de lo que al principio de su comision. Pidió al Rey casase con su sobrina doña Ana, y que doña Isabel se diese á Francia. El Rey acetó con que el rey Cárlos diese á la infanta Margarita, su hermana, al de Portugal en lugar de la infanta doña Isabel que para él habia pedido, quiriendo lo que ántes con tanta instancia de voluntad y razones contradixo; porque con la mudanza de las cosas mudó de intento, mostrando le movió pasion contra franceses, pues los mismos inconvenientes habia que cuando hizo la contradicion. Mas como daba á la infanta doña Ana al Rey Cristianísimo, y ya la habia menester para sí, por no dexarle mal satisfecho, por los daños que podria causar á sus Estados y al Emperador, aprobó todos tres casamientos luégo, aunque pasaron pocos de los seis meses que pidió para resolverse en ellos. El Cardenal de Guisa pedia declaracion por escrito y la conclusion, pues era la mano y voz del Emperador el Rey Católico, y así se le dixo:

«Vió lo que escribian la Cristianísima Reina su señora y madre y el Rey »Cristianísimo, y lo que refirió de su parte el Ilustrísimo Cardenal de Gui»sa cerca de los matrimonios que se trataban del dicho Rey su hermano »con la serenísima Isabel, y del serenísimo Rey de Portugal su sobrino con »Madama Margarita, y holgó mucho de que haya pasado desde el prin»cipio por mano del Cardenal, para que fuese tercero y testigo de la lla»neza, amor y sinceridad con que ha visto que su Majestad Católica pro»cedia, que es de verdadero hermano y padre de ambas partes, y como »tal desea que los casamientos se prosigan y acaben á satisfacion de todos, »segun espera se hará recebida la respuesta del Emperador su hermano, »que llegaria presto. Y cual se ha escrito á la Reina madre, y se declaró »al dicho Cardenal de Guisa por el de Sigüenza de parte de su Majestad »Católica, se habian de tratar, apuntar y concluir juntos los dichos matri»monios á un tiempo, sin dividir ni apartar el uno del otro, que por el Rey »de Portugal no habia necesidad de enviar persona; pues su Majestad Ca»tólica, como tio y padre, y quien tiene su voluntad y poder en su nom»bre, pide á Madama Margarita. El capitular lo de las dotes y otras con»diciones se haria por medio de los embaxadores ordinarios, como parece »al Cardenal. Y de la conclusion que se tomáre en lo principal resultará el »modo y tiempo en que se habrian de traer las serenísimas Princesas, y su »Majestad Católica deseaba y procuraba tan de véras y tan igualmente la »colocacion de ambas, que no solamente en los seis meses que se señala»ron, pero áun en mucho ménos tiempo, si ser pudiese, holgaria que se

»efetuasen; y con su direccion y conclusion tenía tanta cuenta y los ne»gocios por tan propios, que no tomaria resolucion en su particular hasta »verlos contratados ambos en la forma que se habia declarado: que así lo »podria decir al Rey y á la Reina, á quien escribia en esta sustancia y en su »creencia. Quedaba confiado se asentarian con su medio y buena relacion »todas las cosas, de suerte que se viniese al efeto que á la conservacion de »todos convenia. Díxole el Cardenal de Sigüenza era costumbre de la casa »imperial dar cien mil florines del Rhin de dote, y así se daban al Rey Ca»tólico y se darian al Cristianísimo, y la seguridad dellos habia de ser sobre »lugares haciendo renta de siete por ciento, que montaba sesenta mil libras »ó francos de á cuatro reales, y las arras de cincuenta mil ducados. Con »esto se respondió tambien al Archiduque cerca de los casamientos: á la »demanda de los príncipes alemanes por escritura deste tenor»:

Respuesta de parte del Rey Católico á lo que el serenísimo archiduque Cárlos, su primo, le ha propuesto en nombre del Emperador, su muy caro y muy amado hermano.

«Por lo que el dicho serenísimo Archiduque ha dado por escrito y referido de palabra en virtud de la comision de su Majestad Cesárea, ha entendido su Majestad Católica lo que de su parte se le ha propuesto y representado en cuanto á lo sucedido en sus Estados Baxos, y estimado la buena venida de su Alteza en estos reinos, cuanto es razon, y su visita y presencia le ha sido muy agradable, como de príncipe con quien su Majestad tiene tanto deudo y á quien tanto ama y estima, y el oficio que asimismo en esta ocasion el Emperador ha querido hacer con su Majestad Católica, está muy satisfecho procede del bueno y sincero ánimo, amor y voluntad que como tan buen hermano le tiene. Y tanto más ha sentido y siente que esta venida de su Alteza y este oficio de su Majestad Cesárea haya sido y sea sobre negocios de tal calidad, que con desearles tanto complacer y dar contentamiento, ni pueda hacer lo que se le pide ni concurrir en lo que se le advierte y representa. Y sintiera esto mucho más si la satisfacion que tiene del ánimo de su Majestad Imperial y la que con razon él debe tener del suyo, no le asegurára que la diferencia en la opinion y parecer (que resulta de entenderlo diferentemente) ni habrá causado ni puede causar escrúpulo ni impedimento en tan verdadera union y conformidad de ánimos como entre sus Majestades hay, y que la voluntad y el fin siempre es uno. Y pues su Alteza con tanto trabajo suyo se quiso encargar desta comision para lo que ha propuesto á su Majestad Católica, justamente le podrá pedir y rogar, como se lo pide y ruega, que asimismo se encargue de la suya en la respuesta, pues por su medio (que será

tan conveniente y tan á propósito) se podrá mejor satisfacer á su Majestad Cesárea.

»Nunca pensó su Majestad Católica que del modo de proceder que ha tenido en el discurso de las cosas sucedidas en los dichos sus Estados Baxos se hiciera ni pudiera hacer tan diferente juicio y estimacion del que por el testimonio de su propia conciencia, cuanto á la intencion y con el fundamento de la verdad, razon y justicia en el efeto y obras entendia se debian á sus acciones, ni que le pudiera ser en alguna manera necesario tratar de justificar ni defender, ni responder en causa tan notoriamente justa. Esperára su Majestad Católica más congratulacion de los Príncipes en el buen suceso que Dios ha sido servido de le dar, y particular aprobacion y gracias por el exemplo que en esta ocasion ha dado para la conservacion y estabilimento de la autoridad de los Príncipes y obediencia de sus súbditos. Y cuanto es mayor la satisfacinn que en esta parte tiene su Majestad Católica, tanto más ha sentido que el Emperador, su hermano, (á quien por su persona y dignidad imperial y por su gran prudencia y por el amor que entre ellos hay tanto estima), y los ilustrísimos Electores, Príncipes y Ordenes del Sacro Imperio, á quien desea tanto complacer y satisfacer y conservar y continuar con ellos la buena amistad y correspondencia, hayan tenido y tengan en este caso la opinion y parecer y hagan el juicio que de parte de su Majestad Cesárea se le representa. Mas este cuidado le quita en gran parte el tener por cierto que la impresion y persuasion de sus ánimos ha procedido de las falsas relaciones, sugestiones y negaciones de sus rebeldes y valedores dellos. Los cuales para excusar y defender sus graves excesos y culpas, y para mover é inclinar á algunos de los dichos Príncipes á que los favoreciesen en tan injusta pretension, han procurado escurecer y ofuscar la verdad, calumniando tan inícuamente la buena intencion de su Majestad Católica y poniéndole tan diferente nombre del que merecen sus acciones. Y siendo este el fundamento de la dicha persuasion é impresion en los Príncipes, puede justamente esperar su Majestad Católica que la razon y verdad (á que siempre se dará lugar en sus ánimos) los desengañará para el crédito que deben dar á los malévolos y rebeldes, y para les negar el refugio y acogida que han tenido. Y que el buen nombre y estimacion de su Majestad Católica y la buena amistad, vecindad y correspondencia se continuará con ellos.

»Este oficio que el Emperador ha querido hacer en esta ocasion, y lo que tan particular y largamente de su parte se ha representado á su Majestad Real, en cuanto se endereza á su bien y beneficio y á le advertir, aconsejar y amonestar lo que á su Majestad Cesárea parece que le conviene; y otrosí en el fin que dice tener al bien y beneficio público de la Cristiandad y á la paz y pacífico estado del Imperio, y á la seguridad y conservacion de sus Estados patrimoniales y establecimiento de su sucesion, como quiera

que todo esto lo entienda su Majestad Católica tan diferentemente, no puede (por lo que á su Majestad Católica toca) dexar de darle muchas gracias por el cuidado que muestra tener de su autoridad y bien de sus cosas, y por el amor y voluntad con que le aconseja, y aprobar y loar el celo, estudio y cuidado con que en las cosas públicas de la Cristiandad y del Imperio procede, y tener á bien el que de sus particulares tiene. Mas como juntamente con esto y para esta proposicion y oficio se haya tomado fundamento en la union y agregacion de los dichos sus Estados Baxos al Imperio, y en ser aquellos comprehendidos en uno de los círculos dél, presuponiendo que por esta razon está su Majestad Real obligado á la observancia de las leyes y ordinaciones y recesos de Dietas del Imperio, y que á aquellos ha su Majestad Católica contravenido y los ha violado, y que por esta causa se puede tener á él recurso y tratar por obligacion del cumplimiento de lo que así dicen estar en el Imperio ordenado, siendo esto tan diferente en el hecho, pues conforme á los tratados y conciertos hechos entre los dichos Estados Baxos y el Imperio, especialmente en el del año de cuarenta y ocho, fuera de aquellas cosas que particularmente fueron declaradas y expresadas en el dicho tratado, no queda ni hay en los dichos Estados Baxos otra obligacion ni dependencia, ni el señorío y gobierno de su Majestad Católica tiene otro superior ni reconocimiento en lo temporal; no puede dexar de sentirlo y advertir á su Majestad Imperial que de los hechos, acciones y modo de proceder de su Majestad Católica, así en los dichos sus Estados Baxos como en todos los demas y de sus fines é intentos y áun de su ánimo, holgará siempre de dar á su Majestad Cesárea razon y cuenta, como á tan verdadero hermano y Príncipe tan prudente, y deseará siempre y procurará satisfacerle, y su consejo y advertimientos tendrán en todo tiempo acerca de su Majestad Católica gran autoridad y lugar; más que proceder en esto por vía de obligacion y necesidad, que es en tanta derogacion, prejuicio de la preeminencia y autoridad de su Majestad Real, no lo debria ni podria con razon admitir. Y que sobre el dicho presupuesto y declaracion le ha parecido satisfacer á su Majestad Cesárea y darle particular relacion en los principales puntos de que en su instrucion y proposicion se trata, y en lo que de su parte se le ha representado, se contiene.

»Y tomando principio por el de la religion, despues que su Majestad Católica sucedió en los dichos sus Estados Baxos y tomó el regimiento y gobierno dellos, su principal estudio y cuidado, así en ellos como en los demas que Dios le ha encomendado, ha sido mantener y sostener la verdadera antigua y católica fe y religion que ha profesado y profesa, y en que ha de vivir y morir, y conservarlos en la obediencia de la Santa Iglesia Católica Romana. Y sobre este firme fundamento y constante determinacion, no ha consentido ni permitido, ni ha de consentir ni permitir jamas cosa

en ninguna manera contraria á esto, no tomando para este efeto nuevos ni extraordinarios medios, ni apartándose de aquellos que la Iglesia Católica Romana tiene ordenados, y que por las leyes de tantos emperadores y reyes cristianos está ordenado y establecido, y por las particulares premáticas y placartes de la tierra está dispuesto, siguiendo en esta parte la autoridad de los decretos y leyes y el exemplo de los príncipes cristianos sus antecesores (en lo cual ni se ha dado causa justa á los vasallos de su Majestad Católica para se agraviar, ni ocasion á los que no lo son, y tanto ménos á los príncipes para lo culpar ni notar; pues esto sería en efeto contradecir y argüir de injusticia á la Santa Iglesia Católica, que así lo tiene estatuido, y de error á los santos doctores della, que lo han enseñado, y de engaño, abuso y desórden de los príncipes y potentados de la Cristiandad, que en tan comun consentimiento así han procedido) no ha admitido ni entiende jamas admitir su Majestad Católica con esta materia de religion medios, arbitrios, ni concordias, ni otra ley ni forma más de aquella que la Santa Iglesia Católica Romana diere y admitiere, entendiendo que á ella sola compete y toca el determinar y establecer lo que habemos de tener y guardar; y que aquello sólo es y será siempre lo verdadero, justo y santo. Y que este no es negocio que depende de nuestra voluntad ni consentimiento, ni de nuestros fines y acomodamientos, ni que ninguna otra autoridad humana, ni respeto, ni consideraciones temporales lo pueden justificar.

»No se ha persuadido, ni podrá jamas persuadir su Majestad Católica, que el entretenimiento y disimulacion en esta materia de fe sea justa ni conveniente, ni para satisfacer á la obligacion que en ella se tiene, pues debe estar no sólo en el corazon para la creer y en la boca para la confesar, pero asimismo en las manos y en las obras para la executar y hacer guardar. Y por lo que demas desto, la razon y experiencia nos muestran bien claramente cuán perniciosa y cuán peligrosa sea la disimulacion, y que desta principalmente ha procedido la ruina y miserable estado en que las cosas de la religion se hallan, por ser este un mal y fuego tal que no siendo en sus primeros principios reprimido y apagado, se extiende tanto, y se puede despues tan mal remediar, como los exemplos antiguos y de la edad presente (con tanto daño y dolor comun) lo han mostrado. Y la condicion de los tiempos que se propone á su Majestad Católica, y la experiencia que su Majestad Cesárea representa que se tiene, no sólo no aparta ni desvia deste propósito á su Majestad Católica, ántes enseña y obliga á guardar y asegurar con más vigilancia y cuidado lo que queda, y á prevenir y proveer de manera, que ni entre ni se arraigue, ni crezca éste tan pernicioso mal en sus Estados. Y el exemplo del suceso de las otras provincias, causado de la licencia, libertad y permision, basta para que claramente se entienda cuán diferente camino es el que se debe tomar. Y demas de lo que

toca al servicio de Dios, y á su honor y religion (en cuyo respeto ninguna otra cosa temporal ni del mundo es ni puede ser en consideracion) cuando se hubiese de guiar por sola humana prudencia, y confines de Estado y temporales, está esto tan conjunto y tan dependiente de la religion, que ni el señorío, ni el Estado, ni la autoridad de los príncipes, ni la paz y concordia de los súbditos y quiete pública se puede sostener ni mantener, habiendo diversidad y diferencia en lo de la religion, ni permitiéndose en ella ninguna manera de libertad ni licencia. Y esto es en sí tan cierto y tan entendido por razon y experiencia en todos tiempos y acerca de todas las naciones, que no sólo los príncipes cristianos (que por fe y obligacion han mantenido la religion) mas áun los gentiles, infieles y bárbaros, teniendo este fin en la conservacion y sostenimiento de su falsa religion, guardaron la misma órden.

»En lo de la justicia y castigo de los rebeldes y modo de proceder que en esto se ha tenido en los dichos Estados Baxos, que se dice haber sido muy riguroso y contrario á aquel que diversas veces por su Majestad Cesárea se ha advertido á su Majestad Católica convenia tenerse, y en que se le representan los inconvenientes que se refiere haber esto causado, y adelante se podrian seguir, lo que en esto primeramente tiene que decir su Majestad Católica es que por el amor que ha tenido y tiene á sus súbditos y vasallos y por su natural inclinacion y condicion, ha tenido mucha pena y dolor de los que han incurrido en tal error y especie de culpa, que (cumpliendo su Majestad Católica con la obligacion que de Dios en la tierra tiene, en lo que toca á la justicia, y con su autoridad y reputacion que tanto debe estimar, y con lo que convenia á la seguridad y conservacion de sus Estados y á la quietud y paz pública dellos) no pudiese en ninguna manera excusar de venir con los dichos sus vasallos rebeldes á los términos en que se ha venido; con los cuales se hizo é introduxo juicio legítimo como de señor con sus vasallos y súbditos, y fue aquel tratado legítima y jurídicamente, siendo oidos y defendidos ante jueces competentes, y fueron de sus culpas convencidos plena y enteramente, y la calidad y especie de sus delitos, siendo de rebelion y de crímen de lesa Majestad tan grave que por todas leyes antiguas y modernas, comunes y particulares de cristianos y de infieles, y en comun consentimiento del mundo merecian la pena y castigo que les fue dado, habiéndose hecho indignos de que con ellos se usase de piedad y misericordia por haber violado no solamente la natural ley y obligacion de vasallos, mas áun otros muchos vínculos y juramentos, que por ser de órden y ministros públicos y tan principales de Su Majestad Católica tenian, que calificó y agravó tanto su culpa. Y como quiera que entiende bien su Majestad Católica cuán propia virtud de los príncipes sea la clemencia y piedad, tiene ésta su tiempo, modo y límite, dexando su lugar á la justicia y al exemplo que della resulta, que es tan necesario para

reprimir la licencia, libertad é insolencia de los súbditos, principalmente en tal especie y calidad de delito, dependiendo tanto del castigo dél la fidelidad de los vasallos, y la seguridad de los príncipes y de sus Estados, y la paz pública. Siendo pues esto así, ni las partes á quien toca, se pueden con justa razon agraviar, ni á los otros buenos súbditos y vasallos de su Majestad Católica de los mismos Estados ni de otros se ha dado ocasion de querella, ni los extraños han tenido fundamento para se escandalizar, y mucho ménos los Príncipes, para cuyo señorío y autoridad y para confirmar y conservar sus súbditos en obediencia, desto resulta tal y tan buen exemplo. Y cuando se quiera bien considerar el tiempo de sus culpas, y cuanto fueron por su Majestad Católica esperados y procurado de reducirlos por buenos y suaves medios, y el número de los que en este error y delito han incurrido, habiéndose solamente castigado los principales y cabezas de la conjuracion y conspiracion, y el rigor de que conforme á las leyes se podia usar, y muchos exemplos antiguos y modernos de lo que en semejantes casos y materias se ha hecho, se hallará haber usado su Majestad Católica no de rigor (como se le imputa) sino de mucha clemencia y piedad, y que ántes se ha dado ocasion para poder ser notado y argüido en alguna manera de largueza y disimulacion, que no imponer á tan justa y moderada justicia nombre de rigor y crueldad. Su Majestad Católica entiende haber guardado en esto la órden que se debia á la justicia que ha de preceder y tener el primer lugar, y la guardará á su tiempo á la clemencia y piedad que en su sazon se ha de seguir, y ni entiende, ni se podrá persuadir que de haber llevado este camino y administrado justicia tan forzosa y con tanta razon y fundamento hayan resultado los inconvenientes que se representan; ántes tiene por más ciertos y mayores los que de la disimulacion y remision (demas de no cumplir su Majestad Real con la obligacion que tiene) se siguieran á sus Estados y al asiento, sosiego y quietud de sus vasallos y súbditos.

»En lo de la mudanza del gobierno que se dice haber hecho su Majestad Real en los dichos sus Estados Baxos, y que esto ha sido contra las leyes y privilegios, usos y costumbres dellos, á los cuales por delitos de hombres particulares no se debia contrayenir ni dexárseles de guardar, representando á su Majestad Católica el agravio y querella que desto se dice tener sus súbditos, y la mala satisfacion que por esta causa tienen los príncipes del Imperio y los otros vecinos y comarcanos, como quiera que en los dichos sus Estados patrimoniales, en virtud del señorío y autoridad que en ellos tiene su Majestad Real, pudiera en esto del gobierno (así en cuanto á las leyes, ordenaciones y estatutos, por los cuales se han de regir, como en los Magistrados, Consejos, Tribunales, Ministros y oficiales, por cuyo medio los gobierna) proveer y ordenar lo que segun la disposicion del estado de las cosas y de los tiempos le pareciera convenir al bien y be-

neficio público de la tierra y de los súbditos y naturales della, y al cumplimiento de lo que es á su cargo; y que esto ningunas leyes ni privilegios se lo podrian impedir, pues en tal caso vendrian á ser aquellos en perjuicio del bien y beneficio público, y en derogacion de la autoridad y señorío de su Majestad Católica, mas (no embargante esto) por el amor que ha tenido y tiene á los dichos sus Estados Baxos y naturales dellos, y porque siempre ha tenido y tiene fin á hacerles merced y darles satisfacion y á guardarles sus leyes, privilegios, usos y costumbres, no ha hecho hasta agora (no embargante las justas causas y ocasiones que se le han dado) mudanza alguna en el dicho gobierno, ni en las leyes, placartes, estatutos y constituciones, ni en los Tribunales, Magistrados, Consejos, ni otros oficiales, conservando y continuando en todo la antigua forma y pulicía, sin haber introducido novedad alguna, de que se pudiesen sentir ni agraviar. De lo cual se entiende bien cuán falsa relacion, así en esto como en lo demas se debe haber hecho á su Majestad Imperial y á los electores y príncipes que dello han tratado, y cuanta más razon tienen los súbditos de su Majestad Católica de tener á especial gracia y merced lo que en cuanto á esto ha hecho que á sentirse ni dolerse en ninguna parte. Y en cuanto al oficio de Gobernador, Lugarteniente y Capitan General de su Majestad Real en los dichos sus Estados Baxos (de que tiene proveido al Duque de Alba su Mayordomo mayor y del su Consejo de Estado) en todo tiempo y en cualquier estado y disposicion que las cosas se hallen es arbitrio de su Majestad Católica y depende de su mera y libre voluntad el elegir y nombrar la persona de quien deba confiar y á quien deba encomendar este cargo, tanto más en tiempo de turbacion, inquietud y desasosiego en la tierra, y donde era tanto menester un ministro de la confianza, prudencia y rectitud y otras buenas calidades que en el dicho Duque concurren. Y así habiendo pedido á su Majestad Católica instantemente licencia la Ilustrísima Duquesa de Parma su hermana, y no se la habiendo podido denegar por la falta de salud que allí tenía, y muy precisa necesidad de se volver á su casa y Estado, y haberse detenido por respeto y contemplacion de su Majestad Católica en el gobierno de los de Flandres muchos más dias del tiempo con que lo habia aceptado, hizo su Majestad Real eleccion del dicho Duque, así por lo que tocaba á la defensa de los Estados y administracion de las armas (de que tiene tan larga experiencia) como en lo que toca al gobierno, por su prudencia, cristiandad, integridad y rectitud, de cuya eleccion y nombramiento tiene por cierto su Majestad Católica que así como los rebeldes y malévolos se han mucho descontentado, así los buenos y celosos del servicio de Dios y de su Majestad Católica y del bien y beneficio público de la tierra tienen particular contentamiento y satisfacion. Y por esto, y porque su Majestad Católica espera (siendo Dios servido de se poder desembarazar) el ir en persona á aquellos Estados, como mucho

lo desea, no hay que tratar de hacer en esto otra mudanza ó novedad.

»En cuanto á la gente de guerra y de la nacion española de que al presente su Majestad Real se sirve en los dichos sus Estados Baxos, que le representan ser tan odiosa é infesta no sólo á los naturales de la tierra más áun á los vecinos y comarcanos, no puede dexar su Majestad Católica de sentirse mucho y maravillarse grandemente de que habiendo (por ser así necesario para la pacificacion de sus Estados y castigo de sus rebeldes que se lo tenian tan merecido, y para la defensa y seguridad de los propios Estados y oposicion á los que los querian invadir y ocupar) tomado las armas y juntado sus fuerzas, se haya querido representar querella ni imputársele que su Majestad Católica se haya servido de sus súbditos tan aptos y tan confidentes, y que en la libertad que por derecho natural y de las gentes tienen no sólo los príncipes más todos los hombres en la conservacion, defensa y prosecucion de su derecho para se ayudar y prevaler aún de los extraños, se quiera poner límite y regla á su Majestad Católica para que no se pueda servir y ayudar de los suyos y se le quiera hacer tan nuevo género de cargo cual nunca jamas se oyó ni vió, siendo cosa tan antigua y tan usada que los príncipes en sus exércitos y guerras para la seguridad de sus Estados y tierras se sirvan de las naciones extrañas ó suyas que pueden y les parece les convienen; y si es cosa justa ni para se proponer que su Majestad Real se haya de armar ó asegurar al arbitrio de sus rebeldes, ó de sus vecinos, ni ponerle límite ó restringirle á que se haya de servir de nacion particular, y los naturales y súbditos de su Majestad Católica que tuvieren buen conocimiento y celo de su servicio y del beneficio de su tierra, pues esto es para seguridad de su Majestad Católica y suya, tiene por cierto, que ni se agravian ni agraviarán, y á los demas súbditos ó no súbditos que lo juzgaren con diferente intencion no le es necesario satisfacer. Y ni ha habido fundamento, ni su Majestad Católica ha dado ocasion alguna para sospechar que las fuerzas y armas que tiene juntas de la dicha nacion y de las otras se hayan de convertir ni ofender á ningunos de los del Imperio ni sujetos dél, ni que haya sido ni sea en ninguna manera tal la intencion de su Majestad Católica, teniéndose tan larga experiencia por lo pasado de la buena amistad, vecindad y correspondencia que con ellos ha tenido y tiene, y cuán ajeno es esto de su condicion y modo de proceder, que siempre ha sido tan sin injuria ni agravio de nadie, cuanto se ha visto y conocido en el caso presente, no habiendo salido en ninguna manera (aunque se pudiera justamente hacer) los ministros de su Majestad Católica ni su exército y fuerzas de los límites de sus Estados, guardando tan estrechamente los términos naturales de la defensa, que habiendo el Conde de Endem dado entrada, paso y vituallas á los rebeldes de su Real Majestad que le venian á ofender, y ayudádoles y favorecídolos, pudiéndose justamente satisfacer dél y ocuparle su Estado,

como á partícipe de la injuria y ofensa con los dichos sus rebeldes, y pudiéndose esto hacer tan fácilmente como es notorio, por sólo pretender el dicho Conde ser dependiente del Imperio y estar el Duque de Alba, capitan general de su Católica Majestad, tan advertido en no tocar en cosa del dicho Imperio, se abstuvo y dexó de hacer: y el cuidado que se tuvo y la asistencia que se dió por el dicho Duque con las armas y fuerzas de su Católica Majestad para defender las tierras y lugares de los obispados de Lieja y Cambray, como miembros del Imperio, que el Príncipe de Orange intentó y procuró de invadir y ocupar, como lo pudiera hacer y hiciera, no le siendo por el dicho Capitan General de su Majestad Católica impedido. Y así en esto no hay que decir más de que de la dicha gente española y de la demas que su Majestad Real tiene junta en aquellos sus Estados, se servirá así y en cuanto le pareciere que le conviene para la seguridad y conservacion, defensa y proteccion de los súbditos y naturales dellos; los cuales no entiende su Majestad Católica en ninguna manera dexar expuestos ni abiertos á los que los querrán invadir. Y en cuanto toca al Príncipe de Orange (cuya causa parece haber sido el principal motivo y fundamento desta embaxada, y sobre cuyo negocio se hace tanta insistencia y esfuerzo), primeramente no parece que se trata ni puede tratar de la justificacion y defensa de su causa, por ser sus crímenes y delitos en el hecho tan notorios y en el derecho tan graves; pues siendo como es vasallo de su Majestad Católica y tan obligado por esta causa, conforme á las leyes divinas y humanas á la fidelidad, que como á su señor natural le debia, y concurriendo con esto la particular obligacion y vínculo del juramento que como á caballero de la Orden del Tuson á su Majestad Católica como á cabeza y supremo della tenía, allegándose á esto ser el dicho Príncipe de su Consejo de Estado y su Gobernador en Holanda, Zelanda, Utrecht y condado de Borgoña; los cuales cargos y oficios le obligaban no sólo á permanecer y estar él en la fidelidad y obediencia, más áun á la persecucion y castigo (por lo que á él le tocaba) de los que á esto contraviniesen, demas del particular cargo y obligacion que por estos oficios, honores y autoridad, y por la confianza que su Majestad Católica dél tenía hecha le debia; en violacion de todos los cuales vínculos y obligaciones, y de la que debia á caballero y á cristiano, fue el principal autor de los tratos, ligas, tumultos, conjuraciones y sediciones de los dichos sus Estados Baxos, y á quien con mucha razon se deben imputar todos los males, daños, robos y sacrilegios, violaciones de templos, fuerzas y maldades que en los dichos sus Estados en deservicio de Dios y de su Majestad Católica y daño de la tierra han sucedido; y que no contento con esto el dicho Príncipe haya tratado y procurado en el Imperio, y con algunos príncipes dél, con siniestras relaciones y sugestiones y otras artes, turbar el buen nombre y estimacion de su Católica Majestad y concitar y mover á ódio y enemis-

tad contra él á los dichos príncipes, y atraídolos á que le ayuden en tan injusta pretension, formando exército y tomando las armas é invadiendo como ha invadido los Estados de su Real Majestad. Todas las cuales cosas, crímenes y excesos son tan enormes y tan dignos en todo de exemplar castigo, que no han dexado ni dan lugar á piedad ni clemencia, ni por la parte del mismo Príncipe, pues demas de la gravedad y enormedad de sus delitos, está contumaz y rebelde y persevera en su delito, rebelion y maldad; ni de la parte de su Majestad Católica, pues demas de no cumplir con la obligacion que tiene á lo de la justicia y exemplo della, sería en derogacion y prejuicio de su autoridad y reputacion el usar en tal estado y término como él se halla, y teniendo las armas en la mano y con tan poca sumision y humildad, de gracia, piedad ni otro género de remision. Y como quiera que la intercesion é intervencion de su Majestad Cesárea y el respeto de los otros príncipes y órdenes del Imperio que se dice en esto intervenir, sea acerca de su Majestad Católica de tanta autoridad y consideracion y les desee tanto satisfacer y complacer, tiene al Emperador, su hermano, por tan prudente para lo entender y tan justificado para lo estimar y considerar, y que juntamente con esto tiene tanta cuenta y cuidado del honor y reputacion de su Majestad Católica y del bien y beneficio de sus cosas, y tendrá tanta fuerza la verdad y la razon para con su Majestad Cesárea y los demas príncipes, que tiene por muy cierto, que así el Emperador como ellos, no sólo no se ofenderán ni les desplacerá de que su Majestad Católica no condecienda en lo que en esta parte se le pide, ántes tendrán á bien y juzgarán y aprobarán por buena la resolucion y determinacion que en este particular ha tomado y tiene. Y en cuanto á los términos y medios que se proponen de treguas y suspension de armas y prática de trato y acuerdo con el dicho príncipe Doranges, y lo demas que á este propósito se dice, como quiera que ya en mucha parte ha cesado la ocasion desta plática por haber sido el dicho Príncipe echado de los dichos sus Estados Baxos, debe con razon su Majestad Cesárea considerar cuán diferentes términos y medios son estos de los que entre señor y vasallos suyos rebeldes se debe y acostumbra usar, y cuán indecente y contrario sería este trato á la autoridad y reputacion de su Majestad Católica, la cual estima en tanto, que cuando en alguna manera se viera en necesidad de acomodarse (que no se ve á Dios gracias), aventurára ántes el inconveniente y daño que le pudiera venir sin culpa suya, que el dexar de tratar en semejante ocasion con la dignidad, decencia y autoridad que á su Real persona se debe, la cual autoridad en todo caso y en todas maneras entiende y ha de salvar y reservar siempre su Majestad Católica.

»Y como quiera que por lo que está dicho parece haberse enteramente satisfecho á los puntos principales que en la instrucion y proposicion que de parte del Emperador se ha dado á su Majestad Católica se contienen, y

está respondido á lo que se le pide y propone; pero porque (demas de los dichos puntos principales) para mover y persuadir á su Majestad Católica, y para que entendiese más particularmente lo que esto importaba y lo que le convenia, se han representado muy encarecidamente los inconvenientes que de no seguir su Majestad Real el camino que se le aconseja y de no acomodar y acordar las cosas en el modo que se le proponen han resultado hasta aquí y resultarán adelante, algunos de los cuales conciernen al público de la Cristiandad en general y del Imperio en particular, y otros que tocan á su Majestad Cesárea y á su estado y sucesion, y los demas se enderezan al daño é inconveniente que á su Majestad Católica y á sus Estados puede venir, le ha parecido asimismo satisfacer en sustancia á lo que tan larga y difusamente en la dicha instrucion y proposicion se refiere.

»Primeramente, con mucha razon y prudencia su Majestad Imperial considera, estima y áun encarece la perturbacion de la paz pública, y la inquietud y desasosiego, y el movimiento de armas, ligas y tratos que dice haber en el Imperio, y lo que de aquí se puede derivar al público y comun de la cristiandad, y los males y daños que en lo de la religion y Estado y paz pública del universo podrian resultar; y con la misma razon tiene su Majestad Cesárea grande obligacion por su dignidad imperial á los remediar en el Imperio y á los excusar (en cuanto en sí fuere) en lo demas, como su Real Majestad asimismo por lo que le toca, lo ha siempre procurado y procurará con aquel estudio y cuidado que en sus acciones y progreso de su vida ha llevado, así en el gobierno de los reinos y Estados que Dios le ha encomendado, como en todo lo demas en que ha intervenido y asistido. Y con esto debe su Majestad Cesárea con su mucha prudencia y rectitud considerar si hay alguna razon y fundamento para imputar á su Majestad Católica la causa ni ocasion desta turbacion y desasosiego, ni de los daños é inconvenientes que desto se representan, ni culpa alguna en el remedio dello, ni en el poderlo excusar, habiendo su Majestad Católica tan solamente tomado las armas para la pacificacion de sus Estados patrimoniales y para la defensa y seguridad dellos y castigo de sus rebeldes. Cosa tan justa y no sólo permitida, mas áun aprobada y autorizada por todo derecho divino y humano; ó si con más razon se puede y debe esto atribuir é imputar á los dichos sus rebeldes y valedores dellos y otros malévolos, que por el contrario, contra toda razon, justicia y derecho han turbado y desasosegado la paz del Imperio, y movido y concitado los ánimos de algunos dél, y tomado las armas y dado causa á los robos, males y daños que en las mismas tierras del dicho Imperio la gente de guerra por ellos conducida ha hecho, y al daño é impedimento del comercio y trato, en violacion de la seguridad y libertad que así los mercaderes como cualesquiera otras personas que por él caminan y pasan deben tener. Y si el remedio, prevencion y provision desto es á cargo de su Majestad Católica, y si hay

alguna razon ni derecho que le obligue á dexar de asistir á la conservacion y defensa de sus Estados, y á la administracion de la justicia y á la seguridad de sus vasallos (á que está obligado y le es tan permitido) para excusar con tanto daño suyo que sus rebeldes y los fautores y valedores dellos, y los que injustamente le quieren ofender, tomen las armas, y dexar sus Estados turbados é inquietos, y sus rebeldes insolentes sin castigo, y sus vasallos naturales expuestos á la fuerza de quien los quisiere agraviar, porque no tomen las armas los que no las pueden ni deben tomar. Y como sea así, que los dichos daños é inconvenientes que en el público universal y en el Imperio se representan, no se puedan ni deban con ninguna razon ni color imputar á su Católica Majestad, caberle há mucha parte de dolor y pena, y asistirá en todo lo que sus fuerzas bastaren al remedio; y con esto entenderá haber satisfecho á lo que debe, y quedará su conciencia y su ánimo con quietud y seguridad.

»En lo que toca á la Majestad del Emperador y á lo que de su parte se representa del concepto y sospecha que algunos príncipes del Imperio han tenido de que él haya concurrido ó convenido en este modo de proceder que en los dichos Estados Baxos su Majestad Católica ha llevado, atribuyendo á su Majestad Cesárea la participacion deste consejo, y que desto ha resultado alguna manera de enajenacion de los ánimos de los dichos Príncipes, y el diminuirse y resfriarse el amor que le tenian, sinificando juntamente lo que desto de presente y para adelante puede suceder; en lo cual aunque es así que con mucho fundamento en otro género de negocios se podria y puede hacer este juicio, pues del estrecho deudo y amor y verdadera hermandad y union que en sus Majestades hay se puede bien inferir y presuponer la comunicacion de sus cosas, y la conveniencia y conformidad en ellas, empero en los presentes y de que agora se trata, bien se ha podido colegir y entender de lo que en el discurso deste negocio ha pasado, y deste último oficio que con interposicion de tanta autoridad con su Majestad Católica se ha hecho, haber sido y ser su Majestad Cesárea de diferente parecer; y que cuando fuera necesario quitar esta sombra y este escrúpulo de los ánimos de los dichos príncipes, estarán ya con razon satisfechos, y por el consiguiente cesará lo que aquí se dice ser derivado; y como con esto juntamente su Católica Majestad tenga por cierto que los dichos príncipes, desengañados de las falsas relaciones y sugestiones que se les han hecho, y entendida la verdad concurrirán en lo mismo, y aprobarán y tendrán por buena y justa la resolucion de su Católica Majestad, y que con esto la dicha sospecha se convertirá en más crédito, y en confirmacion de mayor amor de y á la persona de su Imperial Majestad. Y otrosí en cuanto á lo que justa y prudentemente considera los daños é inconvenientes de sus Estados y posteridad, puede causar la turbacion inquietud, desasosiego, y las guerras y movimientos que en el Imperio de pre-

sente hay, y adelante se teme habrá, y la ocasion que con esto el turco, enemigo tan poderoso y tan vecino, tomaria para invadir y damnificar sus Estados, como quiera que estos daños é inconvenientes (como ya está dicho) no se deben ni pueden en ninguna manera imputar á su Majestad Católica, ni serian á su cargo ni culpa; mas con todo eso, teniéndolos su Majestad Real, como los tiene, por tan propios suyos, y siendo la causa tan conjunta y tan una, no podria dexar de sentirlos y dolerle grandemente, como á quien le ha de caer tan en parte, y tendrá tanta razon y voluntad de asistir; y cuanto los dichos inconvenientes son mayores, tanto más obligan á prevenir y proveer en el remedio, el cual (en lo que toca al Imperio y quietud y pacificacion dél) á su Majestad Cesárea con su autoridad y gran prudencia, se espera no le será dificultoso.

»Y en cuanto á los daños é inconvenientes que de parte de su Cesárea Majestad se representan en el particular de su Majestad Católica, y en sus Estados y señoríos en que primeramente le reduce á la memoria lo que diversas veces le tiene advertido cerca del camino y término que á él le parecia, que en las cosas sucedidas en los dichos sus Estados Baxos su Majestad Católica habia de tener tan diferente del que ha llevado, le pone delante la turbacion, inquietud, peligro, trabajo y daños que de no haber seguido su consejo y haberse apartado de su parecer han resultado: su Majestad Católica ha entendido tan diversamente esta materia, y está tan satisfecho y persuadido que tomó la resolucion, y siguió el camino que para cumplir con lo que debe al servicio de Dios y á su reputacion y honor y á la conservacion de sus Estados debia seguir, que cuando así fuera que desto hubieran resultado los dichos inconvenientes y daños, y hubiera sido malo el suceso (aunque no pudiera dexar de dolerle mucho) tiene tanta fuerza la satisfacion de la propia conciencia y el haberse hecho y cumplido con lo que se debe, que ni se pudiera disuadir su Majestad Católica que su consejo no habia sido bueno, ni arrepentirse de haberlo tomado. Tanto más habiendo sido Dios servido de haber traido las cosas á tan buen término y dar en ellas tan buen suceso. Y entendiendo con esto juntamente que los inconvenientes y daños de la otra parte, y que se siguieran del otro camino, eran tanto mayores, que tiene por cierto su Majestad Católica fuera la total ruina de los dichos sus Estados Baxos, y con mucha quiebra de su honor y reputacion. Y como los consejos del Emperador sean enderezados al bien y beneficio de su Majestad Católica, como aquél se haya conseguido y consiga, tiene por cierto que su Majestad Cesárea tendrá por muy bueno el que se ha tomado.

»Y otrosí en cuanto al ódio, disidencia y mala satisfacion que se refiere ha causado y tienen algunos príncipes del Imperio del modo de proceder que su Majestad Católica ha tenido en los dichos sus Estados Baxos, y los tratos, juntas, ligas y otras inteligencias y confederaciones que en el dicho

Imperio ha habido, y se espera que habrá, y el fundamento que tiene el ayuda, socorro y correspondencia del príncipe de Oranges, y lo que en esta parte se puede y debe considerar, y lo que asimismo se dice y representa de que en el Imperio y por los príncipes dél se ha tratado y trata de estorbar y prohibir que su Majestad Católica no se pueda servir de la gente de guerra de la nacion alemana, especialmente de la caballería, y áun de llamar y revocar la que al presente reside en el exército de Flandres. Como la causa de su Majestad Católica sea en sí tan justificada y esté tan de su parte la razon y la justicia y la verdad, y por el contrario la pretension de sus rebeldes y valedores dellos tan injustificada y tan contra todo derecho divino y humano; y teniendo su Majestad Católica tanta y tan antigua naturaleza en el Imperio, y entre los príncipes dél tantos deudos y amigos, y la causa sea en sí no sólo justa, mas comun y de interese á todos por tocar (como toca) á la obediencia y fidelidad de los vasallos, que á los príncipes tanto les importa conservar, habiendo tantas más razones y obligaciones de asistir á la justa defensa de su Majestad Real que de ayudar á tan injustas armas, tiene por cierto que acerca de tales príncipes tendrá mucha fuerza la verdad y la razon y las dichas obligaciones, y que hallará siempre en ellos la buena amistad y correspondencia que á su causa y á su buena voluntad se debe, y su Majestad Católica dellos espera, y que con esto ni habrá de su parte que temer ni que prevenir. Y en cuanto al prohibir é impedir que no se pueda servir de la gente de guerra de Alemania, su Majestad Real no podrá jamas creer ni temer que nacion tan ilustre admita cosa tan en prejuicio de su libertad, facultad y áun utilidad, en cuanto á servir á los príncipes que les conduxeren para sus justas guerras y empresas, no siendo contra el Imperio, ni en ofensa dél, y tanto más á los que le son tan naturales como su Majestad Católica. Y que otrosí los dichos príncipes del Imperio (en tanta derogacion de su autoridad y natural facultad) hayan de ser impedidos de ayudar y asistir en causa tan justa y de tan comun interes á sus deudos y amigos y buenos vecinos; y mucho ménos creerá ni temerá su Majestad Católica que el Emperador, su buen hermano, siendo tan propio de su imperial oficio y dignidad el conservar la dicha libertad y el guardar á los Príncipes su derecho y facultad y el no dar lugar á tan exorbitante impedimento, haya de permitir tal cosa, ni que en su tiempo se introduxese en tanto prejuicio de su Majestad Católica una novedad tan injusta y de tan mal nombre y estimacion como sería dexar libertad á los rebeldes, malévolos y perturbadores de la paz pública, para que puedan levantar gente en el Imperio, y servirse y ayudarse della para ofender á su señor natural é invadir sus Estados, y estorbar é impedirla al Príncipe su supremo señor, y quitarla para su defensa, especialmente siendo como esto es tan notoriamente contrario y en violacion de la paz pública, y de lo contenido en los particulares tratados y confederaciones de los dichos Estados

Baxos con el Imperio, á cuya defensa y seguridad esto toca, y de la dicha nacion alemana (en quien siempre su Majestad Católica ha hallado tanta devocion y fidelidad) se entiende prevaler y servir siempre que la ocasion y la necesidad lo pidiere, y está muy confiado que pues ellos han hallado siempre y hallarán en su Majestad Católica tan buen acogimiento y tratamiento, le servirán y ayudarán como lo han acostumbrado, y que ni los príncipes lo impedirán, ni el Emperador, su buen hermano, dará lugar á tal cosa.

»Y en cuanto á lo que su Majestad Cesárea demas desto dice y advierte á su Majestad Católica que viniendo las cosas á estos términos y ocurriéndose á él, no podria faltar á su oficio imperial ni dexar de cumplir con lo que éste le obliga, en esto como su Majestad Católica entienda que el verdadero oficio imperial y la obligacion que por esta causa tiene en tal caso, consiste en favorecer la causa justa y asistir al que la tiene y en reprimir la insolencia de los malos y rebeldes y castigar los sediciosos y turbulentos y en no permitir ni dar lugar en ninguna manera á que aquellos sean validos ni ayudados, ni se junten entre sí, ni puedan juntar armas ni fuerzas los dichos rebeldes y malévolos en perturbacion de la paz pública, y para invadir y ofender á sus propios señores, no sólo tendrá su Católica Majestad por buena la interposicion de este su oficio y autoridad imperial, mas la deseará y procurará, siendo cierto que aquella no puede dexar de ser en su bien y beneficio, y para su ayuda y asistencia, principalmente concurriendo con esto el amor y la voluntad, que como tan verdadero hermano el Emperador le tiene, la cual en todo lo que justamente se pudiere hacer, guiará y encaminará sus acciones al beneficio de su Majestad Católica, y á estorbar é impedir á los que le quisieren damnificar y ofender injustamente.

»Y en cuanto á los males y daños que los Estados Baxos y los súbditos y vasallos dellos se dice han recebido y recibirian adelante de las guerras que su Majestad Católica debe excusar, y á lo que se puede temer en las ocasiones de la mala satisfacion de sus ánimas, y á la cuenta y consideracion que se debe tener con la que tomarian los vecinos y comarcanos, ofreciéndose el caso de que su Majestad Cesárea con tanta prudencia y amor le advierte, lo que su Majestad Católica tiene en esto que decir (despues de dar á su Imperial Majestad muchas gracias) es, que en el discurso y progreso del gobierno de los reinos y estados de su Católica Majestad (entendiendo cuanto sea á Dios acepta y al mundo todo conveniente la paz, quietud y concordia, y los males y daños que de las guerras en lo público de la Cristiandad y en el particular de sus Estados se sigue, y por ser muy conforme á su natural condicion é inclinacion) la ha siempre deseado y procurado, y ha tenido principal estudio y cuidado y fin á ella, y que ni á sus vasallos ha dado ocasion alguna de turbacion ni desaso-

siego, ni á sus vecinos y comarcanos, ni á otros algunos de injuria ni ofensa, y que aunque se ha defendido y se ha de defender de la que en cualquier manera contra su Católica Majestad se intentase, y se ha de oponer con sus fuerzas contra los que le quisieren invadir ó damnificar, espera, con el ayuda de Dios, gobernar á sus vasallos tan en justicia y razon, y tener con sus vecinos tan buena amistad y correspondencia, que ni los súbditos tengan la mala satisfacion que se representa, ni los vecinos y comarcanos justa ocasion de molestar ni perturbar á su Majestad Católica, y que con esto los unos estarán quietos y los otros satisfechos.

»Esto es lo que á su Majestad Católica ha parecido responder á lo que el serenísimo Archiduque, su primo, le ha propuesto y representado de parte del Emperador su hermano, en lo tocante á los dichos Estados Baxos, y estimará su Católica Majestad grandemente (por lo que desea complacer y satisfacer á su Majestad Cesárea y á los electores, príncipes y órdenes del Sacro Imperio, principalmente habiendo tomado para hacer este oficio medio de tanta autoridad y tan acepto á su Majestad Católica, como ha sido la venida de Su Alteza) que la materia y negocios de que se trata fueran de calidad en que pudiera (sin tan grandes inconvenientes y sin contradecir al testimonio de su propia conciencia) condecender en lo que se le ha pedido, y concurrir en lo que en esta parte se le ha representado. Y con esto quedará juntamente su Majestad Católica con mucha pena y cuidado, si no estuviera tan satisfecho de su razon y de la fuerza y lugar que ésta tendrá acerca de su Majestad Cesárea, que no sólo esto no causará escrúpulo ni impedimento alguno en su verdadero amor y ánimo, mas que asimismo convendrá y aprobará la determinacion y resolucion de su Majestad Católica, y que el dicho Serenísimo Archiduque en esta parte, como tan cristiano y católico Príncipe (correspondiendo al grande deudo y amor que entre sí tienen), hará tal oficio con su Majestad Cesárea y con sus ilustrísimos electores y príncipes del Imperio, que todos quedarán enteramente satisfechos, así del buen ánimo é intencion de su Majestad Católica, como de la justificacion de su causa y acciones, cuya autoridad y aprobacion no podrá dexar de ser para su Majestad Católica de mucha satisfacion y contentamiento.»

Con estas respuestas el Cardenal de Guisa acariciado y bien satisfecho caminó á Francia, y el Archiduque á Barcelona á embarcarse en las galeras, que para este efeto el Rey hizo traer á Juan Andrea Doria. Dióle cien mil ducados de ayuda de costa, librados en las tesorerías de Italia para el viaje, y con muchas honras y satisfaciones le envió tan contento y á su devocion que siempre le correspondió con los hechos de verdadero amigo y gran católico, á que ayudaba su buena correspondencia y obras. Desembarcó en Liorna, y visitó en Italia las Duquesas sus hermanas, y por la vía de Venecia llegó á Alemania. El Emperador con esta embaxada satisfizo

los príncipes protestantes y órdenes del Imperio, y ocupados en hacer aprestos en favor de los huguenotes de Francia se divirtieron, para no tratar con tanto ahinco como ántes de la restitucion del Príncipe de Oranje, y de sus secuaces rebeldes de Flandres, con que en aquellos Estados se vivia en quietud. Y así el Duque de Alba, habiéndose reducido las diferencias con Inglaterra á ser negocio de hacienda, é interesados en él muchos particulares, cuya declaracion pendia del tiempo, envió á suplicar al Rey Católico fuese servido de darle licencia para ir á España á descansar su edad y reparar su poca salud; pues el tiempo de justicia pasó, entrase la misericordia allí usando de su propia y acostumbrada clemencia con perdonar tanto número de hombres como por haberle deservido andaban fuera de los Países por diferentes provincias acabándose de perder. El Rey suspendió el darle la licencia, y para el perdon en lo tocante á la religion habia pedido Breve al Pontífice con este cuidado, y le envió amplísimo para admitir y reconciliar los que se apartaron de la fe católica, que profesa y tiene la Iglesia romana. Envióle el Rey con perdon igual en la amplitud y benignidad para todos los que se rebelaron en las pasadas alteraciones, eceptando la casa de Nassau y otros que á la quietud de los pueblos convenia tener ausentes, pero los eceptados le hicieron ménos bien recebido y solenizado, y muy odiado y desestimado al referille con rumores de menosprecio. Publicóse en Ambers con gozo universal de todos, y así entró gran muchedumbre de naturales en los Estados delincuentes, que el miedo de las leyes, por su flaqueza, hizo salir de sus casas.

CAPÍTULO XXVII.

Abdalla, hermano de Aben Humeya, en Constantinopla da su embaxada y su efeto.

Abdalla, hermano de Aben Humeya, en Constantinopla dió su embaxada y presente á Selin y á los baxaes de la Puerta tibiamente recebída. Tenía muy de atras en el ánimo la empresa que descubrió contra venecianos en Cipro y contra el Rey de Túnez en Berbería, y como no le convenia dividir sus fuerzas, le importaba que las del Rey de España estuviesen repartidas y ocupadas. Los Embaxadores lloraron su opresion y mal tratamiento, con que forzados se rebelaron y pedian ayuda, mezclando ruegos y consejos, y desestimando el poder de D. Filipe daban grandes esperanzas, si el Gran Señor enviase su exército y armada en poniente, de que en breve tiempo y sin riesgo se apoderarian de toda España, en que le servirian los

granadinos con fidelidad y obras, entregándole el puerto de Cartagena. Con buenos principios le daban la introducion, que en el comenzar las empresas, y meterse á cosas grandes fue siempre de importancia: tanto más por haber sesenta mil moros armados en la sierra, sin los del reino de Valencia y Aragon, oprimidos del temor, mas á la venida de su armada se rebelarian. Daba para todo buena disposicion el ocupar un reino, mantenerse en los lugares fuertes donde esperar el socorro. Entrando á reinar los otomanos hacen jornada para aumentar el Estado, y algun almarato ó hospital con mezquita acogida de caminantes, y seminario donde hacer los muchachos sabios y religiosos en la secta de Mahoma. El dinero para la fábrica es de alguna provincia nuevamente conquistada. Selin, no cediendo á sus mayores, edificaba con magnificencia un suntuoso hospital en Andrinópoli. Viendo la obra, le dixo el Mosfti, cabeza de su religion, conquistase, emulando el exemplo de sus abuelos, á Cipro, y le aplicase sus rentas. Prometió hacerlo, y con gusto acetó su advertencia, diciendo: «Era de Dios inspirado para disculparse de la quiebra del juramento que hizo poco ántes de guardar á los venecianos la paz y sus condiciones de su padre, con real constancia mantenidas.» Mahamet y Mustafá, baxaes, por secreta emulacion y enemistad encontrados, encaminaban sus intentos, inclinados al parecer al público bien y dignidad del Estado, y más á su interes particular. Mustafá enderezaba la guerra á Cipro, lisonjeando á Selin, Mahamet á España en favor de los moros de Granada, para enviar á ella á Mustafá, y apartarle de la Córte y trato doméstico de su señor, porque su privanza le desvelaba y ofendia.

Fue Mahamet de gran prudencia, consejo, reputacion y favor de Soliman por sus buenos servicios, y de Selin, porque habiendo muerto su padre en el sitio de Ceget, en Hungría, asegurando la sucesion con maravillosa fidelidad y consejo, encubrió su muerte, mostrándole astutamente como vivo al exército, hasta que hizo venir secretamente á Selin y saludarle por señor en Belgrado. Parecióle buena ocasion para disuadir la jornada contra venecianos sus amigos, con emulacion y deseo de que Mustafá que la persuadia no prevaleciese; y un hombre que tan poco habia que ascendió de belerbey de Damasco á general, por la opinion de valor en la guerra, y los beneficios que dél recibió Selin en su privada fortuna, por estar unido con Piali Baxá, atropellase su autoridad, determinó favorecer la peticion de los moros de España. Con astuto ingenio juzgó que por haber estos baxaes ganado con grandes dones y ruegos al Mosfti, aconsejó la guerra contra Cipro, empresa de gran peso y dificultad. Mosfti llaman los turcos al que en las cosas sagradas tiene el supremo oficio, á cuyas palabras (como tocado de inspiracion divina) dan tan grande crédito que jamas comenzaron cosa de importancia ó dificultad, sin tomar consejo de sus respuestas como de oráculo. Hizo que los moros de Granada, postrados

á sus pies, le pidiesen misericordia, y la ayuda de Selin con lágrimas y ruegos, y con mayores dones y razones le persuadió hablase de nuevo á su señor, conforme á su intento. Díxole el Mosfti, que los dias pasados, inorando el movimiento de Granada, le confortó para hacer la guerra á Cipro, mas sería mayor servicio de Dios el volver el cuidado y trabajo en ayuda de los moros de España, y no abandonar obra tan de caridad y más agradable á la divina Majestad. No mudó este segundo consejo el ánimo de Selin, arrebatado del contrario deseo. Resolvió Mahamet, fiando en su gracia, autoridad, servicios y elocuencia, en hablar á Selin, y así le dixo en sustancia estando á caballo, segun el uso de aquella Puerta ó Córte y Casa Otomana:

«Que sus mayores con grandes y memorables hechos en la guerra »buscando las ocasiones para ella en los principios de su Imperio con que »aumentar su estado y dignidad, enderezaban sus consejos á la grandeza, »á la gloria, á las cosas altas y magníficas, ilustrando el nombre turquesco, »en su orígen escuro y engrandeciendo el señorío. Señalóse más en esto »su glorioso padre, digno de la inmortalidad y nombre de Augusto, por »los muchos reinos que aumentó y los triunfos que habia alcanzado; le »fuese superior humillando la casa de Austria. Venceria con ménos gloria »á los venecianos, siendo contra su grandeza quebrar los conciertos hechos »tan poco habia con ellos, confirmados con su juramento y real palabra. »Era digno de la majestad turquesca el crecer con la ocasion gloriosa ver»daderamente que se ofrecia, de mayor facilidad y fruto, que sin vergüen»za ó ignorancia no se podia dexar, para aniquilar la corona de España, »sobre cuyas fuerzas estribaba principalmente la cristiandad. Pues en la »guerra de Cipro la despreciada religion y violada fe con los frescos capí»tulos de la paz hecha, harian dudosos los pensamientos y esperanzas, dis»putando si su padre Soliman con más claro fin terminó el curso de su vida, »celebrado con perpétuo aumento de gloria, ó su hijo con más torpe prin»cipio tomó alabanza en su primer Imperio. Por la conquista de España »le subiria la fama ilustre al cielo, y pondria el dominio de Europa en sus »manos, empresa rica y de espléndido nombre, odiada de todos los prín»cipes y más de Francia por agravios y daños recebidos con ódio implaca»ble, amigo de la Casa Otomana, y daria ayuda á sus armas, con que iba »á vengar injurias de moros y de cristianos, llamado de los malcontentos, »forzados á acomodar su conciencia con la del rey Filipe. Le servirian los »moros de Valencia, los de Aragon, los de Castilla, que en sus entrañas »criaban para sus soldados, y tomarian las armas en mostrándoseles las pri»meras velas suyas, que llamaban y deseaban: y así no los debia desampa»rar sin hacer gran yerro en la guerra, tener nota en la infamia por el me»nosprecio de la ocasion y religion. Allí quedaba Cipro siempre que la »quisiese acometer; aunque los turcos nunca tomaron empresa de poca

»importancia, ni ocuparon pequeñas plazas, no comprehendida en ella; »porque de su consecuencia como de sí mismas penden las menores cosas »del Estado, que siguen infaliblemente como accidentes y calidades inse- »parables á los primeros errores. Acometiese á España movido de indigna- »cion, justicia, reputacion y exemplo de sus mayores. Si acometia á Ci- »pro, el rey Filipe en defensa de sus Estados juntaria sus armas con buen »consejo con las de Venecia y potentados de Italia, para ofenderle en sus »mares, los que no le habian ofendido. En España guerrearia árbitro sin »oposicion de liga, y aquel consejo debia ser antepuesto siempre y execu- »tado, que estaba en la propia facultad; y pasada la ocasion no se podia »recuperar, y dexaria pesar inacabable y falta de reputacion. Era el pensa- »miento de España echar la ley de Mahoma del mundo, forzando los mo- »ros á renegar de su fe, y le debian mover sus lágrimas, su menosprecio, »las ofensas hechas á la Casa Otomana. Los venecianos le reverenciaban, »cuya amistad juró; acometerlos y dexar á su mayor enemigo triunfar de »su ley, era debilidad y poco espíritu, pues estaba España sin armas, di- »nero, gente prática, con tantos enemigos dentro como fuera. La empresa »de Cipro era pequeña, baxa, difícil, incierta, peligrosa y de mal pronós- »tico por injusta, en que se venceria con mayor ignominia y vergüenza »que gloria ni ganancia, dando principio á su reinado con hacer desprecia- »ble el nombre turquesco, espantable al orbe, y perderia la reputacion con »que las monarquías principalmente se mantienen, y que sus mayores con »tantos trabajos y derramamiento de sangre ganaron poco á poco, y violar »la fe y la religion en el juramento comprehendidas, cosa que ninguna »nacion tan bien como la suya reverenciaba y guardaba.»

Acabó Mahamet, Selin pidió su parecer á Mustafá, y vuelto á él con agradable aspecto, le dixo en sustancia:

«Era cierto que al útil y honor se habian de encaminar las deliberacio- »nes de las cosas grandes, pero se debian abrazar las resoluciones de las »empresas que, no ecediendo á las fuerzas, se pudiesen llevar á perfecion: »en el deseo eran iguales, no en el acometer y dar fin á lo emprendido. »Con la osadía acompañada con buen consejo sus mayores ganaron la »gloria inmortal y el imperio inmenso, no precipitando su reputacion, con- »sejo y exércitos. Esto queria Mahamet que hiciese, dexando la conquista »de Cipro por la de España llamado de los granadinos, ocasion de estimar, »por estar la belicosa provincia sin armas, sin fuerzas, sin soldados. Le »abrian la puerta que cerraba el mar, el cielo, la naturaleza de las cosas in- »superables. Cuando todo sucediese bien, la guerra sería larga, menestero- »sa de refuerzos, de mucha gente, dineros, municiones, que si no llegaban »á tiempo, como era lo más cierto, por la navegacion larga, incierta, »trabajosa, no serian de provecho, y un punto daba y quitaba una empre- »sa y arriesgaba las cosas grandes. Para esto, el paso del mar habia de estar

»seguro, desembarazado, sin tempestades que está á disposicion del cielo, »del aire, de las ondas, no siendo sus armadas privilegiadas de desgracias y »borrascas, llevando la esperanza al cabo de Europa, sabiendo que los tur»cos enferman y se consumen alargándose de sus tierras con la mudanza »de clima. Tenian á Cipro á la vista de sus puertos y provincias, de breve »paso para ella, á España tan apartada para hacer jornada, que sería for»midable á la cristiandad, especialmente á franceses, sus confines, que por »su conservacion (no teniéndose por seguros de la fe y armas turquescas y »vitoriosas cercanas á sí) se unirian necesariamente con los españoles. Te»nía su Rey fuerzas para sustentar sus Estados en mar y en tierra, y se val»dria brevemente dellas por el buen número de galeras que sustentaba, y »sería ayudado contra Selin asimismo de los príncipes italianos y alemanes, »con que si España estuviera débil sería fortísima, y no defenderán á Ci»pro, isla apartada y á ellos de ningun provecho. El hacer salto en las em»presas es cuando no se guarda la contigüidad y confianza de los Estados, »y se dexa al enemigo detras que puede atravesarse, cortar el camino ó »tener asediado ó estrecho ó impedido al que pasa, y salta de una provin»cia á otra inconsideradamente, y tan léxos que su gente si arriba donde »se ha de obrar está sin vigor, inútil por la largueza del camino, distancia »de las provincias, diversidad de climas, mudanza de aire, incomodidades, »miserias tales, que aún no se puede dar principio á la empresa, como »acaeció á los Emperadores y á los Reyes de Francia y de Inglaterra en la »de Jerusalen. Por eso nuestros mayores en su aumento y conservacion, »gloriosos por sagacidad y vigilancia, no induxeron á su señor á empresa »indiscreta y léxos, mas caminaron pié á pié de provincia en provincia, »consumiendo siempre sus confines; y de allí vino la prosperidad de tantas »vitorias. Los moros de Granada se perdieron de sí mismos, y ayudar á »locos no convenia; si con temeridad tomaron las armas sin que Selin lo »supiese, llevasen la pena de su locura. No se perdia reputacion en dexar »á ciegos y moros, por cuyo remedio no se habia de emprender jornada »de tanta costa, peligro, trabajo, aventurar las armas tan claramente. Su »padre Soliman conquistó á Rodas, isla pequeña, con gloria y nombre cé»lebre; no era ménos Cipro que Rodas, ni Selin más que su padre. Al »presente el quebrar el juramento tenía fácil salida por las injurias de ve»necianos hechas, grandes respeto de su majestad y dignidad. Y aunque se »pudieran satisfacer por embaxada, no á los que buscan ocasiones de hacer »guerra, para cuya razon basta aparente título, segun la costumbre de los »que gobiernan Estados. No serian los primeros que metian en uso lo con»trario. Volviese los ojos á las cosas útiles, pues aquélla tiene razon que al»canza vitoria; y justicia y razon fueron siempre colores que se proponen »á la honrosa guerra, y se echan por tierra dignamente por su causa cuan»do ha de ser útil y gloriosa.»

Prevaleció este parecer de la perversa inclinacion de Selin, que no cabia en su ánimo angosto el nombre de la gran conquista de España, ni el deseo profundamente formado en su codicia vil podia por algun camino ser bien satisfecho. Dió la ocasion de Granada cubierta al aparato de armas contra Cipro encaminado, volviendo los ánimos á la empresa de España, para que los venecianos no previniesen con diligencia su defensa. Fueron despachados los Embaxadores granadinos con esperanzas y cartas para el virey de Argel Aluch Alí. Éste, prevenido contra el reino de Túnez, envió en señal de su promesa algunos turcos á sueldo de Aben Humeya. Los venecianos en vida de Soliman sospechaban este rompimiento del fortificar, artillar, guarnecer lugares en la costa de Caramania, cercana á Cipro, y enviaron á ponerla en defensa á Julio Soborgnano, prático en las fortificaciones y en sitiar y campear en la guerra. Fue cercando la ciudad de Nicosia con muralla guarnecida de seis grandes baluartes, que en perfecion la hicieran casi inexpugnable por arte y sitio llano, apto para toda fortificacion, aunque con algunos padrastros.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Dedicatoria á S. M. el Rey D. Alfonso XII.	v
Prólogo de esta edicion.	vii
Dedicatoria del autor al príncipe D. Felipe, nieto de Felipe II.	xv
Á estos reinos juntos en Córtes.	xvii
Libro primero.—Proemio.	1
Capítulo primero.—Nacimiento y crianza de don Filipe.	3
Cap. II.—Don Filipe es jurado Príncipe en Aragon, y consúltase sobre su casamiento, y se efetúa con la Infanta de Portugal.	6
Cap. III.—Viaje que hizo D. Filipe á Flandres.	13
Cap. IV.—Casa D. Filipe en Inglaterra, y sucesos en ella.	17
Cap. V.—Viaje de D. Filipe, y lo que le sucedió en su casamiento, y reduccion de la Isla á la obediencia de la Iglesia.	23
Cap. VI.—Absuelve el cardenal Polo á los ingleses.	28
Cap. VII.—Renuncia el Emperador la Monarquía en D. Filipe.	33
Cap. VIII.—El estado que tenía el mundo y la monarquía de España cuando entró en ella D. Filipe II.	40
Cap. IX.—Prosigue la materia.	44
Cap. X.—Lo que pasaba en Inglaterra en este tiempo.	51
Proemio al libro II y á los demas de este volúmen	53
Libro II.—Contiene la guerra que tuvo don Filipe con los sobrinos del pontífice Paulo IV y con los franceses sus coligados.	57
Capítulo primero.—Hace liga el pontífice Paulo IV con el Rey de Francia y Duque de Ferrara contra el Rey Católico.	57
Cap. II.—El Pontífice persigue los amigos del Rey Católico, y enojado prende al Cardenal de Santaflor.	61
Cap. III.—Pasa á gobernar á Nápoles el Duque de Alba. Redúcense los Farneses al servicio del Rey Católico.	64
Cap. IV.—Los franceses persuaden la guerra al Pontífice, y algunos Cardenales la contradicen.	69
Cap. V.—Pónese demanda al Rey Católico por el reino de Nápoles, y la justificacion de su derecho se escribe.	75
Cap. VI.—Avisa el Rey á la Princesa, su hermana, el estado de las cosas con el Pontífice y lo que debe hacer; y en España la escriben su parecer.	79
Cap. VII.—En París se disputa sobre hacer el rey Enrique guerra al Católico, y se discurre en su resolucion.	83
Cap. VIII.—Júntanse los sectarios en Francia, y el Rey despacha su exército para Italia.	90
Cap. IX.—El Duque de Alba se aconseja sobre la guerra.	95
Cap. X.—Selarraiz trata de conquistar á Orán, y descríbese y Africa.	98
Cap. XI.—Viaje del Emperador á España y entrada en Valladolid.	104
Cap. XI (bis).—Hace el Duque de Alba la guerra en Campania.	106
Cap. XII.—Los capitanes del Pontífice fortifican á Roma y tratan que el pueblo acuda á ello.	109
Cap. XIII.—Tratan los ministros del Pon-	

BIBLIOTECA NACIONAL

Páginas.

tífice de la paz y sin efeto; y el Duque de Alba prosigue la guerra. 113
Cap. XIV.—El Duque de Alba prosigue la guerra. 116
Cap. XV.—El Duque de Alba combate á Ostia. 118
Libro III.—Contiene la infeliz entrada y salida de los franceses en Italia con el Duque de Guisa, y la guerra entre los Reyes Católico y Cristianísimo en Picardía. . . 123
Capítulo primero. 123
Cap. II.—El Rey Católico en Flandres se aconseja sobre el hacer la guerra en Italia, y los potentados refuerzan sus presidios. . 125
Cap. III.—Desde Turin baxa en Italia el exército francés y sus efetos. 129
Cap. IV.—Acabado el término de la tregua, los Carrafas cobran los lugares que habian perdido, y á Ostia y el fuerte. 132
Cap. V.—Toman los capitanes del Pontífice á Vicobaro; el Duque de Alba envia á Marco Antonio Colona á la defensa de Campania, y el de Ferrara sitia algunos lugares y trata con los franceses de emplear las fuerzas. 134
Cap. VI.—El cardenal Carrafa y el Duque de Guisa tratan sobre su entrada mejor en el reino, y quéxase Guisa del Pontífice y del cardenal Carrafa. 138
Cap. VII.—Pide el Duque de Guisa al de Florencia entre en la liga: el de Ferrara va á Venecia; en Piemonte Termes ocupa á Valfenera. 140
Cap. VIII.—El Conde de Alcaudete para conquistar á Mostagan se confedera con el Xarife y con los Meliones, y en Valladolid persuade la empresa. 142
Cap. IX.—El Duque de Guisa se acerca al reino y sitia á Civitela, y va el de Alba al Abruzo. 143
Cap. X.—El Duque de Alba viene al socorro de Civitela; el Conde de Brisac sitia á Cunio; el Duque de Ferrara asegura su Estado. 149
Cap. XI.—El Duque de Alba camina al socorro de Civitela: continúa el sitio Guisa; Marco Antonio Colona aprieta á Paliano. 153
Cap. XII.—El Duque de Alba sigue á los franceses que se retiran, y trátase en su Consejo sobre dar la batalla. 156
Cap. XIII.—El Duque de Guisa pasa con buen órden el rio Tronto, y el de Alba le sigue y gana algunos lugares. 158
Libro IV.—Contiene la guerra que hizo el rey D. Filipe al rey de Francia D. Enrique II: prosigue la comenzada con el Pontífice hasta que hizo la paz con el Rey Católico, y D. Filipe con el Rey de Francia. 165
Capítulo primero. 165
Cap. II.—Lo que pasaba en España en este tiempo. 167
Cap. III.—Prosigue el Rey Católico en levar gente para la guerra de Francia, y rómpela por todas partes. 171
Cap. IV.—El Rey Católico nombra oficiales para su exército, señala plaza de armas, manda hacer la guerra al Pontífice y á Ferrara. 173
Cap. V.—El Duque de Saboya va con el exército á Champaña y sitia á San Quintin. 179
Cap. VI.—El Rey de Francia viene con su exército á las fronteras; entra en San Quintin el Almirante y bátela el Duque de Saboya. 181
Cap. VII.—Viene á socorrer á San Quintin el Condestable de Francia con todo el exército, y queda vencido y preso. . . 183
Cap. VIII.—El exército del Rey Católico prosigue el sitio de San Quintin, y el Rey Cristianísimo refuerza sus presidios. . . 186
Cap. IX.—El Duque de Saboya bate á San Quintin y éntrala por fuerza. 189
Cap. X.—Consultan á D. Filipe sobre la guerra en España; elige Arzobispo de Toledo y envia al maestro Gallo á Alemania. 191
Cap. XI.—Inclínase el Pontífice á la paz: el Duque de Alba para reducille da muestra de asaltar á Roma. 195
Cap. XII.—Propónense condiciones para la paz, y efectúase entre el Pontífice y Rey Católico. 197
Cap. XIII.—El Rey Católico ocupa á Jatelet y Ham. 200
Cap. XIV.—El Baron de Polevile con exército entra á recuperar á Saboya con poco efeto; los franceses por Italia van á Francia. 202
Cap. XV.—Prosigue la guerra contra los franceses en Córcega para restituirla á los genoveses, y D. Juan de Figueroa en Lombardía, y el Duque de Parma contra el de Ferrara. 204
Cap. XVI.—Envia el Pontífice al cardenal Carrafa á Flandres para tratar la paz entre los reyes Filipe y Enrique, y ellos tratan de hacer la guerra. 208
Cap. XVII.—El Duque de Guisa sitia y toma á Cales. 211
Cap. XVIII.—Sintió mucho la Reina de Inglaterra la pérdida de Cales: los france-

Páginas.

ses conquistan las plazas del condado de Guines. 214
Cap. XIX.—Llega el Duque de Alba á Flandres, y el Rey Católico recompensa á los Carrafas y no aceptan. 216
Cap. XX.—La armada de Soliman viene á Italia á instancia de franceses; su viaje y efetos. 219
Cap. XXI.—Mos de Termes entra en Flandres y viene á batalla con el Conde de Egmont, y es vencido. 222
Cap. XXI (bis).—La armada de Inglaterra y Flandres acomete la Normandía y Bretaña; la del turco vuelve á levante y toma á Tripol de Berbería. 226
Cap. XXII.—Lo que pasaba en Piemonte y Lombardía en el mismo tiempo. . . . 228
Cap. XXIII.—Alcanza licencia para hacer la jornada de Mostagan, y la dispone el Conde de Alcaudete. 231
Cap. XXIV.—Llega el Duque de Sesa á Milan, sale en campaña, cobra algunos lugares. 237
Cap. XXV.—Trátase de hacer la paz entre los Reyes Católico y Cristianísimo, y en España se hace castigo de los herejes. . 242
Cap. XXVI.—El Rey Católico celebra las exequias del Emperador en Bruselas. . 246
Cap. XXVII.—Sucesos en Inglaterra despues de la muerte de la reina María. . . 248
Cap. XXVIII.—Conclusion de la paz entre los dos reyes, y sus condiciones. . . . 250
Cap. XXIX.—Lo que en Francia pasaba, y el desposorio de madama Isabel con el Rey Católico por poder, y muerte del rey Enrique II. 255
LIBRO V.—Contiene lo que dispuso el Rey Católico en Flandres para su venida á España, su casamiento, muerte y eleccion de Pontífices, y cómo dispuso su gobierno, y el juramento del Príncipe y la jornada de los Gelves. 261
Capítulo primero.—La consistencia de los Estados de Flandres. 261
Cap. II.—Previene el Rey Católico su partida para España, y dispone á Flandres y su conservacion. 266
Cap. III.—Flandres tenía Inquisicion pontifical extraordinaria desde el año 1522. . 270
Cap. IV.—Muere el pontífice Paulo IV: el Rey Católico junta las Córtes en Toledo: hace ley para la reformacion de los moriscos. 277
Cap. V.—El Rey Católico resuelve el hacer jornada para recuperar á Tripol; la prevencion para ella y la de Dragut para su defensa. 280
Cap. VI.—En Roma eligen Pontífice; el Rey Católico recibe las bendiciones nupciales y hace la Reina entrada en Toledo. . . 285
Cap. VII.—El órden con que fue jurado el príncipe D. Cárlos en Toledo. 288
Cap. VIII.—Pérdida del armada cristiana en los Gelves. 292
Cap. IX.—Prende Pío IV al cardenal Carrafa y á su hermano, y el Rey Católico asienta su córte en la villa de Madrid. . 297
Cap. X.—Discordias de Francia y mudanza de religion, y el cuidado que daba al Rey Católico. 298
Cap. XI.—Prosiguen las alteraciones de Francia hasta conjurar contra el Rey, y el Católico envia embaxada. 301
Cap. XII.—Piali sitia el castillo de los Gelves, y defiéndele bien D. Alvaro de Sande. 303
Cap. XIII.—Lo que más sucedió en este sitio hasta que se perdió el castillo. 306
Cap. XIV.—El Duque de Florencia va á Roma; el Pontífice se determina á convocar el Concilio de Trento. 309
Cap. XV.—Tratan en Francia de hacer la guerra fuera de ella; el Rey Católico se aconseja sobre ello y los franceses de tomar las armas. 312
Cap. XVI.—El Duque de Vandoma pide al Pontífice trate se le restituya á Navarra por la corona de España, y lo que se le respondió y se hizo. 315
Cap. XVII.—El órden y manera con que comenzó á gobernar los reinos el Rey Católico. 318
PROEMIO á la historia de las guerras que hizo en Flandres el rey D. Filipe II contra sus rebeldes y apóstatas, que comienzan en este libro VI. 327
LIBRO VI.—Contiene el orígen de la rebelion de Flandres, guerras civiles de Francia, ayudas que dió á sus reyes el de España, la celebracion del Concilio en Trento, las diferencias en él entre los Embaxadores de España y Francia sobre la precedencia; fundacion de San Lorenzo el Real; sitio del Virey de Argel á Orán; conquista del Peñon, el cerco y combate á Malta de Soliman, señor de los turcos. 333
Capítulo primero.—Principio de las alteraciones de Flandres. 333
Cap. II.—El Rey Católico envia embaxada

Páginas.

á Francia pidiendo el remedio de la religion, y despacha los prelados de su señorío para ir al Concilio. 339
Cap. III.—Júntase el Concilio en Trento, y lo que pasaba en esta Junta. 342
Cap. IV.—Lo que en este tiempo pasaba en Francia y en Flandres entre los católicos y herejes. 345
Cap. V.—De una caida estuvo mortál el príncipe D. Cárlos, y sanó por intercesion de San Diego; y del aumento de algunas religiones de España. 348
Cap. VI.—Rompen la guerra los huguenotes ayudados de la Reina de Inglaterra. . 351
Cap. VII.—Combaten los católicos con los huguenotes, y vencen. 354
Cap. VIII.—Desarma el rey Filipe los moriscos del reino de Valencia y piérdense las galeras en la Herradura; y en Francia sitia el Duque de Guisa á Orliens y se hace la paz con los rebeldes. 356
Cap. IX.—Hascen Baxá, virey de Argel, intenta jornada contra Orán y Marzaelquivir. 359
Cap. X.—Previene el Rey el socorro á Orán y los turcos baten á Marzaelquivir. . . 364
Cap. XI.—Funda el Rey el insigne Monasterio de San Lorenzo el Real de la Victoria. 370
Cap. XII.—Previene el Rey Católico el socorro de Orán, y los turcos prosiguen sus baterías. 373
Cap. XIII.—Socorre D. Francisco de Mendoza á Marzaelquivir, y los turcos huyen. 382
Cap. XIV.—El Cardenal de Lorena entra en Trento; prosíguese el Concilio hasta su fin, y la diferencia entre España y Francia sobre el primero lugar. 385
Cap. XV.—Envia el Rey sus galeras á la recuperacion del Peñon de Velez, y sin efeto. 394
Cap. XVI.—El Rey Católico tiene Córtes en la Corona de Aragon; confirma el Pontífice el Concilio de Trento; trátase en Roma sobre la concurrencia de los embaxadores de España y Francia. 396
Cap. XVII.—Escribe el Rey lo que se debia hacer en Flandres, y el Cardenal de Granvela sale del Gobierno. 399
Cap. XVIII.—Conquista el Rey Católico el Peñon de Velez de la Gomera. . . . 403
Cap. XIX.—Júntanse los flamencos á tratar de su rebelion, y la resuelven. 410
Cap. XX.—Soliman, señor de los turcos, dispone la conquista de Malta; viene D. Antonio de Portugal á Castilla, y el Rey Católico provee á D. García de Toledo por virey de Sicilia. 412
Cap. XXI.—La armada del turco viene á Malta, y sus efetos. 417
Cap. XXII.—Pide D. Filipe al Rey de Francia el cuerpo de San Eugenio, arzobispo de Toledo. 420
Cap. XXIII.—Las vistas de los Reyes de Francia con la reina de España Doña Isabel en Bayona. 423
Cap. XXIV.—Llega la armada turquesca á Malta y desembarca su gente y sus efetos. 426
Cap. XXV.—Los turcos prosiguen los combates y batería de los castillos de San Miguel y Santángel, y los defensores se mantienen gallardamente. 433
Cap. XXVI.—Sitian los turcos el burgo y el castillo de San Miguel, y D. Juan de Cardona desembarca la gente del socorro. . 438
Cap. XXVI (bis).—Suceso notable al alcaide de Melilla con los moros de su frontera. . 445
Cap. XXVII.—Don García de Toledo resuelve el llevar el socorro á Malta, y furiosamente la combate Mustafá. 450
Cap. XXVIII.—Don García sale al mar y echa la gente en Malta, y los turcos vencidos se embarcan. 454
LIBRO VII.—Contiene la sucesion en el Pontificado de Pío IV á Pío V, y que los flamencos se declaran en favor de la herejía y rebelion, y el Rey Católico trata de su castigo: los moriscos de Granada resuelven su levantamiento: echa los franceses de la Florida el rey Filipe; puebla las Filipinas; forma el Archivo de Simancas; reforma las órdenes mendicantes de España. 461
Capítulo primero.—Sucede en el pontificado Pío V: previene el Rey Católico el socorro de Malta, y los flamencos se rebelan. 461
Cap II.—Trátase en España de reformar á los moriscos de Granada, y los flamencos prosiguen en su rebelion. 468
Cap. III.—Venida de la armada del turco á Italia; nacimiento de la infanta Doña Isabel; prosecucion de las alteraciones de Flandres. 472
Cap. IV.—Vienen á la córte los Embaxadores de Flandres; lo que traian en comision y se hacía en España para su remedio. 475
Cap. V.—Lo que pasaba en Flandres y en España en el aconsejar su remedio. . . 480
Cap. VI.—Aconséjase el Rey Católico sobre

Páginas.

las cosas de Flandres, y lo que en su Consejo se le consultó. 487
Cap. VII.—Consulta y resolucion última en las cosas de Flandres. 490
Cap. VIII.—Envia el Rey armada para echar unos franceses que poblaban en la Florida, y otra á poblar las Filipinas. . . 497
Cap. IX.—Forma el Rey un Archivo en la fortaleza de Simancas para guardar escrituras. 504
Cap. X.—Los moriscos de Granada con inquietud contradicen el decreto de la Junta de Madrid para su reformacion. . . . 506
Cap. XI.—Pide al Pontífice D. Filipe reformacion de las religiones de España, y trátase sobre la precedencia entre ella y Francia con el nuevo Pontífice. . . . 510
Cap. XII.—El Pontífice quiere restaurar la juridicion eclesiástica, y lleva preso al arzobispo de Toledo á Roma. Salen ingleses á hacer Seminario en Flandres. 513
Cap. XIII.—Despacha el Rey al Duque de Alba y al exército para Flandres, y lo que en tanto pasaba en los Países. 521
Cap. XIV.—Selim envia armada á Italia, el Rey Católico la suya, y embaxada á los zuiceros. 526
Cap. XV.—Parte el Duque de Alba para Flandres y llega al Estado de Milan. . . 529
Cap. XVI.—Envia el Rey Católico á Luis Venegas de Figueroa con embaxada al Emperador. 532
Cap. XVII.—Júntanse los sediciosos á tratar de su remedio en Flandres. . . . 534
Cap. XVIII.—Entra en Flandres el Duque de Alba y prende los Condes de Egmont y de Horne y otros rebelados. 538
Cap. XIX.—El Duque de Alba cita á los delincuentes fugitivos, y ellos dicen sus defensas. 541
Cap. XX.—Mos de Colifii, almirante de Francia, maquina contra su Rey; el Condestable le vence y muere. 546
Cap. XXI.—Principio de la rebelion de los moriscos de Granada y su causa. . . . 551
Cap. XXII.—El Rey tiene mala satisfacion del príncipe D. Cárlos; su desavenencia y y causas. 556
Cap. XXIII.—Da el Rey sucesores á Don García de Toledo en el vireinato de Sicilia, y cargo de general del Mediterráneo. 566
LIBRO VIII.—Contiene la guerra de Flandres; recogimiento y muerte del príncipe

Páginas.

D. Cárlos; la guerra contra los moros del reino de Granada; socorro que juntaron para Cipro el Pontífice, el Rey Católico y venecianos; liga que hicieron contra el turco; casamiento del mismo Rey con la hija del Emperador. 573
Capítulo primero.—Madama Margarita parte de Flandres, y los españoles rompen á los rebeldes junto á Mastrich. 573
Cap. II.—El Conde Ludovico en Frisia rompe y mata al Conde de Aremberg. . . 576
Cap. III.—Refuerza al Conde de Meghen el Duque de Alba, y desembarázase para ir á Frisia. 579
Cap. IV.—Sigue el Duque de Alba, y vence al Conde Ludovico. 585
Cap. V.—Muere el príncipe D. Cárlos en la prision. 588
Cap. VI.—Los Príncipes del Imperio tratan de que el Rey Católico perdone á los flamencos. 591
Cap. VII.—Los moriscos de Granada en Cadiar resuelven su levantamiento, y el Duque de Alba prosigue la guerra, y muere la Reina de España. 595
Cap. VIII.—El Duque de Alba defiende la entrada en los Países á los rebeldes con maravillosa providencia y destreza. . . . 600
Cap. IX.—Enflaquecido el enemigo conoce la imposibilidad de la jornada, y camina á Francia. 606
Cap. X.—La Reina de Inglaterra rompe de secreto la guerra al Rey de España. . . . 610
Cap. XI.—Trátase el casamiento del Rey Católico con la hija mayor del Emperador y del rey Cárlos de Francia con su hermana doña Isabel: Instruccion que presentó el archiduque Cárlos, como embaxador de Maximiliano II, al Rey Católico sobre los negocios de Flandres. 613
Cap. XII.—El Duque de Alba edifica castillos y pide servicio de dineros á los Estados. 628
Cap. XIII.—Lo que Luis Venegas dixo al Emperador de parte del Rey Católico cerca de la embaxada del Archiduque, su hermano. 632
Cap. XIV.—Los moriscos de Granada se rebelan y hacen grandes daños. 635
Cap. XV.—Vienen los moros á destruir á Granada y levantar el Albaccin, y sin efeto. 640
Cap. XVI.—Lo que hizo D. García de Villarroel, y los lugares que se rebelaron. . 644

	Páginas.
Cap. XVII.—Campea el Marqués de Mondéjar contra los moriscos rebeldes. . .	649
Cap. XVIII.—Los moros combaten la fortaleza de la Calahorra, y socorrida huyen; refuerza su campo el Marqués de Mondéjar, y el de los Velez entra en el reino con gente.	652
Cap. XIX.—El Marqués de Mondéjar va á Jubiles: tratan los moros de la paz y no se efetúa.	659
Cap. XX.—El Marqués de los Velez combate el fuerte de Filix y el de Mondéjar rompe á Aben Humeya junto á Paterna. .	662
Cap. XXI.—Abdalla, hermano de Aben Humeya, da su embaxada en Argel y pasa á Constantinopla: el Marqués de los Velez vence los moros de Ohañez. . . .	665
Cap. XXII.—Combate D. Francisco de Córdoba el fuerte de Inox.	667
Cap. XXIII.—El Marqués de Mondéjar sitia y entra el fuerte de las Guajaras. . .	670
Cap. XXIV.—Lo que pasaba en Francia en este tiempo.	674
Cap. XXV.—El Marqués recibe los moros que se rinden; procura prender á Aben Humeya; negocia mal en la Córte Don Alonso Venegas.	677
Cap. XXVI.—Responde el Rey á los embaxadores de Alemania y Francia en los casamientos de los Reyes y tratados de Flandres.	682
Cap. XXVII.—Abdalla, hermano de Aben Humeya, en Constantinopla da su embaxada, y su efeto.	700

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

ERRATA.

El epígrafe del capítulo xx del libro VIII, pág. 662, debe decir:

El Marqués de los Velez combate el fuerte de Filix y el de Mondéjar rompe á Abe junto á Paterna.